



Debido a la revocación del Edicto de Nantes, una familia francesa de rancio abolengo y religión protestante — descendientes del judío errante, condenado por Cristo a vagar indefinidamente transmitiendo a la vez la enfermedad del cólera— se exilia voluntariamente, repartiéndose en diversos lugares del mundo: parte de la familia se dirige a Polonia, otros se establecen en Alemania, otros marchan a Inglaterra y el resto se decide por el continente americano. Ciento cincuenta años después, sólo existen siete descendientes de esta familia, únicos herederos de una cuantiosa herencia: Rosa y Blanca Simón, dos gemelas de quince años, hijas de un valiente ex oficial leal a la causa de Napoleón; el fabricante Francisco Hardy; Djalma, príncipe hindú; un artesano apodado «Duerme en cueros»; la sensual y hedonista Adriana de Cardoville, hija del conde de Rennepont, y el sacerdote misionero Gabriel Rennepont. Para poder recibir la herencia, cada uno de ellos debe poseer una medalla de bronce con un par de inscripciones que indican la fecha y el lugar (13 de febrero de 1682 en París) en el que estas siete personas deben reunirse. La Compañía de Jesús desea apoderarse de esta herencia y para ello utiliza distintos medios, sutiles y violentos, para intentar eliminar a todos los herederos legítimos (excepto al misionero) e impedir que estén en París en la fecha indicada.

Lectulandia

Eugène Sue

El judío errante

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Le juif errant*

Eugène Sue, 1845

Traducción: J. Ribera

Editor digital: Titivillus ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

más libros en lectulandia.com

Aceptad la dedicatoria de este libro, mi querido Camilo; es un recuerdo de sincera amistad y a la par un testimonio de vivo agradecimiento. Nunca olvidaré que vuestros excelentes trabajos, frutos de una larga y hábil experiencia, me han servido para poner de relieve y en movimiento en mi modesta esfera de narrador, algunos hechos consoladores o terribles, más o menos relacionados con el problema de la organización del trabajo, cuestión que dominará bien pronto todas las otras, por ser de vida o muerte para las masas.

Si en la mayor parte de los episodios de esta obra, he intentado poner de manifiesto la acción admirablemente benéfica y práctica que un hombre de corazón noble y de espíritu ilustrado, podría ejercer sobre la clase obrera, a vos os lo debo.

Si por contraste he pintado las horribles consecuencias del olvido de la justicia, de toda caridad, de toda simpatía hacia los desgraciados, que llenos de privaciones, de miserias y de dolor, hace mucho tiempo sufren en silencio sin reclamar más que el derecho al trabajo, es decir, un salario cierto, proporcionado a sus labores y a sus módicas necesidades, a vos también debe agradecerse.

La tierna y respetuosa afección que os profesa esa muchedumbre de obreros a quien empleáis, y cuya condición moral y material mejoráis cada día, es una de esas raras y gloriosas excepciones que hacen más censurable aún el egoísmo, al cual un pueblo de trabajadores honrados y laboriosos se ve con frecuencia impunemente sacrificado.

Adiós, amigo; dedicaros este libro, a vos, artista eminente, a vos, uno de los más nobles corazones y de los más claros talentos que conozco, es manifestar que a falta de ingenio, se encontrarán por lo menos en mi obra tendencias saludables y convicciones generosas. Es todo vuestro.

EUGENIO SUE.

París 25 de junio de 1844.

PRÓLOGO

El Océano polar rodea con un cinturón de eterno hielo las desiertas orillas de la Siberia y de la América del Norte... Esos postreros límites de dos mundos, separados por el estrecho canal de Bering.

Acaba el mes de septiembre.

El equinoccio ha traído las tinieblas y tormentas boreales; la noche reemplazará pronto a uno de esos días polares tan cortos, tan lúgubres...

El cielo teñido de un azul violáceo está iluminado por un sol sin color, cuyo disco descolorido, elevado apenas sobre el horizonte, palidece ante el deslumbrador espectáculo de la nieve que cubre una inmensa llanura.

Este desierto está limitado al Norte por una costa erizada de rocas negruzcas, gigantescas, a cuyo pie titánico está encadenado aquel océano petrificado que tiene por olas inmóviles, grandes cadenas de montañas de hielo cuyas azuladas cimas desaparecen a lo lejos en nivosa bruma.

Al Este, entre las dos puntas del cabo Oulikine, confín oriental de la Siberia, se percibe una línea de color verde oscuro donde se arrastran lentamente enormes témpanos de hielo. Es el estrecho de Bering.

Finalmente, más allá del estrecho, y dominándole, se alzan las masas graníticas del cabo de Gales, punta extrema de la América del Norte.

Estas desoladas latitudes no pertenecen ya al mundo habitable: con el frío que allí se experimenta, las piedras estallan, los árboles se rajan y el terreno se agrieta, lanzando de su seno pedazos de hielo que brillan como el cristal. Ningún ser humano podría resistir la soledad de aquellas regiones de tempestades, muerte y de hambre.

No obstante, ¡cosa extraña!, se ven señales de pisadas sobre la nieve que cubre aquellos desiertos, últimos límites de dos continentes divididos por el canal de Bering.

Por el lado de la tierra americana, la señal de las pisadas anuncian el paso de una mujer.

Se ha dirigido hacia las rocas desde donde se descubren más allá del estrecho las estepas nevadas de la Siberia. Por el lado de la Siberia, la huella, que es mayor y más profunda, revela el paso de un hombre. También él se ha dirigido hacia el estrecho.

Diríase que aquel hombre y aquella mujer, llegando así por opuestos caminos a las extremidades del globo, esperaban avistarse al través del estrecho brazo de mar que separa ambos mundos.

¡Cosa más rara todavía! Aquel hombre y aquella mujer han atravesado estas soledades durante una horrible tempestad.

Algunos negros y añosos cedros, plantados sin orden en estos desiertos como cruces en un cementerio, han sido arrancados, hechos pedazos y arrojados a lo lejos por la tormenta.

A este furioso huracán que arranca los grandes árboles, que conmueve las

montañas de hielo y las hace chocar una contra otra con espantoso ruido, a este huracán furioso, han hecho frente los dos viajeros.

Le han hecho frente sin apartarse un momento de la línea invariable que seguían, lo cual se adivina por las huellas de su marcha igual, recta y firme.

¿Quiénes son estos dos seres que caminan siempre tranquilos en medio de las convulsiones y los trastornos de la naturaleza?

Fatalidad, azar o intento, bajo la suela de los zapatos del hombre, siete clavos salientes forman una cruz en esta forma:



que deja impresa en la nieve por donde pasa.

Al ver sobre la nieve dura y tersa estas profundas huellas, diríase que un suelo de mármol había sido marcado con un pie de bronce.

Pronto una noche sin crepúsculo sucede a la claridad del día.

¡Noche siniestra!

A favor de la brillante refracción de la nieve se ve la llanura extender su blancura infinita bajo una inmensa cúpula de un azul tan oscuro, que parece negro: las pálidas estrellas piérdense en la profundidad de esta bóveda sombría y helada.

El silencio es solemne.

Una débil luz aparece en el horizonte, hacia el estrecho de Bering.

Es una claridad dulce, azulada, como la que precede a la salida de la luna; esta claridad aumenta después, brilla, y se tiñe de un ligero color de rosa.

En los demás puntos del cielo crecen las tinieblas, y apenas la blanca extensión del desierto, poco ha tan visible, se distingue del negro capuz del firmamento.

En medio de esta oscuridad se oyen ruidos confusos y extraños. Creeríase alternativamente el vuelo ligero o pesado de grandes aves nocturnas extraviadas, rozando la superficie de la llanura; pero no se oye ni un grito.

Este mudo espanto anuncia la cercanía de uno de esos importantes fenómenos que llenan de terror a todos los seres animados, desde los más feroces hasta los más inofensivos...

Una aurora boreal, espectáculo tan frecuente y tan magnífico en las regiones polares, brilla de repente.

Aparece en el horizonte un semicírculo de brillante claridad; de su centro deslumbrador se desprenden columnas enormes de luz que, elevándose a alturas inconmensurables, iluminan el cielo, la tierra, el mar... Entonces reflejos ardientes como los de un incendio caen sobre la nieve del desierto, tiñendo de púrpura la azulada cima de las montañas de hielo y de un rojo oscuro las altas rocas de dos continentes.

Después de haber despedido este magnífico resplandor, la aurora boreal palidece

por grados y sus vivas claridades se extinguen en una niebla luminosa.

En ese momento por una singular ilusión de óptica, muy frecuentes en aquellas latitudes, la costa americana, aunque separada de la Siberia por la anchura de un brazo de mar, se vio de repente tan cercana, que al parecer, se hubiera podido echar un puente de un mundo al otro.

Entonces en medio del vapor transparente que se extendía entre ambas tierras, aparecieron dos figuras humanas.

En el cabo de la Siberia un hombre arrodillado extendía los brazos hacia la América con expresión indefinible de desesperación.

En el promontorio americano, una mujer joven y hermosa respondía a la actitud desolada de aquel hombre, mostrándole el cielo.

Durante algunos segundos, estas dos grandes figuras se dibujaron así, pálidas y vaporosas, a los últimos resplandores de la aurora boreal. Pero espesándose la niebla poco a poco, todo desapareció en las tinieblas.

¿De dónde venían aquellos dos seres que se encontraron bajo los hielos polares en la extremidad de los mundos?

¿Quiénes eran aquellas dos criaturas reunidas un momento por una ilusión de óptica, y que parecían separadas por la eternidad?

PRIMERA PARTE

La posada del Halcón Blanco

I

Morok

El mes de octubre de 1831 toca a su término. No obstante ser de día, una lámpara con cuatro mecheros ilumina las paredes cuarteadas de un ancho desván, cuya única ventana está cerrada. Una escala que rebasa la abertura de una trampa, sirve de escalera.

Esparcidas por el suelo y sin orden, se ven cadenas de hierro, argollas con puntas agudas, cabezones con dientes de sierra, frenos erizados de clavos, largas varas de acero con mangos de madera. Se divisan en un rincón un brasero portátil semejante a los que emplean los hojalateros para fundir el estaño. El carbón está amontonado encima de virutas secas; una chispa bastaría para encender instantáneamente aquel brasero.

Cerca de aquellos montones de instrumentos siniestros que parecen propios del taller de un verdugo, hay algunas armas que pertenecen a las edades pasadas. Una cota de malla, con anillos tan flexibles, finos y unidos que parece un ligero tejido de acero, está extendida sobre un cofre al lado de las demás piezas de una armadura de hierro en buen estado, guarnecida de correas. Una maza de armas, dos largas picas triangulares con astil de fresno, fuertes y ligeras a la vez y sobre las cuales se distinguen manchas de sangre fresca, completan esta panoplia un tanto rejuvenecida por dos carabinas tirolesas cargadas y montadas.

Extrañamente mezclada a este arsenal de armas mortíferas o instrumentos bárbaros, encuéntrase una colección de objetos harto diferentes, como son, cajitas de vidrio que encierran rosarios, cuentas, medallas, «Agnus Dei», pilas de agua bendita, estampas de santas imágenes; y finalmente, un crecido número de libritos impresos en Friburgo.

Una de esas pinturas en lienzo con que los titiriteros adornan la delantera de sus teatros, está colgada de una de las vigas transversales del techo, sin duda para que el cuadro no se estropee permaneciendo mucho tiempo enrollado. En el lienzo se lee esta inscripción:

«Verídica y memorable conversión de Ignacio Morok, llamado el Profeta, acaecida en el año de 1828 en Friburgo».

Este cuadro, de mayor tamaño que el natural, de color muy vivo, de un carácter bárbaro, dividido en tres secciones, representa en acción tres fases importantes de la vida de este converso llamado el «Profeta».

En el primero se ve a un hombre de lengua barba, de un rubio casi blanco, de semblante feroz y vestido de pieles de rengífero, como lo están los pueblos salvajes, del norte de la Siberia; cubre su cabeza una gorra de zorro negro terminado por una

cabeza de cuervo; sus facciones manifiestan el terror, encorvado sobre su trineo, que, tirado por seis grandes perros rojos se desliza por la nieve, huye de una turba de zorros, lobos, osos monstruosos, los cuales, con la boca abierta y armada de enormes dientes, parecen capaces de devorar al hombre, a los perros y al trineo.

Debajo de este primer cuadro se lee:

«En 1810 Morok es idólatra: huye de las fieras».

En la segunda sección, vestido sencillamente «Morok» con el ropaje blanco de catecúmeno, está arrodillado con las manos juntas, delante de un hombre negro con alzacuello blanco; en un ángulo del cuadro se ve a un ángel sosteniendo una trompeta con una mano y con la otra una espada flamígera: salen de su boca estas palabras con caracteres rojos sobre fondo negro:

«Morok el idólatra huía de las fieras; las fieras huirán de Ignacio Morok convertido y bautizado en Friburgo».

En efecto, en la tercera sección, el nuevo convertido se ostenta orgulloso, triunfante con su largo vestido azul de pliegues flotantes; la cabeza erguida, el puño izquierdo sobre la cadera, la mano derecha extendida, parece aterrar a multitud de tigres, hienas, osos, leones que escondiendo sus garras y ocultando sus dientes, se arrastran a sus pies sumisos y temerosos.

Debajo de esta sección se lee en forma de conclusión moral:

«Ignacio Morok está convertido: las fieras se arrastran a sus pies».

Cerca de estos cuadros hay rimeros de libritos, igualmente impresos en Friburgo, en los cuales se refiere que por un milagro, el idólatra Morok, una vez convertido había adquirido de repente un poder sobrenatural, casi divino, del que no podían librarse los animales más feroces, como lo probaban todos los días los ejercicios a que se entregaba el domador de fieras, no tanto para hacer ostentación y alarde de su valor y audacia, cuanto para glorificar al Señor.

* * *

Por entre la trampa abierta en el desván, exhálase un olor salvaje, fuerte, penetrante.

Óyense de vez en cuando algunos resuellos sonoros y fuertes, algunas aspiraciones profundas, un rumor como el que pudiera formar un gran cuerpo que se encogiese o estirase pesadamente sobre un lecho de tablas.

Un hombre solo está en el desván.

Es Morok, el domador de fieras llamado el «Profeta».

Tiene cuarenta años; su estatura es mediana y sus miembros extremadamente delgados y flacos; una larga pelliza de color de sangre, forrada de negro, lo envuelve completamente: su tez, naturalmente blanca, se ha vuelto cetrina por la existencia errante a que está acostumbrado desde su infancia; sus cabellos, de ese rubio amarillo, propio de ciertos pueblos de las regiones polares, caen lasos y tiesos sobre sus hombros; su nariz es pequeña y encorvada, alrededor de sus pómulos salientes se

dibuja una larga barba casi blanca a fuerza de ser rubia.

Lo que hace rara la fisonomía de este hombre son sus párpados muy abiertos y levantados que permiten ver su pupila salvaje, siempre rodeada de un círculo blanco... La mirada fija, extraordinaria, ejercía cierta fascinación sobre los animales, lo que por otra parte no impedían al «Profeta» emplear también para domarlos el terrible arsenal que le rodeaba.

Sentado delante de una mesa, acaba de abrir el doble fondo de una cajita llena de rosarios y otros objetos para uso de los devotos; en este doble fondo, cerrado con un secreto, se hallan muchos paquetes sellados, sin más sobre que un número combinado con una letra del alfabeto. «El Profeta» coge uno de estos paquetes, lo guarda en el bolsillo de su pelliza y cerrando después el secreto del doble fondo, coloca la caja sobre una mesa.

Esta escena pasa a las cuatro de la tarde en la posada del «Halcón blanco», única hospedería del villorrio de Mockern, situado cerca de Leipzig, viniendo del Norte a Francia.

Después de algunos momentos, un rugido ronco y subterráneo hizo temblar el desván.

—¡«Judas»! cállate —dijo el «Profeta» con acento amenazador volviendo la cabeza hacia la trampa.

Oyóse entonces otro gruñido sordo, pero tan formidable como un trueno lejano.

—¡«Caín»! calla —grita Morok levantándose.

Otro rugido, de una ferocidad inexplicable, estalla de repente.

—¡Callarás! ¡«Muerte»! —exclama el Profeta y se precipita hacia la trampa, dirigiéndose a un tercer animal invisible que lleva aquel fúnebre nombre.

A pesar de la habitual autoridad de su voz, a pesar de sus reiteradas amenazas, el domador de fieras no puede obtener silencio; al contrario, pronto los aullidos de muchos mastines se unen a los rugidos de las fieras.

Morok coge una pica, se aproxima a la escalera, y se dispone a bajar, cuando ve a una persona salir de la trampa.

El recién llegado es de rostro moreno y curtido; cubre su cabeza un sombrero blanco de alas anchas; consiste su vestido en una chupa corta y un ancho pantalón de paño verde; sus polainas de cuero, llenas de polvo, anuncian que ha andado una larga jornada, y lleva a la espalda un morral sostenido con una correa.

—¡Malditos animales! —gritó al poner el pie en la habitación—; no parece sino que en tres días me han olvidado... «Judas» ha sacado la garra por entre las rejas de su jaula, y la «Muerte» ha saltado como una furia... No me conocen ya.

Estas palabras fueron dichas en alemán...

Morok contestó, expresándose en el mismo idioma con sólido acento extranjero.

—¿Buenas o malas noticias, Karl? —preguntó con inquietud.

—Buenas, afortunadamente.

—¿Los has encontrado?

—Ayer, a dos leguas de Wittemberg...

—¡Gracias a Dios! —exclamó Morok juntando las manos con expresión de satisfacción inmensa.

—Nada más sencillo... Ya se sabe cuál es el camino recto de Rusia a Francia, y podía apostarse mil contra uno a que los hallaría entre Wittemberg y Leipzig.

—¿Y las señas?

—Inequívocas; las dos jóvenes llevan luto, el caballo es blanco, el viejo tiene largos bigotes, un gorro azul, un capote gris, y detrás le sigue un perro de la Siberia que nunca se aparta de él.

—¿Y los has dejado?...

—A una legua, antes de media hora estarán aquí.

—Y a esta posada, puesto que es la única que hay en el pueblo —dijo Morok con aire pensativo.

—Y que ya se acerca la noche —añadió Karl.

—¿Hiciste hablar al viejo?

—¡A él! ¡Ni intentarlo!

—¿Cómo?

—Intentadlo vos.

—¿Por qué no?

—Es imposible.

—¡No es posible! ¿Por qué?

—Vais a saberlo. Todo el día de ayer los seguí hasta la posada, aparentando encontrarlos por casualidad; hablé al viejo en alemán, diciéndole lo que suelen decirse los que viajan: ¡«Buenos días y buen viaje, compañero»! Sin responderme, miróme de reojo, y con la contera de su bastón me señaló el otro lado del camino.

—Como es francés, no comprenderá el alemán.

—Lo habla al menos tan bien como vos, puesto que en la posada le oí pedir al huésped lo que necesitaba para sí y para las jóvenes.

—¿Y en la posada no procuraste entablar conversación?

—Una sola vez; pero me recibió tan brutalmente, que por no comprometerme, no quise intentarlo otra vez. Así que debo preveniros que ese hombre tiene la pinta del diablo; creedme, a pesar de su bigote cano, parece todavía tan vigoroso, aunque descarnado como un esqueleto, que no se cuál de los dos, si él o mi camarada el gigante Goliat, vencería en una lucha. Ignoro vuestros proyectos, pero cualesquiera que sean os aconsejo que viváis muy prevenido.

—Mi pantera negra de Java era también muy vigorosa y muy mala —dijo Morok con sonrisa desdeñosa y siniestra.

—¿La Muerte?... En efecto, y todavía es tan vigorosa y tan mala como siempre. Sólo para vos es casi mansa.

—Del mismo modo domeñaré a ese viejo soberbio a pesar de sus fuerzas brutales.

—¡Hum!, ¡hum! no os fiéis mucho; sois hábil, tan valiente como cualquiera, pero

creedme; jamás convertiréis en cordero al viejo lobo que va a llegar aquí en breve.

—¿No se arrastran delante de mí con espanto mi león «Caín» y mi tigre «Judas»?

—Ya lo creo, porque poseéis esos medios que...

—Porque tengo fe... ahí está todo —dijo imperiosamente Morok, interrumpiendo a Karl, y acompañando tales palabras de una mirada tal, que el otro bajó la cabeza y enmudeció.

—¿Pues qué, aquél a quien el Señor protege en su lucha contra las fieras, no será también protegido por él en sus luchas contra los hombres, cuando éstos son perversos e impíos? —añadió el Profeta con aire triunfante e inspirado.

Sea por fe que tenía en la convicción de su amo, o porque no se creyera capaz de sostener con él una controversia sobre tan delicado asunto, Karl respondió humildemente al Profeta:

—Sois más sabio que yo, señor; lo que hacéis, debe estar bien hecho.

—¿Has seguido a ese viejo y a esas dos jóvenes durante todo el día?

—Sí, pero a distancia; como conocía bien el país, tan pronto cortaba atravesando el valle como la montaña, siguiendo con la vista el camino en que los veía siempre; la última vez que los vi me oculté detrás del molino de agua del tejlar. Como se hallaban en la mitad del camino y la noche estaba próxima, he apresurado el paso para tomarles la delantera, y anunciaros lo que llamáis una buena noticia.

—Muy buena... sí... muy buena... y serás recompensado, porque si esas gentes se me hubiesen escapado... —el Profeta tembló y no acabó.

Por su fisonomía, por el acento de su voz, adivinábase la suma importancia que tenía para él la noticia que acababan de darle.

—En resumidas cuentas —replicó Karl— preciso es que sea cosa de gran interés, cuando ese correo ruso lleno de galones, que ha venido a toda brida desde San Petersburgo a Leipzig en busca vuestra... Acaso sería para...

Morok interrumpió bruscamente a Karl exclamando:

—¿Quién te ha dicho que la llegada de ese correo tenga nada que ver con esos viajeros? Tú te engañas, y no debes saber más que lo que yo te manifieste.

—Enhorabuena, señor, perdonadme y no hablemos más sobre el particular. Ahora voy a quitarme mi morral y a ayudar a Goliat a dar de comer a las fieras, porque la hora de su comida se aproxima, si no ha pasado ya. ¿Se habrá descuidado mi gordo gigante?

—Goliat ha salido, debe ignorar que has venido, y sobre todo, es menester que el viejo y las jóvenes no te vean aquí, porque entrarían en sospechas.

—¿Adónde, pues, queréis que vaya?

—Retírate al camaranchón de la caballeriza; allí esperarás mis órdenes, porque será probable que esta noche salgas para Leipzig.

—Como gustéis; todavía tengo en mi morral algunas provisiones, y comeré en el camaranchón mientras descanso.

—Vete.

—Señor, acordaos de lo que he dicho: desconfiad del viejo de los bigotes blancos; lo creo capaz de cualquier cosa mala; desconfiad de él.

—No tengas cuidado; yo desconfío siempre —dijo Morok.

—Entonces, buena suerte, mi amo.

Y Karl desapareció poco a poco, bajando por la escala.

Después de haber hecho a su criado una señal de despedida amistosa, el «Profeta» se paseó durante algún tiempo con aire pensativo; en seguida, aproximándose a la cajita de dos fondos que contenía algunos papeles, sacó de entre ellos una carta muy larga que leyó muchas veces con suma atención.

De vez en cuando, se levantaba para ir hasta la ventana cerrada que caía al patio interior de la posada y aplicar a ella el oído, porque esperaba impaciente la llegada de las tres personas cuya aproximación acababan de anunciarle.

II

Los viajeros

Mientras que la escena anterior pasaba en la posada del «Halcón Blanco» en Mockern, las tres personas cuya llegada esperaba con tanto afán Morok caminaban pacíficamente por en medio de risueñas praderas, limitadas a un lado por un río cuya corriente daba movimiento a un molino, y al otro por el camino real, que conducía a la aldea de Mockern.

El cielo estaba apacible; el hervidero del río, batido por la rueda del molino y reluciente de espuma, interrumpía solamente el silencio de aquella tarde, tan profundamente tranquila; sauces frondosos, inclinados sobre las aguas, proyectaban en ellas sus sombras verdes y transparentes, mientras que, más lejos, el río reflejaba tan espléndidamente el azul del cenit y las encendidas tintas del ocaso, que a no ser por las colinas que lo separaban del cielo, el oro y el azul de las aguas se hubieran confundido en una deslumbradora cascada con el oro y el azul del firmamento.

Por un sendero abierto en la hierba de las praderas, dos jóvenes, o mas bien dos niñas, pues acababan de cumplir quince años, cabalgaban en un caballo blanco de regular alzada, sentadas en una silla con respaldo en que ambas se sostenían cómodamente, pues eran de talle esbelto y delicado.

Un hombre de gran estatura, de rostro moreno y largos bigotes canos, conducía el caballo y volvíase de vez en cuando hacia las jóvenes con aire de solicitud a la vez respetuosa y paternal; apoyábase en un largo bastón; sus espaldas llevaban una mochila de soldado; su calzado empolvado y sus pasos algo lentos y perezosos, anunciaban que caminaba hacía ya largo tiempo.

Uno de esos perros que los habitantes del Norte de la Siberia enganchan a los trineos, vigoroso animal, casi del tamaño, forma y pelo de un lobo, seguía los pasos del conductor de la pequeña caravana, pisando, como vulgarmente se dice, los talones de su amo.

Nada más encantador que el grupo de estas dos jóvenes.

Una de ellas llevaba en la mano las riendas flotantes, y con su brazo derecho ceñía el talle de su hermana dormida, cuya cabeza descansaba en su hombro. Cada paso del caballo imprimía a estos dos cuerpos flexibles una ondulación llena de gracia, y balanceaba sus menudos pies apoyados en una tablilla que les servía de estribo.

Llamábanse estas dos hermanas gemelas, por un capricho maternal, Rosa y Blanca; eran huérfanas, como lo manifestaban sus tristes vestidos de luto bastante usados.

De extrema semejanza y de igual estatura, era menester una constante costumbre

de verlas para distinguir la una de la otra. El retrato de la que no dormía podía servir para ambas; la única diferencia que entonces había entre ellas, era que Rosa velaba y desempeñaba aquel día las funciones de hermana mayor, funciones así compartidas entre ellas por capricho de su guía, antiguo soldado del imperio, quien, fanático por la disciplina, había juzgado a propósito que alternase de ese modo entre las dos huérfanas la sumisión y el mando.

Greuse se hubiera inspirado con la vista de estas dos lindas cabezas, tocadas de terciopelo negro, por entre el cual se escapaban profusamente grandes bucles de cabellos castaños claros, ondulantes sobre su cuello y sus hombros, tersos y satinados. Un clavel rojo, húmedo de rocío, no es de un encarnado más subido que sus floridos labios; el delicado azul de la clemátide hubiera parecido sombrío al lado del límpido azul de sus grandes ojos, que reflejaban la dulzura de su carácter; frente pura y blanca, nariz pequeña y rosada y un hoyuelo en la barba, terminaban el admirable conjunto de candor y gracia de tan encantadoras criaturas.

Era menester verlas, cuando a los amagos de la lluvia o la tempestad, el viejo soldado envolvía a las dos en una gran pelliza de piel de rengífero y cubría sus cabezas con la ancha capucha de este vestido impermeable; entonces nada más seductor que estas dos lindas figuras, frescas y risueñas, abrigadas con aquel «camai» de color apagado.

Pero la tarde era apacible y deliciosa; la pesada capa estaba liada alrededor de las dos hermanas, y la capucha caía sobre el respaldo de su silla.

Rosa, que con su brazo derecho continuaba sujetando por la cintura a su hermana dormida, la contemplaba con una expresión de ternura maternal... porque aquel día Rosa era la mayor, y una hermana mayor es casi una madre.

No sólo se idolatraban las huérfanas, sino que por un fenómeno psicológico muy frecuente en los seres gemelos, se afectaban casi siempre al mismo tiempo; la emoción de la una se reflejaba en la fisonomía de la otra; una misma causa las hacía temblar y ruborizarse; tan al unísono latían sus tiernos corazones: en fin, alegrías ingenuas, pesares amargos, todo entre ellas era mutuamente sentido y comunicado.

Acometidas a la vez en su infancia de una cruel enfermedad, como dos flores sobre un mismo tallo, se habían doblado, palidecido y marchitado juntas; pero juntas también habían recobrado sus puros y vivos colores.

¿Será menester decir que no hubieran podido romperse estos lazos misteriosos, indisolubles, que unían a las dos gemelas, sin dar un golpe mortal a la existencia de estas dos niñas?

Del mismo modo esas encantadoras parejas de pájaros llamados «inseparables», no pudiendo vivir sino con una vida común, se entristecen, se desesperan y mueren cuando una mano cruel separa al uno del otro.

El conductor de las huérfanas, hombre de cerca de cincuenta años y continente militar, ofrecía el tipo inmortal de los soldados de la república y del imperio; heroicos hijos del pueblo que se hicieron en una campaña los primeros soldados del mundo,

para probar lo que puede, lo que hace el pueblo, cuando sus verdaderos escogidos depositan en él su confianza y su fuerza.

Este soldado, guía de las dos hermanas, antiguo granadero a caballo de la guardia imperial, había sido conocido con el sobrenombre de «Dagoberto»; su fisonomía grave y severa, era duramente acentuada; sus bigotes canos, largos y poblados, ocultaban por completo su labio inferior y bajaban hasta la barba; sus enjutas mejillas color de ladrillo, y curtidas como pergamino, estaban cuidadosamente rasuradas; espesas cejas todavía negras cubrían casi sus ojos, que eran de un azul claro; sus pendientes de oro descendían hasta su cuello militar, bordado de blanco; un cinturón de cuero ceñía su capote y una gorra de cuartel, azul con franja roja, inclinada a la izquierda, abrigaba su calva cabeza.

Dotado en otro tiempo de una fuerza hercúlea, pero teniendo siempre el corazón de un león, bueno y sufrido, porque era valeroso y fuerte, mostraba Dagoberto para con las dos huérfanas, a pesar de la dureza de su fisonomía, un tierno afecto, y una ternura adorable, casi maternal... porque para el heroísmo de la afección, corazón de madre corazón de soldado.

De una calma estoica, reprimiendo toda emoción, jamás desmentía Dagoberto su inalterable sangre fría; así es que, aunque nadie fuese más chancero que él, convertíase a veces en un verdadero cómico por esa misma imperturbable tranquilidad que empleaba en todas las cosas.

De vez en cuando, y al mismo tiempo que caminaba, Dagoberto se volvía para hacer una caricia o decir una palabra amistosamente al buen caballo blanco que servía de cabalgadura a las huérfanas, y cuyos largos dientes manifestaban su respetable edad: dos profundas cicatrices, la una en un ijar y la otra en el pecho, probaban que este caballo había asistido a sangrientas batallas; así es que no sin cierta apariencia de orgullo, sacudía a veces su vieja brida militar, cuyo bocado de bronce, representaba todavía un águila en relieve; su andadura era regular, su pelo reluciente, su gordura mediana, la espuma que cubría su freno, revelaban esa salud que los caballos adquieren con el trabajo continuo pero moderado, de un largo viaje en jornadas cortas; aunque hacía seis meses que se había puesto en camino, este valiente animal llevaba tan alegremente como al tiempo de partir a las dos huérfanas, y una maleta bastante pesada puesta detrás de la silla.

Si hemos hablado del tamaño desmesurado de los dientes de este caballo —señal irrecusable de gran vejez—, es porque los mostraba frecuentemente con el único objeto de permanecer fiel a su nombre (llamábase «Jovial») y de hacer alguna perversa pasada de que el perro era víctima.

Este último, llamado sin duda por contraposición «Malasombra», no separándose jamás de su amo se hallaba al alcance de «Jovial», que de vez en cuando lo cogía delicadamente por la piel del lomo, lo levantaba y lo llevaba así durante un instante: el perro protegido por su espesa lana, sometíase con una complacencia estoica: solamente cuando la chanza le parecía que duraba mucho, «Malasombra» volvía su

cabeza gruñendo, y «Jovial» que entendía la directa, se apresuraba a dejarlo en tierra; otras veces, sin duda para evitar la monotonía, «Jovial» mordía ligeramente la mochila del soldado, que parecía, lo mismo que el perro, perfectamente habituado a estos retozos.

Estos pormenores bastarán para juzgar la excelente armonía que reinaba entre las dos hermanas gemelas, el viejo soldado, el caballo y el perro.

La pequeña caravana marchaba intranquila por llegar antes de la noche a la aldea de Mockern que se veía en la cumbre de la colina.

Dagoberto miraba de vez en cuando a su alrededor y parecía reunir sus recuerdos, poco a poco sus facciones se oscurecieron; cuando estuvo cerca del molino cuyo ruido había llamado su atención, se paró, pasó muchas veces sus largos bigotes entre sus dedos pulgar a índice; señal que revelaba en él una emoción fuerte y concentrada.

Como «Jovial» hubiese hecho una brusca parada detrás de su amo, Blanca despertó sobresaltada por este movimiento y levantó la cabeza; su primera mirada se dirigió a su hermana a quien sonrió afablemente. Después las dos cambiaron un signo de sorpresa, al ver a Dagoberto inmóvil con las manos juntas sobre su largo bastón, y presa al parecer de una emoción penosa y profunda. Las huérfanas se hallaban entonces al pie de un cerro poco elevado, cuya cumbre se ocultaba bajo el follaje espeso de una inmensa encina plantada en la mitad de este pequeño repecho.

Rosa, viendo que Dagoberto continuaba inmóvil y pensativo, se inclinó sobre su silla y apoyando su pequeña mano blanca sobre el hombro del soldado que le volvía la espalda, le preguntó dulcemente:

—¿Qué tienes, Dagoberto?

El veterano se volvió, y las dos hermanas no pudieron menos de asombrarse al ver una gruesa lágrima, que después de haber trazado su húmedo surco en la mejilla curtida del soldado, perdióse en su poblado bigote.

—¡Tú llorando! —gritaron Rosa y Blanca profundamente conmovidas—. ¡Por Dios! Dinos qué tienes...

Después de un momento de perplejidad pasó sobre sus ojos su callosa mano, y dijo a las huérfanas con voz conmovida, mostrándoles la encina secular cerca de la cual se hallaban:

—Voy a entristeceros, pobres niñas, pero, sin embargo, es sagrado lo que voy a deciros... Diez y ocho años hace, la víspera de la gran batalla de Leipzig, traje a vuestro padre al lado de este árbol... tenía dos sablazos en la cabeza... un balazo en el hombro... Aquí es donde él, y yo, que a mi vez recibí dos lanzazos, fuimos hechos prisioneros. ¿Y por quién? por un maldito... sí, por un francés, un marqués emigrado, coronel al servicio de los rusos; y que más tarde... en fin, algún día... sabréis todo esto...

Después de algunos momentos de silencio, indicando el veterano con la contera de su bastón la aldea de Mockern, añadió:

—Sí... sí, reconozco el sitio; aquéllas son las alturas en que vuestro valiente

padre que nos mandaba, a nosotros y a los polacos de la guardia, venció a los coraceros rusos después de haberles quitado una batería. ¡Ay hijas mías! —añadió candorosamente el soldado—: hubiera querido que hubieseis visto a vuestro valiente padre a la cabeza de nuestra brigada de granaderos de a caballo, dar una carga en medio de una granizada de bombas. Nada más sublime.

Mientras que Dagoberto expresaba a su manera sus pesares y sus recuerdos, las dos huérfanas, por un movimiento espontáneo, se dejaron deslizar ligeramente del caballo y asidas de las manos fueron a postrarse al pie de la vieja encina.

En seguida estrechándose la una contra la otra, se pusieron a llorar, mientras que, el soldado de pie detrás de ambas, cruzaba sus manos sobre su largo bastón y reclinaba en ellas su frente calva.

—Vamos, vamos, es menester no entristeceros —dijo dulcemente al cabo de algunos minutos, viendo correr las lágrimas por las sonrosadas mejillas de Rosa y Blanca que continuaban arrodilladas—; acaso encontraremos al general Simón en París —añadió—; esta noche en la posada os explicaré todo esto. Expresamente he esperado hasta hoy para deciros muchas cosas acerca de vuestro padre; se me ha ocurrido esta idea... porque este día es a manera de un aniversario.

—Lloramos porque pensamos también en nuestra madre —dijo Rosa.

—En nuestra madre que no volveremos a ver sino en el cielo —añadió Blanca.

El soldado levantó a las huérfanas, y mirándolas alternativamente con una expresión de inefable cariño, que hacía más interesante el contraste de su tosca figura, les dijo:

—Es menester no entristeceros así, niñas mías. Vuestra madre era la mejor de las mujeres, es verdad. Cuando vivía en Polonia era llamada «la perla de Varsovia»; la perla del mundo entero, deberían haberla llamado, porque en el mundo entero no se hubiera hallado otra igual.

La voz de Dagoberto se alteraba, calló y pasó sus largos bigotes canos entre sus dedos pulgar e índice, según costumbre.

—Escuchad, hijas mías —añadió después de haber dominado su emoción—. Vuestra madre no podía menos de daros los mejores consejos, ¿no es verdad?

—Sí, Dagoberto.

—Pues bien, ¿qué os encargó antes de morir? Pensar siempre en ella, pero sin desesperaros.

—Así es la verdad; nos dijo que Dios, siempre bueno para las pobres madres cuyos hijos quedan sobre la tierra, le permitiría oírnos desde el cielo —dijo Blanca.

—Y que tendría siempre fijos los ojos en nosotras —añadió Rosa. Al momento las dos hermanas, por un movimiento espontáneo, lleno de gracia encantadora, se asieron de la mano, volvieron hacia el cielo sus cándidas miradas, y dijeron con la adorable fe de su edad:

—¿No es verdad, madre?, ¿tú nos ves?... ¿tú nos oyes?...

—Puesto que así es —dijo Dagoberto conmovido— no la apesadumbréis estando

tristes... os lo ha prohibido.

—Tienes razón, Dagoberto.

—Se acabó el pesar.

Y las huérfanas enjugaron sus ojos.

Dagoberto desde el punto de vista devoto, era un verdadero pagano: en España había acuchillado con extrema sensualidad a los frailes de todos hábitos y de todos colores que llevaban el crucifijo en la mano y el puñal en la otra, defendiendo, no la libertad (la Inquisición la ahogaba siglos hacía), sino sus monstruosos privilegios. Sin embargo, Dagoberto había asistido desde cuarenta años a espectáculos de una grandeza terrible; había visto tantas veces de cerca a la muerte, que el instinto de religión natural, había siempre dominado en su alma. Así que, aunque no hubiese participado de la consoladora ilusión de las dos hermanas, habría considerado como un crimen la menor tentativa para destruirla.

Al verlas menos tristes dijo:

—Os felicito, hijas mías; prefiero charlar como charlabais esta mañana y ayer, riéndoos a hurtadillas de vez en cuando, y no contestándome a lo que yo os decía. Tanto os preocupaba vuestra conversación. Sí, sí, señoritas... ya van dos días que parecéis tener entre manos asuntos muy importantes; tanto mejor, sobre todo si esto os divierte.

Las dos hermanas se ruborizaron, se dirigieron mutuamente una semisonrisa que contrastó con las lágrimas que humedecían todavía sus ojos, y Rosa dijo al soldado no sin algún embarazo:

—No, Dagoberto, te aseguro que sólo hablamos de cosas indiferentes.

—Bien, bien, nada quiero saber... Pero descansad algunos instantes más, y en seguida nos pondremos en camino, porque se hace tarde, y es menester que antes de la noche estemos en Mockern, para emprender nuestro viaje mañana temprano.

—¿Nos queda todavía mucho que andar? —preguntó Rosa.

—¿Para ir hasta París? Sí, hijas mías, sí, un ciento de jornadas. No vamos muy deprisa, pero adelantamos y viajamos económicamente, porque nuestra bolsa es reducida; un gabinete para vosotras, un jergón de paja y una manta para mí delante de vuestra puerta con «Malasombra» a mis pies, un poco de paja fresca para el viejo «Jovial», he aquí nuestros gastos de viaje: no hablo del alimento, porque coméis las dos menos que un pájaro, y yo me he acostumbrado en Egipto y en España a no tener hambre sino cuando podía.

—Y te dejas en el tintero que para economizar mucho más desempeñas en el camino las funciones domésticas de una mujer, sin permitir jamás que te ayudemos. En fin, cuando pienso que lavas casi todas las noches en las posadas, como si nosotras no estuviéramos aquí... que...

—¿Vosotras? —dijo el soldado interrumpiendo a Blanca—; ahora dejaría yo que se hicieran grietas en vuestras lindas manitas con el agua de jabón, ¿no es verdad? Además, ¿en campaña no lava el soldado su ropa? Aquí donde me veis, era la mejor

lavandera de mi compañía. ¿Y planchar? no digo nada...

—¡Oh! sí, planchas muy bien, muy bien...

—Menos cuando chamuscas lo que planchas —dijo Rosa sonriendo.

—Es verdad, pero eso sólo sucede cuando la plancha está demasiado caliente. Buen cuidado tengo de aproximármela a la cara, pero es mi piel tan dura, que apenas el calor... —dijo Dagoberto con gran seriedad.

—¿No conoces que nos chanceamos, buen Dagoberto?

—Entonces, hijas mías, si os parece que desempeño bien mi oficio de lavandera, dejadme que continúe así; esto es menos caro, y viajando no hay economías pequeñas, sobre todo para personas pobres como nosotros; porque al menos es menester que tengamos con qué llegar a París. Nuestros papeles y las medallas que lleváis harán lo demás; al menos debemos esperarlo así.

—Esta medalla es sagrada para nosotras... nuestra madre nos las dio al morir.

—Por esta razón debéis procurar no perderla: aseguraos de vez en cuando que la lleváis.

—Mírala —dijo Blanca, sacando de su seno una medalla de bronce que llevaba colgada al cuello.

Esta medalla presentaba en sus dos caras las inscripciones siguientes:

Víctima	En París
de	Calle de S. Fran.º 3
L. C. D. J.	dentro de siglo y medio
rogad por mí	estaréis en
París	13 de febrero de 1832
13 de febrero de 1682	Rogad por mí

—¿Qué significa esto, Dagoberto? —preguntó Blanca contemplando estas lúgubres inscripciones—. Nuestra madre no pudo manifestármelo.

—De todo eso hablaremos esta noche en la posada —respondió Dagoberto—; se hace tarde, partamos; guardad bien esa medalla, y vamos ligeros; todavía nos queda una hora de camino antes de llegar al pueblo. Caminemos, pobres niñas, y dirigir otra mirada a ese cerro donde cayó vuestro padre... ¡y a caballo!, ¡a caballo!

Las dos huérfanas dirigieron su última y piadosa mirada al sitio que tan penosos recuerdos había inspirado a su guía, y con su auxilio volvieron a montar sobre «Jovial».

El animal no había pensado un momento en alejarse; pero como veterano de consumada previsión, había aprovechado los momentos sacando del suelo extranjero un buen diezmo de hierba verde y tierna, ante las miradas envidiosas de «Malasombra», cómodamente tendido sobre el prado con el hocico estirado entre sus dos patas delanteras. Al darse la señal de partida, el perro volvió a tomar su puesto

detrás de su amo; Dagoberto, sondeando el terreno con la contera de su largo bastón, conducía el caballo por la brida con precaución, porque la pradera era cada vez más pantanosa; después de algunos pasos se vio obligado a oblicuar hacia la izquierda, a fin de salir al camino real.

Al llegar a Mockern preguntó Dagoberto por la posada más modesta del pueblo y le contestaron que no había más que una en todo él: la del «Halcón Blanco».

—Vamos, pues a la posada de «Halcón Blanco» —dijo el soldado.

III

La llegada

Muchas veces ya Morok, el domador de fieras, había abierto impacientemente el postigo de la ventanilla del desván a fin de acechar la llegada de las dos huérfanas y el soldado; viendo que no venían, volvió a pasearse lentamente con los brazos cruzados, meditando el medio de ejecutar el plan que había concebido. Mucho debían agitarle sus ideas, porque sus facciones parecían más siniestras aún que de costumbre.

A pesar de su apariencia feroz, no carecía este hombre de inteligencia; la intrepidez que ostentaba en sus ejercicios, y que por medio de una hábil charla atribuía a su reciente estado de gracia; un lenguaje algunas veces místico y solemne, y por último una hipocresía austera, le habían dado una especie de influencia sobre los pueblos que visitaba frecuentemente en sus excursiones.

Sospéchase con fundamento que mucho antes de su conversión se había familiarizado Morok con las costumbres de los animales salvajes. En efecto, nacido en el Norte de la Siberia, había sido, joven todavía, uno de los más valientes cazadores de osos y rengíferos: más tarde, en 1810, abandonando esta profesión para servir de guía a un ingeniero ruso, encargado de hacer exploraciones en los países polares habíale seguido a San Petersburgo: allí Morok, después de algunas contrariedades de fortuna, fue empleado en los correos imperiales, autómatas de hierro, a quienes el menor capricho del déspota lanza sobre un débil trineo en la inmensidad del imperio desde la Persia hasta el mar Glacial. Para esos hombres que viajan de día y de noche con pasmosa rapidez, no hay estaciones, ni obstáculos, ni fatigas, ni peligros: proyectiles humanos, es preciso que revienten o que lleguen a su destino, de este modo se concibe la audacia, el vigor y la resignación de los hombres habituados a semejante vida.

Inútil es decir ahora por qué circunstancias abandonó Morok este rudo ejercicio y tomó otra profesión, entrando como catecúmeno en una causa religiosa de Friburgo, después de lo cual, bien y debidamente convertido, había principiado sus excursiones nómadas con una colección de fieras, cuyo origen se le ocultaba.

* * *

Morok continuaba paseándose en su desván. Había llegado la noche.

Las tres personas que tan impacientemente esperaba no aparecían. Su marcha era cada vez más nerviosa y agitada.

Párase de repente, inclina la cabeza al lado de la ventana, y escucha. Este hombre

tenía el oído tan delicado como un salvaje.

—¡Ahí están ya!... —exclamó.

Y su pupila feroz brilló con una alegría diabólica. Acababa de reconocer el paso de un hombre y de un caballo. Dirigiéndose al postigo de su desván, lo entreabrió prudentemente, y vio entrar en el patio a las dos jóvenes a caballo y al viejo soldado que les servía de guía.

La noche era sombría, un fuerte viento hacía vacilar la luz de los faroles, a cuya claridad eran recibidos estos nuevos huéspedes; las señas dadas a Morok eran tan exactas que no podían equivocarse. Seguro de su presa cerró la ventana.

Después de haber reflexionado un momento se inclinó hacia la trampa donde estaba colocada la escala que servía de escalera y llamó:

—¡Goliat!

—¡Señor! —respondió una voz ronca.

—¡Ven al momento!

—Aquí estoy... Vengo de la carnicería y traigo carne.

Los pies derechos de la escalera temblaron y pronto apareció una cabeza enorme al nivel del piso.

Goliat, así llamado porque medía más de seis pies, y, espaldas como las de Hércules, era horroroso; sus ojos bizcos se hundían bajo una frente pequeña y saliente; su cabellera y barba roja, espesa y áspera como crines, daban a sus facciones un carácter bestial, sus anchas quijadas estaban armadas de dientes semejantes a garfios, y traía enganchado en ellos un pedazo de carne cruda que pesaba diez o doce libras, pareciéndole, sin duda, más cómodo llevarla así, a fin de servirse de sus manos para subir la escalera que oscilaba bajo su peso.

Por fin, acabó de salir de la trampa este gordo y gran cuerpo: por su cuello de toro, por la admirable anchura de su pecho y de sus espaldas, y por la robustez de sus brazos y de sus piernas, se veía que este gigante podía sin temor luchar cuerpo a cuerpo con un oso.

Llevaba un pantalón viejo, azul con listas encarnadas, guarnecido de badana, y una especie de casacón o más bien coraza de cuero muy grueso, arañado en varias partes por las uñas de los animales.

Cuando entró en el desván, Goliat abrió la boca y dejó caer en el suelo el trozo de carne, lamiendo con ansia sus bigotes ensangrentados.

Esta especie de monstruo, había principiado por comer carne cruda en las ferias mediante una retribución del público. Después, habiéndose acostumbrado a este alimento salvaje, y uniendo su gusto a su interés, abría los ejercicios de Morok devorando delante de la multitud algunos trozos de carne cruda.

—La ración de la «Muerte» y la mía, están abajo: ésta es la de «Caín» y «Judas» —dijo Goliat mostrando el pedazo de vaca—. ¿Dónde está el machete? La dividiré en dos pedazos... nada de preferencias... bestia u hombre, a cada boca su ración.

Arremangándose entonces una de las mangas de su casacón, enseñó un brazo

velludo como la piel de un lobo, y surcado por venas gruesas como un dedo.

—Pero, señor, ¿dónde está el machete? —replicó, buscando con los ojos esa arma.

En lugar de contestar a esa pregunta, el Profeta dirigió otras muchas a su acólito.

—¿Estabas abajo cuando han llegado a la posada unos viajeros?

—Sí, señor, venía de la carnicería.

—¿Sabes quiénes son esos viajeros?

—Vienen dos jóvenes en un caballo blanco; les acompaña un viejo de grandes bigotes... Pero el machete... Las fieras tienen hambre, y yo también. El machete...

—¿Dónde han hospedado a esos viajeros?

—El posadero ha conducido a las jóvenes y al viejo al fondo del patio.

—¿Al departamento que da al campo?

—Sí, señor... pero el...

Un concierto de horripilantes rugidos conmovió el desván e interrumpió a Goliat.

—¿Oís? —exclamó—; el hambre las enfurece. Si pudiese yo rugir, haría lo que ellas. Jamás he visto a «Judas» y a «Caín» como esta noche; no hacen más que brincar y tirarse a las rejas de la jaula como si quisieran destruirlas... En cuanto a la «Muerte», sus ojos brillan más que nunca; parecen dos brasas. ¡Pobre «Muerte»!

Morok replicó sin reparar en las observaciones de Goliat.

—De modo que las jóvenes están alojadas en las habitaciones del fondo del patio.

—Sí, sí; pero el cuchillo. Desde la partida de Karl es preciso que yo lo haga todo, y eso retarda nuestra comida.

—¿El viejo se ha quedado con las jóvenes? —preguntó Morok. Goliat, estupefacto, porque a pesar de sus instancias su amo no se cuidaba de la comida de sus animales, contemplaba al Profeta con creciente sorpresa.

—Responde, bruto.

—Sí, soy bruto, tengo la fuerza de los brutos —dijo Goliat, con brusco tono—; y bruto, no suelo perder siempre.

—Te pregunto si el viejo se ha quedado al lado de las jóvenes —repitió Morok.

—Pues bien, no —respondió el gigante—, el viejo, después de haber conducido su caballo a la cuadra, ha pedido un cubo de agua y situándose en el portal a la claridad del farol, enjabonaba la ropa. ¡Un hombre con bigotes grises jabonando como una lavandera! Es como si yo diera alpiste a los canarios —añadió Goliat levantando los hombros con desprecio—: Ahora que he respondido, amo, permitid que me ocupe en la comida de las fieras. —Después, como buscando algo con los ojos, exclamó—: Pero ¿dónde está ese cuchillo?

—¿Tendrías un momento de silencio? —el Profeta dijo a Goliat—. No quiero que des de comer a las fieras esta noche.

Goliat no respondió; abrió desmesuradamente sus ojos bizcos, juntó las manos y retrocedió dos pasos.

—¿Me entiendes? —dijo Morok con impaciencia.

—¿No comer, cuando está aquí nuestra carne, cuando nuestra cena se ha demorado tres horas? —gimió Goliat asombrado.

—Obedece... y ¡cállate!

—Pero ¿queréis que suceda alguna desgracia esta noche? El hambre va a enfurecer a los animales y ¡a mí también! ¡Mucho mejor! Vamos a rabiar.

—¡Tanto mejor!

—¿Cómo tanto mejor? Pero...

—¡Silencio!

—Por la piel del diablo, que yo tengo tanta hambre como ellas, y...

—¡Come!, ¿quién te lo prohíbe? Tu cena está preparada porque tú comes la carne cruda.

—Ya, pero yo no como nunca sin mis fieras, ni ellas sin mí.

—Vuelvo a decirte que si tienes la desgracia de dar de comer a las fieras, te echo.

Goliat lanzó un rugido sordo tan ronco como el de un oso, mirando al Profeta con aire estupefacto y enojado.

Morok, luego de dar sus órdenes, se puso a pasear de arriba a bajo en el desván, entregándose a la meditación. Después dirigiéndose a Goliat, que seguía sumido en su profundo asombro dijo:

—¿Te acuerdas dónde está la casa del burgomaestre a donde he ido esta mañana para que viera mi licencia, y cuya mujer ha comprado unos libritos y un rosario?

—Sí —respondió brutalmente el gigante.

—Ve a preguntar a su criada si hallaré mañana muy temprano en su casa al burgomaestre.

—¿Y para qué?

—Acaso se me ocurra algo muy importante que decirle; de todos modos dile de mi parte que le suplique no salga hasta que yo le vea.

—Está bien; pero las fieras... ¿no podré darles de comer antes de ir a casa del burgomaestre? Por lo menos a la pantera de Java, que es la que tiene más hambre. Vamos, amo, siquiera la «Muerte», le daré un bocado no más, «Caín», yo y «Judas», esperaremos.

—A la pantera, sobre todo, no te permito que le des de comer. Sí, a ella... menos que a los otros.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó Goliat—, ¿qué tenéis hoy? No entiendo una palabra; es lástima que no esté aquí Karl: él, que es travieso, me ayudaría a saber por qué impedís que las fieras que tienen hambre coman.

—No necesitas comprender.

—¿Y qué, no volverá pronto Karl?

—Ya ha vuelto.

—¿Y dónde está?

—Se ha vuelto a marchar.

—¿Qué diantres está pasando? Aquí ocurre algo. Karl se va, vuelve, se va de

nuevo y...

—No se trata de Karl, sino de ti: aunque hambriento como un lobo, eres malicioso como una zorra, y cuando quieres, tan malicioso como Karl.

Y Morok dio unos golpes amigablemente en el hombro del gigante, cambiando de repente de fisonomía y lenguaje.

—¡Yo malicioso!

—La prueba es que hay diez florines que ganar esta noche y que tendrás bastante malicia para ganarlos... No me cabe duda.

—Por esa cantidad sí soy malicioso —dijo el gigante sonriéndose con aire estúpido y contento—. ¿Qué hay que hacer para ganar esos diez florines?

—Ya lo verás.

—¿Es difícil?

—Ten paciencia. Para empezar ve a casa del burgomaestre, pero antes enciende ese hornillo —y mostró con el dedo a Goliat el hornillo.

—Sí, amo —dijo el gigante algo consolado de su falta de cena con la esperanza de ganar diez florines.

—En ese hornillo pondrás a calentar esa vara de acero —dijo el Profeta.

—Sí, amo.

—La dejarás allí, irás a casa del burgomaestre, y me esperarás en volviendo.

—Sí, amo.

—Procura que no se apague el fuego del hornillo.

—Sí, amo.

Morok dio un paso para salir; después, como recordando algo dijo:

—¿Dices que el viejo está ocupado en lavar en el soportal?

—Sí, amo.

—No olvides nada; la vara de acero en el fuego, el burgomaestre, y espera mis órdenes aquí al volver.

Diciendo esto el Profeta, descendió del desván por la trampa, y desapareció.

IV

Morok y Dagoberto

No se había engañado Goliat. Dagoberto enjabonaba la ropa con la misma imperturbable seriedad con que hacía todas las cosas. Si se recuerdan las costumbres del soldado en campaña, nadie se maravillará de esta extravagancia aparente, y por otra parte, Dagoberto esperaba economizar la escuálida bolsa de las huérfanas, ahorrándolas también todo género de faenas. Así es que cada noche después de la marcha se consagraba a una porción de menudas ocupaciones femeninas. Por lo demás, nada tenía que aprender, pues algunas veces durante sus campañas había reparado mañosamente los estragos y el desorden que un día de batalla causa siempre en el traje de un soldado; porque no se trata sólo de recibir sablazos, sino que además es necesario remendar el uniforme, pues al traspasar la piel, la hoja abre también un boquete en el vestido.

Al día siguiente de un combate se ve comúnmente a los mejores soldados sacar de su mochila un canuto de agujas, hilo, tijeras y botones con el objeto de entregarse a todo género de zurcidos y costuras que envidiaría la más esmerada doncella de labor.

Ésta es la coyuntura y ocasión oportuna de explicar el apodo de Dagoberto dado a Francisco Baudoin (conductor de las dos huérfanas), cuando era citado como uno de los más hermosos y bizarros granaderos a caballo de la guardia imperial. El ejército se había batido durante el día con encarnizamiento, sin conseguir ventaja decisiva; por la noche, la compañía a que nuestro hombre pertenecía, fue de avanzada a las ruinas de una aldea abandonada; colocados los vigías, la mitad de los soldados permaneció a caballo mientras la otra descansaba un momento.

Había Dagoberto cargado valerosamente sin que esta vez resultase herido porque sólo hacía mención, «por vía de recuerdo», de un profundo arañazo que un «kaiserliz», le había hecho en un muslo de un bayonetazo torpemente dirigido de abajo arriba.

—¡Criminal!, ¡mis pantalones nuevos! —exclamó el granadero al ver su muslo desgarrado, daño que vengó con un mandoble sabiamente dirigido de arriba abajo y el cual traspasó al austriaco. Si nuestro hombre se mostraba indiferente y estoico a propósito de ese pequeño descosido hecho en su piel, no sucedía lo mismo con el descosido desastroso hecho en sus pantalones de gala. Por tanto, aquella misma noche en el campamento trató el modo de remediar el daño y a este fin sacó de su bolsillo el canuto, eligió el mejor hilo y la mejor aguja, armándose de su dedal y convirtiéndose en sastre al resplandor del fuego del campamento, después de haberse quitado previamente sus grandes botas de montar y vuelto del revés sus pantalones, a fin de que el zurcido saliera más perfecto. Algo pecaba contra la disciplina

desnudándose, aunque parcialmente; pero el capitán que rondaba no pudo por menos de reírse a la vista de aquel viejo soldado, que sentado gravemente sobre sus talones, con su gorra de pelo y su gran uniforme, puestas a su lado las botas y puestos los pantalones en las rodillas, cosía con la misma sangre fría que un sastre instalado en su mostrador. Oyóse de repente una descarga y los centinelas se replegaron sobre el destacamento clamando ¡a las armas!

—¡A caballo! —exclamó el capitán con voz de trueno. Instantáneamente los jinetes saltaron sobre sus sillas, y el desdichado zurcidor, que era guía de la primera fila, no habiendo tenido tiempo de volver sus pantalones, se los puso del revés y sin meterse las botas montó a caballo. Aprovechándose de la vecindad del bosque, una partida de cosacos había intentado sorprender el destacamento: la refriega fue terrible; Dagoberto echaba espumarajos de coraje porque tenía en mucha estima sus efectos, y toda la jornada había sido fatal para él: ¡sus pantalones rotos y sus botas perdidas!... así es que jamás manejó el sable con más encarnizamiento. Un destello de hermosa luna iluminaba la acción, y la compañía pudo admirar el brillante valor del granadero que mató dos cosacos, y con sus propias manos cogió un prisionero. Después de esta escaramuza, en la cual el destacamento conservó su posición, el capitán colocó a los suyos en batalla para cumplimentarles, mandando al zurcidor que saliese de las filas, pues quería felicitarle por su heroico arrojo. De buena gana nuestro hombre hubiera renunciado a esta ovación, pero fue necesario obedecer. Júzguese de la sorpresa del capitán y de los demás cuando vieron adelantarse al paso aquella figura grande y severa, que apoyaba sus desnudos pies en los estribos. Atónito el capitán, se aproximó, y recordando la ocupación de su soldado comprendió el caso.

—¡Oh! zorro viejo —le dijo—, eres como el rey Dagoberto, que se ponía los pantalones al revés.

A pesar de la rigidez de la disciplina, mal reprimidas carcajadas acogieron el chiste del capitán: pero nuestro hombre, derecho sobre su silla, el pulgar izquierdo sobre el medallón de su tahalí, el puño de su sable apoyado en el muslo derecho, conservó su inquebrantable sangre fría, dio media vuelta y fue a colocarse de nuevo en su puesto sin pestañear, después de haber recibido las felicitaciones de su capitán. Desde entonces Francisco Baudoin recibió y conservó el sobrenombre de Dagoberto.

Estaba, pues. Dagoberto en el patio de la posada, entretenido en dar jabón, con grande extrañeza de algunos bebedores de cerveza que desde la sala en que se reunían lo contemplaban con curiosos ojos, y en verdad que aquél era un espectáculo raro. Dagoberto se había bajado su capote y arremangado su camisa, y con mano vigorosa frotaba el jabón en un pañuelito mojado extendido sobre una tabla, cuya extremidad interior estaba oblicuamente sumergida en un barreño lleno de agua: en su brazo derecho, labrado con emblemas guerreros rojos y azules, se veían dos cicatrices tan profundas, que cabía en ellas un dedo.

Fumando en pipa y vaciando su vaso de cerveza, los alemanes podían con razón

admirarse de la singular ocupación de aquel viejo de largos bigotes, cabeza calva y rostro avinagrado, porque las facciones de Dagoberto tomaban una expresión dura y seria cuando no estaba delante de las niñas.

La atención constante de que era objeto, principiaba a impacientarle, porque encontraba natural lo que hacía.

En este momento entró el Profeta en el soportal, miró al soldado con mucha atención durante algunos segundos; después, aproximándose a él, le dijo en francés y en un tono bastante socarrón.

—¿Parece camarada, que no tenéis confianza en las lavanderas de Mockern?

Dagoberto, sin interrumpir su tarea, frunció el ceño, volvió un poco la cabeza, miró de reojo al Profeta, y nada respondió.

Admirado de este silencio dijo Morok:

—No me engaño; sois francés; amigo mío: esas palabras que veo grabadas en vuestro brazo prueban muy bien, y además, por vuestro continente militar se adivina que sois un viejo soldado del imperio.

Dagoberto permaneció silencioso, pero se mordió el bigote y dio al pedazo de jabón con que frotaba la ropa un movimiento de «va» y «ven» de los más precipitados, por no decir de los más irritados; porque el semblante y las palabras del domador de fieras le disgustaban más de lo que podía suponerse. Empero, el Profeta, lejos de desanimarse, continuó:

—Estoy seguro, amigo mío de que no sois ni sordo ni mudo; ¿por qué pues, no queréis contestarme?

Dagoberto, perdiendo la paciencia, volvió bruscamente la cabeza, miró a Morok de hito en hito y le dijo con voz brutal:

—No os conozco ni quiero conoceros: dejadme en paz.

Y volvió a su trabajo.

—Pero ya me conoceréis. Bebiendo un vaso de vino del Rhin hablaremos de nuestras campañas: porque también yo he estado en la guerra: quizá esto os haga más político...

Las venas de la ancha frente de Dagoberto se hincharon terriblemente; hallaba en la mirada y en el tono de su interlocutor obstinado, cierta socarronería provocante; sin embargo, se contuvo.

—Os pregunto por qué no queréis beber un vaso de vino conmigo... hablaríamos de la Francia... he estado mucho tiempo en ella, es un hermoso país. Así es, que cuando encuentro franceses en alguna parte, siento alegría... sobre todo si manejan el jabón tan bien como vos. Si yo tuviese una criada la enviaría a vuestra escuela.

El sarcasmo ya no se ocultaba y la audacia y la baladronada se veían en la insolente mirada del Profeta. Pensando que podía llegar a ser seria la disputa con semejante enemigo y queriendo a toda costa evitarla, cogió el barreño entre sus brazos y se fue a establecer al otro lado del soportal, esperando acabar de este modo una escena que ponía a prueba su paciencia.

Un rayo de alegría brilló en los ojos feroces del domador de fieras. El círculo blanco de su pupila pareció dilatarse: dos o tres veces metió sus dedos gafos en su larga barba amarillenta en señal de satisfacción. En seguida se aproximó lentamente al soldado, acompañado de algunos curiosos que salieron de la sala.

No obstante su calma, Dagoberto, estupefacto y enfadado por la imprudente persecución del Profeta, tuvo al principio intenciones de romperle la cabeza con su barreño, pero pensando en las huérfanas, se resignó.

Cruzando sus brazos Morok, le dijo con voz áspera e insultante:

—Os repito que no sois político... el del jabón. —En seguida, volviéndose a los espectadores, añadió en alemán—: Digo a este francés de largos bigotes que no es político... Vamos a ver lo que contesta; tal vez será preciso darle una lección. No soy quimerista —añadió con compunción—, pero el Señor me ha iluminado, yo soy su obra, y por respetos a él debo hacer respetar su obra.

Esta peroración mística y desvergonzada gustó mucho a los curiosos; la reputación del Profeta había llegado hasta Mockern; confiaban tener una representación al día siguiente y este preludio les divertía mucho.

Al oír la provocación de su adversario, Dagoberto no pudo menos de decirle en alemán:

—Comprendo el alemán... hablad en alemán.

Nuevos espectadores llegaron y se juntaron a los primeros; la aventura era ya picante, e hicieron corro alrededor de los dos interlocutores. El Profeta replicó en alemán:

—Decía que no erais político, y ahora digo que sois imprudentemente grosero; ¿qué contestáis a esto?

—Nada —dijo fríamente Dagoberto pasando el jabón de una a otra pieza de ropa.

—Nada —replicó Morok—, es poca cosa, yo seré menos breve y os diré, que cuando un hombre honrado ofrece galantemente un vaso de vino a un extranjero, éste no tiene el derecho de contestar insolentemente y que merece que se le enseñe a vivir.

Gruesas gotas de sudor corrían por la frente y las mejillas de Dagoberto; su ancha perilla era incesantemente agitada por un temblor nervioso, pero se dominaba; cogiendo por las dos puntas el pañuelo que acababa de mojar en el agua, lo sacudió, lo torció para exprimirlo; y se puso a tararear entre dientes este antiguo cantar de cuartel:

*De Tirlemont, zaquizamí del diablo,
marcharemos mañana
con sable en la mano,
diciendo adiós a... etc., etc.*

El silencio a que se condenaba Dagoberto le ahogaba, pero le alivió esta canción.

Volviéndose Morok al lado de los espectadores, les dijo con un aire de

compunción hipócrita:

—No ignorábamos que los soldados de Napoleón eran paganos que metían sus caballos en las iglesias, que ofendían al Señor cien veces al día, y que en castigo han sido ahogados y destruidos en el Berecina como Faraones; pero no sabíamos que Dios, para castigar a estos infieles, les había quitado el valor, su única cualidad... He aquí a un hombre que ha insultado en mí a una criatura tocada de la gracia de Dios, y aparenta no comprender que quiero que me dé satisfacción... o si no...

—¿O si no?... —exclamó Dagoberto sin mirar al Profeta.

—Si no, me las pagaréis... Ya os he dicho que también he estado en la guerra; no dejaremos de encontrar aquí dos sables, y mañana por la mañana, al despuntar el día, detrás de una tapia, podemos ver de qué color tenemos la sangre... ¡si es que la tenéis!

Esta provocación principió a asustar un poco a los espectadores, que no esperaban un desenlace tan trágico.

—¡Batiros! vaya una ocurrencia feliz —exclamó uno— para que os encierren a los dos. Las leyes contra el duelo son severas.

—Sobre todo, cuando se trata de personas pobres o extranjeras —replicó otro—. Si os sorprendiesen con las armas en la mano, el burgomaestre os pondría provisionalmente en prisión y estaríais encarcelados por dos o tres meses antes de ser juzgados.

—¿Seríais capaces de ir a denunciarnos? —pregunto Morok.

—¡No, seguramente! —dijeron los vecinos...

—¡Qué me importa la prisión! —exclamó el Profeta— que se me den dos sables, y se sabrá si mañana por la mañana pienso en lo que puede decir o hacer el burgomaestre.

—¿Qué haríais con los dos sables? —preguntó flemáticamente Dagoberto al Profeta.

—Ya lo veréis cuando tengáis uno en la mano y yo otro. El Señor nos manda que miremos por nuestro honor.

Dagoberto se encogió de hombros, hizo un bulto de su ropa y la metió en su pañuelo; enjugó el jabón, le envolvió cuidadosamente en una bolsita de hule, y después, silbando su aire favorito de Tirlemont, dio un paso adelante.

El Profeta frunció el ceño; empezó a temer que su provocación fuese inútil. Dio dos pasos hacia Dagoberto, se puso delante como para impedirle el paso, y después, con la mayor insolencia, le dijo:

—¡Es decir, que un antiguo soldado de ese criminal de Napoleón, no es bueno sino para desempeñar el oficio de lavandera, puesto que no sirve para batirse!

—En efecto, rehúsa batirse —respondió Dagoberto con voz firme, pero cubriéndose su rostro de una palidez espantosa.

Jamás el soldado había dado a las huérfanas dadas a su cuidado, una prueba más positiva de ternura y abnegación. Para un hombre de su temple dejarse insultar así

impunemente, y negarse a un desafío, el sacrificio era inmenso.

—¿Luego confesáis que sois un cobarde, que tenéis miedo?

A estas palabras, Dagoberto dio un respingo, como si le hubiese detenido un pensamiento repentino. En efecto, acababa de pensar en las dos jóvenes y en los funestos obstáculos que un duelo, feliz o desgraciado, podía poner a su viaje. Pero aunque rápido fue tan significativo el movimiento de cólera del soldado, y tan terrible la expresión de su fisonomía, bañada en sudor, que el Profeta y los curiosos dieron un paso hacia atrás.

Durante algunos segundos reinó el más profundo silencio, y excitando Dagoberto el interés general, uno de los espectadores dijo a los que le rodeaban:

—En realidad, este hombre no es un cobarde.

—No, ciertamente.

—Muchas veces se necesita más valor para negarse a un desafío que para admitirlo.

—Después de todo, el Profeta ha hecho mal en provocarle, sin tener en cuenta que es un extranjero.

—Y como extranjero, si se batiese y fuese prendido ya tendría que sufrir mucho tiempo de prisión.

—Y, en fin —añadió otro— viaja con dos niñas. ¿Y en esta posición, puede batirse por una bagatela?

—Si fuese muerto o prisionero ¿qué sería de esas pobres criaturas?

Dagoberto se volvió hacia el que acababa de pronunciar estas palabras. Vio a un hombre gordo de semblante franco y candoroso, le alargó la mano y le dijo con voz conmovida:

—Gracias, señor.

El alemán apretó cordialmente la mano que Dagoberto le ofrecía.

—Señor —añadió continuando asido de la mano del soldado—, haced una cosa, tomad un bol de ponche con nosotros; obligaremos a ese diablo de Profeta a convenir en que ha sido demasiado susceptible y a brindar con vos.

Hasta entonces el domador de fieras, desesperado del resultado de aquella escena, pues creía que el soldado aceptaría su provocación, había mirado con desprecio a los que abandonaban su partido, poco a poco sus facciones se dulcificaron, y creyendo útil a sus proyectos ocultar su cólera dio un paso hacia el soldado y le dijo en tono afectuoso:

—Ea, obedezco a estos señores; declaro que he hecho mal; habíame ofendido vuestra mala acogida, y no fui dueño de mí mismo; repito que he hecho mal —añadió con un despecho concentrado—. El Señor recomienda la humildad, os pido mil perdones.

Esta prueba de moderación y arrepentimiento fue vivamente aplaudida y celebrada por los espectadores.

—Os pide perdón; no tenéis nada que decir a esto, amigo mío —replicó uno de

ellos dirigiéndose a Dagoberto—; vamos a beber juntos; os hacemos este ofrecimiento con toda sinceridad; aceptadle con la misma. Sí, sí, aceptadle en nombre de vuestras lindas niñas —dijo el hombre gordo a fin de decidir a Dagoberto.

Éste, vivamente emocionado por las pruebas de deferencia que le daban los alemanes, les respondió:

—Gracias, señores, agradezco vuestras generosas ofertas; pero cuando se acepta un convite, es menester pagarlo a su vez.

—¡Pues bien! aceptamos, convenido, cada uno a su vez, así debe ser: nosotros pagaremos el primer bol y vos el segundo.

—Pobreza no es vicio —replicó Dagoberto—. Así que os diré francamente que no tengo medios para ofrecer os de beber a mi vez; todavía nos quedan muchas jornadas que andar y no debo hacer gastos inútiles.

El soldado dijo estas palabras tan dignamente, que los alemanes no se atrevieron a renovar su oferta, conociendo que un hombre del carácter de Dagoberto no podía aceptarla sin humillación.

—¡Cómo ha de ser! —dijo el hombre gordo—. Hubiera tenido un gusto especial en beber con vos. ¡Adiós mi buen soldado! Adiós, se hace tarde, y el posadero del «Halcón Blanco» va a ponernos en la calle.

—Adiós, señores —dijo Dagoberto dirigiéndose a la caballeriza para dar pienso a su caballo.

Morok se aproximó, y le dijo con tono humilde:

—He confesado mis faltas, os he pedido perdón, nada me habéis contestado, ¿me guardáis rencor todavía?

—Si alguna vez vuelvo a verte, cuando mis niñas no tengan ya necesidad de mí —dijo el veterano con voz sorda y contenida—, te diré algunas palabras.

En seguida volvió bruscamente la espalda al Profeta, que salió del patio.

* * *

La posada del «Halcón Blanco» formaba un paralelogramo.

En uno de sus extremos se elevaba el edificio principal, en el otro había algunos cuartos alquilados a bajo precio a los viajeros pobres; un pasadizo abovedado practicado en esta parte del edificio daba al campo; por fin, en cada lado del patio se veían cocheras y cobertizos dominados por graneros y tejados.

Dagoberto, al entrar en una de las caballerizas, fue a tomar sobre un arca una ración de avena para su caballo, la echó en un arnero y la movió, acercándose a «Jovial». No pudo menos de sorprenderse al observar que su antiguo compañero de camino no respondió con un relincho alegre al ruido de la avena; inquieto, llamó a «Jovial» con voz amiga; pero éste, en vez de volver inmediatamente hacia su amo su ojo inteligente y manotear con impaciencia, permaneció inmóvil.

El soldado cada vez más sorprendido se aproximó al caballo. A la trémula luz de

un mal farol vio al pobre animal en una actitud que anunciaba el espanto; los corvejones medio doblados, la cabeza levantada, las orejas caídas, las narices temblorosas; tiraba de su ramal como deseando romperlo a fin de alejarse del tabique en que se apoyaba el pesebre; un sudor abundante y frío jaspeaba su piel, y de vez en cuando temblores convulsivos agitaban su cuerpo.

—¿Qué es eso?, ¿qué pasa, viejo «Jovial»? —dijo el soldado poniendo el arnero en el suelo a fin de poder acariciar a su caballo—; estás con tu amo, ¿tienes miedo? —añadió con amargura pensando en la ofensa que había tenido que soportar—. ¿Tienes miedo, tú que sin embargo no eres cobarde comúnmente?

No obstante las caricias y la voz de su amo, el caballo continuó dando señales de terror; sin embargo, tiró menos de su ramal, y aproximó sus narices a Dagoberto.

—¡Ya no me conoces! —prorrumpió Dagoberto—, ¡aquí pasa algo de extraordinario! —y el soldado miró a su alrededor con inquietud.

La cuadra era espaciosa, sombría, y apenas alumbrada por el farol suspendido en el techo que cubrían innumerables telas de araña; en el otro extremo, y separados de «Jovial» se veía a los tres fuertes caballos negros del domador de fieras, tan tranquilos como trémulo y asustado estaba «Jovial». Reparando Dagoberto en este singular contraste, cuya explicación debía tener pronto, acarició de nuevo a su caballo, que, poco a poco, tranquilizado con la presencia de su amo, le besó las manos, frotó su cabeza contra él, relinchó dulcemente, y le dio, en fin, como de costumbre, mil pruebas de afecto.

—Enhorabuena, así es como quiero verte, mi viejo «Jovial» —dijo Dagoberto volviendo a coger el arnero y derramando su contenido en el pesebre—. Vamos, come, buen apetito; mañana tenemos que hacer una larga jornada; y sobre todo, no te asustes por nada. Si tu compañero «Malasombra» estuviese aquí, te tranquilizaría, pero está allá arriba con las niñas; es un guardián en mi ausencia. Vamos, vamos, come, en vez de mirarme.

Pero el caballo, después de haber removido su avena con el extremo del hocico como para obedecer a su amo, nada comió y empezó a mordisquear el brazo de Dagoberto.

—¡Ah!, ¡mi pobre «Jovial»! tú tienes algo, tú, que ordinariamente comes tanto, dejas tu avena, ésta es la primera vez que tal cosa te acontece desde que nos hemos puesto en camino —dijo el soldado seriamente inquieto, porque el resultado de su viaje dependía en gran parte del poder y de la salud de su caballo.

Un rugido espantoso, y tan próximo, que parecía salir de la misma cuadra, sorprendió tan violentamente a «Jovial», que de un tirón rompió su ramal, saltó el palo que señalaba su sitio, corrió a la puerta abierta y se salió al patio.

Dagoberto no pudo menos de temblar al escuchar este rugido repentino, vigoroso, salvaje, que tanto había aterrado a su caballo.

La cuadra vecina, ocupada por la del domador de fieras, sólo estaba separada por el tabique en que se apoyaban los pesebres. Los tres caballos del Profeta,

acostumbrados a estos aullidos, permanecieron tranquilos.

—Bueno, bueno —dijo el soldado—, ya comprendo; sin duda «Jovial» había oído un rugido semejante, olía a los animales de este insolente pícaro: ¡qué más se necesita para asustarlo! y aquí debe haber alguien —añadió el soldado juntando cuidadosamente la avena en el pesebre—: trasladado a otra cuadra, comerá su avena y mañana al amanecer nos pondremos en camino.

Rosa y Blanca

Las huérfanas ocupaban en uno de los corredores más retirados del edificio un cuartito medio arruinado, cuya única ventana daba vista al campo: una cama sin colgaduras, una mesa y dos sillas componían el ajuar más que modesto de este pequeño aposento alumbrado por una lámpara; sobre la mesa, colocada cerca de la ventana, estaba el morral de Dagoberto.

«Malasombra», el enorme perro de Siberia, echado cerca de la puerta, había ya gruñido sordamente volviendo la cabeza hacia la ventana.

Las dos hermanas recostadas en su lecho estaban envueltas en largos peinadores blancos, abotonados por el cuello y las mangas. No tenían gorros, y sólo una cinta de hilo sujetaba sus hermosos cabellos castaños cerca de las sienes para que no se enmarañasen durante la noche. Aquellos vestidos blancos, aquella especie de blanca aureola que rodeaba sus frentes, daba una expresión más cándida a sus frescos y lindos rostros.

Las huérfanas hablaban y reían alegremente, pues a pesar de sus tempranas pesadumbres conservaban la franca alegría de su edad: el recuerdo de su madre las entristecía algunas veces, pero esta tristeza, que nada tenía de amarga, era más bien una dulce melancolía que apetecían en vez de huirla, porque para ellas aquella madre siempre querida no había muerto; sólo estaba ausente.

Casi tan ignorantes como Dagoberto en materia de prácticas devotas, pues en el desierto en que habían vivido no había sacerdote ni iglesia, creían solamente, como hemos dicho, en que Dios justo y bueno, sentía tanta piedad por las pobres madres cuyos hijos quedaban en este mundo, que desde el cielo podían verlos y oírlos, y que les enviaban algunas veces ángeles de guarda para protegerlos.

Merced a esta sencilla ilusión, las huérfanas, persuadidas de que su madre velaba incesantemente por ellas, creían que obrando mal afligirían a su madre y desmerecerían de la ayuda de los ángeles buenos.

A esto se limitaba la teología de Rosa y Blanca, teología suficiente para sus almas cándidas y puras.

En este momento las dos hermanas esperando a Dagoberto se entretenían hablando.

Su conversación les interesaba mucho, porque hacía algunos días guardaban un secreto, un gran secreto que hacía latir con frecuencia sus corazones virginales, agitaba su pecho, cambiaba en encarnado el color de sus rosadas mejillas, y cubría algunas veces de languidez inquieta y soñadora sus grandes ojos azules tan cariñosos y expresivos.

Rosa estaba aquella noche a la orilla de la cama, y sus torneados brazos se cruzaban detrás de su cabeza que tenía medio vuelta hacia su hermana, ésta apoyando el codo sobre la almohada, la miraba y se sonreía diciéndola:

—¿Crees que vendrá esta misma noche?

—Sí, porque ayer nos lo prometió.

—¡Es tan bueno! no faltará a su promesa.

—Y además tan hermoso, con sus cabellos largos y llenos de bucles...

—Y su nombre, ¡qué nombre, tan hermoso!, ¡y qué bien cuadra a su figura!

—Y qué voz tan dulce, y qué dulce sonrisa cuando nos dice tomándonos la mano... «Hijas mías, dad gracias a Dios porque os ha dado la misma alma. Lo que generalmente se busca en los demás lo encontraréis en vosotras mismas».

—«Pues vuestros dos corazones no forman más que uno» —añadió.

—¡Qué felicidad es para nosotras acordarnos de todas sus palabras, hermana mía!

—Estamos tan atentas... mira, cuando veo que le escuchas, me parece que yo misma me estoy viendo oírle en mi pequeño espejo —dijo Rosa riendo, y besando a su hermana en la frente—. Cuando habla, tus ojos, mejor diré, nuestros ojos, lo miran con mucha atención; nuestros labios se agitan como si repitiésemos cada una sus palabras, y de este modo no es extraño que no olvidemos nada de lo que dice.

—¡Y como lo que él dice es tan agradable, tan noble, tan generoso!

—Y sobre todo, hermana mía, a medida que habla ¡cuántos buenos pensamientos siente una nacer en sí misma!

—Sí, siempre los recordaremos.

—Tranquilízate, que quedarán en nuestro corazón como los pajarillos en el nido maternal.

—¿Sabes, Rosa, que es una gran felicidad que nos ame a las dos a un tiempo?

—No podía ser de otro modo, puesto que entre las dos no tenemos más que un corazón.

—¿Cómo se pudiera amar a Rosa sin amar a Blanca? ¿Qué sería entonces de la pobre que no fuera querida? Además, ¿no sería muy dificultosa la elección? ¡Nos parecemos tanto!

—Así es, que para ahorrarse dificultades —dijo Rosa riéndose—, nos ha escogido a las dos.

—¿No es así mejor? Él es único para amarnos, y nosotras dos para quererlo.

—Con tal que no nos deje hasta París...

—Y que en París le veamos también...

—Y sobre todo en París ¡qué bueno será tenerlo con nosotras, y con Dagoberto, en aquella ciudad tan grande! ¡Dios mío!, ¡qué cosa tan sublime debe ser!

—¡París! Será como una ciudad de oro.

—Una ciudad donde todo el mundo debe ser feliz, puesto que es tan hermosa.

—Pero nosotras, pobres huérfanas, ¿podremos entrar en ella? ¿Cómo nos mirarán?

—Es verdad; mas supuesto que allí todos son felices, todos serán también buenos.

—Y nos amarán.

—Y estaremos con nuestro amigo, el de los cabellos rubios y los ojos azules.

—Nada ha referido todavía de París. No se le habrá ocurrido. Esta noche le hablaremos de esto. Si está en disposición de hablar; porque ya sabes que por lo regular prefiere contemplarnos en silencio, sus ojos fijos en los nuestros.

—Sí, y entonces su mirada me recuerda algunas veces las miradas de nuestra querida madre.

—¡Y cuán contenta debe estar de lo que nos sucede, puesto que nos ve!

—Pues si nos ama tanto, es sin duda porque lo merecemos.

—¡Mira qué vanidosa! —dijo Blanca complaciéndose en alisar con sus lindos dedos los cabellos de su hermana extendidos sobre la frente. Después de un momento de reflexión, Rosa le dijo:

—¿No crees que deberíamos contárselo todo a Dagoberto? Si te parece se lo diremos.

—Siempre se lo decimos todo, como se lo decíamos a nuestra madre: ¿por qué le hemos de ocultar cosa alguna?

—Y sobre todo una cosa que es una gran felicidad para nosotras.

—¿No te parece que desde que conocemos a nuestro amigo, late nuestro corazón más apresurado y con más fuerza?

—Sí, podría decirse que está más lleno.

—Eso es muy sencillo; nuestro amigo ocupa en él un lugar.

—Haremos bien en decir a Dagoberto cuál ha sido nuestra buena suerte.

—Tienes razón.

En este momento el perro volvió a gruñir sordamente.

—Hermana mía —dijo Rosa acercándose más a Blanca—, el perro está gruñendo, ¿qué será esto?

—¡«Malasombra»!, calla, ven aquí —dijo Blanca dando golpes con la mano en el borde de la cama.

El perro se levantó, dejó oír otra vez su sordo gruñido y vino a poner sobre la cama su hermosa e inteligente cabeza, mirando obstinadamente hacia la ventana; las dos hermanas se inclinaron hacia él para acariciar su ancha frente en cuyo centro se alzaba una notable protuberancia, prueba evidente de la pureza de su raza.

—¿Qué tienes para gruñir así «Malasombra»? —dijo Blanca, tirándole con suavidad de las orejas—. ¡Hum!, ¡mi buen perro!

—¡Pobre animal!, ¡está siempre tan inquieto, cuando Dagoberto está ausente!

—Es verdad, y parece que sabe que entonces debe cuidar más de nosotros.

—Creo hermana mía, que Dagoberto tarda mucho en venir a darnos las buenas noches.

—Estará echando de comer a «Jovial».

—Ahora me acuerdo de que esta noche no hemos acariciado a nuestro pobre

«Jovial».

—Pues lo siento.

—¡Pobre animal!, ¡parece tan contento cuando le acariciamos! Cualquiera diría que nos daba las gracias por nuestra visita.

—Dagoberto le habrá dado las buenas noches por nosotras.

—¡Qué buen hombre!, ¡cómo nos cuida, cómo nos mimas! Todas las comodidades son para nosotras, y para él todo el trabajo.

—¿Y qué haremos para impedirlo?

—Qué desgracia que no seamos ricas para proporcionarle algún descanso.

—Ricas, ¡oh! hermana mía, nunca seremos más que unas desgraciadas huérfanas.

—¿Pero esa medalla, qué será?

—Sin duda encierra alguna esperanza, pues a no ser por ella no habríamos emprendido un viaje tan largo.

—Dagoberto nos ha prometido decírnoslo todo esta noche.

La joven no pudo continuar. Dos vidrios de la ventana saltaron en pedazos con estrépito. Las huérfanas se abrazaron dando un grito de espanto, mientras que el perro, lanzándose hacia la ventana, ladraba con furia. Las dos hermanas, pálidas, temblando, inmóviles de terror, y estrechamente abrazadas comprimían la respiración y no se atrevían a mirar hacia la ventana. «Malasombra», con las manos puestas en el dintel de ella, no disminuía sus ladridos irritados.

—¡Dios mío!, ¿qué es esto? —dijeron a un tiempo las dos huérfanas—. ¡Y Dagoberto no está aquí!

En este momento Rosa cogió de repente el brazo de Blanca exclamando:

—Escucha, escucha, oigo pasos en la escalera.

—Dios mío, me parece que no son los de Dagoberto, ¿no oyes qué pisadas tan fuertes?

—«Malasombra», aquí al instante, ven a defendernos —exclamaron las dos hermanas muy asustadas.

En efecto, unas pisadas muy fuertes resonaban en los sonoros escalones de madera, y una especie de roce muy extraño se oía a lo largo de la débil pared que separaba el aposento de la meseta de la escalera. En fin, un cuerpo pesado, cayendo contra la puerta, la hizo estremecer con violencia: las jóvenes con gran terror se miraron sin poder proferir palabra. La puerta se abrió. Era Dagoberto. Al verlo Rosa y Blanca se abrazaron con alegría como si hubiesen escapado de un gran peligro.

—¿Qué tenéis?, ¿a qué viene ese miedo? —les preguntó el soldado sorprendido.

—¡Ah!, ¡si lo supieras! —dijo Rosa con voz torpe, porque su corazón y el de su hermana latían con violencia.

—Si supieras lo que acaba de suceder... Luego, no hemos conocido tus pasos, nos parecieron tan pesados, y este ruido al otro lado de la pared...

—Pero medrosillas, yo no podía subir las gradas como un muchacho de quince años, atendiendo a que traía mi cama a cuestras; es decir un jergón que acabo de

tender junto a vuestra puerta para acostarme como de costumbre.

—¡Dios mío, qué locas somos, hermana, en no haber pensado en eso! —dijo Rosa mirando a Blanca.

Y aquellos dos hermosos rostros que habían palidecido a la vez, volvieron a recobrar sus frescos colores.

Durante esta escena, el perro, siempre cerca de la ventana, no había dejado de ladrar.

—¿Qué tiene «Malasombra» que está ladrando en la ventana, hijas mías? —dijo el soldado.

—Lo ignoramos, acaban de romper los vidrios de la ventana y esto es lo que empezó a asustarnos.

Dagoberto, sin responder, corrió a la ventana, la abrió de pronto, empujó las persianas y se inclinó hacia afuera.

—Nada veo, más que la oscuridad de la noche. Nada escucho más que el mugido del viento.

—¡«Malasombra»! —dijo a su perro indicándole la ventana—; salta, viejo mío, y busca.

El valiente animal dio un salto enorme y desapareció por la ventana, que sólo distaba ocho pies del suelo. Dagoberto desde la ventana excitaba a su perro con la voz y con la acción.

—Busca, viejo mío, busca; si hay alguien, embístele, tus colmillos son fuertes y no lo sueltes hasta que yo baje.

«Malasombra» no encontró a nadie; se le oía ir y venir rastreando de un lado a otro y lanzando algunas veces un grito ahogado como el de un perro que olfatea corriendo.

—No hay nadie, pues si lo hubiera, mi buen perro lo tendría ya sujeto por el cuello. —Volviéndose después a las jóvenes, que escuchaban sus palabras y seguían sus movimientos con inquietud—. ¿Cómo se han roto esos vidrios? —les dijo—. ¿Lo habéis visto hijas mías?

—No, Dagoberto; estábamos distraídas hablando, cuando oímos un gran ruido, y vimos caer dentro del cuarto los vidrios rotos.

—Me ha parecido —añadió Rosa— haber oído como si un postigo hubiera dado contra la ventana.

Dagoberto examinó la persiana y vio un pasador movable y bastante largo destinado a cerrar por dentro.

—El viento es muy fuerte —dijo—, tal vez movería la persiana y este pasador habrá roto los vidrios. Sí, sí, eso es. Además ¿qué interés podría tener nadie en hacer eso? —Dirigióse después a «Malasombra»—. Vaya, hijo mío, ya sé que no hay nadie.

El perro respondió con un ladrido cuyo sentido comprendió sin duda el soldado, pues le dijo:

—Entonces, ven acá; da la vuelta larga, encontrarás la puerta abierta, y no tendrás

que detenerte.

«Malasombra» siguió este consejo: después de haber gruñido algunos instantes debajo de la ventana, marchó a galope para dar vuelta al edificio y entrar en el patio.

—Vamos, tranquilizaos, hijas mías —dijo el soldado volviendo al lado de las huérfanas—; no era nada más que el viento.

—Hemos tenido mucho miedo —exclamó Rosa.

—Lo creo, pero estoy viendo que puede venir una ráfaga de aire y tendréis frío —dijo el soldado volviendo hacia la ventana que carecía de cortinas.

Después de haber buscado el medio de remediar este inconveniente cogió de encima de una silla la pelliza de piel de rengífero y la colgó del pasador, y con los faldones tapó lo mejor que pudo las aberturas de los cristales rotos.

—Gracias, Dagoberto, ¡qué bueno eres! estábamos impacientes por no haberte visto.

—Es verdad, has tardado hoy más de lo que acostumbras. —Notando Rosa después lo pálidas y lo alteradas que estaban las facciones del soldado, a quien duraba aún la desagradable impresión producida por la escena con Morok, le dijo:

—¡Qué pálido estás! ¿Qué te pasa?

—Nada, hijas mías, no tengo nada.

—Créeme, Rosa tiene razón; te aseguro que tienes la cara muy alterada.

—Os aseguro que nada tengo —respondió el soldado con bastante embarazo, pues no sabía mentir; mas encontrando una buena excusa para disimular su emoción, añadió—: Si tengo algo, es lo que me ha inquietado vuestro miedo; después de todo yo tengo la culpa.

—¿Tú la culpa?

—Sí, pues si hubiera empleado menos tiempo en cenar, hubiera permanecido aquí cuando se rompieron los cristales, y os hubierais ahorrado el susto.

—Mira, ya se nos ha pasado.

—¿Y qué, no te sientas?

—Sí, hijas mías, porque tenemos que hablar —dijo Dagoberto tomando una silla y sentándose a la cabecera de la cama—. ¿Estáis bien despiertas? A ver si tenéis los ojos muy abiertos.

—Mira, Dagoberto —dijeron las dos hermanas sonriendo y abriendo sus hermosos ojos azules lo más que podían.

—Vamos, vamos —repuso el soldado—, tiempo tenéis para dormir, además sólo son las nueve.

—También tenemos nosotras algo que decirte, Dagoberto —replicó Rosa después de haber mirado a su hermana.

—¿De verdad?

—Tenemos una confianza que hacerte.

—¿Una confianza?

—¡Ay, Dios mío, sí!

—Pero mira, una confianza muy... muy importante —añadió Rosa con seriedad.

—Una confianza que nos interesa a las dos —replicó Blanca.

—Ya lo creo... lo que conviene a la una, interesa siempre a la otra. ¿No sois, como suele decirse, dos cabezas en un sombrero?

—Y mucho más cuando pones sobre nuestras cabezas el gran capuchón de tu pelliza —dijo Rosa riéndose.

—¡A ver las burlonas, que siempre han de ser las últimas que hablen! Veamos, señoritas, esas confianzas que decís.

—Habla, hermana —dijo Blanca.

—No, señorita, a vos os toca hablar; hoy estáis «de plantón» como mayor, y una cosa tan importante como una confianza, según decís, corresponde a la mayor de derecho.

—Ya os escucho —dijo el soldado esforzándose por sonreír para ocultar a las jóvenes el resentimiento que aún le causaban las injurias no vengadas del domador de fieras. Y Rosa, que según Dagoberto era la «mayor y estaba de plantón» habló por sí y por su hermana.

VI

Confianzas

—En primer lugar, buen Dagoberto —dijo Rosa con marcada dulzura—, puesto que vamos a hablarte en confianza es necesario que prometas no regañarnos.

—¿Es verdad que no te enfadarás? —añadió Blanca con voz menos cariñosa.

—Concedido —respondió gravemente Dagoberto—, así como así no sé cómo me arreglaría para eso; pero ¿para qué os he de regañar?

—Porque hemos debido decirte antes lo que ahora vas a saber.

—Oíd, hijas mías —replicó Dagoberto con tono sentencioso, después de haber meditado un instante sobre este caso de conciencia—; una de dos, o habéis tenido razón para ocultármelo o no. Si habéis tenido motivo para ello, habéis hecho bien en callar; y si no, no hay nada más que decir; con que no hablemos más de esto. Estoy pronto a escucharos.

Enteramente tranquila con esta luminosa decisión, añadió Rosa dirigiendo a su hermana una mirada de inteligencia:

—Figúrate, Dagoberto, que ya hace dos noches que tenemos una visita.

—¡Una visita! —Y el soldado hizo un movimiento en su silla.

—Sí, una visita muy agradable... porque es rubio.

—¡Rubio! —dijo Dagoberto con sobresalto.

—¡Rubio y con ojos azules! —añadió Blanca.

—¡Con ojos azules! —y Dagoberto hizo de nuevo un movimiento de sorpresa.

—Sí, azules y de este tamaño —replicó Rosa poniendo la extremidad del índice de la mano derecha en medio del índice de la izquierda.

—¡Diantre! aunque fueran grandes, así —dijo el veterano señalando toda la longitud de su antebrazo—, no le hace...

—Rubio y con ojos azules...

—¡Ah! señoritas, ¿qué significa esto?

—¿Lo ves, Dagoberto? ya estás regañando.

—Y eso que ahora estamos al principio —prosiguió Rosa.

—¿Al principio?, ¿con que hay continuación y fin?

—¿Fin? tenemos esperanza de que no.

Y Rosa se echó a reír a carcajadas.

—Lo que nosotras deseamos es que esto dure siempre —añadió Blanca, participando de la alegría de su hermana.

Dagoberto miraba alternativamente a las dos jóvenes como queriendo adivinar el secreto, pero cuando vio sus lindos rostros graciosamente animados con una risa franca e ingenua, reflexionó que no estarían tan alegres si tuviesen algo que echarse

en cara, y no pensando ya más que en alegrarse al ver a las huérfanas tan alegres, dijo:

—Reíd, reíd, hijas mías; a mí me gusta reír tanto como a vosotras.

No obstante, pensando después que no debía responder de esta manera a la singular confianza de las jóvenes añadió ahuecando la voz:

—Me gusta veros reír; pero no cuando tenéis visitas de cabellos rubios y ojos azules, señoritas: vamos, continuad, que tengo deseos de saberlo todo... ¿queréis burlaros de mí?

—No; lo que te estamos diciendo es cierto, certísimo.

—Ya sabes que jamás hemos mentido —añadió Rosa.

—Tiene razón, nunca mienten —dijo el soldado volviendo a su perplejidad—. Pero ¿cómo es posible que hayan tenido esta visita? Yo me acuesto atravesado en la puerta de vuestro cuarto; «Malasombra» se echa junto a la ventana; nadie puede entrar sino por la ventana o por la puerta; y en este caso, «Malasombra» y yo, que tenemos el oído muy delicado, hubiéramos recibido la visita a nuestro modo. Con que vamos, niñas, os suplico que dejéis las bromas y os expliquéis.

Conociendo las dos hermanas, por la expresión de la fisonomía de Dagoberto, que estaba verdaderamente inquieto, no quisieron abusar más de su bondad, y Rosa dijo, cogiendo entre sus delicadas manos la áspera y ancha del soldado.

—Vamos, no te atormentes más, y te diremos la visita de nuestro amigo Gabriel.

—¿Volvéis a empezar? ¿Con que tiene también nombre?

—Sí, tiene nombre, y ya te lo hemos dicho... Gabriel.

—¡Qué nombre tan lindo!, ¿no es verdad, Dagoberto? ¡Oh! ya verás cómo tú amas como nosotras a nuestro hermoso Gabriel.

—Amaré a vuestro hermoso Gabriel —exclamó el veterano meneando la cabeza—, amaré a vuestro hermoso Gabriel... Según, porque antes es preciso que sepa... —Interrumpiéndose después añadió—: ¡Es singular!... Esto me recuerda una cosa...

—¿Qué, Dagoberto?

—Hace quince años, en la última epístola que vuestro padre al volver de Francia me trajo de mi mujer, me decía ella que a pesar de lo pobre que estaba y criando a nuestro pequeño Agrícola, había recogido a un pequeño niño abandonado, hermoso como un querubín, que se llamaba Gabriel, y hace poco tiempo que supe de él.

—¿Por quién?

—Vais a saberlo.

—Entonces, ya ves; puesto que también tienes tu Gabriel, hay una razón más para que ames al nuestro.

—El vuestro... el vuestro... ¿qué significa el vuestro?... ¡Estoy sobre ascuas!

—Ya sabes, Dagoberto —replicó Rosa—, que Blanca y yo tenemos la costumbre de dormirnos agarradas de las manos.

—Sí, sí, os he contemplado muchas veces así, en la cuna, y no me cansaba de veros tan hermosas.

—Pues bien, hace dos noches que, apenas nos quedamos dormidas...

—¡Es, pues, un sueño! —exclamó Dagoberto—: ¡puesto que estabais dormidas, sería en sueños!

—¡Sí, en sueños! ¿Cómo querías que fuera?...

—Deja hablar a mi hermana.

—Enhorabuena —dijo el soldado dando un suspiro de satisfacción—. De todos modos estaba muy tranquilo, porque... pero, en fin, lo mismo es. ¡En sueños! más vale así. Prosigue, Rosita.

—Cuando nos quedamos dormidas tuvimos un sueño semejante.

—¿Las dos el mismo?

—Sí, Dagoberto, porque a la mañana siguiente cuando despertamos nos contamos lo que habíamos soñado.

—Y era enteramente igual.

—Es cosa muy rara ese sueño, hijas mías ¿y qué era?

—Soñamos Blanca y yo que estando sentadas una al lado de la otra, vimos penetrar un hermoso ángel: vestía un bello ropaje blanco, tenía ojos azules y cabellos rubios, y su rostro era tan hermoso y tan dulce, que juntamos las manos como para dirigirle nuestras oraciones. Entonces nos dijo con voz suave que se llamaba Gabriel, que nuestra madre lo enviaba a nosotras para que fuera nuestro ángel tutelar, y que nunca nos abandonaría.

—Y después —añadió Blanca—, tomándonos una mano a cada una e inclinando hacia nosotras su lindo rostro, nos estuvo mirando mucho tiempo con tanta bondad... con tanta bondad... que no podíamos separar nuestros ojos de los suyos.

—Sí —continuó Rosa—, y nos parecía que su mirada nos atraía y nos llegaba al corazón. Con mucho sentimiento nuestro nos dejó Gabriel, diciéndonos que a la noche siguiente le volveríamos a ver.

—¿Y volvió?

—Sin falta, pero puedes suponerte con qué impaciencia nos dormiríamos para ver si nuestro amigo venía a vernos durante nuestro sueño.

—¡Hum! Esto me recuerda, señoritas, que antes de anoche os restregabais lindamente los ojos —dijo Dagoberto rascándose la frente—, diciendo que estabais rendidas de sueño. Apuesto a que era para despedirme más temprano y entregaros cuanto antes a vuestras ilusiones.

—Sí, Dagoberto.

—Lo cierto es que no podíais decirme: «Dagoberto, ve a acostarte», como se lo decís a «Malasombra». ¿Y volvió el amigo Gabriel?

—Cierto que volvió; pero esta vez nos habló mucho, y nos dio en nombre de nuestra madre consejos tan tiernos, tan generosos, que al día siguiente Rosa y yo, acordándonos de las palabras de nuestro ángel tutelar, y también de su rostro y de sus miradas...

—Eso me hace recordar, señoritas, que ayer estuvisteis cuchicheando mientras

duró la comida, y cuando yo os decía blanco, respondíais negro.

—Sí, Dagoberto, estábamos pensando en Gabriel.

—Además, le amamos las dos tanto como él nos ama.

—Pero él es solo y vosotras sois dos.

—¿Nuestra madre no era también sola para las dos?

—Y tú, Dagoberto, ¿no eres sólo para nosotras?

—¡Ciertamente! ¿Pero sabéis que voy a tener celos de ese galán?

—Tú eres nuestro amigo de día; él será nuestro amigo de noche.

—Entendámonos; si de día habláis de él y con él soñáis de noche, ¿qué me queda a mí?

—Te quedarán tus dos huérfanas a quienes amas tanto —dijo Rosa.

—Y que en la tierra no tienen más que a ti —añadió Blanca con voz dulce.

—¡Hum, hum! eso es, aduladme. Vamos, hijas mías —repuso con ternura el soldado—; estoy contento con lo que me toca, y os dejo a vuestro Gabriel. Estaba seguro de que «Malasombra» y yo podíamos dormir a pierna suelta. Por lo demás, nada hay de singular en eso; vuestro primer sueño os hizo impresión, y a fuerza de hablar de él volvisteis a soñar lo mismo; así que no me espantará de que volváis a ver a esa linda ave nocturna.

—¡Oh Dagoberto! No te burles; es verdad que no es más que un sueño, pero es nuestra madre quien nos lo envía. ¿No solía decir que las jóvenes huérfanas tenían ángeles custodios? Pues bien, Gabriel será el nuestro, nos protegerá y te protegerá también a ti.

—Será mucha bondad de su parte el acordarse de mí; pero mirad, hijas mías, para ayudarme a defenderos, quiero mejor a «Malasombra», que aunque no es rubio como el ángel, tiene mejores dientes, y esto es más seguro.

—¡Qué atroz estás con tus bromas, Dagoberto!

—Es verdad, de todo te burlas.

—Sí, es cosa extraña que yo esté alegre; me río lo mismo que el pobre «Jovial», sin despegar los dientes. Vamos, niñas, no me regañéis más: he hecho mal, en verdad, porque la idea de vuestra digna madre se mezcla en este sueño, y hacéis bien en hablar de él con seriedad. Además —añadió con tono grave—, suele haber algo de verdad en los sueños. Dos dragones de la emperatriz, camaradas míos, hallándonos en España, soñaron la víspera de su muerte que serían envenenados, y lo fueron en efecto. Si soñáis obstinadamente con ese bello ángel Gabriel, entonces, entonces es porque eso os distrae; y ya que no tenéis diversiones de día, soñad a lo menos cosas más alegres: ahora, hijas mías, tengo mucho que deciros: se tratará de vuestra madre; prometedme no entristeceros.

—No tengas cuidado; cuando pensamos en ella no estamos tristes, sino serias.

—Sea enhorabuena; por miedo de entristeceros he demorado siempre el momento de deciros lo que vuestra madre os habría confiado cuando ya no hubierais sido niñas; pero murió tan pronto, que no tuvo tiempo para ello, y además, lo que tenía que

deciros le despedazaba el corazón, como me lo destroza a mí; he retardado estas confianzas todo lo posible, con el pretexto de no hablaros hasta el día que atravesáramos el campo de batalla en que vuestro padre fue hecho prisionero. Esto me daba tiempo, pero el momento es llegado y nada debe detenerme.

—Ya te escuchamos, Dagoberto —respondieron las dos jóvenes con aire atento y melancólico.

Después de un momento de silencio, durante el cual coordinó sus recuerdos, el veterano habló así a las jóvenes:

—El general Simón, vuestro padre, era hijo de un artesano; a pesar de todos los esfuerzos y consejos del general, el buen hombre se opuso a salir de su estado, porque tenía como su hijo la cabeza de hierro y el corazón de oro: ya podréis pensar, hijas mías, que habiendo vuestro padre sentado plaza de simple soldado, no llegaría sin trabajo y sin gloria a ser general y conde imperial.

—¡Conde imperial!, ¿qué quiere decir eso, Dagoberto?

—Una tontería; un título que el emperador daba generosamente con el grado como para decir al pueblo a quien amaba, porque de él había salido: «Hijos míos, ¿queréis ostentar nobleza como los antiguos nobles? os hago nobles. ¿Queréis jugar a los reyes? ya lo sois. Disfrutad de todo, hijos, nada hay que sea demasiado para vosotros. ¡Regalaos!».

—¡Reyes! —dijeron las jóvenes juntando las manos con admiración.

—¡Ah! el emperador no era escaso en dar coronas. Yo he tenido un compañero, que después fue rey, y era valiente en verdad: esto nos halagaba, porque, al fin, cuando no tocaba a unos tocaba a otros. Mientras duró aquel juego, vuestro padre fue conde; pero conde o no, era el más hermoso y el más valiente general del ejército.

—¿Es verdad que era muy hermoso, Dagoberto? Nuestra madre lo afirmaba.

—¡Oh! sí, pero era todo lo contrario que vuestro rubio ángel guardián. Figuraos un hermoso moreno, de gran uniforme, capaz de entusiasmaros y haceros perder la cabeza. Con él se hubiera cargado hasta sobre el buen Dios. Si el buen Dios lo hubiera tolerado —se apresuró a decir Dagoberto a modo de correctivo, no queriendo herir en lo más mínimo la fe de las huérfanas.

—Y nuestro padre sería tan bueno como valiente, ¿no es verdad, Dagoberto?

—¡Bueno, hijas mías, él! Ya lo creo; hubiera doblado una herradura como vosotras dobláis un papel, y el día que cayó prisionero acuchilló a los artilleros prusianos hasta sobre sus mismos cañones. Con tal valor y tales fuerzas ¿cómo queréis que no fuese bueno? Hace ya diecinueve años que cerca de aquí, el general cayó del caballo peligrosamente herido, y yo corrí a socorrerle porque le seguía como su ordenanza. Pocos momentos después fuimos hechos prisioneros; y ¿por quién? Por un francés.

—¿Quién?

—Un marqués emigrado que era coronel al servicio de Rusia —respondió Dagoberto con amargura—. Así, cuando el marqués dijo al general adelantándose

hacia él: «Rendíos a un compatriota». «Un francés que se bate contra la Francia no es mi compatriota, es un traidor; y yo no me rindo a él» —replicó el general; y herido como estaba, se arrastró hasta un granadero ruso que estaba cerca, y le entregó su sable diciendo—: «Me rindo a vos, valiente». El marqués se puso pálido de rabia.

Las huérfanas se miraron con orgullo, un subido encarnado coloreó sus mejillas, y exclamaron:

—¡Ah qué valiente era nuestro padre!

—¡Hum! las niñas —dijo Dagoberto retorciéndose el bigote con orgullo—. ¡Cómo se conoce que tienen en sus venas sangre de soldado! —Después prosiguió:

—Hemos prisioneros y a caballo. No disponiendo de caballo el general porque le habían matado el último que le quedaba, montó en «Jovial» que no estaba herido, y llegamos a Varsovia, donde él conoció a vuestra madre, a quien llamaban por encarecimiento, «La Perla de Varsovia».

»El general, que adoraba lo que era bueno y hermoso, se enamoró de ella al momento: ella le correspondió; pero sus padres la habían prometido a otro... Ese otro... era...

Dagoberto no pudo continuar. Rosa dio un grito penetrante e indicó con espanto hacia la ventana.

VII

El viajero

Al grito de la joven, Dagoberto se levantó bruscamente.

—¿Qué tenéis, Rosa?

—Allí, allí —dijo señalando a la ventana—; me parece haber visto una mano separar la pelliza.

Rosa no había terminado estas palabras, cuando Dagoberto corrió a la ventana, que abrió violentamente después de haber quitado la pelliza suspendida en la falleba.

La noche continuaba siendo oscura y ventosa. El soldado aplicó el oído y nada oyó. Cogió la luz y quiso alumbrar por la parte de afuera, poniendo delante de la llama su mano a fin de que no se apagara. Nada vio. Cerrando de nuevo la ventana, se persuadió que una bocanada de viento habría separado y agitado la pelliza, causando infundado miedo a Rosa.

—Tranquilizaos, hijas mías, el viento es fuertísimo: esto será lo que habrá hecho moverse la pelliza.

—Paréceme, sin embargo, haber visto unos dedos que la separaban —dijo Rosa todavía temblando.

—Yo nada he visto —replicó Blanca.

—Ni nada puede haberse visto, hijas mías; la ventana está a lo menos ocho pies del suelo; precisaba ser un gigante para alcanzar a ella, o subir por una escala, pero no han tenido tiempo de quitar esta escala, puesto que apenas gritó Rosa corrí a la ventana, y sacando la luz hacia fuera nada he visto.

—Me habré engañado —dijo Rosa.

—¿Lo ves, hermana mía? es el viento —añadió Blanca.

—Entonces perdón por haberte interrumpido, mi buen Dagoberto.

—Es igual; siento que «Malasombra» no haya venido; hubiera vigilado la ventana y esto os hubiera tranquilizado; pero habrá husmeado la cuadra de su camarada «Jovial», y habrá ido a darle las buenas noches; tengo ganas de ir a buscarlo.

—¡Oh! no, Dagoberto, no nos dejes solas —gritaron las niñas— sufriríamos demasiado miedo.

—Pero «Malasombra» no puede tardar en volver, y estoy seguro de que pronto lo oiremos arañar en la puerta. Continuemos, pues, nuestra relación —dijo Dagoberto sentándose a la cabecera del lecho de las dos hermanas, esta vez enfrente de la ventana—. Decía que el general había llegado prisionero a Varsovia, y que se había enamorado de vuestra madre que querían casar con otro. En 1814 supimos la conclusión de la guerra, el destierro del emperador a la isla de Elba y el regreso de los Borbones, de acuerdo con los prusianos y los rusos que los habían llevado y habían

desterrado al emperador a la isla de Elba; al saber esto vuestra madre dijo al general: «La guerra ha concluido, estáis libre, el emperador es desgraciado; todo se lo debéis; id en su busca, no sé cuando volveremos a vernos, pero no me casaré sino con vos, y seré vuestra hasta la muerte». Antes de partir, el general me dijo: «Dagoberto, quédate aquí, quizás te necesite la señorita Eva para huir de su familia si la atormentan en extremo; nuestra correspondencia pasará por tus manos; en París veré a tu mujer y a tu hijo, los tranquilizaré, les diré que eres para mí un amigo».

—Siempre el mismo —dijo Rosa enternecida mirando a Dagoberto.

—Bueno para el padre y para la madre como para las hijas —añadió Blanca.

—Amar a los unos es amar a los otros —respondió el soldado—. Mientras el general permanecía en la isla de Elba con el emperador, yo en Varsovia, oculto en las inmediaciones de la casa de vuestra madre, recibía las cartas y se las llevaba reservadamente. En una de estas cartas, lo digo con orgullo, hijas mías, el general me decía que el emperador se había acordado de mí.

—¡De ti! ¿Te conocía?

—Algo; me lisonjeo de ello.

—«¡Ah, Dagoberto!» —dijo a vuestro padre que le hablaba de mí— «un granadero de caballería de mi antigua guardia, acribillado de heridas, “un mátalas callando”, que he condecorado con mi mano en Wagram... no lo he olvidado...». ¡Oh hijas mías! Cuando vuestra madre me leyó esto, lloré copiosamente.

—El emperador, ¡qué hermosa cara de oro tenía en tu cruz de plata de cinta encarnada que nos enseñabas cuando éramos juiciosas!

—Es que también esa cruz dada por él, es para mí una reliquia, y está guardada en mi morral con lo que poseo de más valor, con nuestros papeles. Pero volviendo a vuestra madre, a quien llevaba las cartas del general, y con quien hablaba, porque esto la consolaba mucho; sus parientes tenían gusto en atormentarla, pero ella contestaba siempre: «Jamás me casaré sino con el general Simón». ¡Qué mujer tan soberbia! ¡Resignada, eso sí, pero valiente, como ella sola! Un día recibió una carta del general; había dejado la isla de Elba con el emperador. La guerra vuelve a empezar; en esta segunda campaña de Francia, principalmente en Ligny, hijas mías, vuestro padre se bate como un león, y su cuerpo de ejército hace como él, no ya prodigios de valor, sino de rabia. En Champagne los campesinos mataron tantos prusianos, que sus campos han tenido abono para algunos años. Hombres, mujeres y niños, todos lanzáronse a la pelea. Horquillas, piedras, azadones, todo era bueno para la matanza, verdadera batida de lobos.

Las huérfanas, hijas de un soldado y de una madre animosa, sentíanse conmovidas a estas palabras enérgicas en lugar de asustarse con su rudeza; su corazón latía más fuertemente, y sus mejillas se animaban también.

—¡Qué suerte para nosotras ser hijas de un padre valiente! —exclamó Blanca.

—¡Qué felicidad y qué honor, hijas mías, porque la tarde del combate de Ligny, el emperador, con júbilo de todo el ejército, nombró a vuestro padre en el campo de

batalla «duque de Ligny y mariscal de Francia»!

—¡Mariscal de Francia! —dijo Rosa asombrada sin comprender bien el valor de esas palabras.

—¡Duque de Ligny! —replicó Blanca con igual sorpresa.

—Sí, Pedro Simón, hijo de un artesano, «duque y mariscal». Es menester ser rey para ser más —replicó Dagoberto con orgullo—. He aquí cómo el emperador trataba a los hijos del pueblo; así es que el pueblo le idolatraba. Si se hubiera dicho: «Tu emperador hace de ti carne para cañón». «¡Bah! otro haría de mí la carne de la miseria», respondería el pueblo, que no es tonto; prefiero el cañón, con la probabilidad de ser capitán, coronel, mariscal, rey, o inválido: esto es mejor que morir de hambre, de frío y de vejez sobre la paja de un granero, después de haber trabajado cuarenta años para los demás.

—¿También en Francia, también en París, en esa hermosa ciudad, hay desgraciados que mueren de hambre y de miseria, Dagoberto?

—Lo mismo en París. Sí, hijas mías; así, que vuelvo a decir que el cañón vale más, porque se expone uno, como vuestro padre, a ser duque y mariscal. Cuando digo duque y mariscal, digo bien y digo mal, porque más tarde no fueron reconocidos este título ni este grado, porque después de la batalla de Ligny, hubo un día de luto... de gran luto, en que viejos soldados como yo, como me manifestó el general, lloraron, sí, lloraron sobre el campo de batalla aquel día, hijas mías, se llama Waterloo.

Hubo en estas sencillas palabras de Dagoberto un acento de tristeza tan profunda, que las huérfanas se estremecieron.

—En fin —replicó el soldado suspirando— hay días malditos; aquel día en Waterloo el general cayó cubierto de heridas, al frente de una división de la guardia. Apenas restablecido, pidió ir a Santa Elena, otra isla al cabo del mundo, donde los ingleses habían llevado al emperador para atormentarlo tranquilamente, porque si fue feliz al principio, ya veis hijas mías, que fue muy desgraciado después.

—No digas eso, Dagoberto, porque lloraríamos.

—Es que hay motivo para llorar. ¡El emperador sufrió tantas cosas! Desgraciadamente el general no se hallaba con él en Santa Elena; hubiera sido uno más para consolarle, pero no se lo permitieron. Entonces, exasperado como tantos otros contra los Borbones, el general dirige una conspiración en favor del hijo del emperador. Quería levantar un regimiento casi todo compuesto de antiguos soldados suyos. Se dirige a una ciudad de Picardía donde estaba aquella guarnición, mas ya la conspiración había sido descubierta. En el momento de llegar el general, fue preso y conducido a presencia del coronel del regimiento. Y este coronel —dijo el soldado después de un nuevo silencio—, ¿sabéis quién era? Pero, ¡ah!, esto sería demasiado largo de explicar y os entristecería más; en fin, era un hombre que vuestro padre tenía muchas razones para aborrecer. Así que, hallándose frente a frente de él, le dijo: «Si no sois un cobarde, ponedme en libertad por una hora y nos batiremos a muerte, porque os aborrezco por esto, por aquello y por lo de más allá». El coronel acepta,

pone a vuestro padre en libertad hasta el siguiente día en que se verifica el desafío, quedando el coronel por muerto en el sitio.

—¡Oh! ¡Santo Dios!

—El general limpiaba su espada, cuando un amigo leal vino a decirle que debía ponerse en salvo: en efecto, logró dejar felizmente la Francia. Sí, felizmente, porque quince días después había sido sentenciado a muerte como conspirador.

—¡Cuántas desgracias! ¡Dios mío!

—Sí, pero en esta última desgracia hubo una felicidad, porque fiel vuestra madre a su promesa y esperándole siempre, le escribió: «Después del emperador, yo». No pudiendo ya hacer nada por el emperador ni por su hijo, el general, desterrado de Francia, llega a Varsovia. Vuestra madre acababa de perder a sus padres: era libre, se casan, y yo soy uno de los testigos del casamiento.

—Tienes razón, ¡qué felicidad en medio de tan grandes desgracias!

—Helos ya muy felices; pero como todos los buenos corazones, cuanto más felices son más se entristecen por la desgracia de los demás, y no faltaba por qué apesadumbrarse en Varsovia. Los rusos principiaban a tratar de nuevo a los polacos como esclavos, vuestra madre, aunque de origen francés era polaca de corazón y de alma: decía enérgicamente en voz alta lo que los demás sólo se atrevían a decir muy quedo: así es que los desdichados la llamaban su buen ángel, y esto bastó para poner en guardia al gobernador ruso. Un día uno de los amigos del general, antiguo coronel de lanceros, valiente y honrado militar, fue desterrado a la Siberia por una conspiración militar contra los rusos; escapó: vuestro padre le ocultó en su casa, pero esto se descubrió; a la noche siguiente un pelotón de cosacos mandado por un oficial, y seguido de una silla de posta, llega a nuestra puerta, sorprenden al general mientras dormía y se lo llevan.

—¡Dios mío!, ¡qué querían hacerle!

—Conducirle fuera de Rusia, con prohibición de volver jamás, y amenazándole con una prisión perpetua si desobedecía esta orden. Éstas fueron sus últimas palabras: «Dagoberto, te confío a mi mujer y a mi hijo»; porque vuestra madre debía daros a luz dentro de algunos meses. Pues bien, a pesar de esto la desterraron a Siberia; era una ocasión para deshacerse de ella, hacía mucho bien en Varsovia y la temían. No contentos con desterrarla le confiscaron todos sus bienes; y la única gracia que pudo conseguir fue que yo la acompañara, y a no ser por «Jovial», que el general me había mandado conservar, hubiera tenido que andar el camino a pie. De este modo, pues, ella a caballo, y yo conduciéndola como ahora lo hago a vosotras, hijas mías, llegamos a una miserable aldea, donde tres meses después nacisteis, pobres niñas.

—¿Y nuestro padre?

—Le fue imposible volver a Rusia, imposible a vuestra madre pensar en huir con dos niñas, imposible al general escribirla, porque no sabía dónde se hallaba.

—¿Según eso, no ha habido después ninguna noticia de él?

—Sí, hijas mías, una vez las hemos tenido.

—¿Y por quién?

Después de un momento de silencio, añadió Dagoberto con una expresión de fisonomía extraordinaria:

—¿Por quién? Por un hombre que no se parece a los demás... Sí; para que comprendáis este enigma, es menester que os cuente en dos palabras una aventura extraordinaria acaecida a vuestro padre durante la campaña de Francia. Había recibido del emperador la orden de tomar una batería que molestaba a nuestro ejército; después de muchas tentativas desgraciadas, el general se pone a la cabeza de un regimiento de coraceros, carga sobre la batería, y según su costumbre, llega hasta los cañones sable en mano, encontrándose a caballo precisamente delante de la boca de una pieza, cuyos artilleros acababan de ser muertos o heridos; sin embargo, uno de ellos tuvo todavía fuerzas para levantarse, apoyarse en una rodilla, aproximar al oído del cañón la mecha que conservaba en la mano, y esto, precisamente en el instante en que el general estaba a diez pasos y enfrente del cañón cargado.

—¡Gran, Dios!, ¡qué peligro para nuestro padre!

—Jamás me dijo había corrido otro semejante, porque cuando vio al artillero aplicar el fuego a la pieza, ya salía el tiro: pero en el mismo instante un hombre de alta estatura, vestido de labrador, y en quien vuestro padre hasta entonces no había reparado, púsose delante del cañón.

—¡Ay!, ¡qué muerte tan horrible sufriría el desgraciado!

—Sí —replicó Dagoberto con aire pensativo—. Así debía suceder; debió ser hecho mil pedazos, y sin embargo, nada de esto sucedió.

—¿Qué dices?

—Lo mismo que me dijo el general. «En el momento de salir el tiro —me repetía frecuentemente—, por un movimiento de horror involuntario cerré los ojos para no ver el cadáver mutilado de aquel desgraciado que se había sacrificado por mí... Cuando los abrí, ¿qué veo en medio del humo? a aquel hombre alto, de pie y tranquilo en el mismo sitio, dirigiendo una mirada melancólica y dulce al artillero, que con una rodilla en tierra, y el cuerpo echado hacia atrás, le miraba tan espantado como si hubiera visto al demonio en persona, y como después continuase el movimiento de la batalla, no pude volver a ver a aquel hombre...» —añadía vuestro padre.

—Dios mío, Dagoberto, ¿es posible?

—Eso mismo es lo que dije al general, y me contestó que jamás había podido explicarse aquel suceso tan increíble como cierto. Por otra parte, era preciso que a vuestro padre le hubiera chocado mucho la figura de aquel que parecía, según él decía, tener cerca de treinta primaveras, porque había notado que sus cejas muy negras y juntas entre sí no formaban, por decirlo así, sino una sola de una sien a otra, de manera que parecía tener la frente rayada con una lista negra. Retened bien esto, hijas mías; ahora mismo sabréis por qué.

—Sí, Dagoberto, nos acordaremos bien —dijeron las huérfanas, cada vez más

asombradas.

—¡Cosa más extraña!, ¡un hombre con la frente rayada de negro!

—Escuchad aún: ya os dije que el general había quedado como muerto en Waterloo. Durante la noche que pasó en el campo de batalla en una especie de delirio producido por la fiebre de sus heridas, le pareció ver a la claridad de la luna a ese mismo hombre inclinado hacia él, mirándole con dulzura y tristeza, sujetando la sangre de sus heridas y procurando reanimarle. Pero como vuestro padre, que casi había perdido la razón, rechazase sus cuidados declarando que después de semejante derrota no tenía que hacer más que morir, le pareció oír que le decía aquel hombre: «Es preciso vivir para Eva». Era el nombre de vuestra madre, a quien el general había dejado en Varsovia para ir a unirse con el emperador y hacer con él la campaña de Francia.

—¡Qué extraño es todo eso, Dagoberto! Y después ¿volvió nuestro padre a ver a aquel hombre?

—Volvió a verlo, puesto que él fue quien llevó noticias del general a vuestra pobre madre.

—¿Y cuándo sucedió eso? Jamás lo hemos oído.

—¿Os acordaréis que en la mañana del fallecimiento de vuestra madre habíais ido con la vieja Fedora al bosque de los pinos?

—Sí —respondió Rosa tristemente—, para buscar brezo, que gustaba tanto a nuestra madre.

—¡Pobre madre! Estaba tan buena, que no podíamos sospechar siquiera la desgracia que nos amenazaba —añadió Blanca.

—Teníais razón, hijas mías; yo también aquella mañana cantaba trabajando en el jardín, porque, como vosotras, no tenía motivos para estar triste; trabajaba, pues, cantando, cuando de repente oigo una voz preguntarme en francés: «¿Es ésta la aldea de Mitosk?». Me vuelvo y veo parado a un extranjero. En vez de contestarle, le miro de hito en hito, y retrocedo dos pasos estupefacto.

—¿Por qué?

—Era muy alto, pálido, y tenía frente ancha, descubierta. Sus dos cejas no formaban más que una, y parecían rayarle la frente con una lista negra.

—¿Acaso era el mismo hombre que por dos veces se halló al lado de nuestro padre durante las batallas?

—Sí, era el mismo.

—Pero, Dagoberto —dijo Rosa pensativa—, ¿hace mucho tiempo que sucedieron esas batallas?

—Cerca de diez y seis años.

—Y el extranjero que creías reconocer, ¿qué años tenía?

—Poco más de treinta.

—Entonces, ¿cómo quieres tú que fuese el mismo hombre que se halló en la guerra hace diez y seis años con nuestro padre?

—Tenéis razón —dijo Dagoberto después de un momento de silencio y encogiéndose de hombros—, me engañaría la casualidad de una semejanza. Y no obstante...

—O entonces, si era el mismo, es menester que no haya envejecido.

—¿Pero no le preguntaste si había socorrido en algún tiempo a nuestro padre?

—Al principio me sobrecogí tanto, que no pensé en ello, y después, estuvo tan poco tiempo a mi lado, que no pude informarme; me preguntó, pues, si estaba en la aldea de Mitosk.

—Estáis en ella, señor —le contesté—; ¿pero cómo sabéis que soy francés?

»Ahora mismo al pasar, os he oído cantar —me respondió—; ¿podéis decirme dónde vive madame Simón, la esposa del general? “Vive aquí, señor”. Me miró algunos instantes en silencio, y conociendo que me sorprendía su visita, me alargó la mano y me dijo:

»“—¿Sois el amigo del general Simón, su mejor amigo?”. Juzgad de mi extrañeza, hijas mías. “Pero ¿cómo lo sabéis?”. “Muchas veces me ha hablado de vos con interés”.

»—¿Habéis visto al general?

»—Sí, hace algún tiempo, en la India; yo soy su amigo; traigo noticias de él a su mujer, que sabía que se encontraba desterrada en la Siberia; en Tobolsk, de donde vengo, he sabido que habitaba en esta aldea. Conducidme a su presencia».

—¿Qué viajero tan bueno...! Ya le amo —dijo Rosa.

—Era amigo de nuestro padre.

—Le rogué que esperase, pues quería prevenir a vuestra madre para que la sorpresa no le hiciera mal, cinco minutos después estaba a su lado.

—¿Y cómo era ese viajero, Dagoberto?

—Muy alto, llevaba capote oscuro y un gorro de pieles, con largos cabellos negros.

—¿Y era hermoso su semblante?

—Sí, hijas mías, muy hermoso; pero tenía el aire tan melancólico y triste, que me afligía el corazón.

—¿Pobre hombre! tendría, sin duda, algún gran pesar.

—Vuestra madre se encerró con él durante algunos instantes, y en seguida me llamó para decirme que acababa de recibir buenas noticias del general, deshacíase en lágrimas y tenía delante un gran paquete de papeles; era una especie de diario que vuestro padre le escribía casi todas las noches para consolarse; no pudiendo hablarla manifestaba al papel lo que le hubiera dicho a ella.

—¿Y dónde están esos papeles, Dagoberto?

—Allí, en mi morral, con mi cruz y nuestra bolsa; algún día os los daré; solamente he cogido algunas hojas que tengo aquí guardadas y que leeréis ahora mismo; ya sabréis por qué.

—¿Hacía mucho tiempo que nuestro padre permanecía en la India?

—Según las pocas palabras que me dijo vuestra madre, el general fue a ese país después de haberse batido con los griegos contra los turcos, porque le gusta ponerse siempre de parte de los débiles contra los fuertes: luego que llegó a la India, procuró hacer guerra encarnizada a los ingleses; ellos habían asesinado a nuestros prisioneros en los pontones y atormentado al emperador en Santa Elena; era esta buena guerra y doblemente buena, porque haciéndoles daño servía a una buena causa. ¿Y qué causa servía? La de uno de esos desgraciados príncipes indianos, cuyo territorio talaban los ingleses hasta el día en que se apoderaron de él sin fe ni derecho. Ya veis, hijas mías, que esto era también batirse por un débil contra los fuertes, vuestro padre tomó con calor la defensa del débil. En el espacio de pocos meses disciplinó tan bien e hizo tan aguerridos a los trece o quince mil hombres de tropa de aquel príncipe, que en dos encuentros exterminaron a los ingleses que no habían contado con vuestro valiente padre, hijas mías... pero esperad... algunas páginas de su diario os lo dirán mejor que yo; en ellas leeréis un nombre del que debéis acordaros siempre, y por esta razón he escogido este pasaje.

—¡Oh!, ¡qué dicha! leer estas páginas, escritas por nuestro padre; es casi oírlo —dijo Rosa.

—Es como si estuviese a nuestro lado —añadió Blanca.

Y las dos jóvenes alargaron vivamente las manos para coger las hojas que Dagoberto acababa de sacar de su bolsillo. Luego, impelidas por un movimiento simultáneo, lleno de encantadora gracia, besaron, una tras otra y en silencio, la letra de su padre.

—También veréis, hijas mías, al fin de esta carta, por qué me admiraba de que vuestro ángel custodio, como decís, se llamase Gabriel. Leed... leed... —añadió el soldado viendo el aire sorprendido de las huérfanas—. Solamente debo deciros que cuando escribía esto, el general no había vuelto a ver al viajero portador de estos papeles.

Rosa, sentada en su cama, tomó las hojas y comenzó a leer con voz dulce y conmovida. Blanca, apoyando su cabeza sobre el hombro de su hermana, seguía con atención.

VIII

Fragmentos del diario del general Simón

Vivac (en las montañas de Ava) 20 de febrero 1830.

Cada vez que añado algunas hojas a este diario escrito actualmente en el centro de la India, donde me ha arrojado mi vida errante y proscripta, diario ¡ay! que tal vez no leerás jamás, mi amada Eva, siento una sensación a la par dulce y cruel, porque me consuelo hablando así contigo, y, sin embargo, nunca más amargos son mis pesares que cuando te hablo de ese modo, sin verte.

En fin, si llegas a leer estas páginas, tu bondadoso corazón latirá al nombre del ser intrépido a quien hoy he debido la vida, a quien deberé quizá la dicha de volver a verte algún día a ti y a mi hijo, porque, ¿no es verdad que vive nuestro hijo? Es menester que yo lo crea; sin esto, pobre mujer, ¿qué sería tu vida en el rincón de tu horrible destierro? ¡Ángel querido! ahora debe tener catorce años... ¿Cómo es? Se te parece, ¿no es verdad? Tiene ojos grandes y azules... ¡Qué insensato soy! ¡Cuántas veces en este largo diario te he hecho ya, sin querer, esta loca pregunta, a la cual no puedes contestar! ¡Cuántas veces te la haré todavía! Tú enseñarás a nuestro hijo a pronunciar y amar el nombre, algo bárbaro, de Djalma.

—¡Djalma! —dijo Rosa, con los ojos húmedos interrumpiendo su lectura.

—¡Djalma! repitió Blanca, sintiendo la misma emoción de su hermana. ¡Oh! jamás olvidaremos este nombre.

—Y tendréis razón, hijas mías, porque parece que es el de un famoso soldado aunque muy joven. Continúa, Rosa.

Ya te he contado en hojas anteriores, mi querida Eva —prosiguió leyendo Rosa—, las dos buenas jornadas que hemos tenido en este mes; las tropas de mi viejo amigo el príncipe indio, cada vez más disciplinadas a la europea, han hecho prodigios. Hemos derrotado a los ingleses, viéndose obligados a abandonar parte de este desdichado país, que han invadido con desprecio de todo derecho, de toda justicia, y que continúan asolando sin compasión; pues cuando aquí se dice guerra inglesa, es lo mismo que si se dijera traición, pillaje y matanza. Esta mañana después de una marcha penosa, entre rocas y montañas, supimos por nuestros exploradores que el enemigo recibe refuerzos, y que se prepara a volver a tomar la ofensiva; hallábase sólo a algunas leguas distante de nosotros; era inevitable una acción; mi anciano amigo, el príncipe indio, padre de nuestro salvador, no deseaba más que marchar al combate. Principió éste a las tres, y ha sido terrible y encarnizado. Viendo en los nuestros un momento de indecisión, porque eran muy inferiores en número, y los refuerzos de los ingleses se componían de tropas de refresco, cargué a la cabeza de nuestra pequeña reserva de caballería.

El anciano príncipe se colocó en el centro y peleó; como él se bate, intrépidamente su hijo Djalma, de edad de diez y ocho años apenas, valiente como su padre, no me abandonó un instante; en lo mas encarnizado de la refriega fue herido mi caballo, rodando conmigo por un barranco y lastimándome al caer debajo de él, en términos de llegar a creer que tenía el muslo roto.

—¡Pobre padre! —dijo Blanca.

—Afortunadamente, esta vez no le habrá sucedido nada peligroso gracias a Djalma. Ya ves Dagoberto —replicó Rosa—, que conservo bien el nombre. —Y continuó—: «Los ingleses creían que después de haberme matado conseguirían fácil reparación del ejército del príncipe; así es que un oficial de cipayos y cinco o seis soldados irregulares, cobardes y feroces bandidos, viéndome rodar en el barranco, se

arrojaron a él para rematarme. En medio del fuego y del humo, nuestros montañeses, arrebatados por el ardor belicoso no habían visto mi caída, pero Djalma no me abandonaba; saltó al barranco para socorrerme, y su fría intrepidez me salvó la vida; había reservado los dos tiros de su carabina, con el uno mata al oficial, y con el otro atraviesa el brazo a un cipayo que ya me había herido la mano izquierda de un bayonetazo; pero cálmate mi buena Eva, no fue nada, un rasguño».

—¡Herido, otra vez herido. Dios mío! —exclamó Blanca juntando las manos e interrumpiendo a su hermana.

—Tranquilizaos —dijo Dagoberto—; eso habrá sido, como dice el general, un simple rasguño, porque en otros tiempos, a las heridas que no impedían batirse, las llamaba él heridas blancas. Es el único para inventar frases semejantes.

Djalma, viéndome herido —continuó Rosa enjugándose los ojos—, se sirvió de su pesada carabina como de una maza e hizo retroceder a los soldados, pero en este momento veo a otro saltador oculto detrás de un cañaveral de bambú que dominaba el barranco, bajar despacio su largo fusil, colocar el cañón entre dos cañas, apuntar a Djalma, y el valiente joven recibe un balazo en el pecho, sin que mis gritos hubiesen podido advertirle. Al sentirse herido retrocedió a su pesar dos pasos, cayó sobre una rodilla, pero sosteniéndose firme y procurando formarme una muralla con su cuerpo. Ya puedes figurarte cuál sería mi rabia y mi desesperación; desgraciadamente mis esfuerzos para moverme estaban paralizados por un dolor atroz que sentía en el muslo. Impotente y desarmado presencié durante unos segundos esta lucha desigual.

Djalma perdía abundante sangre; debilitábase su brazo; ya uno de los cipayos excitaba a los demás con la voz, desataba de su cinturón una especie de enorme y pesada podadera que corta la cabeza de un solo golpe, cuando llegan doce de nuestros montañeses, atraídos por el movimiento del combate. Djalma es salvado a su vez y yo, después de un cuarto de hora, puedo montar a caballo. A pesar de tantas pérdidas, todavía ha quedado hoy para nosotros la ventaja. Mañana será decisiva la acción, porque desde aquí se ven los fuegos del vivac inglés. He aquí, mi querida Eva, cómo he debido la vida a ese joven. Afortunadamente no inspira cuidado alguno su herida, la bala se ha desviado y deslizado a lo largo de las costillas.

—Este valiente muchacho diría como el general: «Herida blanca» —añadió Dagoberto.

Ahora, mi querida Eva —prosiguió Rosa—, es menester que conozcas al menos, por esta relación, al valiente Djalma; apenas tiene diez y ocho años. Con una sola palabra voy a retratártelo, en su país es muy común ponerse sobrenombres; a los quince años le llamaban el generoso, generoso de corazón y de alma, se entiende por una costumbre del país, rara e interesante, este sobrenombre ha subido hasta su padre, a quien llaman el padre del generoso, y que podría llamarse con razón el justo, porque este anciano indio es un tipo extraño de lealtad caballeresca y de orgullosa independencia; hubiera podido, como tantos pobres príncipes de este país, doblegarse humildemente bajo el execrable despotismo inglés, vender su soberanía y resignarse ante la fuerza. Él, no. «Todo mi derecho o una huesa en las montañas donde he nacido». Ésta es su divisa, no por baladronada, sino por el conocimiento que tiene de lo recto y lo justo. «Pero seréis vencido en la lucha», le he dicho. «Amigo mío, si para forzaros a una acción vergonzosa, os dijese: “Cede o muere” ¿qué haríais?». Desde aquel día le he comprendido, y me he consagrado en cuerpo y alma a esa causa siempre grande del débil contra el fuerte. Ya ves, Eva mía, que Djalma se muestra digno de tal padre. Este joven indio es de una valentía tan heroica, tan soberbia, que combate como un joven griego del tiempo de Leónidas, con el pecho desnudo, mientras que los demás soldados de su país, que en efecto tienen habitualmente las espaldas, el pecho y los brazos descubiertos, se encajan para la pelea una casaca bastante tupida. La loca intrepidez de este joven me ha recordado al Rey de Nápoles de quien te he hablado frecuentemente, y a quien he visto cien veces a nuestra cabeza en las cargas más peligrosas, sin más arma que un látigo en la mano.

—Ése es uno de quienes os he hablado, y a quienes el emperador se divertía en hacer

jugar a los monarcas —dijo Dagoberto—. He visto a un oficial prusiano prisionero, a quien ese furioso rey de Nápoles había ensangrentado el rostro con un latigazo; conserva la señal azul y encarnada. El prusiano decía jurando que había sido deshonrado, que hubiera preferido un sablazo. Ya lo creo... ¡Diablo de monarca! No conocía más que una cosa, «marcha derecho al cañón». En cuanto oía algún cañonazo, hubiérase dicho que lo llamaban con todos sus nombres, pues corría diciendo: «¡Presente!». Si os hablo de él, hijas mías, es porque repetía a quienes querían oírle: «Nadie romperá un cuadro que el general Simón o yo no rompamos» —concluyó Dagoberto con voz profundamente emocionada.

Rosa continuó:

He notado con sentimiento que a pesar de su edad, Djalma tiene frecuentes accesos de melancolía profunda. Muchas veces he sorprendido entre su padre y él miradas singulares. A pesar de nuestro mutuo cariño, creo que ambos me ocultan algún lamentable secreto de familia, según he podido juzgar por algunas palabras escapadas a uno y a otro; indudablemente produce esta tristeza algún acontecimiento extraño, al cual sus imaginaciones, naturalmente vivas y exaltadas, habrán dado un carácter sobrenatural. Por lo demás, bien sabes, amiga mía, que hemos perdido el derecho de burlarnos de la credulidad de los demás. Yo, desde la campaña de Francia, en que me sucedió aquella aventura tan extraña que todavía no puedo explicarme...

—Esa aventura es la del hombre que se arrojó a la boca del cañón —dijo Dagoberto.

Tú —dijo la joven continuando la lectura—, tú, mi querida Eva, desde las visitas de aquella mujer joven y bella que tu madre decía haber visto también en casa de su madre, cuarenta años antes...

Las huérfanas miraron al soldado con asombro.

—Vuestra madre, jamás me había hablado de esto, ni el general tampoco, hijas mías. Esto me parece tan extraño como a vosotras.

Rosa continuó con emoción y curiosidad, que aumentaban por grados.

Después de todo, mi querida Eva, comúnmente las cosas muy extraordinarias en la apariencia, se explican por una casualidad o un capricho de la naturaleza. No siendo lo maravilloso sino una ilusión de óptica, o el resultado de una imaginación ya afectada, llega un momento en que lo que parecía sobrehumano o sobrenatural, se ve que es el suceso más natural del mundo; así que no dudo que lo que nosotros llamábamos nuestros «prodigios», no tenga tarde o temprano un desenlace trivial y común.

—Ya lo veis, hijas mías, lo que a primera vista parece maravilloso, es en el fondo sencillísimo. No obstante, esto impide que durante mucho tiempo no se comprenda nada.

—Cuando nuestro padre lo dice, es menester creerlo y no asombrarnos, ¿no es así, hermana mía?

—Cierto, puesto que llegará día en que todo se explique. Voy a poneros un ejemplo —dijo Dagoberto después de un momento de meditación—. ¿No es verdad, hijas mías, que os parecéis tanto, que cualquiera que no tuviera la costumbre de veros todos los días os equivocaría fácilmente tomando la una por la otra? ¡Pues bien! si no supiera que sois, por decirlo así, dobles, ¡cuántos casos de asombro no se le presentarían! De seguro creería en el diablo, tratándose de buenos angelitos como

vosotras.

—Cierto, Dagoberto; así se explican muchas cosas, como dice nuestro padre.
Y Rosa continuó leyendo.

Por lo demás, mi tierna Eva, no sin algún orgullo pienso que Djalma tiene sangre francesa en las venas; su padre se casó muchos años ha con una joven cuya familia, de origen francés, hallábase establecida hacía mucho tiempo en Batavia, en la isla de Java; esta igualdad de posición entre mi anciano amigo y yo ha aumentado más mi simpatía por él, porque también tu familia, Eva mía, es de origen francés, y hace mucho tiempo que está establecida en el extranjero. Por desgracia el pobre príncipe ha perdido hace muchos años a esa mujer que adoraba.

¿Crearás, Eva mía, que tiembla mi mano al escribir estas palabras? Estoy débil, loco... pero, ¡ah!, mi corazón se despedaza... ¡si me sucediese una desgracia semejante!... ¡Oh Dios mío! y nuestro hijo... ¿qué sería de él sin ti... sin mi... en este país bárbaro? ¡No!, ¡no! este miedo es insensato... ¡Pero qué horrible tormento es la incertidumbre!... Porque, en fin, ¿dónde estás tú?, ¿qué haces?, ¿qué será de ti? Perdóname estos lúgubres pensamientos, frecuentemente me dominan a pesar mío... Momentos funestos... terribles... y cuando no me acometen, me digo: estoy proscrito, soy desgraciado; pero al menos en el otro extremo del mundo, dos corazones laten por mí; el tuyo, Eva mía, y el de nuestro hijo.

Rosa pudo apenas acabar estas últimas palabras; ya hacía algunos momentos que interrumpían su voz los sollozos.

Había en efecto una dolorosa armonía entre los temores del general Simón y la triste realidad: y además ¡qué cosa más interesante que estas confidencias escritas en la noche de una batalla a la luz de los fuegos del vivac, por el soldado que desea engañar de este modo el pesar de una larga separación!, ¡pero que ignora entonces que ha de ser eterna!

—¡Pobre general! no sabe aún nuestra desgracia —dijo Dagoberto después de un momento de silencio—; pero ignora también que en lugar de un hijo tiene dos; éste será al menos un consuelo. Y ahora, Blanca, seguid leyendo; temo que se fatigue demasiado vuestra hermana. Estáis muy conmovida, y después de todo, es justo que participéis del placer y del pesar de esta lectura...

Blanca cogió la carta, y Rosa, enjugando sus ojos llenos de lágrimas, apoyó a su vez su linda cabeza sobre el hombro de su hermana, que prosiguió de este modo:

Ahora estoy más tranquilo, mi querida Eva; he dejado de escribir un momento y he logrado ahuyentar esas tristes ideas: volvamos a nuestra conversación.

Después de haber hablado largamente de la India contigo, te hablaré algo de la Europa; ayer noche uno de los nuestros, hombre muy seguro, llegó a nuestras avanzadas; me traía una carta llegada de Francia a Calcuta; por fin tengo noticias de mi padre; mi inquietud ha cesado. Esta carta está fechada en el mes de agosto del año pasado. He visto por su contenido que se han perdido otras muchas a las cuales hace alusión, pues hace ya cerca de dos años que no recibía ninguna: ¡así es que estaba en una inquietud mortal! ¡Excelente padre! Siempre el mismo, la edad no le ha debilitado, según me dice; su carácter es tan fuerte, y su salud tan robusta como antes; siempre artesano y gloriándose de serlo, siempre fiel a sus austeras ideas republicanas, y esperando siempre...

Porque, dice, «que se aproxima el tiempo», y subraya estas palabras. También me da, como verás, buenas noticias de la familia de nuestro buen Dagoberto, de nuestro amigo. Te aseguro, mi querida Eva, que mi pesar es menos amargo, cuando pienso que ese hombre excelente está a tu lado, porque le conozco, te habrá acompañado en tu destierro. ¡Qué corazón de oro bajo su ruda corteza de soldado! ¡Cuánto querrá a nuestro hijo!

Aquí, Dagoberto tosió dos o tres veces, se bajó y aparentó buscar en el suelo su pañuelito de cuadros encarnados y azules que estaba sobre su rodilla. Algunos momentos permaneció así encorvado. Cuando se levantó, se enjugó el bigote.

—¡Qué bien te conoce nuestro padre! ¡Cómo ha adivinado que nos amas!

—Bien, bien, hijas mías, pasemos eso... llegad a lo que dice el general de mi pequeño Agrícola, y de Gabriel, el hijo adoptivo de mi mujer. ¡Desgraciada! Cuando pienso que dentro de tres meses quizás... Vamos, hijas, leed, leed —añadió el soldado queriendo contener su emoción.

Espero siempre a pesar mío, mi querida Eva, que tal vez lleguen algún día estas hojas a tu poder, y en este caso quiero escribir en ellas lo que pueda convenir también a Dagoberto. Será para él un consuelo recibir algunas noticias de su familia. Mi padre, siempre jefe de taller en casa del señor Hardy, éste me dice que ha recibido también en su casa al hijo de nuestro viejo Dagoberto; Agrícola labora bajo la dirección de mi padre que está encantado de él; dícame que es un muchacho fuerte y vigoroso, que maneja como una pluma su pesado martillo de herrero: tan alegre como inteligente y laborioso, es el mejor operario del establecimiento, lo cual no le impide por las noches, terminado su trabajo del día, cuando vuelve al lado de su madre, a quien adora, componer canciones y versos patrióticos muy buenos. Su poesía está llena de energía y de elevación; no se canta otra cosa en la herrería, y estos versos mueven los corazones más fríos y más tímidos.

—Qué orgulloso debes estar con tu hijo, Dagoberto —le dijo Rosa con admiración—, ¿hace canciones?

—Sí, pero lo que más me lisonjea sobre todo es que sea bueno para su madre, y que maneje con vigor el martillo... En cuanto a las canciones, antes que haya hecho el «Despertar del pueblo» y «La Marsellesa» habrá machacado primorosamente el hierro; pero es igual: ¿dónde ese diablo de Agrícola habrá aprendido eso? Sin duda en la escuela a donde, como vais a saber, iba con Gabriel, su hermano adoptivo.

El nombre de Gabriel excitó vivamente la curiosidad de las dos jóvenes. Blanca redobló la atención, continuando de este modo:

El hermano adoptivo de Agrícola, ese pobre niño abandonado que la mujer de nuestro buen Dagoberto ha recogido tan generosamente, presenta, me dice mi padre, un gran contraste con Agrícola, no en el corazón, porque los dos lo tienen excelente; pero todo lo que Agrícola tiene de vivo, alegre y activo, lo tiene Gabriel de melancólico y meditabundo; por lo demás, cada uno de ellos tiene, por decirlo así, la figura de su carácter. Agrícola es moreno, alto y vigoroso; tiene el aire alegre y atrevido; Gabriel, por el contrario, es débil, rubio, tímido como una joven, y su fisonomía expresa una dulzura angelical.

Las huérfanas se miraron sorprendidas; después volviendo hacia Dagoberto sus semblantes inocentes, le dijo Rosa:

—¿Has oído, Dagoberto? Nuestro padre dice que tu Gabriel es rubio, y que tiene una figura de ángel; enteramente lo mismo que el nuestro.

—Sí, sí, lo he oído, y he ahí por qué vuestro sueño me sorprendía.

—Desearía saber si tiene también ojos azules —dijo Rosa.

—En cuanto a eso, hijas mías, aunque el general nada diga, puedo asegurar que los tendrá, porque esos pelirrubios tienen siempre los ojos azules; pero azules o negros servirán poco para mirar a las jóvenes. Continúa, vais a saber por qué...

Blanca prosiguió:

El semblante de Gabriel tiene una expresión de dulzura angelical, como ya te he dicho: uno de los hermanos de las escuelas cristianas a donde iba también lo mismo que Agrícola y otros niños del barrio, encantado de su talento y de su bondad, habló en su favor a un protector muy poderoso que se interesó por él, y le colocó en un seminario: dos años hace que Gabriel es sacerdote, consagrado a las misiones extranjeras, y pronto debe marchar a América.

—¿Tu Gabriel es sacerdote? —dijo Blanca mirando a Dagoberto.

—Y el nuestro es un ángel —añadió Blanca.

—Lo que prueba que el vuestro tiene un grado más que el mío; es igual, cada uno tiene su gusto: en todas partes hay personas decentes, prefiero que sea Gabriel quien ha escogido el ropaje negro. Quiero ver mejor a mi hijo con los brazos desnudos, con un martillo en la mano y un mandil de cuero ceñido al cuerpo, ni más ni menos que vuestro abuelo, hijas mías, o lo que es lo mismo, el padre del mariscal Simón, duque de Ligny; porque después de todo, el general es duque y mariscal por la gracia imperial. Ahora terminad vuestra lectura.

—¡Ay! sí —dijo Blanca— no quedan más que algunas líneas —y prosiguió.

Así que, mi querida y tierna Eva, si llegas a recibir este diario, podrás tranquilizar a Dagoberto sobre la suerte de su mujer y de su hijo que ha dejado por nosotros. Jamás podremos agradecerle y pagar bastante semejante sacrificio; pero estoy tranquilo; tu bueno y generoso corazón habrá sabido indemnizarle.

Adiós... y adiós por hoy, amada Eva mía; durante un momento he interrumpido este diario para ir hasta la tienda de Djalma; dormía apaciblemente, su padre le velaba y con una señal me tranquilizó. El intrépido joven no corre ya ningún peligro. ¡Ojalá salga bien del combate de mañana! Adiós, mi tierna Eva; la noche está silenciosa y tranquila; los fuegos del vivac se apagan poco a poco; nuestros pobres montañeses descansan del terrible combate del día; sólo oigo de hora en hora el grito lejano de nuestros centinelas; estas palabras extranjeras me entristecen más, porque me recuerdan lo que muchas veces olvido escribiéndote... que estoy en el extremo del mundo y separado de ti... de mi hijo... ¡pobres seres queridos!, ¿cuál será vuestra suerte? ¡Ay! si pudiese por lo menos enviaros a tiempo esta medalla que una casualidad funesta me ha hecho traer de Varsovia, quizá lograrías ir a Francia, o por lo menos enviar allá a tu hijo con Dagoberto; porque ya sabes de cuánta importancia... pero ¿a qué añadir este pesar a todos los demás? Por desgracia los años pasan, el día fatal llegará y esta última esperanza me será arrebatada; pero no quiero concluir este día con un pensamiento triste. ¡Adiós, amada Eva! Estrecha a nuestro hijo contra tu corazón, cúbrele con todos los besos que os envíe a los dos desde el destierro...

Hasta mañana después del combate.

* * *

A esta interesante lectura sucedió un largo silencio. Las lágrimas de Rosa y Blanca corrieron lentamente.

Fuera, el viento aumentaba su fuerza: una lluvia copiosa principiaba a azotar los vidrios sonoros; el más profundo silencio reinaba en la posada...

Mientras que las hijas del general Simón leían con tan tierna emoción estos fragmentos del diario de su padre, una escena misteriosa y extraña pasaba dentro de la barraca de las fieras.

IX

Las jaulas

Morok acababa de armarse: por encima de su vestido de piel de gamo habíase puesto su cota de malla, tejida de acero, ligera como la tela y dura como el diamante, cubriendo en seguida sus brazos, piernas y pies con una armadura completa de hierro, y disimulando estos arreos defensivos bajo un ancho pantalón y holgado capote de pieles; después cogió una larga vara de hierro candente con mango de madera.

Un farol de reverbero reflejaba sobre las jaulas una luz viva. Éstas eran cuatro. Una reja de hierro muy ancha guarnecía sus caras laterales. De un lado giraba esta reja por medio de goznes como una puerta, para dar paso a los animales que encerraba; estas jaulas descansaban sobre dos ejes y cuatro ruedecitas de hierro; de este modo las arrastraban fácilmente hasta el gran carretón cubierto, donde las colocaban durante los viajes. Una de ellas estaba vacía. Las otras tres encerraban, según se sabe, una pantera, un tigre y un león.

La pantera, originaria de Java, parecía merecer el nombre lúgubre de «Muerte», por su aspecto siniestro y feroz. Completamente negra, estaba agazapada y hecha una rosca en el fondo de su jaula; confundiéndose el color de su piel con la oscuridad que la rodeaba, no se divisaba su cuerpo, y se veían solamente en la sombra dos luces ardientes y fijas, dos anchas pupilas de un amarillo fosfórico, que no se encendían, por decirlo así, sino de noche, porque todos estos animales que pertenecen a la raza felina, no tienen la completa lucidez de su vista sino entre las tinieblas.

El Profeta había entrado silenciosamente en la caballeriza; el rojo sombrío de su largo capote contrastaba con el rubio mate y amarillo de su cabellera y larga barba; el farol colocado bastante alto, alumbraba completamente a este hombre, y la intensidad de la luz, opuesta a la dureza de las sombras, marcaba mucho más los incompletos colores de su rostro huesudo y feroz.

Aproximóse lentamente a la jaula. El círculo blanco que rodeaba su pupila salvaje parecía dilatarse; su ojo disputaba el brillo e inmovilidad al ojo reluciente y fijo de la pantera, que acurrucada siempre en la sombra, sufría ya la influencia de la mirada fascinadora de su amo; algunas veces cerró bruscamente sus párpados lanzando un sordo estertor de cólera; pero volviendo a abrir sus ojos inmediatamente como a pesar suyo, fijáronse invenciblemente en los del Profeta.

Entonces las orejas redondas de «la Muerte» se pegaron a sus cráneo, cual el de una víbora; arrugóse convulsivamente la piel de su frente; contrajo su morro erizado de largas cerdas, y por dos veces abrió silenciosamente su boca armada de colmillos formidables. Desde este momento pareció establecerse cierta relación magnética entre las miradas del hombre y de la fiera.

El Profeta alargó hacia la jaula su vara de hierro candente, y dijo con voz breve e imperiosa:

—¡«Muerte»... aquí!

La pantera se levantó, pero agachándose de tal modo, que su vientre y sus corvejones rozaban las tablas del suelo de la jaula. Medía tres pies de alto y casi cinco de largo; su espinazo elástico y carnoso, sus corvejones tan caídos, tan anchos como los de un caballo de fatiga, su pecho profundo, sus espaldas enormes y salientes, sus patas nerviosas, todo anunciaba que este terrible animal unía el vigor a la ligereza, la fuerza a la agilidad.

Morok, con su varita de hierro siempre extendida hacia la jaula, dio un paso hacia la pantera. La pantera dio un paso hacia el Profeta... Éste se paró: «La Muerte» se paró también.

En tal momento, el tigre «Judas», a quien Morok volvía la espalda, dio un salto violento en su jaula, como si estuviese celoso de la atención que su amo tributaba a la pantera; lanzó un rugido ronco, y levantado su cabeza, enseñó la parte inferior de su temible mandíbula triangular y su fuerte pecho de un blanco oscuro, donde venían a perderse las tintas doradas de su piel roja rayada de negro; su cola, semejante a una gruesa serpiente rojiza con anillos de ébano, tan pronto se pegaba a sus ijares, como los azotaba con un movimiento lento y seguido; sus ojos, de un verde transparente y luminoso, se fijaron en el Profeta.

Era tal la influencia de este hombre sobre aquellos animales, que «Judas» cesó casi inmediatamente de rugir, como si se hubiese espantado de su temeridad; sin embargo, su respiración siguió siendo fuerte y abrasadora. Volvióse hacia él Morok, y durante algunos segundos, lo examinó muy detenidamente.

La pantera, no hallándose ya sometida a la influencia de la mirada de su amo, volvió a replegarse en la sombra.

Entretanto, como se oyese en la jaula del león un crujido áspero y seco, como el que forman los animales grandes royendo en cuerpo duro, «Caín» atrajo la atención del Profeta, quien, dejando al tigre, dio un paso hacia la otra jaula.

Veíase sólo de este león las ancas monstruosas, de un rojo amarillento; sus patas estaban dobladas bajo su cuerpo: su espesa melena ocultaba completamente su cabeza: en la tensión y en los estremecimientos de los músculos de sus riñones, en sus vértebras salientes, adivinábase fácilmente que hacía violentos esfuerzos con su cola y sus manos.

Inquieto el Profeta se acercó a la jaula, temiendo que, a pesar de sus órdenes, hubiese Goliat arrojado al león algún hueso que roer. Para asegurarse, dijo con voz breve y firme:

—¡«Caín»!

«Caín» no mudó de posición.

—¡«Caín»... aquí! —repitió Morok con voz más alta.

Inútil llamamiento; el león no se movió y continuó el crujido.

—¡«Caín»... aquí! —gritó por tercera vez el Profeta; pero al pronunciar estas palabras, apoyó la punta de su vara de hierro ardiendo en un anca del león.

Apenas corrió un ligero surco de humo sobre la piel roja de «Caín», cuando volviéndose con terrible presteza, se precipitó sobre la reja, no arrastrándose, sino de un brinco, y por decirlo así, erguido, soberbio, y espantoso.

Como el Profeta se hallaba en el ángulo de la jaula, «Caín», en su furor, se dirigió de perfil, a fin de hacer frente a su amo, apoyando su ancho ijar en los hierros, por entre los cuales pasó hasta el corvejón su fuerte mano de músculos hinchados y por lo menos tan gruesa como el muslo de Goliat.

—¡«Caín»!, ¡abajo! —gritó el Profeta aproximándose vivamente.

El león no obedeció tampoco... sus labios, arremangados por la cólera, permitían ver colmillos tan anchos, tan largos y tan agudos como las defensas del jabalí.

Con la punta de su hierro encendido tocó Morok los labios de «Caín». Al sentir esta aguda quemadura, seguida de un llamamiento imprevisto de su amo, el león, no atreviéndose a rugir, gruñó sordamente y cayó agobiado sobre sí mismo, en una actitud llena de sumisión y de miedo.

El Profeta descolgó el farol para ver lo que «Caín» roía: era una de las maderas del suelo de su jaula, que había conseguido levantar y pulverizaba entre sus dientes para engañar el hambre.

Durante algunos momentos reinó en la barraca el más profundo silencio. El Profeta, con las manos atrás, pasaba de una jaula a otra observando a sus animales con una mirada inquieta y sagaz, como si vacilase hacer entre ellos una elección importante y difícil.

De vez en cuando aplicaba el oído, parándose frente a la puerta del soportal que daba al patio de la posada. Abrióse esta puerta, y se presentó Goliat; su ropa chorreaba agua.

—¿Has hecho algo? —le dijo el Profeta.

—No sin trabajo. Felizmente la noche es oscura, hace mucho viento y llueve copiosamente.

—¿Has despertado alguna sospecha?

—Ninguna, señor, vuestros informes eran buenos; la puerta de la bodega se abre hacia el campo, precisamente debajo de la ventana de las niñas. Cuando silbasteis para decirme que era tiempo, salí con el caballete que al efecto había conducido, lo apoyé contra la pared, subí encima de él y con el auxilio de mis seis pies pude alcanzar a la ventana; con una mano cogí la persiana, con la otra el mango de mi cuchillo, y al mismo tiempo que rompía dos vidrios, empujé la persiana con todas mis fuerzas.

—¿Y creyeron que era el aire?

—Creyeron que era el viento. Ya veis que el bruto no es tan bruto. Dado el golpe, volvíme inmediatamente a la bodega llevándome el caballete. Al cabo de algún tiempo, oí la voz del viejo; había hecho bien en darme prisa.

—Sí, cuando te silbé, acababa de penetrar en el comedor: creí que estaría en él más tiempo.

—Ese hombre no ha querido cenar mucho —dijo el gigante con desprecio—. Algunos momentos después de romper los vidrios, el viejo abrió la ventana y llamó a su perro diciéndole: ¡Salta! En seguida de un brinco me puse en el otro lado de la bodega, pues si así no lo hago, el maldito perro me hubiera husmeado detrás de la puerta.

—El perro está ya encerrado en la cuadra del caballo del viejo; continúa.

—Cuando al cerrar la persiana y la ventana, volví a salir de la bodega, coloqué de nuevo mi caballete y subí sobre él; quitando suavemente el pestillo de la persiana, la abrí, pero los dos agujeros de los vidrios rotos, estaban tapados con un capote; oía hablar, más nada veía; separé un poco la capa, y vi a las muchachas en su lecho con la cara hacia mí, y al viejo sentado a su cabecera volviéndome la espalda.

—¿Y su morral... su morral? Esto es lo que importa.

—Su morral estaba cerca de la ventana sobre una mesa al lado de la lámpara: extendiendo el brazo hubiera podido tocarlo.

—¿Qué viste?

—Como me habíais dicho que sólo pensara en el morral, no me acuerdo sino de lo que concierne al morral; el viejo dijo que dentro tenía sus papeles, cartas de un general, su dinero y su cruz.

—Bueno... ¿y luego?

—Como me era difícil tener separado el capote del agujero de los vidrios, se me escapó de la mano, quise volver a cogerlo, avancé demasiado la mano y una de las niñas la vio, pues gritó mostrando a la ventana.

—¡Miserable! Todo se ha perdido —exclamó el Profeta, palideciendo de cólera.

—Oíd, no se ha perdido todo. Cuando oí gritar salté de mi caballete y me volví a esconder en la bodega; como ya no estaba el perro allí, dejé vuelta la puerta, oí abrir la ventana y vi la luz que el viejo sacaba afuera; miró, no había escala: la ventana estaba demasiado alta para que un hombre de estatura común pudiese alcanzar a ella.

—Habrás creído que era el aire, como la primera vez. Has sido menos torpe de lo que creí.

—El lobo se ha hecho zorro, según decís. Después que he sabido donde está el morral, el dinero y los papeles, no pudiendo hacer cosa mejor por el instante, he vuelto; y heme aquí.

—Sube y tráeme la pica de fresno, la más larga...

—Está bien, mi amo.

—Y la manta roja.

—Está bien, mi amo.

—Ve.

Goliath subió la grada, y al llegar a la mitad se detuvo.

—¿Mi amo, no queréis que baje un pedazo de carne para «La Muerte»? Mirad

que va a guardarme rencor. Creerá que tengo la culpa de todo. Ella no olvida nada, y en la primera ocasión...

—¡La pica y la manta! —repitió el Profeta imperiosamente.

Mientras que Goliat, jurando entre dientes, ejecutaba sus órdenes, Morok entreabrió la gran puerta del soportal, miró hacia el patio y escuchó de nuevo.

—Aquí está la pica de fresno y la manta —dijo el gigante, volviendo a bajar las gradas con estos útiles—. Ahora ¿qué es menester hacer?

—Vuelve a la bodega, sube otra vez a la ventana, y cuando el viejo salga precipitadamente del cuarto...

—¿Quién le hará salir?

—Saldrá ¿qué te interesa?

—¿Y después?

—¿No me has dicho que la lámpara está cerca de la ventana?

—Muy cerca... sobre la mesa, al lado del morral.

—Cuando el viejo salga del cuarto, empuja la ventana, haz caer la lámpara, y si haces pronto y diestramente lo que te queda, los diez florines son tuyos. Acuérdate bien de todo.

—Sí, sí.

—Las niñas se asustarán tanto con el ruido y la oscuridad, que quedarán mudas de terror.

—Estad tranquilo, el lobo se ha hecho zorro y se hará serpiente.

—Hay algo más.

—¿Qué más?

—El techo de este soportal no es elevado, la ventana del desván es de fácil subida, la noche está oscura... en vez de entrar por la puerta... Penetraré por la ventana.

—Y sin ruido.

—Como verdadera serpiente. —Y el gigante salió.

—¡Sí! —se dijo el Profeta después de largo silencio— estos medios son seguros... No he debido vacilar... Ciego y oscuro instrumento, ignoro las causas de las órdenes que he recibido: pero según las recomendaciones que las acompañan, según la posición del que me las ha transmitido, es indudable que se trata de intereses inmensos, de intereses —repitió después de nuevo silencio— que corresponden a lo que hay de más grande, de más elevado en la tierra. Pero ¿cómo estas dos niñas, casi mendigas, cómo ese miserable soldado pueden representar tales intereses?... No importa —añadió con humildad— yo soy el brazo que obra; la cabeza que piensa y manda, es la que puede responder de sus obras...

El Profeta salió del soportal llevando la manta roja, y encaminóse a la cuadra de «Jovial»; la puerta separada estaba apenas cerrada con un pestillo. Al ver a un desconocido, «Malasombra» se arrojó sobre él: pero sus dientes encontraron unas piernas de hierro, y el Profeta, no obstante las mordeduras del perro, cogió a «Jovial»

por su cabestro, le envolvió la cabeza con la manta a fin de impedirle ver y oler, lo sacó fuera de la cuadra y le hizo entrar en el interior de su barraca cuya puerta cerró.

X

La sorpresa

Después de haber leído las huérfanas el diario de su padre, permanecieron algún tiempo silenciosas, tristes y pensativas, contemplando aquellas hojas amarillentas por el tiempo.

Dagoberto, igualmente absorto, pensaba en su hijo y en su mujer, de quienes tanto tiempo hacía estaba separado y a quienes confiaba volver a ver pronto.

El soldado, rompiendo el silencio que duraba hacía algunos minutos, cogió las hojas de manos de Blanca, las dobló cuidadosamente, las guardó en su bolsillo y dijo a las huérfanas:

—Vamos, valor, hijas mías, ya veis qué padre tan valiente tenéis: no penséis sino en el placer de abrazarlo y acordaos siempre del nombre del digno joven a quien debéis este placer; porque a no haber sido por él, vuestro padre hubiera fallecido en la India.

—Se llama Djalma... no lo olvidaremos jamás —dijo Rosa.

—Y si nuestro ángel de la guarda Gabriel vuelve otra vez —añadió Blanca—, le pediremos que vele sobre Djalma como sobre nosotras.

—Bien, hijas mías, espero que no lo olvidaréis. Pero, volviendo al viajero que había ido en busca de vuestra pobre madre a Siberia, debo deciros que vio al general un mes después de los hechos que acabáis de leer y en el momento de entrar nuevamente en campaña contra los ingleses; entonces fue cuando vuestro padre le entregó estos papeles y la medalla.

—Pero ¿de qué nos servirá esta medalla, Dagoberto?

—Y estas palabras grabadas encima, ¿qué significan? —preguntó Rosa, sacándola de su seno.

Víctima
de
L. C. D. J.
rogad por mí
París
13 de febrero de 1682

En París
Calle de S. Fran.º 3
dentro de siglo y medio
estaréis en
13 de febrero de 1832
Rogad por mí

—Esto quiere decir, hijas mías, que es menester que el 13 de febrero de 1832 estemos en París, calle de San Francisco, número 3.

—Y ¿por qué?

—Vuestra pobre madre fue tan repentinamente acometida por la enfermedad, que no pudo decírmelo; todo lo que sé es que esta medalla venía de sus antepasados; era una reliquia guardada en su familia hacía más de cien años.

—¿Y cómo la poseía nuestro padre?

—Entre los objetos que habían metido de prisa en su coche, cuando fue violentamente arrancado de Varsovia, encontrábase un cofrecito perteneciente a vuestra madre, donde estaba esta medalla; después el general no había podido enviarla, careciendo de medios de comunicación e ignorando dónde estábamos.

—¿Luego esta medalla es muy interesante para nosotras?

—Indudablemente, porque en el espacio de quince años jamás vi a vuestra madre más feliz que el día en que se la entregó el viajero... «Ahora tal vez la suerte de mis hijas sea tan buena como desdichada ha sido desde hoy» me dijo delante del extranjero con lágrimas de alegría. «Voy a pedir al gobernador de Siberia permiso para pasar a Francia con mis hijas, quizás considere que he sido bastante castigada con quince años de destierro y con la confiscación de mis bienes... Si me lo niega me quedaré, pero al menos me permitirá enviar a mis hijas a Francia a donde las conduciréis, Dagoberto; partiréis inmediatamente, porque por desgracia se ha perdido ya mucho tiempo; y si no llegáis antes del 13 de febrero próximo, tan cruel separación, este viaje tan penoso, habrán sido inútiles».

—¡Cómo, un sólo día de retardo!...

—Si llegamos el 14 en lugar del 13, ya no será tiempo, según dijo vuestra madre: también me dio una carta abultada que debía echar al correo para Francia en el primer pueblo que hallásemos y así lo he hecho.

—¿Y crees tú que llegaremos a París a tiempo?

—Lo espero; sin embargo, si tuvierais fuerzas, sería preciso doblar algunas jornadas, porque no andando más que cinco leguas por día, y hasta ahora sin accidente ninguno, lo más pronto que llegaremos a París será a principios de febrero, y convendría llevar algunos días por delante.

—Pero puesto que nuestro padre está en la India y que condenado a muerte no puede volver a Francia, ¿cuándo le veremos?

—¿Y en dónde le veremos?

—¡Pobres niñas! es verdad... ¡Hay tantas cosas que ignoráis!... Cuando el viajero salió de ella, el general no podía en efecto volver a Francia, pero hoy sí.

—¿Y por qué?

—Porque el año pasado los Borbones que le habían desterrado han sido desterrados a su vez; la noticia habrá llegado a la India, y vuestro padre vendrá seguramente a recibirnos a París, porque cree que vosotras y vuestra madre estaréis allí el 13 de febrero del año próximo.

—¡Ay! ahora comprendo que podemos esperar volver a verle —dijo Rosa suspirando.

—¿Sabéis como se llama ese viajero, Dagoberto?

—No, hijas mías, pero llámese Pedro o José es un hombre de bien. Cuando se despidió de vuestra madre, ésta le dio las gracias llorando por haber sido tan generoso, tan bueno para el general, para ella y para sus hijas. Entonces estrechó sus manos entre las suyas y le dijo con dulzura: «¿Por qué me dais las gracias? ¿No ha dicho él: Amaos los unos a los otros?».

—¿Quién ha dicho eso, Dagoberto?

—¿De quién quería hablar el viajero?

—Nada sé; sólo puedo manifestaros que me conmovió la manera con que pronunció tales palabras, y que éstas fueron las últimas que dijo.

—«Amaos los unos a los otros...» —repitió Rosa pensativa.

—¡Qué bella es esa frase! —añadió Blanca—. ¿Y a dónde se dirigía ese viajero?

—Muy lejos, muy lejos; al Norte —contestó—. Vuestra madre, viéndole alejarse, me decía hablando de él: «Su lenguaje dulce y triste me ha enternecido hasta hacerme llorar; mientras me hablaba sentíame mejor; quería mucho más a mi marido y a mis hijas, y sin embargo, al ver la expresión del rostro de este extranjero, se diría “que jamás ha reído ni llorado”» añadió vuestra madre.

—Al separarse, ella y yo, parados en la puerta, le seguimos con la vista cuanto pudimos; caminaba con la cabeza baja. Su marcha era lenta, tranquila, firme... hubiérase dicho que contaba sus pasos y a propósito de sus pasos, observé una cosa.

—¿Qué cosa, Dagoberto?

—No ignoráis que el camino que conducía a la casa estaba siempre húmedo de resultas de la fuentecilla que rebosaba...

—Sí.

—Pues bien, había quedado en el barro la señal de sus pasos, y vi que debajo de la suela de su calzado había clavos colocados en forma de cruz.

—¿Cómo? ¿En cruz?

—Mirad, así estaban colocados debajo de su talón.



—¿Veis? Esto forma una cruz.

—¿Y qué puede significar esto, Dagoberto?

—La casualidad, tal vez... y sin embargo, a pesar mío, esa cruz que dejaba detrás de sí, ha hecho en mí el efecto de un mal presagio, porque apenas partió, nos abrumó con su peso la desgracia.

—¡Ay!, ¡la muerte de nuestra madre!

—Sí, pero antes otro pesar; vosotras no estabais presentes, escribía su ruego para pedir el permiso de ir a Francia o de enviaros allá, cuando oigo el galope de un caballo; era un correo del gobernador general de la Siberia, portador de una orden para que mudáramos de residencia, dentro de tres días debíamos reunirnos con otros

condenados para ser llevados con ellos a cuatrocientas leguas más al Norte. De este modo, después de quince años de destierro, redoblaban la crueldad con que perseguían a vuestra madre.

—¿Y por qué la atormentaban así?

—Hubiérase dicho que un mal genio se volvía contra ella, porque algunos días después el viajero no nos hubiera hallado ya en Milosk, o si nos hubiese encontrado más tarde, sería tan lejos, que esta medalla y los papeles que llevaba para nada nos hubieran servido, puesto que habiendo podido partir al momento, apenas si podremos llegar a tiempo a París. «Si tuvieran interés en impedirme a mí o a mis hijas que fuéramos a París, no obrarían de otro modo —decía vuestra madre—; porque desterrarnos ahora a cuatrocientas leguas más lejos, es hacer imposible ese viaje a Francia, cuyo término está fijado». Esta idea cruel la entristecía.

—Quizá este pesar imprevisto causó su repentina enfermedad.

—¡Ay! no, hijas mías; fue ese infernal cólera, que llega sin que se sepa de dónde viene, porque también viaja él, y nos hiere como el rayo: tres horas después de la partida del viajero, cuando volvisteis de la floresta regocijadas con vuestros grandes ramos de flores para vuestra madre, estaba ya casi en la agonía... y desfigurada; el cólera se había declarado en el pueblo, aquella tarde habían muerto cinco personas. Vuestra madre no pudo más que colgaros la medalla al cuello, mi querida Rosa, confiarme el cuidado de vosotras dos, suplicarme que nos pusiéramos inmediatamente en camino. Una vez muerta, la nueva orden de su destierro no podía ya alcanzarnos a nosotros, el gobernador me dejó partir con vosotras para Francia, según la última voluntad de vuestra...

El soldado no pudo acabar; puso su mano sobre sus ojos, mientras las huérfanas se abrazaban sollozando.

—¡Oh! pero —añadió Dagoberto con orgullo, después de un momento de doloroso silencio— allí fue donde estuvisteis dignas hijas del valiente general. A pesar del peligro, no fue posible arrancaros del lecho de vuestra madre, permanecisteis a su lado hasta el fin. Vosotras le cerrasteis los ojos, la velasteis toda la noche, y no quisisteis ausentaros hasta después de haberme visto plantar la crucecita de madera sobre la huesa que yo había abierto.

Dagoberto se interrumpió bruscamente. Un relincho extraordinario, desesperado, al cual se juntaban rugidos feroces, hicieron saltar al soldado sobre su silla: palideció y exclamó:

—¡Es «Jovial»!, ¡mi caballo!, ¿qué le hacen a mi caballo?

Luego, abriendo la puerta, bajó precipitadamente la escalera.

Las dos hermanas se abrazaron estrechamente tan espantadas de la repentina partida del soldado, que no vieron una mano enorme pasar por entre los vidrios rotos, abrir la falleba de la ventana, empujar violentamente las hojas, y arrojar la lámpara colocada en una mesita donde estaba el morral del soldado. Las huérfanas quedaron así sumergidas en una oscuridad profunda.

XI

«Jovial» y «La Muerte»

Después de haber entrado Morok a «Jovial» en medio de su barraca, le quitó en seguida la manta, que le impedía ver y oler. Apenas le vieron el tigre, el león y la pantera, cuando estos animales se precipitaron a los hierros de sus jaulas.

El caballo, lleno de estupor, con el cuello extendido, el ojo fijo, temblaba con todos sus miembros, y parecía clavado en el suelo; un sudor abundante y frío corría de sus ijares. El león y el tigre lanzaban rugidos, agitándose violentamente dentro de sus jaulas. La pantera no rugía, pero su rabia muda era terrible. De un brinco furioso, con riesgo de romperse el cráneo, se lanzó desde el fondo de su jaula hasta la reja; en seguida, siempre irritada, se volvió arrastrando hasta el extremo de su jaula, y con un nuevo salto, tan impetuoso como ciego, intentó otra vez romper la reja.

Tres veces había saltado de este modo, terrible, cuando el caballo, relinchó fuertemente, y corrió despavorido hacia la puerta por la cual lo habían entrado. Hallándola cerrada bajó la cabeza; dobló un poco las piernas, rozó con sus narices la abertura que había quedado entre el suelo y las tablas, como si hubiese querido respirar el aire exterior; después, cada vez más azorado redobló los relinchos manoteando fuertemente.

El Profeta se aproximó a la jaula de «La Muerte» en el momento en que iba a dar su brinco. El pesado cerrojo que sujetaba la reja, empujado por la pica del domador de fieras, salió de su cerradura y se corrió; y en un instante, el Profeta subió la mitad de la escala que conducía a su desván...

Los rugidos del tigre y del león, unidos a los relinchos de «Jovial», resonaron entonces en toda la posada. La pantera se precipitó de nuevo sobre la reja con tal encarnizamiento, que cediendo aquélla, fue a parar la fiera de un salto en medio del soportal.

La luz del farol reflejaba sobre el ébano lustroso de su piel sembrada de lunares de un negro mate; un instante permaneció sin movimiento recogida sobre sus miembros musculosos, la cabeza estirada sobre el suelo como calculando la longitud del brinco que debía dar para llegar al caballo; en seguida se lanzó bruscamente sobre él.

Al verla salir de su jaula, «Jovial» se precipitó violentamente hacia la puerta, que se abría de fuera adentro. Cargó allí con todas sus fuerzas y en el momento de brincar «La Muerte», se puso casi derecho sobre las patas, pero ésta, rápida como el relámpago, se suspendió de su cuello, hundiéndole al mismo tiempo las uñas agudas de sus manos en el pecho.

La vena yugular del caballo se abrió; chorros de sangre saltaron bajo el diente de

la pantera de Java, que sosteniéndose entonces sobre sus patas, estrechó vigorosamente a su víctima contra la puerta, y con sus garras destrozadoras le abrió el ijar... La carne del caballo estaba palpitante, sus relinchos ahogados eran cada vez más espantosos...

De pronto resonaron estas palabras:

—«Jovial», ánimo... aquí estoy..., ánimo...

Era la voz de Dagoberto que se deshacía en tentativas desesperadas para forzar la puerta, detrás de la cual pasaba esta lucha sangrienta.

—«Jovial» —repitió el soldado—, aquí estoy, quiero socorrerte...

A este acento amigo y bien conocido, el pobre animal, ya casi expirante, intentó volver la cabeza hacia el sitio de donde venía la voz de su amo; le respondió con un relincho lastimero, y cediendo a los esfuerzos de la pantera, cayó primero sobre las rodillas y después sobre el ijar, de modo que su espinazo y cuello apoyados contra la puerta la impedían abrirse.

Entonces todo acabó, la pantera se recogió sobre el caballo, lo sujetó con sus manos y patas a pesar de algunas coces sin fuerza, y le hundió en su ijar el hocico lleno de sangre.

—¡Socorro... socorro a mi caballo! —gritaba Dagoberto forzando inútilmente la cerradura. En seguida exclamó con rabia:

—¡Y sin armas!, ¡sin armas!

—Tened cuidado —gritó el domador. Y se presentó en la ventana del desván que caía al patio—. No intentéis entrar, os costará la vida... mi pantera está furiosa...

—¡Y mi caballo!... ¡mi caballo!... —exclamaba Dagoberto con voz penetrante.

—Se ha salido de la cuadra durante la noche, y ha penetrado en el soportal empujando la puerta; al verle la pantera ha roto su jaula y se ha lanzado sobre él. Sois responsable de las desgracias que puedan ocurrir —añadió el domador de fieras con aire amenazador—, porque correré los mayores peligros para hacer entrar a «La Muerte» en su jaula.

—Pero mi caballo... ¡salvad a mi caballo! —exclamó Dagoberto con tono suplicante y desesperado.

El Profeta desapareció de la ventana.

Los rugidos de los animales y los gritos de Dagoberto, asustaron a toda la gente de la posada del «Halcón Blanco». Aquí y allí se abrían e iluminaban precipitadamente las ventanas. Pronto los mozos del mesón corrieron al patio, con linternas rodearon a Dagoberto y se informaron de lo que acababa de pasar.

—Aquí está mi caballo, y uno de los animales de ese miserable se ha fugado de su jaula —exclamó el soldado continuando en su tarea de querer derribar la puerta.

A estas palabras, las gentes de la posada, ya asustadas con aquellos espantosos rugidos, se pusieron en salvo y corrieron a avisar al posadero.

Concíbese fácilmente cuáles serían las penas del soldado esperando que se abriese la puerta del soportal. Pálido, jadeante, escuchaba aplicando el oído a la cerradura...

Poco a poco cesaron los rugidos, y ya no se oyó sino un gruñido sordo, y la voz áspera y breve del Profeta que decía:

—¡«Muerte»!... ¡aquí!...

Como la noche era profundamente oscura, Dagoberto no vio a Goliat gateando con precaución por el tejado y entrar por la ventana del desván.

Pronto se abrió otra vez la puerta del patio: el dueño de la posada se presentó seguido de muchos hombres; con una carabina se adelantaba con precaución. Los que le acompañaban llevaban horquillas y palos.

—¿Qué es eso; qué pasa aquí? —dijo aproximándose a Dagoberto—. ¡Qué sucede! Al diablo los domadores de fieras y los torpes que no saben atar el ronزال de un caballo al pesebre. Si vuestra bestia está herida, tanto peor para vos, otra vez tendréis más cuidado.

En lugar de responder a estas reconvenciones, el soldado hizo una señal con la mano para reclamar silencio. De repente, se oyó un rugido feroz seguido de un gran grito del Profeta, y casi al mismo tiempo la pantera aulló de una manera lastimosa.

—Vos sois indudablemente la causa de una desgracia —dijo al soldado el mesonero asustado—; ¡habéis oído ese grito! Morok está tal vez peligrosamente herido.

Dagoberto iba a contestar al posadero, cuando se abrió la puerta; presentóse Goliat en el umbral y dijo:

—Ya se puede entrar, no hay temor.

El interior de la barraca presentaba un aspecto siniestro. El Profeta, pálido, pudiendo apenas disimular su emoción bajo su calma aparente, estaba arrodillado a algunos pasos de la jaula de la pantera en actitud recogida: por el movimiento de sus labios se conocía que estaba rezando.

Al ver al mesonero y demás personas que le acompañaban, Morok se levantó diciendo con voz solemne:

—Gracias, Dios mío, pues he podido vencer otra vez por la fuerza que me habéis dado.

Cruzando entonces sus brazos, la frente levantada y la mirada imperiosa, afectó gozar del triunfo que acababa de obtener sobre «La Muerte», la cual, echada en su jaula lanzaba todavía aullidos lastimeros.

Los espectadores de esta escena, ignorando que el capote de pieles del domador ocultaba una armadura completa, y atribuyendo a miedo los gritos de la pantera, quedando admirados al ver la intrepidez y el poder casi sobrenatural de aquel hombre. Algunos pasos detrás de él se hallaba Goliat, de pie, apoyado en la pica de fresno... En fin, no lejos de la jaula, en medio de un mar de sangre, yacía el cadáver de «Jovial».

Al ver estos restos sangrientos, Dagoberto quedó inmóvil; y su tosco semblante tomó una expresión de dolor profundo. Al momento, bajándose al suelo, levantó la cabeza de «Jovial», y viendo tiernos, vidriosos y medio cerrados, aquellos ojos poco

ha tan inteligentes y tan alegres cuando se volvían hacia su querido amo, el soldado no pudo contener una exclamación desgarradora. Dagoberto olvidaba en su cólera las consecuencias fatales de este accidente tan fatal a los intereses de las dos niñas que no podían ya continuar su camino; sólo pensaba en la muerte horrible de aquel pobre caballo, su antiguo compañero de fatigas y de guerra, dos veces herido como él, y que hacía tantos años no había abandonado.

Esta emoción punzante se manifestaba de una manera tan cruel y tan conmovedora en el rostro del soldado, que el dueño de la posada y cuantos allí se hallaban presentes sintiéronse un instante apiadados, viendo a aquel anciano arrodillado delante de un caballo muerto.

Pero cuando Dagoberto pensó que «Jovial» fue también su compañero de destierro; que la madre de las huérfanas había en otro tiempo emprendido, como sus hijas, un penoso viaje en aquel desgraciado animal, las funestas consecuencias de la pérdida que acababa de sufrir se presentaron de pronto a la mente del soldado, y entonces, sucediendo el furor al enternecimiento, incorporóse con los ojos chispeantes, feroces, y se precipitó sobre el Profeta; con una mano le apretó la garganta y con la otra le dio militarmente en el pecho cinco o seis puñetazos, que perdieron toda su fuerza sobre la cota de malla de Morok.

—¡Pícaro! Tú me responderás de la muerte de mi caballo —decía el soldado menudeando los puñetazos.

Morok, flaco y nervioso, no podía luchar ventajosamente con Dagoberto, quien a favor de su gran estatura mostraba todavía un vigor poco común. Necesaria fue la intervención de Goliat y del posadero para arrancar al Profeta de las manos del antiguo granadero.

Después de algunos instantes lograron separar a los dos campeones. Morok estaba pálido de rabia. Fueron necesarios nuevos esfuerzos para impedirle que se apoderase de la pica con que quería acometer a Dagoberto.

—¡Pero esto es abominable! —exclamó el mesonero dirigiéndose al soldado que apoyaba sus crispados puños sobre su frente calva.

—Exponéis a ese buen hombre a ser devorado por sus fieras —añadió— y todavía queréis matarle. ¿Es así como debe conducirse un viejo? ¿Habría que buscar auxilio? Os habíais mostrado más razonable ayer tarde.

Estas palabras sosegaron al soldado, que se arrepintió de su vivacidad, con tanto más motivo cuanto que su cualidad de extranjero podía aumentar los inconvenientes de su posición: empero, conocía que le era menester indemnizarse a toda costa de su caballo, para poder continuar su viaje, cuyo resultado podía comprometerse con un solo día de retardo. Haciendo, pues, un violento esfuerzo sobre sí mismo, logró contenerse.

—Tenéis razón, he sido demasiado vivo —dijo al posadero—. No he tenido la paciencia de ayer tarde; pero al fin este hombre ¿no debe responder de la pérdida de mi caballo? Os hago juez.

—Pues bien, como juez digo, que no soy de vuestro parecer, porque si no hubierais atado mal a vuestro caballo, no hubiera entrado en este soportal, cuya puerta estaba, sin duda, entornada —dijo el posadero, tomando el partido del domador de fieras.

—Es verdad —contestó Goliat—. Me acuerdo que dejé la puerta medio abierta, para dar aire a los animales, las jaulas estaban bien cerradas y no había peligro.

—¡Así es! —dijo uno de los presentes.

—Era menester que viese al caballo la pantera para que se pusiera furiosa y rompiera su jaula —dijo otro.

—Más bien es el Profeta quien debe quejarse —añadió un tercero.

—Poco importa el parecer de unos y otros —contestó Dagoberto, que principiaba a perder la paciencia—; digo que es menester que me den pronto el dinero o el caballo; sí, al momento, porque quiero dejar esta maldita posada.

—Y yo digo, que vos sois quien vais a indemnizarme —exclamó Morok, que sin duda había dispuesto este lance teatral para el fin, mostraba su mano izquierda llena de sangre, hasta entonces oculta en la manga del capote—. Tal vez quedaré lisiado para toda mi vida. ¡Mirad, mirad la herida que me ha hecho la pantera!

Sin tener la gravedad que le atribuía el Profeta, aquella herida era muy profunda. Este último argumento le granjeó la simpatía general. Contando sin duda con este incidente para decidir en su provecho una causa que miraba como suya, el mesonero dijo a un mozo de mulas:

—No hay más que un medio de concluir. Ir al momento a despertar al burgomaestre, y suplicarle que venga aquí para decidir quién tiene razón.

—Eso mismo iba a proponeros —dijo el soldado—, porque después de todo, yo no puedo hacerme justicia a mí mismo.

—Fritz, corre a casa del burgomaestre —exclamó el posadero.

El mozo partió precipitadamente. Su amo, temiendo ser comprometido con el interrogatorio del soldado, a quien por descuido no había pedido sus papeles, le dijo:

—El burgomaestre se pondrá de mal humor, porque van a despertarle. No tengo deseos de pagar su mal humor; así que os suplico que vayáis a buscar vuestros papeles si están en regla, ya que no tuve cuidado de pedirlos a vuestra llegada.

—Allá arriba están en mi morral, ahora lo veréis —respondió el soldado.

El Profeta le siguió con una mirada triunfante, y dijo para sí:

—Ya se ha quedado sin caballo, sin dinero, sin papeles... No he podido hacer más, puesto que me estaba prohibido hacer más, y debía obrar con toda la astucia que me fuese posible y salvar las apariencias. Todos culparán al soldado. Al menos puedo responder que durante algunos días no seguiré su camino, ya que parece que tan grandes intereses están pendientes de su detención y de la de las dos niñas.

Un cuarto de hora después de esta reflexión del domador de fieras, Karl, el compañero de Goliat, salió del escondite a donde su amo lo había confinado durante la noche y partió para Leipzig, portador de una epístola que Morok acababa de

escribir a toda prisa, y que Karl debía, luego que llegase, poner en el correo.

El sobre de esta carta decía así:

A Mr. Rodin. Calle de Milieu des-Ursins, núm. 11. En París, Francia.

XII

El burgomaestre

Aumentábase cada vez más la inquietud de Dagoberto. Seguro de que su caballo no había ido voluntariamente al soportal, atribuía aquel desgraciado acontecimiento a la maldad del domador, pero en vano deseaba inquirir la razón de la ojeriza que este malvado le tenía, y no sin espanto pensaba en que por justa que fuese su causa, iba a depender del buen o mal humor de un juez arrancado al sueño y que podía condenarle por falaces apariencias.

Decidido a ocultar todo el tiempo que pudiera a las huérfanas el nuevo golpe que las hería, iba a abrir la puerta de su cuarto, cuando tropezó con «Malasombra», pues el perro había acudido a su punto después de haber intentado impedir al Profeta que se llevase a «Jovial».

—Afortunadamente ha vuelto aquí el perro; las pobres niñas estaban guardadas —dijo el soldado abriendo la puerta.

No pudo menos de sorprenderse al observar la profunda oscuridad que reinaba en la habitación.

—Hijas mías... —exclamó—, ¿por qué estáis sin luz?

No le respondieron. Asustado, se puso a buscar a tientas el lecho y cogió la mano de una de las jóvenes; estaba fría.

—¡Rosa!... ¡hijas mías! —exclamó—. ¡Blanca! respondedme... me asustáis...

El mismo silencio: la mano que tenía entre las suyas seguía a sus movimientos fría e inerte.

La luna, libre entonces de las nubes negras que la rodeaban, reflejó en el aposento, y sobre el lecho colocado enfrente de la ventana una claridad bastante viva para que el soldado viese a las dos hermanas desmayadas. La luz de la luna aumentaba más la palidez de las huérfanas, que permanecían semiabrazadas, ocultando Rosa su cabeza en el seno de Blanca.

—Se habrán puesto malas de miedo —exclamó Dagoberto corriendo en busca de su calabaza—. ¡Pobres niñas! ¡Después de un día en que han sentido tantas emociones, esto no es extraño!

Y el soldado, empapando la punta de un pañuelo en algunas gotas de aguardiente, se arrodilló delante de la cama, frotó ligeramente las sienes de las dos hermanas, y aplicó a sus pequeñas narices sonrosadas el lienzo impregnado en el líquido espirituoso... Arrodillado siempre, inclinando hacia las huérfanas su moreno rostro, esperó algunos segundos antes de renovar el empleo del único medio de socorro que tenía.

Un ligero movimiento de Rosa dio alguna esperanza al soldado; la joven volvió

su cabeza sobre la almohada suspirando, en seguida se estremeció, abrió sus ojos azorados, y no conociendo al momento a Dagoberto, exclamó:

—¡Hermana mía! —y se arrojó entre los brazos de Blanca.

Ésta principió a sentir también los efectos de los auxilios del soldado, sacándola completamente del letargo el grito de Rosa; pero participando otra vez de su terror sin saber la causa, se estrechó contra ella.

—Ya han vuelto en sí... esto es lo que interesa —dijo Dagoberto—. El pavor les pasará pronto. En seguida —añadió temblando su voz—: Ea, hijas mías... ánimo... estáis mejor... soy yo... que estoy aquí... yo... Dagoberto.

Las huérfanas hicieron un movimiento brusco, volvieron hacia el soldado sus encantadores rostros turbados y en un arranque lleno de gracia ambas le tendieron los brazos exclamando:

—Eres tú... Dagoberto... nos hemos salvado...

—Sí, hijas mías... soy yo —dijo el veterano cogiéndoles las manos y estrechándoselas cariñosamente—. ¿Tuvisteis mucho miedo durante mi ausencia?

—¡Oh! sí... terrible...

—¿Pero quién ha apagado la luz?

—Nosotras no...

—Vamos, calmaos, pobres niñas, y contadme eso... Este mesón no me parece seguro... Felizmente lo abandonaremos muy pronto. Mal haya quien me ha conducido a él. Pero después de todo no había otra posada en el pueblo. Y bien ¿qué ha pasado?

—Apenas te marchaste, se abrió la ventana con mucha fuerza, y cayeron la lámpara y la mesa con gran estrépito.

—Entonces se nos oprimió el corazón, y nos abrazamos lanzando un grito, porque nos pareció también oír pasos por el aposento.

—Y nos sentimos malas; tanto era el miedo que teníamos...

Por desgracia persuadido de que la violencia del viento había roto los vidrios y empujado la ventana, Dagoberto creyó haber cerrado mal la falleba, y atribuyó este segundo accidente a la misma causa que el primero, pensando que el miedo de las huérfanas las obcecaba.

—En fin, eso ha pasado ya, no pensemos más en ello; calmaos —les dijo.

—Pero, dinos, Dagoberto, ¿por qué nos dejaste tan pronto?

—Es verdad, ahora me acuerdo, ¿no oímos un gran ruido, hermana, y vimos a Dagoberto correr hacia la escalera exclamando: «Mi caballo... ¿qué hacen a mi caballo?»?

—¿No era «Jovial» que relinchaba?

Estas preguntas renovaban las angustias del soldado, y temiendo responder a ellas, dijo con cierto embarazo:

—Sí... «Jovial» relinchaba... ¡mas no era nada!... Pero necesitamos luz. ¿Sabéis dónde coloqué mis avíos de encender ayer tarde? Vaya, yo pierdo la cabeza: están en

mi bolsillo. Afortunadamente aquí hay una vela; voy a encenderla para buscar en mi morral unos papeles que necesito.

Dagoberto hizo saltar algunas chispas, encendió la luz y vio, en efecto, la ventana todavía abierta, la mesa caída y junto a la lámpara su morral, cerró la ventana, levantó la mesita, y colocando en ella el morral, lo desató a fin de coger su cartera colocada, así como su cruz y su bolsa, en una especie de bolsillo entre el forro y la piel del morral, que no parecía haber sido registrado, gracias al esmero con que estaban sujetas las correas.

El soldado metió la mano en el bolsillo del morral y nada encontró. Herido por la sorpresa, palideció y exclamó dando un paso hacia atrás:

—¡Qué es esto! ¡No hay nada!

—Dagoberto, ¿qué tienes? —dijo Blanca.

El soldado no contestó. Inclinado sobre la mesa, permaneció con la mano metida en el bolsillo del morral: después cediendo de pronto a una vana esperanza, porque tan cruel realidad no le parecía posible, vació precipitadamente el contenido del morral sobre la mesa: consistía aquél en algunas prendas medio usadas, y en su raído uniforme de granadero a caballo de la guardia imperial, santa reliquia para el soldado. Pero por más que Dagoberto desenvolvió cada objeto de su equipaje, no encontró ni su bolsa ni su cartera donde estaban sus papeles, las cartas del general Simón y su cruz. En vano con esa puerilidad terrible que acompaña siempre a las investigaciones desesperadas, el soldado cogió el morral por las dos puntas y lo sacudió con fuerza: nada cayó.

Mirábanse las huérfanas con inquietud, no comprendieron nada del silencio y de la acción de Dagoberto que les volvía la espalda.

Blanca se aventuró a decirle con voz tímida:

—¿Qué tienes?... no nos respondes... ¿qué buscas en tu morral?

Dagoberto, siempre callado, se registró precipitadamente y volvió del revés todos sus bolsillos: nada... Quizás por la primera vez en su vida, sus dos hijas como él las llamaba le habían dirigido la palabra sin que les contestase. Blanca y Rosa sintieron que gruesas lágrimas humedecían sus ojos; creyendo que el soldado estaba incomodado, no se atrevieron a hablarle más.

—No, no puede ser... no —decía el veterano apoyando su mano en su frente y buscando todavía en su memoria dónde habría podido colocar objetos tan preciosos para él, pues no quería resolverse a creer que se habían perdido. Un rayo de alegría brilló en sus ojos; fue a coger sobre una silla la maleta de las huérfanas, la cual contenía un poco de ropa blanca, dos vestidos negros y una cajita de madera blanca que guardaba un pañuelo de seda que había pertenecido a su madre, dos bucles de sus cabellos y una cinta negra que llevaba al cuello; pues lo poco que poseían fue confiscado por el gobierno ruso. Dagoberto lo registró todo, sin perdonar los últimos rincones de la maleta; pero nada... nada...

Esta vez, completamente anonadado, se apoyó sobre la mesa. Este hombre tan

robusto, tan enérgico, se sentía desfallecer; su rostro estaba ardiente y bañado en sudor frío, y se le doblaban las rodillas.

Dícese vulgarmente que un náufrago se agarraría a un junco; también hay «desesperación» que no quiere absolutamente «desesperar». Dagoberto, pues, se dejó arrastrar por una última esperanza, absurda, imposible... Volvióse bruscamente hacia las huérfanas, y les dijo, sin pensar en la alteración de sus facciones y de su voz:

—Decid, ¿no os los he dado a guardar?

En lugar de contestarle, Rosa y Blanca, asustadas al ver su palidez y la expresión de su rostro, lanzaron un grito.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿qué tienes? —murmuró Rosa.

—¿Los tenéis vosotras, sí o no? —exclamó con voz de trueno el desgraciado, extraviado por el dolor—. Si no los tenéis, voy a coger el primer cuchillo que halle y me lo clavo en el corazón.

—¡Ay! tú tan bueno... perdónanos si te hemos causado alguna pena. ¡Nos amas tanto!... no querrás hacernos mal...

Y las huérfanas se echaron a llorar extendiendo sus manos suplicantes hacia el soldado.

Éste, sin verlas, las miraba con ojos fijos, inmóviles, terribles: en seguida, disipada esta especie de vértigo, la realidad se presentó a su pensamiento con todas sus horrorosas consecuencias: unió las manos, cayó de rodillas delante de la cama de las huérfanas, apoyó en ella su frente, y al través de sus sollozos penetrantes, porque este hombre de hierro sollozaba, no se oía más que estas palabras entrecortadas:

—¡Misericordia!... no sé... ¡ah!, ¡qué desgracia!, ¡qué desgracia!, ¡perdón!

A esta explosión de dolor, cuya causa no comprendían, pero que en semejante hombre inspiraba lástima, las dos hermanas, sobrecogidas, rodearon con sus brazos su vieja cabeza cana, y exclamaron llorando:

—¡Pero míranos! dínos lo que te entristece. ¿No somos nosotras?...

Un ruido de pasos resonó en la escalera. Al mismo tiempo se oyeron los ladridos de «Malasombra» que estaba fuera de la puerta. Cuanto más se aproximaban los pasos, más furiosos eran los ladridos del perro; indudablemente iban acompañados de demostraciones hostiles, porque se oyó al posadero gritar coléricamente.

—¡Hola!, ¡eh! llamad a vuestro perro. Es el señor burgomaestre que sube...

—Dagoberto, ¿oyes? es el burgomaestre —dijo Rosa.

—Sube gente —añadió Blanca. La palabra burgomaestre volvió en sí a Dagoberto, y completó el cuadro de su terrible situación. Su caballo estaba muerto, se hallaba sin papeles, sin dinero, y un día, un solo día de retraso, destruía la última esperanza de las dos hermanas, y hacía inútil aquel largo y penoso viaje.

Las personas de gran temple, y el veterano era de éstas, prefieren los grandes peligros, las situaciones amenazadoras, pero claramente presentadas, a esas angustias vagas que preceden a una desgracia definitiva.

Dagoberto, ayudado por su buen sentido y por su admirable abnegación,

comprendió que no tenía otro recurso que la justicia del burgomaestre, y que todos sus esfuerzos debían tender a captarse la benevolencia de este magistrado; enjugó sus ojos con la ropa de la cama, se levantó, erguido, tranquilo, resuelto, y dijo a las huérfanas:

—Nada temáis, hijas mías; el que llega debe ser nuestro libertador.

—¿Queréis llamar a vuestro perro? —repitió el mesonero, que permanecía detenido en la escalera por «Malasombra», centinela vigilante que continuaba disputándole el paso—. ¿Está rabioso este animal? Atadle: ¿no habéis causado ya bastantes desgracias en mi casa? Os digo que el señor burgomaestre quiere preguntaros ahora, pues acaba de oír a Morok.

Dagoberto pasó la mano por sus cabellos canos y por su bigote, se abrochó el cuello de su uniforme, limpió sus mangas con las manos a fin de darse el mejor aire posible, conociendo que la suerte de las huérfanas iba a depender de su conferencia con aquel magistrado.

Con fuertes latidos de corazón puso la mano sobre la cerradura, después de haber dicho a las niñas cada vez más asustadas con tantos acontecimientos:

—Quedaos quietas en la cama, hijas mías: si es absolutamente preciso que entre alguno aquí, será solo el burgomaestre.

Abriendo luego la puerta, el soldado llegó hasta la meseta, y dijo:

—«Malasombra»... ven aquí.

El perro obedeció con marcada repugnancia, y fue preciso que su amo le ordenase dos veces que se abstuviera de toda manifestación hostil hacia el mesonero: este último; con una linterna en la mano y un gorro en la otra, precedió respetuosamente al burgomaestre, cuya figura magistral se perdía en la oscuridad de la escalera.

Detrás del juez, y algunos escalones más bajos que él, se veían vagamente los semblantes curiosos de los criados y demás gente de la posada.

Dagoberto, después de haber hecho entrar a «Malasombra» en su cuarto, cerró la puerta y avanzó dos pasos en la meseta, bastante espaciosa para contener muchas personas, y en cuyo ángulo había un banco de madera con respaldo.

Al llegar el burgomaestre al último escalón, pareció sorprendido de ver a Dagoberto cerrar la puerta del aposento como si quisiera prohibirle la entrada.

—¿Por qué cerráis esa puerta? —preguntó con acento áspero.

—En primer lugar, porque dos jóvenes que me han sido confiadas están acostadas en esta estancia, y después, porque vuestro interrogatorio asustaría a esas niñas —respondió Dagoberto—. Sentaos en este banco e interrogadme aquí, señor burgomaestre; creo que os sea indiferente.

—¿Y con qué razón pretendéis imponerme el lugar de vuestro interrogatorio? —preguntó el juez con visibles muestras de desagrado.

—¡Oh! nada pretendo, señor burgomaestre —se apresuró a decir el soldado—. Solamente os suplico que, como estas jóvenes están acostadas, y se hallan ya temerosas, os dignéis preguntarme aquí, con lo cual daréis una muestra de vuestro

buen corazón.

—¡Hum!, ¡aquí! —dijo el magistrado con mal humor—. Despertarme a media noche... bien, sea así, os preguntaré aquí... —En seguida dirigiéndose al posadero, le dijo—: Poned vuestra linterna en este banco y dejadnos.

El posadero obedeció y bajó la escalera seguido de los curiosos que le habían acompañado, unos y otros descontentos por no poder asistir al interrogatorio. El veterano quedó solo con el magistrado.

XIII

El juicio

El buen burgomaestre de Mockern tenía encasquetado un gorro de paño y estaba embozado en su capa; sentóse pausadamente en el banco, porque es de advertir que era gordo y frisaba en los sesenta años, de semblante fiero y ceñudo; con su puño robusto frotaba frecuentemente sus ojos hinchados y enrojecidos por la falta de sueño.

Dagoberto, de pie, con la cabeza descubierta, el aire sumiso y respetuoso, tenía entre ambas manos su vieja gorra de cuartel, y procuraba leer en la tosca fisonomía de su juez las probabilidades que podía tener de que se interesara por su suerte.

En este momento crítico, el pobre soldado llamaba en su auxilio toda su sangre fría, toda su razón, toda su elocuencia, toda su resolución; él que veinte veces había desafiado a la muerte con fría impavidez, él que tranquilo y sereno jamás había bajado los ojos ante la mirada de águila del emperador, su héroe, sentíase embarazado y trémulo en presencia de un burgomaestre de aldea, de avinagrado gesto y áspera figura. Así también algunas horas antes había sufrido impasible y resignado las provocaciones del Profeta, por no comprometer la sagrada misión que una madre moribunda le encomendara; mostrando por este medio a qué heroísmo de abnegación puede llegar un alma honrada.

—¿Qué tenéis que decir para justificaros? Vamos, despachemos —preguntó brutalmente el burgomaestre con un bostezo de impaciencia.

—No tengo por qué justificarme, voy a quejarme, señor burgomaestre —contestó Dagoberto con voz firme.

—¿Pensáis enseñarme en qué forma debo haceros mis preguntas? —exclamó el magistrado con tono tan áspero, que el soldado se reprendió de haber entablado tan mal la conferencia. Queriendo calmar a su juez, se apresuró a responder con sumisión:

—¡Perdón, señor burgomaestre! me habré explicado mal; quería decir solamente que en este negocio no tenía yo culpa alguna.

—El Profeta afirma lo contrario.

—El Profeta... —respondió el soldado con aire de duda.

—El Profeta es un hombre piadoso y honrado, incapaz de mentir —replicó el juez.

—Nada puedo decir sobre este particular, pero sois demasiado justo y bueno, señor burgomaestre, para condenarme sin oírme... No seréis vos quien cometa una injusticia... ¡oh! eso se ve desde luego.

Resignándose así, a su pesar, al papel de cortesano, Dagoberto dulcificaba su

bronca voz, y procuraba dar a su austera figura una expresión risueña, agradable y lisonjera.

—Un hombre como vos —añadió haciendo cada vez más meliflua la voz—, un juez tan respetable... no oye sino por una oreja.

—No se trata de orejas, sino de ojos; y aunque los míos me escuecen como si me los hubiera frotado con ortigas, he visto la mano del domador horriblemente herida.

—Así es verdad, señor burgomaestre; pero reflexionad que si hubiese cerrado sus jaulas y su puerta, nada de esto hubiera sucedido.

—No es él, sino vos, quien tenéis la culpa, porque no atasteis fuertemente vuestro caballo al pesebre.

—Cierto, señor burgomaestre; indudablemente tenéis razón —dijo el soldado con voz cada vez más afable y conciliadora—. No será un pobre diablo como yo quien contradiga; sin embargo, si por una mala intención hubiesen desatado a mi caballo para que fuese a la barraca... en ese caso, ¿confesaríais, no es verdad, que no tengo la culpa? O al menos lo confesaríais, si así os agradase; yo no tengo derecho a mandaros nada.

—¿Y por qué diantres se os ha puesto en magín que os han jugado esa mala pasada?

—No lo sé, señor burgomaestre; pero...

—¡No lo sabéis, eh! ni yo tampoco —dijo impaciente el burgomaestre—. ¡Oh, Dios mío!, ¡cuántas palabras necias por un esqueleto de caballo muerto!

El rostro del soldado, perdiendo de súbito su expresión de amabilidad forzada, volvió a ponerse severo, y respondió con voz grave y conmovida:

—Mi caballo está muerto... ya no es más que un esqueleto, es cierto; mas hace una hora que, aunque muy viejo, estaba lleno de vida y de inteligencia. Relinchaba alegremente a mi voz, y cada noche lamía las manos de las dos pobres niñas que había llevado durante todo el día, como en otro tiempo llevó a su madre. Ahora ya no llevará a nadie, lo arrojarán al muladar, se lo comerán los perros, y asunto concluido ¡Sin duda no merecía que me lo recordasen con tanta dureza, porque yo quería mucho a mi caballo!

A estas palabras, pronunciadas con suma naturalidad, el burgomaestre, conmovido a pesar suyo, reprendióse a sí mismo por las que acababa de proferir.

—Concibo el pesar que tenéis por la muerte de vuestro caballo —dijo con voz menos impaciente—. Pero en fin, ¿qué queréis?, es una desgracia.

—Una desgracia, sí, señor burgomaestre, una desgracia muy grande; las jóvenes que acompaño son muy delicadas para emprender un largo viaje a pie, y demasiado pobres para caminar en coche. Sin embargo, es preciso que lleguemos a París antes del mes de febrero. Cuando murió su madre le prometí que las conduciría a Francia, porque esas niñas no tienen ya en el mundo más que a mí.

—Sois indudablemente su...

—Soy su fiel criado, señor burgomaestre, y ahora que mi caballo está muerto ¡qué

queréis que haga! ¡Oh! vos sois muy bueno, ¿tenéis acaso hijas? Si algún día se hallan en la situación de mis dos huerfanitas, teniendo por único bien, por único recurso en el mundo, a un viejo soldado que las ame, y un viejo caballo que las lleve... si después de haber sido muy desgraciadas, desde su nacimiento... porque mis huerfanitas son hijas de desterrados... se hallase su felicidad al cabo de ese viaje, y por la muerte de un caballo se hiciera ese viaje imposible; decid, señor burgomaestre, semejante acontecimiento ¿no os enternecería el corazón? ¿No pensaríais entonces como yo que la pérdida de mi caballo es irreparable?

—Seguramente —dijo participando involuntariamente de la emoción de Dagoberto—. Ahora comprendo toda la gravedad de la pérdida que habéis sufrido; y además esas huérfanas me interesan, ¿qué edad tienen?

—Quince años y dos meses... son gemelas.

—Casi la misma edad de mi Federica.

—¿Tenéis una hija de esta edad? —dijo Dagoberto recobrando la esperanza—; pues bien, señor burgomaestre, os confieso ahora, que ya no me inquieta la suerte de mis pobres niñas. Vos nos haréis justicia.

—Hacer justicia... ése es mi deber: después de todo, en este asunto las culpas son casi iguales; por una parte vos habéis atado mal a vuestro caballo; por la otra el domador ha dejado su puerta abierta. Él dice: he sido herido en la mano... pero vos me respondéis: han muerto a mi caballo... y por mil razones, la muerte de mi caballo es una pérdida irreparable.

—Me hacéis hablar mejor que he hablado nunca —dijo el soldado con sonrisa humildemente cariñosa—; ése es el sentido de lo que yo hubiera dicho, porque, como vos mismo conocéis, ese caballo era toda mi fortuna, y es muy justo que...

—Sin duda —dijo el burgomaestre, interrumpiendo al soldado—, vuestras razones son excelentes... El Profeta, hombre honrado y santo, ha presentado a su manera los hechos muy hábilmente, y además hace mucho tiempo que se le conoce en este país, donde casi todos somos fervientes católicos, da a nuestras mujeres muy baratos libritos edificantes, y les vende, perdiendo seguramente, rosarios y «agnus dei» bien trabajados. Esto no hace al caso, me diréis, y tendréis razón; sin embargo, os confieso que había venido aquí con la intención...

—¿De echarme la culpa, de condenarme, no es así, señor burgomaestre? Sin duda, como no habíais despertado completamente vuestra justicia, no tenía todavía más que un ojo abierto.

—Así es la verdad, señor soldado —respondió el juez con buen humor—, bien podía ser así, porque desde luego no oculté a Morok que le daba la razón; entonces me dijo muy generosamente: puesto que condenáis a mi adversario, no quiero agravar su situación y deciros ciertas cosas...

—¿Contra mí?

—Sin duda, pero a fuer de generoso enemigo, calló cuando le dije que, según todas las apariencias, os condenaría a una fuerte multa en su favor; porque, os lo

confieso, antes de haber oído vuestras razones, estaba dispuesto a exigir de vos una indemnización por la herida del Profeta.

—Ved, sin embargo, señor burgomaestre, cómo las personas mas justas y de más sana razón pueden ser engañadas —dijo Dagoberto, volviendo a ser el cortesano. Luego añadió, procurando tomar un aire prodigiosamente malicioso—; pero reconocen al fin la verdad, y no pueden oscurecerla por más profetas que sean...

Por este desgraciado juego de palabras, el primero, el único que Dagoberto había jamás usado, puede juzgarse de gravedad de la situación y los esfuerzos, las tentativas que hacía el infeliz para captarse la benevolencia de su juez.

El burgomaestre no comprendió por de pronto la chanza, y sólo pudo apercibirse de ella por el aire satisfecho de Dagoberto y por su mirada, que parecía decir:

—¡Eh! esto es magnífico; yo mismo estoy admirado.

El magistrado se sonrió también con aire magistral, meneando la cabeza, después contestó marcando más el juego de palabras.

—¡Eh!... ¡eh!... ¡eh!... tenéis razón, el Profeta ha profetizado mal... no le pagaréis ninguna indemnización; considero las culpas iguales y los daños compensados... Él ha sido herido y vuestro caballo muerto; por tanto, no os debéis nada.

—¿Y entonces, cuánto creéis me debe dar? —preguntó el soldado con extraordinaria candidez.

—¿Qué decís?

—Digo, señor burgomaestre, que ¿qué suma me ha de pagar?

—¿Qué suma?

—Eso es, pero antes de fijarla, debo advertiros una cosa: creo estar en mi derecho no empleando todo el dinero en la adquisición de un caballo... estoy seguro que en las intermediaciones de Leipzig hallaré a buen precio una bestia entre los campesinos, también os confesaré, aquí para los dos, que si pudiese encontrar un asno, no se ofendería mi amor propio... lo preferiría; porque muerto mi pobre «Jovial», la compañía de otro caballo me sería penosa.

—¡Pero diantre! —exclamó el burgomaestre—, ¿de qué suma, de qué asno y de qué otro caballo me estáis hablando? Os digo que no debéis nada al Profeta, ni él tampoco os debe nada.

—¿No me debe nada?

—Sois testarudo; os repito que si los animales del Profeta han muerto a vuestro caballo, el Profeta ha sido herido gravemente, o si queréis mejor, ni vos le debéis indemnización alguna, ni él os la debe a vos... ¿Comprendéis ahora?

Dagoberto, estupefacto, permaneció algunos momentos sin responder, mirando al burgomaestre con angustia, porque veía destruidas nuevamente sus esperanzas con este juicio.

—Sin embargo, señor burgomaestre —añadió con voz alterada— sois demasiado justo para no fijar la atención en una cosa: la herida del domador no le impide

continuar su ejercicio, y la muerte de mi caballo me impide continuar mi viaje, luego, es preciso que me indemnice.

El juez creía haber hecho ya mucho por Dagoberto con no hacerle responsable de la herida del Profeta, porque Morok, ya lo hemos dicho, ejercía cierta influencia sobre los católicos del país, y sobre todo, sobre sus mujeres, con su venta de objetos de devoción; sabíase además que era protegido por algunas personas eminentes. La obstinación del soldado ofendió al magistrado, que volviendo a tomar su fisonomía adusta, respondió severamente:

—Me haréis arrepentir de mi imparcialidad. ¡Cómo!, ¿en lugar de darme las gracias pedís todavía?

—Pero señor... pido una cosa justa; quisiera estar herido en la mano como el Profeta y poder continuar mi camino.

—No se trata de lo que quisierais. He fallado y no hay que replicar.

—Pero...

—Basta, pasemos a otra cosa. Vuestros papeles.

—Sí, hablaremos de ellos: pero yo os suplico, señor burgomaestre, que os compadezcáis de esas dos niñas... haced que podamos continuar nuestro viaje, y...

—He hecho cuanto podía hacer. Dadme vuestros papeles.

—En primer lugar es menester que os explique...

—No quiero explicaciones. Vuestros papeles, ¿o queréis que os prenda como vago?

—¡A mí!... ¡Prenderme!

—Quiero decir, que si no me entregáis vuestros papeles, es como si no los tuvieseis, y en ese caso, las personas que no los tienen, son presas hasta que la autoridad dispone de ellas. Veamos vuestros papeles. Concluyamos de una vez, porque tengo prisa de volverme a mi casa.

La posición de Dagoberto se había hecho tanto más penosa, cuanto que por un momento se había dejado arrastrar por una viva esperanza. Faltaba que añadir este último golpe a lo que el veterano sufría desde el principio de esta escena; prueba tan cruel como peligrosa para un hombre de su ánimo, de carácter recto, pero firme; leal, pero rudo y absoluto, para un hombre en fin, que soldado muchos años, y soldado victorioso, habíase habituado a pesar suyo a ciertas fórmulas singularmente despóticas para con los paisanos.

A las palabras «vuestros papeles», Dagoberto se quedó pálido, pero procuró disimular su emoción bajo una aparente tranquilidad que creía a propósito para inspirar al magistrado una buena opinión de él.

—En dos palabras, señor burgomaestre, voy a deciros lo que hay. Esto puede sucederle a todo el mundo. Yo no tengo trazas de ser mendigo ni vago, ¿no es verdad? y además... además... ya conocéis que un hombre de bien, que viaja con dos jóvenes...

—¡Cuánta charla!, ¡vuestros papeles!

Dos poderosos auxiliares, por una felicidad inesperada, vinieron en ayuda del soldado.

Las huérfanas, oyendo siempre a Dagoberto hablar en la meseta de la escalera, habíanse levantado y vestido; de modo que en el momento en que el magistrado decía con voz brusca «¡Cuánta charla!, ¡vuestros papeles!». Rosa y Blanca, salieron del aposento.

Al ver a estas dos encantadoras criaturas, a quienes sus pobres vestidos de luto hacían mucho más interesantes, el burgomaestre se levantó lleno de sorpresa y admiración.

Por un movimiento espontáneo cada hermana cogió una mano de Dagoberto y se estrechó contra él, mirando al magistrado con aire candoroso.

Era tan interesante el cuadro que ofrecía este anciano soldado, presentando, por decirlo así, a su juez a estas dos graciosas niñas, de facciones llenas de inocencia y encanto, que el burgomaestre, volviendo a sus sentimientos compasivos, se hallaba vivamente conmovido. Dagoberto lo observó y le dijo con ternura:

—Miradlas, señor burgomaestre: mirad a estas pobres niñas. ¿Puedo presentaros mejor pasaporte?

Y vencido por tantas sensaciones penosas, contenidas, precipitadas, Dagoberto sintió a pesar suyo llenarse sus ojos de lágrimas.

Aunque naturalmente brusco, y mucho más por la interrupción de su sueño, el burgomaestre no carecía de buen sentido. Comprendió, pues, que un hombre así acompañado, debía difícilmente inspirar desconfianza.

—¡Pobres niñas! huérfanas de tan tierna edad... ¿vienen de muy lejos?

—Del interior de la Siberia, señor burgomaestre, a donde su madre fue desterrada antes de que nacieran. Más de cinco meses hace ya que viajamos haciendo pequeñas jornadas ¿no es esto ya bastante duro para niñas de su edad? Para ellas sólo os pido protección, para ellas contra quienes parece que hoy todo se conjura, porque ahora mismo, al buscar mis papeles en mi morral, no he encontrado la cartera donde estaban con mi bolsa y mi cruz. Porque al fin, señor burgomaestre, perdonad si os digo esto, no es por vanidad, pero he sido condecorado por la mano del emperador; y un hombre que ha sido condecorado por su mano, ya conoceréis que no puede ser un perverso, aunque desgraciadamente haya perdido sus papeles y su bolsa. Esto es lo que me hace ser tan exigente para la indemnización.

—¿Y cómo y dónde los habéis perdido?

—No lo sé, señor burgomaestre, pero estoy seguro que antes de ayer en la posada tomé un poco de dinero de la bolsa y vi la cartera: ayer no abrí mi morral, porque me bastó el cambio de la moneda del día anterior.

—Y ayer y hoy ¿dónde ha estado vuestro morral?

—En el aposento de estas niñas, pero esta noche...

Dagoberto fue interrumpido por los pasos de alguien que subía, era el Profeta.

Oculto en la sombra al pie de la escalera, había oído esta conversación y temía

que la debilidad del burgomaestre perjudicase al completo logro de sus aspiraciones, ya casi enteramente realizadas.

XIV

La decisión

Morok tenía su brazo izquierdo envuelto en un pañuelo pendiente del cuello: después de haber subido con lentitud la escalera, saludó respetuosamente al burgomaestre.

Al ver la tétrica figura del domador de fieras, Rosa y Blanca, asustadas, retrocedieron un paso y se aproximaron más al soldado.

Oscurecióse la frente de Dagoberto, y sintió de nuevo sordamente hervir su cólera contra Morok.

Ignoraba que Goliat, instigado por el profeta, había robado la cartera y los papeles.

—¿Qué queréis, Morok? —le dijo el burgomaestre con aire entre benévolo y enojado—. Quería estar solo; ya se lo había prevenido al mesonero.

—Vengo a prestaros un servicio.

—¿Un servicio?

—Un gran servicio; a no ser así, no hubiera venido a interrumpiros: me ha acometido un escrúpulo.

—¿Un escrúpulo?

—Sí, señor burgomaestre; me he reprendido por no haberos dicho lo que tenía que deciros acerca de ese hombre; una mal entendida conmiseración me había extraviado.

—Pero, en fin, ¿qué tenéis que decirme?

Morok se acercó al juez y le habló quedo durante largo rato. La fisonomía del burgomaestre, muy asombrada al principio, volvióse poco a poco profundamente inquieta y recelosa de vez en cuando dejaba escapar alguna exclamación de sorpresa, y dirigía miradas de reojo al grupo formado por Dagoberto y las dos jóvenes.

Por la expresión de estas miradas cada vez más inquietas, escrutadoras y severas, adivinábase fácilmente que las palabras del Profeta cambiaban el interés que el magistrado había experimentado por las huérfanas y por el soldado en un sentimiento lleno de desconfianza y hostilidad.

Rosa y Blanca, sobrecogidas y no comprendiendo nada de esta escena muda, miraban al soldado con terrible ansiedad.

—¡Diablo! —dijo el burgomaestre levantándose bruscamente—, no había pensado en todo eso; ¿dónde tenía yo la cabeza? Pero ¿qué queréis, Morok! cuando vienen a despertaros a media noche, no es posible que vuestra razón tenga toda su libertad. Bien me decíais que era un gran servicio el que ibais a hacerme.

—Sin embargo, nada afirmo...

—No importa: apostarí mil contra uno a que tenéis razón.

—No es más que una sospecha fundada en algunas circunstancias: pero al fin, una sospecha...

—Que puede conducirnos a la verdad. ¡Y yo que iba a dejarme coger en la trampa como un idiota! ¿Dónde tenía yo el juicio?

—Es tan difícil defenderse de ciertas apariencias...

—¿A quién se lo decís, mi querido Morok, a quién se lo decís?

Durante esta conversación misteriosa, Dagoberto estaba en un suplicio: presentía que iba a estallar una violenta tempestad, y sólo pensaba en una cosa, en dominar aún su cólera.

Morok se acercó al juez designándole con la vista a las huérfanas y volvió a hablarle quedo.

—¡Alto! Vais demasiado lejos.

—Yo nada afirmo —apresuróse a decir Morok—. Es una mera presunción basada en... —Y de nuevo acercó sus labios al oído del juez.

—Después de todo ¿por qué no? —dijo el juez levantando las manos al cielo—, estas gentes son capaces de todo; dice también que viene de la Siberia con ellas, ¿quién prueba que esto no sea un cúmulo de imprudentes mentiras? Pero no se me engaña dos veces.

Porque como todas las personas de carácter versátil y débil, no tenía compasión para con los que creía capaces de haberle sorprendido.

—No os apresuréis, sin embargo, a juzgar, no deis sobre todo a mis palabras más valor que el que tienen —dijo Morok con compunción hipócrita—; mi posición respecto a «ese hombre» —y señaló a Dagoberto—, es desgraciadamente tan falsa, que podrían creer que obraba resentido del mal que me ha hecho, cuando por el contrario obro guiado solamente por el amor a la justicia, el horror a la mentira y el respeto a nuestra santa religión, en fin, quien viva, lo verá: perdóneme el señor si me he engañado; en todo caso la justicia fallará; después de un mes o dos quedarán libres si son inocentes.

—Por lo mismo no debe vacilarse; es una simple medida de prudencia, y no morirán por eso. Además, cuanto más pienso en lo que acabáis de decirme, más verosímil me parece; sí, ese hombre debe ser un espía, o un agitador francés, sobre todo uniendo estas sospechas con esa manifestación de los estudiantes de Francfort...

—Y en esta suposición, para exaltar las cabezas de esos jóvenes locos, no hay cosa como... —Y con una mirada rápida Morok designó a las dos hermanas. Después de un momento de silencio significativo, añadió lanzando un suspiro—: Para el demonio todo medio es bueno...

—Ciertamente, esto sería odioso, pero perfectamente imaginado...

—Y por último, examínadle atentamente, y veréis que «ese hombre» tiene una figura peligrosa... Miradle.

Hablando así Morok, siempre en voz baja, acababa de designar evidentemente a Dagoberto.

A pesar del imperio que éste ejercía sobre sí mismo, la coacción que sufría desde su llegada a aquella posada y sobre todo desde el principio de la conversación de Morok y del burgomaestre, era ya superior a sus fuerzas, además, veía claramente que sus esfuerzos para ganarse la benevolencia del juez acababan de ser completamente destruidos por la influencia del domador de fieras; así es que perdiendo la paciencia, se aproximó a éste con los brazos cruzados y le dijo con voz todavía reprimida:

—¿Es de mí de quien acabáis de hablar en voz baja al señor burgomaestre?

—Sí —dijo Morok, mirándole con fijeza.

—¿Por qué no habéis hablado en voz alta?

La agitación casi convulsiva del espeso bigote de Dagoberto, que después de haber pronunciado estas palabras, miró a su vez a Morok de hito en hito, anunciaba que sufría interiormente un violento combate. Viendo a su adversario guardar un silencio insultante, le dijo en voz más alta:

—Os pregunto: ¿Por qué habláis quedo al señor burgomaestre cuando se trata de mí?

—Porque hay cosas vergonzosas que no pueden manifestarse en voz alta —respondió Morok con insolencia.

Hasta entonces Dagoberto había tenido sus brazos cruzados, pero de pronto los extendió violentamente cerrado los puños: este brusco movimiento fue tan expresivo, que las dos hermanas lanzaron un grito de espanto, acercándose a él.

—Mandad, señor burgomaestre —dijo el soldado apretando los dientes de cólera—, que se vaya ese hombre... o no respondo de mí.

—¿Cómo! —dijo el burgomaestre con arrogancia—, ¿órdenes a mí?...

—Os digo que hagáis bajar a este hombre —repitió Dagoberto fuera de sí—, o sucederá alguna desgracia.

—¡Dagoberto!... ¡Dios mío! cálmate —exclamaron las niñas cogiéndole las manos.

—¡Bien os sienta, por Dios! miserable vagabundo, por no decir otra cosa, mandar aquí —dijo al fin el burgomaestre—. ¡Ah!, ¿creéis que para engañarme basta decir que habéis perdido vuestros papeles? En vano lleváis en vuestra compañía a esas dos jóvenes, quienes a pesar de su aire inocente... podrían muy bien no ser sino...

—¡Miserable!... —exclamó Dagoberto.

El soldado cogió a las niñas por el brazo, y sin que hubiesen podido decir una palabra, en un segundo las metió dentro del aposento, y cerrando después la puerta, y guardando la llave en su bolsillo, volvió hacia el burgomaestre, que asustado por la actitud y la fisonomía amenazadora del veterano, dio dos pasos para atrás y se agarró con una mano a la barandilla de la escalera.

—Escuchadme bien —dijo el soldado cogiendo al juez por el brazo—. Ya otra vez este malvado me ha insultado... —y señaló a Morok— entonces lo soporté todo... porque se trataba de mí... ahora mismo he escuchado con paciencia vuestros

chismes, porque aparentasteis un momento interesaros por estas desdichadas niñas, pero supuesto que no tenéis ni corazón, ni piedad, ni justicia, os prevengo que aunque sois burgomaestre, os escarmentaré como he escarmentado a este perro y —señaló de nuevo al Profeta—, si tenéis la desgracia de no hablar de estas dos jóvenes como hablaríais de vuestra propia hija: ¿lo entendéis?

—¡Cómo!... os atrevéis a decir... —exclamó el burgomaestre lleno de cólera—, que si... yo hablo... de esas dos aventureras...

—¡Abajo el sombrero... cuando se habla de las hijas del mariscal duque de Ligny! —exclamó el soldado arrancando el gorro del burgomaestre y arrojándolo a su pies.

A esta agresión Morok tembló de alegría.

En efecto, exasperado Dagoberto y renunciando a toda esperanza, dejábase arrastrar por la violencia de su cólera, tan penosamente reprimida hacía algunas horas.

Cuando el burgomaestre vio su gorro a sus pies, miró al domador de fieras con estupor como si vacilase en creer semejante atentado.

Dagoberto, sabiendo que no le quedaba otro medio de conciliación, dirigió una rápida ojeada a su alrededor, y retrocediendo algunos pasos, llegó hasta los primeros peldaños de la escalera.

El burgomaestre permanecía de pie al lado del banco en un ángulo de la meseta; Morok con su brazo envuelto en un pañuelo, a fin de dar una apariencia más formal a su herida, estaba al lado del magistrado. Éste, engañado por el movimiento de retirada de Dagoberto, dijo:

—¡Ah!, ¡crees escaparte después de haberte atrevido a poner la mano sobre mí... viejo miserable!

—Señor burgomaestre, perdonadme, es un movimiento de vivacidad que no he podido dominar; yo mismo me reprendo por esta violencia —dijo Dagoberto con tono de arrepentimiento bajando la cabeza.

—No hay compasión para ti... ¡miserable! Quieres volver a enternecerme con tu aire de humildad hipócrita, pero ya he penetrado tus secretos designios. Tú no eres lo que pareces ser, y podría muy bien haber un asunto de Estado en el fondo de todo esto —prosiguió el magistrado con tono extremadamente diplomático—. Todos los medios son buenos para los hombres que quisieran poner a la Europa en combustión.

—Yo no soy más que un pobre diablo, señor burgomaestre... ¡vos que tenéis un corazón tan bueno, no seáis cruel!

—¡Ah!... ¡me arrancas mi gorro!

—Pero vos —añadió el soldado volviéndose hacia Morok—, que sois causa de todo, compadeceos de mí; no me mostréis ese rencor; vos que sois un santo, decid al menos una palabra en mi favor al señor burgomaestre.

—Ya le he dicho... lo que debía decirle —respondió el Profeta.

—¡Ah!, ¡ah! Bien castigado estás, viejo vagabundo. ¡Creías engañarme con tus

lamentaciones! —dijo el burgomaestre dirigiéndose hacia Dagoberto—; a Dios gracias ya no soy tu juguete. Verás que hay en Leipzig buenos calabozos para los revolucionarios franceses y para las correderas de aventuras, porque tus doncellas no valen más que tú. Ea —añadió con tono de importancia—, ea, baja delante de mí. En cuanto a ti, Morok, marcha...

El burgomaestre no pudo acabar.

Hacía algunos minutos que Dagoberto procuraba ganar tiempo; hallando un momento favorable, lanzóse rápido como el rayo sobre el burgomaestre, lo cogió por el cuello y lo arrojó con tanta fuerza contra la puerta entreabierta, que el magistrado, estupefacto con este brusco ataque, fue a caer en medio del cuarto completamente oscuro.

En seguida, volviéndose hacia Morok, que con su brazo entrapajado y viendo la escalera libre se precipitó por ella, lo agarró por su larga cabellera, tiró de él, le apretó con sus brazos de hierro, le puso la mano en la boca para ahogar sus gritos, y a pesar de su resistencia desesperada, lo arrastró empujándolo al aposento en medio del cual yacía el burgomaestre contuso y aturdido.

Después de haber cerrado bien la puerta y guardado la llave en su bolsillo, Dagoberto en dos saltos bajó la escalera que terminaba en un corredor que daba al patio. La puerta de la posada estaba cerrada, y de consiguiente era imposible salir por este lado.

Echar el cerrojo a la puerta del corredor e interceptar así toda comunicación con el patio, fue para el soldado negocio de un segundo, volviendo a subir rápidamente la escalera para unirse con las huérfanas.

Morok, vuelto en sí, recurría al auxilio de todas sus fuerzas; pero aunque sus gritos hubieran podido ser escuchados, el ruido del viento y de la lluvia los hubiera ahogado. Dagoberto, pues, tenía a su disposición cerca de una hora, porque se necesitaba mucho tiempo para que notasen la duración de su conferencia con el magistrado, y una vez despertados los temores, era preciso todavía romper las dos puertas, la que cerraba el corredor de la escalera y la del cuarto donde estaban encerrados el burgomaestre y el Profeta.

—Hijas mías, es menester probar que tenéis sangre de soldado —dijo Dagoberto entrando bruscamente en el cuarto de las jóvenes, asustadas por el ruido que oían desde hacía algunos momentos.

—¡Dios mío! ¡Dagoberto!, ¿qué sucede? —exclamó Blanca.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Rosa.

El soldado, sin responder, corrió al lecho, tomó las sábanas, las ató fuertemente, hizo un gran nudo en una de las puntas que colocó sobre la pared superior de la hoja izquierda de la ventana, primero entreabierta y después cerrada. Sujetas por el nudo que no podía pasar entre la hoja y el marco de la ventana, las sábanas estaban de este modo sólidamente fijadas y aseguradas: la otra punta, flotando fuera llegaba hasta el suelo; la segunda hoja de la ventana que quedaba abierta, dejaba a los fugitivos paso

suficiente.

El veterano cogió entonces su morral, la maleta de las niñas, el capote de la piel de rengífero, lo arrojó todo por la ventana, hizo una señal a «Malasombra», y lo envió, por decirlo así, a guardar aquellos objetos.

El perro no vaciló y desapareció en un salto. Rosa y Blanca miraban estupefactas a Dagoberto en silencio.

—Ahora, hijas mías —les dijo—, las puertas de la posada están cerradas; valor... —y mostrándoles la ventana—: es preciso escaparnos por aquí, o de lo contrario nos prenderán y nos encerrarán a vosotras en un lado, y a mí en otro, y se frustrará nuestro viaje.

—¡Encerrarnos en una prisión!

—¡Separadas de ti! —exclamó Blanca.

—¡Sí, mis pobres niñas!... han matado a «Jovial», es menester salvarnos a pie y procurar llegar a Leipzig. Cuando estéis cansadas os llevaré alternativamente, y aún cuando tenga que mendigar por el camino, llegaremos... pero si nos retardamos un cuarto de hora, todo se ha perdido. Vamos, hijas mías confiad en mí. Mostrad que las hijas del general Simón no son cobardes, y nos quedará todavía la esperanza.

Por un movimiento simpático, las dos hermanas se agarraron de la mano, como si hubieran querido unirse contra el peligro: sus encantadores rostros, pálidos con tantas penas, expresaron entonces una resolución ingenua y candorosa que debía su origen a su fe ciega en la generosa abnegación del soldado.

—Tranquilízate, Dagoberto, no tendremos miedo —dijo Rosa con voz firme.

—Todo lo que sea preciso hacer, lo haremos —añadió Blanca amistosamente.

—Estaba seguro de ello —exclamó Dagoberto—, la buena sangre no puede mentir; ¡ea, marchemos! vosotras no pesáis más que una pluma, las sábanas son fuertes, apenas hay ocho pies desde la ventana abajo, y «Malasombra» os espera allí.

—A mí me toca pasar la primera, soy la hermana mayor hoy —exclamó Rosa después de haber abrazado tiernamente a Blanca.

Y corrió hacia la ventana, queriendo, si había algún peligro en bajar primero, exponerse a él en lugar de su hermana. Dagoberto adivinó la causa de este apresuramiento.

—Queridas niñas, os comprendo, pero nada temáis la una por la otra: yo mismo he atado las sábanas. Vamos pronto, mi querida Rosa.

Ligera como un pájaro, la joven subió al poyo de la ventana, y después, sostenida por Dagoberto, sujetóse a la sábana y se dejó deslizar suavemente según las instrucciones del soldado, que con el cuerpo inclinado hacia fuera la animaba con la voz.

—Hermana mía no tengas miedo —dijo la joven en voz baja cuando llegó al suelo—, es muy fácil bajar de este modo: «Malasombra» está aquí lamiéndome las manos.

Blanca no se hizo esperar; tan resuelta como su hermana bajó con la misma

suerte.

—¡Pobres niñas!, ¡qué han hecho para ser tan desgraciadas!... ¡Mil rayos! una suerte maldita persigue a esta familia —exclamó Dagoberto con el corazón partido de dolor, viendo desaparecer la dulce figura de la joven en medio de las tinieblas de aquella noche profunda, que hacía más siniestras las ráfagas del viento y los torrentes de la lluvia.

—Dagoberto, te esperamos, baja pronto... —dijeron en voz baja las huérfanas reunidas al pie de la ventana.

Gracias a su gran estatura, el soldado saltó, más bien que se dejó deslizar en tierra.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora desde que Dagoberto y las dos jóvenes habían abandonado como fugitivos la posada del «Halcón Blanco», cuando un violento crujido resonó en la casa. La puerta había cedido a los esfuerzos del burgomaestre y de Morok, que se habían servido de una pesada mesa por ariete. Guiados por la luz, corrieron al aposento de las huérfanas, ya vacío. Morok vio las sábanas colgando hacia fuera y dijo:

—Señor burgomaestre, por la ventana se han escapado; van a pie; con esta noche tempestuosa y oscura, no pueden estar lejos.

—Es verdad... nosotros los cogemos, ¡miserables vagabundos!... ¡Oh!... ¡Yo me vengaré!... Pronto, Morok. En ello va tu honor y el mío...

—¿Mi honor?... Me va más que eso, señor burgomaestre —respondió el Profeta con tono airado; después, bajando rápidamente la escalera, abrió la puerta del patio y gritó con voz de trueno:

—¡Goliat!... ¡desata a los perros!... y vos, patrón, faroles, antorchas... armad a vuestros criados... mandad abrir las puertas. Corramos tras los fugitivos; no pueden escapársenos... los deseamos... muertos o vivos...

SEGUNDA PARTE

La calle de Milieu des Ursins

XV

Los mensajes

Quien lea en las reglas de la Orden de los Jesuitas, bajo el título de «Fórmula scribendi» (Institut. 2, 11 p. 125-129), el desenvolvimiento de la octava parte de las constituciones, se asombrará del número de cartas, registros y escritos, conservados en los archivos de la Compañía.

Su policía es la más exacta y mejor informada que jamás lo ha sido la de ningún Estado. El mismo gobierno de Venecia se halló sobrepujado por los jesuitas; cuando los expulsó en 1606, se apoderó de todos sus papeles y les motejó su grande y penosa curiosidad. Esta inquisición secreta, llevada a tal grado de perfección, da a conocer todo el poder de un gobierno tan bien instruido, tan perseverante en sus proyectos, tan poderoso por la unidad, y por la «unión de sus asociados». Fácilmente se concibe la fuerza del gobierno de la Compañía y con cuanta razón el general de los jesuitas podía decir al «duque de Brissac»: «Desde este aposento, señor, gobierno no solamente a París, sino a la China; no solamente a la China, sino a todo el mundo, sin que nadie sepa cómo hago esto».

(Constituciones de los jesuitas). Paulin - París, 1843.

Al ver Morok, el domador de fieras, privado a Dagoberto de su caballo, despojado de papeles, de su dinero, y suponiéndole así imposibilitado de continuar su camino, había antes de llegar el burgomaestre enviado a Karl a Leipzig, con una carta para que la echase al correo.

Las señas de esta carta eran:

«A Mr. Rodin, Calle de Milieu des Ursins, en París».

Hacia la mitad de esta calle solitaria, existía entonces una casa de modesta apariencia, levantada en el fondo de un patio sombrío y aislado de la calle por una tapia que servía de fachada, en la que había una puerta cimbrada y dos ventanas, de espesísimas rejas.

Delante de una mesa de madera, llena de papeles y arrimada a la pared, cerca de la chimenea, había una silla vacía; más lejos, entre las dos ventanas, se veía un gran buró de nogal lleno de cartones.

A fines del mes de diciembre de 1831, cerca de las ocho de la mañana, escribía un hombre sentado ante este buró.

Era Mr. Rodin, corresponsal de Morok, domador de fieras.

Tenía cincuenta años de edad; un pañuelo de mano por corbata, un chaleco y un pantalón de paño negro que enseñaban la trama. Sus cabellos canos coronaban su frente calva; su párpado superior, flojo y caído como la membrana que cubre a medias los ojos de los reptiles, ocultaba la mitad de su pequeño ojo vivo y negro; sus labios delgados se confundían con el color pálido de su rostro enjuto. Esta máscara lívida, parecía tanto más extraña, cuanto que era de una inmovilidad sepulcral, y a no

ser por el movimiento rápido de los dedos de Mr. Rodin, que encorvado sobre la mesa, hacía rechinar su pluma, cualquiera hubiera podido confundirle con un cadáver.

Con el auxilio de cifras que tenía a la mano, transcribía de una manera ininteligible para quien no hubiese poseído la clave de estos signos, ciertos pasajes de una larga hoja escrita.

En medio de aquel silencio profundo, había algo de siniestro en ver a este hombre de helado semblante escribir en caracteres misteriosos.

Dieron las ocho; después se oyeron dos campanazos, abriéronse muchas puertas, cerráronse en seguida, y un nuevo personaje entró en la habitación. Al verle Mr. Rodin se levantó, puso su pluma entre los dientes, y saludó con aire profundamente sumiso, y volvió a su tarea sin pronunciar una palabra.

Estas dos personas, ofrecían un contraste sorprendente.

El recién venido parecía tener unos treinta y seis años: su estatura majestuosa, la mirada de ojos brillantes como el acero, su ancha frente, revelaban una poderosa inteligencia, mientras que el desarrollo de su pecho y de su espalda anunciaba una vigorosa organización física: en fin, su porte distinguido, el primor que se notaba en sus guantes y en su calzado, el ligero perfume que se exhalaba de su cabellera y de toda su persona, la gracia de sus movimientos, descubrían lo que generalmente se llama un hombre del gran mundo, y hacían creer que había podido o podía aún aspirar a todo, desde las cosas más frívolas hasta las más serias.

De esta reunión de cualidades, fuerza de espíritu, fuerza de cuerpo y extremada elegancia de modales, resultaba un conjunto tanto más notable, cuanto que lo que había de altivo y dominante en la parte superior de aquel rostro enérgico, estaba dulcificado por la afabilidad de una sonrisa constante, pero uniforme; porque, según las ocasiones, su sonrisa, alternativamente afectuosa o maligna, cordial o alegre, discreta o cortesana, aumentaba el encanto que no era posible olvidar jamás cuando una vez se le había visto.

No obstante, a pesar de tantas ventajas, y aunque os dejase bajo la influencia de su irresistible seducción, a este sentimiento se mezclaba una vaga inquietud, como si la gracia y la exquisita urbanidad de sus modales, el encanto de sus palabras, sus lisonjas delicadas y la cariñosa amenidad de su sonrisa ocultasen alguna asechanza.

* * *

Mr. Rodin, secretario del recién venido, continuaba escribiendo.

—¿Hay cartas de Dunkerque, Rodin? —le preguntó su jefe.

—El cartero no ha venido todavía.

—Sin estar inquieto por la salud de mi madre, puesto que está muy adelantada su convalecencia —replicó el otro—, no podré estar enteramente tranquilo hasta que reciba carta de la princesa de Saint-Dizier... mi excelente amiga. En fin, espero que hoy tendré buenas noticias.

—Es de desear —dijo el secretario, tan humilde como impasible.

—Cierto que es de desear —respondió su jefe—, pues uno de los mejores días de mi vida fue aquél en que la princesa de Saint-Dizier me dio noticias de que la enfermedad de mi madre, tan repentina y tan peligrosa, había cedido a beneficios de los buenos cuidados de que mi madre estaba rodeada por ella. A no haber sido por esto, hubiera yo partido al momento para la casa de campo de la princesa, aunque mi presencia es aquí muy necesaria.

Acercándose después a la mesa añadió:

—¿Se ha hecho el extracto de la correspondencia extranjera?

—Aquí está el extracto.

—¿Las cartas han venido siempre dirigidas a los puntos indicados y han sido traídas aquí como tengo mandado?

—Siempre.

—Leedme el extracto de esta correspondencia; si hay cartas a que yo mismo deba contestar, os lo diré.

Y el jefe de Rodin empezó a pasearse por la sala, dictando las observaciones que Rodin anotaba cuidadosamente.

El secretario tomó un legajo muy voluminoso y empezó así:

—D. Ramón Olivares acusa desde Cádiz el recibo de la letra número 19; se conformará y negará toda participación en el robo.

—Bien, para clasificar.

—El conde Romanoll de Riga se halla en una situación muy apurada.

—Decid a Duplessis que envíe al conde un socorro de cincuenta luises; ha servido como capitán en el regimiento del conde, y después me ha dado buenas noticias.

—Se ha recibido en Filadelfia la última remesa de la historia de Francia «expurgada» para el uso de los fieles, y piden más, porque aquélla se ha concluido.

—Tomad nota y escribir sobre eso a Duplessis. Continúad.

—Mr. Spindler envía desde Namur el informe secreto que se le pidió acerca de Mr. Ardouin.

—Para analizarlo.

—Mr. Ardouin envía bajo el mismo punto el informe secreto que se le pidió sobre Mr. Spindler.

—Para analizar.

—El doctor Van Ostadt, de la misma ciudad, envía una nota confidencial sobre Spindler y Ardouin.

—Para compararla...

—El conde Malipieri de Turín anuncia que está firmada la donación de 300.000 francos.

—Avisádselo a Duplessis. Proseguid.

—D. Estanislao acaba de salir de los barrios de Baden con la reina María Ernestina. Avisa que S. M. recibirá con gratitud los consejos que se le anuncian, y

que responderá de su puño.

—Tomad nota. Yo mismo escribiré a la reina.

Mientras que Rodin hacía algunas anotaciones, su jefe se encontró enfrente del mapamundi señalado con las crucecitas rojas, y lo contempló un instante con aire pensativo.

Rodin continuó:

—Según el estado de los espíritus en algunas partes de Italia, donde algunos agitadores vuelven los ojos a la Francia, el Padre Orsini dice desde Milán que sería muy oportuno esparcir con profusión en aquel país un folleto, en el cual se pintase a los franceses nuestros compatriotas como impíos, relajados, ladrones y sanguinarios.

—La idea es excelente; se podrán explotar los excesos cometidos por los nuestros en Italia durante las guerras de la república. Es menester encargar a Santiago Dumoulin que escriba ese folleto. Ese hombre está lleno de bilis y de veneno; el folleto será terrible. Además, yo daré algunos datos: pero que no se le pague hasta tanto que haya entregado el manuscrito, se entiende.

—Bien hecho: si se le pagara antes, estaría ocho días borracho como una cuba en cualquier taberna. Por esto hubo que pagarle dos veces su sátira contra las tendencias pantheistas de la doctrina filosófica del profesor Martín.

—Anotadlo, y continuemos.

—El «negociante» anuncia que el «comisionado» está a punto de enviar «al banquero a dar sus cuentas» al que de derecho...

Después de pronunciar estas palabras de un modo particular, dijo Rodin a su jefe:

—¿Comprendéis?

—Perfectamente —dijo el otro estremeciéndose—, son las expresiones convenidas...

—¿Qué más?

—Pero el «comisionado» tiene que vencer todavía el último escrúpulo.

Después de un momento de silencio, durante el cual sus facciones se contrajeron dolorosamente, prosiguió el jefe de Rodin:

—Que se continúe obrando en la imaginación del «comisionado» con el silencio y la soledad; y después de hacerle que lea la lista de los casos en que está permitido el regicidio, y es fácilmente absuelto... Continúa.

—La mujer Sidney escribe de Dresde que espera instrucciones. Entre el padre y el hijo han ocurrido escenas violentas por celos; pero en estas nuevas manifestaciones de odio mutuo, y en las confianzas que cada uno de ellos le hace contra su rival, no ha encontrado nada que tenga relación con lo que se le pide. Hasta ahora ha podido temporizar y no decidirse por el uno ni por el otro; mas si esta crisis se prolonga, teme despertar sospechas. ¿Por quién se ha de decidir?

—Por el hijo. Los resentimientos de los celos serán mucho más violentos y mucho más crueles en el viejo, y para vengarse de la preferencia concedida a su hijo, dirá tal vez lo que ambos tienen tanto interés con ocultar. Adelante.

—Hace tres años que han desaparecido dos criadas de Ambrosio, a quien se ha colocado en aquella parroquia del Valés, sin que se sepa lo que ha sido de ellas. La tercera acaba de sufrir la misma suerte. Los protestantes de aquella comarca están espantados, hablan de asesinato, de circunstancias espantosas.

—Que se defienda a Ambrosio contra esas infames calumnias de un partido que no retrocede jamás ante las invenciones más monstruosas hasta que haya pruebas evidentes y completas del hecho; continuad.

—Thompson de Liverpool ha conseguido por fin que Justino entre de secretario en casa de lord Steward, rico católico irlandés cuya cabeza se debilita más cada día.

—Verificado el hecho, cincuenta lises de gratificación a Thompson. Tomad nota para Duplessis. Proseguid.

—Frank Dichestein, de Viena, anuncia que su padre ha muerto del cólera en una aldea inmediata a aquella ciudad, pues la epidemia continúa adelantando lentamente, viniendo del norte de Rusia por Polonia...

—Es verdad —dijo el jefe de Rodin—, ojalá que ese terrible azote no siga su espantosa marcha, y respete la Francia.

—Frank Dichestein —prosiguió Rodin—, anuncia que sus dos hermanos están dispuestos a protestar contra la donación hecha por su padre; pero él es de opinión contraria.

—Que se consulte a las dos personas encargadas de lo contencioso. ¿Hay algo más?

—El cardenal príncipe de Amalfi se conformará con los tres primeros puntos de su memoria.

—Nada de reservas... aceptación plena y absoluta, si no la guerra; y anotadlo bien, ¿entendéis? una guerra encarnizada contra él y contra sus hechuras. Adelante.

—Fray Pablo dice que el patriota Boccari, jefe de una sociedad secreta muy temible, desesperado de que sus amigos le acusaban de traición por sospechas que el mismo fray Pablo había diestramente excitado contra él, se ha dado muerte.

—¡Boccari! ¡Es posible! ¡Boccari, jefe de una sociedad secreta tan temible! —exclamó el jefe de Rodin.

—El patriota Boccari... —repitió el secretario con su impasibilidad habitual.

—A Duplessis que envíe a fray Pablo un regalo de veinte y cinco lises. Tomad nota.

—Hausman anuncia que la bailarina francesa Albertina Ducornet, querida del príncipe reinante, ejerce sobre él la más perfecta influencia, y por medio de ella se podrá lograr seguramente el fin que se propone; pero esta Albertina está dominada por su amante, sentenciado en Francia, por falsario y nada hace sin consultarle.

—Mandad a Hausman que se aviste con ese hombre, y si sus proposiciones son razonables, que acceda a ellas; y vos, informaos si esa joven tiene algunos parientes en París.

—El duque de Orbano anuncia que el rey su amo autorizará al nuevo

establecimiento propuesto, pero con las condiciones que ha notificado antes de hora.

—Nada de condiciones, una adhesión franca, o una negativa terminante, así conoceremos a nuestros amigos y a nuestros enemigos. Cuanto más desfavorables parezcan las circunstancias, más necesario es tener confianza en nuestras propias fuerzas.

—Él mismo anuncia que el cuerpo diplomático entero continúa apoyando las reclamaciones del padre de aquella joven protestante que no quiere salir del convento en que ha encontrado asilo y protección, sino para casarse con su amante contra la voluntad de su padre.

—¡Ah!, ¿el cuerpo diplomático sigue reclamando en nombre de ese padre?

—Sí, señor.

—Entonces continuad respondiéndole que el poder espiritual nada tiene que ver con el poder temporal.

En este instante sonó dos veces la campanilla de la puerta de entrada.

—Ved qué es eso —dijo el jefe de Rodin. Rodin se levantó y salió.

Su jefe siguió paseándose de un extremo a otro de la sala. Por espacio de algún tiempo estuvo contemplando con un profundo silencio las innumerables cruces rojas que parecían cubrir como una inmensa red toda la extensión de la tierra. Pensando sin duda en la invisible acción de su poder, que parecía extenderse sobre el mundo entero, las facciones de aquel hombre se animaron, sus ojos centellearon, y su rostro varonil tomó una increíble expresión de energía y soberbia.

Con frente altiva y sonrisa desdeñosa, se acercó a la esfera, y apoyó su vigorosa mano sobre el polo...

Al ver un movimiento tan imperioso, se hubiera dicho que este hombre se creía seguro de dominar aquel globo que contemplaba. Entonces no se sonreía. Su ancha frente se arrugaba de un modo formidable, y su mirada amenazaba.

Cuando Rodin entró, la cara de su jefe había vuelto a tomar su expresión actual.

—Es el cartero —dijo Rodin mostrando las cartas que traía en la mano—. No hay nada de Dunkerque.

—¡Nada! —exclamó su amo.

Y su dolorosa emoción contrastaba singularmente con la expresión altanera e implacable que se veía en sus facciones pocos momentos antes.

—¡Nada!, ¡ninguna noticia de mi madre! —prosiguió—; otras treinta y seis horas de inquietud.

—Me parece que si la princesa hubiera tenido alguna mala noticia que daros, os habría escrito; probablemente sigue la mejoría.

—Tienes razón, Rodin; pero no importa, no estoy tranquilo. Si mañana no tengo noticias satisfactorias, partiré para la casa de campo de la princesa. ¿Por qué habrá querido mi madre ir a pasar el otoño en aquel país? Temo que las cercanías de Dunkerque no sean saludables para ella. —Después de un momento de silencio dijo, volviendo a pasearse—: En fin, veamos esas cartas. ¿De dónde son?

Rodin, después de haber mirado el sello, respondió:

—De estas cuatro, hay tres relativas al importante asunto de las medallas.

—¡Gracias a Dios! con tal que las noticias sean favorables —exclamó el jefe de Rodin con una expresión de inquietud que denotaba la grande importancia de este asunto.

—Una es de Charlestown y sin duda relativa a Gabriel, el misionero —respondió Rodin—; otra de Batavia, y dirá algo del indio Djalma. Ésta de Leipzig sin duda confirma la de ayer en que ese domador llamado Morok anunciaba, que según las órdenes que había recibido y sin que se le pudiese acusar de nada, las hijas del general Simón no podrían continuar su viaje.

Al oír el nombre del general Simón, una nube oscureció el rostro del jefe de Rodin.

XVI

Las órdenes

Dominada la emoción involuntaria que le había ocasionado el nombre y el recuerdo del general Simón, el jefe de Rodin le dijo:

—No abráis aún las cartas de Leipzig, Charlestown y Batavia; las noticias que traigan se clasificarán en seguida por sí mismas, lo cual nos ahorrará emplear doble tiempo.

El secretario miró a su jefe con aire interrogativo. El otro continuó:

—¿Habéis concluido la nota relativa al asunto de las medallas?

—Aquí está. Estaba acabando de traducirla en cifras.

—Leédmela, y según el orden de los hechos, añadiréis las nuevas informaciones que deben contener estas tres cartas.

—En efecto —contestó Rodin—; estos informes se encontrarán así en su lugar.

—Quiero ver si esta nota está clara y bastante explícita; porque no habréis olvidado que la persona a quien se destina no debe saberlo todo.

—Lo he recordado, y va redactada en este sentido.

—Leed.

Mr. Rodin leyó lo siguiente con mucha pausa:

Hace ciento cincuenta años que una familia francesa protestante se expatrió voluntariamente, previendo la próxima revocación del edicto de Nantes, y para sustraerse a las rigurosas y justas decisiones que se habían tomado ya contra los reformistas, enemigos implacables de nuestra santa religión.

De los miembros de esta familia, unos se refugiaron primero en Holanda y después en sus colonias, otros en Polonia, otros en Alemania, otros en Inglaterra y los restantes en la América.

Se cree que sólo existen actualmente siete descendientes de esta familia que ha sufrido grandes vicisitudes de fortuna, puesto que sus representantes están colocados en esta época en todos los peldaños de la escala social, desde rey hasta artesano.

Estos descendientes directos o indirectos son:

FILIACIÓN MATERNA.

Las señoritas «Rosa y Blanca Simón», menores. (El general Simón casó en Varsovia con una descendiente de la susodicha familia).

El señor «Francisco Hardy», fabricante en Plessis, cerca de París.

El «Príncipe Djalma» hijo del «rey de Mondí». («Kadja-Sing» casó en 1802 con una descendiente de la expresada familia, establecida entonces en Batavia, isla de Java, posesión holandesa).

FILIACIÓN PATERNA.

El señor «Santiago Rennepont», alias «Duerme en cueros», artesano.

La señorita «Adriana de Cardoville», hija del conde de Rennepont, duque de Cardoville.

El señor «Gabriel Rennepont», sacerdote de las misiones extranjeras.

Cada uno de los individuos de esta familia posee o debe poseer una medalla de bronce, en que están grabadas estas inscripciones:

Víctima
de
L. C. D. J.
rogad por mí
París
13 de febrero de 1682

En París
Calle de S. Fran.º 3
dentro de siglo y medio
estaréis en
13 de febrero de 1832
Rogad por mí

Estas palabras y esta fecha indican que es de gran interés para todos ellos encontrarse en París el 13 de febrero de 1832, no por representantes o por poder, sino «en persona», bien sean mayores o menores, casados o solteros.

Pero otras personas tienen gran interés en que ninguno de los descendientes de esta familia se encuentre en París el 13 de febrero de 1832, a excepción de Gabriel Rennepont, sacerdote de las misiones extranjeras.

Es menester, pues, que a cualquier precio, Gabriel sea él sólo que asista a esta cita dada a los representantes de esta familia hace siglo y medio.

Para impedir que las otras seis personas estén o vayan a París dicho día, o para estorbar su presencia, se ha trabajado mucho, pero aún queda más que hacer para asegurar el buen éxito de este negocio, que se considera como el más importante, como el más vital de la época, a causa de sus resultados probables.

—Demasiado cierto es —dijo el jefe de Rodin moviendo la cabeza con aire pensativo —; añadid, además, que las consecuencias del buen éxito son incalculables, y que no se atreve uno a prever las de un mal resultado. En una palabra, que se trata casi de ser o de no ser durante muchos años. Así, es menester, para lograr el objeto, «emplear todos los medios posibles; no detenerse por ningún obstáculo», salvando siempre las apariencias hábilmente.

—Ya está escrito —contestó Rodin después de haber añadido las palabras que su jefe acababa de dictarle.

—Continuad.

Rodin siguió:

Para facilitar o asegurar el buen éxito del negocio de que se trata, preciso es dar algunos pormenores particulares y secretos acerca de las siete personas que representan esta familia.

Se responde de la veracidad de estos datos, que se completarán en caso necesario del modo más minucioso, porque se poseen legajos muy extensos, en atención a haber habido noticias contradictorias. Se procederá por el orden de las personas, y se hablará solamente de los hechos ocurridos hasta el día.

(Nota núm. 1)

LAS SEÑORITAS ROSA Y BLANCA SIMÓN, HERMANAS GEMELAS

De unos quince años de edad, semblante encantador; se parecen de tal manera, que se confunden. Carácter dulce y tímido, criadas en Siberia, educadas por una madre despreocupada e idealista, están completamente ignorantes de las cosas de nuestra santa religión.

El general Simón, separado de su mujer antes del nacimiento de estas jóvenes, ignora aún que tiene dos hijas.

Se había creído que bastaba para impedirles hallarse en París el 13 de febrero, desterrar a la madre a un punto más lejano que el que había sido designado en un principio; pero habiendo ésta muerto, el gobernador general de la Siberia, que, no obstante, no es completamente adicto, creyendo, por un deplorable error, que aquella medida había sido personal a la mujer del general Simón, ha permitido desgraciadamente a estas jóvenes que vuelvan a Francia bajo la custodia de un antiguo soldado. Este hombre, emprendedor, fiel, resuelto, está clasificado como «peligroso». Las señoritas Simón son inofensivas. Hay razones para creer que

a estas horas estarán detenidas en las cercanías de Leipzig.

El jefe de Rodin le interrumpió diciendo:

—Leed ahora la carta de Leipzig que se acaba de recibir, y podréis completar el informe.

Leyóla Rodin y exclamó:

—Buena noticia, las dos jóvenes y su guía habían conseguido durante la noche escaparse de la posada del «Halcón Blanco», pero todos tres fueron alcanzados a una legua de Mockern; transportáronlos a Leipzig donde han sido presos como vagabundos, además, el soldado que les servía de guía ha sido acusado y convicto de rebelión, vías de hecho, y malos tratamientos contra un magistrado.

—Es casi seguro, que las dos jóvenes no podrán estar aquí el 13 de febrero —dijo el jefe de Rodin—. Añadid este último hecho a la nota con una llamada.

El secretario obedeció, escribió en nota el resumen de la carta de Morok, y dijo:

—Está escrito.

—Seguid leyendo.

Rodin continuó:

(Nota núm. 2)

MR. FRANCISCO HARDY, FABRICANTE EN PLÉISIS, CERCA DE PARÍS

Cuarenta años. Hombre firme, rico, inteligente, activo, probo, instruido, idolatrado por sus obreros, gracias a las innovaciones que ha hecho en favor de su bienestar, no llenando jamás los deberes de nuestra religión, anotado como muy «peligroso»; pero el odio y la envidia que van apoderándose de los demás industriales, especialmente del barón de Tripeaud, su rival, pueden volverse fácilmente en contra suya. Si hay necesidad de otros medios de acción, para él o contra él, se consultará su expediente, que es muy voluminoso; este hombre está hace mucho tiempo anotado y vigilado.

Se le ha engañado tan hábilmente respecto al negocio de la medalla, que hasta ahora ignora la importancia de los intereses que ésta representa, por lo demás, está incesantemente rodeado, espiado, dominado, aun sin saberlo él mismo; uno de los mejores amigos le hace traición, y se saben por él sus pensamientos más secretos.

(Nota núm. 3)

EL PRÍNCIPE DJALMA

Dieciocho años. Carácter enérgico y generoso; espíritu altivo y salvaje; favorito del general Simón que ha tomado el mando de las tropas de su padre «Kadja-Sing» en la lucha que éste sostiene contra los ingleses en la India. Sólo se habla de Djalma para recordar a los parientes de su madre que habían permanecido en Batavia; porque aquélla falleció todavía joven.

Ahora bien; habiendo éstos también muerto a su vez, y no habiendo sido reclamada su modesta herencia ni por Djalma ni por el rey su padre, hay casi la certeza de que ignoran ambos los grandes intereses que se relacionan con la posesión de la medalla que forma parte de la mencionada herencia de la madre de Djalma.

El jefe de Rodin le interrumpió.

—Leed ahora la carta de Batavia —dijo—, a fin de completar el informe sobre Djalma.

Rodin la leyó y añadió:

—Otra buena noticia. Mr. Josué Van-Dael, negociante de Batavia (se educó en

nuestro convento de Pondichery) ha sabido por su corresponsal de Calcuta que el anciano rey indio ha muerto en la última batalla que tuvo con los ingleses. Su hijo Djalma, ha sido provisionalmente enviado a una fortaleza de la India como prisionero de Estado.

—Estamos a fines de octubre —exclamó el jefe de Rodin—: admitiendo que el príncipe Djalma fuese puesto en libertad y que pudiera salir de la India inmediatamente, apenas podría llegar a París en febrero.

—Mr. Josué —continuó Rodin—, siente no haber podido probar su celo en esta ocasión; si contra toda probabilidad el príncipe Djalma recobrase su libertad, o si consiguiera fugarse, es indudable que entonces iría a Batavia a reclamar la herencia materna, puesto que no le queda más en el mundo. En este caso se podría contar con la adhesión de Mr. Josué Van-Dael. En cambio pide a vuelta de correo informes minuciosos acerca de la fortuna del barón Tripeaud, fabricante y banquero, con quien está en relaciones comerciales.

—Responderéis sobre esto de una manera evasiva, puesto que Mr. Josué Van-Dael hasta ahora sólo ha manifestado celo. Completad la información de Djalma con estas nuevas noticias.

Rodin escribió. Después de algunos segundos, su jefe le dijo con una expresión singular:

—¿No os habla Mr. Josué del general Simón con motivo de la muerte del padre de Djalma y de la prisión de éste?

—Mr. Josué no dice una palabra —contestó el secretario continuando su trabajo.

El jefe de Rodin guardó silencio y se paseó pensativo por la habitación. Después de algunos instantes dijo Rodin:

—Está escrito.

—Continuad.

(Nota núm. 4)

SANTIAGO RENNEPONT, ALIAS «DUERME EN CUEROS»

Obrero de la fábrica del barón Tripeaud, rival de industria de Mr. Francisco Hardy.

Este artesano es borracho, holgazán, y despilfarrador; no le falta inteligencia, pero la pereza y la mala vida lo han pervertido absolutamente. Un agente de negocios muy astuto, y del que se está seguro, ha entablado relaciones con una muchacha perdida llamada Cefisa Soliveau, alias la «Reina Bacanal», que es la querida de este obrero. Gracias a ella, el agente de negocios ha entablado algunas relaciones con él, y se le puede considerar desde ahora como fuera de los intereses que hacían precisa su presencia en París el 13 de febrero.

(Nota núm. 5)

GABRIEL RENNEPONT, SACERDOTE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

Pariente lejano del anterior; pero ignora la existencia de tal pariente y de tal parentesco. Huérfano abandonado, fue recogido por Francisca Baudoin, mujer de un soldado cuyo sobrenombre es Dagoberto.

Si viniese a París, se tendría sobre él un poderoso medio de acción en su mujer. Ésta es una excelente criatura, ignorante y crédula, de una piedad ejemplar, y sobre la cual se ejercen hace largo tiempo una influencia y una autoridad sin límites. Por ella se decidió Gabriel a tomar el hábito, a pesar de la repugnancia que sentía.

Gabriel tiene 25 años, carácter angelical como su figura, raras y sólidas virtudes; desgraciadamente ha sido criado con su hermano adoptivo Agrícola, hijo de Dagoberto.

Este Agrícola es poeta y artesano; trabaja en casa de Mr. Francisco Hardy. Está imbuido en las doctrinas más detestables; idolatra a su madre; probo, trabajador, pero sin ningún sentimiento religioso; anotado como «muy peligroso», lo cual hacía temible su amistad con Gabriel.

Éste, a pesar de sus perfecciones, sigue inspirando alguna inquietud. Hasta ahora se ha debido retardar el franquearse a él abiertamente —un paso en falso podría también hacer de él un hombre «muy peligroso»—; es, pues, de todo punto necesario manejarlo con cuidado, a lo menos hasta el 13 de febrero, porque, se repite, de su presencia en París en esa época dependen esperanzas inmensas e inmensos intereses.

En virtud de la condescendencia que es preciso tener con él, se consintió que formara parte de la misión de América, porque reúne a una dulzura angelical una intrepidez sosegada y una imaginación ávida de aventuras, que sólo se ha podido satisfacer permitiéndole hacer la vida arriesgada de los misioneros. Afortunadamente se han dado las más severas instrucciones a sus superiores en Charlestown para que jamás expongan una existencia tan preciosa. Deben enviarlo a París un mes o dos antes del 13 de febrero.

El jefe de Rodin, interrumpiéndole de nuevo, le dijo:

—Leed la carta de Charlestown, y ved lo que os dicen para completar también este informe.

Después de haberla leído, Rodin añadió:

—Se espera a Gabriel de un día para otro de vuelta de las montañas Pedregosas, donde ha querido ir solo en misión.

—¡Qué imprudencia!

—Sin duda no ha corrido el más leve peligro, puesto que él mismo anuncia su vuelta a Charlestown. Tan pronto como llegue, que lo más tarde será a mediados del mes corriente, según dicen, le harán partir al momento para Francia.

—Añadid esto a la nota que le concierne.

—Ya está escrito —contestó Rodin al cabo de pocos instantes.

—Continuad —dijo el jefe.

Rodin continuó su lectura.

(Nota núm. 6)

LA SEÑORITA ADRIANA RENNEPONT DE CARDOVILLE

Paciente lejana e ignorante de este parentesco, de Santiago Rennepont, alias «Duerme en cueros», y de Gabriel Rennepont, sacerdote misionero. Pronto cumplirá 21 años, la fisonomía más picante del mundo, belleza peregrina, aunque con pelo rojo; un talento de los notables por su originalidad, una fortuna inmensa, todos los instintos sensuales. Asusta la idea del porvenir de esta joven cuando se piensa en la audacia increíble de su carácter. Afortunadamente su tutor el barón Tripeaud (barón de 1829 y antiguo agente de negocios del difunto conde de Rennepont, duque de Cardoville) está a nuestra devoción y casi bajo la dependencia de la tía de la señorita de Cardoville. Cuéntase con toda seguridad con esta digna y respetable señora y con Mr. Tripeaud para combatir y vencer los designios extraños que esta joven, tan resuelta como independiente, anuncia sin rebozo, y que desgraciadamente no se pueden explotar con fruto, en interés del negocio de que se trata porque...

Rodin no pudo continuar: dos golpes dados a la puerta le interrumpieron. El secretario se levantó, fue a ver quién llamaba, permaneció un momento fuera y entró poco después con dos cartas en la mano diciendo:

—La señora princesa ha aprovechado la salida de una estafeta para enviar...

—¡Dadme la carta de la princesa! —exclamó el jefe de Rodin sin dejarle acabar—. ¡Al fin voy a tener noticias de mi madre!

Apenas hubo leído algunas líneas de la carta, cuando se alteró su semblante, cuyas facciones expresaron inmediatamente un espanto profundo, un dolor agudo.

—¡Madre mía! —exclamó—, ¡oh! ¡Dios mío! ¡Madre mía!

—¿Qué desgracia ha sucedido? —preguntó Rodin alarmado, levantándose a la exclamación de su jefe.

—Su convalecencia era engañosa —contestó éste con abatimiento—; ha vuelto a caer en un estado casi desesperado; no obstante, el médico cree que mi presencia podría tal vez salvarla, porque me llama sin cesar: quiere verme por última vez para morir en paz... ¡Oh! Este deseo es sagrado. El no ir sería un parricidio. ¡Con tal, Dios mío, que llegue a tiempo!... De aquí a la hacienda de la princesa se necesitan 48 horas viajando noche y día.

—¡Ah! ¡Dios mío, qué desgracia! —exclamó Rodin.

Su jefe llamó con violencia, y dijo a un criado antiguo que abrió la puerta:

—Poned al instante en una maleta de mi carruaje de viaje lo que me sea indispensable. Que el portero tome un cabriolé y vaya inmediatamente a buscar caballos de posta. Es necesario que dentro de una hora me ponga en camino.

El criado salió precipitadamente.

—¡Madre mía, madre mía! ¡No volverla a ver! ¡Oh! ¡Sería horrible! —exclamó cayendo en una silla con el mayor abatimiento y ocultándose el rostro con las manos.

Este gran dolor era sincero: aquel hombre amaba tiernamente a su madre; ese divino sentimiento había hasta entonces atravesado, inalterable y puro, todas las fases de su vida... a veces bien culpable.

Después de algunos minutos, Rodin se aventuró a decir a su jefe mostrándole la segunda carta:

—Acaban también de traer esta de parte de Mr. Duplessis: es muy importante... y muy urgente...

—Ved lo que es, y contestad; he perdido el juicio...

—Esta carta es confidencial —dijo Rodin presentándosela a su jefe—; no puedo abrirla, como veis por la marca del sobre.

Al aspecto de esta marca, las facciones del jefe de Rodin tomaron una expresión indefinible de temor y respeto, y con mano temblorosa, rasgó el sello. El billete sólo contenía estas palabras:

Dejad todos los negocios... sin perder un minuto partid... y venid... Mr. Duplessis os reemplazará; ya tiene las órdenes.

—¡Gran Dios! ¡Partir sin volver a ver a mi madre! Es horrible; imposible... es matarla tal vez..., sí..., sería un parricidio.

Al decir estas palabras, sus ojos se detuvieron por casualidad en la enorme esfera, marcada con crucecitas rojas. A su vista, una súbita revolución se obró en él; pareció

como arrepentirse de la vivacidad de sus sentimientos; poco a poco su rostro, aunque siempre triste, recobró su tranquilidad y su calma. Dio la carta fatal a su secretario, y le dijo ahogando un suspiro:

—Para clasificar en su número de orden.

Rodin tomó la carta, le puso un número y la colocó en una carpeta particular. Después de un momento de silencio, su jefe continuó:

—Recibiréis las órdenes de Mr. Duplessis, trabajaréis con él. Le daréis la nota sobre el asunto de las medallas; ya sabe a quién dirigirla, contestad a Batavia, a Leipzig, y a Charlestown en el sentido que os he dicho: impedid a toda costa que las hijas del general Simón salgan de Leipzig; apresurad la vuelta de Gabriel a París, y en el caso no probable de que el príncipe Djalma viniese a Batavia, decid a Mr. Josué Van-Dael que se cuenta con su celo y obediencia para que lo detenga allí.

Y este hombre, que en el momento en que su madre moribunda lo llamaba en vano, podía conservar tal sangre fría, entró en sus habitaciones.

Rodin se ocupó en traducir en cifras las contestaciones que le acababan de dictar. Después de tres cuartos de hora se oyó el relincho de los caballos de posta. El anciano servidor volvió a entrar, después de haber llamado discretamente a la puerta.

—El carruaje está enganchado —dijo.

Rodin hizo una señal de cabeza y el criado se fue. El secretario, a su vez, llamó a la puerta de la habitación del jefe. Éste salió, siempre grave, pero con una palidez espantosa, teniendo una carta en la mano.

—Para mi madre —dijo a Rodin—; enviaréis un correo al instante.

—Al momento —contestó el secretario.

—Que las tres cartas para Leipzig, Batavia y Charlestown vayan hoy mismo por la vía acostumbrada; es de la mayor importancia. Ya lo sabéis.

Éstas fueron las últimas palabras de este hombre. Ejecutando con una obediencia inexorable órdenes inexorables, se ponía en efecto en camino, sin tratar de volver a ver a su madre. Su secretario le acompañó respetuosamente hasta el carruaje.

—¿Qué camino, señor? —preguntó el postillón.

—¡Camino de Italia! —contestó el jefe de Rodin, sin poder dominar un suspiro tan doloroso que parecía un gemido.

* * *

Cuando el carruaje se puso en marcha al galope de los caballos, Rodin saludó profundamente y luego volvió a la gran habitación fría y desmantelada.

La actitud, el rostro, el porte de este personaje cambiaron súbitamente.

Parecía haber crecido; no era ya un autómatas a quien una ciega obediencia hacía obrar maquinalmente; sus facciones, hasta entonces impasibles, su mirada, hasta entonces continuamente velada, se animaron de repente y revelaron una astucia diabólica, una sonrisa sardónica contrajo sus labios pálidos; una satisfacción siniestra

desarrugó aquel semblante cadavérico.

A su vez se detuvo delante de la enorme esfera; a su vez la contempló en silencio, como lo había hecho su señor.

Después, inclinándose sobre aquel globo, rodeándolo con sus brazos, devorándolo algunos instantes con sus ojos de reptil, puso sobre la superficie pulimentada del mapamundi su dedo nudoso, y dio un golpe con su uña sucia y aplastada en tres de los lugares que se veían las crucecitas encarnadas.

A medida que señalaba así alguna de las ciudades situadas en países tan distintos, la nombraba en alta voz con una sonrisa siniestra:

—Leipzig...

—Charlestown...

—Batavia...

Después añadió: «En cada una de estas tres ciudades, tan distanciadas una de otra, existen personas que no tienen la menor idea que desde aquí, desde esta callejuela oscura, desde el fondo de estas habitaciones se las vigila, se siguen todos sus movimientos, se saben todas sus acciones; que desde aquí van a salir nuevas instrucciones que les conciernen y que serían inexorablemente realizadas, porque se trata de un interés que puede tener una poderosa influencia sobre Europa... sobre el mundo. Pero, afortunadamente, tenemos amigos en Leipzig, en Charlestown y en Batavia».

Aquel hombrecillo, viejo, mal vestido, con una fisonomía lívida y muerta, que acababa, por decirlo así, de arrastrarse sobre aquel globo, parecía más espantoso aún que su jefe, cuando, de pie y altivo, había puesto imperiosamente su mano sobre aquel mundo, como queriendo dominarlo a fuerza de orgullo y de audacia.

El uno parecía el águila que se cierne sobre su presa; el otro, un reptil que envuelve a su víctima entre unos pliegues inextricables.

Después de algunos momentos, Rodin se acercó a la mesa frotándose vivamente las manos, y escribió la siguiente carta, empleando una cifra particular desconocida por su jefe:

París, a las diez menos cuarto de la mañana.

¡Ha partido: pero ha vacilado!

Cuando recibió la orden, su madre moribunda le llamaba a su lado; él podía tal vez, según le escribían, salvarla. Así es que exclamó: «¡No dirigirme al lado de mi madre, sería cometer un parricidio!».

No obstante, ha partido, pero ha vacilado...

Continúo vigilándolo.

Estas líneas llegarán a Roma al mismo tiempo que él...

P. D. Decid al cardenal príncipe que puede contar conmigo; pero que en cambio me sirva con actividad.

Después de haber cerrado y sellado esta carta, Rodin se la metió en el bolsillo. Dieron las diez. Era la hora del almuerzo de Mr. Rodin.

Arregló y encerró sus papeles en un cajón cuya llave se llevó, limpió con el codo su sombrero viejo y grasiento, tomó un paraguas remendado y salió.

Mientras que estos dos hombres, desde el fondo de aquella morada retirada y oscura, fraguaban esta trama, en la que debían ser envueltos los siete descendientes de una familia proscrita en otro tiempo, un defensor extraño, misterioso, pensaba en proteger a esta familia, que era también la suya.

XVII

El judío errante

El lugar es agreste.

En una alta colina sembrada de enormes peñascos, de entre los cuales nacen aquí y allí álamos blancos y robles con las hojas descoloridas ya por el otoño; estos grandes árboles se dibujan sobre el resplandor rojizo que ha dejado el sol al ponerse.

Varios campanarios de piedra negruzca o de pizarra, levantan en diferentes parajes del valle sus veletas agudas.

Es la hora del descanso, hora en que ordinariamente la ventana de cada cabaña se ilumina con el alegre fuego del hogar doméstico, y centellea a lo lejos a través de la sombra y del follaje, mientras que saliendo de las chimeneas se elevan lentamente hacia el cielo torbellinos de humo.

Y sin embargo, ¡cosa rara! se diría que en aquel país todos los hogares están apagados y desiertos, y lo que es más extraño y siniestro, que todas las campanas tocan el fúnebre doble de los muertos.

La actividad, el movimiento, la vida, parecen concentrados en este lúgubre tañido que resuena a lo lejos. Pero he aquí que en estas aldeas, hace poco tan oscuras, empiezan a brillar luces; pero esta claridad no la causa el vivo y alegre fuego del hogar; es rojiza como los fuegos de los pastores que se perciben a través de la niebla.

Y además, estas luces no permanecen inmóviles: marchan lentamente hacia el cementerio de cada iglesia.

Entonces se aumenta el lúgubre doble, el aire vibra con los golpes precipitados de las campanas, y por intervalos se oyen en lo alto de la colina débiles cánticos fúnebres.

¿Por qué tantos funerales? ¿Cuál es, pues, este valle de desolación, cuyas aldeas lloran tantos muertos a la vez, en el que los cantares pacíficos que suceden al duro trabajo cotidiano han sido reemplazados con cánticos de muerte, en el que al reposo de la noche ha sucedido el descanso eterno? ¡Y este valle no es el único que ha visto tanta desolación! Durante años malditos, muchos valles, muchas aldeas, muchos pueblos, muchas ciudades, muchos países inmensos, han visto sus hogares apagados y desiertos. Han visto, como este valle, reemplazar el llanto a la alegría, el doble de los difuntos al ruido de las fiestas. Han llorado, como este valle, muchos muertos en un mismo día y los han enterrado de noche al siniestro resplandor de las antorchas.

Porque durante aquellos años, un terrible viajero recorrió lentamente toda la tierra, de un polo a otro, desde lo interior de la India y del Asia hasta los hielos de la Siberia, desde los hielos de la Siberia hasta las playas del Océano francés.

Este viajero, misterioso, lento como la eternidad, implacable como el destino,

terrible como la mano de Dios, era
¡«El Cólera»!

* * *

El sonido de las campanas y de los cánticos fúnebres subía siempre a la colina desde la profundidad del valle como una voz lastimera.

Pero en el terreno pedregoso y sonoro de la montaña ha resonado un paso lento, igual y firme. Por entre los enormes troncos de los árboles ha pasado un hombre. Su estatura es elevada: lleva la cabeza inclinada sobre el pecho; su fisonomía es dulce y triste. Sus cejas, unidas entre sí, se extienden de una sien a otra, y parecen señalar su frente con una marca siniestra.

Este hombre no parecía oír el sonido lejano de tantas campanas fúnebres, y sin embargo, dos días antes, la felicidad, la dicha, la salud, la alegría, reinaban en aquellas aldeas que había atravesado lentamente, y que ahora dejaba tras sí, afligidas y desoladas. Pero este viajero continuaba su camino abismado en sus pensamientos.

«—El 13 de febrero se aproxima —decía entre sí—; se acercan esos días en que los descendientes de mi hermana querida, deben reunirse en París. ¡Ah! hace ciento cincuenta años que, por tercera vez, la persecución fue diseminando por todo el globo a esta familia, que he seguido con ternura de generación en generación, durante diez y ocho siglos, en medio de sus emigraciones, de sus destierros, de sus cambios de religión, de fortuna y de nombre.

»¡Oh! Para esta familia, descendiente de mi hermana, de la hermana de un pobre artesano, ¡cuánta grandeza ha habido, cuánto desprecio, cuánto esplendor, cuánta miseria, cuánta gloria! ¡Con cuántos crímenes se ha manchado!... ¡Con cuántas virtudes se ha honrado!

»La historia de esta sola familia... es la historia de la humanidad entera. Al través de tantas generaciones se ha perpetuado hasta ahora la sangre de mi hermana, circulando por las venas del pobre y del rico, del soberano y del bandido, del sabio y del loco, del cobarde y del valiente, del crédulo y del ateo.

»De esta familia ¿qué resta hoy? Siete retoños. Dos huérfanas, hijas de padres proscritos; un príncipe destronado; un pobre misionero; un hombre de condición mediana; una joven de gran nombre y fortuna; un artesano. Ellos solos resumen las virtudes, el valor, los esplendores, las miserias de nuestra raza.

»La Siberia, la India, la América, la Francia... he aquí adonde la suerte los ha arrojado.

»El instinto me advierte cuando alguno de los míos está en peligro. Entonces, del Norte al Mediodía, del Oriente al Occidente corro en su auxilio. Ayer bajo los hielos del polo, hoy bajo una zona templada, mañana bajo el cielo abrasador de los trópicos, pero, ¡ay!, frecuentemente en el momento en que mi presencia podría salvarlos, la mano invisible me empuja, el torbellino me lleva y... “¡Anda!... ¡Anda!...”.

»¡Que concluya a lo menos mi obra! “¡Anda!”.

»¡Una hora tan sólo!... ¡Una hora de reposo!... “¡Anda!”.

»¡Ah! deajo a los que amo al borde el precipicio. “¡Anda!... ¡Anda!...”.

»Tal es mi castigo; si es grande, ¡mi crimen fue mucho mayor!

»Artesano, sometido a las privaciones, la desgracia me había hecho malo. ¡Ah!, ¡maldito, maldito sea el día en que mientras yo trabajaba, sombrío, rencoroso, desesperado, porque a pesar de mi trabajo incesante mi familia carecía de todo lo necesario para la vida, el Cristo pasó por mi puerta!

»Ultrajado, maltratado, llevando con trabajo la carga de su pesada cruz, me rogó le dejase descansar un instante en mi banco de piedra. Su frente estaba bañada en sudor, sus pies brotando sangre, todo él medio muerto de cansancio y con una dulzura que desgarraba el corazón me dijo: “Sufro”. Y yo también sufro, le contesté despreciándole con cólera y dureza, ¡también sufro! y nadie viene en mi socorro. ¡Los inexorables hacen inexorables!... “¡Anda!... ¡Anda!...”.

»Entonces lanzando un suspiro me dijo: “Y tú andarás sin cesar hasta tu redención: así lo quiere el Señor que está en los cielos”.

»Y empezó mi castigo. Muy tarde he abierto los ojos a la luz; demasiado tarde he conocido el arrepentimiento; demasiado tarde he sentido la caridad; demasiado tarde, en fin, he comprendido aquellas divinas palabras de aquél a quien ultrajé, estas palabras que deberían ser la ley de la humanidad entera: “Amaos los unos a los otros”.

»En vano hace siglos, para merecer mi perdón, sacando mi fuerza y mi elocuencia de estas celestiales palabras, he convertido en conmiseración y cariño la cólera y envidia que muchos corazones contenían en vano; he inspirado a muchas almas el santo horror a la opresión y la injusticia.

»El día de la clemencia no ha llegado aún. Y así como el primer hombre ha condenado con su pecado a toda su posteridad a la desgracia, se diría que yo, pobre artesano, he condenado a mis compañeros a eternos dolores y a que expíen mi crimen; porque ellos son los solos que en dieciocho siglos no han dejado de ser esclavos todavía.

»Hace dieciocho siglos que los poderosos y desgraciados dicen a ese pueblo de trabajadores, lo que yo dije a Jesucristo cuando imploraba y sufría: “¡Anda... anda!...”.

»Y ese pueblo, como él, medio muerto de fatiga, llevando como él una pesada cruz, dice lo que él me dijo con una amarga tristeza:

»“¡Oh!... por piedad... algunos momentos de tregua... nos hallamos extenuados”. “¡Anda!”.

»Pero si muriésemos con tanto trabajo ¿qué sería de nuestros hijos y de nuestras ancianas madres? “¡Anda, anda!”, ha siglos ellos y yo andamos y sufrimos, sin que una voz caritativa nos haya dicho ¡Basta!

»¡Ay de mí!... tal es mi castigo, es inmenso, es doble... sufro por la humanidad

viendo poblaciones enteras, miserables, condenadas sin descanso a rudos trabajos. Sufro por mi familia, no pudiendo, pobre y errante, ir al socorro de los míos, de estos descendientes de mi hermana amada...

»Pero cuando el dolor es superior a mis fuerzas, cuando presiento un peligro para mi familia del que no puedo librarla, entonces, atravesando los mundos mi pensamiento, va a buscar aquella mujer, como yo maldita, aquella hija de reyes^[1], que como yo, hijo de un pobre artesano, anda, anda y andará hasta el día de su redención...

»Una sola vez en cada siglo, así como dos planetas se acercan en sus revoluciones seculares, puedo hallar a esa mujer, durante la fatal semana de Pasión.

»Y después de esta entrevista llena de terribles recuerdos y de dolores inmensos, cual astros errantes de la eternidad continuamos nuestra ruta infinita.

»Y esta mujer, la sola que como yo asiste en la tierra a la terminación de cada siglo, diciendo “¡Todavía!”, esa mujer responde a mi pensamiento desde uno al otro extremo del mundo.

»Ella, que sola en el universo participa de mi terrible suerte, ha querido participar también del único interés que me ha consolado en tantos siglos; también ella quiere a los descendientes de mi hermana querida, también los protege. Por ellos va, vine del Oriente al Occidente, del Norte al Sur. Pero, ¡ah!, la mano invisible también la empuja, el torbellino la arrastra también... Y... “¡Anda!”.

»¡Que a lo menos acabe mi obra como yo! “¡Anda!”.

»Una hora, ¡nada más que una hora de reposo! “¡Anda!”.

»¡Ah!, ¡dejo a los que amo al borde del abismo! “¡Anda!... ¡Anda!...”.

* * *

Mientras que ese hombre caminaba así por la montaña, absorto en sus pensamientos, la brisa de la tarde había aumentado; el viento era cada vez más violento; ya el relámpago surcaba las nubes; ya sordos y confusos mugidos anunciaban la aproximación de la tempestad. De repente, este hombre maldito, que no puede llorar ni reír, se estremeció.

Ningún dolor físico podía molestarle, y sin embargo, llevó precipitadamente la mano a su corazón, como si hubiera sentido una sensación cruel. «¡Oh! exclamó, lo siento... En este momento varios de los míos, los descendientes de mi hermana querida, están sufriendo y corriendo grandes peligros; los unos en el interior de la India, otros en América; otros aquí en Alemania; la lucha empieza, pasiones detestables se han reanimado... ¡Oh! tú que me oyes, errante y maldecida como yo, Herodías, ayúdame a protegerlos. Pueda mi ruego llegar a ti en medio de las soledades de la América donde te encuentras en este momento. ¡Ojalá podamos llegar a tiempo!».

Entonces pasó una cosa extraordinaria. Era ya de noche. Este hombre hizo un

movimiento para volver atrás, pero una fuerza invisible se lo impidió, empujándole en sentido contrario. En aquel momento rompió la tempestad en toda su majestad sombría. Uno de esos torbellinos que arrancan de raíz los árboles, que hacen conmovir las rocas, pasó sobre la montaña, rápido y tonante como el rayo.

Entre los rugidos del huracán, al resplandor de los relámpagos, se vio entonces al hombre señalado en la frente descender precipitadamente por un lado de la montaña y al través de las rocas y los árboles encorvados por la furia de la tempestad. La marcha de este hombre no era ya lenta y tranquila, sino penosa como la de un ser a quien un poder irresistible arrastra a pesar suyo o a quien un terrible huracán envuelve en su torbellino.

En vano este hombre levantaba al cielo sus manos suplicantes. Pronto desapareció entre las sombras de la noche y el ruido de la tempestad.

XVIII

La «ajupa»

Mientras Mr. Rodin despachaba su correspondencia cosmopolita desde la calle de Milieu des Ursins en París, y las hijas del general Simón, después de haber huido de la posada del Halcón Blanco, se encontraban detenidas en Leipzig con Dagoberto, ocurrían otras escenas que interesaban vivamente a estos diferentes personajes, al cabo del mundo, en el corazón del Asia, en la isla de Java, no lejos de la ciudad de Batavia, residencia de Mr. Josué Van-Dael, uno de los corresponsales de M. Rodin.

Va a terminar el mes de octubre de 1831. Es mediodía, hora casi mortal para el que se atreve a arrostrar aquel sol abrasador, que derrama sobre el cielo un azul esmaltado con dibujos de color de fuego.

Una «ajupa», especie de pabellón de reposo hecho de juncos entrelazados con gruesos bambúes clavados profundamente en la tierra, se eleva en el centro de una bóveda de árboles frondosos de un verde brillante; los unos forman arcos, otros se alzan en el aire como flechas, y otros más lejos a modo de quitasol; pero tan espesos y unidos entre sí, que hacen impenetrable la lluvia.

El terreno pantanoso, a pesar del calor infernal, está cubierto de innumerables matas de bejuco, helecho y junco de una frescura y lozanía admirables, que, extendiéndose por el techo de la «ajupa», la ocultan, como un nido entre la hierba.

Un enorme tronco de árbol seco, en pie aún, pero muy inclinado, y cuya cima toca al techo de la «ajupa», se eleva en medio de este soto; de cada hendidura de su corteza negra, arrugada y musgosa, se desprende una flor extraña, casi fantástica; el ala de una mariposa no es de un tejido más ligero, de un color purpúreo más fuerte, de un negro más aterciopelado; los pájaros desconocidos que se suelen ver en sueños no tienen unas formas particulares como estas orchis, flores aladas, que parecen quererse escapar de sus tallos delicados y sin hojas; grandes cactus flexibles y redondos, que se tomarían por reptiles, rodean también este tronco de árbol del que penden sus sarmientos verdes cargados de ramilletes de un blanco plateado con fondo anaranjado vivo; estas flores despiden un olor fuerte a vainilla.

Una pequeña serpiente roja, no más gruesa que el cañón de una pluma y de unas cinco pulgadas de largo, asoma su cabeza chata por uno de estos enormes cálices perfumados en donde se halla enroscada.

En el fondo de «ajupa» un joven, tendido sobre una estera, duerme profundamente. Al ver su tez de un amarillo diáfano y claro, diríase que era una estatua de bronce iluminada por un rayo de luz; su posición es sencilla y graciosa; con su brazo derecho sostiene su cabeza un poco elevada y vuelta de perfil; su larga túnica de muselina blanca con mangas flotantes, deja ver su pecho y brazos dignos de

Antinoo; en su pecho se ve una profunda cicatriz... Recibió esta herida defendiendo la vida del general Simón, padre de Rosa y Blanca. Pendiente de su cuello se ve una pequeña medalla igual a la que poseen las dos hermanas. Este indio es Djalma.

Sus facciones son a la vez de una nobleza y hermosura admirables; sus cabellos caen sueltos, pero sin rizar sobre sus espaldas; su sueño es pesado, porque el calor se hace cada vez más insoportable.

En la parte de afuera, el silencio es profundo. No se siente el más leve soplo de la brisa. No obstante, al cabo de algunos minutos, los enormes helechos que cubren el terreno empiezan a agitarse casi imperceptiblemente como si un cuerpo que se arrastrase conmoviese la base de sus tallos.

Después de varias alternativas de movimiento y quietud, apareció una cabeza humana a poca distancia del tronco del árbol seco. Este hombre de aspecto siniestro, tenía la tez de color de bronce verdoso, sus ojos de un brillo salvaje, y una fisonomía notablemente inteligente y feroz. Reteniendo su aliento, permaneció por un momento inmóvil; luego, adelantándose sobre sus manos y rodillas, separando suavemente las hojas, de modo que no se percibiese el más leve ruido, y con prudencia y lentitud llegó al pie del tronco del árbol seco, cuya cima estaba al nivel del techo de la «ajupa».

Era este hombre de origen malayo y pertenecía a la secta de los estranguladores; después de haber escuchado de nuevo, salió casi enteramente de entre las matas, llevaba unos calzoncillos de algodón blanco sujetos a la cintura por una faja de colores muy vivos, que era todo su vestido; una espesa capa de aceite cubría todos sus miembros bronceados, y nerviosos.

Extendiéndose sobre el enorme tronco del lado opuesto a la cabaña y oculto así por el árbol rodeado de lianas, empezó a arrastrarse silenciosamente, con tanta paciencia como precaución. La ondulación de su espinazo, la flexibilidad de sus movimientos, su vigor contenido, cuyo desarrollo debía ser terrible, todo contribuía a darle la apariencia de un tigre acechando su presa.

Habiendo alcanzado, sin ser visto, la parte inclinada del árbol que tocaba con el tejado de la choza, se encontró a distancia de un pie de la ventanilla. Adelantando entonces la cabeza prudentemente, miró en el interior de la cabaña a fin de conocer los medios de entrar en ella.

Al ver a Djalma profundamente dormido, los ojos del estrangulador adquirieron un nuevo brillo; una contracción nerviosa, o más bien, una risa muda, descubrió dos hileras de dientes limados triangularmente como la hoja de una sierra, y teñidos en un negro refulgente.

Queriendo el estrangulador examinar más atentamente el interior de la cabaña, se inclinó un poco más, y buscando un punto de apoyo, puso ligeramente la mano sobre el borde de la abertura que hacía veces de ventana, y habiendo movido la gran flor del cactus en que estaba oculta la serpiente pequeña, ésta se lanzó enrollándose rápidamente en la muñeca del estrangulador. Por dolor o sorpresa dio éste un ligero

grito; y al hacerse hacia atrás, agarrado siempre al tronco del árbol, notó que Djalma había hecho un movimiento.

En efecto, el joven indio, sin abandonar su posición, entreabrió los ojos, volvió la cabeza del lado de la ventanilla, y una profunda aspiración ensanchó su pecho, porque el calor concentrado bajo esta espesa bóveda de húmedo follaje era insufrible.

Apenas se movió Djalma, cuando detrás del árbol, resonó el chillido agudo y sonoro del pájaro del paraíso cuando emprende su vuelo. Pronto se volvió a oír, pero debilitado, como si este hermoso pájaro se hubiese alejado. Djalma, creyendo adivinar la causa del ruido que le había despertado, tendió un poco el brazo y se volvió a dormir sin cambiar de postura.

Durante algunos instantes todo permaneció inmóvil. El estrangulador acababa de reparar, con la hábil imitación del grito de un pájaro, la imprudente exclamación de sorpresa y dolor que le había arrancado la picadura del reptil.

Creyendo que Djalma se habría vuelto a dormir, adelantó la cabeza y vio con efecto al joven indio entregado de nuevo al sueño. Bajando entonces del árbol con las mismas precauciones, a pesar de tener muy hinchada la mano izquierda de resultas de la mordedura de la serpiente, desapareció entre los juncos.

Dejóse oír en aquel instante un canto lejano, de una cadencia melancólica. El estrangulador se enderezó, escuchó atentamente, y en su rostro se pintó una expresión de sorpresa y enojo siniestro. El canto se acercaba cada vez más a la cabaña.

Pasados algunos instantes, se dejó ver un indio atravesando un campo despejado y que se dirigía hacia el sitio en que estaba oculto el estrangulador. Desciñó éste de su cintura una cuerda larga y delgada que tenía en una de sus extremidades una bala de plomo del tamaño y forma de un huevo, y habiendo atado el otro cabo de este lazo a su muñeca derecha y escuchado de nuevo, desapareció.

Era un joven de unos veinte años, esclavo de Djalma; llevaba un pequeño turbante encarnado, y en sus muñecas y orejas pulseras y aretes de plata. Traía un mensaje a su amo, que en las horas de calor acostumbraba a descansar en esta «ajupa», a bastante distancia de la casa que habitaba. Al llegar al sitio en donde crecían las matas, el esclavo tomó sin titubear el sendero que conducía a la cabaña, de la cual apenas distaba veinte pasos.

Una de esas enormes mariposas de Java, cuyas alas tendidas tienen unas seis u ocho pulgadas de largo, revoloteaba de flor en flor y vino a posarse sobre una mata de olorosas gardenias, al alcance del joven indio. Suspendió éste su canto, se detuvo, adelantó el pie con precaución, luego la mano, y cogió la mariposa.

En este momento ve el esclavo la figura siniestra del estrangulador levantarse del suelo, oye un silbido parecido al de una honda, y siente una cuerda que, lanzada por mano vigorosa, le da tres vueltas al cuello, al mismo tiempo que el plomo de que está armada le hiere con violencia en la nuca.

Fue tan brusco e imprevisto este ataque, que el criado de Djalma no pudo lanzar un solo grito, ni un gemido. Titubeó. El estrangulador dio una fuerte sacudida al lazo.

El rostro bronceado del esclavo se tiñó de un color amoratado, y cayó arrodillado moviendo los brazos... Acabólo de derribar el estrangulador, y apretó con tanta fuerza la cuerda que se tiñó de sangre. La víctima hizo algunos movimientos convulsivos, y todo terminó...

Durante esta rápida, pero terrible agonía, el asesino, arrodillado frente a su víctima, contemplaba sus más ligeras convulsiones con los ojos fijos y ardientes; parecía entregado a un regocijo feroz. Sus narices se dilataban, las venas de su cuello y sienes estaban hinchadas, y la misma sonrisa horrible que había separado sus labios el aspecto de Djalma dormido, permitió ver sus dientes negros y agudos, que hacía entrechocar una convulsión nerviosa.

Luego, cruzando los brazos sobre su pecho jadeante, inclinó la frente, murmuró algunas palabras misteriosas a modo de una invocación o plegaria y se entregó de nuevo a la contemplación feroz que le inspiraba el aspecto del cadáver... La hiena que antes de devorar la presa que ha sorprendido o cazado, se tiende a su lado, no tiene la mirada tan terrible y sangrienta como la de este hombre.

Pero acordándose que su tarea no estaba terminada, abandonó a su pesar este espectáculo fúnebre, soltó el lazo del cuello de la víctima, se lo ciñó al cuerpo, arrastró el cadáver fuera del sendero, y sin pararse a despojarlo de sus aretes y pulseras de plata, lo puso en una espesa mata de juncos. Hecho esto, el estrangulador volvió a deslizarse sobre las rodillas y el vientre hasta llegar a la cabaña de Djalma.

Habiendo escuchado atentamente, sacó de su cintura un cuchillo, cuya hoja afilada y aguda estaba envuelta en una hoja de plátano, e hizo con él una abertura de unos tres pies en un costado de la cabaña, con presteza tal, que el rechinar del diamante al cortar el cristal hubiera sido más perceptible. Viendo por esta abertura, que debía servirle de entrada, que Djalma continuaba profundamente dormido, el estrangulador se deslizó dentro de la cabaña con una temeridad increíble.

XIX

La marca

El cielo hasta entonces de un azul transparente, tomó poco a poco un color verde y blanco y el sol se cubrió de un vapor espeso y rojizo.

El estrangulador se deslizó a lo largo de las paredes de la «ajupa» como un reptil, y arrastrándose sobre su vientre, llegó hasta la estera en que estaba tendido Djalma, al lado del cual se colocó ocupando el menor espacio posible.

Entonces principió una escena terrible, en razón del misterio y profundo silencio que la rodeaba. La existencia de Djalma estaba a merced del estrangulador.

Recogiéndose éste sobre sí mismo, apoyado en sus manos y rodillas, con el cuello tendido, la pupila fija, permaneció inmóvil como una fiera en acecho. Un ligero movimiento convulsivo de sus mandíbulas agitaba únicamente su rostro bronceado. Sus facciones asquerosas revelaban la lucha interior, entre la sed, el regocijo del reciente asesinato del esclavo y la orden que recibiera de no atentar contra los días de Djalma, aunque quizás el motivo que lo conducía allí fuese para el joven indio más terrible que la misma muerte.

Dos veces el estrangulador, cuya vista se inflamaba de ferocidad, apoyándose sobre su mano izquierda, llevó la derecha con viveza a la extremidad de su lazo. Dos veces la retiró; el instinto de asesinato cedió ante una voluntad poderosa, bajo cuyo irresistible imperio se hallaba el malayo.

Preciso era que su rabia homicida rayase en locura, porque en estas dudas perdía un tiempo precioso; de un momento a otro podía despertar Djalma, cuya fuerza, destreza y valor eran bien conocidos. Y aunque se hallase desarmado, hubiera sido para el estrangulador un terrible adversario. Al fin se resignó, y comprimiendo un profundo suspiro de pesar, trató de cumplir con su obligación. Ésta hubiera parecido imposible a cualquiera. Si no, júzguese de ello.

Djalma tenía el rostro vuelto hacia el lado izquierdo y la cabeza apoyada sobre el brazo; era preciso, sin interrumpir su sueño, hacer que se volviese del lado derecho, esto es, que mirase a la puerta, a fin de que si despertaba, no viese de pronto al estrangulador, pues éste, para llevar a cabo sus proyectos debía permanecer algunos momentos en la cabaña.

Arrodillándose entonces cerca de él, empezó a frotar, con las puntas de sus dedos flexibles y aceitosos, la frente, sienes y párpados del joven indio; pero de un modo tan suave, que el contacto de las dos epidermis era casi insensible.

Después de algunos segundos en esta especie de encanto magnético, corrió con mayor abundancia el sudor por la frente de Djalma, lanzó un suspiro ahogado, luego dos o tres veces se contrajo su rostro, porque aquella frotación, aunque demasiado

suave para despertarle, le causaba un malestar indefinible.

Contemplándole con ojo ardiente, el estrangulador continuó su operación con tanta paciencia y destreza, que Djalma, a pesar de hallarse dormido, no pudiendo soportar por más tiempo esta sensación vaga, pero incitativa, llevó maquinalmente la mano derecha al rostro, como si hubiese querido librarse de algún insecto. Pero le faltaron las fuerzas, y su mano entorpecida cayó pesadamente sobre su pecho.

Conociendo el estrangulador por este síntoma que pronto se hallaría en el estado que él deseaba, reiteró sus frotaciones sobre los párpados, frente y sienes con la misma destreza. Entonces Djalma, no teniendo sin duda fuerzas o voluntad para llevar la mano al rostro, volvió maquinalmente la cabeza que cayó con languidez sobre su hombro derecho, tratando con este cambio de postura, de sustraerse a la impresión desagradable que le perseguía. Obtenido este resultado, el estrangulador pudo obrar libremente.

Deseando conseguir que su sueño, medio interrumpido, fuese lo más profundo posible, imitando al vampiro agitó sus manos extendidas, a manera de abanico, delante del rostro ardiente del indio. Esta frescura inesperada y deliciosa en medio de un calor sofocante, suavizó las facciones de Djalma, su pecho se dilató, sus labios entreabiertos aspiraron esta brisa bienhechora, y su sueño fue tanto más profundo cuanto había sido contrariado.

Un relámpago iluminó con vivo resplandor la sombría bóveda que protegía la «ajupa»; temiendo que el primer trueno despertase bruscamente al joven indio, el estrangulador trató de terminar su proyecto.

Acostado Djalma sobre sus espaldas tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho y el brazo izquierdo extendido; el estrangulador dejó poco a poco de abanicarle, y con gran destreza logró arremangar hasta la sangría la larga y ancha manga de muselina blanca que cubría el brazo izquierdo de Djalma.

Sacó del bolsillo de sus calzones una cajita de cobre y tomó de ella una aguja finísima y un trozo de raíz negra. Introdujo la aguja varias veces en la raíz, y cada picadura salía un jugo blanco y viscoso. Cuando el estrangulador juzgó suficientemente impregnada la aguja, se inclinó, y soplando la parte interna del brazo de Djalma, a fin de causarle una sensación agradable, trazó imperceptiblemente con la punta de la aguja sobre el cutis del joven dormido, algunos signos misteriosos.

Ejecutó esto con tal presteza, que Djalma nada sintió. Los signos trazados por el estrangulador al pronto aparecieron de un color de rosa pálido, y tan finos como un cabello: pero era tal el poder corrosivo y lento del jugo de que estaba impregnada la aguja, que al cabo de algunas horas, filtrándose poco a poco bajo la piel, se presentaron de un color morado, haciendo muy manifiestos estos caracteres antes casi invisibles.

Habiendo llevado a cabo tan felizmente sus proyectos el estrangulador lanzó una última mirada de feroz encono al indio dormido. Luego, alejándose de la estera y saliendo por la misma abertura por donde había entrado en la cabaña, la cerró

herméticamente a fin de desvanecer toda sospecha y desapareció cuando el trueno empezaba a retumbar sordamente en lontananza.

El contrabandista

La tempestad de la mañana ha cesado ya y han transcurrido algunas horas desde la escena ocurrida en la cabaña de Djalma.

Un jinete se adelanta rápidamente por una larga avenida que guarnecen dos hileras de árboles frondosos.

Imposible sería describir exactamente esta naturaleza exuberante, rica en colores y perfumes, que servía, por decirlo así, de cuadro a este joven y gallardo jinete que se veía en medio de la alameda. Era Djalma.

No ha echado de ver los signos indelebles que le ha trazado el estrangulador en el brazo izquierdo. Su yegua javanesa, de talla mediana, era negra como la noche. Para moderar la impetuosidad de su cabalgadura, se servía Djalma de un bocado de acero, cuyas riendas eran finos y delgados cordones de seda de color escarlata.

Ninguno de esos magníficos caballeros esculpidos en el friso del Partenón es a la vez tan gracioso y arrogante a caballo como este joven indio, cuyo hermoso rostro, iluminado por los últimos rayos del sol, rebosa de dicha y tranquilidad; sus ojos brillan de alegría; sus narices se dilatan; sus labios entreabiertos aspiran con delicia la brisa embalsamada del perfume de las flores.

La fogosidad de sus ideas, tan pronto impetuosas como contenidas, se manifestaban en la marcha que imponía a su yegua, unas veces atrevida, precipitada, otras tranquila, mesurada. Esta carrera extraña, sus menores movimientos, eran de una gracia arrogante y un poco salvaje.

Djalma, desposeído del territorio paterno por los ingleses, y luego encarcelado por ellos como prisionero de Estado después de la muerte de su padre, que pereció con las armas en la mano —como así lo había escrito Mr. Josué Van-Dael de Batavia a Monsieur Rodin—, fue puesto en libertad.

Abandonando la India continental acompañado del general Simón, que permaneció en las inmediaciones de la prisión del hijo de su antiguo amigo el rey Kadja-Sing, se retiró a Batavia, lugar de nacimiento de su madre, para recoger la modesta herencia, de sus abuelos maternos. En esta herencia que su padre había desdeñado o descuidado, se encontraron papeles de muchísima importancia, y la medalla parecida en un todo a la que poseen Rosa y Blanca.

Sorprendido y satisfecho el general Simón de este descubrimiento, que no sólo establecía lazos de parentesco entre su mujer y la madre de Djalma, sino que parecía prometer a éste grandes ventajas para lo futuro, el general Simón dejó a Djalma en Batavia para terminar algunos negocios y partió para Sumatra, isla vecina, en donde le habían dicho que hallaría un buque que fuese directamente a Europa; porque en

este caso, era indispensable que el joven indio se hallase también en París el día 13 de febrero de 1832. Si efectivamente el general hallaba un buque que diese luego la vela para Europa, debía volver al momento en busca de Djalma; éste, pues, esperaba de día en día su vuelta, y solía ir al muelle de Batavia, con la esperanza de ver llegar al padre de Rosa y Blanca en el vapor de Sumatra.

Es preciso decir algo acerca de la infancia y juventud del hijo de Kadja-Sing. Habiendo perdido a su madre desde muy niño, su educación no había sido muy esmerada; acompañaba a su padre en las cacerías de tigres, tan peligrosas como las batallas, y apenas adolescente le había seguido a la guerra en defensa de su territorio; guerra cruel y sangrienta.

Habiendo vivido después de la muerte de su madre en medio de los bosques y montañas paternas, esta naturaleza vigorosa e ingenua se había conservado pura y virgen; nunca el sobrenombre de «generoso», que le habían dado, fue tan bien merecido. Príncipe, lo era en realidad, cosa rara; y durante el tiempo de su cautividad se había hecho respetar soberanamente de sus carceleros ingleses por su dignidad silenciosa.

Djalma nada conocía de la vida civilizada, pues acostumbrado hasta entonces a la existencia patriarcal o guerrera de los montañeses de su país, cuando se separó de ellos fue para pasar algunos meses prisionero. Pero sin tener verdaderamente los defectos de sus cualidades, Djalma llevaba al menos las consecuencias al extremo; de una tenacidad inflexible en la fe jurada, adicto hasta la muerte, confiado hasta la ceguera, bondadoso hasta el completo olvido de sí mismo, hubiera sido inexorable con quien le hubiese sido injusto, mentiroso o pérfido, sin que titubeara un momento en arrancarle la vida, pues él mismo se hubiera impuesto esta pena si llegase alguna vez a ser traidor o perjuro.

Era, en una palabra, hombre de sentimientos completos, absolutos; y un hombre semejante, sería, sin duda alguna, asunto digno de estudiarse.

Establecemos esta hipótesis, porque desde que se había resuelto su viaje a Francia, Djalma no tenía más que una idea fija, ardiente... «Llegar a París. A París», ciudad encantadora, de la que en Asia, país encantador también, se referían tantas maravillas. Lo que sobre todo ocupaba la imaginación virgen y ardiente del joven indio, eran las mujeres francesas; esas bellas parisienses tan seductoras, conjuntos de elegancia, de gracia y de encanto, que, según decían, eclipsaban la magnificencia de la capital del mundo civilizado.

En este mismo instante la esplendidez de la tarde, la temperatura de la atmósfera, los perfumes de las flores, todo contribuía a hacer más rápidos los latidos de este corazón joven y ardiente; Djalma pensaba en estas criaturas encantadoras que se complacía en revestir con las formas más ideales.

Le parecía ver en la extremidad de la avenida, fantasmas adorables y voluptuosos que sonreían, enviándole besos con las puntas de sus rosados dedos.

No pudiendo entonces contener las emociones ardientes que le agitaban,

arrastrado por una exaltación extraña, Djalma, prorrumpiendo en gritos de alegría varonil, profunda, y de un eco salvaje, hizo saltar a su yegua con loca embriaguez.

Un rayo de sol lo iluminaba entonces por completo. Hacía algunos momentos que un hombre se adelantaba con rapidez por un sendero que cortaba diagonalmente la avenida en que se hallaba Djalma. Aquel hombre se paró un instante en la sombra, contemplando con asombro a Djalma. Era, en efecto, sorprendente el ver en medio de una deslumbrante aureola a este joven tan gallardo e impetuoso, con su vestido blanco y flotante, alegremente cabalgando sobre su orgullosa yegua negra que cubría de espuma su brida escarlata y cuya larga cola y espesas crines ondeaban a merced del viento.

Pero por un contraste propio de todos los deseos humanos, Djalma se sintió de pronto acometido por una tristeza inexplicable y dulce, y llevó la mano a sus ojos humedecidos y velados, dejando caer las riendas sobre el cuello de su dócil cabalgadura. Ésta se detuvo, alargó su pescuezo, y volvió la cabeza para mirar al personaje que veía en el sendero.

Este hombre, llamado Mahal el contrabandista, iba vestido casi como los marineros europeos. Llevaba una chaqueta y un pantalón de tela blanca, un cinto encarnado y un sombrero chato de paja, su rostro era moreno y completamente imberbe, aunque tenía ya unos cuarenta años. Se acercó de repente al joven indio.

—¿Sois el príncipe Djalma? —le dijo en mal francés, llevando con respeto la mano a su sombrero.

—¿Qué quieres? —le contestó el indio.

—¿Sois el hijo de Kadja-Sing?

—Y bien, ¿qué quieres?

—¿El amigo del general Simón?

—¡El general Simón! —exclamó Djalma.

—¿Vais a esperarlo, como hacéis todas las tardes desde que debe volver de Sumatra?

—Sí, pero ¿cómo lo sabes? —dijo el indio mirando al contrabandista con sorpresa y curiosidad.

—Debe desembarcar en Batavia hoy o mañana.

—¿Vienes de parte suya?

—Tal vez —respondió Mahal con desconfianza—. ¿Pero sois el hijo de Kadja-Sing?

—Ya te he dicho que lo era. ¿Pero dónde has visto al general Simón?

—Puesto que sois el hijo de Kadja-Sing —replicó Mahal, mirándolo siempre con aire desconfiado—, ¿cuál es vuestro sobrenombre?

—A mi padre le llamaban el «padre del generoso» —respondió el joven indio nublándose su frente.

Tales palabras parecieron convencer a Mahal de la identidad de Djalma; no obstante, queriendo cerciorarse más, replicó:

—Debéis haber recibido, hace dos días, una carta del general Simón, escrita desde Sumatra.

—Sí, ¿pero a qué vienen tantas preguntas?

—Para estar seguro de que en verdad sois el hijo de Kadja-Sing, y ejecutar las órdenes que he recibido.

—¿De quién?

—Del general Simón.

—¿En dónde está?

—Ya os lo diré después que me hayáis dado la prueba de que sois el príncipe Djalma: me han advertido que ibais montado en una yegua negra con brida encarnada, pero...

—Por mi madre, ¿hablarás?

—Todo os lo diré, con tal que me expliquéis lo que decía el papel impreso que encerraba la última epístola que recibisteis del general Simón desde Sumatra.

—Era un fragmento de un diario francés.

—¿Y ese diario anunciaba una noticia buena o mala con respecto al general?

—Una buena noticia, puesto que en él se leía que durante su ausencia habían reconocido el último grado y título que debía al emperador, como también lo han hecho con todos sus compañeros de armas desterrados como él.

—En efecto, sois el príncipe Djalma —dijo el contrabandista después de un momento de reflexión—. Ya puedo hablar: el general Simón ha desembarcado esta noche en Java, pero en un sitio desierto de la costa.

—¿En un sitio desierto?

—Porque es preciso que se oculte.

—¡Él! —exclamó Djalma estupefacto—. Ocultarse, ¿y por qué?

—Lo ignoro.

—¿Pero dónde se halla? —preguntó Djalma palideciendo de inquietud.

—A tres leguas de aquí, cerca de las orillas del mar, en las ruinas de Tchandi.

—¡Verse obligado a ocultarse! —repitió Djalma.

Y su rostro expresaba su sorpresa y su angustia creciente.

—Sin poderlo asegurar, creo que se trata de un duelo que ha tenido en Sumatra —dijo misteriosamente el contrabandista.

—Un duelo, ¿y con quién?

—No lo sé, no estoy seguro de ello; pero ¿conocéis las ruinas de Tchandi?

—Sí.

—Allí os espera el general; esto es lo que me ha ordenado que os diga.

—¿Has venido, pues, con él desde Sumatra?

—Era el piloto del barquichuelo contrabandista que le ha desembarcado esta noche en la playa desierta. Sabía que todos los días veníais a esperarle en el camino del muelle; estaba casi seguro de encontraros. Me dio los detalles que acabáis de oír sobre la carta que os escribió, a fin de que conocieseis de este modo que venía de su

parte; a haber podido escribiros lo hubiera hecho.

—¿Y no te ha dicho por qué se veía obligado a ocultarse?

—No, pero por algunas palabras, he sospechado lo que habéis oído: un duelo.

Conociendo el valor y vivacidad del general Simón, Djalma creyó muy fundadas las sospechas del contrabandista. Después de un momento de silencio, le dijo:

—¿Puedes encargarte de llevar mi caballo? Mi casa está fuera de la ciudad: allá abajo, oculta por los árboles, junto a la mezquita nueva. Para subir la montaña de Tchandi, mi caballo me estorbaría: más pronto la subiré a pie.

—Ya sé dónde vivís; el general Simón me lo había dicho; si no os hubiera encontrado aquí hubiera ido allá; dadme, pues, vuestro caballo.

Saltó Djalma al suelo con presteza, entregó la brida a Mahal, y deshaciendo un cabo de su cinturón, sacó una bolsita de seda, que dio al contrabandista, diciéndole:

—Has sido fiel y obediente. Ten: es poco, pero no tengo más.

—Con razón llamaban a Kadja-Sing el «padre del generoso» —dijo el contrabandista inclinándose respetuosamente.

Y tomó el camino de Batavia, conduciendo por la brida la yegua de Djalma.

El joven indio se internó en la espesura, y marchando precipitadamente se dirigió hacia la montaña en que estaban las ruinas de Tchandi, adonde no podía llegar hasta la noche.

XXI

Mr. Josué Van-Dael

Mr. Josué Van-Dael, comerciante holandés, corresponsal de Mr. Rodin, había nacido en Batavia, capital de la isla de Java, y sus padres lo habían enviado a educarse a Pondichery, en un colegio de la Compañía de Jesús, en Asia. Allí fue donde se afilió en la congregación, como «profeso de los tres votos», o miembro laico llamado comúnmente coadjutor temporal.

Mr. Josué pasaba por hombre de probidad a toda prueba: de una habilidad y sagacidad notables, sus operaciones mercantiles eran casi siempre afortunadas, porque un poder protector le daba siempre a tiempo noticia de todos los acontecimientos que podían influir con ventaja en sus transacciones comerciales. La casa religiosa de Pondichery estaba interesada en sus negocios, y le encargaba la exportación y cambio de los productos de las vastas posesiones que tenía en esta colonia.

Hablaba poco, escuchaba mucho y no disputaba jamás, sus dádivas eran insignificantes pero las hacía a tiempo, y así monsieur Josué inspiraba, a falta de simpatía, ese frío respeto que infunden los rigoristas: porque muy lejos de seguir las costumbres coloniales, por lo regular libres y disolutas, vivía con mucha regularidad, y su exterior algo austero imponía bastante.

En tanto que Djalma se dirigía a las ruinas de Tchandi con la esperanza de hallar allí al general Simón, sucedía en Batavia la siguiente escena.

Mr. Josué habíase retirado a su gabinete, en el que se veían varios estantes con legajos y libros de caja abiertos sobre las mesas de despacho. La única ventana de este gabinete, estaba resguardada por la parte de afuera con una sólida reja de hierro; una persiana reemplazaba las vidrieras, por el excesivo calor del clima de Java. Mr. Josué puso sobre su escritorio una lámpara de vidrio y miró al reloj.

—Las nueve y media —dijo—; Mahal no debe tardar.

Y diciendo esto, salió, atravesó una antecámara, abrió una segunda puerta muy gruesa, llegó al patio con precaución, a fin de no ser oído de la gente de su casa, y descorrió el cerrojo secreto que cerraba las dos hojas de una reja. Dejando esta entrada abierta volvió a su gabinete, teniendo cuidado de cerrar tras sí las otras puertas.

Sentóse Mr. Josué en su escritorio, sacó del doble fondo de un cajón una larga carta, o más bien, una memoria empezada hacía ya tiempo, y escrita día por día. Inútil es decir que la epístola dirigida a Mr. Rodin en París, calle de Milieu des Ursins, era anterior a la libertad de Djalma y a su llegada a Batavia. Esta memoria iba dirigida también a monsieur Rodin. Mr. Josué la continuó de este modo.

Temiendo la vuelta del general Simón, del cual me había enterado interceptando sus cartas —ya os he dicho que había logrado que me eligiese por su corresponsal—, cartas que leía y hacía entregar después «intactas» a Djalma, me he visto obligado por el tiempo y las circunstancias a recurrir a medios extremos, salvando siempre las apariencias, y haciendo un gran servicio a la humanidad. Este último motivo es el que ha acabado de decidirme.

Por otra parte, un nuevo peligro exigía imperiosamente el que obrase así. El vapor «Rayter» ha fondeado ayer aquí y mañana debe salir. Este buque hace la travesía a Europa, por el golfo arábigo: los pasajeros desembarcarán en el istmo de Suez, y pasarán a Alejandría a tomar otro buque que los conduzca a Francia.

En siete u ochos semanas se puede hacer este viaje tan rápido como directo: estamos a fines de octubre; por consiguiente, el príncipe Djalma podría hallarse en Francia hacia principios del mes de enero; y según vuestras órdenes, cuya causa ignoro, pero que ejecuto sumisamente, era menester a toda costa evitar su partida, puesto que me decís se comprometía uno de los intereses más graves de la «Sociedad» con la llegada de este joven indio a París, antes del 13 de febrero. Ahora bien, si consigo, como no lo dudo, que no se embarque en el «Rayter», le será imposible llegar a Francia antes del mes de abril, siendo este vapor el único buque que hace directamente esta travesía, pues los demás tardan unos cinco o seis meses en llegar a Europa.

Antes de deciros los medios de que me he valido para detener al príncipe Djalma, estratagema cuyo éxito bueno o malo ignoro hasta ahora, es indispensable que os enteréis de ciertos hechos. Acaba de descubrirse en la India inglesa una comunidad, cuyos miembros se llaman entre sí «hermanos de la Buena Obra, o *phansegars*», que significa «estranguladores»; estos criminales no derraman sangre; estrangulan sus víctimas, no con el objeto de robarlas, sino en cumplimiento de una vocación homicida y de las leyes de una divinidad infernal, que llaman entre ellos «Bhowanie». Para daros una idea exacta de esta horrible secta, transcribiré aquí algunas palabras del prólogo de la relación hecho por el coronel Sleeman, que ha perseguido esta asociación tenebrosa con celo infatigable, esta relación hace dos meses que se ha publicado. He aquí un extracto; es el coronel quien habla...

«Desde 1822 a 1824, mientras me hallaba encargado de la magistratura y administración civil del distrito de Nersingpour, no se cometía un asesinato, ni el más pequeño robo, del cual no tuviese noticia al momento; pero si entonces alguno me hubiera dicho que una cuadrilla de asesinos de profesión hereditaria, vivía en la aldea de Kundelia, a cuatrocientos metros de mi tribunal de justicia: que los agradables bosquecillos de la aldea de Mundesoor, a una jornada de mi residencia, era uno de los depósitos más terribles de asesinos de toda la India: que bandas innumerables de hermanos de la Buena Obra que venían del Indostán y del Dekan, asistían anualmente a sus reuniones en estos sitios, como si fuesen a unas fiestas, para ejercer su detestable vocación en los caminos que se cruzan en este punto, hubiera tomado a este indio por un loco que se había dejado atemorizar por algunos cuentos; y no obstante, bastante cierto era: centenares de viajeros se enterraban cada año en los bosquecillos de Mundesoor; toda una tribu de asesinos vivía a mis puertas en tanto que yo era magistrado supremo de justicia, y extendía sus devastaciones hasta las ciudades de Poonah y de Hyderabad; nunca olvidaré que para convencerme, uno de los jefes de los estranguladores, que me los acusó, hizo desenterrar del lugar que ocupaba mi tienda, trece cadáveres y se obligaba a hacer otro tanto en el terreno que nos rodeaba hasta un número ilimitado»^[2].

Estas pocas palabras del coronel Sleeman os darán una idea de esta sociedad terrible que tiene sus leyes, sus deberes, sus costumbres que en nada se parecen a las leyes divinas ni humanas. Adictos mutuamente hasta el heroísmo, obedeciendo ciegamente a sus jefes, que se titulan los representantes inmediatos de su sombría divinidad, mirando como enemigos a todos los que no pertenecen a su secta, por un terrible politeísmo, estos apóstoles de una religión de asesinato, predicaban en las tinieblas sus abominables doctrinas.

Tres de estos jefes principales y uno de sus adeptos, huyendo de la constante persecución del gobernador inglés, han llegado a la punta septentrional de la India hasta el estrecho de Malaka, situado a corta distancia de nuestra isla; un contrabandista semipirata, afiliado en su asociación y llamado «Mahal», los ha transportado aquí; en donde se creen por algún tiempo en seguridad, porque siguiendo los consejos del contrabandista, se han refugiado en un espeso bosque.

Entre estos jefes, todos tres de una inteligencia notable, hay uno llamado Faringhea, dotado de una energía extraordinaria; es mestizo; ha vivido mucho tiempo en las ciudades en que hay despachos europeos y habla muy bien el francés y el inglés: los otros dos jefes son un indio y un negro; el adepto es malayo.

El contrabandista Mahal, contando con que podría obtener una buena recompensa entregando estos tres jefes y su adepto, ha venido a verme, sabiendo, como todo el mundo, mis relaciones íntimas con una persona muy influyente con nuestro gobernador, me ha ofrecido hace dos días entregármelos por una suma bastante considerable y la seguridad de tener un buque en que poder partir para Europa o América, para evitar la implacable venganza de los estranguladores.

Aprovecho esta ocasión de entregar a la justicia humana estos asesinos, y he prometido a Mahal interceder

por él con el gobernador, pero también bajo ciertas condiciones muy inocentes en sí, y que tienen relación con Djalma. Ya me explicaré más extensamente si me sale bien mi proyecto, lo que sabré dentro de poco, porque Mahal no puede tardar.

Antes de cerrar los pliegos que deben salir mañana para Europa con el «Rayter», en donde ya tengo ajustado el pasaje de «Mahal» el contrabandista, en caso de éxito, abro un paréntesis sobre un asunto trascendental.

En mi última carta, en que os anunciaba la muerte del padre de Djalma y el encarcelamiento de éste por los ingleses, os pedía algunas noticias acerca del barón de Tripeaud, banquero y fabricante en París, que tiene una casa en Calcuta. En la actualidad estas noticias serían inútiles si lo que acaban de comunicarme es por desgracia cierto, en cuyo caso a vos corresponderá obrar según las circunstancias.

La casa de Calcuta nos debe a mí y a nuestro colegio de Pondichery, sumas de consideración, y se dice que los negocios de Mr. Tripeaud se hallan muy comprometidos, habiendo montado una fábrica muy en grande para arruinar a la de Mr. Francisco Hardy, establecimiento inmenso consolidado por muchos años de existencia. Me han asegurado que Mr. Tripeaud ha gastado y perdido en esta empresa capitales inmensos: sin duda que ha perjudicado muchísimo a Mr. Francisco Hardy, pero al mismo tiempo ha comprometido su fortuna; ahora bien, si quebrara, el golpe nos sería funesto, puesto que nos debe mucho dinero a mí y a nuestros amigos.

En este estado de cosas sería de desear, que valiéndose de todos los medios de que podemos echar mano, se consiguiese desacreditar completamente y destruir la casa de Mr. Francisco Hardy, conmovida ya por la concurrencia encarnizada de Mr. Tripeaud: una vez conseguido, éste ganaría pronto todo lo que ha perdido; la ruina de su rival aseguraría su prosperidad.

Doloroso es sin duda verse obligado a echar mano de este medio para reembolsarnos, pero en el día ¿no nos es lícito valernos de las mismas armas que emplean incesantemente contra nosotros? Si la injusticia y la maldad de los hombres nos ponen en este caso, necesario es resignarse, al considerar que si tenemos en algo el conservar estos bienes, es con la única intención de ensalzar la gloria del Señor.

Ésta es una humilde proposición que os dirijo, pues aun cuando tuviera la posibilidad de tomar la iniciativa en estos créditos, no lo haría; pues mi voluntad no es libre. Como todo lo que poseo, pertenece a aquéllos a quienes he jurado obediencia.

Un ligero ruido interrumpió a Mr. Josué y llamó su atención. Levantóse bruscamente y se dirigió a la ventana; al mismo tiempo se oyeron tres golpecitos en la parte exterior de la persiana.

—¿Sois vos, Mahal? —preguntó Mr. Josué.

—Yo soy —contestaron de la parte de afuera en voz baja también.

—¿Y el malayo?

—Ha cumplido con su obligación.

—¿Sí? —exclamó Mr. Josué con una expresión de satisfacción—. ¿Estáis seguro?

—Y tan seguro; no hay demonio más diestro.

—¿Y Djalma?

—Los párrafos de la última carta del general Simón, que le cité, le convencieron de que iba de su parte y que le aguardaba en las ruinas de Tchandi.

—¿Con que a estas horas?...

—Djalma llegará a las ruinas, en donde hallará al negro, al mestizo y al indio. Allí han quedado en reunirse con el malayo que ha marcado al príncipe durante su sueño.

—¿Habéis reconocido el paso del subterráneo?

—Fui ayer: una de las piedras del pedestal de la estatua gira sobre sí misma, la escalera es ancha y bastará.

—¿Y los tres jefes no han concebido ninguna sospecha de vos?

—Ninguna. Esta mañana los he visto, y esta tarde el malayo ha venido a referírmelo todo, antes de ir a las ruinas de Tchandi, porque ha permanecido oculto entre las matas no atreviéndose a ir allá de día.

—Mahal, si todo lo que habéis dicho es cierto, y sale bien, tenéis asegurado vuestro perdón y una buena recompensa. Ya he tomado vuestro pasaje en el «Rayter», que debe partir mañana; así os hallaréis al abrigo de la venganza de los estranguladores, que os perseguirían hasta aquí para vengar la muerte de sus jefes: ya que la Providencia os ha escogido para entregar a la justicia a estos tres criminales, Dios os bendecirá. Id a esperarme a la puerta de la casa del gobernador, yo os haré entrar; se trata de cosas muy importantes para que titubee en irle a interrumpir el sueño. Id pronto; luego os alcanzaré.

Oyéronse entonces precipitados pasos de Mahal que se alejaba y reinó de nuevo el silencio en la casa. Volvió Mr. Josué a su escritorio y añadió con velocidad estas palabras a la memoria empezada.

Sucedá lo que quiera, es ya imposible que Djalma salga de Batavia. Estad tranquilo, no se hallará en París el 13 de febrero del año próximo. Como lo había previsto, esta noche la pasaré en vela; voy a casa del gobernador, mañana añadiré algunas palabras a esta larga memoria que el vapor «Rayter» llevará a Europa.

Cerrado su escritorio, Mr. Josué tocó la campanilla, y con gran sorpresa de la gente de su casa al verle salir tan tarde, se dirigió precipitadamente a la casa del gobernador de la isla.

Ahora trasladaremos al lector a las ruinas de Tchandi.

XXII

Las ruinas de Tchandi

A la tempestad de la mañana, cuya aproximación había secundado los proyectos del estrangulador con respecto a Djalma, sucedió una noche tranquila y serena.

Algunos rayos de la luna deslizándose al través de una abertura de uno de los pórticos, ilumina dos estatuas colosales que se hallan al pie de una inmensa escalera, cuyas losas separadas se ocultan bajo la hierba y el musgo. Los restos de una de estas estatuas rota por el medio, yacen esparcidos por el suelo; la otra permanece entera y de pie, pero produce espanto el verla.

Representa a un hombre de proporciones gigantescas; la cabeza tiene de alto unos tres pies, la expresión de su rostro es feroz; dos pupilas de un negro brillante están incrustadas en su cara parda; tiene la boca, ancha y profunda, desmesuradamente abierta; los reptiles han anidado entre sus labios de piedra, en los que a la claridad de la luna se distingue un hormigueo repugnante.

De un cinturón adornado con signos simbólicos que ciñe el cuerpo de la estatua, pende una larga espada; este gigante tiene cuatro brazos extendidos, y en cada mano una cabeza de elefante, una serpiente enroscada, un cráneo humano y un pájaro parecido a una garza. La luna, iluminando esta estatua de perfil, le da un aspecto aún más feroz y extraño.

En medio de las murallas de ladrillo, casi derribadas, se veían diseminados algunos fragmentos de bajorrelieves también de piedra; uno de los que se conservaban mejor representaba a un hombre con cabeza de elefante y alas de murciélago en actitud de devorar a un niño. Causaba horror el ver estas ruinas rodeada de árboles frondosos de un verde sombrío, cubiertas de espantosos emblemas, y vistas a la claridad de la luna, en medio del profundo silencio de la noche.

Apoyada en una de las murallas de este antiguo templo dedicado a alguna misteriosa y sangrienta divinidad javanesa, había una choza construida groseramente con fragmentos de piedra y ladrillo; la puerta, hecha de juncos entretejidos, estaba abierta; los reflejos ardientes de una luz rojiza daban sobre la espesa hierba que cubría la tierra.

Una lámpara en que arde una mecha de hilo de cocotero empapada de aceite de palmera, alumbra a tres hombres que se hallan reunidos en esta choza. El primero de los tres, de unos cuarenta años, está pobremente vestido a la europea; su tez, casi pálida y blanca, indica que pertenece a la raza mestiza; hijo de un blanco y una india. El segundo es un robusto negro africano, con sus gruesos labios, sus vigorosas espaldas y sus piernas enjutas; su ensortijado cabello empieza ya a blanquear; está

cubierto de harapos y de pie al lado del indio. Un tercer personaje duerme sobre una estera en un rincón de la choza.

Estos tres hombres eran los jefes de los estranguladores, que perseguidos en la India continental, habían buscado un asilo en Java, bajo la protección del contrabandista Mahal.

—El malayo no vuelve —dijo el mestizo llamado Faringhea, el jefe más temible de esta secta homicida—, quizás Djalma haya muerto al ejecutar nuestras órdenes.

—La tempestad de esta mañana ha hecho salir de la tierra a todos los reptiles —dijo el negro—, acaso alguno le ha mordido, y a estas horas su cuerpo no sea más que un nido de serpientes.

—Para servir en la «Buena obra» —dijo Faringhea con aire sombrío—, es preciso arrostrar la muerte.

—Y darla también —añadió el negro.

Un grito sofocado, llamó la atención de estos dos hombres que volvieron la cabeza hacia el personaje que dormía. Éste tenía unos treinta años; su rostro imberbe y de un amarillo cobrizo, su traje de una tela grosera, su pequeño turbante rayado de amarillo y pardo, indican que pertenece a la pura raza india; su sueño parece agitado por una idea desagradable; un sudor copioso corre por sus facciones contraídas por el terror, habla en sueños; acompañan a su voz entrecortada algunos movimientos convulsivos.

—Siempre el mismo sueño —dijo Faringhea al negro—; siempre el recuerdo de ese hombre.

—¿De qué hombre?

—¿No te acuerdas que hace unos cinco años, el feroz coronel Kennedy, el verdugo de los indios, vino a las orillas del Ganges a cazar el tigre con veinte caballos, cuatro elefantes y cincuenta criados?

—Sí —contestó el negro—; y que los tres cazadores de hombres, hicimos mejor cacería que la suya. Kennedy con sus caballos, y sus elefantes no logró coger un tigre, y nosotros tuvimos el nuestro... —añadió con ironía—. Sí, Kennedy, aquel tigre de rostro humano cayó en nuestra emboscada, y los hermanos de la «Buena obra» pudieron hacer esta hermosa ofrenda a su diosa Bhowanie.

—¿Te acuerdas? En el instante en que acabábamos de apretar por última vez el lazo que rodeaba el cuello de Kennedy, se nos presentó aquel viajero. Como nos había visto, era indispensable deshacernos de él. Desde entonces —añadió Faringhea—, el recuerdo del asesinato de este hombre le persigue en sueños —y designó al indio dormido.

—También le persigue cuando está despierto —dijo el negro mirando a Faringhea con aire significativo.

—Escucha —dijo éste indicando al indio, que en la agitación de su sueño, volvía a hablar con voz comprimida—: escucha, ya repite la contestación del viajero cuando le propusieron morir o servir con nosotros en la «Buena obra». Su imaginación está

preocupada... siempre lo mismo.

En efecto, el indio pronunciaba en voz alta y en sueños una especie de interrogatorio misterioso, preguntándose y respondiéndose alternativamente.

—Viajero —decía con voz entrecortada—, ¿qué significa esa raya negra sobre tu frente? Se extiende de una a otra sien; es una marca fatal; tu mirada es melancólica como la muerte. ¿Has sido víctima? Vente con nosotros. Bhowanie venga a las víctimas. —¿Has sufrido? —«Sí, he sufrido mucho». —¿Hace mucho tiempo? —«Sí, hace muchísimo tiempo». —¿Sufres aún? —«Siempre». —¿A quién te ha herido, qué le reservas? —«La compasión». —¿Quieres devolver golpe por golpe? —«Quiero devolver amor por odio». —¿Quién eres, pues que quieres volver bien por mal? —«Soy el que ama, sufre y perdona».

—¿Oyes hermano? —dijo el negro a Faringhea—; recuerda las palabras del viajero antes de morir.

—La visión le persigue. Escucha, vuelve a hablar. ¡Qué pálido está!

Efectivamente, el indio, siempre bajo la influencia de sueño, continuó:

—«Viajero, somos tres y valientes, disponemos de la muerte; nos has visto hacer un sacrificio a la “Buena obra”. Hazte de los nuestros, o muere... muere... muere... ¡Oh! ¡Qué mirada...! Así no... No me mires así...».

Al decir estas palabras, el indio hizo un movimiento brusco como para alejar de sí un objeto, y despertó sobresaltado. Pasando entonces la mano por su frente bañada en sudor, echó en derredor de sí una mirada llena de espanto.

—Hermano, siempre el mismo sueño —le dijo Faringhea—. Para ser un valiente cazador de hombres, tienes una cabeza muy débil. Afortunadamente tu corazón y tu brazo son fuertes.

El indio permaneció un instante sin responder con el rostro oculto entre sus manos. Luego dijo:

—Ya hacía mucho tiempo que no había soñado con ese viajero.

—¿No ha muerto? —repuso Faringhea alzándose de hombros—. ¿No fuiste tú el que le echaste el lazo al cuello?

—Sí.

—¿No hemos cavado su sepultura al lado de la del coronel Kennedy? ¿No le hemos enterrado en la arena y bajo los juncos como al verdugo inglés? —dijo el negro.

—Sí, hemos cavado su huesa —dijo el indio estremeciéndose—; y no obstante, hace un año que me hallaba cerca de la puerta de Bombay, era por la tarde; esperaba a uno de nuestros hermanos. Me parece que le estoy viendo: estaba sentado debajo de una higuera; oigo pasos tranquilos, lentos y seguros, vuelvo la cabeza... Era él... salía de la ciudad.

—¡Visión! —dijo el negro—, ¡siempre la misma visión!

—¡Visión! —añadió Faringhea—. Una vaga semejanza.

—Le reconocí por aquella señal negra que marca su frente: él era. Quedé

aterrorizado; los ojos desencajados. Paróse fijando en mí su mirada tranquila y triste, y, a pesar mío, lancé un grito...

—¡Es él! «Sí, soy yo» —me respondió con su voz suave—: «Puesto que todos los que has muerto vuelven a nacer como yo» —y señaló al cielo— «¿a qué matar? Escucha, vengo de Java; voy al otro lado del mundo; a un país cubierto de eternas nieves; allí o aquí, en una tierra de fuego o en una de hielo, siempre seré el mismo. Así el alma de los que caen bajo tu lazo, en este mundo o allí arriba, en esta u otra forma, el alma siempre será alma... tú no puedes extinguirla. ¿A qué pues matar?». —Y meneando tristemente la cabeza, continuó su camino, marchando siempre con lentitud, la frente inclinada. De este modo subió la colina de la pagoda; seguíle con la vista sin poderme mover; en el momento en que el sol se ocultaba, se detuvo en la cima de la colina; su elevada talla se dibujaba sobre el cielo, y desapareció. ¡Oh! ¡Era él!... —añadió el indio tras un momento de silencio—. ¡Era él!...

La relación del indio nunca había variado; porque varias veces había entretenido a sus compañeros con esta misteriosa aventura. Esta persistencia acabó por alterar su incredulidad, o más bien por hacerles buscar una solución natural a este acontecimiento, en la apariencia sobrehumano.

—Pudiera ser —dijo Faringhea—, que el nudo que apretaba el cuello del viajero se hubiese entorpecido, y que le quedase libre la respiración; el aire, penetrando por entre los juncos con que le cubrimos en su huesa, le devolvería la vida.

—No, no —dijo el indio meneando la cabeza—. Este hombre no es de nuestra raza.

—Explícate.

—He logrado saber...

—¿Qué?

—Escucha —dijo el indio con voz solemne—: el número de víctimas que los hijos de Bhowanie han sacrificado desde el principio de los siglos, no tiene comparación con la inmensidad de muertos que deja tras sí en su peregrinación homicida ese terrible viajero.

—¡Él!... —exclamaron el negro y Faringhea.

—Sí, él —repitió el indio con un aire de convicción, que llamó la atención de sus compañeros—. Escuchadme y temblad; cuando hallé a este viajero a las puertas de Bombay, me dijo que venía de Java y que iba hacia el Norte. Al día siguiente el cólera hacía estragos en Bombay... Poco después se supo que esta plaga había empezado aquí... en Java.

—Es cierto —dijo el negro.

—Hay más —añadió el indio—. «Voy hacia el Norte, hacia un país cubierto de eternas nieves», me dijo el viajero. El cólera se dirigió también como él hacia el Norte; pasó por Mascate; Ispahan, Tauris, Tiflis y ganó la Siberia.

—Cierto —dijo Faringhea pensativo.

—Y el cólera —replicó el indio—, no adelantaba más que cinco o seis leguas por

día, la jornada de un hombre. No se presentaba en dos puntos a la vez, pero se adelantaba lentamente... siempre la jornada de un hombre.

Al oír tan singular coincidencia, los dos compañeros del indio se miraron con sorpresa. Después de algunos momentos de silencio, el negro, asustado, dijo al indio:

—¿Y crees que este hombre?...

—Creo que este hombre que hemos muerto, alguna divinidad infernal le ha devuelto la vida, y encargándole de traer este azote sobre la tierra, dejando tras sí la muerte, de la que él se halla libre. Acordaos —añadió el indio con una sombría exaltación— este temible viajero pasó por Java; el cólera devastó a Java... Este viajero pasó por Bombay; el cólera devastó a Bombay... Este viajero se dirigió al Norte; el cólera devastó el Norte...

Y diciendo esto el indio se entregó a una profunda meditación. El negro y Faringhea estaban asustados. Era muy cierto lo que decía el indio, con respecto a la marcha misteriosa (hasta entonces inexplicable) de esta terrible plaga, pues bien sabido es que no adelantaba sino unas cinco leguas por día, no presentándose en dos puntos a la vez. Sorprendente es en verdad el seguir en los mapas de aquella época, la marcha lenta y progresiva de este terrible azote que presenta a la vista, todos los incidentes de la marcha de un hombre.

Prefiriendo ir por esta parte que por la otra; eligiendo provincias, ciudades; en un país una provincia; un barrio en una ciudad; una calle en un barrio; una casa en una calle; teniendo hasta sus lugares de descanso, y continuando después su marcha lenta, misteriosa y terrible.

Las palabras del indio, haciendo resaltar debían impresionar fuertemente al negro y a Faringhea, naturalmente feroces, conducidos por sus doctrinas al asesinato.

Sí; porque, ha habido en la India sectarios de esta abominable hermandad; gentes que sin motivo, sin encono, mataban por matar, por la satisfacción que hallaban en el homicidio, por sustituir la vida a la muerte; por convertir un «vivo» en «un cadáver», según ellos mismos lo han confesado en los interrogatorios.

La imaginación se extravía al querer profundizar las causas de estos fenómenos monstruosos. ¿Por qué serie inconcebible de acontecimientos, algunos hombres se han dedicado a este sacerdocio de la muerte? Sin duda alguna, semejante religión no puede existir sino en países condenados como la India, a la más atroz esclavitud, en que el hombre explota al hombre.

Una religión tal ¿no es el odio de la humanidad exasperada hasta el último grado de la prisión? Tal vez esta secta homicida, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, se ha perpetuado en estas regiones como la única protesta posible de la esclavitud contra el despotismo. Pudiera ser muy bien, que Dios, en sus impenetrables juicios, hubiese echado al mundo a los phansegars como ha criado los tigres y las serpientes.

Lo más notable de esta feroz sociedad, son los lazos misteriosos que los unen entre sí, aislándolos de los demás hombres; porque tienen sus leyes y sus costumbres

peculiares, se unen, se defienden y se ayudan mutuamente; pero no conocen patria, ni familia; dependen de un poder sombrío e invisible, cuyas órdenes obedecen con ciega sumisión, y en su nombre se entienden por todas partes para «hacer cadáveres», empleando una de sus expresiones salvajes.

* * *

Durante algunos momentos, los tres estranguladores guardaron profundo silencio.

De repente, una losa se hundió, y por esta excavación, hecha sin el menor ruido, asomó la cabeza de un hombre vestido de uniforme, quien miró en derredor y escuchó atentamente. Viendo la luz de la lámpara que alumbraba el interior de la choza y que despedía sus rayos sobre la hierba, se volvió, hizo una seña y otros soldados subieron, silenciosamente, las últimas gradas de esta escalera subterránea, y se deslizaron por entre las ruinas. Por algunos momentos sus movibles sombras se dibujaron en los sitios iluminados por la luna, y desaparecieron después detrás de los muros derruidos por el tiempo. Cuando la losa volvió a recobrar su puesto y nivel, viéronse las cabezas de otros soldados que estaban emboscados en esta excavación.

El mestizo, el indio y el negro, entregados a su meditación en la choza, nada advirtieron de lo que pasaba.

XXIII

La emboscada

Deseando el mestizo Faringhea disipar las ideas tristes que habían despertado en él las palabras del indio sobre la marcha misteriosa del cólera, cambió de conversación. Sus ojos brillaron y su fisonomía se animó con una expresión de feroz entusiasmo.

—Bhowanie —dijo—, vela siempre sobre nosotros, intrépidos cazadores de hombres. Ánimo, hermanos, ánimo; el mundo es vasto. Los ingleses nos han obligado a abandonar la India, a nosotros, los tres jefes de la «Buena obra»; ¿qué importa? hemos dejado allí a nuestros hermanos, tan ocultos y terribles como los escorpiones negros, que no revelan su existencia sino con una picadura mortal; el destierro ensancha nuestros dominios. ¡A ti, hermano, la América! —dijo al indio con tono inspirado—. ¡A ti el África! —señalando al negro—. ¡Y a mí la Europa! Donde hay hombres hay verdugos y víctimas. ¡Donde hay víctimas, hay corazones que sienten odio; a nosotros toca encontrarlo y decidirles a la venganza! Por medio de estratagemas y seducciones debemos convertir en servidores de Bhowanie a todos aquéllos cuyo celo, valor y audacia puedan sernos útiles. ¡Entre nosotros y para nosotros rivalicemos en abnegación; prestémonos fuerza, ayuda y apoyo! Que todos los que no profesen nuestras doctrinas sean víctimas; aislémonos en medio de los demás. Para nosotros no hay patria ni familia. Nuestras familias son nuestros hermanos; nuestra patria el mundo.

Esta elocuencia salvaje conmovió profundamente al negro y al indio, que por lo regular se hallaban bajo la influencia de Faringhea, cuya inteligencia era muy superior a la suya, aunque los dos fuesen de los jefes más distinguidos de esta congregación sangrienta.

—Tienes razón, hermano —exclamó el indio participando de la exaltación de Faringhea—; nuestro es el mundo. Aquí mismo, en Java, dejaremos un rastro de nuestro paso. Antes de partir fundemos en esta isla la «Buena obra»; pronto se extenderá, porque la miseria es grande y los holandeses son tan rapaces como los ingleses. Hermano, en los arrozales pantanosos de esta isla, insanos para los que los cultivan, he visto algunos hombres a quienes la necesidad obliga a este trabajo homicida; lívidos como cadáveres, extenuados por la enfermedad, la miseria y el hambre, sucumben a una muerte dolorosa. ¡Hermanos, la «Buena obra» prosperará en este país!

—La otra tarde —dijo el mestizo—, estaba a orillas del lago, detrás de una roca, cuando vi llegar a una mujer joven, medio cubierto de harapos su cuerpo enjuto y abrasado por el sol: tenía en sus brazos un niño que apretaba contra su pecho agotado. Abrazóle por tres veces llorando y dijo: «Tú al menos no serás tan desgraciado como

tu padre». Y lo arrojó al agua; el niño dio un grito y desapareció. A este grito, los caimanes ocultos entre las cañas saltaron alegremente al lago... Hermanos, aquí las madres dan muerte a sus hijos por compasión: la «Buena obra» prosperará en este país.

—Esta mañana —dijo el negro—, mientras que desollaban a latigazos a un esclavo, su amo, un vejete, comerciante de Batavia, salió de su casa de campo para la ciudad. Sentado con indolencia en su palanquín, recibía las caricias forzadas de dos jóvenes de las muchas que reúne en su harem comprándolas a las familias demasiado miserables para mantenerlas. El palanquín en que iba el viejo y las muchachas lo conducían doce jóvenes robustos. Hermanos, aquí hay madres que por miseria venden a sus hijas, esclavos a quienes azotan y hombres que llevan a los otros como si fueran acémilas... la «Buena obra» prosperará en este país.

—En este país, y en cualquier otro de opresión, corrupción y esclavitud.

—Si lográsemos que Djalma abrazase nuestras doctrinas, como nos lo aconsejó Mahal el contrabandista —dijo el indio—, nuestro viaje a Java nos produciría un doble resultado; pues antes de partir podríamos contar entre los nuestros a este joven emprendedor y valiente, que tantos motivos tiene para odiar a los hombres.

—Pronto llegará. Enconemos más su resentimiento.

—Le recordaremos la muerte de su padre.

—El degüello de sus compañeros.

—Su cautiverio.

—Una vez inflamado su corazón por el odio, ya es nuestro.

El negro, que permanecía pensativo, dijo de pronto:

—Hermanos: ¿y si nos vendiera Mahal el contrabandista?

—No es posible —contestó el indio casi indignado—; nos ha dado un asilo en su barquichuelo; ha protegido nuestra huida del continente; nos embarcará a bordo de la goleta que debe mandar, y nos conducirá a Bombay, en donde hallaremos buques para América, Europa y África.

—¿Qué interés tendría Mahal en hacernos traición? —dijo Faringhea—. No ignora que en cualquiera parte le alcanzaría la venganza de los hijos de Bhowanie.

—Además —añadió el negro—, ¿no nos ha prometido que por medio de una estratagema nos enviaría aquí esta noche a Djalma? Una vez entre nosotros, será a la fuerza de los nuestros.

—¿No nos dijo también el contrabandista: ordenad al malayo que vaya a la «ajupa» de Djalma, le sorprenda durante el sueño, y en lugar de matarle, lo que sería muy fácil, le escriba en el brazo el nombre de Bhowanie? Así podrá Djalma juzgar de la resolución, destreza y sumisión de nuestros hermanos, y comprenderá lo que se debe temer o esperar de semejantes hombres. Bien por admiración o terror, necesario será que se haga de los nuestros.

—¿Y si rehúsa entrar en nuestra sociedad, a pesar de las razones que tiene para odiar a los hombres?

—Entonces... Bhowanie decidirá de su suerte —dijo Faringhea con aire sombrío—; ya tengo mi plan formado.

—¿Pero conseguirá el malayo sorprender a Djalma durante su sueño? —exclamó el negro.

—No hay otro más atrevido, más ágil ni más diestro que el malayo —replicó Faringhea—. Tuvo el atrevimiento de ir a sorprender en su cueva una pantera negra que estaba criando; mató a la madre y se apoderó del cachorro que luego vendió al capitán de un buque europeo.

—El malayo está ya de regreso y ha salido bien de su empresa —dijo el indio oyendo un grito singular que resonó en el profundo silencio de la noche y de los bosques.

—Sí, es el chillido del buitre arrebatando su presa —añadió el negro escuchando también—; es la señal con la cual nuestros hermanos anuncian que se han apoderado de su víctima.

Poco después el malayo se presentó a la puerta de la choza. Venía envuelto en una pieza de algodón rayado de vivos colores.

—¿Y bien? —dijo el negro con inquietud—, ¿has logrado el objeto?

—Djalma llevará toda su vida la marca de la «Buena Obra» —respondió el malayo con orgullo—; para llegar hasta él he tenido que ofrecer a Bhowanie una víctima que se hallaba en mi camino; he dejado el cadáver oculto entre las matas cerca de la «ajupa»: pero Djalma lleva ya nuestra marca, Mahal fue el primero que lo supo.

—¿Y Djalma no despertó? —exclamó el indio sorprendido de la destreza del malayo.

—Si hubiese llegado a despertar —respondió éste con calma—, estaba yo perdido, puesto que no debía atentar contra su vida.

—Porque su vida puede sernos más útil que su muerte —replicó el mestizo. Luego continuó, dirigiéndose al malayo—: Hermano, exponiendo tu vida por la «Buena obra», has hecho hoy lo que nosotros hicimos ayer y lo que haremos mañana. Hoy obedece, otro día mandarás.

—Todos pertenecemos a Bhowanie —dijo el malayo—. ¿Qué más hay que hacer? Estoy dispuesto.

Diciendo esto el malayo, que permanecía en frente de la puerta, añadió en voz baja:

—Aquí está Djalma, se acerca a la cabaña, Mahal no nos ha engañado.

—No quiero que me vea aún —dijo Faringhea retirándose a un rincón oscuro de la choza, y ocultándose bajo una estera—; tratad de convencerle. Si resiste, tengo mi proyecto.

Apenas Faringhea había pronunciado estas palabras y desaparecido, cuando Djalma llegó a la puerta. Al ver a estos tres personajes de raza repugnante, Djalma retrocedió sorprendido. Ignorando que estos hombres pertenecían a la secta de los

phansegars, y sabiendo que a menudo en este país, en donde no hay posadas, los viajeros permanecen en alguna tienda o entre las ruinas que encuentran, se dirigió hacia ellos, vuelto en sí de la primera impresión, y conociendo por el traje y la tez bronceada de uno de ellos que era indio, le dijo en su lengua.

—Creía hallar aquí a un europeo, a un francés...

—Ese francés no ha venido aún —respondió el indio—, pero no tardará.

—¿Conoces tú a ese francés? —preguntó Djalma al phansegars.

—Nos ha señalado este sitio como punto de reunión... como a ti —contestó el indio.

—¿Y para qué? —dijo Djalma cada vez más sorprendido.

—A su llegada lo sabrás.

—¿Es el general Simón quien os ha dicho que estéis aquí?

—El general Simón —contestó el indio.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Djalma buscaba en vano una explicación a esta extraña aventura.

—¿Y quién sois? —preguntó al indio con tono desconfiado; porque el silencio de los dos compañeros del phansegars que se miraban fijamente empezaba a hacerle concebir sospechas.

—¿Quiénes somos? —respondió el indio—; estamos a tu disposición, si tú estás a la nuestra...

—No os necesito, ni me necesitáis...

—¡Quién sabe!

—Yo... lo sé.

—Te equivocas, los ingleses han muerto a tu padre. Era rey, te han hecho prisionero, te han proscrito; en el día nada posees.

A este triste recuerdo se nubló la frente de Djalma. Estremeciéndose, y una sonrisa amarga contrajo sus labios. El phansegars continuó:

—Tu padre era justo... querido de sus súbditos... le llamaban «el padre del generoso», y con razón. ¿Dejarás su muerte sin venganza? ¿El odio que te roe el corazón, será estéril?

—Mi padre murió con las armas en la mano; he vengado su muerte en los ingleses que maté en la guerra. El que para mí ha reemplazado a mi padre y que también luchó por él, me ha dicho que en la actualidad sería un loco en querer luchar contra los ingleses para reconquistar mi territorio. Cuando me pusieron en libertad, juré no volver a poner los pies en la India y los juramentos que hago los sé cumplir.

—Los que te han despojado, hecho prisionero y muerto a tu padre, son hombres. En otras partes los hay en quienes puedes vengarte; tu odio, pues, debe recaer sobre ellos.

—Para hablar así de los hombres, ¿no eres tú uno de ellos?

—Yo, y los que se me parecen somos algo más que hombres. Somos para el resto de la raza humana lo que los atrevidos cazadores para las fieras que persiguen en los

bosques. ¿Quieres ser como nosotros, más que hombres? ¿Quieres saciar impunemente el odio que devora tu corazón, después del mal que te han hecho?

—Tus palabras son cada vez más oscuras; mi corazón no abriga el odio —dijo Djalma—. Cuando un enemigo es digno de mí, me bato con él: cuando es indigno, le desprecio. Así ni aborrezco a los valientes ni a los cobardes.

—¡Traición! —gritó el negro mostrando la puerta con un movimiento rápido, porque Djalma y el indio se habían alejado poco a poco durante su conversación y se hallaban entonces en un ángulo de la choza.

Al grito del negro, Faringhea, a quien Djalma no había visto todavía, separó bruscamente la estera que le ocultaba, sacó su puñal, dio un salto como un tigre y en un segundo se halló fuera de la cabaña. Viendo entonces un cordón de los soldados que se adelantaba con precaución, dio a uno de ellos un golpe mortal, derribó a otros dos y desapareció entre las ruinas. Fue tan rápido todo esto, que en el momento en que Djalma se volvió para saber la causa del grito de alarma del negro, Faringhea había ya desaparecido.

Algunos soldados reunidos a la puerta apuntaron a Djalma y a los tres estranguladores, en tanto que los otros perseguían a Faringhea. El negro, el malayo y el indio, viendo la imposibilidad de resistirse, se dijeron algunas palabras y se dejaron atar por los soldados que estaban provistos de cuerdas.

El capitán holandés que mandaba el destacamento entró en este momento en la choza.

—¿Y a éste? —dijo a los soldados, indicando a Djalma.

—Ya le llegará su turno —contestó el viejo sargento—; ahora nos ocuparemos de él.

Djalma estaba petrificado de sorpresa, pues no comprendió nada de lo que pasaba en su derredor; pero cuando vio al sargento y dos soldados adelantarse con cuerdas para atarle, los rechazó con violenta indignación y se dirigió a la puerta en donde estaba el oficial. Los soldados creyeron que Djalma se resignaría con su suerte con la misma impasibilidad que sus compañeros, y no esperando esta resistencia, retrocedieron algunos pasos, pues les imponía el aire de nobleza y dignidad del hijo de Kadja-Sing.

—¿Por qué queréis atarme como a esos hombres? —exclamó Djalma al oficial en lengua india, que éste comprendió por hacer ya tiempo que servía en las colonias holandesas.

—¿Por qué te quieren atar, miserable? Porque compones parte de esta horda de asesinos. Y vosotros —añadió el oficial dirigiéndose a los soldados en holandés—, ¿le tenéis miedo? Apretad los cordeles alrededor de sus muñecas, en tanto que no le aprieten el cuello.

—Os engaños —replicó Djalma con una dignidad y sangre fría que sorprendieron al oficial—. Apenas hace un cuarto de hora que me hallo aquí; no conozco a estos hombres. Creía hallar a un francés...

—¿No eres, pues phansegars como ellos? ¿A quién quieres hacer creer eso?

—¡Ellos! —exclamó con un gesto de horror tan natural, que el oficial hizo una señal a los soldados que se disponían de nuevo a atar al hijo de Kadja-Sing—. ¡Esos hombres pertenecen a esa horda de asesinos, y me acusáis de ser su cómplice! Entonces ya estoy tranquilo —dijo el joven alzándose de hombros y con aire de desprecio.

—No basta que digas que estáis tranquilo —repuso el oficial—, pues gracias a las revelaciones ya conocemos por qué signos misteriosos se reconocen los phansegars.

—Os repito que me causan horror esos asesinos y que he venido aquí para...

El negro, interrumpiendo a Djalma, dijo al oficial con alegría feroz:

—Ya lo has dicho: los hijos de la «Buena obra» se conocen por los signos que llevan señalados en sus carnes. Nuestra hora ha llegado, entregaremos nuestro pescuezo al cordel. Bastante a menudo lo hemos hecho nosotros con los que no pertenecían a la «Buena obra». Mira nuestros brazos y luego los de ese joven.

El oficial, interpretando mal las palabras del negro, dijo a Djalma:

—Sí, como dice el negro, no tenéis en los brazos ese signo misterioso, de lo que pronto nos cercioraremos, y explicáis de un modo satisfactorio vuestra presencia en este sitio, dentro de dos horas os hallaréis en libertad.

—No me comprendes —dijo el negro al oficial— el príncipe Djalma es de los nuestros, porque en el brazo izquierdo lleva el nombre de Bhowanie.

—Sí, es como nosotros hijo de la «Buena obra» —dijo el malayo.

—Y como nosotros, phansegars —dijo el indio.

Irritados estos tres hombres del horror que Djalma había manifestado al saber que eran phansegars, tenían un placer feroz en hacer creer que el hijo de Kadja-Sing pertenecía a su horrible congregación.

—¿Qué respondéis a eso? —dijo el oficial a Djalma.

Éste, alzándose de hombros con una compasión desdeñosa, levantó la manga de su brazo izquierdo y lo presentó desnudo.

—¡Qué audacia! —exclamó el oficial.

En efecto, un poco más arriba de la sangría, en la parte interna del antebrazo, se veía escrito en caracteres indios, de un vivo encarnado, el nombre de Bhowanie.

El oficial se dirigió al malayo, descubrió su brazo y vio el mismo nombre en idénticos caracteres. Para quedar más satisfecho se aseguró que el indio y el negro lo llevaban también.

—¡Miserable! —exclamó poniéndose furioso a Djalma—: me inspiras más horror aún que tus cómplices. Atadlo como a un cobarde asesino —dijo a los soldados—; que pronto llevará su merecido.

Djalma, atónito y aterrado, tenía los ojos fijos sobre aquellos caracteres funestos, y no podía pronunciar una sola palabra ni hacer un movimiento; sus ideas se confundían ante este hecho incomprensible.

—¿Te atreverás a negar este signo? —le dijo el oficial enfurecido.

—No puedo negar lo que veo... lo que es... —contestó Djalma con abatimiento.

—Afortunadamente, lo confiesas al fin, miserable —repuso el oficial—. Vosotros, soldados, vigiladle, así como a sus cómplices. Vuestra cabeza me responde de ellos.

Creyéndose juguete de un sueño, Djalma se dejó atar y conducir maquinalmente. El oficial y sus soldados creían hallar a Faringhea oculto entre las ruinas, pero fueron vanas sus pesquisas, y al cabo de una hora partieron para Batavia, a donde se habían dirigido los prisioneros y su escolta.

* * *

Algunas horas después de estos acontecimientos, Mr. Josué Van-Dael terminaba así la extensa memoria dirigida a Mr. Rodin en París.

... Las circunstancias eran tales que no podía obrar de otro modo: además, es un pequeño mal que producirá un gran bien. Han caído en manos de la justicia tres asesinos, y el arresto temporal de Djalma servirá sólo para dar mayor realce a su inocencia.

Esta mañana he ido a casa del gobernador a hablar en favor del joven príncipe. Ya que a mí se me debe, dije que esos tres criminales estén en poder de la autoridad, que al menos se me den algunas pruebas de gratitud haciendo todo lo posible para probar la inocencia del príncipe Djalma, tan interesante por sus desgracias y nobles cualidades. En verdad, añadí, que ayer, cuando me apresuré a informar al gobernador que hallarían a los phansegars reunidos en las ruinas de Tchandi, no creí que se confundiese con ellos al hijo adoptivo del general Simón, hombre excelente, con quien hace tiempo tengo muy estrechas relaciones.

Es, pues, indispensable a toda costa descubrir este misterio inconcebible que ha colocado a Djalma en esta peligrosa posición, y estoy —añadí aun—, de tal manera convencido de que no es culpable, que no pido se le haga ninguna gracia. Tendrá suficiente valor y dignidad para esperar con paciencia el día de su justificación.

Además, en todo esto, ya veis que decía la verdad, no tenía que echarme en cara ninguna mentira, pues nadie en el mundo se halla más convencido que yo de la inocencia de Djalma.

El gobernador me contestó, que moralmente estaba tan convencido como yo de la inocencia del joven príncipe, que tendría con él las mayores atenciones, pero que era indispensable que la justicia siguiese sus trámites, pues era el único medio de demostrar la falsedad de la acusación y descubrir por qué incomprensible fatalidad se hallaba pintado en el brazo de Djalma este signo misterioso.

Mahal, el contrabandista, el único que pudiera aclarar este asunto, dentro de una hora partirá de Batavia para embarcarse en el «Rayter» que le conducirá a Egipto, porque debe llevar un documento mío para el capitán a fin de que conste que Mahal es la persona por quien he pagado el pasaje. Al mismo tiempo le entregaré esta larga memoria, porque el «Rayter» debe partir de aquí a una hora, y ayer noche se recogieron las últimas cartas para Europa. Pero he querido ver al gobernador esta mañana antes de cerrar estos despachos.

Ya veis que el príncipe Djalma está de este modo detenido, a lo menos por un mes; y una vez perdida esta ocasión del «Rayter» es materialmente imposible que se halle en Francia antes del 13 de febrero del año próximo.

Habéis mandado y he obedecido ciegamente según los medios de que podía echar mano, no considerando sino el «objeto» que los justificará, porque se trata, como me habéis dicho, de un interés muy grande para nuestra sociedad.

En vuestras manos he sido lo que debemos ser en las de nuestros superiores; un instrumento.

Dejemos que nieguen nuestra unión y fuerza; en la apariencia los tiempos no son adversos, pero los acontecimientos cambian; nosotros no cambiamos nunca.

Obediencia y valor, sigilo y paciencia, astucia y audacia, unión y celo entre nosotros que tenemos por patria el mundo, por familia a nuestros hermanos, y por reina a Roma.

J. V.

* * *

A las diez partió Mahal el contrabandista con este despacho cerrado para embarcarse a bordo del «Rayter». Una hora después su cadáver estrangulado, según la costumbre de los phansegars, estaba oculto entre los juncos, a orillas de una ensenada desierta, a donde había ido a buscar su barca para dirigirse al «Rayter».

Cuando después de haberse hecho a la vela el buque, se halló el cadáver del contrabandista, fueron vanas las diligencias que mandó hacer Mr. Josué para recobrar los despachos que le había entregado. Tampoco se halló la carta que Mahal debía entregar al capitán para que lo admitiese a bordo como pasajero.

En fin, los registros y batidas que se ordenaron hacer en el país para descubrir a Faringhea, fueron inútiles. Nunca volvió a verse en Java al terrible jefe de los estranguladores.

TERCERA PARTE

El castillo de Cardoville

XXIV

Mr. Rodin

Tres meses han transcurrido desde que Djalma fue encarcelado en Batavia, acusado de pertenecer a la secta asesina de los phansegars o estranguladores. La escena siguiente ocurría en Francia, a principios del mes de febrero de 1832, en el castillo de «Cardoville», antigua morada feudal, situada sobre las elevadas rocas de la costa de Picardía, cerca de San Valerio, sitios peligrosos en que cada año se estrellan algunos buques impelidos por el viento N. O. que hace tan difícil la navegación del canal de la Mancha.

Desde el interior del castillo oíase bramar la tempestad que se había levantado durante la noche; de cuando en cuando un ruido formidable semejante a una descarga de artillería, resuena a lo lejos, y los ecos de la playa lo repiten; es el mar que furioso se estrella contra las enormes rocas que dominan la antigua mansión.

Son cerca de las siete de la mañana y la luz del día no ha pasado aún al través de las ventanas de un gran cuarto del piso bajo del castillo; en este aposento, iluminado por una lámpara, se ve a una mujer de unos sesenta años, de rostro franco y sencillo, vestida como las labradoras ricas de la Picardía, que a pesar de la hora que es, está ya ocupada en coser. Algo más lejos su marido, poco más o menos de la misma edad, sentado delante de una mesa, escoge y coloca en saquitos muestras de trigo y avena. La fisonomía de este hombre, cuyos cabellos ha blanqueado el tiempo, es inteligente y franca.

La horrible tempestad que se desencadena en la parte de afuera, parece suavizar el aspecto de este pacífico cuadro doméstico. Un excelente fuego brilla en una gran chimenea de mármol blanco.

La tempestad continuaba con igual violencia en el exterior; a veces el viento se introducía por la chimenea con estrépito o conmovía las ventanas.

El hombre que se ocupaba en clasificar las muestras de granos era Mr. Dupont, administrador de las tierras y castillo de Cardoville.

—¡Dios mío! Amigo mío —dijo la mujer— ¡qué tiempo tan terrible! Mr. Rodin, cuya llegada nos anuncia para hoy el mayordomo de la señora princesa de Saint-Dizier, ha escogido un día malísimo.

—Lo cierto es que raras veces he oído un huracán semejante. Si Mr. Rodin no ha visto nunca el mar embravecido, podrá gozar hoy de este espectáculo.

—¿Qué es lo que puede traer aquí ese Mr. Rodin, amigo mío?

—No lo sé; el mayordomo de la princesa me encarga en su carta que tenga las mayores consideraciones con él y le obedezca como a mis amos. Por consiguiente, a monsieur Rodin toca explicarse y a mí ejecutar sus órdenes, puesto que viene de parte

de la señora princesa.

—En rigor debería venir de parte de la señorita Adriana, pues desde la muerte de su padre el señor conde-duque de Cardoville, de ella es la posesión.

—Sí, pero la princesa es su tía; su mayordomo corre con los asuntos de la señorita Adriana, y que venga en su nombre o en el de la princesa, el resultado es el mismo.

—Puede que Mr. Rodin piense comprar la posesión. Sin embargo, aquella señora gruesa que hace ocho días vino expresamente de París a ver el castillo, parecía tener gran deseo de adquirirlo.

Al oír estas palabras, el administrador se echó a reír con aire zumbón.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su mujer que era una excelente criatura, pero de corta penetración e inteligencia.

—Me río —respondió Dupont— porque me acuerdo de la figura y del aire de esa obesa, de esa enorme mujer, ¡qué diablo! con tal figura no debería llamarse señora de la «Sainte-Colombe». ¡Dios potente! ¡Qué santa y qué paloma! Es tan gruesa como un tonel, tiene una voz aguardentosa y bigotes blancos como un viejo granadero.

—¡Qué cosas tienes! Nadie escoge su nombre, y además, si esa señora tiene barbas, no es culpa suya.

—Sí, pero lo es el llamarse de la «Sainte-Colombe». ¿Crees que ése es su verdadero nombre?... ¡Ah, pobre Catalina mía, bien se conoce que eres de tu pueblo!

—Y tú, pobre Dupont mío, tú no puedes menos de tener algunas veces un poco de mala lengua; esa señora tiene un aire muy respetable. Lo primero que preguntó al llegar fue por la capilla del castillo, de la que le habían hablado. Y aun dijo que haría en ella algunos reparos. Y cuando la respondí que en este pequeño territorio no había templo, pareció como que sentía verse sin cura en el pueblo.

—¡Ah! ¡Dios mío! Sí, lo primero que hacen todas las señoras improvisadas es vender protección a todas las cofradías.

—La señora de Sainte-Colombe no tiene necesidad de echarla de grande, puesto que lo es.

—¡Ésa! ¿Gran señora?

—Sí; no había más que verla tan bien puesta con su vestido punzón y sus hermosos guantes como los de un obispo; y después, cuando se quitó el sombrero, tenía sobre su rodete postizo una diadema de diamantes y pendientes de lo mismo, tan gruesos como el dedo pulgar, y sortijas de brillantes en todos los dedos. Seguramente, una persona cualquiera, no se pondría tantos adornos durante el día.

—Bien, bien, se conoce que lo entiendes.

—Y aun más.

—Bueno, ¿y qué más?

—No me ha hablado más que de duques, condes y marqueses, de señores muy ricos que frecuentaban su casa y eran sus amigos, y además, al ver el pabelloncito del parque que los prusianos medio quemaron en otro tiempo y que el difunto conde no quiso jamás reedificar, me preguntó que significaban aquellas ruinas. Yo le respondí:

señora, este pabellón fue incendiado en tiempo de los aliados. —¡Ah!, ¡querida mía! —dijo— los aliados, los buenos y excelentes aliados; ellos y la restauración han echado los cimientos de mi fortuna. —Entonces, Dupont, me dije en seguida: seguramente es una antigua emigrada.

—¡La señora de Sainte-Colombe! —exclamó el administrador riéndose— ¡ah!, ¡pobre mujer, pobre mujer mía!

—¡Oh!, ¡tú! porque has estado tres años en París ya te crees un sabio.

—Catalina, dejemos este asunto: me harás decir alguna necedad, y hay cosas que las criaturas excelentes y honradas como tú deben ignorar siempre.

—No sé lo que quieres decir con eso, pero procura no tener tan mala lengua, porque si al fin la señora de Sainte-Colombe comprase la posesión, no te disgustaría continuar de administrador, ¿no es verdad?

—En cuando a eso, tienes razón, porque ya vamos siendo viejos, mi buena Catalina, hace veinte años que estamos aquí y somos demasiado honrados para haber pensado en vendimiar para nuestra vejez; y a fe mía que sería muy duro a nuestra edad tener que buscar otra colocación que tal vez no encontraríamos. ¡Ah! sólo siento que la señorita Adriana no conserve esta posesión; porque parece que ha deseado venderla, y que la señora princesa no era de su opinión.

—¡Dios mío! Dupont, ¿no te parece muy extraño que la señorita Adriana, a su edad y tan joven, disponga por sí misma de su inmensa fortuna?

—Eso es muy sencillo; como la señorita no tiene padre ni madre, es dueña de sus bienes; prescindiendo de que tiene una buena cabecita; ¿te acuerdas, hace dos años, qué traviesa era cuando el señor conde la trajo aquí un verano?, ¡qué malicia!, ¡y qué ojos!, ¡eh!, ¡y cómo brillaban ya!

—Lo cierto es que la señorita Adriana tenía entonces en sus miradas una expresión... en fin, una expresión bastante singular para su edad.

—Si se ha cumplido lo que prometían sus facciones debe ser ahora muy linda, a pesar del color un poco vivo de sus cabellos; porque, aquí para nosotros, si en vez de ser una señorita de categoría, no lo fuese, se diría sencillamente que es roja.

—Vamos, siempre has de ser maligno.

—¿Con la señorita Adriana? ¡No lo permita Dios! porque prometía ser tan buena como linda. Si digo que es roja no es por perjudicarla. Al contrario, aún me acuerdo que tenía un pelo tan fino, tan brillante y tan dorado, que sentaba tan bien a su cutis blanco como la nieve y a sus ojos negros, que verdaderamente no era de desear que fuese de otro color; así es que ahora estoy seguro que este color de pelo que hubiera sentado mal a otras, da cierto atractivo a la señorita Adriana. ¡Debe tener una cara de diablillo!

—¡Oh! en cuanto a diablo, debemos ser justos, lo era... siempre corriendo en el parque, haciendo rabiar a su aya, trepando por los árboles, en fin, haciendo mil diabluras.

—Te concedo que la señorita Adriana era el mismo diablo en persona; pero ¡qué

talento!, ¡qué gentileza! y sobre todo ¡qué buen corazón!, ¿eh?

—En cuanto a buena convengamos en que lo era. ¿No te acuerdas que un día dio su chal y su vestido de merino nuevos a una pobrecita y que volvió al castillo en enaguas y con los brazos al aire?

—Ya lo ves, buenos sentimientos, siempre buenos sentimientos; pero una cabeza...

—Sí, malísima cabeza. Parece que en París ha hecho cosas... pero ¡qué cosas!

—¿Qué ha hecho?

—¡Ah, amigo mío! no me...

—Vamos, ¿qué?

—¡Y bien! —añadió la digna mujer con cierta confusión que manifestaba cuanto la asustaban tamañas enormidades—; dicen que la señorita Adriana no pone nunca los pies en la iglesia, que ha ido a vivir sola en un templo idólatra, al extremo del jardín de la casa de su tía; que se hace servir por mujeres enmascaradas que la visten de diosa, y que las araña todo el día porque se embriaga. Y esto prescindiendo de que todas las noches toca una trompeta de caza de oro macizo... lo cual puedes inferir muy bien que causa la desesperación y el tormento de su pobre tía la princesa.

Al oír esto el administrador soltó una carcajada que interrumpió a su mujer.

—¡Hola!, ¡esas tenemos! —le dijo cuando dominó su acceso de risa—, ¿y quién te ha referido todos esos cuentos sobre la señorita Adriana?

—La mujer de Renato que fue a París en busca de un niño para criarlo, estuvo en casa de Saint-Dizier a ver a su madrina la señora Grivois. Ya sabes, la primera doncella de la señora princesa, la cual le refirió sin rebozo todo esto, y seguramente debe estar bien informada puesto que es de la casa.

—Sí, la señora Grivois. ¡Miren la mosca muerta! Antes era de la piel del diablo y ahora se hace la santurrona, la devota; a tal amo tal criado: y aun la princesa misma que ahora es tan rígida, iba en otro tiempo... ¿eh? hace quince años, ¡qué linda pieza! ¿Te acuerdas de aquel hermoso coronel de húsares que estaba de guarnición en Abbeville? No ignoras aquel emigrado que sirvió en Rusia, a quien los Borbones dieron un regimiento en tiempo de la restauración.

—Sí, sí, me acuerdo, pero tienes una lengua muy larga.

—Como soy que digo la verdad; el coronel pasaba su vida en el castillo, y todo el mundo decía que estaba muy bien con la buena princesa de hoy día. ¡Oh!, ¡aquéllos eran buenos tiempos! Todas las noches había fiestas o comedias en el palacio. ¡Qué bulle bulle era el tal coronel! ¡Y qué bien representaba! Me acuerdo.

El administrador no pudo continuar. Una rolliza criada con el vestido y tocado al uso del país entró precipitadamente en el cuarto, y dirigiéndose a su ama, le dijo:

—Señora, un hombre quiere hablar con mi amo; viene de San Valerio en la silla del maestro de postas, y dice que se llama Mr. Rodin.

—¿Mr. Rodin? —dijo el administrador levantándose—, que pase adelante al momento.

Un momento después entró Mr. Rodin que venía, según costumbre, humildemente vestido; saludó respetuosamente al administrador y a su mujer, la que a una seña de su marido, salió del cuarto.

El cadavérico aspecto de Mr. Rodin, sus casi invisibles labios, sus pequeños ojos de reptil medio cubiertos por su aplanado párpado superior y sus casi sórdidos vestidos, le daban un aspecto muy poco favorable; no obstante, este hombre, en caso de necesidad, sabía afectar con arte tan diabólico tal mansedumbre y sinceridad, sus palabras eran tan afectuosas y tan sumamente penetrantes, que la impresión desagradable y repugnante que inspiraba al pronto su aspecto, iba disminuyendo poco a poco, y casi siempre concluía por enlazar invenciblemente a su víctima en los tortuosos pliegues de su facundia, porque parece que lo malo y lo horroroso tienen su fascinación peculiar como lo bueno y lo bello. El honrado administrador miraba a este hombre con sorpresa pensando en las eficaces recomendaciones del mayordomo de la princesa de Saint-Dizier. Como esperaba ver un personaje diferente, y no pudiendo disimular su admiración, le dijo:

—¿Es Mr. Rodin a quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor aquí tenéis otra carta del mayordomo de la señora princesa.

—Tened la bondad de aproximaros al fuego mientras leo: ¡hace tan mal tiempo!
—dijo el administrador con mucha amabilidad— ¿gustáis tomar alguna cosa?

—Mil gracias, caballero, voy a comer dentro de una hora.

Mientras que Mr. Dupont leía, monsieur Rodin miraba con curiosidad todo cuanto había en el cuarto, porque, como hombre hábil, sacaba con frecuencia consecuencias acertadas y útiles de ciertas apariencias, que dan en cierto modo una noción característica; pero esta vez quedó fallida su curiosidad.

—Caballero... será para mí un honor... la recomendación de ponerme a vuestras órdenes.

—Se reducen a muy poco, y no os molestaré mucho tiempo.

—Caballero... será para mí un honor...

—No ignoro que deben ser muchas vuestras ocupaciones, porque al entrar en este castillo causan admiración el orden y la limpieza que reinan en él, lo cual prueba, caballero, el esmero de vuestros cuidados.

—Caballero... ciertamente... me favorecéis.

—¿Lisonjearos? un pobre hombre como yo no piensa en eso; pero vamos a nuestro asunto. ¿Hay aquí un aposento llamado el cuarto verde?

—Sí, señor, es el que servía de despacho al difunto señor conde-duque de Cardoville.

—Tened la bondad de conducirme a él.

—Caballero, por desgracia es imposible. Después de la muerte del señor conde, y

desde que quitaron los sellos, han metido muchos papeles en una cómoda de este cuarto, y los curiales se han llevado las llaves a París.

—He aquí las llaves —dijo Mr. Rodin enseñando una pequeña y otra grande atadas.

—¡Ah! eso es distinto, caballero, ¿venís a buscar los papeles?

—Sí, ciertos papeles, y una cajita de madera de sándalo, con cerradura de plata. ¿Conocéis este objeto?

—Sí, señor, muchas veces lo he visto sobre el bufete del señor conde; debe estar en el armario de laca cuya llave traéis.

—Tened la bondad de conducirme a ese cuarto en virtud de la autorización de la señora princesa de Saint-Dizier.

—Con mucho gusto. ¿Y cómo está la señora princesa?

—Perfectamente, siempre dedicada a Dios...

—¿Y la señorita Adriana?

—Desgraciadamente... —dijo Mr. Rodin dando un doloroso y contrito suspiro.

—¡Cómo! ¡Dios mío!, ¿ha sucedido alguna desgracia a la señorita Adriana?

—¿Qué entendéis por eso?

—¿Está enferma?

—No, no, desgraciadamente está tan buena como hermosa...

—¿Desgraciadamente? —dijo el administrador sorprendido.

—Sí señor, desgraciadamente; porque cuando la belleza y la juventud se unen a un espíritu de insubordinación y de perversidad, a un carácter que seguramente no tiene igual sobre la tierra, sería mucho mejor carecer de semejantes ventajas que son otras tantas causas de perdición. Pero os suplico que hablemos de otras cosas. Esta conversación es muy sensible —dijo Mr. Rodin con voz muy conmovida, y llevando el extremo de su meñique izquierdo al lagrimal del ojo derecho como queriendo enjugar una lágrima que asomaba.

El administrador no notó esta lágrima, pero advirtió el movimiento y extrañó la alteración de la voz de Mr. Rodin. Así es que respondió:

—Caballero... dispensad mi indiscreción... yo no sabía...

—Yo soy quien os pide perdón de ese involuntario enternecimiento. Los viejos lloran rara vez; pero si hubierais sido testigo, como yo, de la desesperación de esta excelente princesa, que sólo ha tenido el defecto de ser demasiado buena, demasiado débil con su sobrina. Pero os repito que hablemos de otra cosa, mi querido señor.

Al cabo de un momento de silencio, durante el cual Mr. Rodin pareció reponerse de su emoción, dijo a Mr. Dupont:

—He aquí cumplida una parte de mi misión en cuanto al cuarto verde; ahora queda otra. Y antes debo recordar una cosa que acaso habréis olvidado, a saber que hace quince o dieciséis años el señor marqués d'Aigrigny, entonces coronel de húsares, pasó aquí algún tiempo.

—¡Ah!, ¡qué buen oficial, caballero! Precisamente acabo de hablar de él a mi

mujer. Era la alegría del castillo ¡y qué bien representaba, principalmente los papeles de calavera! En los «Dos Edmundos» hacía morir de risa en el papel del soldado borracho... Aquí cantó «Joconda» como no se canta en París, caballero.

Rodin, después de haber escuchado con atención al administrador, le dijo:

—No ignoráis sin duda que después de un terrible desafío que tuvo con un furibundo bonapartista, llamado el general Simón, el coronel marqués d’Aigrigny (de quien tengo el honor de ser en este momento secretario íntimo), dejó el mundo por la iglesia.

—¡Cómo! caballero... ¡es posible!... aquel hermoso coronel...

—Aquel bello coronel, valiente, noble, rico, festejado y buscado, ha abandonado todas esas ventajas por una pobre sotana negra, y a pesar de su nombre, de su posición, de sus relaciones y reputación de gran predicador, es en el día lo que era hace catorce años, un simple sacerdote, en vez de ser arzobispo o cardenal como otros muchos que no tienen ni sus méritos ni sus virtudes.

Mr. Rodin se explicaba con tanta humildad y tal convicción, y los hechos que citaba eran tan incontestables, que Mr. Dupont no pudo menos de exclamar:

—Pero caballero... eso es inaudito...

—¿Inaudito?, ¡oh! ¡Dios mío! no —dijo monsieur Rodin con inimitable y natural expresión—, eso es muy sencillo, cuando se tiene un corazón como el de Mr. d’Aigrigny. Pero entre todas sus cualidades tiene la de no olvidar jamás a los hombres de bien, a las gentes de probidad, de honor y de conciencia; es decir, mi buen señor Dupont, que se ha acordado de vos.

—¡Cómo!, ¿el señor marqués se ha dignado?...

—Hace tres días que he recibido carta suya en la que hablaba de vos.

—¿Conque está en París?

—Llegará allí de un instante a otro: hace cerca de tres meses que salió para Italia. Durante este viaje tuvo una noticia bien cruel, supo la muerte de su señora madre que había ido a pasar el otoño a una de las posesiones de la señora princesa de Saint-Dizier.

—¡Ay! ¡Dios mío! Yo no sabía...

—Sí, éste ha sido un duro golpe para él, pero es menester resignarse a los designios de la Providencia.

—¿Y sobre qué asunto el señor marqués me hacía el honor de hablarle de mí?

—Os lo diré; ante todo es menester que sepáis que este castillo está vendido y que el contrato se firmó la víspera de mi partida en París.

—¡Ah! caballero, renováis mis inquietudes...

—¿Por qué?

—Temo que los nuevos propietarios no me conserven mi empleo de administrador.

—¡Ved qué feliz casualidad! Precisamente deseo hablaros sobre este punto.

—¿Sería posible?

—Ciertamente; conociendo el interés que anima al señor marqués en favor vuestro, desearía mucho, muchísimo, que pudieseis conservar este destino, y haría todo lo posible para ello si...

—¡Ah!, ¡caballero! —exclamó Dupont— ¡cuánto reconocimiento! El cielo es quien os envía.

—Me lisonjeáis, mi querido señor; primeramente debo confesar que tengo que poner una condición... en favor mío...

—¡Oh! caballero, no importa; hablad, hablad.

—La persona que debe venir a vivir en este castillo, es una señora anciana, digna en todos conceptos de veneración; esta respetable señora se llama de la Sainte-Colombe.

—¡Cómo! —dijo el administrador interrumpiendo a Rodin— ¿y es esa señora la que ha comprado el castillo?, ¿la señora de la Sainte-Colombe?

—¿De modo que la conocéis?

—Sí, señor; hace ocho días que vino a ver la posesión... Mi mujer sostiene que es una gran señora... pero, aquí para nosotros... por ciertas palabras que la he oído decir...

—Sois un hombre lleno de penetración, mi buen Mr. Dupont: la señora de la Sainte-Colombe no es una gran dama. Yo creo que no era más que una modista, que tenía su tienda en la galería de madera del Palacio Real. Ya veis que os hablo con franqueza.

—Y que se gloriaba mucho de que su casa estuviese entonces frecuentada por muchos señores franceses y extranjeros.

—Es natural, sin duda venían a comprar sombreros para sus mujeres. Lo cierto es que después de haber reunido una gran fortuna, y de haber sido en su juventud y edad madura... indiferente, ¡ay! más que indiferente por su salvación, la señora de la Sainte-Colombe ha entrado ahora en una vía excelente y meritoria. Esto es lo que la hace, como acabo de deciros, digna en todos los conceptos de veneración, porque no hay cosa más venerable que un arrepentimiento sincero y constante. Para lograr su salvación de un modo más eficaz, os necesitamos, mi querido Mr. Dupont.

—¿A mí? ¿Y qué puedo yo hacer?

—Podéis mucho, y he aquí cómo: en esta aldea, que se halla a igual distancia de dos parroquias, no hay iglesias. La señora de la Sainte-Colombe, queriendo elegir uno de los dos ecónomos, deberá informarse de vos y de vuestra esposa que hace mucho tiempo vivís en el país.

—¡Oh! Eso no será muy difícil; el cura de Danicourt es el mejor de los hombres.

—Ése precisamente es el que no debe recomendársele.

—¿Cómo?

—Al contrario, es menester alabar mucho al señor cura de Roiville, de la otra parroquia, para decidir a esta señora a que le confíe su salvación.

—¿Y por qué esa preferencia?

—¿Por qué? Vais a saberlo: si vos y vuestra esposa lográis que la señora de la Sainte-Colombe elija el que yo deseo, podéis contar con la administración de esta posesión. Os prometo y yo soy hombre que cumplo mis promesas.

—No dudo, caballero, que tengáis ese poder —dijo Dupont convencido por el acento y por las palabras de Rodin—; pero quisiera saber...

—Una palabra más —dijo Rodin interrumpiéndole—; debo y quiero ser franco, y decir el motivo por el cual insiste en que apoyéis a la persona que os he indicado. Sólo se trata de una nueva acción. El cura de Roiville es un hombre por quien se interesa muy particularmente el señor abate d'Aigrigny. Aunque es muy pobre, mantiene a su anciana madre, y si se encargase de la salvación de la señora de la Sainte-Colombe, trabajaría en ella con más eficacia que nadie, porque está lleno de unción y de paciencia, y además es evidente que por medio de esta buena señora tendría algunos provechos que contribuirían al alivio de su madre. He aquí el secreto de esta gran maquinación. Cuando supe que dicha señora había hecho ánimo de comprar esta posesión inmediata a la parroquia de nuestro protegido, escribí al instante al señor marqués, que se acordó de vos, y me contestó que os pidiese este servicio, el cual no será estéril, como veréis. Porque repito, y lo probaré, tengo facultad para conservaros en la administración.

—Permitidme, caballero —respondió Dupont después de un momento de reflexión—. Sois tan franco y servicial que quiero imitar vuestra franqueza. Tan respetado y querido es en el país el cura de Danicourt, como temido por su intolerancia es el de Roiville que tanto me recomendáis. Y además...

—¿Y qué...?

—Y en fin, se dice además...

—¿Qué es lo que se dice?

—Dicen que es un jesuita.

Al oír estas palabras Mr. Rodin soltó una carcajada tan franca, que el administrador se quedó atónito, porque el aspecto de Mr. Rodin tenía una singular expresión cuando se echaba a reír.

—¡Un jesuita! —repetía Mr. Rodin con nueva risa—, ¡un jesuita! Vaya, mi querido Mr. Dupont, ¿cómo un hombre práctico de experiencia y talento cual vos puede creer semejantes necedades? ¡Un jesuita! ¿Acaso hay jesuitas? y sobre todo en esta época... ¿podéis dar crédito a esos cuentos de jacobinos y a esos disparates del viejo liberalismo? Vamos, ¡apostaríais que habéis leído todo eso... en el «Constitucional»!

—Caballero, dicen... no obstante...

—¡Dios mío! se dicen tantas cosas... Pero los hombres prudentes e ilustrados como vos no hacen caso de dichos, sino que se ocupan con preferencia de sus intereses, y no sacrifican a una necedad un buen destino que les asegura su existencia hasta el fin de sus días: porque, francamente, si no conseguís que la señora de la Sainte-Colombe prefiera a mi favorecido no permaneceréis aquí.

—Pero señor —dijo el pobre Mr. Dupont—, yo no tendré la culpa si esa señora oye alabar al otro cura y lo prefiere a vuestro protegido.

—Tenéis razón; pero si las personas que tanto tiempo habitan este país, personas dignas de toda confianza y a quienes la señora de la Sainte-Colombe verá todos los días, hablasen muy bien en favor de mi protegido y mal del otro cura, no hay duda que le preferiría, y así conservaríais la administración.

—Pero, señor, eso sería una calumnia —exclamó Mr. Dupont.

—¡Ah! mi querido Mr. Dupont —repuso Mr. Rodin con tono afligido y de afectuosa reconvención—, ¿me creéis capaz de daros malos consejos? Esto no pasa de ser una simple suposición. Deseáis conservar la administración de esta propiedad. Pues bien, yo os presento un medio, un medio seguro... Ahora a vos toca elegir y decidiros.

—Pero...

—Una palabra más, mejor dicho una nueva condición; ésta es tan importante como la otra. Desgraciadamente no han faltado ministros del Señor que han abusado de la edad y la debilidad de sus penitentes para sacar un buen partido para sí, o para otras personas: pero yo creo a mi protegido incapaz de semejante bajeza. Sin embargo, para poner a cubierto mi responsabilidad y principalmente la vuestra, puesto que habréis contribuido a la elección de mi protegido, deseo que me escribáis dos veces a la semana y con los mayores detalles cuanto observéis sobre el carácter, usos, relaciones y lecturas de la señora de la Sainte-Colombe; porque como debéis conocer, la influencia de un director se advierte en todo el conjunto de la vida, y yo deseo estar al corriente de la conducta de mi protegido sin que él pueda sospecharlo. De modo que si observáis alguna cosa vituperable que os chocase, yo lo sabría inmediatamente por vuestra correspondencia semanal muy detallada.

—¡Pero eso sería un espionaje! —exclamó el desgraciado administrador.

—¡Ah! mi querido Dupont, ¡podéis calificar de este modo una de las más santas inclinaciones del hombre... cual es la confianza! Porque yo no pido otra cosa más que me escribáis confidencialmente hasta los menores detalles sobre todo lo que suceda aquí. Bajo estas condiciones, inseparables la una de la otra, conservaréis la administración... de lo contrario, tendré el sentimiento... y el disgusto de verme obligado a nombrar otro administrador a la señora de la Sainte-Colombe.

—Señor... os suplico... —dijo Dupont emocionado—, que seáis generoso sin exigir condición alguna. Mi mujer y yo sólo contamos con esto para vivir, ya somos demasiado viejos para buscar otro destino; no queráis poner a luchar una probidad de cuarenta años con el miedo a la miseria que es tan mala consejera.

—Mi querido Mr. Dupont, no sois un niño, meditadlo... y dentro de ocho días me daréis la respuesta.

—¡Ah, señor, compasión!

Esta conversación fue interrumpida por un estrepitoso ruido que repitieron los ecos de las escarpadas rocas.

—¿Qué significa esto? —dijo Mr. Rodin.

Apenas acabó de decir estas palabras cuando se sintió otra vez el mismo ruido, pero más sonoro.

—¡Cañonazos! —exclamó Dupont levantándose—. ¡Cañonazos! Sin duda es algún buque que pide socorro o un piloto.

—¡Dupont! —dijo la mujer del administrador entrando precipitadamente—; desde la azotea se ve un buque de vapor y otro de vela completamente desmantelado... las olas le impelen hacia la costa, y el buque de vela pide socorro... está perdido...

—¡Ah!, ¡cosa terrible!, ¡y no poder hacer nada... nada más que presenciar su naufragio! —exclamó el administrador tomando su sombrero en ademán de salir.

—¿Y no puede prestarse algún socorro a esos buques? —preguntó Mr. Rodin.

—¡Socorro! Si llegan a entrar en los arrecifes, no hay poder humano que pueda salvarlos; desde que empezó el equinoccio se han perdido dos buques en esta costa.

—¡Perdido! ¡Personas y carga!, ¡ah! eso es terrible... —dijo Mr. Rodin.

—Con semejante borrasca, poca esperanza puede quedar desgraciadamente a los pasajeros, pero no obstante —dijo el administrador hablando con su mujer—, voy a las rocas con los criados de la quinta para ver si puedo salvar a algún desdichado: enciende la chimenea en varios cuartos, prepara ropa blanca, vestidos, cordiales... No me atrevo a esperar que se salven, pero en fin haré lo posible...

—Sería para mí un deber acompañaros pero mi edad y mis achaques me hacen del todo inútil —dijo Mr. Rodin, a quien no se le pasó por las mientes afrontar la tempestad—. Ínterin acudís a esa santa misión —añadió— vuestra mujer tendrá la bondad de decirme dónde está el cuarto verde, tomaré los objetos que vengo a buscar y en seguida marcharé a París, porque estoy muy de prisa.

—Como queráis caballero; Catalina os lo enseñará; y tú, toca la campana grande —dijo Mr. Dupont a su criada—, y di a todas las gentes de la casa que vengan a reunirse al pie de las rocas con cuerdas y tablas.

—Sí, amigo mío, pero no te expongas.

—Abrázame, y esto será un buen agüero para mí —dijo el administrador.

En seguida salió corriendo, exclamando:

—¡Pronto, pronto! a esta hora acaso no habrá quedado una sola tabla de los buques.

—Mi querida señora, ¿tendréis la bondad de conducirme al cuarto verde? —dijo monsieur Rodin que continuaba impasible.

—Podéis seguirme, caballero —respondió Catalina, enjugándose las lágrimas porque estaba temerosa por la suerte de su esposo, cuyo valor le era bien conocido.

La tempestad

Horrible estaba el mar.

Inmensas olas de un verde oscuro, ostentan con mil ondulaciones su elevación o profundidad al reflejo de una ancha faja de luz rojiza que se extiende en el horizonte. Negras y espesas nubes se aglomeran en los aires, otras de un color pardo ribeteadas de fuego, impelidas por la violencia del viento corren sobre aquel fondo sombrío.

El pálido sol de invierno, antes de desaparecer en medio de aquel inmenso nublado a cuya espalda sube lentamente reflejando sobre el borrascoso mar sus oblicuos rayos, dora las transparentes cimas de las olas más elevadas. Una franja de espuma hierve y salpica los arrecifes de que está erizada esta áspera y peligrosa costa.

A lo lejos se eleva el castillo de Cardoville, cuyos vidrios despiden el reflejo de un rayo de sol: sus paredes de ladrillo y sus agudos techos de pizarra se abren en medio de este cielo cargado de vapores.

Un gran buque desamparado, navegando sólo a impulso de jirones de velas suspendidos a trozos de mástiles, derriba sobre la costa.

Tan pronto se abre sobre la cresta de las olas como se sumerge en el fondo de sus abismos.

De repente brilla un relámpago, y a éste sigue al instante un ruido sordo. Este cañonazo es la última señal de socorro de aquel buque que se pierde y corre a su pesar hacia la costa.

En el mismo instante, un vapor de cuya chimenea se escapa una oscura columna de humo, venía del Este con dirección al Oeste, haciendo mil esfuerzos para mantenerse lejos de la costa.

El buque desmantelado debía de pasar de un momento a otro por delante de la proa del vapor, corriendo sobre las rocas a donde lo arrojaban el viento y la marea.

De pronto, un violento golpe de mar hizo tender al vapor sobre el costado: las enormes y furiosas olas penetraron en la cubierta; en un instante cayó la chimenea, se rompió el tambor, y una de las ruedas de la máquina quedó inutilizada, otras olas sucediendo a las primeras, alcanzaron al buque de través y aumentaron de tal suerte las averías, que ya sin gobierno se dirigió hacia la costa, en la misma dirección que el barco de vela.

Pero éste, aunque más distante de los arrecifes, y oponiendo a la furia del viento y de las aguas mayor superficie que el vapor, bogaba con más rapidez en su rumbo común, y se acercó a él en términos que debió temerse un choque entre ambos buques; nuevo peligro para añadir a todos los horrores de un naufragio, en aquel momento inevitable.

El buque de vela que era una fragata inglesa llamada el «Águila Negra», venía de Alejandría, donde había recogido a los pasajeros que al llegar de la India y de Java por el mar Rojo en el buque «Rayter», habían dejado este buque para atravesar el istmo de Suez.

Pasado el estrecho de Gibraltar, hizo escala en las Azores, de donde venía entonces con dirección a Portsmouth, cuando fue acometido por el viento Noroeste que reinaba entonces en la Mancha.

El vapor, llamado «Guillermo Tell», venía de Alemania por el Elba: después de haber pasado por Hamburgo se dirigía al Havre.

Los dos buques, juguetes de las olas, impelidos por la borrasca y arrastrados por la marea, corrían sobre los arrecifes con espantosa rapidez.

Sus cubiertas ofrecían un siniestro y terrible espectáculo; la muerte de todos los pasajeros parecía inevitable, porque el mar furioso se estrellaba contra las rocas de la escarpada orilla.

El capitán del «Águila Negra», de pie sobre la popa y asido a un resto de mástil, daba en este terrible trance las últimas órdenes con sangre fría.

No era posible botar la chalupa, porque las olas acababan de arrebatar los botes; la sola y única esperanza, en el caso en que el buque no se estrellase ante los bajíos, era establecer con un cable por medio de las rocas un «andarivel», comunicación muy peligrosa entre la tierra y los restos de uno de los buques.

La cubierta estaba llena de pasajeros cuyos gritos de espanto aumentaban mucho más la confusión general. Unos, aterrados y asidos a las cabillas de los obenques, esperaban la muerte con estúpida insensibilidad; otros desesperados, pateaban o se revolcaban sobre la cubierta, prorrumpiendo en terribles imprecaciones.

En un lado mujeres arrodilladas y rezando; otras escondían su rostro en las manos para no ver los siniestros anuncios de la muerte; una madre joven, pálida como un espectro y con su hijo estrechamente apretado a su seno, iba suplicando a todos los marineros y ofreciendo al que se encargase de salvar a su hijo, un bolsillo lleno de oro y sus alhajas que acababa de ir a buscar.

Estos gritos y estas lágrimas contrastaban con la sombría y taciturna resignación de los marineros.

Conociendo la inminencia de un horroroso e inevitable riesgo, unos se despojaban de una parte de sus vestidos, esperando el momento de hacer un último esfuerzo para disputar su vida al furor de las olas; otros renunciando a toda esperanza, arrostraban la muerte con estoica indiferencia.

Un pasajero del «Águila Negra» parecía animado de la más activa compasión. Apenas tendría unos veinticinco años; alrededor de su rostro angelical caían flotando sus largos cabellos rizados y rubios. Llevaba una sotana negra y un alzacuello blanco: prefiriendo a los que parecían más desesperados, iba de uno a otro infundiendo con sus palabras resignación o esperanza, al oírle consolar a los unos, animar a los otros con un lenguaje lleno de unción, de ternura y de inefable caridad, parecía enteramente

extraño o indiferente a los peligros que le amenazaban.

Sobre aquel pacífico y bello rostro se leía una fría y santa intrepidez, un piadoso desprendimiento de todo pensamiento terrestre: de cuando en cuando levantaba sus ojos azules de reconocimiento, de amor y de serenidad, como para dar gracias a Dios por haberle puesto a una de aquellas formidables pruebas en que el hombre de sentimientos y de valor puede sacrificarse por sus hermanos, y sino salvar a todos, a lo menos morir con ellos, mostrándoles el cielo. En fin, parecía un ángel enviado por el Creador para suavizar los inexorables golpes de una inexorable fatalidad.

¡Contraste singular! No lejos de este joven, tan bello como un ángel, se hallaba un ser que parecía el genio del mal. Osadamente subido a un trozo de bauprés y agarrado a algunos restos de las jarcias, dominaba la escena que pasaba en la cubierta. En su frente amarilla, color peculiar a los hijos de un blanco y de una criolla mestiza, brillaba una siniestra y feroz alegría; sólo llevaba una camisa y un pantalón de tela, y a su cuello estaba suspendido con un cordón un canuto de hoja de lata semejante al que tienen los soldados para guardar su licencia.

Cuanto más aumentaba el peligro, tanto más feroces eran los transportes de infernal alegría de este pasajero. Parecía apresurar con impaciencia salvaje la obra de destrucción que estaba amenazando. Al verle saciarse de este modo en la agonía, el terror y la desesperación de todos, se le hubiera creído el apóstol de una de las sanguinarias divinidades que en los países bárbaros presiden al homicidio y al estrago.

El «Águila Negra», impelida por el viento y por las olas, llegó tan cerca del «Guillermo Tell», que desde este buque se podía distinguir a los pasajeros reunidos en la cubierta del vapor que también estaba casi desamparado.

Sus pasajeros se hallaban ya reducidos a un corto número. El golpe de mar que arrebató el tambor y rompió una de las ruedas, se había llevado al mismo tiempo toda la borda de aquel lado; y las olas entrando a cada instante por esta inmensa brecha y barriendo la cubierta con una fuerza irresistible, se llevaban cada vez algunas víctimas.

Entre los pasajeros que parecían no haberse librado de este riesgo sino para ser estrellados contra las rocas o aniquilados por el choque de estos dos buques, cuyo encuentro se hacía por segundos más inminente, había un grupo sumamente digno del más tierno y doloroso interés. Un venerable anciano, de calva frente y de bigotes canos, refugiado en la popa, se había rodeado al cuerpo una cuerda, y sólidamente amarrado al borde del buque, enlazaba con los brazos y apretaba contra el pecho a dos jóvenes de quince a dieciséis años, medio embozadas en una pelliza de piel de rengífero; a sus pies se hallaba un enorme perro chorreando agua y ladrando furiosamente a las olas.

Estas jóvenes, ceñidas por los brazos del anciano, se estrechaban una contra otra, y sus ojos, lejos de mirar con espanto todo lo que las rodeaba, se dirigían al cielo, como si llenas de ingenua confianza esperasen su salvación de un poder sobrenatural.

De repente se oyó en medio del ruido de la tormenta un espantoso grito de horror y desesperación, que los pasajeros de ambos buques dieron a la vez. En el momento en que el vapor, profundamente sepultado entre dos olas, presentaba su costado a la proa de la fragata, ésta arrebatada a una altura prodigiosa por una montaña de agua, se halló por decirlo así, encima del «Guillermo Tell» durante el momento que precedió al choque de ambos buques.

Hay espectáculos de un horror sublime imposibles de describir. Durante estas catástrofes tan rápidas como el pensamiento, se perciben a veces cuadros tan rápidos que parecen han sido vistos a la luz de un relámpago. Así es que cuando el «Águila Negra» levantada por las olas iba a caer sobre el «Guillermo Tell», el joven de cara de ángel y de rubios y flotantes cabellos, estaba de pie en la proa de la fragata, dispuesto a precipitarse en el mar para salvar alguna víctima.

A bordo del vapor, que él dominaba desde lo más elevado de una inmensa ola, distinguió de pronto a las dos jóvenes que extendían hacia él sus brazos en ademán de súplica... Parecían reconocerle y contemplábanle con un éxtasis de adoración piadosa.

Durante un segundo, las miradas de estos tres seres se encontraron a pesar del ruido de la borrasca y de la inminencia del naufragio. La fisonomía del joven manifestó entonces una compasión súbita y profunda, porque las dos niñas con las manos juntas le imploraban como a un salvador esperado. El anciano yacía tendido sobre cubierta a donde lo había arrojado un golpe de mar.

De allí a poco todo desapareció.

Una inmensa masa de agua arrojó con ímpetu el «Águila Negra» sobre el «Guillermo Tell» en medio de una nube de hirviente espuma. Al espantoso choque de estos dos cuerpos de madera y de hierro, que deshechos el uno contra el otro desaparecieron al instante, se unió solamente un grito. Un grito de agonía y muerte.

Un solo grito lanzado por cien criaturas humanas sepultándose a la vez en el profundo abismo del mar.

Después... nada.

A los pocos instantes, se podían percibir en las concavidades o en la cima de las olas los restos de los dos buques, y en otros varios puntos los brazos y los rostros lívidos de algunos desdichados que procuraban ganar los arrecifes de la costa, expuestos a ser deshechos contra ellos por el choque de las olas que venían a estrellarse con furor.

Los náufragos

En tanto que el administrador se dirigía a la orilla del mar para prestar socorro a los pasajeros que pudiesen escapar de un naufragio inevitable, Mr. Rodin, conducido por Catalina al cuarto verde, había recogido todos los objetos que debía llevar a París.

Después de pasar dos horas en este cuarto, completamente indiferente a los medios de salvación en que se ocupaban los habitantes del castillo.

Rodin volvió a la pieza que ocupaba el administrador, y que correspondía a una larga galería. Cuando entró no halló a nadie; llevaba debajo del brazo una cajita de madera de las islas, guarnecida de broches de plata ennegrecidos por el tiempo. Su levita medio abrochada permitía ver una gran cartera de tafilete encarnado guardada en el bolsillo del pecho.

Si la fisonomía fría y lívida del secretario de d'Aigrigny, hubiera podido expresar la alegría de otro modo que por una sonrisa irónica, sus facciones hubiesen expresado un inmenso gozo, porque en aquel momento se encontraba bajo el encanto de los más agradables pensamientos. Después de haber dejado la cajita sobre una mesa, decía con gran satisfacción:

—Todo va bien; más prudente ha sido dejar aquí estos papeles hasta ahora, pues es preciso desconfiar siempre del espíritu diabólico de esa Adriana de Cardoville que parece adivinar lo que es imposible que sepa. Por fortuna, se aproxima el momento en que nada tendrá uno que temer, su suerte será cruel; es preciso. Estas naturalezas independientes y altivas, son nuestros enemigos natos por la cualidad misma de su carácter y con más razón cuando particularmente son para nosotros un estorbo o un peligro. En cuanto a la Sainte-Colombe, el administrador es nuestro; entre lo que ese tonto llama su conciencia y el temor de verse a su edad privado de recursos, estoy seguro que no vacilará, y nos servirá mejor que otro cualquiera, pues estando aquí desde hace 20 años, no inspirará desconfianza alguna a esa innoble y estúpida Sainte-Colombe. Respondo de ella cuando caiga en las manos de nuestro favorecido el de Roiville. El camino de estas mujeres inmundas y tontas, está trazado de antemano: sirven al diablo en su juventud, le hacen servir para otras en su edad madura, y en su vejez sienten un miedo horrible; y preciso es que tenga miedo hasta que nos legue el castillo de Cardoville que por su posición es a propósito para un colegio. Todo va bien. En cuanto al asunto de las medallas, nos acercamos al 13 de febrero, y no hay noticias de Josué; positivamente el príncipe Djalma continúa prisionero de los ingleses en el fondo de la India, si no ya hubiese recibido yo noticias de Batavia. También las hijas del general Simón estarán lo menos un mes todavía detenidas en Leipzig: las relaciones exteriores están, pues, en las mejores condiciones posibles, y

en cuanto a las interiores...

Mr. Rodin se vio interrumpido en sus reflexiones por la entrada de la señora Dupont, que se ocupaba con celo en los preparativos de socorro.

—Pronto —dijo la señora Dupont a una criada—, encended fuego en la pieza contigua, y poned este vino a calentar; de un momento a otro llegará Mr. Dupont.

—Y bien, mi querida señora —le dijo Rodin—, ¿hay confianza de salvar a alguno de esos desgraciados?

—¡Ah señor! Lo ignoro. Ya hace dos horas que mi marido está allá. Me tiene muy inquieta; porque es tan animoso e imprudente cuando se trata de hacer bien...

«Animoso... hasta rayar en imprudente —dijo entre sí Rodin—; no me gusta eso».

—En fin —siguió Catalina—, acabo de preparar ropa caliente... cordiales... Con tal que todo esto sirva de algo.

—Así es de esperar, mi querida señora. Mucho siento que mis años y debilidad no me permitan ayudar a vuestro excelente marido. También me es muy sensible el no poderme detener para saber el resultado de sus esfuerzos, felicitarle, si tienen buen éxito, porque desgraciadamente tengo que volver a marchar; tengo el tiempo tasado. Os agradeceré que mandéis enganchar mi cabriolé.

—Sí, señor, al momento.

—Una palabra, mi querida y buena señora Dupont. Sois una mujer de juicio y capaz de dar buenos consejos. Proporciono a vuestro marido, si quiere, el seguir administrando estas tierras...

—¿Es posible? ¡Qué reconocidos os estamos! De otro modo a nuestra edad no sé qué sería de nosotros.

—Esta promesa os la hago con dos condiciones... pequeñas. Ya él os lo dirá todo.

—¡Ah! Señor, sois nuestro salvador.

—Sois demasiado buena, pero con estas dos pequeñas condiciones.

—Aunque fuesen ciento, señor, las aceptaríamos. Juzgad; sin recursos... si no tuviésemos este empleo... sin recurso alguno.

—Cuento con vos; está en el interés de vuestro marido... procurad decidirle...

—Señora..., señora, ya está aquí el amo —dijo una criada entrando precipitadamente en el cuarto.

—¿Trae mucha gente consigo?

—No, señora: viene solo...

—¿Solo... enteramente solo...?

—Sí, señora.

Algunos instantes después, Mr. Dupont entraba en la sala; sus vestidos chorreaban agua; para evitar que el viento le arrebatase el sombrero, lo había atado con su corbata, y sus botines estaban cubiertos de barro.

—Al fin ya estás aquí, amigo mío; me hallaba muy inquieta —exclamó su mujer abrazándole tiernamente.

—Hasta ahora..., hay tres salvados.

—Alabado sea Dios, mi querido señor Dupont —dijo Rodin—; al menos vuestros esfuerzos no han sido inútiles.

—Tres... nada más que tres, ¡Dios mío! —exclamó Catalina.

—No hablo más que de los que he visto cerca de la pequeña ensenada de los Goelands. Es de creer que en los otros puntos de la costa algo más accesibles se hayan salvado algunos otros.

—Tienes razón, porque la costa no es tan mala en algunos parajes.

—¿Y en dónde están esos interesantes naufragos, mi querido señor? —preguntó Rodin, que ya no podía menos de permanecer algunos instantes más.

—Ahora suben por la rampa, sostenidos por nuestros criados. Como vienen despacio, me he adelantado para calmar a mi mujer y tomar algunas medidas necesarias, por de pronto es menester preparar ropa de mujer...

—¿Hay, pues, una mujer entre las personas salvadas?

—Dos jóvenes, de quince a diez y seis años a lo más... ¡Niñas... y tan bonitas!...

—¡Desgraciadas! —dijo Rodin con compunción.

—Viene con ella el que las ha salvado la vida... ¡Oh! En cuanto a aquél, se puede decir que es un héroe.

—¿Un héroe?

—Sí, figúrate...

—Ya me lo dirás después. Ponte esta ropa que está bien seca, porque estás todo mojado... bebe un poco de vino caliente... toma.

—Lo acepto, porque estoy frío. Te decía, pues, que el que ha salvado a esas dos jóvenes es un héroe; el valor que ha mostrado sobrepasa a todo lo que se puede imaginar. Salimos de aquí con todos los hombres de la hacienda, bajamos por el sendero cortado en las rocas, y al llegar abajo en la pequeña ensenada de los Goelands, abrigada afortunadamente de las olas por cinco o seis enormes peñas que se adelantan en el mar, en el fondo de la ensenada, ¿qué es lo que hallamos? Las dos jóvenes de que hablo, desmayadas, con los pies metidos en el agua, pero arrimadas contra una roca, como si las hubiesen colocado allí después de haberlas librado del mar.

—Pobres niñas, eso parte el corazón —dijo Mr. Rodin, llevando la punta del meñique izquierdo al lagrimal de su ojo derecho para enjugar una lágrima que asomaba muy rara vez.

—Lo que más me ha sorprendido, es que se parecen tanto —dijo el administrador—, que se necesita conocerlas mucho para poderlas distinguir...

—Sin duda serán mellizas —dijo la señora Dupont.

—Una de estas pobres niñas, tenía entre sus manos cruzadas una pequeña medalla de cobre, suspendida a su cuello por una cadenita del mismo metal.

Mr. Rodin, que por lo regular estaba siempre encorvado, a estas últimas palabras se enderezó y sus lívidas mejillas se colorearon ligeramente. En cualquiera otro, estos

síntomas hubieran parecido insignificantes, pero en Mr. Rodin, acostumbrado a disimular sus emociones, indicaban una gran sorpresa; acercándose al administrador, le dijo con voz algo alterada, pero con tono muy indiferente:

—Sería sin duda alguna reliquia... ¿No mirasteis lo que había encima de esa medalla?

—No señor, no pensé en ello.

—¿Y esas dos jóvenes se parecen... mucho... decís?

—Sí señor; aquello de no poderlas distinguir. Es probable que sean huérfanas, porque visten de luto.

—¡Ah! ¡Van vestidas de luto! —dijo monsieur Rodin haciendo un nuevo gesto.

—¡Dios mío! Tan jóvenes y huérfanas —exclamó la señora Dupont enjugando sus lágrimas.

—Como estaban desmayadas, las trasportaron más lejos en un lugar en que la arena estaba seca. Mientras que estábamos en esto, vemos aparecer la cabeza de un hombre por encima de una roca; intentaba trasponerla agarrándose con una mano; acuden a socorrerle y llegan muy a tiempo, pues le faltan las fuerzas, y cae agobiado de fatiga en brazos de nuestras gentes. Éste es el que te decía que es un héroe, pues no satisfecho con haber salvado a las dos niñas con un valor admirable, había querido salvar a otra persona, y había vuelto a las rocas batidas por el mar; pero sus fuerzas estaban agotadas, y sin un pronto socorro hubiera sido víctima.

—Razón tienes, es mucho valor...

Mr. Rodin, con la cabeza baja, no parecía prestar atención a lo que se decía; su consternación y sorpresa aumentaban con la reflexión; las dos jóvenes que acababan de salvar contaban quince años, estaban enlutadas, se parecían tanto que era difícil distinguirlas, y una de ellas llevaba al cuello una medalla de cobre, ya no podía dudar que eran las hijas del general Simón. ¿Cómo las dos hermanas se hallaban entre los naufragos? ¿De qué medios se habían servido para salir de la cárcel de Leipzig? ¿Cómo era que no se lo habían avisado? ¿Habían huido, o las habían puesto en libertad? ¿Cómo no tenía noticia de todo? Estas ideas secundarias que se presentaban en masa a la imaginación de Mr. Rodin, se estrellaban en este hecho: «Que las hijas del general Simón se hallaban allí». Su trama laboriosamente urdida estaba destruida.

—Al hablar del salvador de las dos jóvenes —prosiguió el administrador dirigiéndose a su mujer, y sin hacer alto en la preocupación de Mr. Rodin—, ¿sin duda crearás ver un Hércules? Pues te engañas,... es casi un niño, según su traza, rostro cándido y largos cabellos rubios. Le he prestado una capa, porque no tenía más que su camisa, unos calzones negros y unas medias de lana del mismo color, lo que me ha chocado.

—Cierto es que los marinos no acostumbran a ir vestidos de ese modo.

—A pesar de que el buque en que venía este joven era inglés, creo que él sea francés, pues habla nuestra lengua como tú y como yo. Lo que me enterneció fue cuando las jóvenes volvieron en sí. Al verle, se arrodillaron a sus pies, y parecía que

le miraban con devoción, dándole las gracias como cuando se ruega a Dios. Luego mirando en torno como si buscasen a alguno y habiéndose dicho algunas palabras, prorrumpiendo en sollozos y se arrojaron la una en brazos de la otra.

—¡Qué horror, Dios mío; cuántas víctimas debe haber!

—Cuando dejamos la playa, el mar había ya arrojado siete cadáveres, destrozos, cajas... He hecho avisar a los aduaneros, quienes permanecerán allí todo el día para vigilar: y si, como creo, algunos otros náufragos escapan con vida, los traerán aquí. Pero escucha, me parece oír ruido de voces... ¡Sí, son los náufragos!

El administrador y su mujer se dirigieron a la puerta de la sala que daba salida a una larga galería, en tanto monsieur Rodin, royéndose convulsivamente las uñas, esperaba con inquietud rencorosa la llegada de los náufragos: muy pronto se ofreció a su vista un cuadro interesante.

Del fondo de esta galería, bastante sombría, alumbrada a un lado por algunas ventanas ojivas, se adelantaban lentamente tres personas guiadas por un campesino. Componíase este grupo de las dos jóvenes y del hombre intrépido a quien debían la vida. Rosa y Blanca llevaban en medio a su salvador, quien, caminando con gran trabajo, se apoyaba ligeramente en sus brazos.

A pesar de haber cumplido veinte y cinco años su rostro juvenil anunciaba mucha menos edad; sus largos cabellos rubios, separados sobre la frente, caían lasos, húmedos, sobre el cuello de una ancha capa parda con que le habían abrigado.

Difícil sería describir la hermosura de su rostro pálido y lánguido, tan puro como ideal del pincel de Rafael, porque únicamente este artista hubiera podido reproducir la gracia melancólica de aquel rostro encantador, la serenidad de su mirada celeste, límpida y azul como la de un arcángel o la de un mártir transportado al cielo. Sí, la de un mártir, porque una sangrienta aureola ceñía ya esta bella cabeza.

Dolor causaba verle... Por encima de sus cejas rubias, a las que el frío daba un color más vivo, una estrecha cicatriz que databa de algunos meses, parecía rodear su hermosa frente con un cordón de púrpura; pero más sensación causaba aún el ver sus manos, que habían sido cruelmente traspasadas al crucificarle; sus pies habían sufrido la misma mutilación y si caminaba con trabajo, era porque sus heridas se habían vuelto a abrir caminando por encima de las agudas rocas.

Este joven era Gabriel, sacerdote de las misiones extranjeras e hijo adoptivo de la mujer de Dagoberto. Gabriel era sacerdote y mártir; porque aún en nuestros días hay mártires, como en el tiempo en que los Césares entregaban los primeros cristianos a los leones y tigres del Circo. Porque, en nuestros tiempos, algunos hijos del pueblo, pues casi siempre es él el que produce los hechos heroicos y desinteresados, llevados de una vocación respetable, como todo lo que es animoso y sincero, se diseminan por todas las partes del mundo, para tratar de propagar su fe, arrostrando el tormento y la muerte con un valor sencillo.

¡Cuántos, víctimas de los bárbaros, han perecido, ignorados, en medio de las soledades de ambos mundos! Y estos simples soldados de la cruz, que no tienen más

que su creencia y su intrepidez, a su vuelta —y son muy pocos los que regresan—, nunca llegan a alcanzar productivas dignidades eclesiásticas; nunca la púrpura ni la mitra oculta su frente cicatrizada y sus miembros mutilados; como el mayor número de los soldados, mueren en el olvido...

* * *

Vueltas en sí las hijas del general Simón, y hallándose en estado de trepar por las rocas, quisieron dar una prueba de ingenuo reconocimiento encargándose de ayudar la marcha vacilante del que acababa de arrancarlas a una muerte segura.

Los vestidos negros de Rosa y Blanca chorreaban agua; su rostro, sumamente pálido, expresaba un dolor profundo; recientes lágrimas humedecían sus mejillas; las pobres huérfanas, temblando de emoción y de frío, pensaban con desesperación en que no volverían a ver a Dagoberto, su guía, su amigo, porque a él era a quien Gabriel había tratado en vano de ayudar a trepar por las rocas; desgraciadamente las fuerzas les habían faltado a ambos, y una ola en su retirada había arrastrado al soldado.

La presencia de Gabriel fue para Mr. Rodin un nuevo motivo de sorpresa, quien se había retirado a un lado para examinarlo todo a su gusto: pero esta sensación era agradable; experimentó tanta alegría al ver salvado al misionero de un riesgo tan inminente, que se suavizó algún tanto la impresión que le había causado la vista de las hijas del general Simón, pues debe tenerse presente que convenía a los proyectos de Mr. Rodin el que Gabriel se hallase en París el 13 de febrero.

El administrador y su mujer, conmovidos al ver a las huérfanas, se adelantaron con solicitud.

—¡Señor... señor... buenas noticias! —gritó un muchacho de la quinta que entró corriendo—. Se han salvado otros dos naufragos.

—¡Bendito sea Dios! ¡Ensalzado sea su nombre! —dijo el misionero.

—¿En dónde están? —preguntó el administrador dirigiéndose a la puerta.

—Uno hay que camina y me sigue guiado por Justino; el otro se ha herido contra las rocas, y lo traen en unas angarillas hechas de ramas de árboles.

—Voy a hacer que lo coloquen en la sala baja —dijo el administrador—; y tú, mujer, ocúpate de esas señoritas.

—¿Y dónde está el naufrago que camina? —preguntó la mujer del administrador.

—Hele aquí —dijo el campesino señalado a una persona que se adelantaba por el fondo de la galería—. Así que ha sabido que las dos señoritas salvadas se hallaban aquí, a pesar de ser viejo y estar herido en la cabeza, ha dado tales pasos que me ha costado trabajo adelantarme.

Apenas había el muchacho pronunciado estas palabras, cuando Rosa y Blanca, por un movimiento espontáneo, se precipitaron a la puerta de la sala... En aquel momento entraba Dagoberto.

El soldado no pudo pronunciar una palabra, cayó de rodillas y tendió los brazos a las hijas del general Simón. «Malasombra» también se hallaba allí lamiéndose las manos.

Pero la emoción era demasiado violenta para Dagoberto. Cuando hubo estrechado a las huérfanas en sus brazos, su cabeza se inclinó hacia atrás y hubiera caído tendido a no ser por los aldeanos. No obstante las observaciones que hizo la mujer del administrador a las jóvenes sobre su debilidad y emoción, quisieron acompañar a Dagoberto desmayado, a quien transportaron a un cuarto contiguo.

El rostro de Mr. Rodin se contrajo violentamente a la vista del soldado, porque creía que habría muerto el guía de las hijas del general Simón.

El misionero estaba apoyado en una silla y no había visto aún a Mr. Rodin.

Un nuevo personaje, de color amarillo mate, entró en el cuarto acompañado de un campesino que le indicó a Gabriel.

Este hombre, a quien le habían prestado una blusa y un pantalón de labrador, se acercó al misionero y le dijo en francés.

—El príncipe Djalma acaba de ser transportado aquí; y lo primero que ha dicho es que desea veros.

—¿Qué dice ese hombre? —exclamó Rodin con voz de trueno. Porque al nombre de Djalma de un salto se puso al lado de Gabriel.

—¡Mr. Rodin! —repitió el otro náufrago, y desde entonces no perdió de vista al corresponsal de Mr. Josué.

—¿Vos aquí, señor? —dijo Gabriel acercándose a Rodin con deferencia.

—¿Qué os ha dicho ese hombre? —repitió Rodin con voz alterada—. ¿No ha pronunciado el nombre del príncipe Djalma?

—Sí, señor; el príncipe Djalma es uno de los pasajeros del buque inglés que venía de Alejandría, y en el cual hemos naufragado. Este buque tocó en las Azores, en donde me hallaba, porque el otro en que me había embarcado en Charlestown tuvo que quedarse en esta isla para reparar sus muchas averías, y me embarqué en el «Águila Negra» donde encontré el príncipe Djalma. Íbamos a Portsmouth, y de allí pensaba regresar a Francia.

Rodin no trataba de interrumpir a Gabriel; este nuevo golpe paralizaba su imaginación. En fin, como hombre que hace el último esfuerzo, a pesar de conocer su inutilidad, dijo a Gabriel:

—¿Y sabéis quién es ese príncipe Djalma?

—Un joven bueno y valiente, hijo de un rey indio despojado de su territorio por los ingleses.

Después volviéndose al náufrago, le dijo el misionero con interés:

—¿Cómo se halla el príncipe? ¿Son peligrosas sus heridas?

—Unas fuertes contusiones pero no serán mortales —contestó el otro.

—¡Loado sea Dios! —dijo el misionero dirigiéndose a Rodin—; ya veis, otro náufrago salvado.

—Tanto mejor —respondió Rodin con tono imperioso y conciso.

—Voy a verle —dijo Gabriel con sumisión—, ¿tenéis que darme alguna orden?

—¿Os encontraréis en estado de partir dentro de dos o tres horas, a pesar de vuestro cansancio?

—Si es preciso, sí.

—Es indispensable... partiréis conmigo.

Gabriel inclinó la cabeza, y Rodin se dejó caer en una silla agobiado, viendo salir al misionero con el labrador, pues no había echado de ver que el hombre de color amarillento permanecía en un rincón del cuarto.

Este hombre era Faringhea, el mestizo, uno de los tres jefes de los estranguladores, que había escapado a las pesquisas de los soldados en las ruinas de Tchandi; después de haber muerto a Mahal, el contrabandista, le había robado los despachos dirigidos por Mr. Josué Van-Dael a Rodin, y la epístola con la cual el contrabandista debía ser admitido como pasajero a bordo del «Rayter». Habiéndose escapado Faringhea de la cabaña de las ruinas de Tchandi sin ser visto por Djalma, éste, hallándole a bordo después de su evasión —que explicaremos luego—, e ignorando que pertenecía a la secta de los phansegars, le había tratado durante la travesía como a un compatriota.

Rodin, con los ojos fijos, desencajados, el rostro lívido, royéndose las uñas con una rabia muda, no vio al mestizo que aproximándose a él sin hacer ruido, le dijo poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro:

—¿Os llamáis Rodin?

—¿Y qué? —preguntó éste estremeciéndose y levantando bruscamente la cabeza.

—¿Si os llamáis Rodin? —repitió Faringhea.

—Sí; ¿qué queréis?

—¿Vivís en la calle de Milieu des Ursins en París?

—Sí... pero ¿qué deseáis?

—Por ahora, nada, hermano... Más adelante... mucho.

Y Faringhea se alejó lentamente, dejando a Rodin aterrado; porque a este hombre que no temblaba delante de nadie, le hicieron una fuerte impresión la mirada siniestra y la fisonomía del estrangulador.

XXVII

El viaje a París

Profundo silencio reinaba en el castillo de Cardoville, la tempestad había ido cediendo poco a poco, y sólo se oía a lo lejos el sordo ruido de las olas que venían lentamente a estrellarse contra las rocas.

Dagoberto y las huérfanas ocupaban habitaciones confortables en el primer piso del castillo. Djalma fue colocado en un cuarto bajo, pues el mal estado de sus heridas no permitió que le trasladasen al primer piso. En el trance terrible del naufragio, una madre desesperada le había confiado la salvación de su hijo, y por conservar la vida a este infeliz, luchó en vano contra el furor del mar que lo arrojó algunas veces contra las rocas. Faringhea, que había sabido captarse su voluntad, estaba a su lado velándole.

Gabriel, después de dar algunos consuelos a Djalma, volvió a subir al cuarto que le habían destinado; fiel a la promesa que había hecho a Rodin de estar pronto a partir de allí a dos horas, no quiso acostarse, recostóse en un sillón de brazos y durmió tranquilamente delante de una chimenea en que ardía un buen fuego. Contiguo a este aposento estaban los que ocupaban Dagoberto y las dos hermanas.

«Malasombra», inspirándole confianza el castillo, había abandonado la puerta del cuarto de Rosa y Blanca, para calentarse tendido delante de la chimenea cerca de la cual estaba dormido el misionero.

Transcurridos algunos instantes se abrió una de las puertas de este cuarto, y entraron tímidamente las dos hermanas, hallándose despiertas, descansadas y vestidas; estaban inquietas por Dagoberto, pues a pesar de que la mujer del administrador, después de haberlas conducido a su cuarto, hubiese vuelto a informarlas que el médico de la aldea había dicho no ser grave la herida del soldado, salían de su aposento con la confianza de que alguno del castillo les diera noticias más recientes.

El alto respaldo de la poltrona en que dormía Gabriel le ocultaba enteramente; pero las huérfanas, al ver a «Malasombra» tranquilamente tendido allí, creyeron que era Dagoberto el que dormía, y se adelantaron hacia la silla de puntillas. Quedaron sorprendidas viendo a Gabriel dormido. Sin saber que hacer permanecieron inmóviles, por temor de despertarle.

La hermosa fisonomía de Gabriel manifestaba entonces una amarga melancolía, bien porque se hallase bajo la penosa impresión de un sueño, o porque ocultase dolorosas penas, cuya expresión se revelaba a pesar suyo; pero no obstante, sus facciones conservaban su carácter de suavidad angelical, de atractivo inexplicable, porque nada hay más interesante que la bondad que padece. Las dos niñas bajaron los

ojos, se ruborizaron y miráronse algo inquietas, señalando con la vista al misionero.

—Duerme, hermana mía —dijo Rosa en voz baja.

—Tanto mejor —respondió Blanca en voz baja también y haciendo un gesto de inteligencia a su hermana—; con eso podremos contemplarle bien.

—Cuando veníamos de la orilla del mar con él, no nos atrevíamos...

—Mira qué dulzura se pinta en su semblante.

—Me parece que es él el que hemos visto en nuestros sueños.

—Cuando nos decía que nos protegería.

—Y esta vez también lo ha hecho.

—Pero al menos, le vemos.

—No como en la cárcel de Leipzig, durante aquella noche tan oscura...

—Esta vez también nos ha salvado.

—Sin él, esta mañana habiéramos perecido.

—Hermana mía, en nuestros sueños, me parece que su rostro estaba como iluminado por un suave resplandor.

—Sí, parecía que nos deslumbraba.

—Y además no tenía el aire tan triste.

—Es que entonces venía del cielo, y ahora se halla en la tierra.

—Hermana ¿tenía entonces en la frente esa cicatriz de color de rosa?

—¡Oh! no; lo habiéramos echado de ver.

—Y en sus manos... mira qué otras cicatrices.

—Puesto que ha sido herido, no puede ser un arcángel. ¿Por qué hermana mía? ¿Si ha recibido esas heridas deseando precaver el mal o socorriendo algunas personas que iban a perecer?

—Tienes razón; si no corriese ningún riesgo yendo al socorro de los que protege, no sería tan hermoso.

—Es lástima que no abra los ojos.

—¡Su mirada es tan bondadosa!

—¿Por qué en el camino no nos habrá hablado de nuestra madre?

—No nos hallábamos solas con él, y no habrá querido...

—Ahora lo estamos...

—Si le pidiésemos que lo hiciese...

Y las huérfanas se consultaron con la mirada con ingenuidad encantadora; sus peregrinos rostros se sonrosaron de un ligero carmín y su seno virginal palpité suavemente bajo su vestido negro.

—Tienes razón, roguémoselo.

—¡Virgen santa, hermana, cómo late «nuestro corazón»! —dijo Blanca creyendo fundadamente que Rosa sentiría lo mismo que ella—; y ¡qué agradable es esta palpitación! Diríase que nos va a suceder algo bueno.

Las dos hermanas, acercándose de puntillas a la silla, se arrodillaron a derecha e izquierda del sacerdote con las manos cruzadas. Era un cuadro interesante. Elevando

sus hermosos ojos hacia Gabriel, le dijeron muy bajito, con voz suave y fresca, como sus rostros de quince abriles:

—¡Gabriel, habládnos de nuestra madre!

A estas palabras, el misionero, haciendo un ligero movimiento, entreabrió los ojos, y merced a ese vago estado de somnolencia en que uno se haya antes de despertarse, no pudiendo definir lo que veía, gozó de un momento de encanto a la aparición de aquellas dos angelicales figuras que vueltas hacia él, le llamaban suavemente.

—¿Quién me llama? —dijo despertándose completamente y levantando la cabeza.

—¡Somos nosotras!

—¡Nosotras, Blanca y Rosa!

Gabriel se ruborizó, conociendo a las jóvenes a quienes había salvado.

—Levantaos, hermanas mías —les dijo—; no se dobla la rodilla sino delante de Dios.

Las huérfanas obedecieron y se colocaron a su lado.

—¿Sabéis pues mi nombre? —les preguntó sonriendo.

—¡Oh! no lo hemos olvidado.

—¡Quién os lo ha dicho!

—Vos mismo.

—¡Yo!

—Cuando vinisteis de parte de nuestra madre.

—Para decirnos que os enviaba a nosotras y que siempre nos protegeríais.

—¡Yo, hermanas mías! —dijo el misionero no pudiendo entender lo que querían decir las huérfanas—. Os engañáis. Hoy es la primera vez que os he visto.

—Y en nuestros sueños.

—Sí, ¿os acordáis? en nuestros sueños.

—En Alemania; hace tres meses, por vez primera. Mirádnos bien.

Gabriel no pudo menos de sonreírse de la sencillez de Rosa y Blanca, que le rogaban que se acordase de un sueño que habían tenido, y cada vez más sorprendido, replicó:

—¡En vuestros sueños!

—Sí, seguramente, cuando nos dabais tan buenos consejos.

—También después; cuando tuvimos algún pesar, en la cárcel, vuestras palabras nos consolaron y nos dieron ánimo.

—¿Y no nos habéis hecho salir de la cárcel de Leipzig, en aquella noche tan oscura en que no os podíamos ver?

—¡Yo!

—¿Quién sino vos hubiera venido en nuestra ayuda y en la de nuestro anciano amigo?

—Bien le decíamos que le amaríais porque él nos ama, a pesar de que no cree en

ángeles.

—También esta mañana, durante la tempestad, casi no sentíamos miedo.

—Porque os esperábamos.

—Esta mañana, sí, hermanas mías, Dios se ha dignado enviarme en vuestra ayuda; venía de América, pero nunca he estado en Leipzig. Por consiguiente no soy yo el que os ha sacado de la cárcel. Decidme, hermanas mías —añadió sonriendo bondadosamente—, ¿por quién me tomáis?

—Por un buen ángel que ya hemos visto en sueños, y que nuestra madre nos ha enviado del cielo a fin de que nos proteja.

—Mis queridas hermanas, no soy más que un pobre sacerdote. Habrá dado la casualidad de que me parezca al ángel que habéis visto en sueños, y que no podíais ver de otro modo; pero para nosotros no hay ángeles visibles.

—¡No hay ángeles visibles! —repitieron las huérfanas mirándose con tristeza.

—No importa, queridas hermanas —dijo Gabriel cogiéndolas afectuosamente las manos—; los sueños, como todo, vienen de Dios; y puesto que el recuerdo de vuestra madre está mezclado con ese sueño, debéis bendecirlo.

En esto se abrió la puerta y se presentó Dagoberto.

Hasta entonces, preocupadas las huérfanas con el deseo de estar protegidas por un arcángel, no se habían acordado que la mujer de Dagoberto había adoptado un niño abandonado que se llamaba Gabriel, que era sacerdote y misionero.

A pesar de que el soldado se empeñaba en sostener que su herida era «una herida blanca», había sido cuidadosamente curado por el cirujano de la aldea; un vendaje negro le cubría la mitad de la frente lo cual aumentaba su aire naturalmente brusco. Al entrar en la sala quedó muy sorprendido de ver a un desconocido tener entre sus manos las de Rosa y Blanca. Se comprende su sorpresa, pues Dagoberto no sabía que el misionero hubiese salvado a las huérfanas e intentado hacer lo mismo con él.

Por la mañana, mientras duró la tempestad, luchando con las olas y procurando en vano asirse a alguna roca, el soldado no había visto sino muy imperfectamente a Gabriel en el momento en que éste, después de salvar a las dos hermanas de una muerte inevitable, había procurado inútilmente ayudarle.

Cuando después del naufragio, Dagoberto había vuelto a hallar a las huérfanas en la sala baja del castillo, como ya se ha dicho, se desmayó por efecto del cansancio, la emoción y su herida; de modo que en este momento tampoco había fijado la atención en el misionero.

El veterano fruncía ya sus cejas canas bajo el vendaje negro, al ver a un desconocido hablando tan familiarmente con Rosa y Blanca, cuando éstas corrieron a echarse en sus brazos haciéndole mil caricias filiales; al momento se disipó su resentimiento ante estas pruebas de afecto, a pesar de que de tiempo en tiempo miraba de reojo al misionero, que se había incorporado y cuyo rostro no distinguía bien.

—¿Y tu herida? —le dijo Rosa con interés—; nos han dicho que no es peligrosa.

—¿Padeces aún? —añadió Blanca.

—No, hijas mías; el «mayor» de la aldea es quien se ha empeñado en envolverme en ese vendaje; aun cuando hubiese recibido en la cabeza una docena de sablazos no me hubieran entrapajado de este modo; me tomarán por un viejo endeble; no es más que una herida blanca y tengo deseos de... —Y el soldado llevó una de sus manos al vendaje.

—¿Quieres dejar eso? —dijo Rosa, deteniendo el brazo de Dagoberto—. ¡Qué poco razonable eres... a tu edad!

—Bien, no me riñáis; haré lo que queráis, conservaré el vendaje. —Luego, llevando las huérfanas a un rincón de la sala, les dijo en voz baja señalándole con un gesto al joven sacerdote—: ¿Quién es ese caballero que os tenía cogidas las manos cuando he entrado? Tiene trazas de ser cura. Ya veis, hijas mías, es menester tener cuidado... porque...

—¡Él! —exclamaron Rosa y Blanca volviéndose hacia Gabriel—: a no ser por él no te abrazaríamos en este momento.

—¿Cómo? —exclamó el soldado enderezando bruscamente su elevada talla.

—Es nuestro ángel de la guarda —repuso Blanca.

—A no ser por él —dijo Rosa— esta mañana hubiéramos perecido en el naufragio.

—¡Él!... ¡Es él quien!... —Dagoberto no pudo continuar.

Con el corazón oprimido y los ojos húmedos se acercó al misionero, y exclamó con un acento de reconocimiento difícil de explicar:

—Caballero, os debo la vida de estas dos niñas. Sé apreciar debidamente el favor que me habéis hecho. No os digo nada más, porque esto lo expresa todo. —Pero herido de un súbito recuerdo, añadió—: ¡Qué es lo que veo! Cuando trataba de agarrarme a una roca para no ser arrebatado por las olas, ¿no erais vos quien me tendió la mano? Sí... vuestros cabellos rubios... vuestro rostro juvenil... ciertamente, erais vos... ahora... os reconozco...

—Desgraciadamente, caballero, me faltaron las fuerzas, y tuve el sentimiento de veros caer otra vez al mar.

—Nada puedo añadir a lo que acabo de deciros para expresaros mi gratitud —contestó Dagoberto con tierna sencillez—. Salvando a estas niñas habéis hecho por mí mucho más que si me hubieseis conservado la vida... ¡Pero qué valor! —dijo el soldado con admiración—. ¡Tan joven, y delicado como una niña!

—¡Cómo! —exclamó Blanca con alegría—, ¿nuestro Gabriel procuró también salvarte?

—¡Gabriel! —dijo Dagoberto interrumpiendo a Blanca y dirigiéndose al sacerdote—. ¿Os llamáis Gabriel?

—Sí, señor.

—¡Gabriel! —repitió el soldado cada vez más admirado—. ¿Y sois sacerdote? —añadió.

—Sacerdote de las misiones extranjeras.

—¿Y quién os ha educado? —preguntó el soldado con creciente sorpresa.

—Una mujer excelente y generosa, a quien venero como a la mejor de las madres, porque se compadeció de mí, niño huérfano, y me ha tratado como si fuese su hijo.

—Francisca... Baudoin... ¿no es verdad? —dijo el soldado conmovido.

—Sí señor —respondió Gabriel sorprendido a su vez—. ¿Pero cómo sabéis?...

—¿La mujer de un soldado? —contestó Dagoberto.

—Sí, de un buen soldado, que por una adhesión admirable se halla hoy en el destierro, lejos de su mujer, de su hijo, de mi buen hermano... porque con orgullo le doy este nombre...

—¡Mi... Agrícola! Mi mujer. ¿Cuándo os separasteis de ellos?

—¿Seríais acaso el padre de Agrícola? ¡Oh!, ¡no sabía toda la gratitud que debía a Dios! —dijo Gabriel cruzando las manos.

—¿Y mi mujer? ¿Y mi hijo? —repitió Dagoberto— ¿cómo se halla? ¿Tenéis noticias suyas?

—Las que he recibido hace tres meses eran muy satisfactorias.

—¡Ah! ésta es demasiada alegría —exclamó Dagoberto—, es demasiada...

Y el veterano no pudo continuar; la emoción le embargó la voz, y se dejó caer en una silla.

Entonces Rosa y Blanca recordaron la epístola de su padre, relativa al niño huérfano llamado Gabriel, y adoptado por la mujer de Dagoberto, y no pudieron menos de manifestar su ingenua alegría.

—¡Nuestro Gabriel es el tuyo!... ¡es el mismo!... ¡qué dicha! —exclamó Rosa.

—Sí amadas mías, es vuestro como mío; cada uno tenemos nuestra parte en él. — Luego, dirigiéndose a Gabriel, añadió el soldado con efusión—: ¡Tu mano... dame tu mano, intrépido joven!... A fe mía, te tuteo, porque eres hermano de mi Agrícola.

—¡Ah!, ¡cuánta bondad!

—Eso es: danos las gracias después de lo mucho que te debemos.

—¿Y mi madre adoptiva sabe vuestra llegada?

—Le he escrito hace cinco meses, pero que venía solo... por... ya te lo diré en otra ocasión. ¿Vive siempre en la calle Brise-Miche? Allí es donde nació mi Agrícola.

—Sí, señor, allí sigue.

—En ese caso, habrá recibido mi carta; bien hubiera querido escribirle desde la cárcel de Leipzig, pero no pude.

—De la cárcel ¿salís de la cárcel?

—Sí, vengo de Alemania, por el Elba y Hamburgo y todavía me hallaría en Leipzig sin un acontecimiento que me haría creer en el diablo... pero en un buen diablo.

—¿Qué queréis decir? explicaos...

—Me sería muy difícil, porque yo todavía no lo he comprendido. Pero estas niñas —y señaló a Rosa y Blanca sonriéndose—, pretendían haber ido más allá que yo, y

me repetían: «Es el arcángel el que ha venido a socorrernos, Dagoberto; es el arcángel. ¿Ves? Tú que preferías a “Malasombra” para defendernos».

—Gabriel... os espero... —dijo una voz breve que hizo estremecer al misionero.

Dagoberto, él y las huérfanas volvieron la cabeza, y «Malasombra» gruñó sordamente.

Era Mr. Rodin, que se hallaba de pie en una puerta que daba al corredor. Sus facciones permanecían tranquilas e impasibles; lanzó una mirada rápida y escudriñadora al soldado y a las dos hermanas.

—¿Qué hombre es éste? —dijo Dagoberto a quien la fisonomía de Mr. Rodin desagradó en extremo—. ¿Qué diablos quiere?

—Debo acompañarle —respondió Gabriel con marcado sentimiento; y volviéndose hacia Mr. Rodin—: Perdonad, voy al instante.

—¡Cómo! te vas —dijo Dagoberto sorprendido—, ¿en el instante en que nos hablamos? ¡No, voto a bríos! No partirás, tengo demasiadas cosas que decirte y preguntarte. Viajaremos juntos; me causará mucho placer.

—Es imposible, es mi superior; debo obedecerle.

—¿Tu superior? Si va vestido de paisano.

—Está dispensado de ir vestido de sacerdote.

—Y bien, ya que no está de uniforme y en tu estado no hay calabozo, envíale...

—Creedme, si me fuese posible quedarme, no dudaría un minuto.

—Razón tenía en mirar a ese hombre con malos ojos —dijo Dagoberto entre dientes; y luego añadió en voz baja con enfado—: ¿Quieres que le diga que nos hará un gran favor marchándose solo?

—Os pido que nada le digáis, sería inútil; conozco mi deber; mi voluntad es la de mi superior. A mi llegada a París, iré a veros, así como a mi madre adoptiva y mi buen hermano Agrícola.

—Bien, haz lo que quieras. He sido soldado, y conozco lo que es subordinación —dijo Dagoberto apesadumbrado—; es preciso hacer buena cara al mal tiempo. Así, hasta pasado mañana, calle Brise-Miche, porque me aseguran que mañana a la noche nos hallaremos en París; dentro de poco partiremos. Di ¿parece que también vuestra disciplina es muy rígida?

—Sí, muy grande, muy severa —respondió Gabriel estremeciéndose y reprimiendo un suspiro.

—Vamos, abrázame, y hasta muy pronto. Veinticuatro horas pasan en seguida.

—Adiós... adiós... —respondió el misionero con voz conmovida y correspondiendo al abrazo del veterano.

—Adiós, Gabriel... —añadieron las huérfanas, suspirando y con los ojos humedecidos.

—Adiós, hermanas mías —contestó Gabriel.

Y salió con Rodin, que no había perdido ni el menor incidente de esta escena.

Dos horas después, Dagoberto y las huérfanas se habían despedido de las buenas

gentes del castillo, tomando el camino de París, y no sabiendo que Djalma quedaba en Cardoville por no permitirle sus heridas continuar su viaje.

El mestizo Faringhea permaneció al lado del joven príncipe, no queriendo, según decía, dejar a su compatriota.

* * *

Trasladaremos ahora al lector a la calle «Brise-Miche», en casa de la mujer de Dagoberto.

CUARTA PARTE

La calle de Brise-Miche

XXVIII

La mujer de Dagoberto

Las escenas siguientes pasaban en París al otro día de haber sido acogidos los náufragos en el castillo de Cardoville. Nada más desagradable que el aspecto de la calle «Brise-Miche», triste y solitaria, que desemboca por un extremo en la calle Saint-Merry y por el otro cerca de la plazuela del Claustro, junto a la iglesia.

Por este lado, la callejuela, que no tiene más que unos ocho pies de ancho, está encajonada entre dos murallas negras y sucias, cuya extremada altura la priva en todos tiempos de luz y de aire libre; sólo durante los días más largos del año es cuando penetra algún rayo de sol; así es que en los fríos húmedos del invierno una niebla glacial y penetrante oscurece constantemente esta especie de pozos oblongos.

Eran cerca de las ocho de la noche, y a la pálida claridad del reverbero, cuya luz rojiza disipaba apenas la niebla, se distinguían dos hombres parados en el ángulo de uno de estos enormes muros, en misteriosa conversación.

—Así —dijo el uno—, ya estáis enterado. Permaneceréis en la calle hasta tanto que los hayáis visto entrar en el número 5.

—Bien.

—Y cuando hayan entrado, para mayor seguridad subís a casa de Francisca Boudoin...

—Bajo pretexto de preguntar si vive allí la trabajadora Gibosa, la hermana de esa muchacha la «Reina Bacanal».

—Muy bien. Con respecto a ésta, tratad, de saber exactamente por la Gibosa el sitio en donde para, porque es muy interesante: estas mujeres mudan de albergue como los pájaros, y hemos perdido su rastro.

—Descansad. Haré todo lo que pueda con la Gibosa para que me indique en dónde vive su hermana.

—Y para daros más ánimo, os esperaré en la taberna que está enfrente del claustro, y a vuestro regreso beberemos un vaso de vino caliente.

—No vendrá mal, porque esta noche hace un frío horrible.

—Decídmelo a mí que esta mañana se helaba el agua en mi hisopo, y estaba tieso como una momia en mi silla a la puerta de la iglesia. ¡Ah! camarada, no son todo flores en el oficio de dar agua bendita.

—Por fortuna, hay sus beneficios.

—Eso sí.

—Vamos, buen éxito. No lo olvidéis, número 5... el pasadizo estrecho al lado de la tienda del tintorero.

—Basta, basta.

Y estos dos hombres se separaron. El uno se dirigió a la plazuela del Claustro, y el otro en sentido opuesto al extremo de la callejuela que da a la calle de Saint-Merry; no tardó éste mucho en hallar el número de la casa que buscaba, alta y estrecha, y como todas las demás de la calle, de apariencia miserable. Desde este momento, el hombre se puso a pasear delante de la puerta del número 5.

Si el exterior de estas moradas era desagradable, sería difícil dar una idea de su interior lúgubre y nauseabundo; la casa número 5 sobre todo, estaba en un estado de ruina y de suciedad repugnante. El agua que brotaba de las paredes corría por la escalera llena de inmundicia, en el estrecho descanso del segundo piso había un montón de paja para limpiarse los pies, pero habiéndose convertido en estiércol, contribuía a aumentar el mal olor, causado por la falta de aire, la humedad y las exhalaciones pútridas de los sótanos, pues por algunas aberturas practicadas en la caja de la escalera se percibía el débil resplandor de una luz. En este barrio, uno de los más populosos de París, estas casas frías y malsanas están generalmente habitadas por la clase trabajadora que vive amontonada en ellas.

La casa de que tratamos era de este número.

Un tintorero ocupaba la parte baja; las exhalaciones de su taller aumentaban la fetidez de esta casa. Pequeñas viviendas de artesanos, algunos obreros que trabajaban en cuadras, estaban en los pisos excedentes; en uno de los aposentos del cuarto piso vivía Francisca Baudoin, mujer de Dagoberto.

Francisca Baudoin, sentada cerca de la estufa, que para el frío y humedad que hacía daba muy poco calor a este aposento tan mal resguardado, se ocupaba en preparar la cena de su hijo Agrícola. La mujer de Dagoberto tenía como unos cincuenta años.

Su rostro era enjuto; en su fisonomía se pintaba la resignación y una suma bondad. Difícil hubiera sido hallar una madre mejor ni más animosa; sin más recursos que su trabajo, había conseguido a fuerza de energía no sólo educar a su hijo Agrícola, sino también a Gabriel, pobre niño abandonado, que había tenido el admirable valor de tomar a su cargo.

En su juventud había descontado, por decirlo así, su salud futura, por doce años lucrativos, gracias a un trabajo exagerado, y que las privaciones hacían más terrible porque entonces (y era buena época con respecto a la actual) velando y trabajando con afán, Francisca había conseguido ganar a veces hasta nueve reales y medio por día, con los cuales había logrado educar a su hijo y al niño adoptivo. Después de estos doce años, se alteró su salud, pero al menos los dos niños no carecieron de nada y habían recibido la educación que el pueblo puede dar a sus hijos. Agrícola entraba de aprendiz en casa de Mr. Francisco Hardy, y Gabriel estaba para entrar en el seminario bajo la protección muy solícita de Mr. Rodin, cuyas relaciones se habían hecho muy estrechas, desde 1820, con el confesor de Francisca Baudoin, porque ésta había sido, y seguía siendo de una piedad poco ilustrada, pero excesiva.

Esta mujer era uno de esos mártires de adhesión ignorados que rayan muchas

veces en el heroísmo; almas cándidas en las que el instinto del corazón suple a la inteligencia. El único defecto, o más bien la consecuencia de este ciego candor, era una obstinación invencible, cuando Francisca creía obedecer sumisa la influencia de su confesor, bajo la cual estaba hacía muchos años; esta influencia la consideraba como una de las más santas y más respetables; ningún poder, ninguna consideración humana le hubiera hecho variar de propósito; en caso de discusión sobre este punto, nada en el mundo hubiera hecho ceder a esta buena mujer; su resistencia sin cólera, sin enojo, era suave como su carácter, tranquila como su conciencia, pero también como ella inquebrantable.

En una palabra, Francisca Baudoin era uno de esos seres puros, ignorantes y crédulos que, sin echarlo de ver, llegan a ser instrumentos terribles en manos hábiles. Hacía ya tiempo que el mal estado de su salud la obligaba a un descanso forzado, pues lo más que podía trabajar eran dos o tres horas, y el resto del día lo pasaba en la iglesia.

Al cabo de algunos momentos, Francisca se levantó, desembarazó uno de los extremos de la mesa de varios sacos de tela grosera, puso en ella algunos platos con solicitud maternal, sacó del armario un saquito de piel que contenía un viejo vaso de plata abollado y un ligero cubierto del mismo metal, tan usado y delgado, que la cuchara tenía el borde cortante. Lo limpió todo lo mejor que pudo y colocó al lado del plato de su hijo estos utensilios de «plata», el regalo de bodas de Dagoberto.

Era lo más precioso que poseía Francisca, por los recuerdos que lo acompañaban.

A pesar de que Agrícola no tardase mucho más de lo regular, la fisonomía de su madre expresaba inquietud; por sus ojos encendidos se conocía que había llorado mucho. La pobre mujer, después de muchas y dolorosas incertidumbres, acababa de convencerse que su vista dentro de poco no le permitiría trabajar ni aun dos o tres horas al día, según su costumbre.

Esta excelente costurera, a medida que iba perdiendo la vista, tenía que ocuparse de trabajo mucho más ordinario, y por consiguiente los productos disminuían a proporción; al fin se había visto reducida a coser sacos de munición, que tienen lo menos doce pies de costura, y que le pagaban a razón de tres cuartos por saco, poniendo ella el hilo.

Afortunadamente Francisca tenía en su hijo un digno apoyo; excelente trabajador, aprovechándose del justo reparto de salarios y beneficios concedidos por Mr. Hardy, solía ganar de veinte a veinte y dos reales diarios, esto es más del doble de lo que ganaban los operarios de otros establecimientos; por lo tanto, aun cuando su madre no hubiese ganado nada, podían vivir los dos cómodamente.

Pero la pobre mujer, tan sumamente económica, que hasta llegaba a privarse de lo más necesario, desde que frecuentaba tan asiduamente su parroquia se había acostumbrado a una prodigalidad perjudicial con respecto a la iglesia. Agrícola tenía un corazón tan bueno y generoso, amaba y veneraba tanto a su madre, y el sentimiento que le inspiraba ésta era tan tierno, que nunca se había quejado de que

una parte de su paga que entregaba escrupulosamente a su madre cada sábado se emplease en obras pías.

Algunas veces había advertido a su madre, con tanto respeto como cariño, que sentía verla privarse de ciertas comodidades que su edad y salud requerían, y todo por preferir atender a sus gastos devotos. ¿Pero qué responder a esta excelente madre cuando decía con los ojos bañados en lágrimas? «Hijo mío, es por la memoria y salud espiritual de tu padre y la tuya...».

Discutir con Francisca sobre la influencia de las misas y cirios en el bienestar presente o futuro de Dagoberto, hubiera sido entrar en una cuestión que Agrícola se había propuesto no tocar nunca por respeto a su madre y a sus creencias.

A un golpecito dado con discreción en la puerta, contestó Francisca: Entrad.
Y obedecieron.

XXIX

La hermana de la «Reina Bacanal»

La persona que acababa de entrar en casa de la mujer de Dagoberto, era una joven de unos diez y ocho años próximamente, pequeña y muy contrahecha; tenía el talle desviado, el espinazo encorvado, el pecho hundido y la cabeza enterrada en sus espaldas; su rostro, bastante regular, flaco y marcado de viruelas, expresaba suma dulzura y tristeza; en sus ojos azules se pintaban la inteligencia y la bondad.

Llevaba en la mano un viejo canastillo. A pesar de que se hallaba miserablemente vestida, el esmero y la limpieza luchaban en lo posible con su pobreza, no obstante la intensidad del frío, iba con un vestidito de indiana de color indefinible, sembrado de manchitas blancas, tela tan sumamente lavada, que había llegado a perder su color primitivo.

En el rostro de esta criatura desgraciada se veían el sufrimiento y la resignación, se leía la costumbre de todas las miserias y desprecios; desde su triste nacimiento la mofa la había perseguido siempre; como ya hemos dicho, era muy contrahecha, y por una locución vulgar y proverbial la habían bautizado con el nombre de «la Gibosa»; por lo demás, parecía tan natural el darle este nombre grotesco que a cada instante le recordaba su deformidad, que Francisca y Agrícola, llevados de la costumbre, y compadeciéndose de ella tanto como los demás la despreciaban, no le daban nunca otro nombre.

«La Gibosa», se había criado con Agrícola y Gabriel.

Hay seres desgraciados, a quienes persigue la fatalidad; «la Gibosa» tenía una hermana muy bonita, para quien Petra Soliveau, su madre, viuda de un comerciante arruinado, había reservado su ciega y absurda ternura, así como trataba con desprecio y dureza a su hija desgraciada; ésta venía a desahogarse al lado de Francisca, que la consolaba, y para distraerla en las veladas, la enseñaba a coser y leer.

Agrícola y Gabriel, habituados a la conmiseración por el ejemplo de su madre, muy lejos de imitar a los otros niños dispuestos siempre a burlarse y muchos a pegar a la pequeña Gibosa, la protegían y defendían.

Tenía quince años, y su hermana Cefisa diez y siete, cuando murió su madre, dejando a entrambas en la mayor miseria.

Cefisa era inteligente, activa y diestra, pero al revés de su hermana, tenía uno de esos caracteres vivarachos y revoltosos, en quienes la superabundancia de vida exige aire, movimiento y placeres, por lo demás era una excelente muchacha, aunque estúpidamente mimada por su madre.

Al pronto, Cefisa dio oídos a los prudentes consejos de Francisca, y reprimiéndose y resignándose aprendió a coser, y trabajó, como su hermana, durante

un año; pero no pudiendo resistir por más tiempo las atroces privaciones que le imponían la mezquindad de su jornal, a pesar de un asiduo trabajo, privaciones que se extendían a sufrir el frío y sobre todo el hambre, Cefisa, joven, bonita, ardiente, rodeada de seducciones y de boyantes ofrecimientos, dio oídos a las proposiciones de un pasante de abogado que luego la abandonó; entonces entabló relaciones con un dependiente de tienda, al que a su vez, aleccionada por el ejemplo, dejó por un viajante de comercio, a quien plantó después por otros favoritos.

Al cabo de uno o dos años, Cefisa, el ídolo del círculo de las modistillas, estudiantes y dependientes, adquirió tal fama en los bailes de las barreras por su carácter decidido, su imaginación verdaderamente original, su ardor por los placeres, y sobre todo por su jovialidad revoltosa, que fue únicamente apellidada «Reina Bacanal», mostrándose en todo digna de esta soberanía.

Desde esta ruidosa entronización, la pobre Gibosa no oía hablar de su hermana mayor sino alguna vez; siempre la echaba de menos y continuaba trabajando asiduamente, ganando a fuerza de afanes 16 reales semanales.

Esta pobre muchacha, habiendo aprendido a coser con Francisca, hacía camisas ordinarias para el pueblo y el ejército, era preciso hacer los dobladillos, sentar los cuellos, escotarlos, hacer los ojales y pegar los botones; por consiguiente lo más que podía llegar a hacer, trabajando doce o quince horas al día, eran catorce o diez y seis camisas en ocho días. El resultado de este trabajo le proporcionaba el módico salario de cuatro francos a la semana. Y esta pobre criatura no se hallaba en un caso excepcional o accidental.

La Gibosa vivía, pues, CON CUATRO FRANCOS A LA SEMANA. Vivía... esto es, que trabajando con afán doce o quince horas al día, lograba no morir de pronto de hambre, frío y miseria; tantas eran las privaciones a que tenía que sujetarse.

He aquí cómo vivía esta pobre muchacha con sus cuatro francos a la semana.

	Pts	Cts
Tres kilogramos de pan de segunda calidad	0	84
Dos cubas de agua	0	20
Grasa sin sal	0	50
Sal	0	7
Una cuartilla de carbón	0	40
Un kilogramo de legumbres secas	0	30
Tres kilogramos de patatas	0	20
Luz	0	33
Hilo y agujas	0	25
	3	09

En fin, para economizar el carbón la Gibosa preparaba una especie de sopa dos o tres veces a la semana, a lo más, en un fogón encima del cuarto piso. Los demás días la comida fría. Restábanle, pues, a la Gibosa para habitación, vestirse y calentarse, 91 céntimos a la semana.

Por fortuna, se hallaba en una posición «excepcional»; a fin de no lastimar su delicadeza, que era suma, Agrícola se había puesto de acuerdo con el portero, quien había alquilado a la muchacha por 12 francos al año, un cuartito en el desván, en donde no cabía más que una cama, una silla y una mesa; Agrícola pagaba 18 francos, que completaban las 36, verdadero alquiler del cuartito; quedábanle, pues, a la Gibosa cerca de 2 francos al mes para sus demás gastos.

Esta insuficiencia de salarios, única causa de tantos padecimientos, de tantos vicios; esta mezquindad de jornales, es general, sobre todo en las mujeres, porque no se trata aquí de miserias particulares, sino de la miseria que alcanza a clases enteras. El tipo que vamos a tratar de presentar en la Gibosa resume la condición moral y material de innumerables criaturas humanas, precisadas a vivir en París con cuatro francos a la semana.

* * *

La pobre trabajadora, a pesar de las ventajas que debía sin saberlo a la generosidad de Agrícola, vivía muy miserablemente, su salud se había alterado por efecto de tantas mortificaciones: no obstante, por un sentimiento de suma delicadeza, a pesar de ignorar el pequeño sacrificio de Agrícola, quería hacer ver que ganaba más de lo que era en realidad, a fin de evitar el que le hicieran ofrecimientos que le hubiesen sido penosos, y; porque sabía la posición de Francisca y de su hijo, ya porque hubieran herido su susceptibilidad natural, exaltada por penas y humillaciones sin cuento.

¡Cosa rara! Este cuerpo deforme encerraba un alma que rebosaba cariño y generosidad, un talento cultivado hasta la poesía: añadamos que este fenómeno era debido al ejemplo de Agrícola Baudoin, con quien había sido educada la Gibosa y en quien se había despertado naturalmente el sentimiento poético.

La pobre muchacha había sido la primera confidenta de los ensayos literarios del joven herrero; y cuando le habló del encanto y sumo descanso que hallaba en la meditación poética tras la penosa fatiga del día, la trabajadora, dotada de talento natural, conoció cuán útil podría serle esta distracción, estando siempre solitaria y desdeñada.

Un día que acababa de leerle una composición, Agrícola quedó pasmado al ver que la Gibosa se ruborizó, pronunció algunas palabras, con voz balbuciente, se sonrió tímidamente y al fin le hizo su confianza poética.

Quizás los versos carecían de rima y armonía, pero eran sencillos, tiernos como una queja sin amargura que se confía al corazón.

Desde entonces se consultaron mutuamente, se animaron; pero excepto Agrícola, nadie más llegó a tener conocimientos de los ensayos poéticos de la Gibosa, que por su timidez salvaje pasaba por tonta.

Pero, ¡ah!, la Gibosa hizo muchos versos de los que Agrícola no tenía conocimiento ni debía tenerlo nunca; el joven herrero sin ser hermoso, tenía un rostro varonil y leal, tanta bondad como ánimo, un corazón noble, ardiente, generoso, un talento poco común y una alegría dulce y franca.

La joven educada con él le amó como le es dado amar a una criatura desdichada, que por temor de parecer ridícula, se ve obligada a ocultar su amor en el fondo de su corazón.

Precisada a esta reserva, a este disimulo profundo, la Gibosa no trató de desechar este sentimiento. ¿Con qué fin? ¿Quién llegaría a saberlo? Su afecto fraternal, bien conocido de Agrícola, bastaba a explicarle el interés que le manifestaba; así no son de extrañar las terribles angustias de la joven trabajadora cuando en 1830, después de haberse batido Agrícola intrépidamente, lo trajeron a casa de su madre bañado en sangre. En fin, engañado como los demás por la apariencia de este sentimiento, el hijo de Dagoberto nunca había sospechado ni debía sospechar nunca el cariño de la Gibosa.

Tal era la muchacha pobremente vestida que entró en el cuarto en que Francisca se ocupaba en los preparativos de la cena de su hijo:

—¡Ah! Eres tú, mi querida Gibosa —le dijo—; no te he visto esta mañana. Supongo que no habrás estado enferma. Ven, dame un abrazo.

La joven abrazó a la madre de Agrícola y dijo:

—Tenía un trabajo que corría mucha prisa, señora Francisca; no he querido perder un instante; ahora mismo acabo de concluirlo. Voy a buscar carbón, ¿necesitáis algo?

—No, hija mía, gracias, pero estoy tan intranquila, ya son las ocho y media y Agrícola no ha venido aún. —Luego añadió dando un profundo suspiro—: Se mata trabajando para mí. ¡Ah! Soy bien desgraciada, mi querida Gibosa; mi vista está completamente perdida; al cabo de un cuarto de hora los ojos se me llenan de agua... ya no veo nada, nada absolutamente, ni aun para coser sacos. ¡Y ser una carga para mi hijo! eso me entristece.

—¡Ah!, ¡señora Francisca, si Agrícola os oyese!

—Ya lo sé, el pobre muchacho no piensa más que en mí; es lo que más me apesadumbra. Y además, siempre recuerdo que por no separarse de mí ha renunciado a las ventajas de que disfrutaban todos sus compañeros en casa de Mr. Hardy, su digno y excelente amo. En vez de vivir en esta triste casucha en donde apenas se ve en medio del día, podría tener como los demás operarios del establecimiento, un cuarto muy claro, caliente en invierno y ventilado en verano, con vista a los jardines, para él que le gustan tanto los árboles; sin contar la distancia que hay de aquí a su taller, que está en las afueras de París, que debe cansarle tanto...

—Pero ese cansancio lo olvida abrazándoos, señora Baudoin, y además no ignora

el apego que tenéis a esta casa en que ha nacido. Mr. Hardy os había invitado a ir a vivir a Plessy en las habitaciones destinadas para los operarios, con Agrícola.

—Sí, hija mía, pero era preciso abandonar mi parroquia, y esto me era imposible.

—Mirad, señora Francisca: podéis tranquilizaros, ya está aquí... le oigo —dijo la Gibosa ruborizándose.

En efecto, resonaba en la escalera un canto lleno, y alegre.

—Que al menos no me vea llorar —dijo la buena madre, enjugando sus ojos bañados en lágrimas—: no tiene otra hora de descanso y de tranquilidad después de su trabajo; que no se la haga yo penosa.

XXX

Agrícola Baudoin

El poeta herrero era un mocetón de unos veinticuatro años, avispado y robusto, pelinegro y de ojos del propio color, de nariz aguileña, de fisonomía osada, franca y expresiva; su semejanza con Dagoberto era tanto más notable, cuanto que llevaba unos bigotes negros y poblados, y su barba, cortada en punta no le cubría más que el extremo inferior; sus carrillos estaban afeitados desde el ángulo de la mandíbula hasta las sienas.

—Buenas noches, madre —dijo al entrar abrazando en seguida a Francisca, y luego haciendo una seña cariñosa a la muchacha, añadió—: Buenas noches, querida Gibosa.

—Me parece que has llegado muy tarde, hijo mío —dijo Francisca acercándose a la pequeña estufa donde estaba la cena frugal de su hijo—; ya empezaba a estar impaciente.

—¿Por mí o por mi cena, querida madre? —dijo Agrícola alegremente—. Será sin duda porque te desagradaría hacerme esperar la buena cena que ahí me preparas, por temor de que no esté tan buena; ya te entiendo, golosa.

Y diciendo esto, el herrero quiso abrazar otra vez a su madre.

—Déjame, niño mal criado; mira que vas a tirar la sartén.

—Por cierto que sería lástima, madre mía, pues despide una fragancia... Déjame ver lo que hay.

—No, no, aguarda...

—Apostaría que se trata de ciertas patatas guisadas con manteca que tan bien me saben.

—¿En sábado, no es cierto? —dijo Francisca en tono de dulce reconvención.

—Cierto —dijo Agrícola trocando con la Gibosa una sonrisa entre inocente y maliciosa—; pero ya que del sábado hablamos —añadió—, tomad, madre mía. Ahí está mi salario.

—Gracias, hijo, ponlo en el armario.

—Sí, madre.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó la joven en el momento en que Agrícola iba a poner el dinero en el armario—, ¡qué hermosa flor llevas en la mano, Agrícola! Jamás he visto otra igual, y menos en medio del invierno. Mirad, señora Francisca.

—¿Qué tal, madre? —dijo Agrícola aproximándose a su madre para enseñarle la flor de más cerca—. Mirad, pasmaos, y ante todo, oled; pues no cabe hallar una fragancia más suave. Es una mezcla de vainilla y de azahar.

—Es verdad, hijo mío, embalsama. ¡Dios mío!, ¡qué hermosa flor! —dijo

Francisca juntando las manos asombrada—. ¿Dónde la hallaste?

—¿Dónde la hallé, madre mía? —dijo Agrícola riendo—. ¿Creéis acaso que se tropiece con tales hallazgos desde la barrera del Maine hasta la calle Brise-Miche?

—Pues ¿cómo te hiciste con ella? —dijo la Gibosa, tan curiosa como Francisca.

—¡Ah! ¿Conque queréis saberlo? Pues bien, voy a satisfaceros, y esto te explicará por qué he vuelto tan tarde, madre mía; otra cosa me ha retardado también; en verdad que ha sido una noche fecunda en aventuras. Yo volvía hacia casa a pasos largos; ya había llegado al rincón de la calle de Babilonia, cuando oigo un pequeño ladrido suave y lastimero; no había anochecido aún completamente, miro, y veo la perrilla más mona que se puede imaginar, tamaño como el puño, negra y roja con orejas que le colgaban hasta las patitas.

—Sería un perro extraviado dijo Francisca.

—Exactamente: cojo, pues, el animalito que empieza a lamerme las manos; tenía alrededor del cuello una ancha cinta de raso encarnado, anudada con una borla, mas esto no indicaba el nombre de su dueño; miro por debajo de la cinta, y veo un collarcito de cadenilla de oro o de plata sobredorada, con una planchita saco un fósforo de la petaca; lo enciendo y leo: «Lutina, es de la señorita Adriana de Cardoville, calle de Babilonia, núm. 7».

—Felizmente te hallabas en la misma calle —dijo la Gibosa.

—Así es; cargo con el animalito, echo a andar, llego junto a una gran tapia de un jardín interminable, y tropiezo por fin con la puerta de un pequeño pabellón, que depende sin duda de un gran palacio situado al otro lado de la pared del parque, pues aquel jardín tiene trazas de parque; miro a lo alto y doy con el número 7, recién pintado encima de una puertecilla con postigo; llamo, y al cabo de algunos momentos, que sin duda los pasaron en examinarme, pues se me antojó haber visto dos ojos al través de la rejilla del postigo, abren... Pero ya no vais a creer lo que sucedió luego.

—¿Y por qué no, hijo mío?

—Porque pensaréis que os estoy narrando un cuento de hadas.

—¿Un cuento de hadas? —dijo la Gibosa.

—Eso es; pues aún estoy deslumbrado, pasmado de cuanto he visto: viene a ser como el vago recuerdo de un ensueño.

—Veamos, veamos —dijo la buena madre tan embargada que no sentía que la cena de su hijo empezaba a oler a quemado.

—En primer lugar —continuó el herrero, sonriéndose de la curiosidad que inspiraba—, me abre la puerta una señorita joven, pero tan linda, tan graciosa y tan apuesta, que se me antojó estar viendo un hermoso retrato de los tiempos antiguos, aún no había yo desplegado los labios, cuando prorrumpe: ¡Ah! ¡Dios mío! es Lutina, que habéis encontrado y la traéis a casa; ¡qué suerte para la señorita Adriana! Venid, venid presto, pues la señorita sentiría en extremo no haber tenido el placer de daros las gracias. Y sin esperar mi contestación, la joven me hace señas de que la siga.

Fuera imposible explicaros, madre mía, la magnificencia del salón que atravesamos, medio alumbrado y que exhalaba una fragancia indefinible, pues la joven andaba muy de prisa; ábrese una puerta; pero aquí crece mi pasmo, que fue tal, que no recuerdo más que una especie de espejería de oro, de luz, de cristal y flores, y en medio de aquel esplendor, una señorita de una hermosura ideal; pero tenía el cabello rojo, como el oro. Era un embeleso; sus ojos eran negros, sus labios rosados, su tez de una blancura que deslumbraba; eso es cuanto recuerdo, pues repito que estaba tan absorto que veía como al través de una gasa.

»«—Señorita —dijo la muchacha a quien nunca tuviera por camarera, vista la elegancia de su traje—. Aquí está Lutina; el señor la ha encontrado y la trae”. “¡Ah! Señor —me dijo con voz dulce la señorita de cabellera dorada—, ¡cuántas gracias tengo que daros! quiero con locura a mi Lutina”. Y luego, juzgando sin duda por mi traje que podía o debía dar las gracias de otro modo, cogió un bolsillo de seda que tenía a su lado, y me dijo, aunque titubeando: “Sin duda que os habrá molestado el traerme a Lutina, acaso habréis perdido un tiempo para vos precioso; permitidme...”. Y me alargó el bolsillo.

—¡Ah! Agrícola —dijo tristemente la Gibosa—, ¡cómo se equivocaba!

—Espera un poco y perdonarás a aquella señorita. Viendo sin duda por la cara que yo puse que la oferta del bolsillo me había ofendido, coge de un magnífico jarro de porcelana que tenía cerca esta hermosa flor y dirigiéndose a mí con un acento que rebosaba bondad, y que dejaba traslucir que sentía haber herido mi delicadeza, me dijo: «Al menos aceptaréis esta flor...».

—Tienes razón, Agrícola —dijo la Gibosa con melancólica sonrisa—. No cabe reparar mejor un yerro involuntario.

—¡Qué señorita tan buena! —dijo Francisca enjugándose los ojos—, ¡cómo conoció a mi Agrícola!

—¿No es cierto madre mía? Pero en el momento en que yo tomaba la flor, sin osar levantar los ojos, pues aunque no sea tímido, echábase de ver en aquella señorita un no sé qué, que me imponía respeto, se abrió una puerta, y otra joven hermosa, alta y morena, elegante y raramente vestida, dice a la señorita rubia: «Señorita, aquí está él». Al punto se levanta y me dice: «Con vuestro permiso. No echaré en olvido que os he debido un momento de placer. Os ruego que en cualquier ocasión recordéis mi casa y mi nombre, Adriana de Cardoville». Dicho esto desaparece, y no acierto a contestar, la joven me acompaña, me hace un gracioso saludo a la puerta, y héme aquí en la calle de Babilonia, tan deslumbrado, tan absorto como si saliera de un palacio encantado.

—Es verdad, hijo mío; esa aventura se parece a un cuento de hadas; ¿no es cierto, querida Gibosa?

—Sí, señora Francisca —dijo la muchacha con aire distraído y pensativo, en que Agrícola no hizo alto.

—Lo que más me ha agradado —repuso Agrícola—, es que aquella señorita, por

muy contenta que estuviese por recobrar el animalillo, lejos de olvidarme por él, no se ha ocupado de él en mi presencia, lo que denota buen corazón y delicadeza; ¿no es así, Gibosa? Por fin, aquella señorita me parece tan bondadosa, que si sobreviniese un lance de importancia, no titubearía en dirigirme a ella.

—Sí, tienes razón —repuso la Gibosa más y más distraída.

La pobre muchacha estaba padeciendo muchísimo. No abrigaba ningún odio, ningunos celos contra aquella señorita desconocida, que por su hermosura, su opulencia y la delicadeza de sus procederes, pertenecía al parecer a una esfera tan encumbrada y deslumbradora que la vista de la Gibosa no podía ni siquiera alcanzar. Pero recordando sin querer su estado, quizás nunca había sentido tan cruelmente el peso de la fealdad y la miseria. Y con todo, era tal la humilde y suave resignación de aquella noble criatura, que lo único que por un momento la había indispuerto contra Adriana de Cardoville había sido la oferta del bolsillo a Agrícola; pero el modo delicado con que la señorita había corregido aquel yerro enterneció profundamente a la Gibosa.

Sin embargo, estaba afligida; y no podía contener las lágrimas al contemplar aquella hermosa flor, tan brillante y embalsamada, que procediendo de una mano hechicera, debía de ser tan preciosa para Agrícola.

—Ahora, madre mía —dijo el herrero riendo, pues no había advertido la penosa emoción de la Gibosa—, ya estáis enterada del primer lance que ha sido causa de mi retardo; pero os voy a referir el otro. Ahora mismo al entrar, he encontrado al tintorero a la puerta de la calle; tenía los brazos pintados de un verde de lagarto; me detiene y dice con aire espantado que había creído ver a un hombre muy bien puesto rondar en torno de la casa como si estuviera atisbando. «¿Y qué os importa eso a vos, padre Lorient?», le he dicho yo. «¿Teméis acaso que os sorprendan el secreto de ese hermoso color verde de que estáis embadurnado hasta los codos?».

—¿Quién será ese hombre, hijo mío? —dijo Francisca.

—A fe mía que no lo sé, ni me importa averiguarlo; así es que he aconsejado al padre Lorient, que es parlanchín como un loro, que volviese a su sótano, puesto que tan poco como a mí debía importarle el ser espiado.

Al decir estas palabras Agrícola puso un saquillo de cuero que contenía su paga en el cajón del armario. En el momento en que Francisca colocaba la sartén sobre un cabo de la mesa, la Gibosa, saliendo de su embebecimiento, llenó una jofaina de agua y la llevó al herrero, diciéndole con voz tímida:

—Eso es para lavarte, Agrícola.

—Gracias, amada Gibosa. ¡Qué bondadosa eres! —Y luego, con el acento y el ademán más naturales del mundo, añadió—: Toma, ahí tienes mi linda flor en pago de tu trabajo.

—¡Tú me la das! —exclamó la muchacha con voz alterada, mientras que un vivo encarnado sonrosaba su rostro pálido e interesante—. ¡Tú me la das!... ¡Esa flor soberbia... que te dio aquella señorita tan hermosa, tan graciosa!... —Y la pobre

Gibosa repitió con creciente pasmo—: ¡Tú me la das!...

—¿Qué diablos quieres que haga de ella?, ¿que me la ponga en el pecho?, ¿que la haga montar sobre un alfiler? —dijo Agrícola riendo—. Mucho me ha prendado, ciertamente, el modo con que aquella señorita me ha dado las gracias. Me alegro de haber encontrado su perrilla, y de darte esta flor; puesto que te agrada. Ya ves que no se ha malogrado el día. —Y diciendo esto, mientras que la Gibosa recibía la flor toda trémula de emoción, ventura y sorpresa, el herrero se lavó las manos tan ennegrecidas de limaduras de hierro, que en un instante se puso negra el agua clara.

Agrícola, mostrando de reojo aquella metamorfosis a la Gibosa, le dijo en voz baja sonriéndose:

—Ahí tienes tinta económica para nosotros, emborronadores de papel.

—Ayer acabé unos versos que me gustan; ya te los leeré.

Hablando así, Agrícola se enjugó sencillamente las manos en la parte delantera de su blusa, mientras que la Gibosa llevaba la jofaina a la cómoda, y colocaba religiosamente la hermosa flor a un lado de la jofaina.

—¿Por qué no me pides la servilleta? —exclamó Francisca a su hijo encogiéndose de hombros—. ¡Enjugarse las manos con la blusa!

—Todo el día está chamuscada con el fuego de la fragua; no le dañará refrescarse por la noche. ¿Soy desobediente, madre mía? Ríñeme, pues, si te atreves. Veamos.

En contestación tomó Francisca entre sus manos la cabeza de su hijo, le estuvo mirando un rato con maternal orgullo, y le besó vivamente en la frente una y otra vez.

—Vamos, siéntate; todo el día estás de pie en la fragua, y es tarde.

—Ya vas a darme tu sillón, ya vuelves a la disputa de todos los días; quítale de ahí; lo mismo estaré sentado en una silla.

—Nada de eso; necesario es que descanses después de tan dura fatiga.

—¡Ah!, ¡qué tiranía, mi querida Gibosa! —dijo Agrícola alegremente sentándose—; fuera de esto, bien estoy repantigado en tu sillón. Desde que me coloqué en el trono de las Tullerías, en mi vida estuve mejor sentado.

Francisca Baudoin, de pie, cortaba un pedazo de pan para su hijo, y al otro lado estaba la Gibosa, quien tomó la botella y le puso vino en la copa de plata; echábase de ver cierta ternura en el eficaz afán de aquellas dos excelentes mujeres para con aquél a quien amaban tan entrañablemente.

—¿Quieres cenar conmigo? —dijo Agrícola a la Gibosa.

—Gracias, Agrícola —contestó la costurera bajando la vista—; he comido hace poco.

—¡Oh! sólo por el buen parecer te lo he dicho; pues tú tienes tus manías, y por nada en el mundo comerías con nosotros. Lo propio hace mi madre; prefiere comer sola; de ese modo se priva de lo indispensable sin que yo lo sepa.

—Pero, hijo mío, como sola porque es más conveniente a mi salud el comer más temprano. ¿Qué tal?, ¿te sabe bien?

—Me sabe muy bien; es abadejo con nabos y soy apasionadísimo del abadejo;

había nacido para ser pescador en Terranova.

El excelente mozo hallaba de muy poca sustancia, tras un día de trabajo, aquel plato soso, que además se había quemado durante su narración; pero hacía a su madre tan dichosa comiendo de veras, sin quejarse, que aparentó saborear aquel pescado con sumo placer; así que la buena mujer añadió con aire satisfecho:

—¡Oh! ya se deja conocer que es plato regalado, hijo mío; el viernes y el sábado que vienen te serviré otro semejante.

—Gracias, madre mía; no lo hagáis, no obstante, dos días seguidos, pues no me sabría tan bien. Pero hablemos ahora de lo que haremos el domingo. Hemos de divertirnos bien; hace algunos días que se me antoja que estabais triste, madre mía, y yo no quiero eso, pues me figuro que no estáis contenta conmigo.

—¡Oh! hijo mío... tú... el tipo... de los...

—¡Bien!, ¡bien! Entonces pruébame que eres dichosa distrayéndote un poco; quizás también la señorita nos hará el honor de acompañarnos como la última vez —dijo Agrícola, inclinándose delante de la Gibosa.

Ésta se sonrojó y bajó los ojos; su rostro tomó una expresión de dolorosa amargura, y nada dijo.

—Hijo mío, yo voy a mis devociones todo el día... bien lo sabes —dijo Francisca a su hijo.

—Enhorabuena, pero ¿y por la noche? No te propondré que vayamos al teatro, pero dicen que hay un jugador de manos muy divertido.

—Gracias, hijo mío, siempre es un espectáculo.

—¡Ah! madre mía, en eso andáis exagerada.

—¿Pero acaso impido yo a los demás que hagan lo que bien les parece?

—Es verdad, perdonad, madre mía. Pues bien, si hace buen tiempo iremos a pasearnos por los bulevares con la buena Gibosa; ya hace cerca de tres meses que no ha salido con nosotros, pues sin nosotros no sale nunca.

—No, sal solo, hijo mío... diviértete el domingo; es lo menos que puedes hacer.

—Ya sabes, Agrícola —dijo la costurera—, ya sabes que no debo salir más contigo y tu madre.

—¿Y por qué, señorita? ¿Puedo, sin indiscreción, preguntaros el motivo de esta negativa? —dijo alegremente Agrícola.

La muchacha se sonrió tristemente y contestó:

—Porque no quiero exponerte a tener una pendencia por causa mía.

—¡Ah! perdona, perdona —dijo el herrero con aire sinceramente afligido.

Y se golpeó la frente con inquietud.

La Gibosa aludía al lance siguiente: A veces, aunque raramente, pues en eso era sumamente discreta, la pobre muchacha había salido a paseo con Agrícola y su madre; para la costurera, aquellas salidas eran unas fiestas sin igual; mucho había trasnochado y ayunado para poderse comprar un gorro y un chal decentes, por no avergonzar a Agrícola y a su madre; aquellos cinco o seis paseos del brazo de aquel

hombre, a quien ocultamente idolatraba, habían sido los únicos días venturosos de su vida. En su último paseo, un hombre brutal y grosero la había dado tan duro codazo, que la pobre muchacha no había podido contener un ay de dolor, y a aquel grito había contestado el hombre:

—¡Malhaya la jorobada!

Agrícola estaba dotado, como su padre, de aquella bondad sufrida que la fuerza y el valor dan a los corazones bondadosos; pero su violencia era extremada en tratándose de castigar un cobarde insulto. Irritado por la maldad y grosería de aquel hombre, Agrícola se había desprendido del brazo de su madre para descargar en aquel irracional, que era de su misma edad, fuerza y estatura, los dos mejores bofetones que haya aplicado en faz humana la robusta mano de un herrero; el hombre bestial quiso pagar en la misma moneda, pero Agrícola redobló la corrección con aplauso del gentío, y el otro desapareció bajo la rechifla general. Esta aventura acababa de recordar la Gibosa cuando dijo que no quería salir más con Agrícola por no acarrearle ninguna pendencia.

Ya se deja explicar la pesadumbre del herrero por haber despertado involuntariamente el recuerdo de aquel lance penoso, ¡ay! más penoso todavía para la Gibosa de lo que Agrícola podía suponer; por cuanto ella le amaba apasionadamente, y había sido causa de aquella pendencia por su ridícula desgracia.

Agrícola, no obstante su fuerza y su resolución, tenía una sensibilidad de niño; al pensar en lo doloroso que había de ser aquel recuerdo para la muchacha, asomó a sus ojos una gruesa lágrima, y alargándole fraternalmente los brazos, le dijo:

—Perdóname mi simpleza, y dame un abrazo —e imprimió dos besos sonoros en las mejillas pálidas de la Gibosa. A tan cordial manifestación, los labios de la muchacha se pusieron blancos, y su pobre corazón latió tan violentamente que tuvo que apoyarse en la mesa.

—Con que me perdonas, ¿no es así? —le dijo Agrícola.

—Sí, sí —replicó ella procurando dominar su emoción—; perdóname tú también mi flaqueza, pero el recuerdo de aquella contienda me aflige; estaba tan asustada por ti... Si el gentío hubiese tomado el partido de aquel hombre...

—¡Ay de mí! ¡Dios mío! —dijo Francisca que sin advertirlo acudía al auxilio de la Gibosa—; nunca tuve tanto miedo.

—¡Oh! en cuanto a eso, querida madre —contestó Agrícola para cambiar el asunto de aquella conversación, desagradable para él y la costurera—, tú, para ser mujer de un soldado, de un antiguo granadero de a caballo de la guardia imperial, no eres nada valiente. ¡Oh!, ¡padre mío! no, no... no quiero pensar en que llegue, pues esto me pone fuera de mí...

—Llega... —dijo Francisca suspirando—. ¡Dios lo permita!...

—¿Cómo, madre mía, Dios lo permita? Fuerza será que lo permita, pues hartas misas has mandado decir.

—Agrícola... hijo mío —dijo Francisca interrumpiendo a su hijo y meneando

tristemente la cabeza—; no hables así, y además, se trata de tu padre...

—Vamos, esta noche estoy indiscreto; soy definitivamente un bestia o un loco. Perdona, madre mía, no tengo esta noche más que la palabra perdona en los labios, pero bien sabes que cuando resbalo sobre ciertas materias lo siento en el alma, pues sé la pesadumbre que te causo.

—No soy yo a quien ofendes, hijo mío.

—Lo mismo es, no hay cosa peor que ofender uno a su madre; pero en punto a lo que yo te estaba diciendo de la próxima llegada de mi padre, no cabe dudarlo.

—Pero ya hará cuatro meses que nada sabemos de él.

—Ten presente, madre mía, que en aquella carta que él dictaba, porque, según decía con su franqueza de soldado, si bien leía regularmente, no podía decir otro tanto de la escritura, en aquella carta nos decía que no pasásemos cuidado por él, que estaría en París a últimos de enero, y que tres o cuatro días antes de su llegada, nos haría saber por qué camino venía para que yo saliese a recibirle.

—Es verdad, hijo mío; y con todo ya estamos en febrero, y nada...

—Razón para que no tengamos que esperarle mucho tiempo. Y aún voy más lejos, no extrañaría que el buen Gabriel llegase al mismo tiempo. Así me lo daba a entender en su última carta de América. ¡Qué dicha, madre mía, si toda la familia estuviese reunida!

—¡Dios te oiga, hijo mío! Fuera para mí un día dichoso...

—Y pronto llegará ese día, creedme; cuando no hay noticias, buenas noticias.

—¿Te acuerdas bien de tu padre, Agrícola? —dijo la Gibosa.

—A fe, lo que recuerdo ante todo es su gorra de pelo y sus bigotes que me metían un miedo del diablo. Lo único que con él me reconciliaba eran la cinta encarnada que llevaba en la solapa blanca de su uniforme y el brillante puño de su espada, ¿no es cierto, madre? ¿Pero qué tienes?, ¡lloras!

—¡Ah! pobre Baudoin... habrá sufrido tanto desde que está separado de nosotros, a su edad, que pasa de sesenta. ¡Ah! hijo mío; se me parte el corazón cuando pienso que quizás no hará más que cambiar de miseria.

—¿Qué decís?

—¡Ay de mí! ya no gano nada...

—¡Y qué! ¿No tenemos aquí cuarto para él y para ti, una mesa para él y para ti? Y puesto que de casa estamos hablando, madre mía —añadió el herrero, dando a su voz una nueva expresión de ternura, por no contrariar a su madre—, deja que te diga una cosa: cuando haya vuelto mi padre, y Gabriel también, ya no tendrás necesidad de mandar decir misas por ellos ¿no es cierto? Pues entonces, merced a esa economía, el buen padre podrá beber su botella de vino todos los días y tendrá tabaco para fumar en pipa. Y luego, los domingos le obsequiaremos con una buena comida en la fonda.

Aquí interrumpieron a Agrícola algunos golpes dados a la puerta.

—Entrad —dijo.

Pero en vez de entrar, el que llamaba no hizo más que entreabrir la puerta, y

asomó un brazo y una mano de un verde espléndido, y se puso a hacer señas al herrero.

—¡Hola! es el padre Lorient... el dechado de los tintoreros —dijo Agrícola—; entrad, padre Lorient, sin ceremonias.

—No puedo, hijo, estoy rebosando tintura de pies a cabeza; mancharía todo el piso de la señora Francisca.

—Mejor que mejor, pues así parecería un prado, y yo soy muy aficionado a la campiña.

—Dejémonos de chanzas, Agrícola; he de hablaros al punto.

—¿Acaso queréis hablarme del espía? No tengáis temor ¿qué tenemos que ver con él?

—No, no, paréceme que se ha marchado; o por mejor decir, está la niebla tan espesa, que nada veo; mas no es eso: venid presto, se trata de un negocio de importancia —añadió el tintorero con aire misterioso—, de un negocio que sólo pertenece a vos.

—¿A mí? —dijo Agrícola levantándose algo sorprendido—, ¿qué será?

—Ve, pues, hijo mío dijo Francisca.

—Allá voy; pero lléveme el diablo si entiendo una jota.

Y salió el herrero, dejando a su madre sola con la Gibosa.

El regreso

Cinco minutos después de haber salido Agrícola, volvió a entrar: su rostro estaba pálido y demudado, sus ojos anegados en lágrimas, y sus manos trémulas; pero en sus facciones se pintaba la dicha y un enternecimiento extraordinario. Se detuvo en la puerta un momento cual si la emoción le impidiera acercarse a su madre. Francisca tenía la vista tan débil que al pronto no echó de ver la mudanza en la fisonomía de su hijo.

—¿Y bien, hijo mío, qué hay? —preguntó.

Antes que el herrero hubiese podido responder, la Gibosa, más perspicaz exclamó:

—¡Virgen Santa! Agrícola ¿qué hay? ¡Qué pálido estás...!

—Madre mía —dijo el artesano con voz alterada, acercándose a Francisca, sin responder a la Gibosa—; madre mía, debéis prepararos a ver cosas que os sorprenderán mucho... prometedme que seréis razonable.

—¿Qué quieres decir? Como tiemblas... mírame; la Gibosa tiene razón... qué pálido estás...

—Mi buena madre... —y Agrícola, poniéndose de rodillas delante de Francisca le cogió las manos—; es necesario... no lo sabéis... pero...

El herrero no pudo continuar: lágrimas de alegría interrumpían su voz.

—¿Lloras, hijo querido? Pero, ¡Dios mío!, ¿qué sucede? Me pones en cuidado.

—Cuidado, no, muy al contrario —dijo Agrícola enjugándose los ojos—; vais a ser muy feliz, pero es preciso ser razonable... porque un exceso de alegría puede ser tan perjudicial como un gran pesar...

—¿Cómo?

—Yo bien os decía... que llegaba.

—¡Tu padre! —exclamó Francisca levantándose de su poltrona.

Mas su sorpresa y emoción fueron tan vivas, que se puso la mano sobre su corazón para comprimir sus latidos. Luego la abandonaron sus fuerzas. Su hijo la sostuvo y la ayudó a sentarse otra vez.

La Gibosa, que hasta entonces se había mantenido discretamente a un lado, se acercó con timidez conociendo que podría ser de alguna utilidad, pues las facciones de Francisca se alteraban cada vez más.

—Ahora ánimo, madre mía —continuó el herrero—; ya está dado el golpe; ya no os queda más que gozar de la dicha de volver a ver a mi padre.

—Mi pobre Baudoin... tras dieciocho años de ausencia... casi no puedo creerlo... —dijo Francisca derramando copiosas lágrimas—. ¿Es verdad, Dios mío, es cierto?

...

—Y tan cierto, que si me prometéis no conmoveros demasiado... os diré cuándo le veréis.

—¡Oh! pronto... ¿no es verdad?

—Sí... pronto.

—¿Pero cuándo llega?

—Puede llegar de un segundo a otro... mañana... quizás hoy...

—¡Hoy!

—Y bien, sí, madre mía... es preciso decíroslo... va a llegar... ha llegado...

—Ha... ha lle... —y Francisca no pudo proseguir.

—Estaba abajo; pero antes de subir ha rogado al tintorero que me viniese a buscar, a fin de que te preparase a verle... porque mi digno padre temía que una sorpresa demasiado brusca te perjudicara.

—¡Oh! ¡Virgen Santa!...

—Y ahora —exclamó el herrero con una alegría indecible— está allí... espera... ¡Ah! madre mía... ya no puedo contenerme más; hace diez minutos que el corazón me late con una fuerza, como si quisiera salirse de su centro.

Y precipitándose a la puerta, la abrió.

Dagoberto se presentó en el umbral de la puerta con Rosa y Blanca de la mano...

En vez de arrojarse Francisca en los brazos de su marido, se arrodilló... y oró. Elevando su alma a Dios, le daba gracias con una profunda gratitud por haber satisfecho sus deseos, atendiendo sus ruegos y recompensando sus ofrendas.

Durante un segundo los actores de esta escena permanecieron mudos e inmóviles...

Agrícola, por un sentimiento de respeto que luchaba en su interior con la impetuosidad de su ternura, no se atrevía a arrojarse al cuello de Dagoberto, y esperaba con una impaciencia apenas contenida, que su madre concluyese su oración.

El soldado experimentaba el mismo sentimiento que el herrero; los dos se entendían; la primera mirada que se dirigieron padre e hijo, expresaba su ternura y veneración para con esta excelente mujer, que en la preocupación de su fervor religioso, olvidaba, acaso demasiado, a la criatura por el creador.

Rosa y Blanca, inmóviles y enternecidas, miraban con interés a esta mujer arrodillada, mientras la Gibosa, retirada en el rincón más oscuro del cuarto, derramaba lágrimas de alegría por la dicha de Agrícola, sintiéndose extraña y no pudiendo tomar parte en esta reunión de familia.

Francisca se levantó, y acercándose a su marido, éste la recibió en sus brazos. Siguió un momento de silencio profundo. Dagoberto y Francisca no se dijeron una palabra; oyéronse algunos suspiros mezclados de lágrimas, y aspiraciones de alegría.

Cuando los dos ancianos se separaron, sus rostros estaban tranquilos, radiantes y serenos, porque la completa satisfacción de los sentimientos sencillos y puros, nunca deja tras sí agitación febril y violenta.

—Hijas mías... —dijo el soldado a las huérfanas, presentándoles a Francisca, quien pasada la primera emoción, las miraba con asombro—; es mi buena y digna esposa. Será para las hijas del general Simón lo que he sido yo mismo.

—Entonces, señora, nos miraréis como a vuestras hijas —dijo Rosa a Francisca, acercándose con su hermana.

—¡Las hijas del general Simón! —exclamó la mujer de Dagoberto, cada vez más admirada.

—Sí, mi buena Francisca, ellas son. Las traigo de muy lejos, y no sin muchos trabajos; pero ya te lo contaré todo más adelante.

—¡Pobrecitas! Diríase que son dos ángeles —dijo Francisca contemplando a las huérfanas con interés y admiración.

—Ahora... debemos... —dijo Dagoberto volviéndose a su hijo.

—¡Al fin! —exclamó éste.

Preciso es renunciar a describir la loca alegría de Dagoberto y de su hijo, la furiosa ternura de sus abrazos que el soldado interrumpía para mirar a Agrícola, apoyando sus manos sobre los fuertes hombros del joven herrero, para admirar mejor su rostro franco y varonil, su talla esbelta y robusta; y luego volvía otra vez a estrecharle contra su pecho: «¡Qué guapo muchacho!, ¡qué fornido!, ¡qué aire tan suelto!».

Retirada la Gibosa en el rincón del cuarto, disfrutaba de la dicha de Agrícola, pero temía que su presencia, hasta entonces inadvertida, fuese indiscreta. Bien hubiera deseado poder escabullirse, pero le era imposible. Dagoberto y su hijo cerraban el paso de la puerta, así es que permaneció con la vista fija en los hermosos rostros de Rosa y Blanca. Nunca había visto cosa semejante, y lo que aumentaba su admiración era la extraordinaria semejanza de las dos jóvenes: además, sus modestos vestidos de luto parecían anunciar que eran pobres; y la Gibosa involuntariamente, simpatizaba con ellas.

—¡Pobrecitas niñas! qué frío tienen, sus manecitas están heladas y por desgracia la estufa está apagada... —dijo Francisca. Y trataba de calentar con sus manos las de las huérfanas, en tanto que Dagoberto y su hijo estaban entregados a sus transportes de ternura por tanto tiempo contenidos.

No bien hubo dicho Francisca que la estufa estaba apagada, cuando la Gibosa, deseando ser útil para ocultar su presencia, quizás inoportuna, se dirigió al gabinete en donde estaban el carbón y la leña, tomó algunos pedacitos, y arrodillándose cerca de la estufa, con la ayuda de algunas brasas que había ocultas en la ceniza logró reanimar el fuego que muy pronto chispeó, y llenando una cafetera de agua la puso en la cavidad de la estufa, suponiendo que las jóvenes necesitarían tomar alguna bebida caliente.

Hizo con tanto sigilo la Gibosa todo esto, y pensaban tan poco en ella en medio de tan vivas emociones, que Francisca, ocupada de Rosa y Blanca, no vio que la estufa estaba encendida sino por el suave calor que despedía y luego por el ruido que

hizo el agua que hervía en la cafetera. En este momento no le sorprendió a la mujer de Dagoberto el fenómeno de que el fuego se hubiese encendido por sí mismo, pues la ocupaba la idea de saber cómo acomodaría a las dos jóvenes; ya hemos dicho que el soldado no había creído necesario prevenirla de que le acompañaban.

Por tres o cuatro veces se dejó oír en la escalera el sonoro ladrido de un perro.

—Es mi viejo «Malasombra» —dijo Dagoberto, yendo a abrir la puerta—. Desea entrar para conocer también a la familia.

«Malasombra» entró saltando, y al cabo de un rato, según se dice vulgarmente, se hallaba «como en su casa». Frotó su largo hocico contra la mano de Dagoberto, hizo fiestas a Rosa y Blanca, a Francisca y Agrícola, y viendo que no le hacían mucho caso, divisó a la Gibosa que estaba tímidamente retirada en un oscuro rincón del cuarto, y poniendo entonces en práctica aquel otro refrán popular, «los amigos de nuestros amigos, son nuestros amigos», «Malasombra» lamió las manos de la joven costurera, olvidada de todos en aquel momento.

Por un sentimiento singular, esta caricia conmovió a la Gibosa de tal modo que la hizo derramar lágrimas; pasó varias veces su mano larga y blanca por la cabeza del inteligente animal, y viendo que no era necesaria, porque había hecho todo lo que estaba a su alcance, cogió la flor que Agrícola le había dado, y abriendo la puerta con tiento, desapareció sin que nadie hubiese notado su partida.

Tras largas pruebas de mutuo cariño, Dagoberto, su mujer y su hijo trataron de las realidades de la vida.

—Pobre Francisca —dijo el soldado señalando a Rosa y Blanca con la vista—, ¿no esperabas esta grata sorpresa?

—Lo siento únicamente, amigo mío —respondió Francisca—, porque las hijas del general Simón no tengan un alojamiento mejor que este triste cuarto, pues en el chiribitil de Agrícola...

—Éste es nuestro hotel, y los hay mucho mejores; pero tranquilízate, estas pobres niñas están acostumbradas a no ser muy escrupulosas; mañana por la mañana saldré con mi hijo, dándonos el brazo, y te aseguro que no será él el que camine más tieso y más soberbio. Iremos a ver al padre del general Simón a la fábrica de monsieur Hardy, para tratar de ciertos asuntos.

—Mañana, padre mío —dijo Agrícola—, no hallaréis en la fábrica ni a Mr. Hardy, ni al padre del mariscal Simón.

—¿Qué estás diciendo muchacho? —contestó vivamente Dagoberto—. ¿El mariscal?

—Sin duda alguna, desde 1830, los amigos del general Simón han conseguido del gobierno que se reconociese el título y grado que el emperador le concedió después de la batalla de Ligny.

—¿De veras? —exclamó Dagoberto con emoción—; no debía extrañarlo, porque al fin es un acto de justicia; y cuando el emperador ha dicho una cosa, lo menos que pueden hacer es confirmarla. Pero es igual, esto me penetra aquí... recto al corazón,

me conmueve —después dirigiéndose a las niñas—: ¿Oís, hijas mías? Llegáis a París hijas de un duque y de un mariscal... Es verdad que nadie lo diría al veros en este cuarto tan modesto, mis pobres duquesitas; pero paciencia, todo se arreglará. Gran satisfacción debe haber causado al padre Simón el saber que habían devuelto el grado a su hijo, ¿no es cierto, muchacho?

—Nos dijo que hubiera dado todos los títulos del mundo, por volver a ver a su hijo, pues que durante la ausencia del general es cuando sus amigos han solicitado y conseguido que se le hiciese justicia. Por lo demás se espera al general de un momento a otro, porque sus últimas cartas de la India, anunciaban que se iba a poner en camino.

A estas palabras, Rosa y Blanca se miraron: sus ojos estaban bañados en lágrimas de alegría.

—A Dios gracias, yo y estas niñas contamos con su regreso, pero ¿por qué no encontraremos en la fábrica mañana ni a Mr. Hardy ni al padre Simón?

—Hace diez días que partieron para examinar y estudiar una máquina inglesa establecida en el Mediodía pero de un momento a otro estará de vuelta.

—¡Qué diablo! Esto me contraría mucho. Contaba con el padre del general para tratar de asuntos importantes; pero al menos se sabrá a dónde se le puede escribir. Mañana te encargarás, hijo mío, de hacerle saber que se hallan aquí sus nietas. Entretanto, hijas mías —añadió el soldado volviéndose a Rosa y Blanca—, mi mujer os dará su cama, y en campaña como en campaña, pobrecitas, no estaréis aquí peor que en el viaje.

—Ya sabes que siempre estaremos a tu lado y al de la señora —dijo Rosa.

—Y además, no pensamos más que en la dicha de hallarnos en París, puesto que aquí es donde encontraremos pronto a nuestro padre —añadió Blanca.

—Y con esa confianza se puede muy bien aguardar, ya lo sé —dijo Dagoberto—, pero es igual. Según el concepto que habéis formado de París, debéis estar muy sorprendidas, hijas mías. ¡Diablos! hasta ahora no habréis visto la ciudad de oro de vuestros sueños; poco le falta, pero paciencia... ya veréis que París no es tan feo como aparenta.

—Además —dijo alegremente Agrícola—, estoy seguro que para estas señoritas, la llegada del mariscal Simón, hará de París una verdadera ciudad de oro.

—Razón tenéis, señor Agrícola —dijo Rosa sonriéndose—, lo habéis adivinado.

—¡Cómo! señorita ¿conocéis mi nombre?

—Seguramente; hablamos muy a menudo de vos con Dagoberto, y aun últimamente con Gabriel —añadió Blanca.

—¡Gabriel! —exclamaron a un tiempo Agrícola y su madre sorprendidos.

—¡Dios mío! —añadió Dagoberto haciendo una seña de inteligencia a las huérfanas—; hemos de contaros para quince días, y entre otras cosas cómo hallamos a Gabriel. Todo lo que puedo deciros, es que en su clase vale tanto como mi hijo... (no me canso de decir mi hijo) y que son muy dignos de amarse como hermanos.

¡Animosa! ¡Animosa mujer! —añadió Dagoberto con emoción—; muy hermoso es lo que has hecho, hallándote tan pobre; recoger a ese desdichado niño, y educarlo con el tuyo...

—Amigo mío, no hables así, es tan sencillo...

—Tienes razón, ya te satisfaré eso más adelante; lo pondremos en tu cuenta. Entretanto es muy probable que le veas mañana por la mañana.

—¡Buen hermano, también de vuelta! —exclamó el herrero—. ¡Y que tras esto me aseguren que no hay días señalados por la felicidad!... ¿Cómo lo habéis hallado, padre mío?

—Vos... siempre vos... Dime, hijo mío, ¿porque haces canciones, te crees ya un gran señor para no tutearme?

—Padre mío...

—Es preciso que a cada paso me digas «tú» para que pueda recobrar los que he perdido durante diez y ocho años. En cuanto a Gabriel ya te contaré luego como lo hallamos, porque si has creído dormir esta noche, te equivocas mucho; me cederás la mitad de tu cuarto y hablaremos. «Malasombra» se acostará en la escalera al lado de la puerta del cuarto; porque es costumbre suya el estar cerca de estas niñas.

—Dios mío, amigo, no pensaba en lo más interesante; pero en tal momento... Si estas señoritas o tú queréis cenar, Agrícola iría a buscar algo a la tienda.

—¿Qué decís, hijas mías?

—No, gracias, Dagoberto, no tenemos apetito...

—Al menos beberéis agua caliente con azúcar y un poco de vino, porque así entraréis en calor, queridas señoritas —dijo Francisca—: desgraciadamente no tengo otra cosa.

—Eso es; tienes razón, Francisca; estas queridas niñas están cansadas, harás bien en acostarlas. Mí hijo y yo nos iremos allá arriba, y mañana, pronto, antes que Rosa y Blanca hayan despertado, bajaré a hablar contigo para dejar un momento de descanso a Agrícola.

Al terminar estas palabras dieron un recio golpe a la puerta.

—Será la Gibosa que vendrá a ver si necesitamos algo —dijo Agrícola.

—Creo que estaba aquí cuando entró mi marido —respondió Francisca.

—Tienes razón, madre mía; la pobre muchacha se habrá marchado sin ser vista, por temor de incomodar, es tan discreta... Pero no solía llamar tan fuerte.

—Mira, pues quién es, Agrícola —dijo Francisca.

Antes que el herrero hubiese tenido tiempo de llegar a la puerta, ésta se abrió y entró en el cuarto un hombre bastante bien vestido y de rostro respetable, quien echó una ojeada rápida que se fijó un segundo en Rosa y Blanca.

—Permitidme que os advierta, caballero —le dijo Agrícola adelantándose—, que habiendo llamado, podíais esperar a que os contestasen; en fin, ¿qué queréis?

—Os pido mil perdones, caballero —dijo políticamente aquel hombre que hablaba con mucha lentitud, sin duda para poder permanecer más tiempo en el cuarto

—; espero que me disimularéis... siento infinito mi indiscreción... estoy confundido por...

—Sea, caballero —dijo Agrícola con inquietud—: ¿qué queréis?

—¿No vive aquí la señorita Soliveau, una costurera jorobada?

—No, señor, más arriba —contestó Agrícola.

—¡Dios mío! caballero —exclamó el hombre cortés volviendo a empezar sus respetuosos saludos—; estoy confundido de mi torpeza... creía entrar en casa de esa joven a quien venía a proponer trabajo de parte de una persona muy respetable.

—Muy tarde es, caballero —dijo Agrícola sorprendido—; por lo demás, esta joven costurera es conocida nuestra; volved mañana, esta noche no la podéis ver porque ya está acostada.

—Entonces, caballero, os reitero mis excusas...

—Está bien, señor —dijo Agrícola dando un paso hacia la puerta.

—Ruego a esta señora y a estas señoritas, así como el señor... que estén bien persuadidos...

—Si continuáis por mucho tiempo, caballero —dijo Agrícola—, preciso será que pidáis dispensen de vuestras disculpas, y será cosa de nunca acabar.

A estas palabras de Agrícola que hicieron sonreír a Rosa y Blanca, Dagoberto acarició su bigote con orgullo.

—Mi hijo tiene talento —dijo en voz baja a su mujer—; eso a ti no te sorprende, porque ya estás acostumbrada.

En esto el hombre ceremonioso se había marchado echando una última mirada a las dos hermanas, a Agrícola y Dagoberto. Momentos después, en tanto que Francisca echaba un colchón en el suelo para ella y arreglaba su cama con sábanas blancas para las huérfanas, ayudándolas a acostarse con una solicitud maternal, Dagoberto y Agrícola subían al chiribitil.

En el momento en que el herrero, que precedía a su padre con la luz en la mano, pasó por delante de la puerta del cuartito de la Gibosa, ésta, oculta, le dijo precipitadamente y en voz baja:

—Agrícola, un gran peligro te amenaza, necesito hablarte...

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta rapidez y tan por lo bajo, que Dagoberto nada oyó; pero como Agrícola se había parado de pronto estremeciéndose, el soldado le dijo:

—¿Y bien, hijo mío, qué hay?

—Nada, padre mío —contestó el herrero volviéndose—, temía no alumbraros bien.

—No tengas miedo; esta noche tengo ojos y piernas de quince años.

Y el soldado sin ver la mudanza de fisonomía de su hijo, entró con él en el chiribitil en donde debían pasar la noche.

* * *

El hombre cortés que había venido a preguntar por la Gibosa en casa de la mujer de Dagoberto, se dirigía a la extremidad de la calle Brise-Miche algunos momentos después. Acercóse a un cabriolé que estaba parado en la plazuela del Claustro, y en el cual se hallaba Mr. Rodin, envuelto en una capa.

—¿Y bien? —le dijo éste con acento interrogativo.

—Las dos niñas y el hombre de bigotes canos entraron en casa de Francisca Baudoin —respondió el otro—; antes de llamar a la puerta, estuve un rato escuchando lo que decían: las jóvenes dormirán esta noche en el cuarto de Francisca Baudoin; el viejo la pasará en el del joven herrero.

—Está bien —dijo Rodin.

—No me he atrevido a insistir —continuó el hombre cortés—, en ver esta noche a la costurera jorobada sobre el asunto de la «Reina Bacanal»; mañana volveré y con eso veré el efecto que ha producido la carta que debe haber recibido esta noche por el correo, sobre el joven herrero.

—No os descuidéis; ahora iréis de mi parte a casa del confesor de Francisca Baudoin, a pesar de ser ya muy tarde; le diréis que le espero en la calle «du Milieu des Ursins»; que vaya allá al momento... sin perder tiempo. Acompañadle, y si no he regresado que me espere; porque, le diréis, se trata de asuntos de la mayor importancia.

—Todo será puntualmente ejecutado —respondió el hombre cortés, saludando profundamente a Rodin, cuyo coche se alejó rápidamente.

XXXII

Agrícola y la Gibosa

Una hora después de estas diferentes escenas, reinaba el más perfecto silencio en la casa de la calle Brise-Miche. Al través de los vidrios de una puerta vidriera se veía una claridad vacilante, lo que indicaba que la Gibosa velaba aún, porque este sombrío nicho sin aire, ni luz, no recibía otra claridad que la que entraba por esta puerta que salía a un corredor estrecho y oscuro hecho en el mismo desván.

El corazón de la joven latía con violencia; su rostro, por lo regular tan pálido, estaba en este instante coloreado; tan profunda era su emoción; de cuando en cuando fijaba la vista con espanto en una carta que tenía en la mano; aquella carta recibida por el correo la misma noche, la había dejado el portero-tintorero sobre la mesa de la Gibosa, mientras que ésta asistía a la entrevista de Dagoberto y su familia. Después de algunos momentos la joven oyó abrir con tiento una puerta contigua a la suya.

—Al fin, ya está aquí —exclamó.

Efectivamente, Agrícola entró en el cuarto.

—Esperaba a que mi padre se hubiese dormido —dijo en voz baja el herrero, cuya fisonomía denotaba más bien curiosidad que inquietud—. ¿Qué es lo que hay, mi buena Gibosa? ¡Qué alterado está tu rostro! ¿Lloras? ¿Qué sucede?, ¿de qué peligro quieres hablarme?

—Toma... lee... —contestó la Gibosa con voz trémula entregándole una carta abierta.

Agrícola se acercó a la luz y leyó:

Una persona que no puede darse a conocer, pero que sabe el interés fraternal que os tomáis por Agrícola Baudoin, pone en vuestro conocimiento que este joven y honrado trabajador será probablemente detenido mañana.

—¡Yo!... —exclamó Agrícola, mirando a la joven con sorpresa—. ¿Qué significa esto?

—Continúa... —dijo la costurera con viveza cruzando sus manos.

Agrícola prosiguió no pudiendo dar crédito a sus ojos.

Su canción de los «Trabajadores Libres» ha sido denunciada; se han hallado varios ejemplares entre los papeles de una sociedad secreta, cuyos jefes acaban de ser encarcelados a consecuencia de la conspiración de las calles des Prouvaires...

—¡Ay! Dios mío —dijo la costurera derramando abundantes lágrimas—, ahora ya lo comprendo todo. Aquel hombre que estaba esta noche espiando a la puerta, según decía el tintorero... sin duda acechaba tu llegada.

—Vamos, esta acusación es absurda —exclamó Agrícola—; no te aflijas, mi buena Gibosa. Yo no me ocupo de política. Mis versos no respiran más amor a la humanidad. ¿Es culpa mía si se han encontrado entre los papeles de alguna sociedad secreta? —y arrojó sobre la mesa la carta con desprecio.

—Continúa... por Dios —le dijo la Gibosa—, continúa.

—Ya que tú lo quieres, sea.

Agrícola prosiguió:

Acaba de extenderse una orden de arresto contra Agrícola Baudoin; su inocencia, será tarde o temprano reconocida, pero obrará prudentemente poniéndose cuanto antes al abrigo de las persecuciones para evitar una detención preventiva de dos o tres meses que sería un golpe terrible para su pobre madre, que se vería así privada de su único apoyo.

Un amigo sincero que se ve obligado a guardar el incógnito.

Transcurrido un momento de silencio, el herrero se alzó de hombros; su fisonomía se serenó, y dijo a la costurera riendo:

—Tranquilízate, mi buena Gibosa, es una chanza pesada, pero se han llevado chasco; creían habérselas con un inocente...

—Agrícola ¡por Dios santo! —dijo la costurera con voz suplicante—; no mires esto con tanta ligereza. Cree a mis presentimientos. No desoigas este aviso.

—Pero escucha, amiga mía, ya hace mas de dos meses que se imprimió mi canción de los «Trabajadores»; no encierra nada de política, y además no hubieran esperado hasta ahora para denunciarla.

—Pero medita que las circunstancias no son las mismas. Que no hace más que dos días que se ha descubierto esa conspiración, aquí cerca, en la calle «Des Prouvaires». Y si tus versos, hasta ahora desconocidos, se han hallado en casa de las personas presas por esa conspiración, no se necesita más para comprometerte.

—¿Para comprometerse... unos versos... en que encomio el amor al trabajo y a la caridad? Entonces, la justicia estaría ciega, y sería preciso armarla de un palo y un perro que la guiara.

—Agrícola —dijo la joven desconsolada al ver al herrero chancearse en semejante momento—, te suplico que me escuches; no hay duda que en tus versos ensalzas el amor al trabajo, pero deploras dolorosamente la suerte cruel de los pobres trabajadores condenados sin esperanza alguna a todas las miserias de la vida; predicas la evangélica fraternidad, pero tu corazón noble y generoso se indigna contra los egoístas y los malvados, y procuras apresurar con tus ardientes votos la manumisión de los artesanos, que menos dichosos que tú, no tienen por protector al bondadoso Mr. Hardy. Ahora bien, dime Agrícola, ¿en estos tiempos de revueltas, se necesita más para comprometerse, si se han hallado algunos ejemplares de tus canciones en casa de las personas detenidas?

Estas palabras sensatas y calurosas, que esta excelente criatura pronunciaba por una íntima convicción, conmovieron a Agrícola, quien miró ya con más formalidad el

aviso que se le daba. Viendo la Gibosa que ya titubeaba; continuó:

—Además, acuérdate de Remi... tu compañero de taller.

—¿Remi?

—Sí, una carta tuya, por cierto bien insignificante, que encontraron en casa de una persona detenida el año pasado por una conspiración, fue causa de que le tuvieran un mes en la cárcel.

—Es cierto, mi buena Gibosa, pero pronto reconocieron la injusticia de esta acusación y le devolvieron la libertad.

—Después de tenerlo un mes en la cárcel, que es lo que con razón te aconsejan que impidas. Reflexiona, Agrícola, ¡Dios mío! Un mes en la cárcel... y tu madre...

Las palabras de la Gibosa hacían cada vez más impresión en Agrícola, que tomó la carta y la volvió a leer lentamente.

—¿Y ese hombre que ha rondado nuestra puerta toda la noche? —dijo la joven—. Siempre vuelvo a lo mismo; esto no es natural. ¡Ah! ¡Dios mío! Qué desgracia para tu padre, para tu pobre madre; que ya no se halla en estado de ganarse la vida... ¿No eres tú en el día su único apoyo? Reflexiona; sin ti, sin tu trabajo, ¿qué sería de ellos?

—En efecto, sería terrible —dijo Agrícola echando la carta sobre la mesa—; lo que dices de Remi es verdad. Era tan inocente como yo. Una equivocación de la justicia, error involuntario, sin duda, pero no por eso menos cruel... Mas no se detiene a un hombre sin oírle.

—Por de pronto le prenden, luego le oyen —dijo la Gibosa con amargura—, y al cabo de uno o dos meses le ponen en libertad; y si tiene mujer o hijos que no tienen más recursos para vivir que su trabajo diario ¿qué hacen en tanto que su único apoyo se halla en la cárcel? Tienen hambre, frío, lloran.

Estas tiernas y sencillas palabras de la Gibosa hicieron estremecer a Agrícola.

—¡Un mes sin trabajo! —dijo con aire melancólico—. Y mi madre, y mi padre, y esas dos jóvenes que forman parte de esa familia hasta tanto que el mariscal Simón o su padre hayan regresado a París... ¡Ah! Tienes razón; esta idea a pesar mío, me asusta.

—Agrícola —exclamó de repente la Gibosa—, si te dirigieses a Mr. Hardy... Es tan bueno, tiene un carácter tan bondadoso, que prestándote fianza, quizás dejarían de perseguirte.

—Desgraciadamente Mr. Hardy, no está en París; ha tenido que hacer un viaje con el padre del mariscal Simón.

Después de un momento de silencio, deseando Agrícola desvanecer sus temores, añadió:

—¡No, no puedo dar crédito a esta carta! Bien mirado, prefiero esperar los acontecimientos. Al menos tendré la probabilidad de justificar mi inocencia en el primer interrogatorio; porque al fin, mi buena Gibosa, que esté en la cárcel o que me oculte, de todos modos mi familia carecerá del fruto de mi trabajo...

—¡Ay! Es verdad —dijo la pobre muchacha—; ¿qué determinación tomar? Dios

mío, ¿qué haremos?

«¡Ah!, ¡mi buen padre! —dijo para sí Agrícola—; si mañana sucediese esta desgracia... ¡qué golpe para él al despertarse, cuando ahora acaba de dormirse tan alegre!».

Y el herrero ocultó el rostro con las manos.

Desgraciadamente los temores de la Gibosa no eran exagerados, porque es bien sabido que en esta época del año 1832, antes y después de la conspiración de la calle des Prouvaires, se hicieron muchas prisiones preventivas en la clase trabajadora, por efecto de una violenta reacción contra las ideas democráticas.

De repente, la Gibosa rompió el silencio que reinaba hacía algunos segundos, y un vivo carmín coloreó sus facciones en que se dibujaba una expresión indefinible de violencia, dolor y esperanza.

—Agrícola, ya estás salvado —exclamó.

—¿Qué dices?

—Aquella señorita tan hermosa, tan buena, que al darte esta flor —y la Gibosa se la indicó al herrero—, pudo reparar con tanta delicadeza una oferta que ofendía, esta señorita debe tener un corazón generoso. Es preciso que te dirijas a ella.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la Gibosa, que dijo estas palabras como haciendo un esfuerzo sobre sí misma. Era la primera vez en su vida que experimentaba un sentimiento doloroso de celos, otra mujer era bastante feliz para poder ayudar al que ella idolatraba, pobre criatura impotente y miserable.

—¿Lo crees así? —exclamó Agrícola sorprendido—. ¿Qué podrá hacer esa señorita en este asunto?

—¿No te ha dicho: «Recordad mi nombre y en cualquier ocasión dirigíos a mi»?

—Sin duda...

—Esa señorita, por su elevada posición, debe tener buenas relaciones que podrían protegerte, defenderte; mañana temprano irás a verla, le dirás francamente todo lo que te sucede, y le pedirás su apoyo.

—Pero, mi buena Gibosa, ¿qué quieres que haga?

—Escucha, recuerdo que en otro tiempo, mi padre nos decía que había evitado el que encarcelasen a uno de sus amigos dando por él una fianza. Fácil te será convencer a esa señorita de tu inocencia, y una vez que te haya hecho el favor de prestar la fianza, creo que nada tendrás que temer...

—¡Ah! ¡Pobre niña! Es muy duro pedir semejante servicio a una persona que no se conoce...

—Créeme, Agrícola —dijo tristemente la Gibosa—, nunca te aconsejaré nada que te degrade a los ojos de los demás, y sobre todo, ¿me entiendes?, sobre todo a los de esa joven. No se trata de que le pidas dinero para ti, sino de que te preste fianza para no verte sin trabajo, a fin de que tu familia no carezca de recursos. Créeme, Agrícola, semejante petición es noble y digna de ti, el corazón de esa señorita es generoso y te comprenderá; esta fianza para ella no será nada... para ti muchísimo, puesto que así

aseguras la subsistencia de tu familia.

—Es verdad, mi buena Gibosa —dijo Agrícola con abatimiento y tristeza—, quizás será mejor dar este paso. Si esa señorita consiente en hacerme ese servicio y una fianza puede efectivamente preservarme de la cárcel, estaré preparado para lo que pueda sobrevenir. Pero no, no —añadió el herrero levantándose—, nunca me atreveré a dirigirme a esa señorita. ¿Con qué razón lo haría? ¿Qué tiene que ver el corto servicio que le he hecho, al lado del que voy a pedirle?

—¿Crees, pues, Agrícola, que un alma generosa mida los servicios que puede prestar por los que ha recibido? Ten confianza en mí por lo que toca al corazón: no soy más que una pobre criatura que no puede compararse a ninguna otra persona; nada soy, nada puedo. Sin embargo, estoy segura que esa señorita tan superior a mí, experimentará lo que yo siento en este momento; sí, como yo comprenderá lo cruel que es tu posición, y con alegría, dicha y reconocimiento, hará... lo que yo haría... si estuviese a mi alcance otra cosa que el sacrificarme inútilmente.

La Gibosa dijo estas últimas palabras sin quererlo, con una expresión dolorosa; era tan aflictiva la comparación que hacía de sí esta desgraciada y desdeñada, miserable y contrahecha, con Adriana de Cordoville, resplandeciente de juventud, hermosura y opulencia, que Agrícola se sintió conmovido al punto de derramar lágrimas, y dándole la mano, le dijo con acento enternecido:

—¡Qué buena eres! ¡Cuánta nobleza, cuánta razón y qué delicadeza tan exquisita hay en ti!

—Desgraciadamente no puedo hacer más que eso: aconsejar —repuso la muchacha.

—Y seguiré tus consejos, mi buena Gibosa, porque los dicta el alma más elevada que conozco. Además, me has tranquilizado sobre este paso persuadiéndome que el corazón de la señorita de Cardoville vale tanto como el tuyo...

Esta comparación cándida y sincera hizo casi olvidar a la Gibosa lo que acababa de sufrir; tan dulce y consoladora fue su emoción. Porque si para algunas criaturas condenadas al sufrimiento hay dolores desconocidos del mundo, también a veces experimentan humildes y tímidas alegrías que éste no llega a comprender. ¡La más mínima palabra de tierno afecto que los realce a sus propios ojos, es tan bienhechora, tan inefable para estos pobres condenados por lo general a los desprecios y malos tratamientos y a la duda terrible de sí mismos!

—Así, quedamos en que irás mañana por la mañana a casa de esa señorita ¿no es verdad? —exclamó la Gibosa llena de esperanza—. Al amanecer bajaré a la puerta de la calle a vigilar, a ver si noto algo que me parezca sospechoso y poderte avisar.

—¡Buena muchacha! —dijo Agrícola cada vez más conmovido por las palabras de la joven.

—Es preciso que vuelvas a tu cuarto antes que tu padre se despierte. El barrio en que vive esa señorita es tan solitario, que casi será ocultarte el ir allá.

—Me parece oír la voz de mi padre —exclamó Agrícola.

Efectivamente, el cuartito de la Gibosa estaba tan cerca del chiribitil del herrero, que éste y la costurera, prestando atención, oyeron a Dagoberto que decía en la oscuridad:

—Agrícola, ¿duermes hijo mío? Yo ya he echado mi primer sueño... estoy deseando echar la lengua a pacer.

—Vete pronto, Agrícola —dijo la Gibosa—, tu ausencia le pondría en cuidado. De todos modos, mañana no salgas de casa hasta que sepas si he visto algo que pueda inquietarte.

—Agrícola ¿no estás aquí? —repitió Dagoberto en voz mas alta.

—Aquí estoy, padre mío —dijo el herrero saliendo del cuartito de la Gibosa y entrando en el de su padre—: había ido a cerrar un postigo que batía el viento, temiendo que el ruido te despertase.

—Gracias, hijo mío; pero a la verdad que no es el ruido lo que me ha despertado —dijo alegremente Dagoberto—; es el hambre que tengo de charlar contigo. ¡Ah! ¡Pobre muchacho! Es una sed que devora a un anciano padre que hace dieciocho años que no ha visto a su hijo.

—¿Quieres que encienda luz, padre mío?

—No, no, eso sería lujo; hablemos en las tinieblas, porque me producirá más efecto el verte al amanecer. Será como si te viese por vez primera.

Cerróse la puerta del cuarto de Agrícola, y la Gibosa no oyó nada más. La pobre criatura se echó vestida sobre la cama y no pegó los ojos en toda la noche, esperando con pesar que apuntase el día para poder velar sobre Agrícola. A pesar de sus vivas inquietudes para el día siguiente, algunas veces se entregaba a la meditación con una amarga melancolía, comparaba la que acababa de tener en medio del silencio de la noche con el hombre a quien amaba en secreto, y lo que hubiera sido esta entrevista a haber reunido el encanto y la hermosura, si hubiera sido amada como ella amaba, con un amor casto y desinteresado. Mas luego, pensando en que nunca debía conocer los atractivos de un cariño correspondido, se consoló con la idea de haber sido útil a Agrícola.

Al amanecer la Gibosa se levantó silenciosamente, y bajó a la calle a ver si había algún indicio de peligro para Agrícola.

XXXIII

El despertar

Empezaba a clarear y Dagoberto y Agrícola estaban ya de pie. Este último había conseguido dominarse para disimular sus vivas inquietudes, porque la reflexión había aumentado sus temores. La reciente conspiración de la calle des Prouvaires había motivado un sin número de arrestos preventivos, y el hallar algunos ejemplares de su canción de los «Trabajadores libres» en casa de uno de los jefes de este malogrado complot, podía efectivamente comprometer pasajeramente al joven herrero. Ya hemos dicho que su padre no sospechaba sus angustias.

Sentado al lado de su hijo sobre el borde de su delgado lecho, el soldado, que desde el alba se había vestido y afeitado con una exactitud militar, tenía entre sus manos las de Agrícola; en su rostro se pintaba la alegría, y no se cansaba de contemplarle.

—Vas a reírte de mí, hijo mío —le dijo—, pero daba la noche al diablo para poderte ver a la luz del día como te veo ahora. Enhorabuena, nada pierdo. Otra tontería: me place que lleves bigote, ¡qué hermoso granadero a caballo hubieras hecho! ¿No has tenido nunca ganas de ser soldado?

—¿Y mi madre?

—Es verdad; y además, creo que ya ha pasado el tiempo del sable. Nosotros los viejos no somos ya buenos sino para estarnos en un rincón de la chimenea, como una carabina enmohecida; pero hemos trabajado en nuestro tiempo.

—Sí, vuestro tiempo de heroísmo y de gloria —dijo Agrícola con exaltación. Y luego añadió con voz tierna y conmovida—: ¿Sabes que es bueno y hermoso ser tu hijo?

—En cuanto a lo de hermoso, nada comprendo; tocante a lo bueno, debe serlo, porque te amo con orgullo. Cuando pienso en que esto empieza ahora, ¿no es verdad, Agrícola? Soy como los hambrientos que han estado algunos días sin comer. No se reponen sino poco a poco... Así ya puedes pensar que me desquitaré, hijo mío, mañana y noche... todos los días. Mira, no quiero pensar más en ello; «¡todos los días!» me deslumbra, me confunde, pierdo el juicio... —Estas palabras de Dagoberto causaron a Agrícola una sensación penosa, pues creyó ver en ellas el presentimiento de la separación que les amenazaba.

—¿Conque eres dichoso? ¿Mr. Hardy sigue siempre siendo bueno contigo?

—¿Él? —dijo el herrero—; es de lo mejor que hay en el mundo, el más equitativo y bondadoso. ¡Si supieses todas las mejoras que ha hecho en su fábrica! Comparada con las demás es un paraíso en medio del infierno.

—¿De veras?

—Ya verás qué bienestar, qué alegría, qué cariño se lee en los rostros de todos los que emplea, y con qué placer y ardor se trabaja.

—¡Ah! ¿Eso quiere decir que Mr. Hardy es un mágico?

—Un excelente mágico, padre mío, puesto que ha conseguido que el trabajo tenga sus atractivos; éste es el placer. Además de un salario proporcionado, nos concede una parte de sus beneficios, según nuestra capacidad; y no es esto sólo, sino que ha hecho construir vastos y hermosos edificios, en los que todos los trabajadores, con más equidad, tienen viviendas alegres y en donde gozan de todos los beneficios de la asociación. Pero ya lo verás, tú mismo juzgarás.

—Razón tienen en decir que París es el país de las maravillas. En fin, ya estoy aquí, para no separarme más de vosotros.

—No, padre mío, ya no nos separaremos más —dijo Agrícola reprimiendo un suspiro—; procuraremos entre mi madre y yo hacer que olvides todo lo que has sufrido.

—¡Sufrido! ¿Qué he sufrido? Mírame bien, ¿tengo acaso trazas de haber padecido? ¡Voto a bríos! Desde que he puesto aquí el pie me siento más joven. Ya me verás andar luego; apostarí a que te canso. ¿Qué tal, muchacho? ¡Cómo nos mirarán! Al ver tu bigote negro y el mío cano, al momento dirán: allá va el padre y el hijo. Vamos, distribuyamos el día: escribirás al padre del mariscal Simón que sus nietas se hallan aquí y que es necesario que regrese inmediatamente a París, pues se trata de negocios que les interesan mucho; en tanto que escribes bajaré a dar los buenos días a mi mujer y mis queridas niñas, tomaremos un bocado, tu madre se irá a su misa porque veo que no pierde la costumbre; ¡pobre mujer! Tanto mejor, si eso la divierte; entretanto daremos una vuelta juntos.

—Padre mío, esta mañana no podré acompañarte.

—¿Que no podré acompañarme? ¿Pues no es domingo?

—Sí, padre mío —dijo Agrícola titubeando—, pero prometí ir esta mañana al taller a terminar una obra que corre prisa. Si no fuese, perjudicaría a Mr. Hardy. Tan luego como haya terminado volveré.

—Eso es diferente —dijo el soldado dando un suspiro—; pensaba estrenar París contigo esta mañana. Será más tarde, porque el trabajo es sagrado, puesto que con él se sostiene tu madre. Es sensible, muy sensible, pero en fin, no soy injusto. Mira que pronto se acostumbra uno a la dicha; pero estoy aquí regañando por un paseo que se retardará algunas horas, cuando he estado dieciocho años esperando el poderte ver sin ninguna seguridad. Soy un viejo loco, ¡vivan la alegría y mi Agrícola!

Y para tranquilizarse, el soldado abrazó alegre y cordialmente a su hijo. Esta caricia produjo mal efecto en el herrero, porque temió ver de un momento a otro realizados los temores de la Gibosa.

—Ahora que estoy un poco más sosegado —dijo Dagoberto riendo—, hablemos de negocios: ¿sabes en dónde hallaría las señas de todos los escribanos de París?

—Lo ignoro, pero es cosa muy fácil.

—Te diré por qué; desde Rusia remití por el correo, según la orden que tenía de la madre de estas niñas que he traído conmigo, unos papeles muy importantes a un escribano de París. Como a mi llegada debía ir a verle, había escrito su nombre y sus señas en mi cartera, pero me la robaron en el camino; y como me he olvidado de ese diablo de nombre, me parece que si lo viese en esta lista lo recordaría.

Dos golpes dados en la puerta del cuarto hicieron estremecer a Agrícola. Pensó involuntariamente en la orden de arresto dada contra él. Su padre, habiendo vuelto la cabeza hacia la puerta no notó su emoción, y dijo en voz alta:

—¡Entrad!

La puerta se abrió; era Gabriel. Llevaba una sotana negra y un sombrero redondo. Reconocer a su hermano adoptivo y arrojarse en sus brazos, fueron movimientos que Agrícola ejecutó con la rapidez del pensamiento.

—¡Mi hermano!

—¡Agrícola!

—¡Gabriel!

—¡Después de tan larga ausencia! ¡Por fin te vuelvo a ver!

Tales fueron las palabras que se dirigieron el misionero y el hermano estrechamente abrazados. Dagoberto, conmovido y satisfecho de esos abrazos fraternales, sentía humedecerse sus ojos. Era en verdad tierno el afecto de estos dos jóvenes, de corazón muy semejante y de carácter y figura tan diferentes, porque el rostro varonil de Agrícola hacía resaltar aún más la firmeza de la angelical fisonomía de Gabriel.

—Mi padre me había ya informado de tu llegada —dijo al fin el herrero a su hermano adoptivo—. Esperaba verte de un momento a otro, y no obstante, mi dicha es aún cien veces mayor de lo que esperaba.

—¿Y mi buena madre? —dijo Gabriel estrechando afectuosamente las manos de Dagoberto—. ¿Está bien?

—Sí, mi valiente hijo, su salud será cien veces mejor aún, puesto que nos hallamos todos reunidos. Nada hay que dé mas salud que la alegría. —Y luego, dirigiéndose a Agrícola que olvidando el temor de ser detenido, miraba al misionero con una expresión de inefable afecto—: Cuando uno piensa que Gabriel, con ese rostro de niña, tiene el arrojo de un león... porque ya te he dicho con qué valentía salvó a las hijas del mariscal Simón y trató de salvarme a mí también.

—Pero, Gabriel, ¿qué es lo que tienes en la frente? —exclamó el herrero que hacía algunos momentos miraba atentamente al misionero.

Gabriel al entrar se había quitado el sombrero y se hallaba debajo de la claraboya, cuya luz iluminaba su rostro pálido y dulce: la cicatriz que se extendía de una a otra sien por encima de sus cejas, se veía entonces perfectamente. En medio de emociones tan diversas, de acontecimientos tan precipitados como los que habían seguido al naufragio, Dagoberto, durante su corta entrevista con Gabriel en el castillo de Cardoville, no había visto la cicatriz que ceñía la frente del joven misionero, pero

participando entonces de la sorpresa de Agrícola, le dijo:

—En efecto... ¿qué cicatriz es esa que tienes en la frente?

—Y en las manos... mira, padre mío —exclamó el herrero, cogiendo una de las manos que el joven sacerdote extendía hacia él para tranquilizarle.

—¡Gabriel! Mi valiente hijo, explícanos esto... ¿Quién te ha herido? —añadió Dagoberto.

Y tomando a su vez la mano del misionero, examinó la herida, como inteligente, y añadió:

—En España desclavamos a uno de mis camaradas de una cruz, en un camino en que lo habían crucificado los frailes para dejarlo morir de hambre y de sed... Desde entonces tenía en las manos cicatrices como éstas.

—Tiene razón mi padre. Bien se ve que te han traspasado las manos ¡pobre hermano mío! —dijo Agrícola dolorosamente conmovido.

—¡Dios mío! No os ocupéis de eso —dijo Gabriel, ruborizándose modestamente—. He ido en misión entre los salvajes de las montañas Pedregosas, y me han crucificado. Empezaban ya a desollarme la cabeza, cuando la Providencia me salvó de sus manos.

—¡Pobre niño! ¿Entonces, no tenías armas? ¿No era suficiente tu escolta?

—No llevamos armas —dijo sonriendo con dulzura.

—Y tus hermanos, los que te acompañaban, ¿cómo es que no te defendieron? —exclamó impetuosamente Agrícola.

—Estaba solo, hermano mío.

—¡Solo!

—Solo, con un guía.

—¡Cómo! ¿Has ido solo, desarmado, en medio de ese país bárbaro? —repitió Dagoberto, no pudiendo dar crédito a lo que oía.

—Eso es sublime —dijo Agrícola.

—La fe no se puede imponer por la fuerza —contestó sencillamente Gabriel—; el único medio de que se introduzca la caridad evangélica entre esos pobres salvajes, es por medio de la persuasión.

—Pero cuando ésta no basta...

—¿Qué quieres, hermano mío? Entonces se muere por la creencia, compadeciendo a los que la rechazan, porque es bienhechora a la humanidad.

Un profundo silencio siguió a esta respuesta, hecha con una tierna sencillez. Dagoberto era bastante inteligente en valor para no comprender este heroísmo tranquilo y resignado a la vez; los dos contemplaban a Gabriel con una admiración mezclada de respeto.

Gabriel, sin afectar una falsa modestia, parecía enteramente extraño a los sentimientos que producía; así es que, dirigiéndose al soldado, le dijo:

—¿Qué tenéis?

—Lo que tengo —dijo el soldado— es que después de treinta años de guerra me

creía tan valiente como el primero, y veo que hay quien me aventaja; y ese eres tú.

—¡Yo!... No os comprendo... ¿Qué he hecho, pues?

—¡Voto a bríos! ¿Sabes que esas heridas —y el veterano cogió con orgullo las manos de Gabriel— son tan gloriosas... mucho más aún que las nuestras, que somos batalladores de profesión?

—Sí, es verdad lo que dice mi padre —exclamó Agrícola. Y añadió con exaltación—: ¡Ah! ¡Ésos son los sacerdotes a quienes amo, a quienes venero; caridad, valor resignación!

—Os ruego que no me alabéis de ese modo —dijo Gabriel algo confuso.

—¡Alabarte! —contestó Dagoberto—, vamos a ver: cuando yo entraba en acción, ¿acaso iba solo? ¿No me veía mi capitán? ¿No permanecían a mi lado mis compañeros? A falta de valor, hubiera tenido el amor propio que me agujonease; añade a esto el ruido de la acción, el olor de la pólvora, los pífanos y las trompetas, el estampido del cañón, la fogosidad de mi caballo, el diablo y su madre; además, el emperador estaba allí, y para mi piel agujereada me hubiera dado un pedacito de galón o de cinta por compresión. Gracias a todo esto, pasaba por arrojado... bueno; pero ¿no lo eres tú mucho más que yo, mi valiente hijo, tú que te vas solo, desarmado a arrostrar a unos enemigos cien veces más feroces que los que nosotros atacábamos, y no solos, sino por escuadrones y a sablazos con el acompañamiento de los obuses y de la metralla?

—¡Oh! padre mío —exclamó el herrero—, ¡qué noble y qué grande es en ti el hacerle justicia!

—Querido hermano, su demasiada bondad le hace exagerar lo que es tan humano.

—Natural para personas de tu temple, sí —dijo el soldado—, pero son muy contadas...

—¡Oh! sí, muy contadas, porque ese valor es el más admirable de todos —contestó Agrícola—. ¡Cómo! ¿Sabes que caminas a una muerte casi cierta, y partes solo, con un crucifijo en la mano a predicar la caridad, el amor entre los salvajes? Se apoderan de ti, te atormentan, y tú esperas la muerte sin proferir una queja, sin odio, cólera ni venganza, el perdón en la boca, la sonrisa en los labios. Y todo esto en el fondo de los bosques, solo, sin que se sepa ni se vea; sin otra esperanza, en caso de escapar, que la de ocultar tus heridas, bajo tu modesto traje negro... ¡Por todos los diablos! mi padre tiene razón. Asegura ahora que no eres tan valiente como él.

—Y además —añadió Dagoberto—, el pobre muchacho trabaja para el «obispo», porque, como dices, hijo mío, su valor y sus heridas nunca trocarán su traje negro en el de cardenal.

—No soy tan desinteresado como parezco —dijo Gabriel a Dagoberto sonriéndose dulcemente—; si lo merezco, puedo alcanzar una gran recompensa allá arriba.

—Con respecto a eso, hijo mío, no entiendo una palabra; es punto sobre el cual no disputaré contigo. Lo que sostendré es que mi vieja cruz estaría por lo menos tan bien

colocada sobre tu sotana como sobre mi uniforme.

—Pero esas recompensas no son nunca para humildes sacerdotes como Gabriel —dijo el herrero—; y sin embargo, si supieses, padre mío, cuánta virtud y valor hay en lo que el partido sacerdotal llama a secas el «bajo clero»; cuánto mérito oculto, cuántos sacrificios desconocidos entre esos oscuros y dignos curas de aldea tan inhumanamente tratados y sujetos al yugo terrible de sus obispos. Esos benditos sacerdotes son como nosotros trabajadores para quienes todo corazón generoso debe pedir también la manumisión; como nosotros hijos del pueblo, como nosotros útiles; que también se les haga justicia como a nosotros. ¿No es verdad, Gabriel? No me desmentirás, mi buen hermano: tu ambición, según me decías, era la de conseguir un curato de aldea, porque sabías todo el bien que se puede hacer...

—Mi deseo ha sido siempre el mismo —dijo Gabriel tristemente—, pero por desgracia... —Y luego, como queriendo distraerse de una idea que le afligía mucho y mudar de conversación, continuó, dirigiéndose a Dagoberto—. Creedme, sed más justo, no abatáis vuestro valor ensalzando demasiado el nuestro. Vuestro valor es grande, porque tras el combate el aspecto de la carnicería debe ser terrible para un corazón generoso... Nosotros, al menos, si nos matan... no matamos.

A estas palabras del misionero el soldado se enderezó y le miró con sorpresa.

—Esto sí que es singular —dijo.

—¿Qué, padre mío?

—Lo que acaba de decir Gabriel me recuerda lo que experimentaba en la guerra a medida que envejecía. —Después de un corto silencio, Dagoberto añadió con un tono grave y triste que no le era natural—: Sí, lo que dice Gabriel me recuerda lo que observaba en la guerra a medida que envejecía. Escuchad, hijos míos, más de una vez, después de una batalla, estando de centinela, solo, en medio de la noche, a la claridad de la luna que iluminaba el campo que nos había quedado, pero que estaba cubierto de cinco o seis mil cadáveres, entre los cuales se hallaban antiguos camaradas de campaña... entonces aquel cuadro triste, el profundo silencio me quitaba los deseos de volver a dar tajos y reveses... (embriaguez como otra cualquiera), y me decía; ahí yacen bastantes hombres muertos y ¿por qué?, ¿por qué? Esto no impedía que al día siguiente, cuando tocaban a cargar, volviese a sacudir como un sordo. Pero es igual; cuando cansado el brazo, después de una carga limpiaba mi sable ensangrentado en las crines de mi caballo, repetía otra vez... ¡he matado!... ¡he matado!... «¿Por qué?».

Miráronse el misionero y el herrero al oír al soldado hacer estas reflexiones sobre lo pasado.

—¡Ah! —dijo Gabriel—; todos los corazones generosos experimentan lo que vos sentíais en aquellos momentos solemnes en que desaparece el afán de la gloria y queda el hombre sólo con las buenas inclinaciones que Dios puso en su corazón.

—Lo que te probará, mi valiente hijo, que vales más que yo, puesto que esas buenas inclinaciones, como dices, no te han abandonado nunca; ¿pero cómo diablos

pudiste librarte de las uñas de aquellos encarnizados salvajes que ya te habían crucificado?

A esta pregunta de Dagoberto, estremeci6se tan visiblemente Gabriel, que el soldado le dijo:

—Si no debes o no puedes responder a mi pregunta, figúrate que no he dicho nada.

—No puedo ocultaros nada, ni a mi hermano tampoco —repuso el misionero con voz alterada—. Únicamente os diré que me será difícil el explicaros lo que yo mismo no entiendo.

—¿Cómo es eso? —exclamó Agrícola sorprendido.

—Es probable —contestó Gabriel ruborizándose cada vez más—, que mis sentidos me hayan engañado; en aquel momento supremo en que esperaba la muerte con resignación, mi espíritu, debilitado a pesar mío, habrá sido engañado por una apariencia; y lo que aún en este momento me parece inexplicable, me hubiera sido descubierto después, y hubiera sabido quién era aquella mujer singular...

Dagoberto, oyendo al misionero, estaba estupefacto, porque también trataba en vano de explicarse el socorro inesperado que sacó a él y a las niñas de la cárcel de Leipzig.

—¿De qué mujer quieres hablar? —preguntó el herrero al misionero.

—De la que me ha salvado.

—¿Fue una mujer la que te salvó de manos de los salvajes? —preguntó Dagoberto.

—Sí —respondió Gabriel.

—¿Y quién era esa mujer? —dijo Agrícola.

—No lo sé: Cuando se lo pregunté, me respondió: «Soy la hermana de los afligidos».

—¿Y de dónde venía y a dónde iba? —preguntó Dagoberto con sumo interés.

—«Voy a donde se padece», me respondió y siguió camino hacia el Norte de América, hacia aquellos países desiertos en que la nieve es eterna y las noches sin fin.

—¡Como en Siberia! —exclamó Dagoberto meditabundo.

—Pero —dijo Agrícola dirigiéndose a Gabriel que estaba cada vez más distraído—, ¿cómo fue esa mujer a tu socorro?

El misionero iba a responder, cuando se oyó llamar a la puerta del cuarto muy quedito, lo que renovó los temores que Agrícola había echado en olvido desde la llegada de su hermano adoptivo.

—Agrícola —dijo una voz suave de la parte de afuera—, quisiera hablarte pronto...

El herrero, conociendo la voz de la Gibosa, abrió la puerta. La muchacha en vez de entrar retrocedió un paso en el sombrío corredor, y exclamó con inquietud:

—¡Dios mío, Agrícola! ¿Hace una hora que es de día y aún estás aquí...? ¡Qué imprudencia! He estado abajo acechando en la calle. Hasta ahora nada he visto, pero

de un segundo a otro pueden venir a prenderte. Te lo ruego... apresúrate a ir a casa de la señorita de Cardoville... no hay un momento que perder.

—A no ser por la llegada de Gabriel, ya hubiese partido. ¿Pero cómo era posible que resistiese a la dicha de estar algunos instantes con él?

—¿Gabriel aquí? —dijo la Gibosa agradablemente sorprendida, pues ya tenemos dicho que también había sido educada con él.

—Sí, ya hace media hora que está con nosotros.

—¡Qué alegría tendré también en verle! —dijo la Gibosa—, sin duda habrá subido mientras que yo estaba en el cuarto de tu madre a preguntarle si necesitaba algo con motivo de tener a esas señoritas... pero debían estar fatigadísimas, pues duermen aún. La señora Francisca me ha pedido que te diese esta carta para tu padre que acaba de recibir ahora mismo.

—Gracias, mi buena Gibosa.

—Ahora que has visto a Gabriel, no te entretengas más; medita qué golpe sería para tu padre si en su presencia viniesen a prenderte. ¡Dios mío!

—Tienes razón, es preciso partir; a su lado y al de Gabriel, había olvidado, a pesar mío, mis temores.

—Vete ligero, y quizá dentro de dos horas, si la señorita de Cardoville te hace ese gran favor, podrás volver tranquilo.

—Cierto es; dentro de algunos minutos bajaré.

—Me vuelvo a acechar a la puerta, y si notase algo subiré al momento a avisarte; mas no te detengas.

—Pierde cuidado.

La Gibosa bajó la escalera con rapidez para vigilar a la puerta de la calle, y Agrícola entró en el cuartito.

—Padre mío —dijo a Dagoberto—, aquí tienes una carta que mi madre te pide que leas, acaba de recibirla.

—Pues bien, léela por mí, hijo mío.

Agrícola leyó lo siguiente:

Señora:

Acabo de saber que vuestro marido está encargado por el señor general Simón de un asunto de la mayor importancia. Os agradeceré que tan luego como llegue vuestro marido a París, le pidáis que se presente en mi despacho, en Chartres, lo más pronto que le sea posible. Pues tengo que entregarle a «él y no a ningún otro», documentos interesantísimos para el señor general Simón.

Durand, escribano, en Chartres.

Dagoberto miró pasmado a su hijo y le dijo:

—¿Quién puede haber informado a ese caballero de mi reciente llegada a París?

—Acaso sea el escribano cuyas señas habéis perdido, y a quien remitisteis los papeles, padre mío.

—Pero no se llamaba Durand, y me acuerdo bien que era escribano de París y no

de Chartres. Por otra parte —añadió el soldado reflexionando—, si tiene papeles de mucha importancia que no debe entregar a otro sino a mí...

—Creo que no podéis menos de partir lo más pronto posible —dijo Agrícola, alegrándose de esta circunstancia que alejaba a su padre por dos días a lo menos, durante los cuales se decidiría su suerte de un modo u otro.

—Tu consejo es bueno.

—¿Eso quizás desbarata nuestros proyectos? —preguntó Gabriel.

—Algo, hijos míos, porque esperaba pasar el día con vosotros. En fin, el deber ante todo. He venido de Siberia a París, por consiguiente bien puedo ir de París a Chartres, cuando se trata de un asunto importante. En cuarenta y ocho horas estaré de vuelta. Pero es igual, se me hace muy extraño. El diablo me lleve si pensaba en dejaros hoy para ir a Chartres. Por fortuna dejo a Rosa y Blanca en manos de mi buena mujer, y su ángel Gabriel, como ellas le llaman, vendrá a hacerles compañía.

—Me es absolutamente imposible —exclamó el misionero con tristeza—. Esta visita de regreso a mi buena madre y a Agrícola... es también visita de despedida.

—¿Cómo de despedida? —dijeron a una Dagoberto y Agrícola.

—¡Ah! Sí.

—¿Vuelves a partir para otra misión? No es posible.

—Nada puedo deciros sobre este punto —contestó Gabriel reprimiendo un suspiro—, pero hasta cierta época... no puedo, no debo volver a esta casa.

—Mira, mi valiente hijo —dijo Dagoberto con emoción—, en tu conducta veo la violencia, la opresión. Soy muy inteligente en fisonomías, y aquel que tú llamas tu superior y a quien no he visto más que un instante, después del naufragio, en el castillo de Cardoville, tiene muy mala catadura, y a fe que siento verte alistado con semejante capitán.

—¡En el castillo de Cardoville!... —exclamó el herrero, a quien chocó la semejanza de nombre—. ¿Fue en el castillo de Cardoville en donde os acogieron después del naufragio?

—Sí, hijo mío, ¿qué es lo que te sorprende?

—Nada, padre mío. ¿Y los dueños del castillo, lo habitaban?

—No, porque el administrador, a quien manifesté que deseaba verlos para darles las gracias por la buena acogida que nos habían hecho, me dijo que la persona a quien pertenecía vivía en París.

—¡Qué extraña casualidad! Si esta señorita fuese la propietaria de este castillo que lleva su nombre...

Y acordándose de la promesa que había hecho a la Gibosa, dijo a Dagoberto:

—Dispense, padre mío, pero ya es tarde, y a las ocho he de estar en el taller.

—Es muy justo, hijo mío. Vamos, aplazaremos nuestro paseo hasta mi regreso de Chartres. Abrázame otra vez, y...

Desde que Dagoberto había hablado a Gabriel de violencia y opresión, este último se había quedado pensativo. En el momento en que Agrícola se le acercó para

apretarle la mano y despedirse de él, el misionero le dijo en voz grave y con tono tan decidido que sorprendió al herrero y al soldado:

—Hermano mío, escucha una palabra más; he venido también aquí para decirte que dentro de algunos días te necesitaré... y a vos también, padre mío. Dejadme que os dé este nombre... —añadió Gabriel con voz emocionada.

—¡Cómo es que nos dices eso!... ¿Qué hay pues? —exclamó el herrero.

—Sí —contestó Gabriel—, necesitaré los consejos y la ayuda... de dos hombres de honor, de dos hombres de resolución. Puedo contar con vosotros, ¿no es cierto? A cualquier hora, en cualquier día, a una palabra mía, ¿vendréis?

Dagoberto y su hijo se miraron en silencio, sorprendidos del acento de Gabriel.

Agrícola sentía oprimírsele el corazón. Si estaba preso en tanto que su hermano lo necesitase, ¿qué hacer?

—A cualquier hora, mi valiente hijo, puedes contar con nosotros —dijo Dagoberto, tan sorprendido como interesado—: tienes un padre y un hermano con los que puedes contar...

—Gracias... gracias; me hacéis muy feliz...

—¿Sabes una cosa? Que a no ser por tu traje, creería que se trataba de un duelo... de un duelo a muerte... Del modo que lo dices...

—¿De un duelo? —exclamó el misionero estremeciéndose—; sí, quizás de un duelo singular... terrible... para el cual necesitaré dos testigos como vosotros... «Un padre y un hermano...».

* * *

Algunos momentos después, Agrícola, cada vez más inquieto, se dirigía precipitadamente a casa de la señorita de Cardoville, a donde llevaremos al lector.

QUINTA PARTE

El palacio de Saint-Dizier

XXXIV

El pabellón

El palacio de Saint-Dizier era uno de los edificios más grandes y hermosos de la calle de Babilonia en París.

Nada de más severo y triste que el aspecto de esta antigua morada; enormes ventanas de pequeños vidrios pintados de un blanco azulado, hacían resaltar aún más las piedras picadas ennegrecidas por el tiempo.

Este palacio se parecía a todos los demás que se habían construido en este cuartel a mediados del siglo último: era un vasto edificio con frontis triangular y tejado dividido, con un primer piso y entresuelo al que se subía por una ancha gradería.

La escena siguiente ocurría después de la llegada de Dagoberto y las hijas del general Simón a la calle Brise-Miche. Acababan de dar las ocho de la mañana en la iglesia vecina; un hermoso sol de invierno se elevaba resplandeciente en medio de un cielo azul puro y por detrás de los árboles deshojados que en verano formaban una bóveda de follaje encima del pabellón a lo Luis XV.

Abrióse la puerta del vestíbulo y los rayos del sol iluminaron una hermosa criatura, o más bien dos, porque la una, no obstante de ocupar un lugar más modesto en la escala de la creación, no dejaba por eso de ser relativamente de hermosura notable.

En otros términos, una joven y una perrita inglesa, de esa especie llamada del «rey Carlos», aparecieron en el peristilo de la rotonda.

La joven se llamaba Georgina, la perrita «Lutina».

Georgina tenía dieciocho años; nunca Florina, ni Marton, ni la doncella de Marivaux tuvieron figura tan expresiva, ojo más vivo, sonrisa más maligna, mejillas más rosadas, talle más airoso, pie más pequeño ni figura más atractiva.

Aunque era temprano, Georgina estaba vestida con esmero; un gorrito de muselina guarnecido de encaje y cintas de color de rosa, que venía a atarse debajo de la barbilla, colocado hacia atrás sobre las bellas trenzas de sus cabellos rubios, adornaba su rostro fresco y gracioso.

Cuando Georgina recogió la falda de su vestido para bajar con más ligereza las gradas del peristilo, mostró a los ojos indiferentes de «Lutina» el principio de una pantorrilla bien formada, una delgada canilla cubierta de una media de seda blanca, y un precioso pie calzado con unos borceguíes negros de raso turco.

Cuando a una rubia como Georgina se agrega el ser graciosa, que sus ojos azules brillan con viveza y una alegre animación colorea su cutis transparente, entonces reúne más atractivos que una morena.

Esta cortés vivaracha doncella que la noche anterior había introducido a Agrícola

en el pabellón, era la camarera mayor de la señorita Adriana de Cardoville.

«Lutina», tan afortunadamente hallada por el herrero, ladraba alegremente saltando y corriendo por la hierba: era poco mayor que el puño; su largo pelo, de un negro lustroso, brillaba como el ébano bajo la ancha cinta de raso encarnado que rodeaba su cuello; sus patitas cubiertas de largas sedas, eran de color de fuego vivo, así como su hocico era sumamente chato; sus grandes ojos saltones y sus orejas rizadas eran tan largas que casi le arrastraban.

De repente «Lutina» y Georgina suspendieron sus juegos al ver una persona que se adelantaba gravemente.

La perrilla que se hallaba algunos pasos más adelante, atrevida y fiel a su nombre, se mantuvo firme sobre sus nerviosas patas, y esperó intrépidamente al «enemigo», enseñando dos hileras de dientes, que a pesar de ser de marfil, no por eso eran menos agudos.

«El enemigo» era una mujer de edad avanzada custodiada por un dogo muy gordo, color de café y leche; su cola enroscada, su cuerpo redondo, el cuello un poco torcido; caminaba con las patas algo separadas, y con paso doctoral.

Su hocico negro, arisco y ceñudo, levantado del lado izquierdo por dos dientes salientes, le daba una expresión singularmente solapada y vengativa. Este despreciable animal, tipo perfecto al que podría darse el nombre de «perro de devota», atendía por el nombre de «Caballero».

La dueña de «Caballero», mujer de unos cincuenta años, de estatura mediana y corpulenta, llevaba un traje tan oscuro y severo como el de Georgina era claro y alegre.

Esta matrona que caminaba lentamente y con discreción, era la señora Agustina Grivois, camarera mayor de la señora princesa de Saint-Dizier.

Cuando Agustina vio a la perrilla no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y mal humor, que no escapó a la joven perspicaz, «Lutina», que no había retrocedido un paso desde la aparición de «Caballero», le miraba intrépidamente con aire hostil, y aun se adelantó hacia él tan decidida, que el dogo, tres veces mayor que la perrita, dio un grito de temor y se escondió detrás de la señora de Grivois. Ésta dijo a Georgina con enfado:

—Me parece, señorita, que podríais dispensaros de incitar a vuestro perro a que se arroje sobre el mío.

—Sin duda que para poner al abrigo de estos ataques a ese respetable y feo animal tratasteis ayer noche de que se extraviase «Lutina»; despachándola a la calle por la puerta pequeña del jardín. Mas, afortunadamente, un honrado muchacho la encontró en la calle de Babilonia y la devolvió a mi señorita. ¿Pero a qué debo, señora, la dicha de veros tan de mañana?

—Vengo de parte de la princesa —dijo la señora Grivois, no pudiendo ocultar una sonrisa de satisfacción—, para ver ahora mismo a la señorita Adriana. Se trata de un asunto muy importante que no debo manifestar sino a ella misma.

A estas palabras Georgina se puso muy encendida, y no pudo reprimir un movimiento de impaciencia que la señora Grivois no echó de ver, ocupada en proteger a «Caballero», a quien «Lutina» se acercaba con aire amenazador; habiendo dominado esta emoción pasajera, respondió con firmeza:

—La señorita se ha acostado ayer muy tarde, y me ha dicho que no entre en su cuarto hasta mediodía.

—Es posible, pero como se trata de obedecer una orden de su tía la princesa, me haréis el favor, señorita, de despertarla.

—Mi señorita no recibe órdenes de nadie; se halla en su casa, y por consiguiente no la despertaré hasta mediodía como me tiene prevenido.

—Entonces, iré yo misma.

—Florina y Hebe no os abrirán, porque yo tengo la llave del salón y no podéis entrar por otra parte.

—¡Cómo!, ¿os atrevéis a impedirme que ejecute las órdenes de la princesa?

—Sí, me atrevo a cometer el gran crimen de no querer despertar a mi señorita.

—Éste es el resultado de la ciega bondad de la señora princesa con su sobrina — dijo la matrona con tono contrito—. La señorita Adriana no respeta ya las órdenes de su tía y se rodea de jóvenes casquivanas que desde por la mañana se ponen de punta en blanco.

—¡Ah, señora! ¿Cómo podéis hablar mal de los adornos, cuando habéis sido la más coqueta y vivaracha de todas las camareras de la princesa? Esto se ha repetido en el palacio de generación en generación hasta nuestros días.

—¿Cómo de generación en generación? Cualquiera diría que soy centenaria. Mirad la impertinente.

—Hablo de las generaciones de camareras, pues excepto vos, las que más han estado en casa de la princesa son dos o tres años. Reúne demasiadas buenas cualidades para sus pobres doncellas.

—No os permito, señorita, que habléis de ese modo de mi señora. Su nombre no debería pronunciarse sino de rodillas.

—No obstante, si se quisiese criticar...

—Os atrevéis...

—No habría que ir más lejos que ayer noche... a las once y media.

—¿Ayer noche?

—Un cabriolé se detuvo a algunos pasos del palacio; un personaje misterioso se apeó, llamó discretamente, no a la puerta, sino a los vidrios de la ventana del portero; y a la una de la mañana el cabriolé estaba todavía parado en la calle, esperando al personaje misterioso, que durante este tiempo, pronunciaba sin duda, como vos decís, el nombre de la señora princesa... de rodillas.

Sea que la señora Grivois no estuviese enterada de la visita hecha por Rodin a la señora de Saint-Dizier la noche anterior, después de haberse asegurado de la llegada a París de las hijas del general Simón, o que quisiese aparentar que nada sabía de esta

visita, lo cierto es que respondió alzando los hombros con desprecio.

—No sé de lo que queréis hablar, pero no he venido aquí para escuchar vuestras tonterías; ¿queréis o no conducirme al aposento de la señorita Adriana?

—Os repito que mi señorita duerme y que me ha prohibido que entre en su cuarto antes de mediodía.

Esta conversación tenían a alguna distancia del pabellón, cuyo peristilo se veía al cabo de una calle de árboles, que terminaba en una plazuela. De repente la señora Grivois exclamó extendiendo la mano en esta dirección.

—¡Buen Dios!, ¡es posible!, ¿qué es lo que he visto?

—¿Qué es, pues, lo que habéis visto? —preguntó Georgina volviéndose.

—¿A quién... he visto? —contestó la señora Grivois, muy admirada.

—Sí, ¿a quién?

—¡A la señorita Adriana!

—¿Y en dónde?

—Que subía rápidamente el peristilo. La he conocido en su modo de andar, en su sombrero y abrigo. ¡Volver a casa a las ocho de la mañana! —exclamó la señora Grivois—. Parece increíble.

—¿La señorita? ¿Acabáis de ver a la señorita? —Y Georgina soltó una gran carcajada—. ¡Ah! Ya lo comprendo; queréis aventajar a mi historia verídica del cabriolé de ayer noche. Es demasiada habilidad.

—Os repito que ahora mismo acabo de ver...

—Vamos, señora Grivois, si habláis formalmente, estáis loca.

—Estoy loca, porque tengo buenos ojos. La señorita sin duda acaba de entrar por la puerta falsa de la plazuela que da a la calle. ¡Oh! Dios mío esto es para volverse loca; ¿qué dirá la princesa? ¡Ah! sus presentimientos no la engañaban; a este punto debía conducirla la debilidad que ha tenido por los caprichos de su sobrina. Es horrible, tan horrible, que aun cuando acabo de verlo con mis propios ojos, me resisto a creerlo.

—Puesto que es así, señora, ahora me empeño en que entréis en el cuarto de la señorita, para que os aseguréis por vos misma de que habéis sido engañada por una visión.

—¡Qué sutil sois, querida! pero no tanto como yo. Ahora queréis que entre en el cuarto de la señorita Adriana, porque tenéis certeza de que se halla en él.

—Pero, señora, os aseguro...

—Lo único que puedo deciros, es que ni vos, ni Florina, ni Hebe, permaneceréis aquí veinte y cuatro horas, la princesa pondrá término a semejante escándalo: voy al momento a participarle todo lo que pasa. ¡Salir de noche! ¡Dios mío! y volver a las ocho de la mañana. Estoy completamente trastornada; pero a no haberlo visto... con mis propios ojos... nunca lo hubiera creído. Al fin, todo esto debía suceder, y nadie lo extrañará. No es verdad; y a todos a quienes voy a contar este desarreglo, estoy segura que me dirán: eso no tiene nada de extraño. ¡Ah! Qué sentimiento, qué golpe

tan rudo para la respetable princesa.

Y la señora Grivois volvió a tomar el camino del palacio seguida de «Caballero», que pareció estar tan enojado como ella.

Georgina, viva y ligera, corrió hacia el pabellón con objeto de prevenir a la señorita Adriana de Cardoville que la señora Grivois la había visto, o creía haberla visto entrar furtivamente por la puerta falsa del jardín.

El tocador de Adriana

Una hora había transcurrido desde que la señora Grivois había visto o creído ver a la señorita Adriana de Cardoville regresar por la mañana al pabellón del palacio Saint-Dizier.

Para comprender la excentricidad de las escenas siguientes, es necesario dar a conocer las partes más marcadas del carácter original de la señorita de Cardoville. Consistía esta originalidad en una excesiva independencia de imaginación unida a una antipatía natural a todo lo que era feo o repugnante, y una necesidad invencible de rodearse de todo lo hermoso y agradable.

El pintor más devoto del colorido y el estatuario más apasionado de las formas, no experimentaban en mayor grado que Adriana el noble entusiasmo que inspiraba a las naturalezas privilegiadas la vista de una hermosura perfecta.

Amando apasionadamente las flores, los olores suaves, gozaba de los perfumes como de la música y de la hermosura plástica. ¿Es preciso confesar esta enormidad? Adriana era golosa y apreciaba mejor que otra cualquiera la fresca pulpa de una hermosa fruta, el exquisito sabor de un faisán dorado bien aderezado, o la fragancia de un vino generoso.

Pero Adriana sabía gozar de todo esto con reserva; empleaba toda su religión en cultivar y perfeccionar los sentidos que había recibido de Dios, pues hubiera mirado como una negra ingratitud el entorpecer con excesos estos dones divinos, o envilecerlos por una elección indigna, de la que estaba preservada por la excesiva delicadeza de su gusto. Lo «hermoso» y lo «feo» reemplazaban para ella a lo «bueno» y lo «malo».

Su culto a la gracia, la elegancia y la hermosura física, la habían conducido a la adoración de la hermosura moral, porque si la expresión de una pasión ruin y baja afea los rostros más bellos, a los más feos los ennoblece la expresión de los sentimientos bondadosos. En una palabra, Adriana era la personificación más completa e ideal de la «sensualidad»; no de esa sensualidad vulgar, ignorante, «mal comprendida», siempre falsa, corrompida por el hábito o por la necesidad de goces materiales y sin variedad, sino de esa sensualidad exquisita que es para los sentidos lo que el aticismo es para la imaginación.

Era extremada la independencia de su carácter, así que no sabía avenirse a ciertas sujeciones humillantes impuestas a la mujer por su posición social, y había resuelto atrevidamente sustraerse a ellas.

Dadas ya estas explicaciones indispensables, haremos que el lector asista a la salida del baño de Adriana Cardoville. Sería preciso poseer el brillante colorido de la

escuela veneciana para poder describir esta escena encantadora, que más bien parecía representarse en el siglo XVI, en algún palacio de Florencia o Bolonia, que en París, en el arrabal de Saint-Germain, en febrero de 1832.

El gabinete de tocador de Adriana era más bien una especie de templete dedicado al culto de la hermosura, en agradecimiento al Dios que prodiga tantos encantos a la mujer, no con el objeto de que los descuide, los cubra de ceniza y los desfigure con el cilicio, sino para que en su ferviente gratitud los rodee de todo el prestigio de la gracia, de la esplendidez de los adornos, para glorificar a los ojos de todos la obra divina.

El día iluminaba esta pieza semicircular al través de una doble ventana, invención venida de Alemania.

Adriana, a quien acababan de sacar del baño, estaba sentada delante de su tocador; rodeábanla sus tres doncellas. Por un capricho o más bien por una consecuencia lógica de su afición por lo bello y la armonía en todas las cosas, Adriana había querido que las jóvenes que la servían fuesen muy bonitas y vistiesen con coquetería y originalidad.

Ya hemos visto a Georgina, rubia y graciosa, con su hermoso traje de doncellita de Marivaux; sus dos compañeras no le cedían en gracia y gentileza. La una llamada Florina, alta y esbelta, tenía el aire de Diana la Cazadora, era pálida y morena, sus espesos cabellos negros trenzados detrás de su cabeza los sujetaba un alfiler de oro. Como las otras dos jóvenes, llevaba los brazos desnudos para mayor comodidad en el servicio, y su vestido era de color «verde claro», tan familiar a los pintores venecianos; su saya era muy ancha, y el cuerpo estrecho, escotado en cuadro sobre los pliegues de una gorguera de batista blanca con plieguecitos, unida por cinco botoncitos de oro. La tercera doncella de Adriana tenía un rostro tan fresco, un talle tan gracioso y perfecto, que ésta la llamaba «Hebe»; su traje de un color de rosa bajo, hecho a la griega, dejaba enteramente descubierto su hermoso cuello y sus brazos.

La fisonomía de estas jóvenes era alegre; en sus facciones no se veía esa expresión de mal humor, de envidiosa obediencia, de chocante familiaridad o de baja deferencia, comunes resultados de la servidumbre.

El sol iluminaba el gabinete pasando al través de la doble ventana; Adriana permanecía sentada en una silla de respaldo poco elevado; llevaba una larga bata de tela de seda azul bajo con un enramado del mismo color, ceñida a la cintura por un flotante cordón; su cuello, flexible como el de un pájaro, estaba descubierto, así como sus brazos y espaldas, de una hermosura incomparable.

Los ojos de Adriana, muy grandes y muy negros, tan pronto brillaban con malicia y talento, como se entreabrían lánguidos, entre dos franjas de largas pestañas negras como sus cejas finas, perfectamente arqueadas, pues por un raro capricho de la naturaleza tenía las cejas y pestañas negras y el cabello rojo.

Ya hemos dicho que Adriana era roja, pero como lo son varios admirables retratos de mujeres del Ticiano o de Leonardo de Vinci. Esto es, que el oro líquido no

aventaja en hermosura y brillo a esta mata de cabellos suaves como la seda y tan largos, que en pie le llegaban al suelo, y en los que podía envolverse como la Venus Afrodita. Sobre todo en este momento causaba placer el mirarlos. Georgina, con los brazos desnudos, de pie detrás de su señorita, había logrado con trabajo reunir en una de sus manitas blancas, esta hermosa cabellera que brillaba aún más con los reflejos del sol. Cuando la bonita camarera metió el peine de marfil en medio de esta dorada madeja de seda, hubiérase dicho que se desprendían miles de chispas, el sol también iluminaba un sin número de ligeros rizos que, separados con esmero sobre la frente, caían a lo largo de las mejillas de Adriana, y por su elasticidad acariciaba en su seno cuya ondulación seguían.

En tanto que Georgina arreglaba sus cabellos, Hebe, con una rodilla en tierra y sobre la otra el delicado pie de la señorita de Cardoville, se ocupaba en calzarle un zapatito de raso negro.

Florina, a un lado, presentaba una cajita de plata sobredorada en que había una pasta perfumada, con la que Adriana se frotó ligeramente las manos y los dedos, que en sus extremidades parecían teñidos de carmín.

No echaremos en olvido a «Lutina», que colocada sobre las rodillas de su ama, abría unos grandes ojos y parecía seguir con seria atención las diversas fases del tocado de Adriana.

Oyóse en la parte de afuera una campanilla, y a una seña de la señorita de Cardoville, Florina salió del cuarto y volvió trayendo una carta en un azafatito de plata. Adriana, en tanto que sus mujeres acababan de vestirla, tomó la carta que le escribía el administrador de la tierra de Cardoville, la cual estaba concebida en estos términos:

Señorita:

Conocedor de vuestro buen corazón y de vuestra generosidad, me tomo la libertad de dirigirme a vos con toda confianza. Durante veinte años he servido al difunto conde-duque de Cardoville vuestro padre, con un celo y probidad que creo me es permitido manifestar. El castillo está vendido, de modo que mi mujer y yo nos hallamos en vísperas de ser despedidos y faltos de todo recurso, lo que, a nuestra edad, es muy sensible, señorita.

—Pobres gentes —dijo Adriana, interrumpiendo su lectura—; en efecto, mi padre siempre me ponderaba su celo y adhesión.

Y continuó:

Un medio nos queda de conservar nuestro empleo, pero sería preciso para ello cometer una bajeza, y a pesar de lo que nos pueda suceder, mi mujer y yo no compraremos nuestro pan a ese precio.

—Bien, bien, siempre los mismos —dijo Adriana—; la dignidad en la pobreza es el perfume de las flores de los campos.

Para explicaros mejor todo esto, señorita, debo deciros primero que hace dos días que vino de París Mr. Rodin...

—¡Ah! Mr. Rodin —dijo Adriana interrumpiéndose de nuevo—, ¿el secretario del abate de d'Aigrigny? Ya no extraño que se trate de alguna perfidia tenebrosa. Veamos:

Que vino de París Mr. Rodin para anunciarnos que la tierra estaba ya vendida y que nos aseguraba el conservarnos en nuestro empleo, con tal que le ayudásemos a que la nueva propietaria tomase por confesor a un sacerdote desacreditado, y si para lograr mejor su fin consentíamos en calumniar a otro cura ecónomo, muy respetado y querido en el país. Aún hay más: quería que le escribiese secretamente dos veces por semana todo lo que pasase en el castillo. Debo confesaros, señorita, que estas vergonzosas proposiciones fueron en lo posible disfrazadas, disimuladas bajo pretextos bastante especiosos, pero a pesar de la forma más o menos hábil, en el fondo es tal como os lo he manifestado, señorita.

—Corrupción, calumnia y delación —dijo para sí Adriana con desagrado—; no puedo pensar en esa canalla sin que involuntariamente se despierten en mí ideas tenebrosas, de veneno y de asquerosos reptiles negros; lo que en verdad no es muy agradable. Prefiero pensar en los rostros francos y honrados de ese pobre Dupont y de su mujer.

Adriana prosiguió:

Ya podéis suponer, señorita, que no hemos titubeado, dejaremos a Cardoville después de una permanencia de veinte años, pero al abandonarlo no tendremos nada que echarnos en cara. Ahora bien, señorita: si entre vuestras vastas relaciones, vos que sois tan buena, pudierais hallarnos una colocación, recomendándonos, quizás a vuestra bondad deberíamos el salir de tan horrible apuro.

—Seguramente no se habrán dirigido a mí en vano. Sacar a estas pobres gentes de entre las uñas de Mr. Rodin, es para mí un deber y un placer, porque es a la vez un hecho justo y peligroso, y me gusta desafiar al poderoso y al opresor.

Adriana siguió:

Después de hablaros de nosotros, señorita, permitidme que pida para otros vuestra protección, porque no sería obrar bien el pensar únicamente en sí. Hace unos tres días que naufragaron en esta costa dos buques, y sólo pudieron salvarse algunos pasajeros que hospedamos en el castillo, y a los cuales mi mujer y yo prestamos todos los socorros necesarios; todos estos pasajeros partieron para París, excepto uno que aún está aquí. Hasta ahora sus heridas no le han permitido dejar el castillo, y quizás tenga aún que permanecer algunos días. Es un joven príncipe indio, de unos veinte años, que parece tan bueno como hermoso, que no es poco decir, a pesar de su color bronceado propio, según dicen, de las gentes de su país.

—¡Un príncipe indio!, ¡de veinte años, bueno y hermoso! —exclamó alegremente Adriana—; esto es encantador y sobre todo muy poco vulgar: ya simpatizo con ese príncipe náufrago ¿pero, qué puedo hacer con ese Adonis de las orillas del Ganges, que viene a estrellarse contra las costas de Picardía?

Las tres doncellas de Adriana se miraron sin gran extrañeza, pues estaban ya muy acostumbrados a las singularidades de su carácter. Georgina y Hebe se sonrieron discretamente; Florina, la joven alta, bella, morena y pálida, tardó más en hacerlo, pero fue por reflexión, como si estuviese muy ocupada en escuchar y retener las menores palabras de Adriana, quien muy interesada con respecto al Adonis de las orillas del Ganges, como ella decía, siguió la lectura de la carta del administrador:

Uno de los compatriotas del joven indio, que no ha querido separarse de él para cuidarle, me ha dado a entender que el príncipe ha perdido en el naufragio cuanto poseía y que no sabía cómo manejarse para poder llegar a París, pues de su pronta presencia dependen grandes intereses. Todos estos detalles no los supe por el príncipe, que parece tener demasiada dignidad y orgullo para quejarse; pero su compañero, que es más comunicativo, me ha hecho estas confianzas, añadiendo que su compatriota había ya experimentado muchas desgracias; que su padre, rey de un territorio de la India, hacía poco había sido muerto y desposeído por los ingleses...

—Es muy extraño —dijo Adriana reflexionando—: estas circunstancias me recuerdan que con frecuencia mi padre me hablaba de una de nuestras parientas que se había casado con un rey en la India, al lado del cual se hallaba el general Simón, que acababan de nombrar mariscal. —E interrumpiéndose a sí misma, añadió sonriendo—: ¡Dios mío! ¡Sería singular! a nadie le suceden las cosas que a mí; y dicen que soy extravagante. Me parece que no soy yo, sino la Providencia, que en verdad muéstrase a veces muy excéntrica. Pero veamos si este pobre Dupont dice el nombre de este hermoso príncipe.

No dudamos que perdonaréis nuestra indiscreción, señorita; pero hubiéramos creído ser muy egoístas, no hablándoos más que de nuestras penas, cuando se halla aquí un valiente príncipe, también muy digno de compasión. En fin, señorita, creedme, soy viejo, conozco bastante a los hombres, y me basta ver la nobleza y suavidad de su rostro, para asegurarnos que es merecedor de la protección que para él os pido; con una pequeña cantidad tendría lo bastante para comprarse algunos vestidos europeos, porque en el naufragio ha perdido los suyos indios.

—¡Cielos!, ¡vestidos europeos! —exclamó alegremente Adriana—. ¡Pobre príncipe! Dios le preserve y a mí también de semejante cosa. La casualidad me envía desde el fondo de la India un mortal bastante dichoso que no ha usado nunca ese detestable traje europeo, esos repugnantes vestidos, esos horribles sombreros que hacen tan ridículos a los hombres, tan feos, que a la verdad no es mi virtud hallarlos tan poco seductores. Me llega un hermoso príncipe de ese país de Oriente en donde los hombres van vestidos de seda, de muselina y de cachemira. Seguramente que no dejaré esta única ocasión de satisfacer mi capricho. Así, nada de vestidos europeos, a pesar de lo que diga el pobre Dupont. Pero ¿cuál será el nombre de este príncipe querido? ¡Qué feliz hallazgo si se tratase de ese primo de allende el Ganges! En mi infancia he oído ensalzar tanto a su real padre, que me deleitaría el poder hacer a su hijo el correspondiente acogimiento. Pero veamos, veamos el nombre.

Adriana prosiguió:

Si además de esta corta cantidad, señorita, fueseis tan buena que le proporcionaseis los medios de trasladarse a París con su compañero, haríais un gran servicio a este pobre príncipe, ya tan desgraciado. En fin, señorita, como conozco bien vuestra delicadeza, quizás os convenga socorrer al príncipe sin ser conocida; en este caso, os ruego que dispongáis de mí contando con mi discreción; si por el contrario, queréis remitírselo directamente, éste es su nombre tal como me lo ha escrito su compatriota: El príncipe Djalma, hijo de Kadja-Sing, rey de Mundi.

—¡Djalma! —dijo con viveza Adriana reuniendo sus recuerdos—, ¡Kadja-Sing! sí... esto es... éstos son los nombres que con frecuencia me repetía mi padre diciéndome

que no había nada más caballeresco y heroico en la tierra que este anciano rey indio, emparentado con nuestra familia. Parece que el hijo no ha degenerado. Sí, Djalma... Kadja-Sing... Esto es, no son hombres tan comunes —dijo sonriendo—, que se puedan olvidar o confundir con otros. Así Djalma es mi primo. Es valiente, bueno, joven y hermoso. Sobre todo nunca ha vestido el horrible traje europeo; no tiene recursos. Esto es hermosísimo, es demasiada dicha a la vez. Pronto, pronto... improvisemos un bonito cuento de hadas, cuyo héroe sea este «querido príncipe». ¡Pobre pájaro de dorado plumaje perdido en nuestros tristes climas! Que encuentre al menos algo que le recuerde su país de luz y de perfumes.

Y dirigiéndose a una de sus doncellas, le dijo:

—Georgina, hija mía, toma papel y escribe.

La joven se sentó delante de la mesa en la que había recado, de escribir, y dijo:

—Espero vuestras órdenes, señorita.

Adriana de Cardoville, cuyo hermoso rostro rebosaba de alegría, dicha y jovialidad, dictó la siguiente carta, dirigida a un anciano pintor, que durante mucho tiempo la había enseñado el dibujo y la pintura, porque sobresalía en este arte como en todos los demás.

Mi querido Tiziano, mi buen Veronés, mi digno Rafael: Vais a prestarme un buen servicio, y lo haréis, estoy segura, con aquella complacencia que siempre he hallado en vos.

Os pondréis de acuerdo con el inteligente artista que hizo mis últimos vestidos del siglo quince. Esta vez se trata de trajes indios modernos para un joven. Sí señor, para un joven. Y según mi cálculo podréis hacer que tomen la medida del Antiguo o más bien del Baco indio: éste será el más adecuado.

Es necesario que estos vestidos sean a la vez muy exactos, ricos y elegantes; para esto elegiréis las telas más hermosas; procurad sobre todo que se asemejen a las de la India: a esto añadiréis para fajas y turbantes, seis magníficos chales de cachemira, dos blancos, dos encarnados y dos color naranja; porque éstos son los colores que mejor sientan a los cutis morenos.

Hecho esto (para lo que no os doy más que dos o tres días) partiréis en posta en mi berlina para el castillo de Cardoville, que ya conocéis; el administrador, el excelente Dupont, uno de vuestros antiguos amigos, os presentará a un joven príncipe indio llamado Djalma; diréis a este alto y poderoso señor de otro mundo, que vais en nombre de un «amigo» desconocido, que obrando como hermano, le remite lo necesario para que no se vea sujeto a las visibles modas de Europa. Añadiréis que este amigo le espera con tanta impaciencia, que le ruega se ponga inmediatamente en camino para París; si mi protegido opone el mal estado de su salud, le manifestaréis la suavidad de mi coche, y mandando desplegar la cama que encierra, podrá venir con toda comodidad.

Acordaos bien de disculpar discretamente al amigo desconocido porque no le envía ni ricos palanquines, ni aun modestamente un elefante, porque desgraciadamente no hay palanquines más que en la ópera y elefantes más que en las casas de fieras, lo que hará que mi protegido nos mire como a salvajes.

Tan luego como le hayáis decidido a partir, os pondréis al momento en camino, y me lo traeréis aquí, a mi pabellón, calle de Babilonia (¡qué predestinación, el vivir en la calle de Babilonia! este nombre al menos tiene algo de oriental), me traeréis aquí a ese querido príncipe que ha tenido la dicha de nacer en el país de las flores, de los diamantes y del sol.

Tendréis además la complacencia, mi antiguo y buen amigo, de no extrañar este nuevo gusto, sobre todo, de no entregaros a conjeturas extravagantes. Formalmente, la elección que hago por vos en esta ocasión, de vos a quien amo y respeto sinceramente, os dará a conocer que en el fondo de todo esto hay otra cosa que una locura aparente.

Al dictar estas últimas palabras, el acento de Adriana fue tan formal y digno, como hasta entonces chistoso y alegre. Mas luego continuó jovialmente:

Adiós, mi antiguo amigo; soy como aquel capitán de otros tiempos, cuya nariz heroica y barba conquistadora me habéis hecho dibujar tantas veces, que me chaceo con suma tranquilidad en el momento de entrar en acción; sí, porque dentro de una hora he de presentar una terrible batalla a la devota de mi tía. Afortunadamente no me faltan audacia y valor y estoy deseando empeñar la pelea con esta austera princesa.

Adiós, mis recuerdos de corazón a vuestra excelente mujer. Si os hablo aquí de ella, de esa criatura tan justamente respetada, es para tranquilizaros sobre los efectos de este rapto en beneficio mío de un hermoso y joven príncipe, porque preciso es terminar por donde debiera haber empezado, y confesaros que es hermoso.

Otra vez adiós...

Y dirigiéndose a Georgina:

—¿Has escrito querida?

—Sí, señorita...

—¡Ah!... pon una postdata.

Os remito un crédito a la vista contra mi banquero para todos estos gastos, no escaseéis; ya sabéis que soy gran señor... (preciso es que me sirva de esta expresión masculina, puesto que vosotros, tiranos, os habéis apropiado exclusivamente este término significativo de una noble generosidad).

—Ahora, Georgina —añadió Adriana—, dame una hoja de papel y esa carta, para firmarla.

La señorita de Cardoville tomó la pluma que le presentaba Georgina, firmó la carta e incluyó en ella una orden contra su banquero, concebida en estos términos:

Páguese a Mr. Norval, bajo recibo, la suma que pida para gastos hechos en mi nombre.

Adriana de Cardoville.

Durante esta escena, y en tanto que Georgina escribía, Florina y Hebe continuaron vistiendo a su señorita, quien había dejado su traje de mañana para arreglarse, a fin de ver a su tía. En la atención sostenida y obstinada, aunque disimulada, con que Florina había escuchado a Adriana dictar su carta a Mr. Norval, se echaba de ver fácilmente que, según su costumbre, procuraba retener las más mínimas expresiones de la señorita de Cardoville.

—Pequeña —dijo a Hebe—, enviarás al instante esta carta a Mr. Norval.

Dejóse oír en la parte de afuera la misma sonora campanilla. Hebe se dirigía a la puerta para saber quién llamaba y ejecutar las órdenes de Adriana, pero Florina se le anticipó para salir en su lugar, y dijo:

—Señorita; ¿queréis que yo me encargue de esa carta? Debo ir al palacio.

—Bien, vete; Hebe, mira quién llama, y tú, Georgina, cierra esa carta.

Al cabo de un rato, mientras Georgina cerraba la carta, Hebe volvió a entrar.

—Señorita —dijo—, aquel trabajador que encontró ayer a Lutina os pide que le oigáis un momento. Está muy pálido y parece muy triste.

—¿Me necesitará ya? Muy agradable me sería —dijo Adriana alegremente—. Haz entrar a ese valiente y honrado muchacho en el salón pequeño, y tú, Florina, envía esa carta al momento.

Florina salió. La señorita de Cardoville, seguida de Lutina, penetró en el salón

pequeño en donde la esperaba Agrícola.

La conversación

Cuando Adriana entró en el salón donde la esperaba Agrícola, su traje era sumamente elegante y sencillo: un vestido de casimir azul, muy ajustado al cuerpo, bordado por delante con trencilla de seda negra manifestaba su talle de ninfa y su pecho redondo.

Agrícola, con el objeto de no despertar sospechas en su padre y hacerle creer que verdaderamente iba a los talleres de monsieur Hardy, se había visto obligado a vestirse con su traje de trabajo; se había puesto sólo una blusa nueva, y el cuello de su camisa de tela ordinaria muy blanca, doblado sobre una corbata negra anudada con descuido.

Esperando que se presentase la señorita de Cardoville, Agrícola examinaba maquinalmente un magnífico jarro de plata admirablemente cincelado; en una chapita del mismo metal incrustada en el zócalo de mármol, se leían estas palabras: «Cincelado por Juan María, obrero cincelador, 1831».

Adriana caminaba con tal ligereza sobre la alfombra de su salón, separado únicamente de la otra pieza por un portier, que Agrícola no echó de ver la llegada de la joven; estremeciósese y se volvió de repente cuando oyó una voz metálica que le decía:

—¿No es cierto caballero, que es un hermoso jarro?

—Hermosísimo, señorita —respondió Agrícola algo turbado.

—Ya veis que me gusta la equidad —añadió la señorita de Cardoville señalando con el dedo la chapita de plata—; un pintor pone su nombre en su cuadro, un escritor en su libro, y me agrada que un herrero haga otro tanto en su obra.

—¿Cómo, señorita, este nombre?...

—Es el del pobre cincelador que ha ejecutado esta preciosa obra para un rico platero. Al venderme éste el jarro, quedó muy admirado de mi originalidad, casi hubiera dicho de mi injusticia, cuando habiéndome hecho que me dijese el nombre del autor de esta obra maravillosa, quise que se inscribiese en el zócalo en lugar de el del platero. A falta de riquezas, que el artesano tenga al menos celebridad, ¿no es justo caballero?

Adriana no podía entablar la conversación de un modo más gracioso; así es que el herrero, tranquilizándose, respondió:

—Siendo yo mismo operario, señorita, aprecio debidamente semejante prueba de equidad.

—Puesto que sois trabajador, me felicito de esta circunstancia, pero os ruego que os sentéis.

Y con un ademán afable le indicó una poltrona de seda encarnada bordada de oro,

tomando ella asiento en otro igual.

Viendo la turbación de Agrícola que otra vez bajaba los ojos sin atreverse a hablar para animarlo, Adriana le dijo con jovialidad, mostrándole a «Lutina»:

—Este animalito, el cual aprecio tanto, me será siempre un recuerdo de vuestra amabilidad, así es que vuestra visita me parece de feliz presagio; un agradable presentimiento me dice que acaso podré seros útil en algo.

—Señorita —dijo resueltamente Agrícola—, me llamo Baudoin, soy herrero en casa de Mr. Hardy, en el Plessy, en las afueras de París; ayer me ofrecisteis un bolsillo y lo rehusé; hoy vengo a pedirlos quizá diez veces, veinte veces más de lo que tan generosamente me ofrecisteis. Os digo todo esto así de seguido, señorita, porque es lo que más me cuesta; estas palabras me queman los labios; ahora estaré más desahogado.

—Aprecio la delicadeza de vuestros escrúpulos —contestó Adriana—, pero si me conocieseis os habríais dirigido a mí sin temor. ¿Cuánto necesitáis?

—No lo sé, señorita.

—¡Cómo!, ¿ignoráis la cantidad?

—No señorita, y no sólo vengo a pedirlos... la cantidad que necesito, sino también que me digas cuál es la que necesitaré.

—Veamos —dijo Adriana sonriendo—, explicadme eso, pues a pesar de mi buena voluntad, ya conocéis que no puedo adivinar de qué se trata.

—Señorita, el hecho es éste: tengo una buena y anciana madre, que en su juventud ha quebrantado su salud trabajando para educarme a mí y a un pobre niño abandonado a quien había recogido; ahora a mí me toca mantenerla, y esto es lo que tengo la dicha de hacer. Pero para esto no tengo más que mi trabajo. Así es que, si me veo privado de trabajar, mi madre se hallará sin recursos.

—Ahora vuestra madre no carecerá de nada, porque yo me intereso por ella...

—¿Os interesáis por ella, señorita?

—Sin duda.

—Entonces la conocéis.

—Ahora, sí...

—¡Ah! señorita —dijo Agrícola con emoción tras un momento de silencio—: ya os comprendo. Tenéis un corazón muy noble; la Gibosa tenía razón.

—¿La Gibosa? —dijo Adriana mirando a Agrícola algo sorprendida, pues estas palabras eran para ella un enigma.

El herrero, que no se avergonzaba de sus amigos, respondió:

—Señorita os lo explicaré. La Gibosa es una pobre costurera muy laboriosa que se ha criado conmigo; es contrahecha, y por esto le dan ese nombre. Ya veis que por un lado se halla colocada en una posición tan baja como la vuestra es elevada. Pero en cuanto al corazón... ¡Ah!, ¡señorita! Estoy seguro que la igualáis. Ésa ha sido su idea cuando le dije ayer del modo que me habíais dado aquella hermosa flor.

—Os aseguro —dijo Adriana muy conmovida—, que esta comparación me

halaga y me honra más que todo lo que pudierais decirme. Un corazón bueno y delicado, a pesar de la adversidad, es un tesoro inmenso. Fácil es ser bueno cuando uno posee juventud y hermosura, ser delicado y generoso cuando se tienen riquezas. Acepto, pues, vuestra comparación, pero a condición que no tardéis en hacer que la merezca. Continúa, os lo ruego.

No obstante la graciosa afabilidad de la señorita de Cardoville, se traslucía en ella esa dignidad natural que da siempre la independencia de carácter, la elevación de imaginación y la nobleza de sentimientos, de modo que Agrícola, olvidándose de la hermosura ideal de su protectora, experimentó muy pronto una especie de respeto profundo y afectuoso, que contrastaban con la edad y alegría de la joven que le inspiraba este sentimiento.

—Si no tuviese más que a mi madre, señorita, no me inquietaría mucho un descanso forzado; entre los pobres se ayuda uno mutuamente; mi madre es muy amada en la casa, y nuestros dignos vecinos acudirían a su socorro; pero no son muy afortunados y tendrían que sufrir privaciones por ella, y esto sería mucho más penoso para mi madre que la misma miseria, y además no es para ella solamente para quien debo trabajar, sino para mi padre, a quien hace dieciocho años que no habíamos visto; acaba de llegar de la Siberia, en donde ha estado por adhesión a su antiguo general, hoy día el mariscal Simón.

—¡El mariscal Simón! —dijo Adriana con viveza y como sorprendida.

—¿Le conocéis señorita?

—No le conozco personalmente, pero estaba casado con una persona de mi familia.

—¡Qué suerte! —exclamó el herrero—, entonces las dos señoritas que mi padre ha acompañado desde Rusia, son parientes vuestras...

—¿El mariscal tiene dos hijas? —preguntó Adriana cada vez más sorprendida y tomando mucho interés.

—¡Ah! señorita, dos angelitos de quince a dieciséis años. Y tan bonitas, tan cariñosas... dos gemelas que se parecen tanto que casi no es posible distinguirlas. Su madre murió en el destierro; habiéndole confiscado lo poco que tenía, se han venido aquí desde el fondo de la Siberia viajando pobremente con mi padre, quien procuraba hacerles olvidar las privaciones a fuerza de ternura... ¡Digno padre! no creeréis que siendo valiente como un león, sea bueno... como una madre...

—¿Y dónde están esas niñas queridas? —dijo Adriana.

—Con nosotros, señorita; esto es lo que hace más difícil mi posición, y me ha dado ánimo para dirigirme a vos; no es porque con mi trabajo no consiga atender a este aumento de gastos... ¿pero si me prenden?

—¡Prenderos!... ¿y por qué?

—Tomad, señorita; tened la bondad de leer este aviso, que han remitido a la Gibosa; a la pobre muchacha de quien os he hablado, y que es una hermana para mí.

Y Agrícola, entregó a la señorita de Cardoville la carta anónima dirigida a la

costurera. Después de haberla leído, Adriana, dijo al herrero:

—¿De modo que sois poeta?

—No tengo semejante pretensión ni ambiciono serlo; únicamente, cuando por la noche vuelvo al lado de mi madre, y aun muchas veces machacando el hierro, para distraerme o descansar, me entretengo en rimar algunas odas o canciones.

—¿Y ese «Canto de los trabajadores» de que se habla en esta carta, debe ser muy peligroso?

—No, señorita, muy al contrario, porque yo tengo la dicha de estar empleado en casa de Mr. Hardy que procura hacer la posición de sus trabajadores tan dichosa como es infeliz la de los demás compañeros, y me había ceñido a hacer en favor de la masa una reclamación acalorada, sincera, justa, nada más, pero quizás lo sabréis señorita, en esta época de conspiraciones, revueltas, fácilmente se ve uno calumniado, encarcelado... Si me sucediera semejante desgracia ¿qué sería de mi madre, de mi padre, y de las dos huérfanas que debemos mirar como de la familia en tanto que no regrese el mariscal Simón? Así es que para evitar esta desgracia, venía a pedirnos que en el caso de que fuese detenido, me prestaseis una fianza para no verme precisado a dejar mi taller por la cárcel, y respondo que mi trabajo alcanzaría a todo.

—A Dios gracias —dijo alegremente Adriana—, esto podría arreglarse perfectamente; de aquí en adelante, señor poeta, podréis continuar vuestras inspiraciones en la dicha y no en el pensar, ¡triste musa! Por de pronto se os dará la fianza.

—¡Ah! señorita... nos salváis.

—Además, el médico de nuestra familia es amigo de un ministro de mucha valía. Entendedlo como queráis —dijo sonriendo—, no os equivocaréis mucho; el doctor tiene mucha influencia con este grande hombre de Estado, porque ha tenido la fortuna de aconsejarle, en razón de su salud, las dulzuras de la vida privada, la víspera de retirarle la cartera. Así es que podéis estar completamente tranquilo; si no bastase la fianza, echaremos mano de otros medios.

—Señorita —dijo Agrícola con emoción profunda—, os deberé la tranquilidad, quizás la vida de mi madre. Creedme, nunca me mostraré ingrato.

—Eso es muy sencillo. Ahora hablemos de otra cosa: es necesario que los que tienen demasiado tengan el derecho de ayudar a los que no tienen bastante. Las hijas del mariscal Simón pertenecen a mi familia, vendrán a vivir conmigo, será lo más conveniente: así lo diréis a vuestra buena madre y esta noche, cuando vaya a darle las gracias por la hospitalidad que ha concedido a mis jóvenes parientas, me las traeré conmigo.

De pronto, abriendo Georgina el portier que separaba el salón de otra pieza contigua, entró precipitadamente y al parecer muy asustada.

—¡Ah! señorita —exclamó—; en la calle sucede algo extraordinario.

—¿Cómo es eso? Explícate.

—Acababa de acompañar a mi costurera hasta la puertecita, y me ha parecido ver

a unos hombres de mal porte mirando atentamente las paredes y ventanas del pequeño edificio contiguo al pabellón, como si espiasen a alguno.

—Señorita —dijo Agrícola con pesar—, no me había engañado, era a mí a quien buscaban.

—¿Qué decís?

—Creí que me seguían desde la calle Saint-Merry. Y ya no hay que dudar; me habrán visto entrar aquí, y quieren prenderme. Ahora que mi madre se halla bajo vuestra protección, que no tengo que inquietarme por las hijas del mariscal Simón antes que exponernos al menor disgusto, prefiero entregarme.

—No lo hagáis —dijo Adriana con viveza—; la libertad es demasiado apetecible para sacrificarla involuntariamente. Por otra parte, Georgina puede haberse equivocado; pero, de todos modos, os ruego que no os entreguéis. Creedme, evitad que os prendan; esto facilitará mucho, a mi modo de ver, los pasos que pienso dar, porque me parece que la justicia manifiesta demasiado cariño a aquéllos a quienes consigue tener en su poder.

—Señorita —dijo Hebe entrando con aire inquieto—; acaba de llamar a la puerta un hombre, y me ha preguntado si no había penetrado aquí un joven con blusa azul. Y ha añadido que la persona que buscaba se llamaba Agrícola Baudoin, y que tenía que decirle una cosa muy interesante.

—Es mi nombre —exclamó Agrícola—, es una estratagema para hacerme salir.

—Probablemente —repuso Adriana—; es necesario desbaratarla. ¿Qué has respondido, hija mía? —añadió dirigiéndose a Hebe.

—Señorita, he respondido que no sabía de quién me hablaba.

—Muy bien. ¿Y qué hizo el hombre?

—Se alejó, señorita.

—Indudablemente para volver muy pronto —dijo Agrícola.

—Es muy probable —contestó Adriana—. Así es preciso que os resignéis a permanecer aquí algunas horas. Me es muy sensible tener que ir ahora mismo a ver a la señora princesa de Saint-Dizier, mi tía, para una entrevista muy importante, que ya no podía retardar, y que se ha hecho mucho más urgente por lo que acabáis de referirme de las hijas del mariscal Simón. Permaneced aquí, puesto que saliendo seríais indudablemente detenido.

—Señorita, dispensadme si no admito... Pero no debo aceptar vuestra generosa oferta.

—¿Y por qué?

—Han tratado de hacerme salir para no tener que penetrar legalmente en vuestra casa: pero en este momento, si no salgo entrarán, y no quiero exponeros al menor disgusto. Ya estoy tranquilo con respecto a mi madre, ¿qué me importa la cárcel?

—¿Y el pesar de vuestra madre?, ¿sus inquietudes?, ¿no es nada todo esto? Y vuestro padre y esa pobre costurera que os ama como a un hermano y a quien me igualo por el corazón, según decís, ¿los echáis también en olvido? Creedme, evitad

este sentimiento a vuestra familia. Permaneced aquí y antes de la noche estoy segura, que bien por medio de fianza o de cualquier otro modo os veréis libre de estos disgustos.

—Pero, señorita, aunque admita vuestra generosa oferta, me hallarán aquí.

—Nada de eso. Hay en este pabellón, que en otro tiempo servía de habitación secreta... ya veis —dijo Adriana sonriéndose—, que vivo en un sitio bien profano; hay en este pabellón un escondrijo tan bien ideado, que no hay que temer las más escrupulosas pesquisas; Georgina os acompañará; estaréis con toda comodidad, y aun si la situación os inspira, podéis escribir para mí algunos versos.

—¡Ah! señorita. ¡Cuánta generosidad! ¿Qué he hecho para merecerla?

—¿Qué habéis hecho? voy a decíroslo. Suponed que ni vuestro carácter, ni vuestra posición merezcan ningún interés, que no haya contraído una deuda sagrada con vuestro padre por los tiernos cuidados que ha prodigado a las hijas del mariscal Simón, mis parientas. Pero a lo menos pensad... en «Lutina» —dijo Adriana riendo—, en «Lutina», que está aquí y que habéis devuelto a mi cariño. Formalmente, si me río —repuso esta criatura original y alegre—, es que nada tenéis que temer, y que me hallo en un momento dichoso; así escribid en esta cartera las señas de vuestra casa. Ahora seguid a Georgina y hacedme unos bonitos versos si no os fastidiáis en esta cárcel para evitar... otra cárcel.

Mientras Georgina conducía al herrero al escondrijo, Hebe iba a buscar un sombrero de castor gris con una pluma del mismo color, porque Adriana tenía que atravesar el parque para ir al palacio que ocupaba la señora princesa de Saint-Dizier.

* * *

Un cuarto de hora después de esta escena, Florina entró misteriosamente en el cuarto de la señora Grivois.

—¿Y bien? —preguntó la señora Grivois a la joven.

—Aquí están los apuntes que he podido tomar esta mañana —dijo Florina entregando un papel a la camarera—; afortunadamente tengo buena memoria.

—¿A qué hora volvió esta mañana? —preguntó la dueña.

—¿Quién?

—La señorita Adriana.

—Pero si no ha salido de casa... a las nueve se ha metido en el baño.

—¿Pero antes de las nueve ha vuelto, después de pasar la noche fuera de casa? Porque a este punto ha llegado.

Florina, pasmada, miraba a la señora Grivois.

—No os entiendo, señora.

—¿Cómo?, ¿la señorita no entró esta mañana a las ocho por la puerta excusada del jardín?, ¿os atrevéis a mentir?

—Ayer he estado indispuesta y no he bajado hoy hasta las nueve para ayudar a

Georgina y Hebe cuando la señorita saliese del baño; ignoro lo que haya sucedido antes, os lo juro.

—Eso es distinto. Os informaréis de vuestras compañeras de lo que acabo de deciros; no desconfían de vos, y os lo dirán.

—Sí, señora.

—¿Qué ha hecho la señorita esta mañana desde que la habéis visto?

—Ha dictado una carta a Georgina para Mr. Norval, he dicho que me encargaría de enviarla para tener la excusa de poder salir y anotar lo que conservaba en la memoria.

—Bueno ¿y esa carta?

—Acabo de entregársela a Gerónimo para que la eche en el correo.

—¡Torpe! —dijo la señora Grivois—, ¿no podíais habérmela traído?

—Mas como la señorita la ha dictado en voz alta a Georgina, según su costumbre, no ignoraba el contenido de la carta y lo he estampado en los apuntes.

—No es lo mismo; quizás hubiera convenido retardar el envío de esa carta. Esto desagradará mucho a la princesa.

—Yo creía acertar.

—¡Dios mío! ya sé que no es por falta de voluntad, pues ya hace seis meses que estamos muy satisfechos de vuestro comportamiento, pero esta vez habéis cometido una grave imprudencia.

—Sed indulgente conmigo, señora, lo que hago es muy penoso.

Y la joven reprimió un suspiro. La señora Grivois la miró fijamente y le dijo en tono sardónico:

—Pues bien, querida, no continuéis. Si tenéis escrúpulos, sois libre... idos...

—Ya sabéis que no soy libre, me hallo bajo la dependencia de Mr. Rodin que me ha colocado aquí.

—¿Entonces a qué vienen esos suspiros?

—Tengo, a pesar mío, remordimientos... la señorita es tan buena, tan confiada...

—No hay duda que es perfecta, pero no habéis venido aquí para hacerme su panegírico. ¿Qué otra cosa hay?

—El obrero que vino ayer a devolver a Lutina, que había encontrado, acaba de llegar para hablar a la señorita.

—¿Y ese hombre está todavía con ella?

—Lo ignoro, porque él entraba cuando yo salía con la carta.

—Os manejaréis de modo que sepáis lo que deseaba ese trabajador, y bajo cualquier pretexto volveréis hoy a decirme lo que hayáis escudriñado.

—Sí, señora.

—¿La señorita estaba preocupada, inquieta, asustada por la entrevista que debe tener hoy con la princesa? Ella nada oculta y debéis saber lo que piensa.

—Ha estado tan contenta como de costumbre y hasta se ha chanceado sobre este asunto.

—¡Ah!, ¿se ha chanceado? —dijo la dueña. Y añadió entre dientes sin que lo oyese Florina—: Veremos quién lleva el gato al agua; a pesar de su audacia y de su carácter diabólico, temblaría, imploraría perdón si supiese lo que hoy la espera. —Y dirigiéndose a Florina—: Volved al pabellón, y desechad, os lo aconsejo, esos escrúpulos que podrían redundar en perjuicio vuestro, no lo olvidéis.

—No puedo olvidar que ya no me pertenezco.

Florina salió del palacio y atravesó el parque en dirección del pabellón. La señora Grivois fue a ver inmediatamente a la princesa de Saint-Dizier.

XXXVII

La princesa

Entretanto que las escenas precedentes ocurrían en la rotonda a la Pompadour ocupada por la señorita de Cardoville, otras pasaban en el palacio en que vivía la señora princesa de Saint-Dizier.

La elegancia del pabellón del jardín contrastaba singularmente con el interior sombrío del palacio, cuyo primer piso habitaba la princesa, pues la disposición de la parte baja no era propia más que para dar fiestas, y la señora de Saint-Dizier ya hacía tiempo que había renunciado a los placeres mundanos; la seriedad de sus criados, ancianos y vestidos de negro, el profundo silencio que reinaba en esta morada, en la que no se hablaba sino en voz baja, la regularidad casi monástica de esta inmensa casa, daba un aspecto severo a todo lo que rodeaba a la princesa.

Un hombre de experiencia, que a un gran valor unía una rara independencia de carácter, hablando de la princesa de Saint-Dizier —a quien Adriana de Cardoville, «iba», según su expresión, «a dar una gran batalla»—, decía lo siguiente:

—«Para no tener por enemiga a la señora de Saint-Dizier, yo que no soy ni simple ni cobarde, por primera vez en mi vida he hecho una simpleza y una cobardía».

Y este hombre hablaba sinceramente.

Pero la señora de Saint-Dizier no había llegado de golpe a este elevado grado de «importancia». Daremos algunos detalles indispensables para conocer a fondo las diversas fases de la vida de esta mujer peligrosa, implacable, que habiéndose afiliado en la «orden», adquirió una prepotencia oculta y formidable; porque hay algo más temible que un «jesuita...»: una jesuita; de ropaje más o menos corto.

La señora de Saint-Dizier, en otro tiempo hermosa, había sido, durante los últimos años del imperio y los primeros de la Restauración, una de las mujeres en boga en París.

Desgraciadamente había sido tal la ceguera o indiferencia de su marido, el príncipe de Saint-Dizier (hermano mayor del conde de Rennepont, duque de Cardoville, padre de Adriana) que en su vida soltó la más mínima palabra por la que se pudiese inferir que sospechaba las aventuras de su mujer.

Durante algún tiempo todo iba a pedir de boca; bonita, viva, diestra, falsa, pérfida y seductora, rodeada de adoradores a quienes manejaba, obligándoles con una coquetería feroz a comprometerse en graves conspiraciones, la princesa creía poder resucitar la Fronda, y entabló una correspondencia secreta muy activa con algunos de los personajes influyentes en el extranjero, conocidos por su odio hacia el emperador y la Francia; desde entonces databan sus primeras relaciones epistolares con el marqués d'Aigrigny, entonces coronel al servicio de Rusia, y decán de Moreau.

Pero llegó un día en que fueron descubiertas estas brillantes intrigas; varios adoradores de la señora de Saint-Dizier fueron enviados a Vincennes, y el emperador, que hubiera podido airarse fundadamente, se limitó a desterrar a la princesa a una de sus posesiones cerca de Dunquerque.

Llegada la Restauración, se le tuvieron en cuenta las «persecuciones» que había sufrido por la buena causa, y entonces adquirió una grande influencia, a pesar de la ligereza de sus costumbres.

El marqués d'Aigrigny había vuelto a Francia y servía en el ejército; era hermoso y estaba también en boga; había conspirado con la princesa sin conocerla; estos «precedentes», como era muy natural, produjeron relaciones entre ellos.

Esta intimidad, fundada en sentimientos egoístas, en el temible apoyo que dos caracteres de esta naturaleza podían prestarse contra un mundo en que su intriga, su galantería y difamación les habían acarreado un sin número de enemigos, esta intimidad duró hasta el momento en que después del duelo que tuvo con el general Simón, el marqués entró en el Seminario sin que nadie pudiese adivinar el motivo de tan súbita determinación.

La princesa, no creyendo llegada la hora de su conversión, continuó entregándose al torbellino del mundo, con un ardor violento y rencoroso, pues veía terminarse su edad florida. Por el hecho siguiente se vendrá en conocimiento del carácter de esta mujer.

Conservando aún algunos atractivos, quiso terminar su vida alegre con un ruidoso y último triunfo, así como una célebre actriz sabe retirarse a tiempo del teatro con el objeto de que se la eche de menos. Deseando, pues, dar este consuelo a su vanidad, la princesa escogió hábilmente sus víctimas; vio figurar en el mundo a una joven pareja que se idolatraba, y a fuerza de astucia y manejos, logró robar el amante a su querida, hermosísima joven de diez y ocho años, a quien él adoraba; patentizado el hecho, la señora de Saint-Dizier abandonó el mundo en medio del triunfo de su aventura. Después de varias entrevistas con el abate marqués de Aigrigny, entonces predicador afamado, dejó a París y fue a pasar dos años en su posesión cerca de Dunquerque, no llevándose consigo más que una de sus camareras, la señora Grivois.

Cuando regresó la princesa, ya no se veía en ella a la mujer en otro tiempo galante y disipada; la metamorfosis había sido completa, extraordinaria, casi terrible. El palacio de Saint-Dizier, abierto siempre a la alegría, a las fiestas y los placeres, no fue ya más que una morada de silencio y austeridad, de la que quedó excluido «el mundo elegante», pues la princesa no recibía en su casa más que a las mujeres conocidas por su devoción, y hombres de categoría, pero citados como modelos por la severidad de sus principios religiosos y monárquicos. Se rodeó de cierto número de miembros del alto clero; tomó bajo su protección una congregación de mujeres; tuvo su confesor, su capilla, su limosnero, y hasta su director.

Esta rápida conversión tan completa, causó en la mayor parte admiración y respeto; algunos más maliciosos se sonreían.

Un hecho manifestará el carácter vengativo, inexorable de esta mujer a quien Adriana de Cardoville se preparaba tan imprudentemente a desafiar.

Entre las personas que se habían burlado más o menos de la conversión de la señora de Saint-Dizier, se hallaba la joven pareja a quien tan cruelmente había desunido en el momento de separarse del mundo; a los dos, cada vez más apasionados, los había vuelto a reunir el amor, después de esta tormenta pasajera, limitando su venganza a algunos chistes sobre la conversión de la mujer que tanto mal les había causado.

Algún tiempo después una horrible fatalidad abrumó a los dos amantes. Un marido, hasta entonces ciego, vio la luz de la verdad de pronto por algunas revelaciones anónimas; siguióse un ruidoso escándalo, y la joven quedó deshonrada. En cuanto al amante, voces vagas, poco claras, pero llenas de reticencias pérfidamente calculadas y muchas veces más odiosas que una acusación formal, que al menos se puede rebatir y destruir, se habían esparcido contra él, con tal constancia, habilidad tan diabólica y por tan diferentes personas, que sus mejores amigos le fueron abandonando, cediendo sin ver a la influencia lenta e irresistible de estos rumores incesantes, que pueden explicarse de este modo:

—¿Qué tal, ya sabéis qué?

—¡No!

—¡Se dicen de él cosas muy feas!

—¿Es posible?, ¿y sobre qué?

—Lo ignoro, rumores poco favorables... cosas que atañen a su honor...

—Qué diablo... eso es muy serio... Ahora comprendo por qué le reciben con tanta frialdad.

—En cuanto a mí, en lo sucesivo evitaré su compañía.

—Y yo también, etc., etc.

Tal es el mundo, que con frecuencia no se necesita más para deshonar a un hombre, el cual por su mérito se ha granjeado muchos envidiosos. Esto es lo que sucedió al hombre de que hablamos. El desdichado, viéndose aislado, sintiendo, por decirlo así, que la tierra se hundía bajo sus pies, no sabía dónde encontrar al enemigo invisible que le agobiaba con sus golpes, porque nunca le había acudido a la imaginación que pudiera ser la princesa, a quien no había vuelto a ver desde su aventura. Queriendo saber a toda costa la causa de este abandono y desprecio, se dirigió a uno de sus antiguos amigos, quien le contestó de un modo desdeñoso y evasivo: él se encolerizó y le pidió una satisfacción a lo cual su adversario le dijo:

—Buscad dos testigos conocidos vuestros y míos, y me batiré con vos.

El desgraciado no encontró ninguno.

En fin, abandonado de todos, sin haberse podido nunca explicar este desamparo, sufriendo atrozmente por la suerte de la mujer que se había deshonrado por él, se volvió loco de dolor, rabia y desesperación y acabó por suicidarse.

El día de su muerte, la señora de Saint-Dizier dijo que una vida tan vergonzosa no

podía tener otro fin; que el que tantas veces se había burlado de las leyes divinas y humanas, no podía terminar su vida sino con un crimen; ¡el suicidio! Y los amigos de la señora de Saint-Dizier repitieron y transmitieron estas terribles palabras con aire contrito, beato y convencido.

Aún hay más: al lado del castigo se hallaba la recompensa. Las personas observadoras notaban que los favoritos de la reunión de la señora de Saint-Dizier alcanzaban elevadas posiciones con una rapidez singular. Los jóvenes «virtuosos», y que asistían asiduamente a los sermones, se casaban con las ricas huérfanas del «Sagrado-Corazón» que tenían recogidas; pobres jóvenes que ignorando lo que era un marido devoto, escogido, e impuesto por beatas, expiaban después con amargas lágrimas el favor engañoso de haber sido admitidas entre esta gente hipócrita.

He aquí un hecho que ha escapado a la ironía amarga y vengativa de Molière o Pascal. Durante el último año de la Restauración, uno de los elevados dignatarios de la corte, no «cumplía con la iglesia» como dicen los buenos padres. Lo visible de su posición podía hacer que esta indiferencia fuese de mal ejemplo; comisionóse para esto al abate marqués d'Aigrigny; conociendo éste el carácter respetable y elevado del rebelde, juzgó que si podía obligarle «a dicho cumplimiento», cualquiera que fuesen los medios que emplease para ello, el «efecto» sería maravilloso. Como hombre de talento, el abate dejó a un lado el dogma y el mismo acto religioso; no le habló más que de las conveniencias, del saludable ejemplo que semejante resolución produciría en el público.

«—Señor abate —contestó el otro—, respeto más que vos la religión, y miraría como una infame farsa el comulgar sin convicción».

«—Vamos, vamos, hombre intratable —dijo el marqués abate sonriendo—; si me escucháis, haremos que vuestros escrúpulos se avengan con intereses, “os arreglaremos una comunión blanca”, porque al fin, ¿qué es lo que pedimos? la apariencia».

Una «comunión blanca» es la que se hace con una hostia sin consagrar.

Las ofertas del marqués fueron rechazadas con indignación, pero el hombre de Estado fue destituido.

Digamos, en fin, que habiendo muerto el príncipe de Saint-Dizier sin hijos, hacía ya muchos años, su fortuna personal, muy considerable, había recaído en su hermano segundo, el padre de Adriana de Cardoville, que hacía unos dieciocho meses que había muerto, dejando a esta joven, última y única rama de la familia de los Rennepont.

La princesa de Saint-Dizier esperaba a su sobrina en un salón bastante grande: los muebles de ébano esculpido estaban forrados de la misma tela, así como la biblioteca atestada de libros piadosos.

Sentada delante de un escritorio, la señora de Saint-Dizier cerraba algunas cartas, pues su correspondencia era muy vasta.

De edad de unos cuarenta y cinco años, aún se conservaba hermosa; su cintura

que los años habían engrosado, en otro tiempo de una notable elegancia, indicaba aún lo que había sido bajo su vestido negro.

De pronto la señora Grivois entró en el salón donde estaba la princesa; llevaba en la mano los «apuntes» que le había dado Florina sobre Adriana de Cardoville. La señora Grivois hacía veinte años que servía a la señora de Saint-Dizier, sabía todo lo que una camarera íntima puede y debe saber de su señora.

¿La princesa conservaba voluntariamente a este testigo tan bien informado de los errores de su juventud? Esto es lo que nadie sabía. Lo que era patente, es que la señora Grivois gozaba al lado de la princesa de grandes privilegios, y que más bien la consideraba como a compañera que como a camarera.

—Aquí tenéis, señora, los apuntes de Florina —dijo la señora Grivois.

—Ya los examinaré «después»; mi sobrina vendrá aquí. Durante la conferencia que vamos a tener, acompañaréis al pabellón a una persona que debe venir muy pronto y que se os presentará de mi parte.

—Muy bien, señora.

—Este hombre tomará un inventario completo de todo lo que contiene el pabellón en que reside Adriana. Cuidad que no se omita nada: esto es muy interesante.

—Bien, señora. ¿Pero si Georgina y Hebe se oponen?

—No temáis; el hombre que debe extender este inventario tiene tal representación, que cuando le conozcan, estas jóvenes no se atreverán a oponerse ni al inventario ni a otras medidas que deben tomarse. Conviene que al acompañarle insistáis sobre ciertas particularidades que tiendan a confirmar los rumores que hace algún tiempo esparcís.

—Descuidad, estos rumores en el día han llegado a ser un hecho.

—Pronto esa Adriana tan insolente se verá abatida y obligada a pedir perdón... y a mí.

Un viejo lacayo abrió las dos hojas de la puerta y anunció:

—El señor abate d'Aigrigny.

—Si viene la señorita de Cardoville —dijo la princesa a la señora Grivois—, rogadla que espere un segundo.

—Muy bien, señora —dijo la dueña que salió del salón acompañada del lacayo.

La señora de Saint-Dizier y Mr. d'Aigrigny quedaron solos.

XXXVIII

La conjuración

Fácilmente se habrá visto que el abate marqués d'Aigrigny es el personaje que ya hemos visto en la calle de Milieu des Ursins, desde donde partió para Roma hace cerca de tres meses.

El marqués iba vestido de luto, con su elegancia acostumbrada.

No llevaba sotana; su levita negra muy ajustada y su chaleco ceñido a la cintura, manifestaban su talle elegante; su pantalón de casimir negro dejaba a descubierto su pie, esmeradamente calzado de borceguíes barnizados.

Su tonsura desaparecía en medio de una ligera calvicie que había despoblado la parte superior de su cabeza.

Por su traje no se conocía que fuese sacerdote, a no ser por la falta de patillas, lo que era bastante notable en un rostro tan varonil.

Cuando el lacayo se hubo retirado discretamente con la señora Grivois, el marqués se acercó a la princesa, y alargándole la mano, con voz conmovida le dijo:

—Herminia... ¿no me habéis ocultado algo en vuestras cartas? ¿En sus últimos momentos, mi madre no me ha maldecido?

—No, no, Federico, calmaos. Hubiera deseado veros, pero sus ideas se confundieron muy pronto y en su delirio erais vos a quien llamaba.

—Sí —dijo el marqués con amargura—, su instinto maternal, sin duda, le decía que mi presencia le hubiera devuelto la vida.

—Os suplico que olvidéis tan tristes recuerdos. Esa desgracia es irreparable.

—Repetídmelo por última vez, ¿es cierto que mi madre no se afectó cruelmente por mi ausencia? ¿No sospechó que un deber mayor me llamaba a otra parte?

—No, no, ya os lo he dicho. Cuando perdió el conocimiento sabía que no habíais tenido tiempo de hallaros a su lado. Todos los tristes detalles que os he escrito sobre este asunto son ciertos. Así, tranquilizaos.

—Sí, mi conciencia debía estar tranquila; he obedecido a mi deber sacrificando a mi madre, y no obstante, a pesar mío, nunca he podido lograr ese desprendimiento que nos está mandado en aquellas terribles palabras: «El que no aborrece a su padre y a su madre, y hasta su misma alma, no puede ser mi discípulo».

—Sin duda, Federico, tener que renunciar a esos sentimientos es muy triste; pero en cambio ¡cuánta influencia!, ¡cuánto poder!

—Es muy cierto —exclamó el marqués después de un momento de silencio—; ¿qué es lo que uno no sacrificaría para reinar en la oscuridad sobre los poderosos de la tierra que reinan a la luz del día? Este viaje que he hecho a Roma me ha dado una idea más cabal de nuestro inmenso poder.

—¡Oh! sí, este poder es grande, muy grande —dijo la princesa—, y tanto más formidable y seguro cuanto que influye misteriosamente en la imaginación y en las conciencias.

—Mirad, Herminia —repuso el marqués—; he tenido a mis órdenes un magnífico regimiento, a mi voz se movían todos los jinetes, tocaban las trompetas; mis oficiales, resplandecientes de oro y bordaduras, partían al galope para repetir mis órdenes, todos aquellos soldados valientes animosos y llenos de cicatrices, obedecían a una seña mía; me sentía orgulloso al tener en mi mano todos aquellos valores que contenía como el ardor de mi caballo de batalla. Pues bien, en el día, a pesar de ciertos contratiempos, me siento con mucha más acción, más autoridad, fuerza y audacia a la cabeza de esa milicia negra muda, que piensa, quiere, anda y obedece maquinalmente, según mi voluntad.

—Tenéis muchísima razón, Federico —dijo con viveza la princesa—; por poco que se reflexione ¡con qué desprecio se mira lo pasado! Como vos, algunas veces lo comparo con el presente, y entonces experimento una gran satisfacción en haber seguido vuestros consejos. Porque en fin, a no ser por vos, tendría que hacer el ridículo papel que representa una mujer en su ocaso cuando ha sido hermosa y admirada. ¿Qué haría a estas horas? Me esforzaría en vano en detener a mi lado a ese mundo egoísta e ingrato, a esos hombres torpes que no se ocupan de las mujeres sino en cuanto pueden satisfacer sus pasiones o halagar su vanidad; también me quedaría el recurso de sostener lo que se llama una casa agradable... para los demás. Sí, dar fiestas, esto es, recibir una porción de indiferentes, y proporcionar ocasiones de poderse ver a estas jóvenes parejas enamoradas que van todas las noches siguiéndose de salón en salón, que no vienen a vuestra casa con otro objeto que el de reunirse; estúpido placer en verdad el admitir a esa juventud ajada, risueña y enamorada, que mira el esplendor de que se les rodea como una obligación debida a sus alegrías y amoríos insolentes.

La princesa pronunció estas palabras con tanta dureza, y su fisonomía expresaba una envidia tan rencorosa, que a su pesar se traslucía la violenta amargura de su sentimiento.

—No, no —prosiguió—; gracias a vos, Federico, después de un triunfo último y ruidoso, me he separado para siempre de ese mundo que muy luego me hubiera abandonado, a mí que por tanto tiempo fui su ídolo y su reina; he cambiado de reinado; en vez de hombres disipados a quienes he dominado por una frivolidad superior a la suya, me he visto rodeada de personas de distinción, temidas, algunas de los cuales dirigen el Estado, a las que me he adherido como ellas a mí. Entonces es cuando he gozado únicamente de la dicha que había soñado. Tomé una parte activa y adquirí una grande influencia en los vastos intereses del mundo; iniciada en los secretos de más entidad, pude herir con más certeza a los que me aborrecían o se burlaban de mí, y elevar más allá de sus esperanzas a los que me sirvieron y obedecieron.

—Hay locos y ciegos que nos creen abatidos porque tenemos que luchar contra la época —dijo Mr. d’Aigrigny con desprecio—; como si no estuviésemos preparados y organizados para la lucha, cuando de ella sacamos nueva fuerza y actividad. No hay duda que los tiempos son malos, pero ya mejorarán. Y ya sabéis, que es casi cierto que dentro de pocos días, el 13 de febrero, podremos disponer de una palanca bastante poderosa para restablecer nuestra influencia disminuida por un momento.

—¡Ah!, ¡no hay duda!, ¡ese negocio de las medallas es tan importante!

—Era por lo que tanto deseaba permanecer aquí de vuelta para asistir a lo que puede ser para nosotros un grande acontecimiento.

—Ya sabéis que ha faltado poco para que se desbaratasen nuestros planes tan bien concebidos.

—Sí, ahora al llegar he visto a Rodin...

—Y os ha dicho...

—La inexplicable llegada del indio y de las hijas del general Simón al castillo de Cardoville, después de un doble naufragio que los arrojó sobre la costa de Picardía. ¡Y creíamos que las niñas estaban en Leipzig, y el indio en Java! Las precauciones estaban tan bien tomadas... En verdad —añadió el marqués con enojo—, diríase que un poder invisible protege a esa familia.

—Afortunadamente, Rodin es hombre de recursos —contestó la princesa—; ayer noche vino y hablamos largamente.

—Y el resultado de vuestra conversación, es excelente. El soldado se alejará durante días; el confesor de su mujer ya está avisado, lo demás caerá por su propio peso. Mañana esas niñas no serán ya temibles. Queda el indio que se halla en Cardoville herido de peligro; lo que dará tiempo para obrar.

—Pero no basta —dijo la princesa—; hay además sin contar mi sobrina, dos personas que están en nuestros intereses el que no se hallen en París el 13 de febrero.

—Sí, Mr. Hardy; pero un amigo suyo, el que tiene por más íntimo, le vende, y de este medio nos hemos valido para hacerle ir al Mediodía, de donde no es posible que vuelva antes de un mes. En cuanto a ese miserable obrero vagabundo, llamado «Duerme en cueros»...

—¡Ah! —dijo la princesa con una exclamación de pudor alarmado.

—Este hombre ya no es de temer. En fin, Gabriel, en quien descansan nuestras mayores esperanzas, no se le dejará solo ni un segundo hasta aquel gran día. Todo por ahora se presenta bien, y más que nunca es preciso obtener a toda costa un buen resultado. Es para nosotros cuestión de vida o muerte, porque a mi regreso me detuve en Forli. He visto al duque de Orbano; su influencia con el rey, su amo, es muy poderosa; ha logrado manejarle a su albedrío, de modo que es con él con quien se ha de tratar.

—¿Y bien?

—Orbano se mantiene firme; está en su mano, lo sé, el asegurarnos una existencia legal, protegida por los estados de su amo, con un privilegio exclusivo para la

educación de la juventud. Merced a tales ventajas, no necesitaríamos en este país más de dos o tres años para estar profundamente arraigados, y entonces el duque de Orbano tendría que venir a implorar nuestra protección y ayuda; pero en el día lo puede todo, y exige una condición absoluta a sus servicios.

—¿Y qué condición pone?

—Cinco millones al contado, y una pensión anual de cien mil francos.

—Mucho es.

—Y es muy poco si se considera que una vez puesto el pie en aquel país, pronto nos haríamos con esta cantidad, que bien mirado no es más que la octava parte de lo que producirá el negocio de las medallas, una vez llevado a cabo.

—Sí... cerca de cuarenta millones —dijo la princesa con aire pensativo.

—Y aun eso que nos pide Orbano no es más que un adelanto; pronto lo recobraríamos con los obsequios, que irían en aumento a medida que se fuese extendiendo la influencia que adquiriríamos con la educación de los niños, pues por su mediación lograríamos manejar las familias.

—Como decís, se acerca un gran día. Con los cuarenta millones que puede poseer la orden por el buen resultado del negocio de las medallas, en verdad que se pueden llevar a cabo grandes cosas. Semejante medio en vuestras manos sería una palanca de una fuerza poderosa en esta época en que todo se compra y vende.

—Y además —añadió Mr. d'Aigrigny con aire pensativo—, no es menester olvidarlo... aquí la reacción continúa, el ejemplo de la Francia sería fatal. Con trabajo nos sostenemos en Austria y Holanda; cada día disminuyen los recursos de la orden. Es un momento de crisis pero puede alargarse. Así, merced a los grandes recursos del negocio de las medallas, no sólo podremos arrostrar las eventualidades, sino afianzar nuestro poder, porque aceptando la oferta del duque de Orbano, desde aquel centro nuestro esplendor sería incalculable. ¡Ah! El 13 de febrero —añadió Mr. d'Aigrigny después de un momento de silencio y moviendo la cabeza—, el 13 de febrero puede ser para nuestro poderío una época tan célebre como la del Concilio, que por decirlo así, nos dio nueva vida.

—Así es que nada debemos descuidar —contestó la princesa— para llevar a cabo nuestra empresa. De las seis personas a quienes podríais temer, cinco ya no se hallan en estado de damnificaros. No queda más que mi sobrina, y ya sabéis que os esperaba para adoptar una determinación. Todas las disposiciones están tomadas, y esta misma mañana empezaremos a obrar.

—¿Se han aumentado vuestras sospechas desde la última carta que me escribisteis?

—Sí; estoy segura que está más instruida de lo que quiere aparecer; y en este caso, sería la enemiga más peligrosa.

—Ésa ha sido siempre mi opinión, y por eso hace seis meses que os aconsejé que tomaseis las medidas que habéis puesto en planta, como el hacer que pidiese su emancipación, cuyas consecuencias harán en el día fácil lo que de otro modo hubiera

sido imposible.

—Por fin —dijo la princesa con una expresión de alegría rencorosa— ese carácter indomable se verá abatido; me vengaré de los sarcasmos que he tenido que aguantar para que nada sospechase, yo, que tanto he sufrido hasta ahora, porque esa niña imprudente ha tomado a diversión el mofarse de mí.

—Quien os ofende me ofende a mí también, ya lo sabéis, nuestros odios son mutuos...

—Y vos mismo, ¡cuántas veces no habéis sido blanco de sus sátiras!

—Mi instinto rara vez me ha engañado; estoy seguro de que esa joven puede ser para nosotros un enemigo peligroso —dijo el marqués con voz áspera.

—En ese caso es preciso impedir que nos pueda hacer daño —contestó la señora de Saint-Dizier mirando fijamente al marqués.

—¿Habéis visto al doctor Baleinier y a su segundo tutor Mr. Tripeaud? Los espero esta mañana; ya están enterados de todo.

—¿Están decididos a secundar nuestras miras?

—Enteramente; pero lo más gracioso es que Adriana nada recela del doctor, quien ha sabido conservar su confianza. Por otra parte, una circunstancia que me parece inexplicable concurre en beneficio nuestro.

—¿Qué queréis decir?

—Esta mañana la señora Grivois fue por orden mía a avisar a Adriana que la esperaba a mediodía para asunto de mucha importancia. Al acercarse al pebellón, la señora Grivois vio o creyó ver a Adriana que entraba por la puerta falsa del jardín.

—¿Qué decís? ¡Sería posible! ¿Hay una prueba positiva? —exclamó el marqués.

—Hasta ahora no hay otra prueba que la atestiguación espontánea de la señora Grivois; pero ahora que me acuerdo —dijo la princesa tomando un papel que tenía al lado—, aquí está la relación que nos da todos los días una de las doncellas de Adriana.

—¿La que Rodin ha conseguido colocar al lado de vuestra sobrina?

—La misma, y como esta muchacha se halla completamente bajo la dependencia de Rodin, hasta aquí nos ha servido perfectamente. Quizás en esta relación hallemos la confirmación de lo que la señora Grivois asegura haber visto.

Apenas la princesa echó la vista sobre esta nota, cuando exclamó espantada:

—¿Qué es lo que veo?, ¡esa Adriana es el mismo demonio!

—¿Cómo?

—El administrador de Cardoville, al escribir a mi sobrina pidiéndole su protección, le informa de la residencia del príncipe indio en el castillo. Sabe que es su pariente, y acaba de escribir a su antiguo profesor de pintura Norval, para que marche en posta con el objeto de traerse aquí a ese príncipe Djalma, a quien a toda costa es preciso alejar de París.

El marqués palideció y dijo a la señora de Saint-Dizier:

—Si no se tratase más que de un capricho de vuestra sobrina... pero la urgencia

con que manda que trasladen este pariente aquí, prueba que se halla más informada de lo que vos creíais. Ya no hay duda que se halla enterada del asunto de las medallas. Puede perdernos... es preciso ponerse sobre aviso...

—Entonces —dijo la princesa— ya no hay que titubear. Es necesario ir más lejos de lo que habíamos pensado, y que todo termine esta mañana.

—Imposible.

—Todo puede ser; el doctor y Mr. Tripeaud están de nuestra parte —contestó vivamente la princesa.

—Aun cuando tengo tanta confianza como vos en el doctor y Mr. Tripeaud en este asunto —exclamó el marqués después de reflexionar un momento—, no convendrá resolver hoy la cuestión, pues se asustarían, hasta haber tenido la entrevista con vuestra sobrina. Fácil nos será, a pesar de su sutileza, saber a qué atenernos. Y si se realizasen nuestras sospechas, si se halla informada de lo que tan peligroso sería que supiese, entonces fuera atenciones; sobre todo ninguna dilación. Ya no hay que titubear.

—¿Habéis podido avisar al hombre que necesitamos? —dijo la princesa después de un momento de silencio.

—Debe estar aquí a mediodía; ya no puede tardar.

—He calculado que aquí estaríamos mejor para lo que queremos, esta pieza se halla separada del salón chico por un portier que se bajará y, una vez cerrada, vuestro hombre puede ponerse detrás.

—Perfectamente.

—¿Es seguro ese hombre?

—Muy seguro, ya hemos echado mano de él en otras circunstancias parecidas; es tan hábil como discreto.

En esto llamaron suavemente a la puerta.

—Entrad —dijo la princesa.

—El señor doctor Baleinier desea saber si puede ver a la señora princesa —dijo un lacayo.

—Sí, rogadle que entre.

—También hay un caballero a quien el señor abate ha citado aquí a mediodía, y que según sus mandatos, le he hecho esperar en el oratorio.

—Es el hombre de que hemos hablado —dijo el marqués a la princesa—; sería bueno hacerle entrar; es inútil que lo vea por ahora el doctor Baleinier.

—Haced entrar a ese sujeto —exclamó la princesa—, y cuando oigáis la campanilla pedid al doctor que pase adelante; en el caso que viniese el señor barón Tripeaud, le introduciréis aquí; luego no permitiréis la entrada a nadie, excepto a la señorita Adriana.

El lacayo se retiró.

Los enemigos de Adriana

El lacayo de la princesa de Saint-Dizier introdujo en el cuarto a un hombre pequeño, pálido, vestido de negro, con anteojos, debajo del brazo izquierdo llevaba un largo estuche de tafilete negro. La princesa dijo a este hombre:

—¿El señor abate os habrá dicho lo que tenéis que hacer?

—Sí, señora —dijo el hombre con voz delgada y aguda y haciendo un profundo saludo.

—¿Estaréis bien en esta pieza? —le preguntó la princesa conduciéndole a un cuarto vecino separado únicamente del suyo por una mampara.

—Estaré muy bien, señora princesa —respondió el hombre de los anteojos, saludando de nuevo.

—En ese caso tened la bondad de entrar; ya os avisaré cuando sea tiempo.

—Esperaré vuestras órdenes, señora princesa.

—Sobre todo, tened bien presente lo que os he advertido —añadió el marqués.

—Señor abate, estad tranquilo.

Cerróse la mampara y ocultóse el hombrecillo de los anteojos. La princesa tocó la campanilla. Algunos momentos después se abrió la puerta y anunciaron al doctor Baleinier, uno de los personajes más interesantes de esta historia.

El doctor Baleinier contaba unos cincuenta años, de estatura mediana, grueso, cara redonda, brillante y colorada. Sus cabellos canos, muy lisos y largos, separados sobre la frente, los llevaba aplicados contra las sienes; conservaba aún la moda del calzón corto de paño de seda; hombre de mundo, de paladar delicado, de conversación escogida, obsequioso, deferente, diestro, insinuante, el doctor Baleinier era uno de los concurrentes más antiguos de la reunión congregante de la princesa de Saint-Dizier.

Gracias a una poderosa protección desconocida, el doctor, hacía tiempo arrinconado a pesar de su positivo saber y mérito incontestable, se había hallado en tiempo de la Restauración en posesión de dos prebendas muy lucrativas y con una numerosa clientela; pero es preciso advertir que a poco de hallarse bajo la protección de la princesa, se le vio observar escrupulosamente sus deberes religiosos.

Al cabo de un año, cierta clase de enfermos, llevados del ejemplo y participando del entusiasmo de la reunión de la señora de Saint-Dizier, ya no quisieron otro médico que el doctor Baleinier, y su clientela se aumentó considerablemente.

Fácilmente se comprenderá lo interesante que era a la orden el tener entre sus «miembros externos» uno de los más notables médicos de París. Un médico tiene también su sacerdocio. Admitido a todas horas en la intimidad de las familias, un

médico sabe, adivina y tiene tanto influjo como el sacerdote que se halla al lado de los enfermos y moribundos.

El doctor Baleinier era, pues, uno de los miembros externos más activos y más útiles de la congregación de París. Al entrar besó la mano a la princesa con verdadera galantería.

—Siempre puntual, querido señor Baleinier.

—Siempre dichoso y deseando estar a vuestras órdenes, señora.

Y luego, dirigiéndose al marqués, al cual apretó afectuosamente la mano, añadió:

—Al fin ya estáis de vuelta; ¿sabéis que tres meses de ausencia se hacen muy largos a los amigos?

—El tiempo se hace tan largo a los que se van como a los que se quedan, querido doctor. Ya nos hallamos en el momento crítico; la señorita de Cardoville comparecerá pronto.

—No dejo de estar inquieta —dijo la princesa—; si sospechase algo...

—No es posible —dijo Mr. Baleinier—, somos muy amigos. Ya sabéis que la señorita Adriana ha tenido siempre en mí mucha confianza. Antes de ayer hemos reído y conversado largamente. Y como le hiciese, según mi costumbre, algunas observaciones sobre su método de vida, algo excéntrico, y sobre la extraña exaltación de ideas en que la encuentro a veces...

—Mr. Baleinier nunca deja de insistir en estas circunstancias, en apariencia pequeñas —dijo la señora de Saint-Dizier al marqués con tono significativo.

—Lo cual es muy esencial —respondió éste.

—La señorita Adriana contestó a mis observaciones —continuó el doctor—, burlándose de mí del modo más jovial e ingenuo, porque, preciso es confesarlo, esta joven es uno de los talentos más distinguidos que conozco.

—¡Doctor! —dijo la señora de Saint-Dizier—, no os mostréis débil.

En lugar de responder de pronto, Mr. Baleinier sacó de su chaleco una caja de oro, la abrió, tomó un polvo de rapé, que aspiró lentamente, y miró a la princesa de un modo tan expresivo, que ésta pareció tranquilizarse.

—¡Débil!, ¡yo, señora! —exclamó al fin el doctor, sacudiendo con su blanca mano algún rapé que había caído sobre los pliegues de su camisa—; ¿no he tenido la satisfacción de ofrecerme voluntariamente para sacaros del apuro en que os veáis?

—Y erais el único que podíais prestarnos tan importante servicio —añadió Mr. d'Aigrigny.

—Ya veis, pues, señora —contestó el doctor—, que no soy un hombre débil, y que he comprendido bien mi papel... Pero se me ha dicho que se trata de grandes intereses...

—Vastísimos, en efecto —dijo Mr. de Aigrigny.

—Entonces no he debido titubear —respondió Mr. Baleinier—: no os inquietéis; pero permitidme que, como hombre de gusto y acostumbrado a la buena sociedad, haga justicia y tribute el debido homenaje al talento encantador y distinguido de la

señorita Adriana, y cuando llegue el caso me veréis poner manos a la obra.

—Acaso ese momento esté más próximo de lo que pensamos —dijo la señora de Saint-Dizier, echando una mirada a monsieur de Aigrigny.

—Estoy y estaré siempre pronto —repuso el médico—; en este asunto respondo de todo lo que me concierne. Así estuviera tan tranquilo sobre otras cosas.

—¿Vuestra enfermería no está tan de moda como puede estarlo un establecimiento de esta índole? —preguntó la señora de Saint-Dizier sonriéndose.

—Muy al contrario; más bien debo quejarme de tener demasiados pensionistas. No es de eso de lo que se trata; pero en tanto que no viene la señorita Adriana, voy a deciros dos palabras sobre un negocio que no la concierne sino indirectamente, porque se trata de una persona que ha comprado su posesión de Cardoville, una tal señora de la Sainte-Colombe, que me ha tomado por médico merced a los diestros manejos de monsieur Rodin.

—En efecto —dijo Mr. d'Aigrigny—; Rodin me ha escrito sobre este asunto sin entrar en pormenores.

—El hecho es éste —continuó el doctor—. Esta señora de la Sainte-Colombe, que al pronto había parecido fácil de dirigir, se ha mostrado muy rebelde con respecto a su conversión. Rodin la ha encomendado a Filipón, que es diestro, tenaz, y sobre todo de una paciencia suma; es el hombre que convenía. Cuando la Sainte-Colombe se hizo mi cliente, Filipón me pidió que le ayudase, lo cual naturalmente le concedí y nos pusimos de acuerdo sobre el modo de obrar. Debía aparentar que no le conocía y tenerme al corriente del estado moral de su penitenta, para que por medio de un medicamento inofensivo, porque el estado de su salud no era grave, pudiese hacerla experimentar momentos buenos o malos según su director estuviese satisfecho o no de su conducta, para que con eso pudiera decirla: «Ya lo veis, señora, cuando os halláis en buen camino, la gracia influye en vuestra salud; por el contrario cuando volvéis a la mala senda os sentís mala, prueba evidente de la influencia poderosa de la fe, no sólo sobre el alma, sino también sobre el cuerpo».

—Es muy penoso —dijo Mr. d'Aigrigny con sangre fría—; verse obligado a apelar a semejantes medios para arrancar a los obstinados del camino de la perdición; pero es necesario que se adapten a la inteligencia o carácter de los individuos.

—Por lo demás —continuó el doctor— la señora princesa ha podido observar en el convento de Santa María, que varias veces he empleado con buen éxito para el descanso y salvación del alma de algunas de nuestras enfermas este medio, que repito, es sumamente inocente. Estas alternativas cambian a lo más de hallarse bien a no estar tan bien: pero por ligeras que sean estas diferencias, influyen por lo regular muy eficazmente sobre ciertas imaginaciones. Éste había sido el resultado con respecto a la señora de Sainte-Colombe. Se hallaba ya en tan buena senda de curación física y moral, que Rodin había creído conveniente el que Filipón aconsejase a su penitente el ir a pasar una temporada al campo, temiendo que en París volviese a enfermar. Este consejo unido al deseo que tiene esta mujer de ser una gran señora, la

determinó a comprar la posesión de Cardoville, magnífica posición; pero ayer ha venido ese desgraciado de Filipón a decirme que la señora de la Sainte-Colombe estaba a punto de recaer, moralmente... se entiende, porque en cuanto al físico se halla en demasiado buen estado. Esta recaída parece que la ha motivado una conversación tenida con un tal Santiago Dumoulin, a quien conocéis, según me han dicho, mi querido abate, ignorándose de qué medios se ha valido para entablar relaciones con ella.

—Ese Santiago Dumoulin —dijo el marqués con repugnancia—, es uno de esos hombres de quien tiene uno que valerse y al mismo tiempo desprecia; es un escritor iracundo, lo que le da cierta elocuencia mordaz y bárbara. Solemos pagarle bien para que ataque a nuestros enemigos, a pesar de que algunas veces se hace doloroso el ver a semejante pluma defender los principios que respetamos. Porque ese miserable vive como un gitano, reside por lo regular en las tabernas y está casi siempre embriagado.

—¡Pues bien! a pesar de que la Sainte-Colombe cuenta ya sesenta años, parece que ese Dumoulin tiene miras matrimoniales sobre la fortuna inmensa de esa mujer. Creo que haréis bien en prevenir a Rodin, para que no se fíe de los secretos manejos de ese tunante. Perdonadme si os he entretenido tanto tiempo en estas pequeñeces. Y a propósito del convento de Santa María, del que he tenido la satisfacción de hablaros, señora —añadió el doctor dirigiéndose a la princesa—, ¿hace mucho tiempo que no habéis estado en él?

La princesa dirigió una mirada penetrante a Mr. d'Aigrigny, y respondió.

—Hará unos ocho días.

—Habréis hallado muchas innovaciones: la pared medianera con mi enfermería la han derribado para ensanchar el edificio y construir una capilla, porque la antigua es muy chica. Debo decir en elogio de la señorita Adriana —añadió el doctor con una sonrisa particular— que me había prometido para esta capilla la copia de una Virgen de Rafael.

—Indudablemente venía muy al caso —dijo la princesa—, pero pronto darán las doce, y Mr. Tripeaud aún no ha aparecido.

—Es el segundo tutor de la señorita de Cardoville, cuyos bienes ha administrado como antiguo agente de negocios del conde-duque —añadió el marqués muy pensativo— y su presencia nos es absolutamente indispensable: bueno sería que estuviese aquí antes que llegase la señorita de Cardoville.

—Lástima es que su retrato no pueda suplir su ausencia —dijo el doctor sonriéndose maliciosamente, sacando un cuadernito del bolsillo.

—¿Qué es eso, doctor? —exclamó la princesa.

—Uno de esos folletos anónimos que de vez en cuando ven la luz del día. Se intitula «El Azote», y el retrato del barón está tan exacto que no tiene nada de caricatura. Viene a ser una realidad; mirad este bosquejo que se intitula «Tipo del Lobo Cerval».

El señor barón de Tripeaud. «Este hombre que se muestra humilde con ciertas

superioridades sociales como insolente y grosero con todos los que desgraciadamente dependen de él, este hombre es la imagen viva y terrible de la parte peor de la aristocracia comerciante e industrial, “del hombre de plata”, del único especulador, sin sensibilidad, sin fe, jugaría a la alza o baja con la muerte de su madre, si ésta tuviese alguna influencia en el papel.

»Estos personajes reúnen todos los vicios de los recién manumitidos, no de aquellos que por medio de un trabajo honrado, asiduo y digno han logrado enriquecerse noblemente, sino de los favorecidos de pronto por un ciego capricho de la fortuna o por una redada en las aguas pantanosas del agiotaje.

»Estas gentes, una vez que han conseguido satisfacer su ambición, aborrecen al pueblo, porque éste les recuerda su origen del que se ruborizan; implacables con la terrible miseria que agobia a las masas, la atribuyen a la indolencia y al desenfreno, porque con esta calumnia pretenden justificar su bárbaro egoísmo.

»En este estado de cosas ¿cómo el señor barón de la industria no ha de mirar con el mayor desprecio a esa imbecil muchedumbre de gentes honradas, que después de sacrificar a su país su juventud, su edad madura, su sangre, su inteligencia, su saber, se ven privados de los derechos de que él goza, porque ha ganado un millón en un juego prohibido por la ley o en una industria desleal?

»Es verdad que los optimistas dicen a estos parias de la civilización, cuya pobreza digna y resignada no se sabría venerar y curar demasiado: “Comprad propiedades y entonces seréis elegibles y electores”.

»Vengamos ahora a la biografía del señor barón:

»Andrés Tripeaud, hijo de un mozo de cuadra de una posada».

Abriéronse en este momento las dos hojas de la puerta, y un lacayo dijo:

El señor barón de Tripeaud.

El doctor Baleinier volvió a meter en el bolsillo el folleto, hizo un profundo saludo al agiotista y hasta se levantó para estrecharle la mano. El señor barón entró deshaciéndose en cortesías desde la puerta.

—Tengo la satisfacción de ponerme a vuestras órdenes, señora princesa, no ignoráis que podéis contar siempre conmigo.

—Con efecto, así lo hago, caballero Tripeaud, y sobre todo en esta circunstancia.

—Supongo que no habréis mudado de modo de pensar con respecto a la señorita de Cardoville.

—Por ningún estilo; éste es el objeto de nuestra reunión.

—La señora princesa puede estar segura de mi apoyo, según ya le prometí. Creo también que al fin debe emplearse la mayor severidad, y aun si preciso fuese el...

—Somos del mismo dictamen —apresuró a decir el marqués, haciendo una seña a la princesa indicándole el cuarto en donde se hallaba oculto el hombre de los anteojos—; estamos enteramente acordes —añadió—, pero procuraremos que no quede ningún punto dudoso en lo que se refiere a esta joven; puesto que no nos guía más que su interés, obliguémosla por todos los medios posibles a que sea sincera.

—La señorita acaba de llegar del pabellón del jardín y pregunta si puede ver a la señora —dijo el lacayo presentándose de nuevo después de haber llamado.

—Contestad a la señorita que la espero —respondió la princesa—, y a cualquiera que venga que no estoy; sin excepción... ¿lo oís? Para nadie absolutamente.

Abriendo luego la mampara detrás de la cual estaba oculto el hombre, la señora de Saint-Dizier le hizo una seña de inteligencia y volvió a entrar en el salón.

Cosa extraña; durante el corto espacio que transcurrió antes de la llegada de Adriana, los distintos actores de esta escena parecían estar inquietos, confusos, como si temiesen su presencia. Al cabo de algunos instantes entró en el salón la señorita de Cardoville.

La escaramuza

Al entrar la señorita de Cardoville echó sobre una silla su sombrero de castor pardo, que se había puesto para atravesar el jardín, y dejó ver su hermosa cabellera.

Adriana se presentaba sin osadía, pero con soltura; su fisonomía era alegre y placentera, sus grandes ojos negros parecían brillar más de lo regular. Cuando vio al abate d'Aigrigny, hizo un movimiento de sorpresa.

A pesar de que el modo de andar y el aire de la señorita de Cardoville fuesen sumamente distinguidos, no obstante se traslucía «un no sé qué» resuelto, y noble que no es común en las mujeres, sobre todo en las jóvenes de su edad.

Era extraño que el marqués d'Aigrigny, hombre de mundo, de talento, y sobre todo acostumbrado al mando y la dominación, experimentase un malestar involuntario, una mortificación inconcebible, casi penosa al hallarse en presencia de Adriana de Cardoville.

Hacía ya tiempo que, en contra de sus hábitos, no empleaba con Adriana aquella seducción, aquella fascinación del lenguaje, a la cual debía por lo regular un encanto irresistible; mostrábase con ella seco y serio, refugiábase en una esfera helada de altanera dignidad y de austera rigidez que paralizaba completamente las amables cualidades de que estaba dotado y de las que sabía sacar tan buen partido.

La señora de Saint-Dizier estaba sentada en una gran poltrona al lado de la chimenea. El marqués d'Aigrigny en pie delante del fuego. El doctor Baleinier, sentado cerca de un escritorio, hojeaba otra vez la biografía del barón Tripeaud; y éste parecía examinar con mucha atención el cuadro de un santo suspendido de la pared.

—Tía, ¿me habéis mandado llamar para tratar de asuntos importantes? —exclamó Adriana interrumpiendo el silencio que reinaba en el salón desde su entrada.

—Sí, señorita —respondió la princesa con aire frío y severo—; se trata de una conversación de gran interés.

—Estoy, pues, a vuestra disposición, tía, ¿queréis que pasemos a vuestra biblioteca?

—Es inútil, hablaremos aquí —y dirigiéndose al marqués, al doctor y al barón, les dijo—: Señores, tened la bondad de sentaros.

Éstos se sentaron en derredor de la mesa.

—¿En qué puede interesar a estos señores lo que tenéis que decirme, tía? —preguntó la señorita de Cardoville con sorpresa.

—Estos señores son antiguos amigos de nuestra familia; les interesa todo lo que os concierne, y por consiguiente debéis escuchar sus consejos y aceptarlos con

respeto.

—No dudo, tía, de la amistad de Mr. de Aigrigny con nuestra familia; aún dudo menos de la adhesión profunda y desinteresada de Mr. Tripeaud; Mr. Baleinier es uno de mis antiguos amigos; pero antes de aceptar a estos señores por espectadores, o si queréis más bien, por confidentes de nuestra conversación, deseo saber antes qué punto es el que debe tratarse delante de ellos.

—Creía, señorita, que entre vuestras singulares pretensiones, teníais al menos la de la franqueza y el valor.

—¡Dios mío, tía! —respondió Adriana sonriéndose con humildad burlona—; no tengo más pretensiones a la franqueza y al valor, que las que vos teníais a la sinceridad y a la bondad; convengamos pues, de una vez, en que somos lo que somos... sin aspiraciones.

—Sea —dijo la señora de Saint-Dizier en tono seco—; hace ya tiempo que estoy acostumbrada a los arranques de vuestro carácter independiente; creo, pues, que siendo animosa y franca como aparentáis serlo, no debéis tener reparo en decir delante de personas tan formales y respetables, como los señores, lo que me diríais en particular.

—Voy a sufrir un interrogatorio en forma según veo, ¿y sobre qué asunto?

—No se trata de un interrogatorio; pero como tengo el derecho de velar sobre vuestra conducta, y cada vez abusáis más de mi loca condescendencia por vuestros caprichos, quiero poner un término a lo que ya ha durado bastante, quiero intimaros delante de los amigos de nuestra familia mi resolución irrevocable para lo futuro. Porque hasta ahora os habéis formado una idea muy falsa e incompleta de mi autoridad sobre vos.

—Os aseguro, tía, que nunca me he formado idea verdadera ni falsa sobre ese punto, pues jamás he pensado en ello.

—Culpa mía es, hubiera debido, en lugar de condescender con vuestros caprichos, haceros sentir el peso de mi autoridad; pero ha llegado el momento de someteros; las severas observaciones de mis amigos me han hecho abrir los ojos a tiempo; vuestro carácter es independiente y resuelto; preciso es que cambie ¿lo oís? y cambiará de grado o por fuerza. Soy yo quien os lo dice.

A estas palabras, dichas con acritud delante de extraños, y al parecer sin fundamento, Adriana irguió la cabeza con orgullo; pero deteniéndose, contestó sonriendo:

—Decís, tía, que variaré, no lo extrañaré... Conversiones se han visto... tan singulares...

La princesa se mordió los labios.

—Una conversión sincera, nada tiene de extraño, señorita —contestó con frialdad el abate d'Aigrigny—; muy al contrario, es meritoria y de un ejemplo excelente.

—¿Excelente? —contestó Adriana—, según; porque si se convierten los defectos... en vicios...

—¿Qué queréis decir, señorita? —dijo la princesa.

—Hablo de mí, tía; me reconvenís por ser independiente y resuelta. Si por casualidad me convirtiese en hipócrita y pérfida... En verdad prefiero mis defectos, a quienes amo como a niños mimados. Sé los que tengo, e ignoro los que tendría.

—No obstante, señorita Adriana —dijo el señor barón Tripeaud con aire sentencioso—, no podéis negar que una conversión...

—Creo al señor Tripeaud sumamente ducho en punto a conversión, de toda especie de cosas, en toda clase de beneficios y por todos los medios —contestó Adriana en tono seco y desdeñoso—; mas también creo que no debe tomar parte en esta cuestión...

—Pero, señorita —replicó el agiotista cobrando ánimo con una mirada que le dirigió la princesa—, olvidáis que tengo el honor de ser vuestro segundo tutor, y que...

—El hecho es que Mr. Tripeaud tiene ese honor, y nunca he podido comprender por qué —dijo Adriana con altivez y sin mirar al barón—; pero no se trata de adivinar enigmas; deseo, pues, tía, que me manifestéis el motivo y fin de esta reunión.

—Vais a quedar satisfecha, señorita; me explicaré de un modo claro y exacto, os manifestaré el régimen de vida que deberéis adoptar en lo sucesivo, y si os negáis a someteros con el respeto debido a mis órdenes, veré lo que me toca hacer.

Imposible sería describir el acento imperioso con que la princesa pronunció estas palabras que debían herir profundamente a una joven acostumbrada hasta entonces a vivir, en cierto modo, a su capricho; no obstante, quizás contra las esperanzas de la señora de Saint-Dizier, lejos de responder con viveza, Adriana la miró fijamente, y dijo riéndose:

—Ésta es una verdadera declaración de guerra, y nuestra conversación va tomando un giro muy cómico.

—No se trata de una declaración de guerra —replicó con acritud el abate d'Aigrigny, herido por las expresiones de la señorita de Cardoville.

—¡Ah!, ¡señor abate! —contestó ésta—, para haber sido un antiguo coronel, os mostráis muy severo por una broma. Vos, que tanto debéis a la guerra, que merced a ella habéis mandado un regimiento francés después de haberos batido por mucho tiempo contra la Francia... para conocer mejor a los enemigos, se entiende...

A estas palabras, que le traían a la memoria tristes recuerdos, el marqués se sonrojó e iba a responder, cuando la princesa exclamó:

—En verdad, señorita, que esto es insoportable y muy intempestivo.

—Sea, tía, confieso mi culpa; no debiera haber dicho que esto es muy divertido, porque, en verdad, no lo es; pero al menos es curioso; y aun —añadió la joven después de un momento de silencio—, quizás audaz... y la audacia me gusta. Puesto que nos hallamos en este terreno, y que se trata de un régimen de vida al cual debo someterme, bajo pena... de... —e interrumpiéndose se dirigió a su tía—, ¿bajo qué pena, tía?

—Ya lo sabréis; continuad.

—Yo también voy a declararos, delante de estos señores, de una manera explícita y clara, la determinación que he tomado; como necesitaba tiempo para ponerla en planta, no os había hablado de ella antes, pues ya sabéis que no acostumbro a decir haré tal cosa, sino hago o he hecho esto.

—Seguramente, ese hábito culpable de independencia es el que debe destruirse.

—No pensaba, pues, advertiros de mi resolución hasta más adelante; mas no puedo resistir al placer de participároslo hoy, porque me parece que os halláis muy dispuesta a oírla y acogerla. Pero os ruego, tía, que os expliquéis... Pudiera ser que al cabo viniésemos a parar en que vuestras miras son idénticas.

—Os prefiero así —dijo la princesa—; a lo menos hallo en vos el ánimo de vuestro orgullo y el desprecio de todo poder: habláis de audacia: la vuestra es suma.

—Estoy dispuesta a hacer lo que otros desgraciadamente no se atreverían a llevar a cabo por debilidad. Creo que esto es claro y explícito.

—Muy claro y muy explícito —dijo la princesa dirigiendo una rápida mirada de inteligencia y satisfacción a los demás actores de esta escena.

—Establecidas de este modo las posiciones, las cosas simplifican mucho. Debo advertiros tan sólo, por vuestro interés, que esto es muy formal, más de lo que vos imagináis, y que el único medio de alcanzar mi indulgencia, es que depongáis vuestro lenguaje, por lo regular arrogante e irónico, sustituyéndole con la modestia y el respeto que tan bien sientan en una joven.

Adriana se sonrió, mas nada respondió. Hubo algunos momentos de profundo silencio.

La señorita de Cardoville tenía demasiada penetración y sagacidad para no conocer que la princesa de Saint-Dizier tomaba mucho interés en esta entrevista decisiva; la joven no alcanzaba cómo su tía esperaba imponerle su voluntad absoluta, y las amenazas de recurrir a medios de coerción, le parecían ridículas. Con todo, conociendo el carácter iracundo de su tía, el poder tenebroso de que disponía, las terribles venganzas que había llevado a cabo; reflexionando, en fin, que el asistir a esta entrevista hombres que se hallaban en la posición del marqués y del médico, no podía ser sino por un motivo de entidad, la joven meditó un momento antes de empeñar la lucha; mas por lo mismo que tenía un presentimiento de que la amenazaba un peligro, lejos de ceder, tomó con más empeño el arrostrarlo, y exagerar, si posible era, la independencia de sus ideas, y mantenerse a toda costa en la determinación que pensaba notificar a la princesa de Saint-Dizier.

XLI

La rebelión

—Señorita —dijo la princesa a Adriana de Cardoville en tono frío y severo—: debo recordar en pocas palabras a estos señores y a mí misma, los acontecimientos que se han sucedido de algún tiempo a esta parte. Hace cosa de seis meses, al terminarse el duelo de vuestro padre, teníais dieciocho años, me manifestasteis el deseo de gozar de vuestra riqueza, y veros emancipada, y tuve la desgraciada debilidad de avenirme a ello. Abandonasteis el palacio y fijasteis vuestra residencia en el pabellón del jardín, lejos de toda vigilancia. Desde entonces empezasteis una serie de gastos a cuál más extravagante. En vez de contentaros con una o dos camareras de la clase que se acostumbra, escogisteis jóvenes a quienes habéis hecho vestir de un modo tan singular como costoso; vos misma, en la soledad de vuestro pabellón, habéis usado trajes de los siglos pretéritos. Vuestras locas ideas, vuestros caprichos, no han conocido límites; no sólo no habéis cumplido con los deberes religiosos, sino que tuvisteis la audacia de profanar uno de vuestros salones, erigiendo en él una especie de altar pagano en que se ve un grupo de mármol representando un joven y una joven... —la princesa dijo estas palabras como si le quemasen los labios—, objeto artístico, sin duda, pero impropio del gabinete de una niña. Días enteros habéis pasado encerrada en vuestro cuarto sin querer recibir a nadie, y el doctor Mr. Baleinier, el único de mis amigos para quien habéis conservado alguna confianza, habiendo conseguido con repetidas instancias penetrar hasta vuestro cuarto os ha hallado muchas veces en tal estado de exaltación, que ha temido por vuestra salud. Siempre habéis querido salir sola sin dar cuenta a nadie de vuestras acciones; os complacéis en anteponer vuestra voluntad a mi autoridad... ¿no es cierto todo esto?

—Esta descripción de lo pasado... no es muy halagüeña, pero, en fin, tampoco se puede decir que me sea desconocida.

—De modo que —dijo el abate d'Aigrigny acentuando lentamente sus palabras—, ¿convenís en que efectivamente todos los hechos que acaba de referir vuestra señora tía, son la pura verdad?

Todas las miradas se fijaron en Adriana como si su respuesta fuese de suma importancia.

—Sin duda alguna, caballero, mi modo de vivir es demasiado franco; así, esta pregunta es del todo inútil.

—Estos hechos quedan confirmados —dijo el abate d'Aigrigny, dirigiéndose al doctor y al barón.

—Quedamos completamente convencidos de ellos —añadió el barón Tripeaud con tono de importancia.

—Pero podréis decirme, tía, ¿a qué viene este largo preámbulo?

—Este largo preámbulo, señorita, es para manifestar lo pasado y disculpar el porvenir.

—Esto es algo, querida tía, por el estilo de los misteriosos decretos de la Sibila de Cumas. Debe contener alguna cosa temible.

—Pudiera ser, señorita, porque nada hay más temible para ciertos caracteres que la obediencia y el deber, y el vuestro es del número de los propensos a la rebeldía.

—Le confieso francamente, tía, y que no variará hasta que llegue el día en que pueda apreciar la obediencia y respetar el deber.

—Poco me interesa, señorita, que apreciéis y respetéis mis órdenes o no —dijo la princesa con acritud—; no obstante, desde hoy, desde este mismo momento, empezareis por someteros ciegamente a mi voluntad; en una palabra, no daréis un paso sin mi consentimiento; es preciso, lo quiero, y será.

Adriana al pronto miró fijamente a su tía y luego soltó una carcajada que resonó en el salón. Mr. d'Aigrigny y el barón Tripeaud hicieron un movimiento de indignación, la princesa miró a su sobrina con ceño, y el doctor, juntando las manos, elevó sus ojos al cielo lanzando un suspiro compungido.

—Señorita... una risa tan descompasada viene muy poco al caso —dijo el abate d'Aigrigny—: las palabras de vuestra señora tía son serias, muy formales, y merecen otra acogida.

—Dios mío, caballero —repuso Adriana dando treguas a su jovialidad—, ¿quién tiene la culpa de mi risa? ¿Cómo he de permanecer impasible, cuando oigo a mi tía hablar de ciega sumisión a sus órdenes? ¿Acaso la golondrina acostumbrada a cruzar los aires, a holgarse al resplandor del sol, puede vivir en el agujero del topo?

A esta respuesta. Mr. d'Aigrigny miró a los miembros de esta especie de consejo de familia, simulando una gran sorpresa.

—¡Una golondrina!, ¿qué quiere decir con esto? —preguntó el abate al barón haciéndole una seña que éste comprendió.

—No lo sé... —respondió Tripeaud mirando también al doctor—; ha hablado del topo... es extraño, incomprensible...

—Según eso, señorita —dijo la princesa aparentando participar de la sorpresa de los demás—; ésta es la respuesta que me dais...

—Sin duda —repuso Adriana, a quien chocaba que aparentasen no comprender la figura de que se había valido, lo que le sucedía con frecuencia, pues empleaba por lo regular un lenguaje poético y florido.

—Vamos, señora, vamos —dijo el doctor Baleinier sonriendo bondadosamente—, es preciso que seáis indulgente; mi querida señorita Adriana tiene la imaginación tan viva, es en verdad la más hermosa loca que conozco... ya se lo he dicho más de cien veces valiéndome de nuestra antigua amistad, que me da derecho para ello.

—Concibo que vuestro cariño para con la señorita os haga ser indulgente; pero no es menos cierto, señor doctor —dijo Mr. d'Aigrigny, fingiendo reconvenir al médico

porque tomaba el partido de la señorita de Cardoville—, que son respuestas muy extravagantes cuando se trata de cuestiones tan serias.

—El mal es que la señorita no comprende la gravedad de esta conferencia —dijo la princesa con dureza—. Quizás la comprenda ahora que voy a intimarle mis órdenes.

—Veamos que órdenes son ésas, tía.

Adriana que estaba sentada del otro lado de la mesa enfrente de su tía, apoyó su barba chiquita y sonrosada en la palma de su linda mano, con un ademán gracioso de mofa.

—Desde mañana —contestó la princesa—, dejaréis el pabellón que habitáis; despediréis a vuestras doncellas, y vendréis a ocupar aquí dos cuartos, a los que no se podrá entrar sin pasar por mi habitación; no saldréis nunca sola; me acompañaréis al servicio divino; cesará vuestra emancipación por efecto de prodigalidad, cuidaré de todos vuestros gastos; hasta cuidaré de mandar hacer vuestros trajes a fin de que vistáis modestamente, y hasta vuestra mayor edad, que se diferirá indeterminadamente, por medio de un consejo de familia, no tendréis cantidad alguna a vuestra disposición. Tal es mi voluntad.

—Y en verdad que no se puede por menos de aprobar vuestra determinación, señora princesa —dijo el barón Tripeaud—, y animaros a mostrar la mayor firmeza; porque es necesario poner término a tantos desórdenes.

—Y ya duran demasiado semejantes escándalos —añadió el abate.

—La originalidad y exaltación del carácter, pueden, no obstante, hacer disimular muchas cosas —se atrevió a decir el doctor con tono cándido.

—No hay duda, señor doctor —dijo secamente la princesa a Mr. Baleinier que representaba muy bien su papel—; pero a esos caracteres se les trata según conviene.

La señora de Saint-Dizier se había expresado de un modo enérgico y explícito; parecía estar convencida de la posibilidad de realizar la amenaza que había hecho a su sobrina. Mr. Tripeaud y Mr. d'Aigrigny acababan de dar su asentimiento a las palabras de la princesa; Adriana empezó a ver que se trataba de alguna cosa muy grave; entonces trocóse su jovialidad en amarga ironía.

Levantóse bruscamente de su asiento, sus mejillas se cubrieron de un ligero carmín, sus ojos adquirieron mayor brillo, irguió su cabeza sacudiendo su flotante y hermosa cabellera dorada con un movimiento de entereza que le era natural, y dijo a su tía con voz penetrante, después de un corto silencio:

—Habéis hablado de lo pasado, señora; también diré yo algo sobre él, pues me obligáis a ello. Sí, me es muy sensible. Dejé vuestra residencia, porque me era imposible seguir viviendo en esta atmósfera de sombría hipocresía y de negras perfidias...

—¡Señorita! —dijo Mr. d'Aigrigny—; semejantes palabras no sólo son violentas sino descomedidas.

—Caballero, ya que me interrumpís, decidme —añadió Adriana—, ¿cuáles son

los ejemplos que tenía en casa de mi tía?

—Excelentes, señorita.

—¿Excelentes, caballero? ¿Sin duda porque a cada momento tenía ante mis ojos su conversión, cómplice de la vuestra?

—Señorita... os olvidáis... —dijo la princesa palideciendo de rabia.

—No me olvido de nada, señora; recuerdo, como lo hace todo el mundo. Éste es el hecho. No teniendo ninguna parienta a quien pedir un asilo, quise vivir sola; deseo disfrutar de lo que me pertenece, porque prefiero gastarlo a que lo dilapide Mr. Tripeaud.

—¡Señorita! —exclamó el barón—, no comprendo cómo os atrevéis...

—Basta —dijo Adriana imponiéndole silencio con ademán orgulloso—; si pronuncio vuestro nombre... no os dirijo la palabra.

Y prosiguió.

—He querido gastar mis rentas según mi gusto; he embellecido la morada que escogí para residencia. A criadas feas y toscas preferí jóvenes lindas y bien educadas, aunque pobres; no permitiéndome su educación someterlas a una humillante servidumbre, he procurado suavizar su condición; no me sirven, me prestan sus servicios; les pago, pero también les estoy reconocida. Sutilezas son éstas, señora, que vos no comprendéis, ya lo sé. En vez de verlas mal vestidas o sin gracia, les he dado trajes que sientan bien a sus hermosos rostros, porque me agrada todo lo que es joven y bello. Salgo sola porque así puedo ir a donde me lleve mi capricho; convengo en que no frecuento la iglesia, pero si tuviese aún a mi madre y le dijese cuáles son mis devociones, me abrazaría con ternura. Si he erigido un altar pagano a la juventud y la hermosura, lo cual es muy cierto, es porque adoro a Dios en todo lo que ha hecho hermoso, bueno, grande; y mi corazón agradecido, de la mañana a la noche repite esta oración ferviente y sincera: gracias, Dios mío, gracias. Decís, señora, que Mr. Baleinier me ha hallado muchas veces en mi soledad, presa de una extraña exaltación; sí... muy cierto es eso. Es que entonces, separada por el pensamiento de todo lo que en la actualidad es tan odioso, me lanzo en el porvenir, en donde entreveo mágicos horizontes; se me aparecen entonces espléndidas visiones, y me siento embelesada en un sublime y divino éxtasis... Entonces no pertenezco a la tierra.

Al pronunciar estas últimas palabras con entusiasmo, la fisonomía de Adriana pareció transfigurarse, tanto resplandecía. En aquel momento nada existía para ella de lo que le rodeaba.

—Entonces era —prosiguió con exaltación—, cuando respiraba un aire puro y libre; sobre todo libre; y tan saludable... tan benéfico para el alma... Sí, lejos de ver a mis hermanas penosamente sujetas a una dominación egoísta, humillante, a la que deben los seductores vicios de la esclavitud, la graciosa malicia, la perfidia encantadora, la cariñosa falsedad, la despreciable resignación, veía a aquellas nobles hermanas, dignas y sinceras porque eran libres; fieles y adheridas porque les era dado elegir; ni imperiosas ni bajas porque no tenían a quien dominar o adular; queridas y

respetadas porque podían retirar su mano dada lealmente de una mano desleal. ¡Oh!, ¡hermanas mías... hermanas mías! lo conozco; éstas no son únicamente visiones consoladoras, sino santas esperanzas.

Arrastrada a su pesar por la exaltación de sus ideas, Adriana calló para cobrar fuerzas, sin echar de ver que los actores de esta escena se miraban con satisfacción.

—Lo que está diciendo es hermosísimo —dijo el doctor en voz baja a la princesa que se hallaba sentada a su lado—; aun cuando estuviésemos acordes, no se expresaría mejor.

—Poniéndola fuera de sí con una excesiva dureza, llegaremos «al punto que nos conviene» —añadió Mr. d'Aigrigny.

Pero hubiérase dicho que la excitación de Adriana se había disipado al contacto de los sentimientos generosos que acababa de experimentar. Sonriéndose se dirigió a monsieur Baleinier y le dijo:

—Contestad, doctor, que no hay nada más ridículo que ceder al encanto de ciertas ideas en presencia de personas incapaces de comprenderlas. Ahora se os ofrece una hermosa ocasión para burlaros de la exaltación de imaginación que algunas veces me echáis en cara. ¡Dejarme arrastrar en un momento tan crítico! Porque, al parecer, esto es muy formal. ¿Mas qué queréis, mi buen Mr. Baleinier? Cuando me acude una idea a la imaginación me es tan imposible no seguir su curso, como me lo era el dejar de correr tras las mariposas cuando era niña.

—Y sabe Dios a dónde os llevan las brillantes mariposas de todos colores que cruzan por vuestra imaginación. ¡Ah! cabecita loca —dijo Mr. Baleinier sonriéndose con aire indulgente y paternal—. ¿Cuándo llegará a ser tan razonable como hermosa?

—En este mismo momento, mi buen doctor —contestó Adriana—, voy a abandonar mis meditaciones por las realidades, y expresarme en un lenguaje sumamente positivo; vais a oírlo.

Y dirigiéndose a su tía, añadió:

—Me habéis dado a conocer, señora, vuestra voluntad; he aquí la mía. Antes de ocho días dejaré el pabellón en que resido para trasladarme a una casa que he hecho amueblar a mi capricho, y en la que viviré a mi modo. No tengo ni padre ni madre, y por lo tanto, no debo dar cuenta de mis acciones sino a mí misma.

—En verdad, señorita —dijo la princesa alzándose de hombros—, que disparatáis. Os olvidáis de que la sociedad tiene derechos imprescriptibles de moralidad, que nosotros somos los encargados de hacéroslos observar; y podéis estar segura que no dejaremos de hacerlo.

—Según eso, señora, ¿sois vos, Mr. d'Aigrigny y Mr. Tripeaud quienes representan la moralidad de la sociedad? No deja esto de ser curioso. ¿Sin duda es porque monsieur Tripeaud ha considerado, debo confesarlo, mi riqueza como propia? Sin duda porque...

—Pero, señorita... —exclamó Tripeaud.

—Muy pronto, señora —dijo Adriana a su tía sin responder al barón—, ya que la

ocasión se presenta, tendré que pedir os explicaciones sobre algunos intereses, que según creo, se me han ocultado hasta ahora...

A estas palabras de Adriana, Mr. d'Aigrigny y la princesa se estremecieron, y se dirigieron una mirada de inquietud y angustia. Adriana no lo advirtió y continuó:

—Mas para terminar de una vez vuestras exigencias, ésta es mi voluntad: quiero vivir según me parezca. No creo que si fuese hombre, se me impusiese a mi edad, la dura y humillante tutela a que pretendéis sujetarme, por haber vivido como lo he hecho hasta aquí, esto es, honrada y generosamente a vista de todos.

—Esa idea es absurda e insensata —exclamó la princesa—; es llevar la desmoralización hasta el olvido del pudor, hasta sus últimos límites.

—Entonces, señora —dijo Adriana—, ¿qué opinión tenéis de tantas pobres hijas del pueblo, que huérfanas como yo, viven solas y libres? No han recibido como yo una educación esmerada que eleva el alma y purifica el corazón; carecen de riquezas que las ponga a cubierto de las tentaciones de la miseria, y no obstante, viven virtuosamente en medio de su pobreza.

—El vicio y la virtud no existen para esa canalla —exclamó el barón Tripeaud con ademán de enojo y desprecio.

—Señora, despediríais a uno de vuestros lacayos que se atreviese a expresarse de ese modo delante de vos —dijo Adriana a su tía, no pudiendo ocultar su repugnancia—; y me obligáis a oír semejantes cosas...

El marqués d'Aigrigny tocó con la rodilla a Mr. Tripeaud, que se expresaba en el salón de la princesa como lo hubiera hecho en el patio de la Bolsa, y contestó con viveza para reparar la grosería del barón.

—No puede establecerse, señorita, ninguna comparación entre esas gentes y una joven de vuestra clase.

—Para un católico, señor abate, esa distinción no es muy cristiana —replicó Adriana.

—Conozco el significado de mis palabras, señorita —respondió secamente el abate—; por lo demás, esa vida independiente que queréis llevar, en oposición con lo razonable, tendría en lo futuro terribles consecuencias; porque pudiera llegar un día que vuestra familia quisiera casaros, y...

—Evitaré ese cuidado a mi familia, caballero; si quiero casarme, lo haré yo misma, lo que está muy puesto en razón, a mi modo de ver; aunque a decir verdad, no tengo mucha afición a esa cadena que el egoísmo y la brutalidad nos echan para siempre al cuello.

—Es indecoroso, señorita —dijo la princesa—, hablar tan ligeramente de esa institución.

—Sobre todo delante de vos, señora, es muy cierto, perdonadme si os he ofendido. Teméis que mi vida independiente aleje los pretendientes; ésa sería una razón más para persistir en ella, porque los aborrezco. Lo que quiero es espantar a los que formen de mí mala opinión, y para conseguirlo, el mejor medio es aparentar que

no llevo una vida igual a la suya. Cuento también para ello con mis caprichos, mis locuras, mis queridos defectos que me preservarán de una fastidiosa persecución conyugal.

—Sobre este punto quedaréis enteramente satisfecha, señorita —contestó la señora de Saint-Dizier—; si desgraciadamente (y es muy de temer) se llegase a saber que os olvidáis de vuestro deber, de toda consideración, hasta el punto de volver a casa a las ocho de la mañana, según me han dicho... Pero no quiero ni me atrevo a creer enormidad semejante.

—Hacéis muy mal, señora... porque es verdad.

—Según eso ¿lo confesáis? —exclamó la princesa.

—Confieso todo lo que hago, señora. Esta mañana he vuelto a casa a las ocho.

—Ya lo oís, señores —exclamó la princesa.

—¡Ah! —dijo el abate con voz de bajo.

—¡Ah! —añadió el barón con tono de triple.

—¡Ah! —murmuró el doctor con un profundo suspiro.

Adriana, al oír estas exclamaciones, iba a hablar quizás para justificarse, pero hizo un gesto de desprecio, por el cual se conoció que tenía a menos el dar una explicación.

—¿Con que es verdad? —dijo la princesa—. ¡Ah! señorita, me habíais acostumbrado a que nada me sorprendiese, pero dudaba aún de una conducta semejante. Necesitaba para convencerme vuestra audaz contestación.

—Mentir, señora, me ha parecido siempre mucho más audaz que manifestar francamente la verdad.

—¿Y de dónde veníais, señorita, y con qué fin?

—Señora —dijo Adriana interrumpiendo a su tía—, nunca miento, pero nunca digo lo que no quiero decir; además, que es una bajeza el justificarse de una acusación indigna. No hablemos más de esto; inútiles serían vuestras preguntas sobre este punto; abreviemos. Queréis imponerme una tutela dura y humillante; yo quiero dejar el pabellón en que resido para ir a vivir a donde mejor me parezca, según mi gusto. Quién de las dos cederá, eso ya lo veremos; ahora tratemos de otra cosa. Este palacio me pertenece; me es indiferente el que viváis en él puesto que yo lo dejo, pero la parte baja está deshabitada: sin contar las salas de recibimiento, hay dos habitaciones completas; he dispuesto de ellas por algún tiempo.

—¿Es cierto, señorita? —exclamó la princesa mirando a Mr. d'Aigrigny con sorpresa, y añadió irónicamente—: ¿Y para quién habéis dispuesto de ella?

—Para tres personas de mi familia.

—¿Qué significa eso? —dijo la señora de Saint-Dizier cada vez más sorprendida.

—Eso significa, señora, que deseo ofrecer una generosa hospitalidad a un joven príncipe indio, pariente de mi madre: llegará de aquí a dos o tres días, y deseo que halle estos aposentos arreglados para recibirle.

—¿Lo oís, señores? —dijo el abate al doctor y al barón, aparentando grande

admiración.

—Todo eso ya se podía prever —replicó el barón.

—¡Dios mío! —añadió el doctor compungido—, el sentimiento en sí es generoso, pero siempre esa cabecita loca...

—Perfectamente —dijo la princesa—; no puedo impedirlos que manifestéis los deseos más extravagantes. Pero es de presumir que no os detendréis en tan buen camino. ¿Habéis acabado?

—Aún no, señora; esta mañana he sabido que dos parientas mías por parte de madre, dos niñas de quince años, dos huérfanas, las hijas del mariscal Simón, habían llegado ayer de un viaje muy largo y que se hallan en casa de la mujer del soldado que las ha conducido a Francia desde el fondo de la Siberia.

A estas palabras de Adriana, Mr. d'Aigrigny y la princesa no pudieron menos de estremecerse bruscamente y mirarse con espanto; tan lejos estaban de creer que la señorita de Cardoville supiese la llegada de las hijas del mariscal Simón. Esta revelación fue para ellos terrible.

—Sin duda os sorprende el que esté tan bien informada —dijo Adriana—; afortunadamente, espero que muy pronto os admiraréis aún más; pero volviendo a las hijas del mariscal Simón, ya podéis conocer, señora, que no me es posible consentir que sean una carga para esas buenas gentes en cuya casa han hallado un asilo momentáneo; a pesar de que esta familia sea tan honrada como laboriosa, no es la residencia que les corresponde; voy, pues, a buscarlas para que vengan a ocupar la otra habitación de la parte baja, con la mujer del soldado, que será una excelente ama de llaves.

Al concluir estas palabras Mr. d'Aigrigny y el barón se miraron, y este último exclamó:

—A fe mía, esa cabeza no está firme.

Adriana continuó sin responder a Mr. Tripeaud:

—El mariscal Simón debe llegar de un momento a otro a París. Ya concebís, señora, cuán grato me será poderle presentar sus hijas y probarle que han sido tratadas como merecían. Mañana haré que vengan modistas para que nada les falte. Quiero que su padre, al regreso, las halle hermosas... hermosas que deslumbren. Dicen que son bonitas como ángeles. Yo, pobre profana, no haré de ellas más que unos amorcillos.

—¿Habéis acabado ya, señorita? —dijo la princesa con tono sardónico y enojado, en tanto que Mr. d'Aigrigny, tranquilo e indiferente aparentemente, ocultaba con trabajo sus mortales angustias—. Miradlo bien. ¿No tenéis algunos otros parientes con que aumentar esa interesante colonia de familia? En verdad, que una reina no se portaría con más magnificencia que vos.

—En efecto, señora, quiero hacer a mi familia un recibimiento regio, cual corresponde al hijo de un rey y a las hijas del mariscal duque de Ligny. ¡Es tan agradable unir el lujo a la sincera hospitalidad del corazón!

—La máxima seguramente es generosa —dijo la princesa cada vez más agitada—, pero es lástima que para llevarla a cabo no poseáis las minas del Potosí.

—Cabalmente es sobre una mina, y según dicen de las más ricas, de lo que deseaba hablaros, señora; no podía ofrecerse mejor ocasión. Por considerable que sea mi fortuna, sería nada al lado de la que de un momento a otro puede recaer en nuestra familia. Y llegando esto a verificarse, quizás entonces disimularéis, señora, lo que llamáis mis reales prodigalidades.

La posición del abate era cada vez más terrible. El negocio de las medallas encerraba un interés de tanta importancia, que lo había ocultado al doctor Baleinier al pedirle que los ayudase en un asunto muy interesante. Mr. Tripeaud tampoco se hallaba enterado, porque la princesa creía haber hecho desaparecer de los papeles del padre de Adriana todos los indicios que pudieran haber enterado a ésta. Así es que al marqués, no sólo le espantaba el que la señorita de Cardoville estuviese informada de este secreto, sino que temía que lo publicase. La princesa participaba de los temores de Mr. d'Aigrigny; así es que exclamó interrumpiendo a su sobrina.

—Señorita... hay ciertos asuntos de familia que deben mantenerse en secreto, y sin conocer verdaderamente a lo que aludís, quiero que no habléis de ello.

—¿Cómo, señora?, ¿no nos hallamos en una reunión de familia, según lo justifican las expresiones poco agradables que nos hemos dirigido?

—No importa, señorita; cuando se trata de negocios de interés más o menos ciertos, es inútil hablar de ellos, a menos de tener a la vista los documentos.

—¿Pues de qué hablamos hace una hora, señora, sino de negocios interesantes? A la verdad que no comprendo vuestra sorpresa, vuestra turbación...

—No estoy sorprendida ni turbada, señorita; pero hace ya dos horas que me obligáis a oír cosas tan nuevas y extravagantes, que a la verdad nada tiene de particular que esté algo admirada.

—Dispensadme, señora; os halláis muy turbada —dijo Adriana mirando fijamente a su tía— y Mr. d'Aigrigny también, lo cual unido a ciertas sospechas, que no he tenido tiempo de aclarar... —Y después de una pausa, continuó—: ¿Habré adivinado la verdad? Vamos a verlo.

—Señorita, os mando que calléis —exclamó la princesa no sabiendo ya lo que hacía.

—¡Ah! señora —dijo Adriana—; para una persona que por lo regular sabe tan bien dominarse, os comprometéis mucho.

La Providencia acudió afortunadamente al socorro de la princesa y del abate en momento tan crítico. Un lacayo se presentó en el cuarto con aire tan espantado y las facciones tan alteradas, que la princesa le dijo con inquietud:

—Dubois, ¿qué sucede?

—Perdonadme, señora princesa, si a pesar de vuestras órdenes vengo a interrumpiros; pero el señor comisario de policía desea hablaros al momento; está abajo, y en el patio hay varios agentes con soldados.

A pesar de la sorpresa que le causaba este nuevo incidente, la princesa, queriendo aprovechar esta ocasión para ponerse de acuerdo con Mr. d'Aigrigny sobre las revelaciones amenazadoras de Adriana, dijo al abate levantándose:

—¿Tendría la bondad de acompañarme, Mr. d'Aigrigny? porque ignoro qué significa esta visita del comisario de policía.

El abate siguió a la señora de Saint-Dizier al cuarto contiguo.

XLII

La traición

La princesa de Saint-Dizier, acompañada de Mr. d'Aigrigny y seguida del lacayo, se detuvo en la pieza contigua a su cuarto en donde habían quedado Adriana, Mr. Tripeaud y el doctor.

—¿En dónde está el comisario de policía? —preguntó la princesa al criado.

—Señora, en el salón azul.

—Rogadle de mi parte que tenga la bondad de esperar un instante.

Inclinóse el lacayo y salió. Tan luego como se hubo cerrado la puerta, la señora de Saint-Dizier se aproximó a Mr. d'Aigrigny, cuya fisonomía, por lo regular tranquila y altanera, estaba pálida y sombría.

—Ya lo veis —le dijo con precipitación—, Adriana lo sabe todo: ¿qué haremos?

—Lo ignoro —dijo el abate con la vista fija y pensativa—; esta revelación es un golpe terrible.

—¿Está, pues, todo perdido?

—No hay más que un medio de salvación —añadió d'Aigrigny—, y éste sería el doctor.

—¿Pero cómo? —dijo la princesa—, ¿tan pronto?, ¿hoy mismo?

—Dentro de dos horas sería demasiado tarde; esa joven diabólica habría visto a las hijas del mariscal Simón.

—Pero, Dios mío, Federico, es imposible; Mr. Baleinier nunca podrá... hubiera sido preciso preparar eso de antemano, como debíamos hacerlo después del interrogatorio de hoy.

—No importa —repuso con viveza el abate—, es preciso que el doctor pruebe a toda costa...

—¿Pero bajo qué pretexto?

—Voy a idear uno.

—Pero dado caso que lo halléis, Federico, si es menester obrar hoy, no habrá nada preparado... «allá abajo».

—Calmaos; por previsión habitual, siempre está uno preparado.

—¿Y cómo haremos para avisar al doctor en este momento? —dijo la princesa.

—Llamarle sería despertar las sospechas de vuestra sobrina —dijo Mr. d'Aigrigny pensativo—, y es preciso evitarlo.

—Sin duda —contestó la princesa—, esa esperanza es uno de nuestros mayores recursos.

—Un medio... —dijo repentinamente el abate—; voy a escribir algunas líneas de prisa al doctor; uno de vuestros criados se las llevará como si fuese una carta que

acaban de traer de un enfermo de cuidado.

—Buena idea, tenéis razón; mirad, sobre esa mesa encontraréis todo lo necesario para escribir. Pronto, pronto, ¿pero el doctor logrará el objeto? A la verdad, no me atrevo a esperarlo —dijo el marqués sentándose delante la mesa con enojo reprimido—. Gracias a nuestro interrogatorio, que además ha sido más feliz de lo que podíamos suponer, y que el hombre que hemos tenido cuidado de ocultar detrás de la mampara del cuarto contiguo ha extendido exactamente; gracias a las escenas violentas que precisamente se renovarían mañana y los días siguientes, el doctor, tomando hábiles precauciones, hubiera podido obrar con entera seguridad. Pero pedírselo hoy, ahora mismo... Mirad, Herminia, es una locura pensarlo. —Y el marqués arrojó bruscamente la pluma que tenía en la mano, y luego añadió con un acento de irritación amarga y profunda—: En el momento de triunfar, ver todas sus esperanzas anonadadas... ¡Ah! las consecuencias de esto son incalculables. Vuestra sobrina, nos hace gran daño, ¡oh! sí, mucho daño.

Imposible sería expresar la cólera y el odio implacable con que el abate d'Aigrigny pronunció estas últimas palabras.

—Federico —exclamó la princesa con ansiedad y apoyando su mano sobre la del marqués—, os ruego que no desesperéis aún; el talento del doctor es fecundo en recursos, nos es adicto, probemos.

—Al menos es una probabilidad —dijo el abate volviendo a tomar la pluma.

—Supongamos lo peor —dijo la princesa—; que Adriana vaya esta noche a buscar a las hijas del mariscal Simón; puede ser que ya no las halle.

—No es menester contar con eso, es imposible que las órdenes de Rodin se hayan ejecutado con tanta prontitud; ya nos lo hubieran avisado.

—Es verdad: escribid, pues, al doctor; os enviaré a Dubois, para que le lleve la carta. Ánimo, Federico, y abatiremos a esa joven intratable. —Y la señora de Saint-Dizier añadió con un odio reconcentrado—: ¡Oh! Adriana, Adriana, ya pagaréis bien caros vuestros insolentes sarcasmos y las angustias que nos hacéis pasar.

Cuando iba a salir, la princesa se volvió y dijo a Mr. d'Aigrigny:

—Esperadme aquí; os manifestaré lo que significa la visita de ese comisario y volveremos al salón juntos.

La princesa desapareció y Mr. d'Aigrigny escribió precipitadamente algunas líneas con mano convulsiva.

XLIII

El lazo

Habiendo salido del cuarto la señora Saint-Dizier y el marqués, Adriana había quedado con Mr. Baleinier y el barón Tripeaud. Al oír anunciar la visita del comisario, había sentido una viva inquietud, porque no dudaba, que según los temores de Agrícola, el magistrado venía a pedir permiso para registrar el interior del palacio y el pabellón, con objeto de hallar al herrero, a quien creían oculto. Y aunque miraba como muy seguro el escondrijo en que estaba Agrícola, no dejaba por eso de estar inquietada; así, para prevenir una desagradable casualidad, aprovechó la ocasión que se le presentaba de recomendar su protegido al doctor, amigo íntimo, según ya dijimos, de uno de los ministros de más influencia en aquella época.

Acercándose la joven al médico, que hablaba en voz baja con el barón, le dijo con dulce cariño.

—Mi buen Mr. Baleinier, desearía decirnos dos palabras —y con la vista le indicó el alféizar de una ventana.

—A vuestra disposición señorita —respondió el médico levantándose para seguir a Adriana al sitio señalado.

Mr. Tripeaud, que no hallándose protegido por la presencia del abate temía a la joven como al fuego, quedó muy contento de verse solo, y para cobrar serenidad, se puso a contemplar un cuadro religioso, el cual no se cansaba de admirar.

Cuando Adriana de Cardoville estuvo a bastante distancia para no ser oída del barón, dijo al médico que, sonriéndose con semblante bondadoso, esperaba a que se explicase:

—Mi buen doctor, sois mi amigo, también lo habéis sido de mi padre. Hace poco, no obstante lo difícil de vuestra posición, os habéis mostrado valerosamente mi único apoyo.

—De ningún modo, señorita, os expreséis de esa manera —dijo el doctor aparentando enojo—; buen negocio haríamos. ¿Queréis callaros? «Vade retro Satanás», lo que equivale a: dejadme en paz hermoso diablillo.

—Calmaos —dijo Adriana sonriéndose—, no os comprometeré; pero permitidme que os recuerde que varias veces me habéis hecho ofrecimientos y hablado de vuestra adhesión.

—Ponedla a prueba y veréis si sé cumplir mi palabra.

—Pues bien, voy a hacerlo ahora mismo —dijo con viveza Adriana.

—Enhorabuena; me place que me cojan la palabra. ¿Qué queréis de mí?

—¿Conserváis todavía relaciones íntimas con vuestro amigo el ministro?

—Sin duda alguna; ahora le cuido de una extinción de voz: le ataca siempre la

víspera del día que le han de interpelar.

—Es necesario que obtengáis de él una cosa muy interesante para mí.

—¿Para vos? ¿Y sobre qué asunto?

Presentóse un lacayo de la princesa y entregó una carta a Mr. Baleinier, diciéndole:

—Un criado desconocido acaba de traer esta carta para el señor doctor; es muy urgente.

El médico cogió la carta y el lacayo desapareció.

—Éstos son los inconvenientes del mérito —le dijo Adriana—; no os dejan un momento de tranquilidad, mi pobre doctor.

—No me habléis de eso, señorita —repuso el doctor, que no pudo disimular un movimiento de sorpresa al reconocer la letra de Mr. D'Aigrigny—; esos diablos de enfermos creen que somos de piedra y que reunimos toda la salud de que carecen; son inexorables. ¿Me permitís, señorita? —dijo Mr. Baleinier dirigiendo a Adriana una mirada interrogativa antes de abrir la carta.

La señorita de Cardoville respondió haciendo un gracioso movimiento afirmativo con la cabeza. La carta del marqués no era larga; el médico quedó pronto enterado, y a pesar de su prudencia habitual, se alzó de hombros, y dijo:

—Sin duda se trata de algún pobre enfermo que ha puesto en vos toda su confianza, que os espera, que os llama. Vamos, mi querido Baleinier, sed bueno, no desechéis su ruego; es tan dulce corresponder a la confianza que se inspira...

Había a la vez una coincidencia y una contradicción tan extraordinarias entre el objeto de esta carta escrita en aquel momento al médico por el enemigo más implacable de Adriana, y las palabras de conmiseración que ésta acababa de pronunciar con voz persuasiva, que el doctor Baleinier se sintió conmovido. Miró a Adriana con aire casi turbado, y respondió:

—Con efecto, se trata de uno de mis clientes que cuenta mucho conmigo, hasta demasiado, porque me pide un imposible. ¿Pero qué puede interesaros un desconocido?

—Si es desgraciado, le conozco. Mi protegido, para quien os pido el apoyo del ministro, también me era desconocido y ahora no puedo interesarme más por él; porque ya que es necesario decíroslo, mi protegido es hijo de ese digno soldado que ha conducido aquí desde el fondo de la Siberia a las hijas del mariscal Simón.

—¿Cómo! vuestro protegido es...

—Un honrado artesano, apoyo de su familia; pero debo enteraros de todo: éstos son los sucesos que han mediado.

Interrumpió la confidencia que Adriana iba a hacer al doctor, la señora de Saint-Dizier, que seguida de Mr. d'Aigrigny, abrió la puerta de su cuarto violentamente. Leíase en su fisonomía una expresión de alegría infernal que apenas podía disimular bajo una falsa apariencia de indignación.

Mr. d'Aigrigny, al entrar en el gabinete, dirigió rápidamente una mirada

interrogativa e inquieta al doctor Baleinier. Éste respondió haciendo un movimiento negativo.

El abate se oprimió los labios con muda rabia; habiendo fundado sus últimas esperanzas en el doctor, debía considerar sus proyectos desbaratados, a pesar del nuevo golpe con que la princesa iba a herir a Adriana.

—Caballeros —dijo la señora de Saint-Dizier en tono breve—, caballeros, os ruego que toméis asiento; tengo que enteraros de noticias y cosas muy curiosas que acabo de saber de esta señorita.

Y señaló a su sobrina con una mirada que rebosaba odio y desprecio.

—Vamos, pobre niña, ¿qué hay? ¿Qué más os quieren? —exclamó Mr. Baleinier con aire cándido, antes de dejar el alféizar de la ventana en que se hallaba con Adriana—. Suceda lo que quiera, contad siempre conmigo.

Y diciendo esto, fue a sentarse al lado de Mr. d'Aigrigny y de Mr. Tripeaud. A las insolentes palabras de su tía, la señorita de Cardoville alzó la cabeza con entereza. Cubrióse su frente de un ligero carmín, e irritada de los nuevos ataques con que la amenazaban, se adelantó hacia la mesa, al lado de la cual estaba sentada la princesa, y dijo con voz conmovida a Mr. Baleinier:

—Os espero en mi casa lo más pronto posible, querido doctor; ya sabéis que me conviene mucho hablaros.

Y Adriana se dirigió a la silla en que estaba su sombrero. La princesa se incorporó bruscamente y exclamó:

—¿Qué hacéis, señorita?

—Señora, me retiro; me habéis dado a conocer vuestra voluntad, y yo os he manifestado la mía, esto basta; en cuanto a los negocios de interés, encargaré a alguno de mis reclamaciones.

Y la señorita de Cardoville tomó su sombrero.

Observando la señora de Saint-Dizier que se le escapaba su presa, alcanzó a su sobrina, y olvidando las reglas de educación, la cogió violentamente por el brazo con mano convulsiva, diciéndole:

—¡Quedaos!

—¡Ah! señora —dijo Adriana con acento de doloroso desprecio—, ¿en dónde nos hallamos?

—¿Queréis escaparos?, ¿tenéis miedo? —repuso la señora de Saint-Dizier, mirándola con aire insolente.

Con estas palabras, «tenéis miedo», hubiérase hecho a Adriana caminar sobre ascuas. Desasiendo su brazo de la mano de su tía con un ademán noble y serio, arrojó sobre la silla el sombrero que tenía en la mano, y volviendo al lado de la mesa, dijo imperiosamente a la princesa:

—Hay algo que puede más en mí que la gran repugnancia que me inspira todo esto, el temor de que me echen en cara el ser cobarde; hablad, señora, ya os escucho.

Y Adriana, con la cabeza levantada, el rostro ligeramente coloreado, humedecidos

los ojos con una lágrima de indignación, los brazos cruzados sobre el pecho, que a su pesar agitaba una viva emoción, hiriendo convulsivamente el suelo con la punta de su lindo pie, fijó en su tía su mirada segura.

Deseando entonces la princesa destilar, gota a gota, el veneno de que estaba llena, y atormentar a su víctima lo más posible, en la seguridad de que no se le escaparía, dijo con voz reprimida:

—Señores, esto es lo que acaba de pasar. Me avisaron que el comisario de policía deseaba hablarme; me presenté al momento a ese magistrado, quien se disculpó por tener que cumplir con su deber. Habían visto penetrar en el pabellón del jardín a un hombre contra el cual se había dado una orden de arresto.

Adriana se estremeció, pues ya no cabía duda de que se trataba de Agrícola. Pero se tranquilizó al pensar en lo disimulado que estaba el escondrijo en que le había hecho ocultar.

—El magistrado —prosiguió la princesa— me pidió permiso para proceder a la captura de ese hombre, bien se hallase en el palacio o en el pabellón. Estaba en su derecho. Roguéle que empezase por el pabellón y yo misma le acompañé. A pesar de la conducta indefinible de la señorita, no me pasó por la imaginación, lo confieso, la idea de que se hallase mezclada en este negocio de policía; pero me engañaba.

—¿Qué queréis decir, señora? —exclamó Adriana.

—Vais a saberlo, señorita —dijo la princesa con aire de triunfo—. Cada uno a su vez. No hace mucho que os complacíais en mostraros irónica y altanera. Acompañé, pues, al comisario en sus pesquisas, llegamos al pabellón, y ya podéis figuraros la sorpresa de aquel magistrado al ver a aquellas tres criaturas, vestidas como actrices. A su petición se extendió el hecho en el proceso verbal, pues nunca se acreditarán suficientemente a los ojos de los demás semejantes extravagancias.

—La señora princesa ha obrado muy acertadamente —dijo Mr. Tripeaud inclinándose—. Justo es que la justicia se entere de este asunto.

Adriana, demasiado preocupada de la suerte del artesano para responder a Tripeaud o a la señora de Saint-Dizier, escuchaba atentamente, disimulando su inquietud.

—El magistrado —siguió la princesa de Saint-Dizier—, empezó interrogando severamente a aquellas jóvenes; preguntóles si tenían conocimiento de que se hubiese introducido un hombre en el pabellón que ocupaba la señorita, y respondieron con una audacia increíble que no habían visto entrar a nadie.

—¡Honradas jóvenes! —se dijo entre sí la señorita de Cardoville—; ya está salvado ese pobre trabajador; lo demás lo hará la protección del doctor Baleinier.

—Por fortuna —prosiguió la princesa—, una de mis camareras, la señora Grivois, me había acompañado; esta excelente mujer, acordándose haber visto volver a casa a la señorita a las ocho de la mañana, dijo «sencillamente» al magistrado que pudiera muy bien haber sucedido que el hombre que buscaban se hubiese introducido por la puertecita del jardín, que hubiera dejado involuntariamente abierta a su vuelta.

—Hubiese sido muy conveniente, señora princesa —dijo Tripeaud—, el haber hecho constar en el proceso verbal, que la señorita había vuelto a casa a las ocho de la mañana.

—No veo que haya una necesidad —dijo el doctor continuando su papel—; esto nada tenía que ver con las pesquisas del comisario.

—Pero doctor... —exclamó Tripeaud.

—Señor barón —contestó Mr. Baleinier con firmeza—, ésta es mi opinión.

—No es, pues, la mía, doctor —dijo la princesa—, porque he creído, lo mismo que Mr. Tripeaud, que era muy conveniente que se hiciese mención de ello en el proceso verbal: y en la mirada turbada del magistrado, he conocido lo penoso que le era el tener que hacer constar la escandalosa conducta de una joven colocada en una posición tan elevada en la sociedad.

—Sin duda, señora —exclamó Adriana perdiendo la paciencia— creo que vuestro pudor corre parejas con el de ese cándido comisario de policía, pero me parece que vuestra inocencia se ha alarmado muy pronto, podíais ambos haber reflexionado que nada tenía de particular que habiendo salido, doy por supuesto, a las seis de la mañana, estuviese de vuelta a las ocho.

—La excusa, aunque tardía, no deja de ser ingeniosa —dijo la princesa, con despecho.

—No trato de disculparme, señora —respondió con entereza Adriana—; pero como Mr. Baleinier ha tenido la bondad de decir algo en mi obsequio por la amistad que me profesa, doy la interpretación posible a un hecho que no me conviene explicar delante de vos.

—Entonces el hecho queda consignado en el proceso verbal hasta que la señorita dé una explicación —dijo Tripeaud.

El abate d'Aigrigny, parecía no tomar parte en esta escena, tan aterrado le tenían las consecuencias de la entrevista de la señorita de Cardoville con las hijas del mariscal Simón; porque inútil era pensar en impedir que Adriana saliera aquella noche. La señora de Saint-Dizier continuó:

—Lo que había escandalizado al comisario, no era nada comparado con lo que voy a referiros; ya habíamos recorrido el pabellón en todos sentidos sin encontrar a nadie e íbamos a salir del cuarto de dormir de la señorita, porque ésta era la última pieza que registramos, cuando la señora Grivois me hizo notar que las molduras doradas de una puerta falsa no se unían exactamente; hacemos que el magistrado fije la atención en este particular; sus agentes examinan, descórrese un tablero, y entonces ¿sabéis lo que vimos? no, no, es tan odioso, tan repugnante, que nunca me atrevería.

—Pues yo sí que me atreveré, señora —dijo resueltamente Adriana, que vio con gran pesar descubierta el escondrijo en que estaba Agrícola—; evitaré a vuestra candidez la relación de este nuevo escándalo con el fin de justificarme.

—Valdría la pena que lo hicieseis, señorita —dijo la señora de Saint-Dizier con una sonrisa de menosprecio—: un hombre oculto por vos en vuestro cuarto de

dormir...

—¡Un hombre oculto en vuestro cuarto de dormir!... —exclamó el marqués d'Aigrigny levantando la cabeza con aire de indignación que ocultaba apenas su cruel satisfacción.

—¡Un hombre en el cuarto de dormir de la señorita! —añadió el barón Tripeaud—. ¿Y supongo que esto se habrá estampado en el proceso verbal?

—Sí, sí —contestó la princesa con acento de triunfo.

—Pero ese hombre —dijo el doctor con aire hipócrita—, ¿sin duda era un ladrón? Eso se explica de suyo: cualquiera otra sospecha es inverosímil.

—Vuestra indulgencia para con la señorita os engaña, doctor Baleinier —dijo con acritud la princesa.

—Ya se conoce a esa clase de ladrones —exclamó Tripeaud—, son por lo regular hermosos jóvenes de casas muy ricas.

—Os engañáis —contestó la señora de Saint-Dizier—, la señorita no ha elevado tanto sus miras, prueba de que sin error puede ser no sólo criminal, sino también innoble. Así, ya nada hay de singular en las simpatías que no hace mucho nos manifestó la señorita por todo lo que es popular. Esto es tanto más sensible cuanto que el hombre oculto por la señorita en su cuarto llevaba blusa.

—¡Una blusa! —exclamó el barón con ademán del más profundo desprecio—; entonces era un hombre del pueblo. Eso hace temblar.

—Este hombre era un operario herrero, él mismo lo ha confesado —dijo la princesa—; pero es menester ser justos; el muchacho es hermoso, y sin duda la señorita, en la extraña religión que profesa por lo hermoso...

—Basta, señora, basta —dijo de pronto Adriana, que desdeñando responder, había escuchado hasta entonces a su tía con indignación que iba en aumento—: no hace mucho que iba a justificarme de una de vuestras odiosas insinuaciones: no me expondré segunda vez a semejante debilidad; una palabra sola, señora, ¿ese honrado y fiel artesano sin duda ha sido detenido?

—Seguramente, y conducido a la cárcel con buena escolta, eso os parte el corazón, ¿no es verdad, señorita? —añadió la princesa con aire de triunfo—; preciso es que vuestra tierna compasión para con ese interesante herrero sea muy grande, puesto que os hace olvidar vuestra ironía.

—Sí, señora, porque debo ocuparme de otras cosas que son antes que la mofa, que siempre es odiosa y ridícula —contestó Adriana, cuyos ojos se bañaron de lágrimas al pensar en las angustias de la familia del preso Agrícola, y tomando su sombrero se lo colocó en la cabeza, anudó las cintas y dirigiéndose al doctor:

—Mr. Baleinier, no hace mucho que os he pedido vuestra protección para presentarme al ministro.

—Señorita; tendré una gran satisfacción en servirlos de intermediario para con él.

—¿Vuestro coche está a la puerta?

—Está —contestó el doctor muy sorprendido.

—¿Tendréis, pues, la bondad de conducirme a casa del ministro? Presentada por vos, no me negará el favor o más bien la justicia que tengo que pedirle.

—¡Cómo! —dijo la princesa— ¿os atrevéis a tomar semejante determinación sin mi permiso, después de lo que acaba de suceder? Es muy extraño.

—Da compasión —añadió Tripeaud—, pero todo debe esperarse.

Al preguntar Adriana al doctor si su coche estaba a la puerta, el abate d'Aigrigny se estremeció. Un rayo de esperanza y de inesperada satisfacción brilló en sus ojos, y trabajo le costó ocultar su violenta emoción, cuando dirigiendo al doctor una mirada tan rápida como significativa, éste le respondió bajando por dos veces los párpados en señal de inteligencia y consentimiento. Así es que cuando la princesa exclamó con enojo, dirigiéndose a Adriana: «Señorita, os prohíbo que salgáis», Mr. d'Aigrigny dijo a la señora de Saint-Dizier con una inflexión de voz rara:

—Me parece, señora, que puede confiarse la señorita «a los cuidados del señor doctor». —El marqués pronunció estas palabras «a los cuidados del señor doctor» de un modo tan significativo, que la princesa, mirando al médico y a Mr. d'Aigrigny, lo comprendió todo y brilló en su rostro la alegría. Además de la rapidez con que todo esto aconteció, la noche se iba acercando; así que Adriana, entregada a la penosa meditación que le causaba la suerte de Agrícola, no echó de ver los diferentes signos hechos entre la princesa, el doctor y el abate, señas que por otra parte le hubieran sido incomprensibles. No queriendo la señora de Saint-Dizier dar a conocer que cedía fácilmente a la observación del marqués, repuso:

—Si bien el señor doctor me parece muy indulgente con la señorita, con todo, no tendría ningún inconveniente en confiársela; pero no quisiera que se estableciese semejante precedente, porque desde hoy en adelante la señorita no debe tener otra voluntad que la mía.

—Señora princesa —dijo gravemente el médico aparentando haberse ofendido de las palabras pronunciadas por la señora de Saint-Dizier—; no creo haber sido indulgente con la señorita, sino justo: estoy a su disposición para acompañarla a casa del ministro, si lo desea; ignoro aún lo que piensa solicitar, pero la creo incapaz de abusar de la confianza que en ella pongo y que me haga apoyar una petición indigna.

Adriana, enternecida, alargó la mano al doctor y le dijo:

—No temáis, mi digno amigo; me agradeceréis el paso que os hago dar, pues entraréis por mitad en una noble acción.

Tripeaud, que no estaba enterado de los nuevos proyectos del doctor y del abate, dijo a éste en voz baja manifestando su sorpresa:

—¡Cómo!, ¿consentís en que se marche?

—Sí, sí —respondió Mr. d'Aigrigny, haciéndole una seña para que escuchase lo que iba a decir la princesa, que se adelantó hacia su sobrina y la dijo en tono pausado, recalcando cada expresión:

—Escuchad señorita... mis últimas palabras ante estos señores. Responded: ¿a pesar de los graves cargos que pesan sobre vos, estáis aún decidida a desconocer mis

mandatos?

—Sí, señora.

—A pesar del escándalo que acabáis de dar, ¿pretendéis aún sustraeros a mi autoridad?

—Sí, señora.

—¿Según eso os negáis decididamente a someteros al régimen de vida decoroso y severo que quiero imponeros?

—Ya os he dicho, señora, que dejaría esta morada para ir a vivir sola y a mi gusto.

—¿Es esa vuestra última respuesta?

—La última, señora.

—Reflexionadlo bien, mirad que esto es muy formal.

—Ya lo oís, señores —contestó la princesa—; he hecho todo lo que estaba en mi mano para conseguir una conciliación, la señorita no podrá echar la culpa sino a sí misma de las medidas que me obligue a tomar tan audaz rebeldía.

—Enhorabuena, señora —repuso Adriana; y dirigiéndose a Mr. Baleinier le dijo con viveza—: Venid, venid, mi querido doctor, estoy intranquila; partamos pronto; cada minuto que se pierde puede costar lágrimas amargas a una honrada familia.

Y Adriana salió precipitadamente del salón con el médico.

Uno de los criados de la princesa hizo que se acercase el coche de Mr. Baleinier, y ayudada por éste, Adriana subió sin notar que decía algunas palabras en voz baja al lacayo que había abierto la portezuela. Cuando el doctor estuvo sentado al lado de la señorita de Cardoville, el criado cerró la portezuela: Después de un segundo dijo en voz alta al cochero:

—Al palacio del ministro, por la puerta pequeña.

Los caballos partieron al galope.

XLIV

Un amigo falso

La noche se presentaba fría. El cielo puro hasta la desaparición del sol, se cubría cada vez más de pardas y espesas nubes; el viento, soplando con violencia, arremolinaba la copiosa nieve que empezaba a caer.

Los faroles iluminaban con claridad débil el interior del coche del doctor Baleinier, en que éste iba con Adriana de Cardoville. El rostro encantador de Adriana, se destacaba blanco y puro sobre el fondo oscuro de la tela que cubría el interior del carruaje, embalsamado entonces por el agradable perfume, y aun pudiera decirse voluptuoso, que despiden siempre los trajes de las mujeres de delicadeza; la actitud de la joven, sentada al lado del doctor, era graciosísima; su figura esbelta, imprimía su ondulación suave al blanco respaldo en que se reclinaba; sus pequeños pies descansaban sobre una espesa piel de oso que servía de alfombra; en su mano izquierda, blanquísima, tenía un pañuelo magníficamente bordado, con el cual y con gran sorpresa de Mr. Baleinier, enjugó sus ojos bañados en lágrimas.

A pesar de su entereza, nada tenía de varonil ni de «hombruna» la señorita de Cardoville; era esencialmente «mujer», pero, como la mayor parte de éstas, sabía dominarse cuando la más mínima señal de debilidad podía alegrar o enorgullecer a sus enemigos.

Hacía ya algunos minutos que el coche rodaba por las calles: Adriana, sin haber aún abierto los labios, enjugaba sus lágrimas que se deslizaban silenciosamente.

—¿Cómo, mi querida señorita Adriana? —dijo Mr. Baleinier verdaderamente sorprendido de la emoción de la joven—, ¿vos hace poco tan animosa, lloráis?

—Sí —respondió Adriana con voz alterada—, lloro... delante de vos, de un amigo; pero delante de mi tía... ¡Oh! jamás.

—No obstante, en esa larga conversación, vuestros epigramas...

—¡Dios mío!, ¿creéis que no me violento mucho cuando me resigno a brillar en esa guerra de sarcasmos? Nada hay que me desagrada tanto como esa clase de luchas de amarga ironía, en que la necesidad me obliga a defenderme de esa mujer y de sus amigos. Habláis de mi valor, os aseguro que no consiste en manifestar un talento maligno, sino en reprimir y ocultar lo que sufría al verme tratada tan groseramente ante personas a quien aborrezco y desprecio; yo, que ningún mal les he hecho, que no pido otra cosa que vivir sola, tranquila, y verme rodeada de gentes dichosas.

—¿Qué queréis? tienen envidia de vuestra dicha y de la que hacéis disfrutar a los demás.

—¡Y es mi tía —exclamó Adriana con indignación— mi tía; cuya vida no ha sido más que un continuado escándalo la que me acusa de una manera tan inicua! Como si

no supiese que soy bastante orgullosa, suficientemente leal para no hacer una elección de la cual no pueda vanagloriarme. ¡Dios mío! cuando llegue a amar, lo manifestaré, me envaneceré de ello, porque el amor, según lo entiendo, es lo más sublime que pueda haber en el mundo. —Y siguió con mayor amargura—: ¿De qué sirven, pues, el honor y la franqueza si no bastan a protegernos de las sospechas más estúpidas y odiosas? —Y al pronunciar estas palabras, la señorita de Cardoville enjugó otra vez sus ojos.

—Vamos, mi querida señorita Adriana —dijo Mr. Baleinier con voz penetrante y melosa—, calmaos... todo eso ya ha pasado; tenéis en mí a un verdadero amigo. —Y al decir esto se sonrojó de su astucia diabólica.

—Ya sé que sois mi amigo y nunca olvidaré que por tomar mi partido os habéis expuesto hoy al resentimiento de mi tía, porque no se me oculta que es poderosa... ¡oh! muy poderosa para hacer el mal.

—En cuanto a eso —dijo el doctor simulando suma indiferencia— nosotros los médicos nos hallamos a cubierto de muchos odios.

—¡Ah! mi querido Mr. Baleinier, es que la señora de Saint-Dizier y sus amigos no suelen perdonar a nadie. Necesitábase mi invencible aversión, mi innato horror a todo lo que es cobarde y maligno, para obligarme a romper tan abiertamente con ella. Pero aun cuando se tratase ¿qué os diré? de la muerte, no titubearía; y no obstante —añadió con una graciosa sonrisa que tantos atractivos daba a su fisonomía—, aprecio mucho la vida; y si algo tengo que echarme en cara es el quererla demasiado brillante, bella, armoniosa. Mas no ignoráis que me conformo con mis defectos.

—Vamos, vamos, ya estoy más tranquilo —dijo el doctor alegremente—; ya sonreís, es buena señal.

—Por lo regular, es lo más prudente; y no obstante ¿debiera reírme después de las amenazas que acaba de hacerme mi tía? ¿Pero qué poder tiene? ¿Qué significaba aquella especie de consejo de familia? ¿Ha podido creer seriamente que el parecer de un Mr. d'Aigrigny, de un Mr. Tripeaud podían tener conmigo alguna influencia? Además, ha hablado de medidas de rigor... ¿Qué medidas puede tomar?, ¿lo sabéis?

—Mi opinión es, acá entre nosotros, que la princesa ha querido únicamente asustaros, y que cree poder conseguir su objeto por medio de la persuasión; tiene el defecto de creerse una madre de la iglesia y sueña con vuestra conversión —dijo el doctor, que quería a toda costa tranquilizar a Adriana—; pero no pensemos en eso; es preciso que vuestros hermosos ojos brillen con todo su resplandor, para seducir, para fascinar al ministro que vamos a ver.

—Tenéis razón, querido doctor; deberíase desechar siempre el pesar, porque uno de sus menores inconvenientes es el de hacernos olvidar las penas de los demás. Pero me valgo de vuestra generosidad, sin haberos dicho aún lo que de vos deseo.

—Afortunadamente tenemos tiempo de hablar, porque nuestro hombre de Estado vive a bastante distancia de vuestra casa.

—En dos palabras os diré de lo que trata; ya he dicho las razones que tenía para

interesarme por este honrado trabajador; esta mañana ha venido confesándome que se hallaba comprometido por unas canciones que ha hecho, porque es poeta, que temía ser detenido, que era inocente; pero que si lo metían en la cárcel, su familia se moriría de hambre, porque es su único apoyo: venía, pues, a pedirme que le prestase fianza, para que así pudiese trabajar; pensando en vuestra intimidad con el ministro, se la he prometido, pero ya seguían las huellas al pobre muchacho; me ocurrió la idea de ocultarle en mi casa, y ya sabéis de qué modo ha interpretado mi tía este hecho. Ahora, decidme, ¿creéis que el ministro, en virtud de vuestra recomendación, me concederá lo que vamos a solicitarle, la libertad de ese artesano bajo fianza?...

—Eso no tiene duda; no presenta la menor dificultad, sobre todo cuando le hayáis expuesto los hechos con esa elocuencia del corazón que tan bien poseéis.

—¿Sabéis con qué objeto he tomado esta determinación, quizá extraña en una joven, de rogaros que me acompañaseis a casa de ese ministro?

—Se supone; para recomendar eficazmente a vuestro protegido.

—Sí, y también para desbaratar con este paso ruidoso las calumnias que no dejará mi tía de esparcir, y que ya ha hecho inscribir según habéis visto, en el proceso verbal de ese comisario de policía. Por consiguiente, he preferido dirigirme francamente a un hombre colocado en tan elevada posición. Le diré lo que hay y me creerá, porque la verdad tiene un acento que se distingue fácilmente.

—Todo lo que acabáis de decir, mi querida señorita Adriana, está sabio y perfectamente ideado. Como suele decirse, mataréis dos pájaros de un tiro, o más bien, conseguiréis con una buena acción dos actos de justicia: desbarataréis de antemano las peligrosas calumnias, y haréis que pongan en libertad a un buen muchacho.

—Vamos —dijo riendo Adriana—, ya he recobrado mi jovialidad, gracias a esa dichosa perspectiva.

—¡Dios mío! en la vida —dijo el doctor filosóficamente—, todo depende del punto de vista.

Adriana era tan ignorante en asuntos de gobierno constitucional y atribuciones administrativas, había puesto en el doctor una confianza tan ciega, que no dudó un momento de lo que éste le decía; así es que continuó con alegría:

—¡Qué dicha! de este modo podré, al ir a buscar después a las hijas del mariscal Simón, tranquilizar a la pobre madre del trabajador, que quizá en este instante padece crueles angustias por la ausencia de su hijo.

—Sí, tendréis ese placer —dijo Mr. Baleinier sonriéndose—, porque vamos a solicitar, a intrigar de tal modo, que preciso será que la buena madre sepa por vos la libertad de ese honrado trabajador antes de saber que ha sido detenido.

—¡Qué bueno sois, y cuánto os deberé! En verdad, si no se tratase de asuntos tan graves, vergüenza me daría el haceros perder un tiempo tan precioso, mi querido Baleinier: pero conozco vuestro corazón.

—Ponéis a prueba mi adhesión, mi sincero cariño; pero ése es mi único deseo —

dijo el doctor tomando un polvo. Entonces dirigió su mirada inquieta por la portezuela porque entonces el coche atravesaba la plaza del Odeón y a pesar de las ráfagas de una espesa nieve, veíase la fachada del teatro iluminada; y Adriana, que en este instante volvió la cabeza hacia aquel lado, podía extrañar el camino por donde se la conducía. Con el objeto de llamar su atención de un modo hábil, el doctor exclamó de repente:

—¡Gran Dios! Ya me olvidaba...

—¿Qué tenéis. Mr. Baleinier? —dijo Adriana volviéndose de pronto.

—Me olvidaba de una cosa muy interesante para el buen éxito de nuestra solicitud.

—¿Qué es, pues? —preguntó la joven inquietamente.

Mr. Baleinier se sonrió maliciosamente.

—Todos los hombres —dijo—, tienen sus flaquezas, y un ministro es más propenso a tenerlas que los demás; éste, a quien vamos a hablar, tiene mucha afición a su título, y haría en él una mala impresión, si no le saludaseis con un «señor ministro», muy cargado.

—Que no quede por eso, mi amado Baleinier —dijo Adriana sonriéndose también—; le daré hasta «excelencia» que, según creo, es uno de los dictados en uso.

—En el día no, pero ésa es una razón de más; y si también pudieseis entremezclar uno o dos «monseñor», conseguiríamos al momento nuestro fin.

—Descuidad; y puesto que hay «ministros plebeyos» como los hay hidalgos, me acordaré de Mr. Jourdain, y saciaré la glotona vanidad de vuestro hombre de Estado.

—Os lo entrego; en buenas manos estará —respondió el médico viendo con alegría que el coche se hallaba ya en las calles sombrías que conducen de la plaza del Odeón al barrio del Panteón—; pero ahora no puedo echar en cara a mi amigo el ministro el ser orgulloso, ya que nos puede ser útil.

—Por otra parte, este ardid es muy inocente —añadió la señorita de Cardoville—, y ningún escrúpulo tengo de valerme de él, os lo confieso —e inclinándose hacia la portezuela, continuó—: ¡Dios mío! ¡Qué oscuras son estas calles! ¡Qué viento, y qué nieve! ¿En qué barrio nos hallamos?

—¡Cómo, vecina ingrata y desnaturalizada! ¿No reconocéis por la falta de tiendas vuestro querido barrio, el arrabal de Saint-Germain?

—Creía que ya lo habíamos pasado hace tiempo.

—Yo también —dijo el médico mirando por la portezuela como para reconocer el lugar donde se hallaba—, pero todavía estamos en él. Mi desgraciado cochero, cegado por la nieve que le azota el rostro, se habrá equivocado; pero ya nos hallamos en el verdadero camino. Sí, lo reconozco; ahora atravesamos la calle de Saint-Guillaume, que a la verdad no es muy alegre; pero antes de diez minutos llegaremos a la entrada particular del ministro: porque los íntimos como yo gozan del privilegio de evitar las etiquetas de la entrada principal.

La señorita de Cardoville, como todas las personas que no salen sino en coche,

estaba tan poco enterada de ciertas calles de París y de las costumbres ministeriales, que no dudó de lo que le aseguraba Mr. Baleinier en quien tenía confianza suma.

Desde que había salido del palacio de Saint-Dizier, el doctor deseaba hacer una pregunta, pero no se atrevía a ello, temiendo comprometerse y que Adriana desconfiase de él. Cuando ésta había hablado de intereses de cuantía cuya existencia se le había ocultado, el doctor, astuto observador, había notado perfectamente la turbación y angustias de la princesa y de monsieur d'Aigrigny. Ya no dudaba que el complot tramado contra Adriana, complot al que cooperaba por sumisión a la voluntad de la Orden, tuviese relación con estos intereses que le ocultaban, y por lo mismo deseaba enterarse; porque así como cada uno de los miembros de la congregación de que formaba parte, habíase acostumbrado a la delación, y se sentía desarrollarse en sí los odiosos vicios inherentes al estado de «complicidad», esto es, la envidia, la desconfianza y una curiosidad celosa. Por consiguiente, aunque el doctor Baleinier estuviese decidido a secundar los proyectos de Mr. d'Aigrigny, ansiaba saber lo que se le había ocultado; así es que, venciendo sus dudas, dijo a Adriana después de un momento de silencio:

—Voy a haceros una pregunta, quizás muy indiscreta: si la creéis tal, no me respondáis.

—Proseguid... os lo ruego.

—Hace poco, algunos minutos antes de que anunciase a vuestra señora tía la llegada del comisario de policía, me parece haberos oído hablar de grandes intereses que se os han ocultado hasta ahora.

—Sí, no hay duda.

—Aquellas palabras —siguió Mr. Baleinier, hablando lentamente—, aquellas palabras parecían hacer profunda impresión en la princesa...

—Una impresión tan profunda —dijo Adriana—, que ciertas sospechas que tenía se han convertido en realidades.

—Excusado es que os diga, mi hermosa amiga —contestó Mr. Baleinier con tono cariñoso—, que si recuerdo esta circunstancia, es con el único objeto de ofreceros mis servicios en el caso de que pudieran seros útiles; si tenéis el menor inconveniente en decirme algo más, suponed que nada me habéis dicho.

Adriana se quedó seria y pensativa, y después de una corta pausa, respondió a Mr. Baleinier:

—Hay cosas en este asunto que desconozco, otras que puedo manifestaros, y otras que no debo deciros; hoy os habéis mostrado tan bueno conmigo, que es para mí una satisfacción el poderos dar una nueva prueba de confianza.

—Entonces nada quiero saber —dijo el doctor—, porque parecería que acepto una especie de recompensa, cuando me doy por muy satisfecho con el placer que experimento al servirlos.

—Mirad —dijo Adriana sin parar la atención en los delicados escrúpulos de monsieur Baleinier—; tengo razones para creer que una herencia inmensa debe

repartirse en una época más o menos próxima entre los miembros de mi familia, de los cuales no conozco sino algunos, porque después de la revocación del edicto de Nantes, aquellos de quienes descendo se diseminaron en países extranjeros, y han sufrido muchas alternativas en su suerte.

—¿Cómo? —exclamó el doctor tomando cada vez más interés—. ¿En dónde se halla esa herencia? ¿Quién la ha legado? ¿En manos de quién se halla?

—Lo ignoro.

—¿Y cómo pensáis hacer valer vuestros derechos?

—Luego lo sabré.

—¿Quién os informará de ello?

—No puedo decíroslo.

—¿Y por quién sabéis que existe esa herencia?

—Tampoco puedo decíroslo —contestó Adriana con tono melancólico que contrastaba singularmente con su natural vivacidad en la conversación—. Es un secreto, un secreto original, y en aquellos momentos de exaltación en que algunas veces me habéis sorprendido, meditaba en las circunstancias extraordinarias que tienen relación con este secreto, sí; y entonces se despertaban en mí ideas muy elevadas.

Adriana calló, entregada a sus recuerdos. Mr. Baleinier no quiso distraerla. Por de pronto la señorita de Cardoville no echaba de ver la dirección que llevaba el coche; además, el doctor deseaba reflexionar sobre lo que acababa de saber, y con su natural perspicacia presentía vagamente que se trataba de una herencia en que intervenía el abate d'Aigrigny; por consiguiente se propuso hacer un informe secreto. Una de dos: o Mr. d'Aigrigny obraba en este asunto según las instrucciones de la «Orden», o según su inspiración personal: en el primer caso, el informe secreto del doctor a quien correspondiese, confirmaba un hecho: en el segundo, revelaba otro.

Durante algunos momentos, la señorita de Cardoville y Mr. Baleinier guardaron el más profundo silencio, que ni aún interrumpía el ruido de las ruedas, que rodaban entonces sobre una espesa capa de nieve. A pesar de su pérfida destreza y la ceguedad de su víctima, el doctor no estaba enteramente tranquilo sobre el éxito de su drama; acercábase el momento crítico, y la menor sospecha que se despertase en Adriana podría echar por tierra los proyectos del doctor.

Adriana, abatida por las emociones de aquel día, se estremecía de vez en cuando, porque el frío era muy penetrante, y con la precipitación de acompañar a Mr. Baleinier no se había acordado de tomar un chal o una capa.

Hacía tiempo que el coche seguía a lo largo de una pared muy elevada, que al través de la nieve resaltaba por su blancura sobre el cielo, completamente negro.

El silencio era triste y profundo.

Paróse el coche, y el lacayo llamó a una gran puerta cochera, de una forma particular; primero dio dos golpes, y al cabo de un rato uno solo.

Adriana no paró la atención en esta circunstancia, porque los golpes no habían

sido muy recios, y por otra parte el doctor había roto el silencio con el objeto de que no advirtiese esta especie de señal.

—Al fin, hemos llegado, procurad estar seductora, esto es, mostraos cual sois.

—No temáis, haré lo posible —dijo Adriana sonriéndose, y luego añadió, estremeciéndose a pesar suyo—: ¡Qué frío tan intenso! Os confieso, mi buen Baleinier, que después de haber ido a buscar a mis pobrecitas parientas a casa de la madre de nuestro honrado trabajador, volveré esta noche con placer a mi lindo salón bien caliente y perfectamente iluminado, porque ya conocéis mi aversión al frío y a la oscuridad.

—Es muy natural —dijo galantemente el doctor—; las más hermosas flores no se abren sino en medio de la claridad y el calor.

Mientras el médico y la señorita de Cardoville se dirigían estas palabras, giraba sobre sus goznes la pesada puerta cochera y el carruaje penetraba en el patio. El doctor bajó el primero para ofrecer la mano a Adriana.

El gabinete del ministro

Detúvose el coche delante de unas gradas cubiertas de nieve que conducían a un vestíbulo iluminado por una lámpara. Adriana, para subir las escaleras algo resbaladizas, se apoyó en el brazo del doctor.

—¡Dios santo! Cómo tembláis —le dijo éste.

—Sí, experimento un frío glacial. Con la precipitación he salido sin chal. ¡Pero qué aspecto tan triste tiene esta casa! —añadió al llegar al vestíbulo.

—Es lo que se llama el palacio pequeño del ministro; el «sanctus sanctorum», en donde nuestro hombre de Estado se retira lejos del ruido de los profanos —dijo Mr. Baleinier sonriendo—. Tened la bondad de entrar. —Y empujó la puerta de una gran antesala, enteramente desierta—. Razón tienen cuando dicen —añadió ocultando su emoción bajo una aparente jovialidad—: casa de ministro, casa de hombre de fortuna; ni un lacayo siquiera (ni un escribiente, debiera haber dicho) en la antecámara. Más afortunadamente —añadió abriendo una puerta que comunicaba con la antesala—: «Nacido en el serrallo, no ignoro sus revueltas».

Introdujo a la señorita de Cardoville en un salón cubierto de papel verde con dibujos aterciopelados, y modestamente amueblado con sillas y poltronas de caoba forradas de terciopelo amarillo de Utrecht; el pavimento, esmeradamente encerado; una lámpara circular que no despedía más que la tercera parte de su luz, estaba suspendida a una altura elevada.

Hallando este aposento demasiado modesto para la vivienda de un ministro, aunque Adriana no tuviese la menor sospecha, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa y se detuvo un instante en el umbral de la puerta. Mr. Baleinier, que la daba el brazo, adivinó el motivo de su admiración y le dijo sonriéndose:

—Esta habitación debe pareceros muy mezquina para su excelencia, ¿no es cierto? ¡Pero si supieseis lo que es la economía constitucional! Por lo demás, vais a ver a un «monseñor» que tiene una traza tan mezquina como su ajuar. Pero tened la bondad de esperarme un momento, voy a anunciar al ministro vuestra llegada. Vuelvo al instante.

Y desasiendo suavemente su brazo del de Adriana, que involuntariamente se arrimaba a él, abrió una puertecita lateral y salió por ella.

Adriana de Cardoville quedó sola. Si bien la joven no podía explicarle la causa de esta impresión, hallaba de mal agüero este gran aposento frío, desmantelado, sin cortinas en las ventanas; poco a poco notó en sus muebles varios detalles extraños que no había echado de ver al pronto y sobrecogiéndola una indefinible impaciencia.

Acercándose a la chimenea en que el fuego estaba apagado, vio con gran sorpresa que la abertura estaba cerrada por un enrejado de hierro y que las tenazas y la pala estaban sujetas con unas cadenas. Pasmada de esto, quiso atraer a sí, por un movimiento maquinal, una de las poltronas colocadas cerca de la pared. La silla permaneció inmóvil. Entonces vio que este mueble, como todos los demás, estaba sujeto por el respaldo con unos hierros. No pudiendo menos de sonreírse, se dijo:

—¿Tan poca confianza tienen en el hombre de Estado en cuya casa me hallo, que sujetan los muebles a la pared?

Adriana había dicho este chiste algo forzado, deseando luchar con la penosa preocupación que la perseguía y que le aumentaba a pesar suyo, porque en este aposento reinaba un triste y profundo silencio y nada anunciaba el movimiento y actividad que por lo regular existe en el basto círculo de los negocios. Sólo de vez en cuando sentía las violentas ráfagas del viento que soplaba en la parte exterior.

Había transcurrido cuarto de hora, y monsieur Baleinier no volvía. Impaciente Adriana quiso llamar a alguno para informarse de Mr. Baleinier y del ministro: levantó los ojos buscando un cordón de campanilla al lado del espejo. Y no vio ninguno, pero conoció que lo que hasta entonces había tomado por un espejo a la débil claridad de la lámpara, era una hoja de lata muy brillante. Acercándose más tropezó con un candelabro de bronce, que así como el reloj estaba fijo en el mármol de la chimenea.

Las circunstancias más insignificantes según el estado de la imaginación, se representan a veces bajo un aspecto horrible, así es que este candelero inmóvil, los muebles sujetos a la pared, esta hoja de lata que hacía veces de espejo, el profundo silencio, la prolongada ausencia de Mr. Baleinier, impresionaron tanto a Adriana que empezó a sentir una especie de terror.

No obstante, era tanta su confianza en el médico, que se echó en cara su temor diciéndose que al fin lo que lo motivaba carecía de realidad, y que no era razonable preocuparse por tan poca cosa. En cuanto a la ausencia de Mr. Baleinier, sin duda se prolongaba esperando que el ministro se desocupase para poderlos recibir.

A pesar de sus esfuerzos por calmarse, dominada por el miedo, hizo lo que nunca se hubiera atrevido a llevar a cabo a no mediar esta circunstancia. Acercóse poco a poco a la puertecita por la que había desaparecido el médico, y reteniendo el aliento se puso a escuchar, mas nada oyó. De pronto un ruido sordo como el de un cuerpo que se deja caer resonó sobre su cabeza y hasta le pareció oír un gemido sofocado. Levantando los ojos, vio caer algunas partículas de la pintura, que se habían desprendido por la conmoción del techo.

No pudiendo ya resistir al miedo que la dominaba, corrió Adriana a la puerta por la que había entrado con el doctor, para llamar a alguno: pero quedó sorprendida hallando que la puerta estaba cerrada por la parte de afuera, a pesar de que desde su llegada no había oído dar la vuelta a la llave que estaba del otro lado. Más y más espantada se precipitó hacia la puertecita por la que se había ido el médico y cerca de

la cual acababa de escuchar, y también esta puerta estaba cerrada exteriormente.

Queriendo, no obstante, luchar contra el miedo que la dominaba, Adriana llamó en su ayuda la energía de su carácter, y quiso, como suele decirse vulgarmente, hacerse reflexiones.

—Me habré engañado —dijo—; no habré oído más que una caída; el gemido no existirá sino en mi imaginación; hay mil razones para suponer que será cualquier cosa la que habrá caído y no una persona; pero estas puertas cerradas... acaso ignoran que me hallo aquí, habrán creído que no había nadie en este cuarto —y diciendo estas palabras miró en su derredor con ansiedad, y añadió con voz firme:

—Lejos de mi flaqueza; no se trata de hacerme ilusiones sobre mi situación, ni quererme engañar a mí misma; es preciso al contrario conocerla a fondo. Sin duda que no me hallo en casa de un ministro... Mil razones tengo ahora para creerlo así. Entonces Mr. Baleinier me ha engañado. ¿Pero con qué objeto? ¿A qué haberme conducido aquí, y en dónde estoy?

Estas dos cuestiones parecieron a Adriana tan inexplicables la una como la otra; lo único que quedó demostrado para ella, fue la perfidia de Mr. Baleinier. Para esta alma generosa, la realidad de esta idea era tan horrible, que trató aún de rechazarla pensando en la amistad sincera que siempre había manifestado a este hombre; así es que se dijo con amargura:

—He aquí cómo la debilidad y el temor nos arrastran con frecuencia a hacer suposiciones injustas y odiosas; sí, porque hasta el último extremo no nos es permitido dar crédito a un engaño tan infernal; llamemos primero, es el único medio de aclararlo.

Y acordándose de que no había campanilla dijo:

—No importa, llamemos, alguien vendrá —y con su pequeño y delicado puño, dio algunos golpes en la puerta.

Por el ruido sordo y ahogado que produjo la puerta, se conocía que era de notable espesor. Pero nadie respondió a la joven. Corrió a la otra puerta, llamó del mismo modo, y el mismo silencio, únicamente interrumpido de vez en cuando por los mugidos del viento.

—No me acuso de ser más miedosa que otra cualquiera —dijo Adriana estremeciéndose—; no sé si es el frío glacial que hace aquí, pero tiemblo a pesar mío; procuro alejar de mí toda flaqueza; y no obstante me parece que cualquiera hallaría como yo que todo lo que aquí pasa es extraño, terrible.

Oyéronse de pronto gritos, o más bien aullidos salvajes, horribles, dados en la pieza que había encima del salón en que se hallaba Adriana, y poco después una especie de pataleo sordo, violento, que parecía hundir el piso, como si varias personas luchasen encarnizadamente.

Adriana en su sobrecogimiento, lanzó un grito de espanto, se puso pálida como una muerta y quedó por algunos instantes inmóvil de espanto; luego, precipitándose a una de las ventanas cerradas con postigos, la abrió bruscamente. Una violenta ráfaga

de viento mezclada con nieve derretida azotó su rostro, introduciéndose en el salón, y después de haber hecho vacilar la débil luz de la lámpara, la apagó.

En medio de la oscuridad, agarrada convulsivamente a las barras de que estaba guarnecida la ventana, cediendo al fin la señorita de Cardoville al terror contenido por tanto tiempo, iba a pedir socorro, cuando un espectáculo inesperado la privó del habla por algunos momentos.

Elevábase a corta distancia otra parte del edificio, paralela a la que ocupaba. En medio de las tinieblas que llenaban el espacio resaltaba una gran ventana iluminada. Al través de los vidrios sin cortinas, vio Adriana una figura blanca, macilenta, descarnada, que arrastraba tras sí una especie de sábana, que sin pesar pasaba y repasaba precipitadamente por delante de la ventana, movimiento a la vez brusco y continuo...

Adriana, con la vista fija en la ventana que brillaba en medio de la oscuridad, permaneció como fascinada por esta tétrica visión, hasta que llegando el terror a su colmo, pidió socorro con todas sus fuerzas, sin separarse de las barras de la ventana a la que se había asido. Al cabo de algunos segundos, y en tanto que pedía ayuda, entraron silenciosamente en el salón en que se hallaba dos mujeres, las que no vio por estar aún sujeta a los hierros.

Estas dos mujeres, de unos cuarenta a cincuenta años, robustas y varoniles, estaban vestidas con descuido, como dos criadas, por encima de sus vestidos llevaban grandes delantales de tela azul, que les llegaban hasta el suelo, en donde se escotaban, cayendo a los pies.

La una de ellas, que llevaba una lámpara en la mano, tenía el semblante colorado y brillante, una gran nariz llena de granos, ojos chicos y verdosos, y el cabello, de color de cáñamo, desgredado bajo su gorra de un blanco sucio. La otra amarilla, enjuta, huesosa, llevaba una gorra de luto que ceñía su rostro descarnado, sucio, acartonado, marcado de viruelas y acompañado de dos cejas negras; algunos largos pelos blancos cubrían su labio superior. Ésta llevaba una especie de vestido de forma extraña, de tela parda muy fuerte. Ambas se habían introducido con sigilo por la puertecita en el momento en que Adriana, dominada por el terror, se afianzaba contra las barras, gritando:

—¡Socorro!

Estas mujeres miraron a la joven, y mientras que la una ponía la lámpara sobre la chimenea, la otra, acercándose a la ventana, apoyó su brazo huesoso sobre el hombro de la señorita de Cardoville.

Volviéndose ésta de repente, lanzó otro grito de terror al ver esta figura tan siniestra. Pasada la primera impresión, Adriana casi se calmó, porque si bien el aspecto de esa mujer era repugnante, al menos era una persona con quien podía hablar; así es que le dijo en voz alterada:

—¿Dónde está Mr. Baleinier?

Miráronse las dos mujeres, dirigiéndose una seña de inteligencia y nada

respondieron.

—Os pregunto, señora, que en dónde está Mr. Baleinier que me ha conducido aquí... deseo verle al instante.

—Se ha marchado —dijo la mujer gruesa.

—¡Marchado! —exclamó Adriana—. ¡Se ha marchado sin mí! ¿Qué significa esto? ¡Dios mío! —Y después de un momento de reflexión, contestó—: Id a buscar un coche.

Las dos mujeres se miraron, alzándose de hombros.

—Os pido, señora —volvió a decir Adriana con voz contenida—, que vayáis a buscarme un coche: ya que Mr. Baleinier ha partido sin mí, quiero salir de aquí.

—Vamos, vamos, señora —dijo la mujer flaca (llamábanla Tomasa) aparentando no comprender lo que decía Adriana—; ya es hora... es necesario que os acostéis.

—¡Acostarme! —exclamó la señorita de Cardoville aterrada—. Pero, ¡Dios mío!, ¡esto es para volverse una loca! —Y dirigiéndose a las dos mujeres—: ¿Qué casa es ésta en que me hallo? Responded.

—Os halláis en una casa —dijo Tomasa con voz áspera—, en donde no se debe gritar por la ventana, como hacíais no ha mucho.

—Y en donde tampoco podéis apagar las lámparas, como termináis de hacerlo; porque sino —dijo la otra mujer llamada Gervasia—, nos enfadaremos.

No pudiendo Adriana articular palabra, estremecíase de temor, mirando pasmada a estas horribles mujeres; agotábase en vano su imaginación queriendo aclarar lo que pasaba. De repente, creyendo haberlo adivinado, exclamó:

—Ya lo veo, aquí hay una equivocación. No lo comprendo... pero en fin, hay una equivocación; me tomáis por otra. ¿Sabéis quién soy? Me llamo Adriana de Cardoville, ¿lo oís? Adriana de Cardoville. Por consiguiente, ya lo veis, soy dueña de marcharme de aquí; nadie en el mundo tiene el derecho de retenerme contra mi voluntad. Así, os mando que vayáis a buscar un coche. Si no hay ninguno en este barrio, falcitadme a lo menos una persona que me guíe a mi casa de Babilonia, al palacio de Saint-Dizier. Recompensaré debidamente a esa persona y a vosotras también.

—De ese modo, pronto hubiéramos acabado —dijo Tomasa—. ¿De qué sirve que nos digáis todo eso?

—Miradlo bien —contestó Adriana que deseaba valerse de todos los medios posibles—; si me retenéis aquí por fuerza, será muy serio... No sabéis aún a lo que os exponéis.

—¿Queréis veniros a acostar, sí o no? —dijo Gervasia con tono impaciente y duro.

—Mirad, señora —contestó precipitadamente Adriana—, dejadme marchar... y os daré a cada una dos mil francos. ¿No es suficiente? Os daré diez... veinte... lo que queráis. Soy rica... pero dejadme salir. ¡Dios mío! Dejadme salir... no quiero estar aquí... tengo miedo... —exclamó la desventurada joven con acento desesperado.

—Veinte mil francos... eso es. ¿No es verdad, Tomasa?

—Pues ya que razones, ruegos y amenazas son inútiles —dijo Adriana haciendo un grande esfuerzo por lo desesperado de su posición—, os declaro que quiero salir... y en este mismo momento. Veremos si se atreven a emplear la fuerza para impedírmelo —y Adriana se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Pero en este momento se oyeron otra vez los gritos salvajes y roncós que habían precedido al ruido de la lucha que tanto había espantado a Adriana, aunque esta vez los horribles aullidos no fueron seguidos de pataleo.

—¡Oh! ¡Qué gritos! —dijo Adriana deteniéndose y acercándose a las dos mujeres—. Esos gritos... ¿Los oís? ¿Pero qué casa es ésta, en que estas cosas se oyen, Dios mío? Y luego allí —añadió con desvarío señalando la otra parte del edificio en que se veía la ventana que brillaba en medio de la oscuridad, y por delante de la cual paseaba y repaseaba la figura blanca—. ¡Allí! ¿No veis? ¿Qué es aquello?

—¡Pues bien! Aquéllas —dijo Tomasa—, son las personas que como vos no han sido honradas.

—¿Qué decís? —exclamó la señorita de Cardoville juntando las manos aterradas—. Pero... ¡Dios mío! ¿Qué casa es ésta? ¿Qué se les hace?

—Lo que haremos a vos si no os portáis bien y si no queréis venir a acostaros —contestó Gervasia.

—Se les pone... esto —dijo Tomasa mostrándole la túnica que llevaba debajo del brazo—; sí, se les pone el «saco»...

—¡Ah! —exclamó Adriana ocultando el rostro entre sus manos con terror.

Una revelación temible la iluminó. Al fin todo lo comprendía. Después de las violentas emociones del día aquel, debía ser terrible la reacción causada por este último golpe: sentíase desfallecer; sus manos cayeron pesadamente, cubrió su rostro una palidez mortal, estremeciósé todo su cuerpo, y a penas pudo decir con voz debilitada, cayendo de rodillas, e indicando el «saco» con una mirada amedrentada:

—¡Oh! no... por caridad, eso no... perdón... señora... Haré todo... lo... que queráis...

Y fallándole las fuerzas hubiera caído en el suelo desmayada, a no haber acudido aquellas mujeres a su socorro.

—Un desmayo no es peligroso... —dijo Tomasa—; llevémosla a su lecho... la desnudaremos para acostarla, y esto no será nada.

—Carga con ella —dijo Gervasia.

Y Tomasa, grande y robusta, suspendió a la señorita de Cardoville como lo hubiera hecho con un niño dormido, y la llevó en sus brazos siguiendo a su compañera al cuarto por el cual había desaparecido monsieur Baleinier.

Este aposento estaba muy aseado pero falto de adornos.

Mientras que una de las guardianas sostenía a la joven, cuya cabeza estaba apoyada lánguidamente sobre su pecho, la otra desabrochaba y quitaba el vestido de merino. Aunque desmayada, dos gruesas lágrimas se desprendían lentamente de sus

ojos cerrados, cuyas negras pestañas se dibujaban sobre la palidez transparente de sus mejillas. Su cuello y pecho de marfil estaban cubiertos de la dorada seda de su magnífica cabellera, que se había desprendido en el momento de su caída.

Al desatar el corsé de raso, menos suave, terso y blanco que el cuerpo torneado y virginal que ceñía y se manifestaba esbelto bajo la puntilla y batista como una estatua de alabastro ligeramente sonrosada, la terrible furia tocó con sus torpes manos encarnadas y callosas los desnudos brazos y espaldas de la joven... Ésta, sin volver enteramente en sí, se estremeció involuntariamente al sentir este contacto rudo y brutal.

—¡Qué piecitos tiene! —dijo la guardiana que habiéndose arrodillado descalzaba a Adriana—: los dos cabrían en la palma de mi mano.

Efectivamente, un piecito blanco, surcado de azules venas, quedó luego patente, así como una pierna con tobillos y rodilla rosada tan torneada y pura como la de la Diana antigua.

—¡Y qué largos son sus cabellos! —dijo Tomasa— son tan largos y suaves, que andando se los pisará. Sería lástima cortárselos para ponerle nieve encima del cráneo —y diciendo esto recogió como pudo esta hermosa cabellera detrás de la cabeza de Adriana. ¡Ah! ya no era la ligera y blanca mano de Georgina, Florina o Hebe, la que peinaba a su hermosa señorita con tanto cariño como orgullo.

Al sentir de nuevo el rudo contacto de las manos de la guardiana, la joven experimentó el mismo estremecimiento nervioso, que se renovó cada vez con más fuerza. Era una especie de repulsión instintiva, comunicada magnéticamente durante su desmayo. Fuese por esto, o por el frío que hacía, muy luego Adriana se volvió a estremecer, y poco a poco recobró los sentidos.

Imposible sería describir su espanto, su casta indignación, cuando separando con las dos manos los numerosos rizos que la cubrían el rostro bañado en lágrimas, se vio medio desnuda entre estas dos horribles furias.

Adriana lanzó un grito de vergüenza, pudor y miedo, y para evitar las miradas de aquellas dos mujeres, con un movimiento tan rápido como la indignación, derribó la lámpara que estaba colocada sobre la repisa de la testera de su cama, y se apagó haciéndose mil pedazos en el suelo. Entonces, en medio de las tinieblas, la desgraciada joven, envolviéndose en la manta, prorrumpió en llanto.

Las guardianas atribuyeron el grito y el movimiento de Adriana a un acceso de locura.

—¡Ah! volvéis a apagar y a romper las lámparas... parece que ésa es vuestra manía —exclamó Tomasa enojada andando a tientas en la oscuridad—; bueno, ya os lo avisé. Esta noche llevaréis puesto el saco como la loca de allá arriba.

—Eso es —dijo la otra—; sujétala bien, Tomasa, voy a buscar luz, y entre las dos lo lograremos.

—Anda lista, porque a pesar de su aire de suavidad parece que está enteramente furiosa y preciso será pasar la noche a su lado.

* * *

¡Triste y doloroso contraste!

Aquella mañana Adriana se había levantado jovial, dichosa en medio de las maravillas del lujo y de las artes, rodeada de los solícitos cuidados de tres hermosas jóvenes que la servían; con su carácter alocado y generoso, había preparado a un joven príncipe indio, una sorpresa de una magnificencia espléndida y encantadora; había tomado una noble determinación con respecto a las dos huérfanas conducidas por Dagoberto; en su entrevista con la señora de Saint-Dizier se había mostrado tan pronto orgullosa y sensible, triste y alegre, irónica y grave, franca y animosa... En fin, si había venido a esta casa maldita fue con el objeto de alcanzar la libertad de un honrado y laborioso artesano.

Y por la noche, la señorita de Cardoville, entregada por medio de una infame traición a las groseras manos de dos innobles guardianas de locos sentía sus finos miembros aprisionados en aquel abominable traje de locos, llamado el saco.

* * *

La señorita de Cardoville pasó una noche horrible, en compañía de las dos furias. A la mañana siguiente, a las nueve, ¡cuál no fue su pasmo al ver entrar en su cuarto al doctor Baleinier, risueño y cándido!

—¡Y bien! hija mía —le dijo con voz afectuosa y suave—, ¿cómo habéis pasado la noche?

XLVI

La visita

Las guardianas de la señorita de Cardoville, cediendo a sus ruegos, y sobre todo a las palabras que les dio de ser buena, no le habían dejado puesto el saco sino parte de la noche; cuando fue de día, se levantó y vistió sola sin que se lo impidiesen.

Sentóse Adriana sobre el borde de su cama; su mortal palidez, el sombrío ardor de la calentura que brillaba en sus ojos, los estremecimientos convulsivos que de vez de en cuando la agitaban, eran prueba manifiesta de las funestas consecuencias de esta noche terrible sobre su organización impresionable y nerviosa.

Al ver al doctor Baleinier, que con una seña hizo salir del cuarto a Tomasa y Gervasia, la señorita de Cardoville quedó petrificada. Sentía una especie de vértigo al pensar en la audacia de aquel hombre... ¡Se atrevía aún a presentarse delante de ella! Así es que cuando el médico repitió con voz melosa y con un tono de afectuoso interés:

—Y bien, pobre niña, ¿cómo habéis pasado la noche?

Adriana aplicó con viveza las manos a su ardiente frente como para enterarse de si estaba despierta o soñaba. Mirando luego al médico, entreabriéronse sus labios con movimiento tan convulsivo, que le fue imposible poder articular una sola palabra.

La cólera, la indignación, el desprecio, y sobre todo, aquel resentimiento tan sumamente doloroso para los corazones nobles, como es el cobarde abuso de confianza, trastornaban de tal modo a Adriana, que oprimida, no pudo, a su pesar, romper el silencio.

—Vamos, vamos, ya veo lo que es —dijo el doctor meneando tristemente la cabeza—; estáis enojada ¿no es verdad? ¡Dios mío! ya lo suponía, querida mía.

Estas palabras pronunciadas con una hipócrita desvergüenza, colmaron el resentimiento de Adriana; incorporóse, sus pálidas mejillas se tiñeron de un vivo carmín, sus grandes ojos negros adquirieron un brillo extraordinario irguió con orgullo su hermosa cabeza, y viose sobre sus labios una sonrisa amarga y desdeñosa: luego, silenciosa y airada, pasó la joven por delante de Mr. Baleinier, que no se movió de su asiento, y se dirigió a la puerta con paso rápido y seguro. Esta puerta en la que se veía una rejilla, estaba cerrada por la parte de afuera, Adriana se volvió hacia el doctor, mostrándole la puerta con ademán imperioso, le dijo:

—Abridme esta puerta.

—Vamos, mi querida señorita Adriana, tranquilizaos... hablemos como buenos amigos, porque ya lo sabéis: soy vuestro amigo... —Y aspiró lentamente un polvo.

—Según eso —exclamó Adriana con voz conmovida— ¿aún no saldré hoy de aquí?

—¡Dios mío! —exclamó—, con semejantes exaltaciones... Si vierais qué encendido tenéis el rostro, qué enardecidos los ojos... vuestro pulso debe dar ochenta pulsaciones por minuto. Querida niña, os ruego que no agravéis vuestro estado con esa perjudicial agitación.

Habiendo mirado con fijeza al doctor, Adriana volvió a sentarse sobre el borde de su cama.

—Así me gusta —dijo Mr. Baleinier—, sed razonable y hablaremos como amigos.

—Tenéis razón —respondió Adriana con voz breve, reprimida y con tono completamente tranquilo—; hablemos como amigos. ¿Queréis hacerme pasar por loca? ¿No es verdad?

—Lo que quiero, mi querida niña, es que algún día me agradezcáis tanto lo que por vos hago, como en el día me miráis con aversión. Todo esto lo había previsto, pero por penosos que sean ciertos deberes, preciso es resignarse a llevarlos a cabo.

Esto lo dijo Mr. Baleinier suspirando y con acento de tan íntima convicción, que Adriana al pronto no pudo menos de hacer un ademán de sorpresa... mas luego una amarga sonrisa asomó a sus labios:

—¡Ah! seguramente, ¿todo esto es por mi bien?

—Francamente, mi querida señorita, ¿he tenido jamás otro objeto que el de seros útil?

—¡No sé, caballero, si vuestra insolencia no es mucho más odiosa que vuestra cobardía de traición!

—¡Una traición! —dijo Mr. Baleinier alzándose de hombros con aire afligido—, ¡una traición! reflexionad, por Dios, pobre niña... ¿Creéis que si no obrase concienzudamente por vuestro interés, hubiera venido ahora a arrostrar vuestra indignación? Soy el primer médico de esta enfermería, que me pertenece; pero tengo aquí dos discípulos míos, que hacen mis veces; pudiera haberles encargado de visitaros. Mas no he querido; conozco vuestro carácter, temperamento y antecedentes; y aunque para nada contemos el interés que me inspiráis, puedo mejor que ningún otro cuidaros.

Adriana había escuchado a Mr. Baleinier sin interrumpirle; miróle fijamente y le dijo:

—Caballero... ¿cuánto os dan para hacerme pasar por loca?

—Señorita... —exclamó Mr. Baleinier, ofendido sin quererlo.

—Rica soy, ya lo sabéis —contestó Adriana con desprecio—; doblo la cantidad, ¿qué os dan? Vamos, en nombre... de la amistad, como decís; concederme al menos el favor de pujar.

—Vuestras guardianas, en la relación que me han hecho de esta noche, me han informado que les habíais hecho la misma propuesta —dijo Mr. Baleinier recobrando su tranquilidad.

—Perdonad; les prometí lo que se puede ofrecer a unas pobres mujeres sin

educación, a quienes la desgracia ha puesto en la dura necesidad de desempeñar ese empleo. Pero a vos, hombre de experiencia, de gran saber... es diferente; esto se paga mucho más caro; hay traiciones a todos precios. Por consiguiente, no fundéis vuestra negativa en mis módicas ofertas a esas desgraciadas. Veamos, ¿cuánto necesitáis?

—Vuestras guardianas me han hablado también de amenazas —repitió Mr. Baleinier impasible—, ¿no tenéis también algunas que hacerme? Pobre niña, creedme; agotemos de una vez las tentativas de corrupción y las amenazas y vendremos a parar a la verdadera situación.

—¡Ah!, ¿serán vanas mis amenazas? —exclamó la señorita de Cardoville dejándose llevar de su enojo, hasta entonces reprimido—. ¡Ah!, ¿creéis que cuando salga de aquí, porque este secuestro tendrá fin, no publicaré a voz en grito vuestra indigna traición? ¿Creéis que no denunciaré el desprecio y horror de todos vuestra infame complicidad con la señora de Saint-Dizier? Pero, loca como soy, sé que hay leyes a las cuales acudiré en demanda de una estrepitosa reparación para mí, y para vos y los vuestros, vergüenza, deshonra y castigo. Porque entre nosotros, en lo sucesivo, no habrá más que odio, guerra a muerte... y para sostenerla emplearé todas mis fuerzas, inteligencia y...

—Permitid que os interrumpa, mi amada señorita Adriana —dijo el doctor siempre tranquilo y afectuoso—; muy perjudicial sería para vuestra curación el alimentar locas esperanzas; os mantendrían en un estado de exaltación deplorable; es pues preciso manifestaros claramente los hechos para que conozcáis vuestra verdadera posición. 1. No es posible que salgáis de aquí; 2. no podéis tener ninguna comunicación con la parte de afuera; 3. en esta casa no entra nadie de quien yo no esté muy seguro; 4. me hallo enteramente a cubierto de vuestras amenazas y de vuestra venganza, porque tengo en mi favor todas las circunstancias y todos los derechos.

—¡Todos los derechos! encerrarme aquí.

—Jamás se hubiera tomado esta determinación a no ser por un sin número de causas unas más graves que las otras.

—¡Ah!, ¿hay causas?

—Muchas, desgraciadamente.

—¿Supongo que me enterarán de ellas?

—Bastante evidentes están; y si algún día os dirigieseis a la justicia, como me amenazabais hace poco, con gran sentimiento nos veríamos obligados a recordar la más extraña excentricidad en vuestro modo de vivir; vuestra manía en los trajes de vuestras doncellas; vuestros gastos exagerados; la historia del príncipe indio a quien ofrecíais una real acogida; vuestra extraña determinación de vivir a los dieciocho años sola como un muchacho; la aventura del hombre oculto en vuestro dormitorio; en fin, presentaría el proceso verbal de vuestro interrogatorio de ayer, que se ha extendido exactamente por una persona encargada de ello.

—¡Cómo!, ¡ayer!... —exclamó Adriana con tanta indignación como sorpresa.

—Es muy natural, para cumplir todas las formalidades, por si algún día llegaseis a desconocer que hemos obrado así por vuestro interés; se han extendido vuestras respuestas por un taquígrafo que se hallaba en la pieza contigua detrás de la mampara; y seguramente, que cuando vuestra imaginación esté reposada, y leáis algún día con serenidad este interrogatorio, no extrañaréis la resolución que hemos tomado.

—Continuad —dijo Adriana con desprecio.

—Estando confesados y reconocidos los hechos que acabo de citar, podéis conocer, mi querida señorita Adriana, que la responsabilidad de los que os aprecian se halla enteramente a cubierto; que su deber era el tratar de curar ese desarreglo mental, que si bien es cierto no se ha patentizado aún sino por ciertas manías, pudiera, desarrollándose más, comprometer vuestro porvenir. Ahora bien, según mi opinión, se podrá conseguir una curación radical, por medio de un régimen físico y moral, cuya primera medida es alejaros de todo lo que es extraño y contribuya a exaltar peligrosamente vuestra imaginación; de modo que viviendo aquí en el retiro, la calma bienhechora de una vida sencilla y solitaria, mis solícitos y puedo decirlo, paternales cuidados, lograrán poco a poco una curación completa.

—De modo —dijo Adriana con una amarga sonrisa—, el amor a una noble independencia, la generosidad, el culto a lo bello, la aversión a todo lo que es odioso, y cobarde, éstas son las enfermedades de que debéis curarme; mucho temo ser incurable, porque hace tiempo que mi tía lo ha probado en balde.

—Tal vez sucederá como decís; quizás no lo consigamos, pero al menos lo intentaremos. Ya veis: hay una porción de hechos bastante graves para motivar nuestra determinación tomada en una reunión de familia, lo que me pone a cubierto de vuestras amenazas, porque éste es el punto a que quería venir a parar; un hombre de mi edad y reputación, nunca obra al aire en semejantes circunstancias; ahora comprenderéis lo que hace poco os decía: en una palabra, no esperéis salir de aquí antes de haber logrado una curación radical, y estad bien persuadida de que estoy y estaré siempre a cubierto de vuestras amenazas. Esto supuesto, hablemos de vuestro estado actual con todo el interés que me inspiráis.

—Me parece que si estoy loca me habláis muy razonablemente.

—¡Loca vos! gracias a Dios, mi pobre niña, no lo estáis, y espero que con mis cuidados no llegaréis a ese extremo. Pero para impedirlo, es preciso acudir con tiempo... y, creedme, nos hemos acordado ya un poco tarde. Me miráis con sorpresa, lo extrañáis... Veamos ¿qué interés puede moverme a hablaros de ese modo? ¿Sería para saciar el odio de vuestra tía? ¿Con qué fin? ¿Qué puedo esperar de ella? El concepto que de ella tengo formado no es mejor o peor hoy que ayer. ¿Mi lenguaje con vos, no es el mismo? ¿No os he hablado ayer varias veces de la peligrosa exaltación de vuestra imaginación, de vuestras manías? ¿Que me he servido de un ardid para conducirlos aquí? No hay duda, aproveché con afán la ocasión que me ofrecíais. Esto es muy cierto, pobre niña, porque nunca hubierais venido aquí

voluntariamente. Un día u otro hubiera sido preciso echar mano de un pretexto, y a fe mía, os lo confieso, me dije: ante todo su interés. Haz lo que debes, y venga lo que quiera.

A medida que Mr. Baleinier hablaba, la fisonomía de Adriana, que hasta entonces había manifestado alternativamente la indignación o el desprecio, tomaba una extraña expresión de angustia y horror. Al oír a este hombre expresarse de un modo en la apariencia tan natural y sincero, tan convencido, y por decirlo así, justo y razonable, sintió más temor que nunca. Una atroz traición disfrazada bajo tales formas, la asustaba cien veces más que el odio manifiesto de la señora de Saint-Dizier. Hallaba tan monstruosa esa audaz hipocresía, que casi le parecía imposible.

Adriana estaba tan poco acostumbrada a disimular sus sentimientos, que el médico, hábil y profundo fisionomista, echó luego de ver el efecto.

—Vamos —se dijo—, mucho hemos ganado; el desprecio y la cólera se han trocado en temor. No se halla lejos la duda... no saldré de aquí sin que me haya dicho afectuosamente: Volved pronto, mi buen monsieur Baleinier.

El médico prosiguió con voz triste y conmovida que parecía salir de lo más profundo de su corazón:

—Ya lo veo, desconfiáis aún de mí; lo que os estoy diciendo no es más que mentira, artificio, hipocresía, odio, ¿no es verdad? ¿Aborreceros yo?, ¿y por qué? ¡Dios mío!, ¿qué me habéis hecho? o más bien... aceptaréis acaso esta razón como más propia de un hombre de mi clase —añadió Mr. Baleinier con amargura—. O más bien, ¿qué interés puedo tener en aborreceros? ¡Cómo!, ¿vos, que no os halláis en el estado en que estáis sino por efecto de la exageración del instinto más generoso; vos, que por decirlo así no tenéis otra enfermedad que vuestras cualidades; podéis resueltamente acusar a un hombre honrado que hasta ahora no os ha dado más que pruebas de afecto, acusarle del más cobarde crimen, el más negro y abominable con que pueda mancharse un hombre? Sí; digo crimen, porque la atroz traición de que me acusáis no merecería otro nombre. Mirad, hija mía, es un mal, un gran mal. Esto no me enoja, no, pero me hace padecer... sí, os lo aseguro.

Y el doctor pasó las manos por sus ojos humedecidos.

Preciso es renunciar a reproducir el acento, la mirada, la fisonomía y los ademanes de Mr. Baleinier al expresarse de este modo. El cómico más experimentado no hubiera representado esta escena tan bien como el doctor, y nadie le hubiera igualado, porque Mr. Baleinier, arrastrado a su pesar por la situación, estaba medio convencido de lo que decía.

Adriana se hallaba en una posición muy terrible para que el doctor no experimentase en el fondo de su corazón alguna compasión por esta desgraciada; la obligación que tenía que cumplir hacía ya tiempo de aparentar simpatías, la ciega confianza que en él tenía esta joven, eran para este hombre dulces costumbres; pero simpatías y costumbres debían ceder ante una implacable necesidad. También el marqués d'Aigrigny idolatraba a su madre; hallándose ésta moribunda le llamaba, y

había partido sin atender al último voto de una madre en la agonía. Con semejante ejemplo, ¿cómo Mr. Baleinier no había de sacrificar a Adriana? Los individuos de la Orden estaban a su disposición; pero él estaba aún más quizás a la de ellos, porque una larga complicidad engendra lazos indisolubles y terribles.

En el momento en que Mr. Baleinier acababa de hablar tan acaloradamente a la señorita de Cardoville, descorrióse suavemente la plancha que cerraba por la parte de afuera la rejilla de la puerta y presentáronse dos ojos mirando fijamente dentro del cuarto.

Mr. Baleinier no lo echó de ver.

Adriana no podía separar su vista de la del doctor, quien parecía fascinarla: muda, abatida por un vago terror, incapaz de penetrar las profundas tinieblas del alma de este hombre, conmovida a pesar suyo por la sinceridad medio fingida, medio verdadera de su acento doloroso, la joven dudó por un momento. Acudióle por la primera vez a la imaginación que Mr. Baleinier cometía un horrible error, pero que quizá lo hacía de buena fe. Por otra parte, las angustias de la noche, su agitación febril, todo concurría a engendrar la duda y la indecisión en la mente de esta joven que contemplaba al médico con una sorpresa que iba en aumento. Haciendo al fin un violento esfuerzo sobre sí misma, para no ceder a una debilidad cuyas funestas consecuencias entreveía vagamente exclamó:

—No, no, no quiero creeros... no puedo creeros... sabéis mucho, tenéis mucha experiencia para cometer un error semejante.

—¡Un error! —dijo Mr. Baleinier con tono triste y grave—; ¡un error! Dejadme que os hable en nombre de ese saber, de esa experiencia que me concedéis; escuchadme algunos instantes, mi querida hija, y luego no apelaré a otra que a vos.

—¿A mí misma... —contestó la joven sorprendida—, queréis persuadirme de...? —e interrumpiéndose, añadió riendo convulsivamente—; es lo único que faltaba a vuestro triunfo, el hacerme confesar que estoy loca; que el sitio que debo ocupar es éste; que debo estar...

—Agradecida... sí, debéis estarlo: ya os lo he dicho al empezar nuestra conversación. Prestadme atención; mis palabras serán crueles, porque hay heridas que no se curan sino con el hierro y el fuego. Os lo pido, mi querida hija, reflexionad; echad una mirada imparcial sobre vuestra vida pasada; ved cuál es el resultado... y temblaréis. Acordaos de aquellos momentos de extraña exaltación, durante los cuales, vos misma decíais que no pertenecíais a la tierra, y sobre todo os ruego, que mientras aún es tiempo, comparéis vuestro modo de vivir con el de las demás jóvenes de vuestra edad. ¿Hay una sola que viva como lo hacéis?, ¿que piense como vos? A menos que os creáis tan soberanamente superior a las demás mujeres, que podáis hacer aceptar en nombre de esa superioridad una vida y costumbre únicas en el mundo.

—Nunca he tenido ese estúpido orgullo, no lo ignoráis —dijo Adriana mirando al doctor con un miedo que iba cada vez en aumento.

—Vamos, mi pobre hija, ¿a qué atribuiréis vuestro modo de vivir tan extraño e inexplicable? ¿Podréis nunca persuadirlos de que es sensato? ¡Ah! miradlo bien. Por ahora no son más que hermosas extravagancias, ilusiones suaves y vagas; pero el declive es irresistible, fatal. ¡Cuidado con él! La parte sana, graciosa y viva de vuestra inteligencia predomina aún, e imprime su sello a vuestras originalidades. Pero no sabéis con qué terrible violencia la parte insana se desarrolla y ahoga a la otra, en una época fija. Entonces ya no son graciosos caprichos como los vuestros; son excentricidades ridículas, horribles.

—¡Ah! tengo miedo —exclamó la desgraciada joven pasando sus trémulas manos por su ardorosa frente.

—Entonces —continuó Mr. Baleinier con voz conmovida—, apáganse los últimos reflejos de la inteligencia; la locura, preciso es pronunciar esta espantosa palabra... la locura predomina, y tan pronto se manifiesta con transportes salvajes...

—¡Como la mujer... de aquí encima! —murmuró Adriana con la vista fija y ardiente, levantando lentamente el dedo para indicar el techo.

—Tan pronto —prosiguió el medico, espantado de las terribles consecuencias de sus palabras, pero cediendo a la inexorable fatalidad de su situación—, tan pronto la locura es tan estúpida y brutal; entonces la desgraciada criatura no conserva de humano más que la forma, no le queda más instinto que el de los animales: como ellos, come con voracidad y entra y sale de la celda en que uno se ve obligado a encerrarla. Ésta es toda su vida... toda...

—¡Como la mujer... de allá abajo!

Y Adriana, con la vista más espantada, extendió lentamente el brazo hacia la ventana del edificio que se veía al través del postigo de su cuarto.

—En efecto —exclamó Mr. Baleinier—; como vos, niña desdichada, esas mujeres eran jóvenes, hermosas, vivas: pero como vos, desgraciadamente, tenían en sí ese germen fatal de la locura, el cual, no habiéndose atajado a tiempo, ha ido creciendo, creciendo, y ha matado para siempre su inteligencia.

—¡Oh, por Dios! —exclamó la señorita de Cardoville, trastornada por el miedo—, ¡por Dios! no me digáis esas cosas. Os lo repito, tengo miedo... sacadme de aquí. Os digo que me saquéis de aquí —exclamó con acento desesperado—, porque acabaré, como decís, por volverme loca.

Y luchando con las horribles angustias que la asaltaban a pesar suyo. Adriana añadió:

—No, no, no lo esperéis, no me volveré loca, me hallo en mi sentido cabal: ¿estoy acaso tan ciega para dar crédito a lo que decís? no hay duda que no vivo como los demás, que pienso de diverso modo, que hay cosas que me chocan y a los demás no; ¿pero qué prueba esto? Que no soy como las otras personas. ¿Tengo mal corazón, soy envidiosa, egoísta? Mis ideas son extravagantes, lo confieso; pero al fin, Mr. Baleinier, bien lo sabéis, su objeto es generoso.

Y la voz de Adriana era dulce y suplicante; sus lágrimas corrían copiosamente.

—Ahora, os digo perdón por lo que os dije cuando entrasteis. Entonces, ya comprendéis, no sabía...

A estas palabras, entrecortadas por sollozos y pronunciadas con desvarío febril, se sucedió un corto silencio, durante el cual el médico, profundamente conmovido, enjugaba sus lágrimas.

—Mr. Baleinier —dijo al médico con una dignidad que conmovía—; ignoro lo que os he dicho hace poco; creo que el temor me hacía delirar. Escuchadme ahora que he meditado un poco; me hallo en vuestro poder, no lo ignoro; también sé que nada puede sustraerme a él; si sois para mí un amigo o un enemigo implacable, no puedo decirlo; si teméis realmente, según me aseguráis, que lo que en el día no es más que un capricho se convierta en locura, o bien si sois cómplice de una trama infernal, sólo vos lo sabéis. Pues bien, a vos me entrego ciegamente. ¿Imploro a mi salvador o a mi verdugo? Lo ignoro, pero le digo: he aquí mi porvenir... mi vida... tomadla... carezco de fuerzas para disputárosla.

Estas palabras de una aflictiva resignación, de una confianza desesperada, acabaron de decidir a Mr. Baleinier. Cruelmente conmovido por esta escena, sin reflexionar en las consecuencias de lo que iba a hacer, quiso al menos tranquilizar a Adriana sobre los terribles e injustos temores que había conseguido despertar en su imaginación. Leíanse en su fisonomía los sentimientos de arrepentimiento y de bondad, y se leían demasiado claramente. En el momento en que se acercaba a la señorita de Cardoville para tomarle la mano, una voz aguda se dejó oír detrás de la rejilla y pronunció estas palabras: «¡Mr. Baleinier!».

—¡Rodin! —murmuró el doctor asustado—; me estaba espiando.

—¿Quién os llama? —preguntó la joven.

—¡Uno a quien he dicho que viniese a buscarme esta mañana... para ir juntos al convento de Santa María, que está aquí mismo!

—¿Y qué me respondéis? —dijo Adriana con mortal angustia.

Después de un momento de silencio solemne, durante el cual el doctor volvió la cabeza hacia la rejilla respondió con voz sumamente conmovida:

—Soy... lo que siempre he sido... un amigo incapaz de engañaros.

Cubrióse el rostro de Adriana de palidez, y tendiendo la mano a Mr. Baleinier, le dijo con voz que procuraba fuese tranquila.

—Gracias, tendré valor. ¿Será muy larga mi curación?

—Un mes quizás; la soledad, la reflexión, un régimen adecuado, mis cuidados... se os tendrán toda clase de consideraciones.

—Quizás me halagáis —dijo Adriana con siniestra sonrisa, y añadió—: Hasta luego, mi querido Mr. Baleinier; en la actualidad toda mi esperanza se cifra en vos.

Inclinóse su cabeza sobre el pecho, sus manos cayeron sin fuerza sobre sus rodillas, y permaneció sentada sobre el borde de su cama, pálida, inmóvil.

—¿Loca? —dijo para sí cuando Mr. Baleinier desapareció— quizá loca...

* * *

Nos hemos extendido en este episodio, mucho menos «novelesco» de lo que se podía pensar.

Más de una vez, por intereses o venganzas, las familias o los amigos han abusado de la imprudente facilidad con que se reciben los «pensionistas» en algunas enfermerías particulares destinadas para los dementes.

XLVII

Presentimientos

En tanto que los hechos precedentes ocurrían en la enfermería del doctor Baleinier, otras escenas pasaban poco más o menos a la misma hora, en la calle Brise-Miche, casa de Francisca Baudoin.

Acababan de dar las siete de la mañana; la lluvia y el granizo azotaban las ventanas del cuarto de la mujer de Dagoberto. Ésta, ignorando aún el arresto de su hijo, le había esperado toda la tarde y parte de la noche, presa de las mayores inquietudes; cediendo al fin al cansancio y al sueño, a las tres de la mañana se echó sobre un colchón al lado de la cama de Rosa y Blanca.

Apenas apuntó el día, Francisca se levantó para subir al chiribitil de Agrícola con la confianza de que hubiese vuelto. Rosa y Blanca acababan de levantarse y vestirse y se hallaban solas en este cuarto triste y frío.

El día que precedió a la marcha precipitada de Dagoberto para Chartres, habiendo Francisca asistido a Rosa y Blanca al levantarse, las había dicho que no olvidasen su oración de la mañana; mas ellas la contestaron ingenuamente que no sabían ninguna, y que nunca oraban de otro modo sino invocando a su madre que estaba en el cielo.

Cuando Francisca, dolorosamente sorprendida, les habló del catecismo, entrambas se pusieron a mirarla embobadas, pues no comprendían aquel lenguaje. Según su cándida fe, la mujer de Dagoberto, asustada de la ignorancia de las dos niñas en punto a religión, creyó que su alma estaba en peligro, tanto más grave e inminente, cuanto que habiéndoles preguntado si al menos habían recibido el bautismo, las huérfanas le contestaron que no lo creían, puesto que ni había iglesia ni clérigo en la aldea donde habían nacido.

Poniéndonos en lugar de Francisca, nos haremos cargo de sus terribles angustias; pues a sus ojos, aquellas niñas, a quienes amaba ya tiernamente, tal era su hermosura y mansedumbre, eran, por decirlo así, unas pobres idólatras; así, sin acertar a contener el llanto, sin ocultar su terror, las había estrechado en sus brazos prometiéndolas ocuparse cuanto antes de su salvación, y desesperándose porque a Dagoberto no le había ocurrido hacerlas bautizar por el camino. Y fuerza es confesarlo, el ex-granadero de caballería no había pensado en tal cosa.

Al separarse la víspera de Rosa y Blanca para ir a los divinos oficios, Francisca no se atrevió a llevarlas consigo.

Rosa y Blanca estaban, pues, solas en el cuarto durante la ausencia de la mujer de Dagoberto.

Poco después, aquella extrañeza tan natural, dio lugar a pensamientos muy graves para su edad; la contemplación de aquella pobreza digna y laboriosa, hizo reflexionar

profundamente a las huérfanas.

Cuando Francisca entró en el cuarto estaban sus facciones tan alteradas, que Rosa no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío! señora ¿qué tenéis?

—¡Ah! mis queridas señoritas, ya no puedo ocultároslo —dijo Francisca derramando un torrente de lágrimas—; desde ayer que no vivo, esperaba a mi hijo a cenar y no ha vuelto. No he querido daros a conocer lo que esto me apesadumbraba; le esperaba de un momento a otro, porque hace diez años que ni una sola vez ha subido a acostarse sin haberme abrazado antes. Pasé parte de la noche aquí, cerca de la puerta, escuchando por si sentía sus pasos, pero nada oí. Al fin, a las tres de la mañana acostéme sobre el colchón, y ahora vengo de ver, aunque tenía pocas esperanzas, si había regresado a la madrugada.

—¡Y bien! señora...

—¡No ha vuelto! —contestó la pobre madre enjugando sus lágrimas. Rosa y Blanca se miraron, preocupadas por la misma idea; si Agrícola no volvía ¿cómo se sostendría esta familia?, ¿no vendrían ellas a ser una carga sumamente pesada en semejante circunstancia?

—Quizás, señora —dijo Blanca—, Mr. Agrícola se habrá visto precisado a trabajar hasta muy tarde.

—¡Oh! no, no; hubiera regresado a cualquiera hora de la noche, sabiendo lo inquieta que estaría. ¡Ah! alguna desgracia le habrá sucedido: ¡pobre hijo mío!

—¿Pues qué hay, señora?

—Al salir del cuarto de mi hijo he entrado en el de esa joven para manifestarle mi pena, porque es para mí como una hija, y no la he hallado en el gabinetito que ocupa; empezaba a apuntar el día, y su cama estaba intacta. ¿A dónde habrá ido tan de mañana, cuando apenas sale de casa?

Rosa y Blanca se miraron con nueva inquietud, pues contaban con la Gibosa para que las ayudase a llevar a cabo la resolución que habían tomado. Afortunadamente no tardaron en tranquilizarse, lo mismo que Francisca, porque algunos minutos después llamaron a la puerta discretamente y oyóse a la Gibosa que decía:

—¿Se puede entrar, señora Francisca?

Rosa y Blanca corrieron a la puerta y abrieron. Desde la víspera no había cesado ni un momento de nevar; así es que el vestidito de indiana de la joven costurera, su chal de algodón y su gorrito de un negro que dejaba al descubierto dos gruesas trenzas de cabellos castaños y adornaba su pálido e interesante rostro, estaban empapados de agua; sus manos, lívidas, por el excesivo frío; conocíase únicamente en el brillo de sus ojos azules, por lo regular suaves y tímidos, que esta pobre criatura tan débil, había tenido que armarse de una extraordinaria energía por efecto de las circunstancias.

—¡Dios santo!, ¿de dónde vienes, mi buena Gibosa? —le dijo Francisca—; hace poco que subí a ver si mi hijo había vuelto, y habiendo abierto la puerta de tu cuarto

me sorprendió el no hallarte en él; ¿debes haber salido muy de mañana?

—Os traigo noticias de Agrícola.

—¡De mi hijo! —exclamó Francisca estremeciéndose— ¿qué le ha sucedido?, ¿le has hablado?, ¿dónde se halla?

—No le he visto, pero sé dónde está.

Y advirtiéndole que Francisca temblaba, la Gibosa añadió:

—Tranquilizaos; se halla bueno y ningún riesgo corre.

—¡Bendito seáis, Dios mío!, ¡que no os cansáis de compadeceros de una pobre pecadora; anteayer me habéis devuelto a mi marido, hoy, después de una noche horrible, me tranquilizáis sobre la existencia de mi pobre hijo! ¿Y mi hijo? —agregó Francisca— ¿por qué ha pasado la noche fuera de casa?, ¿luego tú sabías dónde podrías hallarle, mi buena Gibosa? ¿Vendrá pronto? ¿Por qué tarda tanto?

—Señora Francisca, os aseguro que Agrícola está bueno; pero me veo en la precisión de manifestaros que hasta de aquí a algún tiempo...

—¡Ah! ¡Dios mío! la sangre se me hiela en las venas. ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido?, ¿por qué no le he de ver?

—¡Ah!, ¡señora! le han preso.

—¡Cómo! —exclamaron Rosa y Blanca asustadas.

—Hágase vuestra voluntad en todo, ¡Dios mío! —dijo Francisca— pero es una gran desgracia... ¡Prenderle... a él que es tan bueno... tan honrado! ¿Y por qué le han detenido? Sin duda ha sido por equivocación.

—Anteayer —dijo la Gibosa— recibí una carta anónima en que me avisaban que de un momento a otro podían prender a Agrícola, por su «Canción de los Trabajadores»; convinimos entre los dos en que iría a ver a aquella señorita tan rica de la calle de Babilonia, que le había ofrecido servirle en lo que pudiese; Agrícola debía pedirle que le prestase fianza para no verse conducido a la cárcel, y ayer mañana fue a su casa.

—¡Sabías todo eso y nada me habías manifestado... ni él tampoco!, ¿por qué ocultármelo?

—¿A qué venía el inquietaros sin fundamento, señora Francisca? Contando con la generosidad de aquella señorita, esperaba a Agrícola a cada instante. Ayer noche, no viéndole venir, supuse que las formalidades de la fianza le habrían detenido más de la regular; pero las horas pasaban y él no parecía... Así, he velado toda la noche esperándole.

—Verdad es, mi buena Gibosa, que no te has acostado.

—Estaba muy intranquila, tanto, que esta mañana, antes que amaneciese, no pudiendo dominar mis temores, salí de casa. Conservaba las señas de la habitación de aquella señorita, calle de Babilonia, y allá me dirigí.

—¡Oh! hiciste bien, muy bien —dijo Francisca con ansiedad—. Con todo, esa señorita parecía ser tan buena, según la pintaba mi hijo...

La Gibosa meneó tristemente la cabeza, sus ojos se llenaron de lágrimas y

prosiguió:

—Cuando llegué a la calle de Babilonia, aún era de noche; así es que esperé a que amaneciese.

—¡Pobre niña mía!... tan tímida como eres.

—Siendo ya de día claro, me atreví a llamar a la puerta del pabellón, vino a abrírmela una bella joven, cuyo rostro estaba pálido y triste... «Señorita, vengo de parte de una desgraciada madre que se halla desesperada», la dije pronto para que se interesase, porque como iba vestida tan pobremente, temí que me despidiese como a una mendiga; pero viendo por el contrario que la joven me escuchaba bondadosamente, le pregunté si el día antes no había venido un joven obrero a pedir a la señorita que le hiciese un gran favor. «¡Ah! Sí», me respondió la joven, «la señorita iba a complacerle, pero sabiendo que le buscaban para prenderle, hizo que se escondiese; desgraciadamente le hallaron y ayer a las cuatro fue preso y conducido a la cárcel».

Aunque las huérfanas no se mezclaban en la conversación, leíase en sus compungidos rostros e inquietas miradas la parte que tomaban en las penas de la mujer de Dagoberto.

—Pero a esa señorita —exclamó Francisca—, debiera haber procurado verla, mi buena Gibosa, y suplicarla que no abandonase a mi hijo... Es tan rica... debe ser tan poderosa... su protección podría salvarnos de una desgracia terrible.

—¡Ah! —dijo la Gibosa tristemente—, preciso es renunciar a esta última esperanza.

—¿Por qué? ya que esa señorita es tan buena —dijo Francisca—, se compadecerá cuando sepa que mi hijo es el único apoyo de toda una familia, y que para él la cárcel es mucho más terrible que para otro, porque nos reduce a la miseria.

—Esa señorita —repuso la Gibosa—, según lo que me dijo la joven llorando, esa señorita la llevaron ayer a una enfermería. Parece... que se ha vuelto loca.

—¡Loca!, ¡ah! eso es horrible... para ella... y también para nosotros porque ahora ninguna esperanza nos queda ¿qué será de nosotros sin mi hijo? ¡Dios mío! —Y la desgraciada mujer ocultó el rostro entre sus manos.

Reinó un profundo silencio después de la exclamación de Francisca, Rosa y Blanca se miraron de un modo que manifestaba gran pesar, porque conocían que su presencia aumentaba más y más los terribles apuros de esta familia.

La Gibosa, fatigada y presa de tan dolorosas emociones estremeciéndose por la humedad de sus vestidos, se sentó abatida en una silla reflexionando en la desesperada posición de sus amigos; posición en verdad bien cruel.

* * *

Las angustias de la mujer de Dagoberto se aumentaban a medida que reflexionaba; porque contando las hijas del mariscal Simón, eran cuatro personas las que se

hallaban enteramente faltas de recursos; pero es preciso confesarlo, que esta excelente madre pensaba menos en sí que en la pena que tendría su hijo al imaginarse la triste situación en que ella se encontraba. En este momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es? preguntó Francisca.

—Soy yo, señora Francisca, yo, el padre Lorient.

—Entrad —contestó la mujer de Dagoberto.

El tintorero, que ejercía de portero, se presentó en el dintel de la puerta. Esta vez, en lugar de llevar los brazos y manos bañados de un verde espléndido, teñíalos un magnífico color de violeta.

—Señora Francisca, aquí tenéis una carta que ha traído de parte del señor abate Dubois, el «pobre» que da agua bendita en la iglesia de Saint-Merry, rogándome que os la entregase al momento, pues es urgente.

—¿Una carta de mi confesor? —dijo Francisca sorprendida, y tomándola añadió —: Gracias, padre Lorient.

—Necesitáis alguna cosa, señora Francisca.

—Nada, padre Lorient.

—A vuestra disposición.

Y el tintorero desapareció.

—Gibosa, ¿quieres leerme esta carta? —dijo Francisca algo inquieta de este mensaje.

—Sí, señora.

Y la joven leyó lo siguiente:

Mi querida señora Baudoin.

Si bien acostumbro a oíros los martes y sábados, esta semana no me será posible; así, venid esta mañana lo más pronto posible, a menos que preferáis pasar ocho días sin acercaros al tribunal de la penitencia.

—¡Ocho días... justo Dios! —exclamó la mujer de Dagoberto—, ¡ah! demasiado conozco la necesidad de acudir hoy en medio del pesar y la turbación que experimento —y dirigiéndose a las huérfanas continuó—: El Dios bondadoso ha escuchado las oraciones que le dirigí por vosotras, mis queridas señoritas, puesto que hoy mismo podré consultar a un digno y santo varón sobre los peligros que corréis sin saberlo ¡pobres queridas almas, tan inocentes y al mismo tiempo tan culpables, aunque de vuestra parte no está la culpa! ¡Ah! el señor no ignora que mi corazón se halla tan afligido por vosotras como por mi hijo.

Rosa y Blanca se miraron asombradas, pues no comprendían los temores que inspiraba a la mujer de Dagoberto el estado de sus almas. Francisca continuó dirigiéndose a la joven costurera:

—Mi buena Gibosa, es preciso que me hagas otro favor.

—Mandad, señora Francisca.

—Mi marido, para realizar el viaje a Chartres se ha llevado la paga de la semana de Agrícola, que era todo el dinero que había en casa, estoy segura de que mi pobre

hijo se halla sin duda sin un cuarto en el bolsillo y en la cárcel puede necesitar alguna cosa. Tomarás el vaso y el cubierto de plata, dos pares de sábanas que me restan y mi chal de seda, que me había regalado Agrícola para los días de fiesta, y lo llevarás todo al Monte de Piedad. Procuraré saber en qué cárcel han puesto a mi hijo y le enviaré la mitad de la corta suma que te darán y lo demás nos servirá para ir pasando hasta que regrese mi marido. Pero cuando vuelva ¿qué haremos?, ¿qué golpe para él! y además... ¡la miseria! puesto que mi hijo se halla en la cárcel, y mi vista está ya tan fatigada... ¡Dios mío! —exclamó la desgraciada madre con acento de dolorosa exasperación—, ¿por qué me agobiáis de este modo? he hecho todo lo que ha estado a mi alcance por merecer vuestra compasión, si no para mí, a lo menos para los míos. —Pero echándose en cara esta exclamación, añadió—: No, no ¡Dios mío! debo aceptar lo que tengáis a bien enviarme. Perdonadme esta queja y castigadme a mí sola.

—Ánimo, señora Francisca —dijo la Gibosa—; Agrícola es inocente; muy pronto le pondrán en libertad.

—Pero, ¡ah!, no pensaba que para ir al Monte de Piedad vas a perder bastante tiempo, mi pobre Gibosa.

—Esta noche lo recuperaré, señora Francisca, ¿cómo pudiera dormir sabiendo que estáis desasosegada? Me distraeré trabajando.

—Pero gastarás luz...

—No temáis, señora Francisca, me hallo algo adelantada —repuso la pobre costurera, que mentía.

—A lo menos abrázame —dijo la mujer de Dagoberto con los ojos humedecidos—, porque eres de lo mejor que hay en el mundo.

Y Francisca salió precipitadamente. Rosa y Blanca quedaron solas con la Gibosa; al fin había llegado el momento que esperaban con inquietud. La mujer de Dagoberto no tardó en llegar a la iglesia de Saint-Merry en donde la esperaba su confesor.

XLVIII

El confesionario

Nada más triste y melancólico que el aspecto de la parroquia de Saint-Merry en un día de invierno nevoso.

Francisca fue detenida un momento debajo del pórtico por un espectáculo lúgubre.

Mientras que un sacerdote murmuraba palabras en voz baja, dos o tres sochantres, con sobrepellices sucias, salmodiaban las oraciones de difuntos con aire distraído y bronco en torno de un pobre ataúd de abeto, acompañado únicamente de un anciano y un niño sollozando y pobremente vestidos.

La vista del entierro había aumentado la melancolía de Francisca. Cuando entró en la iglesia, no había en aquel edificio húmedo y helado más que siete u ocho personas sentadas en sus sillas y diseminadas acá y allá.

Uno de los «repartidores» de agua bendita, viejo bribonazo, de rostro rubicundo y alegre, viendo a Francisca que se acercaba a la pila, le dijo en voz baja:

—El señor abate Dubois no se ha «encajonado» todavía; despachad y estrenaréis su barba.

Francisca, disgustada por aquella burla, dio las gracias al irreverente sacristán, se persignó, dio algunos pasos en la iglesia y se arrodilló para decir su oración como lo hacía siempre antes de acercarse al tribunal de la penitencia.

Rezada aquella oración, se encaminó en un rincón oscuro, donde se veía confundido en la sombra un confesionario de roble.

Al cabo de algunos minutos, adelantóse lentamente desde el fondo de uno de los lados bajos de la iglesia un clérigo de alta estatura, de pelo entrecano, fisonomía grave y severa, vestido de una larga sotana negra.

Un viejo pequeño, encorvado, que se iba apoyando en un paraguas, le acompañaba, hablándole a veces quedo al oído; parábase entonces el clérigo para oírle con respetuosa deferencia.

Cuando hubieron llegado cerca del confesionario, el viejecito, habiendo reparado en Francisca arrodillada, miró al cura con aire interrogativo:

—Es ella... —dijo el último.

—Así, pues, dentro de dos o tres horas aguardaremos a las dos niñas en el convento de Santa María. Cuento con eso.

—Yo lo espero por su salvación —replicó gravemente el cura inclinándose; y entró en él con fe. El viejecito salió de la iglesia.

Aquel hombrecillo era Rodin, quien al salir de Saint-Merry había pasado a la enfermería para asegurarse de que el doctor Baleinier ejecutaba fielmente sus

instrucciones con respecto a Adriana de Cardoville.

Francisca seguía arrodillada; en el interior del confesionario; abrióse una de las rejillas laterales, y se oyó una voz. Esa voz era la del cura que ya hacía veinte años que confesaba a la mujer de Dagoberto, y tenía sobre ella un influjo irresistible.

—¿Habéis recibido mi carta? —dijo la voz.

—Sí, padre.

—Bien está; hablad.

—Benedicidme, padre mío, pues he pecado —exclamó Francisca. La voz pronunció la fórmula de la bendición.

La mujer de Dagoberto contestó «amén», como corresponde, dijo su «Confiteor», hasta el «mea culpa»; manifestó que había cumplido su última penitencia y acabó por enumerar los últimos pecados que había cometido desde la última absolución, porque esta mujer excelente, esta mártir gloriosa del trabajo y del amor maternal, creía estar pecando de continuo.

—Padre —dijo Francisca con voz compungida—, me acuso de no haber rezado mi oración de noche anteayer. Mi marido, de quien ha hacía años me hallaba separada, ha llegado. La turbación, el gozo de su vuelta, me han hecho cometer este gravísimo pecado de que me acuso.

—¿Y después? —preguntó la voz con acento grave que sobresaltó a Francisca.

—Padre, me acuso de haber recaído en el mismo pecado ayer noche. Estaba en una inquietud mortal... mi hijo no volvía... le estaba aguardando de un minuto a otro, y la hora pasó en medio de aquellas angustias.

—¿Y después?

—Padre me acuso de haber mentado toda esta semana a mi hijo diciéndole que en vista de sus reconvenciones acerca de la flaqueza de mi salud había bebido un poco de vino en la comida... pero he preferido dejarlo para él, pues lo necesita más que yo, ¡trabaja tanto!

—Proseguid.

—Padre, me acuso de haber carecido esta mañana de resignación por un instante al saber que mi pobre hijo había sido preso, en vez de sufrir con respeto y gratitud la nueva prueba que el Señor me enviaba ¡ay de mí! Yo me he rebelado en medio de mi dolor, y de esto me acuso.

—Mala semana —dijo la voz más y más grave—, mala semana. Siempre habéis antepuesto la criatura al Criador. En fin... proseguid.

—¡Ay de mí, padre mío! —exclamó Francisca abatida—; harto lo sé, soy una gran pecadora, y temo encontrarme en camino de pecados más graves todavía.

—Hablad.

—Mi marido ha traído del fondo de la Siberia a dos huérfanas hijas del señor mariscal Simón. Ayer mañana las exhorté a que rezasen sus oraciones, y supe con desconsuelo que no conocían ninguno de los misterios de la fe, aunque tienen ya quince años; nunca se han acercado a ningún sacramento, y ni siquiera han sido

bautizadas, padre.

—¿Serán, pues, idólatras? —prorrumpió la voz con un acento de sorpresa airada.

—Esto es lo que me desconsuela, padre, porque reemplazando yo y mi marido a los padres de estas huérfanas, seríamos culpables de los pecados que pudieran cometer, ¿no es cierto padre?

—Cierto, puesto que reemplazáis a los que han de velar por su alma; el pastor responde de sus ovejas.

—Así, pues, en el caso de que ellas estuviesen en pecado mortal, ¿mi marido y yo estaríamos en pecado mortal?

—Sí; vosotros hacéis las veces de su padre y madre; y el padre y la madre son responsables de cuantos pecados cometen sus hijos, cuando éstos pecan porque no fueron educados cristianamente.

—¡Ay de mí! padre mío ¿qué he de hacer? A vos me dirijo como a Dios. Cada día, cada hora que las pobres niñas pasan en la idolatría, pueden adelantar su condenación eterna, ¿no es así, padre? —dijo Francisca profundamente emocionada.

—Sí —contestó la voz—, y esa tremenda responsabilidad recae ahora sobre vos y vuestro marido; tenéis cargo de almas.

—¡Ay! ¡Dios mío! tened piedad de mí —dijo Francisca llorando.

—No hay que desconsolaros así —contestó la voz con tono más suave—; felizmente para esas desdichadas, tendrán en vos y en vuestro marido buenos y santos ejemplos, pues vuestro marido, impío en otro tiempo, practicará ahora, según supongo, sus deberes religiosos.

—Es necesario orar por él, padre mío —contestó Francisca tristemente—. La gracia no le ha tocado todavía. Es como mi pobre hijo, quien tampoco... ¡Ah! padre —dijo Francisca enjugándose el llanto—; estos pensamientos son mi cruz más pesada.

—Así, pues, ni vuestro marido, ni vuestro hijo «comulgan...» eso es muy grave, gravísimo. La educación religiosa de aquellas dos niñas desdichadas está por empezar. En vuestra casa tendrán a cada instante a la vista ejemplos deplorables. Cuidado, ya os lo tengo dicho. Tenéis cargo de almas, vuestra responsabilidad es inmensa.

—¡Oh Dios! padre; eso es lo que me entristece... no sé qué hacer. Socorredme con vuestros consejos; ya hace veinte años que vuestra voz es para mí la voz del Señor.

—Pues bien; es preciso que os pongáis de acuerdo con vuestro marido y que coloquéis aquellas desgraciadas en una casa religiosa, donde se las instruya.

—Somos muy pobres para pagar la pensión, y para colmo de desdicha, mi hijo acaba de ser preso por unas canciones que ha compuesto.

—He ahí adonde conduce la impiedad —dijo severamente la voz—; ved a Gabriel; ha seguido mis consejos y a estas horas es el modelo de todas las virtudes cristianas.

—Mi hijo Agrícola tiene también muy buenas prendas, padre; es tan bondadoso, tan amante de...

—Sin religión —dijo la voz con doble severidad—; lo que llamáis buenas prendas son apariencias vanas; al menor soplo del demonio desaparecen, por cuanto el demonio permanece en el alma sin religión.

—¡Ah!, ¡pobre hijo mío! —dijo Francisca llorando—; no obstante, rezo todos los días para que la fe le ilumine.

—Ya muchas veces os lo he dicho —contestó la voz—; habéis sido demasiado débil con él; ahora Dios os castiga; debíais separaros de ese hijo irreligioso; cuando uno tiene un miembro gangrenado, dice la Escritura, se cercena.

—¡Ay de mí! padre, bien lo sabéis, es la única vez que os he desobedecido; jamás he podido resolverme a separarme de mi hijo.

—Por eso vuestra salvación es muy incierta; pero Dios es misericordioso; no recaigáis en el mismo error respecto de las dos niñas que la Providencia os ha enviado para que las salvéis de la perdición eterna; que al menos no se hundan en ella por vuestra culpable indiferencia.

—¡Ah! padre mío, mucho he llorado, mucho he rezado por ellas...

—Eso no basta; aquellas desdichadas no tendrán ninguna noción del bien y del mal. Su alma será un abismo de escándalo; criadas por una madre impía y un soldado sin fe...

—En cuanto a eso, padre —exclamó Francisca ingenuamente—, no tengáis cuidado, pues son cándidas como unos ángeles, y mi marido, que no las ha perdido de vista desde que nacieron, dice que no es posible hallar mejores corazones.

—Vuestro marido ha estado toda su vida en pecado mortal —dijo la voz con dureza—; no tiene carácter para juzgar del estado de las almas, y os lo repito: pues que reemplazáis a los padres de aquellas desgraciadas, no hay que aguardar a mañana, sino que hoy mismo, a esta misma hora, hay que trabajar en su salvación, y de no hacerlo así, incurris en una responsabilidad tremenda.

—¡Dios santo! eso es verdad, hartó lo sé, y esta zozobra me es tan espantosa como el dolor por la prisión de mi hijo. Pero ¿qué puedo hacer? Instruir a estas niñas en mi casa, no puedo; carezco de ciencia, no tengo más que fe... y luego mi pobre marido, en medio de su ceguedad, se burla de las cosas santas, que mi hijo respeta en mi presencia por la consideración que me tiene. Otra vez os lo ruego, padre, venid en mi auxilio, ¿qué es lo que puedo hacer?

—Por otra parte no es posible abandonar a una espantosa perdición a esas dos almas —dijo la voz después de un momento de silencio—; no hay dos medios de salvación, no hay más que uno. Colocarlas en una casa religiosa, donde estén rodeadas de piadosos ejemplos.

—¡Ah! padre, si no fuésemos tan pobres, o si al menos pudiera yo seguir trabajando, ya procuraría ganar con qué pagar su pensión, hacer como hice por Gabriel. Desgraciadamente tengo la vista completamente perdida; pero ahora me

ocurre, padre, vos conocéis tantas almas bondadosas... si pudieseis interesarlas por las dos huérfanas...

—¿Mas dónde está su padre?

—Estaba en la India; mi marido me ha dicho que debe llegar a Francia muy pronto, pero no se sabe nada de cierto, y luego hay otra cosa; padre, se me partiría el corazón al ver a las pobres niñas padecer nuestra miseria, la cual ha de ser muy grande, puesto que sólo vivimos del trabajo de mi hijo.

—¿Con que estas niñas no tienen aquí ningún pariente?

—No lo creo, padre.

—¿Y su madre es quien las encargó a vuestro marido para conducir las a Francia?

—Sí, padre, y ayer tuvo que partir para Chartres por un asunto urgentísimo.

(Recordará el lector que Dagoberto no había tenido por conveniente enterar a su mujer de las esperanzas que las hijas del mariscal Simón debían fundar en la medalla, y que ellas mismas habían recibido del soldado el encargo de no hablar de ello ni aun a Francisca).

—Así, pues —contestó la voz después de algunos momentos de silencio—, ¿vuestro marido no está en París?

—No, padre, pero sin duda volverá esta noche o mañana.

—Escuchad —dijo la voz después de otra pausa—; cada minuto que se malogra para la salvación de esas niñas es otro paso más que dan en el camino de la perdición. De un momento a otro puede la mano de Dios descargar sobre ellas, pues sólo él sabe la hora de nuestra muerte, y muriendo en el estado en que se hallan, serían condenadas quizá para toda la eternidad; así que hoy mismo se hace preciso abrir sus ojos a la luz divina y colocarlas en una casa religiosa. Tal es vuestra obligación y vuestro deseo.

—Sí, sí, padre, pero desgraciadamente soy demasiado pobre, como os he dicho.

—Ya lo sé; no es el celo ni la fe lo que os hace falta; pero aun cuando fueseis capaz de dirigir a las dos niñas, los ejemplos perversos de vuestro marido, de vuestro hijo, destruirían diariamente vuestros afanes; fuerza es, pues, que hagan otros por las dos huérfanas, en nombre de la caridad cristiana, lo que no podéis hacer vos, que respondéis de ellas... delante de Dios.

—¡Ah! padre; si se cumpliera esta buena obra por vos, ¡cuánto no sería mi reconocimiento!

—No es imposible; conozco a la superiora de un convento, donde esas niñas recibirían la instrucción necesaria; el precio de su perdón se disminuiría a favor de su pobreza, pero por mínima que fuese, sería forzoso pagarla... Hay además que comprar un ajuar, y eso para vos será demasiado.

—¡Ay! Sí, padre.

—Tomando algo de mi fondo de limosnas, dirigiéndome a algunas personas generosas, podría completar la suma necesaria, y hacer recibir a las niñas en el convento.

—¡Ah!, ¡padre mío! vos sois mi salvador... y el de esas niñas...

—Así lo deseo; mas por su misma salvación, y para que estas medidas sean eficaces, debo poner algunas condiciones.

—¡Ah! decidlas, padre; pues desde ahora las acepto. Serán mandatos para mí.

—En primer lugar, serán conducidas esta misma mañana al convento por mi ama de llaves, a quien las entregaréis inmediatamente.

—¡Ah! eso es imposible, padre —prorrumpió Francisca.

—¿Imposible?, ¿y por qué?

—En la ausencia de mi marido...

—¿Pues qué?

—Yo no me atrevo a tomar tal determinación sin consultarle.

—No solamente no debéis consultarle, sino que es forzoso que esto se haga durante su ausencia.

—¿Cómo, padre?, ¿no puedo esperar a que regrese?

—Por dos razones —contestó gravemente la voz—, hay que guardarse de hacerlo; la primera, porque con su impiedad encallecida, se opondría a vuestra cuerda y piadosa resolución; luego es indispensable que las niñas rompan toda relación con vuestro marido, y para eso es preciso que él ignore el lugar de su retiro.

—Pero, padre —dijo Francisca, presa de gran turbación—: a mi marido le confiaron aquellas niñas, y el disponer de ellas sin su consentimiento es... —Aquí interrumpió la voz a Francisca.

—¿Podéis vos instruir a esas niñas en vuestra casa? ¿Sí o no?

—No, padre, no puedo.

—¿Están expuestas a permanecer en la impenitencia final viviendo en vuestra casa? ¿Sí o no?

—Sí, padre.

—¿Sois culpable de los pecados mortales que ellas pueden cometer, puesto que reemplazáis a sus padres? ¿Sí o no?

—¡Ay de mí! Sí, padre; soy responsable ante Dios.

—¿No os mando por su salvación eterna que hoy mismo las coloquéis en un convento?

—Sí, padre, por su salvación.

—Pues bien, elegid ahora.

—¿Pero puedo yo tener el derecho de disponer de ellas sin el permiso de mi marido?

—¡Derecho! aquí no se trata de derecho solamente: se trata para vos de un deber sagrado. Sin duda que sería obligación vuestra arrancar a aquellas desdichadas de en medio de un incendio, a pesar de la prohibición de vuestro marido, o en su ausencia.

—Perdonad, padre, si insisto —dijo la pobre mujer cuya indecisión y angustias aumentaban momentos por momentos—: iluminadme en mis dudas ¿puedo yo obrar de este modo después de haber jurado obediencia a mi marido?

—Obediencia para el bien, sí; para el mal, ¡jamás! y vos misma convenís en que por su causa la salvación de las huérfanas se ve comprometida y quizás fuera imposible.

—Pero, padre —dijo Francisca temblando—. Luego que mi marido haya vuelto, me preguntará dónde están las niñas... ¿Tendré, pues, que mentir?

—El silencio no es una mentira: le diréis que no podéis contestar a su pregunta.

—Mi marido es bondadoso padre, pero semejante contestación le pondría fuera de sí. Ha sido soldado, y su ira será terrible... —dijo Francisca estremeciéndose sólo al pensarlo.

—Aunque su ira fuese cien veces más terrible, debierais arrostrarla, glorificaros en padecerla por una causa tan santa. ¿Creéis, pues, que tan fácilmente se alcanza la salvación en este suelo? ¿Y desde cuándo el pecador que sinceramente quiere servir al Señor piensa en las piedras y espinas con que puede lastimarse o despedazarse las carnes?

—Perdón, padre, perdón —dijo Francisca con resignación—. Permitidme aún otra pregunta, una sola. ¡Ay de mí! si vos no me guiáis, ¿quién me guiará?

—Hablad.

—Cuando llegue el señor mariscal Simón, pedirá sus hijas a mi marido... ¿Qué podrá él contestar al padre?

—Cuando llegue el señor mariscal Simón, al punto me lo participaréis, y entonces veremos, pues los derechos de un padre no son sagrados sino cuando los usa para la salvación de sus hijos. Antes que el padre y sobre el padre está el Señor a quien hay que servir primero. Aceptando lo que os propongo, se salvan, no comparten vuestra miseria, se las cría en una santa casa, según debe hacerse con las hijas de un mariscal de Francia. De suerte que cuando llegue el padre a París, «si es digno de volverlas a ver», en vez de hallar en ellas unas pobres idólatras, medio salvajes, hallará dos muchachas piadosas, bien educadas; que, siendo agradables a los ojos de Dios, podrán invocar misericordia para su padre, que está de ella muy menesteroso. Ahora, decidid. ¿Queréis, con riesgo de vuestra alma, sacrificar el porvenir de aquellas niñas en este mundo y en el otro por el temor pueril de las iras de vuestro marido?

Aunque lleno de intolerancia, el lenguaje del confesor de Francisca parecía razonable y justo, porque aquel clérigo honrado y sincero estaba convencido de lo que decía: ciego instrumento de Rodin, ignorando con qué objeto le hacían obrar, creía firmemente cumplir un deber piadoso forzando, por decirlo así, a Francisca, a colocar a las dos niñas en el convento. Tal era, tal es por otra parte uno de los resortes de la «clase» a que pertenecía Rodin; tener por cómplices a gentes honradas y sinceras que ignoran las maquinaciones de que son los actores más importantes.

Francisca, acostumbrada desde largo tiempo a someterse al influjo de su confesor, nada halló que contestar a estas últimas palabras. Resignóse, pues, pero se estremeció de espanto al pensar en la ira desesperada de Dagoberto cuando no hallase en su casa a las niñas que una madre moribunda le había confiado. Ahora bien; según su

confesor, cuanto más terribles parecieran a Francisca aquellas iras, mayor había de ser su humildad en arrostrarlas, por lo cual se limitó a contestar.

—Hágase la voluntad de Dios, padre mío; y suceda lo que sucediere, cumpliré con mi deber de cristiana como me lo mandáis.

—Y el Señor os premiará por lo que quizás tendréis que padecer para cumplir con este deber meritorio. ¿Prometéis, pues, por Dios, no contestar a ninguna de las preguntas de vuestro marido, cuando os interrogue sobre el paradero de las hijas del mariscal Simón?

—Sí, padre, os lo prometo —dijo Francisca estremeciéndose.

—¿Y guardaréis el mismo silencio con el señor mariscal Simón, en caso de volver, y de no estar todavía sus hijas sólidamente firmes en el buen camino para que le fuesen devueltas?

—Sí, padre... —dijo Francisca con voz débil.

—¿Vendréis a darme cuenta de la escena que haya pasado entre vuestro marido y vos a su vuelta?

—Sí, padre; ¿cuándo entregaré las huérfanas?

—Dentro de una hora; voy a escribir a la superiora; dejaré la carga a mi ama de llaves; es persona de confianza, ella misma llevará a las niñas al convento.

* * *

Después de haber escuchado las exhortaciones de su confesor sobre su confesión y recibido la absolución de sus nuevos pecados, mediante penitencia, la mujer de Dagoberto se alejó del confesionario.

XLIX

«Caballero» y «Malasombra»

Después de haber salido de la iglesia la mujer de Dagoberto, iba ya a desembocar en la calle de Brise-Miche, cuando la alcanzó el «pobre» que daba agua bendita, rogándola que volviese inmediatamente a Saint-Merry, porque el abate Dubois tenía que comunicarle una cosa muy importante.

En el momento que Francisca regresaba a la iglesia, un coche se paró a la puerta de la casa en que habitaba. Saltó el cochero del asiento y fue a abrir la portezuela.

—Cochero —dijo una mujer bastante gruesa vestida de negro, que iba dentro del coche con un perro dogo sobre sus rodillas—, preguntad si vive aquí la señora Francisca Baudoin.

—Sí, señora —dijo el cochero.

Sin duda se ha reconocido ya a la señora Grivois, camarera mayor de la señora princesa de Saint-Dizier, acompañada de «Caballero», que ejercía una verdadera tiranía sobre su ama.

El tintorero a quien hemos visto ya desempeñar el cargo de portero, interrogado por el cochero sobre la vivienda de Francisca, salió de su tienda, y se acercó a la portezuela para contestar a la señora Grivois, que efectivamente Francisca Baudoin vivía allí, pero que no estaba en casa.

El padre Lorient tenía entonces brazos, manos y parte de la cara pintados de un hermoso amarillo de oro. La presencia de este personaje color de ocre irritó singularmente a «Caballero», y cuando el tintorero apoyó su mano sobre el borde de la portezuela, el dogo ladró con furia y le mordió la muñeca.

—¡Ay! Dios mío —exclamó la señora Grivois asustada, mientras que el padre Lorient retiraba la mano con viveza—; con tal que no haya algún ingrediente venenoso en el tinte que tenéis en la mano... mi perrito es tan delicado... —Y limpió cuidadosamente el hocico romo de «Caballero» que estaba manchado de amarillo.

Poco satisfecho el padre Lorient de las disculpas que esperaba le diese la señora Grivois por el mal comportamiento del dogo, le dijo con mal disimulado cólera:

—Señora, si no pertenecieseis al sexo que hace que os respete hasta en este despreciable animal, hubiera tenido la satisfacción de cogerlo por la cola, y en menos de un minuto trasformarle en un perro color de naranja metiéndole en la caldera de tinte que tengo en el hornillo.

—¡Teñir a mi perro de amarillo! —exclamó la señora Grivois, muy enojada bajando del coche y apretando cariñosamente a «Caballero» contra su pecho.

—Pero, señora, ya os he dicho que la señora Francisca no está en casa —dijo el tintorero viendo que la dueña del dogo se dirigía hacia la sombría escalera.

—Está bien, la esperaré —respondió secamente la señora Grivois—. ¿En qué piso vive?

—En el cuarto —contestó el padre Lorient metiéndose bruscamente en su tienda, regocijándose interiormente con esta perversa idea—: me alegraría que el perrazo del padre Dagoberto estuviese de mal humor e hiciese trizas la piel de ese dogo.

La señora Grivois subió con trabajo la escalera, parándose en cada descanso para cobrar aliento, y mirando en su derredor repugnada. Cuando llegó al cuarto piso, se detuvo un momento a la puerta del humilde cuarto en que permanecían las dos hermanas y la Gibosa.

La joven costurera se ocupaba en reunir los diferentes objetos que debía llevar al Monte de Piedad; Rosa y Blanca parecían estar contentas y tranquilas sobre su porvenir, pues la Gibosa las había enterado, que trabajando mucho, ya que sabían coser, podían ganar entre las dos treinta y dos reales a la semana, pequeña suma que sería al menos un recurso para la familia.

La venida de la señora Grivois a casa de Francisca Baudoin era efecto de una nueva determinación del abate d'Aigrigny y de la princesa de Saint-Dizier, habían creído mucho más prudente enviar a la señora Grivois, la cual les serviría con más celo, a buscar a las jóvenes a casa de Francisca, estando ésta prevenida por su confesor que en lugar de su ama de llaves se le presentaría una señora en su nombre, a quien debería entregar las jóvenes para llevarlas a un convento.

La camarera mayor de la princesa de Saint-Dizier, después de haber llamado, entró en el cuarto preguntando por Francisca Baudoin.

—No está, señora —contestó tímidamente la Gibosa, sorprendida de esta visita y bajando la vista ante la mirada de esta mujer.

—Entonces la esperaré, pues tengo que manifestarla cosas muy interesantes —respondió la señora Grivois, examinando con curiosidad y atención los rostros de las dos huérfanas, quienes, sobrecogidas, bajaron también la vista.

Diciendo esto, la señora Grivois se sentó, no sin repugnancia, en el viejo sillón de la mujer de Dagoberto; creyendo entonces poder dejar libre a «Caballero», lo puso cuidadosamente en el suelo. Pero no bien lo hubo hecho, cuando un gruñido sordo, profundo, cavernoso, resonó detrás de la poltrona, haciendo estremecer a la señora Grivois y ladrar de miedo al dogo, que temblando se refugió al lado de su ama dando claras muestras de temor.

—¡Cómo!, ¿hay aquí otro perro? —exclamó la señora Grivois bajando con ligereza para volver a coger a «Caballero».

«Malasombra», como queriendo contestar a esta pregunta, salió lentamente de detrás del sillón en donde estaba echado, y se presentó bostezando y desperezándose.

A la vista de este robusto animal y de las dos hileras de afilados dientes que parecía complacerse en enseñar la señora Grivois no pudo menos de lanzar un grito de temor; el arisco dogo, al verse cara a cara con «Malasombra», había temblado, pero una vez seguro sobre las rodillas de su ama, empezó a gruñir insolentemente

mirando de un modo provocativo al perro de Siberia; el digno compañero del difunto Jovial, respondió desdeñosamente con un nuevo bostezo, y habiendo olido con recelo los vestidos de la señora Grivois, volvió la espalda a «Caballero», y fue a echarse a los pies de Rosa y Blanca, fijando en ellas sus ojos inteligentes, como si presintiese que las amenazaba algún peligro.

—Haced salir de aquí a ese perro —dijo imperiosamente la señora Grivois—: espanta al mío y pudiera hacerle daño.

—No temáis, señora —respondió Rosa sonriéndose—; «Malasombra» no hace daño a no ser que se le provoque.

—No importa —contestó la señora Grivois—: una desgracia sucede de un momento a otro. Basta ver ese gran perro con cabeza de lobo y sus terribles hileras de dientes, para temer el daño que puede hacer. Os digo que le hagáis salir.

La señora Grivois pronunció estas últimas palabras en tono tan irritado, que sonándole mal a «Malasombra», gruñó enseñando los dientes con la cabeza vuelta hacia aquella mujer para él desconocida.

—Calla —dijo Blanca severamente.

Un nuevo personaje que entró en el cuarto sacó a las jóvenes de la posición embarazosa en que se hallaban; era un mandadero, que llevaba en la mano una carta.

—¿Qué queréis? —le preguntó la Gibosa.

—Traigo una carta muy urgente del marido de la señora que vive aquí; el tintorero de allá abajo me ha dicho que subiese, aunque no la encontraría en casa.

—¡Una carta de Dagoberto! —exclamaron Rosa y Blanca con manifiesta alegría—. ¿Se halla ya de vuelta?, ¿dónde está?

—No sé si ese buen hombre se llama Dagoberto —dijo el mandadero—, pero lo que puedo decir es que es un viejo soldado con bigote cano; está a dos pasos de aquí, en el despacho de diligencias de Chartres...

—¡Él es! —exclamó Blanca—. Dadme la carta. —Diósela el mandadero y la joven abrió precipitadamente.

Aterrada quedó la señora Grivois, que sabía que se había alejado a Dagoberto para que el abate Duvois pudiese manejar con más seguridad a Francisca. Todo se había logrado; ésta consentía en confiar a las dos jóvenes a manos religiosas, y en aquel mismo instante llegaba el soldado, cuando debía suponérsele ausente de París durante dos o tres días; de modo que su vuelta repentina desbarataba esta laboriosa trama cuando ya no quedaba más que recoger el fruto.

—¡Ay! ¡Dios mío! —dijo Blanca después de haber leído la carta—, ¡qué desgracia!

—¿De qué se trata, hermana? —exclamó Rosa.

—Ayer, a medio camino de Chartres, Dagoberto observó que había perdido el bolsillo. No pudiendo continuar su viaje, ha tomado al fiado un asiento para regresar, y pide a su mujer que le envíe algún dinero al despacho de la diligencia en donde se halla.

—Eso es —dijo el mandadero—, porque el buen hombre me dijo: «Date prisa, porque, tal como soy, me hallo aquí en prenda».

—Y nada, nada en casa —exclamó Blanca—. ¡Dios santo!, ¿qué haremos?

A estas palabras la señora Grivois concibió alguna esperanza, que se desvaneció muy luego por lo que dijo la Gibosa, enseñando el atadito que estaba haciendo:

—Calmaos, señoritas; he aquí un recurso. El despacho del Monte de Piedad a donde voy a llevar esto, no está lejos; el dinero que recoja iré a dárselo al momento al señor Dagoberto; dentro de media hora a lo más estaré aquí.

—¡Ah! mi querida Gibosa, tenéis razón —dijo Rosa— ¡qué buena sois! pensáis en todo.

—Las señas —añadió Blanca—, las hallaréis en la carta; tomadla.

—Gracias, señorita —respondió la Gibosa, y dirigiéndose al mandadero—: Podéis manifestar a la persona que os envía, que dentro de poco estaré en el despacho de la diligencia.

—Maldita jorobada —dijo entre sí la señora Grivois con enojo reconcentrado—, en todo piensa; a no ser por ella, nos hubiéramos visto libres de la vuelta inesperada de ese demonio de hombre.

—Ya que la señora Francisca no vuelve, voy a hacer una visita aquí cerca y pronto estaré de vuelta; tened la bondad de decírselo.

Y salió del cuarto algunos minutos antes que la Gibosa.

L

Las apariencias

Después de haber procurado tranquilizar otra vez a las huérfanas, la Gibosa bajó la escalera, no sin trabajo, pues había subido a su cuarto para añadir al atado, pasado de suyo, una manta, la única que poseía para resguardarse un poco del frío en su helado nicho.

La Gibosa había ya llegado a la esquina de la calle de Saint-Merry. Desde el último complot de la calle Prouvaires, se habían estacionado en aquel cuartel mayor número de agentes de policía y gendarmes de los que había por lo regular. La joven costurera, aunque agobiada por el peso de su lío, corría a lo largo de la acera, cuando al pasar cerca de un gendarme, una mujer gruesa que la seguía, arrojó a sus pies dos duros, y haciendo notar al gendarme el dinero que estaba en el suelo, le dijo algunas palabras indicándole a la Gibosa, y se dirigió precipitadamente hacia la calle de Brise-Miche.

Chocándole al gendarme lo que acababa de decirle la señora Grivois —porque era ella—, recogió el dinero, y corriendo tras la Gibosa, le gritó: «¡Eh! muchacha... deteneos...».

Varias personas, al oír los gritos, se volvieron bruscamente; en estos populosos cuarteles un grupo de cinco o seis personas en menos de un segundo se convierte en una numerosa reunión.

La Gibosa, no sabiendo que las voces que daba el gendarme se dirigiesen a ella, apresuraba el paso para llegar cuanto antes al Monte de Piedad, procurando deslizarse por entre la gente sin tocar a nadie, temiendo las chanzas brutales y crueles, a que por lo regular se veía expuesta por efecto de su deformidad.

De pronto oyó que varias personas corrían detrás de ella al mismo tiempo una ancha mano se apoyó sobre su hombro. Era el gendarme acompañado de un agente de policía, que acudió a los gritos. Asustada y sorprendida la Gibosa se volvió, y al momento se vio rodeada de una turba compuesta de ese populacho desocupado y cubierto de harapos, perverso y desvergonzado, embrutecido por la ignorancia y la miseria que inunda las calles; entre esta turba no se halla generalmente ningún artesano porque los laboriosos trabajadores están metidos en sus talleres.

—Parece que no quieres entender... —dijo el agente de policía cogiendo tan rudamente por el brazo a la Gibosa, que ésta dejó caer el lío a sus pies.

Cuando la desdichada muchacha, echando tímidamente una ojeada en torno suyo, se vio el objeto de todas aquellas miradas insolentes, burlonas y perversas; cuando vio pintado en aquellos rostros innobles el cinismo y el embrutecimiento, estremeciéronse todos sus miembros y se puso pálida.

El agente le hablaba groseramente; pero ¿cómo había de hacerlo de otro modo con una pobre muchacha contrahecha, pálida, asustada, cuyas facciones alteraba el temor y la vergüenza?, ¿a una joven vestida tan miserablemente, que llevaba en invierno un mal vestido de indiana manchado de lodo y empapado de agua, porque la costurera había corrido mucho aquel día? Así es que el agente prosiguió severo siempre bajo esa ley suprema de las apariencias, que hace que la pobreza sea sospechosa.

—Un momento, muchacha; parece que vas muy deprisa cuando esparces el dinero sin recogerlo.

—Sí, lleva el dinero escondido en la joroba —dijo con voz ronca un vendedor de cerillas, tipo repugnante de la precoz depravación. La muchedumbre acogió este chiste con risas y gritos que colmaron la confusión y el terror de la Gibosa, de modo, que apenas pudo contestar con débil voz al agente de policía que le presentaba las dos monedas que le había entregado el gendarme.

Ese dinero no es mío.

—Mentís —contestó el gendarme aproximándose—; una señora respetable ha visto como os caían del bolsillo.

—Os aseguro que es falso —repuso la Gibosa trémula.

—Os digo que mentís —contestó el gendarme—, aquella señora, chocándole vuestra traza criminal y despavorida, me ha dicho, indicándoos: reparad en aquella jorobada que se desliza con un enorme lío, y va sembrando el dinero sin pararse a recogerlo; esto no es corriente.

—Gendarme —repuso la voz ronca del vendedor de cerillas—, no os fiéis, tentadle la joroba, que es su depósito. Estoy seguro que en ella hallaréis botas, capas, un paraguas y algunos relojes. Acabo de oír dar horas en su abovedada espalda. —Nuevas risas, vítores y gritos; porque este horrible populacho se muestra siempre feroz e implacable con el que sufre e implora. El gentío se aumentaba cada vez mas, no se oían más que gritos roncros, silbidos, y chistes de bodega.

—Dejadme ver, ya que es gratis.

—No me empujéis, que he pagado mi puesto.

—Hacedla subir sobre cualquier cosa, para que la veamos.

—Es verdad, me estropean los pies, y ni aún sacaré los gastos.

—Enseñádnosla o devolvednos el dinero.

¡Qué situación para esta desgraciada criatura, de imaginación tan superior, buen corazón, y carácter tímido! ¡Verse obligada a oír estas groserías y aullidos, sola en medio de esta turba, en el reducido espacio en que se hallaba con el agente de policía y el gendarme! Y no obstante, la pobre costurera no sabía aún de qué se la acusaba. Muy luego lo supo, porque tomándole el agente de policía el lío que había cogido y tenía entre sus trémulas manos, le dijo ásperamente:

—¿Qué llevas aquí dentro?

—Es que... voy... —Y tan asustada se hallaba la desgraciada, que no acertaba a

hablar.

—¿Todo esto es lo que contestas? Poco hemos adelantado. Veamos lo que contiene tu lío —y diciendo esto el agente, ayudado del gendarme lo desató y enumeró los objetos que contenía:

—¡Diablos! sábanas... un cubierto... un vaso de plata... un chal... Vamos, que el golpe no era malo. Vas cubierta de harapos y tienes objetos de plata.

—Estos efectos no os pertenecen —dijo el gendarme.

—No... señor... —respondió la Gibosa que se sentía desfallecer—, pero voy...

—¡Ah!, ¡pícara jorobada! parece que no te contentas con robar a medida de tu cuerpo.

—¡Yo robar! —exclamó la Gibosa, juntando las manos horrorizada, pues comprendió de lo que se trataba—. ¡Yo robar!...

—¡La guardia! —gritaron varios espectadores.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡los arroja guijarros!

—¡Los langosta!

—¡Sitio al 43 de dromedarios!

—¡Regimiento en que se hacen gibas de muerte!

En medio de estos gritos y chistes se adelantaban con trabajo dos soldados y un cabo, veíase únicamente en medio de esta turba repugnante y compacta lucir las bayonetas y los cañones de los fusiles. Un oficioso había avisado al comandante del puesto mas cercano, que esta reunión era tan numerosa que impedía el paso.

—Vamos, he aquí los soldados, marchemos al cuerpo de guardia —dijo el agente de policía cogiendo del brazo a la Gibosa.

—Señor —exclamó la pobre muchacha con voz ahogada por los sollozos, juntando las manos con terror, y cayendo de rodillas en la acera—. ¡Señor, por Dios! dejadme que os diga...

—Ya te explicarás en el cuerpo de guardia; camina.

—¡Pero... si no he robado! —exclamó la Gibosa con acento desesperado—: compadeceos de mí; en medio de esta muchedumbre... conducirme como una ladrona... ¡por Dios!

—Ya te he dicho que te explicarás en el cuerpo de guardia. La calle está llena de gente ¿quieres andar? Veamos. —Y cogiendo a la desventurada por las manos, la puso de pie.

Habiendo el cabo y sus dos soldados conseguido atravesar por entre la multitud, se acercaron al gendarme.

—Cabo —dijo este último—, conducid esta muchacha al cuerpo de guardia. Soy agente de policía.

—¡Oh! señores; ¡por Dios! —exclamó la Gibosa derramando un torrente de lágrimas—; no me conduzcáis sin haberme oído... no he robado, ¡Dios mío! no he robado... os lo diré... es para favorecer a otra persona, dejadme que os explique...

—Ya os he advertido que en el cuerpo de guardia podréis explicaros: si no queréis

caminar, os arrastraremos —dijo el gendarme.

Preciso es renunciar a describir esta escena innoble y terrible. La pobre joven, espantada, débil y abatida, se vio conducida por los soldados; a cada paso que daba flaqueábanle las piernas, y fue indispensable que el gendarme y el agente le diesen el brazo para sostenerse.

Después de la terrible denuncia de que era víctima la Gibosa, la señora Grivois volvió precipitadamente a la calle de «Brise-Miche». Subió al cuarto piso, abrió la puerta de la habitación de Francisca ¿y qué es lo que vio?... A Dagoberto sentado al lado de su mujer y de las dos huérfanas.

LI

El convento

Expliquemos en dos palabras la presencia de Dagoberto.

Su fisonomía llevaba tan bien impresa la lealtad militar, que el director de la oficina de diligencias se hubiera contentado con su palabra de volver a pagar el precio de su asiento; pero el soldado había querido de todos modos quedarse «en prenda», como decía, hasta que su mujer hubiese contestado a su esquila; así fue que al volver el mandadero con el recado de que iban a llevar el dinero necesario, creyendo Dagoberto su delicadeza a cubierto, fue corriendo a su casa.

Desde luego nos haremos cargo de lo asombrada que quedaría la señora Grivois, cuando al entrar en el cuarto vio a Dagoberto, a quien reconoció al punto por el retrato que de él le habían hecho con los de su mujer y las huérfanas.

No fue menor la ansiedad de Francisca a la vista de la Grivois. Rosa y Blanca habían hablado a la mujer de Dagoberto de una señora que había llegado en su ausencia para un negocio de entidad, y por otra parte, enterada por su confesor, Francisca no podía dudar de que aquella mujer era la persona encargada de llevar a Rosa y Blanca a una casa religiosa. Sus zozobras eran terribles; decidida a seguir los consejos del abate Dubois, temía que una palabra de la Grivois descubriese a Dagoberto lo que se estaba tramando, y en tal caso las huérfanas permanecerían en el estado de ignorancia y de pecado mortal de que ella se creía culpable.

Dagoberto, que tenía entre sus manos las de Rosa y Blanca, se levantó al ver entrar a la camarera de la señora de Saint-Dizier, y dirigió a Francisca una mirada interrogativa. El momento era crítico, decisivo, pero la señora Grivois se había aprovechado de los ejemplos de la princesa de Saint-Dizier, así que, tomando resueltamente su partido, valiéndose de la precipitación con que había subido los cuatro pisos después de su abominable denuncia contra la Gibosa y la emoción que la causaba el inesperado encuentro de Dagoberto, dando a su rostro una viva expresión de inquietud y de pesar, prorrumpió con voz alterada, después de un momento de silencio que empleó al parecer en sosegar su agitación y recobrar su serenidad.

—¡Ah, señora! Acabo de presenciar una desgracia. Disimulad mi turbación... pero, en verdad... estoy tan profundamente conmovida...

—¿Qué hay, Dios mío? —dijo Francisca con voz trémula, temiendo alguna indiscreción de la Grivois.

—Vine hace poco —continuó ésta—, para hablaros de un asunto importante. Mientras os estaba aguardando, una joven costurera contrahecha reunió varios objetos en un paquete...

—Sí... sin duda —dijo Francisca—; es la Gibosa, buena muchacha.

—Ya me lo presumía, señora; viendo que vos no volvíais, resuelvo dar una vuelta por la vecindad; bajo, llego a la calle de Saint-Merry... ¡ah! señora...

—¿Y bien? —dijo Dagoberto—; ¿qué ha sucedido?

—Reparo en una reunión de gentes, me informo, me dicen que un gendarme ha prendido a una muchacha por ladrona, porque la habían sorprendido llevando un lío compuesto de diferentes objetos que al parecer no podían ser suyos... Me acerco ¿y qué es lo que veo? A la costurera a quien poco antes había encontrado aquí.

—¡Ah!, ¡pobre muchacha! —exclamó Francisca—; ¡qué desgracia!

—Explícate, pues —dijo Dagoberto a su mujer—; ¿qué era aquel paquete?

—Fuerza es que te lo confiese; hallándome sin dinero, había rogado a la pobre Gibosa que llevase al Monte de Piedad varios efectos que no necesitábamos.

—¡Y han creído que ella los había robado! —prorrumpió Dagoberto—, ¡la muchacha más honrada del mundo! ¡Es un horror! Pero señora, vos debierais haber intervenido... decir que la conocíais...

—Eso he procurado hacer, pero desgraciadamente no han querido oírme... el gentío iba creciendo más y más; en esto llega la guardia y se la lleva.

—Es capaz de morirse del susto, siendo como es tan sensible —exclamó Francisca.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Es la Gibosa tan buena! —dijo Blanca volviéndose a su hermana con ojos llorosos.

—No pudiendo hacer nada por ella —continuó la Grivois—, he venido aquí corriendo para daros la noticia de este error, el cual, por otra parte, puede repararse, pues sólo se trata de ir al punto a reclamar a la pobre muchacha.

A estas palabras, Dagoberto tomó con presteza el sombrero, y encarándose con la Grivois con ademán brusco:

—¡Diablos! señora; hubierais debido decírnoslo antes. ¿Dónde está esa pobre muchacha? ¿Lo sabéis?

—No, pero hay todavía tanta gente en la calle, que si tenéis la bondad de bajar al momento a informaros, podréis saber...

—¿Qué diablos estáis ahí hablando de bondad? ¡Es deber mío! ¡Pobre muchacha! —dijo Dagoberto—; presa como ladrona... es horrible. Voy corriendo a casa del comisario de policía del cuartel, o al cuerpo de guardia; y fuerza será que yo la halle, que me la devuelvan y que la traiga aquí.

Y diciendo esto salió Dagoberto apresuradamente.

Segura ya Francisca en cuanto a la suerte de la Gibosa, dio gracias a Dios de haber alejado a su marido merced a aquella circunstancia, puesto que su presencia le causaba en aquel momento una terrible inquietud.

La señora de Grivois había dejado a «Caballero» en el coche antes de volver a subir. Los momentos eran preciosos, y dirigiendo a Francisca una mirada significativa y entregándole la esquila del abate Dubois, le dijo:

—En esa esquila veréis cuál es el objeto de mi visita que todavía no he podido

explicaros, de lo que me alegro, puesto que me da a conocer a estas lindas señoritas.

Rosa y Blanca se miraron una a otra asombradas. Francisca tomó la esquila temblando; requeríanse las urgentes órdenes de su confesor para vencer los postreros escrúpulos de la pobre mujer, que se estremecía toda al pensar en la ira terrible de Dagoberto, pero, en medio de su candor, no sabía cómo empezar para anunciar a las dos huérfanas que habían de seguir a aquella señora.

La señora Grivois adivinó su perplejidad, le hizo una seña para que cobrase ánimo, y dijo a Rosa mientras Francisca estaba leyendo la esquila de su confesor:

—¡Cuánto se alegrará vuestra parienta de veros, señorita!

—¿Nuestra parienta, señora? —exclamó Rosa admirada.

—Sí, ha sabido vuestra llegada, pero como todavía adolece de una larga enfermedad, no ha podido venir hoy personalmente y me ha encargado que viniese a buscaros para conducirlos a su casa. Desgraciadamente —añadió la señora Grivois, al advertir un movimiento en las dos hermanas—; como dice en su esquila a la señora Francisca, sólo podréis verla por breves segundos; así es que dentro de una hora estaréis de vuelta aquí; pero mañana o pasado se hallará en estado de salir y de venir a ponerse de acuerdo con la señora y su marido para llevaros a su casa, pues sentiría mucho que vinieseis a ser una carga para unas personas que ya han hecho tanto.

Estas últimas palabras de la señora Grivois produjeron buena impresión en las dos hermanas, puesto que desvanecieron sus temores de molestar a la familia de Dagoberto. Si se hubiese tratado de salir de la casa para siempre sin el permiso de su amigo, sin duda hubieran titubeado; pero la señora Grivois hablaba solamente de una visita de una hora.

Así es que no concibieron ninguna sospecha, y Rosa dijo a Francisca:

—¿Podremos ir a ver a nuestra parienta sin aguardar a que vuelva Dagoberto, no es cierto, señora?

—Sin duda, puesto que os hallaréis de vuelta pronto —dijo Francisca con voz apagada.

—Desearía que estas señoritas se viniesen conmigo ahora mismo, porque quisiera que regresasen antes de medio día.

—Ya estamos prontas, señora —dijo Rosa.

—Pues bien, señoritas; abrazad a vuestra segunda madre, y vámonos —dijo la señora Grivois, que apenas acertaba a contener su inquietud, temblando de que Dagoberto llegase de un momento a otro.

Rosa y Blanca abrazaron a Francisca, quien, estrechando en sus brazos a las dos hermosas criaturas, pudo apenas contener el llanto, aunque estaba convencida de que obraba por su salvación.

—Vamos, señoritas —dijo la señora Grivois con tono afable—; despachemos presto; perdonad mi impaciencia, pues hablo en nombre de vuestra parienta.

Las dos hermanas después de haber abrazado con ternura a la mujer de Dagoberto, salieron del cuarto, y asidas de la mano bajaron la escalera detrás de la

señora Grivois, acompañadas sin advertirlo de «Malasombra», que seguía discretamente sus pasos; pues no estando Dagoberto, el inteligente animal no las abandonaba un instante.

Para mayor precaución, la mujer de confianza de la señora de Saint-Dizier había mandado a su cochero que la aguardase a corta distancia de la calle Brise-Miche, en la plazuela del Claustro. Así que en pocos segundos las dos huérfanas y su conductora llegaron al coche.

—¡Ah! señora —dijo el cochero abriendo la portezuela—; tenéis un perro muy perverso; desde que le habéis metido en el coche, grita como si le quemasen, y diríase que quiere devorarlo todo.

Con efecto «Caballero», a quien desagradaba la soledad, daba aullidos lastimeros.

—Calla, «Caballero», aquí estoy —exclamó la señora Grivois; y luego dirigiéndose a las dos hermanas—: Tomad la molestia de subir, señoritas.

Rosa y Blanca subieron.

La señora Grivois, decía en voz baja al cochero la dirección del convento de Santa María añadiendo otras instrucciones, cuando de repente el perro dogo, que ya había gruñido al tomar las dos hermanas asiento en el coche, empezó a ladrar con furia.

La causa de esta cólera era sencillísima; «Malasombra» en quien hasta entonces no habían hecho alto, se metió en el coche en un brinco. El dogo, exasperado con aquella audacia, olvidando su prudencia acostumbrada, arrebatado por la cólera y su índole ruin, saltó al hocico de «Malasombra» y le mordió tan cruelmente, que por su parte el valiente perro de la Siberia, exasperado por el dolor, se arrojó sobre «Caballero», le cogió por el cuello, y estrechando sus poderosas quijadas, lo estranguló en un abrir y cerrar de ojos, según se vio por un gemido del dogo sofocado por su gordura.

Todo esto había pasado en menos tiempo del necesario para describirlo, pues apenas habían tenido Rosa y Blanca tiempo de gritar dos veces:

—¡Ven acá «Malasombra»!

—¡Ah, Dios! —dijo la señora Grivois volviéndose al ruido—; ese monstruo de perro va a herir a «Caballero». Señoritas, hacedle salir... no es posible llevarle...

Ignorando hasta qué punto era «Malasombra» criminal, pues «Caballero» yacía muerto debajo de una banqueta, y conociendo además las dos hermanas que no era decoroso hacerse acompañar por aquel perro, le dijeron, empujándole levemente con el pie en tono de enfado:

—«Malasombra», márchate...

El fiel animal vaciló al principio en obedecer. Triste y suplicante miraba a las huérfanas con aire de dulce reconvención, como afeándolas el despedir a su único defensor. Pero al oír una nueva orden dada severamente por Blanca, bajó con el rabo entre piernas, arrepintiéndose sin duda de haberse excedido con «Caballero».

La señora Grivois, muy afanada por salir cuanto antes del barrio, subió al coche,

el cochero cerró la portezuela, trepó a su asiento, y el coche arrancó, mientras que la señora Grivois bajaba prudentemente las cortinas de resorte, por temor de encontrarse con Dagoberto.

Ya hacía algunos segundos que el coche iba rodando rápidamente, cuando la señora Grivois, que se había colocado en la delantera, llamó a «Caballero». Éste tenía buenas razones para no contestar.

—¡Vamos, pillo! —dijo graciosamente la señora Grivois—. ¿Estás enojado? no es culpa mía si aquel perrazo ha entrado en el coche, ¿no es cierto, señoritas? Vamos, ven aquí a dar un beso a tu señora, y hagamos las paces... mala cabeza.

Siempre el mismo silencio por parte de «Caballero». Rosa y Blanca empezaron a mirarse con inquietud; estaban acostumbradas a los modales algo bruscos de «Malasombra», pero con todo no sospechaban lo ocurrido.

La señora Grivois, más sorprendida, que inquieta por la persistencia del dogo en desconocer su afectuosa llamada, se bajó para cogerlo debajo de la banqueta donde lo creía agazapado; dio con una pata de que tiró con impaciencia, diciendo con tono entre chistoso y enfadado:

—Vamos, perverso... vas a dar a esas lindas señoritas una buena muestra de tu mala índole.

Diciendo esto, cogió al dogo, muy pasmada de la floja morbidez de sus movimientos; pero ¡cuál fue su espanto, cuando después de habérselo puesto sobre las rodillas, le vio sin movimiento!

—¡Muerto! —prorrumpió—. ¡Muerto!... ¡está muerto!... ¡ah, Dios mío!

Y aquella mujer echó a llorar. Las lágrimas de los malvados son siniestras; para que un malvado llore, ha de padecer muchísimo, y en él la reacción del dolor, en vez de endulzar, de ablandar el alma, la enardece en tremendas iras. Así que, después de haber cedido a aquella ternura, la dueña de «Caballero» se halló arrebatada de odio... sí, de odio, y de odio violento contra las niñas, causa involuntaria de la muerte de su perro; su dura fisonomía declaró desde luego tan desembozadamente sus resentimientos, que Blanca y Rosa se asustaron de la expresión de su rostro encendido por la ira, cuando exclamó con voz ahogada arrojándoles una mirada furiosa:

—¡Vuestro perro es quien le ha muerto!

—Perdonad, señora; ¡no os enojéis con nosotras! —dijo Rosa.

—El vuestro fue el primero que mordió a «Malasombra» —contestó Blanca con voz lastimera.

La expresión de espanto que se leía en los rostros de las huérfanas, hizo volver en sí a la señora Grivois, quien pensó en las consecuencias que podía tener su cólera imprudente, y en que por su misma venganza debía sujetarse, para no inspirar desconfianza a las hijas del mariscal Simón. No queriendo, sin embargo, mudar demasiado repentinamente, siguió mirando por algunos minutos a las muchachas con semblante airado; luego, gradualmente, fue dominando su cólera, convirtiéndola al

parecer en dolor amargo; en fin, la señora Grivois, tapándose el rostro con ambas manos, exhaló un largo suspiro y echó a llorar.

—¡Pobre señora! —dijo Rosa a Blanca en voz baja—; llora; sin duda querría a su perro tanto como nosotras queremos a «Malasombra».

—Sí —dijo Blanca—; también lloramos mucho nosotras cuando murió nuestro pobre «Jovial...».

La señora Grivois levantó la cabeza después de pocos minutos, se enjugó definitivamente los ojos, y exclamó con voz conmovida, casi afectuosa:

—Disimulad, señoritas; no pude contener el primer ímpetu de enojo, o más bien de dolor, pues yo quería tiernamente a este perro que hace seis años no se apartaba de mi lado.

—Sentimos esa pérdida, señora —replicó Rosa—, y más, que sea irreparable.

—Decía yo ahora mismo a mi hermana que estábamos tanto más afligidas, por cuanto teníamos un viejo caballo que nos habían traído desde la Siberia, y que nos arrancó también muchas lágrimas al morir.

—En fin, señoritas, no hay que pensar más en eso; es culpa mía, pues no hubiera debido traer conmigo... Pero estaba el pobre tan triste lejos de mí..., ya os haréis cargo; cuando uno tiene buen corazón, lo tiene bueno así para los animales como para las personas. Por lo tanto, pido a vuestra sensibilidad que perdone mi arrebato.

—Ya está olvidado, señora; sentimos únicamente veros tan afligida.

—Esto pasará, queridas señoritas, esto pasará, y la vista del gozo que sentirá vuestra parienta cuando os vea me ayudará a consolarme. ¡Sois tan lindas! y luego esa singularidad de pareceros tanto, aumenta todavía el interés que inspiráis.

—Nos juzgáis con mucha indulgencia, señora.

—No por cierto, y estoy segura de que os parecéis tanto en el carácter como en la figura.

—Es muy natural, señora —dijo Rosa—; desde que nacimos no nos hemos separado ni un minuto, ni de día ni de noche. ¿Cómo es posible que no sea igual nuestro carácter?

—¿Es verdad, señoritas? ¿Nunca habéis estado separadas ni un minuto?

—Jamás, señora. —Y las dos hermanas, estrechándose la mano, trocaron entre sí una sonrisa inefable.

—Entonces seríais muy desdichadas y muy dignas de compasión si estuviéseis separadas.

—¡Oh! eso no es posible —dijo Blanca sonriéndose.

—¡Cómo!, ¿es imposible?

—¿Quién tendría la perversidad de separarnos?

—Sin duda que habría de ser muy malo quien tal hiciese.

—¡Oh! señora —contestó Blanca sonriéndose—; ni aun gentes muy malvadas podrían separarnos.

—¿Pero por qué?

—Porque nos produciría mucho dolor.

—Sería matarnos.

—¡Pobres niñas!

—Hace tres meses que nos metieron en la cárcel. Y no obstante, cuando el alcaide de ella nos vio, y eso que tenía el semblante muy duro, dijo: «Separar a esas niñas sería matarlas». Así fue que permanecemos juntas, y fuimos tan dichosas como cabe serlo en una cárcel.

—Eso es un elogio de vuestro corazón.

Aquí paróse el coche, y oyóse al cochero que gritaba:

—Abrid la puerta.

—¡Ah! ya hemos llegado a casa de vuestra parienta —dijo la señora Grivois.

Abriéronse las dos hojas de una puerta, y el coche penetró en un patio enarenado. Habiendo la señora Grivois levantado la cortina, viose un gran patio cortado en su longitud por una alta pared, en medio de la cual había una especie de soportal que formaba un cuerpo avanzado y sostenido por columnas de yeso. Debajo de este soportal había una puertecita.

Más allá de la pared se veía el frontis de un gran edificio de sillería; comparada con la casa de la calle Brise-Miche, esta morada parecía un palacio. Así es que Blanca dijo a la señora Grivois con una expresión de ingenuo asombro:

—¡Dios mío! señora, ¡qué hermosa casa!

—Eso no es nada; luego veréis el interior; ¡es otra cosa! —repuso la señora Grivois.

El cochero abrió la portezuela, mas ¡cuál fue la ira de la señora Grivois y la sorpresa de las dos hermanas a la vista de «Malasombra», que había seguido el coche, y con las orejas tiesas y meneando la cola parecía haber olvidado su crimen y esperaba que le alabasen por su inteligente fidelidad!

—¡Cómo es eso! —exclamó la señora Grivois, cuyo dolor se renovó del todo—, ¡ese perro abominable ha seguido el coche!

—Es un perro famoso, señora —contestó el cochero—; no se ha alejado un paso de mis caballos; estará enseñado, es un animal valiente que no cejaría ante dos hombres. ¡Qué pecho!

La dueña del difunto «Caballero», disgustada por los elogios inoportunos que el cochero prodigaba a «Malasombra»; dijo a las huérfanas:

—Voy a anunciaros a vuestra parienta, aguardad un momento en el coche.

La señora Grivois se acercó precipitadamente al soportal y llamó a la puerta. Presentóse al momento una mujer vestida de monja, y se inclinó respetuosamente delante de la señora Grivois, quien le dijo estas únicas palabras:

—Aquí están las dos muchachas; las órdenes del señor abate de d'Aigrigny y de la princesa son: que al punto se las separe y se las encierre a cada una en una celda severa; ya lo oís, hermana, en una celda oscura y tratadas como impenitentes.

—Voy a decírselo a nuestra madre —contestó la monja inclinándose— y así se

hará.

—¿Queréis venir, señoritas? —dijo la señora Grivois a las dos hermanas—; vais a ser presentadas a vuestra parienta, y volveré a buscaros dentro de media hora; cochero, cuidado con el perro.

Rosa y Blanca, que al apearse habían acariciado con disimulo a «Masa Sombra», no habían visto a la monja mandadera, que se hallaba medio escondida detrás de la puertecilla. Así no echaron de ver que su introductora estaba vestida de monja hasta que, tomándolas ésta por la mano, les hizo trasponer el umbral de la puerta, que se cerró inmediatamente.

Cuando la señora Grivois vio a las dos huérfanas encerradas en el convento, ordenó al cochero que saliese del patio y que la aguardase a la puerta exterior. El cochero obedeció.

«Malasombra», que había visto a Rosa y Blanca entrar por la puertecilla del soportal, fue allá corriendo.

«Malasombra», salió del patio y se fue a la calle.

Así que, cuando la señora Grivois, pálida de rabia, subió a su coche, donde se hallaban los restos inanimados de «Caballero», vio con despecho, a «Malasombra» echado algunos pasos más allá de la puerta exterior.

El perro de Siberia, seguro de hallar el camino de la calle Brise-Miche, con la inteligencia peculiar de su raza, estaba allí aguardando a las huérfanas.

De este modo se hallaron encerradas ambas hermanas en el convento de Santa María, el que, según hemos ya dicho, lindaba con la enfermería donde estaba encerrada Adriana de Cardoville.

* * *

Conduciremos ahora al lector a casa de la mujer de Dagoberto, la cual estaba aguardando con vivas ansias el regreso de su marido, que iba a pedirle cuenta de la desaparición de las hijas del mariscal Simón.

LII

Influencia de un confesor

Apenas se alejaron las huérfanas de la mujer de Dagoberto, cuando poniéndose ésta de rodillas comenzó a orar con fervor; sus lágrimas, por largo tiempo contenidas, corrieron en abundancia; a pesar de su sincera convicción de haber cumplido con un deber piadoso entregando las dos niñas, aguardaba con vivas zozobras la vuelta de su marido; y aunque cegada por su piadoso celo, no dejaba de conocer que Dagoberto tendría legítimos motivos de queja y de ira; por otra parte, la pobre madre debía darle también en aquella circunstancia la noticia, harto penosa de suyo, de la prisión de Agrícola, que él ignoraba.

A cada rumor de pasos en la escalera, Francisca prestaba el oído estremeciéndose; después volvía a orar con fervor, rogando al Señor que le diese fuerzas para soportar aquella nueva y ruda prueba. Por fin oyó pasos en la meseta de la escalera, y no dudando ya de que fuese Dagoberto, sentóse precipitadamente, se enjugó los ojos, y para tomar un aspecto sereno, puso sobre sus rodillas un saco de lienzo basto que aparentó estar cosiendo, mas sus manos estaban tan trémulas, que apenas podían sostener la aguja.

Al cabo de pocos minutos abrióse la puerta y entró Dagoberto. El curtido rostro del soldado era severo y triste; al entrar arrojó con violencia el sombrero sobre la mesa, no echando de ver al pronto la desaparición de las huérfanas; tal era su penosa preocupación.

—¡Desgraciada muchacha... es horroroso! —exclamó.

—¿Has visto a la Gibosa? ¿La has reclamado? —dijo vivamente Francisca olvidando por un momento sus zozobras.

—Sí, la he visto, pero ¡en qué estado! Partía el corazón; la he reclamado con afán, bien puedes creerlo, pero me han dicho: «Es necesario que antes vaya el comisario a vuestra casa para...».

Aquí Dagoberto echó una mirada de sorpresa por el cuarto, se interrumpió y dijo a su mujer:

—¿Dónde están las niñas?...

Francisca sintió helársele el corazón y dijo con voz apagada:

—Amigo mío... yo... —y no pudo terminar.

—¿Rosa y Blanca? ¿Dónde están? Responde. Tampoco está aquí «Malasombra».

—No te incomodes...

—Vamos —dijo bruscamente Dagoberto—, las habrás dejado salir con una vecina; ¿por qué no las acompañaste tú misma, o no les rogaste que me aguardasen si querían dar una vuelta? Bien me hago cargo, este cuarto es tan triste... Pero es

extraño que se hayan marchado antes de saber noticias de la buena Gibosa, pues tienen un corazón angelical. ¿Pero cómo estás tan pálida? —añadió el soldado mirando a Francisca más de cerca—. ¿Qué tienes, pobre mujer mía, qué tienes? —Y Dagoberto tomó afectuosamente la mano de Francisca.

Ésta, dolorosamente conmovida por aquellas palabras, pronunciadas con suma bondad, bajó la cabeza y besó llorando la mano de su marido. El soldado sintiendo las ardorosas lágrimas que le caían sobre la mano, prorrumpió:

—¡Lloras! ¡Nada respondes! ¡Dime lo que te aflige, mi pobre mujer! ¿Es acaso porque te he hablado algo recio cuando te pregunté por qué dejaste salir a mis queridas niñas con una vecina? ¿Qué quieres que te diga? Su madre me las confió al morir, y esto, ya lo comprendes, es sagrado. Así es que soy siempre para ellas lo que una gallina para sus polluelos —añadió riendo para distraer a Francisca.

—Y razón tienes en quererlas.

—Vamos, sosiégate: ya me conoces; con mi voz recia, soy en el fondo un hombre de bien. Puesto que tú estás bien segura de la vecina, ese mal es de poca importancia; pero en adelante, mi buena Francisca, no hagas nada en ese punto sin consultarme. ¿Conque las niñas te han rogado que las dejases ir a paseo con «Malasombra»?

—No... amigo... yo...

—¿Cómo no? ¿Quién es, pues, esa vecina a quien las has confiado? ¿A dónde las ha llevado? ¿Cuándo las traerá?

—Yo... no sé... —dijo Francisca con voz débil.

—¡No lo sabes! —prorrumpió Dagoberto irritado; y luego, conteniéndose, prosiguió en tono de reconvención amistosa—: ¡Tú no lo sabes! ¿No podías fijarles una hora, o mejor no confiarlas a nadie? Fuerza es que esas niñas te hayan rogado con mucho ahínco que las dejases dar una vuelta. Sabían que iba a volver de un instante a otro; ¿cómo es que no me han esperado? Eh, Francisca, te pregunto por qué no me han aguardado. Pero contéstame... por Dios; ¡tú harías condenar a un santo! —exclamó Dagoberto dando una patada en el suelo—. Responde, pues.

El valor de Francisca se había desvanecido; aquellas interrogaciones apremiantes, que debían venir a parar en el descubrimiento de la verdad, le hacían padecer mil tormentos atroces. Así es que prefirió acabar de una vez; decidióse pues a sobrellevar el peso de la ira de su marido como víctima humilde y resignada, pero tercamente fiel a la promesa que había jurado delante de Dios a su confesor. No teniendo fuerzas para levantarse, bajó la cabeza, y dejando caer sus brazos, dijo a su marido con voz débil: «Haz de mí cuanto quieras... mas no me preguntes lo que se ha hecho de las niñas... pues nada podría responderte».

Aunque hubiese caído un rayo a los pies del soldado, no hubiera recibido una conmoción más violenta y profunda; púsose pálido, su calva frente se cubrió de un frío sudor; con la mirada fija, atontado, estuvo durante algunos segundos inmóvil, mudo, petrificado. Y luego, saliendo de pronto de aquel entorpecimiento efímero, con un movimiento de energía terrible, cogió a su mujer por los hombros, y levantándola

tan fácilmente como levantara una pluma, la plantó de pie delante de sí, e inclinándose hacia ella, exclamó con acento desesperado:

—¡Las niñas!...

—¡Perdón!... ¡Perdón!... —contestó Francisca con voz angustiada.

—¿Dónde están las niñas?... —respondió Dagoberto sacudiendo entre sus fuertes manos aquel pobre cuerpo endeble, añadiendo con voz atronadora—: ¿Responderás?... ¡Las niñas!...

—Mátame... o perdóname..., mas no puedo responderte —contestó la desventurada con aquella terquedad inflexible y suave a la par de las personas tímidas, cuando están persuadidas de que obran bien.

—¡Desdichada! —gritó el soldado. Y loco de ira, de dolor, de desesperación, levantó a su mujer como si hubiese querido arrojarla y estrellarla contra el suelo. Pero este hombre era demasiado valiente para cometer una cobarde crueldad. Pasado aquel ímpetu de furor involuntario, soltó a Francisca... Anonadada cayó ésta de rodillas, juntó las manos, y por el movimiento de sus labios se vio que oraba.

Dagoberto se turbó un instante; lo que le acontecía era tan repentino, tan incomprendible, que necesitó algunos minutos para reponerse y persuadirse bien de que su mujer, aquel ángel de bondad cuya vida no era más que una serie de adorables sacrificios; su mujer, que sabía lo que eran para él las hijas del mariscal Simón, acababa de decirle:

—No me preguntes nada sobre su suerte, no puedo contestarte...

El ánimo más firme hubiera vacilado ante este hecho inexplicable, trastornado. El soldado, recobrando un poco de calma y considerando el asunto con más serenidad, hizo este raciocinio sensato:

—Sólo mi mujer puede explicarme este misterio inconcebible. No quiero ni pegarla ni matarla... Usemos pues todos los medios posibles para hacerla hablar, y sobre todo, procuremos contenernos.

Dagoberto tomó una silla, señaló otra a su mujer siempre arrodillada y le dijo:

—Siéntate.

Dócil y abatida, Francisca se sentó.

—Óyeme, mujer —continuó Dagoberto con voz breve y acentuada con sobresaltos involuntarios que descubrían su violenta impaciencia, contenida apenas—. Tú comprenderás que esto no puede quedar así... ya lo sabes... nunca me valdré de la violencia contigo... Ahora mismo he cedido a un primer ímpetu... Lo siento, y no lo repetiré, cuenta con eso. Pero en fin, es fuerza que yo sepa dónde están las niñas. Su madre me las confió, y yo no las he traído aquí del fondo de la Siberia para que hoy vengas tú a decirme: «No me preguntes, no puedo decirte lo que he hecho de ellas». Ésas no son razones; supón que el mariscal Simón llegase ahora mismo y me dijera: «Dagoberto, ¿y mis niñas?». ¿Qué querías tú que yo le respondiese?... Veamos, estoy sosegado, ya lo ves, estoy sosegado... Ponte en mi lugar... ¿qué quieres que yo le dijese al mariscal? ¿Eh? ¡Di! ¡Habla, pues!

—¡Ay de mí! Amigo...

—No se trata de ayes —dijo el soldado enjugándose la frente, cuyas venas estaban tan hinchadas que parecían iban a reventar—; ¿qué quieres que yo conteste al mariscal?

—Acúsame a él, todo lo sufriré, todo lo diré...

—¿Qué dirás?

—Que tú me habías confiado las dos niñas, que tú saliste, que a tu vuelta, no habiéndolas hallado, me preguntaste, y que yo te respondí que no podía decirte qué había sido de ellas.

—¡Ah! ¡Y el mariscal se contentará con tales razones! —dijo Dagoberto apretando nerviosamente los puños sobre sus rodillas.

—Desgraciadamente no podré darle otras... ni a él, ni a ti... No... aun cuando me amenazase con la muerte, yo no podría...

Dagoberto dio un bote en la silla al oír esta respuesta, hecha con una resignación que desesperaba. Su paciencia se había acabado; no queriendo sin embargo ceder a nuevas amenazas de cuya impotencia estaba bien convencido, levantóse bruscamente, abrió una ventana, y expuso al frío su frente ardiente; más sosegado, dio algunos pasos por el cuarto y volvió a sentarse junto a su mujer.

Ésta con los ojos anegados en llanto, tenía clavadas sus miradas en el Cristo, pensando que también a ella le habían impuesto una pesada carga. Dagoberto prosiguió:

—Según el modo con que me has hablado, he visto al instante que no ha sucedido ningún accidente que comprometa la salud de las niñas.

—No... ¡oh!... no; gracias a Dios, están buenas. Esto es cuanto puedo decirte.

—¿Han salido solas?

—No puedo decirlo.

—¿Se las ha llevado alguien?

—¡Ay de mí! ¿A qué preguntarme? no puedo responder.

—¿Volverán aquí?

—No lo sé.

Dagoberto se levantó furiosamente; de nuevo iba a perder la paciencia. Después de haber dado algunos pasos por el cuarto, volvió a sentarse.

—Pero en fin —dijo a su mujer—, tú no tienes ningún interés en ocultarme el paradero de las niñas; ¿por qué te niegas a decírmelo?

—Porque no puedo obrar de otro modo.

—Yo creo que sí, cuando sepas algo que me obligas a decirte. Óyeme —añadió Dagoberto con voz conmovida—. Si esas niñas no me son devueltas la víspera del 13 de febrero, y ya ves que el tiempo urge, tú me pones respecto de las hijas del mariscal Simón en la posición de hombre que las hubiese robado, despojado, ¿lo oyes?, despojado —dijo el soldado con voz alterada; y luego, con un acento de desconsuelo que partió el corazón de Francisca, añadió—: Y no obstante, yo había hecho cuanto

puede hacer un hombre de bien, traer aquí a las niñas. Tú no sabes lo que yo he tenido que padecer por el camino; mis desvelos, mis zozobras; porque, en fin, siendo soldado, y encargado de dos niñas... sólo a fuerza de sacrificios, he podido salir del paso. Y cuando, en premio, creía yo poder decir a su padre: «Ahí tenéis a vuestras hijas...».

El soldado enmudeció. A la violencia de sus primeros arrebatos, sucedía un enternecimiento doloroso; echó a llorar amargamente.

A la vista de las lágrimas que corrían por el bigote cano de Dagoberto, Francisca sintió por un momento desfallecer su resolución; pero pensando en el juramento que había hecho a su confesor, y diciéndose que se trataba nada menos que de la eterna salvación de las huérfanas, acusóse mentalmente de aquella mala tentación, que el abate Dubois afearía luego, y repuso con voz medrosa:

—¿Cómo es posible que te acusen de haber despojado las niñas como estabas diciendo?

—Sabe, pues —replicó Dagoberto, pasándose la mano por los ojos—, que si esas niñas han arrastrado tantas fatigas y desdichas para venir aquí desde el fondo de la Siberia, es porque se trata para ellas de importantes intereses, de una fortuna inmensa tal vez... y que si ellas no se presentan el 13 de febrero... aquí... en París, calle San Francisco, está todo perdido, y por culpa mía, puesto que soy responsable de lo que tú has hecho.

—¡El 13 de febrero... calle de San Francisco! —dijo Francisca mirando a su marido con sorpresa—; cómo Gabriel...

—¿Qué dices... de Gabriel?

—Cuando le recogí, el desgraciado expósito llevaba al cuello una medalla... de bronce...

—¡Una medalla de bronce! —prorrumpió el soldado absorto—; con estas palabras: «En París os hallaréis el 13 de febrero de 1832, calle de San Francisco».

—Sí. ¿Cómo sabes tú?...

—¡Gabriel también! —dijo el soldado para sí; luego añadió vivamente—: ¿Sabe Gabriel que tú hallaste esa medalla que él llevaba?

—Se lo dije hace tiempo, también tenía en la faltriquera, cuando le recogí, una cartera llena de papeles escritos en lengua extranjera, los que entregué al señor abate Dubois, mi confesor, para que los examinase. Díjome que no tenían importancia; algún tiempo después, cuando una persona muy caritativa, que se llama Mr. Rodin, se encargó de la educación de Gabriel y de hacerle entrar en un seminario, el abate Dubois entregó los papeles y la medalla a Mr. Rodin; desde entonces no he oído hablar más de ello.

Cuando Francisca habló de su confesor, un rayo de luz iluminó el entendimiento del soldado, aunque estuviese muy lejos de presumir las maquinaciones que desde largo tiempo se estaban tramando en torno de Gabriel y de las huérfanas; presintió que su mujer debía obedecer a algún secreto influjo del confesionario, influjo cuyo

objeto y alcance no comprendía en verdad, pero que le explicaba, en parte al menos, la inconcebible terquedad de Francisca en callar con respecto a las huérfanas. Después de un momento de reflexión, se levantó y dijo severamente a su mujer mirándola fijamente.

—En todo esto anda un cura.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no tienes el menor interés en ocultarme el paradero de las niñas: tú eres la mejor de las mujeres; tú estás viendo cuanto sufro; si tú obras por ti misma tendrías compasión de mí.

—Amigo mío...

—¡Te digo que todo esto me huele a confesionario! —repitió Dagoberto—. Tú nos sacrificas a mí y a las niñas a tu confesor: pero oye lo que digo, sabré dónde vive... y ¡mil rayos le partan! iré a preguntarle quién, si él o yo, es dueño de mi casa; y si calla... —añadió el soldado con aire amenazador—, le forzaré a hablar.

—¡Santo Dios! —prorrumpió Francisca juntando las manos con espanto al oír tan sacrílegas palabras—, ¡un cura!... piénsalo bien... ¡un cura!

—Un cura que arroja la discordia, la alevosía, y la desgracia en mi casa es un miserable a quien tengo derecho de pedir cuenta del mal que ha hecho a mí y a los míos. Así, pues, dime ahora mismo dónde están las niñas, o si no, te prevengo que voy a preguntarlo a tu confesor. Se está aquí tramando alguna vileza de que tú eres cómplice sin saberlo, mujer desdichada... Bien, más quiero habérmelas con otro que contigo.

—Amigo mío —dijo Francisca con voz dulce y firme—, mucho te equivocas, si crees imponer miedo con la violencia a un hombre respetable que hace veinte años se encargó de mi salvación; es un anciano respetable.

—Poco importa la edad para el caso.

—¡Dios Santo!, ¿a dónde vas? ¡Estás temible!

—Voy a tu iglesia... allí te conocerán sin duda. Preguntaré por tu confesor, y allá veremos.

—Amigo mío, por Dios —prorrumpió Francisca con espanto arrojándose delante de Dagoberto, que se encaminaba a la próxima puerta—; piensa a lo que te expones ¡Dios mío!, ¡ultrajar a un cura! ¡No sabes que es un caso reservado!

Estas últimas palabras eran lo más horroroso que en medio de su candor creía la mujer de Dagoberto poder decir a su marido; pero el soldado sin hacerle caso, se desprendió de los brazos de su mujer, e iba a salir con la cabeza descubierta, cuando se abrió la puerta. Era el comisario de policía, seguido de la Gibosa y del agente que llevaba el lío que habían embargado a la muchacha.

—¿El comisario? —exclamó Dagoberto reconociéndole por la banda—. ¡Ah! me alegre, no podía venir más a tiempo.

LIII

El interrogatorio

—¿La señora Francisca Baudoin? —preguntó el magistrado.

—Yo soy, señor —contestó Francisca; y viendo a la Gibosa que pálida no se atrevía a adelantarse, le tendió los brazos—. ¡Ah! ¡Pobre hija mía! —exclamó llorando—, perdóname... por nosotros también... has tenido que sufrir esta humillación.

Habiendo la mujer de Dagoberto abrazado tiernamente a la joven costurera, ésta se volvió hacia el comisario y le dijo con dignidad triste:

—Ya lo veis... señor... no había robado.

—Según eso, señora —preguntó el magistrado a Francisca—; el vaso de plata, el chal, las sábanas, que forman este lío...

—Todo me pertenece, señor; por hacerme un favor esta joven querida, la criatura más honrada que existe, se encargó de llevar esos objetos al Monte de Piedad.

—Ya lo veis —dijo el magistrado severamente al agente de policía—; habéis cometido un grave error. Daré cuenta de ello, y pediré que se os castigue; marchaos. —Y dirigiéndose a la Gibosa—: Desgraciadamente, señorita, lo único que puedo hacer es manifestaros mi verdadero pesar por lo que ha sucedido. Creed que me es muy sensible lo que habéis tenido que padecer por una equivocación.

—Lo creo muy bien, señor —respondió la Gibosa—, y os doy las gracias por ello. —Y se sentó postrada, porque después de tantas emociones, su ánimo y sus fuerzas se hallaban agotadas.

Iba a retirarse el magistrado, cuando Dagoberto, que hacía algunos instantes meditaba profundamente, le dijo con entereza:

—Señor comisario... tened la bondad de escucharme; deseo hacer una declaración ante vos.

—Hablad.

—Lo que voy a comunicaros es muy importante.

—Y como magistrado os escucho.

—Hace dos días que he llegado a París, trayendo conmigo desde Rusia a dos jóvenes que me había confiado su madre, la esposa del señor mariscal Simón.

—¿Del señor mariscal duque de Ligny? —exclamó el comisario muy sorprendido.

—Sí, señor; ayer las dejé aquí, pues me vi obligado a salir de París por un negocio muy urgente. Esta mañana, durante mi ausencia han desaparecido, y estoy seguro que conozco a la persona que las ha hecho desaparecer.

—Amigo mío... —prorrumpió Francisca asustada.

—Señor —dijo el magistrado—, vuestra declaración es de suma gravedad. Desaparición de personas... secuestro quizá... ¿Pero estáis bien seguro de ello?

—Estas jóvenes, no hace una hora que estaban aquí... Os repito, durante mi ausencia, me las han arrebatado...

—No quisiera poner en duda la sinceridad de vuestra declaración; no obstante, un rapto tan brusco, es difícil de explicar. Además, ¿quién os dice que esas niñas no vuelvan?, ¿de quién sospecháis? Mirad bien todo esto antes de entablar vuestra acusación. Tened presente que es un magistrado quien os escucha. En saliendo de aquí es muy fácil que la justicia se haga cargo de este asunto.

—Eso es lo que deseo. Soy responsable de esas niñas para con su padre que debe llegar de un momento a otro, y debo procurar justificarme.

—Todas esas razones las entiendo, pero os repito que os cuidéis de no dejaros llevar de sospechas mal fundadas. Una vez hecha vuestra declaración, quizá me vea obligado a obrar preventivamente y en el acto, contra la persona a quien acuséis. Por consiguiente, si cometieseis un error, las consecuencias para vos serían desagradables. Sin ir más lejos —dijo el magistrado con emoción indicando a la Gibosa—, ya veis cuáles son los efectos de una falsa acusación.

—Amigo mío, ya lo oyes —exclamó Francisca muy asustada de la determinación de Dagoberto con respecto al abate Dubois—; te ruego que no digas una palabra más...

Mas el soldado, persuadido de que la influencia del confesor de Francisca era lo único que podía haber determinado a ésta a obrar y a callarse dijo con firmeza:

—Acuso al confesor de mi mujer de ser el autor o el cómplice del rapto de las hijas del mariscal Simón.

Francisca lanzó un triste gemido y ocultó el rostro entre sus manos, en tanto que la Gibosa, que se había acercado a ella, procuraba consolarla. El magistrado que había oído la deposición de Dagoberto con gran sorpresa, le dijo severamente:

—¿Pero estáis seguro que no acusáis sin razón a un hombre revestido del carácter más respetable? ¡Un sacerdote! Se trata de un ministro de la iglesia. ¡Os lo había advertido, debierais haber reflexionado...! Todo esto se va complicando; a vuestra edad, una ligereza no admitiría disculpa.

—¡Qué diablos! —exclamó Dagoberto con inquietud—, a mi edad se tiene sentido común; éstos son los hechos. Mi mujer es la criatura mejor y más respetable que pueda haber; preguntadlo en todo el barrio, y os lo dirán; pero es devota, hace ya veinte años que no sigue otro impulso que el de su confesor. Adora a su hijo, también me quiere mucho; pero antes es su confesor.

—Señor —dijo el comisario—, esos datos íntimos...

—Son indispensables, vais a verlo; salgo hace una hora para reclamar a esa pobre Gibosa; vuelvo a casa, y las jóvenes ya habían desaparecido; pregunto a mi mujer, con quien habían quedado, que en dónde se hallaban, y se echa a mis pies sollozando, y me dice: «Haz de mí lo que quieras; pero no me preguntes qué se ha hecho de las

niñas, pues no puedo responderte».

—¿Sería cierto, señora? —exclamó el comisario mirando a Francisca con sorpresa...

—Arrebatos, amenazas, ruegos, todo ha sido inútil —continuó Dagoberto—; siempre me ha respondido con dulzura: «Nada puedo decirte». Ahora bien, esto es lo que yo sostengo, mi mujer ningún interés tiene en haber hecho desaparecer a esas niñas; estando bajo el dominio de su confesor, ha obrado por su orden, sirviendo de ciego instrumento: él es el único culpable.

A medida que Dagoberto hablaba, leíase en el semblante del comisario lo mucho que se interesaba, mirando a Francisca, quien, sostenida por la Gibosa, lloraba amargamente.

El magistrado, después de un momento de reflexión, se acercó a la mujer de Dagoberto y le dijo:

—Habéis oído, señora, lo que acaba de manifestar vuestro marido.

—Sí, señor.

—¿Qué tenéis que decir para justificaros?...

—Pero, señor —exclamó Dagoberto—, no es a mi mujer a quien acuso: no lo entiendo así; es... a su confesor.

—Os habéis dirigido al magistrado; a él corresponde obrar según crea conveniente para descubrir la verdad. Señora, os vuelvo a preguntar ¿qué tenéis que decir para justificaros?

—¡Ay, Dios mío! nada, señor.

—¿Es cierto que vuestro marido al marcharse os dejó encomendadas esas niñas?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que a su regreso no las ha hallado?

—Sí, señor.

—¿Es también cierto que cuando os preguntó en dónde estaban, le contestasteis que nada le podíais decir sobre ese particular?

Y el comisario esperaba la respuesta de Francisca con curiosidad.

—Sí... señor —dijo sencilla y cándidamente—; eso mismo respondí a mi marido.

El magistrado hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Cómo, señora!, ¿no tenéis otra respuesta que dar a los ruegos de vuestro marido? ¿Os habéis negado a darle la menor noticia? Esto no es probable ni posible.

—No obstante es la verdad.

—Pero, en fin, señora. ¿Qué se ha hecho a las jóvenes que se os han confiado?

—Nada puedo manifestar sobre este particular. Si no he respondido a mi pobre marido, mucho menos lo haré a cualquiera otra persona.

—Ya lo veis —exclamó Dagoberto—, ¿tenía razón? ¿Es natural que una mujer honrada y excelente, razonable, y desinteresada, hable de este modo? Os lo repito, es negocio del confesor. Obremos contra él activamente, todo lo sabremos y mis pobres niñas me serán devueltas.

El comisario dijo a Francisca sin poder reprimir cierta emoción:

—Señora, voy a hablaros con severidad, pero mi deber me obliga a ello. Todo esto se complica tanto, que no puedo menos de ir a informar a la justicia de lo que pasa, convenís en que esas jóvenes os han sido confiadas y no obstante no podéis presentarlas. Ahora bien, prestadme atención; si os negáis absolutamente a dar algunas aclaraciones sobre este asunto, vos sola seréis la responsable de su desaparición. Y me veré precisado, bien a pesar mío, a prenderos.

—¡A mí! —exclamó Francisca aterrorizada.

—¡A ella! —repitió Dagoberto—. Nunca. Os repito que es a su confesor a quien acuso. Mi pobre mujer, ¡prenderla! —Y se puso a su lado, como deseando protegerla.

—Señor, ya es demasiado tarde —dijo el comisario—; habéis entablado vuestra queja sobre el rapto de dos jóvenes. Según las declaraciones de vuestra misma mujer, hasta ahora es la única persona que aparece culpable. Es obligación mía presentarla ante el señor procurador del rey, que resolverá lo que tenga por conveniente.

—Y yo os digo que mi mujer no saldrá de aquí —exclamó Dagoberto en tono amenazador.

—Señor —dijo el comisario sin inmutarse—, me hago cargo de vuestro pesar; pero os pido en beneficio de la verdad, que no os opongáis a una medida que dentro de diez minutos os será materialmente imposible impedir.

Estas palabras, dichas con calma, hicieron entrar en razón al soldado.

—Pero, en fin, señor, no es a mi mujer a quien acuso.

—Deja, amigo mío, no te ocupes de mí —dijo la mujer mártir con resignación de ángel—. El Señor me envía esta dura prueba, soy su digna sierva y debo aceptar sus disposiciones con agradecimiento; que me prendan si quieren no por eso sabrán más de mí que lo que he dicho acerca de esas pobres niñas.

—Ya veis, mi mujer no está en sí —prosiguió Dagoberto—, no podéis detenerla.

—No resulta ningún cargo, prueba ni indicio contra la otra persona a quien acusáis y que hasta su mismo carácter pone a cubierto. Dejad que me lleve a vuestra mujer, acaso después del primer interrogatorio os será devuelta. Me es muy sensible —añadió el comisario con voz conmovida—, tener que cumplir semejante misión en el momento que el arresto de vuestro hijo debe seros...

—¡Eh! —prorrumpió Dagoberto, mirando a su mujer y a la Gibosa con pasmo—, ¿qué dice? mi hijo...

—¡Pues qué!, ¡lo ignorabais! ¡Ah! señor, dispensadme —dijo el magistrado dolorosamente enternecido—; me es muy sensible... haberos hecho esta revelación.

—¡Mi hijo! —repitió Dagoberto, poniendo las manos en su frente—, mi hijo... preso.

—Por un delito político... de poca entidad —dijo el comisario.

—¡Ah! es demasiado... ¡todo a la vez! —exclamó el soldado, dejándose caer sobre una silla y ocultando el rostro entre sus manos.

* * *

Después de una triste despedida en que Francisca, a pesar de sus temores, permaneció fiel al juramento que había hecho al abate Dubois, Dagoberto, que se había negado a ir a deponer contra su mujer, que estaba con los codos apoyados sobre la mesa, agobiado por tantas emociones, no pudo menos que prorrumpir:

—¡Ayer... tenía a mi lado... a mi mujer... a mi hijo... a mis dos pobres huérfanas... y ahora... solo... solo!

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando una voz dulce y triste se dejó oír detrás de él y le dijo tímidamente:

—Señor Dagoberto, yo estoy aquí... Si me lo permitís, os serviré y estaré a vuestro lado.

Era la Gibosa.

LIV

Las máscaras

La mañana siguiente al día en que la mujer de Dagoberto fue conducida por el comisario de policía ante el procurador del rey, ocurría en la plaza de Châtelet una escena bulliciosa en frente de una casa cuyo primer piso y los bajos estaban ocupados por los espaciosos salones de una fondista que tenía por muestra una ternera mamando.

Acababa de espirar la noche del jueves de carnestolendas. Un sinnúmero de máscaras grotescas salía de los bailes.

Aquel gentío, aumentado con las gentes a quienes su profesión les obligaba a circular muy de mañana por las calles de París, se había concentrado en uno de los ángulos de la plaza, de suerte que una muchacha contrahecha que la atravesaba en aquel momento se vio envuelta por todos lados.

Aquella muchacha era la Gibosa, que habiendo madrugado, iba a buscar varias piezas de ropa a casa de la persona que la empleaba.

Aquella cuadrilla, siempre cambiando sus chanzonetas con las otras máscaras, estaban aguardando al parecer con suma impaciencia la llegada de una persona. Las palabras siguientes entabladas entre campesinos y campesinas, bateleras, turcos y sultanas, y otras parejas, darán una idea de la importancia de los personajes tan ardientemente esperados.

—Su comida está apalabrada para las siete de la mañana: ya deberían haber llegado los coches.

—Sí, pero la «Reina Bacanal» habrá querido conducir la última carrera del Prado.

—A haberlo sabido, me hubiera quedado para ver a mi reina querida.

—Gobinete, si la vuelves a llamar tu reina adorada, te doy un arañazo; entretanto allá va un pellizco.

—Celestina, estáte quieta; me pones negro el raso natural con que me adornó mi madre al nacer.

—¿Por qué llamas a esa Bacanal tu reina querida? Entonces ¿qué vengo yo a ser para ti?

—Tú eres mi adorada, mas no reina mía; porque así como no hay más que una luna en las noches de la naturaleza, no hay más que una Bacanal en las noches del Prado...

—¡Me choca la explicación! Zopenco, quita allá.

—Gobinete tiene razón; la reina estaba soberbia esta noche.

—Vamos andando.

—Gobinete, dame el chal, harto me lo has estropeado ciñéndote con él ese

cuerpo; no necesito echar a perder mis prendas por unos zambombos que denominan reinas a las demás mujeres.

—Vamos, Celestina, no te enojés; voy disfrazado de turco, y al hablar de esas bayaderas o danzarinas orientales, no salgo de mi papel.

—Tu Celestina es como las otras; tiene celos de la «Reina Bacanal».

—¡Celos! ¡Qué error! Si yo quisiese ser tan desvergonzada como ella, también hablarían de mí. Pero bien considerado todo, ¿en qué consiste su nombrandía? en su apodo.

—En cuanto a eso, nada tienes que envidiarle, puesto que te llaman Celestina.

—Ya sabes, Gobinete, que así me llamo.

—Cierto, pero se me antoja un apodo cuando te miro.

—Gobinete, también te cargaré eso en cuenta.

—Y otro te ayudará a echar la suma; ¿eh?

—Cierto que sí, y veréis el total, pondré el uno y llevaré el otro, y el otro no serás tú.

—Celestina, me estás afligiendo; quería decirte que tu nombre de un ángel está en contraposición con tu carita hechicera mucha más vivaracha que la de la «Reina Bacanal».

—Bien está, malvado, míname ahora.

—Te juro por la cabeza aborrecida de mi casero, que si quisieses, tendrías tanto garbo como la «Reina Bacanal», lo cual es mucho decir.

—Y que magnetiza a los gendarmes.

—Por más que quieran incomodarse, siempre acaba por hacerles reír.

—Y todos la llaman «reina mía».

—Esta misma noche ha hechizado a un municipal, cuyo pudor se había «gendarmeado» —vaya una palabra feliz si se hubiese inventado antes de las gloriosas jornadas—. Decía, pues, que el rubor de un municipal se había «gendarmeado» mientras que la reina estaba bailando el paso del tulipán borrascoso.

—¡Qué contradanza! «Duerme en cueros» y la «Reina Bacanal» tenían parejas de frente a «Rosa Pompón» y a «Nini Moulin».

—Y los cuatro meneando tulipanes más y más borrascosos.

—A propósito; ¿es verdad lo que se dice de Nini Moulin?

—¿Qué es lo que dicen?

—Que es un literato que escribe libros sobre la religión.

—Sí, es verdad, lo he visto muchas veces en casa de mi amo, adonde va a comprar: Mal pagador, pero ¡vaya un farsante!

—¿Y hace el devoto?

—Ya lo creo, cuando es menester; y entonces es Mr. Dumoulin, grueso como el brazo; mueve los ojos a un lado y a otro, anda con el cuello atravesado; pero cuando ha concluido su revista, se evapora en los bailes de candil que idolatra, y donde las mujeres le han llamado «Nini Moulin»; si a estas señas agregáis que bebe como un

pez, conoceréis al perillán. Y esto no le estorba escribir en los periódicos religiosos; de ahí es que los hipocritones, a quienes engaña más que ellos a él, no juran sino en su nombre. Es cosa de ver sus artículos o folletos (verlos solamente, no leerlos); a cada página se habla en ellos del diablo, del tremendo castigo que guarda a los impíos y revolucionarios, de la autoridad de los obispos, del poder del papa...

—La verdad es que es un gran comilón y que bebe que da gusto. ¡Qué piruetas y saltos de agua daba con Rosita Pompón en la contradanza del tulipán borrascoso!

—¡Y qué bella cabeza con su casco romano y sus botas de campaña!

—Rosa Pompón baila también que es un primor; hace unos quiebros muy poéticos; cancanea maravillosamente.

—¡Vaya una muchacha rarísima!

—Yo no comprendo cómo puede seguir tanto tiempo con «Duerme en cueros».

—Porque ha sido jornalero.

—¡Qué tontería! ¡Vaya que nos sentaría bien a nosotros envanecernos porque somos estudiantes o mozos de tienda! No; yo extraño la fidelidad de la reina.

—De ahí que Nini Moulin, que olfatea los festines, se haya hecho conocido suyo esta noche; eso sin contar que tendrá sus miras malvadas sobre la «Reina Bacanal».

—¡Él!, ¡bah!, ¡es bastante feo! las mujeres gustan de tenerle de pareja, porque hace reventar de risa la galería; pero no pasa de ahí. Rosita Pompón, que es tan linda, le ha tomado como testafarro que no puede comprometerla en ausencia de su estudiante.

—¡Ah!, ¡los coches!, ¡ahí vienen los coches! —gritó el gentío a una voz.

La Gibosa, obligada a permanecer junto a las máscaras, no había perdido una palabra de aquel coloquio penoso para ella, por cuanto se trataba de su hermana, a quien no veía hacía ya tiempo. Sin que la «Reina Bacanal» tuviese mal corazón, el cuadro de la profunda miseria de la Gibosa, miseria que había partido de ella, pero que no había tenido el valor de sufrir por mucho tiempo, causaba a aquella alegre muchacha accesos de tristeza amarga; así es que no se presentaba ante su hermana después de haber querido, aunque en vano, hacerle aceptar unos socorros que ésta había rehusado, sabiendo que su origen no era nada honroso.

—¡Los coches! ¡Los coches! —prorrumpió nuevamente el gentío atropellándose hacia adelante con entusiasmo, de suerte que la Gibosa, sin quererlo, se halló colocada en primera hilera entre los más ansiosos por ver desfilar la comparsa.

Y con efecto, era aquello un espectáculo sumamente curioso. Un hombre montado, disfrazado de postillón, con chaqueta bordada de plata, una cola enorme de donde se desprendían raudales de polvo, con un sombrero realzado con cintas inmensas, iba delante del primer coche, dando fuertes chasquidos con el látigo, y gritando redobladamente: «¡Paso!, ¡paso a la “Reina Bacanal” y a su corte!».

En aquel landó descubierto, tirado por cuatro caballos, montados por dos viejos postillones vestidos de diablos, se levantaba una verdadera pirámide de hombres y mujeres sentados, de pie, encaramados, todos ellos con los trajes más extravagantes,

más grotescos y disparatados: creíble mezcla de colores brillantes.

La gente repetía:

—¡Viva la «Reina Bacanal»!

El segundo coche, landó descubierto como el primero, no contenía más que los cuatro corifeos del paso del Tulipán borrascoso, Nini Moulin, Rosa Pompón, «Duerme en cueros» y la «Reina Bacanal».

Dumoulin, aquel escritor religioso que quería disputar la señora de la Sainte-Colombe al influjo de los amigos de Mr. Rodin, de su patrón; Dumoulin, denominado Nini Moulin, de pie sobre los cojines delanteros, hubiera ofrecido un magnífico asunto de estudio a Callot o a Garvani, sobre todo a Garvani, el eminente artista que al numen mordaz y a la maravillosa fantasía del noble caricaturista, hermana la poesía y profundidad de Hogarth.

Nini Moulin, de unos treinta y cinco años de edad, llevaba muy caído hacia atrás un casco romano de papel plateado; un plumero con mango de palo encarnado, de plumas negras, estaba clavado al lado de aquel tocado cuyas líneas, quizás harto clásicas, rompía agradablemente.

Debajo de aquel casco se dilataba la cara más rubicunda, más alegre que jamás haya sido purpurada por los espíritus sutiles de un vino generoso. Una nariz muy saliente, pero cuya forma primitiva se disimulaba modestamente bajo una lozana florescencia de granos matizados de rojo, caracterizaba muy chocarreramente aquella cara lampiña, a la cual daba una expresión de extraña jovialidad una boca ancha de labios abultados, manifestándose su contento en sus grandes ojos pardos al nivel de la cabeza.

Al ver a aquel buen hombre alegre con panza de Sileno, preguntábase uno cómo era posible que no hubiese anegado cien veces en el vino aquella hiel, aquella bilis, aquella ponzoña que destilaban sus folletos contra los enemigos del ultramontanismo, y cómo podían sobrenadar sus creencias católicas en medio de aquel desenfreno báquico.

Cuestión es ésta que hubiera parecido insoluble, a no pensar que los cómicos encargados de los papeles más negros y odiosos son, fuera de esto, los mejores hombres del mundo.

Como el frío era muy intenso, Nini Moulin llevaba un capote entreabierto que dejaba ver su coraza de escama de pez y su túnica color de carne, cortada repentinamente debajo de las pantorrillas por las vueltas amarillas de sus botas. Inclinado hacia delante, daba gritos salvajes entrecortados con estas palabras: «¡Viva la “Reina Bacanal”!» después de lo cual hacía rechinar una enorme matraca que tenía en la mano.

«Duerme en cueros», en pie al lado de Nini Moulin, hacía ondear un estandarte de seda blanca, donde se leían estas palabras: «Amor y gozo a la “Reina Bacanal”».

Tenía «Duerme en cueros» unos veinte y cinco años. Su semblante inteligente y alegre, adornado de patillas castañas, enflaquecido por las veladas y los excesos,

expresaba una muestra singular de indiferencia, osadía, indolencia y burla, pero ninguna pasión vil o malvada había dejado en él su rastro fatal. Era el tipo perfecto del «parisién», ya en el ejército, ya en las provincias, ya a bordo de los buques de guerra o de los mercantes.

«Duerme en cueros» iba vestido, como suele decirse, de matón; llevaba una chaqueta de terciopelo negro con botones de plata, chaleco abierto, pantalones de rayas anchas y azules, un chal de cachemira por faja.

En el fondo del landó, en pie sobre los cojines, estaba Rosa Pompón, ex-galonera, de diez y siete años; tenía la carita más linda y zalamera que pueda imaginarse; estaba coquetamente vestida con traje de carretero.

Sus anchos pantalones de la misma tela y del mismo color que la chaqueta, eran más que medianamente indiscretos.

La «Reina Bacanal» se apoyaba con una mano sobre el hombro de Rosa Pompón, sobre quien descollaba su cabeza. La hermana de la Gibosa presidía verdaderamente a fuer de soberana aquella loca embriaguez.

Era una muchacha de unos veinte años, lista y bien formada, de facciones regulares, de aire alegre y provocativo; lo mismo que su hermana, tenía una magnífica cabellera de color castaño, y ojos azules, que en vez de ser suaves y tímidos como los de la costurera, brillaban con un ardor infatigable para el placer.

Su disfraz, aunque extraño y parecido al de los saltimbanquis, le caía perfectamente. Componíase de una especie de largo corsé de paño de oro, guarnecido de grandes lazos de cintas encarnadas que colgaban sobre sus brazos desnudos, y de un tonelete corto de terciopelo encarnado, adornado de lentejuelas de oro.

Jamás tuvo bailarina española un talle de más pronunciada curvatura, más elástico, y por decirlo así, más inquieto, que aquella muchacha singular, que estaba poseída del demonio de la danza y del movimiento; pues a cada instante un gracioso balanceo de cabeza, acompañado de una leve ondulación de espaldas y caderas, parecía seguir la cadencia de una orquesta invisible.

Una especie de diadema dorada, emblema de su bulliciosa majestad, adornada de ruidosos cascabeles, ceñía su frente; su cabellera, dispuesta en dos grandes trenzas, ondeaba en torno de sus mejillas encarnadas e iba a caer detrás de su cabeza; su mano izquierda descansaba sobre el hombro de Rosa Pompón, y con la derecha empuñaba un ramillete, con el cual saludaba al gentío riendo a carcajadas.

Difícil fuera pintar este cuadro tan bullicioso, tan animado, tan loco, que completaba un tercer landó, lleno como el primero de una pirámide de máscaras grotescas.

Entre aquella alegre muchedumbre, una sola persona estaba contemplando aquella escena con tristeza profunda; y ésta era la Gibosa, siempre colocada en la primera hilera de los espectadores a pesar de sus conatos para escapar.

Separada de su hermana desde largo tiempo, volvíala a ver por primera vez en toda la pompa de su singular triunfo, en medio de los gritos, de los vítores de sus

compañeros de placer. Sin embargo, los ojos de la joven costurera se empañaron de lágrimas; aunque la «Reina Bacanal» tomaba parte al parecer en la bulliciosa algazara de los que la rodeaban, aunque su rostro estaba radiante, aunque disfrutaba al parecer de todo el brillo de un lujo pasajero, compadeciéndola no obstante sinceramente.

La Gibosa dejó de ocuparse del gentío para contemplar a su hermana, a quien tiernamente amaba, tanto más tiernamente, cuando la juzgaba digna de compasión. Con los ojos clavados en aquella muchacha alegre, su pálido y dulce semblante expresaba una compasión tierna, un interés profundo y doloroso.

De repente las brillantes y alegres ojeadas que la «Reina Bacanal» iba paseando por el gentío, se encontró con la triste mirada de la Gibosa.

—¡Hermana mía! —prorrumpió Cefisa (ya hemos dicho que así se llamaba la «Reina Bacanal»)—. ¡Hermana mía!

Y ágil como una pluma, de un salto la «Reina Bacanal» abandonó su trono ambulante, que felizmente estaba entonces inmóvil, y hallóse delante de la Gibosa, a quien abrazó afectuosamente.

Todo esto había pasado con tanta rapidez, que los compañeros de la «Reina Bacanal», absortos aún con el arrojado de su arriesgado brinco, no sabían a qué atribuirlo; las máscaras que rodeaban a la Gibosa se desviaron atónitas, y aun ella misma, embargada con la dicha de abrazar a su hermana, a quien devolvía sus caricias, no se acordó del silencio que podía provocar la extrañeza y las risas del gentío.

Cefisa fue la primera que se fijó en ello, y deseando salvar a su hermana de su humillación, volvióse al coche y dijo:

—Rosa Pompón, échame la capa; y vos Nini Moulin, abridme presto la puertezuela.

La «Reina Bacanal» recibió la capa con la cual envolvió a la Gibosa, antes que ésta atónita, hubiese podido hacer un movimiento; y luego, cogiéndola por las manos, le dijo:

—Ven... ven...

—¡Yo! —prorrumpió con espanto.

—¡Estás en tu juicio! Es forzoso que te hable. Pediré un gabinete donde estemos solas: despacha, hermana mía, no resistas delante de tanta gente, ven...

El temor de llamar la atención decidió a la Gibosa, quien por otra parte, atontada con el lance, trémula, siguió maquinalmente a su hermana que la arrastró al coche cuya portezuela había abierto Nini Moulin.

Como la capa de la «Reina Bacanal» encubría los pobres vestidos y a la joroba de la Gibosa, el gentío no pudo reír, y extrañó sólo aquel encuentro, mientras que los coches llegaban a la puerta de la fonda de la plaza del Châtelet.

Los contrastes

Pocos minutos después del encuentro de la Gibosa con la «Reina Bacanal», estaban las dos hermanas reunidas en un gabinete de la fonda.

—Deja que otra vez te abrace —dijo Cefisa a la costurera—: al menos ahora estamos solas ¿ya no tienes miedo?

Al movimiento que hizo la «Reina Bacanal» para estrechar a la Gibosa en sus brazos, se cayó la capa que la cubría. A la vista de aquellos pobres vestidos, en que apenas había reparado en la plaza del Châtelet en medio del gentío, juntó Cefisa las manos y no pudo contener una expresión de dolorosa sorpresa, enseguida, acercándose a su hermana para contemplarla más de cerca, tomó entre sus manos las flacas y heladas de la Gibosa y estuvo examinando durante algunos minutos con creciente dolor a aquella desventurada criatura pálida, extenuada por las privaciones y las veladas, vestida a penas de una mala tela de lienzo remendado.

—¡Ay!, ¡hermana, cuánto siento verte de este modo! —Y no pudiendo proseguir, la «Reina Bacanal» se arrojó al cuello de la Gibosa prorrumpiendo en llanto, y en medio de aquellos sollozos añadió—: ¡Perdóname!, ¡perdóname!

—¿Qué tienes, querida Cefisa? —exclamó la joven costurera, hondamente conmovida, desprendiéndose con blandura de los brazos de su hermana—. Tú me pides perdón ¿y de qué?

—¿De qué? —contestó Cefisa levantando el rostro anegado en lágrimas y encarnado de vergüenza—; ¿no es para mí un baldón el andar vestida con este lujo, tirar tanto dinero en locuras, cuando tú estás vestida de este modo, cuando careces de todo, cuando te estás muriendo quizás de miseria y desamparo, pues nunca te he visto tan pálida, tan fatigada...?

—No te aflijas, querida hermana, no estoy mala; he trasnochado un poco, cierto, y esto es la causa de mi palidez. Pero, ¡por Dios!... no llores, no me desconsueles.

La «Reina Bacanal» acababa de llegar radiante en medio de una multitud enardecida de gozo, y la Gibosa era quien la consolaba. En esto sobrevino un accidente que aumentó el contraste. Oyéronse de pronto alegres gritos en la sala contigua, y retumbaron estas palabras pronunciadas con entusiasmo:

—¡Viva la «Reina Bacanal»! ¡Viva la «Reina Bacanal»!

La Gibosa se estremeció, y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver a su hermana, que tapándose el rostro con ambas manos, parecía estar anonadada de vergüenza.

—Cefisa —le dijo—, no te aflijas de ese modo; harías que me pesase la dicha de este encuentro; ¡y me alegro tanto! ¡Hace tanto tiempo que no te he visto! ¿Pero qué tienes? Dímelo.

—Quizás me desprecias... y tienes razón —dijo la «Reina Bacanal» enjugándose los ojos.

—¡Despreciarte! ¡Yo, Dios Santo! ¿Y por qué?

—Porque llevo la vida que ves, en lugar de tener como tú la fortaleza de soportar la miseria.

El dolor de Cefisa era tan amargo, que la Gibosa, siempre indulgente y bondadosa, quiso ante todo consolar a su hermana, realzarla un poco a sus propios ojos, y le dijo con ternura:

—Soportándola como lo hiciste durante un año, mi querida Cefisa, has mostrado más mérito y valor del que yo necesito para sobrellevarla toda mi vida.

—¡Ah! Mi hermana... no digas eso.

—Hablemos con franqueza —contestó la Gibosa— ¿a qué tentaciones está expuesta una criatura como yo? ¿Acaso no busco naturalmente la soledad como tú buscas la vida bulliciosa y el placer? ¿Qué necesidades tengo, desdichada de mí? Con poquísimo me basta.

—Y ese poco... no siempre lo tienes.

—No; pero hay privaciones que yo, débil y enfermiza, puedo aguantar; no obstante mejor que tú, de modo que el hambre me causa una especie de embotamiento, que termina en una gran debilidad... A ti, robusta y viva, el hambre te exaspera, te causa delirio... ¡Ay de mí! Harto recordarás cuántas veces te he visto presa de aquellas crisis dolorosas, cuando en nuestra bohardilla, de resultas de una paralización del trabajo, ni siquiera podíamos ganar los cuatro francos a la semana, y no teníamos nada, absolutamente nada para comer, pues nuestro orgullo no permitía que fuésemos a mendigar a nuestros vecinos.

—Ese orgullo al menos lo has conservado tú.

—Y tú también ¿no resististe cuanto cabe en criatura humana? Pero las fuerzas tienen un término; harto te conozco, Cefisa; ante el hambre cediste; ante el hambre y ante la penosa obligación de un trabajo excesivo, que ni siquiera te producía con que cubrir lo más necesario.

—¡Pero tú sufrías y estás sufriendo todavía tan ásperas privaciones!

—¿Acaso puedes compararte conmigo? Ven —dijo la Gibosa, cogiendo a su hermana por la mano, y conduciéndola delante de un espejo colocado sobre un sofá—. Mírate. ¿Crees que Dios, haciéndote tan hermosa, dotándote de una sangre ardiente, de un carácter alegre, ligero, comunicativo, apasionado por el placer, ha querido que tu juventud se ajase en el fondo de una helada buhardilla, sin ver jamás el sol clavada en la silla, vestida de harapos, y trabajando sin tregua y sin esperanza? No, porque Dios nos ha dado otras necesidades además del comer y del beber. Hasta en nuestra condición humilde, ¿no necesita la hermosura ningún adorno? ¿No necesitan todas las edades distracción y descanso? Si tú hubieses ganado un salario suficiente para saciar el hambre, para divertirte uno o dos días a la semana después de un trabajo diario de doce o quince horas, para agenciarte las modestas galas que tan

imperiosamente está pidiendo tu rostro hechicero, estoy segura de que no hubieras pedido nada más, mil veces me lo has dicho; así, pues, has cedido a una exigencia irresistible, porque tus necesidades son mayores que las mías.

—Es verdad —respondió la «Reina Bacanal», con aire pensativo—. Si hubiese hallado con que ganar ocho reales diarios tan sólo, mi vida hubiera sido muy diversa, pues en los comienzos, hermana, me humillaba muchísimo vivir a costa ajena.

—Así es como fuiste arrebatada invenciblemente, querida Cefisa; sin eso yo te reconveniría en vez de compadecerte. Tú no elegiste tu suerte, sino que la sufriste, como yo estoy padeciendo la mía.

—¡Pobre hermana! —dijo Cefisa abrazando tiernamente a la Gibosa—; tú tan desdichada, tú me alientas, me consuelas... cuando yo soy quien debería compadecerte...

—No te entristezcas —dijo la Gibosa—; Dios es justo y bondadoso; si me ha negado muchísimas ventajas, me ha dado mis goces, así como a ti te ha dado los tuyos.

—¿Tus goces?

—Sí, y muy grandes; sin ellos la vida me fuera penosa. No tendría la entereza de sobrellevarla.

—Ya te comprendo —dijo Cefisa conmovida—, todavía hallas medio de sacrificarte por los demás, y esto mitiga tus quebrantos.

—A lo menos hago cuanto está en mi mano, aunque es poco; pero cuando lo alcanzo —añadió la Gibosa con suave sonrisa—, soy feliz y quedo pagada de mí como una pobre hormiga que de mucho afán ha llevado un tallo de hierba o una paja al nido común, pero no hablemos más de mí.

—Sí, hablemos de ti, por más que te enojas —añadió la «Reina Bacanal»—; voy a hacerte otra vez una proposición que ya desechaste.

—Santiago, a lo que entiendo, tiene aún dinero; nosotros lo gastamos en locuras, repartiendo alguno entre las gentes pobres cuando se presenta la ocasión. Te pido que me dejes ayudarte... harto lo estoy viendo en tu pobre rostro, por más que procures encubrírmelo; tú te aniquilas a fuerza de trabajar.

—Gracias, mi querida Cefisa, conozco tu generoso corazón; pero nada necesito. Lo poco que gano me basta.

—No quieres... —dijo tristemente la «Reina Bacanal»—, porque sabes que mis derechos sobre este dinero no son honrosos. Enhorabuena; comprendo tus escrúpulos. Pero al menos acepta un favor de Santiago; ha sido jornalero como nosotras... Los camaradas se ayudan unos a otros. Por Dios, acepta... o voy a creer que no me amas.

—Y yo creeré que tú me menosprecias, si insistes, querida Cefisa —dijo la Gibosa en tono tan firme y suave a la par, que bien echó de ver la «Reina Bacanal» la inutilidad de toda persistencia. Bajó pues tristemente la cabeza, y asomó otra lágrima en sus ojos.

—Mi negativa te aflige —dijo la Gibosa cogiéndole la mano—; mucho lo siento;

pero recapacita, y me comprenderás.

—Tienes razón —dijo la «Reina Bacanal» con amargura, después de una corta pausa—; tú no puedes aceptar auxilios de mi amante; sólo el proponértelo era un ultraje. Hay posiciones tan humillantes que manchan hasta el bien que uno quisiera hacer.

—No ha sido mi ánimo ofenderte, Cefisa; bien lo sabes.

—¡Oh! —contestó la «Reina Bacanal»—, por muy atolondrada que sea, tengo a veces momentos de juicio... aun en medio de mis mayores locuras. Afortunadamente son raros.

—¿Y en qué piensas entonces?

—Pienso en que la vida que llevo no es honrada; entonces quiero pedir a Santiago una pequeña cantidad, la precisa para asegurar mi subsistencia durante un año; entonces me propongo ir a vivir contigo y ponerme otra vez a trabajar como antes.

—¡Pues bien! buena es esa idea ¿por qué no la sigues?

—Porque en el momento de ir a ejecutarla, me examino detenidamente, y hallo que me falta el ánimo; harto lo conozco; nunca podré adquirir otra vez el hábito del trabajo, y menos renunciar a esta vida, ora rica como hoy, ora precaria, pero libre siempre, ociosa, alegre, indiferente, y mil veces preferible a la que llevaría ganando cuatro francos a la semana. Por otra parte, nunca me ha guiado el interés; muchas veces me he negado a dejar a un amante que andaba escaso por otro rico a quien yo no quería; nunca he pedido nada para mí. Santiago ha gastado ya quizás diez mil francos en estos tres o cuatro meses, y sólo tenemos dos malos aposentos mal amueblados, pues siempre vivimos fuera como los pájaros; por fortuna, cuando yo empecé a quererle, no tenía nada absolutamente; yo había vendido por cuatrocientos reales algunas joyas que me habían regalado, y puesta aquella suma a la lotería; como la dicha sigue siempre a los locos, gané dieciséis mil reales. Santiago estaba tan alegre, tan entusiasmado como yo, y nos dijimos: «Mucho nos queremos; mientras dure el dinero seremos dichosos; cuando no lo tengamos, una de dos, o estaremos cansados uno de otro, y entonces nos diremos adiós, o bien nos amaremos todavía; entonces para permanecer juntos probaremos de ponernos nuevamente a trabajar; si no podemos e insistimos en no separarnos... con una arroba de carbón salimos del paso».

—¡Oh cielos! —prorrumpió la Gibosa espantada.

—No temas; no tenemos para qué llegar a este extremo. Todavía nos quedaba algo, cuando un agente de negocios, que me había obsequiado, pero que era tan feo que me impedía ver sus riquezas, sabiendo que yo vivía con Santiago, me indujo a... ¿Pero a qué fastidiarte con estos detalles? En una palabra, han prestado dinero a Santiago sobre unos derechos muy dudosos que, según dicen, tiene a una herencia. Con este dinero nos divertimos, y mientras no se acabe, iremos andando.

—Pero, querida Cefisa; ¿por qué no colocáis ese dinero en vez de gastarlo locamente?, ¿y por qué no te casas con Santiago puesto que le amas?

—¡Oh! Cuanto a lo primero —contestó la «Reina Bacanal» riendo, pues ya empezaba a recobrar su carácter voluble y alegre—; colocar dinero a interés no tiene ningún aliciente, pues no da más distracción que el estar mirando un pedacito de papel que os dan en cambio de las monedas de oro con que uno puede proporcionarse mil placeres. Por lo que hace a casarme, ciertamente quiero a Santiago como nunca he amado a nadie; con todo, me parece que si estuviese casada con él, toda nuestra dicha se desvanecería; pues al fin, como querido, nada tiene que decirme de lo pasado; pero como marido, tarde o temprano me lo echaría en cara, y si mi conducta merece reconvención, más quiero reconvenirme yo a mí misma, porque lo haré siempre con buenos modos.

—Enhorabuena, loca; pero ese dinero no puede durar siempre ¿qué haréis después?

—Después... ¡ah!, ¡bah! Después... eso es hablar de la luna. Siempre me parece que el día de mañana no llegará en cien años. Si uno pensase constantemente en que hay que morir un día, no valdría la pena de vivir.

El coloquio de Cefisa y de la Gibosa fue interrumpido otra vez por un estruendo horroroso que dominaba el ruido agudo y penetrante de la matraca de Nini Moulin; luego a aquel tumulto sucedió un coro de alaridos inhumanos en medio del cual se distinguían estas palabras que hicieron retemblar las vidrieras.

—¡La «Reina Bacanal»! ¡La «Reina Bacanal»!

Asustóse la Gibosa al oír aquellas voces.

—Es mi corte que pierde la paciencia —dijo Cefisa riendo.

—¡Dios mío! —prorrumpió la Gibosa con espanto—, ¿y si vienen aquí a buscarte?

—No, nada temas.

—Sí... ¿no oyes pasos?... corren por el corredor... ya se acercan... ¡Oh! por Dios, hermana, haz que pueda yo ausentarme sin ser vista de esa gente.

En el momento en que se abría la puerta, corrió a ella Cefisa. Vio en el corredor una diputación a cuya cabeza iban Nini Moulin, armado de su formidable matraca, Rosa Pompón y «Duerme en cueros».

—¡La «Reina Bacanal», o me enveneno con un vaso de agua! —gritó Nini Moulin.

—¡La «Reina Bacanal», o lanzo la proclama de mi unión con Nini Moulin! —gritó Rosita Pompón con aire resuelto.

—¡La «Reina Bacanal»! ¡Su corte se levanta y viene a arrebatarla! —dijo otra voz.

—Sí, sí, robémosla —repitió un coro formidable.

—Entra tú solamente, Santiago —dijo la «Reina Bacanal», a pesar de aquellas amenazas; y luego, encarándose con su corte en tono majestuoso, añadió—: Dentro de diez minutos estoy con vosotros, y entonces habrá una tormenta infernal.

—¡Viva la «Reina Bacanal»! —gritó Dumoulin agitando su matraca, mientras

entraba en el gabinete «Duerme en cueros».

—Santiago, ésta es mi buena hermana.

—Me alegro de veros, señorita —dijo Santiago cordialmente—, y tanto más me alegro cuanto me daréis noticias del camarada Agrícola. Desde que hago el papel de millonario no nos vemos, pero quiérole siempre... ¿vivís en su casa? ¿Sigue bien el amigo?

—¡Ay, señor! han llovido muchas desgracias sobre él y su familia. Está en la cárcel.

—¡En la cárcel! —prorrumpió Cefisa.

—¡Agrícola, en la cárcel!... ¡él!... ¿y por qué? —dijo «Duerme en cueros».

—Por un delito político de poca consideración; se había contado ponerle en libertad mediante fianza...

—Sin duda... con dos mil reales... yo entiendo esas cosas —dijo «Duerme en cueros».

—Desgraciadamente ha sido imposible; el sujeto con quien se contaba...

Aquí interrumpió la «Reina Bacanal» a la Gibosa, diciendo a «Duerme en cueros»:

—Ya lo oyes, Santiago: Agrícola está en la cárcel por no tener dos mil reales.

—¡Pardiez! que te escucho y te comprendo; y no hay para que andarse con señas. ¡Pobre muchacho y mantiene a su madre!

—¡Ay! sí señor; y es tanto más de sentir cuanto que su padre acaba de llegar de Rusia, y su madre...

—Tomad, señorita —dijo «Duerme en cueros», interrumpiendo otra vez a la Gibosa, y dándole una bolsa—, tomad. Ya está todo pagado aquí de antemano: esto es lo que me queda de mi caja; ahí dentro hallaréis de 25 a 30 doblones en oro; no puedo emplearlos mejor que sirviéndome de ellos para un camarada afligido. Dadlos al padre de Agrícola; él practicará los pasos necesarios, y mañana estará su hijo en la fragua... donde se hallará mejor que yo.

—Santiago, abrázame —dijo la «Reina Bacanal».

—Ahora mismo y después y siempre —añadió Santiago abrazando alegremente a la reina.

La Gibosa titubeó un momento; pero pensando en que aquella suma que iba a gastarse locamente podía restituir la vida y la esperanza a la familia de Agrícola, y que aquellos 100 duros devueltos más tarde a Santiago le serían tal vez entonces de suma utilidad, aceptó, y al tomar la bolsa dijo con ojos humedecidos:

—Señor Santiago, acepto. Sois generoso y bueno; al menos tendrá hoy el padre de Agrícola este consuelo en medio de su gran pesadumbre. Gracias, repito.

—No hay para qué darme las gracias, señorita. Cuando uno tiene dinero, tanto es para los otros como para sí...

En este punto volvieron a empezar los gritos más furiosos que nunca y la matraca de Nini Moulin se oyó más reciamente que antes.

—Cefisa, van a romperlo todo ahí dentro si no vienes, y ahora no tengo con que pagar lo roto —dijo «Duerme en cueros»—. Perdonad, señorita —añadió riendo—; ya lo veis: el trono tiene sus obligaciones.

Cefisa, conmovida, alargó los brazos a la Gibosa, quien se arrojó en ellos derramando abundantes lágrimas.

—Y ahora —dijo a su hermana—, ¿cuándo te volveré a ver?

—Pronto; aunque me causa mucha pena verte en una miseria que no quieres permitirme aliviar.

—¿Vendrás?, ¿me lo prometes?

—Os lo prometo por ella —dijo Santiago—; iremos a veros a vos y a vuestro vecino Agrícola.

—Vamos, vuelve a tu contento, Cefisa, diviértete a tus anchas. Bien puedes hacerlo, puesto que el señor Santiago va a hacer muy feliz a una familia entera.

Diciendo esto, después que «Duerme en cueros» se hubo cerciorado de que podía salir sin ser vista de sus bulliciosos compañeros, la Gibosa bajó furtivamente, impaciente por llevar a Dagoberto una feliz nueva; pero quiso pasar antes a la calle de Babilonia al pabellón ocupado hacía poco por Adriana de Cardoville.

Ya se sabrá más adelante la causa de la determinación de la Gibosa.

En el instante en que la muchacha salía de la fonda, tres hombres vestidos con decencia hablaban en voz baja y se consultaban al parecer mirando la fonda.

Poco después bajó otro precipitadamente la escalera.

—¿Y qué tenemos? —preguntaron los tres primeros con interés manifiesto.

—Allí está.

—¿Estás cierto?

—¿Acaso hay en la tierra dos «Duerme en cueros»? —contestó el otro—; acabo de verle; está disfrazado de matón; cuando menos permanecerán tres horas a la mesa.

—Entonces aguardadme aquí, y disimulad cuanto podáis. Voy a buscar al jefe, y negocio concluido.

Y diciendo estas palabras desapareció uno de aquellos hombres por una calle que salía a la plaza.

* * *

En este momento entraba la «Reina Bacanal» en la sala del banquete, acompañada de «Duerme en cueros», siendo saludada con las más frenéticas aclamaciones.

—Ahora —prorrumpió Cefisa con una especie de arrebató calenturiento, y como si hubiese deseado aturdirse—; ahora, amigos míos, vengan tormentas, huracanes, inundaciones y toda clase de terremotos... —Y añadió, alargando el vaso a Nini Moulin—: ¡Bebamos!

—¡Viva la Reina! —prorrumpieron todos a una voz.

El despertador

La «Reina Bacanal», teniendo en frente a «Duerme en cueros» y Rosa Pompón, y a su derecha a Nini Moulin, presidía el almuerzo llamado «despertador», bondadosamente ofrecido por Santiago a sus compañeros de placer.

Diríase que aquellos mozos y muchachas habían olvidado las fatigas de un baile empezado a las once de la noche y terminado a las seis de la mañana; todas aquellas parejas, tan alegres como amorosas e infatigables, reían, comían, bebían con un afán juvenil, durante la primera parte del desayuno, se habló muy poco, y no se oyó mas que el ruido del choque de los vasos y de los platos.

La fisonomía de la «Reina Bacanal» estaba menos jovial y animada que de costumbre.

Santiago miraba de vez en cuando a Cefisa con una adoración apasionada, porque la singular conformidad de carácter, de ideas y de voluntad que existía entre él y la «Reina Bacanal», hacía que las raíces de sus relaciones fuesen más sólidas de lo que suelen serlo las del efímero cariño basado en el placer.

Cefisa y Santiago ignoraban aún toda la extensión de un amor rodeado hasta entonces de fiestas y alegría, y que ningún acontecimiento siniestro había contrariado.

—¡Cuidado contigo, Nini Moulin! La marea del vino sube que es un contento — dijo Rosa Pompón.

—¡Cuando le cubra la cabeza quedará ahogado! —añadió la «Reina Bacanal».

—¡Oh!, ¡reina! no tratéis de divertirme, estoy meditando —contestó Dumoulin.

—Está meditando —dijo Rosa Pompón—; Nini Moulin medita; ¡atención!

—Sí, medito —repuso gravemente Dumoulin—, estoy meditando acerca de la vida en general y en particular. El vino, de quien el inmortal Bossuet —tenía Dumoulin el inconveniente de citar a Bossuet cuando estaba embriagado—, el vino, de quien el tal Bossuet, que era inteligente, dijo: «En el vino están el valor, la fuerza, la alegría, la embriaguez espiritual»...

—Cuando uno tiene ingenio, entendámonos —añadió Nini Moulin.

—Siendo así, adoro a tu Bossuet —dijo Rosa Pompón.

—En cuanto a mi meditación particular, versa sobre la cuestión de saber si el vino de las bodas de Canaán era tinto o blanco... así es que ora lo pregunto al vino blanco, ora al tinto, ora a entrambos a la vez.

—Si yo dijese: «Quien quiere beber», estoy cierto de que contestaríais: ¡Presente!

—Presente... presentísimo —gritó Dumoulin haciendo con una mano el saludo militar y levantando con la otra el enorme vaso.

—Además, cuando los hombres han bebido juntos —repuso cordialmente

«Duerme en cueros»—, es preciso conocerse a fondo. Mi nombre es Santiago Rennepont.

—¡Rennepont! —exclamó Dumoulin como pasmado de aquel nombre, a pesar de su embriaguez— ¿os llamáis Rennepont?

—Rennepont, y cuanto cabe en Rennepont. ¿De qué os admiráis?

—Es que hay una familia antigua de ese apellido... Los condes de Rennepont...

—¡Ah! —dijo «Duerme en cueros» riendo.

—Los condes de Rennepont, que son también duques de Cardoville —añadió Dumoulin.

—¿Os parece, compadre, que debo el nacimiento a semejante familia... yo, jornalero, metido siempre en comilonas y francachelas?

—¿Vos jornalero?, ¡por lo visto caemos en las «Mil y una Noches»! —exclamó Dumoulin cada vez más atónito—; nos das un banquete de Baltasar con acompañamiento de coches de a cuatro caballos, ¿y sois jornalero?... Decidme pronto vuestro oficio, y a él me atengo, y abandono la viña del Señor donde gano medianamente mi jornal.

—¡Ea! no vayas a creer que soy artífice de billetes de banco o de moneda falsa —dijo Santiago sonriendo.

—¡Ah! camarada... tal suposición... —repuso Dumoulin.

—Es perdonable al ver lo que gasto. Pero no hay cuidado, estoy derrochando una herencia.

—¿Sin duda os estaréis comiendo y bebiendo un tío? —dijo graciosamente Dumoulin.

—A fe que no lo sé.

—¿Cómo es eso?, ¿no sabéis la especie de lo que coméis?

—Figuraos, en primer lugar, que mi padre era traperero.

—¡Diablos! —dijo Dumoulin muy confuso, aunque por lo general era muy poco escrupuloso en punto a la elección de sus compañeros de botella.

Pero pasado su primer asombro, prosiguió con mucha gracia:

—También hay traperos de mucho mérito.

—A fe que creéis reiros —dijo Santiago—, y con todo tenéis razón; mi padre era un hombre de grandísimo mérito, hablaba griego y latín como un erudito, y siempre me decía que en punto a matemáticas no tenía quién le igualase: eso sin contar que había viajado mucho.

—Pues entonces —replicó Dumoulin, a quien la sorpresa ahuyentaba la borrachera—, puede que seáis de la familia de los condes de Rennepont.

—En tal caso —dijo Rosa Pompón riendo—, vuestro padre recogía trapos viejos como aficionado y solamente por honor.

—¡No, no! que lo hacía para vivir —contestó Santiago—; pero cuando mozo había vivido a sus anchas, según parece, o, por mejor decir, por lo que ya no parecía en medio de su desdicha. Se había dirigido a un pariente rico, pero el pariente rico le

había dicho: «¡Adiós, amigo!». Entonces quiso utilizar lo que sabía de griego, latín y matemáticas, mas no le fue posible: parece que a la sazón bullían en París los eruditos. Entonces, antes que se muriese de hambre, anduvo buscando su sustento con la punta de su garfio, y a fe mía que lo encontré, puesto que me mantuvo por espacio de dos años, cuando pasé a vivir con él, después de la muerte de una tía con quien estuve en una casa de campo.

—Vuestro respetable padre era un filósofo —dijo Dumoulin—; pero a menos que se tropezase con una herencia en la esquina de un guardacantón, no acierto a ver el origen de la herencia de que tratáis.

—Esperad el fin del cuento. A la edad de doce años entré de aprendiz en la fábrica de Mr. Tripeaud; dos años después murió mi padre, dejándome los muebles de nuestra buhardilla: un jergón, una silla y una mesa, y además, dentro de una caja carcomida de agua de colonia, unos papeles, escritos al parecer en inglés, y una medalla, la cual con su cadenilla podía valer dos reales. Nunca me había hablado de estos papeles. No sabiendo para qué podían servir, los había yo dejado en el fondo de una maleta vieja en vez de quemarlos, e hice bien, por cuanto sobre estos papeles me han prestado dinero.

—¡Qué dicha! —dijo Dumoulin—. ¿Con que sabían que los teníais?

—Sí, uno de aquellos hombres que siguen la pista de los créditos antiguos, fue a verme con Cefisa, quien me habló de ello: después de haber leído los papeles, el sujeto me dijo que el negocio era dudoso; pero que si yo quería me prestaría en cambio cuarenta mil reales, ¡cuarenta mil reales! Era un tesoro y acepté sin vacilar.

—Hubierais debido recapacitar que aquellos créditos debían ser de muchísimo valor.

—A fe que no, puesto que mi padre, que debía de saber su valor, no los había usado. Y luego, cuarenta mil reales en hermosos y buenos doblones sonantes, que os caen encima sin saber de dónde... Eso se toma siempre, y así fue que los cogí sin titubear. Sin embargo, el agente de negocios me hizo firmar una letra de cambio... en garantía... sí, lo recuerdo muy bien, en garantía.

—¿Y la firmasteis?

—¿Qué me importaba a mí? Era una mera formalidad, según me dijo el agente de negocios, y decía la verdad, puesto que ha vencido hace ya unos quince días y no he oído hablar más del negocio. Todavía me quedan unos cuatro mil reales en poder del agente, a quien he hecho mi cajero, visto que tenía caja... y he aquí, compadre, de dónde proceden mis francachelas, comiendo y bebiendo día y noche, alegre por haber dejado al bribón del fabricante, Mr. Tripeaud.

Al pronunciar este nombre, nublóse repentinamente el semblante de Santiago, tan alegre hasta entonces. Cefisa, que ya no se hallaba bajo la impresión dolorosa que le había embargado un instante, miró a Santiago con zozobra, porque sabía hasta qué punto le irritaba el nombre de Mr. Tripeaud.

—Mr. Tripeaud —prosiguió «Duerme en cueros»—, es un sujeto capaz de volver

malos a los buenos, y peores a los malos. Dicen que a buen jinete, buen caballo; pero también se debería decir a buen fabricante buen operario. ¡Por vida de...! ¡Cuando pienso en aquel hombre!... —y «Duerme en cueros» dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Vamos, Santiago, piensa en otra cosa —dijo la «Reina Bacanal»—. Rosa Pompón, hazle reír...

—No tengo ganas de reír —contestó Santiago en tono brusco, enardecido aún más por el vino—; no puedo remediarlo; cuando me acuerdo de aquel hombre, me exaspero. Deberíais haberle oído: «¡Pícaros jornaleros, canalla! Gritan que no tienen pan en el vientre —decía Mr. Tripeaud—. ¡Pues bien! ¡Se les meterá a bayonetazos! Esto los sosegará». ¿Y qué diremos de los niños que trabajan en su fábrica, ¡pobres criaturas! extenuándose y muriendo a docenas? Pero ¿qué importaba? Muertos aquéllos, siempre acudían otros. No son los niños caballos que no se pueden sustituir sino con dinero.

—Está visto que no queréis al que fue vuestro jefe —dijo Dumoulin atónito al ver el aire sombrío e inquieto de «Duerme en cueros»; y sintiendo que la conversación hubiese tomado aquel giro grave, deslizó algunas palabras al oído a la «Reina Bacanal», la que le contestó con una seña de inteligencia.

—No, yo no quiero a Mr. Tripeaud —prosiguió «Duerme en cueros»—; le aborrezco; ¿sabéis por qué? Porque es culpa suya tanto como mía el que yo haya venido a parar en calavera; no digo esto por alabarme, pero es cierto; siendo niño, estuve de aprendiz con él; entonces tenía tanto afán por el trabajo que hasta me quitaba la camisa para trabajar con más desembarazo; y por esto me llamaron «Duerme en cueros»... ¡Pues bien! Por más que me mataba nunca se me dijo una palabra que me alentase; yo era el primero en llegar al taller y el último en salir. Nada, ni siquiera lo notaban; un día me hiezo con la máquina, me llevan al hospital... salgo de él... débil todavía: no importa, vuelvo a mi trabajo... los otros que sabían el pago y conocían al fabricante, me decían: «¡Vaya un majadero! ¡Matarse así! ¿Qué conseguirás de tanto afán?... Haz el trabajo justo, mentecato, no ganarás más ni menos». Mas ni por ésas; yo me afanaba siempre; al fin, un día, un viejo honrado, a quien llamaban el padre Arsenio, que hacía tiempo que trabajaba en la casa y era un dechado de buena conducta; un día, pues, el padre Arsenio fue despedido porque sus fuerzas iban menguando en demasía. Aquello era para él un golpe de muerte; tenía una mujer achacosa, y a su edad, no podía colocarse en otra parte... Cuando el jefe del taller le dio la noticia, el pobre buen hombre no acertaba a creerlo, y echóse a llorar amargamente. En aquel punto pasó por allí Mr. Tripeaud: el padre Arsenio le rogó juntando las manos que le conservase a la mitad del precio. «¡Eh! —le dijo Mr. Tripeaud encogiéndose de hombros—, ¿crees por ventura que voy a hacer de mi fábrica una casa de inválidos? Ya no puedes trabajar, vete». «He estado trabajando durante cuarenta años de mi vida; ¿qué queréis que sea de mí? ¡Dios mío!»; exclamaba el padre Arsenio. «¿Y a mí qué me importa eso? —le contestó Mr.

Tripeaud; y encarándose con el jefe de taller, le dijo—: Haz el descuento de su semana, y que se marche». El padre Arsenio se marchó; sí, se marchó; pero aquella misma noche, él y su vieja mujer se asfixiaron. Yo era a la sazón un chiquillo, pero la historia del padre Arsenio me ha enseñado una cosa, y es, que lo que uno se mata en el trabajo sólo redunda en beneficio de los fabricantes, quienes ni aún os lo agradecen, y no queda más perspectiva para la ancianidad que morir de hambre junto a un guardacantón. Desde aquel día se apagó todo mi ardor y me dije: ¿Qué es lo que voy a ganar con hacer más de lo que debo? ¿Acaso me llega a mí un átomo de los montones de oro que mi trabajo proporciona a Mr. Tripeaud? Así, pues, como no tenía ninguna ventaja de amor propio o de interés en trabajar, me fastidié del trabajo, hice nada más que lo necesario para ganar mi jornal, me volví holgazán, perezoso, bebedor, y me decía: «Cuando el trabajo me fastidie demasiado, haré como el padre Arsenio y su mujer...».

Mientras que Santiago se dejaba llevar, a pesar suyo, por aquellos pensamientos tristes, los demás convidados, prevenidos por la pantomima expresiva de Dumoulin y de la «Reina Bacanal», se habían concertado fácilmente; así que, a una señal de la «Reina Bacanal», que saltó sobre la mesa, derribando con el pie vasos y botellas levantáronse todos gritando con el acompañamiento de la matraca de Nini Moulin:

—¡El tulipán borrascoso!, ¡la cuadrilla del tulipán borrascoso!

Al oír aquellos gritos que estallaron como una bomba, Santiago se estremeció; en seguida, mirando a sus convidados con asombro, se pasó la mano por la frente como para desechar las dolorosas ideas que le embargaban, y gritó:

—Tenéis razón. ¡Molinete y media cadena, y viva la alegría!

En un momento, la mesa, levantada por brazos robustos quedó arrinconada a un extremo de la sala del banquete; los espectadores se agolparon sobre las sillas y bordes de las ventanas, y cantando en coro el aire tan conocido de los «Estudiantes», reemplazaron la orquesta para acompañar la contradanza, formada por «Duerme en cueros», la «Reina Bacanal», Nini Moulin y Rosa Pompón.

Dumoulin, confiando su matraca a uno de los convidados, se volvió a encasquetar su casco romano con plumero; al principio del banquete se había quitado su capote y aparecía en todo el esplendor de su disfraz. Su coraza escamosa terminaba de pronto en sayo de plumas parecido al que llevan los salvajes de la escolta del buey gordo. Pero Nini Moulin tenía la barriga abultada y las piernas flacas, así que sus canillas nadaban a la ventura en sus botas desmesuradas.

Rosita Pompón, con el gorro de medio lado, las manos en las faltriqueras, el cuerpo inclinado hacia delante y meneándose de derecha a izquierda sobre sus caderas, adelantóse hacia Nini Moulin; éste se acercaba a saltos, con la pierna izquierda encogida, la derecha estirada hacia delante, la punta del pie al aire y el talón resbalando sobre el piso; además, golpeábase la nuca con la mano izquierda, alargaba vivamente el brazo derecho, cual si hubiese querido arrojar polvo a los ojos de su pareja.

Esta ocurrencia fue muy celebrada, aunque no era más que el inocente preludio del paso del «tulipán borrascoso», cuando de repente abrióse la puerta; y habiendo uno de los mozos buscado un rato con la vista a «Duerme en cueros», corrió hacia él, y le dijo algunas palabras al oído.

—¡A mí! —prorrumpió Santiago con una gran risotada—: ¡qué burla!

Habiendo el mozo añadido algunas palabras, el semblante de «Duerme en cueros» expresó viva inquietud, y contestó al mozo:

—¡Bien está! allá voy —y dio algunos pasos hacia la puerta.

—¿Qué pasa, Santiago? —preguntó la «Reina Bacanal» sorprendida.

—Vuelvo al instante... póngase alguien en mi lugar: bailad —dijo «Duerme en cueros».

Y salió precipitadamente.

—Algo que no habrá anotado en la cuenta —dijo Dumoulin—; volverá luego.

—Así es —dijo Cefisa—; ahora le toca al caballero solo —dijo al sustituto de Santiago, y siguió la contradanza.

Nini Moulin acababa de coger a Rosa Pompón por la mano derecha y a la «Reina Bacanal» por la izquierda, para balancearse entre las dos, figura en que estaba chusco en extremo, cuando otra vez se abrió la puerta, y el mozo a quien había seguido Santiago se acercó a Cefisa con aire consternado, y le habló al oído, como antes había hablado a «Duerme en cueros».

La «Reina Bacanal» palideció, dio un alarido agudo, se precipitó hacia la puerta y salió corriendo sin pronunciar una palabra, dejando a sus convidados en el mayor asombro.

LVII

La despedida

Siguiendo la «Reina Bacanal» al mozo de la fonda, llegó al pie de la escalera y vio a la puerta un coche en que estaba «Duerme en cueros» con uno de los hombres estacionados dos horas antes en la plaza del Châtelet. A la llegada de Cefisa, el hombre bajó y dijo a Santiago mirando el reloj:

—Os doy un cuarto de hora, una vez trascurrido, emprenderemos nuestra marcha. No intentéis escaparos, porque en tanto que el coche permanezca quieto, vigilaremos las portezuelas.

Cefisa, de un brinco se metió en el coche. Demasiado conmovida para haber podido hablar hasta entonces exclamó sentándose al lado de Santiago y advirtiéndole su palidez:

—¿Qué sucede? ¿Qué exigen de ti?

—Me prenden por deudas —respondió Santiago con voz sombría.

—¿A ti? —contestó Cefisa dando un doloroso grito.

—Sí, por una letra de cambio en fianza que el agente de negocios me hizo firmar, y me dijo que no era más que una pura formalidad. ¡Ladrón!

—Pero, ¡Dios mío!, tienes aún dinero en tu poder... que tome eso a cuenta.

—No me queda un cuarto; me ha enviado a decir por los alguaciles que no me daría los últimos cuatro mil reales, ya que no había pagado la letra de cambio.

—Entonces vamos a su casa a rogarle que te deje en libertad; él fue quien vino a proponerte que te prestaría ese dinero, bien lo sé, pues se dirigió a mí primero. Quizás lograremos que se compadezca.

—¿Compadecerse... un agente de negocios? Quitá allá.

—¿Según eso, no nos queda otra esperanza? —dijo Cefisa juntando las manos con angustia; y luego continuó—: Pero quizá quede algún recurso. Te había prometido...

—Ya ves cómo cumple sus promesas —contestó Santiago con amargura—; firmé sin saber lo que hacía; la letra se halla en toda regla. Inútil sería querer oponerme; acaban de explicármelo.

—Pero no pueden retenerte mucho tiempo en la cárcel. No es posible.

—Cinco años, si no pago. Y como me será imposible verificarlo nunca, negocio concluido.

—¡Ah!, ¡qué desgracia!, ¡y no poder hacer nada! —dijo Cefisa ocultando el rostro entre sus manos.

—Oye, Cefisa —dijo Santiago con voz dolorosamente conmovida—; desde que he entrado en este coche no me preocupa más que una idea; qué será de ti.

—No pienses en mí.

—¿Cómo que no piense en ti? Estás loca. ¿Cómo vas a vivir? El ajuar de nuestros dos cuartos no vale cien francos. Gastábamos tan locamente que ni aun hemos satisfecho el alquiler. Debemos tres meses; por consiguiente no tenemos que contar con la venta de los muebles, y te dejo sin un cuarto. A mí al menos en la cárcel me mantendrán; pero tú... ¿Cómo te arreglarás para vivir?

—¿A qué viene apesadumbrarse de antemano?

—Te pregunto de qué comerás mañana —dijo Santiago.

—Venderé mi disfraz y algunos otros objetos, te enviaré la mitad del dinero y me quedaré con el resto para algunos días.

—¿Y después?

—¿Y después? ¡Maldición! Después... no sé; ¡Dios santo!, ¿qué quieres que te diga? Después ya veremos.

—Escucha, Cefisa —replicó Santiago con honda amargura—; ahora conozco lo que te amo; tengo el corazón tan oprimido a la sola idea de que voy a separarme de ti, que me estremezco no sabiendo cómo te manejarás. —Y Santiago añadió—: Ya ves lo que nos ha perdido: siempre decíamos: mañana no llegará, y al fin ha llegado. Cuando ya no me halle a tu lado, y se te haya acabado el dinero que te produzca la venta de esas prendas, incapaz como estás en el día para el trabajo, ¿qué harás?, ¿quieres que te lo diga? me olvidarás, y... —retrocediendo ante esta idea, Santiago prorrumpió con furor y desesperación—: ¡Desgraciado de mí! Si supiese que tal cosa había de suceder, me estrellaría la cabeza contra las piedras.

Cefisa adivinó lo que Santiago se callaba, y le dijo con efusión echándole los brazos al cuello:

—¿Yo otro amante? ¡Nunca! Porque lo mismo que tú, ahora conozco cuánto te quiero.

—Pero para vivir, mi pobre Cefisa, para vivir...

—¡Pues bien! Me armaré de valor, volveré al lado de mi hermana como en otro tiempo, y como ella trabajaré para ganarme el sustento. No saldré de casa más que para ir a verte. De aquí a algunos días, el agente de negocios, reflexionando, conocerá que es imposible que le pagues los cuarenta mil reales, y hará que te pongan en libertad; entre tanto me habré vuelto a acostumar al trabajo, ya lo verás; tú también volverás a él; viviremos pobres, pero tranquilos.

—Abrázame —le dijo Santiago con los ojos humedecidos—; te creo... me infundes valor ahora y para lo futuro. Tienes razón, es necesario que volvamos al trabajo, porque si no... la arroba de carbón del padre Arsenio. Mira... estaba loco; ahora estoy desilusionado, y veo a dónde íbamos a parar. Una vez agotados nuestros recursos, quizá hubiera yo llegado a ser un ladrón, y tú... una...

—¡Por Dios! Santiago, no digas eso, que me das miedo —exclamó Cefisa, interrumpiendo a «Duerme en cueros»—. Te prometo que volveré al lado de mi hermana, me aplicaré al trabajo, y me armaré de valor.

La «Reina Bacanal» en este momento era sincera, y estaba resuelta a cumplir sus palabras, pues su corazón no había llegado aún a pervertirse, la miseria y la escasez la habían obligado a entrar en esta senda de corrupción como a otras muchas, lo que era una disculpa de su extravío.

Las promesas que hizo a Santiago sosegaron algún tanto el pesar e inquietudes de este hombre, que estaba dotado de bastante inteligencia y carácter para conocer que el fatal declive a que se había dejado arrastrar ciegamente conducía a Cefisa y a él a la infamia.

Uno de los alguaciles llamó a la puerta y dijo a Santiago:

—No tenéis más que cinco minutos; despachad.

—Vamos querida mía, ánimo —dijo Santiago.

—Tranquilízate, lo tendré; puedes estar seguro de ello.

—Supongo que no piensas volver allá arriba.

—¡No, no! —dijo Cefisa—, esa algazara en este momento me causa hastío.

—Todo está pagado; voy a decir a uno de los mozos que les prevenga que no volveremos —dijo Santiago—. Van a quedar muy sorprendidos, pero lo mismo da.

—Si pudieses acompañarme hasta casa... —dijo Cefisa—; ese hombre quizá te lo permitiría, porque en ese traje no puedes ir a la cárcel.

—Es verdad, no creo que se niegue a acompañarme; pero como vendrá aquí dentro con nosotros ya no podremos hablar libremente. Así, déjame que por la primera vez en mi vida te hable con formalidad. Ten presente lo que te voy a decir, mi querida Cefisa... esto puede aplicarse a ti o a mí indistintamente —dijo Santiago en tono conmovido—; desde hoy dedícate al trabajo. Por penoso e ingrato que sea, no titubees, porque si no pronto olvidarías esta lección; como dices muy bien, más tarde ya no estarías a tiempo, y entonces vendrías a parar en lo que otras muchas desgraciadas... ¿me comprendes?

—Ya te entiendo... —dijo Cefisa ruborizándose—; pero preferiría cien veces la muerte a una vida semejante.

—Y harías muy bien, porque en ese caso, mira —añadió Santiago con voz sorda—, te ayudaría... a morir.

—Cuento con eso, Santiago —respondió Cefisa abrazando con exaltación a su amante; y luego continuó con tristeza—: Lo único que puedo decirte es que para vivir y morir juntos siempre me hallarás dispuesta.

—Vamos, enjuga tus ojos —añadió con profunda emoción—. No hagamos niñerías delante de esos hombres.

Algunos minutos después el coche se dirigía hacia la habitación de Santiago para que pudiese mudarse de traje antes de ir a la cárcel por deudas.

* * *

Seguiremos ahora a la Gibosa, que después de haber ido a buscar trabajo a la casa en

que ordinariamente se lo daban, se dirigía al pabellón que ocupaba Adriana de Cardoville en la calle de Babilonia.

LVIII

Florina

Mientras la «Reina Bacanal» y «Duerme en cueros» terminaban tan tristemente la época más alegre de su existencia, la Gibosa llegaba a la puerta del pabellón de la calle de Babilonia.

Enjugóse las lágrimas la joven costurera antes de llamar, pues la contristaba un nuevo pesar. Al salir de la fonda había ido a la casa en que acostumbraban a darle trabajo, pero se lo habían negado, diciéndola que les costaba una tercera parte menos dándolo a hacer a las mujeres que estaban en la cárcel. La Gibosa, antes que perder su único recurso, se avino a la rebaja, pero toda la tela estaba ya repartida, y la joven costurera no podía contar con trabajo en quince días, aun sujetándose a la reducción de precio. Se concebirán las angustias de la pobre criatura, porque en virtud de este descanso forzado, era preciso mendigar, morir de hambre o robar. Respecto a su visita al pabellón de la calle de Babilonia, luego la explicaremos.

Llamó tímidamente a la puerta, y algunos momentos después Florina abrió.

La camarera no estaba ya ataviada según el delicado gusto de Adriana; muy al contrario, estaba vestida con afectada sencillez.

Al ver a la Gibosa, a quien reconoció (era Florina la que el día antes la había enterado del arresto de Agrícola y del acceso repentino de locura de la señorita de Cardoville), no pudo menos de retroceder; tanto interés y compasión le causó la fisonomía de la joven costurera.

—Entrad, señorita, entrad. Descansad un momento, porque estáis muy pálida, y según parece sufrís mucho y os halláis cansada.

Y diciendo esto, Florina introdujo a la Gibosa en un vestíbulo alfombrado, haciéndola sentar en una poltrona al lado de la chimenea en que ardía un buen fuego; Georgina y Hebe habían sido despedidas y Florina había quedado guardando el pabellón.

Cuando la Gibosa se hubo sentado, Florina la dijo con interés:

—Señorita, ¿no deseáis tomar alguna cosa?, ¿un poco de agua caliente con azúcar y unas gotas de flor de naranja?

—Os doy gracias, señorita —contestó la Gibosa con emoción—. No necesito más que un poco de descanso, porque vengo de muy lejos y si me lo permitís...

—Descansad cuanto gustéis; me hallo en este pabellón desde la salida de mi pobre señorita —y Florina se ruborizó y lanzó un suspiro.

La cordial acogida de Florina, su bello rostro, sus finos modales, que no eran los de una camarera común, llamaron la atención de la Gibosa.

—¡Qué buena sois, señorita! —le dijo conmovida—. Estoy confundida de tanta

bondad.

—Os aseguro que desearía poderos ser útil en cualquiera otra cosa, en vez de limitarme a ofreceros un asiento al lado del fuego. ¡Tenéis un aire tan angelical e interesante!

—¡Ah, señorita! ¡Qué grato es calentarse a un buen fuego! —dijo sencillamente la Gibosa, casi a su pesar. Y temiendo, tal era su delicadeza, que la creyese capaz de procurar alargar la visita, abusando de la hospitalidad, añadió—: Voy a deciros, señorita, a lo que vengo. Ayer me informasteis que aquel joven herrero, Mr. Agrícola Baudoin, había sido detenido en este pabellón...

—Sí, por desgracia en el momento en que mi pobre señorita se ocupaba en libertarlo.

—Mr. Agrícola, cuya hermana adoptiva soy —contestó la Gibosa ruborizándose— me ha escrito ayer desde la cárcel pidiéndome que dijese a su padre que viniese aquí lo más pronto posible, para prevenir a la señorita de Cardoville que tenía cosas muy importantes que manifestarle, bien a ella misma o bien a la persona que enviase, porque no se atrevía a hacerle la revelación por escrito, ignorando si el director de la cárcel leía la correspondencia de los presos.

—¿Cómo? ¿Mr. Agrícola tiene que hacer una revelación importante a mi señorita? —dijo Florina muy asombrada.

—Sí, porque Agrícola ignora aún la terrible desgracia ocurrida a la señorita de Cardoville.

—Es cierto; ese acceso de locura se ha declarado tan bruscamente —dijo Florina bajando la vista— que ningún indicio podía hacerlo prever.

—Preciso es que así sea —repuso la Gibosa— porque cuando Agrícola vio a la señorita de Cardoville la primera vez, volvió a casa hechizado de su gracia, delicadeza y bondad.

—Como todos los que ven de cerca a la señorita —dijo Florina con tristeza.

—Esta mañana —prosiguió la Gibosa— en vista de lo que Agrícola me decía, fui a ver a su padre, pero ya había salido de casa, pues le agobian grandes penas; pero me ha parecido tan urgente la carta de mi hermano adoptivo y que debía ser tan interesante para la señorita de Cardoville, que tan generosa se ha mostrado con él, que no he dudado en venir.

—Desgraciadamente la señorita no se halla aquí, ya lo sabéis.

—¿Pero no habría ninguna persona de su familia a quien pudiese enterar, si no personalmente, al menos que vos se lo dijeseis, que Agrícola quiere informar a la señorita de cosas que le interesan mucho?

—Eso es muy extraño —se dijo Florina reflexionando y sin responder a la Gibosa; y luego dirigiéndose a ella—: ¿Y no sabéis que clase de revelaciones son éstas?

—No lo sé, señorita, pero conozco a Agrícola; es la misma honradez y lealtad; tiene un carácter justo y recto: bien se puede dar crédito a lo que afirme. Por otra

parte, ¿qué interés tendría?...

—¡Dios mío! —exclamó de repente Florina, como iluminada por un rayo de luz e interrumpiendo a la Gibosa— ahora me acuerdo: cuando le prendieron en el escondrijo en que la señorita le había hecho ocultar, me hallaba allí por casualidad, y Mr. Agrícola me dijo en voz baja y precipitadamente: «Advertid a vuestra generosa señorita, que su bondad no quedará sin recompensa, y que mi permanencia en ese escondrijo no habrá sido del todo inútil». Pero ahora, unido esto a lo que os escribe... —dijo Florina reflexionando.

—Efectivamente —contestó la Gibosa— hay cierta relación entre su permanencia en ese escondrijo y la importante revelación que desea hacer a vuestra señorita o alguno de su familia.

—Hace ya mucho tiempo que en ese escondrijo no ha penetrado nadie —dijo Florina con aire pensativo— y pudiera ser que Mr. Agrícola hubiese hallado o visto alguna cosa que interese a la señorita.

—A no haberme parecido tan apremiante su carta —continuó la Gibosa— no hubiera venido.

—Escuchad; voy a daros un consejo, según creo, en beneficio de mi pobre señorita; pero esto pudiera tener para mí fatales consecuencias si echaseis en olvido lo que voy a deciros.

—¿Cómo es eso, señorita? —dijo la Gibosa mirando a Florina con asombro.

—Conviene a mi señorita que Mr. Agrícola no confíe a nadie, a no ser a ella misma, las cosas importantes que desea comunicarle.

—Pero no pudiendo verla, ¿por qué no se ha de dirigir a su familia?

—Precisamente a la familia de la señorita es a quien debe ocultar lo que sabe. Puede curar la señorita Adriana, y entonces hablarle Mr. Agrícola; pero aun cuando esto no aconteciese, decid a vuestro hermano adoptivo que es preferible que guarde su secreto, a verle utilizar por los enemigos de mi señorita, lo que sucedería infaliblemente; creedme.

—Ya os comprendo —dijo la Gibosa contristada—. ¿Su familia la aborrece o tal vez la persigue?

—Nada más puedo deciros sobre el particular; en cuanto a lo que me concierne, os ruego que me prometáis obtener de Mr. Agrícola que no hablará a nadie de que me habéis visto... sobre este asunto, ni del consejo que os he dado. La dicha... la dicha no —añadió Florina tristemente como si ya hubiese renunciado a la esperanza de ser feliz—; la dicha no, pero la tranquilidad de mi vida depende de vuestra discreción.

—¡Ah! descuidad —dijo la Gibosa con sorpresa y enternecimiento al ver la penosa contracción de las facciones de Florina— no seré ingrata, nadie en el mundo, excepto Agrícola, sabrá que os he visto.

—¡Oh! gracias, señorita —dijo Florina con efusión.

—¿Me dais las gracias? —dijo la Gibosa pasmada de las gruesas lágrimas que brotaban de los ojos de Florina.

—Sí, os debo un momento de la felicidad pura y sin mezcla; porque quizás preste un servicio a mi querida señorita sin aumentar las penas que me agobian.

—¿Vos desdichada?

—¿Os sorprende? No obstante, creedme; cualquiera que sea vuestra suerte, de buena gana la trocaría por la mía —exclamó Florina casi involuntariamente.

—¡Dios mío! señorita, parecéis tener demasiado buen corazón para que os deje formular semejante voto, sobre todo hoy...

—¿Qué queréis decir?...

—¡Ah! deseo de corazón —añadió la Gibosa afligida— que nunca lleguéis a saber lo horrible que es el verse privada de trabajo, cuando éste es nuestro único recurso.

—¿Os halláis reducida a ese estado? ¡Dios mío! —exclamó Florina mirando a la Gibosa con ansiedad.

La joven costurera bajó la cabeza y nada respondió:

—Si es así —contestó Florina— os compadezco de lo íntimo de mi corazón; pero no obstante, creo que mi desgracia es aún mayor que la vuestra. —Y después de un instante de reflexión exclamó—: Pero ahora que me acuerdo: si no tenéis trabajo, y habéis agotado vuestros recursos, podría, según creo, procurároslo.

—¡Sería posible! —exclamó la Gibosa—. Nunca me hubiera atrevido a pedir os un favor semejante.

—Os indicaré personas que os asegurarán una ganancia de dos francos diarios por lo menos.

—¿Dos francos diarios? ¿Será posible?

—Sí, no hay duda: sólo que es necesario trabajar a jornal, a menos que prefirierais poneros a servir.

—En mi posición —dijo la Gibosa con orgullosa timidez— sé muy bien que no tengo el derecho de dar oídos a susceptibilidades; no obstante, preferiría trabajar a jornal, y ganar menos, pudiendo hacerlo en mi casa.

—La condición de ir a jornal, por desgracia es indispensable —contestó Florina.

—Entonces, debo renunciar a esa esperanza —respondió tímidamente la Gibosa—. No es porque no quiera avenirme a trabajar a jornal: ante todo es preciso vivir; pero se exige de las costureras que se presenten, si no elegantes, al menos vestidas de un modo decente: y, sin ruborizarme lo digo, pues mi pobreza es honrada, que no me es dado presentarme mejor de lo que estoy.

—Eso no sería un obstáculo —contestó Florina— pues se os proporcionarían los medios de vestiros adecuadamente.

La Gibosa miró a Florina cada vez más asombrada.

—Pero —añadió dudosa— ¿cómo haré para ganar un jornal tan subido?

Estremecióse Florina. Por un impulso de su generoso corazón y el deseo de ser útil a la Gibosa, cuya bondad y resignación tanto la interesaban, había hecho aquella proposición sin reflexionar lo que hacía; sabía bien a qué precio la Gibosa podía

conseguir las ventajas que le indicaba, y entonces fue cuando pensó en si la joven costurera aceptaría bajo semejantes condiciones.

—Comprendo, señorita, la sorpresa que os causan esos ofrecimientos tan ventajosos en comparación de lo que acostumbráis a ganar, pero debo preveniros que se trata de una piadosa institución dedicada a procurar trabajo o colocación a las mujeres honradas que se hallan en la escasez. Este establecimiento, que se llama la Obra de Santa María, se encarga de colocar, bien a criadas o a costureras a jornal.

—De ese modo ya comprendo el subido jornal de que me habláis, señorita —contestó la Gibosa— pero carezco de recomendación para que me protejan las caritativas personas que dirigen este establecimiento.

—Padecéis, sois laboriosa y honrada, esos derechos son más que suficientes; os prevengo únicamente que os preguntarán si cumplís vuestros deberes religiosos.

—Nadie mejor que yo, señorita, ama y venera a Dios —respondió la Gibosa con suave entereza— pero el cumplimiento de ciertos deberes es caso de conciencia, y preferiría renunciar a la protección de que me habláis, si me exigiese algo sobre este particular.

—De ningún modo. Os lo he advertido, porque son personas muy piadosas las que dirigen la Obra; por consiguiente, no extrañéis que os hagan algunas preguntas sobre ese particular. Y en fin; probad; ¿qué aventuráis? Si os convienen las proposiciones que os hagan, las aceptáis.

Nada tenía que responder la Gibosa a esta conclusión, que dejándole la mayor latitud posible, alejaba toda sospecha; así es que contestó:

—Acepto vuestra oferta, señorita, y os doy gracias por ella de lo íntimo de mi corazón; ¿pero quién me presentará?

—Yo. Mañana, si deseáis.

—¿Pero quizás quieran tomar de mí algunos informes?

—La respetable madre Santa Perpetua, superiora del convento de Santa María, en donde está establecida la Obra, estoy segura que sabrá apreciaros, sin necesidad de tomar informes; si no, ya os lo dirá y fácil os será satisfacerla. Así, asunto terminado. Hasta mañana.

—¿Vendré a buscaros aquí, señorita?

—No, porque yo os he dicho que conviene que no se sepa que habéis venido de parte de Mr. Agrícola, y el venir aquí otra vez daría que sospechar. Iré a buscaros en coche. ¿En dónde vivís?

—En la calle Brise-Miche, número 5. Ya que os tomáis la molestia, no tenéis más que decirle al tintorero que hace de portero, que me avise; que avise a la Gibosa.

—¿A la Gibosa? —dijo Florina sorprendida.

—Sí, señorita —contestó la costurera con triste sonrisa—. Es el apodo que todos me dan. Mirad —añadió la joven no pudiendo contener las lágrimas.

Florina, conmovida, la cogió de la mano y le dijo:

—Tranquilizaos; desgracias hay que conmueven tanto, que más bien inspiran

compasión que mofa; ¿no puedo, pues, preguntar por vos bajo vuestro verdadero nombre?

—Me llamo Magdalena Soliveau; pero ya os he dicho que preguntéis por la Gibosa, porque casi no me conocen por otro nombre.

—Mañana a mediodía iré a buscaros.

—¡Ah! señorita, ¿cómo podré pagar tanta bondad?

—No hablemos más de eso; lo que deseo es que mi mediación pueda seros útil, y eso vos lo decidiréis. En cuanto a Mr. Agrícola, no le contestéis; esperad a que salga de la cárcel, y entonces decidle, acordaos bien, que guarde sus revelaciones hasta tanto que pueda ver a mi pobre señorita.

—¿Y en dónde se halla?

—No lo sé. No se a dónde la condujeron cuando se declaró el acceso. Hasta mañana; esperadme.

—Hasta mañana —contestó la Gibosa.

El lector tendrá presente que el convento de Santa María, adonde Florina debía conducir a la Gibosa, encerraba a las hijas del mariscal Simón, y que estaba contiguo a la enfermería del doctor Baleinier, en donde se hallaba Adriana de Cardoville.

La madre Santa Perpetua

El convento de Santa María era un vasto palacio muy antiguo.

Las siguientes escenas ocurrían el día 12 de febrero, víspera del día fatal en que los miembros de la familia Rennepont, últimos descendientes de la hermana del Judío Errante, debían reunirse en la calle de San Francisco.

Perfecta regularidad reinaba en el convento de Santa María. Un consejo superior, compuesto de eclesiásticos influyentes, presididos por el padre d'Aigrigny, y de mujeres de una devoción suma, a cuya cabeza estaba la princesa de Saint-Dizier, se reunía a menudo para convenir en los medios de afianzar la influencia poderosa de este establecimiento.

La fundación de la Obra de Santa María se había hecho bajo diestras combinaciones, y a consecuencia de numerosas donaciones, poseía inmensas riquezas inmuebles y otros bienes.

La madre Santa Perpetua, superiora del convento, se encargaba en nombre de la Obra de procurar a los verdaderos fieles que deseaban preservar el interior de sus casas de la corrupción del siglo, bien señoritas para acompañar mujeres solas o de edad, bien criadas para el servicio, o costureras a jornal, personas todas cuya moralidad estaba garantizada por la Obra.

La superiora del convento, la madre Santa Perpetua, como de unos cuarenta años, vestía un sayal color carmelita y de su cintura pendía un gran rosario; una toca blanca con un velo negro ceñía su rostro enjuto y pálido.

La madre Santa Perpetua aventajaba al procurador más diestro y sagaz para el manejo y conservación de los intereses de la comunidad.

Para la madre Santa Perpetua, mujer de cabeza sólida y bien organizada, la extensa contabilidad de la comunidad era una distracción; nadie mejor que ella sabía comprar las propiedades abandonadas, realzarlas y volverlas a vender con beneficio; el curso de la renta, el cambio, el verdadero valor de las acciones de diferentes empresas le era también muy familiar.

La madre Santa Perpetua estaba sentada delante de un bufete de cilindro colocado en medio de un gabinete sencillo, pero cómodamente amueblado; en la chimenea de mármol brillaba un excelente fuego. La superiora, a quien se entregaban todos los días las cartas que iban dirigidas a las hermanas o a las pensionistas del convento, acababa de abrir las de las hermanas, según su derecho, sin que lo supiesen, pero siempre con el fin de contribuir a la salvación de estas queridas hijas.

Interrumpióla en esta interesante investigación dos golpecitos dados a la puerta, cerrada por la parte interior.

La madre Santa Perpetua bajó inmediatamente el cilindro del bufete, y fue a abrir con aire grave y solemne.

Una hermana lega vino a anunciar que la señora princesa de Saint-Dizier aguardaba en el salón, y que la señorita Florina, acompañada de una joven contrahecha y mal vestida, que habían llegado poco después de la princesa, esperaban a la puerta del corredor chico.

—Pues ahora haced que entre la señora princesa —dijo la madre Santa Perpetua, y con gran previsión acercó una poltrona de la chimenea. La señora de Saint-Dizier se presentó.

Aunque sin pretensiones juveniles o de coquetería, la princesa iba vestida con elegancia.

—¿A qué feliz casualidad debo hoy la honra de vuestra visita, mi querida hija? —le dijo con gracia la superiora.

—Una advertencia muy importante, mi querida madre, porque me voy muy deprisa; me esperan en casa de su Eminencia, así es que desgraciadamente no me es posible permanecer con vos sino algunos minutos; se trata de las dos huérfanas de que ayer hablamos tan largamente.

—Siguen separadas, según vuestros deseos; pero esto les ha sido tan sensible, que esta mañana me he visto precisada a mandar buscar al doctor Baleinier a su enfermería. Ha hallado que a la calentura se agrega una gran postración, y lo más particular en las dos hermanas. He interrogado de nuevo a esas dos desgraciadas criaturas y he quedado confundida... Son idólatras...

—Según eso, ya veis que era muy urgente el confiáros las. Pero vamos al objeto de mi visita, mi querida madre: acaban de avisarme el regreso imprevisto del soldado que ha conducido esas niñas a Francia, y que suponíamos estaría algunos días ausente; pero el hecho es que está en París; no obstante su edad, es hombre audaz, emprendedor y de una energía no común; si llegase a descubrir que las niñas están aquí lo que por otra parte es casi imposible, furioso de verlas a cubierto de su influencia impía, sería capaz de todo. ¡Este barrio está tan solitario!

—Descuidad, mi querida hija, nos hallamos competentemente guardadas: nuestro conserje y nuestros jardineros, bien armados, hacen una ronda cada noche por el lado del baluarte del Hospital; mas con todo os doy gracias, mi amada hija, por haberme prevenido, y haré que se tomen las debidas precauciones.

—Sobre todo esta noche; mi querida madre.

—¿Y por qué?

—Porque si ese diabólico soldado tuviese la audacia jamás vista de hacer alguna tentativa, sería esta noche.

—¿Y cómo lo sabéis, mi querida hija?

—Esa certeza nos la dan los informes que tenemos —respondió la princesa algo turbada, lo que no dejó de conocer la superiora.

—Esta noche —respondió la madre Santa Perpetua— habrá más vigilancia. Pero

ya que me cabe la satisfacción de veros, mi amada hija, aprovecharé la ocasión para hablaros del casamiento que traemos entre manos.

—Hablemos, pues, mi querida madre —contestó la princesa con viveza— porque esto es muy importante; el joven barón de Brisville es un hombre sumamente devoto para esta época de impiedad, comulga públicamente y puede prestarnos servicios importantes; en la cámara se hace escuchar; posee una especie de elocuencia agresora y provocativa. Está a nuestra disposición, y en cambio debemos agenciarle ese casamiento; necesario es, pues, que se haga; por otra parte, mi querida madre, ya sabéis que su intención es hacer un donativo de cuatrocientos mil reales a la Obra de Santa María, una vez que se halle en posesión de la fortuna de la señorita Baudricourt.

—Nunca he dudado de las buenas intenciones de Mr. de Brisville —respondió discretamente la superiora—; pero nunca hubiera creído hallar tanta oposición de parte de la joven.

—¿Cómo es eso?

—Esta joven, que hasta ahora la había tenido por sumisa, y tímida, pide que se le dé tiempo para pensarlo.

—Eso da compasión.

—Opone una indolente resistencia: en vano la he dicho con gravedad que hallándose sin parientes, sin amigos y confiada enteramente a mis cuidados, debe prestarse a esta unión sin la menor objeción.

—Sin duda, no se puede hablar más sensatamente.

—A eso contesta, que antes de comprometerse quisiera ver a Mr. Brisville y conocer su índole.

—Eso es absurdo, puesto que vos respondéis de su moralidad y que juzgáis este casamiento adecuado.

—Además, esta mañana he dicho a la señorita Baudricourt que hasta ahora no había empleado con ella, sino la dulzura y la persuasión, pero que si me precisaba a ello, a pesar mío y por su propio interés echaría mano del rigor para vencer su terquedad, separándola de sus compañeras y encerrándola en una celda, enteramente incomunicada, hasta tanto que se hubiese decidido al cabo, a ser feliz casándose con un hombre respetable.

—¿Y esas amenazas, mi querida madre?...

—Confío que tendrán buen éxito. Mantenía correspondencia con una amiga de colegio que está en su provincia, y la he suprimido por parecerme peligrosa; de modo que en el día se halla bajo mi sola influencia, y confío en que llegaremos a conseguir nuestros deseos, pero ya lo veis, mi querida hija, sólo a fuerza de trabajo se consigue hacer el bien.

—También estoy segura de que Mr. de Brisville no se limitará a su primera oferta, y salgo garante por él si llega a casarse con la señorita Baudricourt.

—Bien sabéis, mi querida hija —dijo la superiora— que si se tratase de mí, lo

rehusaría; pero dar a la Obra es dar a Dios, y no puedo impedir que Mr. de Brisville aumente los bienes de estas buenas obras, y más ahora que un probable contratiempo...

—¿Pues qué hay, mi querida madre?

—El Sagrado Corazón nos disputa un inmueble que nos conviene mucho. En verdad que hay gentes insaciables; por lo demás, he dicho a la superiora lo que venía al caso.

—Así me lo ha dicho, y hace recaer la culpa sobre el ecónomo —contestó la señora de Saint-Dizier.

—¡Ah!, ¿acostumbráis a verla, mi querida hija? —preguntó la superiora con extrañeza.

—La encontré en casa de monseñor —respondió la señora de Saint-Dizier titubeando, lo que no pareció echar de ver la madre Santa Perpetua, quien prosiguió:

—No sé por qué nuestro establecimiento ha de excitar tan violentamente la envidia del Sagrado Corazón; ha hecho circular los rumores más denigrantes contra la Obra de Santa María; ciertas personas siempre ven mal las ventajas de su prójimo.

—Vamos, mi amada madre —dijo la princesa en tono conciliador— debemos contar con que el donativo de Mr. de Brisville nos procurará los medios de cubrir la puja del Sagrado Corazón; de este casamiento nos resultaría una doble ventaja. Cuatrocientos mil reales de renta, triplicarían la importancia de nuestro defensor. Tendríamos al fin un órgano digno de nuestra causa, y no nos veríamos obligados a que nos defiendan personas como ese Dumoulin.

—No obstante, en sus escritos hay elocuencia y erudición. Me parece ver en su estilo a un San Bernardo enojado contra la impiedad del siglo.

—¡Dios mío! mi querida madre, ¡si supieseis qué raro San Bernardo es ese Dumoulin! mas no quiero empañar vuestros castos oídos. Adiós, mi querida madre, hasta la vista. Sobre todo, tened presente la vigilancia de esta noche. El regreso de ese soldado es de mal agüero.

—Descuidad, mi querida hija. ¡Ah! me olvidaba: la señorita Florina me ha pedido que os pidiese un favor, que la admitáis en vuestro servicio; ya conocéis su fidelidad y lo útil que os ha sido vigilando a vuestra desgraciada sobrina. Me parece que recompensándola de este modo os sería más adicta, y además, yo os lo agradeceré...

—Por poco que os intereséis por ella, mi querida madre, es cosa hecha, entrará en mi casa. Y ahora que me acuerdo: puede serme más útil de lo que suponía.

—Mil gracias, mi querida hija, por vuestra bondad; hasta luego; así lo espero. Pasado mañana a las dos tendremos una conferencia con su Eminencia y Monseñor, no lo olvidéis...

—No, mi querida madre, seré puntual. Pero no olvidéis las precauciones de esta noche para evitar un escándalo.

Habiendo besado la mano de la superiora, la princesa salió por la puerta principal del gabinete que daba a un salón en el cual desembocaba la escalera.

Algunos minutos después Florina entró por una puerta lateral del gabinete.

La superiora estaba sentada y la joven se acercó con humildad.

—¿Habéis visto ahora a la señora princesa de Saint-Dizier? —preguntó la madre Santa Perpetua.

—No, madre mía, esperaba en el pasadizo cuyas ventanas dan al jardín.

—Desde hoy la princesa os admite en su servicio —dijo la superiora.

Florina hizo un movimiento que revelaba desagrado y dijo:

—¡Yo... madre mía!... pero...

—Se lo he pedido en vuestro nombre: aceptad —respondió imperiosamente la superiora.

—No obstante, madre mía, os había rogado que no...

—Os digo que aceptéis —respondió la superiora en tono tan enérgico y positivo, que Florina bajó los ojos y dijo en voz baja: «Acepto».

—Os doy esta orden... en nombre de monsieur Rodin.

—Ya lo presumo, madre mía —respondió tristemente Florina— ¿y bajo qué condiciones entro en casa de la princesa?

—Con las mismas que en la de su sobrina.

Florina se estremeció y exclamó:

—¿Según eso, deberé dar a menudo informes secretos de la princesa?

—Observaréis, retendréis y daréis cuenta.

—Sí, madre mía.

—Poned vuestra atención en las visitas que de aquí en adelante reciba la princesa de la superiora del Sagrado Corazón; lo notaréis y procuraréis oír. Se trata de preservar a la princesa de malas influencias.

—Obedeceré, madre mía.

—Procurad saber por qué causa han sido conducidas aquí por la señora Grivois, confidente de la princesa, dos jóvenes huérfanas, con especial encargo de que se las trate con severidad.

—Sí, madre mía.

—Sin perjuicio de retener en vuestra memoria todo lo que os parezca digno de notarse. Mañana os daré instrucciones sobre otro asunto.

—Basta, madre mía.

—Si os portáis bien y ejecutáis fielmente las instrucciones de que os hablo, saldréis de casa de la princesa para ama de llaves de una joven desposada; será para vos una excelente posición y duradera, pero con las mismas condiciones. Así, acordaos que entráis en casa de la señora de Saint-Dizier porque me lo habéis rogado.

—Sí, madre mía, lo tendré presente.

—¿Qué joven contrahecha es esa que os acompaña?

—Una pobre criatura sin recurso alguno, muy inteligente y de una educación superior a su estado: es costurera y le falta trabajo, de modo que se ve reducida al último extremo. He tomado algunos informes de ella esta mañana cuando la he ido a

buscar, y me los han dado superiores.

—¿Es fea y contrahecha?

—Su rostro es interesante, pero es jorobada.

La superiora pareció quedar satisfecha al saber que la persona de que se trataba era suave y de un exterior poco favorecido por la naturaleza, y después de un momento de reflexión, añadió:

—¿Y parece ser inteligente?

—Mucho.

—¿Y se halla enteramente falta de recursos?

—Sin saber cómo valerse.

—¿Es piadosa?

—No cumple con ciertos deberes.

«No le hace —dijo para sí la superiora—, si es muy inteligente esto bastará» —y luego añadió:

—¿Sabéis si es buena costurera?

—Así lo creo, madre mía.

Levantóse la superiora, tomó de un estante un registro y después de haberlo ojeado por algunos instantes atentamente le volvió a poner en su sitio.

—Haced entrar a esa joven, y esperadme en la lencería.

«Contrahecha... inteligente... buena costurera... —dijo la superiora reflexionando— no inspirará sospechas. Es preciso probar».

Al cabo de un rato, Florina volvió a entrar con la Gibosa, a quien presentó a la superiora; luego se retiró.

La joven costurera, conmovida, trémula y turbada, no podía dar crédito al descubrimiento que acababa de hacer durante la ausencia de Florina.

Sobrecogióla un vago temor al verse sola con la superiora del convento de Santa María.

LX

La tentación

La causa de la grande emoción de la Gibosa era la siguiente:

Florina, al separarse de ella para ir a ver a la superiora, la había dejado en un pasadizo rodeado de asientos.

Hallándose sola, la Gibosa se acercó maquinalmente a una ventana que daba al jardín del convento, ceñido por aquel lado de una tapia medio derruida.

Esta tapia, unida a una capilla que estaba en otra, lindaba con el jardín de una casa vecina.

La Gibosa vio de pronto aparecer una joven en una de las ventanas de esta casa. Esta joven tenía la vista fija en una parte del convento, y hacía con la mano señas que parecían afectuosas.

No pudiendo ver la Gibosa desde la ventana a quién se dirigían aquellas señas de inteligencia, admiraba la no común hermosura de aquella joven, el negro brillo de sus grandes ojos y la sonrisa bondadosa que vagaba por sus labios.

Sin duda respondieron a su pantomima, graciosa y expresiva, porque con un ademán hechicero, puso la mano izquierda sobre su corazón, y con la derecha hizo un movimiento que parecía decir que su corazón se encaminaba hacia el sitio en que tenía la vista fija.

Un pálido rayo de sol, vino a jugar en aquel momento sobre los cabellos de esta joven, cuyo nevado rostro, parecía, como iluminado por los relumbrantes reflejos de su espléndida cabellera color de oro.

Al ver aquel rostro encantador, la Gibosa se estremeció involuntariamente; acudióle a la imaginación la idea de la señorita de Cardoville, y se persuadió —no se engañaba—, que tenía ante sus ojos a la protectora de Agrícola.

Al hallar en aquella siniestra casa de locos a esta joven tan sumamente bella, acordándose de la delicada bondad con que algunos días antes había acogido a Agrícola en su pequeño palacio deslumbrante de lujo, la Gibosa sintió que se le partía el corazón. Creía que Adriana estaba loca, y no obstante, examinándola más atentamente, no pudo dudar que la inteligencia y la gracia animaban aquel adorable rostro.

De pronto, la señorita de Cardoville hizo un expresivo gesto, colocó el dedo sobre sus labios, envió dos besos en dirección de sus miradas y desapareció.

Pensando en las importantes revelaciones que Agrícola tenía que hacer a la señorita de Cardoville, la Gibosa sentía infinito no tener ningún medio ni posibilidad de hablarla, porque le parecía que si esta joven estaba loca, lo menos estaba entonces en un momento lucido.

Hallábase la joven costurera entregada a estas meditaciones, cuando volvió Florina acompañada de una de las religiosas del convento. La Gibosa se vio precisada a callar lo que había descubierto, y muy pronto se halló en presencia de la superiora, la cual, después de un rápido y penetrante examen de la fisonomía de la costurera, halló que tenía un aire tan tímido, dulce y honrado, que creyó deber dar crédito a los informes de Florina.

—Mi amada hija —dijo la madre Santa Perpetua con voz afectuosa—, Florina me ha dicho la grave situación en que os halláis. ¿Es cierto que carecéis enteramente de trabajo?

—Desgraciadamente, sí, señora.

—Llamadme vuestra madre —mi querida hija—, este nombre es más tierno, y es la regla de esta casa. No necesito preguntaros cuáles son vuestros principios...

—Siempre he vivido de mi trabajo, madre mía —respondió la Gibosa con una sencillez digna y modesta.

—Os creo, mi querida hija; tengo muy buenas razones para creerlo. Es preciso dar gracias al Señor por haberos puesto a cubierto de muchas tentaciones; pero decidme: ¿sois hábil en vuestro oficio?

—Hago lo posible, madre mía; nunca se han quejado de mi trabajo. Si queréis, podré empezar y con eso juzgaréis.

—Me basta la seguridad que me dais, ¿preferís ir a trabajar a jornal?

—La señorita Florina me dijo, madre mía, que quizá podría conseguir trabajar en mi casa.

—Por ahora no, hija mía; pero si más adelante se presentase ocasión, no lo echaría en olvido. En la actualidad, esto es lo que puedo ofreceros: una señora anciana me ha encargado una costurera a jornal; presentada por mí, le convendréis; «la Obra» cuidará de vestiros como corresponde, y poco a poco este desembolso se ira desquitando de vuestro salario, porque para esto os entenderéis con nosotras: este salario es de dos francos diarios: ¿lo juzgáis bastante?

—¡Ah, madre mía! es más de lo que podía suponer.

—Además no estaréis ocupada sino desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Ya veis que esa condición es bastante buena, ¿no es verdad?

—¡Oh! muy buena, madre mía.

—Ante todo debo deciros en qué casa la Obra tiene intención de colocaros: es en la de una viuda llamada la señora Bremont, persona de gran piedad. Confío que en esta casa no tendréis sino buenos ejemplos: si así no fuese me lo avisaréis inmediatamente.

—¿Cómo es eso, madre mía?

—Prestadme atención, mi querida hija —dijo la madre Santa Perpetua en tono cada vez más cariñoso—. La Obra de Santa María tiene un santo y doble fin. Ya comprenderéis que si es obligación nuestra el dar a las cabezas de casa todas las garantías posibles sobre la moralidad de las personas que colocamos en el seno de su

familia, lo mismo debemos hacer con las personas a quienes protegemos con respecto a la moralidad de aquéllos a quienes las dirigimos.

—Nada más justo y previsor, madre mía.

—La fundación de nuestra Obra no tiene otro objeto que el ofrecer una mutua garantía a los virtuosos servidores y a los padres de familia.

—¡Ah, señora! —exclamó cándidamente la Gibosa—, los que han tenido semejante idea merecen la bendición de todos.

—Y no les faltan bendiciones, mi querida hija, porque la Obra cumple lo que promete. Así es que una interesante costurera, como vos, por ejemplo, se halla colocada en casa de unas personas irreprochables; nota en los de la familia o en los que frecuentan la casa alguna irregularidad de costumbres, alguna tendencia irreligiosa que ofenda su pudor o esté en contraposición con sus principios, viene al momento a comunicarnos detalladamente lo que la ha alarmado. Nada más justo, ¿no es cierto?

—Sí, madre mía —respondió la Gibosa, a quien empezaban a chocar estas extrañas prevenciones.

—Entonces —continuó la superiora—, si el caso nos parece grave, hacemos que nuestra protegida observe más atentamente con el objeto de convencerse si tenía motivos para alarmarse. Nos da nuevos informes, y si éstos confirman nuestros primeros temores, fieles a nuestra piadosa tutela, retiramos inmediatamente a nuestra protegida de aquella casa. Ya me comprendéis, ¿no es verdad, mi querida hija?

—Sí, sí, madre mía —dijo la Gibosa más y más turbada, pues era demasiado recta y sagaz para no conocer que esta mutua seguridad entre padres de familia y criados, tenía mucha analogía con una especie de espionaje.

—Si he entrado en todas estas minuciosidades, mi querida hija —añadió la madre Santa Perpetua, tomando por asentimiento el silencio de la Gibosa—, es para que conozcáis que no permaneceríais contra vuestro agrado en una casa donde, a pesar de lo que debiéramos esperar, os lo repito, no tuvieseis siempre a la vista santos y piadosos ejemplos. Así es que la casa de la señora Bremont, a la cual os destino, es un lugar santo. Dicen únicamente que la señora de Noisy, hija de la dueña de la casa, con quien vive hace poco, no es de una conducta enteramente irreprochable, que no es muy exacta en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y que durante la ausencia de su marido, que en la actualidad se halla en América, recibe visitas frecuentes de un tal señor Hardy, rico fabricante.

Al oír la Gibosa el nombre del protector de Agrícola, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y se ruborizó.

Tomando naturalmente la superiora el rubor y el ademán por una muestra de la susceptibilidad pudorosa de la joven costurera, repuso:

—Debo decíroslo todo, mi querida hija, para que os halléis prevenida. Hasta manifestaros rumores que creo enteramente erróneos, porque la hija de la señora Bremont ha tenido siempre a la vista buenos ejemplos para que así lo olvide.

Además, estando en la casa desde la mañana a la noche, podréis ver mejor que nadie si estos rumores son fundados o no; si por desgracia lo fuesen, a vuestro modo de ver, entonces, mi querida hija, vendréis a confiarme las circunstancias que os autoricen a creerlo, y si yo fuese de vuestro modo de pensar, al momento os sacaría de esta casa, porque la santidad de la madre no compensaría debidamente el mal ejemplo de la conducta de la hija, pues desde el instante en que forméis parte de la obra soy responsable de vuestra salvación.

Con un ademán que nada tenía de altanero, pero que manifestaba el conocimiento de su dignidad, la joven costurera irguió la cabeza, que hasta entonces había tenido humildemente inclinada, miró a la superiora frente a frente para que ésta pudiese leer en sus facciones la sinceridad de sus palabras, y le dijo con voz algo conmovida y olvidándose esta vez de darle el tratamiento de madre:

—¡Ea, señora! no puedo reconveniros por someterme a una prueba semejante; me veis en un estado muy miserable, y nada he hecho que pueda granjearme vuestra confianza; pero, creedme, pobre como soy, nunca descenderé a desempeñar un papel tan despreciable como el que sin duda os veis obligada a proponerme, para aseguraros por mi negativa de que soy digna de que os intereséis por mí. No, no, señora; nunca seré capaz de una delación.

Estas últimas palabras las pronunció la Gibosa con tanta animación, que su rostro se sonrosó.

La superiora tenía demasiado tacto y experiencia para no comprender la sinceridad de las palabras de la Gibosa: alegrándose de que la joven tomase la cosa de este modo, se sonrió afectuosamente, y extendiéndole los brazos, le dijo:

—Bien, bien, mi querida hija, venid a abrazarme.

—Madre mía... estoy confundida de tantas bondades.

—No, porque vuestras palabras las dicta la honradez; pero persuadíos bien de que no he querido probaros, porque nada tiene que ver la delación con las pruebas de confianza filial que pedimos a nuestras protegidas en utilidad de la moralidad de su condición. Ciertas personas, y ya veo que vos sois de este número, mi querida hija, tienen principios bastante fijos y una inteligencia tan desarrollada, que no necesitan de nuestra vigilancia y consejos, pudiendo por sí mismas discernir lo que perjudicaría a su salvación; así es que dejo completamente a vuestro cargo esta responsabilidad, no pidiéndoos otras confianzas que las que creáis hacerme voluntariamente.

—¡Ah, señora! ¡Cuán bondadosa sois! —dijo la pobre Gibosa, ignorando los recursos y ardides del carácter monacal, y creyéndose segura de ganar honradamente un salario regular.

—No es bondad, sino justicia —respondió la madre Santa Perpetua, cuyo acento era cada vez más afectuoso—; nunca se tendrá bastante confianza y ternura con las santas jóvenes como vos, a quienes la pobreza ha purificado aún, si posible es, porque siempre han observado la ley del Señor.

—¡Madre mía!

—Otra pregunta, y sea la última, mi amada hija. ¿Cuántas veces al mes recibís al Señor?

—Señora —contestó la Gibosa— no le he vuelto a recibir desde mi primera comunión que verifiqué hace cosa de ocho años. Trabajando todos los días sin perder momento, apenas podía lograr ganarme la vida, de modo que no me quedaba tiempo para...

—¡Buen Dios! —exclamó la superiora interrumpiendo a la Gibosa y juntando las manos, dando muestras de una dolorosa sorpresa—. ¿Será cierto? ¿No comulgáis?

—¡Dios mío! señora, ya os he dicho que no tenía tiempo para ello —contestó la Gibosa mirando a la madre Santa Perpetua con aire sobrecogido.

Después de un instante de silencio, ésta le dijo tristemente:

—Estoy sumamente afligida, mi querida hija, ya os lo he dicho, del mismo modo que no colocamos a nuestras protegidas sino en casas piadosas, también éstas nos exigen personas religiosas y que practiquen los santos deberes, pues es una de las condiciones esenciales de la Obra. Así, muy a pesar mío, me es enteramente imposible emplearos como creía. No obstante, si en lo sucesivo renunciaseis a tan gran indiferencia con respecto a los deberes religiosos... entonces veríamos.

—Señora —dijo la Gibosa con el corazón oprimido, porque tenía que renunciar a tan halagüeña esperanza—; perdonad que os haya hecho perder tanto tiempo... para nada.

—Yo soy la que siento infinito, mi querida hija, no poder afiliaros en la Obra; pero no pierdo las esperanzas, sobre todo, porque deseo ver a una persona digna de interés, merecer un día por su piedad el apoyo duradero de las personas religiosas. Adiós, mi amada hija; id en paz y que Dios os mire con misericordia en tanto que hayáis vuelto a él.

Y diciendo esto la superiora se levantó, y acompañó a la Gibosa hasta la puerta, siempre con los modales más suaves y maternos; y cuando la Gibosa salió del gabinete, le dijo:

—Seguid el corredor, bajad algunas escaleras y llamad a la segunda puerta de la derecha; es la lencería: hallaréis sin duda a Florina, quien os acompañará. Adiós, mi querida hija.

Luego que la Gibosa estuvo fuera del gabinete de la superiora, sus lágrimas, hasta entonces reprimidas, corrieron copiosamente: no atreviéndose a comparecer de aquel modo delante de Florina y de algunas otras religiosas que estarían con ella, se detuvo un momento cerca de las ventanas del corredor para enjugar sus ojos anegados en lágrimas.

Miraba sin darse cuenta la ventana de la casa vecina al convento en la que creía haber reconocido a Adriana de Cardoville, cuando vio a ésta salir por una puerta y adelantarse rápidamente hacia el enrejado que separaba los dos jardines. En aquel mismo momento, la Gibosa quedó pasmada al divisar a una de las dos hermanas, cuya desaparición desesperaba a Dagoberto; a Rosa Simón, pálida y abatida,

acercarse tímidamente y con inquietud a la reja que la separaba de la señorita de Cardoville, cual si la huérfana temiese ser vista.

La Gibosa y la señorita de Cardoville

La Gibosa conmovida, inquieta, arrimada a una de las ventanas del convento, seguía con la vista todos los movimientos de la señorita de Cardoville y de Rosa Simón, a quienes no esperaba ver reunidas en este sitio.

Acercándose la huérfana al enrejado que separaba el jardín de la comunidad del de la enfermería del doctor Baleinier, dijo algunas palabras a Adriana, cuyas facciones revelaban con la sorpresa, el enojo y la compasión.

Acudió en aquel momento una religiosa mirando a uno y otro lado con inquietud como si buscase a alguien, y divisando a Rosa que atemorizada se afianzaba en la reja, la cogió por el brazo, pareció reconvenirla severamente, y a pesar de las palabras que le dirigió la señorita Cardoville, la religiosa se llevó precipitadamente consigo a la desconsolada huérfana, que por dos o tres veces se volvió hacia Adriana; ésta, después de manifestarla lo mucho que se interesaba por ella con ademanes expresivos, se volvió bruscamente, como deseando ocultar sus lágrimas.

El corredor en que se hallaba la Gibosa durante esta interesante escena pertenecía al primer piso: ocurrióle a la costurera bajar a las habitaciones bajas, procurar introducirse en el jardín, con el objeto de hablar a aquella hermosa joven de dorados cabellos, una vez segura de que era la señorita de Cardoville, y si conocía que se hallaba en un momento lúcido, enterarla de que Agrícola tenía que comunicarle cosas muy importantes, pero que no sabía cómo verificarlo.

Hacíase tarde; el sol iba muy pronto a desaparecer, y temiendo la Gibosa que Florina se cansase de esperarla, trató de apresurar su camino con paso ligero, y parándose de vez en cuando para escuchar, llegó al término del corredor, allí una corta escalera de tres o cuatro gradas conducía a la meseta de la lencería, y tomando luego una estrecha espiral, desembocaba en el piso bajo.

Oyendo la costurera algunas voces se apresuró a bajar, y se halló en un largo corredor a pie llano, en medio del cual había una puerta vidriera que daba a una parte del jardín, reservada a la superiora.

La energía de carácter de Adriana había cedido por un momento al cansancio, al espanto y a la desesperación en aquella noche terrible en que se había visto conducida a la casa de locos del doctor Baleinier; éste al fin, aprovechándose con su diabólica astucia del estado de debilidad y postración en que se hallaba la joven, había logrado por un instante hacer que dudase de sí misma. Pero el sosiego que sucede a las más penosas y violentas emociones, la reflexión, el raciocinio de un talento exacto y sutil, disiparon muy pronto los temores que el doctor Baleinier había sabido inspirar a Adriana.

Ni aun creyó que fuese un «error» del sabio doctor; vio claramente la conducta de aquel hombre, su detestable hipocresía y su audacia sin igual, ayudada por una destreza suma, y conoció, aunque demasiado tarde, que Mr. Baleinier era un ciego instrumento de la señora de Saint-Dizier.

Cualquiera que fuese el motivo de la odiosa conducta de los enemigos de la señorita Cardoville, no estaba por eso menos exasperada. Esta joven tan bondadosa no respiraba más que odio y estaba ávida de venganza; pues al pensar en lo que la señora de Saint-Dizier, el abate d'Aigrigny y el doctor Baleinier la hacían sufrir, no se contentaba con represalias, sino con obtener, por todos los medios posibles, una ruidosa reparación. Si se le negaba, estaba decidida a perseguir y combatir sin tregua ni descanso tanta astucia, y crueldad, no por resentimiento de sus angustias, sino para librar de semejantes tormentos a otras víctimas, que no podrían como ella luchar y defenderse.

Adriana, sin duda embargada aún por la penosa impresión que le había causado su entrevista con Rosa Simón, se hallaba lánguidamente sentada con el brazo izquierdo apoyado sobre uno de los costados del banco, cubriendo sus ojos con la mano. Había puesto el sombrero a su lado, y la inclinación de su cabeza hacía que los largos bucles de sus dorados cabellos ocultase casi enteramente sus frescas y tersas mejillas. En esta actitud graciosa e indolente, manifestábase su hermoso y torneado talle bajo su vestido de moaré verde esmaltado.

Al aspecto de esta joven, cuyo aire y compostura admiraba cándidamente, sin hacer comparación alguna con los harapos de que iba cubierta o de su deformidad, la Gibosa se dijo con tan buen sentido, que era muy extraño que una loca se vistiese tan «cuerdamente» y con tanta gracia; así es que se acercó poco a poco a la reja con emoción y sorpresa, reflexionando que quizás esta desgraciada estaba verdaderamente demente, pero que se hallaba en un día lúcido. Entonces, con voz tímida, queriendo la Gibosa asegurarse de la identidad de Adriana, dijo palpitándole apresuradamente el corazón.

—¿Señorita de Cardoville?

—¿Quién me llama? —dijo Adriana irguiendo la cabeza; y echando de ver a la Gibosa, lanzó un débil grito de sorpresa y de temor.

En efecto, esta pobre criatura, pálida, deforme, mal vestida, se aparecía tan repentinamente, que por fuerza debía inspirar a la señorita de Cardoville, tan amante de la gracia y la hermosura, una especie de repugnancia, de temor. Estos dos sentimientos se manifestaron en su expresiva fisonomía.

La Gibosa no notó la impresión que causaba; inmóvil, con los ojos fijos, contemplaba la deslumbrante belleza de Adriana, que no había visto sino al través de la reja de su ventana; nunca la Gibosa, ni aun en sus secretas inspiraciones de poeta, había soñado una imagen tan perfecta.

Después de haber rendido a Adriana este homenaje involuntario, por decirlo así, la Gibosa se acercó más al enrejado.

—¿Qué queréis? —exclamó la señorita de Cardoville levantándose con un sentimiento repulsivo, que la Gibosa advirtió. Entonces, bajando los ojos tímidamente dijo dulcemente:

—Perdonad, señorita, si me presento de este modo delante de vos; pero los momentos son preciosos; vengo de parte de Agrícola.

Al pronunciar estas palabras la Gibosa levantó la vista con inquietud, temiendo que la señorita de Cardoville no se acordase ya del herrero; pero con sorpresa mezclada de alegría, notó que la repugnancia de Adriana disminuía al nombre de Agrícola y que acercándose al enrejado, miró a la Gibosa con benévola curiosidad.

—¿Venís de parte del señor Agrícola Baudoin? ¿Y quién sois?

—Su hermana adoptiva, señorita; una pobre costurera que vive en su casa.

Adriana pareció asociar sus ideas, se tranquilizó enteramente, y dijo sonriéndose bondadosamente, después de un momento de silencio:

—Sois vos la que aconsejasteis a Mr. Agrícola que se dirigiese a mí para su fianza, ¿no es verdad?

—¿Cómo, señorita, os acordáis?...

—Jamás olvido lo que es noble y generoso; Mr. Agrícola me ha hablado con agradecimiento de vuestro cariño para con él; me acuerdo bien, nada más sencillo. ¿Pero cómo os halláis aquí, en este convento?

—Me habían dicho que quizás me procurarían trabajo, porque me hallo sin él. Por desgracia he recibido una negativa de la superiora.

—¿Y cómo me habéis conocido?

—Por vuestra gran hermosura, señorita, de la que Agrícola me había hablado.

—Más bien me habréis reconocido por esto —dijo Adriana sonriéndose y cogiendo entre las puntas de sus rosados dedos el extremo de uno de sus largos bucles.

—Es preciso perdonar a Agrícola, señorita —dijo la Gibosa con una de aquellas semisonrisas que rara vez asomaban a sus labios—; es poeta, y al hacerme, con una respetuosa admiración, el retrato de su protectora, no ha omitido ninguna de sus muchas perfecciones.

—¿Y quién os ha sugerido la idea de venir a hablarme?

—La confianza de poderos ser útil, señorita. Habéis acogido tan bondadosamente a Agrícola, que me he atrevido a participar de su reconocimiento para con vos.

—Adelante, adelante, mi querida hija —dijo Adriana con una gracia inexplicable—. Mi recompensa será doble, si bien, hasta ahora, no he podido ser útil a vuestro hermano adoptivo.

Durante este cambio de palabras, Adriana y la Gibosa se habían mirado una a otra con gran sorpresa. La Gibosa no comprendía cómo una mujer que pasaba por loca se explicase como lo hacía Adriana; luego se asombraba de sí misma por la libertad, o más bien por el reconocimiento con que acababa de contestar a la señorita de Cardoville.

La señorita de Cardoville por su parte se hallaba profundamente conmovida, y le sorprendía oír a una hija del pueblo, vestida como una mendiga, expresarse en términos tan escogidos y con tanto acierto.

Después de un momento de silencio, durante el cual la bella noble y la miserable costurera se examinaron mutuamente, con gran sorpresa de aquélla, Adriana dijo a la Gibosa:

—El motivo de vuestra admiración, creo que es fácil de adivinar; vos sin duda halláis que hablo bastante razonablemente para una loca, si os han dicho que lo estaba. Y yo —repuso la señorita de Cardoville en tono de respetuosa conmiseración—, hallo que vuestro lenguaje y distinguidos modales contrastan dolorosamente con la posición en que parecéis estar; de modo que mi admiración debe ser mayor que la vuestra.

—¡Ah, señorita! —dijo la Gibosa con una expresión de dicha tan sumamente sincera y profunda, que los ojos se le bañaron de lágrimas de alegría—, ¿es cierto? Me habían engañado: hace poco, viéndoos tan hermosa y benévola, oyendo vuestra dulce voz, no podía creer que os hubiese ocurrido una desgracia semejante. Pero, ¡Dios mío!, ¿cómo es, señorita, que os halláis aquí?

—Pobre niña —dijo Adriana enternecida del afecto que le manifestaba esta buena criatura—. ¿Y cómo es que con tanta energía y un talento tan distinguido seáis desgraciada? Pero, tranquilizaos, no siempre estaré aquí; esto equivale a deciros que vos y yo volveremos a ocupar el puesto que nos corresponde. Pero —añadió— antes de hablar de mí, pensemos en los demás. ¿Vuestro hermano adoptivo, permanece aún en la cárcel?

—A estas horas es probable que ya no esté, gracias a la generosidad de uno de sus compañeros; su padre fue ayer a prestar la fianza y le prometieron que hoy le pondrían en libertad; pero desde la cárcel me escribió que tenía cosas muy interesantes que comunicaros.

—¿A mí?

—Sí, señorita. Agrícola confía en que hoy se verá libre. ¿De qué medios pudiera servirse para enteraros?

—¿Tiene que hacerme revelaciones? —repitió la señorita de Cardoville con aire de admiración y pensativa—. En vano pienso lo que puede ser, pero en tanto que me halle encerrada en esta casa, privada de toda comunicación exterior, no hay que pensar en que Agrícola se dirija a mí directa o indirectamente; es necesario que espere a que salga de aquí; además, es preciso sacar de este convento a dos pobres niñas mucho más dignas de compasión que yo; las hijas del mariscal Simón que se hallan detenidas a pesar suyo.

—¿Sabéis su nombre, señorita?

—Mr. Agrícola, al enterarme de su llegada a París, me dijo que tenían unos quince años y que eran idénticas una a otra. Cuando anteayer, dando mi paseo acostumbrado, vi dos bonitos rostros desconsolados que de vez en cuando se

acercaban a las ventanas de sus respectivas celdas, pues que están separadas, la una en el piso bajo y la otra en el primero, un secreto presentimiento me decía que aquéllas eran las huérfanas de que me habla Mr. Agrícola, y que me interesaban tanto porque son mis parientas.

—¿Vuestras, señorita?

—Sin duda. Así es que no pudiendo hacer otra cosa, había procurado con señas manifestarles lo mucho que me interesaba su suerte; sus lágrimas, la alteración de sus hermosos rostros me probaban que estaban prisioneras en el convento como yo lo estoy en esta casa.

—¡Ah! ya comprendo, señorita. Víctima acaso de la animosidad de vuestra familia...

—Cualquiera que sea mi suerte, soy menos digna de compasión que esas dos pobres niñas cuya desesperación puede serles fatal. Lo que más las angustia es su separación; por algunas palabras que hace poco me ha dicho una de ellas, veo que como yo son víctimas de una odiosa trama. Pero gracias a vos, será posible salvarlas. Desde que me hallo en esta casa me ha sido enteramente imposible tener comunicación con la parte de afuera, como ya os lo he dicho. No me han permitido tener papel ni pluma, así es que no puedo escribir. Ahora prestadme atención y podremos combatir una odiosa persecución.

—¡Oh!, ¡hablad! señorita.

—¿El soldado que ha conducido las huérfanas a Francia, el padre de Mr. Agrícola, está aquí?

—Sí, señorita. ¡Ah, si supieseis qué desesperado y colérico se puso cuando a su regreso no halló las niñas que le había confiado una madre moribunda!

—Sobre todo es necesario que se abstenga de cometer ninguna violencia; sería echarlo todo a perder. Tomad este anillo —y Adriana sacó una sortija de uno de sus dedos—; entregádselo. Que vaya al momento. ¿Pero estáis segura de acordaros de un nombre y unas señas?

—¡Oh! sí, señorita; descuidad; Agrícola no me ha dicho más que una vez vuestro nombre, y no le he olvidado; el corazón tiene su memoria.

—Ya lo veo, mi amada hija. Acordaos, pues, del nombre del conde de Montbron.

—El conde de Montbron... no lo olvidaré.

—Es uno de mis antiguos amigos, vive en la plaza de Vendôme, núm. 7.

—Plaza de Vendôme, núm. 7..., no olvidaré las señas.

—El padre de Mr. Agrícola que vaya esta noche a su casa; si no está, que lo espere hasta que vuelva. Entonces que diga que quiere hablarle de mi parte, haciendo que le entreguen esta sortija en prueba de la verdad, una vez conseguido esto, que le refiera todo el rapto de las niñas, el convento en que se hallan detenidas, que añada que yo también estoy encerrada como loca en la enfermería del doctor Baleinier. La verdad tiene un acento que Mr. de Montbron no desconocerá. Es hombre de mucha experiencia y talento, y de grande influencia, al momento se ocupará en practicar las

diligencias debidas, y mañana o pasado mañana estoy segura que esas pobres huérfanas y yo nos veremos en libertad, y todo esto os lo deberemos; pero los momentos son preciosos, pudieran sorprendernos. Apresuraos, mi querida hija.

En el momento de separarse, Adriana dijo a la Gibosa, con una interesante sonrisa y un tono tan tierno y cariñoso, que la costurera no pudo menos de creerlo sincero:

—Mr. Agrícola me dijo que os igualaba por el corazón. Ahora comprendo lo honrosas y halagüeñas que eran para mí aquellas palabras. Os lo ruego, dadme pronto vuestra mano —añadió la señorita de Cardoville, cuyos ojos se humedecían; pasando su hermosa mano al través del enrejado, la extendió a la Gibosa.

Eran tan cordiales las palabras y el ademán de la hermosa aristócrata, que la costurera, sin avergonzarse, puso temblando en la hermosa mano de Adriana la suya enjuta y descarnada. Entonces la señorita de Cardoville, por un movimiento de respeto, la llevó espontáneamente a sus labios, diciendo:

—Ya que no puedo abrazaros como a mi hermana, puesto que os deberé mi salvación, que al menos bese esa noble mano glorificada por el trabajo.

Oyéronse de pronto pasos en el jardín del doctor Baleinier; Adriana se levantó y desapareció detrás de los verdes árboles, diciendo a la Gibosa:

—¡Ánimo, memoria y esperanza!

Fue tan rápido todo esto, que la joven costurera no había acertado a moverse, copiosas lágrimas corrían por sus pálidas mejillas, pero esta vez eran de satisfacción.

* * *

Cinco minutos después de haberse separado de la señorita de Cardoville, la Gibosa salió del jardín sin ser vista, y subiendo al primer piso llamó discretamente a la puerta de la lencería. Una hermana fue a abrir.

—La señorita Florina, que me ha acompañado, ¿no está aquí, hermana mía? —preguntó.

—No ha podido esperaros: ¿sin duda venís de hablar a la señora superiora, nuestra madre?

—Sí, sí, hermana mía —contestó la costurera bajando la vista—. ¿Tendríaís la bondad de decirme por dónde debo salir?

—Venid conmigo.

Siguió la Gibosa a la hermana, temiendo encontrarse con la superiora, a quien hubiera chocado y se hubiera informado del motivo de su larga permanencia en el convento. Cerróse al fin tras ella la primera puerta del convento.

Habiendo atravesado con rapidez el gran patio, se acercó al cuarto del portero para pedir que le abriesen la puerta exterior, y oyó estas palabras pronunciadas por una voz áspera:

—Según parece, amigo Jerónimo, será preciso esta noche estar más vigilantes. En cuanto a mí, voy a poner dos balas más en mi escopeta; la señora superiora ha

ordenado hacer dos rondas en lugar de una.

—Yo, Nicolás, no necesito escopeta —dijo otra voz—. Tengo mi hoz bien afilada, y con un buen mango. Es arma de jardinero, pero no es de las peores.

Inquieta sin saber el por qué de estas palabras, que no había tratado de oír, la Gibosa se aproximó al cuarto del conserje y pidió que le abriesen la puerta.

—¿De dónde venís de ese modo? —dijo el portero saliendo de su nicho, con una escopeta de dos cañones en la mano, que estaba cargando y examinando a la costurera con una mirada sospechosa.

—Vengo de hablar a la señora superiora —contestó tímidamente la Gibosa.

—¿Es cierto? —dijo brutalmente Nicolás—. Es que tenéis la traza de una mala religiosa; en fin, lo mismo da. Salid pronto.

Abrióse la puerta cochera, y la gibosa salió; pero apenas había dado algunos pasos en la calle, cuando quedó pasmada de ver a «Malasombra» que venía hacia ella, y algo más lejos a Dagoberto que le seguía a pasos agigantados. Dirigiase la Gibosa al encuentro del soldado, cuando una voz fuerte y sonora, le gritó de lejos:

—¿Qué tal, mi buena Gibosa? —Volvióse la joven, y en sentido opuesto a Dagoberto vio acudir a Agrícola.

LXII

Los encuentros

A la vista de Dagoberto y Agrícola, la Gibosa quedó estupefacta a algunos pasos de la puerta del convento.

El soldado no había visto aún a la costurera; adelantábase precipitadamente, siguiendo a «Malasombra».

Viendo de pronto que el fiel animal le abandonaba saltando, levantó la cabeza, y a corta distancia distinguió al animal que otra vez hacía fiestas a la Gibosa y a Agrícola que acababan de reunirse a algunos pasos de la puerta del convento.

—¡La Gibosa! —prorrumpieron padre e hijo al ver a la joven costurera, acercándose y mirándola con sorpresa.

—Buenas esperanzas, señor Dagoberto —le dijo con una alegría imposible de describir—. Ya sabemos dónde están Rosa y Blanca. Y volviéndose hacia el herrero —: Buenas esperanzas, Agrícola; la señorita de Cardoville no está loca; acabo de verla.

—¿No está loca? ¡Qué dicha! —dijo el herrero.

—¡Las niñas! —exclamó Dagoberto cogiendo entre sus manos trémulas de emoción las de la Gibosa—. ¡Las ha visto!

—Sí, no hace mucho, muy tristes y desconsoladas, pero no he podido hablarlas.

—¡Ah! —dijo Dagoberto, respirando con dificultad y poniendo las manos sobre su pecho— nunca hubiera creído que mi viejo corazón pudiese latir con tanta fuerza. Y, no obstante, gracias a mi perro, ya me esperaba lo que sucede; pero es igual, me siento como trastornado por la alegría.

—Bravo, padre, ya ves que es un buen día —dijo Agrícola mirando a la costurera con reconocimiento.

—Abrázame, digna y querida hija —añadió el soldado estrechando con cariño entre sus brazos a la Gibosa; e impaciente añadió—: Vamos pronto a buscar las niñas.

—¡Ah, mi buena Gibosa! —dijo Agrícola conmovido— devuelves la tranquilidad a mi padre y quizás la vida. Y la señorita de Cardoville ¿cómo sabes?

—Una gran casualidad.

—¿Y tú, cómo te hallas aquí?

—«Malasombra» se para y ladra —dijo Dagoberto, que había dado algunos pasos precipitadamente.

En efecto, el perro, tan impaciente como su amo por volver a ver a las huérfanas, y mejor informado que éste del sitio en que se hallaban, fue a arrimarse a la puerta del convento y se puso a ladrar para llamar la atención de Dagoberto. Éste comprendió perfectamente a su perro, y preguntó a la Gibosa con aire indicativo:

—¿Están allí las niñas?

—Sí, señor Dagoberto.

—No podía dudarlo. ¡Valiente perro! ¡Oh! Sí, los animales valen más que los hombres, excepto vos, mi buena Gibosa, que valéis más que los hombres y los animales. Al fin, voy a ver a esas pobrecitas; voy a recobrarlas.

Y diciendo esto, a pesar de su edad, se puso a correr para reunirse con «Malasombra».

—Agrícola —exclamó la Gibosa— impide a tu padre llamar a la puerta; lo echaría todo a perder.

En dos saltos, el herrero alcanzó a su padre en el momento en que iba a ponerle la mano sobre la aldaba de la puerta.

—Padre mío, no llames —exclamó el herrero, cogiendo por el brazo a Dagoberto.

—¿Qué estás diciendo?

—La Gibosa dice que llamando todo se perdería.

—¿Cómo?

—Ella os explicará.

Menos ágil la Gibosa que Agrícola, llegó a poco y dijo al soldado:

—Señor Dagoberto, no estemos delante de esta puerta; pudieran abrirla y vernos, lo que daría que sospechar. Sigamos más bien a lo largo de la tapia.

—¡Sospechas! —dijo el veterano pasmado, pero sin alejarse de la puerta—. ¿Qué sospechas?

—Os pido que no permanezcamos aquí —dijo la Gibosa con tanto empeño, que Agrícola; apoyándola, dijo a su padre:

—Padre mío, ya que la Gibosa lo dice, sus razones tendrá para ello; oigámosla; a dos pasos de aquí está el baluarte del Hospital, por donde no pasa un alma; allí podremos hablar sin que nos interrumpen.

—¡El diablo me lleve si comprendo una palabra de esto! —exclamó Dagoberto sin separarse de la puerta—. Las niñas están ahí, las tomo y me las llevo; es negocio de diez minutos.

—¡Oh! No lo creáis, señor Dagoberto —dijo la Gibosa—. Es más difícil de lo que pensáis. Pero venid, venid. ¿Oís cómo hablan en el patio?

—Ven, ven, padre mío —dijo Agrícola llevándose tras sí al soldado, casi a pesar suyo.

«Malasombra», ignorando a qué atribuir estas dudas, ladró por dos o tres veces, sin abandonar su puesto, como para protestar contra una retirada tan humillante; pero habiéndole llamado Dagoberto, se unió al cuerpo del ejército.

Eran las cinco de la tarde, el viento soplaba con violencia y espesas nubes pardas, precursoras de lluvia, oscurecían el cielo. Ya hemos dicho que el baluarte del Hospital, que limitaba por esta parte el jardín del convento, estaba por lo regular solitario, de modo que Dagoberto, Agrícola y la Gibosa pudieron celebrar solitariamente su consejo.

El soldado no podía disimular la impaciencia que le causaban estas dilaciones, así es que no bien hubieron doblado la esquina de la calle, dijo a la Gibosa:

—Vamos, hija mía, explicaos; estoy impaciente.

—La casa en que están encerradas las hijas del mariscal Simón, es un convento, señor Dagoberto.

—¡Un convento! —exclamó el soldado—, ya debía presumírmelo —y luego añadió—: ¡Pues bien! Iré a buscarlas a un convento como a cualquiera otra parte.

—Pero, señor Dagoberto, se hallan encerradas a pesar suyo, contra la vuestra; no os las entregarán.

—¿No me las entregarán? ¡Voto a bríos! Eso es lo que vamos a ver.

Y dio algunos pasos hacia la calle.

—Padre mío —dijo Agrícola deteniéndole—, un poco de paciencia, escucha a la Gibosa.

—Nada escucho. ¡Cómo!, ¿las niñas están ahí, lo sé y yo las libraré al momento de buena voluntad o por fuerza? ¡En verdad que sería curioso! Déjame.

—Por Dios, señor Dagoberto, escuchadme —dijo la Gibosa cogiendo la otra mano del soldado—; hay otro medio de librar a esas pobres señoritas, sin valerse de la fuerza. La señorita de Cardoville me dijo que cualquier medida violenta lo echaría todo a perder.

—Si hay otro medio, decidlo pronto.

—Esta sortija que la señorita de Cardoville...

—¿Quién es esa señorita de Cardoville?

—Padre mío, es una joven muy generosa que quería prestar fianza por mí, y a quien tengo que comunicar cosas muy importantes.

—Bien, bien —contestó Dagoberto— luego hablaremos de eso. Decid, mi buena Gibosa, ¿esa sortija?...

—La tomaréis, señor Dagoberto, e iréis al instante a ver al señor conde de Montbron, plaza de Vendôme, número 7. Es un hombre, según parece, muy poderoso, amigo de la señorita de Cardoville; esta sortija os servirá para probarle que vais de su parte, le diréis que está detenida como loca en la enfermería contigua al convento, y que en éste están encerradas, contra su voluntad, las hijas del mariscal Simón.

—Bien, ¿y luego?

—Entonces el señor conde de Montbron hará las diligencias necesarias con personas de influencia para poner en libertad a la señorita de Cardoville y a las hijas del mariscal Simón, quizá mañana o pasado mañana.

—¿Mañana o pasado mañana? —exclamó Dagoberto—. ¡Quizás! Pero es hoy, en este mismo momento, cuando las necesito. Pasado mañana, no llegaríamos a tiempo. Gracias, mi buena Gibosa, pero guardad vuestra sortija. Prefiero arreglar mis negocios yo mismo. Espérame aquí, muchacho.

—Padre mío ¿qué quieres hacer? —exclamó Agrícola deteniendo otra vez al soldado— es un convento; no piensas en ello.

—Eres un recluta; conozco la teoría de los conventos como el mejor. En España la he ensayado muchas veces. Vais a ver lo que sucede; llamo, viene a abrir la tornera y me pregunta qué quiero, no respondo; quiere detenerme y paso adelante; una vez dentro del convento, llamo a mis niñas con todas mis fuerzas recorriéndolo de arriba abajo.

—¡Pero, señor Dagoberto, las religiosas! —exclamó la Gibosa procurando contener al soldado.

—Las religiosas se ponen a correr detrás de mí y me persiguen gritando como urracas desatinadas; todo esto ya lo sé. En Sevilla rescaté de este modo a una andaluza que las beatas retenían por fuerza. Las dejo gritar, recorro el convento llamando a Rosa y Blanca, me oyen, me responden; si están encerradas cojo lo primero que me venga a la mano y derribo la puerta.

—Pero, señor Dagoberto, ¿y las religiosas?

—Las religiosas con sus gritos no impiden que derribe la puerta; cojo en mis brazos a las niñas y me largo; si han vuelto a cerrar la puerta de afuera, la derribo también. Conque así —añadió Dagoberto soltándose de las manos de la Gibosa— esperadme aquí. Dentro de diez minutos estaré de vuelta. Bueno será que vayas a buscar un coche, hijo mío.

Agrícola más tranquilo, y mejor informado que Dagoberto en punto al Código penal, temió las terribles consecuencias del extraño modo de proceder del veterano. Así es que poniéndose delante de él, le dijo:

—Te ruego que escuches algunas palabras.

—Di, despacha.

—Si quieres entrar a la fuerza en el convento, todo lo echarás a perder.

—¿Cómo?

—Es preciso que sepáis, señor Dagoberto —dijo la Gibosa—, que en el convento hay hombres; ahora cuando salía, vi al portero que cargaba su escopeta, y el jardinero hablaba de una hoz muy afilada y de las rondas que habían de hacer esta noche.

—Lo mismo temo la escopeta de un portero que la hoz de un jardinero.

—Bien, padre mío, pero te ruego que me escuches. Llamas ¿no es eso? la puerta se abre y el portero te pregunta qué quieres.

—Le digo que necesito hablar a la superiora y me cuelo en el convento.

—¡Pero, por Dios, señor Dagoberto! —dijo la Gibosa—, después de atravesar el patio, se encuentra una segunda puerta con rejilla, viene una religiosa a ver quién llama, y no abre mientras no le digan el fin de la visita.

—Le responderé que deseo ver a la superiora.

—Bueno, ¿y después? Os preguntará lo que queréis, señor Dagoberto.

—¿Lo que quiero? Mis niñas.

—Un poco más de paciencia padre mío. Según las precauciones que han tomado, ya puedes figurarte que querrán detener a las señoritas Simón contra su voluntad y la tuya.

—No dudo de ello, estoy bien seguro; para eso han procurado trastornar la cabeza a mi pobre mujer.

—La superiora te contestará que no sabe de quién hablas y que las señoritas Simón no están en el convento.

—Y yo le diré que están testigos la Gibosa y «Malasombra».

—La superiora contestará que no te conoce y que no tiene explicaciones que darte y cerrará la rejilla.

—Entonces derribo la puerta; ya ves que siempre será preciso venir a parar en esto; déjame ¡voto a bríos!

—Y el portero al ruido, corre a buscar la guardia, vienen y te prenden.

—¿Y entonces qué será de las pobres niñas, señor Dagoberto?

Era demasiado sensato el padre de Agrícola para no conocer la exactitud de las observaciones de su hijo y de la Gibosa, pero también sabía que las huérfanas debían estar en libertad al día siguiente.

Esta alternativa era tan terrible, que poniéndose las manos en su ardorosa frente, cayó sentado en el banco de piedra como anonadado por la inexorable fatalidad de su posición.

Agrícola y la Gibosa, sumamente conmovidos ante esta desesperación, se miraron tristemente.

Sentóse el herrero al lado del soldado y le dijo:

—Padre mío, tranquilízate; piensa en lo que la Gibosa acaba de decirte: Yendo con esa sortija de la señorita de Cardoville a ver a ese señor tan influyente, esas señoritas pueden estar en libertad; suponte, por mal que vaya, que no sean devueltas hasta pasado mañana.

—¡Sin duda queréis volverme loco! —exclamó Dagoberto estremeciéndose y mirando a su hijo y a la Gibosa de un modo tan salvaje y desesperado que Agrícola, y la costurera retrocedieron sorprendidos e inquietos.

—Perdonadme, hijos míos —dijo Dagoberto volviendo en sí después de un segundo de silencio—. Hago mal en encolerizarme, porque es el modo de no entendernos. Lo que decís es muy razonable, y con todo, tengo mis razones para expresarme del modo que lo hago. Escuchadme: Agrícola, eres un muchacho muy honrado, y vos Gibosa, una joven muy virtuosa. Lo que voy a participaros es preciso que quede entre nosotros. He conducido a esas niñas del fondo de la Siberia; ¿sabéis con qué fin? Con el de que mañana por la mañana se hallen en la calle de San Francisco. Si no lo verifican, habré faltado al último voto de su madre moribunda.

—¿Calle de San Francisco, número 3? —exclamó Agrícola interrumpiendo a su padre.

—Sí, ¿cómo es que sabes ese número? —dijo Dagoberto.

—¿Esta fecha no se halla estampada en una medalla de bronce?

—Sí —contestó Dagoberto cada vez más admirado—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Padre mío, un momento —exclamó Agrícola—. Déjame recapacitar; creo

adivinarlo, sí; y tú, mi querida Gibosa, ¿no me has dicho que la señorita de Cardoville no estaba loca?

—No, la tienen encerrada en esa casa, sin dejarla ver a nadie. —Añadió que creía que las hijas del mariscal Simón y ella eran víctimas de una odiosa trama.

—Ya no me queda duda —exclamó el herrero—, ahora lo comprendo todo; la señorita de Cardoville tiene el mismo interés que las señoritas Simón en hallarse mañana en la calle de San Francisco, y tal vez lo ignora.

—¿Cómo?

—Dime, mi buena Gibosa ¿la señorita de Cardoville, no te ha manifestado un grande empeño en estar mañana en libertad?

—No; porque al darme esta sortija para el conde de Montbron, me dijo: «Él hará que mañana o pasado las hijas del mariscal Simón y yo nos encontremos en libertad».

—Pero explícate —dijo Dagoberto a su hijo con impaciencia.

—Hace poco —contestó el herrero—, cuando viniste a buscarme a la cárcel, padre mío, te dije que tenía que cumplir un deber sagrado y pronto volvería a casa.

—Sí, y yo por mi parte fui a hacer nuevas diligencias, de las que después os enteraré.

—Me dirijo al pabellón de la calle de Babilonia, ignorando que la señorita de Cardoville estuviese loca, o al menos que pasase por tal; viene a abrirme un criado y me dice que a la señorita le ha acometido de pronto un acceso de locura. Ya puedes figurarte, padre mío, qué golpe para mí; pregunto en dónde se halla, y me responde que no lo sabe; le manifiesto mi deseo de hablar con alguno de sus parientes, pero como mi blusa no le inspira mucha confianza, me responde que no hay allí ninguno de la familia; estaba desesperado; ocúrreme una idea, y dije para mí: Si está loca, su médico debe saber su paradero, si se halla en estado de oírme, me acompañará a verla; si no, hablaré con su médico; a veces un médico suele ser un amigo. Pregunto al criado si puede indicarme el médico de la señorita de Cardoville, y sin poner la menor objeción me da las señas: el señor doctor Baleinier, calle Tarante, número 12. Allá me dirijo, y ya había salido; pero me dicen que a cosa de las cinco le hallaré sin falta en su enfermería; esta casa está contigua al convento, y ésta es la razón por la que nos hemos encontrado.

—Pero esa medalla, esa medalla —dijo Dagoberto impaciente—, ¿en dónde la has visto?

—Este motivo y otros me hicieron escribir a la Gibosa que deseaba hacer a la señorita de Cardoville grandes revelaciones.

—¿Y esas revelaciones?

—Mira, padre mío, el día de tu marcha fui a su casa para pedirle que me prestase fianza; sabe por una de sus camareras que me buscaban, y para impedir que me arrestasen me hizo ocultar en un escondrijo de su pabellón; era un cuartito que no recibía más claridad que la que se introducía por un conducto a modo de chimenea; al cabo de un rato veía perfectamente. No teniendo otra cosa que hacer más que mirar

en derredor, lo examiné todo: las paredes estaban enmaderadas, la entrada del escondrijo se formaba por un tablero que corría sobre unas muescas de hierro por medio de unos engranajes complicados, trabajados con esmero; era cosa de mi oficio y me interesaba: me puse a examinar los resortes, a pesar de mi desasosiego, y comprendí su movimiento; pero había un botón de cobre que no podía atinar con su uso; en vano tiraba de él hacia afuera, procuraba moverlo a derecha e izquierda, ninguno de los resortes cumplía mi deseo; entonces dije: este botón debe pertenecer sin duda a otro mecanismo. Se me ocurre empujarlo con fuerza en vez de tirar de él, y al momento oigo un rechinar y encima de la entrada del escondrijo veo en el enmaderamiento correrse un tablero de unos dos pies cuadrados, como las tablillas de un escritorio; el tablero tenía la forma de una caja; había empujado el resorte con demasiada fuerza y el sacudimiento hizo venir al suelo una medallita de bronce con su cadena.

—¿En donde viste las señas de la calle de San Francisco? —exclamó Dagoberto.

—Sí, padre mío, y con la medallita cayó también un pliego cerrado. Al cogerlo, sin querer vi en letras gruesas. «Para la señorita de Cardoville. Debe enterarse de estos papeles tan pronto como lleguen a sus manos». Y encima de estas palabras las iniciales R. y C. acompañadas de una rúbrica y la fecha: «París 12 noviembre de 1830». Vuelvo el pliego, y en los dos sellos que lo cerraban había las mismas iniciales R. y C. debajo de una corona.

—¿Y los sellos estaban intactos? —preguntó la Gibosa.

—Sí.

—Entonces, ya no queda la menor duda de que la señorita de Cardoville ignora la existencia de esos papeles —dijo la costurera.

—Eso fue lo primero que me ocurrió, puesto que se la prevenía que abriese al momento aquel pliego, y que a pesar de haber pasado dos años los sellos estaban intactos.

—Es bien claro —dijo Dagoberto—, y entonces, ¿qué hicisteis?

—Volví a colocarlo todo en el secreto, pensando enterar de ello a la señorita de Cardoville, pero algunos instantes después entraron en el escondrijo, que había sido descubierto; no he vuelto a verla; solamente dije a una de sus camareras algunas palabras que tenían doble sentido sobre mi hallazgo, confiando en que esto haría que su señorita procurase indagar; tan pronto como me fue posible escribirte, mi buena Gibosa, lo hice rogándote que fueses a ver a la señorita de Cardoville.

—Pero esa medalla —dijo Dagoberto— es semejante a la que poseen las hijas del general Simón; ¿cómo será eso?

—Nada más sencillo, padre mío; ahora me acuerdo que la señorita de Cardoville es su parienta; ella misma me lo ha dicho.

—¿Parienta de Rosa y Blanca?

—Sí, seguramente —repuso la Gibosa—. No hace mucho que me lo ha dicho.

—Pues bien, ahora —exclamó Dagoberto mirando a su hijo dolorosamente—,

¿comprendes por qué quiero tener hoy a mis niñas? ¿No conoces que, como me dijo su pobre madre al morir, un día de atraso lo echaría todo a perder? ¿Que no puede satisfacerme un «acaso mañana» cuando vengo del fondo de la Siberia con esas niñas, para presentarlas mañana en la calle de San Francisco? ¿Que debo tenerlas hoy, aun cuando debiera poner fuego al convento?

—Pero, padre mío, os lo repito, la violencia...

—¿Sabes lo que me contestó esta mañana el comisario de policía, cuando fui a entablar la queja contra el confesor de mi mujer? Que no había ninguna prueba y que nada se podía hacer.

—Pero ahora hay pruebas, padre mío, al menos se sabe en dónde están las jóvenes. Con esta seguridad es uno muy fuerte. Tranquilízate. La ley es más fuerte que todas las superioras de todos los conventos del mundo.

—Y el conde de Montbron, a quien la señorita de Cardoville os ruega que vayáis a ver —dijo la Gibosa—, ¿no es un hombre de influencia? Le diréis lo interesante que es a esas señoritas el que esta noche las pongan en libertad, así como a la de Cardoville; pues ya veis que tiene el mismo interés; entonces el conde de Montbron activará las diligencias de la justicia, y esta noche os serán devueltas vuestras niñas.

—La Gibosa tiene razón, padre mío. Vete a casa del conde; yo voy a la del comisario a decirle que ahora ya se sabe en dónde están detenidas las jóvenes; tú, mi buena Gibosa, vuelve a casa a esperarnos; ¿no es cierto, padre mío? Démonos cita en casa.

Dagoberto se había quedado pensativo; de pronto dijo a Agrícola:

—Corriente. Seguiré vuestros consejos. Pero supón que el comisario te diga: no se puede obrar hasta mañana, y que el conde me diga otro tanto. ¿Crees que permaneceré con los brazos cruzados hasta mañana?

—Padre mío...

—Basta —contestó el soldado con voz breve—. Yo me entiendo; tú, hijo mío, vete a casa del comisario; vos, mi buena Gibosa, id a esperarnos; yo voy a casa del conde; dadme la sortija y las señas.

—Plaza de Vendôme, número 7, conde de Montbron; vais de parte de la señorita de Cardoville —dijo la Gibosa.

—Tengo feliz memoria —dijo el soldado—. Con que así, lo más pronto posible id la calle de Brise-Miche.

—Sí, padre mío, ánimo; ya verás como la ley defiende y protege a las gentes honradas.

—Tanto mejor —dijo el soldado—, porque si no, las gentes honradas se verían obligadas a protegerse y defenderse a sí mismas; así hijos míos, hasta luego, calle de Brise-Miche.

* * *

Cuando Dagoberto, Agrícola y la Gibosa se separaron, era ya de noche.

LXIII

Las citas

Son las ocho de la noche y la lluvia azota las ventanas del cuarto de Francisca Baudoin, calle Brise-Miche. El desorden y la poca limpieza de esta habitación, por lo regular tan bien cuidada, manifiestan la gravedad de los tristes acontecimientos que han trastornado existencias hasta entonces tan dichosas en su oscuridad.

El enladrillado suelo, está cubierto de lodo. Desde que el comisario se ha llevado consigo a Francisca, la cama no se ha vuelto a hacer; por la noche, Dagoberto, se había echado en ella durante algunas horas, cuando agobiado por el cansancio y por la desesperación regresó a su casa después de nuevas y vanas tentativas para descubrir el paradero de Rosa y Blanca; una botella, un vaso y algunos restos de pan duro que hay sobre la cómoda atestiguan la frugalidad del soldado, que no tenía más recursos que el dinero prestado por el Monte de Piedad sobre los objetos empeñados por la Gibosa después del arresto de Francisca.

A la pálida luz de una vela se veía a la Gibosa, sentada en un sillón, dormitando con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos envueltas en el delantal de indiana y los talones apoyados en el último travesaño de la silla.

Después de un día de fatigas, la pobre criatura no había comido; esperando la vuelta de Dagoberto y Agrícola, cedía a una agitada somnolencia, ¡ah!, muy diferente del sueño tranquilo y reparador.

Al cabo de algunos minutos de silencio, oyéronse en la meseta de la escalera unos pasos lentos y pesados.

Abrióse la puerta y entró Dagoberto seguido de «Malasombra».

Despertóse sobresaltada la Gibosa. Levantó la cabeza y, poniéndose de pie, se dirigió hacia el padre de Agrícola, y le dijo:

—¡Qué tal! señor Dagoberto, ¿traéis buenas noticias?

La Gibosa no se atrevió a continuar al fijarse en la sombría expresión de las facciones del soldado; entregado éste a sus reflexiones, no pareció advertir la presencia de la costurera; dejóse caer en una silla con postración, y apoyando sus codos sobre la mesa, ocultó el rostro entre las manos. Después de una larga meditación, se incorporó y dijo en voz baja:

—Es preciso, es preciso —y dando algunos pasos por el cuarto, miraba en derredor como si buscase alguna cosa.

Después de un corto examen, vio al lado de la estufa una barra de hierro de unos dos pies que servía para levantar la tapa de este calorífero cuando estaba demasiado caliente; la cogió, la miró bien y la puso sobre la cómoda con aire satisfecho.

Sorprendida la Gibosa del prolongado silencio de Dagoberto, seguía con la vista

sus movimientos con una tímida e inquieta curiosidad, que muy pronto se trocó en espanto al verle coger su mochila, que estaba sobre una silla, abrirla y sacar un par de pistolas de bolsillo, cuyos muelles examinó con precaución.

La costurera, no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío! señor Dagoberto, ¿qué queréis hacer?

Mirando el soldado a la Gibosa como si entonces advirtiese su presencia, la dijo con voz cordial aunque brusca.

—Buenas noches, mi querida hija. ¿Qué hora es?

—Las ocho acaban de dar en Saint-Merry, señor Dagoberto.

—¡Las ocho! ¡Nada más que las ocho! —y poniendo las pistolas al lado de la barra de hierro, pareció reflexionar mirando en torno suyo.

—Señor Dagoberto —se atrevió decir a la Gibosa— ¿no tenéis buenas noticias?

—No —fue la única contestación del soldado en tono tan conciso, que la Gibosa no atreviéndose a hacerle más preguntas, se volvió a sentar en silencio.

Malasombra se le acercó apoyando su cabeza sobre las rodillas, y siguiendo con la misma curiosidad que ésta todos los movimientos de Dagoberto.

Éste permanecía pensativo, y acercándose a la cama tomó una sábana, midió y calculó su largo, volviéndose hacia la Gibosa, le dijo:

—Unas tijeras.

—Pero, señor Dagoberto...

—Vamos, hija mía, unas tijeras —dijo Dagoberto con acento benévolo, pero que indicaba que quería ser obedecido.

La costurera tomó unas tijeras del cestillo de labor de Francisca y se las presentó al soldado.

—Ahora coged el otro lado de la sábana, hija mía: tenedlo bien firme.

En menos de dos minutos Dagoberto hizo cuatro tiras de la sábana, las que torció bien y ató con unas cintas de hilo, formando así una especie de cuerdas, las cuales unió sólidamente unas a otras, y tuvo una cuerda de unos veinte pies; pero parecía no estar aun satisfecho, pues se dijo:

—Ahora, necesitaría un gancho. —Y empezó a examinar el cuarto de nuevo.

La Gibosa, más y más espantada, pues ya no podía dudar de los proyectos de Dagoberto, le dijo tímidamente:

—Pero señor Dagoberto. Agrícola no ha vuelto aún; si tarda tanto, será porque traerá buenas noticias.

—Sí —dijo el soldado con amargura, buscando con la vista el objeto que le faltaba—, buenas noticias, por el estilo de las mías —y añadió—: no obstante, necesito un gancho fuerte. —Y yendo de un lado a otro, halló el soldado uno de los sacos de tela basta que cosía Francisca, lo cogió, lo abrió y dijo a la Gibosa:

—Hija mía, meted ahí dentro la barra de hierro y la cuerda; será más fácil de transportar.

—¡Buen Dios! —exclamó la Gibosa obedeciendo al soldado— os marcháis sin

esperar a Agrícola, señor Dagoberto, cuando quizás tenga algo bueno que comunicaros.

—Tranquilizaos, hija mía, le esperaré; no puedo marcharme hasta las diez. Tengo tiempo.

—Según eso, señor Dagoberto, ¿habéis perdido toda esperanza?

—No, tengo mucha; pero en mí mismo.

Y diciendo esto dio dos vueltas a la boca del saco y lo colocó sobre la cómoda al lado de sus pistolas.

—¿A lo menos esperaréis a Agrícola, señor Dagoberto?

—Sí, si vuelve antes de las diez.

—Según parece ¡Dios mío! estáis decidido.

—Muy decidido; y no obstante, si fuese bastante simple para creer en «agüeros»...

—Algunas veces, señor Dagoberto los presentimientos no engañan.

—Sí —contestó Dagoberto—. Eso suelen decir las buenas mujeres, y aunque yo no sea una mujer, lo que he visto hace poco me ha oprimido el corazón. Pero, ¡bah!, sin duda habré tomado por presentimiento lo que no habrá sido sino impulso de cólera.

—¿Y qué habéis visto?

—Puedo referíroslo, mi buena hija; porque así transcurrirá el tiempo más pronto, que se me hace bastante largo —e interrumpiéndose preguntó—: ¿No ha dado una media?

—Sí, señor Dagoberto, son las ocho y media.

—He aquí lo que he visto: hace poco, pasando por una calle, no sé cuál, fijé inadvertidamente la vista en un enorme cartel encarnado, en el cual había una pantera negra devorando un caballo blanco. Al verlo, la sangre me dio una vuelta, porque habéis de saber, mi buena Gibosa, que una pantera negra devoró a un pobre caballo blanco que yo tenía, el compañero de «Malasombra», que se llamaba «Jovial».

A este nombre, tan familiar en otro tiempo para el perro, que permanecía echado a los pies de la Gibosa, levantó la cabeza mirando a Dagoberto.

—Ya lo veis, los animales tienen también memoria, lo recuerda —dijo el soldado suspirando a esta idea, y dirigiéndose a su perro—: ¿Te acuerdas de Jovial?

Al oír «Malasombra» a su amo pronunciar otra vez ese nombre con voz conmovida, aulló suavemente, como para atestiguar que no había olvidado a su antiguo compañero de viaje.

—En efecto, señor Dagoberto —dijo la Gibosa— hay una triste analogía en haber visto en ese cartel una pantera negra devorando un caballo blanco.

—Eso no es nada, vais a oír lo demás. Me acerco al anuncio, y leo que el titulado Morok, que acaba de llegar de Alemania, exhibirá en un teatro diferentes animales feroces que ha domado, y entre otros un hermoso león, un tigre y una pantera de Java llamada la «Muerte».

—Ese nombre causa miedo —dijo la Gibosa.

—Más miedo os dará aún, hija mía, cuando sepáis que esa pantera es la misma que mató a mi caballo cerca de Leipzig, hace cuatro meses.

—¡Ah, Dios santo! tenéis razón, señor Dagoberto —dijo la Gibosa—. Eso es terrible.

—Escuchad —dijo Dagoberto, cuyas facciones se ponían cada vez sombrías— aún hay más: ese llamado Morok, el amo de esa pantera, fue causa de que a mí y a mis niñas nos encarcelasen en Leipzig.

—¿Y ese mal hombre está en París?, ¿y es vuestro enemigo? —exclamó la Gibosa—. ¡Ah! razón tenéis, señor Dagoberto, es preciso que tengáis cuidado; es un mal presagio.

—Sí, para ese miserable, si lo encuentro —dijo Dagoberto con voz ronca—, porque tenemos unas cuentas antiguas que arreglar juntos.

—Señor Dagoberto —dijo la Gibosa escuchando—, alguien sube corriendo por la escalera; es el modo de pisar de Agrícola; trae buenas noticias, estoy segura.

—Ésta es buena ocasión —dijo el soldado sin responder a la Gibosa—. Agrícola es herrero y podrá suministrarme un gancho de hierro que necesito.

Algunos instantes después entró, efectivamente, Agrícola; pero, ¡ay!, bastóle a la costurera la primera ojeada para leer en la alterada fisonomía del herrero que eran vanas las esperanzas que había abrigado.

—¿Qué tal? —dijo Dagoberto a su hijo de un modo que manifestaba claramente lo poco que esperaba de las diligencias hechas por Agrícola—, y bien ¿qué hay de nuevo?

—¡Ah, padre mío! hay para volverse loco o estrellarse la cabeza contra las paredes —exclamó el herrero, no pudiendo apenas reprimir su cólera.

Dagoberto se volvió hacia la Gibosa, y le dijo:

—Ya lo veis, estaba bien seguro de ello.

—¿Pero vos, padre mío? —exclamó Agrícola—; ¿habéis visto al conde de Montbron?

—El conde de Montbron hace tres días que partió para la Lorena. Ésas son mis buenas noticias —respondió el soldado con amarga ironía—. Veamos las tuyas, refiéremelo todo; deseo estar bien convencido que dirigiéndose a la justicia, como no hace mucho me decías, que defiende y protege a las gentes honradas... ocasiones hay en que las deja a merced de los bribones. Sí, necesito esto, y luego un gancho; he contado contigo para estas dos cosas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Refiere ahora tus diligencias; tiempo tenemos, pues acaban de dar las ocho y media. Vamos a ver: ¿cuando me dejaste, adónde fuiste?

—A casa del comisario, que ya había recibido tu denuncia.

—¿Qué te ha dicho?

—Después de haberme escuchado con atención, me respondió: al fin esas jóvenes

se hallan colocadas en una casa muy respetable, en un convento; no es pues tan urgente el sacarlas de allí, y además, no puedo exponerme a violar un domicilio religioso bajo vuestra simple denuncia; mañana daré parte a quien corresponda, y más adelante se proveerá.

—¡Más adelante! ya lo veis, siempre dilaciones —exclamó el soldado.

—Pero señor, le respondí —continuó Agrícola—, es preciso hacerlo ahora mismo, esta noche, porque si esas jóvenes no se hallan mañana por la mañana en la calle de San Francisco, puede acarrearles graves perjuicios. «Es muy sensible —me respondió el comisario—; pero os repito que no me es posible en vista de vuestra declaración o la de vuestro padre, que lo mismo que vos, no es pariente de esas jóvenes, el ponerme en contraposición de las leyes, que ni aun así podrían violar a petición de una familia. La justicia tiene sus plazos y formalidades a que es preciso someterse».

—Seguramente —dijo Dagoberto— es preciso someterse aunque sea mostrándose cobarde, traidor e ingrato.

—¿Y le has hablado de la señorita de Cardoville? —preguntó la Gibosa.

—Sí, pero me ha contestado lo mismo; que era muy grave, que es cierto que hacía una declaración, pero que no presentaba ninguna prueba en apoyo de lo que manifestaba. «Una tercera persona os ha asegurado que la señorita de Cardoville afirmaba no estar loca —me dijo el comisario—; esto no basta, todos los locos tienen la misma manía, por tanto, tampoco puedo violar el domicilio de un médico respetable bajo vuestra sola declaración: con todo, la recibo y daré cuenta de ella. Pero es preciso que la ley siga su curso».

—Cuando hace poco quería yo poner manos a la obra —dijo con voz grave Dagoberto—, ¿os parece que no había previsto ya todo eso? No obstante, he sido bastante débil para escucharos.

—Pero, padre mío, lo que querías intentar era imposible, y te exponías a peligrosas consecuencias; tú mismo te convenciste de ello.

—Según eso —continuó el soldado sin contestar a su hijo— ¿te han dicho positivamente, que no había que pensar en obtener legalmente esta noche o mañana por la mañana que Rosa y Blanca me fuesen devueltas?

—No, padre mío, para la ley no hay urgencias; la cuestión no podrá decidirse antes de dos o tres días.

—Eso era lo que deseaba saber —dijo Dagoberto levantándose y paseando a lo largo del cuarto.

—Con todo —añadió su hijo—, no me di por vencido. Desesperado, y no pudiendo creer que la justicia permaneciese sorda a unas reclamaciones tan justas, me dirigí al Palacio de Justicia, confiando en hallar un juez, un magistrado que escuchase mi queja y dictase providencias.

—Y bien —le dijo el soldado deteniéndose.

—Me dijeron que el despacho del procurador del rey se cerraba todos los días a

las cinco y no se abría hasta las diez; pensando en vuestras angustias y en la posición de esa pobre señorita de Cardoville, quise hacer otra tentativa; entro en un cuerpo de guardia de tropas de línea, mandado por un teniente; se lo explico todo; me vio tan conmovido, le hablé con tanto calor y convicción, que se interesó por mí. «Teniente —le dije—, concededme una gracia sola; que un alférez y dos hombres me acompañen al convento para conseguir la entrada legalmente. Se pedirá que se presenten las hijas del mariscal Simón, y que se las permita escoger el quedarse o reunirse con mi padre que las ha conducido de Rusia, y entonces se verá si no las tienen allí contra su voluntad».

—¿Y qué te respondió, Agrícola? —preguntó la Gibosa en tanto que Dagoberto alzándose de hombros continuaba su paseo.

«—Amigo mío —me dijo—, lo que me pedís no es posible; conozco que tenéis razón, pero no puedo cargar con la responsabilidad de una medida tan grave. ¡Entrar por fuerza en un convento! sería lo suficiente para que me depusiesen».

»“—Pero entonces, señor, ¿qué debo hacer? Hay que perder la cabeza”.

»“—A fe mía no lo sé; lo más seguro es esperar” —me dijo el teniente—. Entonces, padre mío, creyendo haber hecho todo lo posible, me he dirigido aquí confiando en que habrías sido más afortunado que yo; desgraciadamente me he engañado.

Diciendo esto, el herrero, agobiado de fatiga, se sentó en una silla.

Reinó un profundo silencio después de estas palabras de Agrícola, que mataban las últimas esperanzas de estas tres personas, mudas, anonadadas bajo el peso de una inexorable fatalidad.

Un nuevo incidente aumentó el aspecto siniestro y doloroso de esta escena.

Descubrimientos

La puerta que Agrícola no había pensado en cerrar, se abrió, por decirlo así tímidamente, y se presentó en el umbral Francisca Baudoin, la mujer de Dagoberto, pálida y sosteniéndose con trabajo.

El soldado, Agrícola y la Gibosa estaban entregados a una meditación tan profunda, que ninguna de estas personas notó la entrada de Francisca.

Dando ésta tres pasos en el cuarto, cayó de rodillas con las manos juntas, y diciendo con voz humilde: «¡Pobre marido mío, perdón!». A estas palabras, Agrícola y la Gibosa que estaban de espaldas a la puerta, se volvieron y Dagoberto levantó la cabeza.

—¡Madre mía! —exclamó Agrícola acercándose a Francisca.

—¡Mi mujer! —prorrumpió Dagoberto levantándose y dando algunos pasos hacia la desgraciada.

—¡Buena madre!, ¡tú de rodillas! —dijo Agrícola bajándose y abrazando a Francisca con efusión—; ¡levántate!

—No, hijo mío —dijo Francisca con acento suave y enérgico—, no me levantaré hasta que tu padre me haya perdonado; le he faltado, ahora lo sé...

—¡Perdonarte, pobre mujer! —dijo el soldado acercándose enternecido—. ¿Acaso te he acusado nunca, a no ser en el primer impulso de desesperación? No, no, he acusado a esos malos sacerdotes, y tenía razón. En fin, ya estás aquí —añadió el soldado ayudando a su hijo a levantar a Francisca— es una desgracia menos en que pensar, puesto que te hallas en libertad. Ayer no había conseguido aún saber en qué cárcel estabas; tengo tantas penas que no me ha sido posible ocuparme únicamente de ti. Vamos, mi querida mujer, siéntate aquí.

—Buena madre, ¡qué débil estás, qué frío tienes y qué palidez! —dijo Agrícola angustiado y con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Por qué no nos has mandado avisar? —añadió—. Hubiéramos ido a buscarte. Pero ¡cómo tiembles, querida madre! Tus manos están heladas —prosiguió el herrero arrodillándose delante de Francisca, y volviéndose hacia la Gibosa—: Enciende al instante un poco de fuego.

—Ya había pensado en ello cuando tu padre llegó, pero no hay carbón ni leña.

—Pues bien, hazme el favor, mi buena Gibosa te bajas a que te lo preste el padre Lorient; es tan buen hombre que no te lo negará. Mi pobre madre podría enfermar; mira como tiembla. —Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando la Gibosa desapareció.

El herrero se levantó, cogió la manta de la cama, envolvió con ella cuidadosamente las rodillas y pies de su madre, y volviéndose a arrodillar, la dijo:

—Dame tus manos, madre mía. —Y cogiendo Agrícola las débiles manos entre las suyas, procuró calentarlas con su aliento. Era un cuadro interesantísimo el ver a este joven robusto, de rostro enérgico y resuelto, en el cual se manifestaba entonces gran ternura, cuidar esmeradamente a aquella pobre madre anciana, pálida y trémula. Dagoberto, no menos bondadoso que su hijo, fue a buscar una almohada y dijo a su mujer:

—Inclínate un poco hacia adelante, te pondré detrás esta almohada; estarás mejor y te calentaré.

—¡Cómo me mimáis los dos! —exclamó Francisca procurando sonreírse—, y tú, tan cariñoso, tan bueno, después del mal que te he causado —y desprendiendo una de sus manos de las de su hijo, cogió las del soldado, sobre la que apoyó sus ojos bañados en lágrimas, después añadió en voz baja—: En la cárcel bien me he arrepentido.

Partíasele el corazón a Agrícola al pensar que por un momento su madre se había visto obligada a estar confundida en la cárcel con tantas miserables criaturas, siendo una santa y digna mujer, pura como un ángel, así es que iba a tratar de consolarla de lo triste que debía serle lo pasado; pero pensando que sería renovar la llaga de Dagoberto, se limitó a preguntarle:

—¿Y Gabriel? querida madre, ¿cómo está mi buen hermano? Ya que le has visto, danos noticias de él.

—Desde su llegada —dijo Francisca— está en reclusión; sus superiores le han prohibido severamente el salir. Por fortuna no le habían vedado el verme, porque sus palabras y consejos me han abierto los ojos: él es quien me ha enterado de lo culpable que he sido, contigo, sin saberlo, mi pobre marido.

—¿Qué quieres decir? —respondió Dagoberto.

—¡Virgen Santa! Ya puedes suponer que si te he causado tantos disgustos, no era por maldad. Al verte tan desesperado, padecía tanto como tú, pero no me atrevía a decírtelo temiendo faltar a mi juramento; quería cumplirlo, creyendo obrar bien y en conciencia. No obstante, una voz interior me decía que mi deber no era exasperarte. «¡Dios santo, iluminadme!» exclamé arrodillándome en la cárcel y rezando a pesar de la mofa que de mí hacían las otras mujeres. «¿Cómo es que una acción santa y justa que me ha mandado mi confesor, hombre tan respetable, redunde en perjuicio de mi familia? ¡Dios mío, apiadaos de mí, inspiradme, dadme a conocer si he obrado mal involuntariamente!». Como rogaba con fervor, Dios me oyó, enviándome la idea de dirigirme a Gabriel. Os doy gracias, Dios mío, os obedeceré, me dije: Gabriel es como si fuese mi hijo, es también sacerdote, es un santo mártir. Si hay alguno que se asemeje al Divino Salvador por la caridad y la bondad, es él. Cuando salga de la cárcel iré a consultarle y resolveré dudas.

—Querida madre, tienes razón —exclamó Agrícola—, fue una idea del cielo. Gabriel es un ángel, es lo más puro, animoso y noble que hay en el mundo. Es el tipo del verdadero y buen sacerdote.

—¡Ah! pobre mujer —dijo Dagoberto tristemente—, ¡si nunca hubieras tenido otro confesor que Gabriel!

—Ya había pensado en ello antes que emprendiese sus viajes —dijo sencillamente Francisca—. Me hubiera gustado tanto confesarme con aquel hijo querido... Pero temía que se enfadase el abate Dubois y que Gabriel fuese tan indulgente con mis pecados.

—¡Tus pecados, pobre madre mía! —dijo Agrícola—, ¿has cometido uno sólo en toda tu vida?

—¿Y qué te ha dicho Gabriel? —preguntó el soldado.

—¡Ay! amigo mío, ¡ojalá hubiera tenido con él antes una entrevista semejante! Lo que le dije del abate Dubois le hizo entrar en dudas; entonces aquel hijo querido me interrogó sobre muchas cosas de que nunca habíamos hablado. Franqueé enteramente mi corazón y él hizo otro tanto conmigo, de modo que hemos hecho tristes descubrimientos sobre personas que habíamos tenido por muy respetables, y que no obstante nos habían engañado sin saberlo uno ni otro.

—¿Cómo es eso?

—Sí: a él le manifestaban bajo secreto cosas como dichas por mí, y conmigo hacían otro tanto respecto de él. Así es que me ha confesado que entonces no tenía vocación para ser sacerdote; pero habiéndole asegurado que yo no creería mi salvación completa en este mundo y en el otro si *él* no admitía las órdenes, porque estaba persuadida de que el Señor me recompensaría por haberle proporcionado un buen servidor, y que no obstante nunca me atrevería a pedirle una prueba semejante de cariño aunque lo hubiese recogido en la calle y educado como a mi hijo, a fuerza de privaciones y de trabajo. Entonces ¿qué había de suceder? El pobre querido niño, creyendo de este modo satisfacer mis más ardientes deseos, se sacrificó e ingresó en el seminario.

—¡Pero eso es horrible —dijo Agrícola—, es un infame ardid! y los sacerdotes que se han mezclado en esto, han cometido una sacrílega falta.

—Al mismo tiempo —continuó Francisca—, conmigo se expresaban de muy diferente modo: me decían que Gabriel tenía vocación, pero que no se decidía a confesármelo, temiendo que lo tomase a mal por Agrícola, quien no debiendo ser nunca más que un operario no gozaría de las ventajas que el sacerdocio proporcionaría a Gabriel. Así es que cuando me pidió permiso para entrar en el seminario ¡niño querido! no entraba sino a disgusto, creyendo que con ello me complacía, en vez de aconsejarle que no lo hiciese, hice lo posible para que siguiese esta idea, asegurándole que era lo mejor que podía hacer, y que con ello tendría yo gran satisfacción. ¡Dios mío! ya podéis conocer que fingí lo posible, temiendo que no se figurase que prefería en todo a Agrícola.

—¡Qué odiosa trama! —dijo Agrícola asombrado—. ¡Qué modo tan indigno de especular con vuestro mutuo cariño! Así es que animándole en su resolución, casi a tu pesar, Gabriel no veía en esto más que la expresión de tus ardientes deseos.

—No obstante, como Gabriel tiene el mejor corazón del mundo, poco a poco adquirió vocación. Es muy natural; consolar a los que padecen, sacrificarse por los desdichados... para esto había nacido; de modo que nunca me hubiera hablado de lo pasado a no ser por nuestra conversación de esta mañana. Pero entonces, tan suave y tímido como es, le he visto exaltarse y exasperarse, particularmente contra Rodin y otra persona a quien acusa. Me ha dicho que tenía contra ellos graves motivos de queja, pero que estos descubrimientos colmaban la medida.

A estas palabras de Francisca, Dagoberto pasóse la mano por la frente como para asociar sus ideas.

Hacía ya algunos momentos que escuchaba admirado y casi con temor la relación de estos manejos subterráneos dirigidos con malicia.

Francisca continuó:

—En fin, cuando confesé a Gabriel que por consejo del abate Dubois, mi confesor, había entregado a una persona extraña las niñas confiadas a mi marido, las hijas del mariscal Simón, el niño querido, ¡ay! bien a su pesar, me culpó, no de haberlas querido iniciar en las dulzuras de nuestra santa religión, sino de no haber consultado a mi marido, único culpable ante Dios y los hombres del depósito de que se había hecho cargo. Gabriel ha censurado amargamente la conducta del señor abate Dubois, por haberme dado consejos tan malos y pérfidos; luego aquel niño querido me ha consolado con su dulzura angelical y aconsejado que viniese a comunicártelo todo ¡pobre marido mío! Bien hubiera querido acompañarme, pero desgraciadamente Gabriel se halla detenido en su seminario por las severas órdenes de sus superiores, y no ha podido venir conmigo y...

Dagoberto interrumpió bruscamente a su mujer, pues hallábase muy agitado.

—Dime una cosa Francisca, porque en verdad, en medio de tantos cuidados, y de tantas tramas, la memoria se ofusca y se pierde la cabeza. ¿Me dijiste el día en que desaparecieron las niñas, que al recoger a Gabriel le habías hallado una medalla de bronce colgada al cuello, y en el bolsillo una cartera con papeles escritos en idioma extranjero?

—Sí, amigo mío.

—¿Que algún tiempo después habías entregado los papeles y la medalla a tu confesor?

—Sí, amigo querido.

—¿Y Gabriel, no te ha hablado nunca de esa medalla y de esos papeles?

—No.

Oyendo Agrícola la revelación de su madre, la miraba pasmado y exclamó:

—¿Entonces Gabriel tiene el mismo interés que las hijas del mariscal Simón y la señorita de Cardoville en hallarse mañana en la calle de San Francisco?

—Sin duda —respondió Dagoberto—. ¿Y ahora te acuerdas que nos dijo, a mi llegada, que dentro de algunos días necesitaría nuestra ayuda para una grave circunstancia?

—Sí, padre mío.

—Le tienen preso en su seminario, ha dicho a tu madre que estaba quejoso de sus superiores, y nos pidió nuestra ayuda ¿te acuerdas? con un tono tan triste y grave que le dije...

—Que aun cuando se tratase de un duelo a muerte no se expresaría de otro modo —contestó Agrícola interrumpiendo a Dagoberto—, es cierto, padre mío; y no obstante, tú que eres inteligente en valor, has reconocido que el ánimo de Gabriel no era menor que el tuyo; para que tema a sus superiores necesario es que el peligro sea muy grande.

—Ahora que he oído a tu madre, todo lo comprendo —dijo Dagoberto—. Gabriel, Rosa y Blanca, la señorita de Cardoville, tu madre y quizá nosotros también, somos víctimas de una trama infernal de perversos sacerdotes. Mira, en este momento conozco sus tenebrosos medios, lo veo —añadió el soldado bajando la voz—, es preciso ser muy fuerte para luchar con ellos. No, nunca me había formado una idea de su poder.

—Tienes razón, padre mío; porque los que son hipócritas y malvados pueden hacer tanto daño, como los que son caritativos, cual Gabriel, hacer bien. Y no hay enemigo más implacable que un mal sacerdote.

—Te creo, y eso me espanta, porque al fin mis pobres niñas están en sus manos. ¿Será preciso abandonarlas sin procurar arrancárselas? ¿Está todo perdido? ¡Oh! no, no; fuera flaqueza: y no obstante, desde que tu madre nos ha manifestado esas maquinaciones, no sé, pero me siento con menos ánimo, con menos resolución.

—Todo lo que pasa en derredor nuestro es terrible. El rapto de esas niñas ya no es un hecho aislado, sino la ramificación de un vasto complot que nos rodea y amenaza. Me parece que yo y los míos caminamos en medio de las tinieblas, por entre serpientes, enemigos. ¿Qué quieres que te diga? nunca he temido a la muerte; y con todo, lo confieso; sí, lo confieso; esos ropajes negros me intimidan; sí, tengo miedo.

Dagoberto pronunció estas palabras con acento tan sincero, que su hijo se estremeció, pues experimentaba la misma impresión.

El silencio que hacía algunos momentos reinaba fue interrumpido por la vuelta de la Gibosa.

Sabiendo ésta que la conversación de Dagoberto, su mujer y Agrícola no convenía que la oyese ningún extraño, llamó ligeramente a la puerta estando de la parte de afuera con el padre Lorient.

—¿Se puede entrar, señora Francisca? —dijo la costurera—, aquí está el padre Lorient que trae leña.

—Sí, sí, entra, mi buena Gibosa —dijo Agrícola, en tanto que su padre se enjugaba el frío sudor que corría por su frente.

Abrióse la puerta y penetró el digno tintorero, cuyas manos y brazos eran entonces de color amaranto; en una mano traía un cestito con leña y en la otra una paleta con un ascua.

—Buenas noches —dijo el Padre Lorient—, gracias, señora Francisca, por haber pensado en mí; ya sabéis que todo lo que hay en mi tienda está a vuestra disposición; entre vecinos, debe uno ayudarse, como es muy justo; en otro tiempo fuisteis muy buena con mi difunta mujer.

Depositando la leña en un rincón y dando a Agrícola la paleta con la brasa, el digno tintorero, conociendo por el aire triste y preocupado de los diferentes actores de esta escena que sería indiscreto el prolongar su visita, añadió:

—¿Necesitáis algo, señora Francisca?

—Gracias, amigo Lorient.

—Entonces, buenas noches —y dirigiéndose a la Gibosa, repuso—: No os olvidéis de la carta para el señor Dagoberto, no me he atrevido a tocarla, porque hubiera señalado en ella los cinco dedos de color amaranto. Buenas noches. —Y el padre Lorient se marchó.

—Señor Dagoberto, aquí tenéis una carta —dijo la Gibosa, tratando de encender la estufa en tanto que Agrícola aproximaba al hogar la vieja poltrona de su madre.

—Mira lo que dice, hijo mío, porque tengo la cabeza tan cansada que apenas veo.

Agrícola tomó la carta que sólo contenía algunas líneas, y la leyó sin mirar antes la firma.

En la mar, el 25 de diciembre de 1831.

Aprovecho el encuentro y comunicación de algunos momentos con un buque que va directamente a Europa, mi antiguo camarada, para escribirte de prisa estas líneas, que confío recibirás por el Havre, y probablemente antes que mis últimas cartas de la India. Debes hallarte ya en París con mi mujer y mi hijo. Diles...

No puedo terminar, la lancha parte; en una palabra, pronto estaré en Francia. No olvides el 13 de febrero: de ello depende la futura suerte de mi mujer y de mi hijo.

Adiós, amigo mío, reconocimiento eterno. Simón.

—¡Agrícola, acude a tu padre! —exclamó la Gibosa.

A las primeras palabras de esta carta, que tenían una cruel relación con las presentes circunstancias, Dagoberto palideció. La emoción, el cansancio, la postración, unidos a este último golpe, le hicieron flaquear. Su hijo acudió, le sostuvo un momento en sus brazos, pero pronto se disipó este acceso de momentánea debilidad. Dagoberto pasó la mano por su frente, enderezó su elevada talla, sus ojos brillaron, en su áspera fisonomía se manifestó una decidida resolución, y prorrumpió con feroz entusiasmo.

—No, no, no seré traidor, no seré cobarde. Los ropajes negros ya no me causan miedo, y esta noche Rosa y Blanca Simón estarán en libertad.

El código penal

Dagoberto, espantado por un momento de las subterráneas y tenebrosas maquinaciones urdidas y llevadas a cabo por los «ropajes negros», como él decía, contra las personas a quienes amaba, había podido dudar un instante en su intento de libertar a Rosa y Blanca; pero su indecisión cesó después de la lectura de la carta del mariscal Simón, que tan a tiempo había llegado para recordarle sus sagrados deberes.

El pasajero abatimiento del soldado se había trocado en una resolución enérgica, tranquila.

—Agrícola, ¿qué hora es? —preguntó a su hijo.

—Acaban de dar las nueve, padre mío.

—Es preciso que fabriques al momento un gancho de hierro bastante fuerte para sostener mi peso, y abierto lo suficiente para que se adapte a la albardilla de una pared. Esa estufa puede servirte de fragua y de yunque; en la casa ha de haber quien te preste un martillo, y en cuanto a hierro —dijo el soldado titubeando y mirando en derredor—, en cuanto a hierro... toma, aquí tienes —y diciendo esto el soldado, cogió del hogar unas tenazas y se las presentó a su hijo añadiendo—: Vamos, hijo mío, por todos los diablos, atiza el fuego, enrojece y fórmame ese hierro.

A estas palabras, Francisca y Agrícola se miraron con sorpresa; el herrero permaneció mudo y sobrecogido, ignorando la determinación de su padre y los preparativos que éste había hecho ayudado de la Gibosa.

—¿No me comprendes, Agrícola? Es preciso que al momento me hagas con esto un gancho.

—¡Un gancho! padre mío ¿y para qué?

—Para ponerlo al cabo de una cuerda que tengo ahí. Conviene que termine con un ojo bastante grande, para que pueda sujetarse sólidamente.

—Pero esa cuerda y ese gancho, ¿para qué aprovecharán?

—Para escalar las paredes del convento si no puedo introducirme por la puerta.

—¿Qué convento? —preguntó Francisca a su hijo.

—¿Cómo, padre mío? —exclamó éste levantándose— ¿aún piensas en eso?

—¿Pues en qué he de pensar?

—Pero, padre mío, es imposible; no intentarás empresa semejante.

—Hijo mío, ¿dime? —preguntó Francisca con ansiedad— ¿a dónde quiere ir tu padre?

—Quiere introducirse esta noche en el convento en que están las hijas del mariscal Simón, y arrebatárlas.

—¡Santo Dios! ¡Mi pobre marido! ¡Un sacrilegio! —exclamó Francisca

ateniéndose a sus piadosas tradiciones, y juntando las manos hizo un movimiento para levantarse y acercarse a Dagoberto.

Conociendo el soldado las observaciones y ruegos que iba a tener que oír, y resuelto a no ceder, quiso evitar estas súplicas inútiles que le harían perder un tiempo precioso, y contestó con aire grave, severo y casi solemne, que manifestaba la inflexibilidad de su determinación:

—Escucha mujer, y tú también, hijo mío; cuando a mi edad se toma una resolución, es porque se ha meditado bien antes, y una vez decidido, no hay mujer ni hijo que valgan; cumple uno con su obligación, y a esto estoy resuelto. Así es inútil que os canséis. Vuestro deber es hablarme de ese modo, corriente; ya lo habéis cumplido. Esta noche quiero mandar en mi casa.

Francisca, temerosa y espantada, no se atrevió a pronunciar ni una sola palabra, pero dirigió a su hijo miradas suplicantes.

—Padre mío —dijo éste— una palabra, una sola palabra.

—Veamos lo que tienes que decir —respondió Dagoberto con impaciencia.

—No trataré de oponerme a tu determinación, pero te probaré que no sabes el peligro que vas a correr.

—Nada ignoro —respondió el soldado en tono brusco—. Lo que voy a intentar es difícil, pero nunca se dirá que he dejado de echar mano de un medio, cualquiera que sea, para cumplir lo que he prometido.

—Padre mío, míralo bien; ignoras a lo que te expones —dijo el herrero alarmado.

—Bien, hablemos del peligro; del fusil del portero y de la hoz del jardinero —dijo Dagoberto alzándose de hombros desdeñosamente—; hablemos de ello y que se acabe de una vez. En fin, supongamos que deje el pellejo en el convento, ¿no quedarás tú para consolar a tu madre? Veinte años hace que estáis acostumbrados a pasar sin mí; con eso os será menos sensible.

—Y yo soy, ¡Dios mío! la causa de todas estas desgracias —exclamó la pobre madre—. ¡Ah! ¡Gabriel tenía razón en culparme!

—Señora Francisca, calmaos —dijo la Gibosa en voz baja, acercándose a la mujer de Dagoberto—. Agrícola no permitirá que su padre se exponga.

El herrero, después de un momento de duda, contestó con voz conmovida:

—Demasiado te conozco, padre mío, para pensar en que te detenga el miedo de la muerte.

—¿Pues de qué peligro quieres hablarme?

—De un peligro ante el cual retrocederás... sí... ante el cual retrocederás, tú, tan valiente —dijo el joven con un convencimiento que llamó la atención de su padre.

—¡Agrícola! —dijo ásperamente el soldado— acabas de decir una cobardía y de inferirme un insulto.

—¡Padre mío!

—Una cobardía —contestó el soldado irritado—, porque es cobarde el hombre que pretende atemorizar a otro para que no cumpla con su deber; y un insulto, porque

me crees capaz de abrigar temor.

—¡Ah! señor Dagoberto —dijo la Gibosa—, no comprendéis a Agrícola.

—Demasiado que le comprendo —respondió el soldado con dureza.

Agrícola, dolorosamente conmovido por la severidad de su padre, pero firme en su resolución, dictada por cariño y respeto, añadió, aunque palpitándole el corazón:

—Padre mío, perdón si te he desobedecido, pero aun cuando me aborrecieses, sabrás a lo que te expones escalando de noche las paredes de un convento.

—¡Agrícola!, ¡te atreves!... —exclamó Dagoberto con el rostro encendido de cólera.

—¡Hijo mío! —exclamó Francisca afligida— ¡esposo mío!

—Señor Dagoberto, escuchad a Agrícola; por vuestro bien habla —exclamó la Gibosa.

—Nada escucho —contestó el soldado dando una patada en el suelo.

—¡Te digo, padre mío, que te expones casi inevitablemente a ir a galeras! —exclamó el herrero palideciendo.

—¡Desgraciado! —dijo Dagoberto cogiendo a su hijo por un brazo— ¿y no podías ocultármelo antes que exponerme a ser traidor y cobarde? —Luego, estremeciéndose, repitió—: ¡A galeras! —Y bajando la cabeza permaneció mudo, pensativo, y como anonadado por tan terribles palabras.

—Sí, introducirse de noche en un lugar habitado, escalando y fracturando... la ley es terminante: ¡a galeras! —exclamó Agrícola alegrándose y al mismo tiempo afligido de la postración de Dagoberto—. Sí, padre mío, a galeras si te cogen in fraganti, y hay muchas probabilidades que así sea. Ya la Gibosa te ha dicho que el convento está guardado. Si esta mañana hubieses intentado arrebatarse en medio del día a esas dos señoritas, te hubieran arrestado, pero al menos esta tentativa hecha francamente, tendría un carácter de leal audacia que acaso influiría para que te absolviesen. Pero introducirse de noche, escalando... te repito que serías condenado a galeras. Ahora, padre mío, decídetes, haré lo que hagáis, porque no te dejaré ir solo... Habla, y forjo el gancho; aquí en el armario tengo un martillo y unas tenazas; dentro de una hora nos podemos marchar.

Un profundo silencio siguió a las palabras del herrero, interrumpido únicamente por los ahogados sollozos de Francisca que desesperada decía entre dientes: «¡Ay Dios mío! he aquí lo que sucede por haber yo escuchado al abate Dubois».

En vano la Gibosa intentaba consolarla, pues también estaba asustada, porque el soldado era capaz de arrostrar la infamia, y entonces Agrícola se empeñaría en participar de los peligros de su padre.

Dagoberto, a pesar de su carácter enérgico, permanecía sobrecogido. En su empresa nocturna, según sus costumbres militares, no había visto más que un ardid de guerra autorizado por la razón que le asistía y la inexorable fatalidad de su posición; pero las terribles palabras de su hijo le habían conducido a la realidad, colocando delante de sus ojos esta alternativa: o faltaba a la confianza del mariscal Simón y a

los últimos votos de la madre de las huérfanas, o tenía que exponerse a una terrible deshonra, y sobre todo sacrificar a su hijo ¡a su hijo! y sin probabilidad ninguna de libertar a las huérfanas.

Francisca, enjugando de pronto sus ojos llenos de lágrimas, exclamó como iluminada por una repentina inspiración:

—Pero Dios mío, ahora me acuerdo que hay un medio de sacar del convento a esas niñas queridas sin tener que echar mano de la violencia.

—¿Cómo es eso, madre mía? —dijo Agrícola.

—El abate Dubois es quien las ha hecho conducir allí; pero Gabriel supone que mi confesor ha obrado en virtud de los consejos de Mr. Rodin.

—Y aun cuando así fueses mi querida madre, sería en vano dirigirse a Mr. Rodin, pues nada se obtendría de él.

—De él, no, mas quizás de ese poderoso abate, el superior de Gabriel, y que desde su entrada en el seminario siempre le ha protegido.

—¿Qué abate, madre mía?

—El señor abate d'Aigrigny.

—En efecto, querida madre; antes de ser sacerdote era militar, quizás se le hallase más dispuesto que a otro...

—¡D'Aigrigny! —exclamó Dagoberto con una expresión de horror y de odio—. ¿Anda mezclado en estas traiciones un hombre que antes de ser sacerdote ha sido militar y se llama Aigrigny?

—Sí, el marqués d'Aigrigny, antes de la Restauración, sirvió en Rusia, y en 1815 los Borbones le dieron el mando de un regimiento.

—¡Él es! —dijo Dagoberto con voz ronca—. ¡Siempre el mismo! Como un genio maléfico, ora se trate de la madre, del padre o de las hijas.

—¿Qué dices, padre mío?

—¡El marqués d'Aigrigny! —dijo Dagoberto—. ¿Sabéis quién es ese hombre? Antes de ser sacerdote, fue el verdugo de la madre de Rosa y Blanca, que despreciaba su amor. Antes de ser sacerdote, se ha batido contra su país: por dos veces se ha hallado en la guerra cara a cara con el general Simón. Sí, cuando el general permanecía prisionero en Leipzig, acribillado de heridas en Waterloo, el marqués renegado triunfaba con los rusos y los ingleses. En tiempo de los Borbones, el renegado, colmado de honores, se halló con el perseguido soldado del imperio. Esta vez hubo entre los dos un encarnizado duelo. El marqués resultó herido pero el general Simón, proscrito y condenado a muerte, se expatrió. ¿Y ahora el renegado es sacerdote, decís? Pues bien, estoy seguro que es él quien ha hecho robar a Rosa y Blanca para saciar en ellas el odio que siempre ha abrigado contra la madre y el padre. Ese odiable d'Aigrigny las tiene en su poder. Ya no se trata, pues, únicamente de defender la fortuna de esas niñas... sino su vida. ¿Lo oís? su vida.

—Padre mío, ¿crees a ese hombre capaz de...?

—Un traidor a su país que viene a parar en infame sacerdote, es capaz de todo; os

digo que tal vez a estas horas esas niñas parecen por medio de una muerte lenta — exclamó el soldado con desesperado acento—, porque el separarlas es matarlas. —Al cabo de un rato Dagoberto añadió con una exasperación indescriptible—: ¡Las hijas del mariscal Simón se hallan en poder del marqués d’Aigrigny y de su cuadrilla, y titubearía yo en intentar salvarlas por temor a ir a galeras! ¡Las galeras! —añadió con sonrisa convulsiva— ¿qué se me da a mí de las galeras? ¿Qué conseguirán con meter en ellas mi cadáver? ¿Acaso después de esta última tentativa no tendré el derecho, si me sale mal, de levantarme la tapa de los sesos? Pon tu hierro al fuego, muchacho. Pronto, que el tiempo urge... forja, forja el hierro.

—Pero... tu hijo te acompaña —replicó Francisca dando un grito de desesperación maternal, y levantándose fue a echarse a los pies de Dagoberto diciendo—: Si te prenden... lo mismo harán con él.

—Para evitar las galeras, hará lo que yo; tengo dos pistolas.

—¿Y yo? —exclamó la desdichada madre juntando sus manos suplicantes— sin ti... sin él... ¿qué será de mí?

—Tienes razón; era un egoísta; iré solo —dijo Dagoberto.

—No irás solo, padre mío —contestó Agrícola.

—¿Y tu madre?

—La Gibosa está enterada de todo; irá a ver a Mr. Hardy, mi jefe, y se lo referirá. Es el hombre más bondadoso de la tierra, y a mi madre no le faltará abrigo y pan hasta el fin de sus días.

—¡Y soy yo... yo la causa de todo! —exclamó Francisca retorciéndose las manos con desesperación—. ¡Castigadme, Dios mío, castigadme!

—Agrícola, no me seguirás, te lo prohíbo —dijo Dagoberto, abrazando fuertemente a su hijo.

—¿Después de haberte indicado el peligro, iba yo a retroceder? No pienses en eso, padre mío. ¿Acaso no tengo yo también que librar a alguna persona? La señorita de Cardoville, tan buena y generosa, que quiso evitar que me llevasen a la cárcel ¿no se halla ahora prisionera? Te seguiré padre mío.

—¡Ay, Dios santo!, ¡tened compasión de nosotros! —dijo la pobre madre sollozando.

—No llores así, querida madre, que me partes el corazón —dijo Agrícola levantando a su madre con la ayuda de la Gibosa.

—Tranquilízate, buena madre; respondo de todo. Libraremos a las hijas del mariscal Simón y a la señorita de Cardoville. Gibosa, dame las tenazas y el martillo que están en el fondo de ese armario.

La costurera obedeció a Agrícola, mientras éste avivaba con un fuelle el fuego en que calentaba las tenazas.

—Aquí tienes tus herramientas, Agrícola —dijo la Gibosa, presentando con manos trémulas estos objetos al herrero, quien sirviéndose de ellos, sacó del fuego las tenazas enrojadas, y empezó a darles la forma de un gancho con fuertes martillazos,

haciendo la estufa veces de yunque.

Dagoberto, que permanecía pensativo dijo de pronto a su mujer:

—Ya conoces a tu hijo: es imposible impedirle que me siga; pero tranquilízate, querida mujer, saldremos bien, así lo espero. Si no logramos nuestro objeto y nos prenden, bueno: nada de cobardía ni de suicidio; padre e hijo iremos a la cárcel agarrados del brazo, con la cabeza erguida, la mirada satisfecha, como dos hombres honrados que han cumplido con su deber hasta el último extremo. Forja, muchacho —añadió Dagoberto dirigiéndose a su hijo que martilleaba el candente hierro— forja sin temor; los jueces son personas honradas y absolverán a dos hombres de bien.

—Sí, digno padre mío, tienes razón; tranquilízate, querida madre; los jueces verán la diferencia que hay entre dos ladrones y un viejo soldado y su hijo, que aventurando su libertad y su vida, exponiéndose al deshonor, han querido salvar a unas desgraciadas víctimas.

—Y si no atendiesen a razones —contestó Dagoberto— ¡tanto peor! no será tu hijo ni tu marido los que se vean deshonorados a los ojos de las gentes de bien. Dos preguntas, mi buena Gibosa, el tiempo vuela. Cuando bajasteis al jardín, ¿habéis notado si los pisos del convento son muy elevados?

—No mucho, señor Dagoberto, sobre todo del lado de la casa de locos donde permanece encerrada la señorita de Cardoville.

—¿Cómo pudiste hablar con esa señorita?

—Estaba del otro lado de un enrejado de madera que separa en aquel punto los dos jardines.

—Perfectamente —dijo Agrícola que continuaba machacando su hierro—, fácilmente podremos pasar de un jardín a otro; tal vez sea más fácil y seguro salir por la casa de los locos. Desgraciadamente no sabes cuál es el cuarto de la señorita Cardoville.

—Sí —contestó la Gibosa reuniendo sus ideas— reside en un pabellón cuadrado, y encima de la ventana en que la he visto la primera vez hay un tejadillo pintado de azul y blanco.

—Bueno, no lo olvidaré.

—¿Y sabéis en dónde están los cuartos de mis pobres niñas? —dijo Dagoberto.

Después de un momento de reflexión, la Gibosa respondió:

—Dan frente al pabellón que ocupa la señorita de Cardoville, porque ya hace dos días que les hace señas desde su ventana, y ahora me acuerdo que me dijo que los dos cuartos, estaban colocados en diferentes pisos, el uno estaba en el bajo y el otro en el principal.

—¿Y esas ventanas tienen reja? —preguntó el herrero.

—No lo sé.

—No importa, gracias, mi buena hija; con esas indicaciones tenemos mucho adelantado —dijo Dagoberto—. En cuanto a lo demás, tengo formado mi plan.

—Querida Gibosa, dame agua —dijo Agrícola—, para que pueda enfriar este

hierro. —Y dirigiéndose a su padre—: ¿Estará bien así este gancho?

—Sí, hijo mío, cuando esté frío lo sujetaremos a la cuerda.

Hacia ya algunos momentos que Francisca Baudoin, arrodillada, rogaba con fervor; pedía a Dios que tuviese compasión de Agrícola y Dagoberto, que en su ignorancia iban a cometer un gran crimen.

Dagoberto y Agrícola terminaban en silencio sus preparativos.

Al cabo de algunos minutos dieron las diez en el reloj de Saint-Merry.

—Las diez —dijo Dagoberto estremeciéndose—. No hay que perder un segundo. Agrícola toma el saco.

—Voy, padre mío —y al cogerlo se acercó a la Gibosa que apenas se podía sostener y le dijo en voz baja y precipitadamente—: Si por la mañana no estamos de vuelta, te recomiendo a mi madre. Irás a ver a Mr. Hardy; quizás haya regresado. Vamos, hermana, ánimo, abrázame. Te dejo a mi pobre madre.

Y el herrero, muy enternecido, estrechó cordialmente en sus brazos a la Gibosa que se sentía desfallecer.

—Vamos, viejo «Malasombra», en marcha —dijo Dagoberto—. Tú nos servirás de centinela.

Y acercándose a su mujer, que se había levantado y estrechaba contra su pecho la cabeza de su hijo y la cubría de besos anegada en llanto, el soldado le dijo, afectando estar tranquilo:

—Vamos, mi querida mujer, procura sosegarte, enciéndenos un buen fuego; dentro de dos o tres horas te traeremos aquí dos pobres niñas y una hermosa señorita. Abrázame, que esto será de buen augurio.

Francisca se arrojó al cuello de su marido sin pronunciar palabra. Esta muda desesperación, acompañada de convulsivos sollozos, era aterradora. Dagoberto se vio obligado a desprenderse de los brazos de su mujer, y ocultando su emoción, dijo a su hijo con voz alterada:

—Salgamos, salgamos; se me despedaza el corazón. Mi buena Gibosa, cuídala... Agrícola, vamos.

Y metiendo el soldado sus pistolas en el bolsillo de la levita, se dirigió a la escalera seguido de «Malasombra».

—¡Hijo querido!... ¡Deja que te abrace otra vez! ¡Ay! Quizá sea la última —exclamó la desgraciada madre.

—Adiós, querida madre... Hasta luego.

Dagoberto y Agrícola dejaron la calle Brise-Miche en medio de la tormenta y se encaminaron a paso largo hacia el baluarte del Hospital, seguidos de «Malasombra».

Escalamiento y fractura

Las once y media daban cuando Dagoberto y su hijo llegaron al baluarte del Hospital.

El objeto de estos dos hombres enérgicos era noble y generoso; no obstante, se deslizaban resueltos, pero pensativos, en la oscuridad como unos bandidos a la hora de los crímenes nocturnos. Agrícola llevaba a la espalda el saco que contenía la cuerda, el gancho y la barra de hierro; Dagoberto se apoyaba en el brazo de su hijo y «Malasombra» seguía a su amo.

—El banco en que hace poco estuvimos sentados debe hallarse cerca —dijo Dagoberto parándose.

—Sí —repuso Agrícola—, allí está. No son más que las once y media y debemos esperar a que den las doce —añadió Dagoberto—. Sentémonos un momento para descansar y combinar nuestro plan. —Después de un instante, el soldado continuó con emoción estrechando entre sus manos las de su hijo—: Agrícola, hijo mío, aún es tiempo; te lo ruego... déjame ir solo, ya sabré arreglarme; cuanto más se acerca el momento, más temo comprometerte en esta peligrosa empresa.

—Y yo, padre mío, cuanto más se acerca el momento, me persuado más de que podré servirte de algo; participaré de tu buena o de tu mala suerte. No es ahora cuando retrocederé. Así, padre, pensemos en nuestro plan de campaña.

—Vamos, vendrás —dijo Dagoberto dominando un suspiro.

—Es preciso, padre mío —contestó Agrícola— conseguir nuestro propósito sin tropiezo, y lo conseguiremos. Hace poco te fijaste en que la puertecita de este jardín está cerca del ángulo de la tapia. Esto ya es bueno...

—Por allí entraremos en el jardín y buscaremos los edificios separados por una tapia que concluye con un enrejado de madera.

—Sí, porque a un lado de este enrejado está el pabellón en que reside la señorita de Cardoville, y al otro la parte del convento en que están encerradas las hijas del mariscal.

En este momento «Malasombra», que estaba echado a los pies de Dagoberto, se levantó de pronto y enderezó las orejas en ademán de escuchar.

—Diríase que «Malasombra» oye algo —dijo Agrícola—. Escuchemos. —Nada se oía sino el ruido del viento que agitaba los corpulentos árboles del baluarte—. Pero dime, padre mío, una vez abierta la puerta del jardín, ¿llevaremos con nosotros a «Malasombra»?

—Sí, sí; si hay algún perro de guardia se encargará de él; además nos avisará si se acercan los de la ronda; y ¿quién sabe? es tan inteligente y adicto a Rosa y Blanca, que acaso nos ayude a descubrir el sitio en que están; más de veinte veces le he visto

irlas a buscar en los bosques con un instinto extraordinario.

Un campaneo lento, y sonoro, dominando los silbidos del viento, empezó a dar las doce.

—Son las doce... abrázame y adelante.

Abrazáronse padre e hijo. El momento era solemne y decisivo.

—Ahora, padre mío —dijo Agrícola— obraremos con tanta audacia y astucia como unos bandidos que van a saquear una caja llena de oro.

Diciendo esto, el herrero sacó del saco la cuerda y el gancho. Dagoberto se armó de la barra de hierro, y entrambos se adelantaron a lo largo de la pared con precaución, dirigiéndose hacia la puertecita del jardín situada no lejos del ángulo que formaban la calle y el baluarte, deteniéndose de cuando en cuando para prestar atención, y procurando distinguir los ruidos que no fuesen producidos por la lluvia o por el viento. La noche continuaba siendo bastante clara para que se pudiesen distinguir perfectamente los objetos; el herrero y el soldado llegaron a la puertecita; ésta parecía carcomida y poco sólida.

—Bueno —dijo Agrícola a su padre— a un solo empuje cederá.

Iba el herrero a apoyar vigorosamente su espalda contra la puerta, recogiendo sobre sí mismo y apoyándose en las piedras de la calle, cuando «Malasombra» gruñó sordamente y se puso en guardia. A una palabra de Dagoberto el perro calló, y cogiendo a su hijo por el brazo, le dijo en voz baja:

—No nos movamos; «Malasombra» ha sentido a alguno en el jardín. —Agrícola y su padre permanecieron algunos minutos inmóviles, escuchando y reteniendo la respiración. El perro, obedeciendo a su amo, no gruñía, pero cada vez daba mayores muestras de inquietud. No obstante nada se oía.

—El perro se habrá engañado, padre mío —dijo Agrícola en voz baja.

—Estoy seguro que no; no nos movamos.

Después de una nueva dilación de algunos segundos, el perro se echó en el suelo, y metiendo el hocico por debajo de la puerta tanto como le era posible, dio repetidos resoplidos.

—Alguno se acerca —dijo Dagoberto.

—Alejémonos —contestó Agrícola.

—No, escuchemos; siempre estaremos a tiempo de huir si abren la puerta. Aquí, «Malasombra», aquí.

El perro, obedeciendo, se alejó de la puerta y fue a echarse a los pies de su amo. Algunos instantes después se oyó un chapoteamiento producido por algunos pesados pasos en los charcos de agua; luego el ruido de algunas palabras que, llevadas por el viento, no fueron comprendidas por el soldado ni por el herrero.

—Son los de la ronda de que nos habló la Gibosa —dijo Agrícola a su padre.

—Mucho mejor; ahora tardarán en dar la otra vuelta; con eso tendremos a lo menos dos horas nuestras; el negocio es seguro.

Poco a poco el ruido de los pasos fue menos perceptible y al fin dejó de oírse.

—Vamos, pronto no perdamos tiempo —dijo Dagoberto a su hijo al cabo de algunos minutos—. Ahora que están lejos, procuremos abrir la puerta.

Agrícola apoyó su poderosa espalda, empujó vigorosamente, pero la puerta no cedió.

—¡Maldición! —dijo Agrícola—. Está atrancada por la parte interior, estoy seguro de ello; a no ser así esas tablas medio podridas no hubieran resistido el empuje.

—¿Y qué haremos?

—Voy a subir por la pared valiéndome de la cuerda y el gancho y abrirla por dentro. —Diciendo esto, Agrícola cogió la cuerda, y después de varias tentativas logró adaptar el gancho a la albardilla de la muralla.

—Ahora, padre mío, sírveme de escalera; me ayudaré de la cuerda, y una vez a caballo en la muralla, volveré el gancho y fácil me será bajar al jardín.

Arrimóse el soldado a la pared, juntó sus manos, en cuyas manos puso su hijo un pie; luego subiendo sobre las robustas espaldas de su padre, que le sirvieron de punto de apoyo, y ayudado de la cuerda y de algunas grietas de la muralla, llegó a la cima. Desgraciadamente, el herrero no había echado de ver que la albardilla de la tapia estaba guarnecida de trozos de botella que le hirieron las rodillas y las manos, pero reprimió un grito de dolor, temiendo alarmar a Dagoberto; puso el gancho como convenía, se escurrió por la cuerda y llegó al suelo; acercóse a la puerta, que no estaba lejos, y efectivamente, por la pared interior asegurábala una gruesa barra de madera: la cerradura se hallaba en tal mal estado, que no resistió a un violento esfuerzo de Agrícola: abierta la puerta, Dagoberto penetró en el jardín, seguido de «Malasombra».

—Ahora —dijo el soldado a su hijo— gracias a tu destreza, ya hemos vencido lo más difícil. Ya tenemos asegurado el medio de huir para esas pobres niñas y la señorita de Cardoville. Todo consiste en dar con ellas sin tener un mal encuentro. «Malasombra», ve delante de descubierta. Y sobre todo, no chistes.

El inteligente animal se adelantó algunos pasos, olfateando, escuchando, venteando y caminando con la prudencia y circunspecta atención de un sabueso que va en busca.

—Sigamos la tapia; nos conducirá con más seguridad a un edificio.

—Eso es, vamos; caminemos por los bordes sobre la hierba, en vez de ir por en medio de la calle, con eso no se sentirán nuestros pasos.

Padre e hijo, precedidos por «Malasombra», recorrieron durante algún tiempo un sendero que hacía revueltas, pero que no se alejaba mucho de la tapia; de vez en cuando se detenían para escuchar o para cerciorarse prudentemente antes de continuar su marcha, de las sombras móviles de los árboles y de las matas que, agitados por el viento y alumbrados por la pálida claridad de la luna, se presentaban bajo formas muy singulares.

Daban las doce y media cuando Agrícola y su padre llegaron a una gran reja que

cerraba el jardín reservado de la superiora, en el cual se había introducido aquel día la Gibosa, después de haber visto a Rosa Simón hablar con Adriana de Cardoville.

Al través de las barras de esta reja, Agrícola y su padre vieron a corta distancia una estacada que partía de una capilla en obra y del otro un pabellón cuadrado.

—Aquél es sin duda el pabellón de la casa de locos en que reside la señorita de Cardoville —dijo Agrícola.

—Y el edificio en que están los cuartos de Rosa y Blanca, y que desde aquí no podemos ver, sin duda se halla enfrente —añadió Dagoberto—. ¡Pobres niñas! ahí están derramando lágrimas y entregadas a la desesperación.

—Con tal que se halle abierta esta reja... —dijo Agrícola.

—Es probable, porque está en la parte interior.

—Adelantémonos poco a poco.

Con algunos pasos más, Dagoberto y su hijo se hallaron al pie de la reja, que estaba cerrada únicamente por un pestillo. Iba a abrirla Dagoberto, cuando Agrícola le dijo:

—Ten cuidado no rechinen los goznes...

—¿Es preciso abrirla poco a poco o de golpe?

—Déjame a mí, yo lo haré —dijo Agrícola. Y abrió la reja con tanta fuerza que no se oyó sino un débil rechinamiento, pero lo suficiente para que se percibiese en medio del silencio de la noche durante uno de los intervalos que había de una a otra ráfaga.

Agrícola y su padre permanecieron por un momento inmóviles, prestando atención, no atreviéndose a pasar de la reja para tener la retirada segura.

Nada se oyó, todo permaneció en silencio, Agrícola y su padre, tranquilizados, se introdujeron en el jardín reservado.

Apenas el perro se halló en este sitio, cuando dio muestras de una extraordinaria alegría; meneando la cola saltando más bien que corriendo, luego que llegó a la separación de madera en donde aquel día Rosa Simón había conversado un instante con la señorita de Cardoville, detúvose allí inquieto y olfateando, dando mil vueltas como si buscase un rastro.

Dagoberto y su hijo dejaban a «Malasombra» seguir su instinto, observando sus menores movimientos con gran ansiedad, y confiando en su inteligencia y su cariño para con las huérfanas.

—Sin duda cerca de este enrejado fue donde estaba Rosa cuando la vio la Gibosa —dijo Dagoberto—. «Malasombra» sigue su rastro; dejémosle.

Al cabo de algunos segundos el perro volvió la cabeza hacia el lado en que estaba Dagoberto, y echó a correr hacia la puerta del edificio que daba frente al pabellón en que residía Adriana; al llegar allí se echó, esperando a Dagoberto.

—Ya no queda duda; las niñas están en esta parte del edificio —dijo Dagoberto yendo a reunirse con «Malasombra»—. Allí será donde hace poco han encerrado a Rosa.

—Veamos si las ventanas tienen reja —exclamó Agrícola siguiendo a su padre. Ambos llegaron adonde estaba el perro.

—¿Qué tal, valiente? —le dijo el soldado en voz baja, señalando el edificio—. ¿Rosa y Blanca permanecen aquí?

El perro levantó la cabeza y respondió con un gruñido de alegría acompañado de dos o tres ladridos. Dagoberto no pudo hacer otra cosa que coger el hocico del perro con sus manos.

—¡Va a echarlo todo a perder! —exclamó el herrero—. Quizás le hayan oído.

—No —dijo Dagoberto—. Pero ya no nos queda duda de que las niñas están ahí.

En aquel momento la reja de hierro por la que habían penetrado el soldado y su hijo en el jardín reservado, y que habían dejado abierta, se cerró con estrépito.

—Nos encierran —dijo Agrícola— y no hay otra salida.

Padre e hijo se miraron aterrados; Agrícola añadió:

—Quizás la reja se habrá cerrado girando sobre sus goznes por su propio peso; voy a cerciorarme y volverla abrir si puedo.

—Ve pronto, entretanto examinaré las ventanas.

Agrícola echó a correr hacia la reja, mientras que Dagoberto, deslizándose arrimado a la pared, llegó delante de las ventanas del piso bajo; eran cuatro, dos de ellas sin reja, el primer piso poco elevado y ninguna de las ventanas estaba guarnecida de barras de hierro; la hermana que estaba en este piso, una vez advertida, podría atar una sábana al dintel de la ventana y dejarse resbalar por ella, como ya lo hicieron para evadirse de la posada del «Halcón Blanco»; pero antes era preciso saber, cosa algo difícil, en qué cuarto estaba.

Dagoberto pensó que podría saberlo por la otra hermana que estaba en el piso bajo, pero presentábase otra dificultad: ¿a cuál de las cuatro ventanas debía llamar? Agrícola volvió al instante.

—Indudablemente fue el viento el que cerró la reja —dijo—. La he vuelto a abrir y sujetado con una piedra, pero es preciso andar listos.

—¿Y cómo sabremos distinguir las ventanas de los cuartos de esas pobres niñas? —dijo Dagoberto angustiado.

—Es cierto —dijo Agrícola inquieto—. ¿Qué haremos?

—Llamar a la ventana —repuso Dagoberto— sería descubrirnos si no acertáramos...

—Dios mío, Dios mío —dijo Agrícola afligido—. Haber llegado hasta debajo de sus ventanas e ignorar...

—El tiempo corre —dijo Dagoberto interrumpiendo a su hijo—. Arriesguémoslo todo.

—¿Cómo, padre mío?

—Voy a llamar a Rosa y Blanca en voz alta; desesperadas como están, estoy seguro que no duermen; al instante estarán en pie al primer llamamiento. La que ocupe el primer piso, atando una sábana al dintel de la ventana, en menos de diez

minutos podremos abrazarla. En cuanto a la otra, si su ventana no tiene reja, en un segundo es nuestra; si no, pronto habremos arrancado una de las barras.

—Pero padre mío ¿ese llamamiento?

—Quizás no lo oigan.

—Pero si lo oyen todo se echa a perder.

—¿Quién sabe? Antes que puedan ir a buscar a los hombres de la ronda y abrir varias puertas, las niñas pueden hallarse a salvo; después que estemos en la salida del baluarte, que nos echen un galgo.

—El medio es peligroso, pero no veo otro.

—Si no vienen más que dos hombres, yo y «Malasombra» nos encargaremos de ellos, si se presentan antes de terminar la evasión, y entre tanto tú salvas las niñas.

—Padre mío, un medio... y un medio seguro —exclamó de pronto Agrícola—. Según lo que nos dijo la Gibosa, la señorita de Cardoville hacía señas a Rosa y Blanca.

—Sí.

—Debe saber en qué cuarto están, porque las pobres niñas le respondían desde sus ventanas.

—Tienes razón; eso debemos hacer. Vamos al pabellón. ¿Pero cómo reconoceremos...?

—La Gibosa me lo ha dicho; hay un tejadillo encima de la ventana del cuarto de la señorita de Cardoville.

—Despachemos; todo se reducirá a romper una estacada. ¿Tienes la barra?

—Sí.

En pocos pasos, Dagoberto y su hijo se hallaron al pie de esta débil separación. Tres tablas que Agrícola arrancó les facilitaron el paso.

—Quédate aquí, padre mío, en acecho —dijo a Dagoberto entrando en el jardín del doctor Baleinier.

La ventana de que había hablado la Gibosa era fácil de reconocer; alta y grande, una especie de sobradillo la dominaba, porque esta ventana, que en otro tiempo había sido puerta, en el día estaba tapiada hasta la tercera parte; unas barras de hierro bastante juntas la defendían.

Hacía un rato que la lluvia había cesado, y la luna, daba de lleno en el pabellón. Acercándose Agrícola a la ventana, vio que en el cuarto reinaba la más profunda oscuridad, pero que en el fondo, por una puerta entreabierta, se distinguía una viva claridad. Confiando el herrero en que la señorita de Cardoville estaría aún despierta, llamó ligeramente en los vidrios.

Al cabo de un momento, abrióse del todo la puerta del fondo, y la señorita de Cardoville, que aún no estaba acostada, pasó al segundo cuarto, vestida del mismo modo que durante su conversación con la Gibosa; una bujía que Adriana llevaba en la mano iluminaba sus facciones encantadoras, las cuales manifestaban entonces sorpresa e inquietud. Puso la joven la palmatoria sobre una mesa, y escuchó con

atención, acercándose a la ventana. Pero de pronto se estremeció y se detuvo, porque acababa de distinguir vagamente el rostro de un hombre que miraba al través de los vidrios. Temiendo Agrícola que la señorita de Cardoville, asustada, se refugiase en la otra pieza, llamó otra vez y exponiéndose a ser oído de la parte de afuera, dijo en voz bastante alta:

—Soy Agrícola Baudoin.

Oyó Adriana estas palabras, y recordando su conversación con la Gibosa, supuso que Agrícola y Dagoberto se habían introducido en el convento para arrebatarse a Rosa y Blanca; corriendo entonces hacia la ventana, reconoció perfectamente a Agrícola a la brillante claridad de la luna y abrió la ventana con precaución.

—Señorita —dijo convulsivamente el herrero— no hay tiempo que perder; el conde de Montbron está fuera de París, mi padre y yo venimos a salvaros.

—Gracias, gracias, señor Agrícola —dijo Adriana de Cardoville con voz que expresaba su tierno reconocimiento—; pero pensad primero en las hijas del general Simón.

—Ya pensamos en ellas, señorita; venía también a preguntar cuáles son sus ventanas.

—La una en el piso bajo; la otra cae enteramente encima de ésta, en el primer piso.

—¡Ahora ya están salvadas! —exclamó el herrero.

—Pero, mirad —añadió Adriana— el primer piso está bastante alto; cerca de la capilla en obra hallaréis unas perchas muy largas de los andamios que quizás os sirvan de algo.

—Me harán veces de escala para llegar a la ventana del primer piso; ahora se trata de vos señorita.

—No penséis sino en esas queridas huérfanas; el tiempo vuela. Con tal que esta noche se vean en libertad, me es indiferente el permanecer uno o dos días más en esta casa.

—De ningún modo, señorita —exclamó el herrero— os conviene mucho salir de aquí esta noche; se trata de intereses de los que no estáis enterada; ahora ya no me cabe duda.

—¿Qué queréis decir?

—No tengo tiempo de explicároslo, pero os lo suplico, señorita, venid; puedo arrancar dos barrotes de esta ventana. Voy a buscar una palanca.

—Es inútil. Se limitan a cerrar por la parte de afuera la puerta de este pabellón, en el que nadie vive sino yo; fácil os será hacer saltar la cerradura.

—Y algunos minutos después estaremos en el baluarte —dijo el herrero—. Pronto, señorita, preparaos; tomad un chal y un sombrero, porque la noche está muy fría; vuelvo al instante.

—Señor Agrícola —dijo Adriana con los ojos bañados de lágrimas— no ignoro lo que aventuráis por mí. Confío en poderos probar que tengo tan buena memoria

como vos. ¡Ah! vos y vuestra hermana sois dos seres nobles y valientes. Me es grato el deberos tanto a entrambos. Pero no volváis a buscarme hasta que las hijas del mariscal Simón estén en libertad.

—Con vuestras indicaciones es cosa hecha, señorita: voy a reunirme con mi padre y volveremos a buscaros.

Agrícola, siguiendo el buen consejo de la señorita de Cardoville, se dirigió hacia la capilla y tomó una de las perchas largas y fuertes que servían para la construcción: la puso sobre uno de sus robustos hombros y se unió inmediatamente a su padre.

Apenas Agrícola hubo pasado el enrejado para encaminarse a la capilla, que estaba en la oscuridad, cuando a la señorita de Cardoville le pareció ver una forma humana salir de un grupo de árboles del jardín del convento atravesar con rapidez la calle y desaparecer detrás de un elevado seto de mirto. Asustada Adriana, llamó en vano a Agrícola en voz baja, para prevenírselo, pero ya no podía oírla, pues se había juntado con su padre, que, impaciente, iba de una a otra ventana escuchando con gran angustia.

—¡Ya estamos salvados! —le dijo Agrícola en voz baja—. He aquí las ventanas de tus pobres niñas; ésta en el piso bajo y aquélla en el primero.

—¡Al fin! —dijo Dagoberto con un gozo difícil de explicar; y corrió a examinar las ventanas.

—¡No tienen reja! —dijo.

—Primero asegurémonos si una de las niñas está ahí —dijo Agrícola—. Luego, apoyando este palo contra la pared, subiré hasta la ventana del primer piso, que no está muy elevada.

—Bien, muchacho; cuando estés arriba golpearás en los vidrios llamando a Rosa o Blanca; cuando te hayan respondido volverás a bajar, apoyaremos este palo contra el batiente de la ventana, y la pobre niña se dejará resbalar por él; son vivas y atrevidas. Pronto, pronto; manos a la obra.

—Y en seguida iremos a librar a la señorita de Cardoville.

En tanto que Agrícola, levantando la percha, la colocaba como convenía y se disponía a subir, Dagoberto golpeó en los vidrios de la última ventana, dijo en voz alta:

—Soy yo, Dagoberto.

Rosa Simón ocupaba en efecto este cuarto.

La desgraciada niña, desesperada de verse separada de su hermana, sufría una ardiente calentura, y no pudiendo reconciliar el sueño, regaba con sus lágrimas la almohada.

Al ruido que hizo Dagoberto llamando en los vidrios, de pronto se estremeció de miedo; pero oyendo la voz del soldado, aquella voz tan familiar, la joven se sentó en su lecho, pasó las manos por su frente para convencerse de que estaba despierta, y luego envolviéndose en un peinador blanco, corrió a la ventana lanzando un grito de alegría. Pero en aquel mismo momento, antes que hubiese tenido tiempo de abrir la

ventana, resonaron dos tiros acompañados de estos gritos repetidos: «¡A la guardia! ¡Al ladrón!».

La huérfana permaneció petrificada de miedo, los ojos maquinalmente fijos en la ventana, al través de la cual vio confusamente varios hombres que luchaban encarnizadamente, en tanto que los furiosos ladridos de «Malasombra» sobrepujaban los gritos incesantemente repetidos:

—¡A la guardia!... ¡Al ladrón!... ¡Al asesino!...

LXVII

La víspera de un gran día

Unas dos horas antes que los hechos precedentes hubiesen ocurrido en el convento de Santa María, Rodin y el Padre d'Aigrigny estaban reunidos en el gabinete donde ya los hemos visto, calle de Milieu des Ursins. Desde la Revolución de Julio, el Padre d'Aigrigny había trasladado momentáneamente a esta habitación los archivos secretos y la correspondencia de la Orden, medida en extremo prudente, porque tenía justos motivos para temer que el Estado expulsase a los reverendos padres del magnífico establecimiento con que la restauración les había tan generosamente regalado.

Rodin, vestido siempre del mismo modo, sucio y grasiento, escribía en su bufete, desempeñando su humilde papel de secretario, aunque, según ya hemos visto, encubría un cargo mucho más importante, el de «Socius», que según las constituciones de la Orden, consistía en no abandonar a su superior, vigilar y espiar sus menores acciones, sus más ligeras impresiones, y dar de ello cuenta a Roma.

A pesar de su impasibilidad acostumbrada, Rodin parecía estar pensativo; respondiendo de un modo aún más conciso de lo regular a las órdenes y preguntas del Padre d'Aigrigny, que acababa de entrar en el cuarto.

—¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia? —preguntó a Rodin—. ¿Los informes recibidos siguen siendo favorables?

—Muy favorables.

—Leédmelos.

—Antes de enterar a vuestra reverencia —dijo Rodin—, debo prevenirle que hace dos días que Morok permanece aquí.

—¿Aquí? —dijo el abate d'Aigrigny sorprendido—. Creía que había recibido de Friburgo la orden de dejar la Suiza y la Alemania para dirigirse al Mediodía. Ahora hubiera podido sernos útil en Nîmes o Aviñón, porque los protestantes levantan la cabeza y se teme una reacción contra los católicos.

—No sé —añadió Rodin— si Morok ha tenido sus razones particulares al mudar de itinerario. En cuanto a sus razones aparentes, me ha dicho que iba a dar aquí algunas representaciones.

—¿Cómo es eso?

—Un agente dramático lo ha ajustado a su paso por Lión, con sus fieras, para el teatro de la Porte-Saint-Martin, a un buen precio. Me ha dicho que había creído no deber desechar oferta tan ventajosa.

—Bien —dijo el Padre d'Aigrigny alzándose de hombros—, pero con la propagación de los libritos, la venta de los rosarios y de las estampas, así como la

influencia que indudablemente hubiera ejercido en las poblaciones religiosas y poco adelantadas del Mediodía o la Bretaña, pudiera habernos prestado excelentes servicios, cuando en París nada conseguirá.

—Abajo está con una especie de gigante que le acompaña, porque en calidad de servidor antiguo de vuestra reverencia, Morok espera tener esta noche la honra de besaros la mano.

—Imposible, imposible... No ignoráis que esta noche hay mucho que hacer. ¿Han ido a la calle de San Francisco?

—Sí. El escribano ha visto al viejo guardián judío. Mañana, a las seis de la mañana, los albañiles franquearán la puerta tapiada; y después de ciento cincuenta años se abrirá por primera vez esta casa.

El Padre d'Aigrigny permaneció un instante pensativo, y luego dijo a Rodin:

—La víspera de un momento tan decisivo es preciso prevenirse y estar bien enterado de todo. Volvedme a leer la copia de aquella nota, inserta en los archivos de la sociedad, hace siglo y medio, sobre Mr. Rennepont.

El secretario tomó de un estante una nota y leyó:

Hoy, 19 de febrero de 1682, el R. P. provincial Alejandro Bourdon ha enviado el aviso siguiente, con estas palabras al margen: «Sumamente interesante para lo futuro».

Acaba de descubrirse, por la confesión de un moribundo a quien ha asistido uno de nuestros padres, una cosa muy secreta.

Mr. Mario de Rennepont, uno de los jefes más temibles de la religión reformada, el enemigo más encarnizado de nuestra santa Compañía, se ha acogido aparentemente al regazo de nuestra iglesia maternal, con el único objeto de salvar sus bienes de una confiscación por efecto de su comportamiento irreligioso; habiendo varias personas de nuestra compañía suministrado pruebas de que la conversión del señor Rennepont no era sincera y ocultaba un sacrílego ardid, los bienes de dicho señor, considerándolo como «relapso», fueron confiscados por S. M. nuestro rey Luis XIV, y el dicho señor Rennepont condenado perpetuamente a galeras, de las cuales se libró con una muerte voluntaria; en vista de este crimen, ha sido arrastrado y su cuerpo abandonado en un muladar a los perros.

Sentadas estas premisas, venimos a la parte secreta, tan sumamente importante para lo futuro e interesante para nuestra sociedad.

S. M. Luis XIV, con su generosidad católica y paternal para con la iglesia, y particularmente con nuestra Orden, nos concedió el beneficio de esta confiscación, en agradecimiento de haber cooperado a quitar la máscara al Sr. de Rennepont como infame y sacrílego «relapso».

Acabamos de saber ciertamente que a esta confiscación, y por consiguiente a nuestra sociedad, han sido sustraídos una casa sita en París, calle de San Francisco núm. 3 y una cantidad de 150.000 francos en oro.

La casa fue cedida antes de la confiscación, por medio de una venta simulada, a un amigo del Sr. de Rennepont, que no obstante es un buen católico, por desgracia, porque no se puede obrar contra él.

Esta casa, por medio de esta culpable connivencia, aunque inatacable, ha sido tapiada, y no debe abrirse sino dentro de siglo y medio, según la última voluntad del señor de Rennepont.

Con respecto a los 150.000 francos, desgraciadamente hasta el día no se ha podido averiguar en qué manos están con el objeto de capitalizarlas y hacerlas circular durante ciento cincuenta años, para que, expirado este plazo, se repartan entre los descendientes que existan del Sr. de Rennepont, suma que mediante tantas acumulaciones debe ser considerable, y ascender aproximadamente a cuarenta o cincuenta millones de francos.

Por motivos que se ignoran, y que ha consignado en su testamento, el Sr. de Rennepont ha ocultado a su familia, expulsada de Francia, la colocación de esa cantidad, invitando únicamente a sus parientes a perpetuar en su línea de generación en generación el encargo a los que sobrevivan de hallarse reunidos en París, dentro de ciento cincuenta años, en la calle de San Francisco, el 13 de febrero de 1832, y para que esta recomendación no llegara a olvidarse, quedó a cargo de un hombre cuyo estado es desconocido, pero no sus señas, el ordenar hacer unas medallas de cobre en que están grabadas la fecha y el deseo, y entregar una a

cada individuo de su familia, medida sumamente necesaria que, por otro motivo que también se ignora, y que se supone se hallará explicado en el testamento, los herederos tienen la obligación de presentarse dicho día antes de las doce de la mañana en «persona» y no por medio de representantes, porque esta omisión los excluiría del reparto.

El hombre desconocido que ha partido a distribuir estas medallas a los miembros de la familia Rennepont, tiene de treinta a treinta y seis años, de aspecto grave y triste, de elevada estatura; sus cejas son negras, espesas y enteramente unidas; dice llamarse «José», y hay fundamento para creer que este viajero es un activo y peligroso emisario de esos furiosos republicanos y reformados de las «Siete provincias unidas».

De lo que precede, resulta que la cantidad confiada por este relapso a una mano desconocida de una manera subrepticia, se ha librado de la confiscación que nos ha cedido nuestro muy amado rey; es, pues, un gran perjuicio, un fraude monstruoso, del que estamos obligados a resarcirnos, si no en la actualidad, a lo menos en lo futuro.

Siendo nuestra Compañía, para mayor honra de Dios, imperecedera, fácil será por medio de nuestras relaciones en todos los puntos de la tierra, por las misiones y otros establecimientos, el seguir desde ahora la filiación de esta familia Rennepont de generación en generación, no perdiéndola de vista nunca, a fin de que dentro de ciento cincuenta años, cuando llegue el momento de la partición de esta enorme fortuna acumulada, nuestra Compañía pueda apoderarse de estos bienes que se le han ocultado tan traidoramente y posesionarse de ellos «per fas aut nefas», por cualquier medio, hasta por la astucia o la violencia; no estando nuestra Compañía obligada a obrar de otro modo en contra de los usurpadores futuros de nuestros bienes, robados con tanta malicia por aquel relapso sacrílego, por cuanto es legítimo el defender, conservar y recuperar cada uno sus bienes por todos los medios que el Señor ha puesto a nuestro alcance.

Hasta la completa restitución, esta familia de Rennepont será condenada y reprobada, como la línea maldita de este relapso Caín; y bueno será el vigilarla constantemente.

Para conseguir esto, conviene que cada año, desde hoy, se establezca una investigación sobre la posición sucesiva de los miembros de esta familia.

Interrumpióse Rodin, y dijo al padre d'Aigrigny:

—Siguen los informes dados, año por año, de la posición de esta familia desde 1682 hasta el día. ¿Es inútil que se la lea a vuestra reverencia?

—Del todo inútil —dijo el abate d'Aigrigny—, esa nota resume perfectamente los hechos.

Luego, añadió con una expresión de orgulloso triunfo:

—¡Qué inmenso es el poder de la asociación, apoyado en la tradición y en la perpetuidad! Mediante esa nota inserta en nuestros archivos hace siglo y medio, esa familia ha sido vigilada de generación en generación; nuestra orden nunca la ha perdido de vista, siguiéndola por todos los puntos del globo adonde el destierro la ha diseminado. Mañana, al fin, recobramos esa deuda, que si entonces era de poca cantidad, el transcurso de ciento cincuenta años ha convertido en una fortuna colosal. Sí... lo conseguiremos, porque me parece haber previsto todas las eventualidades. No obstante, una sola cosa me preocupa.

—¿Cuál? —preguntó Rodin.

—Pienso en los informes que se ha pretendido en vano obtener del guardián de la casa de la calle de San Francisco. ¿Se ha vuelto a intentar según lo había mandado?

—Sí.

—¿Y el resultado?

—Esta vez, como las demás, ha sido imposible arrancarle nada; además chochea, y su mujer casi se halla en el mismo estado.

—Cuando pienso —contestó el padre d'Aigrigny—, que durante siglo y medio

que esa casa de la calle de San Francisco ha estado tapiada, su guarda ha pasado de generación en generación en esa familia de los Samueles, no puedo creer que todos ellos hayan ignorado quiénes han sido los depositarios sucesivos de esos fondos que han llegado a ser inmensos por su acumulación.

—Ya habéis visto —dijo Rodin—, por las notas al margen de este asunto, que la orden ha seguido siempre con cuidado, desde 1682. En diferentes épocas se ha intentado obtener algunos informes sobre este particular, que no aclara la nota del Padre Bourdon pero esa raza de guardianes judíos ha permanecido siempre muda, de lo que debe deducirse que nada sabe.

—Es lo que siempre he mirado como imposible, porque, el abuelo de esos Samueles asistió a la clausura de esa casa hace ciento cincuenta años. Según los apuntes era el mayordomo o criado de Mr. de Rennepont, y parece natural que estuviese enterado de muchas cosas cuya tradición se habrá perpetuado en su familia.

—Si me es dado hacer una pequeña observación... —dijo humildemente Rodin.

—Hablad.

—Hace pocos años que se ha sabido con seguridad por una confesión de confesionario, que los fondos existían y que habían ascendido a una cantidad enorme.

—Indudablemente, esto es lo que ha hecho que el reverendo padre general fijase su atención en este asunto.

—¿Se sabe lo que es probable que ignoren todos los herederos de la familia Rennepont, el inmenso valor de esta herencia?

—Sí —respondió el padre d'Aigrigny—, la persona que ha certificado este hecho a su confesor es digna de crédito. Aún no hace mucho ha vuelto a hacer esta declaración; pero a pesar de todas las instancias de su director, se ha negado a dar a conocer en qué manos permanecían depositados los fondos, asegurando, con todo, que no podían estar en poder de persona más honrada.

—Entonces, me parece —contestó Rodin—, que hay seguridad de lo que más conviene saber.

—¿Y quién sabe si mañana se presentará el usurpador de esa enorme cantidad, a pesar de toda su honradez? Cuanto más se acerca el momento, más crece mi ansiedad. ¡Ah! —añadió el Padre d'Aigrigny después de un momento de silencio—, es que se trata de intereses tan cuantiosos, que serían incalculables las consecuencias de un buen éxito. Al menos... se habrá intentado todo lo posible.

A estas palabras, que el padre d'Aigrigny dirigía a Rodin, como si le hubiese pedido su opinión, el «socius» nada respondió. El abate le miró con sorpresa y le dijo:

—¿No sois de mi modo de pensar?, ¿podía haberse hecho más?, ¿no se ha ido hasta el último límite de lo posible?

Rodin se inclinó respetuosamente, mas permaneció mudo.

—Si creéis que se ha omitido alguna medida —exclamó el padre d'Aigrigny con una especie de inquieta impaciencia—, decidlo: aún estamos a tiempo. Os lo repito ¿creéis que se haya hecho todo lo que cabe en la posibilidad? Separados todos los

descendientes, presentándose mañana Gabriel sólo en la calle de San Francisco ¿no será el único representante de esta familia y por lo tanto el poseedor de esa inmensa fortuna? Luego, en vista de su renuncia y de nuestros estatutos, no será él, sino nuestra orden la que la poseerá. ¿Podía obrarse de otro modo? Hablad francamente.

—No me es dado poder formar juicio sobre este particular —contestó humildemente Rodin—, el bueno o mal éxito responderán a vuestra reverencia.

Alzóse de hombros el padre d'Aigrigny, echándose en cara el haber pedido consejo a esta máquina de escribir que le servía de secretario, y que según él, no reunía más que tres cualidades: memoria, discreción y exactitud.

LXVIII

El estrangulador

Después de una corta pausa, el padre d'Aigrigny añadió:

—Leedme los informes de hoy sobre la situación de cada una de las personas señaladas.

—He aquí el de esta noche: acaban de traerlo.

—Veamos.

Rodin leyó:

A Santiago Rennepont, llamado «Duerme en cueros», se le ha visto en el interior de la cárcel por deudas, a las ocho de la noche...

—Éste no nos estorbará mañana. Continúad.

La superiora del convento de Santa María, prevenida por la señora princesa de Saint-Dizier, ha estrechado aún más la reclusión de las señoritas Rosa y Blanca Simón. Esta noche a las nueve han sido encerradas cuidadosamente en su celda, y las rondas armadas vigilarán toda la noche en el jardín del convento.

—Tampoco tenemos nada que temer por esa parte, en vista de tales precauciones —dijo el padre d'Aigrigny—. Proseguid.

El doctor Baleinier, avisado también por la señora princesa de Saint-Dizier, continúa guardando rigurosamente a la señorita de Cardoville; a las ocho y tres cuartos se cerró la puerta de su pabellón con llave y además con cerrojo.

—Otro motivo menos de inquietud.

En cuanto a Mr. de Hardy —continuó Rodin— esta mañana ha recibido de Tolosa un billete de Mr. de Bressac, su amigo, que tan bien nos ha servido, para alejar a ese fabricante durante algunos días; a este billete acompaña una carta de Mr. Hardy dirigida a una persona de confianza. Mr. de Bressac ha creído prudente no remitir esta carta a su destino y enviárnosla como una nueva prueba del éxito de sus diligencias, por lo cual espera que se le tendrá presente pues, añade, que para servirnos, ha vendido a su amigo íntimo del modo más indigno, desempeñando un odioso papel. Mr. de Bressac espera que en vista de los servicios prestados se le entreguen los documentos que le ponen bajo nuestra dependencia absoluta, puesto que esos papeles pueden perder para siempre a una mujer a quien ama con un cariño adúltero. Dice que debe compadecersele por la horrible alternativa en que se le ha colocado, de ver perder y deshonorar a la mujer que adora, o sacrificar de un modo infame a su íntimo amigo.

—Esas súplicas adúlteras no merecen ninguna compasión —respondió desdeñosamente el Padre d'Aigrigny—. Además, ya se determinará. Mr. de Bressac puede aún sernos útil. Pero veamos esa carta de Mr. Hardy, ese fabricante impío, digno descendiente de esa maldita raza, y a quien tanto convenía separar.

—He aquí la carta de Mr. Hardy —contestó Rodin—; mañana se entregará a la persona a quien va dirigida.

Y Rodin leyó lo siguiente:

Tolosa 10 de febrero.

Al fin tengo un momento para escribiros, mi amado señor, y explicaros el motivo de mi súbita marcha, que ha debido no inquietaros, pero sí sorprenderos; también lo hago para pedir os un favor que os manifestaré en dos palabras. Varias veces os he hablado de Félix de Bressac, uno de mis compañeros de infancia, que tiene algunos años menos que yo; siempre nos hemos querido de corazón. Es para mí un hermano, y ya sabéis qué sentido doy a estas palabras. Hace algunos días que me escribió desde Tolosa, a donde había ido a pasar una temporada:

«Si me amas, ven, te necesito. Ponte al instante en camino. Tus consejos tal vez me darán valor para vivir. Si llegas tarde perdóname y piensa que alguna vez en el que hasta el fin será tu mejor amigo».

Ya podéis juzgar cual sería mi dolor y mi pena: mando al momento que me preparen caballos; el jefe de mis talleres, un anciano a quien aprecio, el padre del general Simón, sabiendo que iba al Mediodía, me ruega le lleve conmigo; debía permanecer durante algunos días en el departamento de la Creuse, en donde quería examinar unas máquinas establecidas hace poco. Consiento gustoso en este viaje, pues al menos podría aliviarme del pesar y las angustias que me producían la carta de Bressac.

Llego a Tolosa, y me dicen que la víspera ha salido, llevándose armas y entregado a una violenta desesperación. Imposible me es saber qué camino ha tomado; después de dos días, con muchísimo trabajo logro adquirir algunos indicios que me guían, y después de mil indagaciones, le hallo en una miserable aldea. No, nunca he visto desesperación semejante; no era violenta, pero se manifestaba por una siniestra postración; al pronto casi me rechazó; luego aquel horrible dolor llegó a su colmo, y al cabo de un cuarto de hora le tenía en mis brazos anegado en llanto. Cerca de sí tenía sus pistolas cargadas. Si llego un día después, era negocio concluido.

No puedo enteraros del motivo de su terrible desesperación, pues este secreto no es mío, pero su estado no me ha sorprendido. ¿Qué queréis que os diga? Es necesario hacer una cura radical. Necesítase tranquilizar, cuidar y cicatrizar esta pobre alma tan cruelmente desesperada. Le he decidido a salir de aquí y hacer un viaje de algunos días. Me lo llevo a Niza; mañana saldremos. Si quiere prolongar esta excursión, lo haremos, porque mis negocios no me obligan a estar en París hasta fines del mes de marzo.

Con respecto al favor que os pido es condicional éste:

Según algunos papeles de la familia de mi madre, parece que estoy interesado en hallarme en París el 13 de febrero, en la calle de San Francisco, núm. 3. He indagado y nada he podido saber, sino que esta casa, de aspecto antiguo, hace ciento cincuenta años que está cerrada por un capricho de uno de mis abuelos maternos, y que debía abrirse el 13 de este mes en presencia de los coherederos, que si algunos tengo, me son desconocidos. No pudiendo asistir, he escrito al padre del general Simón, en quien tengo mucha confianza y que he dejado en el departamento de la Creuse, para que marche a París con el objeto de presenciar la apertura de esa casa, no como mi apoderado, porque sería del todo inútil, pero sí como curioso, y que me comunique a Niza lo que resulte de esta voluntad de uno de mis antepasados. Como pudiera suceder que el jefe de mis talleres llegase tarde para cumplir esta misión, os agradeceré infinito que paséis a informaros a mi casa, en el Plessis, si ha llegado; y dado caso que no, le reemplacéis en la apertura de esa casa de la calle de San Francisco.

Creo no haber hecho a mi pobre amigo Bressac un gran sacrificio, no hallándome en París para ese día; pero aun cuando fuera inmenso, no lo sentiría, porque mis cuidados son indispensables al que miro como a un hermano.

Así os ruego que asistáis a la apertura de esa casa, y tengáis la bondad de escribirme a Niza el resultado de vuestra curiosa misión, etc.

Francisco Hardy.

—Aunque la presencia del padre del mariscal Simón no pueda tener funestas consecuencias, sería preferible que no asistiese mañana a la apertura de esta casa —dijo el Padre d'Aigrigny—; pero no importa, Mr. Hardy está seguro; no nos queda

más que el joven indio. Con respecto a éste —agregó el Padre d'Aigrigny con aire pensativo— se ha obrado con acierto dejando partir a monsieur Norval, portador de los regalos de la señorita de Cardoville para el príncipe. El médico que acompaña a Mr. Norval, que ha sido escogido por Mr. Baleinier, no inspirará la menor sospecha.

—Ninguna —contestó Rodin—. La carta de ayer era muy satisfactoria.

—Así es que nada hemos de temer del príncipe indio —dijo el Padre d'Aigrigny—. Todo va bien.

—Gabriel —añadió Rodin—, ha vuelto a escribir esta mañana para conseguir de vuestra reverencia la entrevista que solicita inútilmente hace tres días; quéjase del castigo que se le ha impuesto prohibiéndole salir de nuestra casa hace cinco días.

—Mañana, cuando le acompañe a la calle de San Francisco, le oiré. Así es que a estas horas —dijo el Padre d'Aigrigny con aire de satisfacción—, todos los descendientes de esa familia cuya presencia podía destruir nuestros proyectos, se hallan en la imposibilidad de presentarse mañana antes de mediodía en la calle de San Francisco, y Gabriel sólo asistirá. Al fin vamos a conseguir nuestro objeto.

Dos golpes dados discretamente a la puerta interrumpieron al Padre d'Aigrigny.

—Entrad —dijo, y un criado viejo, se presentó diciendo:

—Abajo hay un nombre que desea hablar al instante a Mr. Rodin para un negocio muy urgente.

—¿Su nombre? —preguntó el Padre d'Aigrigny.

—No me lo ha dicho, pero dice que viene de parte de Mr. Josué, comerciante de la isla de Java.

El Padre d'Aigrigny y Rodin se miraron sorprendidos y casi con temor.

—Ved qué hombre es ése —dijo el Padre d'Aigrigny a Rodin no pudiendo ocultar su intranquilidad—, y venid luego a enterarme. —Y dirigiéndose al criado que salió —: Haced que entre. —Y el Padre d'Aigrigny desapareció por una puerta lateral, después de haber hecho a Rodin una seña expresiva.

Poco después, Faringhea, el ex-jefe de la secta de los estranguladores, se presentó ante Rodin, quien lo reconoció al momento pues le vio en el castillo de Cardoville. Estremecióse el «socius», pero no quiso dar a conocer que se acordaba de este personaje. Inclinado sobre su bufete trazó algunas palabras precipitadamente sobre una hoja de papel que tenía delante.

—Señor... —dijo el criado sorprendido del silencio de Rodin— aquí está el sujeto.

Rodin dobló el billete que acababa de escribir y dijo al criado:

—Haced que lleven esto a su destino. Me traerán la respuesta.

El criado saludó y se marchó. Entonces Rodin sin levantarse, fijó sus ojos de reptil en Faringhea y le dijo cortésmente:

—Caballero: ¿a quién tengo el honor de hablar?

LXIX

Los dos hermanos de la buena obra

Faringhea, natural de la India, había viajado mucho, y frecuentado los escritorios europeos de diferentes partes del Asia; hablaba bien el inglés y el francés y era muy inteligente y sagaz.

En vez de responder a la pregunta de Rodin, fijó en él su vista penetrante; impaciente el «socius» de este silencio, y presintiendo con una vaga inquietud que la llegada de Faringhea tenía alguna relación directa o indirecta con la suerte de Djalma, siguió aparentando la mayor serenidad.

—Caballero ¿a quién tengo la honra de hablar?

—¿No me reconocéis? —dijo Faringhea acercándose a la silla de Rodin.

—Creo que nunca he tenido el honor de veros —contestó éste con frialdad.

—Pues yo os conozco —dijo Faringhea—. Os he visto en el castillo de Cardoville el día del naufragio de la fragata y del vapor.

—¿En el castillo de Cardoville? Es posible, porque efectivamente estuve allí un día de naufragio.

—Y aquel día os llamé por vuestro nombre. Me preguntasteis lo que quería, y os respondí: «Por ahora nada, hermano; pero más adelante, mucho». Ha llegado el momento, y vengo a solicitaros... mucho.

—Mi querido señor —dijo Rodin siempre impasible—: antes de continuar nuestra conversación, hasta ahora bastante oscura, os repito que desearía saber a quién tengo la satisfacción de hablar. Os habéis introducido aquí bajo pretexto de una comisión de Mr. Josué Van-Dael, comerciante respetable de Batavia, y...

—¿Conocéis la letra de Mr. Josué? —dijo Faringhea interrumpiendo a Rodin.

—Perfectamente.

—Mirad —y sacando de su bolsillo (estaba bastante pobremente vestido a la europea) la larga nota que había tomado a Mahal, el contrabandista de Java, después de haberlo estrangulado en la playa de Batavia, se la enseñó a Rodin, sin soltarla.

—Efectivamente, es la letra de Mr. Josué —dijo Rodin alargando la mano hacia la carta que Faringhea con presteza volvió a meter en el bolsillo.

—Permitidme que os diga que tenéis un extraño modo de desempeñar las comisiones —dijo Rodin—. Esa carta está dirigida a mí, y habiéndooos sido confiada por monsieur Josué, deberíais...

—Esta carta no me ha sido confiada por Mr. Josué —dijo Faringhea interrumpiendo a Rodin.

—¿Cómo pues se halla en vuestras manos?

—Un contrabandista de Java me había vendido; Josué había pagado el pasaje de

este hombre para Alejandría y le había entregado esta carta, que debía llevar a bordo, para el correo de Europa. Estrangulé al contrabandista, tomé la carta, hice la travesía, y heme aquí. —El estrangulador pronunció estas palabras con una terrible jactancia, y su vista montaraz e intrépida no se bajó ante la mirada penetrante de Rodin, que a esta extraña confesión había levantado la cabeza para examinar al personaje. Faringhea creía sorprender o intimidar a Rodin con esta especie de feroz fanfarronería; pero quedó pasmado cuando el «socius»; impasible siempre, le dijo sencillamente.

—¡Ah!, ¿de ese modo estrangulan en Java?

—Y también en cualquiera otra parte —respondió Faringhea con amarga sonrisa.

—No quiero creerlo, pero veo que sois sumamente sincero. ¿Vuestro nombre?

—Faringhea.

—Pues bien, señor Faringhea, ¿adónde deseáis ir a parar? Os habéis apoderado, por medio de un crimen abominable, de una carta dirigida a mí; ahora titubeáis en entregármela...

—Porque la he leído, y puede servirme de algo.

—¡Ah!, ¿la habéis leído? —dijo Rodin turbado un instante; luego continuó—: Es cierto que según el modo que tenéis de encargarnos de la correspondencia ajena, no se puede esperar de vos suma discreción. ¿Y qué habéis hallado que tan útil pueda sernos en esa carta de Mr. Josué?

—He sabido, hermano, que como yo, erais hijo de la Buena Obra.

—¿De qué Buena Obra? —preguntó Rodin bastante sorprendido.

Faringhea respondió con una expresión de amarga ironía:

—Josué en su carta os dice: «Obediencia y valor, sigilo y paciencia, astucia y audacia, unión y celo entre nosotros, que tenemos por patria el mundo, por familia a nuestros hermanos, y por reina a Roma».

—Es posible que Mr. Josué me escriba de este modo; ¿pero que deducís de ello?

—Nuestra Obra tiene, como la vuestra, hermano, por familia a nuestros cómplices, y por reina a Bhowanie.

—No conozco a esa santa —dijo humildemente Rodin.

—Es nuestra Roma —repuso el estrangulador—. Josué os habla también de los de vuestra Obra, que, esparcidos por el globo, trabajan por la gloria de Roma, vuestra reina. Los de nuestra Obra también trabajan en distintos países por la gloria de Bhowanie.

—¿Y quiénes son esos hijos de Bhowanie? señor Faringhea.

—Hombres resueltos, audaces, sufridos, astutos, perseverantes, que para hacer triunfar la Buena Obra sacrifican país, padre y madre, hermano y hermana, y miran como a enemigos a todos los que no son de su secta.

—Me parece muy bien el carácter exclusivamente religioso de esta Obra —dijo Rodin con aire modesto y devoto—. Únicamente, convendría saber su fin y su objeto.

—Como vosotros, hermanos, hacemos cadáveres.

—¡Cadáveres! —exclamó Rodin.

—Josué en su carta os dice: «La mayor gloria de nuestra orden es hacer de un hombre un cadáver». Nuestra secta hace otro tanto. La muerte de los hombres es agradable a Bhowanie.

—Pero Mr. Josué habla del alma —contestó Rodin— de la voluntad, del pensamiento, que debe anonadarse ante la disciplina.

—Es cierto; vosotros matáis el alma, nosotros el cuerpo: hermano, la mano, pues sois también cazadores de hombres.

—Pero os lo repito, se trata solamente de matar la voluntad, el pensamiento — dijo Rodin.

—¿Y qué es un cuerpo privado de alma, de voluntad y de pensamiento, sino un cadáver? Vamos, hermano, los que nuestro lazo mata, no quedan menos inanimados ni helados que los cadáveres que produce vuestra disciplina. Así, abracémonos; Roma y Bhowanie son hermanas.

Rodin, a pesar de su aparente tranquilidad, no veía sin un secreto temor a un miserable como Faringhea poseedor de una larga carta de Josué, en que precisamente debía tratarse de Djalma.

Creía haber imposibilitado al joven de hallarse en París al día siguiente; pero no sabiendo las relaciones que el naufragio había establecido entre el príncipe y el mestizo, consideraba a Faringhea como hombre muy peligroso.

Cuanto más inquieto estaba el «socius», afectaba mayor serenidad y desdén, así es que contestó:

—No cabe duda que esa analogía entre Roma y Bhowanie es algo extraña; ¿pero qué deducís de ella?

—Quiero daros a conocer, hermano, de lo que soy capaz para convenceros que mejor os será tenerme por amigo que por enemigo.

—En términos más claros —dijo Rodin con desprecio—; pertenecéis a una secta homicida de la India, y tratáis por medio de una alegoría, hacer que reflexione sobre la suerte de la persona a quien habéis robado las cartas dirigidas a mí; en cambio, permitidme que os advierta con toda humildad, señor Faringhea, que aquí no se estrangula a nadie, y que si os ocurriese la idea de convertir a alguno en cadáver en honor de vuestra divina Bhowanie, os cortarían el pescuezo en honor de otra divinidad llamada la justicia.

—¿Y qué me harían si hubiese intentado envenenar a alguno?

—Dispensad que os diga, señor Faringhea, que no tengo tiempo para daros lecciones de jurisprudencia criminal. Únicamente, creedme, no intentéis estrangular ni envenenar a nadie. Y ahora decidme, ¿queréis o no entregarme las cartas de Mr. Josué?

—¿Las cartas concernientes al príncipe Djalma? —exclamó el mestizo mirando fijamente a Rodin, que, a pesar de una repentina angustia, permaneció imperturbable y respondió sencillamente:

—Como ignoro el contenido de las cartas que retenéis, no me es posible responderos. Os pido, y si es preciso os exijo, que me entreguéis estas cartas y salgáis de aquí.

—Dentro de algunos minutos me suplicaréis que me quede, hermano.

—Lo dudo.

—Algunas palabras causarán este prodigio. Si hace poco os hablaba de envenenamiento, hermano, es porque habéis enviado un médico al castillo de Cardoville para envenenar... momentáneamente, al príncipe Djalma.

Rodin, a su pesar se estremeció imperceptiblemente, y respondió:

—No comprendo...

—Verdad es; soy un pobre extranjero y quizás no me expliqué bien; no obstante, procuraré daros a entender. Por las cartas de Josué sé lo que os interesa: que el príncipe Djalma no se halle aquí mañana, y lo que para conseguir esto habéis hecho. ¿Me comprendéis?

—Nada tengo que contestaros.

Dos golpes que dieron a la puerta interrumpieron la conversación.

—Adelante —dijo Rodin.

—La carta se entregó a la persona a quien iba dirigida —dijo un viejo criado inclinándose— y ésta es la respuesta.

Rodin tomó la esquila que se le presentaba, y antes de abrirla dijo cortésmente a Faringhea:

—¿Me permitiréis, caballero?...

—No os incomodéis por mí —dijo el mestizo.

—Sois muy bueno —respondió Rodin, que habiéndose enterado del escrito trazó al pie de él algunas palabras rápidamente y se lo devolvió al criado, diciéndole:

—Enviad esto a la misma persona.

El criado se inclinó respetuosamente y desapareció.

—¿Puedo continuar? —preguntó el mestizo a Rodin.

—Cuando queráis.

—Continúo, pues —dijo Faringhea—. Anteayer, cuando el príncipe, herido como estaba, se disponía a venir a París por consejo mío, llegó un magnífico coche con ricos presentes que un amigo desconocido remitía a Djalma. Venían en aquel coche dos hombres: el uno comisionado por el amigo; el otro era un médico que vos enviabais para que cuidase a Djalma y le acompañase hasta su vuelta a París. Era sumamente caritativo, ¿no es verdad hermano?

—Continuad vuestra historia.

—Djalma emprendió ayer su viaje; el médico, declarando que la herida del príncipe se agravaría si no iba tendido en el coche durante su viaje, consiguió que el comisionado del amigo desconocido volviese a París; otro tanto quiso hacer conmigo, pero tanto insistió Djalma, que los tres nos pusimos en camino. Ayer noche llegamos a la mitad del viaje; el médico juzga conveniente pasar la noche en una posada;

tenemos, decía, el tiempo suficiente para llegar esta noche a París, pues el príncipe había manifestado que le era indispensable hallarse en esta ciudad el 12 por la noche. El médico había insistido bastante en querer acompañar él solo al príncipe; por la carta de Josué sabía yo lo mucho que os interesaba que Djalma no se hallase aquí el 13 de febrero; concebí sospechas; pregunté al médico si os conocía, y se turbó al responder; mis sospechas se convirtieron entonces en seguridades. Llegado que hubimos a la posada, y mientras el médico estaba con Djalma, subí a su cuarto y examiné una caja que tenía con algunos frascos; en uno de ellos traía opio... y adiviné.

—¿Qué es lo que habéis adivinado?

—Vais a saberlo. El médico dijo a Djalma, antes de retirarse: «Vuestra herida sigue bien, pero el cansancio del viaje pudiera irritarla; bueno será que mañana toméis una poción calmante que preparé esta noche para llevarla ya dispuesta en el coche». El cálculo del médico era muy sencillo —añadió Faringhea— al día siguiente —que es hoy— el príncipe tomaba la poción a las cuatro o las cinco de la tarde; después se hubiera dormido profundamente; alarmado el doctor hubiera hecho parar el coche, manifestando que era peligroso continuar el viaje; la noche se hubiera pasado en una posada, permaneciendo al lado del príncipe cuyo letargo hubiera durado tanto como os convenía. Tal era vuestro designio, y me ha parecido tan bien combinado que he querido valerme de él y lo he logrado.

—Todo lo que acabáis de decir, señor mío —dijo Rodin royéndose las uñas— es para mí hebreo.

—Sin duda efecto de mi pronunciación; pero decidme: ¿conocéis el «array-mow»?

—No.

—No le hace; es una admirable producción de la isla de Java, tan fértil en venenos.

—¿Qué me importa? —dijo Rodin no pudiendo disimular su ansiedad.

—Mucho os interesa. A los hijos de Bhowanie nos causa horror el derramamiento de sangre —continuó Faringhea—, y por lo tanto, para pasar impunemente nuestro lazo alrededor del cuello de nuestras víctimas, esperamos a que estén dormidas. Si su sueño no es bastante profundo, lo aumentamos a voluntad; somos muy diestros en esa obra; Djalma lleva nuestra señal. El «array-mow» son unos polvos finísimos; haciendo que los respire durante el sueño o mezclándolos con el tabaco de una pipa, se consigue que la víctima quede aletargada de un modo tan profundo que nada es capaz de despertarla. Si se teme dar una dosis demasiado fuerte de una vez, se le hace aspirar en diferentes veces durante su sueño, y así se puede alargar el tiempo que una persona puede estar sin comer, ni beber: unas treinta o cuarenta horas. Ya veis que el uso del opio es muy inferior comparado con este divino narcótico. He traído de Java una cantidad... sin olvidar el contraveneno.

—¡Ah! ¿Hay un contraveneno? —dijo Rodin maquinalmente.

—Como hay personas que son totalmente opuestas a nosotros, hermanos de la Buena Obra, los javaneses llaman a esta raíz el «Toubeu», que hace desaparecer el letargo producido por el «array-mow», como el sol disipa las nubes. Así es que ayer noche, estando seguro de los proyectos de vuestro emisario con respecto a Djalma, esperé a que el médico se hubiese acostado y dormido. Me introduje en su cuarto arrastrando, y le he hecho aspirar tal dosis de «array-mow», que aún debe dormir.

—¡Desdichado! —exclamó Rodin, asustado de la relación de Faringhea que destruía las maquinaciones del «socius» y de sus amigos—, ¡pero vos exponéis a envenenar a ese médico!

—Hermano... como él se exponía a envenenar a Djalma; esta mañana continuamos nuestro viaje dejando a nuestro médico en la posada profundamente dormido. Me hallaba solo en el coche con Djalma, quien fumaba como verdadero indio; mezclé una pequeña cantidad de «array-mow» con el tabaco de que llena su larga pipa, lo que le causó modorra: una dosis que le hice aspirar le adormeció completamente, y a estas horas está en la posada en que hemos parado. Ahora, hermano, de mí depende el dejar a Djalma entregado a su letargo hasta mañana a la noche o sacarle de él al momento. Así, según os portéis conmigo, Djalma se presentará mañana en la calle de San Francisco, núm. 3, o dejará de hacerlo. —Diciendo esto, Faringhea sacó del bolsillo la medalla de Djalma y dijo a Rodin mostrándosela—: Ya veis que digo la verdad. Durante el sueño de Djalma, le he quitado esta medalla, que es la única seña que tengo del sitio en que debe hallarse mañana. Termino, pues, como he empezado, diciéndoos: «Hermano, vengo a pedir os mucho».

Hacía algunos momentos que Rodin, según su costumbre cuando le acometía un acceso de cólera muda y concentrada, se roía las uñas hasta hacer brotar la sangre.

Oyéronse en aquel momento tres campanillazos en la puerta principal, dados con intervalos.

Rodin no pareció prestar atención a este ruido, y no obstante sus ojos de reptil se animaron, en tanto que Faringhea, con los brazos cruzados, le miraba con una expresión de superioridad triunfante y desdeñosa.

El «socius» bajó la cabeza, permaneció mudo, cogió maquinalmente una pluma de encima de su escritorio, y acariciando la barba durante algunos segundos, pareció reflexionar profundamente en lo que acababa de decirle Faringhea. Arrojando al fin la pluma sobre el escritorio, se volvió bruscamente hacia el mestizo y le dijo con aire sumamente desdeñoso:

—Decidme, señor Faringhea, ¿pensáis burlaros de la gente con vuestros cuentos?

El mestizo, estupefacto a pesar de su audacia, retrocedió.

—¡Cómo! —contestó Rodin— ¿venís aquí a una casa honrada a vanagloriaros de haber robado una correspondencia, estrangulado a éste y envenenado a aquéllos con un narcótico? Os he escuchado para ver hasta donde llegaba vuestra audacia, porque sólo un malvado puede alabarse de semejantes crímenes, que creeré no existan sino

en vuestra imaginación.

Rodin, que dijo estas palabras con una animación que no le era natural, se levantó y andando se acercó poco a poco a la chimenea, en tanto que Faringhea, pasmado aún, le miraba en silencio: no obstante, al cabo de algunos minutos contestó con aire sombrío y feroz:

—Miradlo bien, hermano; no me obliguéis a probaros que he dicho la verdad.

—Vamos, es necesario venir de las antípodas para creer que los franceses se dejen engañar tan fácilmente. Decís que tenéis la prudencia de la serpiente y el valor del león: ignoro si sois un animoso león; pero en cuanto a la prudencia de la serpiente, no os la concedo. ¿Cómo? ¿Tenéis en vuestro poder una carta de Mr. Josué que puede comprometerme? (supuesto que todo esto no sea una farsa); ¡el príncipe Djalma se halla entregado a un sueño que favorece mis proyectos, y vos sois el único que puede hacerle volver en sí! ¿Decís, en fin, que podéis damnificarme en mis intereses, y no reflexionáis, león terrible y sutil serpiente, que no trato sino de ganar veinticuatro horas? Además, ¿venís del fondo de la India a París, sois extranjero y desconocido a todos, me creéis tan malvado como vos mismo, ya que me llamáis hermano, y no pensáis que aquí estáis en mi poder, que esta calle es solitaria, la casa aislada, que puedo tener aquí al instante tres o cuatro personas capaces de ligaros en un abrir y cerrar de ojos, por más estrangulador que seáis? Y esto sin más que tirar del cordón de esta campanilla —añadió Rodin cogiéndolo—. No tengáis miedo —añadió con una sonrisa diabólica, viendo que Faringhea hacía un movimiento brusco de sorpresa y temor— ¿acaso os lo advertiría si quisiese obrar así? Vamos, contestadme. Una vez ligado y encerrado en un sitio seguro durante veinticuatro horas ¿qué mal podríais hacerme? ¿No me será fácil apoderarme de los papeles de Josué, de la medalla de Djalma, que aletargado hasta mañana a la noche, no me daría ningún cuidado? Ya veis que vuestras amenazas son inútiles, porque se apoyan en mentiras, pues no es verdad que el príncipe Djalma esté aquí, ni en vuestro poder. Id, salid de aquí; y otra vez cuando queráis engañar a alguno, conducíos mejor.

Faringhea permaneció absorto: todo lo que acababa de oír le parecía muy posible.

Rodin daba un golpe atrevido y diestro; de modo que al mismo tiempo que murmuraba entre dientes con tono enojado, observaba de reojo con una terrible ansiedad, la fisonomía del estrangulador. Éste, casi seguro de haber penetrado los motivos de la conducta de Rodin, contestó:

—Ya me voy, pero escuchadme antes una palabra: ¿creéis que miento?

—Estoy seguro, me habéis referido un tejido de falsedades; bastante tiempo he perdido oyéndolas; guardaos las demás. Ya es tarde, hacedme el favor de dejarme solo.

—Un momento: sois un hombre a quien es preciso decírsele todo —añadió Faringhea—. Ahora ya no puedo esperar de Djalma sino una limosna y un gran desprecio, porque con el carácter que tiene, decirle: dadme mucho porque pudiendo venderos no lo he hecho, sería granjearme su enojo y desprecio. Veinte veces hubiera

podido matarle, pero su día no ha llegado aún —dijo el estrangulador con aire sombrío—, y para esperar ese día y otros días funestos, necesito oro, mucho oro... Vos sólo podéis dármelo, pagando mi traición con Djalma, pues a vos sólo aprovecha. Os negáis a oírme porque creéis que no digo la verdad. He tomado las señas de la posada en que nos hallamos; aquí están. Enviad a alguno para que se cerciore si lo que digo es verdad, y entonces me daréis crédito; pero os advierto que el precio de mi traición será muy alto. Ya os lo he dicho: os pediré mucho...

Diciendo esto, Faringhea presentaba a Rodin una tarjeta impresa; el «socius», que no perdía el menor movimiento del mestizo, simulaba estar pensativo y no oírle, y nada respondió.

—Tomad esas señas y aseguraos que no miento —repitió Faringhea, presentando otra vez la tarjeta a Rodin.

—¡Eh!, ¿qué decís? —respondió éste echando una rápida mirada sobre la tarjeta, que leyó sin tocarla.

—Leed estas señas —repitió el mestizo—, y os aseguraréis de que...

—En verdad —dijo Rodin, desechando la tarjeta con la mano—; que vuestra imprudencia me aturde. Os repito que nada quiero tener con vos. Por última vez os intimo que os retiréis. No sé quién es el príncipe Djalma. Decís que podéis hacerme daño; sea en buena hora, pero por Dios marchaos de aquí. —Y diciendo esto tiró con fuerza del cordón de la campanilla. Faringhea hizo un movimiento como para defenderse.

Presentóse al momento un viejo criado de rostro bondadoso y plácido.

—Lapierre, alumbrad al señor —dijo Rodin, indicándole a Faringhea. Espantado éste de la tranquilidad de Rodin, dudaba en marcharse.

—Pero señor —le dijo Rodin, notando su turbación—, ¿qué esperáis? Deseo estar solo.

—Según eso, señor —le dijo Faringhea retirándose lentamente y hacia atrás—, ¿desecháis mis ofertas? Miradlo bien... mañana será tarde.

—Vuestro humilde servidor —le respondió Rodin inclinándose cortésmente.

El estrangulador salió y la puerta se cerró tras él.

Presentóse al momento en el umbral del cuarto contiguo el Padre d'Aigrigny; su rostro estaba pálido y desfigurado.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó dirigiéndose a Rodin—. Todo lo he oído y estoy seguro de que ese miserable decía verdad: el indio se halla en su poder, y va a juntarse con él.

—No lo creo —dijo humildemente Rodin, inclinándose y recobrando su fisonomía sumisa.

—¿Y quién impedirá que ese hombre vaya a juntarse con el príncipe?

—Permitidme... Cuando entró aquí ese malvado, al instante le reconocí: así es que antes de entablar conversación con él, escribí prudentemente algunas líneas a Morok que esperaba en la sala baja con Goliat las órdenes de vuestra reverencia;

durante el curso de la conversación, cuando me trajeron su respuesta, en que me decía que estaba dispuesto, dile otras instrucciones viendo el giro que tomaban las cosas.

—¿Y a qué viene todo eso, después de haber salido ese hombre de esta casa?

—Vuestra reverencia se dignará advertir que no ha salido hasta haberme dejado las señas de la posada en que está el indio mediante mi inocente estratagema de desprecio. Si no hubiese tenido buen resultado, Faringhea venía a dar de todos modos en manos de Goliat y Morok, que le esperaban en la calle cerca de la puerta. Pero nos hubiéramos visto muy perplejos, porque no sabíamos en dónde paraba el príncipe Djalma.

—¡Todavía valerse de la violencia! —dijo el Padre d'Aigrigny con repugnancia.

—Es sensible... —contestó Rodin— pero ha sido preciso seguir el sistema adoptado hasta aquí.

—¿Es acaso una reconvención la que me dirigís? —dijo el Padre d'Aigrigny, que empezaba a conocer que Rodin era algo más que una máquina de escribir.

—Me guardaría muy bien de hacerlo con vuestra reverencia —dijo Rodin inclinándose—; pero no se trata más que de retener a ese hombre durante veinticuatro horas.

—¿Y luego... sus quejas?

—Un bandido semejante no se atreverá a quejarse; además, de aquí ha salido libremente. Morok y Goliat le vendarán los ojos después de apoderarse de él; la casa tiene una entrada por la calle «Milieu des Ursins»; a estas horas y con este tiempo, no pasa un alma por este barrio desierto. El trecho que tendrá que andar ese miserable, hará que desconozca el sitio: le bajarán a uno de los sótanos del edificio nuevo, y mañana por la noche a la misma hora lo pondrán en libertad con las mismas precauciones. En cuanto al indio, ya sabemos dónde hallarlo: conviene enviar una persona de confianza que lo vigile, y si sale de su letargo, hay un medio sencillo y sobre todo nada violento, según mi escaso criterio —añadió modestamente—, para alejarle mañana todo el día de la calle de San Francisco.

El mismo criado de rostro bondadoso que había introducido y alumbrado a Faringhea, entró en el gabinete después de haber llamado discretamente; traía en la mano una bolsa que entregó a Rodin diciéndole:

—Esto es lo que acaba de traer Morok, que ha entrado por la calle Milieu des Ursins.

Y el criado volvió a salir.

Rodin abrió el saco, y dijo al Padre d'Aigrigny, enseñándole estos objetos:

—La medalla y la carta de Josué... Morok ha sido diestro y diligente.

—Un obstáculo menos —dijo el marqués—. Sensible es tener que valerse de semejantes medios.

—¿Y quién tiene la culpa sino el miserable que nos obliga a echar mano de ellos? Voy a enviar al instante una persona a la posada donde está el indio.

—Y a las siete de la mañana acompañaréis a Gabriel a la calle de San Francisco,

allí tendré con él la entrevista que con tanto afán hace tres días solicita.

—Ya le he hecho avisar esta noche, e irá a recibir vuestras órdenes.

—Al fin —dijo el Padre d'Aigrigny—. Después de tantas luchas y obstáculos, ya no faltan más que algunas horas para el momento tanto tiempo deseado.

* * *

Y ahora conduciremos al lector a la calle de San Francisco.

La casa de la calle de San Francisco

Entrando en la calle de San Gervasio por la Dorada, hallábase el transeúnte en la época de este relato enfrente de una enorme pared de piedras negruzcas; cogía esta pared casi toda la extensión de la calle solitaria, y servía de apoyo a una azotea rodeada de árboles centenarios plantados en una elevación de más de cuarenta pies sobre el nivel de la calle; al través de su espeso ramaje se divisaban el frontis de piedra y las elevadas chimeneas de ladrillo de una antigua casa, a la cual se entraba por la calle de San Francisco, núm 3, cerca de la esquina de la de San Gervasio.

Triste era el aspecto exterior de esta morada; aún existía hacia este lado una elevada tapia, en que había dos o tres postigos a modo de troneras, defendidos por formidables rejas de hierro.

El jardín enteramente descuidado, en el cual no entraba el guardián Samuel sino para hacer sus inspecciones semanales, estaba cubierto, particularmente en verano, de un sinnúmero de plantas parásitas y de maleza. Los árboles, creciendo a su albedrío, se habían extendido en todos sentidos y entremezclado sus ramas.

La viva claridad que se divisaba al través de una de las ventanas del aposento del guardián, indicaba que el judío Samuel velaba en un cuarto.

Cuatro taburetes sin respaldo, un viejo armario de encina y una mesa cuadrada con pies torcidos eran los únicos muebles que había en este cuarto.

El viejo guardián Samuel, a la claridad de una lámpara de cobre escribía en un registro, a medida que su mujer Betsabé le dictaba lo que leía en un cuaderno.

Tenía entonces Samuel ochenta y dos años, y a pesar de su avanzada edad, su cabeza estaba poblada de cabellos canos y crespos; era pequeño, flaco y nervioso.

El viejo estaba enteramente envuelto en una bata de barragán color de castaña con anchas mangas. Las facciones de Samuel presentaban el tipo puro y oriental de su raza; cubría su barba un mechoncito de pelos blancos; sus juanetes salientes producían una sombra algo dura en sus mejillas hundidas y arrugadas. Su fisonomía era inteligente, sagaz y sutil; su frente espaciosa indicaba la honradez, la franqueza y la energía; sus ojos negros y brillantes como los de los árabes, dirigían miradas penetrantes y suaves.

Betsabé, su mujer, de unos quince años menos que él, era alta y vestía enteramente de negro.

La fisonomía de Betsabé en este momento expresaba un dolor indescriptible: la vista fija y la cabeza inclinada sobre el pecho; la mano derecha, en que tenía un cuadernito, había caído sobre sus rodillas, y con la otra estrechaba convulsivamente una gruesa trenza de cabellos negros como el azabache que llevaba al cuello.

Después de un momento de silencio, durante el cual Samuel escribió en su registro, dijo en voz alta, leyendo lo que acababa de escribir:

«Además, 5.000 metálicas de Austria de 1.000 florines, la fecha del 19 de octubre 1826». Habiendo hecho esta enumeración, Samuel añadió dirigiéndose a su mujer:

—¿Es eso, Betsabé?, ¿has comparado el cuaderno?

Su mujer no respondió; miróla Samuel, y viendo su profundo dolor, la dijo con una expresión de inquieta ternura:

—¿Qué tienes? ¡Dios mío!, ¿qué te pasa?

—El 19 de octubre 1826 —dijo lentamente, con la vista siempre fija, y estrechando aún más con su mano la trenza de cabellos negros que llevaba al cuello—. Es una fecha funesta... Samuel; es la de la última carta que recibimos de... — Betsabé no pudo continuar, lanzó un profundo gemido y ocultó el rostro en sus manos.

—¡Ah! Ya entiendo —contestó el anciano con voz alterada—. Un padre puede distraerse con sus ocupaciones, pero, ¡ay!, el corazón de una madre siempre vela. — Y arrojando la pluma sobre la mesa, apoyó Samuel la frente en sus manos con postración. Al cabo de un rato dijo Betsabé, como se hallase una dolorosa satisfacción en estos tristes recuerdos:

—Sí, ese día es el último en que nuestro hijo Abel nos escribió desde Alemania manifestándonos que acababa de emplear, según tus órdenes, los fondos que se había llevado de aquí, y que iba a pasar a Polonia para verificar otra operación.

—Y en Polonia, halló la muerte de un mártir —replicó Samuel—. Sin motivo, sin prueba, porque era falso, acusáronle injustamente de ir a organizar el contrabando; y el gobernador ruso, tratándole como se suele hacer con nuestros hermanos en esos países de cruel tiranía, le condenó al terrible suplicio del knout sin quererle ver ni oír. ¿De qué serviría oír a un judío? ¿Qué viene a ser? Una criatura muy inferior aun al siervo. ¿No se les echan en cara en aquel país todos los vicios que engendra la degradante esclavitud en que se le sume?

—Y nuestro pobre Abel, tan dulce y tan leal, ha muerto bajo el látigo, entre la vergüenza y el dolor —dijo Betsabé estremeciéndose—. Uno de nuestros hermanos de Polonia con mucho trabajo logró el permiso de enterrarle. Cortóle estos hermosos cabellos negros, que con este pedazo de tela, empapado en la sangre de nuestro querido hijo, es todo lo que nos queda de él —exclamó Betsabé cubriendo de besos la trenza de cabellos y el relicario.

—¡Ay! —dijo Samuel enjugando sus lágrimas que también habían corrido con este triste recuerdo— el Señor, al menos, no nos ha privado de nuestro hijo sino cuando la obligación que nuestra familia ha desempeñado fielmente durante el siglo y medio llega a su término. ¿De qué serviría nuestra raza sobre la tierra? —añadió Samuel con amargura— ¿no hemos cumplido con nuestro deber? ¿No encierra esta caja una regia fortuna? Esa casa hace ciento cincuenta años tapiada, ¿no se abrirá mañana a los descendientes del bienhechor de mi abuelo?

Y diciendo estas palabras, Samuel volvió tristemente la cabeza hacia la casa que divisaba al través de la ventana.

De repente Samuel se puso pálido, se levantó bruscamente y dijo a su mujer con voz trémula e indicándola la casa:

—Betsabé, los siete puntos luminosos, como hace treinta años. Mira, observa.

Efectivamente; los siete agujeros redondos, dispuestos en forma de cruz, hechos en otro tiempo en las planchas de plomo que cubrían las ventanas del mirador, brillaron como siete puntos luminosos, no de otra suerte que si alguno hubiese subido interiormente a la cumbre de la casa tapiada.

Debe y haber

Durante algunos momentos, Samuel y Betsabé permanecieron inmóviles, la vista fija con inquieto temor en los siete puntos luminosos que resplandecían en la cima del mirador, en medio de las últimas tinieblas de la noche, en tanto que en el horizonte, detrás de la casa, una débil claridad rosada anunciaba la naciente aurora.

Samuel fue el primero que interrumpió el silencio, y dijo a su mujer:

—El dolor que acaba de causarnos el recuerdo de nuestro pobre hijo, nos ha impedido reflexionar y recordar que al fin lo que pasa no debe por ningún estilo asustarnos.

—¿Qué dices, Samuel?

—¿No me ha dicho mi padre que él y mi abuelo habían notado varias veces claridades semejantes a largos intervalos?

—Es verdad, Samuel; pero, lo mismo que nosotros, no podían explicarse esas claridades.

—Según mi padre y mi abuelo, debemos suponer que una entrada desconocida en su tiempo, como lo es ahora, debe facilitar el acceso a esa vivienda a personas que tienen también un deber misterioso que cumplir en ella. Te repito que mi padre me había advertido que no me impacientase por estas extrañas circunstancias que me había predicho, y que vuelven a reproducirse por segunda vez después de treinta años.

—No importa, Samuel; eso asusta como si fuese una cosa sobrenatural.

—Ha pasado el tiempo de los milagros —dijo el judío meneando melancólicamente la cabeza—. Muchas de las casas antiguas de este barrio tienen comunicaciones subterráneas con sitios distantes; dicen que algunas van a parar hasta el Sena y hasta las catacumbas. Esta casa sin duda tiene una comunicación semejante, y las personas que vienen de tarde en tarde se introducen por este medio.

—¿Pero ese mirador iluminado?

—Según el plano del edificio, ya se sabe que ese mirador es la cúpula o linterna de lo que llaman la «gran sala de duelo», situada en el último piso. Como reina una profunda oscuridad por hallarse las ventanas tapadas, seguramente se valen de una luz para subir a esa «sala de duelo», pieza que, según dicen, encierra cosas muy extrañas y siniestras —añadió el judío estremeciéndose.

Betsabé y su marido miraban con atención los siete puntos luminosos, cuyo brillo disminuía a medida que se adelantaba el día.

—Ese misterio puede muy bien explicarse del modo que tú dices —contestó la mujer del anciano—. Además hoy es un día tan importante para la familia de

Rennepont, que en circunstancias semejantes no debe sorprendernos esa aparición.

—¡Y pensar —dijo Samuel— que durante siglo y medio esas claridades han aparecido muchas veces! Hay otra familia que de generación en generación se ha dedicado, como la nuestra, a cumplir un piadoso deber...

—¿Pero qué deber es ése? Quizás hoy se aclare todo.

—Vamos, vamos, Betsabé —contestó de pronto Samuel, desechando estas ideas y como reconviniéndose por su ociosidad—; ya es de día, y antes de las ocho es necesario que este balance de caja quede puesto en limpio, y esos valores inmensos clasificados —e indicó el cajón de cedro—, para que puedan entregarse a quien corresponda.

—Tienes razón, Samuel; este día no nos pertenece, es un día solemne, y que sería hermoso si en la actualidad pudiera haberlos para nosotros —dijo amargamente Betsabé, pensando en su hijo.

—Betsabé —dijo tristemente Samuel, apoyando su mano sobre la de su mujer—, al menos nos cabrá la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber. ¿El Señor no se ha mostrado con nosotros bondadoso, si bien nos ha probado cruelmente con la muerte de nuestro hijo? ¿No le debemos el que las tres generaciones de mi familia hayan podido empezar, continuar y terminar esta gran obra?

—Sí, Samuel y para ti al menos, a esa satisfacción se agregará la tranquilidad, porque cuando den las doce, te verás libre de una responsabilidad terrible. —Y diciendo esto, Betsabé indicaba la caja de cedro.

—Es muy cierto —contestó el anciano—, prefiero ver estas inmensas riquezas en manos de aquéllos a quienes pertenecen, que en las mías; pero hoy ya dejaré de ser su depositario; voy, pues, a comprobar por última vez el estado de esos valores, y después los arreglaremos según mi registro y el cuaderno que tienes.

Betsabé hizo con la cabeza un movimiento afirmativo; Samuel volvió a tomar su pluma y se entregó atentamente a sus cálculos de banca; su mujer se abandonó otra vez, a su pesar, a los crueles recuerdos que había despertado una fecha fatal, recordándole la muerte de su hijo.

Manifestemos rápidamente la sencillísima historia, en apariencia tan romántica y maravillosa, de estos 150.000 francos que, mediante la acumulación y un manejo entendido, prudente y honrado, se había naturalmente transformado, o más bien a la fuerza, al cabo de siglo y medio, en una suma mucho más considerable que la de «ciento sesenta millones» fijada por el padre d'Aigrigny, quien muy mal informado sobre este punto, y pensando además en las eventualidades desastrosas, en las pérdidas y bancarrotas que durante tantos años podían haber sufrido los depositarios sucesivos de estos valores, hallaba aún enorme la cantidad de ciento sesenta millones.

Hallándose la historia de esta fortuna ligada precisamente con la familia de Samuel, que manejaba estos fondos hacía tres generaciones, daremos de ella algunos pormenores.

Hacia 1670, Mr. Mario Rennepont, muchos años antes de su muerte, cuando hizo

un viaje a Portugal, logró salvar la vida a un desgraciado judío condenado a la hoguera por la Inquisición a causa de su creencia. Este judío era Isaac Samuel, el abuelo del guardián de la casa de la calle de San Francisco.

Los hombres generosos se aficianan a sus protegidos, al menos tanto como éstos a sus protectores. Enterado Mr. de Rennepont de que Isaac, que hacía en Lisboa el comercio de cambio en escala menor, era honrado, laborioso e inteligente, propuso al judío que le acompañase para administrar los inmensos bienes que entonces poseía en Francia.

Aceptó, y desde aquel día consagró su existencia entera al servicio de aquel que después de salvarle la vida, se fiaba en su probidad, siendo así que pertenecía a una raza generalmente sospechosa, aborrecida y despreciada. Mr. de Rennepont, hombre de energía y talento, no se había equivocado en su elección. Hasta que se vio desposeído de sus bienes, prosperaron maravillosamente en manos de Isaac Samuel, quien dotado de una admirable aptitud para los negocios, la empleaba exclusivamente en beneficio de su protector.

Vino la persecución y la ruina de Mr. de Rennepont, cuyos bienes fueron confiscados y cedidos a los RR. PP. de la Compañía de Jesús, algunos días después de su muerte.

Oculto en el asilo que había escogido para terminar violentamente sus días, mandó a buscar secretamente a Isaac Samuel, y le entregó 150.000 francos en oro, únicos restos de su pasada fortuna; este fiel servidor debía negociar esta suma, capitalizando los intereses; si tenía un hijo, trasmitirle la misma obligación; a falta de hijo, la encargaría a un pariente honrado para continuar esta administración, por la cual tendría su retribución correspondiente; esta administración debía pasar así de pariente en pariente hasta que hubiese transcurrido siglo y medio. Mr. de Rennepont había rogado además a Isaac que durante su vida fuese el guardián de la casa de la calle de San Francisco, en donde residiría gratuitamente.

Aun cuando Isaac Samuel no hubiese tenido hijos, el poderoso espíritu de unión que liga entre sí a algunas familias judías, hubiera facilitado el medio de llevar a cabo la última voluntad de Mr. de Rennepont. Los parientes de Isaac se hubieran asociado a su reconocimiento para con su bienhechor, y así ellos como sus descendientes hubieran cumplido el deber impuesto a uno de los suyos; pero Isaac tuvo un hijo algunos años después de la muerte de Mr. de Rennepont.

Este hijo, Levi Samuel, nació en 1689; no habiendo tenido hijos de su primera mujer, contrajo segundas nupcias a la edad de sesenta años; y en 1750 tuvo un hijo, David Samuel, el guardián de la casa de la calle de San Francisco, que en 1832 (época de esta relación), tenía ochenta y dos años, y prometía llegar a una edad tan avanzada como su padre, que había fallecido a los noventa y tres años; digamos, en fin, que Abel Samuel, el hijo de quien Betsabé conservaba tan crueles recuerdos, nacido en 1790, había expirado bajo el knout ruso, a los veinte y seis años.

Establecida esta humilde genealogía, fácilmente se comprenderá que la

longevidad sucesiva de estos tres miembros de la familia de Samuel, que se habían perpetuado como guardianes de la casa tapiada, y abarcaban desde el siglo XVII al XIX, habían facilitado la ejecución de las últimas voluntades de Mr. de Rennepont, pues éste había declarado terminantemente al abuelo de los Samuel, que deseaba que esta suma no se aumentase sino por la capitalización de los intereses a 5 por 100, a fin de que esta fortuna llegase a manos de sus descendientes ajena a toda especulación ilícita.

Los correligionarios de la familia Samuel fueron los primeros inventores de las letras de cambio, que en la Edad Media les servían para trasportar misteriosamente inmensos caudales del uno al otro cabo del mundo, para ponerse a cubierto de la rapacidad de sus enemigos.

Aunque no se trataba sino de procurar colocaciones seguras, con el objeto de que el dinero no estuviese ni un día sin ganar interés, no obstante se había necesitado una gran capacidad comercial para lograr este resultado, sobre todo cuando se trató de muchos millones; el último Samuel, aleccionado por su padre, desplegó esta capacidad, como lo darán a conocer los resultados que luego citaremos.

* * *

Habiendo vuelto a leer Samuel con atención su inventario, dijo a su mujer:

—Estoy seguro de la exactitud de las sumas: ahora puedes ir confrontando en ese cuaderno que tienes en la mano los valores que acabo de escribir en este registro. Al mismo tiempo me cercioraré de que los títulos están colocados por orden en esta caja, porque debo entregárselo todo al escribano cuando abra el testamento.

—Empieza, amigo mío, ya entiendo.

Y Samuel leyó el estado siguiente:

—Resumen de la cuenta de los herederos de Mr. de Rennepont, presentada por David Samuel.

DEBE

2.000.000 fr. de renta 5 por ciento francés en inscripciones nominales y al portador, compradas desde 1825, según factura para comprobación, al cambio medio de 99 fr. 50 c.	39.800.000
900.000 fr. de renta 3 por ciento francés, en diferentes inscripciones compradas durante los mismos años a un cambio de 74 fr. 25 c	22.275.000
5.000 acciones del Banco de Francia, compradas en compañía a 1.900 fr	9.500.000

3.000 acciones de los cuatro canales, en un certificado de depósito de las citadas acciones en la compañía, compradas al cambio medio de 1.115 fr	3.345.000
125.000 ducados de rentas de Nápoles, al cambio medio de 82 fr. 2.500.000 ducados o sea al fr. 40 c. el ducado	9.020.000
5.000 metálicas de Austria de 1.000 florines, al cambio medio de 93 florines, 4.650.000 florines al cambio de 2 fr. 50 c. por florín	11.625.000
75.000 libras esterlinas de renta 3 por ciento consolidados ingleses a 88 3/4, 2.218.750 libras esterlinas a 25 francos por libra esterlina	55.468.750
1.209.000 florines en 2 1/2 por ciento holandeses a 60 fl. 28.860.000 florines a 2 francos 10 c. por florín de los Países Bajos	60.606.000
Pico en billetes de Banco, oro y plata	535.250
Total francos:	221.175.000

HABER

150.000 fr. recibidos de Mr. de Rennepont en 1682, por Isaac Samuel, mi abuelo y colocados sucesivamente por él, mi padre y yo, al interés del 5 por ciento con saldo de cuentas por semestre y capitalizando los intereses, han dado según las cuentas adjuntas	222.950.000
Hay que deducir, según el pormenor, por pérdidas experimentadas en quiebras, por comisiones y corretajes pagados a diferentes, y también por los honorarios de tres generaciones de administradores	13.775.000
Total francos:	212.173.000
Total francos:	212.175.000

París 12 de febrero de 1832.

—Eso es, exactamente —dijo Samuel después de haber comprobado las letras que estaban en la caja de cedro—. Queda en caja, a disposición de los herederos de la familia de Rennepont, la cantidad de «doscientos doce millones» ciento sesenta y cinco mil francos.

Y el anciano miró a su mujer con una expresión de verdadero orgullo.

—¡Es increíble! Sabía que tenías en tu poder valores inmensos, pero nunca hubiera creído que 150.000 francos entregados hace ciento cincuenta años fuesen el único origen de esta fortuna increíble.

—Y no obstante es el único, Betsabé. Es cierto que mi abuelo, mi padre y yo hemos manejado estos fondos con fidelidad y exactitud, que hemos tenido que valernos de mucha sagacidad en la elección de las colocaciones en tiempos de revolución; pero todo eso nos era muy fácil, mediante nuestras relaciones de negocios con nuestros correligionarios de todos los países; pero nunca ni yo ni los míos hemos hecho una colocación, no digo usuraria, pero que ni aun subiese en lo más mínimo del interés legal. Las órdenes terminantes de Mr. de Rennepont, dadas a mi abuelo, así lo exigían. Nada más claro, Betsabé; todo el mundo sabe que en catorce años se dobla un capital con la sola acumulación y composición de sus intereses a cinco por ciento; ahora bien, reflexiona que en ciento cincuenta años, que esos ciento cincuenta mil francos primeros han sido doblados y vueltos a doblar, y lo que te sorprende te parecerá muy natural: en 1682, Mr. de Rennepont confió a mi abuelo ciento cincuenta mil francos; esta cantidad capitalizada, debió producir en 1696, catorce años después, 300.000 francos. Dobladlos éstos en 1710, han producido 600.000 francos. Cuando la muerte de mi abuelo, en 1719, la suma debía haber ascendido a cerca de un millón; en 1724 a 1.200.000 francos; en 1738 a 2.400.000 fr., en 1752 dos años después de mi nacimiento, a 4.800.000 fr.; en 1766, a 9.600.000 fr.; en 1780 a 19.200.000 fr.; y en 1794, doce años después de la muerte de mi padre, a 38.400.000 fr.; en 1808, a 76.800.000 francos; en 1822, a 153.600.000 fr.; y hoy en el día, arreglando los intereses de diez años, debía ser al menos de unos 225.000.000. Pero algunas pérdidas y gastos indispensables que están exactamente puestos en la cuenta, han reducido esta suma a 212.175.000 francos en valores que encierra esta caja.

—Ahora ya te comprendo, amigo mío, pero ¡qué increíble poder el de la acumulación!

Ya era de día claro; a poco dieron las siete de la mañana.

—Los albañiles no tardarán en venir —dijo Samuel, volviendo a colocar el cajón de cedro en su caja de hierro.

Dos o tres golpes vigorosamente dados con la aldaba de hierro de la puerta cochera resonaron en la casa.

—Sin duda son los albañiles que envía el escribano con un dependiente; hazme el favor de reunir todas las llaves en un manajo con sus rótulos. Luego vuelvo a buscarlas. —Diciendo esto, Samuel bajó con ligereza la escalera, a pesar de su edad; se acercó a la puerta, abrió con precaución una rejilla, y vio tres hombres en traje de albañiles acompañados de un joven vestido de negro.

—¿Qué deseáis señores? —dijo el judío antes de abrir para asegurarse de la identidad de estos personajes.

—Vengo de parte de Mr. Dumesnil, escribano —respondió el dependiente— para asistir a la apertura de la puerta tapiada: aquí traigo una carta suya para Mr. Samuel,

guardián de la casa.

—Yo soy. Tened la bondad de echar esa carta en la caja, y la tomaré.

Abrió el guardián la caja, cogió la carta, y fue a la extremidad de la bóveda para leerla a la claridad, comparó la firma con la de otra carta del escribano que sacó del bolsillo de su bata, y después de estas precauciones, habiendo atado a sus perros, fue al fin a abrir la puerta al dependiente y a los albañiles.

—¡Qué diablos! buen hombre —dijo el dependiente al entrar— aun cuando se tratase de abrir la puerta de un castillo no se emplearían más formalidades.

El judío se inclinó sin responder.

—¿Sois sordo, amigo? —gritó el dependiente.

—No, señor —respondió Samuel, sonriéndose con dulzura; y añadió indicando la casa—. Aquélla es la puerta tapiada que es preciso abrir; también hay que arrancar las abrazaderas de hierro y el plomo de la segunda ventana de la derecha.

—¿Y por qué no abrirlas todas?

—Porque éstas son las órdenes que he recibido.

—¿Y quién os ha dado esas órdenes?

—Mi padre, a quien el suyo se las había transmitido de parte del dueño de esta casa. Cuando deje de ser su guardián, y su nuevo propietario haya tomado posesión, éste obrará como mejor le plazca.

—Enhorabuena —contestó el dependiente y dirigiéndose a los albañiles, añadió —: Lo demás os corresponde; desembarazad la puerta y arracad las abrazaderas de hierro únicamente de la segunda ventana de la derecha.

En tanto que los albañiles ponían manos a la obra bajo la inspección del dependiente del escribano, un coche se detuvo delante de la puerta, y Rodin acompañado de Gabriel, penetró en la casa de la calle de San Francisco.

LXXII

El heredero

Samuel fue a abrir la puerta a Gabriel y a Rodin. Este último dijo al judío:

—¿Sois el guardián de esta casa?

—Sí, señor.

—El señor abate Gabriel de Rennepont, que aquí veis —dijo Rodin señalando a su compañero—, es uno de los descendientes de la familia de Rennepont.

—¡Ah! me alegro mucho —dijo casi involuntariamente el judío, porque la nobleza y serenidad de alma del joven sacerdote se manifestaban en sus miradas de arcángel y en su frente blanca y pura, coronada ya de la aureola del mártir.

Samuel miraba a Gabriel con bondadosa e interesante curiosidad, pero conociendo que esta silenciosa contemplación debía serle incómoda, le dijo:

—Señor abate, el escribano no debe venir hasta las diez. —Gabriel le miró con sorpresa y contestó:

—¿Qué escribano?

—El Padre d'Aigrigny os lo explicará —apresuróse a decir Rodin.

Y dirigiéndose a Samuel añadió:

—Nos hemos adelantado un poco. ¿No podríamos esperar aquí a que llegase el escribano?

—Si queréis tomaros la molestia de entrar en mi habitación, os introduciré en ella.

—Os doy gracias y acepto —respondió Rodin.

—Tened la bondad de seguirme —contestó el anciano.

Algunos momentos después, el joven sacerdote y el «socius», precedidos de Samuel, entraron en uno de los cuartos que este último ocupaba.

—El señor abate d'Aigrigny, que ha servido de tutor a Mr. Gabriel, debe venir muy luego a preguntar por nosotros —añadió Rodin—. ¿Tendríais la complacencia de hacerle entrar aquí?

—Así lo haré —respondió Samuel saliendo del cuarto.

El «socius» y Gabriel quedaron solos. A la mansedumbre, que por lo regular daba a las facciones del misionero un interesante atractivo, se añadía en este momento una expresión muy notable de tristeza, resolución y severidad.

Rodin, no habiendo visto a Gabriel hacía algunos días, dábale mucho que pensar el cambio que en él advertía; así es que durante el tránsito de la calle de Postas a la de San Francisco le había observado en silencio.

El joven sacerdote llevaba una larga sotana. Cuando el judío hubo salido, dijo a Rodin con voz firme:

—¿Me diréis al fin por qué, hace algunos días, no me ha sido posible hablar a su

reverencia el Padre d'Aigrigny? ¿Por qué ha escogido esta casa para concederme esta entrevista?

—Me es imposible responder a esas preguntas —dijo fríamente Rodin—. Su reverencia no puede tardar en llegar, y él os oirá. Lo único que puedo deciros, es que nuestro reverendo padre desea esta entrevista con tanto afán como vos mismo; si ha escogido esta casa para conversar con vos, es porque tenéis un interés en hallaros aquí. Bien lo sabéis, aunque hayáis simulado sorprenderos oyendo al guardián hablaros de un escribano.

Diciendo esto, Rodin fijó su mirada investigadora e inquieta en Gabriel, cuyo rostro no expresaba más que sorpresa.

—No os comprendo —respondió Gabriel—. ¿Qué interés puedo tener en hallarme en esta casa?

—Os repito que es imposible que lo ignoréis —contestó Rodin observando atentamente a Gabriel.

—Ya os he dicho que lo ignoraba —respondió éste casi ofendido de la insistencia del «socius».

—¿Qué ha venido, pues, a deciros ayer vuestra madre adoptiva? ¿Por qué os habéis atrevido a verla sin el permiso del Padre d'Aigrigny, según me han dicho esta mañana? ¿No os ha hablado de unos papeles de familia que llevabáis encima cuando os recogió?

—No señor —dijo Gabriel—. En aquella época mi madre adoptiva entregó esos papeles a su confesor, y luego pasaron a manos del Padre d'Aigrigny. Por la primera vez, vuelvo a oír hablar de ellos.

—¿Según eso, aseguráis que no es sobre este asunto sobre el que vino ayer a hablaros Francisca Baudoin? —repitió tercamente Rodin, acentuando lentamente sus palabras.

—Ésta es ya la segunda vez que parece dudáis de lo que afirmo —dijo dulcemente el joven sacerdote, reprimiendo un movimiento de impaciencia—. Os aseguro que digo la verdad.

«Nada sabe» —pensó Rodin, pues conocía bastante la sinceridad de Gabriel para no dudar ya después de una declaración tan positiva.

—Suponía que estas graves faltas contra la disciplina prevenían de la necesidad de una conversación muy importante con vuestra madre adoptiva.

—La señora Baudoin ha querido hablar a un sacerdote y no a su hijo adoptivo —respondió seriamente Gabriel—, y he creído poderla oír: si he cerrado mi puerta, es porque se trataba de una confesión.

—¿Y qué era lo que tanto le urgía a Francisca Baudoin confesar?

—Muy pronto lo sabréis, cuando se lo diga a su reverencia, si es de su agrado el que lo oigáis —contestó Gabriel terminantemente.

Recordaremos al lector que los superiores de Gabriel habían logrado que ignorase enteramente lo interesante que le era por asuntos de familia el hallarse en la calle de

San Francisco. La víspera, Francisca Baudoin, entregada a su dolor, no había pensado en decirle que las huérfanas debían acudir a esta misma cita, y si se hubiese acordado, las órdenes expresas de Dagoberto la hubieran impedido manifestar esta circunstancia al joven sacerdote.

Gabriel estaba muy ajeno de pensar en las relaciones de familia que le unían a las hijas del mariscal Simón, a la señorita de Cardoville, a Mr. Hardy, al príncipe Djalma y a «Duerme en cueros»; de modo que si entonces le hubiesen revelado que era el heredero de Mr. Mario de Rennepont, hubiera creído ser el único descendiente de esta familia.

Después de la conversación de Gabriel con Rodin, examinaba aquél los trabajos de los albañiles ocupados en desembarazar la puerta de las piedras que la tapiaban.

En aquel momento, el Padre d'Aigrigny entró en el cuarto, acompañado de Samuel. Antes que Gabriel hubiese tenido tiempo de volverse. Rodin dijo en voz baja al Padre d'Aigrigny:

—Nada sabe, y el indio está seguro.

A pesar de su afectada serenidad, las facciones del Padre d'Aigrigny estaban alteradas, como las de un jugador que va a ver decidirse una partida de suma importancia. Hasta entonces todo había favorecido los proyectos de la Compañía, pero temblaba al pensar que todavía faltaban cuatro horas para el término fatal.

Habiéndose vuelto Gabriel, el Padre d'Aigrigny le dijo en tono afectuoso acercándose a él con la sonrisa en los labios y alargándole la mano.

—Mucho me ha costado, mi querido hijo, el negaros hasta este momento la entrevista que deseabais después de vuestro regreso. No menos penoso me ha sido el obligaros a una reclusión de algunos días. Si bien ninguna explicación tengo que daros con respecto a lo que os ordeno, os diré no obstante que he obrado así en obsequio vuestro.

—Debo dar crédito a vuestra reverencia —respondió Gabriel inclinándose.

El Padre d'Aigrigny conocía demasiado a los hombres para no haber notado la emoción del joven sacerdote y comprendido la causa. Parecióle de buen agüero esta impresión, y aumentó la seducción, la ternura y la amenidad, reservándose, si preciso era, tomar otra máscara. Sentándose, dijo a Gabriel que, como Rodin, estuvo respetuosamente en pie:

—¿Deseáis, mi querido hijo, tener conmigo una entrevista muy importante?

—Sí, padre mío —dijo Gabriel bajando la vista ante la brillante pupila parda de su superior.

—También tengo yo que deciros cosas muy importantes, oídme ahora, y después os explicaréis.

—Ya os escucho.

—Hace unos doce años, mi querido hijo —dijo afectuosamente el padre d'Aigrigny—, que el confesor de vuestra madre adoptiva, me hizo fijar en vos la atención hablándome de los progresos que hacíais en la escuela de los Hermanos,

supe efectivamente que vuestra excelente conducta, y precoz inteligencia, eran dignos de un tierno interés; desde aquel momento se os observó, y al cabo de algún tiempo, viendo que en nada desmerecíais, me pareció que podríais ser algo más que un artesano: hablaron a vuestra madre adoptiva, y me encargué de que se os admitiese gratuitamente en una de las escuelas de nuestra Compañía; así es que la excelente mujer que os había recogido se vio libre de una carga, y un niño que hacía ya concebir grandes esperanzas, recibió por nuestros paternales cuidados todos los beneficios de una educación religiosa. ¿No es esto cierto, mi querido hijo?

—Es verdad, padre mío —respondió Gabriel bajando los ojos.

—A medida que crecíais se desarrollaban vuestras raras y excelentes virtudes: vuestra obediencia y sobre todo vuestra dulzura eran ejemplares: en los estudios hacíais rápidos progresos. Entonces ignoraba qué carrera queríais abrazar, pero estaba casi seguro, según vuestra disposición, que permaneceríais siendo un hijo querido de la Iglesia. No me engañé en mis esperanzas, o más bien, las habéis superado.

El Padre d'Aigrigny miraba atentamente y luego continuó:

—No os lo ocultaré, mi querido hijo: vuestra resolución me causó suma alegría, pues veía en vos una de las futuras antorchas de la iglesia y me envanecí de que brillase en medio de nuestra Compañía. Habéis soportado con valor las pruebas penosas, por lo que se os juzgó digno de pertenecernos. Escuchad atentamente, mi querido hijo, pues lo que voy a manifestaros es confidencial y de la mayor importancia, para vos y para la Compañía de Jesús.

—Entonces, padre mío —exclamó Gabriel interrumpiendo al Padre d'Aigrigny— no puedo, no debo oíros.

Y el joven sacerdote palideció, y por la alteración de sus facciones se conocía que interiormente luchaba consigo mismo; pero volviendo a su resolución primera, irguió la cabeza, y fijando su mirada segura en el Padre d'Aigrigny y Rodin, que se miraban mudos de sorpresa, añadió:

—Lo repito, padre mío, si se trata de cosas confidenciales de la Compañía, imposible me es oírlas.

—En verdad, mi querido hijo, que me dejáis parado. ¿Qué tenéis? ¿Por qué no podéis oírme?

—No puedo decíroslo, padre mío, antes de haberos manifestado también rápidamente lo pasado. Entonces comprenderéis, padre mío, que ningún derecho tengo a vuestras confianzas, porque muy pronto va a separarnos un abismo.

Imposible sería pintar la mirada que Rodin y el Padre d'Aigrigny se dirigieron rápidamente al oír estas palabras de Gabriel; el «socius» empezó a roerse las uñas fijando en él sus ojos de reptil irritado; el Padre d'Aigrigny se puso pálido y su frente se cubrió de un frío sudor. Preguntábase aterrado si en el momento de ir a conseguir su objeto, sería Gabriel quien lo impediría, cuando se habían allanado todos los obstáculos en su favor. Desesperábale esta idea; no obstante, el abate se contuvo

admirablemente, y respondió con afecto cariñoso:

—No puedo creer, hijo mío, que un abismo nos separe nunca, a no ser que fuese el abismo del dolor que me causaría alguna circunstancia contraria a vuestro bienestar; pero hablad, que os escucho.

—Efectivamente, hace doce años —dijo Gabriel con voz firme— que por vuestros cuidados entré en un colegio de la Compañía de Jesús. Entré en él cariñoso, leal y confiado. El superior me dijo: «La regla exige que escuchéis atentamente a vuestros compañeros, porque pueden tener malos pensamientos...».

—No hay duda —interrumpióle el padre d'Aigrigny—, mi querido hijo, que ésta es la regla observada en nuestros colegios y con las costumbres de las personas de nuestra Compañía: «Que se denuncian mutuamente sin perjuicio del recíproco amor y caridad, y para su mayor progreso espiritual, particularmente cuando el superior lo ha mandado o pedido para mayor gloria de Dios».

—Lo sé —repuso Gabriel—, lo sé; en nombre de lo que hay más santo y sagrado entre los hombres me animaban al mal.

—Mi querido hijo —dijo el Padre d'Aigrigny, procurando ocultar bajo una aparente dignidad ofendida, su creciente y secreto terror— de vos a mí esas expresiones son algo extrañas.

Rodin se separó de la chimenea en que estaba apoyado y empezó a pasearse a lo largo del cuarto con aire meditabundo.

—Muy doloroso me es —añadió el Padre d'Aigrigny—, verme obligado a recordaros, mi querido hijo, que nos debéis la educación que se os ha dado.

—Tales eran sus resultados padre mío —contestó Gabriel—. Hasta entonces había espiado a los otros niños con una especie de desinterés, pero las órdenes del superior me hicieron dar un paso más en esta innoble senda. Había llegado a ser delator para librarme de un castigo merecido. Era tanta mi fe, humildad y confianza, que me acostumbé a desempeñar con inocencia y candor un papel sumamente odioso; no obstante, una vez, lo confieso, atormentado por vagos escrúpulos, últimos impulsos de las generosas aspiraciones que en mí se trataba de sofocar, preguntéme si el objeto caritativo y religioso que atribuían a estas delaciones, a este continuo espionaje, bastaba a absolverme, y di parte de mis temores al superior, quien me contestó que no me tocaba discernir sino obedecer, siendo así que él era el único responsable de mis acciones.

—Continuad, mi querido hijo; ¡ay! razón tenía en quererme oponer a vuestro viaje a América.

—Y la Providencia quiso que fuese en aquel país nuevo, fecundo y libre, en donde una rara casualidad me iluminase acerca del presente y del pasado, haciendo que al fin abriese los ojos —exclamó Gabriel—. Sí, en América fue, donde, humillado por tanta grandeza, hice juramento... —pero interrumpiéndose añadió—: Luego me explicaré, padre mío, acerca de este juramento, pero creedme —añadió el misionero, con un acento sumamente doloroso—, fue para mí un día fatal, funesto,

aquél en que debí temer y acusar lo que durante tanto tiempo había bendecido y venerado. ¡Oh! os lo aseguro, padre mío —añadió Gabriel con los ojos humedecidos— no lloré entonces únicamente por mí.

—Conozco vuestro bondadoso corazón, temo que os hayáis extraviado, pero tened confianza en nosotros, como vuestros padres espirituales, que fortaleceremos vuestra fe, desgraciadamente debilitada, y disiparemos las tinieblas que obscurecen vuestra vista; porque, ¡ay!, mi querido hijo, ilusionado tomáis algunas engañosas claridades por el puro resplandor del día. Continúad.

Mientras el Padre d'Aigrigny se expresaba de este modo, Rodin se detuvo, sacó de su bolsillo una cartera y escribió algunas líneas.

Gabriel cada vez estaba más pálido y conmovido, tenía que armarse de mucho valor para hablar como lo hacía, porque desde su viaje a América había llegado a conocer el formidable poder de la Compañía; pero esta revelación de lo pasado, considerada desde el punto de vista de un presente más ilustrado, venía a ser para el joven sacerdote la excusa, o más bien, la causa de la determinación que pensaba declarar a su superior; quería manifestarlo todo francamente, a pesar del peligro que a sabiendas arrostraba, y continuó, pues, con voz alterada:

—Bien lo sabéis, padre mío; los últimos días de mi infancia, aquella edad dichosa de afectuosa e inocente alegría, los pasé en una atmósfera de temor, opresión y sospechoso espionaje. A las horas de estudio y de práctica, como única distracción, se nos permitían algunos paseos de tres en tres, nunca dos, porque entre tres la delación mutua es más fácil y porque la intimidad pudiera establecerse entre dos y producir esas santas y generosas amistades que conmueven el corazón y esto no conviene. A fuerza de dominarlo, llegó un día en que había perdido la sensibilidad; hacía seis meses que no había visto a mi hermano ni a mi madre adoptiva; vinieron al colegio; algunos años antes los hubiera acogido con manifiesta alegría mezclada de lágrimas, pero esta vez mis ojos permanecieron enjutos, mi corazón helado; mi madre y mi hermano se despidieron de mí entristecidos; no obstante, aquel dolor llamó mi atención, me horroricé entonces y tuve a cargo de conciencia aquella glacial insensibilidad que se había apoderado de mí desde que habitaba aquel sepulcro. Aterrado, quise salir de él mientras me quedaban aún algunas fuerzas. Entonces fue cuando os hablé, padre mío, sobre la elección de una carrera, porque en aquellos cortos momentos en que sacudía el letargo, habíame parecido oír a lo lejos la agitación de la vida activa y fecunda, laboriosa y libre, el afecto de familia. ¡Oh! sentía en aquel momento la necesidad de movimiento, de libertad, de nobles emociones; allí era donde hubiera recobrado la vida del alma que se extinguía; os lo digo, padre mío, al abrazar vuestras rodillas, que inundaba en lágrimas, la vida de artesano o de soldado me hubiera sido apreciable. Entonces me enterasteis de que mi madre adoptiva, a quien debía la vida, pues me había recogido extenuado de miseria, que mi madre adoptiva no tenía más que un objeto, un deseo, el de...

—El de veros ordenado —interrumpió el Padre d'Aigrigny—, porque aquella

piadosa y perfecta criatura confiaba en que logrando vuestra salvación aseguraríais la suya; pero no se atrevía a manifestaros su idea temiendo que vieseis en ello un deseo interesado.

—Basta, padre mío. Penoso me es oírlos afirmar un error: Francisca Baudoin nunca abrigó semejante idea.

—Mi querido hijo, sois bastante ligero en vuestros juicios. Yo os digo que ésa ha sido la sola y única idea de vuestra madre adoptiva.

—Ayer, padre mío, me lo ha manifestado todo. Ambos hemos sido engañados.

—Según eso, mi querido hijo —dijo severamente el Padre d'Aigrigny a Gabriel—, ¿dais más crédito a las palabras de vuestra madre adoptiva que a las mías?

—Dispensadme el daros una contestación que sería desagradable para los dos, padre mío —dijo Gabriel bajando los ojos.

—Me diréis ahora —añadió el Padre d'Aigrigny con ansiedad—, lo que pretendéis.

El Padre no pudo continuar, porque Samuel entró diciendo: «Un hombre de alguna edad desea hablar a Mr. Rodin».

—Yo soy, os doy las gracias —respondió el «socius» bastante sorprendido. Y antes de seguir al judío entregó al Padre d'Aigrigny una hoja de su cartera sobre la que había algunas palabras escritas con lápiz.

Rodin salió del cuarto impaciente y deseando saber quién podía venir a buscarle a la calle de San Francisco. El Padre d'Aigrigny y Gabriel quedaron solos.

LXXIII

Rompimiento

Presa el Padre d'Aigrigny de mortales angustias, había tomado maquinalmente el billete de Rodin, y le tenía en la mano sin pensar en abrirlo; preguntábase el abate atemorizado, cómo terminaría Gabriel sus recriminaciones sobre lo pasado, y no se atrevía a contestar a sus reconvenciones, temiendo irritar al joven sacerdote, del cual dependían aún tan enormes intereses.

Las esperanzas del Padre d'Aigrigny quedaban enteramente desvanecidas.

Temiendo interrumpir o interrogar a Gabriel, el Padre d'Aigrigny esperaba, con mucho terror, el desenlace de esta conversación hasta entonces tan amenazadora. El misionero continuó:

—Es de mi deber, padre mío, proseguir la descripción de mi vida pasada, hasta el punto de mi partida para América; muy pronto comprenderéis por qué me impongo esta obligación.

El Padre d'Aigrigny le indicó con un ademán que podía hablar.

—Enterado del pretendido voto de mi madre adoptiva, me resigné por mucho que me costase, y dejé la triste casa en que había pasado una parte de mi infancia y de mi primera juventud, para ingresar en uno de los seminarios de la Compañía. No dictaba mi resolución una vocación religiosa irresistible, sino el deseo de pagar una deuda sagrada para con mi madre adoptiva. No obstante, el espíritu verdadero de la religión de Cristo es tan vivificante, que me sentí enardecido a la sola idea de practicar las adorables doctrinas del Divino Salvador. La que me había formado de un seminario, en nada se asemejaba al colegio en que hasta entonces había vivido, figurábaseme que era un lugar bendito, en el que se aplicaba a la vida común lo que hay de más puro y exaltado en la evangélica fraternidad; en donde para ejemplo, predicábase incesantemente el ardiente amor a la humanidad, las inefables dulzuras de la conmiseración y de la tolerancia, interpretando las inmortales palabras de Cristo en su sentido más fecundo; en donde se preparaba, en fin, por la habitual expansión de los más generosos sentimientos, a ese magnífico apostolado de enternecer a los ricos y dichosos con respecto a las angustias y padecimientos de sus hermanos, patentizándoles las terribles miserias de la humanidad... ¡Sublime y santa moral a que nadie puede resistirse cuando se predica con los ojos bañados en lágrimas y el corazón lleno de ternura y caridad!

Al pronunciar estas últimas palabras con emoción profunda, humedeciéronse los ojos de Gabriel, y su rostro resplandeció con angelical hermosura.

—Ése es, con efecto, mi querido hijo, el espíritu del cristianismo, mas debe estudiarse y explicarse el texto —respondió con frialdad el Padre d'Aigrigny—. A

este estudio están dedicados especialmente los seminarios de nuestra Compañía. La interpretación del texto es obra de análisis, de disciplina y sumisión, y no trabajo de corazón y de sentimientos...

—Demasiado lo he visto, padre mío. A mi entrada en aquella casa, vi ¡ay! desvanecidas mis esperanzas; mi corazón, que por un instante se había dilatado, volvió a contraerse; en vez del foco de vida, afecto y juventud que había soñado, hallé en aquel seminario silencioso, la misma compresión de todo impulso generoso, la misma inexorable disciplina, el mismo sistema de mutuas delaciones.

—El orden, la sumisión y la regularidad son los fundamentos principales de nuestra Compañía, mi querido hijo.

—¡Ay! padre mío, la muerte y no la vida es la que así regularizaban; en medio de este anonadamiento de los principios generosos, me entregué al estudio escolástico y teológico. Sombríos y siniestros estudios.

—La teología, mi querido hijo —dijo severamente el Padre d'Aigrigny— es una coraza para defender y cubrir el dogma católico, y una espada para atacar la herejía.

—No obstante, padre mío, Cristo y sus apóstoles ignoraban esa ciencia tenebrosa, y con sus palabras sencillas y tiernas regeneraba los hombres, y la esclavitud se convertía en libertad. El Evangelio, ese divino código, ¿no es muy suficiente para enseñar a los hombres a amarse? Pero, ¡ay!, en vez de explicárnoslo, por lo regular nos entretenían con las guerras de religión, enumerando los arroyos de sangre que habían corrido para agradar al Señor y anegar la herejía. Esperaré el momento fatal. En fin, padre mío, según lo requería la disciplina, «ahogándome en la agonía», apresuré el momento de cumplir el último acto de mi expirante voluntad: el voto de renunciar al ejercicio de mi albedrío.

—Acordaos, mi querido hijo —respondió el Padre d'Aigrigny, pálido y atormentado por angustias que iban en aumento— acordaos que la víspera del día fijado para que pronunciaseis vuestros votos, os propuse, según la regla de nuestra Compañía, que renunciaseis a entrar en ella, dejándoos enteramente libre, porque no aceptamos sino vocaciones voluntarias.

—Es verdad, padre mío —respondió Gabriel con dolorosa amargura— cuando debilitado y exánime por tres meses de soledad y de pruebas, me hallaba postrado, incapaz de hacer el menor movimiento, abristeis la puerta de mi celda, diciéndome: «Si queréis, levantaos... caminad... sois libre...». ¡Ay! las fuerzas me faltaron; el único deseo de mi alma inerte y tanto tiempo paralizada, era el descanso del sepulcro... así es que pronuncié votos perpetuos y me entregué en vuestras manos, «como un cadáver».

—Y hasta ahora, nunca habéis faltado a esa obediencia de cadáver, como dijo efectivamente nuestro glorioso fundador; porque cuanto más absoluta es esta obediencia, más meritoria es.

Después de un momento de silencio Gabriel añadió:

—Siempre me habíais ocultado, padre mío, el verdadero objeto de la Compañía

en que había entrado. La completa abnegación de mi voluntad se me había exigido en nombre de la mayor gloria de Dios; pronunciados mis votos no debía ser más que un instrumento dócil y obediente; pero debía ocuparme, según me decíais, en una obra santa, bella y sublime. Os creí, padre mío. ¿Cómo no había de dar crédito a vuestras palabras? Esperé... Un funesto acontecimiento cambió mi destino; una dolorosa enfermedad causada por...

—Hijo mío, inútil es que recordéis esas circunstancias.

—Perdonadme, padre mío, debo recordároslo todo; tengo derecho a que se me oiga; no quiero pasar por alto ninguno de los hechos que han dictado la inmutable resolución que tengo que anunciaros.

—Hablad, pues.

—Seis meses antes de mi partida para América —contestó Gabriel bajando la vista— me dijisteis que me destinabais a la confesión, y para prepararme a este santo ministerio me entregasteis un libro.

Gabriel volvió a titubear, aumentóse su rubor, y el Padre d'Aigrigny apenas pudo dominar un ademán de impaciencia y de cólera.

—Me entregasteis un libro —añadió el joven sacerdote violentándose— un libro que contenía las preguntas que un confesor puede hacer a los muchachos, a las jóvenes y a las mujeres casadas. ¡Dios mío! —añadió Gabriel estremeciéndose a este recuerdo— nunca olvidaré aquel terrible momento. Era de noche; retiréme a mi cuarto llevando aquel libro según me dijisteis compuesto por uno de nuestros padres, y adicionado por un santo obispo. Con respeto, confianza y fe, abrí aquellas páginas. Al pronto nada comprendí; mas luego... sí... sobrecogido de vergüenza, quedé extático, y apenas tuve ánimo para cerrar con mano trémula aquel abominable libro, y fui inmediatamente a veros, padre mío, para acusarme de haber involuntariamente fijado la vista en aquellas páginas sin nombre, que equivocadamente habíais puesto en mis manos.

—Acordaos, que desvanecí vuestros escrúpulos, diciéndoos que un sacerdote, que estaba obligado a oírlo todo bajo el secreto de la confesión, nada debía ignorar para poder apreciarlo; que nuestra Compañía exigía la lectura de este «Compendium», como obra clásica, a los jóvenes diáconos, a los seminaristas y a los sacerdotes que se destinaban a la confesión.

—Os creí, padre mío; era tan poderosa en mí la costumbre de la obediencia, que, a pesar de mi horror, volví a llevarme el libro a mi cuarto y leí. ¡Oh, padre mío! ¡Qué terrible revelación de la más criminal y desordenada lujuria! Hallábame en todo el vigor de la edad, y hasta entonces mi ignorancia y la ayuda de Dios me habían sostenido en las crueles luchas contra los sentidos. ¡Oh!, ¡qué noche!, ¡qué noche! En medio del profundo silencio de mi soledad, delectaba, estremeciéndome de confusión y espanto, aquel catecismo de monstruosos e ignorados desenfrenos.

—Habláis de ese libro en términos vituperables —dijo severamente el Padre d'Aigrigny—. Fuisteis víctima de la viveza de vuestra imaginación.

—Según eso, padre mío —respondió Gabriel con suma amargura—, no tengo derecho a quejarme de que mi mente, hasta entonces pura y virgen, se halle desde aquel momento empañada por monstruosidades que nunca hubiera sospechado.

—Ésas son cuestiones que no os halláis aún en estado de juzgar —respondió bruscamente el Padre d’Aigrigny.

—No hablaré más de ellas, padre mío —dijo Gabriel, y continuó—: Una larga enfermedad me acometió después de aquella noche terrible. Cuando convalecí, lo pasado se me representaba como un sueño penoso. Me dijisteis que no me hallaba aún en estado de desempeñar ciertas funciones, y solicité con afán partir para las misiones de América. Durante algún tiempo que salía de un lugar en donde reinaban densas y pesadas tinieblas; por la vez primera después de tantos años sentí en mi pecho latir libremente mi corazón, me vi dueño de mi pensamiento, y me atreví a echar una ojeada sobre mi vida pasada, así como desde la elevada cumbre de una montaña se lanza una mirada al fondo de un lóbrego valle.

En aquel momento entró Rodin, e interrogándole el padre d’Aigrigny con una mirada significativa, el «socius» se le acercó y le dijo en voz baja, de modo que Gabriel no pudiese oírlo.

—Nada importante: han venido solamente a avisarme que el padre del mariscal Simón acaba de llegar a la fábrica de monsieur Hardy. —Y dirigiendo una mirada a Gabriel, pareció interrogar al Padre d’Aigrigny, quien bajó la cabeza.

—No obstante —dijo, dirigiéndose a Gabriel, en tanto que Rodin volvía a apoyarse contra la chimenea—: Continúa, mi querido hijo: deseo saber cuál es la resolución que habéis formado.

—Voy a decíroslo al momento, padre mío. Llegado a Charlestown, el superior de nuestro establecimiento en aquella ciudad, a quien manifesté mis dudas acerca del objeto de la Compañía se encargó de aclararlas; con una franqueza asombrosa, me patentizó estas miras, de las que quizás no participaban todos los miembros de la Compañía, porque un gran número se hallaban en la misma ignorancia que yo, pero que los jefes seguían con perseverancia desde la fundación de la Orden. Quedé aterrado. Leí los casuistas. ¡Oh! padre mío, fue para mí otra horrible revelación, cuando a cada página de estos libros escritos por nuestros padres, leí la excusa, la justificación del robo, de la calumnia, de la violación, del adulterio, del perjurio, del asesinato, del regicidio... Cuando me hice cargo de que yo, sacerdote de un Dios de caridad, perdón y amor, pertenecía para siempre a una Compañía cuyos jefes profesaban doctrinas semejantes y se vanagloriaban de ello, hice ante Dios el juramento de romper para siempre los lazos que a ella me unían.

A estas palabras de Gabriel, el Padre d’Aigrigny y Rodin se dirigieron una mirada consternada: todo estaba perdido, su presa se les escapaba. Gabriel, muy conmovido por los recuerdos que invocaba, no echó de ver el movimiento de abate y del «socius» y continuó:

—A pesar de mi resolución, padre mío, de separarme de la Compañía, me fue

muy doloroso el descubrimiento que había hecho. —Después de un momento de silencio prosiguió—: Terminada mi misión, he vuelto, padre mío, resuelto a rogaros que me devolviérais la libertad y me absolviérais de mi juramento. Diferentes veces, aunque en vano, os he pedido una entrevista; ayer la Providencia dispuso que tuviese con mi madre adoptiva una extensa conversación; por ella he sabido el ardid de que se habían valido para violentar mi vocación, el sacrílego abuso que se hizo de la confesión para obligarla a entregar a manos extrañas las huérfanas que una madre moribunda confió a un leal soldado. Ya podéis conocer, padre mío, que si hubiese podido dudar en romper esos lazos, lo que ayer supe bastaría para que mi decisión fuese irrevocable. Pero en este momento solemne, debo deciros que no culpo a toda la Compañía; hay en ella muchos hombres sencillos, crédulos y confiados. En medio de su ceguedad, dóciles instrumentos, ignoran la obra a la cual les hacen cooperar: los compadezco, y pediré al Señor que los ilumine, como ha hecho conmigo.

—Según eso, hijo mío —dijo el Padre d’Aigrigny levantándose lívido y aterrado—, ¿venís a pedirme que rompa los lazos que os unen a la Compañía?

—Sí, padre mío; en vuestras manos hice un juramento, y os suplico que me relevéis de él.

—¿Queréis que todos los compromisos que contrajisteis libremente en otro tiempo, se consideren como nulos y de ningún valor?

—Sí, padre mío.

—¿Así que, hijo mío, en lo sucesivo no habrá nada de común entre vos y nuestra Compañía?

—No, padre mío, una vez que os suplico que me relevéis de mis votos.

—¿Pero sabéis, hijo mío, que la Compañía puede separaros pero que vos no podéis abandonarla?

—Mi petición os prueba, padre mío, la importancia que doy al juramento, una vez que os ruego me relevéis de él. No obstante, si os negáis, me consideraré libre de compromisos a los ojos de Dios y de los hombres.

—Es bastante terminante —dijo el Padre d’Aigrigny a Rodin, y en sus labios expiró su voz; tan profunda era su desesperación. De pronto, mientras que Gabriel con la vista baja esperaba la respuesta del Padre d’Aigrigny, que permanecía mudo e inmóvil, acudióle a Rodin una súbita idea, y notando que el abate tenía aún en la mano el billete que había escrito con lápiz, el «socius» se le acercó y le dijo en voz baja con aire normado:

—¿No habéis leído mi billete?

—Me había olvidado —contestó maquinalmente el abate.

Rodin se esforzó en reprimir un ademán de enojo, y dijo al Padre d’Aigrigny con voz tranquila:

—Entonces, leedlo.

No bien hubo el abate echado una ojeada al billete, cuando un rayo de esperanza brilló en su fisonomía hasta entonces desesperada; estrechó la mano del «socius» con

profundo reconocimiento y le dijo en voz baja:
—Tenéis razón... Gabriel es nuestro.

La remuneración

El Padre d'Aigrigny, antes de contestar a Gabriel, permaneció un momento absorto en sus ideas; su fisonomía, trastornada poco antes, se tranquilizaba poco a poco.

Preciso es confesar que el Padre d'Aigrigny, a pesar de su elocuencia, de la seducción de sus finos modales, de su agradable rostro y de su exterior de hombre de mundo refinado, quedaba a menudo obscurecido, dominado por la terrible firmeza, por la astucia profunda y diabólica de Rodin, aquel viejo repugnante, grasiento, miserablemente vestido, que muy rara vez salía de su humilde estado de secretario y de mudo oyente.

Tan grande es la influencia de la educación, que Gabriel, a pesar del rompimiento formal que había provocado, se hallaba aún intimado a presencia del Padre d'Aigrigny y esperaba con dolorosa angustia la respuesta del abate a su terminante petición de revelarles de sus antiguos juramentos.

«Su reverencia», habiendo sin duda combinado diestramente su plan de ataque, rompió al fin el silencio, dio un profundo suspiro, y su fisonomía, antes severa e irritada, tomó una expresión de tierna mansedumbre, diciendo luego a Gabriel con voz afectuosa:

—Perdonadme, mi querido hijo, por mi largo silencio, pero vuestra brusca resolución me ha sorprendido de tal modo, y despertado en mí ideas tan penosas, que he tenido que meditar durante algunos momentos para poder penetrar la causa de vuestra determinación, y creo haberlo conseguido. Así, mi querido hijo, ¿habéis reflexionado bien en la importancia del paso que vais a dar?

—Sí, padre mío.

—¿Estáis del todo determinado a abandonar la Compañía... aunque sea contra mi voluntad?

—Doloroso me sería, padre mío, pero me resignaría a ello.

—Efectivamente, debiera seros muy doloroso, mi querido hijo, porque habéis prestado libremente un juramento irrevocable, que, según nuestros estatutos, os comprometía a no abandonar a la Compañía sin el permiso de vuestros superiores.

—Padre mío, entonces ignoraba, bien lo sabéis, a cuánto me comprometía. Ahora, mejor informado, pido retirarme; mi único deseo es obtener un curato en alguna aldea lejos de París. Por lo tanto, padre mío, me sería muy sensible que me negaseis lo que...

—¡Oh! tranquilizaos, hijo mío —contestó el Padre d'Aigrigny—. No me opondré ya más a vuestros deseos de separaros de nosotros.

—Según eso, padre mío, ¿me releváis de mis votos?

—No tengo poder para ello, mi querido hijo, pero escribiré inmediatamente a Roma para pedir la dispensa a nuestro general.

—Os doy las gracias, padre mío.

—Muy pronto, mi querido hijo, os veréis libre de los lazos que tanto os pesan, y los hombres de quienes renegáis no dejarán por eso de rogar por vos a fin de que Dios os preserve de mayores extravíos. Porque si vos os creéis libre de toda obligación para con nosotros, mi querido hijo, no nosotros para con vos; no quebrantamos tan fácilmente la costumbre de un cariño paternal. ¿Qué queréis? Nos miramos como ligados por los mismos beneficios que prodigamos a nuestros discípulos; así es que, siendo pobre y huérfano, os tendimos los brazos, tanto por el interés de que erais digno, como por aliviar de una pesada carga a vuestra buena madre adoptiva.

—Padre mío —dijo Gabriel con reprimida emoción—, no soy ingrato.

—Quiero creer que así sea, mi querido hijo. Ahora que he penetrado el verdadero motivo de vuestra resolución, es obligación mía el relevaros de vuestros juramentos.

—¿De qué motivos queréis hablar, padre mío?

—¡Ay, mi querido hijo! concibo vuestro temor. ¡Hoy en día nos amenazan tantos peligros!... bien lo sabéis.

—¿Peligros, padre mío? —dijo Gabriel.

—Imposible es, mi querido hijo, que ignoréis que después de la caída de los legítimos soberanos, nuestros apoyos naturales, la revolucionaria impiedad se hizo cada día más amenazadora, agobiándonos con persecuciones. De modo que, mi querido hijo, comprendo y aprecio como debo los motivos que, en circunstancias semejantes, os obligan a abandonarnos.

—¡Padre mío! no penséis eso de mí... no podéis pensarlo.

El Padre d'Aigrigny, sin hacer caso de la protesta de Gabriel, continuó el cuadro imaginario de los peligros que amenazaban a su Compañía, que muy lejos de hallarse en semejante caso, volvía otra vez a ejercer sordamente su influencia.

—¡Oh! si nuestra Compañía fuese tan poderosa como hace pocos años, si se hallase rodeada del respeto y acatamiento que los verdaderos fieles la deben, a pesar de las abominables calumnias con que nos persiguen, entonces quizás, mi querido hijo, hubiéramos titubeado en relevaros de vuestros juramentos, abriéndoos los ojos a la luz, y arrancándoos al fatal vértigo que se ha apoderado de vos; pero en el día, que nos hallamos débiles, y por todas partes amenazados, es en nosotros deber y caridad no obligaros a participar, contra vuestra voluntad, de los peligros a los cuales tan advertidamente queréis sustraeros.

—Padre mío —contestó con voz conmovida y los ojos anegados en lágrimas—, vuestras palabras son crueles... injustas; porque sabéis que no soy cobarde.

—No —dijo Rodin con voz mordaz dirigiéndose al Padre d'Aigrigny, indicando a Gabriel con una mirada desdeñosa—, vuestro querido hijo es... prudente.

Estremecióse Gabriel al oír estas expresiones de Rodin; sus pálidas mejillas se sonrosaron; sus grandes ojos brillaron con un generoso enojo; pero ateniéndose a los

preceptos de humildad cristiana, reprimió este impulso, bajó la cabeza y, demasiado conmovido para responder, se calló, enjugando una lágrima furtiva. Notó el «socius» esta lágrima, y vio sin duda en ella un síntoma favorable, porque dirigió otra mirada satisfactoria al Padre d'Aigrigny. Éste iba a tocar una cuestión difícilísima, de modo que, a pesar de saberse reprimir, su voz se alteró, cuando por decirlo así, animado, impelido por una mirada de Rodin, que prestó aún más atención, dijo a Gabriel:

—Otro motivo nos obliga aún a no titubear en relevaros de vuestros juramentos, mi querido hijo, es una cuestión muy delicada. Ayer, probablemente, habréis sabido por vuestra madre adoptiva, que acaso estabais próximo a entrar en posesión de una herencia... cuyo valor se ignora.

Gabriel levantó la cabeza y dijo al Padre d'Aigrigny:

—Ya he asegurado a Mr. Rodin que mi madre adoptiva vino a hablarme solamente de sus escrúpulos de conciencia. Ignoraba que existiese la herencia de que me habláis.

La indiferencia con que el joven sacerdote pronunció estas últimas palabras no se escapó a Rodin.

—Bien —contestó el Padre d'Aigrigny—; lo ignorabais; quiero creerlo, aunque todas las apariencias tiendan a probar lo contrario, a justificar que el conocimiento de esa herencia ha sido también uno de los motivos que os han determinado a abandonarnos.

—No os comprendo, padre mío.

—Sin embargo, es bien sencillo; a mi modo de ver, vuestro rompimiento tiene dos motivos; el uno que nos hallamos amenazados y juzgáis prudente abandonamos...

—¡Padre mío!

—Permitidme que acabe, y que pase al segundo motivo; si me equivoco ya me lo diréis. Los hechos son éstos: en otro tiempo, y por si llegaba el caso de que vuestra familia, cuya suerte ignorabais, os dejase algunos bienes, habíais hecho, en cambio de los cuidados que la Compañía os había prodigado, una donación futura de todo lo que pudierais llegar a poseer, no a nosotros sino a los pobres cuyos tutores natos somos.

—Y bien, padre mío —preguntó Gabriel no sabiendo aún a dónde iría a parar aquel preámbulo.

—Ahora, mi querido hijo, que estáis seguro de disfrutar alguna comodidad... sin duda queréis, separándoos de nosotros, anular esta donación que hicisteis en otro tiempo.

—Para hablar más claro, faltáis a vuestro juramento porque nos hallamos perseguidos, y porque queréis recobrar vuestros bienes —añadió Rodin con voz aguda, como para resumir de un modo terminante la posición de Gabriel con respecto a la Compañía de Jesús.

A esta infame acusación, Gabriel no pudo hacer otra cosa que levantar las manos y los ojos al cielo, exclamando con expresión dolorosa:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El Padre d'Aigrigny, habiendo dirigido a Rodin una mirada de inteligencia, dijo a éste con tono severo, aparentando reprenderle por su franqueza:

—Creo que vais demasiado lejos; nuestro querido hijo hubiera obrado del modo infame que decís, a haber conocido su nueva posición de heredero; pero ya que asegura lo contrario, preciso es creerle, a pesar de las apariencias.

—Padre mío —dijo al fin Gabriel, pálido, trémulo y dominando su dolorosa indignación—; os doy las gracias por haber al menos suspendido vuestro juicio. No, no soy cobarde, porque Dios es testigo de que ignoraba los peligros que amenazan a vuestra Compañía: no, no soy infame, ni avaro, porque Dios es testigo de que sólo en este momento he sabido por vos, padre mío, la posibilidad de que me pertenezca una herencia, y que...

—Permitid, mi querido hijo; hace poco que me hallo enterado de esta circunstancia por una gran casualidad —dijo el Padre d'Aigrigny interrumpiendo a Gabriel—, y esto, mediante los papeles de familia que vuestra madre adoptiva había entregado a su confesor. Poco antes de vuestro regreso de América, arreglando los archivos de la Compañía, vuestro legado de documentos vino a parar a manos de nuestro abate procurador; examinándolos, hemos sabido que uno de vuestros abuelos paternos, a quien pertenecía la casa en que estamos, ha dejado un testamento que debe abrirse hoy a las doce.

Gabriel había escuchado al Padre d'Aigrigny con impaciencia dolorosa, así es que prorrumpió:

—¿Y sois vos, padre mío, el que me creéis capaz de retirar una donación que he hecho espontáneamente en favor de la Compañía, en retribución de los cuidados que tan generosamente me ha prodigado? ¿Me creéis tan infame que reniegue de mi palabra porque voy quizá a poseer un modesto patrimonio?

—Ese patrimonio, mi querido hijo, puede ser corto o considerable.

—Bien, padre mío, aunque cuando se tratase de una fortuna regia —exclamó Gabriel, con una indiferencia noble—: no me expresaría de otro modo: tengo el derecho de que se me crea, y ésta es, pues, mi resolución. La Compañía a que pertenezco se halla amenazada, según decís: me convenceré de esos peligros, y si son reales, a pesar de mi determinación que moralmente me separa de vos, padre mío, esperaré hasta que hayan pasado esos peligros para retirarme. Con respecto a esa herencia os la cedo formalmente, según a ello me había obligado voluntariamente; mi único deseo es que esos bienes se empleen en alivio de los pobres. Ignoro a cuánto asciende esa fortuna; pero pequeña o grande, pertenece a la Compañía. Ya os lo he manifestado, padre mío, mi deseo es obtener un modesto curato en alguna pobre aldea. Sí, sobre todo pobre, porque así mis servicios serán más útiles. De modo que, padre mío, cuando un hombre que no ha mentado en su vida asegura que no anhela sino una existencia humilde, desinteresada, me parece que debe mirársele como incapaz de recobrar por avaricia las dádivas que ha hecho.

Costóle tanto al Padre d'Aigrigny dominar su alegría, como trabajo le había antes

costado ocultar su terror; no obstante, aparentó serenidad, y dijo a Gabriel:

—No esperaba menos de vos, mi querido hijo.

En seguida hizo una seña a Rodin para que interviniese.

Éste comprendió perfectamente a su superior; separóse de la chimenea, y aproximándose a Gabriel se apoyó en una mesa en que había tintero y papel, y golpeando maquinalmente en el bufete con las yemas de sus dedos nudosos con uñas chatas y sucias, dijo al Padre d'Aigrigny:

—Todo esto es muy santo y muy bueno, pero vuestro amado hijo no os da en garantía más que una promesa, un juramento, y es poca cosa.

—¡Señor mío! —exclamó Gabriel.

—Permitid —contestó fríamente Rodin—, no reconociendo la ley nuestra existencia, no puede hacer constar los donativos hechos en favor de la Compañía. Por consiguiente, podréis recobrar mañana lo que hoy dais.

—¡Y mi juramento! —dijo Gabriel. Rodin, mirándole fijamente le respondió:

—¿Vuestro juramento? También lo habíais hecho de obediencia eterna a la Compañía, jurando no separaros nunca de ella; y hoy ¿qué valor dais a ese juramento?

Turbóse Gabriel un instante, pero aun conociendo cuán falsa era la comparación de Rodin, se levantó con calma, y sentándose delante del bufete, tomó pluma y papel, y escribió lo siguiente:

Delante de Dios que me ve y me oye; ante vos, R. Padre d'Aigrigny y Mr. Rodin, testigos de mi juramento, renuevo en este momento libre y voluntariamente la donación completa que he hecho a la Compañía de Jesús, en la persona del R. Padre d'Aigrigny, de todos los bienes que van a pertenecerme, sea cual fuere su valor. Juro, bajo pena de infamia, llevar a cabo esta promesa irrevocable, cuyo cumplimiento considero como el pago de una deuda de reconocimiento y un piadoso deber.

Siendo el fin de esta donación remunerar pasados servicios y socorrer a los pobres, suceda lo que quiera en lo venidero, no podrá variarse en lo más mínimo; y por lo mismo que no ignoro que «legalmente» pudiera algún día pedir la anulación de esta acta que extendiendo libremente, declaro que si llegase a pensar en revocarla, cualesquiera que fuesen las circunstancias, mereceré el desprecio de las gentes honradas.

En fe de lo cual escribo esto el 13 de febrero de 1832, en París, al abrir el testamento de uno de mis ascendientes paternos.

Gabriel de Rennepont.

Y levantándose el joven sacerdote, entregó esta acta a Rodin. Leyóla el «socius» atentamente, y respondió a Gabriel:

—Y bien, esto no es más que un juramento escrito.

Gabriel quedó pasmado de la audacia de Rodin, que se atrevió aún a juzgar insuficiente el acto por la cual acababa de renovar la donación de un modo tan generoso y espontáneo. El «socius» fue el primero que rompió el silencio y dijo con fría imprudencia, dirigiéndose al Padre d'Aigrigny:

—Una de dos, o vuestro querido hijo Gabriel tiene la intención de hacer que esta donación sea valedera e irrevocable, o...

—Caballero —exclamó Gabriel interrumpiendo a Rodin— evitadnos a ambos una

vergonzosa suposición.

—Pues bien —añadió Rodin impasible— ya que estáis enteramente decidido a hacer esta donación con formalidad, ¿qué inconveniente tendríais en que se garantizase legalmente?

—Ninguno —contestó Gabriel con amargura— ya que mi palabra escrita y jurada no os basta.

—Mi querido hijo —dijo con dulzura el Padre d'Aigrigny— si se tratase de una donación en beneficio mío, creedme que en caso de aceptarla, vuestra palabra fuera garantía suficiente. Pero en el caso en que nos hallamos es muy diferente; según os he dicho, represento a la Compañía, o más bien soy el tutor de los pobres que disfrutarán de vuestra generosa donación; así es que, por interés de la humanidad, este acta nunca se hallará demasiado garantizada por las formalidades legales, para que venga a ser para nuestra clientela de desgraciados una seguridad, en vez de una vaga esperanza que al menor cambio de voluntad pudiera variar; y además, si Dios, de un momento a otro os llamase a Sí, ¿quién nos asegura que vuestros herederos se hallarían dispuestos a mantener el juramento que habéis hecho?

—Tenéis razón, padre mío —exclamó tristemente Gabriel— no había pensado en el caso de fallecimiento, que es tan probable.

Abrió Samuel la puerta del cuarto en aquel momento, y dijo:

—Señores; acaba de llegar el escribano, ¿puedo hacerle entrar? A las diez en punto abriré la puerta de la casa.

—Nos producirá gran satisfacción ver al señor escribano —dijo Rodin—, pues tenemos que hablar con él: tened la bondad de rogarle que entre.

—Voy a decírselo al instante —contestó Samuel saliendo del cuarto.

—Aquí tenemos a un escribano —dijo Rodin a Gabriel—. Si no habéis mudado de voluntad, ante él podéis regularizar vuestra donación y libraros así de un gran peso para lo futuro.

—Caballero —dijo Gabriel—, suceda lo que suceda, tan irrevocablemente empeñado me consideraré por este juramento escrito, que os ruego conservéis, padre mío —y Gabriel entregó al Padre d'Aigrigny el papel— como por el acta auténtica que voy a firmar —añadió dirigiéndose a Rodin.

—Silencio, mi querido hijo, aquí viene el escribano —dijo el Padre d'Aigrigny. El escribano entró, en efecto, en el cuarto.

Durante la conversación de estos cuatro personajes, conduciremos al lector al interior de la casa tapiada.

El salón encarnado

Según Samuel había dicho, la puerta principal de la casa tapiada había sido desembarazada de los ladrillos que la cubrían, así como de la plancha de plomo y de las abrazaderas de hierro.

Los albañiles, habiendo terminado la demolición, permanecían en frente de la puerta, tan deseosos como el pasante del escribano, que había presenciado sus trabajos, de asistir a la apertura de esta puerta, porque veían a Samuel que se adelantaba lentamente por el jardín con un manojo de llaves en la mano.

—Ahora, amigos míos —dijo el anciano llegando al pie de la escalera—, vuestra tarea está terminada; el señor escribano os satisfará vuestro trabajo; no falta más que os acompañe hasta la puerta de la calle.

—Vamos, buen hombre —dijo el escribiente—, no seáis así, nos hallamos en el momento más interesante; yo y estos honrados albañiles anhelamos ver el interior de esta casa misteriosa, ¿y seríais tan inhumano que nos despediríais?

—Muy sensible me es el verme obligado a ello, pero es preciso; debo ser el primero que entre en esta morada, enteramente solo, antes de introducir en ella a los herederos para la lectura del testamento.

—¿Pero quién os ha dado esas órdenes tan ridículas? —contestó el escribiente algo enojado.

—Mi padre, señor.

—No hay duda que es muy respetable, pero vamos, sed buen hombre, mi digno guardián, mi excelente guardián —replicó el escribiente—, dejadnos echar sólo una ojeada con la puerta entreabierta.

—¡Oh! sí, señor, nada más que una ojeada —añadieron los compañeros de paleta con aire suplicante.

—Muy desagradable me es el negároslo, señores —respondió Samuel—, pero no abriré la puerta hasta que me halle solo.

Los albañiles, viendo la inflexibilidad del anciano, bajaron a su pesar las gradas de la escalera, pero el escribiente se propuso disputar el terreno a palmos, y exclamó:

—Yo espero a mi principal, y no me iré de esta casa sin él; puede necesitar me; así que esté en la escalera o en cualquiera otra parte, poco os importa.

Interrumpió al escribiente la voz de su principal, que desde el patio le llamaba con urgencia, gritando:

—¡Sr. Pistón, pronto, Sr. Pistón! venid al momento.

—¿Qué diablos me querrá? —dijo el escribiente enojado—. Me llama cabalmente en el momento en que iba quizás a entrever alguna cosa.

—¡Sr. Pistón! —replicó la voz acercándose—, ¿no me oís?

Mientras que Samuel acompañaba hasta la puerta a los albañiles, el escribiente vio comparecer detrás de un grupo de verdes árboles a su principal, con la cabeza descubierta y con aire de ansiedad. Preciso le fue al escribiente bajar la escalera para acudir al llamamiento del escribano, lo cual hizo de muy mala voluntad.

—Pero señor —dijo Mr. Dumesnil—; hace una hora que estoy llamando.

—Señor, no lo había oído —respondió Mr. Pistón.

—Entonces, estáis sordo. ¿Lleváis dinero?

—Sí, señor —respondió el escribiente muy sorprendido.

—Pues bien, id al momento al estanco más cercano a buscar tres o cuatro pliegos de papel sellado para extender un acta. Daos prisa, que es muy urgente.

—Sí, señor —contestó el escribiente dirigiendo una mirada desesperada a la puerta de la casa tapiada.

—Pero ¿qué hacéis, señor Pistón? —repuso el escribano.

—Es que ignoro dónde hallaré el papel sellado.

—Aquí está el guardián —contestó monsieur Dumesnil— que sin duda nos lo dirá.

Samuel volvía de despedir a los albañiles.

—Señor —dijo el escribano— ¿tendríais la bondad de decirme en dónde podríamos hallar papel sellado?

—Aquí cerca —respondió Samuel— en casa del vendedor de tabaco de la calle vieja del Temple, número 17.

—¿Lo oís, señor Pistón? —dijo el escribano a su dependiente—. Id volando, porque es preciso que esta acta esté extendida al instante y antes de la apertura del testamento; el tiempo urge.

—Está bien, me apresuraré —respondió el escribiente con enojo, y siguió a su principal, que volvió inmediatamente al cuarto en que había dejado a Rodin, Gabriel y el Padre d'Aigrigny, mientras que Samuel, subiendo las gradas de la escalera, había dejado delante de la puerta, desembarazada de la piedra, el hierro y el plomo.

El anciano, con profunda emoción, habiendo buscado en el manojito de llaves la que necesitaba, la introdujo en la cerradura, e hizo girar la puerta sobre sus goznes.

Dióle en el rostro al momento una bocanada de aire húmedo y frío, como el que se exhala de una cueva que se abre de pronto.

Cerrada la puerta por la parte interior con dos vueltas, adelantóse el judío por un vestíbulo que alumbraba un tragaluz formado en el arco de la puerta.

La marcha pesada del judío resonaba bajo la elevada cúpula del vestíbulo; el nieto de Isaac Samuel experimentaba un melancólico sentimiento al pensar que sin duda los pasos de su abuelo habían sido los últimos que resonaron en esta morada, cuyas puertas había cerrado hacía ciento cincuenta años.

A las ideas que embargaban a Samuel, se unía el recuerdo de la claridad que iluminaba a la madrugada los siete agujeros de la plancha de plomo del mirador, así

es que, a pesar de la firmeza de su carácter, el anciano no pudo menos de estremecerse, cuando escogiendo otra llave de su manajo, en cuya tarjeta se leía: «Llave del salón encarnado», abrió una gran puerta de dos hojas que conducía a los cuartos interiores.

La única ventana de la casa que se había abierto, daba claridad a esta gran sala cubierta de damasco, cuyo color de púrpura oscuro no había padecido la menor alteración.

Una mesa grande redonda, cubierta con un tapete de terciopelo carmesí, ocupaba el centro de este salón.

Acercándose Samuel a la mesa, vio un pedazo de papel blanco en el que se leían estas palabras:

En esta sala se abrirá mi testamento; los demás aposentos permanecerán cerrados hasta haberse leído mi última voluntad.

M. de R.

—Sí —dijo el judío contemplando con emoción estas líneas—. También mi padre me había transmitido este encargo, porque, según parece, los demás cuartos de esta casa encierran objetos que Mr. de Rennepont apreciaba mucho, no por su valor, sino por su procedencia: «La sala de duelo» es una cosa extraña y misteriosa. Pero —añadió Samuel sacando del bolsillo de su bata un registro forrado de zapa con un broche de cobre con cerradura, cuya llave quitó, poniéndola sobre la mesa— aquí está el estado de los valores en caja; se me ha mandado que lo traiga aquí antes de la llegada de los herederos.

En el momento que Samuel colocaba el registro encima de la mesa, reinaba un profundo silencio en el salón.

De súbito sacóle de su meditación la cosa más natural del mundo, capaz, no obstante, de asustar a cualquiera.

En el cuarto contiguo oyó una campanada clara y argentina dar lentamente las diez, y era efectivamente esta hora.

Samuel era demasiado sensato para creer en el «movimiento continuo», esto es, en que un reloj pudiese andar durante ciento cincuenta años. Así es que se preguntó con sorpresa, cómo este reloj no se había parado durante tantos años, y sobre todo, cómo señalaba la hora tan exactamente.

Agitado por una inquieta curiosidad, el anciano estuvo a punto de entrar en el cuarto, pero acordándose del encargo terminante de su padre, que había reiterado por algunas líneas de Mr. de Rennepont, se contuvo cerca de la puerta y se puso a escuchar con suma atención.

Nada oyó, nada absolutamente más que la expirante vibración de la campana. Habiendo reflexionado durante un rato sobre este extraño caso, comparándolo Samuel con el no menos extraordinario de la claridad que había divisado por la

mañana al través de los agujeros del mirador, dedujo que debía haber alguna relación entre estos dos incidentes.

Si el anciano no podía penetrar la verdadera causa de estas apariencias tan sorprendentes, explicábase al menos lo que le era dado ver, pensando en las comunicaciones subterráneas que, según la tradición, existían en los sótanos de la casa con parajes muy lejanos: personas misteriosas y desconocidas podían haberse introducido por este medio dos veces cada siglo en el interior de esta morada.

Samuel, absorto en sus ideas, se acercaba a la chimenea que se hallaba enteramente enfrente de la ventana.

Un vivo rayo de sol, traspasando las nubes, iluminó dos grandes retratos colocados a cada lado de la chimenea, que el judío no había echado de ver, y los cuales, pintados de pie y de estatura natural, representaban el uno una mujer y el otro un hombre. Por el poderoso colorido de esta pintura y sus toques enérgicos, se reconocía fácilmente que era una obra maestra.

La mujer parecía tener de veinticinco a treinta años; una magnífica cabellera color castaña con matices dorados coronaba su blanca frente, noble y espaciosa; su peinado, en vez de recordar la moda que madama de Sevigne introdujo en el siglo de Luis XIV, traía por el contrario a la memoria aquellos tocados tan notables en ciertos retratos del Varones, compuestos de largas madejas onduladas que adornaban las mejillas e iban a perderse en una gruesa trenza en forma de corona detrás de la cabeza.

La actitud de esta mujer era noble y sencilla. Su cabeza resaltaba luminosa y blanca sobre un cielo de un pardo sombrío, jaspeado en el horizonte por algunas nubes rojizas sobre las cuales se dibujaba la cima azulada de las colinas lejanas y bañadas por la oscuridad.

Al lado izquierdo de la chimenea se veía el otro retrato pintado con la misma energía. Representaba a un hombre de treinta a treinta y cinco años, de estatura elevada.

El sol, dado de lleno en estos dos admirables rostros que parecía imposible olvidar una vez vistos, aumentaba la viveza de los colores.

Samuel, al salir de su meditación, fijó casualmente la vista en estos dos cuadros, y quedó sorprendido, pues parecía que estaban vivos.

—¡Qué nobles y hermosos rostros! —exclamó acercándose más para poderlos examinar mejor—. ¿Qué retratos serán éstos? No son de la familia de Rennepont, porque, según lo que me ha dicho mi padre, todos están en la sala de duelo. —Y añadió con aire pensativo—: La hora se acerca, y de los descendientes del bienhechor de mi abuelo, aún no se ha presentado más que ese joven sacerdote, de faz angelical. ¿Será el único representante de la familia de Rennepont? ¿Siendo sacerdote, esta familia se extinguirá con él? En fin, éste es el momento en que debo abrir esta puerta para la lectura del testamento. Betsabé acompañará aquí al escribano. Llaman... ella es. —Y Samuel, habiendo echado una última mirada a la puerta del cuarto en que

habían dado las diez, se dirigió hacia la puerta del vestíbulo, detrás de la cual se oía hablar.

Dos veces dio la llave vuelta en la cerradura y abrió las dos hojas de la puerta, pero con gran pesar no vio en la meseta de la escalera más que a Gabriel, a su izquierda Rodin y a su derecha el Padre d'Aigrigny. El escribano y Betsabé, que había servido de guía, estaban detrás del grupo principal. Samuel no pudo contener un suspiro, y dijo inclinándose en el umbral de la puerta.

—Señores... todo está dispuesto... podéis entrar.

El testamento

Cuando Gabriel, Rodin y el Padre d'Aigrigny entraron en el salón encarnado, parecían afectados por diversos sentimientos. Gabriel, pálido y triste, sentía una penosa impaciencia; deseaba salir cuanto antes de aquella casa.

El Padre d'Aigrigny, mucho más pálido que Gabriel, había tratado de explicar y excusar sus angustias, atribuyéndolas al pesar que le causaba el rompimiento de su querido hijo con la Compañía de Jesús.

Rodin, tranquilo y dueño siempre de sí mismo, veía con secreto enojo la suma emoción del Padre d'Aigrigny, que hubiera podido inspirar extrañas sospechas a un hombre menos confiado que Gabriel; pero a pesar de su aparente serenidad, el «socius» estaba quizá más intranquilo que su superior por el buen éxito de este importante negocio.

Samuel parecía aterrado: no se presentaba otro heredero que Gabriel. Es muy cierto que el anciano sentía una viva simpatía hacia este joven; pero era sacerdote, y con él se extinguiría el nombre de la familia de Rennepont; y esta inmensa fortuna, tan laboriosamente acumulada, no se repartiría y emplearía según los deseos del testador.

Los diferentes actores de esta escena estaban de pie alrededor de la mesa redonda, cuando el escribano les invitó a que se sentasen.

Samuel le dijo, indicándole el registro de zapa negra:

—Señor, se me ha mandado que depositase aquí ese registro; está cerrado; tan pronto como hayáis terminado la lectura del testamento, os entregaré la llave.

—En efecto; esta medida está consignada en una nota que acompaña al testamento que está aquí —dijo Mr. Dumesnil—; cuando lo depositaron en 1682 en casa del señor Tomás Le Semelier, consejero del rey, escribano en el Châtelet de París, que vivía entonces en la plaza Real, núm. 13.

Y Mr. Dumesnil sacó de una cartera de tafilete un gran envoltijo de pergamino que los años habían vuelto amarillento; a este atado estaba unida con un hilo de seda una nota en un trozo de vitela.

—Señores —dijo el escribano—, si queréis tener la bondad de sentaros, leeré la nota adjunta, que indica las formalidades que deben observarse para la apertura del testamento.

El escribano, Rodin, el Padre d'Aigrigny y Gabriel, se sentaron.

El joven sacerdote no podía ver los retratos.

Samuel, a pesar de la invitación del escribano, permaneció en pie detrás de la poltrona de éste último, quien leyó:

El 13 de febrero de 1832, se llevará mi testamento a la calle de San Francisco, número 3.

A las diez en punto, la puerta del salón encarnado, que está a pie llano, se abrirá a mis herederos, quienes reunidos en París algunos días antes en espera de este día, habrán tenido tiempo suficiente para hacer las pruebas de filiación.

Una vez reunidos, se leerá el testamento, y la última campanada de las doce, la sucesión quedará terminada en beneficio de los que, según mi encargo perpetuado, así lo espero, por tradición, durante siglo y medio en mi familia, a contar desde este día, se hayan presentado en persona y no por medio de apoderados, el 13 de febrero, antes de las doce, calle de San Francisco.

Leídas estas líneas con voz sonora, se detuvo un momento, y continuó con voz solemne:

—Mr. Gabriel Francisco María de Rennepont, sacerdote, habiendo justificado por actas escrituradas su filiación paterna y su calidad de primo segundo del testador, y siendo hasta ahora el único de los descendientes de la familia de Rennepont que haya comparecido, abro en su presencia el testamento, según está prescrito.

Diciendo esto, el escribano sacó el sobre del testamento abierto anticipadamente por el presidente del tribunal, con las formalidades requeridas por la ley.

El Padre d'Aigrigny se inclinó y apoyó en la mesa, no pudiendo reprimir un suspiro. Gabriel se disponía a escuchar con más curiosidad que interés. Rodin, sentado a alguna distancia de la mesa, tenía su viejo sombrero entre sus rodillas, dentro del cual, medio oculto por los pliegues de un sucio pañuelo de algodón de cuadros azules, había colocado su reloj.

Toda la atención del «socius» estaba dividida en aquel instante entre el menor ruido que se sentía en la parte de afuera y el lento movimiento de las agujas de su reloj, cuya marcha parecían querer apresurar sus ojos de reptil; tan impaciente estaba de que diesen las doce.

El escribano desdobló la hoja de pergamino y leyó lo siguiente en medio de un profundo silencio:

Cabaña de Villeteuse, 13 de febrero de 1682.

Por medio de la muerte voy a evitarme la vergüenza de las galeras, a que los implacables enemigos de mi familia me han hecho condenar como relapso.

Además, la vida me es muy amarga desde que mi hijo ha muerto víctima de un crimen misterioso.

Muerto a los diecinueve años ¡pobre Enrique! sus asesinos son ignorados. No, ignorados no, si he de dar crédito a mis presentimientos.

Después que lo mataron, el fingimiento se me hizo insostenible. Me espiaban, y fui acusado y condenado como relapso; confiscaron mis bienes y me condenaron a galeras. ¡Terrible época es ésta!

¡Miseria y servidumbre; intolerancia religiosa! ¡Ah! cuán grato es abandonar la vida. No ver ya tantos males, tantos sufrimientos, ¡qué descanso! Dentro de algunas horas gozaré de él.

Voy a morir; pensemos en mis parientes que viven, o más bien en los que vivirán... quizás en mejores tiempos.

De tantos bienes como poseo no me queda más que una suma de cincuenta mil escudos, depositados en poder de un amigo.

No tengo ya hijo, pero sí muchos parientes desterrados en Europa. Esta cantidad, repartida entre ellos, de nada les hubiera servido. Por esto tomo otra resolución.

Y en esto no hago más que seguir los sabios consejos de un hombre a quien venero como la imagen perfecta de Dios en la tierra, porque su sabiduría y bondad son casi divinas.

Dos veces he visto en mi vida a este hombre, y en circunstancias bien funestas, y dos veces le he debido

mi salvación: una la del alma y otra la del cuerpo.

¡Ah! quizás hubiera salvado a mi pobre hijo; pero llegó tarde.

Antes de separarse de mí, quiso distraerme de la idea de morir porque todo lo sabía; pero su voz no fue bastante poderosa, experimentaba demasiado dolor.

¡Cosa rara! Cuando se convenció de mi resolución de terminar violentamente mis días, se le escapó una palabra de horrible amargura, lo que me hizo creer que envidiaba mi muerte.

¿Estará condenado a vivir?

Sí, sin duda se ha condenado a sí mismo para ser útil y socorrer a la humanidad; y no obstante, la vida le es una carga; porque un día le oí decir con desesperado cansancio, que nunca he olvidado: «¡Oh! la vida... la vida... ¡quién me librerá de ella!».

¿Luego es una carga terrible para él?

Partió; sus últimas palabras me han hecho mirar cara a cara a la muerte con serenidad.

Mi muerte no será estéril, gracias a él. Sí; gracias a él, estas líneas, escritas en este instante por un hombre que dentro de algunas horas habrá dejado de existir, producirán quizás grandes resultados en el transcurso de siglo y medio. ¡Oh! sí, resultados grandes y nobles si mi voluntad es piadosamente cumplida por mis descendientes, porque a ellos será a quienes me dirijo.

Para que comprendan mi último voto, el cual les ruego lleven a cabo los que se hallan aún en la nada en que voy a entrar, es preciso que conozcan a los perseguidores de mi familia, para que puedan vengar a su ascendiente, pero de un modo noble.

Mi abuelo era católico; arrastrado menos por el celo religioso que por pérfidos consejos, se afilió, aunque lego, en una sociedad cuyo poder ha sido siempre misterioso y terrible; a la Sociedad de Jesús.

A estas palabras del testamento, el Padre d'Aigrigny, Rodin y Gabriel se miraron casi involuntariamente. El escribano, no habiendo notado este movimiento, continuó sin interrupción:

Después de algunos años, durante los cuales no había cesado de profesar a esta sociedad el mayor respeto, enteróse de pronto por espantosas revelaciones del objeto secreto que se proponía y los medios que empleaba para conseguirlo.

Era en 1610, un mes antes del asesinato de Enrique IV.

Asustado mi abuelo del secreto de que a pesar suyo era depositario, y cuya significación se confirmó después con la muerte del mejor de los reyes, no sólo rompió con la Sociedad de Jesús, sino que, como si el catolicismo entero le hubiese parecido encubado de los crímenes de esta sociedad, abandonó la religión romana en la que hasta entonces había vivido, y se hizo protestante.

Pruebas que atestiguaban la connivencia de dos miembros de esta Compañía con Ravaillac, connivencia probada también cuando el crimen de Juan Chatel, el regicida, se hallaban en manos de mi abuelo.

Ésta fue la causa principal del encarnizado odio de esta Sociedad contra nuestra familia. A Dios gracias, estos papeles se hallan en lugar seguro: mi padre me los ha trasmitido, y si se cumple mi última voluntad, estos papeles se hallarán, marcados A. M. C. D. G., en el cofre de ébano de la sala de duelo de la calle de San Francisco.

Mi padre tuvo también que sufrir secretas persecuciones; quizás hubiesen causado su ruina y su muerte, a no ser por la intervención de una mujer angelical, por la cual conservaba un culto casi religioso.

El retrato de esta mujer, que hace pocos años he vuelto a ver, así como el del hombre al cual profesaba profunda veneración, los he pintado yo mismo, y están colocados en el salón encarnado de la calle de San Francisco. Confío en que ambos serán para los descendientes de mi familia objeto de veneración y reconocimiento.

Hacía algunos momentos que Gabriel prestaba mayor atención a la lectura del testamento; pensaba que por una rara coincidencia, uno de sus abuelos, dos siglos antes, se había separado de la Sociedad de Jesús, como acababa de hacerlo él una hora antes, y que de esta ruptura, que fechaba de dos siglos, databa también la especie de odio con que la Compañía de Jesús había perseguido siempre a su familia.

El joven sacerdote hallaba aún más extraño que esta herencia que se le trasmitía

después de ciento cincuenta años por uno de aquellos parientes víctima de la Sociedad de Jesús, viniese a recaer en ella por la cesión que acababa de hacer.

Cuando el escribano leyó el pasaje concerniente a los dos retratos, Gabriel, que como el Padre d'Aigrigny estaba de espaldas a los dos cuadros, hizo un movimiento para verlos; mas no bien hubo fijado la vista en el retrato de la mujer, cuando lanzó un grito de sorpresa y de terror.

El escribano suspendió la lectura del testamento, mirando con inquietud al joven sacerdote.

La última campanada de las doce

Al grito lanzado por Gabriel, el escribano suspendió la lectura del testamento, y el Padre d'Aigrigny se acercó al joven sacerdote.

Éste, en pie y temblando, miraba el retrato de la mujer con un asombro que iba en aumento.

Luego dijo en voz baja y como hablando consigo mismo:

—¿Es posible, Dios santo, que la casualidad produzca semejanzas tales? Esos ojos... nobles y tristes... son los suyos; y esa frente... y esa palidez... ¡sí, son sus facciones!, ¡todas sus facciones!...

—¿Mi querido hijo, qué tenéis? —dijo el padre d'Aigrigny, tan sorprendido como Samuel y el escribano.

—Hace ocho meses —continuó el misionero con voz conmovida, sin separar los ojos del cuadro—; me hallaba en poder de los indios en medio de las montañas Peñascosas. Habíanme puesto en una cruz, y empezaban ya a desollarme... iba a morir... cuando la divina Providencia me envió un auxilio inesperado. Sí, y esa mujer es la que me salvó.

—¡Esa mujer! —exclamaron a la vez Samuel, el Padre d'Aigrigny y el escribano.

Rodin parecía no prestar atención al episodio del retrato; con el rostro contraído por una impaciencia irritada, se roía las uñas contemplando con angustia la lenta marcha de las agujas de su reloj.

—¡Cómo!, ¿qué mujer os ha salvado la vida? —dijo el Padre d'Aigrigny.

—Sí, es esta mujer —prosiguió Gabriel con voz espantada—, esta mujer o más bien otra que se parecía tanto, que si este cuadro no estuviese aquí hace siglo y medio, creería que se le había retratado, porque no puedo explicarme que semejanza tan sorprendente sea efecto de la casualidad. En fin —añadió al cabo de un rato dando un profundo suspiro—; los misterios de la Naturaleza y la voluntad de Dios son impenetrables.

Gabriel se dejó caer postrado en su sillón en medio de un profundo silencio que el padre d'Aigrigny rompió luego diciendo:

—Aquí no existe más que una semejanza extraordinaria, mi querido hijo; sólo que la natural gratitud que tenéis a vuestra libertadora, hace que este extraño juego de la naturaleza os interese.

Rodin, devorado por la impaciencia, dijo al escribano a cuyo lado se hallaba:

—Me parece que esta novelita nada tiene que ver con el testamento.

—Tenéis razón —contestó el escribano volviéndose a sentar—, pero este hecho es tan extraordinario y novelesco, como decís, que no se puede por menos de

participar de la gran sorpresa del señor.

E indicó a Gabriel, que, con el codo apoyado en uno de los brazos del sillón, descansaba su frente en la mano y parecía pensativo.

El escribano prosiguió de este modo la lectura:

Esta mañana he mandado buscar a un hombre cuya honradez hace tiempo me es muy conocida: Isaac Samuel. Me debe la vida, y cada día ha sido mayor mi satisfacción de haber podido conservar al mundo una criatura tan honrada y excelente.

Antes que me confiscasen mis bienes, Isaac Samuel los había administrado siempre con tanta inteligencia como probidad. Le he confiado los cincuenta mil escudos que un depositario fiel me había devuelto.

Isaac Samuel, y después de él sus descendientes, a los cuales legará este deber de gratitud, se encargarán de negociar esta cantidad y de acumularla hasta que espire el plazo de los ciento cincuenta años a contar desde hoy.

Esta suma, acumulada de este modo, puede llegar a ser enorme y formar una fortuna regia, si los acontecimientos no son contrarios a su negociación.

¡Ojalá mis descendientes cumplan mis votos sobre la partición y empleo de esta cantidad inmensa!

En siglo y medio suceden por desgracia tantos cambios, variaciones y mudanzas de fortuna en las generaciones sucesivas de familia, que probablemente en ciento cincuenta años mis descendientes pertenecerán a las diferentes clases de la sociedad, y de este modo representarán los distintos elementos sociales de su época.

Quizás entre ellos se encuentren hombres dotados de grande inteligencia, valor o virtud: quizás sabios, nombres ilustres en la guerra o en las artes, oscuros artesanos, y modestos campesinos; quizá también ¡ay! grandes culpables.

Suceda lo que quiera, mis deseos más ardientes, más queridos, son que mis descendientes se reúnan y constituyan mi familia con una sincera unión, poniendo en práctica entre ellos estas divinas palabras de Cristo: «Amaos mutuamente».

Esta unión será de un provechoso ejemplo, porque me parece que de la unión, de la asociación de los hombres entre sí, debe resultar la futura dicha de la humanidad.

La Compañía que durante tanto tiempo persigue a mi familia, es uno de los ejemplos más evidentes del extraordinario poder de la asociación, aun aplicándola al mal.

Hay algo tan fecundo y divino en este principio, que muchas veces obliga al bien a las asociaciones más peligrosas.

Así es que las misiones han arrojado escasas, pero puras y generosas claridades sobre esta tenebrosa Compañía de Jesús, fundada no obstante, con el objeto detestable e impío de anonadar, por medio de una educación homicida, la voluntad, el pensamiento, la libertad, la inteligencia de los pueblos, a fin de entregarlos trémulos, supersticiosos, y desarmados al despotismo de los reyes, que la Compañía se reserva dominar por medio de sus confesores.

En este pasaje del testamento, el padre d'Aigrigny y Gabriel se dirigieron otra vez una mirada extraña.

El escribano continuó:

Si una perversa asociación ha logrado atravesar los siglos y con frecuencia dominado al mundo por el ardid y el terror, ¿qué no alcanzará una asociación que, procediendo de la fraternidad, del amor evangélico, tuviese por objeto la manumisión del hombre y la mujer de la degradante servidumbre, invitando a la felicidad terrenal a los que en su vida no han conocido más que el dolor y la miseria, glorificando y enriqueciendo el trabajo?

¡Oh! ¡Si al cielo place que dentro de siglo y medio, los descendientes de mi familia, fieles a la última voluntad de un corazón amante de la humanidad, se reúnan de este modo en una santa comunidad!

Si le place que entre ellos haya almas caritativas y penetradas de conmiseración para con el que sufre; espíritus elevados, amantes de la libertad; ¡cuán fecunda y poderosa será la unión armoniosa de todas estas ideas, influencias, fuerzas y atracciones agrupadas en torno de esta regia fortuna que, concentrada por la asociación y prudentemente administrada, hará practicables las más maravillosas utopías!

¡Cuántas cosas habría que emprender, y qué magníficos ejemplos se podrían dar al mundo con la práctica!

¡Qué divino apostolado!

Además, esta asociación para el bien sería capaz de combatir la funesta sociedad de que soy víctima, y que quizás dentro de siglo y medio nada habrá perdido de su temible poder.

El genio del bien y el genio del mal, se hallarían cara a cara. Empezaría la lucha, y Dios protegería a los justos.

Y para los recursos pecuniarios, que tanto poder habrían dado a mi familia, no se agotasen ni mermasen con los años, mis herederos, dando oídos a mi voluntad, deberían colocar, bajo las mismas condiciones de acumulación, doble cantidad de la que he dejado.

En el grande mueble de ébano de la sala del duelo se hallarán algunas ideas prácticas con respecto a esta asociación.

Ésta es mi última voluntad, o más bien mis últimas esperanzas.

Si exijo absolutamente que los de mi raza se hallen en persona en la calle de San Francisco el día de la apertura de mi testamento, es para que se vean y se conozcan; quizás entonces mis palabras producirán su efecto; en lugar de vivir separados, se unirán y se cumplirá mi voluntad.

* * *

Al enviar hace pocos días a los de mi familia que el destierro ha dispersado por Europa, una medalla en que está grabada la fecha de esta convocatoria a mis herederos, para dentro de siglo y medio a contar desde hoy, he debido ocultar el verdadero motivo, diciendo solamente que mi descendencia tenía un grande interés en concurrir a esta cita.

Si he obrado así, es porque conozco la astucia y persistencia de la Compañía de que soy víctima; su hubiese llegado a saber que en esta época mis descendientes tenían que repartirse sumas inmensas, mi familia se hubiera visto expuesta a persecuciones porque siniestras recomendaciones se hubieran transmitido de siglo en siglo en la Sociedad de Jesús.

Ojalá esta precaución sea eficaz. ¡Quiera Dios que mi deseo, se trasmita fielmente de generación en generación!

Si fijo el día y la hora fatal en que mi sucesión quedará irrevocablemente cerrada en beneficio de mis descendientes que se hayan presentado en la calle de San Francisco el 13 de febrero de 1832 antes de las doce, es porque todo debe tener un término, y porque mis herederos habrán tenido tiempo suficiente para prevenirse después de tantos años y no faltar a esa cita.

Después de la lectura de mi testamento, la persona que sea depositaria de la acumulación de los fondos, dará a conocer su valor a fin de que a la última campanada de las doce puedan entregarse estas sumas y repartirlas entre los herederos presentes.

Entonces se les abrirán las demás habitaciones de la casa, y en ellas verán cosas dignas de interés, y respeto... sobre todo en la sala de duelo.

Es mi deseo que esta casa no se venda, que permanezca amueblada como está, sirviendo de punto de reunión a mis descendientes, si como espero, atienden a mi último ruego.

Si por el contrario, se separasen; si en esta inmensa fortuna no ven más que el capricho de una frívola disposición o la sórdida acumulación, que sean malditos por todos aquellos que hubiesen podido amar, socorrer y emancipar: que esta casa sea demolida y arrasada, que todos los papeles cuyo inventario habrá dejado Isaac Samuel, sean quemados por el guardián de mi morada, así como los retratos del salón encarnado. He dicho.

He cumplido con mi deber, y he seguido los consejos del hombre a quien adoro y amo como a la verdadera imagen de Dios en la tierra.

El amigo fiel que ha devuelto los 150.000 francos, restos de mi fortuna, es el único que sabe lo que de ellos quiero hacer: no he podido negar a su verdadera amistad esta prueba de confianza; pero lo que sí he creído deber ocultarle es el nombre de Isaac Samuel, por no exponer a éste y sobre todo a sus descendientes a grandes peligros.

Dentro de pocos momentos, este amigo, que no sabe que voy a llevar a cabo mi resolución de morir, debe llegar con mi escribano, y en sus manos depositaré con las formalidades de costumbre este testamento sellado.

Tal es mi voluntad.

Dios no puede menos de proteger estos votos de amor, paz, unión y libertad.

Este testamento, habiendo sido hecho libremente y escrito de mi puño, quiero que sea escrupulosamente

A medida que el escribano había continuado la lectura del testamento, Gabriel había sufrido sucesivamente impresiones penosas y diversas. Desde luego extrañó, como hemos dicho, que la fatalidad hubiese querido que esta fortuna, que procedía de una víctima de la Compañía, viniese a parar a manos de ésta por medio de la donación que acababa de ratificar. Luego, su alma caritativa y elevada le había hecho comprender muy pronto cuál hubiera sido el admirable resultado de la generosa asociación de familia, tan recomendada por Mario de Rennepont. Pensaba con amargura, que por efecto de su renuncia y la ausencia de cualquiera otro heredero, esta gran idea venía a ser imposible, y que esta fortuna, mucho más considerable de lo que había creído, iba a parar a manos de una Compañía perversa que podía servirse de ella como de una terrible palanca. Pero, preciso es decirlo, el alma de Gabriel era tan pura, que no experimentó el menor sentimiento personal al saber que los bienes que había renunciado podían ser de un valor inmenso; hasta se complacía por un interesante contraste, al descubrir lo poco que había faltado para que fuese rico, en dirigir su mente hacia el humilde presbiterio adonde esperaba ir muy pronto a vivir en la práctica de las virtudes evangélicas.

Estas ideas luchaban confusamente en su imaginación. La vista del retrato de mujer, las siniestras relaciones que encerraba el testamento, las miradas sublimes que se manifestaban en la última voluntad de Mr. de Rennepont, tantos incidentes extraordinarios causaban a Gabriel una especie de pasmo, al cual estaba aún entregado, cuando Samuel dijo al escribano presentándole la llave del registro:

—En ese registro hallaréis el estado actual de las cantidades que tengo en mi poder por efecto de la capitalización y acumulación de los 150.000 francos confiados a mi abuelo por Mr. Mario Rennepont.

—¡Vuestro abuelo! —exclamó el Padre d'Aigrigny con gran sorpresa—. ¿Entonces es vuestra familia la que manejaba esta cantidad?

—Sí, señor, y dentro de algunos instantes mi mujer traerá el cofrecito que encierra todos los valores.

—¿Y a cuánto ascienden esos valores? —preguntó Rodin con aire muy indiferente.

—Según puede ver el señor escribano en ese estado —contestó Samuel con mucha sencillez, cual si no se tratase más que de los 150.000 francos primitivos— tengo en caja en valores que están en curso la suma de doscientos doce millones de francos.

—¡Decís!... —exclamó el Padre d'Aigrigny sin permitir a Samuel que terminase.

—¡Sí, la cantidad! —añadió Rodin con voz agitada; y por la primera vez en su vida perdió la serenidad—. ¡La cantidad!

—Digo —añadió el anciano— que tengo en caja doscientos doce millones, ciento setenta y cinco mil francos en valores nominales y al portador, según vais a cercioraros de ello, señor escribano, porque aquí viene mi mujer que los trae.

Efectivamente, en aquel momento entró Betsabé con una caja de cedro que encerraba estos valores, colocóla sobre la mesa, y salió de la sala después de dirigir una mirada afectuosa a Samuel.

Cuando éste declaró la cantidad en cuestión, un silencio asombroso acogió sus palabras. Excepto Samuel, todos los actores de esta escena creían soñar.

El Padre d'Aigrigny y Rodin calculaban sobre cuarenta millones... Esta suma enorme los quintuplicaba.

Gabriel, oyendo al escribano leer los párrafos del testamento en que se hablaba de una fortuna regia, e ignorando los prodigios de la capitalización, había evaluado esta fortuna en tres o cuatro millones; así es que la enorme cantidad que acababan de revelar, le aturdió. Y a pesar de su admirable y escrupulosa honradez, experimentaba una especie de deslumbramiento, de vértigo, al pensar que estos inmensos bienes hubieran podido pertenecerle... ¡a él solo!...

El escribano, casi tan estupefacto como los demás, examinaba el estado de caja de Samuel y parecía no dar crédito a lo que veía.

El judío, mudo también, permanecía dolorosamente absorto pensando que no se presentaba ningún otro heredero.

En medio de este profundo silencio, el reloj colocado en el cuarto contiguo empezó a dar lentamente las doce...

Samuel se estremeció y lanzó un profundo suspiro.

Algunos segundos más y el término fatal habría espirado.

Rodin, el Padre d'Aigrigny, Gabriel y el escribano estaban tan sobrecogidos, que ninguno de ellos notó cuán singular era oír aquel reloj dar las horas.

—¡Las doce! —exclamó Rodin.

Y por un movimiento involuntario, puso bruscamente sus dos manos sobre la caja como para tomar posesión.

—¡Al fin! —exclamó el Padre d'Aigrigny con una expresión de alegría y triunfo difíciles de describir, y añadió tendiendo a Gabriel los brazos, y estrechándole con exaltación—: ¡Ah, mi querido hijo! ¡Cuántos pobres os bendecirán! Sois un San Vicente de Paul. Seréis canonizado... os lo prometo.

—Demos primero gracias a la Providencia —dijo Rodin en tono grave y conmovido, arrodillándose—, demos gracias a la Providencia porque ha querido que tantos bienes se empleen en la mayor gloria del Señor.

El Padre d'Aigrigny, habiendo vuelto a abrazar a Gabriel, le cogió de la mano y le dijo:

—Rodin tiene razón: de rodillas, mi querido hijo, y demos gracias a Dios.

Diciendo esto, el Padre d'Aigrigny se arrodilló y obligó a que hiciese otro tanto Gabriel, quien aturdido y confuso, no sabiendo lo que le pasaba, tantos

acontecimientos se habían aglomerado, se arrodilló maquinalmente.

Dio la última campanada de las doce, y todos se levantaron.

Entonces el escribano dijo con voz algo alterada, porque esta escena era solemne:

—No habiéndose presentado ningún otro heredero de Mr. Mario de Rennepont antes de las doce, ejecuto la voluntad del testador, declarando, en nombre de la justicia y de la ley, al señor Francisco María Gabriel de Rennepont, aquí presente, sólo y único heredero y poseedor de los bienes muebles, inmuebles y valores de toda especie que provienen de la sucesión del testador, de cuyos bienes el Sr. Gabriel de Rennepont, sacerdote, ha hecho libre donación por acta escriturada, al Sr. Federico Manuel de Bordeville, marqués d'Aigrigny, sacerdote, quien por la misma acta los ha aceptado, hallándose de este modo legítimo poseedor, en lugar del dicho Gabriel de Rennepont, mediante esta donación en vida, extendida por mí esta mañana y firmada por Gabriel de Rennepont y Federico d'Aigrigny, sacerdotes.

En este instante se oyó en el jardín gran vocerío.

Betsabé entró precipitadamente, y dijo a su marido con voz alterada:

—¡Samuel! un soldado quiere... —y no pudo decir más.

A la puerta del salón encarnado se presentó el soldado. La palidez de Dagoberto era suma; parecía estar muy débil, llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, y se apoyaba en Agrícola.

A la vista de Dagoberto, los párpados pálidos de Rodin se enrojecieron súbitamente cual si toda su sangre hubiese refluído hacia el cerebro. Arrojóse sobre la caja con movimiento de cólera y de posesión tan feroz, que hubiérase dicho que estaba resuelto, cubriéndola con su cuerpo, a defenderla con exposición de su vida.

LXXVIII

La donación inter-vivos

El Padre d'Aigrigny no reconocía a Dagoberto y no había visto nunca a Agrícola, de modo que al pronto no comprendía la especie de temor o enojo que Rodin manifestaba, pero muy pronto lo penetró oyendo a Gabriel dar un grito de alegría y verle echarse en los brazos del herrero, diciendo:

—¡Tú... mi hermano!, ¿y vos, mi segundo padre? ¡Ah! Dios os envía.

Dagoberto, habiendo estrechado la mano de Gabriel, se acercó al Padre d'Aigrigny con paso rápido.

Éste, notando la fisonomía amenazadora del soldado, valiéndose de los derechos adquiridos, y conociendo además que se hallaba en «su casa», retrocedió un paso, y dijo imperiosamente al veterano:

—¿Quién sois y qué queréis?

En lugar de responder, el soldado dio algunos pasos más, se detuvo, y mirando cara a cara al Padre d'Aigrigny, le contempló durante un segundo con una mezcla de curiosidad, aversión y audacia tales, que el ex-coronel de húsares, sobrecogido, no pudo menos de bajar la vista ante el rostro pálido y la mirada animada del veterano.

Dominando al fin el Padre d'Aigrigny la confusión que le causaba la mirada inflexible del soldado, levantó la cabeza y repitió:

—Os pregunto, ¿quién sois y qué queréis?

—¿No me conocéis? —dijo Dagoberto pudiendo apenas contenerse.

—No os conozco.

—No lo extraño —contestó el soldado con sumo desprecio—, porque bajabais la vista de vergüenza, cuando unido a los rusos os batíais en Leipzig contra los franceses, y cuando el general Simón, acribillado de heridas, os respondió, a vos, renegado, que le pedíais su espada: «No rindo mi espada a un traidor», y se arrastró hasta un granadero ruso, a quien se la entregó. Al lado del general había un soldado también herido...

—En fin, ¿qué queréis? —dijo el Padre d'Aigrigny gravemente.

—Quiero quitaros la máscara, porque sois un sacerdote tan infame y tan despreciado de todos, como Gabriel, que aquí está, es admirable y por todos bendecido.

—¡Caballero! —exclamó el marqués poniéndose lívido de cólera y emoción.

—Os digo que sois un infame —replicó el soldado con mayor energía—. Para despojar de su herencia a las hijas del mariscal Simón, a Gabriel y a la señorita de Cardoville, os habéis valido de los medios más villanos.

—¿Qué decís? —exclamó Gabriel— ¿las hijas del mariscal Simón?...

—Son tus parientas, mi valiente hijo, así como esa señorita de Cardoville, la bienhechora de Agrícola, también. Ese sacerdote —e indicó al Padre d’Aigrigny—, hizo encerrar a la una como loca en una enfermería, y secuestrar las huérfanas en un convento. Con respecto a ti, mi valiente hijo, no esperaba verte aquí, creyendo que te lo hubieran impedido, como lo han hecho con los demás, pero gracias a Dios estás aquí, y llego a tiempo; no he podido venir antes por mi herida. He perdido tanta sangre, que toda la mañana he tenido vahídos.

—Es cierto —dijo Gabriel con inquietud—, no había echado de ver que lleváis el brazo en cabestrillo. ¿De qué os proviene esa herida?

A una seña que le hizo Agrícola, Dagoberto contestó:

—No es nada... una caída... pero heme aquí, y muchas infamias van a descubrirse.

Imposible sería describir la curiosidad, las angustias o los temores de los diferentes personajes de esta escena al oír las amenazadoras palabras de Dagoberto; pero de todos, el más aterrado era Gabriel: su rostro angelical se contraía, y sus rodillas temblaban. Herido como de un rayo por la revelación de Dagoberto, sabiendo que existían otros herederos, no pudo durante algunos minutos pronunciar palabra; al fin exclamó con voz desesperada:

—Y soy yo, ¡Dios mío!, ¡la causa de la expoliación de esta familia!

—¡Tú, hermano mío! —exclamó Agrícola.

—¿No han querido despojarte también? —preguntó Dagoberto.

—El testamento —repuso Gabriel con una agonía que iba en aumento—, decía que la herencia pertenecería a los herederos que se presentasen antes de las doce.

—¡Y bien! —dijo Dagoberto asombrado.

—Las doce han dado ya —respondió éste—. Yo era el único de la familia que me hallaba presente; ¿lo comprendéis ahora? El término ha trascurrido, ¡los herederos se hallan desposeídos por mí!...

—¿Por ti? —dijo Dagoberto tartamudeando de gozo—, ¿por ti, mi valiente hijo?, ¡entonces todo se ha salvado!

—Sí... pero...

—Todo se ha salvado —insistió Dagoberto contentísimo e interrumpiendo a Gabriel—, partirás con los demás: te conozco bien.

—Pero es que todos esos bienes los he abandonado de un modo irrevocable —exclamó Gabriel desesperado.

—¡Abandonado... esos bienes! —dijo Dagoberto petrificado—, ¿pero a quién, a quién?

—Al señor —contestó Gabriel señalando al Padre d’Aigrigny.

—¡A él! —replicó Dagoberto anonadado—, ¡a él, al renegado! ¡Siempre el genio malévolo de esta familia!

—Pero, hermano mío —exclamó Agrícola—, ¿estabas enterado de los derechos que tenías a esta herencia?

—No —respondió el joven sacerdote con desaliento—, no; sólo lo he sabido esta misma mañana por el Padre d’Aigrigny. Según me ha dicho, hace poco que conoce mis derechos por los papeles de familia que en otro tiempo llevaba conmigo, y que nuestra madre dio a su confesor.

Un rayo de luz pareció iluminar al herrero, porque exclamó:

—Ahora lo comprendo todo: habían visto en esos papeles que algún día serías rico, y entonces se interesaron por ti y procuraron que entrases en aquel colegio, en donde nunca podíamos verte. Y más adelante forzaron tu vocación para obligarte a que te hicieses sacerdote y luego a hacer esa donación. ¡Ah! señor —añadió Agrícola dirigiéndose al Padre d’Aigrigny con indignación—, ¡mi padre tiene razón; semejante maquinación es infame!

Durante esta escena, el abate y su «socius», asustados al pronto, recobraron poco a poco su serenidad. Rodin, apoyado siempre en la caja, había dicho en voz baja algunas palabras al Padre d’Aigrigny. Así es que cuando Agrícola, llevado de su indignación, reconvino a este último por sus infames maquinaciones, no hizo más que bajar la cabeza y responder modestamente:

—Debemos perdonar las injurias y ofrecerlas al Señor en prueba de nuestra resignación.

Dagoberto, aturdido y anonadado por lo que acababa de saber, sentía que su razón se ofuscaba; después de tantas angustias, faltábanle las fuerzas ante este horrible golpe.

Las palabras justas y sensatas de Agrícola, enlazadas con ciertos párrafos del testamento, ilustraron completamente a Gabriel sobre el objeto que se había propuesto el Padre d’Aigrigny encargándose primero de su educación y haciéndole entrar después en la Compañía de Jesús. Por la vez primera en su vida pudo Gabriel contemplar de una ojeada todos los resortes de la tenebrosa intriga cuya víctima era; entonces el enojo y la exasperación dominaron su natural timidez y con las mejillas enardecidas por noble ira, el misionero exclamó dirigiéndose al Padre d’Aigrigny:

—Según eso, padre mío, cuando me colocasteis en uno de vuestros colegios, no era por conmiseración, sino únicamente con la esperanza de lograr que renunciase en favor de nuestra Orden la parte que me cupiese en esta herencia; y no contento con sacrificarme a vuestra avaricia, ¡aún era preciso que fuese el instrumento involuntario de una indigna explotación! Si no se tratase más que de mí, de mis derechos a esas riquezas que ambicionáis, nada reclamaría; soy ministro de una religión que ha glorificado y santificado la pobreza; la donación en que he consentido la poseéis, nada reclamo para mí: pero se trata de los bienes que pertenecen a unas pobres huérfanas conducidas del sitio de su destierro por mi padre adoptivo, y no quiero que las desheredéis. Se trata de la bienhechora de mi hermano adoptivo y no quiero que tampoco la desheredéis; se trata de la última voluntad de un moribundo, que en su amor a la humanidad ha legado a sus descendientes una misión evangélica, una admirable misión de progreso, amor, libertad, y no consentiré que esa misión se

ahogue en su germen. No... no... y os digo que esa misión se cumplirá, aun cuando debiese revocar la donación que he hecho.

A estas palabras, el Padre d'Aigrigny y Rodin se miraron alzándose de hombros casi imperceptiblemente.

A una seña que le hizo el «socius», el abate tomó la palabra con una tranquilidad imperturbable; y habló con voz melosa, conservando la vista baja.

—Con respecto a la herencia de Mr. de Rennepont se presentan varios incidentes en apariencia muy complicados, algunos fantasmas muy amenazadores; no obstante, nada hay más sencillo y natural que todo esto. Procedamos por orden, dejando aparte las imputaciones calumniosas; ya volveremos a ellas. El señor abate Gabriel de Rennepont, y te suplico humildemente que contradiga o rectifique mis palabras si me separo en lo más mínimo de la pura verdad, el señor abate Gabriel, en agradecimiento a los cuidados que en otro tiempo recibió de la Compañía, a la cual me honro de pertenecer, como representante de ella, me había hecho libremente donación de los bienes que algún día pudieran corresponderle, cuyo valor ignoraba lo mismo que yo.

Y el Padre d'Aigrigny interrogó a Gabriel con la vista, como solicitando que confirmase sus palabras.

—Eso es muy cierto —dijo el joven sacerdote—, esa donación la hice libremente.

—Esta mañana, después de una conversación íntima y que no referiré, seguro de antemano de la aprobación del señor abate Gabriel...

—Efectivamente —respondió éste con generosidad—, poco importa el asunto de esta conversación.

—Después de esta conversación, el señor abate Gabriel me manifestó otra vez el deseo de sostener esta donación; no diré en favor mío, pero sí en favor de las obras santas y caritativas que nuestra Compañía se encarga de ejecutar.

—Es cierto —respondió Gabriel.

—Yo he extendido el acta —añadió el escribano.

—Pero Gabriel no os cedía más que lo que le pertenecía —exclamó Dagoberto—. ¡Este joven no podía figurarse que os sirvieseis de él para despojar a los demás!

—Hacedme el favor de permitir que me explique —contestó cortésmente el Padre d'Aigrigny—. Luego responderéis.

Costóle a Dagoberto gran trabajo reprimir un movimiento de impaciencia.

El abate continuó:

—Por lo tanto, el señor abate Gabriel ha confirmado su donación con el doble compromiso de una acta y un juramento.

—Mi misión —contestó el escribano con voz conmovida— se reduce a ejecutar fielmente la voluntad del testador. El señor abate Gabriel de Rennepont es el único que se ha presentado antes de expirar el plazo. El acta de donación se halla en regla, por consiguiente, no puedo negarme a entregar a la persona del donatario el valor de la herencia.

Samuel a estas palabras ocultó el rostro entre sus manos dando un profundo

gemido, pues no podía menos de reconocer la exactitud de las observaciones del escribano.

—Pero, señor —dijo Dagoberto dirigiéndose a éste—, esto no puede ser, no consentiréis que se despoje de ese modo a dos pobres huérfanas. En nombre de su padre, de su madre, os hablo. Os juro por mi honor, por mi honor de soldado, que han abusado de la confianza y debilidad de mi mujer para conducir a las hijas del mariscal Simón a un convento, y de este modo imposibilitarme de conducir las aquí esta mañana. Tan cierto es esto, que he presentado mi queja ante un magistrado.

—¿Y qué os ha respondido? —exclamó el escribano.

—Que mi deposición no era suficiente para sacar a esas jóvenes del convento en donde estaban, y que la justicia se informaría.

—Sí, señor —contestó Agrícola—. Lo mismo sucede con la señorita de Cardoville, que tienen encerrada como loca en una enfermería, siendo así que goza de su cabal razón, porque tiene los mismos derechos a esta herencia que las hijas del mariscal Simón. He dado por ella los mismos pasos que mi padre ha dado por las hijas del mariscal.

—¿Y qué habéis logrado? —preguntó el escribano.

—Desgraciadamente —respondió Agrícola—, me han dado la misma contestación que a mi padre: que no podían obrar bajo mi sola deposición y que se tomarían providencias.

En aquel momento, Betsabé, que oyó llamar a la puerta de la calle, salió del salón encarnado a una seña que le hizo Samuel.

El escribano añadió dirigiéndose a Agrícola y a su padre:

—Lejos de mí, señores, la idea de dudar de vuestra probidad, pero a pesar mío, me es imposible, por falta de pruebas, el dar bastante importancia a vuestras acusaciones para suspender la marcha legal de las cosas; porque, en fin, señores, según habéis dicho, el poder judicial, al cual os dirigisteis, no ha creído deber obrar en vista de vuestras deposiciones, y os ha contestado que se informaría y tomaría providencias; ahora bien, en conciencia, a vosotros mismos me dirijo, ¿puedo, en circunstancia tan delicada, tomar sobre mí una responsabilidad con que los magistrados no se han atrevido a cargar?

—Sí, debéis hacerlo, en nombre de la justicia y del honor —exclamó Dagoberto.

—Quizás a vuestro modo de ver; pero al mío, permanezco fiel a la justicia y al honor ejecutando fielmente lo que está prescrito por la sagrada voluntad de un moribundo. Por lo demás, no está todo perdido. Si las personas cuyos intereses defendéis se creen damnificadas, esto pudiera más adelante dar lugar a un pleito, a un recurso contra el donatario del señor abate Gabriel. Pero entre tanto, es mi deber ponerle inmediatamente en posesión de los valores. Me comprometería gravemente si obrase de otro modo.

Las observaciones del escribano parecían estar tan arregladas a derecho, que Samuel, Dagoberto y Agrícola quedaron consternados. Gabriel, después de un

momento de reflexión, pareció tomar una determinación desesperada, y dijo al escribano con voz firme:

—Ya que en esta circunstancia la ley no tiene fuerza suficiente para sostener el verdadero derecho, tomaré una determinación extrema; pero antes de adoptarla, pregunto por última vez al señor abate d'Aigrigny si quiere contentarse con la parte que me toca de estos bienes, a condición de que las otras partes de la herencia se depositen en manos seguras hasta tanto que los herederos en cuyo nombre se reclama hayan podido justificar sus derechos.

—A esa proposición contestaré lo que ya he dicho —contestó el Padre d'Aigrigny—. No se trata aquí de mí, sino de un inmenso interés caritativo; me veo, pues, obligado a desechar la oferta parcial del señor abate Gabriel, y recordarle sus compromisos de todas clases.

—Según eso ¿os negáis a este arreglo? —dijo Gabriel con voz conmovida.

—La caridad así me lo manda.

—¿Os negáis... absolutamente?

—Pienso en las buenas obras que esos tesoros van a fundar para mayor gloria del Señor, y no me siento con ánimo ni voluntad de hacer la menor concesión.

—Entonces —contestó el joven sacerdote con voz conmovida— ya que me obligáis a ello, revoco mi donación; mi intención era renunciar únicamente a lo que me pertenecía.

—Miradlo bien, señor abate —dijo el Padre de Aigrigny— os advierto que tengo en mi poder un juramento escrito... formal.

—Lo sé muy bien; tenéis un documento por el cual hago juramento de no revocar nunca esta donación, bajo cualquier pretexto que sea, incurriendo en la aversión y desprecio de las gentes honradas si de otro modo obrase. ¡Pues bien! —dijo Gabriel con amargura— me expondré a todas las consecuencias de mi perjurio, lo publicaréis, y seré objeto de los desprecios y aversión de todos, pero Dios me juzgará.

Y el joven sacerdote enjugó una lágrima que asomó a sus ojos.

—¡Oh!, ¡cálmate, mi valiente hijo! —exclamó Dagoberto cobrando alguna esperanza—, todas las gentes te darán la razón.

—¡Bien, bien, hermano mío! —dijo Agrícola.

—Señor escribano —dijo entonces Rodin con su voz delgada y áspera— señor escribano: enterad al señor abate Gabriel de que puede perjurar tanto como le dé la gana, pero que el Código Civil no se quebranta tan fácilmente como una promesa sencilla... y solamente sagrada.

—Hablad, señor —dijo Gabriel.

—Enterad al señor abate Gabriel —replicó Rodin— que una «donación inter vivos», como la que ha hecho al Padre d'Aigrigny, sólo puede revocarse por tres razones, ¿no es verdad?

—Sí, señor, por tres razones —dijo el escribano.

—La primera por supervención de hijo —continuó Rodin—, y me avergonzaría

de hablar al señor abate Gabriel de semejante caso de nulidad. El segundo motivo de anulación sería la ingratitud del donatario, y el señor abate Gabriel puede estar seguro de nuestro profundo reconocimiento. En fin, el tercer caso de nulidad, es la falta de cumplimiento de los votos del donante, con respecto al empleo de sus dádivas, y por mala opinión que de pronto haya formado el señor abate Gabriel de nosotros, nos concederá al menos algún tiempo de prueba para convencerle de que sus dádivas, se aplicarán, según desea, a obras que tengan por objeto el ensalzamiento de la gloria de Dios.

—Ahora, señor escribano —añadió el Padre de Aigrigny— a vos os toca decidir si el señor abate Gabriel puede o no revocar la donación que me ha hecho.

En el momento que el escribano iba a responder, volvió a entrar Betsabé, guiando a dos personas más que se presentaron en el salón encarnado la una tras la otra.

LXXIX

Un genio benéfico

De los dos personajes, el primero, cuya llegada había interrumpido la respuesta del escribano, era Faringhea. A la vista de aquel hombre de rostro siniestro, Samuel se le acercó y le dijo:

—¿Quién sois, caballero?

Habiendo echado una penetrante mirada a Rodin, que se estremeció imperceptiblemente, Faringhea respondió a Samuel:

—El príncipe Djalma, que no hace mucho ha llegado de la India con el objeto de hallarse hoy aquí, según se le encargaba en la inscripción de una medalla que llevaba al cuello...

—¡Él también! —exclamó Gabriel, que como ya se ha dicho, había sido compañero de navegación del indio desde las Azores, en donde había tocado el buque viniendo de Alejandría—. ¡Él también heredero! En efecto, durante la travesía, el príncipe me dijo que su madre era de origen francés.

El estrangulador dirigió otra mirada a Rodin y dijo, acentuando sus palabras:

—Ayer noche me separé del príncipe, y me confió que si bien tenía un gran interés en hallarse aquí, pudiera ser que no asistiese por otras circunstancias; pasé la noche en la misma posada que él, y esta mañana, cuando fui a verle, me manifestaron que ya había salido. La amistad que le profeso me indujo a venir aquí confiando en que los informes que podía dar del príncipe le fueran de alguna utilidad. —Y no diciendo una palabra del lazo en que había caído la víspera, callándose las maquinaciones de Rodin con respecto a Djalma, y sobre todo atribuyendo la ausencia de este último a una causa voluntaria, el estrangulador quería sin duda servir al «socius», contando con que éste sabría recompensar su discreción.

Inútil es decir que Faringhea mentía desvergonzadamente. Habiendo conseguido por la mañana escapar de su encierro, por un prodigio de astucia, destreza y audacia, se dirigió a la posada en que había dejado a Djalma; allí le dijeron que un hombre y una mujer de edad y de semblante muy respetable, que se titulaban parientes del joven indio, habían deseado verle, y asustados del estado de peligrosa somnolencia en que se hallaba, lo habían hecho colocar en su coche, para llevárselo y suministrarle los cuidados necesarios.

—Es sencillo —dijo el escribano—, que ese heredero tampoco se haya presentado; pero por desgracia ha perdido su derecho a la inmensa herencia de que se trata.

—¡Ah!, ¡se trataba de una inmensa herencia! —dijo Faringhea mirando fijamente a Rodin, que dirigió prudentemente la vista a otra parte.

El segundo personaje de que hemos hablado entraba en aquel momento. Era el padre del mariscal Simón, anciano de elevada estatura, dispuesto y vigoroso aún para sus años; llevaba los cabellos blancos y cortos, y su rostro, algo rosado, manifestaba sutileza, dulzura y energía. Agrícola se adelantó a recibirle.

—¡Vos, por aquí, señor Simón! —exclamó.

—Sí, hijo mío —dijo el padre del mariscal, estrechando afectuosamente la mano de Agrícola—. Acabo de llegar ahora mismo de viaje. Mr. Hardy debía estar aquí para una herencia, según creo, pero como aún estará ausente algún tiempo de París, me ha encargado que...

—¡Él también! ¡Herederero Mr. Francisco Hardy! —exclamó Agrícola interrumpiendo al obrero.

—¡Pero qué pálido y trastornado estás hijo mío! ¿Qué sucede? —dijo el padre del mariscal mirando en derredor con asombro—. ¿De qué se trata?

—¿De qué se trata? de vuestras nietas que acaban de desheredar —exclamó Dagoberto desesperado, acercándose al jefe del taller—. ¿Y para asistir a esta infamia, las he conducido desde el corazón de la Siberia?

—¡Vos! —dijo el anciano obrero procurando reconocer las facciones del soldado—. ¿Pero sois vos?...

—Dagoberto.

—¡Vos!... ¡vos tan generosamente adicto a mi hijo! —exclamó el padre del mariscal, y estrechó en sus manos con efusión las de Dagoberto—. ¿Pero qué me habéis hablado de la hija de Simón?

—De sus hijas, porque es más feliz de lo que cree —dijo Dagoberto—. Esas pobres niñas son gemelas.

—¿Y dónde están? —preguntó el anciano.

—En un convento.

—¡En un convento!

—Sí, por la traición de ese hombre que, reteniéndolas allí, las ha desheredado.

—¿Quién?

—El marqués d'Aigrigny.

—¡El enemigo mortal de mi hijo! —exclamó el anciano obrero dirigiendo una mirada de aversión al Padre d'Aigrigny, cuya audacia era suma.

—Y aún hay más —añadió Agrícola—: Mr. Hardy, mi digno y buen protector, también ha perdido sus derechos a esta enorme herencia.

—¿Qué dices? —exclamó el padre del mariscal Simón—. ¡Pero Mr. Hardy ignoraba que fuese asunto de tanto interés! Ha partido precipitadamente para ir a ver a un amigo que le necesitaba.

A cada una de estas sucesivas revelaciones, sentía Samuel aumentarse su desesperación, pero no podía hacer otra cosa que afligirse, porque la voluntad del testador era terminante. El Padre d'Aigrigny, ansiando terminar esta escena que tanto le incomodaba, a pesar de su aparente tranquilidad, dijo al escribano con voz grave.

—Es preciso que esto tenga un término; si la calumnia pudiese perjudicarme, contestaría victoriosamente con los mismos hechos que acaban de citarse. ¿Por qué atribuir a odiosas combinaciones la ausencia de los herederos? Tened la bondad de responder explícitamente, señor escribano y terminar de este modo una escena para todos penosa.

—Señor —respondió el escribano solemnemente—: en mi alma y conciencia, en nombre de la justicia y de la ley, fiel e imparcial ejecutor de la última voluntad de Mr. Mario de Rennepont, declaro que en vista de la donación del señor abate Gabriel de Rennepont, sois vos, señor abate d’Aigrigny, único poseedor de estos bienes, de los cuales os doy posesión ahora mismo, para que de ellos dispongáis según los deseos del donante.

Estas palabras, pronunciadas con gravedad, desvanecieron las últimas y vagas esperanzas que aún abrigaban los defensores de los herederos.

Samuel se puso más pálido de lo que generalmente estaba.

Dagoberto y Agrícola, se veían precisados a renunciar a sus esperanzas.

Gabriel sufría más que nadie; experimentaba terribles remordimientos y exclamó con amargo desaliento y desesperación profunda.

—¡Ay! diríase que en este momento una inexorable fatalidad abrumba a aquellos que son dignos de interés, y respeto. ¡Oh! ¡Dios mío! —añadió el joven sacerdote, juntando las manos con fervor—, ¡vuestra soberana justicia no puede permitir el triunfo de iniquidad semejante!

Y hubiérase dicho que el cielo atendía a los ruegos del misionero pues apenas hubo hablado, sucedió una cosa muy singular.

Rodin, sin esperar que Gabriel terminase su invocación, en vista de la autorización del escribano se había apoderado de la caja, sin poder contener una fuerte aspiración de alegría y triunfo.

En el momento en que el Padre d’Aigrigny y el «socius» se creían ya dueños del tesoro, abrióse de pronto la puerta del aposento en que se había oído dar horas al reloj, y una mujer apareció en el umbral.

Gabriel al verla lanzó un grito y quedó como petrificado; Samuel y Betsabé se arrodillaron con las manos juntas; los dos israelitas se sentían reanimados por una esperanza inexplicable. Todos los demás actores de esta escena estuvieron estupefactos.

Rodin, el mismo Rodin retrocedió dos pasos y volvió a colocar sobre la mesa la caja con mano trémula.

Adelantóse lentamente esta mujer sin cuidarse al parecer de la grande impresión que causaba su presencia. Se acercó a uno de los muebles incrustados de cobre y castaño, empujó un resorte disimulado por las molduras doradas, y habiéndose abierto por este medio el primer cajón de este mueble, sacó de él un pergamino sellado, y acercándose a la mesa lo colocó delante del escribano, quien hasta entonces inmóvil y mudo, lo cogió maquinalmente.

Después de haber dirigido a Gabriel, que parecía fascinado por su presencia, una mirada melancólica, se encaminó hacia la puerta del vestíbulo que estaba abierta. Al pasar cerca de Samuel y Betsabé, que permanecían aún arrodillados, se detuvo un momento, inclinó hacia los dos ancianos su hermosa cabeza, los contempló con tierna solicitud, y habiéndoles dado a besar sus manos, desapareció tan lentamente como se había presentado, después de dirigir a Gabriel una última mirada.

La partida de la mujer rompió el encanto bajo el cual habían estado durante algunos momentos todos los circunstantes. Gabriel fue el primero que interrumpió el silencio, diciendo entre dientes y con voz alterada.

—¡Es ella!... ¡ella misma!... ¡aquí!... ¡en esta casa!

—¿Quién... es ella... hermano mío? —dijo Agrícola, impaciente al ver la palidez y el desvarío del misionero, porque el herrero, no habiendo hasta entonces echado de ver la extraña semejanza de esta mujer con el retrato, participaba no obstante, sin explicárselo, del pasmo general. Dagoberto y Faringhea se hallaban en el mismo caso.

—¿Esa mujer, quién es? —repitió Agrícola tomando la mano de Gabriel, que estaba helada.

—¡Mira! —dijo el joven sacerdote— hace más de siglo y medio que esos cuadros están ahí —e indicó con un ademán los dos retratos ante los cuales se hallaba entonces sentado.

Al movimiento que hizo Gabriel, Agrícola, Dagoberto y Faringhea fijaron la vista en los dos retratos que aparecían a cada lado de la chimenea... Y oyéronse tres exclamaciones a la vez.

—¡Es ella!, ¡es la misma mujer! —exclamó el herrero sorprendido— ¡y hace ciento cincuenta años que este retrato está aquí!

—¿Qué veo? ¡El amigo y emisario del mariscal Simón! —exclamó Dagoberto contemplando el retrato del hombre—. ¡Sí, el mismo rostro de aquel que el año pasado vino a vernos en Siberia! ¡Oh! le conozco por su aire triste y también por sus cejas negras que se unen.

—¡Mis ojos no me engañan!, ¡no... es el hombre de frente rayada de negro, que estrangulamos y enterramos a orillas del Ganges! —se decía en voz baja Faringhea estremeciéndose de espanto—. ¡El hombre que uno de los hijos de Bhowanie, el año pasado, en Java, en las ruinas de Tchandi, aseguraba haber vuelto a encontrar después del asesinato cerca de una de las puertas de Bombay! ¡Aquel hombre odiable que decía dejaba en todas partes... la muerte tras sí! ¡Y hace siglo y medio que existe este cuadro! —Y lo mismo que Dagoberto y Agrícola, el estrangulador no podía separar la vista de aquel extraño retrato.

—¡Qué misteriosa semejanza! —pensaba el padre d'Aigrigny; y como si le acudiese una idea repentina, dijo a Gabriel:

—¿Esa mujer es la que os ha salvado la vida en América?

—La misma —respondió Gabriel estremeciéndose—. Y no obstante, me ha dicho

que iba hacia el norte de América —repuso el joven sacerdote, hablando consigo mismo.

—¿Pero cómo se halla en esta casa? —dijo el Padre d'Aigrigny dirigiéndose a Samuel—. Responded, guardián. ¿Esa mujer se había introducido aquí antes que nosotros, o con vos?

—Yo he sido el único que ha entrado aquí, cuando, por la vez primera después de siglo y medio, se ha abierto la puerta —dijo Samuel con gravedad.

—Entonces ¿cómo explicáis la presencia de esa mujer? —añadió el Padre d'Aigrigny.

—No trato de explicar nada —dijo el judío—. Veo, creo y ahora confío —añadió mirando a Betsabé dulcemente.

—Pero os lo vuelvo a repetir: debéis explicar la presencia de esa mujer —dijo el padre d'Aigrigny que sentía vaga inquietud—. ¿Quién es?, ¿cómo se halla aquí?

—Lo único que sé, según me dijo varias veces mi padre, es que existen comunicaciones subterráneas entre esta casa y parajes muy lejanos de este barrio.

—¡Ah! entonces es muy sencillo —dijo el padre d'Aigrigny— no resta más que se ha propuesto esa mujer introduciéndose de ese modo en esta casa. En cuanto a su singular semejanza con el retrato, es un juego de la naturaleza.

Rodin había participado de la emoción general cuando apareció la mujer misteriosa, pero habiéndole visto entregar un paquete cerrado al escribano, en vez de preocuparse de la extrañeza de esta aparición, no pensó más que en marcharse cuanto antes de aquella casa con el tesoro que para siempre había adquirido la Compañía, pues sentía una vaga inquietud al aspecto del pliego cerrado con lacre negro que la protectora de Gabriel había entregado al escribano y que éste tenía en la mano.

Juzgando el «socius» muy conveniente el desaparecer con la caja en medio del pasmo y silencio que aún duraba, tocó ligeramente con el codo al Padre d'Aigrigny, le hizo una seña de inteligencia, y cogiendo el cofrecito de cedro debajo del brazo, se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, caballero —le dijo Samuel levantándose e impidiéndole el paso —; pido al señor escribano que examine el pliego que acaban de entregarle; luego saldréis.

—Pero, señor —dijo Rodin, procurando evadirse—, la cuestión está definitivamente resuelta en favor del Padre d'Aigrigny. Conque así, permitidme...

—Os digo, caballero —respondió el anciano, alzando la voz—, que ese cofrecito no saldrá de aquí hasta tanto que el señor escribano haya examinado el pliego que acaban de entregarle.

Estas palabras de Samuel llamaron la atención de los demás, y Rodin se vio precisado a retroceder. El judío, a pesar de su firmeza se estremeció al ver la implacable mirada que Rodin le dirigió. Entre tanto el escribano, según los deseos manifestados por Samuel, examinaba el pliego con atención.

—¡Cielos! —exclamó de pronto— ¿qué es lo que veo? ¡Ah!, ¡me alegro!

La exclamación del escribano atrajo hacia él todas las miradas.

—¡Oh! leed, leed, señor —exclamó Samuel juntando las manos—, ¡mis presentimientos quizás no me han engañado!

—Pero, señor —dijo el Padre d'Aigrigny al escribano, empezando a participar de la ansiedad de Rodin—. Pero, señor... ¿qué papel es éste?

—Un codicilo —contestó el escribano—, que lo aplaza todo.

—¡Cómo! —exclamó el Padre d'Aigrigny con furor, acercándose al escribano—. Todo se aplaza, ¿y con qué derecho?

—Es imposible —añadió Rodin—. Protestamos.

—¡Gabriel!, ¡padre mío! Escuchad, pues —exclamó Agrícola—. Aún no se ha perdido todo... queda alguna esperanza, Gabriel ¿lo oyes?

—¿Qué dices? —contestó el joven sacerdote pudiendo apenas dar crédito a lo que le decía su hermano adoptivo.

—Señores —dijo el escribano— debo enteraros del sobre de este pliego cambia, o más bien aplaza, todas las disposiciones testamentarias.

—Gabriel —exclamó Agrícola abrazando al misionero—, ¡todo se aplaza, nada hay perdido!

—Señores, atended —añadió el escribano— y leyó lo siguiente:

Éste es un codicilo que, por las razones que se hallarán expuestas en él, aplaza y prorroga al 1 de junio de 1832, pero sin cambiarlas de ningún modo, todas las disposiciones contenidas en el testamento hecho por mí hoy a la una de la tarde. La casa se volverá a cerrar, y los fondos quedarán en poder del depositario, para que el 1 de junio de 1832 se distribuyan a quienes corresponda de derecho.

Villetaneuse, hoy 13 de febrero de 1682, a las once de la noche.

Mario de Rennepont.

—¡Protesto contra la falsedad de ese codicilo! —exclamó el Padre d'Aigrigny, lívido de rabia y despecho.

—¡La mujer que lo ha entregado en manos del escribano nos es sospechosa! —añadió Rodin—. Ese codicilo es nulo.

—No, señor —dijo severamente el escribano— porque acabo de comparar las dos firmas, y son enteramente iguales. Por lo demás, lo que esta mañana decíais con respecto a los herederos ausentes, ahora podéis hacerlo: impugnar la autenticidad de este codicilo; pero todo permanece en suspensión y como si nada se hubiese hecho, una vez que el término para cerrarse la sucesión se prorroga por tres meses y medio.

Cuando el escribano dijo estas últimas palabras, las uñas de Rodin brotaban sangre; por la vez primera sus pálidos labios aparecieron encarnados.

—¡Oh! ¡Dios mío!, ¡me habéis oído, pues atended mis votos! —exclamó Gabriel arrodillándose.

—¿Qué dices, mi valiente hijo? —exclamó Dagoberto, que en el primer impulso de alegría no había comprendido bien toda la extensión del codicilo.

—Todo queda aplazado, padre mío —exclamó el herrero— el término para

presentarse se fija de aquí a tres meses y medio a contar desde hoy. Y ahora que esas gentes están desenmascaradas —Agrícola designó a Rodin y al Padre d'Aigrigny— ya no son temibles; se tomarán precauciones, y las huérfanas, la señorita de Cardoville, mi digno protector Mr. Hardy, y el joven indio entrarán en posesión de sus bienes.

* * *

Imposible nos fuera pintar el júbilo de Gabriel y Agrícola, de Dagoberto y el padre del mariscal Simón, de Samuel y Betsabé.

En vista de las observaciones del escribano, que se llevó el codicilo para hacerlo abrir con las formalidades legales por la ley, Samuel conoció que era más prudente depositar en el Banco de Francia los inmensos valores que poseía.

Mientras los corazones generosos, que por un momento tanto habían sufrido, rebosaban de dicha, y alegría, el Padre d'Aigrigny y Rodin abandonaban aquella casa furiosos. El abate subió a su coche y dijo a sus criados:

—¡Al palacio de Saint-Dizier!

Desesperado se dejó caer en el asiento ocultando el rostro entre sus manos y dando un largo gemido. Rodin se sentó a su lado, y contempló con una mezcla de enojo y desprecio a este hombre que así se abatía y desanimaba.

—¡Cobarde! —dijo para sí en voz baja—. Desespera... y no obstante...

* * *

Después de un cuarto de hora, el coche llegó a la calle de Babilonia, entrando en el patio del palacio de Saint-Dizier.

Los primeros son los últimos y los últimos los primeros

El coche del Padre d'Aigrigny llegó con rapidez al palacio de Saint-Dizier.

Todo el camino había permanecido Rodin mudo, contentándose con observar y escuchar con atención al Padre d'Aigrigny que desahogaba el dolor y enojo de su engaño en un largo monólogo entrecortado de exclamaciones.

Cuando el coche del Padre d'Aigrigny entró en el patio y se detuvo delante del peristilo del palacio de Saint-Dizier, detrás de los vidrios de una ventana, se divisaba el rostro de la princesa, que en su violenta ansiedad acudía a ver si el que llegaba era el Padre d'Aigrigny. Aún más: faltando al decoro, esta gran señora, de apariencias por lo regular tan formales, salió precipitadamente de su aposento y bajó algunas gradas de la escalera para recibir al Padre d'Aigrigny que subía los escalones con aire abatido.

La princesa, al ver la fisonomía alterada del abate se detuvo bruscamente y se puso pálida, sospechando que todo se había perdido. Una rápida mirada que le dirigió su antiguo amante no le dejó ya duda.

Rodin seguía al abate, y entrambos, precedidos de la princesa, entraron en su gabinete. Cerrada la puerta, la princesa, dirigiéndose al Padre d'Aigrigny con indecible angustia exclamó:

—¿Qué es lo que ha sucedido?

El abate, en vez de responder a esta pregunta, con los ojos que parecían querer saltársele de sus órbitas, las facciones contraídas y mirando a la princesa cara a cara, le dijo:

—¿Sabéis a cuánto asciende esa herencia que creíamos de cuarenta millones?...

—Ya lo comprendo —exclamó la princesa— nos han engañado; esa herencia se reduce a muy poco; habéis perdido el tiempo.

—Sí, hemos perdido el tiempo —respondió el abate apretando los dientes con ira—. ¡Perdido el tiempo! ¡Y no se trataba de cuarenta millones, sino de doscientos doce!

—¡Doscientos doce millones! —repitió la princesa dando un paso hacia atrás.

—Os digo que los he visto, en valores encerrados en un cofrecito, inventariados por el escribano.

—¡Doscientos doce millones! —repitió la princesa con asombro—. Era un poder inmenso, soberano. ¿Y habéis renunciado, no habéis luchado por todos los medios imaginables?

—Señora, hice todo lo que en mí estaba, a pesar de la traición de Gabriel, que esta misma mañana ha declarado que renegaba de nosotros, que se separaba de la

Compañía.

—¡Ingrato!

—El acta de donación que había tenido la precaución de hacer legalizar por el escribano, estaba tan en debida forma, que no obstante las reclamaciones de ese furioso soldado y de su hijo, el escribano me había ya dado posesión de aquel tesoro.

—¡Doscientos doce millones! —repitió la princesa juntando las manos.

—Sí, esa posesión ha sido para nosotros como un sueño, porque se ha presentado un codicilo que aplazaba a tres meses y medio todas las disposiciones testamentarias; ahora que por nuestras mismas precauciones, esa gavilla de herederos se halla enterada, ahora todo está perdido.

—¿Pero qué maldito ser ha dado a conocer ese codicilo?

—No sé qué mujer errante que ese Gabriel, según dice, halló ya en América y que le salvó la vida.

—¿Pero cómo esa mujer estaba allí? ¿Cómo sabía que existía ese codicilo?

—Todo esto creo que es obra de un miserable judío, guardián de aquella casa, y cuya familia hace tres generaciones que es depositaria de los fondos.

—¿Pero no se podría pleitear sobre la legalidad de ese codicilo?

—¿Pleitear... en estos tiempos?, ¿pleitear por un asunto de testamento?, ¿exponernos sin ninguna seguridad de conseguirlo a que se entablen contra nosotros miles de quejas?

—¡Doscientos doce millones! —repitió la princesa—. ¡No sería en país extranjero donde se estableciera la Orden, sino que sería en Francia, con recursos semejantes!

—Sí, y por medio de la educación nos apoderaríamos de la generación naciente.

—¿Según eso, no queda ninguna esperanza?

—La única es que Gabriel no anule la donación de lo que le pertenece. Lo cual sería ya de consideración, porque su parte asciende a treinta millones.

—Sí, vendría a ser lo mismo con que contabais —exclamó la princesa—. ¿Entonces por qué os desanimáis?

—Porque Gabriel pleiteará contra esa donación, y por válida que sea, hallará medios de hacer que se anule.

—Es necesario que escriba al momento a Roma para anunciar esta desgracia; es un acontecimiento de gran importancia, porque destruye inmensas esperanzas —dijo el Padre d'Aigrigny con abatimiento.

El reverendo padre estaba aún sentado, e indicando con un gesto a Rodin una mesa, le dijo con voz brusca y altanera:

—Escribid...

Rodin tomó papel y pluma, y silencioso e inmóvil esperó a que su superior le dictase.

—¿Me permitís, princesa? —dijo el Padre d'Aigrigny a la señora de Saint-Dizier.

Ésta contestó con un ademán de impaciencia, que parecía reconvenir al Padre d'Aigrigny por su petición ceremoniosa. El reverendo padre se inclinó y dictó estas

palabras con voz sorda y oprimida:

Todas nuestras esperanzas acaban de frustrarse. El asunto de Rennepont ha fallado completamente y sin remedio. Me cabe al menos la satisfacción de haber hecho todo lo posible hasta el último momento para defender y asegurar nuestros derechos. Pero es preciso, lo repito, considerar este importante negocio como enteramente perdido para siempre, y no pensar más en él.

El Padre d'Aigrigny dictaba esto con la espalda vuelta a Rodin. Al brusco movimiento que hizo el «socius» incorporándose y arrojando la pluma sobre la mesa en vez de continuar escribiendo, se volvió el reverendo padre, y mirando a Rodin con asombro, le dijo:

—¿Qué es lo que hacéis?

—¡Es preciso terminar de una vez! ¡Este hombre desvaría! —dijo Rodin, hablando consigo mismo y adelantándose hacia la chimenea.

—¡Cómo!, ¿dejáis vuestro puesto y no continuáis escribiendo? —dijo el reverendo padre asombrado.

Y dirigiéndose luego a la princesa, que participaba de su sorpresa, añadió, indicando al «socius» con una mirada de menosprecio:

—¡Ha perdido la cabeza!...

—Perdonadle —contestó la señora de Saint-Dizier—. Sin duda es efecto del pesar que le causa la pérdida de este negocio.

—Dad gracias a la señora princesa, volved a vuestro puesto y continuad escribiendo —dijo a Rodin el Padre d'Aigrigny, en tono de desdeñosa compasión, y señalándole imperiosamente la mesa con el dedo.

El «socius», indiferente a esta nueva orden, se aproximó a la chimenea, a la que volvió la espalda, enderezó su encorvado espino, hirió la alfombra con los talones de sus gruesos zapatos aceitosos, cruzó las manos debajo de los faldones de su levita grasienta, y levantando la cabeza, miró fijamente al Padre d'Aigrigny.

Éste y la princesa quedaron confundidos. Se sentían extrañamente dominados por este vejete feo.

El Padre d'Aigrigny conocía demasiado las costumbres de la Compañía, para creer que su humilde secretario fuese capaz de tomar de pronto, sin motivo, o más bien sin un derecho positivo, un aire de superioridad tan trascendental.

El reverendo padre no se engañaba; desde el general hasta los provinciales y rectores de colegios, todos los miembros superiores de la compañía tienen a su lado, ignorándolo, muchas veces en las funciones en apariencia más insignificantes, hombres muy capaces de desempeñar sus funciones en un momento dado, y que con este objeto, mantienen continua y directamente correspondencia con Roma.

En el momento que Rodin se manifestó de este modo el Padre d'Aigrigny le dijo con una timidez llena de deferencia:

—¿Sin duda tenéis poder para mandarme... a mí... que hasta ahora os he mandado?

Rodin, sin responder, sacó de su cartera grasienta y hecha pedazos, un papelito sellado por ambos lados, en el que estaban escritas algunas palabras en latín. Habiéndolo leído, el Padre d'Aigrigny lo acercó religiosamente a sus labios y se lo devolvió a Rodin, inclinándose con deferencia ante él.

Cuando el Padre d'Aigrigny levantó la cabeza, su rostro estaba encendido de despecho y vergüenza: a pesar de su costumbre de pasiva obediencia a la voluntad de la Orden, experimentaba un amargo y violento enojo al verse tan bruscamente desposeído.

A más, la princesa, muy lejos de parecer sentirlo y chocarle esta súbita transformación de superior en subalterno y viceversa, miraba a Rodin con cierta curiosidad mezclada de interés.

Pasado el primer movimiento de humillación, el Padre d'Aigrigny procuró manifestarse muy rendido con Rodin, que por un brusco cambio de fortuna había llegado a ser superior.

Pero el «ex-socius» incapaz de reconocer estas delicadezas, se estableció de lleno brutal e imperiosamente en su nueva posición, no por una reacción de ajado orgullo, sino por el convencimiento de lo que valía; pues una larga experiencia le había acreditado la inferioridad del Padre d'Aigrigny.

—Arrojasteis la pluma —dijo el Padre d'Aigrigny a Rodin con suma deferencia— cuando os dictaba esta nota para Roma. ¿Tendréis la bondad de manifestarme en qué he obrado mal?

—Al instante —contestó Rodin con voz aguda e incisiva—. Durante mucho tiempo, aunque este negocio me parecía superior a vuestras fuerzas, me abstuve de advertiroslo; y no obstante, ¡cuántos errores!, ¡qué falta de ingenio!, ¡qué torpeza en los medios empleados para llevarlo a cabo!

—Trabajo me cuesta dar crédito a vuestras reconvenciones —contestó con dulzura el Padre d'Aigrigny, si bien una secreta amargura se traslucía en su aparente sumisión—. A no ser por el codicilo, ¿el éxito no era seguro?

—Sí, pero ibais a conseguirlo, no por efecto de los medios de que habíais echado mano, sino a pesar de esos medios, de una torpeza y brutalidad increíbles...

—Sois muy severo —dijo el Padre d'Aigrigny.

—Soy justo. ¿Se necesita acaso tener mucha habilidad para meter a una persona en un cuarto y cerrar luego la puerta con llave? ¿Decid? Pues bien, ¿habéis hecho otra cosa? ¡No, ciertamente! Las hijas del general Simón encarceladas en Leipzig; en París encerradas en un convento; Adriana de Cardoville encerrada; «Duerme en cueros» en la cárcel; a Djalma un narcótico... El único medio mil veces más seguro, porque obraba moral y materialmente, fue el que se empleó para alejar a Mr. Hardy. En cuanto a las demás precauciones, malas, inseguras, peligrosas, porque eran violentas, y la violencia se contrarresta del mismo modo. Da compasión. Un éxito favorable era lo único que pudiera haberos hecho perdonar esas simplezas, y ése, no lo habéis conseguido...

—¡Caballero! —dijo el Padre d'Aigrigny sumamente ofendido—, sois algo más que severo en vuestros juicios; y a pesar de la deferencia que os debo, os diré que no estoy acostumbrado...

—Otras muchas cosas hay, ¡por vida mía! a las cuales no estáis acostumbrado —dijo Rodin interrumpiendo al abate— pero ya os acostumbraréis. Hasta ahora os habéis formado una idea muy errónea de vuestros conocimientos; poseéis antiguos resabios de batallador y de hombre de mundo que siempre fermentan, y hacen que vuestra razón pierda la serenidad y la penetración que debe tener. Habéis sido un hermoso militar, vivaracho y almibarado; seguisteis las guerras, las fiestas, los placeres, las mujeres y todo esto os ha gastado.

El Padre d'Aigrigny, sintiéndose dominado de un modo inexorable por este ser diabólico, quiso probar un último esfuerzo de rebeldía, y exclamó:

—Esas fanfarronadas no son pruebas de valor y poder. Ya veremos como os manejaís.

—Lo veremos —contestó Rodin con frialdad— y ¿sabéis en qué empresa? en la que tan cobardemente abandonáis.

—¿Qué decís? —exclamó la princesa de Saint-Dizier, porque el Padre d'Aigrigny, pasmado de la audacia de Rodin, no hallaba palabras con que expresarse.

—Digo —contestó con pausa Rodin— digo que me encargo de llevar a cabo el negocio de la herencia de Rennepont, que miráis como perdido.

—¿Vos? —exclamó el Padre d'Aigrigny— ¿vos?

—Yo.

—¡Si se han descubierto todas nuestras intrigas!

—Mejor, con eso habrá que inventar otras más hábilmente combinadas.

—Desconfiarán de nosotros.

—Más en nuestro favor: los éxitos más difíciles son los más seguros.

—¡Cómo!, ¿confiáis en que Gabriel no revoque su donación que puede muy bien tacharse de nula?

—Haré entrar en los cofres de la Compañía los doscientos doce millones de que se la quiere privar. ¿No es eso bastante explícito?

—Tan explícito como imposible.

—Y yo os digo que es muy posible, y que es necesario que lo sea. ¿Lo oís? ¿Pero no comprendéis, talento limitado —exclamó Rodin, animándose de modo que su rostro se coloreó ligeramente— no comprendéis que en la actualidad no podemos titubear? O los doscientos doce millones son nuestros, y entonces aseguraremos el restablecimiento de nuestra poderosa influencia en Francia, porque con cantidades semejantes y la venalidad de hoy día se compra un Gobierno, y si es demasiado caro o exigente, se enciende la guerra civil, se le derroca y se restablece la legitimidad, que al fin, es nuestro verdadero centro, seríamos dueños de todo...

—Claro está —dijo la princesa juntando las manos con admiración.

—O por el contrario —continuó Rodin— esos doscientos doce millones quedan

en manos de la familia de Rennepont. En este caso, vendrían a ser nuestra ruina, nuestra destrucción, creando un plantel de encarnizados e implacables enemigos. ¿No habéis oído los abominables votos de ese Rennepont, con respecto a esa asociación que recomienda, y que, por una extraña fatalidad, su raza maldita puede realizar maravillosamente?

—Lo confieso —dijo el abate a Rodin—. El peligro es grande, para conjurarlo ¿qué debe hacerse?

—¿Cómo? tenéis que atacar frente a frente naturalezas ignorantes, heroicas y exaltadas como Djalma, sensuales y excéntricas como Adriana de Cardoville, cándidas e ingenuas como Rosa y Blanca Simón, leales como Francisco Hardy, angélicas y puras como Gabriel, brutales y estúpidas como «Duerme en cueros», y me preguntáis aún ¿qué debe hacerse? Me preguntáis qué debe hacerse.

—¿Y qué diríais si, por ejemplo los miembros más peligrosos de esa familia de Rennepont viniesen antes de tres meses a suplicar de rodillas el favor de que se les admitiese en esa misma Compañía a la que profesan tanto horror, y de la que Gabriel se ha separado hoy?

—Semejante conversión es imposible —exclamó el Padre d'Aigrigny.

—¡Imposible! ¿Qué erais hace quince años? —dijo Rodin—: un mundano, impío y libertino. Y vinisteis a buscarnos y entregarnos vuestros bienes. Pues entonces ignoráis los inmensos recursos del abandono mutuo o parcial que puede producir el manejo de las pasiones humanas, hábilmente combinadas, contrariadas, desencadenadas, y particularmente, cuando quizás por medio de un poderoso auxiliar —añadió Rodin con sonrisa extraña— estas pasiones pueden adquirir mayor ardor y violencia...

—¿Y qué auxiliar es ése? —preguntó el Padre d'Aigrigny, que lo mismo que la princesa de Saint-Dizier experimentaba una especie de admiración mezclada de temor.

—¡Pues bien! ese auxiliar —respondió Rodin—, ese auxiliar, que adelanta... adelanta... con paso lento, y que lúgubres presentimientos, esparcidos por todas partes, anuncian su terrible llegada...

—Es...

—¡El cólera!

A esta palabra, que Rodin pronunció con voz atronadora, la princesa y el Padre d'Aigrigny se estremecieron y perdieron el color.

La mirada de Rodin era taciturna, glacial; hubiérasele creído un espectro. Durante algunos momentos, un silencio sepulcral reinó en el salón; Rodin fue el primero que lo interrumpió. Impasible como siempre, indicó al Padre d'Aigrigny con ademán imperioso la mesa delante de la cual algunos momentos antes había estado él modestamente sentado, y le dijo concisamente:

—¡Escribid!

El abate al pronto se estremeció de sorpresa, pero acordándose que de superior

había venido a ser subalterno, se levantó, saludó a Rodin, fue a sentarse a la mesa, tomó la pluma, y volviéndose dijo:

—Estoy pronto...

Rodin dictó lo siguiente, y el abate escribió:

Por la falta de inteligencia del abate d'Aigrigny, el negocio de la herencia de Rennepont se ha comprometido hoy gravemente. Esta herencia asciende a doscientos doce millones. A pesar de esta desgracia, se cree poder empeñar formalmente la palabra de que la familia Rennepont no pueda damnificar a la Compañía, y hacerla restituir a ésta los doscientos doce millones que le pertenecen legítimamente. Lo único que se desea son amplios poderes.

* * *

Un cuarto de hora después de esta escena, salía Rodin del palacio de Saint-Dizier, limpiando con la manga de su levita grasienta su sombrero, que se quitó para responder con una profunda cortesía al saludo del portero.

El desconocido

Al otro día de haber destituido Rodin al Padre d'Aigrigny y haberle hecho descender tan bruscamente a la posición subalterna que él antes ocupaba, ocurría la siguiente escena.

* * *

Sabido es que la calle de «Clodoveo» es uno de los parajes más solitarios del barrio del Monte de Santa Genoveva; la casa número 4 formábase de la parte principal, atravesada por un oscuro pasadizo que iba a dar a un patio reducido y sombrío, en donde se veía un segundo cuerpo del edificio sumamente miserable. En el piso bajo de la fachada había una tienda con honores de cueva, en que se vendía carbón, algunas legumbres y leche.

Eran las nueve de la mañana, y la tendera, llamada la madre Arsenia, anciana de rostro afable y enfermizo, estaba en la última grada de la escalera que conducía a su subterráneo, poniendo de manifiesto sus mercancías.

Situada esta tienda al lado del pasadizo, servía de portería, y la revendedora de portera. De allí a poco presentóse a la madre Arsenia una graciosa joven que salió de la casa, ligera y vivaracha. Era Rosa Pompón, la amiga íntima de la «Reina Bacanal», «viuda» momentáneamente, y cuyo báquico amante ya hemos dicho que era Nini Moulin, aquel embustero ortodoxo que, cuando se presentaba ocasión, después de una orgía, se transformaba en Santiago Du Moulin, escritor religioso, pasando alegremente del desenfrenado baile a la polémica ultramontana; del «Tulipán borrascoso» a un folleto católico.

Rosa Pompón acababa de levantarse, así es que se presentaba en traje matutino; envuelta cuidadosamente desde el cuello hasta los pies en su capa escocesa, algo ajada, indicaba una preocupación de castidad. Conocíase fácilmente que bajo su capa ocultaba algún objeto que llevaba en la mano.

—Buenos días, señorita Rosa Pompón —dijo la madre Arsenia en tono agradable—. Mucho madrugáis hoy. ¿Sin duda ayer no habéis estado de baile?

—No me habléis de eso, madre Arsenia, no estoy para bailes; esa pobre Cefisa (la «Reina Bacanal», hermana de la Gibosa), ha estado llorando toda la noche; está inconsolable, porque han metido en la cárcel a su amante.

—Mirad —dijo la revendedora—, mirad, señorita, es preciso que os diga una cosa con respecto a vuestra amiga Cefisa. ¿No os enfadaréis por eso?

—¿Acostumbro yo a enfadarme? —dijo Rosa Pompón encogiéndose de hombros.

—¿Estáis segura de que el señor Filemón no os reñirá a su regreso?

—¿Por qué?

—Porque ocupáis su habitación.

—Hablemos claro, madre Arsenia, ¿no os dijo Filemón que durante su ausencia podía disponer de sus dos aposentos como él?

—No hablo por vos, señorita, sino por vuestra amiga Cefisa, a quien habéis traído a la habitación del señor Filemón.

—A no ser por mí, ¿a dónde hubiera ido, mi buena madre Arsenia? Desde que prendieron a su amante no se ha atrevido a volver a la casa en que vivía, porque habían contraído algunas deudas. Viéndola angustiada le dije: «Vente a vivir a casa de Filemón; cuando vuelva veremos de arreglarlo de otro modo».

—¡Caramba señorita!, si estáis segura que el señor Filemón no se enfadará... enhorabuena.

—¿Enfadarse, y por qué?, ¿porque acabamos con su ajuar? ¡Cómo es tan grande! Ayer rompí la única taza que tenía, y mirad con qué tengo que venir a buscar hoy la leche.

Y riéndose descompasadamente, sacó Rosa Pompón por la abertura de su capa un brazo blanco y torneado, y enseñó a la madre Arsenia una de esas copas que se usan para el vino de Champagne, en las que cabe cerca de una botella.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la revendedora pasmada—, diríase que es un clarín de cristal.

—Es la gran copa con que condecoraron a Filemón cuando se recibió «barquero beberryón».

—Me avergüenzo de tener que ponerlos ahí la leche.

—Y yo, si encontrase alguno en la escalera, con esta copa en la mano que parece un cirio, se me escaparía la risa, y rompería la última pieza del bazar de Filemón, y luego me maldeciría.

—No hay miedo de que tropecéis con nadie, porque el del primero ya ha salido y el del segundo no madruga tanto.

—Ahora que hablamos de inquilinos ¿no hay un cuarto por alquilar en el segundo piso del patio? Me ha ocurrido que podía servir para Cefisa, cuando regrese Filemón.

—Sí, hay un mal cuarto a teja vana encima del aposento de aquel anciano misterioso.

—¡Ah! sí, el padre Carlomagno. ¿No sabéis nada más de él?

—No, señorita; esta mañana vino al amanecer, llamó a la ventana y me dijo: «¿Recibisteis ayer una carta para mí, querida señora?». No señor, le respondí. «Bien, bien, entonces no os incomodéis, mi querida señora, volveré a pasar» y se marchó.

—¿No duerme nunca en casa?

—Nunca: es probable que habite en otra parte, porque no viene aquí sino a pasar algunas horas cada cuatro o, cinco días.

—¿Y viene solo?

—Siempre.

—¿Estáis segura?, ¿no hace entrar por casualidad alguna que otra muchacha de tapadillo? Porque Filemón os despediría —dijo Rosa Pompón con aire de púdica castidad.

—¡El señor Carlomagno!, ¿en su casa una mujer? ¡Ah!, ¡el pobre hombre! si le vieseis con su sombrero grasiento, su levita vieja, su paraguas remendado y su aire bonachón... se parece más bien a un santo que a cualquiera otra cosa.

—Pero entonces, ¿qué puede venir a hacer solo durante tantas horas en ese miserable aposento del patio, en donde apenas se ve en medio del día?

—Es lo que muchas veces me digo, señorita, ¿qué puede hacer? porque venir para recrearse en sus muebles, no puede ser; todo lo que tiene en su cuarto se reduce a una cama de correas, una mesa, una estufa, una silla y un baúl viejo.

—Lo tiene arreglado a estilo de Filemón.

—Pues bien, con todo eso, señorita, tiene tanto miedo que entren en su cuarto, como si fuésemos ladrones y los muebles de oro macizo.

—¿Y decís que es ya de edad?

—De unos cincuenta a sesenta años.

—¿Y feo?

—Figuraos dos ojillos de víbora taladrados con un punzón, en un rostro pálido como el de un muerto, tan sumamente pálido, que hasta los labios son blancos, y ése es su rostro. Con respecto a su carácter, el buen anciano es tan político, que siempre se quita el sombrero y hace un gran saludo.

—¡Calla! ¡Nini Moulin! —exclamó Rosa Pompón interrumpiendo a la revendedora y mirando a la otra acera de la calle— ¡cómo madruga!, ¿qué me querrá? —Y Rosita se envolvió más púdicamente aún en su capa.

Efectivamente, Santiago Du Moulin se adelantaba con el sombrero inclinado sobre la oreja, y los ojos brillantes; llevaba un paletto-saco que marcaba la rotundidad de su abdomen, las manos metidas en los bolsillos de este traje, y en una de ellas un grueso bastón de estoque. Al entrar en la tienda, sin duda para informarse de la portera, divisó a Rosa Pompón.

—¡Cómo!, ¡mi pupila levantada ya!, ¡buenas estamos! ¡Yo que venía para bendecirla al presentarse la aurora! —Y Nini Moulin se adelantó con los brazos abiertos hacia Rosa Pompón, que retrocedió.

—¡Cómo niña ingrata! —exclamó el escritor religioso— ¿os negáis a admitir mi abrazo paternal?

—No acepto otros abrazos paternos que los de Filemón.

—Venía a proponeros que embellecieseis mi vida hoy, mañana y aun pasado, si el corazón os dice...

—Si son diversiones decentes y paternas, nunca dice mi corazón que no.

—Descuidad, seré con vos un abuelo, un retrato de familia. Veamos, paseo,

comida, teatro, baile de máscaras y cena, ¿os acomoda?

—Con la condición de que la pobre Cefisa nos acompañe: así podrá distraerse.

—Venga también Cefisa.

—¿Decidme, habéis heredado, apóstol gordo?

—Más aún, rosa la más graciosa entre las rosas. Soy redactor principal de un periódico religioso, y como es preciso que haya decoro en aquella respetable tienda, pido todos los meses una mesada adelantada y tres días de libertad; bajo esta condición me avengo en hacer el santo veintisiete días de los treinta que tiene el mes y a mantenerme grave como el periódico.

—¿Vos un periódico? Ése sí que será chusco y bailará solo sobre las mesas de los cafés los Pasos Velados.

—Sí, será chusco, pero no para todos. Lo costean ricos sacristanes, y no reparan en los gastos con tal que el periódico muerda, abrase, aplaste y anonade. ¡A fe mía que nunca me habré manifestado más furioso! —añadió Nini Moulin soltando una carcajada—. Rociaré las llagas con el veneno de mi «primera cosecha» o con mi leal «superior musgoso» —y Nini Moulin imitó el ruido que hace al saltar el corcho de una botella de vino de Champagne, lo cual hizo reír a Rosa Pompón.

Un cartero que entró en la tienda entregó una carta a la revendedora diciéndole:

—Para el señor Carlomagno: franca; nada tenéis que pagar.

—¡Calla! —dijo Rosa Pompón— es para el viejo misterioso que tiene tan singulares apariencias. ¿Viene de muy lejos?

—Ya lo creo, nada menos que de Italia, de Roma —dijo Nini Moulin mirando también la carta que la revendedora tenía en la mano—. Decidme —añadió— ¿qué viene a ser ese sorprendente vejete de que habláis?

—Figuraos, mi grueso apóstol —dijo Rosa Pompón— un buen anciano que tiene un aposento en el edificio del patio; que nunca duerme en él, y que sólo viene de vez en cuando a pasar algunas horas sin permitir que nadie entre en su cuarto.

—Es un conspirador o un monedero falso —contestó Nini Moulin riéndose.

—¡Pobre hombre! —dijo la madre Arsenia— ¿en dónde tendría su moneda falsa? siempre me paga en cobre el pan y los rábanos de que le procuro a su almuerzo, cuando lo hace.

—¿Y cómo se llama ese misterioso caduco? —interrogó Du Moulin.

—El señor Carlomagno —dijo la revendedora—. Pero mirad, cuando hablan del lobo, asoma la cola.

—¿Y en dónde está esa cola?

—¿No veis allá abajo aquel anciano que viene arrimado a las casas, caminando con el paraguas debajo del brazo?

—¡El señor Rodin! —exclamó Nini Moulin retrocediendo bruscamente y bajando los tres escalones de la tienda para que no le viese, y añadió—: ¿Y decís que ese señor se llama?

—Carlomagno. ¿Le conocéis acaso? —preguntóle la revendedora.

—¿Qué diablos vendrá a hacer aquí bajo un nombre falso? —se decía Santiago Du Moulin.

—¿Pero le conocéis? —añadió Rosa Pompón impaciente.

—¿Y ese señor tiene para descansar un aposento en esta casa, al que viene misteriosamente? —dijo Santiago Du Moulin cada vez más sorprendido.

—Sí —contestó Rosa Pompón— desde el palomar de Filemón se ven sus ventanas.

—Pronto, pronto, metámonos por el pasadizo, para que no me vea —dijo Du Moulin. Y pasando sin que Rodin lo notase de la tienda al pasadizo, subió la escalera que conducía al aposento de Rosa Pompón.

—Buenos días, señor Carlomagno —dijo la madre Arsenia a Rodin que se presentó en el umbral de la puerta—. Sea enhorabuena, por dejaros ver dos veces en un día: vuestras visitas son tan escasas...

—Sois muy buena, mi querida señora —dijo Rodin haciéndola un saludo muy político, y entrando en la tienda de la revendedora.

LXXXII

La guarida

La fisonomía de Rodin al entrar en la cueva de la madre Arsenia, manifestaba la más cándida sencillez; apoyando ambas manos en el puño de su paraguas, le dijo:

—Siento mucho, mi querida señora, el haberos despertado tan temprano esta mañana.

—No venís sino muy rara vez, para que tenga por lo que quejarme.

—¡Qué queréis, mi querida señora! vivo en el campo, y no puedo venir sino algún día que otro a mi aposento para arreglar mis asuntos.

—Ahora que hablamos de esto: la carta que esperabais ayer me la han entregado esta mañana. Aquí la tenéis.

—Gracias, mi querida señora —dijo Rodin tomando la carta con aparente indiferencia.

—¿Subiréis a vuestro cuarto, señor?

—Sí, mi querida señora.

—Entonces os prepararé vuestras provisiones —dijo la madre Arsenia—. ¿Cómo de costumbre, mi digno señor?

—Siempre lo mismo.

—En un abrir y cerrar de ojos estará pronto. —Y tomando la revendedora un viejo cesto echó en él tres o cuatro pedazos de zumaque para quemar, sacó de un baúl un pan grande y redondo, cortó una rebanada, y escogiendo un magnífico rábano, lo dividió en dos, hizo en él un agujero que llenó de sal negra, y volviendo a unir los dos pedazos los colocó con mucho cuidado al lado del pan, puso en una concha algunas brasas de su hornillo, cubriólas con ceniza, y poniéndola también en el cesto, subió la madre Arsenia las tres gradas de su escalera diciendo a Rodin—: Señor, aquí tenéis vuestro cesto.

—Mil gracias, dentro de un rato, os devolveré vuestro cesto, como de costumbre.

—A vuestra disposición —contestó la madre Arsenia.

Rodin sacó del bolsillo una llave con la que abrió la primera puerta que volvió a cerrar con mucho cuidado. En el primer cuarto no se veía ningún mueble, y en cuanto al segundo, difícil sería imaginarse otro de aspecto más triste y miserable.

Después de haber cerrado la puerta, puso en el suelo el cesto, sacó el pan y el rábano, que colocó sobre la mesa, y arrodillándose delante de la estufa, la atestó de combustibles, encendiéndole con las brasas de la concha que soplaba con su robusto y poderoso pulmón. Cuando la estufa estuvo encendida, Rodin corrió los pañuelos sobre el bramante, y creyéndose a cubierto de las indiscretas miradas, sacó del bolsillo de su levita la carta que le había entregado la madre Arsenia, y con ella

diferentes papeles y objetos; uno de aquellos papeles, sucio y ajado, doblado como un paquetito, que al caer sobre la mesa se abrió, encerraba una cruz de la Legión de Honor de plata ennegrecida por el tiempo; la cinta encarnada casi había perdido el color.

Después de un momento de reflexión, disponíase a romper el sello, cuando la arrojó bruscamente sobre la mesa, como si, por un extraño capricho, quisiese prolongar por algunos momentos la angustia de una terrible incertidumbre, tan fuerte como la emoción del juego.

Se tendrá presente que al principio de esta historia, cuando Rodin escribía a Roma que el Padre d'Aigrigny, habiendo recibido la orden de salir de Francia sin ver a su madre moribunda, «había» titubeado en partir, Rodin añadió a modo de posdata al pie de la carta que denunciaba al general de la orden la duda del Padre d'Aigrigny: «Decid al cardenal príncipe que puede contar conmigo, pero que en cambio me sirva con actividad».

Después de algunos momentos Rodin volvió a acercarse lentamente a la mesa en que estaba la carta, que a pesar de su gran curiosidad, había dejado de abrir por una especie de capricho supersticioso. Hizo metódicamente los preparativos de su frugal almuerzo, arregló sobre la mesa el pan y rábano, al lado de un tintero con plumas; sentóse en el taburete con la estufa casi entre las piernas, sacó del bolsillo una navaja con mango de cuerno, cuya hoja afilada había ya perdido sus tres cuartas partes; cortó alternativamente un pedazo de pan y otro de rábano y dio principio a su frugal desayuno con buen apetito. Terminado el desayuno, Rodin rompió con mano trémula el sobre, que encerraba dos cartas. De la primera pareció quedar medianamente satisfecho, porque al cabo de algunos minutos, encogióse de hombros, dio un golpe en la mesa con el mango de su navaja, y desvió la carta desdeñosamente con el reverso de su mano grasienta; recorriendo la segunda misiva, la mano perdió de pronto su movimiento; a medida que leía, Rodin parecía interesarse y sorprenderse cada vez más.

Levantóse al fin bruscamente acercándose a la ventana, como para asegurarse por medio de un segundo examen que las cifras de la carta decían lo que había leído; tan inesperado le parecía lo que le anunciaban. Sin duda Rodin se convenció de que «había descifrado bien», porque dejó caer los brazos, no con abatimiento, sino con el pasmo de una satisfacción tan imprevista como extraordinaria, permaneciendo largo rato con la cabeza baja y la vista fija; la única señal que daba de alegría manifestábase con una aspiración sonora, frecuente y prolongada.

Pasada su primera impresión, que no era otra cosa que una especie de modestia de ambición, una desconfianza de sí mismo, bastante común en los hombres verdaderamente superiores, Rodin consideró las cosas con más lógica serenidad, echándose en cara su sorpresa.

Rodin colocó la carta delante para volverla a leer, y fijando en ella la vista, empezó a morder con una especie de alegre furor su pan duro y su rábano, entonando

unas antiguas letanías.

* * *

Era extraña, grande y sobre todo imponente esta grande ambición, ya casi justificada por los acontecimientos, y encerrada, por decirlo así, en una miserable guardilla. El Padre d'Aigrigny, si no de gran capacidad, a lo menos de un valor verdadero, de elevada cuna, orgulloso, admitido entre la sociedad más escogida, nunca se hubiera atrevido a abrigar la idea de pretender lo que Rodin quería de golpe; la única del Padre d'Aigrigny, y aun la miraba como imposible, era llegar algún día a ser elegido general de su Orden, de aquella sociedad que abarcaba el mundo.

Durante la escena muda que acabamos de describir, Rodin no había notado que las cortinas de una de las ventanas del tercer piso del edificio que dominaba el suyo se habían separado, dejando ver a medias la carilla traviesa de Rosa Pompón y el rostro de Sileno de Nini Moulin. De consiguiente, Rodin, a pesar de su parapeto de pañuelos, no se había librado del examen indiscreto de los dos corifeos del Tulipán borrascoso.

Una visita inesperada

Si bien Rodin había experimentado gran sorpresa al leer la segunda carta de Roma, no quiso manifestarla en su respuesta. Terminado su frugal desayuno, tomó un pliego de papel, y extendió con presteza la nota siguiente, en aquel estilo rudo y conciso que le era natural cuando no se veía precisado a disimular:

Lo que se me dice no me sorprende. Todo lo había previsto. La indecisión y la cobardía causan siempre estos resultados. No es bastante. La herética Rusia degüella la Polonia católica. Roma bendice a los asesinos y maldice a las víctimas.

Esto me acomoda.

La Rusia, en cambio, garantiza a Roma por medio de Austria la sumisión sangrienta de los patriotas de la Romana.

Eso también me acomoda.

Las bandas de asesinos del buen cardenal Albay no son suficientes ya para dar cuenta de los impíos liberales; están cansadas.

Esto ya no me acomoda. Es preciso que continúen.

Cuando Rodin escribía estas últimas palabras, llamó su atención la voz fresca y sonora de Rosita Pompón, que, sabiendo de memoria a Beranger, había abierto la ventana de Filemón, y sentada sobre el poyo, cantaba con gracia una copla del inmortal cancionero en que ensalzaba y glorificaba la infinita bondad del Ser Supremo.

Aquella canción de divina mansedumbre, contrastaba de un modo tan singular con la fría crueldad de las líneas que Rodin había escrito, que no pudo menos de morderse los labios de rabia, reconociendo aquella copla del célebre poeta, verdaderamente cristiano, que tan fuertes sacudidas había dado a la Iglesia. Rodin esperó algunos momentos con irritada impaciencia, creyendo que la cantora seguiría; pero Rosa Pompón se calló o a lo menos no hizo más que seguir el aire entre dientes y luego pasó a otro, el del «Buen Papá», que entonó, pero sin decir la letra.

No atreviéndose Rodin a mirar por la ventana para cerciorarse de quién era esta importuna cantora, encogiéndose de hombros, y volviendo a tomar la pluma continuó:

Otra cosa: Sería preciso exasperar a los independientes de todos los países, desencadenar la rabia filosófica de la Europa, hacer bramar al liberalismo, amotinar contra Roma a todo el que vocifera. Para lograrlo: proclamar a la faz del mundo las tres proposiciones siguientes:

1. Es abominable sostener que se puede conseguir la salvación en cualquiera profesión de fe, con tal que las costumbres sean puras.

2. Es odioso y absurdo el conceder a los pueblos la libertad de conciencia.

3. Jamás se mirará con demasiado horror la libertad de la prensa.

Es preciso hacer que el «hombre débil» declare sus proposiciones enteramente ortodoxas, ponderarle su

buen resultado sobre los gobiernos déspotas, los verdaderos católicos y los domadores del pueblo. Caerá en el lazo, y una vez formuladas las proposiciones, estallará la tempestad. Sublevación general contra Roma, escisión violenta, el sagrado colegio se divide en tres partidos; el uno aprueba; el otro inculpa, el tercero tiembla. El «hombre débil», más asustado aún de lo que lo está en el día por haber permitido devastar la Polonia, retrocede ante los clamores, las reconvenções, las amenazas y los terribles rompimientos que produce.

Esto me acomoda siempre y mucho.

Entonces a nuestro venerado P. toca alarmar la conciencia «del hombre débil», inquietar su imaginación, asustar su alma.

En resumen: abrumarle a disgustos, dividir su consejo, aislarle, espantarlo, avivar el feroz ardor del buen Albani, despertar el apetito de los Sanfedistas, darles liberales con que satisfacer su hambre, saqueo, violación, matanza como la de Cesena, verdadera marea ascendente de sangre: el «hombre débil» se aburrirá, ¡tanta mortandad en su nombre! retrocederá... retrocederá... cada día tendrá sus remordimientos, cada noche su temor, cada minuto su angustia, y la abdicación con que ya amenaza llegará al fin quizás demasiado pronto. Es el único peligro en la actualidad; a vos toca prevenirlo. En caso de abdicación... el gran penitenciario ya me ha comprendido. En vez de confiar a un «general» el mando de nuestra Orden, la mejor milicia de la Santa Sede, yo mismo la mando. Desde aquel momento ya no me da cuidado. Ejemplo: «Los genízaros y las guardias pretorianas, siempre fueron funestas a la autoridad»; ¿la causa? porque pudieron organizarse como defensores del poder sin necesitarle: de aquí su poderío de intimidación.

¿Clemente XIV? un tonto. Ajar, abolir nuestra compañía... absurdo. Defenderla, declararla inocente, hacerse su general, esto es lo que debiera haber hecho. La Compañía, una vez en sus manos, se avenía a todo; nos absorbía, nos enfeudaba a la Santa Sede, que no tendría que temer... «nuestros servicios». Clemente XIV murió de un cólico. Al buen entendedor pocas palabras. En «caso de mal éxito», no sería ésa la muerte que a mí me tocaría.

Nunca he estado más persuadido del buen éxito que en este momento. Mayor motivo para no descuidar nada. Los presentimientos exigen mayor celo. Ayer me ha ocurrido una idea nueva. Obraremos aquí de acuerdo. Acabo de fundar un periódico ultra católico: «El Amor al Próximo». Por su furia tiránica, liberticida, se le creará órgano de Roma. Confirmaré estas sospechas, lo que aumentará el encono.

Esto me acomoda.

Para resumirlo en dos palabras: «El objeto», es la abdicación; «el medio», hostigar y atormentar sin treguas. La herencia de Rennepont paga la elección. Precio hecho, mercancía vendida.

Interrumpió Rodin bruscamente su escritura, pues le pareció haber oído algún ruido en la puerta del cuarto que daba a la escalera, escuchó, contuvo la respiración, pero como nada oyese, creyó haberse equivocado, y tomó otra vez la pluma.

Me encargo del asunto de Rennepont, único eje de nuestras combinaciones «temporales»; es preciso refundirlo, sustituir el juego de intereses, el resorte de las pasiones, a los estúpidos golpes del Padre d'Aigrigny; por poco lo echa todo a rodar; con todo, reúne algunas excelentes cualidades, tiene mundo, seducción, golpe de vista, pero una sola tecla; además no es bastante grande para saber hacerse el pequeño.

Las noticias falsas. Hay más de doscientos millones; «si la eventualidad tiene buen resultado», lo dudoso es seguro; queda una inmensa latitud. El negocio de Rennepont a estas horas me interesa doble; antes de tres meses esos doscientos millones serán «nuestros» por la libre voluntad de los herederos; es necesario porque si esto me saliese fallido, el partido «temporal» se me escapa, las probabilidades disminuyen por mitad. Pido amplios poderes; el tiempo urge; entre tanto obro como si los tuviese. Para mis proyectos me es indispensable una noticia; la espero de vos; «me es precisa», ¿lo comprendéis? la grande influencia de vuestro hermano en la corte de Viena podrá serviros.

Acababa Rodin de cerrar esta carta bajo un doble sobre, cuando le pareció oír otra vez ruido en la escalera. Escuchó; después de algunos minutos de silencio, resonaron varios golpes dados a la puerta. Rodin se estremeció; era la primera vez que llamaban a ella desde que tenía alquilado aquel cuarto, hacía cosa de un año.

En la parte de afuera continuaban llamando con impaciencia. Rodin cogió con

una mano el cesto de la revendedora, su paraguas debajo del brazo, y algo intranquilo fue a ver quién era el indiscreto visitador. Abre la puerta y se halla cara a cara con Rosa Pompón, la importuna cantora, que haciéndole una cortés y graciosa reverencia, le preguntó con aire franco.

—¿El Sr. Rodin?

LXXXIV

Un servicio de amigo

Rodin, a pesar de su sorpresa e inquietud, no pestañeó; cerró tras sí la puerta, notando la ojeada curiosa de la joven, y le dijo en tono agradable:

—¿Por quién preguntáis, querida mía?

—Por el Sr. Rodin —respondió Rosa Pompón coquetamente, abriendo mucho sus grandes ojos azules y mirando a Rodin cara a cara.

—No es aquí —dijo éste disponiéndose a bajar la escalera— no conozco... Mirad en otra habitación.

—¡Ésta sí que es buena! ¡Qué bien cuadra a vuestra edad el hacer el chusco! —dijo Rosa Pompón encogiéndose de hombros— como si no se supiese que os llamáis el Sr. Rodin.

—Carlomagno —dijo el «socius» inclinándose— Carlomagno, para serviros, si de ello soy capaz.

—No sois capaz. ¿Es decir que andamos de tapadillo, cuando mudamos de nombre? ¿Recelamos que mamá Rodin nos siga los pasos?

—Mirad, hija mía —la dijo el «socius» sonriéndose con aire bondadoso— no os dirigís mal; soy un anciano que aprecia mucho a la juventud... a la juventud alegre. Por eso, divertíos, aunque sea a costa mía... pero dejadme pasar, porque estoy de prisa. —Y Rodin quiso escurrirse.

—Señor Rodin —dijo Rosa Pompón gravemente—, tengo cosas muy importantes que comunicaros, y consejos que pediros sobre un asunto muy grave.

—Decid, loquilla, ¿no tenéis en vuestra casa ninguna persona a quien atormentar, que venís a buscarla aquí?

—Sí vivo en esta casa, señor Rodin —contestó Rosa Pompón recalando maliciosamente el nombre de su víctima.

—¿Vos?, ¡ah! no sabía que tenía tan buena vecindad.

—Sí; ya hace seis meses que vivo aquí, señor Rodin.

—¡Es posible!, ¿y en dónde?

—En el tercer piso que da a la calle.

—¿Erais vos la que hace poco cantaba con tanta gracia?

—Sí, señor Rodin.

—Os aseguro que me habéis dado un rato muy agradable.

—Sois muy bueno, señor Rodin.

—¿Supongo que vivís con vuestra respetable familia?

—Ya lo creo, señor Rodin. Vivo con el abuelo Filemón y la abuela Bacanal. Nada menos que una reina.

Rodin hasta entonces había estado sumamente inquieto, no sabiendo de qué modo Rosa Pompón estaba enterada de su verdadero apellido; pero oyendo nombrar a la «Reina Bacanal» y sabiendo que vivía en aquella casa, le miró como una compensación de la inoportuna visita de Rosa Pompón, pues le interesaba mucho saber en dónde paraba la «Reina Bacanal», querida de «Duerme en cueros» y hermana de la Gibosa; esta joven tildada de peligrosa desde su entrevista con la superiora del convento y de la parte que había tenido en los proyectos de fuga de la señorita de Cardoville. Además Rodin confiaba, por lo que acababa de saber y conseguir diestramente que Rosa Pompón le confesase el nombre de la persona que le había dicho que el señor Carlomagno se llamaba señor Rodin. Así es que no bien la joven pronunció el nombre de la «Reina Bacanal», cuando juntando Rodin las manos, aparentó sorpresa e interés.

—¡Ah! mi querida hija —exclamó—, os pido que hablemos formalmente. ¿Por casualidad aludiríais a una joven que tiene este sobrenombre y que es hermana de una costurera contrahecha?

—Sí, señor; la «Reina Bacanal» es sobrenombre —dijo Rosa Pompón también asombrada—; se llama Cefisa Soliveau; es mi amiga.

—¡Ah!, ¿es vuestra amiga? —dijo Rodin reflexionando.

—Sí, señor, mi amiga íntima.

—¿Y la queréis?

—Como a una hermana. ¡Pobre muchacha! Hago por ella lo que puedo, aunque no es mucho. ¿Pero cómo un hombre de vuestros años conoce a la «Reina Bacanal»? ¡Ah!, ¡ah!, ¡eso prueba que mudáis de apellidos!

—¡Mi querida hija! ahora no estoy para bromas —dijo Rodin de un modo tan triste que Rosa Pompón se arrepintió de su chanza, y le dijo:

—¿Cómo conocéis a Cefisa?

—¡Ay!, ¡no es a ella a quien conozco, sino a un buen muchacho que la ama como un loco!

—¿Santiago Rennepont?

—Conocido por «Duerme en cueros». Ahora está en la cárcel por deudas —añadió Rodin dando un suspiro—. Ayer le vi.

—¿Le visteis ayer? ¡Qué casualidad! —dijo Rosa Pompón batiendo las palmas—. Vamos, venid, conmigo al cuarto de Filemón para dar a Cefisa noticias de su amante: ¡está tan desconsolada!

—Mi querida hija, bien quisiera poderle dar buenas noticias de ese buen muchacho, a quien aprecio a pesar de sus locuras, porque ¿quién es el que no ha hecho travesuras? —añadió Rodin con bondadosa indulgencia.

—¡Caramba! —dijo Rosa Pompón con un meneo de caderas como si aún estuviese en traje de carretero.

—Más diré —añadió Rodin— le aprecio por sus mismas locuras; porque digan lo que quieran, mi querida hija, hay un buen fondo, un buen corazón, alguna cualidad

recomendable, en los que gastan su dinero obsequiando a los demás.

—¡Ah! ya veo que sois un buen hombre —dijo Rosa Pompón, satisfecha de la filosofía de Rodin—. ¿Pero por qué no queréis venir a ver a Cefisa para hablarle de Santiago?

—¿Qué adelantaría con que le repitiese lo que ya sabe, el encarcelamiento de Santiago? Lo que quisiera, es sacar a este pobre muchacho del aprieto en que permanece.

—¡Eh, señor, hacedlo! sacad a Santiago de la cárcel —exclamó con viveza Rosa Pompón— y Cefisa y yo os abrazaremos.

—Sería un bien perdido, loquilla —contestó Rodin sonriéndose—; pero tranquilizaos, no necesito recompensa para hacer bien cuando está en mi mano.

—Según eso, ¿esperáis sacarle de la cárcel?

Rodin meneó la cabeza y contestó con aire apesadumbrado:

—Confiaba... seguramente... confiaba... pero ahora, ¿qué queréis? todo ha cambiado.

—¿Y por qué?

—Esa burla que me hacéis llamándome Sr. Rodin, debe pareceros muy divertida, mi querida hija; conozco que no sois más que un eco... alguno os habrá dicho: «Id a decir al señor Carlomagno que se llama el Sr. Rodin... esto será muy divertido».

—Verdad es que nunca me hubiese ocurrido el llamaros señor Rodin; nadie inventa nombres semejantes.

—¡Pues bien! esa persona, con sus chanzas pesadas, ha causado sin querer un gran daño al pobre Santiago Rennepont...

—¡Ay, Dios mío!, ¡y todo consiste en haberos llamado señor Rodin en lugar de señor Carlomagno! —exclamó Rosa Pompón contristada, arrepintiéndose entonces de la chanza a que le había instigado Nini Moulin—. Pero en fin, señor —prosiguió—, ¿qué hay de común entre esa chanza y el favor que pensáis hacer a Santiago?

—No me es dado decíroslo, mi querida hija. A fe mía, me es muy sensible todo esto por el infeliz Santiago; creedme, pero dejadme pasar.

—Señor, os suplico que me escuchéis —dijo Rosa Pompón—; ¿si os dijese el nombre de la persona que me ha inducido a llamaros señor Rodin, os interesaríais por Santiago?

—No trato de sorprender los secretos de nadie; en esto habéis sido el juguete o el eco de personas quizá muy peligrosas, y os aseguro que a pesar de lo mucho que me intereso por Santiago Rennepont, no conviene a un pobre hombre como yo el crearse enemigos. ¡Dios me guarde de semejante cosa!

Rosa Pompón no penetraba los temores de Rodin, pero creía en ellos, por lo cual, después de algunos momentos de reflexión la joven le dijo:

—Mirad, señor, esto para mí es bastante intrincado, y no puedo comprenderlo: pero lo que os diré, es que me desespera haber perjudicado a ese pobre muchacho por una chanza; voy, pues, a deciros claramente lo que hay; quizá mi franqueza os sea de

alguna utilidad...

—La franqueza regularmente aclara las cosas más enmascaradas —dijo sentenciosamente Rodin.

—Al cabo —dijo Rosita Pompón—, peor para Nini Moulin. ¿Para qué hacerme decir tonterías que podían perjudicar al amante de la pobre Cefisa? Esto es lo que ha pasado: Nini Moulin, un farsante gordo, no hace mucho que os vio en la calle; díjole la portera que os llamabais el señor Carlomagno, y él me aseguró que vuestro verdadero nombre era Rodin, y que debíamos jugaros una chanza: «Id allá, Rosita Pompón, llamad a la puerta y preguntad por el señor Rodin. Veréis qué cara pone». Prometíle que no le nombraría; pero ya que esto pudiera perjudicar a Santiago... peor para él, le nombro.

Rodin no pudo dominar un ademán de sorpresa al oír el apellido de Nini Moulin. Este libelista, a quien había encargado la redacción de «El Amor al Próximo», no era temible, pero sí muy charlatán y expansivo cuando había bebido; de modo que podía estorbarle, particularmente si Rodin, como era muy probable, tenía que venir algunas veces a esta casa para poner en planta sus proyectos con relación a «Duerme en cueros», valiéndose de la «Reina Bacanal».

El «socius» decidió remediar este inconveniente.

—Según eso, mi querida hija —dijo a Rosita Pompón—, ¿es un tal señor Desmoulins quien os indujo a jugarme esta mala pasada?

—No Desmoulins, sino Du Moulin —respondió Rosita Pompón—, que escribe en los diarios de los sacristanes y defiende a los devotos por el dinero que le dan; porque si Nini Moulin es un santo, sus patronos son «San Sediento» y «San Tramposo», como él dice.

—Ese señor me parece muy alegre. ¡Oh!, ¡muy buen muchacho! Escuchad, escuchad —añadió Rodin como si le acudiese de pronto una idea—; ¿no es un hombre de treinta y seis a cuarenta años, gordo... de rostro encendido?

—Colorado como un vaso de vino tinto —dijo Rosa Pompón—; y además la nariz granulosa como una frambuesa.

—Él es... el señor Du Moulin ¡oh! entonces me tranquilizáis enteramente, mi querida hija; ya no me da cuidado esa chanza; es un hombre ese señor Du Moulin, aunque quizá demasiado aficionado a divertirse.

—¿Con qué procuraréis ser útil a Santiago? ¿La chanza tonta de Nini Moulin no servirá de impedimento?

—Confío que no.

—Decidme, ¿será preciso que oculté a Nini Moulin que vos sabéis que él es el que me indujo a que os llamase señor Rodin?

—¿Con qué objeto? En todas las cosas, mi querida hija, debe decirse francamente la verdad.

—Pero señor, Nini Moulin me ha encargado mucho que no le nombrase...

—Si lo habéis hecho, ha sido con motivo; ¿por qué no decírselo?... Pero esto, mi

querida hija, a vos os concierne y no a mí. Haced lo que queráis.

—¿Y podré decir a Cefisa lo que pensáis hacer por Santiago?

—Franqueza, mi querida hija, franqueza siempre. Nada se aventura en decir la verdad.

—¡Pobre Cefisa, qué alegre se pondrá! —dijo con viveza Rosa Pompón.

—Pero es preciso que no confíe demasiado en su felicidad. Lo que prometo es un corto socorro que vuestra amiga recibirá hoy mismo, para que no le falten los medios de vivir honradamente; y si tiene juicio, más adelante veremos.

—¡Ah! señor, no sabéis cuán a tiempo llegáis... para proteger a esa pobre Cefisa. Diríase que sois un ángel tutelar. A fe mía, que os llaméis señor Rodin o señor Carlomagno, lo que puedo jurar es que sois un excelente...

—Ya veis, querida hija, que tenía razón en deciros: cabecita loca, buen corazón. Adiós, hasta la vista —y cogiendo Rodin su cesto que había puesto en el suelo al lado de su paraguas, dispúsose a bajar la escalera.

—Mirad, ¿veis arriba, en el tercer piso una cara como una luna, pegada contra los vidrios? —dijo Rosita Pompón a Rodin parándose en medio del patio—, es Nini Moulin. ¿Le reconocéis? ¿Es el mismo que pensabais?

—El mismo —dijo Rodin después de haber fijado la vista en la ventana y hecho con la mano un saludo afectuoso a Santiago Du Moulin, que sorprendido, se retiró súbitamente.

—¡Pobre muchacho! Estoy seguro que me tiene miedo por su chanza pesada —dijo Rodin sonriendo—, y hace muy mal. —Al pronunciar estas últimas palabras mordióse Rodin siniestramente los labios sin que Rosa Pompón lo notase.

—Ahora, mi querida hija —díjole cuando entraron en el pasadizo—, ya no necesito de vuestro apoyo; subid pronto a dar a vuestra amiga las buenas noticias que tenéis.

—Sí, señor, tenéis razón; porque ya estoy deseando manifestarle lo bueno que sois.

Y Rosa Pompón echó a correr hacia la escalera.

* * *

Ahora conduciremos al lector a la enfermería del doctor Baleinier, en donde se hallaba aún encerrada la señorita de Cardoville.

Los consejos

Adriana de Cardoville se hallaba encerrada en la enfermería del doctor Baleinier, y aun con mayores precauciones, desde la tentativa nocturna de Agrícola y Dagoberto, de cuyas resultas fue herido éste de gravedad, y gracias a la valiente adhesión de su hijo, ayudado del heroico «Malasombra», pudo salvarse por la puertecita del jardín del convento y huir por el baluarte exterior con el joven herrero.

Las cuatro acababan de dar; desde el día anterior se hallaba Adriana en un cuarto del segundo piso de la enfermería. La joven, desde su entrevista con la Gibosa, esperaba de un momento a otro verse en libertad, por la intervención de sus amigos; pero afligíale una dolorosa inquietud por la suerte de Agrícola y Dagoberto. Estos nuevos incidentes aumentaban aún más los resentimientos que Adriana abrigaba contra la princesa de Saint-Dizier, el Padre d'Aigrigny y sus secuaces.

Sentada delante de una mesita, hojeaba un libro, cuando la puerta se abrió y entró en el cuarto del doctor Baleinier.

Ya dijimos que el doctor, jesuita de traje corto, instrumento dócil y pasivo de las voluntades de la Orden, no estaba sino medio enterado de los secretos del Padre d'Aigrigny y de la princesa de Saint-Dizier.

Al ver al doctor, la señorita de Cardoville no pudo disimular la aversión que aquel hombre le inspiraba. Mr. Baleinier, por el contrario, siempre risueño y amable, se acercó a Adriana con despejo y suma confianza, paróse a dos pasos de ella como para examinar atentamente las facciones de la joven, y dijo, cual si estuviese satisfecho de las observaciones que acababa de hacer:

—¡Vamos! los desgraciados acontecimientos de ayer noche no tendrán tan malos resultados como presumía. Hay mejoría, el color es más natural, los ademanes más tranquilos, los ojos se conservan aún algo vivos, pero ya no brillan con aquel resplandor poco común.

La señorita de Cardoville no pudo menos de decirle, con sonrisa de amargo desprecio:

—¡Qué desvergonzada es vuestra probidad! ¡Qué descarado vuestro celo para ganar bien el dinero que os dan!

—¡Ay! —dijo el doctor en tono conmovido— ¡siempre la misma idea de figuraros que no necesitabais de mis cuidados!

—Así lo creo; sí, acércase el día en que seréis «juzgado como debéis serlo».

—¡Siempre esa otra idea! —dijo el doctor con una especie de conmisericordia—. Vamos, sed razonable.

—¡Que renuncie a pedir a los tribunales reparación para mí y baldón para vos y

vuestros cómplices! Nunca, señor, ¡oh! nunca.

—¡Bueno! —dijo el doctor encogiéndose de hombros—, cuando os halléis fuera de aquí, a Dios gracias, tendréis que ocuparos de otras cosas... mi bella enemiga.

—¿De qué cosas?

—Trátase de dos pobres diablos que, enviados sin duda por los que se titulan amigos vuestros, se introdujeron la otra noche en el vecino convento, y de allí pasaron a nuestro jardín. Los tiros que oísteis fueron dirigidos a ellos.

—¡Ay! ya lo presumía. ¡Y no han querido decirme si habían sido heridos! —dijo Adriana con dolorosa emoción.

—El uno de ellos lo fue, aunque no de gravedad, pues se hallaba en estado de poder caminar y logró escapar a las persecuciones de nuestra ronda.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la señorita de Cardoville juntando las manos.

—Loable es por cierto vuestra alegría al saber que se han salvado; pero ¿por qué singular contradicción deseáis ahora que la justicia siga sus huellas? ¡Extraño modo, en verdad, de reconocer su adhesión!

—¿Qué decís, señor? —preguntó Adriana.

—Porque, en fin, si los prenden —contestó el doctor Baleinier sin contestarle— como son reos de escalamiento y fractura a deshora de la noche, irían a galeras...

—¡Cielos!, ¡y por mí!

—Por vos sería; y lo peor es que vos misma, sin querer, los condenaríais.

—¡Ah, señor, sería horrible! No es posible.

—Al contrario, muy posible —contestó el doctor—. Mientras yo y la superiora del convento, que al cabo somos los únicos que tendríamos derecho para quejarnos, no queremos sino ocultar este desagradable asunto, vos, por quien esos desgraciados han aventurado el ir a galeras, vos seríais la que los entregase en manos de la justicia.

Si bien la señorita de Cardoville no daba mucho crédito a lo que decía el jesuita de traje corto, conocía con todo que la clemencia con que estaban dispuestos a tratar a Dagoberto y a su hijo, dependía del partido que ella abrazase de reclamar o no de la justicia una venganza legítima. Efectivamente, Rodin, cuyas instrucciones seguía el doctor sin saberlo, era demasiado listo para mandar que dijese a la señorita de Cardoville: «Si entablas alguna queja, denunciaremos a Dagoberto y a su hijo».

—Pero, en fin —exclamó ésta sin poder reprimir su turbación— suponiendo que me halle dispuesta, sea cual fuere el motivo, a no entablar ninguna queja, olvidado el mal trato que he recibido, ¿cuándo saldré de aquí?

—Nada puedo afirmar, porque me es imposible saber a punto fijo cuándo estaréis curada radicalmente —dijo el doctor con benignidad—. Os halláis en buena senda, pero...

—¡Siempre la misma farsa insolente y estúpida! —exclamó la señorita de Cardoville interrumpiendo al doctor con indignación—. Os pregunto, y si preciso es, os suplico, que me digáis cuánto tiempo debo permanecer aún secuestrada en esta horrible casa, porque, en fin, supongo que saldré algún día.

—Seguramente, yo también lo creo así —contestó el jesuita de traje corto con tono compungido—, pero cuando os digo que lo ignoro...

Oyéronse en aquel momento pasos precipitados en la pieza contigua, y entró en el cuarto una guardiana de la casa, después de haber llamado.

—Señor —dijo al doctor con aire azorado—, abajo hay dos señores que desean veros al momento y también a la señorita.

Adriana levantó la cabeza, y abundantes lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Cómo se llaman? —dijo el doctor muy sorprendido.

—Uno de ellos me dijo: «Id a prevenir al señor doctor que soy magistrado, y vengo aquí a ejercer una misión judicial respecto a la señorita de Cardoville».

—¡Un magistrado! —exclamó el jesuita de traje corto, encendiéndosele el rostro y no pudiendo ocultar su sorpresa e inquietud.

—¡Ah!, ¡alabado sea Dios! —exclamó Adriana levantándose con viveza, y radiante el rostro de esperanza al través de sus lágrimas—. ¡Mis amigos han recibido mi aviso a tiempo! ¡La hora de la justicia ha llegado!

—Rogad a esas personas que suban —dijo el doctor Baleinier a la guardiana después de un momento de reflexión. En su fisonomía se leía su emoción creciente, y acercándose a Adriana con aire duro, casi amenazador, que contrastaba con la acostumbrada suavidad de su hipócrita sonrisa, la dijo en voz baja:

—¡Cuidado, señorita!, ¡no os alegréis antes de tiempo!

—Ahora ya no os temo —contestó la señorita de Cardoville, cuyas miradas manifestaban su júbilo—. Sin duda el señor de Montbron ha vuelto a París, y enterado de lo que pasa viene con un magistrado para librarme —y añadió con acento de amarga ironía—: Os compadezco, señor, a vos y a los vuestros.

—Señorita —exclamó Baleinier—, os lo repito, mirad lo que hacéis.

—Aquí está el magistrado —dijo el doctor Baleinier oyendo pasos—. ¡Cuidado!

Abrióse la puerta, y con indecible sorpresa del doctor, presentóse Rodin, acompañado de un hombre vestido de negro, de fisonomía respetable y severa.

Rodin, en apoyo de sus proyectos y por motivos de astuta prudencia, en vez de prevenir al Padre d'Aigrigny y por consiguiente al doctor de la visita inesperada que pensaba hacer a la enfermería con un magistrado, había, por el contrario, como ya hemos dicho, mandado dar orden al doctor de encerrar con más rigor a la señorita de Cardoville. Así es que no debe extrañarse la sorpresa del doctor al ver al empleado judicial, cuya presencia imprevista e imponente fisonomía le daba que pensar, acompañado de Rodin, el humilde y oscuro secretario del abate d'Aigrigny.

Vestido Rodin siempre del mismo modo, paróse a la puerta, y con un ademán respetuoso y compasivo indicó al magistrado la señorita de Cardoville. Y mientras este último, que no pudo menos de hacer un movimiento de admiración al ver la gran belleza de Adriana, parecía examinarla con sorpresa e interés, el jesuita retrocedió modestamente algunos pasos. El doctor, que no sabía lo que le pasaba, confiado en que Rodin lo entendería, hízole varias señas de inteligencia, procurando interrogarle

sobre la imprevista llegada del magistrado, pero quedó aún más sorprendido cuando observó que Rodin aparentaba no conocerle ni entender su expresiva pantomima, y le consideraba con afectado pasmo. Impaciente el doctor, emprendió de nuevo sus mudas preguntas, y acercándose Rodin, alargó su torcido pescuezo y dijo en voz alta:

—Desde que hemos llegado, el señor doctor me hace toda clase de señas misteriosas: supongo que tendrá algo muy importante que comunicarme. Como no me gustan los secretos, le suplico que lo diga sin rodeos.

Esta respuesta que el doctor Baleinier no esperaba, pronunciada en tono provocativo y acompañada de una fría mirada, le causó tal sorpresa, que permaneció algunos momentos sin saber qué responder. Chocóle indudablemente al magistrado aquel incidente y el silencio que guardó Baleinier, porque le dirigió una severa mirada. La señorita de Cardoville, que esperaba ver entrar al señor de Montbron, estaba también extrañamente sorprendida.

LXXXVI

El acusador

El doctor Baleinier, turbado por la presencia inesperada de un magistrado y la actitud inexplicable de Rodin, recobró muy pronto su serenidad y dijo dirigiéndose a su cofrade de traje largo:

—Si probé darme a entender por señas, era porque, queriendo respetar el silencio que el señor guardaba al entrar aquí (e indicó al magistrado con una mirada), quería manifestaros la sorpresa que me causaba una visita que no esperaba tener la satisfacción de recibir.

—A la señorita es a quien manifestaré lo que causó mi silencio, esperando tendrá la bondad de dispensarme —respondió el magistrado inclinándose ante Adriana, a la cual continuó hablando—. Acaban de hacerme, con respecto a vos, señorita, una declaración de tanta entidad, que no he podido menos de permanecer un momento reflexivo al veros, procurando leer en vuestra fisonomía y ademanes, si era fundada la acusación que en mis manos se ha depositado... y todo me hace creer que lo es efectivamente.

—Podré saber al fin, caballero —dijo el doctor Baleinier en tono político pero enérgico— ¿a quién tengo la honra de hablar?

—Señor, soy juez, y vengo a ilustrar mi conciencia sobre un hecho que se me ha indicado.

—Tened la bondad de explicaros —dijo el doctor inclinándose.

—Señor —respondió el magistrado, llamado el señor de Gernande, hombre de unos cincuenta años, enérgico, recto y que sabía hermanar los austeros deberes de su profesión con una benévola política—, señor, se os acusa de haber cometido un... error muy grave, por no emplear una expresión más desagradable. En cuanto a esta especie de equivocación, prefiero creer que vos, uno de los príncipes de la ciencia, os hayáis engañado en la ejecución de un acto médico, que sospechar hubieseis olvidado lo que hay de más sagrado en el desempeño de una profesión que es casi un sacerdocio.

—Cuando hayáis especificado los hechos —respondió el jesuita de traje corto con cierto orgullo— fácil me sería probar que mi conciencia científica y de hombre honrado se hallan a cubierto de cualquiera reconvención.

—Señorita —dijo el magistrado dirigiéndose a Adriana— ¿es verdad que os condujeron a esta casa valiéndose de un engaño?

—¡Señor! —exclamó el doctor— permitidme que os diga que el modo de hacer esa pregunta es para mí afrentoso.

—Caballero, a la señorita es a quien tengo la satisfacción de dirigirme —contestó

severamente el señor Gernande—, y soy el único juez del modo con que debo hacer mi interrogatorio.

Adriana iba a responder afirmativamente a la pregunta del magistrado, cuando una expresiva mirada del doctor Baleinier le recordó que quizás iba a exponer a Dagoberto y a su hijo a crueles persecuciones.

—Señor, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad señorita.

—¿La respuesta que voy a daros, la consideraréis como una denuncia formal?

—He venido aquí, señorita, para averiguar la verdad, así es que ninguna consideración debe obligaros a ocultarla.

—Bien, señor —contestó Adriana—, pero suponed que teniendo justos motivos de queja, os lo manifiesto, para poder conseguir el permiso de salir de esta casa. ¿Me será luego posible el no llevar más adelante mi declaración?

—No hay duda que podéis abandonar vuestra causa, mas la justicia la continuará en nombre de la sociedad, si la cree ofendida en vuestra persona.

—¿Se me negaría el poder perdonar? Un desdeñoso olvido del mal que me hubiese hecho, ¿no me vengaría suficientemente?

—Os repito señorita, que personalmente podéis perdonar, pero la sociedad no puede manifestarse tan indulgente en caso que hayáis sido víctima de una culpable maquinación, y todo me hace temer que así es. El modo de expresaros, la generosidad de vuestros sentimientos, vuestra calma y dignidad, me hacen creer que es cierto lo que me han manifestado.

—Espero, señor —dijo el doctor Baleinier recobrando su serenidad—, que me enteraréis al menos de la declaración que os han hecho.

—Me han asegurado —respondió el magistrado en tono severo—, que la señorita de Cardoville fue conducida aquí por sorpresa.

—¿Por sorpresa?

—Sí, señor.

—Es muy cierto; para conducir a esta casa a la señorita fue preciso valerse del engaño —respondió el jesuita del traje corto después de un momento de silencio.

—¿Convenís en que es cierto? —preguntó el señor de Gernande.

—Seguramente, convengo en que he tenido que echar mano de un medio que por desgracia tiene uno que emplear cuando las personas que necesitan de nuestro auxilio desconocen el peligroso estado en que se hallan.

—Pero señor —contestó el magistrado—, en la declaración se asegura que la señorita de Cardoville nunca ha necesitado de vuestros cuidados.

—Ésa es una cuestión de medicina legal en que la justicia no puede sola decidir —dijo Baleinier recobrando su audacia.

—Esa cuestión debe ser debatida con mucha formalidad, pues se os acusa de haber secuestrado aquí a la señorita de Cardoville, que goza de cabal razón.

—¿Y podré preguntaros con qué objeto? —dijo Baleinier encogiéndose de

hombros—, ¿qué interés tendría en cometer semejante infamia, dando por supuesto que mi reputación no me pusiese a cubierto de una acusación tan odiosa y absurda?

—Habríais obrado con el objeto de favorecer un complot de familia tramado contra la señorita de Cardoville, por avaricia.

—¿Y quién se ha atrevido a hacer una denuncia tan calumniosa? —exclamó el doctor Baleinier con acalorada indignación—, ¿quién tiene la audacia de acusar a un hombre respetable, y me atrevo a decirlo, respetable por todos estilos, de ser cómplice de esta infamia?

—Yo... —dijo Rodin fríamente.

—¡Vos! —exclamó el doctor Baleinier, retrocediendo como herido de un rayo.

—Yo soy... el que os acuso —contestó Rodin con voz clara y concisa.

—Sí, el señor es el que esta mañana, provisto de las pruebas competentes, vino a pedir mi intervención en favor de la señorita de Cardoville —dijo el magistrado retrocediendo para que Adriana pudiese ver a su defensor.

El nombre de Rodin no se había pronunciado en esta escena; la señorita de Cardoville había oído hablar varias veces no muy favorablemente del secretario del abate d'Aigrigny, pero como nunca le había visto, no sabía que su libertador fuese aquel jesuita; así es que le dirigió una mirada mezclada de curiosidad, interés, sorpresa y reconocimiento. El rostro cadavérico de Rodin, su repugnante fealdad y su sórdido traje, algunos días antes hubiesen causado a Adriana aversión invencible.

El doctor Baleinier, a pesar de su astucia, y presencia de ánimo, no podía ocultar lo que le trastornaba la denuncia de Rodin.

—¿Y sois vos, señor, vos el que tenéis la audacia de acusarme? Vos... que aún no hace muchos días... —mas reflexionando que acusar a Rodin de complicidad era acusarse a sí mismo, aparentó ceder a una emoción demasiado violenta, y añadió con amargura—: ¡Ah, señor, señor!, ¡sois la última persona a quien hubiera creído capaz de una denuncia tan cruel!... ¡Es vergonzoso!

—¿Y quién mejor que yo podía denunciar esta infamia? —respondió Rodin en tono brusco.

—De modo que, señor magistrado —contestó el doctor Baleinier— ese hombre no se contenta con acusarme a mí solo, sino que se atreve...

—Acuso al abate d'Aigrigny —añadió Rodin en voz alta y terminante, interrumpiendo al doctor—, acuso a la señora de Saint-Dizier, os acuso a vos, de haber secuestrado por un vil interés a la señorita de Cardoville en esta casa y a las hijas del mariscal Simón en el vecino convento. ¿Está ahora claro?

—¡Ay! demasiado cierto es —exclamó Adriana—: he visto a esas pobres niñas muy angustiadas hacerme señas de desesperación.

La acusación de Rodin con respecto a las huérfanas fue otro golpe formidable para el doctor Baleinier. Quedóle suficientemente probado entonces que el «traidor» se había pasado al campo enemigo.

—Pudiera muy bien limitarme a guardar silencio y despreciar acusaciones

semejantes, hasta tanto que una decisión judicial les hubiese dado algún valor. Pero tranquilo sobre lo que se me acusa, me refiero a la misma señorita de Cardoville, suplicándola que diga si esta mañana misma no le anunciaba que el estado de su salud le permitiría dentro de poco salir de esta casa. Ruego a la señorita, en nombre de su bien conocida franqueza, que me responda si no ha sido este mi lenguaje, y si al hablarle de este modo no estaba a solas con ella, y si...

—¡Y bien —dijo Rodin interrumpiendo a Baleinier—, suponed que esa querida señorita confesase lo que decís por mera generosidad!, ¿qué probaría eso en favor vuestro? absolutamente nada.

—¡Cómo! —exclamó el doctor—: os tomáis la libertad...

—Me tomo la libertad de quitaros la máscara sin vuestro consentimiento.

—¡Pero... señor!... —dijo el doctor.

—¡Pero, señor! —contestó Rodin sin dejarle continuar— es muy probable que previendo lo que os sucede, para poderos evadir finjáis estar persuadido de vuestra execrable mentira aun a los ojos de esa pobre señorita, a fin de poder invocar cuando os conviniese vuestra pretendida persuasión... ¡Vamos! esos cuentos no se refieren a personas que tienen sentido común y corazón recto.

—¡Señor! —exclamó Baleinier enojado.

—¡Señor! —replicó Rodin en voz más alta y dominando la del doctor— ¿es verdad que os reservabais la evasiva de atribuir este odioso secuestro a un error científico, sí o no? Yo creo que sí, y añado que os creéis fuera de responsabilidad porque ahora decís: «Gracias a mis cuidados, la señorita de Cardoville ha recobrado su razón: ¿qué más se puede exigir?».

—Eso afirmo y lo sostengo.

—Pues sostenéis una falsedad, porque está probado que la señorita ha estado siempre en su cabal juicio.

—Y yo sostengo que no lo ha estado.

—Y yo probaré lo contrario —dijo Rodin.

—¿Vos, y cómo? —dijo el doctor.

—Ya podéis pensar que me guardaré muy bien de decíroslo por ahora —respondió Rodin con irónica sonrisa, y añadió con enojo—: Pero debierais moriros de vergüenza antes de atreveros a suscitar semejante cuestión delante de la señorita; ahorradle al menos semejante discusión.

—¡Señor!

—¡Vamos!, ¡demasiado habéis dicho! es odio sostenerlo delante de la señorita, sea o no verdad —contestó Rodin con repugnancia.

—¡Qué inconcebible encarnizamiento! —exclamó el jesuita de traje corto.

—Señor —respondió severamente el señor de Gernande—, no sólo tengo el derecho de oír, sino de promover una conversación contradictoria siempre que pueda ilustrarme; de todo esto resulta, señor doctor, según vuestro parecer, que el estado de salud en que se halla la señorita de Cardoville es bastante satisfactorio para que hoy

mismo pueda regresar al seno de su familia.

—No veo en ello un grave inconveniente —respondió el doctor— pero sí aseguro que la curación no es tan completa como hubiera podido serlo, y que sobre este punto no respondo del porvenir.

—Podéis muy bien hacerlo —dijo Rodin— pues difícil es que la señorita se valga en adelante de vuestros conocimientos científicos.

—Inútil es, pues —dijo el magistrado al director— que me valga de mi autoridad para suplicaros que franqueéis al momento las puertas de esta casa a la señorita de Cardoville.

—La señorita está libre —dijo Baleinier— enteramente libre.

—En cuanto a la cuestión de saber si habéis secuestrado a la señorita valiéndoos de una supuesta locura, la justicia seguirá sus trámites, y se os escuchará.

—Estoy tranquilo —respondió Baleinier aparentando calma— mi conciencia nada me remuerde.

—Me alegraría infinito —dijo el señor de Gernande—. Por graves que sean las apariencias, y particularmente cuando se trata de personas colocadas en una posición como la vuestra, siempre deseamos hallar inocentes. —Y dirigiéndose a Adriana—: Conozco señorita, que esta escena ha sido muy penosa para vuestra delicadeza y generosidad: de vos dependerá más adelante, o entablar una queja contra el señor Baleinier o dejar que la justicia siga su curso. Una pregunta: el hombre honrado —el magistrado indicó a Rodin— que ha abrazado vuestra defensa de un modo tan franco y desinteresado, me ha dicho que creía que deseabais encargarnos momentáneamente de las hijas del señor mariscal Simón. Ahora mismo voy a reclamarlas al convento, adonde también fueron conducidas por sorpresa.

—Efectivamente, señor —respondió Adriana—, tan pronto como supe la llegada a París de las hijas del señor mariscal Simón, mi idea fue ofrecerles una habitación en mi casa.

—Creo que no pueden estar en mejores manos —respondió el señor de Gernande.

Y dirigiéndose a Baleinier:

—¿Consentís, señor, en que traiga aquí, dentro de un momento, a las señoritas Simón? Iré a buscarlas mientras que la señorita de Cardoville hace sus preparativos de marcha; con eso podrán salir de esta casa acompañadas de su parienta.

—Suplico a la señorita de Cardoville que disponga de esta casa como propia mientras permanece en ella —respondió el doctor Baleinier—. Mi coche estará también dispuesto a conducirla donde guste.

—Señorita —dijo el magistrado acercándose a Adriana—; sin juzgar la cuestión que muy pronto decidirá la justicia, siento no haber sido antes requerido, pues os hubiera ahorrado algunos días de crueles padecimientos, porque vuestra posición debía ser muy cruel.

—Señor, al menos de estos tristes días —dijo Adriana con encantadora dignidad— me quedará un tierno recuerdo, el del interés que me habéis manifestado.

El señor de Gernande se inclinó respetuosamente delante de la señorita de Cardoville. Durante esta breve conversación del magistrado y Adriana, ambos tenían la espalda vuelta al doctor y a Rodin. Aprovechando éste el momento, puso con presteza en la mano del doctor un billete que acababa de escribir con lápiz en el fondo de su sombrero. Baleinier, estupefacto, miró a Rodin, pero éste le hizo una seña particular pasando dos veces su pulgar por la frente verticalmente, y quedó impasible. Fueron tan rápidos estos movimientos, que cuando el señor de Gernande se volvió, separado Rodin algunos pasos del doctor, miraba a la señorita de Cardoville con interés:

—Permitidme que os acompañe —dijo el doctor precediendo al magistrado, a quien la señorita de Cardoville saludó afablemente.

Ambos salieron, y Rodin quedó solo con Adriana.

Habiendo acompañado al señor de Gernande hasta la puerta exterior de su casa, apresuróse el doctor Baleinier a leer el billete escrito con lápiz por Rodin, que estaba concebido en estos términos:

El magistrado va al convento por la calle, id vos por el jardín, y decid a la superiora que obedezca la orden que le he dado con respecto a las dos niñas, esto es importantísimo.

La seña particular que Rodin le hizo y el contenido de este billete, demostraron al doctor Baleinier que aquel día no sabía lo que le pasaba, y que el secretario del reverendo padre, en vez de hacer traición, continuaba obrando por la mayor gloria del Señor.

Baleinier, obedeciendo, procuraba en vano comprender el motivo de la inexplicable conducta de Rodin, que acababa de dar conocimiento a la justicia de un asunto que hubiera debido ocultarse, y que pudiera tener las más funestas consecuencias para el Padre d'Aigrigny, la señora de Saint-Dizier y para él. Pero volvamos a Rodin, que se había quedado a solas con la señorita de Cardoville.

El secretario del padre d'Aigrigny

No bien desaparecieron el magistrado y el doctor Baleinier, cuando la señorita de Cardoville, cuyo rostro resplandecía de felicidad, exclamó mirando a Rodin con una mezcla de respeto y agradecimiento:

—Al fin, gracias a vos, señor, estoy libre. ¡Libre! ¡Oh! nunca había experimentado el bienestar, la expansión, la felicidad que encierra esta adorable palabra ¡libertad! Dobles gracias os doy, señor, porque os hago cómplice de esta idea de libertad que acaba de nacer, ya lo veis, en medio de la dicha que os debo, y que parece conmoveros. ¡Ah! ¡Mi alegría os dice cuánto es mi agradecimiento, y satisfago así vuestro generoso socorro!

—Vamos, dejemos a un lado enternecimientos; el tiempo es demasiado preciso, mi misión no se ha cumplido, no; aún no lo está, mi querida señorita —añadió dirigiéndose entonces a Adriana—, creedme, más tarde hablaremos de reconocimiento. Ocupémonos sin demora del presente, tan importante para vos y vuestra familia. ¿Sabéis lo que pasa?

Adriana miró al jesuita, y le dijo:

—¿Qué es lo que sucede, señor?

—¿Sabéis el verdadero motivo de vuestro secuestro en esta casa? ¿Sabéis lo que ha impulsado a la señora de Saint-Dizier y al abate d'Aigrigny a trataros de este modo?

Al oír pronunciar estos nombres odiosos, las facciones de la señorita de Cardoville, hace poco tan dichosamente animadas, se entristecieron y respondió con amargura:

—El odio, señor, ha animado sin duda contra mí a la señora de Saint-Dizier.

—Sí, el odio, y además el deseo de despojaros impunemente de una fortuna enorme.

—¡A mí, señor!, ¿y cómo?

—¿Ignorabais, mi querida señorita, lo mucho que os interesaba presentaros el 13 de febrero en la calle de San Francisco para una herencia?

—No conocía esa fecha ni esos pormenores, pero sabía, por algunos papeles de familia que habían venido a parar a mis manos por una casualidad extraña, que uno de mis antepasados...

—Había dejado una enorme suma para repartirla entre sus descendientes ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Lo que por desgracia ignorabais, mi querida señorita, es que los herederos

debían hallarse reunidos el 13 de febrero a una hora señalada; pasado ese día y hora los que no hubiesen comparecido quedaban desheredados. ¿Comprendéis ahora por qué os han encerrado aquí, mi querida señorita?

—¡Oh! Sí, lo comprendo —dijo la señorita de Cardoville—: al odio que me tenía mi tía, se agregaba la codicia... así queda todo explicado. Las hijas del mariscal Simón, también herederas, han sido como yo secuestradas.

—Y no obstante —exclamó Rodin—, no sois las únicas víctimas.

—¿Cuáles son las demás?

—Un joven indio...

—¿El príncipe Djalma? —dijo Adriana vivamente.

—No ha faltado mucho para que le envenenasen con un narcótico, con el mismo objeto.

—¡Cielos! —exclamó la joven juntando las manos con espanto.

—¡Es horrible! Ese pobre príncipe que dicen que tiene un carácter tan noble...

—Pero yo había enviado al castillo de Cardoville...

—Una persona de vuestra confianza, encargada de conducir al príncipe a París; ya lo sé, mi querida señorita; pero valiéndose de un ardid, alejaron a aquel hombre, y el joven indio quedó a merced de sus enemigos.

—¿Y ahora, en dónde está?

—Lo único que sé es que está en París, pero no desconfío hallarle.

—Sí, es preciso buscar al príncipe —dijo Adriana con emoción.

—Sin duda —contestó Rodin con compasión—, ¡pobre niño! porque es casi un niño; dieciocho o diecinueve años; arrojado en medio de París, en este infierno... Con sus pasiones jóvenes, ardientes, salvajes; con su candidez y confianza, ¡a qué peligros no se vería expuesto!

—¿Le habéis visto, señor? —dijo Adriana interrumpiendo a Rodin.

—Sí, señorita, le he visto por espacio de dos horas, y no he necesitado más para juzgarle; sus encantadoras facciones son el reflejo de su alma.

—¿Y en dónde le habéis visto?

—En vuestro antiguo palacio de Cardoville, mi querida señorita, no lejos del cual le había arrojado la tempestad y adonde había ido con el objeto de...

Y después de un momento de duda, Rodin añadió, como cediendo, a su pesar, a su natural franqueza:

—¡Dios mío!, ¡a donde había ido para hacer una acción mala y miserable! Preciso es confesarlo.

—¿Vos, señor, en el castillo de Cardoville, y para hacer una mala acción? —exclamó Adriana sorprendida.

—¡Ah! sí, mi querida señorita —respondió Rodin con sencillez—. En una palabra, tenía orden del señor abate d'Aigrigny de colocar a vuestro antiguo mayordomo en la alternativa de ser despedido o hacer una infamia; sí, algo que tenía visos de espionaje y calumnia, pero el hombre honrado y recto no quiso ceder.

—¿Quién sois, pues, señor? —preguntó la señorita de Cardoville, cada vez más sorprendida.

—Soy... Rodin, ex-secretario del señor abate d'Aigrigny. Poca cosa en verdad, como veis.

Imposible sería una idea del tono humilde e ingenuo del jesuita al pronunciar estas palabras, que acompañó con un respetuoso saludo.

Rodin notó la impresión que había producido su nombre, pero como ya lo esperaba, no se inmutó cuando la señorita de Cardoville le dijo mirándole fijamente:

—¡Ah!, ¿sois el señor Rodin... el secretario del señor abate d'Aigrigny?

—Decid más bien el ex-secretario, mi querida señorita —respondió el jesuita—, porque ya podéis conocer que no volveré a poner los pies en casa del abate d'Aigrigny.

Estas palabras, dichas con dignidad, devolvieron la compasión al corazón de Adriana.

—Una vez que estabais enterado de lo péfidas que eran las proposiciones que debíais hacer al mayordomo de las tierras de Cardoville, ¿por qué consentisteis en hacérselas?

—¿Por qué?, ¿por qué? —contestó Rodin con una especie de penosa impaciencia—. ¡Dios mío! Entonces me hallaba bajo el encanto del abate d'Aigrigny, uno de los hombres más hábiles que he conocido en mi vida. Esto me aflige, y por lo tanto os ruego que hablemos más bien de vos y de lo que os interesa, porque así el alma se dilata con las ideas generosas y el pecho se ensancha con el aire puro y saludable.

Rodin acababa de hacer de un modo tan ingenuo la confesión de su falta, la explicaba tan naturalmente y parecía tan contrito, que Adriana, no teniendo otros motivos de sospecha, sintió disminuir mucho su desconfianza.

—Según eso —dijo, examinando siempre a Rodin—, ¿fue en Cardoville donde visteis al príncipe Djalma?

—Sí, señorita, y desde esta rápida entrevista data el cariño que le profeso, así es que cumpliré mi obligación hasta el fin; descuidad, mi querida señorita, ni vos ni las hijas del mariscal Simón, ni el príncipe, seréis ya víctimas de ese detestable complot, que desgraciadamente no ha parado en esto solo.

—Pero señor —dijo Adriana—, ¿en obsequio de quién se urdía esa abominable trama que me asusta?

—En beneficio del señor abate d'Aigrigny —respondió Rodin.

—¡Él!, ¿y con qué derecho, pues no era heredero?

—Eso sería muy largo de explicar, mi querida señorita, ya lo sabréis todo algún día, estad únicamente persuadida de que el abate d'Aigrigny es el enemigo más encarnizado de vuestra familia.

—Señor —dijo Adriana, queriendo depurar la última sospecha que tenía—, os hablaré francamente. ¿Cómo he podido merecer o inspiraros el sumo interés que me manifestáis y del que también participan todas las personas de mi familia?

—¡Dios santo, mi querida señorita! —respondió Rodin sonriéndose—; si os lo digo, quizá os burléis de mí... o no me comprendáis.

—Hablad, os lo ruego. No dudéis de mí ni de vos.

—¡Pues bien! si me intereso por vos, es porque estáis dotada de un corazón generoso, un talento superior, un carácter independiente y enérgico... Una vez dispuesto en vuestro favor, a fe mía, vuestros parientes, que también son muy dignos de interés, no han podido serme indiferentes. Servirlos era lo mismo que servirlos a vos.

—Pero, señor... suponiendo que me creáis digna de las alabanzas demasiado lisonjeras que me dirigís, ¿cómo habéis podido juzgar de mi corazón, mi talento y mi carácter?

—Voy a decíroslo, mi querida señorita, pero antes debo confesaros una cosa de que me avergüenzo. Aunque no estuviérais tan maravillosamente dotada, lo que habéis sufrido desde que os encerraron en esta casa, debiera bastar para interesar a cualquiera que fuese benévolo, ¿no es cierto? ¡Yo lo creo! Pudiera muy bien explicaros de este modo el interés que por vos siento. Conociendo lo que sois, mi querida señorita, me sublevé a pesar de mi inferioridad. No, no, me dije, ¡mil veces no! Una inteligencia tan hermosa y un corazón tan generoso no serán víctimas de un abominable complot... Quizás en la lucha quede anonadado, pero al menos habré intentado un acto noble.

—Perdonad mi indiscreta y terca curiosidad, señor, pero quisiera saber...

—Cómo me habéis sido... revelada moralmente, ¿no es verdad? ¡Dios mío! mi querida señorita, es la cosa más sencilla del mundo. Os lo diré en dos palabras; el abate d'Aigrigny no me consideraba sino como un instrumento obtuso, mudo y ciego.

—Creía que el Sr. d'Aigrigny tenía más perspicacia.

—Tenéis mucha razón, mi querida señorita; es hombre de una sagacidad no común, pero yo le engañaba... aparentando algo más que sencillez; por eso no creáis que sea falso. No, soy orgulloso; sí, orgulloso a mi modo.

—Sí, comprendo esa especie de orgullo —dijo Adriana pasmada del giro original del talento de Rodin.

—Pero volvamos a lo que os interesa, señorita. La víspera del 13 de febrero, el señor abate d'Aigrigny me entregó un papel estenografiado, y me dijo: «Transcribid ese interrogatorio, y añadid que ese documento apoya la resolución de un consejo de familia que declara, en vista de los informes del doctor Baleinier, que el estado alarmante en que se halla el juicio de la señorita de Cardoville, exige su reclusión en una enfermería».

—Sí —dijo Adriana con amargura—, era una larga conversación que tuve con la señora de Saint-Dizier, mi tía, y que se escribía ignorándolo yo.

—Hallábame, pues, frente a frente con mi memoria estenografiada, empiezo a transcribirla... Al cabo de diez líneas quedo pasmado; dudo si sueño o estoy despierto. ¡Cómo!, ¡loca! exclamé, ¿la señorita de Cardoville loca? Los faltos de

juicio son los que se atreven a sostener semejante monstruosidad. Cada vez más interesado continuó mi lectura... acabo... ¡Oh! entonces, lo que experimenté, mi querida señorita, no puede expresarse ¡era enternecimiento, alegría, entusiasmo!

—¡Señor! —dijo Adriana.

—Sí, mi querida señorita, entusiasmo: que esta palabra no ofenda vuestra modestia; sabed que esas ideas nuevas, independientes y animosas que exponíais a vuestra tía con tanto despejo, se hallan sin que lo sepáis, en armonía con las de una persona por quien algún día sentiréis un tierno respeto.

—¿De quién queréis hablar? —exclamó la señorita de Cardoville con curiosidad.

Rodin, después de un momento de aparente duda, contestó:

—No, no; inútil sería ahora el enteraros... Lo que puedo deciros, mi querida señorita, es que, terminada la lectura, me dirigí a casa del abate d'Aigrigny para convencerle del error en que estaba con respecto a vos. Imposible me fue verle, pero ayer por la mañana le manifesté mi modo de pensar, y pareció quedar muy sorprendido al saber mi opinión. Acogió con desdeñoso silencio mis instancias, y creyendo que lo habían engañado, insistí, pero en vano; ordenóme que lo siguiese a la casa en que debía abrirse el testamento de vuestro abuelo, y tan ciego estaba sobre el abate d'Aigrigny, que para abrirme los ojos fue preciso que se presentase el soldado, su hijo y el padre del mariscal Simón. Su indignación me patentizó la extensión del complot que se había urdido de antemano con odiable habilidad. ¡Oh! entonces, mi querida señorita, en vista de los descubrimientos que hice, y que nunca hubiera hecho a no ser por esta circunstancia, quedé anonadado, aterrado.

—¿Qué descubrimientos son éstos?

—Hay secretos que son terribles para el que los posee; por lo tanto, no insistáis, mi querida señorita; pero en este examen presentóseme en toda su tenebrosa audacia, la liga formada por una insaciable codicia contra vos y vuestros parientes. Entonces el vivo interés que por vos había sentido, acrecentóse aún y se extendió a las otras víctimas inocentes de ese infernal complot. Juré aventurarlo todo para arrancar la máscara al abate d'Aigrigny. Reuní todas las pruebas necesarias para dar la fuerza suficiente a mi declaración ante la justicia, y esta mañana salí de casa del abate sin darle a conocer mis proyectos, pues hubiera podido valerse de algún medio violento para retenerme; con todo hubiese sido en mí una cobardía el atacarle sin prevenirselo. Cuando estuve fuera de su casa, escribíle que tenía en mi poder pruebas evidentes de sus infamias para atacarle francamente a la luz del día, y que le acusaba y que se defendiera. Fui a buscar un magistrado, y ya sabéis...

Abrióse la puerta en aquel momento, y apareció una de las guardianas que dijo a Rodin:

—Señor, el mandadero que vos y el señor juez enviasteis a la calle Brise-Miche, está de vuelta.

—¿Entregó la carta?

—Sí, señor, y la subieron inmediatamente.

—Está bien, dejadnos.
Y la guardiana se marchó.

LXXXVIII

La simpatía

Si hubieran quedado a la señorita de Cardoville algunas sospechas sobre la sincera adhesión de Rodin, habrían desaparecido ante este razonamiento por desgracia muy natural y casi irrefragable: ¿Cómo se había de suponer que existiese la más mínima inteligencia entre el abate d'Aigrigny y su secretario, cuando éste, descubriendo todas las maquinaciones de aquél, le entregaba a los tribunales?

Cuando Rodin iba mucho más allá de lo que pudiera ir la misma señorita de Cardoville, ¿qué segunda intención podría suponerse al jesuita?

A lo agradecida que la señorita de Cardoville estaba a Rodin, uníase un sentimiento raro, extraña mezcla de sorpresa e interés; con todo, reconociendo bajo esta humilde figura un talento superior, ocurrióle una grave duda.

—Señor —dijo a Rodin—, confieso siempre a las personas a quienes aprecio los celos que me inspiran, para que así se justifiquen y me disimulen si me engaño.

Rodin miró a la señorita de Cardoville con sorpresa y pareciendo calcular mentalmente las sospechas que había podido inspirarle, respondió después de un momento de silencio:

—¿Quizás aludís a mi viaje a Cardoville, y a las infames proposiciones a vuestro bondadoso mayordomo? ¡Dios mío! yo...

—No, no —dijo Adriana interrumpiéndole—, esa confesión me la hicisteis espontáneamente, y ya comprendo que no conociendo al abate d'Aigrigny, ejecutasteis pasivamente instrucciones que repugnan a la honradez. ¿Pero cómo es que con vuestros conocimientos incontestables hace tanto tiempo que ocupabais a su lado un lugar tan subalterno?

—Es muy cierto —dijo Rodin sonriéndose—, y debe sorprenderos desagradablemente, mi querida señorita; porque un hombre de alguna capacidad que permanece por mucho tiempo en una condición ínfima, prueba que adolece de algún vicio radical, alguna pasión mala o baja.

—Eso... generalmente es cierto.

—Y con respecto a mí, lo es.

—¿Según eso, señor, confesáis?...

—¡Ay! confieso que me domina una mala pasión, a la que hace cuarenta años sacrifico todas las probabilidades de lograr una posición ventajosa.

—¿Y qué pasión es ésa?

—Ya que es preciso haceros esta odiosa confesión... es la pereza... sí, la pereza... la aversión a la actividad del entendimiento, a la responsabilidad moral y a la iniciativa. Con los mil quinientos francos que me daba el abate d'Aigrigny, era el

hombre más feliz del mundo: confiaba en la rectitud de sus miras y su pensamiento era mío y mía su voluntad. Terminado mi trabajo, me encerraba en mi cuartito, comía algunas raíces, y cogiendo luego un libro de filosofía no muy conocida, reflexionaba sobre ella, dando libre rienda a mi imaginación. Entonces, desde la altura de mi inteligencia remontada sabe Dios dónde, por la audacia de mis ideas, me parecía dominar a mi amo y a los grandes genios de la tierra.

—Pero, señor; sin apreciar demasiado las comodidades de la vida, hay cierto bienestar que la edad exige, y al cual renunciáis completamente.

—Os equivocáis, mi querida señorita —dijo Rodin sonriéndose— soy muy sibarita.

—¿Y ahora que os halláis sin empleo, cómo vais a vivir? —dijo Adriana cada vez más interesada por la singularidad de aquel hombre, y queriendo poner a prueba su desinterés.

—Tengo un bolsillito con que poder pasar hasta que haya desenredado todos los hilos de esta trama insidiosa del Padre d'Aigrigny, deber que me impongo por haberme dejado engañar. Espero que dentro de tres o cuatro días habré terminado mi trabajo. Después de esto tengo la seguridad de obtener un modesto empleo en una provincia en casa de un recaudador particular de contribuciones.

Imposible sería reproducir la ingenuidad de Rodin al hacer estas confianzas domésticas y completamente falsas a la señorita de Cardoville, que ya ningún recelo abrigaba.

—¡Cómo, señor! —dijo al jesuita con interés— ¿dentro de tres o cuatro días os marcharéis de París?

—Así lo creo, mi querida señorita —dijo en tono grave y conmovido, contemplando a Adriana con enternecimiento.

Compadeciéndole Adriana al pensar que un hombre de su edad y conocimientos se hallaba en una posición tan precaria, le dijo con su natural afabilidad:

—Un hombre de vuestro talento y sentimientos no debe estar a merced del capricho de las circunstancias; algunas ideas vuestras han presentado a mi vista nuevos horizontes; conozco que sobre muchos puntos, vuestros consejos pueden serme útiles para lo futuro; sacándome de esta casa y sirviendo a otras personas de mi familia, me habéis dado pruebas de cariño que no puedo olvidar sin mostrarme ingrata. Habéis perdido un empleo modesto, pero seguro... permitidme que...

—No digáis una palabra más, mi querida señorita —dijo Rodin interrumpiéndola con aire apesadumbrado— siento por vos una fuerte simpatía; creo firmemente que algún día tendréis que pedir consejos a este viejo filósofo; y por eso mismo, debo y quiero conservar para con vos la más completa independencia.

—Pero, señor, muy al contrario, sería yo la que tendría que quedaros agradecida, si quisieseis aceptar lo que tanto deseo ofreceros.

—¡Oh! señorita; sé que vuestra generosidad sabrá siempre hacer que el reconocimiento sea suave y ligero, pero os repito que nada puedo aceptar de vos.

Quizás algún día sepáis por qué.

—¿Algún día?

—No puedo explicarme. Y además, suponed que os debiera alguna obligación, ¿cómo podría deciros entonces lo bueno y hermoso que hay en vos? Más adelante, si me debierais algo por mis consejos, tanto mejor, pues de ese modo podría reprenderos con más franqueza si conociese que lo necesitabais.

—Pero, señor, entonces no me es dado mostraros mi agradecimiento.

—Sí... sí... —dijo Rodin con aparente emoción—: ¡Oh creedme: llegaré un momento solemne en que podréis satisfacer esta deuda de un modo digno de vos y de mí!

Interrumpió esta conversación una guardiana que entró en el cuarto diciendo:

—Señorita, abajo hay una costurera contrahecha que desea hablaros.

—Que suba —dijo Adriana vivamente, conociendo que era la Gibosa por las señas que le daba la guardiana— que suba.

—El señor doctor ha mandado también que el coche estuviese a vuestra disposición. ¿Queréis que enganchen?

—Sí; dentro de un cuarto de hora —respondió Adriana a la guardiana, que se marchó; y dirigiéndose a Rodin, añadió—: Me parece que el magistrado no puede tardar en llegar con las señoritas Simón.

—Así lo supongo, mi querida señorita; ¿pero quién es esa trabajadora jorobada? —preguntó Rodin con aire indiferente.

—Es la hermana adoptiva de un honrado artesano que todo lo ha aventurado por sacarme de esta casa —dijo Adriana con emoción—. Esta joven costurera es una criatura excelente.

En el momento en que Adriana pronunciaba estas palabras, la Gibosa entró en el cuarto.

LXXXIX

Las sospechas

La señorita de Cardoville se adelantó a recibir a la Gibosa con los brazos abiertos, le dijo con voz conmovida:

—¡Venid, venid, ahora ya no hay reja que nos separe!

Esta alusión que recordaba a la joven costurera que no hacía mucho que aquella bella y rica patricia había besado con respeto su mano pobre, pero laboriosa, la hizo experimentar un sentimiento inefable y orgulloso a la par. Como no supiese qué responder a la cordial acogida de Adriana, ésta la abrazó con tierna efusión.

—¡Qué buena sois!

Fue lo único que pudo decir la costurera.

—Miradla... señor —dijo Adriana a Rodin, que se acercó—. Es un tesoro que he descubierto. Miradla, señor, y amadla como yo la amo, honradla como yo la honro.

—Y como los hallamos, a Dios gracias, mi querida señorita —dijo Rodin a Adriana saludando a la costurera.

Levantó ésta lentamente la vista para mirar al jesuita y al ver aquel rostro cadavérico que le sonreía con benignidad, la joven se estremeció. ¡Cosa extraña! nunca había visto a este hombre, y al momento sintió casi la misma impresión de temor y recelo que acababa de sentir él. La Gibosa, por lo regular tímida, no podía apartar su vista de la de Rodin. Éste, demasiado fisonomista para no echar de ver la terrible impresión que causaba, sintió aumentarse su instintiva repugnancia contra la costurera; y en vez de bajar la vista, examinábala con tanta atención que la señorita de Cardoville lo advirtió.

—Perdonad, mi querida hija —dijo Rodin aparentando reunir sus ideas y dirigiéndose a la Gibosa— perdonad, pero creo no engañarme. ¿No habéis estado hace pocos días en el convento de Santa María... aquí cerca?

—Sí, señor.

—Ya no me queda duda; sois vos... ¿En dónde tenía la cabeza? —exclamó Rodin.

—¿De qué se trata señor? —preguntó Adriana.

—¡Ah! razón teníais, mi querida señorita —dijo indicando a la Gibosa—. Eso si que es un corazón, un corazón noble. ¡Si supieseis con qué dignidad, con qué valor esa pobre niña, que no tenía trabajo, y esto para ella es carecer de todo, desechó el vergonzoso salario que la superiora del convento cometió la infamia de ofrecerle para que espíase a las personas de la casa en donde quería colocarla!

—¡Ah!, ¡es indigno! —exclamó la señorita de Cardoville con desagrado.

—Señorita —dijo la Gibosa con amargura— no tenía trabajo, era pobre, no me

conocían, y creyeron poder proponerme cualquier cosa.

—Y yo digo —contestó Rodin— que es mayor infamia en la superiora el querer valerse de vuestra posición, y para vos mucho más digno de elogio el haberos negado a ello.

—¡Señor! —exclamó la Gibosa con modesta turbación.

—Pero ahora que me acuerdo y algo tarde es, ¿qué es lo que me proporciona la alegría de veros?

—Esta mañana, el Sr. Dagoberto recibió una carta en que le rogaban que se presentase aquí, en donde ofrecían darle buenas noticias de lo que más le interesa en este mundo. Suponiendo que aludirían a las señoritas Simón, me dijo: «Gibosa, os habéis interesado tanto por esas niñas queridas, que es necesario que vengáis conmigo; presenciareis mi alegría al recobrarlas, y esto os servirá de recompensa».

Adriana miró a Rodin, y haciéndole éste una seña afirmativa con la cabeza, la dijo:

—Sí, sí señorita, yo fui el que escribí a ese valiente soldado, pero sin afirmar ni dar explicaciones; ya os diré por qué.

—Entonces, mi querida hija, ¿cómo es que habéis venido sola? —dijo Adriana.

—¡Ay! señorita, cuando entré, conmovíome de tal modo vuestro recibimiento, que no he podido manifestaros mis temores.

—¿Qué temores? —preguntó Rodin.

—Sabiendo que estabais aquí, señorita, supuse que erais vos los que habíais escrito la carta al Sr. Dagoberto; se lo dije y fue de mi parecer. Cuando llegamos aquí era tanta su impaciencia, que en la puerta preguntó ya si las huérfanas estaban en casa, y habiendo dado sus señas, le contestaron que no. Entonces, a pesar de mis súplicas, se empeñó en ir al convento a preguntar por ellas.

—¡Qué imprudencia! —exclamó Adriana.

—¡Después de lo ocurrido la otra noche! —añadió Rodin encogiéndose de hombros.

—Fue en vano todo lo que le dije —respondió la Gibosa— que la carta no anunciaba positivamente que le entregarían las huérfanas, sino que quizás le darían noticias de ellas; pero no quiso escucharme, y me dijo: «Si no puedo alcanzar nada, volveré aquí, pero anteayer estaban en el convento, ahora que todo se ha descubierto no pueden negármelas».

—Con una cabeza semejante —dijo Rodin sonriéndose— no hay reflexiones que valgan.

—¡Con tal que no le reconozcan! —dijo Adriana pensando en las amenazas del doctor Baleinier.

—No es presumible —respondió Rodin— lo más que creo le suceda es que le nieguen la entrada: además, el magistrado no puede tardar en volver con esas jóvenes. Aquí ya no soy necesario: otras cosas me quedan que hacer. Es indispensable que me informe del paradero del príncipe Djalma; así tened la bondad de decir cuándo y en

dónde podré volveros a ver, mi querida señorita, para teneros al corriente del éxito de mis pesquisas y acordar lo que convenga respecto al joven príncipe, si, como lo creo, logro dar con él.

—Me hallaréis en mi nueva habitación, adonde iré a parar saliendo de aquí; calle de Anjou, es el antiguo palacio de Beaulieu; pero ahora que me acuerdo —dijo de pronto Adriana después de algunos momentos de reflexión— no me parece prudente, por varias razones, hospedar al príncipe Djalma en el pabellón que yo ocupaba en el palacio de Saint-Dizier. No hace mucho que he visto para alquilar una hermosa casita amueblada, la cual, agregándole algunos adornos que pueden proporcionarse en veinticuatro horas, sería una bonita habitación; sí, esto es mil veces preferible —añadió la señorita de Cardoville después de un momento de silencio— y de este modo podré con más seguridad conservar el incógnito.

—¡Cómo! —exclamó Rodin, a quien esta determinación de la joven desbaratada todos sus proyectos— queréis que ignore...

—Quiero que el príncipe Djalma no sepa quién es el amigo desconocido que le auxilia, deseo que mi nombre no se pronuncie delante de él, y que ignore que existo, a lo menos por ahora. Más adelante... quizás dentro de un mes... veré; las circunstancias me guiarán.

—Pero ese incógnito —dijo Rodin ocultando lo mucho que le contrariaba— ¿no será difícil de guardar?

—Si el príncipe habitase en el pabellón, convengo en ello, la vecindad de mi tía podría enterarle, y este recelo es uno de los motivos que me hacen renunciar a mi primer proyecto. Mas el príncipe habitará un barrio bastante separado, la calle Blanca. ¿Quién puede informarle de lo que debe ignorar? Uno de mis antiguos amigos, Mr. Norval, vos, señor, y esta buena niña —e indicó a la Gibosa—, en cuya discreción puedo confiar como en la vuestra, seréis los únicos que sabréis mis secretos... por consiguiente estará bien guardado. Mañana hablaremos extensamente sobre este asunto; primero conviene saber el paradero de ese desgraciado príncipe.

Rodin, aunque muy contrariado por la repentina determinación de Adriana con respecto a Djalma, procuró disimular, y respondió:

—Cumpliré puntualmente vuestros deseos, señorita, y mañana, si me lo permitís, iré a daros razón de lo que no hace mucho os dignabais llamar mi misión providencial.

—Hasta mañana; os esperaré con impaciencia —dijo Adriana a Rodin afectuosamente—. Permitid que cuente siempre con vos, como de hoy en adelante podéis contar conmigo. Preciso será que os manifestéis indulgente, porque preveo que tendré aún que solicitaros muchos consejos y servicios, cuando ya os debo tantos.

—Nunca me deberéis bastante, mi querida señorita, nunca bastante —dijo Rodin dirigiéndose discretamente hacia la puerta, después de saludar a Adriana. Cuando iba a salir del cuarto, hallóse cara a cara con Dagoberto.

—¡Ah!, ¡ya tengo uno! —exclamó el soldado sujetando al jesuita por el cuello de

la levita con mano vigorosa.

Las disculpas

La señorita de Cardoville, al ver a Dagoberto coger a Rodin de un modo tan brusco por el cuello de la levita, exclamó espantada, acercándose al soldado:

—¡Cielos! caballero. ¿Qué hacéis?

—¡Qué hago! —respondió el soldado duramente sin soltar a Rodin, y volviendo la cabeza hacia Adriana, a quien no conocía—; aprovecho la ocasión de apretar el garguero a uno de los de la pandilla del renegado, hasta que me diga en dónde están mis pobres niñas...

—¡Me ahogáis! —exclamó el jesuita con voz debilitada y procurando librarse de las manos del soldado.

—¿En dónde están las huérfanas, ya que no las hallo aquí, y en el convento me han dado con la puerta en los hocicos sin querer contestarme? —exclamó Dagoberto con voz potente.

—¡Socorro! —dijo Rodin entre dientes.

—¡Ah! ¡Esto es horrible! —dijo Adriana, pálida y trémula, dirigiéndose al soldado con las manos juntas—: ¡Señor! ¡Por Dios, escuchadme, escuchadle!

—Señor Dagoberto —exclamó la Gibosa asiendo con sus pequeñas manos los brazos del soldado, indicándole a Adriana— es la señorita de Cardoville. ¡Semejante violencia delante de ella!... Además, sin duda... os engañáis.

Al oír el nombre de la señorita de Cardoville, la bienhechora de su hijo, el soldado se volvió bruscamente y soltó a Rodin.

—Perdonadme señorita —dijo Dagoberto acercándose a Adriana, pálida aún del susto— ignoraba quién erais y no he podido dominarme.

—Pero, ¡Dios mío!, ¿qué os ha hecho el señor? —dijo Adriana—. Si me hubieseis escuchado, habríais...

—Perdonadme, señorita si os interrumpo —dijo el soldado a Adriana con voz reprimida, y dirigiéndose a Rodin, que había recobrado su serenidad—: Dad gracias a la señorita, y marchaos, porque si permanecéis aquí, no respondo de mí.

—Dos palabras solamente, mi querido señor —dijo Rodin—, yo...

—Repito que no respondo de mí, si no os marcháis —exclamó Dagoberto dando en el suelo un golpe con el pie.

—Pero, por Dios, decid al menos el motivo de vuestro enojo —contestó Adriana— y sobre todo, no os fiéis de las apariencias; tranquilizaos y escuchadnos...

—¡Que me calme, señorita! —exclamó Dagoberto desesperado— no pienso más que en una cosa, en la llegada del mariscal, que hoy o mañana estará en París.

—¡Es posible! —dijo Adriana.

Rodin hizo un ademán de sorpresa y alegría.

—Ayer noche —añadió Dagoberto— recibí una carta del mariscal; desembarcó en el Havre; hace tres días que estoy practicando diligencias para lograr que me sean devueltas las huérfanas, ya que se han descubierto las intrigas de estos miserables —e indicó a Rodin con ira—. ¡Pues bien! nada he alcanzado. Urden alguna otra trampa y son capaces de cualquier cosa.

—Pero, señor —dijo Rodin acercándose— permitidme que os...

—¡Marchaos! —exclamó Dagoberto, cuya irritación y ansiedad aumentaron pensando que de un momento a otro podía llegar a París el mariscal Simón—: ausentaros, porque a no ser por la señorita... al menos me habría vengado en alguno.

Rodin hizo a Adriana una seña de inteligencia, y acercándose a ella prudentemente, le indicó a Dagoberto con un gesto de interesante conmiseración, y dijo a éste:

—Señor, me marcharé, y de tan buena voluntad, que cuando entrabais yo iba a salir. —Y acercándose aún más a la señorita de Cardoville, el jesuita la dijo en voz baja—: ¡Pobre soldado! el dolor extravía su razón, y no se halla en estado de oírme. Explicádselo todo, mi querida señorita, y quedará bien chasqueado —añadió con aire sutil—, pero antes —añadió Rodin registrando el bolsillo de su levita, del que sacó un papel doblado—, os ruego que le entreguéis esto, mi querida señorita; es mi venganza... y no será mala.

Y como Adriana, con el papel en la mano miraba sorprendida al jesuita, éste puso su índice sobre los labios, como encargándola el silencio, acercóse a la puerta andando hacia atrás de puntillas, y salió del cuarto dirigiendo una mirada compasiva a Dagoberto que, abatido, con la cabeza baja y los brazos cruzados, permanecía indiferente a los solícitos consuelos que le prodigaba la Gibosa. Así que Rodin estuvo fuera del cuarto, Adriana se acercó al soldado y le dijo con voz suave y que manifestaba sumo interés:

—Vuestra brusca entrada me ha impedido haceros una pregunta que me interesa mucho. ¿Cómo va vuestra herida?

—Gracias, señorita —dijo Dagoberto desechando sus penosas ideas—. Siento infinito el haberme portado tan brutalmente delante de vos, pero no puedo remediarlo; cuando veo a esa gente la sangre me hierve.

—Y no obstante creedme; habéis juzgado con demasiada ligereza a la persona que hace poco estaba aquí.

—¿Con demasiada ligereza, señorita? No es hoy el primer día que le veo; estaba con ese renegado de abate d'Aigrigny.

—Bien; pero eso no importa para que sea un hombre de bien.

—¡Ése! —exclamó Dagoberto.

—Sí... y en este mismo momento se ocupa sólo de una cosa, de hacer que os devuelvan vuestras queridas niñas.

—¡Ése! —contestó Dagoberto mirando a Adriana como si no pudiese dar crédito

a lo que oía—. ¡Devolverme él mis niñas!

—Sí, y quizás más pronto de lo que pensáis.

—Señorita —dijo Dagoberto de pronto—, os engaña, no os fiéis de ese viejo truhán.

—No —dijo Adriana sonriéndose—, tengo pruebas de su buena fe. Por de pronto él es quien ha conseguido que pueda salir yo de esta casa.

—¿Sería cierto? —dijo Dagoberto estupefacto.

—Muy cierto, y lo que es aún más; aquí tenéis una cosa que os reconciliará con él —añadió Adriana entregando a Dagoberto el papelito doblado que Rodin le entregó al marcharse—. No queriendo exasperaros más con su sospecha, me dijo: «Señorita, entregad esto a ese valiente soldado, con lo que me vengará de él».

Dagoberto miraba asombrado a la señorita de Cardoville, desplegando maquinalmente el papel. Cuando lo hubo abierto y reconocido su cruz de plata ennegrecida por los años, con la vieja cinta encarnada, ajada, que le habían robado en el mesón del «Halcón Blanco» con sus papeles, exclamó con voz entrecortada y fuerte palpitación de corazón:

—¡Mi cruz!... ¡Es mi cruz! —Y en su extremada alegría apretaba la estrella de plata contra sus bigotes canos. Adriana y la Gibosa se enternecieron al ver la emoción del soldado, que exclamó dirigiéndose a la puerta por donde Rodin se había marchado:

—Después de un servicio prestado al mariscal Simón, a mi mujer o a mi hijo, no pudieran hacerme nada que me fuese más grato. ¡Y le he injuriado... maltratado delante de vos! Debo darle una satisfacción, y se la daré ¡oh! sí, se la daré. —Y saliendo precipitadamente del cuarto, atravesó corriendo las dos piezas contiguas, llegó a la escalera, que bajó con rapidez, y alcanzó a Rodin en la última grada.

—Señor —dijo el soldado con voz conmovida y cogiéndole por el brazo— es necesario que volváis a subir un momento.

—Bueno sería que os decidieseis, mi querido señor —dijo Rodin con agrado, parándose—. Hace poco me mandabais que me marchase, ahora queréis que vuelva. ¿A qué debo atenerme?

—Antes obré mal, y cuando lo conozco lo reparo. Os injurié y maltraté delante de testigos... Delante de los mismos me disculparé.

—Pero, mi querido señor... os... doy gracias... voy deprisa.

—¿Y a mí qué me importa que vayáis deprisa? Repito que es preciso que subáis al momento, o sino... o sino —añadió Dagoberto cogiendo la mano del jesuita y estrechándola con ternura y cordialidad— o sino la satisfacción que me causáis devolviéndome la cruz, no será completa.

—Que no quede por eso, mi buen amigo; subamos... subamos...

—Y no sólo me habéis devuelto mi cruz... que... si la he llorado tanto... sin que nadie lo supiese... —dijo Dagoberto con efusión— sino que esa señorita me ha dicho que a vos deberé... que esas pobres niñas... ¡Nada de vana alegría! ¿Es cierto? ¡Dios

mío! ¿Es cierto?

—¡Ah!, ¡ah! mirad el curioso —dijo Rodin sonriéndose con sutileza, y añadió—: Vamos, vamos, perded cuidado; ya os devolverán vuestros dos ángeles... viejo diablo. —Y el jesuita empezó a subir la escalera.

—¿Me las devolverán... hoy? —exclamó Dagoberto y detuvo a Rodin por el brazo.

—¿Qué hacemos, mi buen amigo? —dijo el jesuita—. ¿Nos paramos, subimos o bajamos?

—Tenéis razón, allá arriba podremos hablar mejor. Venid, apresuraros —dijo Dagoberto, y dando el brazo a Rodin, le hizo precipitar el paso conduciéndole triunfante al cuarto en que Adriana y la Gibosa habían quedado pasmadas de la súbita desaparición del soldado.

—¡Aquí está... aquí está!... —exclamó Dagoberto entrando—. Por fortuna le he pillado al pie de la escalera.

—Y me habéis hecho subir a tan buen paso —añadió Rodin—, que apenas puedo respirar.

—Ahora, señor —dijo Dagoberto con voz grave— declaro delante de la señorita que he obrado desacertadamente en maltrataros e injuriaros, por lo que os pido me perdonéis, y reconozco con alegría... que os debo... ¡oh! mucho... sí, mucho... y os lo juro, cuando debo pago. —Y Dagoberto alargó su mano franca a Rodin, que la estrechó con efusión exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué queréis decir? ¿Qué servicio tan grande es ése de que habláis?

—¿Y esto? —dijo Dagoberto enseñando la cruz a Rodin—: Bien se conoce que no sabéis lo que yo aprecio esa cruz.

—Al contrario, creía que debíais tenerla cariño y quería tener el gusto de entregárosla yo mismo. Con este objeto la había traído; pero aquí entre nosotros, cuando llegasteis me hicisteis una acogida tan... tan «familiar»... que no tuve tiempo de...

—Señor —dijo Dagoberto avergonzado— os aseguro que me arrepiento de lo que hice.

—Ya lo sé, mi buen amigo; no hablemos más de eso. ¿Conque aprecias mucho esa cruz?

—¡Si la aprecio! —exclamó Dagoberto—. Esta cruz —y la volvió a besar— es mi reliquia... El que me la dio era mi santo... mi Dios... y había estado en sus manos.

—¡Cómo! —dijo Rodin aparentando considerar la cruz con curiosidad y admiración respetuosa—. ¿Cómo? ¡Napoleón... el gran Napoleón habría tocado con su mano, con su mano victoriosa... esa noble estrella de honor!

—Sí, señor, con su propia mano la colocó aquí, sobre mi pecho ensangrentado, como cabezal de mi quinta herida... Así, creo que si me hallase en el caso extremo de morir de hambre, entre el pan y mi cruz... no titubearía...

—Bendita sea mi pobre mano arrugada que os ha devuelto ese glorioso tesoro —dijo Rodin con emoción, y añadió—: A fe mía, que el día ha sido bueno para todos; ya os lo anunciaba esta mañana en mi carta.

—Aquella carta... sin firma —preguntó el soldado cada vez más asombroso— ¿era vuestra?

—Yo fui el que os la escribí; sólo que temiendo alguna otra trama del abate d'Aigrigny, no quise, ya podéis entenderme, explicarme con más claridad.

—¿Según eso... mis huérfanas... las volveré pronto a ver?

Rodin hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, con mucho agrado.

—Sí, dentro de poco, quizás al momento —dijo Adriana sonriendo—. Ahora bien; ¿tenía razón en manifestaros que habíais juzgado mal al señor?

—¿Y por qué no me decía todo eso cuando entré? —exclamó Dagoberto rebotando de júbilo.

—Para eso había un inconveniente, mi buen amigo —dijo Rodin— y es que cuando entrasteis, os empeñabais en ahogarme...

—Es cierto, obré con ligereza; os vuelvo a pedir perdón.

—Señorita —dijo Rodin inclinándose delante de Adriana— esta señorita os dirá que sin saberlo era cómplice de muchas iniquidades; pero así que pude distinguir los objetos en medio de las tinieblas, abandoné la mala senda en que había entrado a pesar mío, para caminar hacia lo que es honrado, recto y justo.

Adriana hizo con la cabeza una seña afirmativa a Dagoberto, que parecía interrogarle con la vista.

—Si no firmé la carta que os escribí, mi buen amigo, fue por el temor que tenía de que mi nombre os inspirase sospechas.

—Pero ahora que me acuerdo —dijo Adriana con inquietud— el señor Baleinier está enterado de todo, y me ha amenazado que acusaría al señor Dagoberto y a su hijo, si entablaba mi queja.

—Descuidad, mi querida señorita, ahora sois vos la que dictaréis las condiciones —respondió Rodin—. Fiaos de mí, y en cuanto a vos mi buen amigo... acabáronse vuestros tormentos.

—Sí —dijo Adriana—. Un magistrado recto y benévolo ha ido a buscar al convento a las hijas del mariscal Simón, y las traerá aquí; pero lo mismo que yo, ha creído que era más conveniente el que viniesen a vivir en mi casa. Con todo no puedo tomar esta determinación sin vuestro permiso, porque a vos fue a quien su madre confió esas huérfanas.

—¿Queréis reemplazarla, señorita? —contestó Dagoberto—. No puedo hacer más que daros las gracias de todo corazón por mí y por esas niñas. Sólo que, como la lección ha sido algo dura, os pediré el no separarme de la puerta de su cuarto ni de día ni de noche. Si salen con vos, me permitiréis que las siga a corta distancia sin quitarles ojo, ni más ni menos que lo haría «Malasombra», que ha dado pruebas de ser mejor guardián que yo. Cuando llegue el mariscal, que será pronto, quedaré

relevado. ¡Quiera Dios que llegue pronto!

—Sí —contestó Rodin con voz firme— quiera Dios que llegue pronto, porque tendrá que exigir al abate d'Aigrigny una terrible satisfacción por haber perseguido a sus hijas; y aún el señor mariscal no lo sabe todo.

—¿Y no tembláis por el renegado? —dijo Dagoberto pensando que dentro de poco el señor marqués se hallaría cara a cara con el mariscal.

—No tiemblo por los cobardes ni por los traidores —contestó Rodin—. Y cuando el señor mariscal Simón regrese...

Callóse durante algunos momentos, y continuó:

—Que tenga la bondad de oírme el señor mariscal, y se enterará de la conducta del abate d'Aigrigny; sabrá que sus más queridos amigos, así como él, son el blanco del odio de ese hombre peligroso.

—¿Cómo es eso? —dijo Dagoberto.

—¡Dios santo! vos mismo —dijo Rodin— sois una prueba de lo que digo.

—¡Yo!

—¿Creéis que fue una casualidad lo que motivó la escena del mesón del «Halcón Blanco», cerca de Leipzig?

—¿Quién os ha hablado de aquella escena? —preguntó Dagoberto pasmado.

—O aceptabais la provocación de Morok —prosiguió el jesuita sin responder a Dagoberto— y caíais en el lazo, o la rehusabais, y entonces erais detenido por falta de documentos, como así sucedió, y metido en la cárcel como vagabundo con esas pobres huérfanas. Ahora, ¿sabéis cuál era el objeto de aquella tropelía? Impedir que estuviéseis aquí el 13 de febrero.

—Cuanto más os oigo, señor —dijo Adriana—, más me espanta la audacia del abate d'Aigrigny y la extensión de los medios con que cuenta. En verdad —añadió con suma sorpresa—, si vuestras palabras no me mereciesen entero crédito...

—Dudaríais, ¿no es eso, señorita? —dijo Dagoberto—. Lo mismo me sucede a mí; no puedo creer que, por pícaro que sea ese maldito haya estado en relaciones con un domador de fieras, en el interior de la Sajonia; además, ¿cómo hubiera sabido que las niñas y yo debíamos pasar por Leipzig? Es imposible, buen hombre.

—Efectivamente, señor —contestó Adriana—. Temo que vuestra aversión, por otra parte muy legítima, contra el abate d'Aigrigny, no os engañe y le atribuyáis un poder y extensión de medios casi inverosímiles.

Después de un momento de silencio, durante el cual Rodin miraba a Adriana y a Dagoberto con una especie de conmiseración, añadió:

—¿Y cómo hubiera tenido el señor abate d'Aigrigny en su poder vuestra cruz, a no ser por sus relaciones con Morok? —preguntó Rodin al soldado.

—Lo cierto es, señor —dijo Dagoberto— que la alegría me impidió el reflexionar cómo es que mi cruz se halla en vuestro poder.

—Precisamente porque el abate d'Aigrigny tenía en Leipzig las relaciones de que vos y esta querida señorita parecéis dudar...

—¿Pero cómo ha venido a parar mi cruz a París?

—Decidme, fuisteis detenido en Leipzig por carecer de documentación, ¿no es cierto?

—Sí, pero nunca he podido comprender cómo habían desaparecido de mi mochila mis papeles y mi dinero. Creo que desgraciadamente los perdí.

Rodin se encogió de hombros y contestó:

—Os los robó en el mesón del «Halcón Blanco», Goliat, uno de los criados de Morok, y éste envió los papeles y la cruz al abate d'Aigrigny, para demostrarle que había logrado ejecutar las órdenes que tenía con respecto a vos y a las huérfanas; anteayer me apoderé de los hilos de esta tenebrosa trama; cruz y papeles estaban en los archivos del abate d'Aigrigny.

—No podíais hacer una acción mejor —dijo Adriana—. Y por mi parte, en razón de lo mucho que me intereso por el señor Dagoberto, os lo agradezco infinito. —Y después de un momento de silencio, añadió con viveza—: Pero señor, ¿de qué terrible poder dispone el señor abate d'Aigrigny, para que en países lejanos tenga relaciones tan vastas y terribles?

—Silencio —exclamó Rodin en voz baja mirando en derredor con aire azorado—. Silencio... silencio... ¡En nombre del cielo, no me interroguéis sobre este punto!

...

Revelaciones

Sorprendida la señorita de Cardoville del temor manifestado por Rodin al pedirle alguna explicación del poder formidable y vasto de que disponía el abate d'Aigrigny, le dijo:

—Pero, señor, ¿qué tiene de particular la pregunta que acabo de haceros?

Rodin, después de un momento de silencio, echando una ojeada en su derredor con desconfianza muy bien simulada, respondió en voz baja:

—Os repito, señorita, que no me preguntéis nada sobre un asunto tan temible; las paredes tienen oídos.

Adriana y Dagoberto se miraron aún con mayor sorpresa. La Gibosa, por un instinto de inconcebible persistencia, seguía experimentando el mismo sentimiento de invencible desconfianza contra Rodin. El jesuita sorprendió las miradas inquietas de la Gibosa fijadas en él, y le hizo una seña muy benévola: la joven, asustada de que lo hubiese notado, volvió la vista a otra parte estremeciéndose.

—No, no, mi querida señorita —contestó Rodin dando un suspiro al ver que Adriana extrañaba su silencio—. No me preguntéis sobre el poder del abate d'Aigrigny.

—Pero, señor, os vuelvo a repetir —dijo Adriana— ¿por qué titubeáis en responder? ¿A quién teméis?

—¡Ah! mi querida señorita —dijo Rodin estremeciéndose—. ¡Esas gentes son tan prepotentes!...

—Tranquilizaos, señor, os debo demasiado para que nunca os falte mi apoyo.

—Señorita —exclamó Rodin casi ofendido— os ruego que me juzguéis mejor. ¿Acaso temo por mí? No no; soy demasiado insignificante e inofensivo; pero vos, el señor mariscal Simón y las demás personas de vuestra familia son las que tienen mucho que temer.

—Pero en fin, señor, ¿no vale más conocer los peligros a que puede uno exponerse?

—Cuando se conoce la maniobra del enemigo, se practican las debidas precauciones —dijo Dagoberto—. Es preferible un ataque en campo raso a una emboscada.

—Además, os aseguro —añadió Adriana— que las pocas palabras que habéis dicho me inspiran vaga inquietud.

—Vamos ya que es preciso, mi querida señorita —contestó el jesuita aparentando vencer su repugnancia— ya que no me entendéis, seré más explícito; pero tened presente —repuso en tono grave— que sólo vuestros ruegos me obligan a enteraros

de una cosa que valdría más ignorarseis.

—Hablad, señor, hablad —dijo Adriana.

Rodin hizo que Adriana, Dagoberto y la Gibosa se agrupasen en su derredor, y les dijo con tono misterioso:

—¿No habéis oído hablar nunca de una asociación poderosa que extiende sus raíces por toda la tierra, que cuenta con afiliados, y fanáticos en todas las clases de la sociedad; que ha manejado y maneja aun a los reyes y a los grandes; asociación prepotente, que con una sola palabra eleva a sus criaturas a los puestos más elevados, o los arroja en el caos de donde ella ha podido sacarlos?

—¡Dios mío! señor —dijo Adriana—. ¿Qué asociación es ésa tan formidable?

Rodin miró en su derredor, hizo una seña a los demás actores de esta escena para que se acercasen aún más a él y dijo en voz baja, acentuando lentamente sus palabras:

—Es... ¡la Compañía de Jesús! —Y se estremeció.

—¡Los jesuitas! —exclamó la señorita de Cardoville no pudiendo dominar una franca carcajada, pues según las misteriosas precauciones oratorias de Rodin, esperaba una revelación mucho más terrible—. ¡Los jesuitas! —añadió riendo aún—. ¡Si no existen más que en los libros! Son personajes históricos, muy terribles, es cierto; ¿pero a qué viene disfrazar de ese modo a la señora de Saint-Dizier y al señor d'Aigrigny? ¿Tales como son, no justifican suficientemente ni aversión ni desprecio?

Rodin, habiendo escuchado silenciosamente a la señorita de Cardoville, añadió con aire de convencimiento:

—Vuestra ceguedad me asusta, mi querida señorita; lo pasado debiera haceros temer para lo venidero, pues, más que otro alguno, habéis experimentado el funesto poder de esa Compañía cuya existencia miráis como un sueño.

—¿Yo, señor? —dijo Adriana sonriéndose, aunque algo sorprendida.

—Vos.

—¿Y cuándo?

—¿Me lo preguntáis, mi querida señorita, y os han encerrado aquí como si estuvieseis loca? ¿No equivale eso a decirnos que el dueño de esta casa es uno de los miembros legos más adictos a esta Compañía, y, como tal, ciego instrumento del abate d'Aigrigny?

—Según eso —dijo Adriana, esta vez sin sonreír— ¿el señor Baleinier?...

—Siguiendo las órdenes del abate d'Aigrigny, emplea su talento en hacer mal; pero, preciso es confesarlo, es hombre de genio; así es que una vez fuera de esta casa, vos y los vuestros debéis concentrar en él toda vuestra vigilancia y sospechas; porque, creedme, le conozco, no considera la partida perdida.

—Afortunadamente nos lo advertís, amigo —dijo Dagoberto— y estaréis con nosotros.

Y las miradas de Rodin parecieron fijarse por casualidad en la Gibosa; pero viendo que Adriana no notaba esta insinuación, el jesuita añadió:

—¡Sois el blanco de sus precauciones, tienen un interés en captarse vuestra

voluntad!

—¡Ah! es imposible —exclamó Adriana indignada.

—¡Ay! mi querida señorita, uno de vuestros parientes, Mr. Hardy, de corazón generoso, ha sido víctima de una infame traición. En fin, ¿queréis que os diga lo que supimos por la lectura del testamento de vuestro abuelo? Que murió víctima del odio de esas gentes, y que en el día, después del transcurso de ciento cincuenta años, sus descendientes son aún el blanco del odio de esa temible Compañía.

—¡Ay! señor... eso aterra —dijo Adriana oprimiéndosele el corazón—. ¿Pero no hay armas contra semejantes ataques?

—La prudencia, mi querida señorita, la estricta reserva, el estudio incesante de desconfianza hacia todo lo que os rodea.

La Gibosa continuaba recelando de Rodin; con todo, desde que le había oído descubrir a Adriana el siniestro poder de la Orden, que pintaba tan temible, muy lejos de sospechar la joven costurera que el jesuita tuviese la audacia de hablar de aquel modo de una asociación de la que era miembro, le agradecía, casi a su pesar, los consejos que había dado a la señorita de Cardoville.

Así es que la otra mirada que le dirigió furtivamente —y que Rodin sorprendió también, porque observaba a la joven con mucha atención—, rebosaba gratitud, y por decirlo así, admiración. Adivinando el jesuita la impresión, y queriendo mejorarla aún, procurando desvanecer las desagradables prevenciones de la Gibosa y sobre todo, anticipar una revelación que tarde o temprano haría, simuló haberse olvidado de una cosa importante, y exclamó dándose una palmada en la frente:

—¿En qué pensaba yo? —Y dirigiéndose a la Gibosa—: ¿Sabéis dónde está vuestra hermana, mi querida hija?

La Gibosa, sobrecogida con esta pregunta inesperada, respondió ruborizándose, porque recordaba su última entrevista con la brillante «Reina Bacanal».

—Señor, ya hace algunos días que no he visto a mi hermana.

—Pues bien, mi querida hija, no es dichosa —dijo Rodin— prometí a una de sus amigas que le enviaría algún socorro; me dirigí a una persona caritativa, y me ha dado esto para ella. —Y sacando del bolsillo un rollo sellado, se lo dio a la Gibosa, tan sorprendida, como enternecida.

—¡Tenéis una hermana desgraciada y nada sabía! —dijo Adriana con viveza a la costurera—. ¡Ah!, ¡hija mía, hacéis muy mal!

—No la riñáis —dijo Rodin—. Primero, ignoraba que su hermana fuese desgraciada, y además no podía pedirlo a vos, mi querida señorita, que os interesaseis por ella. —Y como la señorita de Cardoville miraba a Rodin con asombro, añadió dirigiéndose a la Gibosa—: ¿No es verdad, mi querida hija?

—Sí, señor —contestó la costurera bajando la vista y ruborizándose otra vez; y luego añadió con ansiedad—: ¿Pero cuándo habéis visto a mi hermana? ¿En dónde está? ¿Por qué es desgraciada?

—Todo esto sería largo de explicároslo, mi querida hija. Id lo más pronto posible

a la calle de Clodoveo, en donde hay una frutera, y decid que deseáis hablar a vuestra hermana de parte del señor Carlomagno o del señor Rodin, como queráis, porque lo mismo me conocen en aquella casa por mi nombre de pila que por mi apellido, y sabréis lo demás. Decid únicamente a vuestra hermana, que si tiene juicio y persiste en sus buenas determinaciones, continuarán socorriéndola.

La Gibosa, cada vez más sorprendida, iba a responder a Rodin, cuando se abrió la puerta y entró el señor de Gernande, con rostro grave y triste.

—¿Y las hijas del mariscal Simón? —exclamó la señorita de Cardoville.

—Por desgracia... no las traigo —respondió el juez.

—¿Y en dónde están? ¿Qué han hecho de ellas? ¡Anteayer aún estaban en ese convento! —exclamó Dagoberto trastornado al ver destruidas sus esperanzas.

No bien hubo el soldado pronunciado estas palabras, cuando aprovechando Rodin la ocasión en que los actores de esta escena se agrupaban en derredor del magistrado, dio algunos pasos hacia atrás, y acercándose prudentemente a la puerta desapareció sin que nadie echase de ver su ausencia. Mientras que el soldado, entregado otra vez a su desesperación, miraba al señor de Gernande, esperando con angustia su respuesta, Adriana dijo al magistrado:

—Pero, ¡Dios mío!, señor, ¿cuando os presentasteis en el convento, qué os respondió la superiora con respecto a esas jóvenes?

—La superiora se ha negado a darme explicaciones. «Creéis —me dijo—, que las jóvenes de que habláis están detenidas contra su voluntad; ya que la ley os da el derecho de penetrar esta vez en esta casa, visitadla». «Pero, señora, tened la bondad de contestarme categóricamente —dije a la superiora—: ¿Aseguráis no haber tomado parte en el secuestro de las jóvenes que vengo a reclamar?». «Nada tengo que contestar sobre ese particular. Decís que estáis autorizado para hacer averiguaciones; hacedlas». No pudiendo obtener otras explicaciones —añadió el magistrado— recorrí todo el convento de arriba a abajo, haciendo que se abriesen todos los cuartos, pero desgraciadamente no pude hallar ningún rastro de esas jóvenes.

—Las habrán enviado a otra parte —exclamó Dagoberto— ¿y quién sabe?... quizás muy enfermas... ¡Las matarán. Dios mío, las matarán! —exclamó con tono terrible.

—Después de una negativa semejante ¿qué debe hacerse? ¡Dios mío! ¿Qué medidas debemos tomar? ¡Ah! ilustrados, señor, nuestro consejo, nuestra providencia —dijo Adriana volviéndose para hablar a Rodin, que creía que estaba detrás de ella—. ¿Cuál sería vuestro?... —Y notando que el jesuita había desaparecido, dijo a la Gibosa con inquietud—: ¿Y el señor Rodin, dónde está?

—No sé, señorita —contestó ésta mirando en derredor—. Ya no está aquí.

—¡Es extraño! —dijo Adriana—. ¡Desaparecer tan bruscamente!...

—Ya os decía yo que era un traidor —exclamó Dagoberto hiriendo el suelo con el pie—. Todos se entienden.

—No, no —dijo la señorita de Cardoville—. No supongáis eso; pero es muy

sensible la ausencia del señor Rodin, porque en esta circunstancia difícil, habiendo estado al lado del señor d'Aigrigny, hubiera podido darnos algunas noticias útiles.

—Os confesaré, señorita, que con él contaba —dijo el señor de Gernande— y he vuelto aquí para enteraros del desagradable éxito de mis pesquisas, y rogar a ese hombre honrado y recto, que tan animosamente descubrió odiosas maquinaciones, que nos aconsejase en este aprieto.

¡Cosa rara! Hacía algunos momentos que Dagoberto, enteramente absorto, ninguna atención prestaba a las palabras del magistrado, para él tan importantes, ni aún notó que se hubiese marchado el señor Gernande, que al retirarse ofreció a Adriana practicar las diligencias posibles para conocer el verdadero motivo de la desaparición de las huérfanas. Inquieta Adriana de este silencio, y deseando salir al momento de aquella casa acompañada de Dagoberto, dirigió a la Gibosa una mirada de inteligencia, y acercábase al soldado, cuando en la pieza contigua se oyeron pasos precipitados y una voz varonil y sonora que gritaba con impaciencia:

—¿En dónde está? ¿En dónde está?

Dagoberto, al oír aquella voz, salió de súbito de su letargo, estremeciéndose, y lanzando un grito se precipitó hacia la puerta, que, abriéndose... dejó ver en el umbral al mariscal Simón.

XCII

Pedro Simón

El mariscal Pedro Simón, duque de Ligny, era de elevada estatura: vestía sencillamente una levita azul. La fisonomía del mariscal era franca, y de un carácter caballeresco; la frente dilatada, y la tez abrasada por el sol de la India. Su andar era libre, atrevido, y sus ademanes decididos manifestaban su impetuosidad militar.

Aceptando Pedro Simón con agradecimiento el título aristocrático con que el emperador le había condecorado, obraba como aquellas personas de suma delicadeza, que, al recibir un don enteramente inútil de una afectuosa amistad, lo aceptan con agradecimiento en obsequio de la mano que se lo ofrece. Muy lejos de parecerse a esos que arrastran un sable y que aprecian la guerra por lo que es en sí, el mariscal Simón, no sólo admiraba a su héroe como al primer capitán del mundo, sino que sabía que si el emperador había emprendido o aceptado la guerra, era con la esperanza de imponer algún día la paz al mundo. Pedro Simón, hijo de artesano, admiraba también al emperador, porque este advenedizo imperial había sabido hacer vibrar noblemente la fibra popular.

* * *

Cuando el mariscal Simón, entró en el cuarto, sus facciones estaban alteradas; pero al ver a Dagoberto, un rayo de alegría iluminó su rostro, y corriendo hacia él con los brazos abiertos, exclamó:

—¡Mi amigo! ¡Mi antiguo amigo!

Dagoberto respondió con muda efusión y luego soltándose el mariscal de sus brazos, y fijando en él sus ojos, humedecidos, le dijo con voz tan conmovida:

—¡Qué tal! ¿Llegaste a tiempo para el 13 de febrero?

—Sí, mi general. Pero todo se ha aplazado para de aquí a cuatro meses.

—¿Y mi mujer... y mi hijo?

A esta interrogación Dagoberto se estremeció, bajó la cabeza y calló.

—¿No están aquí? —preguntó Pedro Simón con más sorpresa que inquietud—. En tu casa me dijeron que ni mi mujer ni mi hijo estaban allí, pero que te encontraría en esta casa; he venido al momento... ¿y no están?

—¡Mi general! —dijo Dagoberto palideciendo— ¡mi general!

Y enjugándose las gruesas gotas de sudor frío que corrían por su frente, no pudo decir más, porque se le anudó la voz en la garganta.

—¡Me haces temblar! —exclamó Pedro Simón poniéndose también pálido como

su soldado y cogiéndole por el brazo.

Entonces Adriana se adelantó, y dijo a Pedro Simón con voz dulce y conmovida:

—Señor mariscal... soy la señorita de Cardoville... parienta de vuestras amadas hijas...

Pedro Simón se volvió, y tan sorprendido de la deslumbrante hermosura de Adriana como de las palabras que ésta acababa de proferir, tartamudeó:

—¡Vos, señorita... parienta de «mis hijas»!... —y recalcó estas palabras mirando con asombro a Dagoberto.

—Sí, señor mariscal... «vuestras» hijas... —apresuróse a decir Adriana—. Y el amor de esas dos encantadoras gemelas...

—¡Gemelas! —exclamó Pedro Simón, interrumpiendo a la señorita de Cardoville, con una explosión de alegría difícil de reproducir.

—¡Dos hijas! ¡Ah! ¡Qué feliz debe ser su madre! —añadió dirigiéndose a Adriana—: Perdonadme, señorita, si faltó a la cortesía y no os doy debidamente las gracias por lo que decís... pero ya podéis haceros cargo, hace diez y siete años que no he visto a mi mujer. Llego; en vez de encontrar dos seres queridos, hallo tres. Por favor, señorita, quisiera saber todo lo que os debo. Sois nuestra parienta, seguramente me hallo en vuestra casa... Mi mujer y mis hijas están aquí, ¿no es verdad?... ¿Teméis que una aparición demasiado repentina las trastorne? Esperaré; pero, señorita, estoy seguro que sois tan buena como hermosa... Apiadaos de mi impaciencia... Preparad a las tres... a recibirme.

Dagoberto, cada vez más emocionado, evitaba las miradas del mariscal y temblaba como la hoja del árbol agitado por el viento. Adriana, con la vista baja, no se atrevía a responder, pues partíasele el corazón al pensar en el golpe terrible que iba a recibir el mariscal Simón. Éste, sorprendido por tan largo silencio, miraba alternativamente a Adriana y al soldado, primero algo inquieto y luego asustado. Por fin dijo:

—Dagoberto: algo me ocultas...

—Mi general... —respondió éste tartamudeando— os aseguro que... que...

—Señorita —exclamó Pedro Simón— por piedad os ruego que me habléis francamente, mi ansiedad es horrible... vuelvo a mis primeros temores. ¿Qué hay?... ¿Mi mujer?... ¿mis hijas están enfermas?... ¡Oh!, ¡hablad!, ¡hablad!

—Vuestras hijas, señor mariscal —dijo Adriana— han estado algo enfermas... por efecto del largo viaje; pero en el día se hallan muy mejoradas.

—¡Dios mío... entonces mi mujer... mi mujer es la que está en peligro!

—Ánimo, señor —dijo tristemente la señorita de Cardoville—. ¡Ay! Preciso es que busquéis consuelo en la ternura de los dos ángeles que os quedan.

—Mi general —dijo Dagoberto con voz firme y grave— vine de Siberia... solo... con vuestras dos hijas.

—¿Y su madre?, ¡su madre! —exclamó Pedro Simón con acento doloroso.

—Al día siguiente de su muerte me puse en camino con las dos huérfanas —

respondió el soldado.

—¡Muerta!... —exclamó Pedro Simón con postración— ¡muerta!... —y no obtuvo más respuesta que un triste silencio.

A este golpe inesperado, faltáronle las fuerzas al mariscal, se apoyó en el respaldo de una silla y cayó en ella ocultando el rostro entre sus manos. Durante algunos segundos no se oyeron más que sollozos ahogados.

Cuando hubo dado libre curso a sus lágrimas, levantó la cabeza dejando ver su rostro varonil, entonces muy pálido; pasó la mano por sus ojos encendidos, se levantó y dijo a Adriana:

—Perdonadme, señorita: no pude dominar la primera impresión. Permitidme que me retire; quiero saber crueles pormenores del digno amigo que no se ha separado de mi mujer hasta su último momento. Tened la bondad de hacer que me acompañen adonde están mis niñas... mis pobres huérfanas... —y la voz del mariscal se alteró.

—Señor mariscal —dijo la señorita de Cardoville—, hace poco esperábamos aquí a vuestras queridas niñas; pero por desgracia han quedado burladas nuestras esperanzas.

Pedro Simón miró a Adriana sin responderle; y como si no hubiese oído o comprendido bien.

—Pero tranquilizaos —añadió la joven—; aún no debemos desesperar.

—¡Desesperar! —repitió maquinalmente el mariscal, mirando tan pronto a la señorita de Cardoville como a Dagoberto—. ¡Desesperar!, ¿y de qué? ¡Dios mío!

—De ver a vuestras hijas —dijo Adriana—. La presencia de su padre hará que sean más eficaces las pesquisas.

—¡Las pesquisas!... —exclamó Pedro Simón—. ¿Entonces mis hijas no están aquí?

—No, señor —dijo al fin Adriana—. Las han robado al afecto del hombre excelente que las había acompañado desde el corazón de Rusia, y las han encerrado en un convento...

—¡Desdichado! —exclamó Pedro Simón, acercándose a Dagoberto con aire amenazador y terrible— me responderás de todo.

—¡Ah, señor, no le culpéis! —dijo la señorita de Cardoville.

—Mi general —contestó Dagoberto con acento de dolorosa resignación—, merezco vuestro enojo; es culpa mía; precisado a ausentarme de París, confié las niñas a mi mujer; trastornóle la cabeza su confesor, persuadiéndola que vuestras hijas estarían mejor en un convento que en casa; le creyó y se avino a que se las llevasen; ahora dicen en el convento que no saben dónde están; ésta es la verdad; haced de mí lo que queráis; no tengo más que callar y sufrir.

—¡Qué iniquidad! ¿En quién se podrá confiar, ¡Dios mío!, si ése me ha engañado?

—¡Ah, señor mariscal! no le culpéis —contestó la señorita de Cardoville—, no le creáis: ha expuesto vida y honor para arrebatarse de ese convento a vuestras hijas; no es

el único cuyas tentativas se hayan frustrado, pues no hace mucho tiempo que un magistrado a pesar de su carácter y la autoridad de que estaba revestido, no ha sido más afortunado.

—Pero ese convento —exclamó el mariscal Simón enderezándose, con el rostro pálido y desfigurado por la ira y el dolor—, ese convento, ¿dónde está? ¡Sin duda esas gentes ignoran lo que es un padre a quien se le han arrebatado sus hijas!

En el momento que el mariscal pronunciaba estas palabras, vuelto hacia Dagoberto, presentóse en el umbral de la puerta que había quedado abierta, Rodin con Rosa y Blanca de la mano. Al oír la exclamación del mariscal, estremeciéndose de sorpresa, y una diabólica alegría se manifestó en su rostro siniestro, porque no creía hallar tan a propósito a Pedro Simón. La señorita de Cardoville fue la primera que advirtió la llegada de Rodin, y exclamó acercándosele:

—¡Ah! no me engañaba... nuestra providencia... siempre... siempre...

—Queriditas mías —dijo Rodin en voz baja a las niñas, indicándoles a Pedro Simón—, ése es vuestro padre.

—¡Señor! —exclamó Adriana, siguiendo a Rosa y Blanca—, ¡vuestras hijas, aquí están!

Volvióse Pedro Simón de súbito y las dos niñas se arrojaron en sus brazos; siguió un profundo silencio interrumpido únicamente por sollozos, besos y exclamaciones de alegría.

—Venid al menos a gozar del bien que habéis hecho —dijo la señorita de Cardoville enjugándose los ojos y volviendo al lado de Rodin, que habiéndose apoyado en el umbral de la puerta, parecía contemplar aquella escena con enternecimiento sumo.

Pasmado se quedó Dagoberto, sin poder hacer el más pequeño movimiento, al ver a Rodin que traía las niñas; pero oyendo lo que Adriana le decía y cediendo a un impulso de agradecimiento, por decirlo así, insensato, se echó de rodillas delante del jesuita, y juntando las manos como si rogase, exclamó con voz entrecortada:

—¡Me salváis trayendo a esas niñas!...

—¡Ah, señor, bendito seáis!... —exclamó la Gibosa cediendo al agradecimiento general.

—Mis buenos amigos, es demasiado —dijo Rodin, como si no pudiese soportar una emoción tan fuerte—. Os aseguro que es demasiado para mí; disculpadme con el mariscal y decidle que bastante satisfecho estoy con haber presenciado su felicidad.

—Señor, hacedme el favor —dijo Adriana— de que el mariscal os conozca.

—¡Oh! quedaos, pues nos salváis a todos —exclamó Dagoberto, procurando retener a Rodin.

—La Providencia, mi querida señorita, no piensa en el bien que ha hecho, sino en el que le queda por hacer —dijo Rodin con afecto que manifestaba bondad—. ¿No debo pensar ahora en el príncipe Djalma? Mi obra no está terminada y los momentos son preciosos. Vamos —añadió soltando suavemente sus manos de las de Dagoberto

—, vamos, el día ha sido tan bueno como me esperaba; al abate d'Aigrigny se le ha quitado la máscara; vos, mi querida señorita, estáis en libertad; ese valiente soldado recobra su cruz; la Gibosa cuenta con una protectora y el señor mariscal abraza a sus hijas.

* * *

Una hora después la señorita de Cardoville y la Gibosa, el mariscal Simón, sus dos hijas y Dagoberto, habían salido de la enfermería del doctor Baleinier.

El indio en París

Tres días después de haber salido la señorita de Cardoville de la enfermería del doctor de Baleinier, ocurría la escena siguiente en una casita de la calle Blanca, adonde se condujo a Djalma, en nombre de un protector desconocido.

En una pieza algo oscura, hay un hombre de cabellera larga, que está arrodillado sobre una magnífica alfombra de Turquía, atizando con cuidado el hornillo de oro de un «houka»; el largo y flexible tubo de esta pipa, pasaba entre los dedos redondos y afilados de Djalma, muellemente tendido sobre el diván. La cabeza del joven príncipe descubierta, deja ver sus cabellos de azabache.

El hijo de Kadja-Sing tiene en su mano izquierda la boquilla de ámbar de su pipa; su magnífico ropaje de cachemira blanco, ciñese a su cintura delgada. En la fisonomía dulce y varonil de Djalma se manifestaba aquella tranquilidad melancólica y contemplativa natural en los indios y árabes.

—¿Pondré más tabaco en la «houka»? —dijo el hombre que estaba arrodillado, volviéndose hacia Djalma y dejando ver las facciones siniestras de Faringhea, el estrangulador.

El joven príncipe no contestó al mestizo. El estrangulador calló, sentóse sobre la alfombra, cruzó las piernas, apoyó los codos sobre sus rodillas y la barbilla en sus manos, y sin quitar ojo a Djalma, esperó la respuesta a las órdenes de aquél a cuyo padre le llamaban «el padre del Generoso».

¿Cómo es que Faringhea, aquel sangriento sectario de Bhowanie, había aceptado o buscado el desempeño de tan humildes funciones?

Sólo puede decirse ahora que después de una larga conversación que tuvo Rodin la antevíspera con el estrangulador, éste se había separado de él con la vista baja y el ademán comedido.

Después de un largo silencio, Djalma, se dirigió a Faringhea sin mirarle, y le dijo en lenguaje conciso y muy natural en los orientales:

—Pasa la hora... el anciano de buen corazón no viene... pero vendrá. Su palabra es su palabra.

—Su palabra es su palabra, monseñor —repitió Faringhea en tono afirmativo—. Hace tres días, cuando fue a buscaros a la casa en que aquellos miserables, por sus perversos designios, os condujeron alevosamente, dormido, como también me adormecieron a mí... ese vuestro adicto servidor, os dijo: «El amigo desconocido que os mandó a buscar al castillo de Cardoville, me envía, príncipe; tened confianza, seguidme a una morada digna de vos, que está ya arreglada». Y también os dijo, monseñor: «Consentid en no salir de esta casa hasta que vuelva; así lo exige vuestro

interés; dentro de tres días me veréis otra vez, y entonces se os dará la libertad». Consentisteis en ello, monseñor, y hace tres días que no habéis salido de esta casa.

—Y espero al anciano con impaciencia —dijo Djalma—, porque esta soledad me aburre. ¡Debe haber en París tantas cosas que admirar! Y sobre todo...

Al cabo de algunos momentos, Djalma dijo con impaciencia, arrojando lejos de sí el tubo de su «houka» y tapándose los ojos:

—No quiero pasar al lado de esos civilizados, por bárbaro, como nos llaman; así me vanaglorio de ser casto.

—No os comprendo, monseñor.

—Quizás amase a una mujer pura como lo era mi madre cuando mi padre la tomó por esposa, y aquí para exigir la pureza de una mujer, es necesario ser casto como ella.

Faringhea, al oír este despropósito, no pudo reprimir una sonrisa maligna.

—¿De qué te ríes, esclavo? —dijo imperiosamente el príncipe.

—Entre los civilizados, como decís, monseñor, al hombre que se casase en la flor de su inocencia, heriríale de muerte el ridículo.

—¡Mientes, esclavo! Ridículo sería si se casase con una joven que no fuese pura como él.

—En ese caso, monseñor, en vez de herirle, le mataría, porque la burla sería doblemente implacable.

—¡Mientes!... ¡mientes!... o, si dices la verdad, ¿quién te ha enterado?

—He visto mujeres parisienses en la isla de Francia y en Pondichery; además he aprendido mucho en la travesía, hablando con un oficial joven en tanto que vos lo hacíais con el joven sacerdote.

—¿Según eso, los civilizados, así como los sultanes de nuestros serrallos, exigen de las mujeres una inocencia que ellos no tienen?

—Cuanto menos tienen más exigen, monseñor.

—Exigir lo que no se concede, es obrar de amo a esclavo. ¿Y aquí con qué derecho?

—El derecho que se abroga el que los establece, es lo mismo que entre nosotros, monseñor.

—¿Y las mujeres, qué hacen?

—Procuran cuando se casan que sus maridos no se ridiculicen demasiado a los ojos del mundo.

—¿Y aquí matan... a una mujer que es adúltera? —preguntó Djalma enderezándose bruscamente y fijando en Faringhea una mirada feroz que despedía fuego sombrío.

—La matan, monseñor, como nosotros hacemos; mujer sorprendida, mujer que se mata.

—Ya que los civilizados son déspotas como nosotros, ¿por qué no encierran a sus mujeres para obligarlas a una fidelidad que ellos no tienen?

—Porque son tan civilizados como bárbaros... y tan bárbaros como civilizados.

—Muy triste es eso, si es verdad lo que dices —contestó Djalma con aire pensativo.

Djalma habló de los púdicos goces del alma con un encanto inexplicable; pero al describir una dicha menos ideal, sus ojos brillaron como estrellas, estremeciéndose y entregóse a una profunda meditación.

Faringhea, notando esta última emoción, dijo:

—¿Y si como el orgulloso y distinguido «pájaro-rey» de nuestro país, el sultán de los bosques, prefirieseis a los amores únicos y solitarios, numerosos y variados placeres? ¿Si hermoso, joven y rico como sois, buscaseis a esas seductoras parisienses?

Djalma escuchó a Faringhea con ávido silencio; no era ya el joven que se ruborizaba púdicamente con la idea de los goces lícitos de una unión legítima. No, no; las incitaciones de Faringhea habían hecho explotar de pronto un fuego subterráneo.

Así es que, saltando del diván, ágil, vigoroso como un tigre, cogió a Faringhea por la garganta exclamando:

—¡Tus palabras son un veneno abrasador!

—Monseñor —dijo Faringhea sin oponer la menor resistencia—; vuestro esclavo es vuestro esclavo.

Esta sumisión desarmó al príncipe.

—Mi vida os pertenece —continuó el mestizo.

—¡Yo soy el que te pertenezco, esclavo! —exclamó Djalma rechazándole—. ¡Ahora mismo estaba pendiente de tus labios devorando tus odiables mentiras!

—¿Mentiras, monseñor? Presentaos tan solo a la vista de esas mujeres, y sus miradas confirmarán mis palabras.

—¿Me amarían esas mujeres cuando no he vivido sino en la guerra y en medio de los bosques?

—Al pensar que tan joven ya habéis dado sangrienta caza a los hombres y a los tigres... os adorarán, monseñor.

—¿Lo crees así? —dijo Djalma, arrastrado a su pesar por la elocuencia salvaje del estrangulador.

—Ya sabéis que digo la verdad —dijo éste extendiendo el brazo hacia el joven indio.

* * *

En el momento que el mestizo contestaba a Djalma, a la puertecita del jardín de esta casa que daba a una callejuela desierta, se detuvo un elegante cupé; tiraban de este coche dos hermosos caballos; las hebillas de los arreos eran de plata, así como los botones de la librea de los lacayos, azul celeste con cuello blanco; veíanse las armas

en rombo sin cimera ni corona.

Dentro del coche había dos mujeres, la señorita de Cardoville y Florina.

XCIV

El despertar

Para explicar la llegada de la señorita de Cardoville a la puerta del jardín de la casa en que vivía Djalma, preciso es echar una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos.

Al salir la señorita de Cardoville de la enfermería del doctor Baleinier, había ido a vivir en su palacio de la calle de Anjou.

Creyendo conveniente entregar la dirección subalterna y vigilancia interior de su casa a personas leales, escribió Adriana al mayordomo de las tierras de Cardoville y a su mujer, antiguos servidores de la familia, para que viniesen inmediatamente a París; el señor Dupont a encargarse de las funciones de administrador, y la señora Dupont de las de ama de llaves.

Adriana había vuelto a tomar a sus doncellas Hebe, Georgina y Florina. Ésta, al principio tuvo que entrar en casa de la princesa de Saint-Dizier, para continuar su papel de vigilanta por encargo de la superiora del convento de Santa María; pero a consecuencia del nuevo giro que Rodin había dado al asunto Rennepont, se acordó que Florina, si era posible, volvería a servir a la señorita de Cardoville; puesto tan allegado, que facilitando a esta desdichada criatura el prestar servicios importantes y tenebrosos a las personas que eran dueñas de su suerte, la obligaba a una infame traición.

Desgraciadamente todo favorecía esta trama. Ya dijimos que Florina, en su entrevista con la Gibosa, algunos días después de hallarse la señora de Cardoville encerrada en la enfermería del doctor Baleinier, dio a la costurera consejos muy útiles a los intereses de Adriana, haciendo que dijese a Agrícola que no entregase a la señora de Saint-Dizier los papeles que había hallado en el escondrijo del pabellón, sino a la misma señorita de Cardoville. Enterada ésta después de lo sucedido por la Gibosa, aumentóse su confianza e interés por Florina, admitiéndola otra vez en su servicio, y la encargó de una misión de confianza, esto es, cuidar del arreglo de la casa alquilada para morada de Djalma.

La Gibosa consintió en vivir al lado de Adriana, que con aquella rara sagacidad de corazón que la caracterizaba, confió a la joven costurera, que también la servía de secretaria, el departamento de socorros y limosnas.

Efectivamente, nadie mejor que la Gibosa podía aceptar la santa misión que le encargaba Adriana.

* * *

Hablemos ahora de los diversos acontecimientos que aquel día precedieron a la llegada de la señorita de Cardoville a la puerta del jardín de la casa de la calle Blanca.

La señorita de Cardoville acababa de despertarse: descansaba en medio de la muselina, batista, blondas y seda blanca.

Entregada Adriana a ese entorpecimiento matutinal, cuya suave languidez inclina a la meditación, apoyando el codo sobre su almohada, la cabeza algo caída, sus labios, húmedos y rosados, como también sus mejillas, estaban tan frescos como si los hubiese bañado en agua helada; sus blancos párpados semivelaban sus rasgados ojos de un negro pardo y aterciopelado.

¡Quién produciría la inefable serenidad del despertar de Adriana, de un alma tan bella y casta, dentro de un cuerpo tan casto y bello!

Recordando todos los pretendientes que hasta entonces había visto en el mundo, presentábase el cuadro por desgracia demasiado verdadero descrito por Rodin, con cáustica elocuencia, sobre los novios. Acudía a su mente, no sin cierto orgullo, los consejos que aquel hombre le había dado, no adulándola, sino animándola a llevar a cabo un proyecto generoso y bello. El capricho o la ilación de sus ideas la condujo a pensar en Djalma.

Decíase, y no sin fundamento, que este niño medio salvaje, de pasiones por domar, transportado de pronto en medio de una refinada civilización, estaba inevitablemente sujeto a violentas pruebas y fogosas transformaciones.

De repente, Adriana se sentó bruscamente en su lecho, pasó la mano por su frente y llamó a sus doncellas.

Al sonido argentino de la campanilla, abriéronse las dos puertas de marfil.

Georgina se presentó en el umbral del cuarto tocador, del que lanzó Lutina, la perrita negra con collar de oro, ladrando de alegría. Hebe apareció a la puerta del cuarto de baño.

Viendo que Hebe, con su traje lindo y flamante, le traía sobre uno de sus brazos, desnudos y rollizos, un grande peinador Adriana le dijo:

—¿Dónde está Florina, hija mía?

—Señorita, han venido a llamarla para alguna cosa muy urgente.

—¿Y quién la ha llamado?

—La joven que os sirve de secretaria. Había salido muy de mañana, y así que ha vuelto hizo que llamasen a Florina, que desde entonces no ha regresado.

—Esa ausencia será por algún asunto urgente de mi angélico ministro de socorros y limosnas —dijo Adriana sonriendo, pensando en la Gibosa. Y luego hizo una seña a Hebe para que se acercase a la cama.

* * *

Dos horas después de haberse levantado Adriana, habiendo hecho que la vistiesen,

con suma elegancia, despidió a sus doncellas mandando que hiciesen entrar a la Gibosa, a quien trataba con mucha deferencia recibéndola siempre a solas.

La joven costurera entró precipitadamente, el rostro pálido y conmovido, y la dijo con voz trémula:

—¡Ah, señorita! fundados eran mis temores; os venden.

—¿De qué presentimientos habláis, mi querida hija? —dijo Adriana sorprendida

—, ¿y quién me vende?

—El señor Rodin —respondió la Gibosa.

Las dudas

Al oír la señorita de Cardoville la acusación de la Gibosa contra Rodin, miró a la joven aun con mayor sorpresa.

Antes de continuar, diremos que la Gibosa había trocado su pobre traje por uno negro sencillo, pero gracioso.

Este color triste parecía indicar su renuncia a las humanas vanidades, el eterno luto de su corazón y los austeros deberes que le imponían su cariño a los desgraciados.

La Gibosa llevaba con este vestido negro un gran cuello blanco; sus manos largas y enjutas, preservadas del frío por los guantes, ya no estaban como antes amoratadas, sino que se distinguían por su diáfana blancura.

Las facciones alteradas de la Gibosa expresaban tan suma inquietud, que la señorita de Cardoville exclamó:

—¿Qué decís?

—La primera vez que me hallé en presencia del señor Rodin, a pesar mío me sentí atemorizada, y temí por vos, mi pobre amiga.

—En fin —añadió Adriana, después de un momento de reflexión—. ¿Cómo es que vuestras sospechas se han trocado hoy en realidades?

—Ayer fui a llevar a mi hermana Cefisa el socorro que el señor Rodin me había dado para ella en nombre de una persona caritativa. No encontré a Cefisa en casa de la amiga que la había recogido, y rogué a la portera que dijese a mi hermana que volvería esta mañana. Así lo hice; pero perdonadme, señorita, algunos pormenores indispensables.

—Hablad; hablad, amiga mía.

—La joven que recogió a mi hermana en su casa, no tiene una vida muy arreglada. Un hombre con quien ha asistido a varias orgías, llamado el señor Du Moulin, le enteró del verdadero nombre del señor Rodin, que teniendo en aquella casa un aposento, se titulaba el señor Carlomagno.

—Eso ya nos lo dijo en casa del señor Baleinier, además, anteayer, me explicó que por ciertas razones le era indispensable tener este modesto aposento en un barrio separado, y no pude menos que aprobárselo.

—¡Pues bien! Ayer el señor Rodin recibió en su cuarto al señor abate d'Aigrigny.

—¡Al abate d'Aigrigny!

—Y permaneció encerrado con él más de dos horas.

—Hija mía, os habrán engañado.

—Esto es lo que he sabido, señorita: el abate d'Aigrigny había venido por la

mañana a ver al señor Rodin, y no hallándole, dejó a la portera su nombre escrito en un papel con estas palabras: «Volveré dentro de dos horas». La joven de que os he hablado vio este papel, y como todo lo que concierne al señor Rodin es misterioso, tuvo la curiosidad de esperar al señor abate d'Aigrigny en la tienda de la portera para verle entrar, y efectivamente, dos horas después volvió y encontró al señor Rodin en su aposento.

—No, no —dijo Adriana estremeciéndose— debe ser una equivocación.

—No lo creo, señorita; porque conociendo lo importante que era esta revelación, rogué a la joven que me hiciese, poco más o menos, el retrato del abate d'Aigrigny.

—¿Y bien?

—El abate d'Aigrigny —me dijo—, tiene unos cuarenta años; su estatura es elevada; va vestido sencillamente, pero con esmero; sus ojos pardos, rasgados y penetrantes, las cejas espesas, cabellos castaños, el rostro enteramente afeitado.

—Verdad es. Esas señas son exactas.

—Deseando recoger todos los detalles posibles —continuó la Gibosa— pregunté a la portera si el señor Rodin y el abate d'Aigrigny parecían estar enojados cuando los vio salir de la casa, y me dijo que no; que el abate había dicho únicamente al señor Rodin, despidiéndose de él a la puerta: «Quedamos en que mañana os escribiré».

—No puedo dudar de vuestras palabras, mi pobre amiga, y con todo, el señor Rodin es el que os envió a esa casa para que llevaseis algún socorro a vuestra hermana; ¡y sé hubiera expuesto a que vos os enteraseis de sus citas secretas con el abate d'Aigrigny! Sería bien poca destreza... para un traidor.

—Es muy cierto y no obstante, la entrevista de esos dos hombres me ha parecido tan amenazadora para vos, señorita, que he vuelto muy preocupada.

—Veamos, amiga mía, no nos espantemos infundadamente, ni demos crédito al mal con ligereza. El Sr. Rodin me franqueó las puertas de la casa del Sr. Baleinier, y delante de mí entabló su queja contra el abate d'Aigrigny; con amenazas obligó a la superiora del convento a devolver las hijas del mariscal Simón; consiguió descubrir el paradero del príncipe Djalma; cumplió exactamente mis instrucciones con respecto a mi joven pariente, y aún ayer me ha dado muy buenos consejos. Todo esto es muy positivo, ¿no es verdad?

—Sin duda, señorita.

—Examinemos la posibilidad de una traición. ¿Avenirse con el abate d'Aigrigny para venderme? ¿Cómo, de qué manera, en qué? ¿Qué debo temer? ¿No es al contrario, el abate d'Aigrigny y la señora de Saint-Dizier los que tendrán que dar cuenta muy desagradable a la justicia del mal que han hecho?

—Pero, entonces, señorita, ¿cómo se explica la entrevista de dos hombres que tantos motivos tienen de aborrecerse? Y además, no soy la única que piensa así.

—¿Cómo es eso?

—Esta mañana, cuando volvía, estaba tan conmovida, que la señorita Florina me preguntó el motivo de mi turbación; sé, señorita, lo mucho que por vos se interesa.

Pues bien, esta mañana a mi regreso, creyendo indispensable el avisaros lo más pronto posible, se lo referí todo a la señorita Florina, y también como a mí, o quizás más aún, asustóla la entrevista de Rodin y el Sr. d'Aigrigny. Después de reflexionar, me dijo: «Creo que es inútil despertar a la señorita; poco importa que sepa dos o tres horas antes esta traición; entre tanto voy a ver si descubro alguna cosa; me ocurre una idea que me parece buena; disculpadme con la señorita, luego volveré». Pidió un coche y se marchó.

—Florina es una excelente criatura, pero en esta ocasión creo que su celo y buen corazón la han engañado como a vos, mi pobre amiga; ¿sabéis que somos dos atolondradas en no haber pensado hasta ahora en una cosa que al momento nos hubiera tranquilizado?

—¿En qué, señorita?

—El abate d'Aigrigny teme ahora mucho al Sr. Rodin, y habrá ido a buscarle para pedirle que no le persiga.

—Sí, eso es probable —pero luego, como cediendo a una convicción superior a todos los razonamientos posibles, exclamó—: Y con todo, no, no; creedme, señorita, os engañan; lo siento... Además, ¿no adivináis con precisión los secretos instintos de mi corazón?

—¿Qué decís? ¿Qué es lo que he adivinado?

—¿Qué es lo que habéis adivinado? ¡Ay! todas las sombrías susceptibilidades de una desgraciada criatura a quien el destino impuso una vida aparte; y preciso es que sepáis que si hasta ahora he callado, no es porque ignore lo que os debo, porque en fin, ¿quién os ha dicho, señorita, que el único medio de que aceptase vuestros beneficios sin avergonzarme de ello, sería encargarme de unas funciones en que pudiese ser útil y caritativa con los desgraciados? ¿Quién os dijo, cuando quisisteis que en lo sucesivo me sentase a vuestra mesa, como vuestra amiga, yo, pobre trabajadora, en quien queríais glorificar el trabajo, la resignación y honradez, que al responderos con lágrimas de gratitud y de sentimiento, no era por falsa modestia, sino por el conocimiento de mi ridícula deformidad lo que me hacía rehusarlo, y que a no ser por eso lo hubiera aceptado con orgullo en nombre de mis hermanas del pueblo? Porque me respondisteis estas tiernas palabras: «Comprendo vuestra negativa, amiga mía, y sé que no es una falsa modestia la que la dicta, sino un sentimiento de dignidad que aprecio». Dios sin duda, que en su infinito poderío atiende a la creación de los mundos, y sabe también ocuparse paternalmente del mísero insecto que se oculta bajo la yerba... ¿Y no queréis que la gratitud de un corazón que tan bien comprendéis llegue a su vez hasta la adivinación de lo que puede perjudicaros? ¡Os venden, os digo que os venden!

Y la Gibosa, coloreadas sus mejillas por la emoción, recargó tan enérgicamente estas últimas palabras, acompañándolas de un ademán tan afirmativo, que la señorita de Cardoville, conmovida ya por las acaloradas expresiones de la joven, participó de sus sospechas. Iba a responder a la Gibosa, cuando llamaron a la puerta del gabinete

en que estaban, y entró Florina. La señorita de Cardoville, viendo pintado el miedo en la fisonomía de su doncella, le dijo:

—¿De dónde vienes, hija mía?

—Del palacio de Saint-Dizier, señorita.

—¿Y para qué has ido allá?

—Esta mañana la señorita —y Florina indicó a la Gibosa— me confió sus temores los cuales me alarmaron. La visita del señor abate d'Aigrigny a Rodin me parecía ya muy importante, y pensé que si éste hacía pocos días que hubiese ido al palacio de Saint-Dizier, ya no cabía duda de que era un traidor.

—Efectivamente —dijo Adriana cada vez más inquieta—, ¿qué más?

—Como me habíais encargado de la mudanza de los muebles del pabellón, tenía que dirigirme a la señora Grivois para pedirle la llave, y con esto tenía un pretexto para volver al palacio. Procuré hacer hablar a la señora Grivois sobre Rodin, pero fue inútil. Le pregunté —continuó Florina—, si el señor Rodin había venido al palacio hacía pocos días... Y me respondió evasivamente. Conociendo que nada adelantaría, me despedí de la señora Grivois, y para que mi visita no inspirase sospechas, me dirigí al pabellón, pero al volver una calle, ¡qué veo! veo a algunos pasos de mí al señor Rodin que iba en dirección de la puertecita del jardín, creyendo sin duda salir por allí más disimuladamente.

—Ya lo oís, señorita —exclamó la Gibosa—, no dudéis de la verdad.

—¡El señor Rodin en casa de la princesa de Saint-Dizier! —exclamó la señorita de Cardoville, cuyas miradas brillaron de pronto con indignación—. Continúa, Florina.

—Al ver al señor Rodin, me paro —añadió Florina, y retrocediendo me dirijo al vestíbulo que da a la calle; y al través de las persianas vi un coche que esperaba al señor Rodin, porque de allí a poco subió a él diciendo al cocherero: «Calle Blanca, núm. 39».

—Efectivamente, el señor Rodin debía irle a ver hoy —dijo Adriana reflexionando.

—Ya no queda duda que os vende, señorita, y también al príncipe, que más fácilmente que vos vendría a ser su víctima.

—¡Infamia!, ¡infamia! —exclamó de repente la señorita de Cardoville levantándose, con las facciones contraídas por un doloroso enojo.

—Al volver —dijo Florina dirigiendo a Adriana una mirada cariñosa— he ideado un medio por el que podríais asegurarnos de lo que hay.

—¿Qué quieres decir?

—El señor Rodin estará dentro de poco solo con el príncipe —dijo Florina.

—Sin duda —contestó Adriana.

—El príncipe está siempre en el salón que da al invernáculo. Allí recibirá al señor Rodin.

—¿Y luego?

—Este invernáculo no tiene más salida que una puertecita que da a una callejuela; por allí es donde entra todas las mañanas el jardinero para no tener que atravesar los aposentos. Concluido su trabajo ya no vuelve hasta el día siguiente.

—¿Qué quieres decir, qué plan es el tuyo? —dijo Adriana mirando a Florina cada vez más sorprendida.

—Los grupos de plantas están dispuestos de tal modo, que me parece que se podría, sin ser vista, acercarse lo suficiente para oír lo que se dice en el salón. Por la puerta del invernáculo entraba yo estos últimos días para cuidar del arreglo. Antes de una hora podréis saber positivamente a qué debéis ateneros con respecto al señor Rodin; porque si vende al príncipe lo mismo hará con vos.

—¿Qué dices? —exclamó la señorita de Cardoville.

—Os venís conmigo al momento, llegamos a la puerta de la callejuela, entro sola para mayor precaución, y si la ocasión me parece favorable, vuelvo.

—¡Espionaje! —dijo la señorita de Cardoville con altanería—. No penséis en ello.

—Perdón, señorita —dijo la joven bajando la vista con aire afligido.

—Señorita —dijo de pronto la Gibosa después de un momento de reflexión—, permitidme que os diga que la señorita Florina tiene razón; el medio es repugnante, pero es el único que pueda daros a conocer lo que debéis pensar del señor Rodin.

—Os ruego que no digáis más —exclamó la señorita de Cardoville interrumpiendo a la Gibosa. Y dirigiéndose a Florina, añadió—: Vete a decir al señor de Bonneville que mande poner el tiro a mi coche.

—¡Consentís! —exclamó Florina juntando las manos, sin procurar disimular su alegría.

—Sí, consiento —respondió Adriana con voz conmovida—. Si es una guerra, una guerra encarnizada la que quieren hacerme, preciso es prepararse, y fuera al fin debilidad y tontería el no ponerse en guardia. Vos, amiga mía, esperadme aquí, os lo ruego —añadió dirigiéndose a la Gibosa.

* * *

Media hora después de esta conversación el coche de Adriana se paraba a la puerta del jardín de la calle Blanca, como ya vimos. Florina entró en el invernáculo, y volvió luego diciendo:

—La cortina está corrida, señorita; el señor Rodin acaba de entrar en el salón donde permanece el príncipe.

La señorita de Cardoville asistió invisible a la escena siguiente, que pasó entre Rodin y Djalma.

XCVI

La carta

Algunos momentos antes que entrase la señorita de Cardoville en el invernáculo, Faringhea introdujo a Rodin en el salón donde estaba el príncipe, que bajo el imperio de la apasionada exaltación en que lo habían puesto las palabras del mestizo, no había notado la llegada del jesuita. Sorprendido éste de la animación de las facciones de Djalma y de su distracción, hizo a Faringhea una seña interrogativa, a que aquél respondió de modo simbólico. Después de poner el dedo índice sobre su corazón y su frente, indicó el vivo fuego que ardía en la chimenea; esta pantomima significaba que el corazón de Djalma estaba inflamado.

Rodin sin duda lo comprendió, porque asomó a sus labios pálidos una sonrisa de satisfacción, y dijo a Faringhea:

—Deseo estar solo con el príncipe; bajad la cortina y tened cuidado de que no nos interrumpan.

El mestizo se inclinó, tocó un resorte colocando cerca de la puerta vidriera, y ésta desapareció en el espesor de la pared a medida que la cortina bajaba; al marcharse del salón el mestizo hizo otro saludo. Poco después la señorita de Cardoville y Florina entraban en el invernáculo que no se hallaba separado del cuarto en que estaba Djalma, sino por la transparente cortina de seda bordada de pájaros de colores. El joven indio pasó la mano por la frente, miró su derredor, como si saliese de una meditación profunda, y acercándose a Rodin con aire respetuoso y confuso, le dijo valiéndose de una denominación usada en su país con los ancianos:

—Perdón, padre mío —y quiso coger la mano de Rodin para acercarla a sus labios, a lo cual el jesuita se negó retrocediendo.

—Siento, en verdad, vuestros cumplidos, mi querido príncipe —le dijo Rodin— aquí estáis en vuestra casa, en el fondo de la India; a lo menos deseamos que lo creáis así.

—Muchas cosas hay aquí que me recuerdan mi país —dijo Djalma con voz dulce y grave—. Vuestra bondad me representa mi padre, y a aquél que le reemplazó —repuso el indio pensando en el mariscal Simón, cuya llegada hasta entonces le habían ocultado. Después de un momento de silencio, añadió con acento de flojedad, alargando la mano a Rodin—: Estáis aquí, soy dichoso.

—Comprendo vuestra alegría, mi querido príncipe, porque vengo a levantaros el arresto. Os rogué que os sometieseis a esta reclusión voluntaria, en beneficio vuestro.

—¿Mañana podré salir?

—Hoy mismo, mi querido príncipe.

—¿Tengo amigos, puesto que me hallo en este palacio que no me pertenece? —

dijo el joven indio después de un momento de silencio.

—Tenéis amigos, y amigos excelentes —respondió Rodin.

A estas palabras, el rostro de Djalma pareció embellecerse aún más. Pintáronse de pronto sobre su móvil y hermosa fisonomía los nobles sentimientos; sus rasgados ojos negros se humedecieron, y después de un corto silencio, se levantó diciendo a Rodin conmovido:

—Venid.

—¿Adónde, querido príncipe? —dijo el otro muy sorprendido.

—A dar las gracias a mis amigos; he esperado tres días, que es mucho tiempo.

—Permitidme; tengo muchas cosas que deciros sobre este particular, tened la bondad de sentaros.

Djalma volvió a sentarse con docilidad en su poltrona, y Rodin continuó:

—Es cierto, tenéis amigos, o más bien tenéis «un» amigo; porque «los» amigos son muy escasos.

—¿Y vos?

—Tenéis razón. Entonces tenéis dos amigos, mi querido príncipe: yo, a quien conocéis, y otro que no conocéis y que desea no darse a conocer.

—¿Por qué?

—¿El motivo? —respondió Rodin algo turbado—. Porque la dicha que experimenta al daros prueba de su cariño, y su tranquilidad, dependen de este misterio.

—Ya que ese amigo se oculta, es porque se avergüenza de mí o porque yo debo avergonzarme de él. No acepto la hospitalidad sino de las personas de que soy digno o que son dignas de mí; por consiguiente, me voy de esta casa.

Y Djalma se levantó tan resuelto, que Rodin exclamó:

—Pero, escuchadme, mi querido príncipe, y permitidme que os diga que sois sumamente susceptible. Aun cuando hayamos procurado recordaros vuestro hermoso país, aquí nos hallamos en Europa, en París; esta consideración debe haceros modificar algún tanto vuestro modo de ver; os ruego que me escuchéis.

Djalma, a pesar de su completa ignorancia de ciertas fórmulas sociales, tenía demasiado sentido común y rectitud para no ceder a la razón cuando ésta le parecía fundada; las expresiones de Rodin le calmaron.

—Padre mío, tenéis razón; ya no me hallo en mi país, aquí las costumbres son diferentes; voy a meditar.

Rodin, a pesar de su astucia y sagacidad, se hallaba a veces perplejo por las salidas e ideas imprevistas del joven indio. Así es que, con gran sorpresa, vio meditar un rato, después de lo cual, Djalma dijo en tono tranquilo, pero sumamente convencido:

—Os he obedecido y he reflexionado, padre mío.

—¿Y bien, mi querido príncipe?

—En ningún país del mundo ni bajo pretexto alguno, un hombre de honor que

aprecia a otro hombre honrado debe ocultarse.

—Pero si pudiera causarle perjuicios el confesar esa amistad...

Djalma miró al jesuita con cierto desdén, y no respondió.

—Comprendo vuestro silencio, mi querido príncipe; un hombre animoso debe arrostrar el peligro, verdad es; pero si fuese a vos a quien amenazase, dado caso que esa amistad se descubriese, ¿no sería disimulable y aun digno de elogio el que ese hombre de honor deseara permanecer desconocido?

—Nada acepto de un amigo que me cree capaz de renegar de él por conocerle.

—Querido príncipe, escuchadme.

—Adiós, padre mío.

—Reflexionad...

—He dicho —añadió Djalma en tono grave encaminándose a la puerta.

—¡Dios mío!, ¡si se tratase de una mujer! —exclamó Rodin viéndose apurado y corriendo tras él. Al oír las últimas palabras de Rodin, el indio se detuvo bruscamente.

—¿Una mujer? —dijo estremeciéndose y coloreándose el rostro—. ¿Es acaso una mujer?

—Sí; si fuese una mujer —repitió Rodin— ¿comprenderíais su reserva?

—¿Una mujer? —repitió Djalma con voz trémula y juntando las manos con adoración—. ¿Una mujer? ¿Una parisiense?

—Sí, mi querido príncipe, preciso es confesarlo; se trata de una... venerable parisiense... una digna matrona dotada de virtudes, y cuya avanzada edad merece vuestro respeto.

—¿Es ya muy anciana? —preguntó Djalma, cuyo hermoso sueño desapareció de pronto.

—Tendrá algunos años más que yo —dijo Rodin con irónica sonrisa, creyendo que el joven manifestaría un cómico despecho, o un sentimiento enojado; pero no fue así.

—Esa mujer es para mí... una madre.

Imposible sería reproducir el encanto piadoso, melancólico y tierno con que el indio pronunció la palabra «¡una madre!».

—Ya lo habéis dicho, mi querido príncipe; esa respetable señora quiere ser para vos una madre. Pero no puedo descubrir el motivo del cariño que os profesa, creedme.

—Es muy justo, y su secreto será también para mí sagrado; sin verla, la amaré con respeto, así como se ama a Dios sin verle.

—Ahora dejadme, mi querido príncipe, que os manifieste cuáles son las intenciones maternas de vuestra amiga. Esta casa estará a vuestra disposición; tendréis criados franceses, coche, y se cuidará del gasto de vuestra casa. Además, como un hijo de rey debe vivir regiamente, en el cuarto contiguo he dejado una canasta que contiene quinientos doblones; cada mes se os entregará una cantidad

igual, y si no bastase para atender a vuestros placeres, me lo diréis y se aumentará. — A un movimiento que hizo Djalma, Rodin se apresuró a añadir—: Debo manifestaros, mi querido príncipe, que vuestra delicadeza no tiene por qué resentirse de esto. Primero, de una madre todo se acepta; y como dentro de tres meses tomaréis posesión de una herencia enorme, fácil os será, si no queréis deber... este favor, rembolsar estos adelantos; por consiguiente, nada escaseéis, satisfaced todos vuestros caprichos. Se desea que os presentéis en la alta sociedad de París como debe hacerlo el hijo de un rey llamado «el padre del Generoso». Así, os repito que no economicéis por una mal entendida delicadeza; si esta suma no os bastase...

—Pediré más; mi madre tiene razón; un hijo de rey debe vivir soberanamente.

Tal fue la respuesta del indio, dada con tanta sencillez, sin que le chocasen las ostentosas ofertas, y esto es muy natural; Djalma hubiera hecho otro tanto, pues bien conocidas son las tradiciones de pródiga magnificencia y espléndida hospitalidad de los príncipes indios. Al saber Djalma que una mujer le profesaba un afecto maternal, sintióse conmovido y lleno de gratitud.

—Ahora sí que nos entendemos, mi querido príncipe —dijo el jesuita—. Como es preciso que frecuentéis la sociedad, uno de los amigos de vuestra protectora maternal, el señor conde de Montbron, anciano que pertenece a la sociedad más escogida, os presentará en las mejores casas de París.

—¿Y por qué no me presentáis vos, padre mío?

—¡Ay!, mi querido príncipe, miradme bien y decidme si sería ese mi papel. Y además, el señor Montbron podrá mejor que yo, advertiros los lazos que pudieran tenderos. Porque si tenéis amigos también tenéis enemigos que abusarán de un modo infame de vuestra confianza burlándose de vos.

Al recuerdo de sus enemigos, y a la idea de huir, Djalma tembló de pies a cabeza, cubrió sus facciones una lívida palidez; se volvía convulso, dando a su fisonomía no ha mucho hermosa, una expresión de ferocidad.

En aquel momento, por una casualidad, la boquilla de ámbar del tubo de «houka» se halló bajo sus pies; tan poderosa era la violenta tensión que contraía sus nervios, y a pesar de su juventud y apariencia esbelta, estaba dotado de tanto vigor que con un brusco movimiento pulverizó la boquilla no obstante su dureza.

—¡Pero, Dios mío!, ¿qué tenéis príncipe? —exclamó Rodin.

—Así aplastaré a mis cobardes enemigos —respondió Djalma con miradas amenazadoras e inflamadas.

Era la impotente rabia de la fiera sedienta de sangre.

El furor de Djalma se calmó casi súbitamente, porque la reflexión le demostró su inutilidad, y avergonzado de aquel arrebatado pueril, bajó la vista, su rostro quedó pálido y sombrío, y con fría tranquilidad dijo a Rodin:

—Padre mío, hoy me conduciréis ante esos enemigos.

—¿Y con qué objeto, mi querido príncipe? ¿Qué queréis?

—¡Matar a esos cobardes!

—¡Matarlos! No penséis en ello.

—Faringhea me ayudará.

—Os repito que recordéis que no estáis aquí a orillas del Ganges, en donde se mata a un enemigo como se caza a un tigre.

—Con un enemigo leal se bate uno; a un traidor se le mata como a un perro maldito —contestó Djalma con convencimiento y tranquilidad.

—¡Ah, príncipe! Vos, cuyo padre llaman el «padre del Generoso» —dijo Rodin con voz grave—, ¿qué satisfacción tendríais en herir a unos seres tan cobardes y malvados?

—Es un deber aniquilar lo que puede perjudicar.

—Según eso, príncipe, ¿la venganza?...

—No me vengo de una serpiente —dijo el indio con altivez—, la aplasto.

—Pero, mi querido príncipe, aquí no se libra uno de sus enemigos de ese modo...

—En mi ofensa soy juez y verdugo.

—Tened la bondad de escucharme, príncipe; conozco a vuestros enemigos; pero temiendo que cometáis alguna terrible imprudencia, nunca os manifestaré sus nombres. No obstante, os juro que si la respetable persona que os ama como hijo, halla justo y útil que os diga sus nombres, os los diré; pero hasta tanto, no.

Djalma miró a Rodin con aire sombrío e irritado.

En aquel momento entró Faringhea y dijo a Rodin:

—Un hombre, portador de una carta ha ido a vuestra casa y le han dicho que estabais aquí. Ha venido. ¿Debo recibir la carta? Dice que es el señor abate d'Aigrigny.

—Ciertamente —dijo Rodin, y añadió—: Si el príncipe lo permite...

Djalma hizo con la cabeza una seña, y Faringhea salió.

—Perdonadme, querido príncipe, esperaba esta mañana una carta muy interesante y como tardaba, no queriendo dejar de venir a veros, encargué en mi casa que me la mandasen aquí.

Algunos momentos después volvió Faringhea con una carta que dio a Rodin, después de lo cual se retiró.

Adriana y Djalma

Cuando Faringhea salió del aposento, Rodin tomó la carta con una mano y con la otra aparentó buscar alguna cosa, primero en el bolsillo del pecho de su levita, luego en los de los faldones y en los del pantalón, y no hallando lo que buscaba, puso la carta sobre la rodilla de su pantalón negro, y se tentó con ambas manos, con aparente sentimiento e inquietud. A los diversos movimientos de esta pantomima, representada con mucha naturalidad, siguióse esta exclamación:

—¡Ay, Dios mío, es desconsolador!

—¿Qué tenéis? —le preguntó Djalma, saliendo del sombrío silencio a que hacía algunos momentos estaba entregado.

—¡Ay, mi querido príncipe! —dijo Rodin—, me sucede la cosa más vulgar del mundo, y con todo para mí sumamente sensible: he olvidado o perdido mis anteojos; además, con tan escasa claridad y la vista perdida por el trabajo y los años, me es absolutamente imposible leer esta carta muy interesante, porque se exige de mí una contestación pronta, categórica: un sí o un no. El tiempo urge y me desespero. Si alguno —añadió Rodin, recalcando estas palabras sin mirar a Djalma, pero con el objeto de que éste las oyese—, si alguno me hiciese el favor de leer por mí... pero no, ¡nadie nadie!

—Padre mío —le dijo Djalma con agrado—, ¿deseáis que lea por vos? Terminada la lectura, olvidaré lo que haya leído.

—¿Vos? —exclamó Rodin cual si la proposición del indio le pareciera exorbitante y peligrosa—, es imposible príncipe; ¡vos leer esta carta!

—Entonces, perdonad mi pregunta —contestó Djalma con suavidad.

—Pero, al fin —añadió Rodin, después de un momento de reflexión hablándose a sí mismo— ¿por qué no? —Y continuó dirigiéndose a Djalma—: ¿Tendríais verdaderamente esa bondad, mi querido príncipe? No me hubiera atrevido a pedir os semejante servicio. —Y diciendo esto, Rodin entregó la carta a Djalma, que la leyó en alta voz:

Vuestra visita esta mañana al palacio de Saint-Dizier, según lo que me han referido, debe mirarse como otra agresión. Ésta es la última proposición que os anuncio, aunque sea tan infructuosa como el paso que di ayer yendo a veros a la calle de Clodoveo. Después de aquella larga y penosa explicación, os dije que os escribiría; cumplo mi promesa; he aquí mi ultimátum, y también una advertencia:

Guardaos. Si os obstináis en sostener una lucha desigual, os veréis expuesto a ser odiado de los que locamente queréis proteger. Mil medios hay de perderos dándoles a conocer vuestros proyectos. Se les probará que habéis tomado parte en el complot que ahora aparentáis descubrir, y eso no por generosidad, sino por codicia.

—¡Dios mío! si se trata de mí, de mí mismo. Tal como me veis, mi querido príncipe —añadió aludiendo a sus vestidos—, me acusan de codicioso.

Djalma continuó:

Nada ganaréis abrazando el partido de los que llamáis amigos vuestros, y que más bien debieran llamarse vuestras víctimas, porque si ese desinterés fuera sincero, sería inexplicable. Debe ocultar, y oculta, lo repito, ideas codiciosas.

Pues bien, bajo este mismo punto de vista se os puede ofrecer una grande indemnización, con la diferencia de que vuestras esperanzas se hallan fundadas solamente en el reconocimiento probable de vuestros amigos, eventualidad muy dudosa, en tanto que nuestras ofertas se realizarían al momento; para hablar más categóricamente, he aquí lo que se os pide, lo que se exige de vos. Esta misma noche, antes de las doce a más tardar, saldréis de París, y os comprometeréis a no volver antes de seis meses.

Djalma no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y miró a Rodin.

—Es muy claro —dijo éste—, antes de seis meses se juzgará el pleito de mis protegidos, y alejándome impedirían que velase sobre ellos; ya lo entendéis, mi querido príncipe —dijo Rodin con amarga indignación—. Tened la bondad de continuar, y dispensadme el haberos interrumpido; pero esa imprudencia me pone fuera de mí.

Para que tengamos la seguridad de que estáis lejos de París durante este período, iréis a vivir en la casa de uno de nuestros amigos en Alemania; allí recibiréis una generosa hospitalidad, pero tendréis que estar en su casa hasta que haya expirado el plazo.

—Sí, un encarcelamiento voluntario —dijo Rodin.

Con estas condiciones, recibiréis una pensión de mil francos al mes, a contar desde el día en que salgáis de París, diez mil francos al contado y veinte mil transcurridos los seis meses. Todo esto se garantizará debidamente, y al cabo de los seis meses se os asegurará una posición honrosa.

Habiéndose callado Djalma, por un movimiento de involuntaria indignación, Rodin le dijo:

—Os ruego que continuéis, querido príncipe; es preciso que leáis hasta el fin, y eso os dará una idea de lo que pasa en medio de nuestra civilización.

Djalma continuó:

Conocéis bastante el rumbo que llevan las cosas para comprender que alejándoos sólo queremos librarnos de un enemigo poco temible, pero importuno; no os ciegue el éxito de vuestra primera tentativa. Las consecuencias de vuestra acusación se evitarán, porque es calumniosa; el juez que la acogió se arrepentirá pronto de su odiosa parcialidad.

A las tres recibiréis esta carta: si a las cuatro no tenemos una aceptación de vuestro puño, clara y terminante, al pie de esta misiva, se romperán las hostilidades, no mañana, sino esta noche.

Terminada la lectura, Djalma miró a Rodin, que le dijo:

—Permitidme que llame a Faringhea.

Y tocó una campanilla.

El mestizo se presentó. Rodin tomó la carta de manos de Djalma, la rasgó en

varios pedazos, apretóla en sus manos de modo que formó con ella una pelota, y entregándosela al mestizo, le dijo:

—Daréis ese papel ajado a la persona que espera, y le diréis que ésta es la respuesta que doy a esa carta indigna e insolente: ¿lo entendéis bien?... a esa carta insolente.

—Bien lo entiendo —dijo el mestizo, y se marchó.

—Quizás sea una lucha peligrosa para vos, padre mío —dijo el indio con interés.

—Sí, querido príncipe, quizás peligrosa. Pero no hago como vos: no quiero matar a mis enemigos, porque son cobardes y malvados; lucho con ellos... bajo la égida de la ley; imitadme. Convengamos únicamente en someter esta cuestión al fallo de vuestra digna y maternal protectora. Mañana la veré: si consiente, os diré el nombre de vuestros enemigos; sino, no.

—Y esa mujer, esa segunda madre —dijo Djalma— ¿está dotada de un carácter que pueda someterme a su decisión?

—¡Vuestra protectora! —exclamó Rodin—. Es la mujer más noble, desprendida y animosa que puede haber en la tierra. ¡Vuestra protectora! Aun cuando fueseis realmente su hijo, os amaría con todo el delirio del amor maternal, mas si se trataba de elegir entre la cobardía y la muerte, os diría: ¡Muere! y moriría con vos.

—¡Oh!, ¡noble mujer!, ¡mi madre era así! —exclamó Djalma con entusiasmo.

—¡Ella! —añadió Rodin vivamente acercándose a la ventana que ocultaba la cortina, a la que dirigió una mirada oblicua e inquieta—. ¡Vuestra protectora! Figuraos el valor, la rectitud, la franqueza personificada. ¡Oh!, ¡franqueza ante todo! Sí, es la lealtad caballeresca del hombre enérgico, unida a la orgullosa dignidad de una mujer que en su vida ha mentido.

Difícil sería expresar la admiración que se pintaba en el rostro de Djalma al oír el retrato que Rodin hacía; brillaban sus ojos, sus mejillas se coloreaban, y palpitaba de entusiasmo su corazón.

—Bien, bien, corazón noble —le dijo Rodin acercándose más a la cortina— me place ver que vuestra alma bella resplandece en vuestras hermosas facciones al oír hablar de ese modo de vuestra desconocida protectora. ¡Ah! es que es digna de una santa adoración que inspiran los nobles corazones, los caracteres elevados.

—¡Oh! os creo —exclamó Djalma con exaltación—: mi corazón rebosa de admiración y de sorpresa; porque ya no tengo madre, y una mujer semejante existe.

—¡Oh! sí, existe para consuelo de los afligidos, para hacer adorar la verdad y execrar la mentira; existe. La mentira, y sobre todo el disimulo, nunca empañaron esa lealtad brillante y heroica como la espada de un caballero. Mirad, hace pocos días, esa noble mujer me dijo palabras admirables que no olvidaré en mí vida: «Señor, así que tengo una sospecha de alguno a quien aprecio...».

Rodin no pudo continuar, la cortina recibió de la parte de afuera una sacudida tan violenta, que rompiéndose el resorte se recogió bruscamente, con gran pasmo de Djalma, que vio ante sí a la señorita de Cardoville.

Rodin aparentando sorpresa exclamó:

—¡Vos aquí, señorita!

—Sí, señor —dijo Adriana con voz alterada— vengo a terminar la frase que empezasteis, os dije que cuando me ocurría una sospecha la comunicaba a la persona que me la inspiraba. Pues bien, confieso que he faltado a esa franqueza, y que había venido a espiaros en el momento que vuestra respuesta al abate d’Aigrigny me daba una nueva prueba de vuestra adhesión y sinceridad; dudaba de vuestra rectitud en el mismo instante en que encomiábais mi franqueza. Por la vez primera en mi vida, me he rebajado a valerme del ardid; esta debilidad merece, un castigo, y lo sufro; una reparación, y os la doy; disculpas, y os las ofrezco. —Y dirigiéndose a Djalma, añadió—: Ahora, príncipe, ya no es posible el secreto; soy vuestra parienta, la señorita de Cardoville, y espero que aceptaréis de una hermana la hospitalidad que recibíais gustoso de una madre.

Djalma no contestó. Entregado a una contemplación extática ante esta repentina aparición, que aventajaba las locas y deslumbrantes visiones de sus ensueños, experimentaba una especie de embriaguez, que paralizaba sus ideas y su reflexión.

Nunca tipos más divinos se habían reunido. Adriana y Djalma ofrecían el ideal de la hermosura de la mujer y del hombre. Parecía que algo fatal o providencial presidía a la aproximación de estas dos naturalezas tan jóvenes y vivaces, tan generosas y apasionadas, tan heroicas y orgullosas, que, cosa extraña, antes de verse, conocían ya todo su valor moral.

—Tened la bondad, señor, de hablar al príncipe; repetidle mis ofrecimientos. No me es dado permanecer aquí más tiempo. —Y Adriana se encaminó adonde estaba Florina.

Al primer movimiento de Adriana, Djalma se puso delante de ella de un salto, como un tigre a quien se quiere arrebatarse su presa; y la joven, espantada del feroz ardor que inflamaba las facciones del indio, retrocedió dando un grito, lo que hizo volver en sí a Djalma, que, recordando todo lo que había pasado, pálido de sentimiento y vergüenza, trémulo, desconsolado, llenos los ojos de lágrimas, alteradas las facciones, en las que se pintaba una tierna desesperación, cayó de rodillas a los pies de Adriana, y elevando hacia ella sus manos juntas, la dijo con acento sumamente dulce, suplicante y tímido:

—¡Oh! quedaos; quedaos. ¡No me dejéis! ¡Hace tanto tiempo... que os espero!

A este ruego, dicho con la tímida ingenuidad de un niño, con una resignación que contrastaba singularmente con el feroz arrebatado que había asustado a Adriana, ésta respondió haciendo una seña a Florina para que se preparase a partir.

—Príncipe... me es imposible permanecer aquí más tiempo.

—Pero ¿volveréis?, ¿os volveré a ver?

—¡Oh! no, ¡nunca!, ¡nunca! —dijo la señorita de Cardoville con voz apagada; y aprovechándose del sobrecogimiento que su respuesta había causado a Djalma, desapareció rápidamente detrás de uno de los grupos de flores del invernáculo.

En el instante en que Florina, siguiendo a su señorita, pasaba por delante de Rodin, éste le dijo en voz baja:

—Mañana es preciso acabar con la Gibosa.

Florina se estremeció de pies a cabeza, y sin responder a Rodin, desapareció como Adriana.

Djalma, abatido, anonadado, estaba aún de rodillas con la cabeza baja; su hermosa fisonomía no expresaba ni cólera ni arrebato, sino sumo desconsuelo; sus lágrimas se deslizaban silenciosamente. Entonces Rodin, acercándose, le dijo en tono meloso y tierno:

—¡Ay! ya preveía lo que había de suceder; por eso no quería que conocieseis a vuestra bienhechora, y hasta os había dicho que era anciana, ¿sabéis por qué, querido príncipe?

Djalma, sin responder; dejó caer sus manos sobre las rodillas, y volvió hacia Rodin su rostro inundado aún en lágrimas.

—No ignoraba que la señorita de Cardoville era hermosa, que a vuestra edad es muy fácil enamorarse —prosiguió Rodin— y quería evitaros este momento desagradable, mi querido príncipe, porque vuestra bella protectora ama apasionadamente a un hermoso joven de esta ciudad.

A estas palabras, Djalma aplicó vivamente ambas manos a su corazón como si acabase de recibir una herida, lanzó un grito feroz de dolor, inclinó hacia atrás la cabeza, y cayó desmayado en el diván.

Rodin lo examinó fríamente durante algunos segundos, y marchándose limpiando con la manga de la levita su viejo sombrero, dijo:

—Vamos... esto marcha... esto marcha...

XCVIII

Los consejos

Acababan de dar las nueve de la noche del mismo día en que la señorita de Cardoville se halló por primera vez en presencia de Djalma, cuando Florina, pálida, conmovida y trémula entraba con una palmatoria en la mano en su dormitorio amueblado con sencillez, pero cómodo.

Colocó la doncella la palmatoria sobre la chimenea, dio una rápida ojeada al cuarto, y acercándose a una papelería de caoba que tenía encima una bonita biblioteca muy arreglada, registró los tres cajones del mueble que estaban abiertos. Contenían diferentes peticiones de socorros, algunas notas escritas por la Gibosa, pero no era esto lo que buscaba Florina, y miró sin mejor éxito un gran armario en que estaban suspendidos varios vestidos negros. Viendo Florina en el fondo de este armario un baulito viejo, lo abrió y halló dentro cuidadosamente plegada la ropa vieja que llevaba la Gibosa cuando entró en esta casa opulenta. Florina se estremeció, y una involuntaria emoción contrajo sus facciones; su segunda tentativa fue más afortunada, pues halló oculto en donde esperaban un cuaderno bastante grueso. Habiendo recorrido algunas páginas, manifestó su satisfacción, e hizo ademán de metérselo en el bolsillo; pero reflexionando, lo volvió a colocar donde estaba, púsole todo en su lugar, tomó la palmatoria y salió del aposento sin que la sorprendiesen, aun cuando no lo esperaba, sabiendo que la Gibosa estaría algunas horas con la señorita de Cardoville.

* * *

Al día siguiente de las pesquisas de Florina, estaba la Gibosa sola en su dormitorio; con las manos apoyadas en los brazos de su poltrona, se entregaba a un sentimiento de felicidad que no había saboreado tan completamente desde que vivía en este palacio. Una anciana, de rostro agradable, que estaba encargada de servir a la Gibosa, entró y le dijo:

—Señorita, ahí afuera hay un joven que desea hablaros para un asunto muy urgente. Se llama Agrícola Baudoin.

A este nombre la Gibosa lanzó un grito de alegría y sorpresa: ruborizóse, y levantándose corrió hacia la puerta que daba al salón donde estaba Agrícola.

—Buenos días, mi buena Gibosa —dijo el herrero abrazando cordialmente a la joven.

—¡Ay! ¡Dios mío! —exclamó de pronto la costurera mirando a Agrícola con

angustia—. ¿Y esa venda negra que llevas en la frente? ¿Estás herido?

—Esto no es nada —dijo el herrero—, no pienses en ello; luego te diré cómo me sucedió, pues antes tengo cosas muy importantes que comunicarte.

—Ven a mi cuarto, que estaremos solos —dijo la Gibosa haciendo ir delante a Agrícola.

No pudo menos de sonreírse con satisfacción entrando en el cuarto de la joven y mirando en derredor de sí.

—Sea enhorabuena, mi pobre Gibosa; así hubiera querido verte siempre, en un cuartito como éste; reconozco a la señorita de Cardoville. ¡Qué corazón! ¿No sabes? ... anteayer me escribió, dándome las gracias por lo que había hecho por ella, enviándome un alfiler de oro muy sencillo, que podía aceptar, me decía, porque no tenía otro valor que el de haberlo usado su madre. ¡Si supieses lo que me conmovió la delicadeza de esta dádiva!

—Nada debe extrañarse de un corazón semejante —respondió la Gibosa—. ¡Pero tu herida... tu herida!...

—Ya te diré, mi buena Gibosa; tengo tantas cosas que referirte... Empecemos por lo más urgente, porque se trata de darme un buen consejo en un asunto de importancia.

—Despacha.

—Desde que mi madre se fue con Gabriel al curato de aldea que consiguió éste, y que mi padre está con el señor mariscal Simón y sus hijas, ya sabes que resido en la fábrica del señor Hardy con mis compañeros en la «casa comunal». Pues bien, esta mañana... ¡ah! es preciso que te diga primero que el señor Hardy, de vuelta de un largo viaje que hizo últimamente, ha tenido otra vez que partir hace algunos días por asuntos particulares. Esta mañana, a la hora del almuerzo, me había quedado a trabajar un poco más después de la última campanada y salía de los talleres para ir a nuestro refectorio, cuando veo entrar en el patio a una mujer que acababa de bajar de un coche de alquiler, que se acercaba a mí apresuradamente; noté que era rubia, de rostro, suave y lindo, y vestida como una persona que goza comodidades; pero sorprendido de su palidez, aire inquieto y asustado le pregunté lo que quería. «Señor, me dijo con voz trémula, ¿sois uno de los obreros de esta fábrica?». «Sí, señora». «¿El señor Hardy se halla en peligro?» exclamó. «Señora, no ha vuelto aún a la fábrica». «¿Cómo! contestó, ¿el señor Hardy no volvió a la fábrica ayer noche? ¿No ha sido herido peligrosamente por una máquina visitando sus talleres?». Pronunciando estas palabras, sus ojos estaban bañados en lágrimas. «A Dios gracias, señora, todo eso es falso, le dije, porque el señor Hardy no ha vuelto, y creemos que no llegue hasta mañana o pasado mañana». «¿Con que decís verdad?, ¿el señor Hardy no ha regresado, ni se halla herido?» repitió la linda señora enjugándose los ojos. «Señora, os digo lo cierto: si el señor Hardy peligrase, no os hablaría de él con tanta tranquilidad». «¡Ah!, ¡gracias, Dios mío, gracias!», exclamó la joven señora, y luego me manifestó su agradecimiento con aire tan satisfecho y tierno, que me conmovió;

pero de pronto, como si se avergonzase del paso que acababa de dar, bajó el velo, se despidió de mí precipitadamente, salió del patio y subió al coche de alquiler en que había venido. Yo dije para mí: es una señora que se interesa por el señor Hardy y se habrá alarmado con alguna noticia falsa.

—Sin duda le ama —dijo la Gibosa enternecida—. Quizás haya cometido una imprudencia yendo a pedir esos informes.

—Demasiado cierto es lo que dices. La veo subir al coche con mucho interés, porque participaba de su emoción. Parte, ¿pero qué veo algunos momentos, después? Un cabriolé de alquiler que la señora no había visto, por ocultarle una esquina de una pared. Al volver, distinguí perfectamente a un hombre sentado al lado del cochero y que le hacía señas de que siguiese el mismo camino que el coche.

—A esa pobre señora, la seguían —dijo la Gibosa con inquietud.

—Indudablemente; eché a correr detrás del coche, lo alcancé, y al través de las cortinillas bajadas, dije a la señora, corriendo al lado de la portezuela: «Señora, guardaos, porque os sigue un cabriolé».

—¡Bien!, ¡bien! Agrícola, ¿y qué te respondió?

—La oí exclamar: «¡Gran Dios!» con acento desesperado, y el coche siguió su camino; el cabriolé pasó a poco por delante de mí, y al lado del cochero vi un hombre grueso y rubicundo que, habiéndome visto correr detrás del coche, quizás sospechó algo, porque me miró con aire inquieto.

—¿Y cuándo llega el señor Hardy? —preguntó la Gibosa.

—Mañana o pasado mañana; ahora, mi buena Gibosa, aconséjame. Claro está que esa buena señora ama al señor Hardy; que es casada, me lo dice por el aire azorado con que me hablaba y el grito de temor que lanzó al saber que la seguían. ¿Qué debo hacer? Pensé en pedir al padre Simón que me aconsejase; ¡pero es tan rígido!... Y como tú, mi buena Gibosa, eres tan delicada y sensible, comprenderás eso. —La joven se estremeció, sonrióse con amargura, y Agrícola, no advirtiéndolo prosiguió —: Así es que dije para mí. No hay otra que pueda aconsejarme como la Gibosa. Suponiendo que el señor Hardy regrese mañana, ¿debo decirle lo ocurrido, o bien?...

—Espera —exclamó de pronto la Gibosa interrumpiendo a Agrícola y pareciendo recordar lo pasado—, cuando fui al convento de Santa María a pedir trabajo a la superiora, me aconsejó entrar de costurera a jornal en una casa en que debía... vigilar; más claro: espiar.

—¡Miserables!

—¿Y sabes en qué casa me proponían que entrase para desempeñar ese digno oficio? En la de una señora de Fremont o Bremont, no me acuerdo bien, mujer sumamente religiosa, pero cuya hija, joven casada, a quien debía espiar particularmente, me dijo la superiora, recibía las visitas demasiado asiduas de un fabricante.

—¿Qué dices? —exclamó Agrícola—, ¿y ese fabricante sería?...

—El señor Hardy: motivos tenía para no olvidar aquel nombre que pronunció la

superiora.

—¿Qué fin se proponía la superiora del convento con ese espionaje? —preguntó el herrero.

—Lo ignoro, pero ya lo ves, el interés que la hacía obrar subsiste aún, puesto que a esa señora la espían, y a estas horas quizás la hayan denunciado... deshonrado... ¡Ah!, ¡es horrible!

Y viendo que Agrícola se estremecía, la Gibosa añadió:

—¿Pero qué te pasa?

—¿Y por qué no? —se decía el herrero hablándose a sí mismo—, ¿si todo esto fuese obra de una misma mano? La superiora de un convento puede muy bien entenderse con un abate. Pero entonces, ¿con qué objeto?...

—Explícate, Agrícola, ¿y cómo recibiste esa herida? Te ruego que me tranquilices.

—Precisamente es de mi herida de lo que te voy a hablar, porque la verdad, cuanto más reflexiono, la aventura de esa señora me parece tener relación con otros hechos.

—¿Qué dices?

—Figúrate que hace algunos días pasan unas cosas tan singulares en los alrededores de nuestra fábrica... Como nos hallamos en cuaresma, un abate de París, hombre alto y hermoso, según dicen, vino a predicar en la aldea de Villiers, que no está más que a un cuarto de legua de nuestros talleres. Este abate en su sermón halló medio de calumniar y atacar al señor Hardy.

—¿Cómo es eso?

—El señor Hardy hizo imprimir un reglamento, relativo a nuestro trabajo y a los derechos de los beneficios que nos concede: a este reglamento siguen algunas máximas nobles y sencillas, varios preceptos de fraternidad al alcance de cualquiera, extractos de diversas religiones. Porque el señor Hardy escogió lo más puro de los muchos preceptos religiosos, el señor abate dedujo que no tenía ninguna religión, y de este tema, no sólo tomó pie para atacarle en el púlpito, sino para señalar nuestra fábrica como foco de perdición; el abate hasta ha llegado a decir que la vecindad de semejante conjunto de ateos, como nos llama, podría atraer la cólera divina sobre el país.

—Decir cosas semejantes a personas faltas de instrucción —exclamó la Gibosa—, es animarlas a que cometan algunas tropelías.

—Eso es lo que pretendía el abate.

—¿Qué dices?

—Los habitantes de las cercanías, excitados más aún, sin duda por algunos agentes, se manifiestan hostiles a los trabajadores de la fábrica; han explotado si no su odio, al menos su envidia. Efectivamente, viéndonos vivir en comunidad, bien mantenidos, alojados, activos, alegres y laboriosos, su envidia se ha agnado aún más por las predicaciones del abate y por los sordos manejos de algunas personas mal

intencionadas, que he sabido eran los peores trabajadores del señor Tripeaud, nuestro competidor. Todas estas excitaciones empiezan ya a producir su resultado; ya hemos tenido dos o tres reyertas con los habitantes de las cercanías, en una de ellas recibí esta pedrada.

—¿Y esa herida no es peligrosa, estás seguro? —dijo la Gibosa inquietamente.

—Te digo que no es nada; pero los enemigos del señor Hardy no se limitan a predicar, sino echan mano de otro medio mucho más peligroso.

—¿Y qué más?

—Yo y casi todos mis compañeros hicimos cuanto se pudo en julio; pero ahora no nos conviene el volver a empuñar las armas; no todos son de ese modo de pensar, es claro; pero somos tolerantes, seguimos nuestras ideas, y el padre Simón, que es tan valiente como su hijo, y tan buen patriota como el que más, aprueba nuestro comportamiento y nos dirige. Ahora bien; hace algunos días que en las paredes exteriores de la fábrica hallamos papeles impresos en que nos dicen: «Sois unos cobardes y egoístas, porque la casualidad os proporcionó un buen fabricante, os mostráis indiferentes a las desgracias que afligen a vuestros hermanos, sin acordaros de emplear los medios de emanciparlos; el bienestar os enerva».

—¡Dios mío, Agrícola!, ¡qué horrible obstinación en hacer mal! Con respecto a lo que sucedió a esa señora esta mañana, me parece que al momento que el señor Hardy regrese debes solicitar que te oiga, y por delicada que sea una revelación semejante, decirle francamente lo que pasó.

—Eso era lo que me hacía dudar. ¿No temes que le parezca que deseo penetrar sus secretos?

—Si nadie hubiese seguido a esa señora, participaría de tus escrúpulos. Pero la espiaban, peligra, y creo que es obligación tuya prevenírselo al señor Hardy.

—Tienes razón, mi buena Gibosa, seguiré tu consejo; el señor Hardy lo sabrá todo. Ahora que hemos hablado de los demás, hablemos de mí; sí, de mí... porque se trata de una cosa de que dependerá la felicidad de mi vida —añadió Agrícola en tono tan grave, que llamó la atención de la Gibosa.

—Te lo agradezco. Agrícola; ya había notado esa reserva —respondió la Gibosa bajando la vista y reprimiendo el dolor que experimentaba—, te lo agradezco.

—Por lo mismo que me había propuesto no hablarte nunca de mis amoríos, me decía: Si siento una pasión formal, un amor que me haga pensar en el casamiento... ¡oh! entonces, así como se confía primero a una hermana lo que luego se somete a su padre o a su madre, mi buena Gibosa será la primera que lo sepa.

—¡Qué bueno eres, Agrícola!

—Pues bien, eso ha sucedido: estoy locamente enamorado.

A estas palabras de Agrícola, la pobre Gibosa se sintió por un momento paralizada; parecíale que su sangre se helaba en sus venas. Pasada esta terrible emoción, irguió la cabeza, miró al herrero con tranquilidad, casi con serenidad, y le dijo con voz poco segura:

—¡Ah!, ¿amas a alguna mujer formalmente?

—Esto es, mi buena Gibosa: hace cuatro días que no vivo, o más bien que vivo sólo para este amor.

—¿No hace más... que cuatro días... que estás enamorado?...

—Nada más: pero el tiempo nada influye.

—¿Y... «ella», es hermosa?

—Pelo castaño; talle de ninfa, blanca como un lino, ojos azules, tan grandes y dulces como los tuyos.

—Me adulas, Agrícola.

—No, no; a Ángela es a quien alabo, porque así se llama. ¡Qué nombre tan bonito! ¿No es verdad, mi buena Gibosa?

—Es un bonito nombre —añadió con una terrible tranquilidad—: ¡Ángela! sí, es un nombre muy bonito.

—Pues figúrate que su nombre parece ser el retrato, no sólo de su rostro, sino también de su corazón. En una palabra, es un corazón, a lo menos así lo creo, casi al nivel del tuyo.

—Tiene mis ojos, mi corazón... —dijo la Gibosa sonriéndose— es muy extraño que nos parezcamos tanto.

Agrícola no observó la desesperada ironía que ocultaban las palabras de la Gibosa y continuó con una ternura tan sincera como inexorable:

—¿Crees acaso, mi buena Gibosa, que me hubiese enamorado formalmente, si en el carácter, en el corazón, o en el talento de la que amo no hubiese hallado mucho que se te asemejase?

—Vamos, hermano —dijo la Gibosa sonriendo—, que hoy estás en vena de galantear. ¿Y en dónde has conocido esa joven tan linda?

—Es la hermana de uno de mis compañeros; su madre dirige la sala de costura común de los trabajadores. Sabes la confianza ilimitada que tengo en el instinto increíble de tu corazón; muchas veces me has dicho: «Agrícola, desconfía de éste, ama a aquél, confía en aquel otro; y nunca te has engañado». Pues ahora es preciso que me hagas este favor: Pedirás permiso a la señorita de Cardoville para ausentarte, te llevaré a la fábrica, hablaré de ti a la señora de Berlín y a su hija como de mi hermana amada, y según la impresión que experimentes después de haber visto a Ángela, me declararé o no a ella. Es una niñería, si quieres, una superstición, pero soy así.

—Bueno —respondió la Gibosa con heroico valor— veré a la señorita Ángela; te diré lo que pienso... y esto ¿me entiendes? sinceramente.

—Bien lo sé. ¿Y cuándo vendrás?

—Es necesario que pregunte a la señorita de Cardoville el día que me necesitará; ya te avisaré.

—¡Gracias! mi buena Gibosa.

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta.

—Entrad —dijo la Gibosa, y se presentó Florina.

—La señorita os ruega que tengáis la bondad de pasar a su cuarto, si no estáis ocupada —dijo Florina a la Gibosa.

Ésta se levantó, y dirigiéndose al herrero, le preguntó:

—¿Quieres esperar un instante, Agrícola? Preguntaré a la señorita de Cardoville de qué día podré disponer, y volveré a decírtelo.

Y la joven salió, dejando a Agrícola con Florina.

—Hubiera deseado poder dar hoy las gracias a la señorita de Cardoville —dijo Agrícola—, pero temo ser indiscreto.

—La señorita se halla hoy un poco indispuesta —respondió Florina—, y no ha recibido a nadie; pero estoy segura que así que se encuentre mejor, tendrá una satisfacción en veros.

La Gibosa volvió a entrar y dijo a Agrícola:

—Si quieres venir a buscarme mañana a eso de las tres de la tarde, para que no pierdas todo el día, iremos a la fábrica, y a la noche me volverás a acompañar aquí.

—Está bien, hasta mañana a las tres, buena Gibosa.

—Hasta mañana a las tres, Agrícola.

* * *

La Gibosa entró en su dormitorio, y hallándose al fin sola, se echó de rodillas delante de una poltrona, y dio libre curso a su llanto. Lloró mucho, muchísimo; y cuando sus lágrimas se agotaron, enjugó sus ojos, acercóse a su papelera, tomó el manuscrito que Florina había hojeado rápidamente la víspera, y gran parte de la noche escribió en aquel cuaderno.

El diario de la Gibosa

Hemos dicho que ésta escribió gran parte de la noche en el manuscrito descubierto e inspeccionado la víspera por Florina, la cual no se había atrevido a sustraerlo sin informar de su contenido a las personas que la hacían obrar y sin recibir sus órdenes.

Antes de abrir este cuaderno ante el lector, expliquemos su existencia. La primera palabra que la Gibosa escribió en este cuaderno, fue el día en que echó de ver su amor por Agrícola. Dotada de un carácter sumamente expansivo, y sintiéndose, no obstante, comprimida por el temor al ridículo, cuya dolorosa exageración era la única debilidad de la Gibosa, ¿a quién hubiera confiado esta desdichada el secreto de su funesta pasión, a no ser al papel, ese amigo paciente, silencioso y frío, que si no responde a las quejas desesperadas, al menos escucha y retiene siempre lo que se le ha comunicado? Cuando su corazón rebotó de emociones, ya tristes y dulces, ya amargas y desesperadas, la pobre costurera, hallando un melancólico atractivo en estos desahogos mudos y solitarios, tan pronto revestidos de una forma poética, sencilla y tierna, tan pronto escritos en cándida prosa, se había acostumbrado poco a poco a no limitar sus confianzas en lo que concernía a Agrícola, si bien en el fondo de todas sus ideas había ciertas reflexiones sobre la hermosura, el amor dichoso, la maternidad, la riqueza y la desgracia.

Tal era este diario de una pobre hija del pueblo, raquílica, deforme, pero dotada de un alma angelical. Las siguientes líneas, formaban las últimas páginas de este diario.

Viernes 3 de marzo de 1832.

... Esta mañana me levanté sin ningún triste pensamiento. Cuando Agrícola llegó, estaba tranquila y sosegada. No me pareció conmovido; manifestóse, como siempre, sencillo y afectuoso. Primero me habló de un suceso relativo al señor Hardy, y luego sin transición ni dudas, me dijo:

«Hace cuatro días que estoy locamente enamorado. Este sentimiento es tan formal, que pienso casarme. Vengo a consultarte».

De este modo se me hizo una revelación tan aflictiva para mí; natural y cordialmente. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! mi razón se extravía.

* * *

Agrícola me ha pedido que vaya mañana a ver la joven de que está apasionadamente enamorado, y con la cual se casará si el instinto de mi corazón le aconseja este enlace.

Esta idea es la más dolorosa de cuantas me han oprimido desde que me manifestó su amor de un modo tan implacable... ¿Implacable? No, Agrícola; no, hermano mío... perdóname esta injusta queja de mis padecimientos.

«Pelo castaño, talle de ninfa, blanca como un lirio y ojos azules... tan grandes, tan dulces como los

tuyos».

Así dijo al hacerme su retrato. ¡Pobre Agrícola! ¡Cuánto hubiera sufrido a haber sabido que cada una de sus palabras me despedazaba el corazón!

¡Cosa extraña! Nunca Agrícola me había parecido tan hermoso como en aquel momento. Cuán suavemente conmovido estaba su rostro varonil.

Oyéndole referir las angustias de una mujer con aventura el perderse por el hombre que ama, sentía mi corazón palpar con violencia.

¡Ridiculez, irrisión! ¿Tengo acaso derecho a conmovirme de este modo?

* * *

Me acuerdo que mientras él hablaba, dirigí una rápida ojeada al espejo, me parecía que mi gorrito me estaba bien, que mis cabellos brillaban y mi mirada era suave.

Hallaba a Agrícola tan hermoso, que llegué a figurarme que era menos fea que de costumbre, sin duda para disculparme a mis propios ojos de atreverme a amarle. Al fin, lo que hoy sucede, debía suceder un día u otro.

Lo que siempre me ha preservado del suicidio, esta última palabra de un desgraciado que prefiere irse hacia Dios a permanecer entre sus criaturas, es el sentimiento del deber. No debe pensarse en sí. Y me decía también: Dios es bueno, siempre bueno, ya que a los seres más desgraciados les es dado amar y sacrificarse. ¿Cómo es que yo tan débil y mísera, me ha sido siempre posible ser útil a alguno?

Así es que hoy tenía tentaciones de terminar mi existencia. Ni Agrícola ni su madre me necesitan ya. Sí... ¿pero esos desgraciados, cuyo amparo soy por encargo de la señorita Cardoville?... ¿Y ella? ¿Mi misma bienhechora? Es preciso vivir. ¿Vivir para ir a ver mañana a esa joven que Agrícola ama locamente? ¡Dios mío!, ¿por qué he conocido siempre el dolor y nunca el odio?

«Es un nombre hermoso: Ángela; ¿no es verdad, Gibosa?».

¡Reunir este nombre, que recuerda una idea graciosa, al apodo irónico, símbolo de mi deformidad...!

¡Pobre Agrícola! ¡Pobre hermano! La bondad es a veces tan ciegamente implacable como la maldad. ¿Aborrecer yo a esa joven? ¿Y por qué? ¿Me ha robado acaso la hermosura que seduce a Agrícola? ¿Debo quererla mal porque es hermosa?

A veces tiene uno, a su pesar, esperanzas muy insensatas... Porque Agrícola, por un sentimiento de delicadeza no me hablaba nunca de sus amoríos, deducía yo que no los tenía, que me amaba, pero que por temor al ridículo no me lo declaraba.

¡Qué situación tan singular! Si amo, me pongo en ridículo, si me aman, se ponen aún más. ¿Cómo he podido olvidar todo esto para haber sufrido, para sufrir como hoy sufro?

¡Qué pobre criatura soy! Agrícola me pide mi parecer, porque cree que no tendré el triste valor de contrariar su pasión, y si la contrariara, me diría: «No importa, amo; arrostró el porvenir». Pero entonces, si mis consejos y el instinto de mi corazón no deben guiarle, si su determinación está tomada de antemano, ¿de qué sirve esa misión de mañana, para mí tan cruel?

Pensando en mi cariño, ¡cuántas veces, en lo más secreto y recóndito de mi corazón, me he preguntado si le habrá ocurrido alguna vez la idea de amarme de otro modo que a una hermana! Si alguna vez se habrá dicho: ¡Qué mujer tan cariñosa tendría en Magdalena! ¿Y por qué lo había de pensar?

He empezado a escribir muchas páginas de este diario en el mismo estado que me hallaba al tomar hace poco la pluma, con el corazón afligido; casi siempre, a medida que comunicaba al papel lo que no me hubiera atrevido a decir a nadie, mi alma se tranquilizaba y acudía luego la resignación... ¡Santa virtud de la que, como yo, sonriendo, y con los ojos bañados en lágrimas, sufre, ama y no confía!

* * *

Éstas eran las últimas palabras del diario.

La Gibosa, abatida por tantas emociones, volvió a colocar el cuaderno detrás del cajoncito, creyéndole más seguro que en cualquiera otra parte.

Según se había propuesto la animosa criatura, queriendo cumplir hasta el fin su digna obra, al día siguiente esperó a Agrícola, y fortalecida en su heroica resolución acompañada del herrero, se dirigió a la fábrica del señor Hardy.

Enterada Florina de la ausencia de la Gibosa, pero ocupada la mayor parte del día en el servicio de la señorita de Cardoville y prefiriendo esperar la noche para cumplir las nuevas órdenes que había pedido y recibido, segura de no ser sorprendida, penetró en el cuarto de la joven costurera al obscurecer. Conociendo el sitio en que encontraría el manuscrito, fue derecha a la papelera, y sacando del bolsillo una carta sellada, iba a ponerla en lugar del cuaderno que debía sustraer, cuando la sobrecogió un temblor tan fuerte, que tuvo que apoyarse un momento en el mueble.

Ya dijimos que los buenos sentimientos no se habían extinguido completamente en el corazón de Florina, y que al obedecer las órdenes que recibía, conocía dolorosamente lo horrible e infame de su conducta. Si bien ignoraba casi siempre con qué objeto la hacían obrar, presentía vagamente que la sustitución del manuscrito por esta carta sellada debía tener funestas consecuencias para la Gibosa, porque recordaba las siniestras palabras pronunciadas la víspera por Rodin: «Es preciso acabar mañana con la Gibosa».

¿Cómo podía ser que la carta que le había mandado colocar en vez del diario, produjese este resultado? Lo ignoraba, pero sabía que el cariño previsor de la Gibosa causaba justos celos a los enemigos de la señorita de Cardoville, y que ella misma estaba expuesta a que un día u otro la joven costurera descubriese sus perfidias. Este último temor desvaneció la incertidumbre de Florina; puso la carta detrás del cajoncito, que colocó otra vez en su lugar, y ocultando el manuscrito debajo de su delantal, salió furtivamente del cuarto de la Gibosa.

C

Continuación del diario de la Gibosa

Habiendo vuelto Florina a su cuarto algunas horas después de haber ocultado el manuscrito sustraído del cuarto de la Gibosa, cediendo a la curiosidad, se puso a leerlo. Muy pronto sintió un interés que iba en aumento. Entre varios trozos de versos que respiraban un amor apasionado por Agrícola, se hallaban diferentes fragmentos, pensamientos sobre hechos diversos. Citaremos algunos para justificar la profunda impresión que causaba esta lectura a Florina:

«Fragmentos del diario de la Gibosa».

... Hoy es el día de mi santo. Hasta esta noche he conservado una loca esperanza. Ayer había bajado al cuarto de la señora Baudoin para curarle una herida que tenía en la pierna. Cuando entré, Agrícola permanecía con su madre, y sin duda hablaban de mí, porque callaron de pronto, dirigiéndose una sonrisa de inteligencia, al pasar cerca de la cómoda, vi una bonita caja de cartón, con una almohadilla en la tapa. Ruboricéme de dicha, pues creí que aquel regalito era para mí, mas hice como que no lo veía.

Mientras estaba de rodillas delante de su madre, Agrícola salió del cuarto, y noté que se llevaba la linda caja. La señora Baudoin nunca se había mostrado tan maternal conmigo como aquella noche. Se me figuró que se acostaba más temprano que de costumbre, y pensé que era por despedirme más pronto, a fin de que gozase cuanto antes de la sorpresa que Agrícola quería darme. Como mi corazón latía con violencia, subiendo aprisa, aprisa a mi cuarto, me detuve un momento antes de abrir la puerta para que mi dicha fuese más duradera.

Por fin, entré, miro sobre mi mesa, mi silla, mi cama, y nada... la cajita no estaba; mi corazón se oprimió y me dije: será para mañana. ¿A quién la habría regalado Agrícola? En este momento sufro mucho.

Es tan desgraciada mi susceptibilidad, tan obstinada, que me es imposible no experimentar un momento de vergüenza y pesar cada vez que me llaman la «Gibosa». Y no obstante, desde mi infancia no he tenido otro nombre.

Florina, conmovida, volvió algunas hojas y continuó.

... Vengo de asistir al entierro de esa pobre Victoria Hurbin, nuestra vecina. Su padre, tapicero, tuvo que ir a trabajar lejos de París. Ha muerto a los diez y nueve años, sin parientes que la rodeasen: su agonía no fue dolorosa; la buena mujer que la cuidó hasta el último momento, nos dijo que no había pronunciado otras palabras que éstas:

«Al fin... al fin...».

Y al proferirlas parecía «estar contenta» —añadía aquella digna mujer.

¡Niña querida! qué raquítica se había vuelto, y a los quince años era un pimpollo. Linda, fresca, con cabellos rubios, suaves como la seda... Pero poco a poco fue decayendo; su oficio de cardadora de colchones la ha destruido. Por decirlo así, fue envenenada por la permanente aspiración de las emanaciones de la lana, siendo su oficio mucho más peligroso y malsano, porque trabajaba para ajuares pobres, cuyas camas son siempre de desperdicios.

Tenía el valor de un león y la resignación de un ángel.

¡Pena da pensar que el trabajo en que el pobre se ve obligado a ganar su sustento, muchas veces viene a ser un lento suicidio! El otro día hablaba de esto con Agrícola, y me respondió que había otros muchos oficios mortales: los que trabajan en «las aguas fuertes», en «el albayalde» y en «el minio», entre otros, adquieren enfermedades previstas e incurables. «¿Sabéis lo que dicen —añadió Agrícola— cuando van a esos talleres pestilentes? ¡Vamos al matadero!». Esta expresión demasiado cierta me hizo estremecer.

* * *

... Este día ha sido para mí dichoso; confío en que habré hallado trabajo, y deberé esta felicidad a una joven sensible y buena; mañana debe acompañarme al convento de Santa María, en donde cree que me podrán ocupar...

Florina profundamente enternecida, se estremeció al llegar a este pasaje en que la Gibosa hablaba de ella, y continuó:

Nunca, olvidaré con qué tierno interés, con qué delicada benevolencia me acogió aquella hermosa joven, a mí, pobre y desgraciada. Esto no me asombra, pues estaba al lado de la señorita de Cardoville, y debía ser digna de acercarse a la bienhechora de Agrícola. Siempre me será grato recordar su nombre, gracioso y lindo como su rostro: ¡Florina!... Nada soy, nada poseo, pero si los fervientes votos de un corazón reconocido pudieran ser escuchados, la señorita Florina sería dichosa, muy dichosa... ¡Ay! me veo precisada a limitarme a hacer por ella votos... votos solamente, porque nada puedo, sino tenerla presente y amarla.

* * *

Estas líneas, que manifestaban de un modo tan sencillo la sincera gratitud de la Gibosa, desvanecieron enteramente las dudas de Florina; no pudo resistir más a la generosa tentación que sentía.

Florina cedió al fin a uno de aquellos impulsos que a veces la acometían, salió de su cuarto, llevándose el manuscrito, bien decidida, si la Gibosa no había vuelto, a colocarle en el mismo sitio donde lo había tomado, y resuelta a decir a Rodin que esta vez sus pesquisas con respecto al diario habían sido inútiles, porque sin duda la Gibosa había advertido la primera tentativa de sustracción.

El descubrimiento

Poco antes de que Florina se decidiese a reparar su indigno abuso de confianza, la Gibosa había regresado de la fábrica después de haber cumplido enteramente su doloroso deber. Después de una larga conversación con Ángela, sorprendida la Gibosa de la ingenua gracia, cordura y bondad de que parecía estar dotada esta joven, tuvo la animosa franqueza de aconsejar al herrero ese casamiento. Así es que la escena siguiente ocurría cuando Florina, acabando de recorrer el diario de la joven costurera, no había tomado aún la digna determinación de devolverlo.

Eran las diez de la noche, y la Gibosa acababa de entrar en su cuarto. Sentada en una poltrona al lado del fuego, la cabeza baja, las manos cruzadas sobre las rodillas, leíase en su fisonomía melancólica y resignada la austera satisfacción que produce el haber cumplido con su deber.

Verdad que el golpe había sido tan repentino y terrible, que no podía menos de producir una dolorosa y prolongada vibración en el alma de la Gibosa; pero debía pasar muy pronto, si así puede decirse, al estado de esos padecimientos «crónicos», que vienen a ser parte integrante de la vida. Y además, la noble criatura tan indulgente con la suerte, hallaba aún algunos consuelos a su amarga pena, pues enternecióronla las pruebas de cariño que le había dado Ángela, la novia de Agrícola, y había experimentado una especie de orgullo al ver con qué ciega confianza, con qué inefable alegría acogió el herrero los dichosos presentimientos que parecían afianzar su felicidad. La Gibosa se decía:

«El casamiento de Agrícola pone término a todas las miserables meditaciones de mi pobre cabeza».

Habiendo permanecido algún tiempo pensativa, se levantó encaminándose lentamente a su papelería.

«Mi única recompensa —dijo preparando lo que necesitaba para escribir—, será confiar este nuevo dolor al triste y mudo testigo de mis penas». Y diciendo esto, la Gibosa quitó el cajoncito, y no hallando su cuaderno, lanzó un grito de sorpresa; pero ¡cuál no fue su temor al encontrar una carta dirigida a ella en lugar de su diario!

La joven palideció, y poco le faltó para no caer desmayada; pero su terror, que iba en aumento, le comunicó una ficticia energía, que le dio fuerzas para romper el sello de la carta, cayendo sobre la mesa un billete de cinco mil francos que contenía, y la Gibosa leyó:

Señorita:

Es tan original leer en vuestras Memorias la historia de vuestra pasión por Agrícola, que no es posible resistir al placer de enterarle de este amor que estoy seguro no sospecha y al cual no puede menos de

corresponder.

Se aprovechará la ocasión para procurar a otras muchas personas que por desgracia no hubieran podido conseguirlo, la entretenida lectura de vuestro diario. Si no bastan copias y extractos, se mandará imprimir, pues a cosas buenas nunca se les da demasiada publicidad: los unos llorarán, otros reirán; lo que a éstos parecerá sublime, parecerá ridículo a aquéllos; pero lo cierto y lo que se os asegura, es que vuestro diario hará mucho ruido.

Como sois muy capaz de querer sustraeros a vuestros triunfos, y como no teníais más que harapos cuando entrasteis por caridad en esta casa, donde queréis daros aires de «señora», lo que no se aviene con vuestro «talle» por más de una razón, adjuntos hallaréis cinco mil francos para pagar el papel y que no os falten recursos, en el caso de que seáis tan modesta para temer las felicitaciones que mañana mismo os abrumarán, porque a estas horas, vuestro diario está ya en circulación.

Uno de vuestros cofrades,

Un verdadero giboso.

El tono grosero, e insolente de esta carta que, con dañina intención, parecía estar escrita por un lacayo celoso de la venida de la desgraciada criatura a la casa, había sido calculado con infernal habilidad, y debía infaliblemente producir el efecto que se intentaba.

—¡Oh! ¡Dios mío! —fueron las únicas palabras que pudo pronunciar la joven en medio de su pasmo y su espanto.

La Gibosa no pensó ni un momento en las nobles expresiones, en las relaciones tiernas que encerraba su diario; la única idea horrible que hirió la extraviada imaginación de esta desgraciada, fue que al día siguiente, Agrícola, la señorita de Cardoville y una turba insolente y burlona, estarían enterados de este ridículo amor que debía, a su modo de ver, confundirla de vergüenza. Este golpe la aturdió.

Era preciso que abandonase para siempre esta casa tan hospitalaria en que había hallado un refugio seguro después de tantas desgracias. No pensó en pedir justicia y venganza a la señorita de Cardoville; introducir la confusión e irritación en esta casa en el momento de abandonarla, le hubiera parecido una ingratitud para con su bienhechora. No procuró adivinar quién podía ser el autor o el motivo de esta odiosa sustracción y de una carta tan insolente. ¿De qué hubiera servido, decidida como estaba a evitar las humillaciones con que la amenazaban? Le pareció que esta iniquidad debía ser obra de algún subalterno envidioso de la afectuosa deferencia que la señorita de Cardoville le manifestaba.

* * *

El dinero que acompañaba a esta carta y el modo insultante de ofrecérselo, confirmaban sus sospechas. Querían que el temor de la miseria no fuese un obstáculo a su salida de la casa. La Gibosa formó su propósito con aquella resignación tranquila que le era familiar. Se levantó; sus ojos brillantes y espantosos, no derramaban ni una sola lágrima; desde la víspera había llorado demasiado; con mano trémula y helada escribió estas palabras en un papel que dejó al lado del billete de cinco mil francos:

Bendita sea la señorita de Cardoville por el bien que me ha prodigado, y que me perdone el dejar su casa, en la que no puedo permanecer ya más.

Escrito esto, arrojó al fuego la carta infame que parecía abrasarle las manos, y dando una última ojeada a este cuarto amueblado casi con lujo, se estremeció involuntariamente al pensar en la miseria que otra vez le afligiría, mucho más terrible aún que la pasada, porque la madre de Agrícola estaba con Gabriel, y la desgraciada niña ni aún debía, como en otro tiempo, tener el consuelo en su penuria, del afecto maternal de la mujer de Dagoberto. ¡Vivir sola, enteramente sola, con la idea de que su fatal pasión por Agrícola era la burla de todos y quizás también de él! Éste era el porvenir de la Gibosa. Porvenir... abismo que la aterró. Una idea siniestra acudió a su mente; estremeciöse, y una expresión de amarga alegría contrajo sus facciones.

Resuelta a partir, se encaminó hacia la puerta, y al pasar por delante de la chimenea, se vio involuntariamente en el espejo, pálida como una muerta y vestida de negro; entonces pensó que llevaba un vestido que no le correspondía, y se acordó del párrafo de la carta en la que se le echaba en cara los harapos que llevaba antes de entrar en esta casa.

—¡Es muy justo! —dijo con una sonrisa desesperada, mirando su vestido negro— me llamarían ladrona —y tomando su palmatoria, penetró en el gabinete de tocador y se puso sus viejos y raídos vestidos que había querido conservar como una especie de recuerdo piadoso de su desgracia.

Después de haberse mudado de traje, cayó de rodillas en medio del cuarto, y dirigiéndose con el pensamiento a la señorita de Cardoville, prorrumpió con voz entrecortada por sollozos convulsivos.

—¡Adiós, adiós para siempre! ¡Vos que me llamabais vuestra amiga, vuestra hermana!

De pronto se levantó aterrada; había oído andar con cuidado en el corredor que conducía del jardín a una de las puertas de su aposento, la otra daba al salón. Era Florina, que demasiado tarde ¡ay! devolvía el cuaderno. La Gibosa, aturdida y espantada del ruido de los pasos, creyéndose ya juguete de los criados de la casa, salió de su cuarto, se precipitó al salón, que atravesó corriendo, así como la antecámara, llegó al patio, tocó en los vidrios de la portería, la puerta se abrió, volvióse a cerrar y la Gibosa salió del palacio de la señorita de Cardoville.

* * *

De este modo se vio Adriana privada de una guardiana fiel y vigilante, y Rodin desembarazado de una antagonista activa y perspicaz, a quien había temido siempre y con razón.

* * *

Al día siguiente de estos acontecimientos, Adriana recibió este billete de Rodin, en contestación a una carta que le había escrito para enterarle de la desaparición inexplicable de la Gibosa.

Mi querida señorita: Precisado a ir esta misma mañana a la fábrica del excelente señor Hardy, a donde reclama mi presencia un asunto de entidad, me es imposible ir a ofrecer mis respetos. Me preguntáis ¿qué pienso de la desaparición de esa pobre joven? A la verdad, no sé qué manifestaros. Con el tiempo se explicará todo en su favor, no lo dudo. Acordaos únicamente de lo que os dije en casa del doctor Baleinier con respecto a cierta sociedad y a los emisarios secretos de que sabe rodear pérfidamente a las personas que tiene interés en espiar.

No culpo a nadie; pero recordemos los hechos. Esta pobre joven me acusó... y soy, no lo ignoráis, vuestro más fiel servidor. Nada poseía, y en su papelera se hallaron cinco mil francos. La colmasteis de favores, y abandona vuestra casa sin atreverse a explicar la causa de su huida incalificable.

Sed prudente y desconfiada: éste a lo menos es el respetuoso consejo de vuestro humilde y obediente servidor.

CII

La cita de los lobos

El mismo día en que la señorita de Cardoville recibió la contestación de Rodin respecto a la desaparición de la Gibosa, dos hombres conversaban sentados a una de las mesas de una taberna de la aldea de Villiers, situada a corta distancia de la fábrica del señor Hardy.

En esta aldea residían generalmente todos los peones camineros y picapedreros, empleados en la recomposición de las carreteras de los alrededores.

Durante mucho tiempo la felicidad de los obreros del señor Hardy se había envidiado naturalmente, pero no con rencorosos celos. Así es desde que los tenebrosos enemigos del fabricante, unidos al señor Tripeaud, su competidor, tuvieron un interés en que este plausible estado de cosas cambiase, cambió.

Con destreza y persistencia diabólicas, consiguieron encender las pasiones ruines, dirigiéndose por medio de los emisarios escogiendo a algunos, peones camineros o picapedreros de las cercanías, cuyo desarreglo hacía aún mayor su miseria, conocidos notoriamente por turbulentos, audaces y enérgicos, pues estos hombres podían ejercer una peligrosa influencia en la mayoría de sus compañeros pacíficos, laboriosos y honrados, pero fáciles de intimar por la violencia.

La mayor parte de los obreros del señor Hardy, antes de entrar en su casa, eran miembros de una sociedad de compañeros titulada los «Devoradores», así como muchos de los picapedreros y peones de caminos de las cercanías pertenecían a la sociedad de los «Lobos».

Hacía ocho días que los «Lobos», excitados de tan diversos modos, ardían en deseos de hallar una ocasión o un pretexto, para llegar a las manos con los «Devoradores».

Esta sorda fermentación agitaba la aldea de Villiers, mientras que los dos hombres de que hemos hablado estaban sentados a una mesa en una taberna. Para permanecer solos habían pedido un cuarto separado. El uno de ellos era aún joven e iba bastante bien vestido; pero el chaleco desabrochado, la corbata suelta y medio atada, su voz ronca y sus miradas brillantes, probaban que a los últimos vapores de la embriaguez de la víspera se unían ya los primeros síntomas de otra embriaguez. El compañero de este hombre le dijo chocando su vaso con el del otro:

—A vuestra salud, amigo mío.

—A la vuestra —contestó el joven— aunque me parece que sois el mismo diablo.

—¿Yo... el diablo?

—Sí.

—¿Y por qué?

—¿En dónde me habéis visto?

—¿Os arrepentís de haberme conocido?

—¿Quién os dijo que estaba preso en Santa Pelagia?

—¿No os he sacado de la cárcel?

—¿Y por qué lo habéis hecho?

—Porque tengo buen corazón.

—Quizás me queréis... como el carnicero al buey que lleva al matadero.

—¿Estáis loco?

—No se dan dos mil duros sin motivo.

—Tengo uno.

—¿Cuál? ¿Qué queréis hacer de mí?

—Un alegre compañero que gaste el dinero sin trabajar, y que pase todas las noches como ayer; buen vino, excelentes viandas, muchachas bonitas y alegres canciones... ¿Es acaso tan mal oficio?

El joven habiendo permanecido un momento sin contestar, dijo al fin con aire sombrío:

—¿Por qué la víspera de mi salida de la cárcel pusiste por condición a mi libertad que escribiría a mi querida que no la volvería a ver, y exigisteis que os diese esta carta?

—¡Suspiráis!, ¿aún pensáis en ella?

—Siempre.

—Hacéis muy mal, porque a estas horas vuestra querida está lejos de París; antes de venir a sacaros de Santa Pelagia la vi subir la diligencia.

—Sí... me ahogaba en aquella cárcel; para salir de allí hubiera dado mi alma al diablo; sin duda lo conocisteis y vinisteis a sacarme; sólo que en vez de mi alma me habéis quitado a Cefisa. ¡Pobre «Reina Bacanal»! ¿Y por qué? ¡Voto a bríos! ¿Me lo diréis al fin?

—Un hombre que tiene una querida que le domina como a vos, no es hombre; cuando llega la ocasión le falta la energía.

—¿Qué ocasión?

—Bebamos.

—Me hacéis beber demasiado.

—Bebamos, os vuelvo a decir.

—Un momento. Mirad, compañero, no soy tan tonto como parece. Por vuestras medias palabras he adivinado una cosa.

—Veamos.

—Sabéis que he sido trabajador, que conozco a muchos compañeros, que soy un buen muchacho, que me aprecias bastante y queréis valeros de mí como un reclamo para atraer a los otros.

—¿Qué más?

—Debéis ser algún corredor de motines, algún comisionado de revueltas.

—¿Conocéis a algunos de los trabajadores del señor Hardy?

—¿Para eso me habéis traído aquí?

—Sí... dentro de poco vendrán varios obreros de su fábrica.

—¿Trabajadores de casa del señor Hardy que se meten en asonadas? Son demasiado dichosos para eso: os engañáis. Muy pronto lo veréis.

—Ellos que son tan dichosos, ¿qué tienen que reclamar? ¿Y sus hermanos? ¿Y los que careciendo de buen protector, se mueren de hambre y de miseria y los llaman para que les ayuden? ¿Os parece que no darán oídos a su llamamiento? El señor Hardy es la excepción; que el pueblo dé una buena sacudida, y la excepción será la regla y todo el mundo estará contento.

—Lo que decís es muy cierto, sólo que la sacudida ha de ser diabólica, para volver bueno y honrado al pícaro del barón de Tripeaud, que tiene la culpa de lo que soy: un pillo rematado.

—Los trabajadores del señor Hardy vendrán dentro de poco, sois su compañero, ningún interés tenéis en engañarlos: os creerán. Uníos a mí para decidirlos.

—¿A qué?

—A dejar esa fábrica en que se afeminan y enervan en el egoísmo, sin pensar en sus hermanos.

—Pero si dejan la fábrica, ¿cómo vivirán?

—Se les sostendrá... hasta que llegue el gran día.

—Os apoyaré... tanto más cuanto que empiezo a no poderme tener derecho. Lo único que me ligaba al mundo era Cefisa. Conozco que estoy sobre un resbaladero y que vos me empujáis.

—¡Brindemos por la orgía de la noche próxima!

—La pasada no fue sino de novicio.

—No sé si es el aguardiente, pero lléveme el diablo si no me asustáis diciendo que esta noche reiréis.

Y el joven se levantó dando traspiés, pues empezaba a estar borracho otra vez. Llamaron a la puerta.

—Entrad.

Se presentó el tabernero.

—¿Qué hay?

—Abajo está un joven que se llama Olivero y desea hablar al señor Morok.

—Yo soy, decidle que suba.

El tabernero salió del cuarto.

—Es uno de nuestros hombres —añadió Morok, cuyo tosco rostro manifestó algún descontento.

—¡Solo! Esto me sorprende, esperaba a varios; ¿le conocéis?

—¿A Olivero? Sí, un rubio, me parece.

—Ahora lo veremos, aquí está.

Efectivamente, un joven de rostro franco, atrevido e inteligente entró en el cuarto.

—¡Cómo! ¡«Duerme en cueros»! —exclamó al ver al convidado de Morok.

—El mismo; hace siglos que no se te ve, Olivero.

—Es muy natural, amigo mío, pues no trabajamos en la misma casa.

—¿Pero venís solo? —dijo Morok.

Y señalando a «Duerme en cueros» añadió:

—Ya se puede hablar delante de él, pues es de los nuestros. ¿Pero cómo es que venís solo?

—Aunque estoy solo, vengo en nombre de mis compañeros.

—¡Ah! —dijo Morok dando un suspiro de satisfacción—. ¿Consienten?

—Se niegan a ello... y yo también.

—¡Cómo!, ¡voto a bríos! ¿Es decir que tienen menos energía que si fueran mujeres? —exclamó Morok apretando los dientes con enojo.

—Escuchadme —contestó Olivero con frialdad—. Hemos recibido vuestras cartas, hablado con vuestro agente y sabido que efectivamente estaba afiliado en algunas sociedades secretas de las que conocemos a varias personas.

—¿Entonces, por qué titubeáis?

—Nada hay que nos pruebe que esas sociedades están dispuestas al alzamiento.

—Yo os lo digo.

—Él... lo dice —tartamudeó «Duerme en cueros»— y yo lo afirmo. «¡Marchemos de frente!».

—Eso no basta —contestó Olivero—. Además, nosotros lo hemos pensado. Durante ocho días los talleres han estado divididos; ayer aún la discusión fue animada y penosa; mas esta mañana el padre Simón nos reunió, hizo que nos explicásemos delante de él, y nos convenció. Esperaremos: si el alzamiento se lleva a cabo, veremos.

—¿Es vuestra última resolución?

—La última.

—¡Silencio! —exclamó de pronto «Duerme en cueros» prestando atención—. Diríase que son gritos lejanos.

Efectivamente, al pronto no se oía más que un rumor sordo, pero a poco se fue aumentando y llegó a ser formidable.

—¿Qué es esto? —dijo Olivero sorprendido.

—Ahora me acuerdo —contestó Morok, sonriéndose con aire siniestro— que el tabernero me dijo al entrar que en la aldea había una gran fermentación contra la fábrica. Si vos y vuestros compañeros os hubieseis separado de los demás obreros del señor Hardy, como se creía, esas gentes, que empiezan a aullar, hubieran abrazado vuestro partido en vez de ir contra vosotros.

—¿Esta cita era un lazo para indisponer los trabajadores del señor Hardy unos con otros? —preguntó Olivero—. ¿Os figuráis que nos hubiéramos unido con esas gentes a quienes excitan contra la fábrica, y que?... —El joven no pudo continuar: una terrible explosión de gritos, aullidos y silbidos conmovió la taberna. Al mismo

tiempo, la puerta del cuarto se abrió bruscamente, y el tabernero, pálido y temblando, se precipitó dentro, diciendo:

—Señores, ¿hay alguno de vosotros que pertenezca a la fábrica del señor Hardy?

—Yo —contestó Olivero.

—¡Pues estáis perdido! Ahora llegan los «Lobos» en masa, y dicen que aquí hay «Devoradores» de casa del señor Hardy, y piden batalla, a no ser que los «Devoradores» renieguen de la fábrica y abracen su partido.

—¡Ya no me queda la menor sospecha de que era un lazo! —exclamó Olivero mirando a Morok y a «Duerme en cueros» con aire amenazador.

—¿Yo?... un lazo, Olivero —dijo «Duerme en cueros» tartamudeando—, ¡nunca!

—¡Guerra a los «Devoradores», o que se unan con los «Lobos»! —gritó una muchedumbre irritada.

—Venid —exclamó el tabernero; y sin dar tiempo a Olivero para que contestase, le cogió del brazo y abriendo una ventana, le dijo—: Salvaos por esa ventana, dejaos resbalar, e iréis a parar al campo; aún es tiempo. —Y viendo que el joven trabajador dudaba, el tabernero añadió con temor—: ¿Qué queréis hacer vos solo contra doscientos? Si tardáis un minuto más estáis perdido. ¿Lo oís? Han entrado en el patio... ya suben...

En aquel momento los gritos y silbidos aumentaron, la escalera de madera que conducía al primer piso parecía ceder bajo los pasos precipitados de varias personas, y oyóse el grito penetrante y cercano.

—¡Guerra a los «Devoradores»!

—¡Sálvate, Olivero! —exclamó «Duerme en cueros».

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando la puerta de la sala grande que precedía al cuarto se abrió con estrépito espantoso.

—¡Ya están aquí! —dijo el tabernero juntando las manos con espanto, y acercándose a Olivero lo empujó por la ventana, porque el obrero, con un pie en el poyo, dudaba aún. Cerrada la ventana, el tabernero volvió a reunirse con Morok en el instante que éste pasaba del cuarto a la sala donde se habían introducido los jefes de los «Lobos», mientras que sus compañeros vociferaban en el patio y la escalera.

Ocho o diez de estos insensatos eran los primeros que se habían precipitado en la sala con las facciones animadas por el vino y el enojo, y casi todos ellos armados de palos largos. Un peón caminero, de talla y fuerza hercúlea, se adelantó, aparentando querer rechazar a Morok, y exclamando con voz atronadora:

—¿En dónde están los «Devoradores»? ¡Los «Lobos» quieren comérselos!

El tabernero se apresuró a abrir la puerta del cuarto diciendo:

—Aquí no hay nadie, amigos míos, nadie; miradlo vosotros mismos.

—Es cierto —dijo el peón caminero, sorprendido, echando una ojeada dentro del cuarto—. ¿Pues entonces, en dónde están?

—Habría batalla —repitió maquinalmente «Duerme en cueros».

—¡A no ser que los «Lobos» teman a los «Devoradores»! —repuso Morok.

—Ya que hablas de miedo, vendrás con nosotros, y nos verás pelear —dijo el formidable peón caminero, con voz de trueno, acercándose a Morok. Una infinidad de voces se unieron a la suya.

—¡Los «Lobos» temer a los «Devoradores»!

—¡Sería lo que nunca se ha visto!

—¡Guerra, guerra!

—Eso nos aniquila. ¿Por qué para nosotros tanta miseria, y para ellos tanta felicidad?

—¡A la fábrica, mis valientes lobos! —gritó Morok con voz estentórea—. ¡A la fábrica!

—¡Sí, a la fábrica, a la fábrica! —repitió la muchedumbre con furioso pataleo, porque poco a poco se habían ido amontonando todos los que cabían en la sala y la escalera. Estos gritos furiosos hicieron volver en sí a «Duerme en cueros», que dijo a Morok en voz baja:

—¿Lo qué intentáis es una matanza? No contéis conmigo.

—Ya tendremos tiempo para avisar a los de la fábrica. En el camino nos separaremos de ellos —le dijo Morok.

—Todo esto parará en sangre —dijo entre dientes «Duerme en cueros», que a pesar de su embriaguez, conocía el peligro de estas fatales excitaciones.

Muy pronto esta numerosa reunión salió del patio de la taberna para encaminarse en masa a la fábrica del Sr. Hardy. A su frente se adelantaba el gigantesco caminero, blandiendo su terrible palo de hierro, y detrás de él, mezclados unos con otros, armados de palos y de piedras, seguía la tropa en masa.

Morok y «Duerme en cueros» habían desaparecido mientras que el tumultuoso tropel salía de la taberna para ir a la fábrica.

CIII

La casa comunal

Mientras que los «Lobos», según acabamos de ver, se preparaban para una agresión salvaje contra los «Devoradores», en la fábrica del Sr. Hardy reinaba aquella mañana un contento que estaba en armonía con la serenidad del cielo.

* * *

Ignorando Agrícola la cruel desaparición de la Gibosa, se entregaba a las ideas más halagüeñas pensando en Ángela, y terminaba su «tocado» con cierta coquetería para ir a ver a su novia.

Habiendo dirigido una última mirada satisfecha a su espejo, acariciando su bigote y larga perilla, salió del cuarto para ir a ver a Ángela en la sala de costura comunal.

A pesar de los gérmenes de discordia que los enemigos del Sr. Hardy habían logrado introducir en la asociación de los trabajadores, hasta entonces fraternalmente unida, oíanse alegres cánticos en casi todos los cuartos que daban al corredor, y Agrícola, al pasar por delante de varias puertas abiertas, trocó cordialmente una salutación matutinal con varios de sus camaradas.

Habiendo atravesado el taller de costura, sala muy grande que daba al jardín, bien aireada en verano y caliente en invierno, Agrícola llamó a la puerta del cuarto de la madre de Ángela.

Ángela, que ya se podía llamar la novia de Agrícola y justificaba completamente el retrato halagüeño que de ella hiciera el herrero en su conversación con la pobre Gibosa, vestida con tanta sencillez como limpieza, estaba sentada al lado su madre. Cuando Agrícola entró, un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—Señorita —dijo el herrero— vengo a cumplir mi promesa, si en ello consiente vuestra madre.

—Sin duda, Sr. Agrícola, que consiento en ello —respondió cordialmente la madre de la joven—. No ha querido visitar la casa y sus dependencias, con su padre, su hermano, ni conmigo, para poder tener la satisfacción de hacerlo con vos hoy que es domingo. Nadie mejor que vos, que tan bien os expresáis, puede hacer los honores de la casa a esta recién llegada, ya hace una hora que os espera y con bastante impaciencia.

—Señorita, perdonadme —dijo Agrícola alegremente— pensando en el placer de veros, se me ha pasado la hora. Es la única disculpa que puedo daros.

—¡Ah, mamá! —dijo la joven a su madre en tono de dulce reconvención, y

poniéndose encarnada como una cereza— ¿a qué viene decir eso?

—¿Es verdad, sí o no? No te reconvengo por ello, al contrario; vete, hija mía, el señor Agrícola te explicará mejor que yo lo que todos los trabajadores de la fábrica deben al Sr. Hardy.

—Señor Agrícola —dijo Ángela atándose las cintas de su lindo sombrero— ¡lástima es que vuestra hermana adoptiva no esté con nosotros!

—¿La Gibosa? tenéis razón, señorita, pero será otro día, porque la visita que nos hizo ayer no será la última.

La joven, habiendo abrazado a su madre, salió del cuarto con Agrícola que le ofrecía el brazo.

—¡Dios santo, señor Agrícola! —dijo Ángela— si supieseis cuán sorprendida quedé al entrar en esta hermosa casa, acostumbrada como estaba a ver tanta miseria entre los pobres trabajadores de nuestra provincia, miseria de la que también he participado, siendo así que aquí todos parecen estar contentos y satisfechos.

—Aquí, señorita, el trabajador, seguro de su subsistencia y porvenir, no se ve precisado, como muchos de sus hermanos, a renunciar a la dulce necesidad del corazón; al deseo de escoger una compañera para toda la vida, y esto, por temor de unir su miseria a otra.

Ángela bajó la vista y se ruborizó.

—Aquí el trabajador puede entregarse sin recelo a la esperanza de los gratos goces de la familia, mediante el orden, el trabajo, el prudente empleo de las fuerzas de cada uno, hombres, mujeres y niños viven dichosos y contentos.

El joven herrero y Ángela entraron en un vasto dormitorio, igual al de un buen colegio. Las camitas de hierro estaban colocadas simétricamente, y a cada extremo se veían las camas de dos madres de familia que se alternaban en el desempeño de vigilantes.

—¡Dios mío!, ¡qué bien distribuido está este dormitorio, Sr. Agrícola, y qué limpieza! ¿Quién cuida de esto tan perfectamente?

—Las mismas niñas, cada cual procura que su cama sea la mejor arreglada, y esto las divierte tanto como hacer la cama de sus muñecas. Ya sabéis que las niñas tienen mucha afición a «jugar al gobierno de casa»; pues bien, aquí juegan formalmente, y de ese modo las cosas se hacen a las mil maravillas.

—¡Ah! Sr. Agrícola —dijo Ángela tímidamente— ¡cuando se comparan esos hermosos dormitorios, sanos y calientes, con esos horribles cuartos helados, en donde los niños de ambos sexos, apiñados sobre un mal jergón, tiritan de frío, como sucede a casi todos los trabajadores en nuestro país!

—¡Y en París, señorita, quizás es peor aún!

—¡Ah, qué bueno, generoso, y rico, sobre todo, debe ser el Sr. Hardy, para gastar tanto dinero en hacer bien!

—Mucho voy a sorprenderos, señorita —dijo Agrícola sonriéndose— de tal modo que quizás no me creáis.

—¿Por qué, Sr. Agrícola?

—Es muy cierto que no hay en el mundo un hombre de mejor corazón que el señor Hardy; hace el bien por afición sin tener en cuenta sus intereses. Pues figuraos señorita Ángela, que fuese el hombre más egoísta, interesado y avaro; pues aún así tendría un grande interés en procurar que fuésemos tan dichosos como somos.

—¿Pero cómo es que el señor Hardy reporta beneficio del bienestar que procura?

—Luego os lo explicaré, señorita.

—¡Ah!, ¡qué olor a fruta tan bueno y agradable! —dijo Ángela de pronto.

—Es que nos vamos acercando a la frutería.

Y abriendo Agrícola una puerta, hizo entrar a Ángela en una sala bastante espaciosa guarnecida de vasares en que estaban colocadas simétricamente las frutas de invierno.

—A medida que se reflexiona, se ve efectivamente que todo está calculado para el bienestar de todos —dijo Ángela con admiración.

—No se ha conseguido sin mucho trabajo; ha sido preciso vencer las preocupaciones, la rutina. Pero mirad, señorita Ángela, ya estamos delante de la cocina común —repuso el herrero sonriéndose—. Ved si no es tan importante como la de un cuartel o un colegio grande.

Efectivamente, el departamento culinario de la casa común era inmenso, todos los útiles brillaban por su limpieza.

—¿Qué es eso? —dijo Ángela.

—Es el refectorio, que no conocéis, pues vuestra familia, como tantas otras, prefiere que le lleven la comida a su cuarto. Mirad qué sala tan hermosa y alegre con vistas al jardín y a la fuente.

Y así, era la verdad, veíase una espaciosa sala, construida en forma de galería y alumbrada por diez ventanas que daban al jardín: mesas cubiertas de encerado muy brillantes, estaban colocadas a lo largo de las paredes, de modo que en el invierno, esta pieza servía de noche después de los trabajos, de sala de reunión y veladas para los trabajadores que preferían pasarla en esta sala común a estarse en sus cuartos o en reunión de familia.

—Aún hay más —dijo Agrícola a la joven—. Estoy seguro de que hallaréis esta sala aún más hermosa cuando sepáis que el jueves y el domingo se convierte en salón de baile, y el martes y el sábado en sala de concierto.

—¡Es posible!

—Seguramente —respondió el herrero con orgullo—. Entre nosotros hay músicos muy capaces de hacer bailar; además, dos veces a la semana cantamos casi todos en coro, hombres, mujeres y niños.

—¡Tantas voces reunidas! Debe ser hermosísimo.

—Muy hermoso, os lo aseguro. El señor Hardy ha procurado siempre conservar entre nosotros esta distracción que tanto influye, dice, y tiene razón, en la imaginación y las costumbres.

—¡Qué felicidad el vivir aquí! No hay más que alegría, porque el trabajo entremezclado así de placeres, viene a ser una felicidad.

—¡Ay! Aquí, como en todas partes, hay lágrimas y dolores —dijo Agrícola con tristeza—. ¿Veis aquel edificio aislado?

—Sí, ¿qué es?

—Nuestra sala de enfermos. Felizmente, gracias a nuestro régimen sano, pocas veces está llena.

—Pero, señor Agrícola, ¿me diréis al fin el secreto de todas estas maravillas?

—En menos de diez minutos quedaréis enterada, señorita.

Desgraciadamente la curiosidad de Ángela no quedó satisfecha: la joven y Agrícola se hallaban junto a un enrejado que servía de cerca al jardín, del lado de la calle principal que separa los talleres de la casa comunal.

De pronto, una ráfaga trajo el ruido lejano de clarines guerreros y de una música militar, luego se oyó el galope de dos caballos que se apresuraban precipitadamente, y después apareció, montado en un hermoso caballo negro con cola larga y flotante y mantilla carmesí, un general.

Su uniforme azul resplandecía de bordaduras de oro; el gran cordón de la Legión de Honor pasaba por encima de su charretera derecha con cuatro estrellas de plata y su sombrero bordado de oro, guarnecíalo una pluma blanca, distinción concedida únicamente a los mariscales de Francia.

Cuando el mariscal Simón, porque era él, llegaba cerca de Ángela y Agrícola, detuvo bruscamente su corcel, apeóse con presteza, y dio las riendas a un criado con librea que le seguía a caballo.

—¿Dónde esperaré al señor duque? —preguntó el palafrenero.

—Al fin de la calle —contestó el mariscal; y descubriéndose respetuosamente, se adelantó hacia una persona que Ángela y Agrícola no veían; no tardó en aparecer esta persona a la vuelta de una calle; era un anciano de rostro enérgico e inteligente, llevaba una blusa muy limpia; una gorra de paño cubría sus largos cabellos blancos, y con las manos metidas en sus bolsillos, fumaba tranquilamente en una vieja pipa de espuma de mar.

—Buenos días, mi buen padre —dijo con respeto el mariscal abrazando con efusión al anciano trabajador, que habiéndole devuelto el abrazo, viendo que aún tenía el sombrero en la mano le dijo:

—Cúbrete, hijo mío. ¡Pero qué elegante estás! —añadió sonriendo.

—Padre mío, es porque vengo de asistir a una revista aquí cerca, y he aprovechado la ocasión para poder veros cuanto antes.

—Dime, ¿me impedirá esto abrazar hoy como todos los domingos, a mis nietas?

—No, padre mío; vendrán en coche acompañadas de Dagoberto.

—¿Pero qué tienes? Me parece que estás meditabundo.

—Es que, padre mío —dijo el mariscal tristemente conmovido—, tengo cosas muy graves que consultaros.

—Entonces, ven a mi cuarto —dijo el anciano bastante inquieto; y el mariscal y su padre desaparecieron en el recodo que hacía la calle.

Ángela había quedado muy admirada de que aquel deslumbrante general, que llamaban señor duque, tuviese por padre a un anciano trabajador con blusa, de modo que mirando a Agrícola con asombro, le dijo:

—¿Cómo, señor Agrícola, ese anciano trabajador?...

—Es el padre del señor mariscal, duque de Ligny; el amigo, sí, puedo decirlo —añadió Agrícola con voz conmovida—, el amigo de mi padre, que durante veinte años se batió bajo sus órdenes.

—¡Hallarse en una posición tan elevada y mostrarse tan respetuoso y tierno con su padre! —dijo Ángela—. Muy noble debe ser el corazón del mariscal, ¿pero cómo consiente que su padre sea trabajador?

—Porque el padre Simón no abandonaría su oficio y la fábrica por cuanto hay en el mundo; trabajador ha nacido y trabajador quiere morir, aunque su hijo sea duque y mariscal de Francia.

CIV

El secreto

Cuando se hubo disipado la sorpresa muy natural que la llegada del mariscal Simón había causado a Ángela, Agrícola le dijo sonriéndose:

—No quisiera, señorita Ángela, valerme de esta circunstancia para evitarme manifestaros el secreto de todas las maravillas de nuestra «casa comunal».

—¡Oh! tampoco os hubiera dejado faltar a vuestra promesa, señor Agrícola —respondió Ángela.

—Escuchadme, pues, señorita: el señor Hardy, como verdadero mágico, pronunció tres palabras cabalísticas: ASOCIACIÓN, COMUNIDAD, FRATERNIDAD. Comprendimos el sentido de estas palabras, y se crearon las maravillas que veis, en beneficio nuestro, y también, os lo repito, en el del señor Hardy.

—Eso es lo que me parece singular, señor Agrícola.

—Suponed, señorita, que el señor Hardy, en vez de ser lo que es, fuese únicamente un especulador de corazón metalizado, que no pensando más que en las ganancias, se dijese: para que mi fábrica produzca mucho ¿qué debo procurar? mucha economía en los primeros materiales, distribución del tiempo de los trabajadores, en una palabra, economía de fabricación, para poder dar los productos a buen precio; esmero en el trabajo para venderlos muy caros.

—Seguramente, señor Agrícola, un fabricante no puede pedir más.

—Pues bien, señorita; esas exigencias hubieran quedado satisfechas como lo han sido. ¿De qué modo? Aquí lo tenéis: el señor Hardy nada más que especulador, se hubiera dicho: Los trabajadores, alejados de mi fábrica, necesitarán levantarse más temprano para venir a ella, y por lo tanto dormirán menos, ¿acortar el sueño tan necesario a los trabajadores? mal cálculo; se debilitan y el trabajo se resiente; además, la intemperie en invierno hace menos llevadero el camino; el trabajador llega mojado, cansado antes de emprender el trabajo, ¿qué puede hacer de bueno?

—Eso desgraciadamente es muy cierto, señor Agrícola, cuando en Lila llegaba a la manufactura, calada por una lluvia fría, a veces tiritaba todo el día mientras trabajaba.

—Así es que, señorita Ángela, el especulador se diría: Hospedar a mis trabajadores a la puerta de mi fábrica, sería evitar este inconveniente. Calculemos. El trabajador casado paga en París unos 250 francos al año por una o dos miserables habitaciones y un gabinete, oscuros, reducidos y malsanos en alguna calle lóbrega e infecta; allí vive con su familia, unos sobre otros, de lo que resulta el decaimiento de la salud y que se halle siempre calenturiento y débil, ¿qué trabajo puede esperarse de

un ser semejante? Los trabajadores solteros pagan por un aposento más reducido, pero tan insalubre, unos 150 francos. Ahora bien, empleo 146 trabajadores casados, que entre todos pagan por sus raquíticos chiribitiles 36.500 francos al año, además 115 trabajadores solteros que pagan de alquiler al año 17.280 francos, forman un total de alquiler de más de 50.000 francos, producto de un millón de capital.

—¡Dios mío, señor Agrícola!, ¡qué suma tan enorme forman todos esos pequeños alquileres reunidos!

—Ya veis, señorita, ¡50.000 francos al año! el alquiler de una casa de millonario. Entonces se dijo nuestro especulador: Para decidir a mis operarios a que dejen sus viviendas de París, les proporcionaré grandes ventajas. Llegaré hasta reducir el alquiler a la mitad, y en vez de cuartos insalubres, dispondrán de aposentos espaciosos, bien aireados, bien situados, bien calientes y bien alumbrados a poca costa; de modo que con 146 familias que me paguen 125 francos y 115 jóvenes 75 francos, reúno un total de 26 a 27.000 francos. Un edificio bastante capaz para vivir toda esa gente me costará a lo más 500.000 francos. Es decir, que mi capital me dará a lo menos un cinco por ciento y lo tendré enteramente asegurado, pues los salarios me garantizan el alquiler.

—¡Ah! señor Agrícola, ya empiezo a comprender cómo puede ser ventajoso a veces el hacer bien.

—Ya tengo, se diría, mis trabajadores establecidos a la puerta de la fábrica, bien hospedados, calientes y que entran en el taller con brío. Pero aún no es bastante: mis obreros trabajarían más si comiesen mejor. Ahora bien, si mis doscientos sesenta obreros, en vez de hacer tantas comidas detestables se asocian para hacer una sola para todos, pero buena, por medio de economías de todas clases, ¡qué ventajas no resultarían para mí y para ellos!

—¡Ah! así todo se explica, señor Agrícola.

—Aún hay más, señorita; continuando el papel del especulador de corazón metalizado, diría: Ahora que tengo a mis trabajadores en buen aposento, calientes y bien alimentados con economía, no falta más sino que estén bien vestidos; con esto su salud será perfecta, y la salud es el trabajo. La asociación comprará por mayor y a precio de fábrica paños sólidos, telas buenas y fuertes, que una parte de las mujeres de los trabajadores coserán ayudadas de algunos sastres. ¿Qué decís de nuestro especulador?

—Digo, señor Agrícola —respondió la joven con cándida admiración—, que parece increíble, y no obstante, es tan sencillo...

—¿Y qué diréis, señorita, cuando os pruebe que nuestro especulador está también interesado en dar a sus trabajadores, además del salario regular, una parte proporcional en sus beneficios?

—Esto me parece más difícil, señor Agrícola.

—Escuchadme algunos minutos más y quedaréis convencida.

Hablando así, Ángela y Agrícola se hallaban cerca de la puerta del jardín. Una

mujer de edad, vestida con sencillez, pero muy limpia, se acercó a Agrícola y le dijo:

—Caballero, ¿el señor Hardy ha vuelto ya a su fábrica?

—No, señora, pero se le espera de un momento a otro.

—¿No se sabe a qué hora fijamente?

—No creo que se sepa, señora; pero el portero de la fábrica, que lo es también de la casa del señor Hardy, quizás pueda informaros mejor.

—Señor Agrícola —dijo Ángela, cuando la mujer que había interrogado al herrero se hubo alejado—, ¿no habéis advertido lo pálida que estaba esa señora?

—Lo he notado como vos, señorita, y hasta me ha parecido que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Sí, parecía haber llorado mucho. ¡Pobre mujer! quizás venga a pedir algún socorro al señor Hardy. ¿Pero qué tenéis, señor Agrícola? Os habéis quedado pensativo.

Agrícola presumía que la visita de esa mujer de edad, de rostro triste, debía tener alguna relación con la aventura de la joven y linda rubia que tres días antes había venido contristada y afligida a preguntar por el señor Hardy, y que quizás demasiado tarde había sabido que la seguían y espiaban.

—Perdonadme, señorita —dijo Agrícola a Ángela—, pero la presencia de esa mujer me recuerda una circunstancia de que por desgracia no me es dado hablaros, porque no es secreto mío.

—¡Oh! tranquilizaos, señor Agrícola —respondió la joven sonriendo—, no soy curiosa, y lo que me decís me interesa tanto, que no deseo oírlos hablar de otra cosa.

—Continuamos hablando desde el punto de vista del especulador interesado. Dice para sí: Ya tengo a mis trabajadores en el mejor estado para trabajar mucho: ahora debo procurar obtener grandes beneficios, ¿qué debo hacer? Fabricar barato y vender caro; pero esto no puede conseguirse sin que haya economía en los materiales empleados, sin perfección en la fabricación, pero a pesar de mi vigilancia, ¿cómo impediré que mis trabajadores prodiguen los materiales, y cómo los obligaré a que cada uno en su ramo busque los procedimientos más sencillos y menos costosos?

—Es cierto, señor Agrícola, ¿cómo lo hará?

—Y aún no basta, dirá nuestro fabricante; para vender muy caros mis productos, es preciso que sean buenos, excelentes; mis obreros trabajan bastante bien, pero se necesita aún más, que hagan obras maestras. Para que mis trabajadores tengan «interés» en economizar los materiales —añadió—, «interés» en hallar mejores procedimientos de fabricación, «interés» en que lo que salga de sus manos sea una obra maestra, ya sé cómo conseguir mi objeto: «Interesando» a mis trabajadores en los beneficios que me procuren su economía, su actividad, su celo, su habilidad: cuanto mejor trabajen más se venderá, y su parte será mayor y la mía también.

—Ahora lo comprendo, señor Agrícola.

—Y nuestro hombre calcularía bien: antes que el trabajador estuviese «interesado», se decía: Poco me importa que al día haga más trabajo y mejor, ¿qué

me resulta? nada; pues bien, a jornal limitado, trabajo limitado también. Ahora, al contrario, tengo un interés en afanarme y ser económico. ¡Oh! todo muda de aspecto; me muestro más activo, estímulo a los demás; si un compañero es perezoso y causa algún perjuicio a la fábrica, tengo el derecho de decirle: «Hermano, todos perdemos más o menos con tu holgazanería o con el daño que haces a la comunidad». Pues bien —prosiguió— ese hombre es... Pero mirad, ¡Dios mío!, no podía llegar a su casa sino en el momento de bendecir su nombre. Ahí le tenéis... ése es el señor Hardy.

—¡Ah, señor Agrícola! —dijo Ángela conmovida— con las manos juntas de agradecimiento debiera recibírsele.

—¡Decid si ese rostro noble y suave no es el fiel retrato de esa alma admirable!

Una silla de posta, en la que se hallaba el señor Hardy con de Blessac, el indigno amigo que le vendía de un modo tan infame, entraba en aquel momento en el patio de la fábrica.

CV

Revelaciones

En tanto que Ángela y Agrícola visitaban la «casa comunal», la banda de «Lobos», aumentándose en el camino con muchos de los que frecuentaban la taberna, iba acercándose a la fábrica, a la que también se dirigía lentamente el coche de alquiler que llevaba a Rodin desde París.

Al separarse del coche el señor Hardy, con su amigo el señor de Blessac, entró en el salón que ocupaba inmediato a la fábrica. Era de estatura mediana, elegante y delicado, lo cual indicaba un temperamento sumamente nervioso e impresionable.

El señor Hardy había sufrido mucho; obligado a seguir la carrera industrial para aclarar los negocios que su padre había dejado algo enredados, había conseguido a fuerza de trabajo y de capacidad llegar a una de las posiciones más distinguidas de la industria; pero para conseguir este objeto ¡cuántos innobles disgustos tuvo que sufrir, cuántas pérfidas rivalidades que combatir, y cuántos odios que acallar! Impresionable como era el señor Hardy, hubiera sucumbido mil veces a los frecuentes accesos de dolorosa indignación; los dolores de su corazón se aquietaban al solo contacto de la grande y bella alma de su madre. Al perderla, experimentó ese pesar tranquilo y profundo que nunca se mitiga, y que, formando, por decirlo así, parte de nuestra vida, tiene también sus días de melancólica dulzura.

Poco después de esta desgracia, uniósese el señor Hardy aún más con sus trabajadores, con los cuales siempre se había mostrado justo y bondadoso. Poco a poco se fue alejando del mundo, y concentró su vida en tres afectos; una amistad tierna y sin límites, un amor ardiente y sincero y un cariño paternal a sus trabajadores.

Así es que después de muchos pesares, el señor Hardy, llegado ya a la edad madura, poseyendo un amigo sincero, una mujer digna de su amor, y estando seguro del apasionado afecto de sus trabajadores, había alcanzado el colmo de la felicidad a que podía aspirar después de haber perdido a su madre.

* * *

El señor de Blessac, amigo íntimo del señor Hardy, durante mucho tiempo se mostró digno de este fraternal cariño; pero ya se ha visto por qué medios diabólicos el Padre d'Aigrigny y Rodin habían conseguido que el señor de Blessac, hasta entonces recto y sincero, viniese a ser instrumento de sus maquinaciones.

Los dos amigos se calentaban a un buen fuego encendido en el salón del señor Hardy.

—¡Ah! mi querido Marcelo, ya empiezo a envejecer —dijo el señor Hardy sonriéndose—. Cada día conozco más que no debo moverme de casa.

—Y cuando pienso —respondió el señor de Blessac no pudiendo menos de ruborizarse— amigo mío, que yo fui causa de que emprendieseis, hace algún tiempo, aquel largo viaje...

—Pero bien, mi querido Marcelo, ¿no me habéis acompañado ahora en una excursión que, a no ser por vos, me hubiera sido tan fastidiosa como agradable la he encontrado?

—Amigo mío, ¡qué diferencia! He contraído con vos una deuda que nunca podré satisfacer debidamente.

—Vamos, mi buen Marcelo, ¿hay acaso entre nosotros la distinción de «tuyo» y «mío»?

—¡Noble corazón!, ¡noble corazón!

—Decid corazón feliz.

—¿Y quién merecería la felicidad terrestre mejor que vos?

—¿Y esa felicidad, a quién la debo? A los efectos que he hallado dispuestos a sostenerme, cuando, privado del apoyo de mi madre, que era toda mi fuerza, me sentí casi incapaz de arrostrar la adversidad.

—¡Vos, amigo mío, que poseéis un carácter tan firme y a quien he visto luchar con energía y valor para conseguir el triunfo de una idea honrosa y equitativa!

—Sí, porque cuanto más avanzo en mi carrera, más aversión tengo a los hechos feos y vergonzosos, y me faltan fuerzas para arrostrarlos.

—Si menester fuese, ya tendríais más valor, amigo mío.

—Mi buen Marcelo —contestó el señor Hardy con emoción contenida— muchas veces os lo he dicho: Mi valor, era mi madre. Mirad, amigo mío: cuando llegaba a su lado, destrozado el corazón por alguna horrible ingratitud, y cogiendo mis manos entre las suyas venerables, me decía con su voz tierna y grave: «Mi querido hijo, los ingratos y bribones son los que deben abatirse; compadezcamos a los malvados, olvidemos el mal, para no pensar sino en el bien». Entonces, mi corazón, se dilataba a la santa influencia de aquellas palabras maternas, y cada día hallaba a su lado la fuerza necesaria para emprender otra vez al día siguiente una lucha cruel contra las necesidades de mi posición; afortunadamente Dios ha querido que después de perder aquella madre querida, haya podido unir mi existencia a estos afectos, sin los que me sentiría débil y desarmado, porque no os podéis figurar, Marcelo, el apoyo y la fuerza que me presta vuestra amistad.

—No hablemos de mí, amigo mío. Hablemos de otro afecto casi tan tierno y dulce como el de una madre.

—Ya os comprendo, mi buen Marcelo —replicó el señor Hardy—. Nada os he ocultado, pues en una circunstancia algo apurada recurrí a vuestros amistosos consejos. Sí, paréceme que cada día se acrecienta mi adoración por esa mujer, la única a quien he amado apasionadamente, y amaré siempre, y es preciso decirlo todo:

ignorando mi madre lo que Margarita venía a ser para mí, elogiábala a menudo, de modo que este amor es casi sagrado a mis ojos.

—Y además hay relaciones tan extraordinarias entre el carácter de la señora de Noisy y el vuestro, amigo mío...

—Es cierto. Más de una vez me ha dicho con su genial franqueza: «Todo os lo he sacrificado, pero jamás os sacrificaría mi madre».

—A Dios gracias, amigo mío, no tenéis que temer el ver a la señora de Noisy expuesta a esa lucha cruel. Según vos mismo me dijisteis hace tiempo, su madre renunció a la idea de volver a América, en donde el señor de Noisy, que no se cuida de su mujer, parece haberse establecido definitivamente. Por medio de la discreta adhesión de esa buena mujer que ha criado a Margarita, rodea vuestro amor un profundo misterio. ¿Quién pudiera turbarlo en el día?

—Nada ¡oh! nada —exclamó el señor Hardy—. Casi tengo garantía de su duración.

—¿Qué queréis decir, amigo mío?

—No sé si debo decíroslo.

—¿He sido tal vez indiscreto, amigo mío?

—¡Vos, mi buen Marcelo!, ¿podéis pensarlo? —dijo el señor Hardy en tono de amistosa reconvención—. No, es porque no me gusta referiros mis dichas sino cuando son cabales, y falta aún algo para la seguridad de un hermoso proyecto.

Un criado entró en aquel momento y dijo al señor Hardy:

—Señor, ahí afuera hay un anciano que desea hablaros urgentemente.

—¡Ya! —dijo el señor Hardy dando muestras de impaciencia—. ¿Me lo permitís, amigo mío? —Y viendo que el señor de Blessac se levantaba para irse a una pieza próxima, el señor Hardy le dijo sonriéndose—: No, no: quedaos; vuestra presencia abreviará la conversación.

—¿Pero si se trata de negocios?...

—Ya sabéis que los hago a la claridad del día.

Y dirigiéndose al criado le dijo:

—Suplicad a ese señor que pase adelante.

—El postillón pregunta si puede irse —dijo el criado.

—No; que espere, pues tiene que conducir a París al señor de Blessac.

El criado se marchó y volvió poco después introduciendo a Rodin, a quien el señor de Blessac no conocía por haber negociado su traición con un comisario.

—¿El señor Hardy? —dijo Rodin saludando respetuosamente e interrogando con la vista a los dos amigos.

—Yo soy, señor, ¿qué queréis? —contestó el fabricante con benevolencia, pues al ver a aquel anciano, humilde y mal vestido, creyó que iba a pedirle algún socorro.

—¿El señor... Francisco Hardy? —repitió Rodin, como si hubiese querido cerciorarse aún más de la identidad de la persona.

—Ya me ha cabido la satisfacción de deciros que era yo.

—Tengo que haceros una revelación particular —dijo Rodin.

—Podéis hablar; este caballero es mi amigo —dijo el señor Hardy indicando al señor de Blessac.

—Pero... quisiera hablaros a solas —repitió Rodin.

Iba el señor de Blessac a retirarse, pero una mirada del señor Hardy le detuvo, el cual dijo a Rodin bondadosamente, sospechando que la presencia de un tercero le avergonzase si venía a pedir una limosna.

—Permitidme que os pregunte si es por vos o por mí por lo que deseáis que esta conversación sea secreta.

—Por vos, por vos sólo —contestó Rodin.

—Si es así —añadió el señor Hardy algo sorprendido— podéis hablar francamente, pues no tengo secretos para el señor.

Rodin, después de un momento de silencio, continuó dirigiéndose al señor Hardy:

—Señor: no ignoro que sois digno de la opinión favorable que de vos se tiene, y por eso merecéis la simpatía de los hombres honrados.

—Lo creo.

—De modo que, como hombre honrado, vengo a haceros un favor.

—¿Y qué favor es ése?

—Vengo a descubrir os una infame traición de que habéis sido víctima.

—Creo que os equivocáis.

—Tengo pruebas de lo que aseguro.

—¿Pruebas?

—Sí, pruebas escritas de la traición que quiero manifestaros; aquí las traigo: en resumidas cuentas, un hombre a quien creíais vuestro amigo os ha engañado infamemente.

—¿Su nombre?

—El señor Marcelo de Blessac —dijo Rodin.

A estas palabras, el señor de Blessac se estremeció. Trabajo le costó decir con voz alterada:

—¡Caballero!...

El señor Hardy, sin mirar a su amigo, ni echar de ver su espantosa turbación, le cogió de la mano y le dijo con viveza.

—Silencio, amigo mío.

Y con los ojos centelleantes de indignación, dirigiéndose a Rodin, que no había cesado de mirarlo fijamente, le dijo con aire del mayor desprecio.

—¿Con que... denuncias al señor de Blessac?

—Le acuso —contestó Rodin terminantemente.

—¿Le conocéis?

—Nunca le he visto.

—¿Y de qué le acusáis? ¿Cómo os atrevéis a decir que me ha vendido?

—Escuchad —dijo Rodin con una emoción que parecía reprimir difícilmente—.

Un hombre honrado que ve a otro que lo es también entre las manos de un asesino, ¿debe o no pedir ayuda?

—Sí, ¿pero a qué viene eso?...

—A mi modo de ver, ciertas traiciones son tan criminales como un asesinato. Y vengo a colocarme entre el verdugo y la víctima.

—¿El verdugo?, ¿la víctima? —dijo el señor Hardy cada vez más sorprendido.

—Supongo que conoceréis la letra del señor de Blessac —dijo Rodin.

—Sí.

—Pues entonces, leed esto —y Rodin sacó del bolsillo una carta que entregó al señor Hardy.

Entonces fue cuando el fabricante, fijando la vista en el señor de Blessac, retrocedió espantado de la tétrica palidez de aquel hombre que, petrificado de vergüenza, no sabía qué responder, porque carecía del audaz atrevimiento para llevar adelante su traición.

—¡Marcelo! —exclamó el señor Hardy aterrado y con las facciones desencajadas por este golpe imprevisto—. ¡Marcelo!, ¡qué pálido estáis! ¿No me respondéis?

—¡Marcelo!, ¿sois el señor de Blessac? —exclamó Rodin aparentando sorpresa—. ¡Ah! señor, si lo hubiese sabido...

—¿Pero no oís a ese hombre, Marcelo? —exclamó Hardy—. Dice que me habéis vendido de un modo infame —y cogió la mano del señor de Blessac que estaba helada—, ¡oh! ¡Dios mío! —dijo retrocediendo horrorizado—. Nada responde; nada.

—Ya que me hallo en presencia del señor de Blessac —respondió Rodin— me veo precisado a preguntarle si se atreve a negar que ha dirigido varias cartas a la «calle du Milieu des Ursins», en París, con sobre al señor Rodin.

El señor de Blessac no desplegó los labios; más no queriendo el fabricante dar crédito aún a lo que veía y oía, abrió convulsivamente la carta que Rodin le había entregado y leyó algunas líneas, entremezclando en su lectura exclamaciones que daban a conocer doloroso estupor. No necesitó acabar de leer la carta para convencerse de la horrible traición del señor de Blessac. Ante este horrible descubrimiento, apoderóse de él un vértigo, escapándose de sus trémulas manos la abominable carta. Pero a este abatimiento siguióse la indignación, el enojo y el desprecio, y acercándose pálido y fuera de sí al señor de Blessac:

—¡Miserable! —exclamó haciendo un ademán amenazador; pero conteniéndose al irle a pegar añadió con terrible tranquilidad—. No; sería manchar mi mano —y volviéndose hacia Rodin, que se adelantaba para mediar—: no es la mejilla de un infame la que debo abofetear, sino estrechar vuestra mano franca.

—¡Señor! —exclamó el señor de Blessac avergonzado— estoy a vuestra disposición, y... —no pudo continuar, pues en la antesala se oyeron voces, la puerta se abrió con violencia y una anciana se introdujo en el salón, a pesar de los esfuerzos de un criado, diciendo con voz alternada:

—Os digo que es indispensable que hable al momento al señor Hardy.

Al oír el fabricante aquella voz, y ver una mujer pálida, y afligida, olvidóse del señor de Blessac, de Rodin y de la infame traición, y dando un paso hacia atrás, exclamó:

—¡Vos aquí, señora Duparc!, ¿qué hay?

—¡Ah! señor... una desgracia terrible.

—¡Margarita!... —exclamó el señor Hardy con voz desesperada.

—¡Ha partido!...

—¡Partido! —replicó el señor Hardy aterrado como si un rayo hubiese caído a sus pies—. ¡Margarita ha partido! —repitió.

—Descubrióse todo, y hace tres días que su madre se la llevó —dijo la pobre mujer con voz débil.

—¡Margarita... haberse marchado! ¡No es cierto; me engañan!... —exclamó el señor Hardy; y sin atender a nada, desconsolado y fuera de sí, salió precipitadamente de la casa, encaminóse a la cochera, y metiéndose en el coche, que esperaba al señor de Blessac, dijo al postillón.

—¡A París, a escape!

* * *

En el momento que el coche partía como un rayo en dirección a París, el viento, trajo el sonido lejano del cántico guerrero de los «Lobos», que se adelantaban apresuradamente hacia la fábrica.

El ataque

Al ver Rodin la brusca partida del señor Hardy, que no preveía, se encaminó lentamente a su coche; pero de pronto estremeciéndose de placer y sorpresa, viendo a alguna distancia al mariscal Simón y a su padre que se dirigían hacia una de las calles de la casa comunal, porque una circunstancia inopinada había hasta entonces retardado la conferencia de padre e hijo.

—Muy bien —dijo Rodin—. Esto va a pedir de boca: ¡ahora, con tal que mi hombre haya desanidado y decidido a Rosita Pompón!... —Y Rodin se acercó apresuradamente adonde estaba su coche. El viento, que seguía arreciando, hizo llegar a oídos del jesuita el sonido más cercano del cántico guerrero de los «Lobos». Después de escuchar un momento atentamente aquel rumor lejano con el pie en el estribo, Rodin dijo para sí sentándose en el coche:

—A buen seguro que el digno Josué Van-Dael, de Java, se figura que a estas horas sus créditos sobre el barón de Tripeaud llevan trazas de ser realizables.

Y el coche tomó el camino de la barrera.

* * *

Varios obreros, antes de ir a París a llevar la contestación de sus camaradas a otras proposiciones hechas por sociedades secretas, habían tenido que conferenciar particularmente con el padre del mariscal Simón, y de aquí provenía el no haber éste entablado aún la conversación con su hijo. El anciano obrero, jefe de los talleres, ocupaba dos hermosos cuartos situados en el piso bajo, en uno de los extremos de la casa comunal; un jardincito de unas noventa varas que cultivaba por entretenimiento, extendíase bajo las ventanas: la puerta vidriera que daba a este sitio florido, habiendo quedado abierta, dejaba penetrar los ya ardorosos rayos del mes de marzo en el modesto aposento en que acababa de entrar el obrero con blusa y el mariscal de Francia con uniforme de gala. Tomando éste las manos de su padre entre las suyas, le dijo con voz tan sumamente conmovida, que estremeció al anciano:

—Padre mío... ¡soy muy desgraciado! —y una dolorosa tristeza, hasta entonces reprimida, nubló repentinamente la noble fisonomía del mariscal.

—¡Tú... desgraciado! —exclamó el padre Simón acercándose a su hijo con inquietud.

—Todo os lo diré, padre mío —respondió el mariscal con voz alterada— pues necesito los consejos de vuestra inflexible rectitud.

—Con respecto a honor y lealtad no tienes que pedir consejos a nadie.

—Sí, padre mío; vos solo podéis sacarme de una incertidumbre que es para mí un terrible tormento.

—Explícate, por Dios.

—Hace algunos días que mis hijas me parecen reservadas y afligidas. Los primeros días de nuestra reunión estaban locas de alegría: de pronto todo ha cambiado; cada día están más tristes. Ayer sorprendí sus ojos bañados en lágrimas; conmovido las estreché contra mi pecho, suplicándoles me dijese lo que causaba su pesar; pero, sin responderme, echáronme los brazos al cuello y cubrieron mi rostro de lágrimas.

—¡Es singular! ¿Pero a qué puede atribuirse esta mudanza?

—Algunas veces temo no haberles ocultado bastante el dolor que me causa la pérdida de su madre, y quizás esos pobres angelitos se desconsuelan al ver que no alcanzan a completar mi felicidad. Con todo, ¡qué extrañeza! no sólo comprenden mi dolor, sino que participan de él. Ayer mismo, Blanca me decía: «¡Qué felices seríamos todos si nuestra madre estuviese aún con nosotros!».

—Si participan de tu dolor, no pueden echártelo en cara; no es ésa la causa de su pesar.

—Eso mismo es lo que creo, padre mío; ¿pero cuál es? Mi imaginación se cansa en vano en buscarla. ¿Qué queréis que os diga? Algunas veces me parece que un genio maléfico se interpone entre mis hijas y yo.

—¿Quién puede interponerse entre tus hijas y tú?

—Nadie; ya lo sé.

—Vamos, Pedro —dijo paternalmente el anciano obrero—, espera, estoy seguro que descubrirás algún secreto bien inocente.

—Sí —dijo el mariscal mirando fijamente a su padre—, sí, pero para penetrar ese secreto sería preciso no separarse de ellas.

—¿Por qué te has de separar? —dijo el anciano sorprendido del aire sombrío de su hijo—. ¿No te has fijado ya para siempre a su lado, al mío?

—¿Quién sabe? —contestó el mariscal dando un suspiro.

—¿Qué dices?

—Sabed primero, padre mío, los deberes que aquí me detienen: luego os diré los que pudieran alejarme de vos, de mis hijas y de mi otro hijo.

—¿Qué hijo?

—El hijo de mi anciano amigo, el príncipe indio.

—¿Djalma? ¿Qué le sucede?

—Padre mío... me asusta...

—¿Por qué?

De súbito, un rumor formidable, traído por una violenta ráfaga, resonó a lo lejos; era tan imponente este ruido, que el mariscal dijo a su padre:

—¿Qué significa esto?

—Algunos cantores de barrera embriagados, que recorren los campos.

Escucharon un momento, pero ya no se oía nada.

—¿Qué me decías? —preguntó el anciano obrero—. ¿Que ese joven indio te asustaba? ¿Y por qué?

—Ya os he manifestado, padre mío, su locura y desgraciada pasión por la señorita de Cardoville.

—¿Y es eso lo que te asusta, hijo mío? Djalma no tiene más que dieciocho años, y a esa edad, un amor desaloja a otro.

—Si se tratase de un amor vulgar, convengo, padre mío; pero tened presente que la señorita de Cardoville, a una belleza ideal une un carácter noble y generoso, y que por efecto de circunstancias fatales, Djalma ha podido apreciar el incomparable valor de aquella hermosa alma.

—Tienes razón; esto es más grave de lo que pensaba.

—No podéis formaros una idea de los estragos que produce esta pasión en ese joven ardiente e indómito. Ayer le sorprendí con los ojos sanguinolentos, las facciones contraídas por el enojo, y en un acceso de loco furor, acribillando a puñaladas un almohadón de grana y gritando con voz sofocada: «¡Ah!... sangre... Tengo su sangre». «Desgraciado, le dije, ¿a qué viene ese arrebató insensato?». «Mato al hombre», me respondió con voz sorda y aire distraído. De este modo designa al rival que cree tener.

—Terrible cosa es, ciertamente, una pasión semejante en un corazón por ese estilo —dijo el anciano.

—A veces —continuó el mariscal—, su enojo se dirige contra la señorita de Cardoville; otras contra sí mismo. Me he visto precisado a quitarle las armas.

—¡Desdichado niño!

—Pues bien, padre mío —dijo el mariscal Simón con suma amargura—, en el momento en que mis hijas o ese niño adoptivo reclaman mi cariño, quizás estoy en vísperas de abandonarlos.

—¿Abandonarlos?

—Sí, para cumplir un deber tal vez más sagrado que los que impone la amistad y la familia.

—¿Qué deber es ése?

—Padre mío —dijo el mariscal después de permanecer un rato pensativo—, ¿a quién debo lo que soy? ¿Quién me ha dado el título de duque y el bastón de mariscal?

—Napoleón.

—Para vos, austero republicano, sé que perdió todo su prestigio desde el momento en que, primer ciudadano de una república, se hizo emperador.

—Maldije su debilidad —dijo tristemente el padre Simón—. El ídolo se hacía hombre.

—Pero para mí, padre mío, que me he batido a su lado, que de mero soldado me ha elevado hasta el grado más honorífico del ejército y colmádome de beneficios y

pruebas de cariño, fue más que un héroe; fue un amigo, y en mi idolatría había tanto reconocimiento como admiración.

—Y en la posición en que te hallabas, obraste como debías.

—Pues bien: ese niño desheredado, en cuyo nombre conspiré hace diecisiete años, en el día es capaz de manejar la espada de su padre.

—¡Napoleón II! —exclamó el anciano mirando a su hijo con sorpresa y ansiedad suma—. ¡El rey de Roma!

—¡Rey! No, ya no lo es. ¿Napoleón? No, ya no se llama así, pues le han dado un nombre austriaco, porque el otro nombre les producía miedo. Todo les atemoriza. Así es que, ¿sabéis lo que hacen con el hijo del emperador? —añadió el mariscal con dolorosa exaltación—, le martirizan, le matan lentamente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Oh! una persona que lo sabe. Sí, el hijo del emperador lucha con todas sus fuerzas contra una muerte precoz, y fija la vista en Francia, espera, espera y nadie acude, nadie. Entre tantos hombres como su padre elevó del polvo, ni uno solo piensa en ese niño sagrado a quien ahogan y que fallece.

—Y tú, ¿piensas en él?

—Sí; pero para pensar fue necesario que supiese por informes de diferentes personas la suerte cruel de ese niño, a quien también presté juramento; porque cierto día, ya os lo he dicho, el emperador, padre tierno y orgulloso, enseñándomelo en su cuna me dijo: «Mi antiguo amigo, serás para el hijo lo que fuiste para el padre; porque, el que nos ama, ama a nuestra Francia».

—Sí, lo sé; muchas veces me has recordado esas palabras, que me han emocionado como a ti.

—Pues bien, padre mío; si enterado de lo que sufre el hijo del emperador, hubiese visto pruebas claras de que no se me engañaba, y tenido en mis manos una carta de un distinguido personaje de la corte de Viena, que ofrecía a un hombre fiel al culto del emperador, los medios de entablar relaciones con el rey de Roma...

—Y luego —dijo el artesano mirando fijamente a su hijo— una vez libre Napoleón II...

—Luego —exclamó el mariscal y añadió con voz reprimida—: Veamos, padre mío, ¿creéis que la Francia se muestre insensible a las humillaciones que sufre? ¿Creéis que se le haya olvidado enteramente el recuerdo del emperador?

—¡Una conspiración contra el gobierno actual, bajo la bandera de Napoleón II! —dijo el anciano—. Es muy expuesto.

—Padre mío, ya os dije que era muy desgraciado. Pues bien; juzgad. ¿Qué debo hacer? ¿Abandonar todo lo que amo, o permanecer insensible a los tormentos del hijo del emperador, de aquél a quien lo debo todo, a quién he jurado personalmente fidelidad, a él y a su hijo?

El anciano iba a responder a su hijo, después de haber reflexionado algunos momentos, cuando en el jardincito se oyeron los pasos precipitados de una persona

que entró despavorida en el cuarto en que estaban el mariscal Simón y su padre. Era Olivero, el joven trabajador, que había podido evadirse de la taberna de la aldea en que se habían reunido los «Lobos».

—¡Sr. Simón! ¡Sr. Simón! —exclamó pálido— ¡aquí están!, ¡ya llegan! Van a atacar a la fábrica.

—¿Quiénes? —preguntó el anciano levantándose bruscamente.

—Los «Lobos». Escuchad, ¿los oís? Gritan «¡Muerte a los Devoradores!».

Efectivamente, los gritos se iban acercando y cada vez se oían más claros.

—Son más de doscientos, Sr. Simón —dijo Olivero—. Vienen armados de piedras y palos, y desgraciadamente la mayor parte de los trabajadores se han ido a París. Aquí no somos más que unos cuarenta; las mujeres y los niños se refugian ya en los cuartos dando gritos de espanto. ¿Los oís?

—¿Será un ataque formal? —dijo el mariscal a su padre, que parecía estar bastante alarmado.

—Muy serio —contestó el anciano—. Son terribles las reyertas entre compañeros; además, hace algún tiempo que se procura por todos los medios posibles irritar a los vecinos de las cercanías contra la fábrica.

—Si sois tan pocos —dijo el mariscal— es preciso primero poner barra a todas las puertas, y luego...

No pudo continuar: una explosión de gritos desaforados hizo retemblar los cristales de la habitación con tal fuerza, que el mariscal, su padre y el joven trabajador salieron inmediatamente al jardincito, ceñido por un lado con un elevado muro que daba al campo.

De pronto, y cuando los gritos aumentaron, una lluvia de piedras, lanzadas contra las ventanas de la casa, hundieron algunas del primer piso, rebotaron contra la pared y cayeron en el jardín al lado del mariscal y de su padre. ¡Fatalidad! El anciano, herido en la cabeza por una enorme piedra, vaciló, inclinóse hacia delante, y cayó bañado en sangre en los brazos de su hijo, en el momento que en la parte exterior resonaban con más furor los gritos salvajes de ¡«Guerra a muerte a los Devoradores!»!

Los Lobos y los Devoradores

Era cosa terrible ver a esta muchedumbre desenfrenada cuyas primeras hostilidades habían sido tan funestas al padre del mariscal Simón.

Lanzada la primera descarga de piedras, la mayor parte de los sitiadores buscaban en el suelo municiones; algunas mujeres asquerosas y desarrapadas, que siempre se hallan al paso de estos miserables, les acompañaban, y con sus gritos y provocaciones excitaban aún más los ánimos enardecidos; una de ellas, alta y fornida, de rostro encendido y boca desdentada, llevaba una marmota de lana en la cabeza, un vestido hecho giras y un viejo pañuelo de seda cruzado sobre el pecho atado atrás. Esta furia se había arremangado las mangas del vestido; en una mano blandía un palo y en la otra tenía una enorme piedra: sus compañeros le llamaban «Cebolleta». La horrible criatura gritaba con voz ronca.

—¡Quiero hincar el diente en las mujeres de la fábrica, y hacer correr su sangre!

Estas feroces expresiones eran acogidas por sus compañeros con gritos salvajes de: «¡Viva “Cebolleta”!» que la ponían aún más frenética.

Entre los capataces había un hombrecillo seco, pálido, cara de hurón, con barba negra y su larga blusa no dejaba ver un pantalón bastante bueno y unas botinas finas. Se conocía que aquel hombre ocupaba una posición diferente de los demás de la tropa; atribuía más que ningún otro de los obreros de la fábrica, el haber prodigado epítetos irritantes contra los habitantes de las cercanías; gritaba mucho, pero no llevaba ni piedra ni palo. Un hombre de cara redonda, encendida, le dijo:

—¿No quieres hacer fuego contra esos perros que son capaces de atraer el cólera sobre el país, como dijo el señor cura?

—Haré fuego... mejor que tú —respondió el hombrecillo cara de hurón, sonriendo de un modo siniestro.

—¿Y con qué harás fuego?

—Probablemente con esta piedra —dijo el hombrecillo recogiendo un grueso guijarro; pero al bajarse cayósele al suelo un saco bastante abultado, que llevaba atado debajo de la blusa.

—Mira, ya pierdes tu saco y tus bolos —dijo el otro—, no parece muy pesado.

—Son muestras de lana —respondió el hombrecillo, recogiendo precipitadamente el saco, y añadió—: pero escuchemos, que el caminero habla.

El que ejercía mayor influencia en esta muchedumbre irritada, era el terrible caminero; su talla gigantesca dominaba de tal modo a la multitud, que siempre se divisaba su enorme cabeza, y sus espaldas hercúleas defendidas por una piel de macho cabrío, elevarse sobre el nivel de aquella turba sombría. A los gritos salvajes

que acompañaron la primera descarga de piedras, siguióse un profundo silencio, reclamado por la voz estentórea del caminero.

—Los «Lobos» ya aullaron —exclamó—. Es preciso ver de qué modo contestan los «Devoradores» y traban el combate.

—Es preciso atraerlos fuera de la fábrica y dar la batalla en campo neutral —dijo el hombrecillo cara de hurón, que parecía ser el legista de la banda—; no siendo así, habrá violación de domicilio.

—¡Silencio!

—¡Silencio!, ¡silencio! —repitió la muchedumbre—. Escuchad al caminero.

—Si los «Devoradores» son tan cobardes que no se atreven a salir después de otra descarga de piedras, allá abajo hay una puerta; la echaremos al suelo, e iremos a cazarles en sus nidos.

—Vamos, «Lobos» —gritó el caminero con su voz estentórea, pasados algunos segundos de silencio y atención—. Otra descarga; y si los «Devoradores» no salen, abajo la puerta.

Estas palabras fueron acogidas con aullidos de feroz ardor, y el caminero, cuya voz dominaba el tumulto, gritó con sus pulmones de Hércules:

—¡Atención! ¡«Lobos», piedra en mano, y a la una! ¿Estáis prontos?

—Estamos.

—¡Apunten!... ¡fuego!...

Y por segunda vez un diluvio de piedras y enormes guijarros fue a parar contra la fachada de la casa comunal que daba al campo; parte de estos proyectiles rompieron los cristales que habían quedado enteros de la primera descarga, y al ruido sonoro y agudo de los vidrios rotos, uniéronse estos gritos feroces lanzados a la vez, por aquella turba embriagada con sus propios excesos.

—¡Guerra a muerte a los «Devoradores»!

Estos gritos llegaron a ser frenéticos, cuando al través de las ventanas hechas pedazos, vieron los sitiadores a las mujeres que pasaban asustadas, unas llevando en brazos a sus hijos, otras alzando las manos al cielo pidiendo socorro, otras, en fin, más atrevidas, asomándose a las ventanas para cerrar las persianas.

—¡Ah! mirad cómo las hormigas mudan de habitación —exclamó «Cebolleta» bajándose para coger un guijarro—. Es preciso ayudarlas a pedradas.

Y el guijarro, lanzado por la mano varonil de la furia, fue a dar a una mujer que, inclinada sobre la ventana, procuraba cerrar la persiana.

—Justo: he dado en el blanco —gritó la asquerosa criatura.

—¡Viva «Cebolleta»!

—¿No quieren salir? —gritó el caminero con voz atronadora—. Vamos a buscarlos.

Y la turba, con el caminero a la cabeza, cerca del cual iba «Cebolleta» blandiendo su palo, se adelantó tumultuosamente hacia una puerta grande que no estaba lejos.

Los «Lobos» se hallaron pronto delante de la puerta, que era de encina maciza. Al

mismo tiempo que el caminero levantaba su formidable martillo para golpear en una de las hojas, ésta se abrió bruscamente.

Algunos sitiadores determinados iban a precipitarse por aquella entrada, pero el caminero se hizo atrás con los brazos abiertos como para moderar este ardor e imponer silencio a los suyos, que se agruparon a su alrededor.

La puerta entreabierta permitía ver un grupo de trabajadores, desgraciadamente poco numeroso, pero de resuelto aspecto, que habíanse armado a prisa con horquilla, barras de hierro y palos.

Agrícola, colocado a su cabeza, tenía en la mano su pesado martillo de herrero. El joven trabajador estaba muy pálido; en sus brillantes pupilas, se conocía que la sangre de su padre hervía en sus venas, y que en una lucha semejante sería temible; no obstante, logró contenerse, y dijo al caminero con voz firme:

—¿Qué queréis?

—¡Guerra! —contestó el caminero con voz atronadora.

—¡Sí, sí, guerra! —repitió la chusma.

—¡Silencio, «Lobos»! —les gritó su jefe volviéndose hacia ellos y extendiendo el brazo. Y dirigiéndose a Agrícola—: Los «Lobos» desean batalla.

—¿Contra quién?

—Contra los «Devoradores».

—Aquí no hay «Devoradores» —contestó Agrícola— sino trabajadores pacíficos; retiraos.

—¡Pues bien! aquí hay «Lobos» que se comerán a los pacíficos trabajadores.

—Los «Lobos» no se comerán a nadie —contestó Agrícola mirando fijamente al caminero que se le acercaba con aire amenazador.

—¡Ah!, ¿eso te parece? —dijo el caminero con feroz sonrisa, y levantando su pesado martillo lo acercó a las narices de Agrícola, diciéndole:

—¿Y esto, es un juguete?

—¿Y esto, es otro? —contestó Agrícola, que en un rápido movimiento rechazó vigorosamente con su martillo el de su contrario.

—No se trata de lo que os guste —contestó Agrícola conteniéndose difícilmente—. Habéis roto nuestras ventanas, asustado a nuestras mujeres, y herido quizás mortalmente al obrero más anciano de la fábrica, que ahora se halla en brazos de su hijo —y la voz de Agrícola se alteró a su pesar—. Creo que habéis hecho ya demasiado.

—No, el hambre de los «Lobos» no se satisface con eso —respondió el caminero—. Es preciso que salgáis de aquí, cuadrilla de cobardes, y que vengáis a campo raso a luchar.

—No queremos guerra —respondió Agrícola—. No saldremos de nuestra casa, pero si desgraciadamente pasáis de ahí... —y arrojó su gorra en el umbral de la puerta, poniéndole el pie encima con aire intrépido— si pasáis de ahí, nos atacaréis en nuestra casa, y entonces responderéis de lo que suceda.

—En tu casa, o en cualquiera otra parte lucharemos: ¡los «Lobos» quieren comerse a los «Devoradores»! Toma esto para empezar —gritó el salvaje caminero levantando su martillo sobre Agrícola; pero éste, evitando el golpe con un diestro movimiento, hirió con el suyo en el pecho del caminero, que vaciló, pero recobrando al momento su firmeza, se arrojó furioso sobre Agrícola, gritando:

—¡A mí, «Lobos»!

CVIII

El regreso

Desde el momento en que se trabó la lucha entre Agrícola y el caminero, el combate, fue terrible, implacable: una oleada de sitiadores, siguiendo los pasos del caminero, se precipitó por aquella puerta con una furia irresistible. Una puerta que al pronto resistió a sus esfuerzos, cedió muy pronto, y «Cebolleta» se precipitó en este aposento con el palo en la mano, desgredada, furiosa y ebria con el ruido y el tumulto. Una hermosa joven (era Ángela) queriendo defender la entrada de otro cuarto, se echó de rodillas, pálida, suplicante, con las manos juntas, exclamando:

—¡No hagáis daño a mi madre!

—Empezaré por ti y luego le llegará su turno —gritó la horrible furia arrojándose sobre la desgraciada niña y procurando arañarle el rostro.

Ángela daba dolorosos gritos defendiéndose de «Cebolleta» y procuraba impedirle la entrada en el cuarto en que se había refugiado su madre, quien, asomada a la ventana, llamaba a Agrícola en su socorro: pero el herrero batallaba otra vez con el terrible caminero. En esta lucha cuerpo a cuerpo, los martillos de nada servían; los ojos inflamados, apretados los dientes, pecho contra pecho, enlazados como dos serpientes, hacían esfuerzos increíbles para derribarse. Agrícola, encorvado, tenía debajo del brazo derecho la pierna izquierda del caminero, habiendo logrado cogérsela al parar un terrible puntapié; pero era tal la fuerza hercúlea del jefe de los «Lobos», que a pesar de estar sobre una sola pierna, permanecía firme como una torre. Con la mano que tenía libre (porque la otra se la sujetaba Agrícola como un tornillo), procuraba a puñetazos romper la quijada inferior del herrero que, con la cabeza baja, apoyaba su frente en el pecho de su adversario.

—¡El «Lobo» romperá los dientes al «Devorador», para que no devore! —dijo el «Caminero».

—Y yo a ti la pata —y diciendo esto el herrero dio tal tirón a la pierna de su adversario, que, dando éste un doloroso grito y estirando el cuello con la rabia de una fiera, consiguió morder a Agrícola en el pescuezo. A este agudo mordisco, el herrero hizo un movimiento que permitió al caminero desembarazar su pierna; entonces, por un esfuerzo sobrenatural, se arrojó con todo el peso de su cuerpo sobre Agrícola, le hizo vacilar, tropezar y caer debajo.

En aquel momento la madre de Ángela, asomada a una de las ventanas de la casa comunal, gritaba desesperadamente:

—¡Socorro, señor Agrícola, que matan a mi hija!

—Déjame, y te doy palabra que mañana nos batiremos, o cuando quieras —dijo Agrícola con voz sofocada.

—No me gusta la comida recalentada —contestó el caminero, y cogiendo a Agrícola por la garganta con una de sus formidables manos, procuró ponerle la rodilla sobre el pecho.

—¡Socorro, que matan a mi hija! —gritó la madre de Ángela fuera de sí.

—¡Perdón!, ¡te pido perdón! Déjame ir... —dijo Agrícola, haciendo terribles esfuerzos para librarse de su enemigo.

—Estoy demasiado hambriento —respondió el caminero.

Exasperado Agrícola por el terror que le causaba el peligro de Ángela, redoblaba sus esfuerzos, cuando el caminero se sintió cogido el muslo por una mano de hierro, al mismo tiempo que le asestaban en la cabeza tres o cuatro palos con mano vigorosa: soltó su presa y cayó aturdido sobre una rodilla y una mano, procurando con la otra parar los golpes que le daban, los cuales cesaron tan pronto como Agrícola se vio libre.

—¡Padre mío, me salváis! ¡Con tal que no sea demasiado tarde para Ángela! —dijo el herrero incorporándose.

—Corre, vete, no te ocupes de mí —respondió Dagoberto, y Agrícola echó a correr hacia la casa comunal.

Dagoberto, seguido de «Malasombra», había venido, como ya se dijo, acompañando a las hijas del mariscal Simón, a visitar a su abuelo. Llegado el tumulto, el soldado reunió algunos obreros para defender la entrada del cuarto en que estaba casi expirando el padre del mariscal; desde allí vio el soldado el peligro de Agrícola, corrió hacia él y ejecutó lo que hemos dicho. Una oleada de los combatientes separó a Dagoberto del caminero, que estuvo algunos momentos sin conocimiento.

En dos saltos estuvo el herrero en la casa comunal, derribó los hombres que defendían la escalera y precipitóse en el corredor, al que daba la puerta del aposento de Ángela.

En el momento en que llegó, la desgraciada joven defendía maquinalmente su cara con las dos manos contra «Cebolleta», que encarnizada como una hiena con su presa, trataba de arañársela. Agrícola se precipitó con la rapidez del rayo sobre la temible furia, cogióla por su amarillenta cabellera, la echó hacia atrás y dándole una patada en el pecho la tendió en el suelo. «Cebolleta», exasperada por tan fuerte sacudida, se levantó al momento; pero algunos trabajadores que habían seguido a Agrícola pudieron entonces luchar con ventaja, y mientras que el herrero cogía en sus brazos a Ángela medio desmayada, y la llevaba al cuarto contiguo, «Cebolleta» y su cuadrilla fueron arrojados de esta parte de la casa.

Después del primer choque, el corto número de verdaderos «Lobos», como decía Agrícola, que siendo trabajadores honrados habían tenido la debilidad de dejarse arrastrar a esta empresa bajo pretexto de una reyerta de compañeros, viendo los excesos que empezaba a cometer aquella gente perdida, que los había acompañado a su pesar, estos valientes «Lobos» se unieron a los «Devoradores».

—Aquí no hay «Lobos» ni «Devoradores» —dijo uno de los más atrevidos a Olivero, con quien acababa de batirse valerosamente—. Aquí ya no hay sino trabajadores honrados que deben unirse para acabar con esa cuadrilla de pillos que no han venido aquí sino para romper y robar.

—Sí —contestó otro—. A nuestro pesar se empezó rompiendo los vidrios de vuestra casa.

—El caminero es quien lo ha movido todo —dijo otro—. Los verdaderos «Lobos» le maldicen; ya le ajustaremos las cuentas.

—Aunque todos los días tengamos nuestras reyertas, no por eso dejamos de estimarnos.

Esta deserción de una parte de los sitiadores, por desgracia muy corta, reanimó a los obreros de la fábrica, y todos, «Lobos» y «Devoradores», aunque muy inferiores en número, se unieron contra los pillos y vagabundos que se entregaban a la destrucción. Una cuadrilla de estos miserables, excitada por el hombrecillo cara de hurón, emisario secreto del barón Tripeaud, entró en masa en los talleres y allí dio principio a una lamentable devastación: aquellas gentes, poseídas de una furia destructora, rompieron sin compasión las máquinas de mayor coste, piezas medio fabricadas; una emulación salvaje exaltaba a tales bárbaros.

¡Extraño y doloroso contraste! Al ruido atronador de aquellas horribles escenas de tumulto y devastación, respondía otra tranquila, imponente y lúgubre en el cuarto del mariscal Simón, guardado por algunos hombres adictos. El anciano trabajador permanecía tendido en su lecho, envuelta la cabeza en una venda que dejaba ver sus blancos cabellos ensangrentados, una lividez mortal cubría sus facciones, su respiración era difícil y sus ojos fijos apenas distinguían los objetos.

El mariscal Simón, de pie a la cabecera de la cama, inclinado sobre su padre, acechaba con desesperación la menor señal de vida del moribundo, cuyo debilitado pulso observaba un médico.

Rosa y Blanca, conducidas por Dagoberto, permanecían arrodilladas delante de la cama, juntas las manos, y los ojos bañados en lágrimas; algo retirado y medio oculto por las sombras del cuarto, porque las horas habían transcurrido y llegaba la noche, veíase a Dagoberto.

Hay extrañas fatalidades: el médico era el señor Baleinier.

Hallándose la enfermería del doctor cerca de la barrera más próxima a la fábrica, y teniendo en las cercanías bastante nombradía, a su casa se dirigieron para buscar socorros.

El doctor Baleinier hizo de pronto un movimiento, y el mariscal, que le observaba, exclamó:

—¿Hay esperanza?

—Por lo menos, señor duque, el pulso se reanima un poco.

—¡Está salvado! —dijo el mariscal.

—No tengáis vanas esperanzas, señor duque —respondió gravemente el doctor—.

Si el pulso se reanima, es efecto de los violentos apósitos que le he mandado aplicar a los pies, pero no sé cuál será el resultado de esta crisis.

—¡Padre mío!, ¡padre mío! ¿Me oís? —exclamó el mariscal, viendo que el anciano hacía un ligero movimiento con la cabeza y entreabría los párpados.

De allí a poco abrió los ojos enteramente: esta vez brillaba en ellos la inteligencia.

—Padre mío: ¿vives, me reconoces? —exclamó el mariscal, confiado.

—¿Pedro... estás aquí? —preguntó el anciano con voz débil—. Dame la mano... —e hizo un pequeño movimiento.

—Aquí la tenéis, padre mío —exclamó el mariscal estrechando la mano del anciano entre las suyas, y cediendo a un impulso de involuntario júbilo, se precipitó sobre su padre, besando sus manos, su rostro, sus cabellos y exclamando:

—¡Vive. Dios mío, vive! ¡Está salvado!

En aquel momento, los gritos de la lucha que se volvía a empezar entre vagos, «Lobos» y «Devoradores», llegó a oídos del moribundo.

—¡Ese ruido!... —dijo—. ¿Se baten?

—Creo que ya se aquieta —dijo el mariscal para no alarmar a su padre.

—Pedro —dijo el anciano con voz débil y entrecortada—, ya me quedan pocos instantes de vida.

—¡Padre mío!

—Hijo mío... déjame hablar... con tal que pueda... decírtelo todo...

—Señor —dijo Baleinier al anciano trabajador devotamente—; el cielo obra tal vez en vos un milagro, mostraos reconocido, y que un sacerdote...

—¿Un sacerdote? gracias; tengo a mi hijo —dijo el anciano—. En sus brazos... entregaré... esta alma que siempre... ha sido honrada y recta...

—¡Morir... vos! —exclamó el mariscal—, ¡oh! no... no...

—Pedro —dijo el anciano con voz que poco a poco se fue debilitando—: no hace mucho... me pediste un consejo... sobre un asunto... grave... Me parece que... el deseo... de ilustrarte sobre tu deber... por un momento me devuelve la vida... porque... moriría muy desgraciado... si supiese... que seguías... una senda... indigna de ti... y de mí... Escucha... hijo mío... en este momento supremo... un padre... no se engaña... tienes que cumplir un gran deber... bajo pena... de no obrar como hombre de honor... de desconocer... mi última voluntad... Debes sin... sin titubear...

La voz del anciano se había ido debilitando tanto, que cuando pronunció estas últimas palabras, era casi ininteligible; lo único que pudo oír el mariscal Simón fueron éstas:

—«Napoleón II... Juramento... deshonor... hijo mío...».

El anciano obrero movió aún los labios maquinalmente y quedó inmóvil. En el momento en que espiraba, era ya de noche, y en la parte exterior oíanse terribles gritos de: «¡Fuego!, ¡fuego!». El incendio partía del centro de uno de los edificios de los talleres, lleno de objetos inflamables y en donde se había introducido el

hombrecillo cara de hurón. Al mismo tiempo oíase a lo lejos el redoble de los tambores que indicaba la llegada de un destacamento de tropas que venía de la barrera.

* * *

Hace ya una hora que, a pesar de todos los esfuerzos, las llamas devoran la fábrica. Un hombre, caminando al través de los campos, detrás de un otero que le oculta el incendio, se adelanta con paso lento y desigual. Es el señor Hardy, que ha querido volver a pie a su casa, por el campo, creyendo que el paseo mitigaría su calentura; calentura glacial como el estremecimiento de un moribundo.

No le habían engañado; aquella noble mujer, a cuyo lado hubiera podido hallar un refugio contra el espantoso desengaño que acababa de recibir, aquel ser amado había abandonado Francia. Ya no puede dudarlo. Margarita surca los mares en dirección a América: su madre le ha exigido, como expiación de su falta, que no se despediría de él ni aun por escrito, siendo así que por él sacrificara sus deberes de esposa. La hija obedeció. Varias veces se lo había dicho: «Entre mi madre y vos no titubearé», y no titubeó. Ya no queda ninguna esperanza: aun cuando el mar no lo separase de Margarita, está seguro que la ciega sumisión por su madre rompería estos lazos para siempre. No, ya no puede contar con este corazón, su último refugio. Las dos raíces más vivaces de su vida, arrancáronlas, rompiéronlas a la vez, el mismo día, casi al mismo tiempo.

El señor Hardy había llegado a la cima de la colina. En aquel momento, el incendio, contenido por algún tiempo, estalló con mayor furia en la «casa comunal». Una viva claridad, primero blanquecina, luego roja y después cobriza, iluminó a lo lejos el horizonte.

CIX

El negociador

Pocos días habían transcurrido desde el incendio de la fábrica del señor Hardy, cuando ocurría la escena siguiente en la calle de Clodoveo, en la misma casa en que Rodin había tenido un aposento, entonces abandonado, y en que vivía también Rosita Pompón, sirviéndose del ajuar de su «amigo» Filemón.

Eran cerca de las doce del día, Rosita Pompón, sola en el cuarto del estudiante que aún no había regresado, almorzaba al lado del fuego.

Rosita Pompón, después de haberse comido la ensalada, iba a hacer otro tanto con las aceitunas, cuando llamaron despacito a la puerta, modestamente cerrada por dentro.

—¿Quién es? —preguntó Rosita Pompón.

—¡Un amigo!, ¡un viejo de la vieja! —respondió una voz sonora y alegre—. ¿Estáis encerrada?

—¿Sois vos, Nini Moulin?

—Sí, mi querida pupila. Abrid pronto, pues el caso es urgente.

—¿Abriros? ¡Estaría bueno, en el traje en que estoy! No dejaría de ser gracioso.

—Ya lo creo... que vestida como estáis sería gracioso, graciosísimo.

—Id a predicar la cuaresma y la moral en vuestro diario, ¡apóstol gordo! —dijo Rosita Pompón restituyendo la almilla encarnada al disfraz de Filemón.

—Decid, ¿conversaremos mucho tiempo a través de la puerta para mayor edificación de los vecinos? —dijo Nini Moulin—. Mirad que tengo cosas muy importantes que deciros: cosas que os asombrarán.

—Dejadme que me ponga el vestido... atormentador.

—Si es por mi pudor, no temáis, no soy hipócrita; os aceptaré tal como estéis.

—Parece imposible que un monstruo semejante sea el niño mimado de todas las sacristías —dijo Rosita Pompón abriendo la puerta.

—¡Al fin habéis vuelto al palomar, gracioso pájaro viajero! —exclamó Nini Moulin—. ¿Y dónde habéis estado, si se puede saber? Hace tres días que no dormís en vuestro nido, picaruela palomita.

—Es verdad; ayer noche he vuelto. ¿Con que habéis venido durante mi ausencia?

—Todos los días, o mejor dicho, dos veces cada día, señorita, porque tengo cosas muy importantes que comunicaros.

—¿Cosas muy importantes? Entonces nos reiremos mucho.

—De ningún modo, es cosa muy formal —dijo Nini Moulin sentándose.

Y púsose a cantar entre dientes con aire incrédulo y malicioso.

—Rosita Pompón —dijo de pronto Nini Moulin, con aire majestuoso—, ¿queréis

vivir en un aposento magnífico en lugar de este pobre cuarto, e ir vestida como una duquesa?

—Vamos, dejaos de tonterías.

Nini Moulin, sin responder a esta oferta gastronómica, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una cajita que contenía un bonito brazalete que hizo relumbrar a la vista de la joven.

—¡Ah!, ¡qué magnífico brazalete! —exclamó dando palmadas—. Una serpiente verde que se muerde la cola. El emblema de mi amor por Filemón.

—No habléis de Filemón, que me fastidia —dijo Nini Moulin colocando el brazalete en la muñeca de Rosita Pompón, que le dejaba hacer riendo como una loca. Después le dijo:

—¿Es una compra que os han encargado, apóstol gordo, y queréis ver el efecto que hace?

—Rosita Pompón —contestó Nini Moulin—, ¿queréis criados, un palco en la ópera y cuatro mil reales al mes para adornos?, ¿sí o no?

—Siempre la misma chanza.

Nini Moulin volvió a meter la mano en el bolsillo, y esta vez sacó una hermosa cadena de oro que echó al cuello de Rosita Pompón.

—¡Oh!, ¡qué hermosa cadena! —exclamó la joven mirando alternativamente a la deslumbradora joya y al escritor religioso—. Si sois vos también el que habéis escogido esto, tenéis un gusto muy delicado; pero confesad que soy una excelente muchacha cuando me presto a serviros de maniquí para exponer alhajas.

—Rosita Pompón —replicó Nini Moulin con tono cada vez más majestuoso—, estas fruslerías nada son comparadas con lo que podéis conseguir escuchando los consejos de vuestro antiguo amigo.

La joven mirando a Du Moulin con sorpresa, le dijo:

—¿Qué significa esto, Nini Moulin? Decidme qué consejos son éstos.

Du Moulin no respondió, y sacando un paquete de sus inagotables bolsillos, lo abrió cuidadosamente: el paquete encerraba una magnífica manteleta de blonda negra.

Rosita Pompón se levantó admirada, y Du Moulin echó con presteza la rica manteleta sobre los hombros de la joven.

—¡Esto es magnífico! ¡Qué dibujos!, ¡qué bordados! —decía Rosa Pompón examinándolo todo con cándida curiosidad, y, preciso es decirlo, con sumo desinterés, añadiendo—: ¿De dónde habéis sacado cosas tan hermosas? —y dando una carcajada que coloreó su lindo rostro, añadió—: Ya caigo, ya caigo; es el regalo de bodas de la señora de Sainte-Colombe. Os doy la enhorabuena, habéis tenido buena elección.

—¿Y de dónde diablos queréis que saque yo dinero para comprar todas esas maravillas? —dijo Nini Moulin—. Todo esto, os lo repito, es vuestro, si me escucháis.

—¡Cómo! —dijo Rosita Pompón estupefacta—. ¿Habláis formalmente?

—Y muy formal.

—Las proposiciones que me hacéis de vivir como una gran señora ¿son ciertas?

—Escuchadme —dijo el escritor religioso—. Ya debéis conocerme bastante, mi querida pupila, para estar segura que soy incapaz de aconsejaros una acción indebida, me respeto demasiado a mí mismo; sin contar con que esto fuera ofensivo para Filemón, que me confió la defensa de vuestras virtudes.

—A fe mía que no comprendo...

—Pues es bien sencillo; yo...

—¡Ah! ya caigo —exclamó Rosita Pompón interrumpiendo a Nini Moulin—. Es un señor que quiere ofrecerme su mano, su corazón y alguna otra cosa más.

—¿Un casamiento?

—¿No se trata de casamiento? —dijo Rosita Pompón volviendo a su primera sorpresa.

—No.

—¿Y decís que las proposiciones que me hacéis son honradas?

—No pueden ser más honradas.

—Pero, en fin —dijo Rosita Pompón cuya curiosidad se avivaba—, ¿qué se exigirá de mí en cambio?

—Ni siquiera esto —y Nini Moulin se mordió la punta de la uña.

—¿Pero qué deberé hacer?

—Procurad presentaros lo más graciosa posible, componeros, divertiros y pasearos en coche. Ya veis que no es muy fastidioso; sin contar con que contribuiréis a una buena acción.

—¿Viviendo como una duquesa?

—Sí; así, decidíos y no me pidáis más pormenores, pues no me sería posible dároslo.

Nini Moulin se acercó a la ventana, la abrió y dijo a Rosita Pompón que también se asomó:

—¡Mirad lo que hay a la puerta!

—¡Un lindo coche! ¡Dios mío!, ¡qué bien debe estar ahí dentro!

—Ese coche es el vuestro, y os espera.

—¡Cómo!, ¿me espera? —dijo Rosita Pompón—. ¿Es preciso que tan pronto me decida?

—O no pensar más en ello.

—¿Hoy?

—Ahora mismo.

—¿No sabéis adónde me lleváis?

—No (y Du Moulin decía también la verdad). El cochero tiene sus órdenes. ¿De modo qué aceptáis?

—¿Por vos?

—Sí, porque aceptando, me hacéis un gran favor.

—¿A vos?, ¿y cómo?

—Poco os importa con tal que tenga que agradecerérslo.

—Es verdad.

—Vamos, ¿marchamos?

—En fin... no me comerán.

Y añadió con aspecto heroico:

—Se acabó... me aventuro —y bajó la escalera con pie ligero seguida de Nini Moulin.

La digna revendedora estaba en su tienda y dijo:

—Buenos días, señorita.

—Madre Arsenia, si Filemón regresase, le diréis que he salido... para asuntos...

Y Rosita Pompón subió triunfalmente al coche con Nini Moulin.

—Que el diablo me lleve si sé en qué vendrá a parar todo esto —se dijo Santiago Du Moulin, mientras que el coche se alejaba rápidamente de la calle de Clodoveo—. He enmendado mi tontería, y ahora suceda lo que quiera.

CX

El secreto

Algunos días después del rapto de Rosita Pompón por Nini Moulin, hallábase la señorita de Cardoville pensativa, sentada en su gabinete de estudio. Adivinábase por algunos indicios significativos, que la señorita de Cardoville procuraba, dedicándose a las artes, alejar de sí tristes preocupaciones. Al lado de un piano abierto había un arpa colocada delante de un atril de música.

La señorita de Cardoville, siguiendo su capricho de vestirse en casa de un modo pintoresco, asemejábase aquel día a uno de aquellos hermosos retratos de Velázquez, de aspecto noble y severo. Llevaba un vestido de moaré negro con mucho vuelo, talle bajo y mangas abiertas.

Hallábase la joven medio acostada y apoyados los brazos sobre el sofá cubierto de lustrina verde. El aspecto de Adriana daba a conocer su melancólico abatimiento. Causábanlo muchos pesares, entre otros la desaparición de la Gibosa. Sin dar Adriana crédito a las pérfidas insinuaciones de Rodin, que atribuía su fuga al temor de que él le quitase la máscara, experimentaba una cruel opresión de corazón al pensar que aquella joven en quien depositó su confianza, había abandonado su techo hospitalario, casi fraternal, sin dirigirle una sola palabra de agradecimiento; se habían guardado muy bien de enseñarle las líneas escritas apresuradamente por la costurera al partir, y no le habían hablado sino del billete de 5.000 francos hallado en su papelería; esta circunstancia, por decirlo así, inexplicable, había contribuido también a despertar crueles sospechas en la imaginación de la señorita de Cardoville.

Las miradas de la joven habíanse fijado maquinalmente en un admirable bajo relieve sostenido por un pedestal de ébano, y colocado cerca de una de las ventanas. Aquel magnífico bronce, recientemente fundido en un molde yeso vaciado sobre una escultura antigua, representaba el triunfo del «Baco indio»; quizás el arte griego nunca había llegado a tanta perfección.

Cuando Adriana fijó su vista en aquel conjunto de divinas perfecciones, su semblante estaba pensativo; pero esta contemplación, al principio casi maquinal, llegó a ser más y más atenta y reflexiva; la joven se levantó de pronto de su asiento, y acercándose lentamente al bajo relieve, pareció ceder a la invencible atracción de una extraordinaria semejanza. Un ligero carmín asomó a las mejillas de la señorita de Cardoville, que comunicóse por su frente y su cuello. Acercóse aún más al bajo relieve, y habiendo echado en derredor una mirada furtiva, casi avergonzada, como si temiese el ser sorprendida en una acción culpable, por dos veces acercó su mano trémula de emoción, para tocar únicamente con las yemas de sus hermosos dedos la frente de bronce del Baco indio; pero por dos veces una púdica duda la retuvo. Al fin

la tentación llegó a ser demasiado poderosa; cedió, y su dedo de alabastro, habiendo acariciado con suavidad el rostro del joven dios, se apoyó más atrevidamente durante un segundo sobre su frente noble y pura. A aquella presión, bien ligera, Adriana pareció experimentar un choque eléctrico; estremeciéndose de pies a cabeza; sus ojos lánguidos, después de moverse un momento en su nácar húmedo y brillante, se dirigieron al cielo, y adormecidos, se cerraron a medias.

* * *

Una puerta que se abrió y volvió a cerrarse distrajo a Adriana de sus amargas reflexiones, y se presentó Georgina, que dijo:

—¿La señorita puede recibir al señor conde de Montbron?

Adriana, teniendo demasiada perspicacia para manifestar delante de sus doncellas el desagrado que la causaba una visita entonces inoportuna, dijo a Georgina:

—¿Has dicho al señor de Montbron que estaba en casa?

—Sí, señora.

—Dile que tenga la bondad de entrar.

Aunque la llegada del señor conde de Montbron en aquel momento incomodase a la señorita de Cardoville, debemos decir que le profesaba un afecto filial.

El señor conde de Montbron tenía entonces sesenta años; era uno de los hombres que más habían figurado en la sociedad en tiempo del Directorio, del Consulado y del Imperio; sus prodigalidades, chistes, impertinencias, duelos, amoríos y pérdidas en el juego, eran casi siempre el objeto de conversación de las tertulias de su época. Con respecto a su carácter, su corazón y su trato, diremos que seguía en relaciones de sincera amistad con casi todas sus antiguas queridas. Ahora, que le presentamos al lector, era aún gran jugador, tenía «buena traza», aire decidido, y burlón, era alto, delgado y su talle, aún esbelto, casi juvenil; la frente espaciosa y calva, el cabello blanco y corto, las patillas entrecanas cortadas en aumento, cara larga, nariz aguileña, ojos azules muy penetrantes y dientes aún hermosos.

—¡El señor conde de Montbron! —dijo Georgina abriendo la puerta.

El conde entró, aproximándose a Adriana, le besó la mano con paternal familiaridad.

—¡Vamos! —dijo para sí el conde—. Procuraremos saber la verdad para evitar una desgracia.

CXI

Las confesiones

No queriendo la señorita de Cardoville dejar penetrar la causa de los violentos sentimientos que la agitaban, acogió al señor de Montbron con fingida alegría; éste, por su parte, a pesar de su mucha experiencia, no sabía cómo empezar la conversación que deseaba tener con Adriana, y resolvió, como se dice vulgarmente, reconocer el terreno antes de empeñarla seriamente. Habiendo contemplado algunos segundos a la joven, el señor de Montbron meneó la cabeza y dijo dando un suspiro:

—Mi querida niña, no estoy contento.

—¿Algún pesar de corazón, o una mala jugada, mi querido conde? —dijo Adriana sonriéndose.

—Me atormenta una pena, y sois vos la que la causáis, mi querida niña.

—Señor de Montbron, haréis que me envanezca —dijo Adriana sonriéndose.

—En lo que obraríais muy mal, porque mi pesar proviene, os lo digo bruscamente, de que descuidáis vuestra hermosura. Sí, vuestras facciones están pálidas, cansadas; hace algunos días que la tristeza os consume, que tenéis algún pesar.

—No estoy triste ni me aflige ningún pesar; y voy a deciros una orgullosa y enorme impertinencia: nunca he creído estar tan bonita.

—Al contrario, esa pretensión es muy modesta. ¿Quién os ha dicho esa mentira?, ¿una mujer?

—Vamos, vamos, mi querido conde —dijo Adriana— volvemos a nuestra antigua cuestión. Voy a ver en vos al aliado de mi tía y del abate d'Aigrigny.

—¿Yo? sí, poco más o menos como los republicanos son los aliados de los legitimistas: se entienden, para devorarse más adelante. Ahora que hablamos de vuestra abominable tía; se dice que hace algunos días que en su casa se reúne una especie de concilio que sostiene fuertes debates; un verdadero mitin mitrado: vuestra tía se halla en buena senda.

—¿Por qué no? En otro tiempo la hubieseis visto codiciar el papel de la diosa Razón. En el día, quizás la veamos canonizada. ¿No ha desempeñado ya la primera parte de la vida de Santa Magdalena?

—Nunca diréis de ella tanto mal como hace.

—Ya lo sé.

—Sí, y por lo mismo que deseaba veros mil veces más libre aún de lo que sois, os aconsejaba bien...

—Que me casase.

—Sin duda: de ese modo, vuestra querida libertad con sus consecuencias, en

lugar de llamarse señorita de Cardoville... se llamaría señora de... quien queráis. Os hubiéramos hallado un buen marido que fuese responsable de vuestra independencia.

—¿Y quién hubiera sido responsable de ese marido ridículo, y degradándose hasta el punto de llevar un nombre que fuese la burla y el escarnio de todos? ¿Acaso yo? —dijo Adriana animándose—. No, no, mi querido conde; en bien o en mal, responderé sola de mis acciones; a mi nombre se unirá una opinión buena o mala, pero al menos yo sola me la habré formado; porque tan imposible me sería el deshonorar un nombre que no fuese el mío, como el llevarlo si no le rodease continuamente el profundo aprecio que necesito. Por consiguiente, ya que cada uno no puede responder más que de sí... guardaré mi nombre.

—No hay otra en el mundo a quien le ocurran ideas semejantes.

—¿Por qué? —dijo Adriana riendo— ¿porque me parece poco agradable el ver a un pobre joven, encarnarse y desaparecer en algún hombre muy feo y egoísta, o a una joven amable y bonita, transformarse de pronto en la «mitad» de aquella cosa fea? Sí; ¡fresca y hermosa rosa convertida en la mitad de un horrible cardo! Vamos, mi querido conde, confesad que es una cosa, muy odiosa esa metempsicosis... conyugal —añadió Adriana dando una carcajada.

—Vamos a ver, querida cabecita loca: otra extravagancia. Supongamos que tengo veinte años y que me honráis casándoos conmigo... me parece que os llamarían señora de Montbron.

—Quizás...

—¿Cómo quizás?

—Mi querido conde —dijo Adriana sonriendo— no continuemos una hipótesis que no puede dejarme sino sentimiento.

De pronto el señor de Montbron hizo un brusco movimiento y miró a la señorita de Cardoville con expresión de suma sorpresa. Hacía algunos momentos que el conde había tomado maquinalmente dos o tres libros de los que estaban sobre el sofá y mirado estas obras sin parar mucho la atención. El título de la primera era: *Historia moderna de la India*; la segunda, *Viaje a la India*; la tercera, *Cartas sobre la India*. El señor de Montbron, cada vez más sorprendido, continuó su investigación y vio completarse esta nomenclatura india con un cuarto tomo de los *Paseos por la India*; el quinto, *Recuerdos del Indostán*; el sexto, *Notas de un viajero sobre las Indias orientales*. De aquí provenía la sorpresa que, el señor de Montbron no había podido ocultar ya más y que con sus miradas manifestaba a Adriana. Ésta, que había olvidado enteramente la presencia de los libros acusadores, cediendo a un movimiento de involuntario enojo, se ruborizó; pero recobrando al momento su carácter firme y resuelto, dijo al señor de Montbron mirándole fijamente:

—Y bien, mi querido conde, ¿de qué os sorprendéis?

Éste parecía estar cada vez más absorto y pensativo contemplando a la joven: al cabo de un momento exclamó, como hablándose a sí mismo:

—No... no es posible, y no obstante...

—Quizás fuera indiscreto en mí el asistir a vuestro monólogo, mi querido conde —dijo Adriana.

—Perdonadme, mi querida niña, pero lo que veo me sorprende de tal modo...

—Os ruego que me digáis qué es lo que veis.

—Las huellas de una preocupación viva, grande y nueva por todo lo que concierne a la India —dijo el señor de Montbron acentuando lentamente sus palabras con la vista fija en la joven.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Adriana con decisión.

—¡Y qué! Busco la causa de esa repentina pasión...

—¿Geográfica? —dijo la señorita de Cardoville interrumpiendo al señor de Montbron—. Quizás halláis que esta afición es demasiado formal para mi edad, mi querido conde; pero es preciso huir de la ociosidad; además, teniendo un primo indio, algo príncipe, he querido formarme una idea del afortunado país... de donde me ha llegado tan selvático pariente.

Estas últimas palabras las pronunció Adriana con una amargura que asombró al señor de Montbron, el cual, después de observarla atentamente, contestó:

—Me parece que habláis del príncipe con alguna acritud.

—No, con indiferencia.

—Con todo, merecería otro sentimiento.

—Quizás de otra persona —contestó Adriana secamente.

—¡Es tan desgraciado! —dijo el señor de Montbron en tono sinceramente conmovido—. Hace dos días que le vi y se me desgarró el corazón.

—¿Y qué se me da a mí por esos desgarramientos? —exclamó Adriana con dolorosa impaciencia.

—Desearía a lo menos que compadecieseis unos tormentos tan crueles —respondió gravemente el conde.

—¡A mí... compasión! —exclamó Adriana con aire de orgullo ofendido, mas conteniéndose, añadió con frialdad—: ¿Decid, señor de Montbron, es una broma? Supongo que no me pedís formalmente que me interese en los amorosos tormentos de vuestro príncipe.

Estas últimas palabras de Adriana manifestaban un menosprecio tan glacial, que el señor de Montbron dijo contristado:

—¡Según eso, es cierto; no me habían engañado! ¡Yo, que por mi antigua y constante amistad, creía tener derecho a vuestra confianza, nada he sabido, siendo así que todo se lo habéis manifestado a otro! Esto es muy sensible, muy sensible.

—No os comprendo, señor de Montbron.

—¡Dios mío! ahora ya no tengo que guardar consideraciones —exclamó el conde—. Ya veo que no le queda ninguna esperanza a aquel infeliz niño.

—Extraño sería —contestó Adriana con mayor frialdad y amarga ironía— que mi amor, dando por supuesto que amase, tuviese tan grande influencia en el príncipe Djalma. ¡Qué le importa que ame! —añadió con menosprecio casi doloroso.

—¡Qué le importa! En verdad, mi querida amiga permitidme que os diga que sois vos la que os chanceáis cruelmente. ¡Cómo!, ¡ese desdichado niño os ama con el ardor ciego de un primer amor; dos veces ha querido ya con el suicidio terminar los horribles tormentos que le causa la pasión que le inspirasteis!, ¿y extrañáis que vuestro amor por otro sea para él una cuestión de vida o muerte?

—¡Es decir que me ama! —exclamó la joven con acento indescriptible.

—Con delirio, os digo: yo mismo lo he visto.

Adriana hizo un gesto de admiración: de pálida que estaba, coloreóse; luego desapareció este rubor, sus labios palidieron y temblaron; su emoción era tan violenta, que permaneció algunos momentos sin poder hablar y puso la mano sobre su corazón para comprimir los latidos.

Era tan grata la impresión que experimentaba, que se complacía temiendo perder el menor sentimiento; mas luego la reflexión, diciéndole que quizás era víctima de una ilusión o de una mentira, le obligó a exclamar con ansiedad, dirigiéndose al señor de Montbron:

—Pero lo que me decís, ¿es verdad?

—¿Lo que os digo?...

—Sí; que el príncipe Djalma...

—¿Os ama como un loco?, ¡ay! es demasiado cierto.

—No, no —exclamó Adriana con expresión de encantadora candidez—. Nunca será demasiado cierto.

—¿Qué decís? —dijo el conde.

—¿Pero esa... mujer?

—¿Esa mujer?, ¿quién queréis que fuese sino vos?

—¡Yo!... ¡oh! sí, era yo, ¿no es verdad?, ¡nadie más que yo!

—Os doy mi palabra. Fiaos en mi experiencia; nunca he visto pasión más sincera y tierna.

—¡Oh!, ¿no es verdad que su corazón no ha abrigado nunca otro amor que el mío?

—¡Él!... jamás.

—Con todo... me lo han dicho.

—¿Quién?

—El señor Rodin.

—¿Que Djalma?...

—Dos días después de haberme visto se había prendado de otra locamente.

—¿El señor Rodin os ha dicho eso? —exclamó el señor de Montbron, a quien le acudió de pronto una idea—. Pues él fue también el que dijo a Djalma que amabais a otro.

—¡Yo!

—Y esto era lo que causaba la horrible desesperación de aquel desgraciado niño.

—Y la mía también.

—¿Es decir que le amáis tanto como él a vos? —exclamó el señor de Montbron contentísimo.

—¡Sí, le quiero! —dijo la señorita de Cardoville.

Algunos golpes dados discretamente a la puerta interrumpieron a Adriana.

—Serán vuestras doncellas; reponeos —dijo el conde.

—Entrad —dijo Adriana con voz conmovida.

Florina se presentó.

—¿Qué hay?

—El señor Rodin ha estado aquí, pero temiendo incomodaros no quiso entrar: volverá dentro de media hora. ¿La señorita querrá recibirle?

—Sí, sí —dijo el conde a Florina—, y aun cuando yo esté, hacedle entrar. ¿No es esta vuestra voluntad?

—Es mi voluntad, sí —respondió la joven, y sus ojos brillaron con indignación al pensar en la perfidia de Rodin.

—¡Ah!, ¡el viejo tuno! —dijo el señor de Montbron—. ¡Siempre había desconfiado de ese cuellituerto!

Florina se marchó dejando al conde con su señorita.

CXII

Amor

La señorita de Cardoville hallábase transfigurada; un deslumbrante rayo de sol la iluminaba. La ligera irritación causada por la traición de Rodin pasó como una sombra imperceptible sobre su frente. ¿Qué le importaban aquellas mentiras y perfidias si estaban desbaratadas? Y en lo venidero ¿qué poder humano se interpondría entre ella y Djalma, seguros uno del otro? ¿Quién se atrevería a luchar contra estos dos seres resueltos y fuertes con el irresistible poderío de la juventud, del amor y de la libertad?

No bien hubo Florina salido del cuarto, cuando Adriana se acercó al señor de Montbron con paso rápido; parecía más alta al verla adelantarse ligera y triunfante; hubiérase dicho que era una divinidad caminando sobre nubes.

—¿Cuándo le veré? —fue la primera palabra que dirigió al señor Montbron.

—Mañana: es preciso prepararle a tanta felicidad; en una naturaleza tan ardiente, una alegría repentina e inesperada podría ser peligrosa.

Adriana permaneció un momento pensativa, y dijo:

—Mañana no conviene: tengo una idea supersticiosa.

—¿Cuál?

—Ya la sabréis, «¡me ama!» esta palabra lo dice todo, lo encierra todo, y no obstante, tengo mil preguntas que haceros sobre él; antes de mañana ninguna os haré, no; pues por una adorable fatalidad mañana es para mí un aniversario sagrado. Las pocas horas que faltan me parecerán un siglo; afortunadamente, puedo esperar; mirad —y haciendo una seña al conde, le acompañó cerca del Baco indio—. ¡Cómo se le parece!

—Efectivamente. Es extraño.

—¿Extraño? —respondió Adriana sonriéndose con orgullo— ¿extraño que un héroe, un semidiós, que un hermoso ideal se parezca a Djalma?

—¡Cómo le amáis! —dijo el señor de Montbron profundamente conmovido y casi deslumbrado por la felicidad que resplandecía en el rostro de Adriana.

—¿Debía sufrir mucho, no es cierto? —le dijo ésta después de un momento de silencio.

—¿Y a no haberme decidido a venir hoy aquí, qué hubiera sido de vos careciendo de esperanza?

—No lo sé, quizás hubiera muerto; pues estoy herida aquí... de un modo incurable (y puso la mano sobre su corazón); pero lo que hubiera sido mi muerte, será mi vida.

—¡Qué horror! —dijo el conde estremeciéndose—. Una pasión tal, concentrada

en vos misma, altiva como sois...

—Sí, altiva, pero no orgullosa. Así es que al saber su pasión por otra mujer y que la impresión que había creído causarle en nuestra primera entrevista, se había borrado al momento, renuncié a la esperanza sin poder hacer otro tanto con mi amor; muy lejos de evitar su recuerdo, me rodeé de lo que pudiera avivarlo. A falta de felicidad, queda el amargo goce de padecer por lo que se ama.

—Ahora comprendo el objeto de vuestra biblioteca india.

Adriana, sin responder al conde, tomó de encima del velador uno de los libros recientemente cortados, y dándole al señor de Montbron, le dijo sonriendo, con expresión de alegría y felicidad:

—Hacía mal en negarlo, pues me envanezco de ello; hacedme el favor de leer esto en voz alta: os digo que puedo esperar hasta mañana.

Y con su hermoso dedo señaló al conde un pasaje en el libro abierto. El señor de Montbron muy admirado, empezó, después de mirar a Adriana, que le dijo con acento sumamente cariñoso:

—Ruégooos que vayáis muy despacio.

El señor de Montbron leyó el pasaje siguiente, del diario de un *Viajero en la India*:

«... Cuando estaba en Bombay, en 1829, toda la sociedad inglesa se ocupaba de un joven héroe, hijo de...».

El conde se detuvo un momento, por la pronunciación bárbara del nombre del Djalma, y Adriana le dijo en voz suave:

—Hijo de «Kadja-Sing...».

—¡Qué memoria! —dijo el conde sonriendo, y continuó:

«Un joven héroe, hijo de Kadja-Sing, rey de Mundi. Al regresar de una expedición lejana y sangrienta en las montañas contra aquel rey indio, el coronel Drake hablaba con entusiasmo del hijo de Kadja-Sing, llamado Djalma. Apenas llegado a la adolescencia, este príncipe ha dado, en esta guerra implacable, una prueba de intrepidez tan caballeresca y de carácter tan noble, que hizo que apellidaran al rey “el Padre del Generoso”».

—Esta costumbre es muy tierna —dijo el conde—. Recompensar al padre dándole un nombre glorioso por su hijo, es sublime. ¡Pero qué hallazgo tan singular el de este libro! —añadió el conde admirado—. No se necesita más para exaltar al más frío.

—¡Oh! ya veréis, ya veréis —dijo Adriana; y el conde continuó su lectura.

«... El coronel Drake, uno de los más valientes y mejores oficiales del ejército inglés, decía ayer delante de mí, que herido gravemente y hecho prisionero por el príncipe Djalma después de una enérgica resistencia, habiéndolo llevado al campamento establecido en la aldea de...».

El conde volvió a titubear con respecto a la pronunciación de un nombre mucho más salvaje que el primero, y no queriendo aventurarse, interrumpió su lectura y dijo

a Adriana:

—En cuanto a éste... renuncio.

—¡No obstante, es muy fácil! —contestó Adriana, y con indecible dulzura pronunció el nombre siguiente, en sí bastante suave—: En la aldea de «Shumshabad».

—He ahí un método infalible para retener fácilmente los nombres geográficos —dijo el conde, y continuó:

«... Llegados al campamento, el coronel Drake recibió la más tierna hospitalidad, y el príncipe Djalma le cuidó como si fuese su padre. Allí supo el coronel algunos hechos que acabaron de entusiasmarle por el joven Djalma. Delante de mí refirió los dos siguientes: En uno de los encuentros, acompañaba al príncipe un joven indio de unos doce años, a quien quería mucho y que le servía de paje, siguiéndole a caballo para llevar sus armas de repuesto; la madre de este niño, al partir para su expedición, confiolo al príncipe Djalma, diciéndole con un laconismo digno de la antigüedad: “Que sea vuestro hermano”. “Será mi hermano” —contestó el príncipe—. En medio de una sangrienta derrota, hieren al niño y su caballo cae muerto; el príncipe, exponiendo su vida, a pesar de una retirada forzada, lo saca de debajo del caballo, lo coloca en la grupa y huye; los persiguen y su caballo recibe un balazo, pero puede llegar a un juncal, en donde después de vanos esfuerzos, cae exánime. No hallándose el niño en estado de caminar, el príncipe carga con él y se ocultan en lo más espeso del matorral. Llegan los ingleses, registran los juncos, pero no dan con las dos víctimas. Después de una noche y un día de marchas y contramarchas, el príncipe, cargado siempre con el niño, que tenía una pierna medio rota, consigue llegar al campamento de su padre y dice sencillamente: —“Había prometido a su madre que sería mi hermano, y como tal me he portado”.

»... Otra vez, el príncipe Djalma, acompañado de dos esclavos negros, antes de que apuntase el sol, se encamina a un sitio agreste para apoderarse de dos tigreuelos nacidos pocos días antes. Habíase señalado la guarida, y el tigre y su hembra aún no habían vuelto de su correría. Uno de los negros penetró en la cueva por una estrecha abertura, y el otro, ayudado por Djalma, derribó a hachazos un árbol bastante grueso para armar un lazo en que cayese el tigre o su hembra. Del lado de la abertura la caverna estaba cortada a pico; súbese el príncipe encima de ella con agilidad para arreglar el lazo cuando de repente oye un rugido espantoso, y en pocos saltos, la hembra, que volvía de su correría, se planta en la boca de la cueva; de una dentellada abre al negro que armaba el lazo y el tronco cae atravesado en la boca de la madriguera, impidiendo que la hembra entre y obstruya el paso al negro que traía los tigreuelos. Sobre una plataforma de rocas de elevación de unos veinte pies, el príncipe tendido boca abajo consideraba aquel terrible espectáculo. La bestia bravía, cada vez más furiosa por los gritos de sus pequeñuelos, devoraba las manos del negro, que desde el interior de la cueva procuraba sostener el tronco, su única defensa, dando gritos lastimeros.

»El príncipe pone su puñal entre los dientes, ata su faja a una roca, con una mano

empuña el hacha y con la otra se deja resbalar por aquella cuerda improvisada; llegado al suelo a algunos pasos del feroz animal, da un salto, y rápido como el rayo, le asesta uno tras otro dos golpes mortales, en el momento que el negro, perdidas las fuerzas, abandonaba el tronco e iba a ser destrozado».

—¡Y os sorprendíais de su semejanza con ese semidiós, a quien ni aun la fábula concede una intrepidez tan generosa! —exclamó la joven con mayor exaltación.

—Ya no es sorpresa lo que me causa; sino admiración —dijo el conde con voz conmovida— y estos dos nobles rasgos hacen latir de entusiasmo mi corazón como si tuviera veinte años.

—Y el noble corazón de ese viajero palpitó también como el vuestro al oír esa relación —dijo Adriana—. Vais a verlo.

«Lo que hace que la intrepidez del príncipe sea admirable, es que, según los principios de las castas indias, la vida de un esclavo no tiene valor alguno; así es que el hijo de un rey, aventurando su vida por salvar a una pobre criatura tan ínfima, obedecía a un heroico instinto de caridad verdaderamente cristiano, ignorado hasta entonces en aquel país. Dos rasgos semejantes, decía fundadamente el coronel Drake, son más que suficientes para definir a un hombre, así es que yo, viajero desconocido, experimento un sentimiento de profundo respeto y tierna admiración al estampar en este libro el nombre del príncipe Djalma, al pensar cuál será el porvenir de aquel príncipe perdido en el fondo de un país salvaje devastado continuamente por la guerra. Por modesto que sea el homenaje que tributo a este carácter digno de los tiempos heroicos, al menos su nombre lo repetirán con gran entusiasmo todos los corazones que simpatizan con lo generoso y sublime».

—Y no hace mucho, leyendo esas líneas tan sencillas y tiernas —dijo Adriana— no pude menos de llevar a mis labios el nombre de ese viajero.

—Sí, es tal como lo había juzgado —dijo el conde, cada vez más emocionado, devolviendo el libro a Adriana, que, levantándose grave y tierna, exclamó:

—Ahí le tenéis tal cual quería dároslo a conocer, para que comprendieseis la adoración que le tengo: porque ese valor, esa heroica bondad, las había adivinado en una conversación que sorprendí, a pesar mío, antes de que me viese.

—Y ahora ¿qué proyectos formáis?

—Divinos, radiantes como mi corazón. Sabiendo su felicidad, quiero que Djalma experimente ese deslumbramiento que me ciega y no me deja aún mirar... mi sol con fijeza, porque os lo repito; de aquí a mañana será para mí un siglo. Sí, ¡cosa singular! hubiera creído que, después de una revelación semejante, necesitaría estar sola entregada a este piélagos de ideas encantadoras. Pues muy al contrario; no, de aquí a mañana temo la soledad. Experimento una impaciencia inquieta, ardiente... ¡Oh!, ¡bendito el hada que tocándome con su varilla, me adormeciera hasta mañana!

—Yo seré esa hada bienhechora —dijo de pronto el conde sonriéndose.

—¿Y cómo?

—Os manifestaré el poderío de mi varilla; quiero distraeros de una parte de

vuestras ideas presentándolas materialmente visibles.

—Hacedme el favor de explicaros.

—Y además mi proyecto tendrá otra ventaja. Oídmelo: sois tan dichosa, que todo se os puede decir: vuestra odiosa tía y sus dignos amigos hacen correr la voz de que vuestra permanencia en casa del doctor Baleinier...

—La ha exigido la debilidad de mi razón —dijo Adriana sonriéndose—. Ya me lo esperaba.

—Es una necedad, pero como vuestra determinación de vivir sola os ha acarreado envidiosos y enemigos, ya conoceréis que no faltarán personas dispuestas a dar crédito a todas las necesidades posibles.

—Así lo creo. Muy lisonjero es... pasar por loca a los ojos de los tontos.

—Sí, pero probar a los tontos que lo son, a la faz de París, es muy divertido; ahora bien, empieza ya a hablarse de vuestra desaparición; no continuáis vuestros paseos acostumbrados en coche; mi sobrina hace tiempo que se presenta sola en nuestro palco en los Italianos; queréis matar el tiempo hasta mañana... Ésta es una excelente ocasión: son las dos; a las tres y media mi sobrina vendrá a buscaros en coche; el día está hermosísimo; habrá un inmenso gentío en el bosque de Bologne; dais un buen paseo y conseguís que os vean; además, el aire puro y el movimiento calmarán esa calentura de felicidad; y esta noche, aquí da principio mi magia, os transporto a la India.

—¿A la India?

—En medio de una de aquellas selvas en que se oyen rugir leones, panteras y tigres... Ese heroico combate que hace poco os conmovió, lo presenciaremos real y terrible.

—Francamente, mi querido conde, es una chanza.

—No, por cierto; os prometo que veréis verdaderas fieras, terribles huéspedes del país de nuestro semidiós, rugientes tigres, bramadores leones... ¿No equivaldrá esto a vuestros libros?

—¿Pero cómo puede ser?...

—Vamos, es preciso daros a conocer el secreto de mi poder sobrenatural; de vuelta del paseo, comeréis en casa de mi sobrina y después iremos a un espectáculo muy sorprendente que se da en la Puerta de San Martín. Un extraordinario domador de fieras enseña unos animales enteramente feroces en medio de una selva (aquí empieza la ilusión), y simula con tigres, leones y panteras, combates terribles. Todo París acude a estas representaciones, y os verá más bella y encantadora que nunca.

—Acepto —dijo Adriana con alegría infantil—. Sí, tenéis razón; experimentaré un extraño placer en ver a estos monstruos feroces, que me recordarán los que combatió heroicamente mi semidiós. Acepto, pues, y por primera vez en mi vida, deseo agradar...

Interrumpió a la señorita de Cardoville un golpecito dado a la puerta, y luego entró Florina anunciando al señor Rodin.

Representación

Con la ojeada que Rodin echó a la señorita de Cardoville y al señor de Montbron al entrar en el cuarto, adivinó que iba a hallarse en una posición difícil, pues el aspecto de Adriana y del conde no era para tranquilizarle.

Ya dijimos que éste, cuando no le agradaban las personas, manifestaba su antipatía con modales de provocativa impertinencia, que había sostenido con sinnúmero de desafíos; de modo que al ver a Rodin, sus facciones tomaron una expresión insolente: apoyado en la chimenea mientras hablaba con Adriana, volvió desdeñosamente la cabeza mirando por encima del hombro, sin responder al profundo saludo del jesuita.

Al ver aquel hombre, la señorita de Cardoville se sorprendió de no experimentar ningún movimiento de irritación o de odio.

Rodin sentíase contrariado.

El conde fue el primero que rompió el fuego: mirando por encima del hombro, dijo a Rodin:

—¡Ah! ¡Ah!, ¿estáis ahí, hombre honrado?

—Acercaos, señor, acercaos —dijo Adriana con sonrisa burlona—, tengo que prodigaros mis elogios.

—De vos todo lo acepto, mi querida señorita, aunque sean elogios inmerecidos —dijo el jesuita esforzándose por sonreír—. ¿Me es dado saber por qué merezco vuestros elogios?

—Por vuestra penetración, que es rara —dijo Adriana.

—Y yo —dijo el conde—, tributo homenaje a vuestra veracidad, no menos rara; demasiado rara, quizás...

—¿Yo penetrante? ¡Verídico yo!

—Vos mismo, y alegraos; pues vuestra penetración ha tenido los más felices resultados.

—Y vuestra veracidad ha obrado maravillas —añadió el conde.

—Grato es al corazón el obrar bien aunque sea sin saberlo —dijo Rodin manteniéndose a la defensiva y acechando con miradas oblicuas ya al conde, ya a Adriana—. ¿Pero no será dado saber lo que hace que se me prodiguen esos elogios?

—El reconocimiento me obliga a complaceros —respondió Adriana con malicia—. Habéis descubierto y dicho al príncipe Djalma que yo amaba apasionadamente... a alguno.

—Descubristeis y comunicasteis a la señorita que el príncipe Djalma amaba apasionadamente... a alguna —añadió el conde.

Rodin quedó confundido y estupefacto.

—Esta persona a quien yo amaba con todo ardor —dijo Adriana— era el príncipe.

—La persona a quien el príncipe amaba con tanto ardor —dijo el conde— era esta señorita.

Estas revelaciones de suma gravedad y hecha una tras otra, aterraron a Rodin, que permaneció mudo.

—¿Comprendéis ahora lo agradecidos que debemos estaros? —continuó Adriana en tono cada vez más burlón.

—Hay equivocación —dijo Rodin— en lo que tenéis la bondad de decirme, mi querida señorita. En mi vida he hablado del sentimiento, en sí muy decoroso y respetable, que pudierais tener por el príncipe Djalma.

—Es muy cierto —contestó Adriana— por un escrúpulo de exquisita discreción, cuando me hablabais del profundo amor del príncipe Djalma, llevabais la reserva y la delicadeza hasta el extremo de decirme que... no era a mí a quien amaba.

—Y el mismo escrúpulo os hacía decir al príncipe, que la señorita de Cardoville amaba apasionadamente a una persona... que no era él.

—Señor conde —contestó Rodin secamente— siento decirlo que no necesito mezclarme en intrigas amorosas.

—¡Vamos!, ¿es modestia o amor propio? —dijo el conde insolentemente.

—Hay oficios —dijo Rodin mostrándose tan provocativo como el Sr. conde de Montbron— cuyo rudo aprendizaje os deberé, Sr. conde, y es el pesado oficio de escucharos.

—¡Hola! amigo —contestó el conde con menosprecio—. ¿Ignoráis, acaso, que hay mil medios para castigar a los bellacos?

—¡Mi querido conde!... —dijo Adriana al Sr. de Montbron en tono de reconvención.

Rodin continuó con mucha calma:

—No veo, señor conde, primero, el valor que puede haber en llamar impertinente a un pobre anciano como yo.

—Sr. Rodin —dijo el conde interrumpiendo al jesuita— un pobre anciano como vos, que para obrar mal se prevale de su vejez que deshonra, es cobarde y pícaro, y merece doble castigo.

—Mis acciones prueban que no soy ningún bribón —dijo Rodin fríamente.

—¿Y qué es, pues —exclamó el conde indignado— el haber, con vuestras mentiras, desesperado de tal modo al príncipe, que por dos veces ha querido atentar contra sus días? ¿Y qué es también el haber, con vuestra falsedad, inducido a la señorita en un error tan cruel y completo, que, a no ser por la resolución que he tomado hoy, aún duraría este engaño que hubiera tenido funestas consecuencias?

—¿Y tendréis la bondad de decirme, señor conde, qué interés tengo yo en esas desesperaciones y esos errores, suponiendo que haya querido causarlos?

—Un grande interés, sin duda —dijo el conde duramente— y tanto más peligroso, cuanto más oculto es; porque ya veo que sois de aquéllos a quienes el mal ajeno produce placer y provecho.

—Es demasiado, señor conde: contentaríame con el provecho —dijo Rodin inclinándose.

Adriana, que había escuchado atentamente esta discusión, se estremeció como iluminada por una súbita revelación, y después de un momento de silencio, dijo a Rodin, sin amargura, sin enojo, pero con una calma dulce y serena:

—Dicen, caballero, que el amor dichoso hace prodigios. Casi estoy tentada por creerlo, pues después de algunos minutos de reflexión y recordando ciertas circunstancias, vuestra conducta se me presenta bajo un punto de vista muy diferente.

—¿Qué nueva perspectiva es ésta, señorita?

—Para que podáis considerar la cuestión bajo el verdadero punto de vista, permitidme que cite algunos hechos: La Gibosa me era generosamente adicta, pero experimentaba por vos una invencible antipatía; de pronto desaparece misteriosamente de mi casa, y habéis procurado que abrigase yo odiosas sospechas. El Sr. de Montbron me profesa un cariño paternal, pero debo confesarlo, no simpatiza con vos; de modo que también habéis procurado sembrar entre nosotros la desconfianza; en fin, el príncipe Djalma experimenta por mí un sentimiento profundo, y os valéis de la más pérfida infamia para ahogar este sentimiento; ¿qué objeto es el vuestro al obrar así? No lo sé, pero no puedo dudar que me es contrario.

—Paréceme, señorita —dijo Rodin severamente— que vuestra ignorancia se une al olvido de los servicios prestados.

—Sé muy bien que vuestros excelentes cuidados no se han limitado a mí. Devolvisteis al señor mariscal Simón sus hijas, aunque es de suponer que las reclamaciones del señor mariscal duque de Ligny, con respecto a sus hijas, no hubieran sido vanas; hasta habéis devuelto a un pobre soldado su cruz imperial, para él verdadera reliquia sagrada; esto es muy tierno. En fin, arrancasteis la máscara al abate d'Aigrigny, al señor Baleinier, pero ya estaba yo decidida a hacerlo; mas todo esto solamente prueba que tenéis un gran talento.

—¡Ah, señorita! —dijo Rodin con humildad.

—Hombre de recursos y de invención...

—¡Señorita!

—No es culpa mía si en nuestra larga conversación en casa del Sr. Baleinier, descubristeis esa superioridad que me admiró mucho, y que en este momento parece incomodaros. ¡Qué queréis! ¡Es tan difícil a un talento como el vuestro el disfrazarse! Ahora —agregó—, comprendo que fui víctima durante algún tiempo de vuestros engaños, y os lo digo sin odio, sin enojo, pero con pesar: es penoso ver a un hombre de vuestra inteligencia y talento rebajarse a semejantes maquinaciones, y después de haber puesto en juego tantos resortes diabólicos, venir a caer en el ridículo; porque nada puede ser más vergonzoso para un hombre como vos, que el dejarse vencer por

una joven que no tiene más armas y defensa que su amor. En una palabra, desde hoy os miro como un implacable enemigo peligroso.

Rodin, a pesar de su flemática audacia, espantóse por un instante. No obstante disimuló, y después de un corto silencio, contestó con aire de compasión casi desdeñosa:

—Mi querida señorita, es probable que no nos volvamos a ver más. Acordaos solamente de una cosa que os repito; nunca me justifico; el porvenir se encarga de ello. A pesar de esto, mi querida señorita, soy vuestro afectísimo servidor —y saludó—. Señor conde, a vuestra disposición —añadió saludando a éste con la mayor humildad y saliendo del cuarto.

No bien hubo desaparecido Rodin, cuando Adriana se acercó a su papelera y escribió algunas líneas, cerró el billete y dijo al señor Montbron.

—No veré al príncipe hasta mañana, tanto por superstición como porque es preciso para mis proyectos que esta entrevista esté rodeada de alguna solemnidad. Todo os lo diré, pero quiero escribirle al instante, porque con un enemigo por el estilo del señor Rodin, es preciso preverlo todo.

—Tenéis razón, mi querida niña, dadme esa carta pronto.

Adriana se la entregó.

—Le digo lo suficiente para tranquilizar su dolor, mas no tanto que me prive la suma felicidad de la sorpresa que le preparo mañana.

—Todo eso es muy razonable; voy corriendo a casa del príncipe para que le entreguen vuestro billete. No lo veré, pues no respondo de mí mismo. ¿Conque estáis en que daremos nuestro paseo e iremos esta noche al teatro?

—Sin duda necesito más que nunca distraerme hasta mañana; además, conozco que el aire libre me hará provecho; la conversación con el señor Rodin me ha alterado un poco.

—¡Miserable viejo! Pero ya hablaremos; voy a casa del príncipe y vuelvo a buscaros con la señora de Morinval, para ir a los Campos Elíseos.

Y el conde de Montbron salió precipitadamente, tan alegre, como había entrado triste.

Los Campos Elíseos

Dos horas habían transcurrido desde la conversación de Rodin y la señorita de Cardoville. Un sinnúmero de paseantes, atraídos a los Campos Elíseos por la serenidad de un hermoso día de primavera se detenía para admirar un lindísimo carruaje. Era una carreta azul, con juego blanco y filetes azules, tirada por cuatro hermosos caballos de raza melados con crines negras, cuyos arreos brillaban por los adornos de plata, y conducidos a la Daumont por dos portillones de estatura igual con casquete de terciopelo negro, chaqueta de casimir azul claro con cuello blanco; dos lacayos altos, empolvados, con librea también azul y cuellos y adornos blancos, iban detrás sentados.

Un hombre a caballo, vestido con elegante sencillez, siguiendo el otro lado de la calle, contemplaba con orgullosa satisfacción aquel tren que había creado; era el señor de Bonneville, «escudero» de Adriana, como decía el señor de Montbron, porque era el coche de Adriana.

El programa de aquel día había sufrido alteración. El señor de Montbron no había podido entregar a Djalma el billete de la señorita de Cardoville, pues, según dijo Faringhea, el príncipe estaba desde por la mañana en el campo con el mariscal Simón, pero debía volver a la tarde, y a su llegada le entregarían la carta.

Adriana, tranquilizada con respecto a Djalma, sabiendo que hallaría algunas líneas que, sin darle a conocer la felicidad que le esperaba, al menos se la harían presentir, siguiendo el consejo del señor de Montbron, había ido a pasearse en su coche para atestiguar a los ojos del mundo que estaba resuelta, a pesar de las pérdidas voces que hacía correr la señora de Saint-Dizier, a no variar en su resolución de vivir sola y tener su casa. A su derecha iba sentada la joven marquesa de Morinval; tan bonita como elegante: el señor de Montbron en frente de ellas ocupaba la delantera de la carretela.

Varios «pisaverdes», aprovechándose de que conocían a la marquesa de Morinval o al señor de Montbron, vinieron alternativamente a saludarlos llevando sus caballos al paso al lado de la carretela, para tener ocasión de ver, admirar y quizás oír a la señorita de Cardoville.

La joven conocía muy bien la impresión que producía; sentíase contenta y orgullosa pensando en Djalma, y al compararlo con aquellos mozalbetes a la moda, su felicidad se acrecentaba.

En aquel día todo era para Adriana dicha, alegría y amor: desde el fondo de su coche, se divertía en contemplar este torbellino resplandeciente del lujo parisiense. En medio de aquel brillante caos, veía en su imaginación dibujarse el melancólico y

suave rostro de Djalma, cuando un objeto cayó en su regazo, y estremeciéndose; era un ramillete de violetas, y al mismo tiempo oyó una voz infantil que decía, siguiendo a la carretela:

—Mi buena señora... por el amor de Dios, un cuartito...

Adriana volvió la cabeza y vio a una niña extenuada, de rostro triste, medio cubierta de harapos, que alargaba la mano con miradas suplicantes. Aunque este contraste de la suma miseria en medio del extremado lujo fuese tan corriente que no se hacía alto en él, impresionó mucho a Adriana; el recuerdo de la Gibosa, quizás entonces víctima de la más horrible miseria, se presentó a su imaginación.

—¡Ah! al menos —se dijo la joven— que este día no sea para mí sola de dicha.

Inclinándose un poco fuera del coche, dijo a la niña:

—¿Tienes madre?

—No señora, ni padre ni madre...

—¿Quién cuida de ti?

—Nadie señora. Me hacen vender ramilletes de flores; es preciso que lleve algunos cuartos, pues si no me pegan.

—¡Pobrecita!

—¡Un cuartito... mi buena señora, un cuartito por el amor de Dios! —dijo la niña caminando al lado de la carretela que entonces iba al paso.

—Mi querido conde —dijo Adriana sonriendo al señor de Montbron—, por desgracia no será este vuestro primer rapto; inclinaos sobre la portezuela, alargad las manos a esa niña y subidla con presteza; la ocultaremos entre la señora de Morinval y yo... y nos marcharemos del paseo sin que nadie haya reparado en este rapto audaz.

—¡Cómo! —exclamó el conde sorprendido— ¿queréis?...

—Sí... os lo ruego.

—¡Qué locura!

—Ayer quizás hubierais podido mirar este capricho como una locura. Pero «hoy» —y Adriana recalcó esta palabra mirando al señor de Montbron con aire de inteligencia—; pero «hoy» ya comprenderéis... que es casi un deber.

—Sí, lo comprendo, corazón noble —dijo el conde conmovido.

El señor de Montbron se inclinó un poco y tendiendo sus dos manos a la niña, le dijo:

—Dame tus manos, queridita.

La niña, aunque sorprendida, obedeció maquinalmente y alargó sus bracitos. Entonces el conde, cogiéndola por las muñecas, la subió diestramente. Más pasmada la niña que asustada, no dijo palabra; Adriana y la señora de Morinval se separaron un poco; la colocaron en medio, y muy pronto desapareció bajo las puntas de los chales de las dos jóvenes. Ejecutóse todo esto con tal rapidez, que sólo algunas personas que iban por las otras calles notaron este «rapto».

—Ahora, mi querido conde —dijo Adriana muy contenta—, salvémonos pronto con nuestra presa.

El señor de Montbron dijo a los postillones:

—¡Al palacio! —y los cuatro caballos partieron a la vez con trote rápido e igual.

Me parece ahora que está consagrado este día de felicidad, y «disculpado» mi lujo —pensaba Adriana—. En tanto que no hallo a la pobre Gibosa, mandando hoy mismo que se practiquen todas las diligencias posibles.

A veces hay extrañas coincidencias. En el momento en que esta idea favorable a la Gibosa acudía a la mente de Adriana, notóse cierto movimiento en la gente que estaba en una de las calles; varias personas que pasaban se detuvieron y otras se reunieron a aquel grupo.

—Mirad, tío —dijo la señora de Morinval— cuánta gente se reúne allí. ¿Qué será?

—Querida mía, lo siento mucho, pero tu curiosidad no puede quedar satisfecha —dijo el conde sacando el reloj—. Van a dar las seis, la representación empieza a las ocho, nos queda el tiempo justo para volver a casa y comer. ¿No es éste vuestro modo de pensar mi querida niña? —dijo a Adriana.

—¿Es el vuestro, Julia? —dijo la señorita de Cardoville a la marquesa.

—Indudablemente —respondió ésta.

—Os agradeceré que no os entretengáis —dijo el conde—, porque después de acompañaros a la Puerta de San Martín, tengo que asistir media hora a una junta, para votar la admisión de lord Campbell, a quien presento.

—¿Es decir, tío, que Adriana y yo estaremos solas en el teatro?

—Supongo que tu marido os acompañará.

—Tenéis razón, tío; pero por eso no tardéis mucho.

—Puedes estar segura de ello, pues tengo tanta curiosidad como tú de ver a esos terribles animales y al valiente Morok, incomparable domador de fieras.

Algunos minutos después, la carretela de la señorita de Cardoville había dejado tras sí los Campos Elíseos, llevándose a la niña, en dirección de la calle de Anjou. En el momento en que el brillante tren desaparecía, la aglomeración de gente de que hemos hablado era mayor; una multitud se apiñaba en derredor de uno de los árboles del paseo, y de ella salían exclamaciones de compasión.

Un paseante se acercó a un joven que estaba arrimado al grupo y le dijo:

—¿Qué es lo que hay?

—Dicen que es una desgraciada... una joven que acaba de caer desfallecida.

—¡Una jorobada!, ¡vaya una pérdida! siempre quedan demasiados jorobados —dijo brutalmente el paseante riéndose groseramente.

—Jorobada o no, se muere de hambre —contestó el joven reprimiendo su enojo—. No por eso deja de ser menos sensible, y no veo que haya motivo para reírse.

—¡Morir de hambre! —dijo el paseante encogiéndose de hombros—. La canalla que no quiere trabajar es la que se muere de hambre.

El paseante era el señor Tripeaud, barón industrial, agiotista y lobo cervical.

La pobre jorobada era la Gibosa, que acababa de caer extenuada de miseria y

necesidad cuando se dirigía a la casa de la señorita de Cardoville. La desgraciada criatura había cobrado ánimo para arrostrar la vergüenza y las atroces burlas que temía al volver a aquella casa que voluntariamente había abandonado; esta vez ya no se trataba de ella, sino de su hermana Cefisa, que la víspera había regresado a París, y a quien la Gibosa, por medio de Adriana, quería librar de una suerte terrible.

* * *

Dos horas después de estas diferentes escenas un gentío inmenso se agolpaba a las inmediaciones de la Puerta de San Martín, para asistir a los ejercicios de Morok, que debía imitar una lucha con la pantera negra de Java, llamada «la Muerte». Adriana y la señora de Morinval se apearon del coche delante de la entrada del teatro, adonde debía venir a unírseles el conde Montbron, a quien habían dejado en la junta que tenía que asistir.

Detrás del telón

El inmenso teatro de la Puerta de San Martín estaba lleno por una impaciente multitud.

Como el señor Montbron había dicho a la señorita de Cardoville, «todo París» acudía con afanosa curiosidad a las representaciones de Morok. Es del todo inútil decir que el domador de fieras había abandonado enteramente el tráfico de fruslerías devotas que con tanto provecho ejercía en el mesón del «Halcón Blanco», cerca de Leipzig; lo mismo sucedía con los cuadros en que estaban pintados groseramente los efectos sorprendentes de la repentina conversión de Morok, pues estas truhanerías no hubieran hecho efecto en París.

Morok se vestía en uno de los cuartos de los actores; por encima de su cota de malla y demás piezas correspondientes, llevaba un ancho pantalón encarnado sujeto a los tobillos con arillos de cobre dorado; su larga túnica de tela negra con flores encarnadas y oro, ceñíase a su cintura y muñecas por otros anillos de metal también dorados.

Devoto profeta en Alemania y cómico en París, Morok sabía, como sus protectores, acomodarse perfectamente a las circunstancias.

Sentado en un extremo del cuarto, y contemplándole con una especie de admiración estúpida, estaba Santiago Rennepont, llamado «Duerme en cueros». Desde el día que el incendio devoró la fábrica del señor Hardy, Santiago no se había separado de Morok, pasando todas las noches en orgías, cuya fatal influencia arrostraba el domador de fieras por su organización de hierro.

Santiago aceptó sin vergüenza la limosna sin límites de las sensualidades anonadadoras que Morok le daba, pagando éste siempre los gastos algo crecidos de sus orgías, pero no dándole nunca dinero, para conservarle bajo su dependencia. Habiendo contemplado a Morok durante algunos segundos, le dijo:

—A la verdad que tu oficio es de los más distinguidos (ya se tuteaban); puedes vanagloriarte que en el día no hay en todo el mundo dos hombres como tú. Y es muy lisonjero. ¡Lástima es que no te concretes a ese hermoso oficio!

—¿Qué quieres decir?

—¿Y esa conspiración a cuya costa me haces andar de boda todos los días y todas las noches?

—Eso calienta, pero aún no ha llegado el momento; y por eso quiero tenerte conmigo hasta el gran día. ¿Te quejas?

—No, ¡voto a bríos! —respondió Santiago— ¿qué haré? Abrasado como me hallo por el aguardiente, aun cuando quisiese trabajar no tendría fuerzas suficientes; no

tengo como tú una cabeza de mármol y un cuerpo de hierro; pero el embriagarme con pólvora en lugar de cualquiera otra cosa, me hace bien; ya no soy bueno para ningún otro trabajo.

—Nunca te has encontrado mejor, ni tenido más talento... ¡tonto! —respondió Morok poniéndose el turbante.

Interrumpió la conversación la precipitada entrada de Goliat en el cuarto.

—¿Por qué entras aquí como una tormenta? —le dijo Morok.

—Otra tormenta hay en el teatro; gritan como endemoniados; pero si no fuese más que eso...

—¿Qué más hay?

—«La Muerte» no podrá representar esta noche.

Morok se volvió bruscamente, y dijo:

—¿Por qué?

—Acabo de verla; está acurrucada en el fondo de la jaula, y con las orejas tan agachadas, que parece se las han cortado: ya sabéis lo que significa esto.

—¿Y a eso se reduce todo? —dijo Morok volviéndose hacia el espejo para acabar de arreglarse.

—Bastante es, pues se halla en un acceso de rabia. Desde aquella noche que en Alemania devoró aquel caballo blanco, no la he vuelto a ver tan feroz.

—Entonces se le pondrá su hermoso collar —dijo Morok sencillamente.

—¿Su hermoso collar?

—Sí, su collar de resorte.

—Será necesario que os ayude en calidad de doncella —dijo el gigante.

—Cállate.

—Aún hay más —repuso Goliat algo confuso.

—¿Qué más?

—Prefiero decíroslo... al momento.

—¿Hablarás?

—Pues bien... está aquí.

—¿Quién, bruto?

—El inglés.

Morok se estremeció. Santiago quedó estupefacto ante la palidez y contracción de las facciones del domador de fieras.

—¿El inglés! ¿Le has visto? —preguntó Morok a Goliat.

—Le he visto, miraba por el agujero del telón, y le vi en un palquillo que casi está sobre el escenario; quiere ver las cosas de cerca. Fácil es reconocerle por su frente prominente, su larga nariz y sus ojos redondos.

Morok volvió a estremecerse, y aquel hombre, por lo regular de una impasibilidad feroz, parecía cada vez más asustado; así que Santiago le dijo:

—¿Qué inglés es ése?

—Me seguía desde Strasburgo, en donde me vio por primera vez —respondió

Morok sin poder dominar su abatimiento—. Viajaba a jornadas cortas, como yo, con sus caballos, parándose en donde yo lo hacía, para no perder ninguna de mis representaciones; pero dos días antes de llegar a París, me había dejado, y me creía ya libre de él.

—¡Libre! ¿Cómo dices eso? —contestó Santiago sorprendido—. ¡Un parroquiano tan bueno, un admirador semejante!

—Sí —dijo Morok cada vez más abatido—. Ese miserable apostó una suma enorme a que sería devorado en su presencia en uno de mis ejercicios, y piensa ganar su apuesta: ahí tienes por qué no me deja.

Parecióle tan excéntrica la idea del inglés a «Duerme en cueros», que, por la primera vez después de mucho tiempo, soltó una franca carcajada. Morok, lívido de cólera, se precipitó sobre él tan amenazador, que Goliat se vio precisado a interponerse.

—Vamos, vamos —dijo Santiago—, no te enfades; ya que es cosa formal, no me reiré más.

Morok se sosegó y dijo a «Duerme en cueros» con voz sorda:

—¿Me crees cobarde?

—No, ¡voto a bríos!

—Pues con todo, ese inglés de rostro grotesco, me espanta más que mi tigre y mi pantera.

—Te creo —respondió Santiago—, pero no comprendo por qué la presencia de este hombre te asusta.

—¿Pero no consideras, miserable —exclamó Morok— que precisado a espiar continuamente el menor movimiento de la bestia feroz que tengo dominada por mis ademanes y miradas, es terrible el saber que dos ojos están siempre fijos en mí esperando que la menor distracción me entregue a los dientes de los animales?

—Ahora lo comprendo —contestó Santiago, y también se estremeció.

—Sin contar que «la Muerte» tiene esta noche las orejas pegadas al cráneo —dijo Goliat brutalmente—, si insistís, yo os lo digo, el inglés ganará esta noche su apuesta.

—Sal de aquí, animal; no me rompas la cabeza con tus predicciones de mal agüero —exclamó Morok—. Prepara el collar de «la Muerte».

—Vamos, cada cual tiene sus gustos, y vos queréis que la pantera os coma —dijo el gigante saliendo lentamente tras esta broma.

—Pero ya que tienes esos recelos —dijo «Duerme en cueros»— ¿por qué no dices que la pantera está enferma?

Morok se encogió de hombros y respondió con una exaltación feroz:

—¿Has oído hablar del acerbo placer del jugador que juega a una carta su honor y su vida? Pues yo también, en esos ejercicios de cada día, en que expongo mi vida, hallo un placer amargo y salvaje en arrostrar la muerte ante una muchedumbre trémula y espantada de mi audacia. En fin, hasta en el temor que me inspira ese inglés, hallo a veces, a pesar mío, no sé qué terrible excitante.

El director, entrando en el cuarto del domador de fieras, le interrumpió:

—¿Se pueden dar los tres golpes, señor Morok? —le dijo—. La sinfonía no durará más que diez minutos.

—Ya pueden darlos —dijo Morok.

—El señor comisario de policía ha ordenado que examinen otra vez la doble cadena destinada para la pantera y la argolla sujeta al piso del escenario, en el fondo de la cueva —añadió el director— y ha hallado que todo reúne una solidez satisfactoria.

—Sí, satisfactoria... excepto para mí... —dijo confuso el domador de fieras.

—¿Es decir, que se pueden dar los golpes, señor Morok?

—Ya pueden darlos —respondió Morok.

Y el director se marchó.

CXVI

La subida del telón

Los tres golpes de costumbre resonaron solemnemente detrás del telón y dio principio la sinfonía.

El interior del teatro presentaba un golpe de vista muy animado. Excepto los dos palcos bajos del escenario, uno a derecha y otro a izquierda del público, todas las demás localidades estaban ocupadas. En las lunetas se veían la mayor parte de los jóvenes que por la mañana recorrían los Campos Elíseos a caballo. Algunas palabras dirigidas de una luneta a otra, darán una idea de su conversación.

—No sé cómo permiten a ese Morok atar su pantera a un extremo del escenario con una cadena y una argolla de hierro. Si se rompiera la cadena...

—Ahora que habláis de cadenas rotas: allí tenéis a la linda señora. ¿No la veis en los segundos palcos de enfrente?

—Parece que le prueba el haber roto la cadena conyugal, como decís; este año está bellísima.

—¡Ah! mirad la bella duquesa de Saint-Prix. Todo lo más elegante se halla reunido aquí esta noche.

—¡Ah! señores ¡no me engaño... no... es ella!

—¿Quién?

—La señorita de Cardoville. Acaba de entrar en el palco que da sobre el escenario con Morinval y su mujer. Es una verdadera resurrección; esta mañana en los Campos Elíseos, esta noche aquí...

—¡Dios mío!, ¡qué hermosa está!

—Y además de su hermosura, un talento diabólico, dieciocho años, trescientos mil francos de renta, de noble cuna y libre como el aire.

—Dícese que su palacio de la calle de Anjou tiene algo de mágico; se habla de una sala de baños y un dormitorio digno de las «Mil y una noches».

—¡Ah, señores!, ¡dichoso el mortal que logre su primer amor!

—Ya están todos los palcos llenos, excepto el del escenario que da frente al de la señorita de Cardoville. ¡Dichosos los que lo hayan alquilado!

—¡Qué lisonjero debe ser para los leones y los tigres el atraer unos espectadores tan escogidos!

—Observad cómo todas las elegantes dirigen sus anteojos a la señorita de Cardoville.

—Hace bien en presentarse en público, pues la hacían pasar por loca.

—Señores, señores, un personaje digno de ser visto.

—¿En dónde está, en dónde?

—Allí, en el palco que cae debajo del de la señorita de Cardoville.

—¡Qué ojos tan redondos y fijos! ¡Qué facha tan grotesca!

—Vamos, señores, silencio que, ya se levanta el telón. —Lo que en efecto era así. Para poder comprender lo que sigue, es preciso que demos algunas explicaciones.

Al lado izquierdo del escenario había dos palcos; el uno ocupábanlo varias personas de las designadas por los jóvenes de las lunetas; en el otro más próximo a las tablas, permanecía el «Inglés» aquel excéntrico y siniestro apostador, que tanto miedo causaba a Morok. Necesitaríase estar dotado del genio raro y fantástico de Hoffman para describir debidamente aquella fisonomía grotesca y temible, que resaltaba sobre el fondo oscuro del palco; entonces se podía comprender la terrible pesadilla que causaban a Morok aquellos dos ojos grandes, redondos y fijos que esperaban con impaciencia la muerte del domador de fieras (¡qué muerte tan terrible!) con una confianza inexorable.

Encima del lóbrego palco del inglés, formando un gracioso contraste, estaban el señor y la señora de Morinval y la señorita de Cardoville. La señora de Morinval, sentada en el puesto de preferencia, estaba vestida con gusto y sencillez, el señor de Morinval, joven, hermoso y rubio, muy elegante, ocupaba el segundo banco detrás de las dos mujeres; el conde de Montbron debía llegar de un momento a otro.

Recuerde el lector que el palco de la derecha que daba frente al de la señorita de Cardoville estaba hasta entonces vacío.

El escenario representaba una inmensa selva de la India. Este sitio agreste y salvaje estaba tan bien combinado, que la ilusión venía a ser lo más completa posible: bajo la pantalla de los quinqués, iluminaba aquel siniestro paisaje con tintas ardientes y veladas que aumentaban el aspecto lúgubre e imponente.

Adriana procuraba hallar en aquel cuadro el bosque solitario descrito en la relación del viajero que refería con qué generosa valentía se precipitara Djalma sobre un tigre furioso para salvar la vida de un pobre esclavo negro refugiado en una cueva. La casualidad satisfacía tan maravillosamente el recuerdo de la joven, que absorta en la contemplación de aquel paisaje, no se ocupaba de lo que ocurría en el teatro.

No obstante, lo que pasaba en el palco de enfrente era digno de llamar la atención. Abrióse la puerta y entró un hombre de unos cuarenta años, de color cetrino, vestido a la india con una larga túnica de seda color de naranja, ceñida a la cintura por una faja verde y un turbante blanco; habiendo echado una ojeada al teatro, se estremeció, sus negros ojos resplandecieron y salió precipitadamente; era Faringhea.

La atención pública se acrecentó al ver entrar en el palco del que salió Faringhea a un joven de extremada hermosura, vestido también a la india con una larga túnica de cachemira blanca con mangas perdidas y un turbante escarlata con rayas de oro, en el que brillaba un largo puñal cuajado de piedras preciosas. Era Djalma, que permaneció un momento en pie en la puerta, dirigiendo desde el fondo del palco una mirada casi indiferente a la muchedumbre; luego, dando algunos pasos con graciosa y tranquila majestuosidad, sentóse el príncipe con negligencia en una de las sillas, y al

cabo de un rato volvió la cabeza hacia la puerta como sorprendido de no ver entrar a una persona que sin duda esperaba, presentóse ésta al fin. Era una hermosa joven, rubia; llevaba un vestido de seda blanco con rayas color de cereza: exageradamente escotado y manga corta, dos grandes lazos de cintas cereza colocados a cada lado de la cabeza sobre sus rubios cabellos, adornaban el rostro más lindo, vivaracho y travieso que pueda verse; ya se habrá reconocido a Rosita Pompón.

Rosita Pompón, muy lejos de imitar los ademanes sosegados de Djalma, entró en el palco saltando, movió ruidosamente las sillas, se zarandó antes de sentarse para que viesan su hermoso vestido, y con un gracioso ademán hizo respirar a Djalma el olor de su ramo de rosas. Faringhea entró, cerró la puerta del palco y se sentó detrás del príncipe.

Adriana profundamente absorta en la contemplación de la selva india, no había notado la llegada de los recién venidos.

CXVII

«La Muerte»

La señora de Morinval, colocada enteramente enfrente del palco en que se hallaban Faringhea, Djalma y Rosita Pompón, había notado al momento la llegada de estos nuevos personajes y particularmente las coquetas excentricidades de Rosita Pompón; inclinándose un poco la joven marquesa, dijo riendo a la señorita de Cardoville, absorta aún en sus inefables recuerdos:

—Querida mía, no se halla en las tablas lo más divertido. Mirad en frente.

—¿En frente? —repitió maquinalmente Adriana.

Y dirigiendo la vista al punto que le indicaban, miró... ¿pero qué fue lo que sus ojos vieron? A Djalma sentado al lado de una joven que le hacía aspirar familiarmente el perfume de su ramillete. Aturdida, herida casi físicamente en el corazón por un golpe eléctrico, agudo y profundo, una mortal palidez se difundió por el rostro de Adriana.

A esta sensación dolorosa siguióse una idea terrible para su amor y su orgullo. Djalma está aquí con una mujer y recibió mi carta, se decía, en la que ha podido leer la dicha que le esperaba. A la idea de esta afrenta, el rubor de la vergüenza y de la indignación reemplazó a la palidez de Adriana, quien anonadada ante la realidad, se decía:

—«Rodin no me había engañado».

Preciso es renunciar a describir la rapidez de estas emociones, que torturan en menos de un minuto.

—Mi querida Julia, ¿qué hay enfrente digno de llamar la atención?

Esta respuesta evasiva permitió a Adriana recobrar su serenidad.

—¡Cómo, querida mía!, ¿no veis a esos indios que acaban de entrar en el palco del escenario, allí enfrente de nosotros?

—¡Ah! Sí, ahora los veo —respondió Adriana con voz firme.

—Muy divertidos están —dijo la marquesa—. Estoy segura que esa chicuela, a pesar de sus modales libres, está loca por ese indio. Acabo de sorprender una mirada... que dice mucho.

Djalma, distraído hasta entonces por la decoración, que le recordaba su país, permanecía insensible a las caricias de Rosa Pompón y no había echado de ver a Adriana.

—Ésta sí que es buena —decía Rosita Pompón, moviéndose en el palco y mirando con sus anteojos a la señorita de Cardoville—: una hermosísima mujer con cabello rojo, pero, preciso es decirlo, de un color muy lindo... mirad, «príncipe encantador».

Y diciendo esto, golpeó suavemente en el hombro de Djalma, quién al oír estas palabras volvió la cabeza y entonces fue cuando vio a la señorita de Cardoville.

Si bien habían preparado al príncipe para este encuentro, con todo experimentó una sensación tan violenta que, fuera de sí, iba a levantarse, cuando sintió en su hombro la mano férrea de Faringhea, que colocado detrás de él, le dijo en voz baja y en lengua india:

—¡Ánimo, y mañana esa mujer estará a vuestros pies!

Viendo el mestizo que Djalma hacía otro esfuerzo, añadió para contenerle:

—No ha mucho palideció, los celos encendieron su rostro, y si os mostráis débil, todo está perdido. Y mañana palpitará de amor y alegría —repuso el mestizo—. Una mujer altiva no se humilla sino a fuerza de desprecios. Mañana, os digo, la veréis a vuestros pies trémula, confusa y suplicante.

—¡Mañana... me aborrecerá de muerte! —respondió el príncipe con abatimiento.

Reducido Djalma por la desesperación a probarlo todo; dominado, a pesar suyo, por la fascinación de los diabólicos consejos de Faringhea, miró fijamente a la señorita de Cardoville, tomó con mano trémula el ramillete de Rosita Pompón, y dirigiendo una mirada a Adriana, lo aproximó a sus labios. A esta ultrajante bravata, la señorita de Cardoville no pudo reprimir un estremecimiento tan brusco que el príncipe se admiró.

—¡Vuestra es! —le dijo el mestizo—. ¿Veis, monseñor, cómo tiembla de celos? Vuestra es; ánimo, y muy pronto os preferirá a aquel hermoso joven que está sentado detrás de ella, porque a él es... a quién creía amar. —Y adivinando el mestizo el furor que esta revelación debía excitar en el corazón del príncipe, añadió precipitadamente—. Calma, menosprecio, ¿no es ese hombre el que ahora debe aborreceros?

Contúvose el príncipe y pasó la mano por su frente que el enojo enardeciera.

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que contáis que le pone en tal estado? —dijo Rosa Pompón a Faringhea en tono enojado.

¿Es acaso preciso decir que el billete de Adriana no había llegado a manos del príncipe, y que tampoco éste había ido a pasar el día en el campo con el mariscal Simón? Tres días hacía que el señor de Montbron no había visto a Djalma, y en aquel intervalo, Faringhea le había persuadido que fingiendo otro amor vencería a la señorita de Cardoville. En cuanto a hallarse Djalma en el teatro, era porque Rodin había sabido por Florina, que su señorita iría aquella noche.

Antes que Djalma hubiese reconocido a Adriana, sintiendo ésta que le faltaban las fuerzas, había pensado en retirarse del teatro; pero cuando vio que el príncipe la reconocía, y llevaba su ultraje hasta el grado de mirarla cara a cara acercando a sus labios el ramillete de la criatura que le acompañaba, apoderóse de Adriana una noble indignación, sintiéndose con valor para permanecer en su sitio; en vez de cerrar los ojos a la evidencia, sentía un bárbaro placer en asistir a la agonía, a la muerte de su amor puro y divino. La cabeza erguida, la vista altiva y brillante, coloreadas las mejillas, miró también al príncipe con firme menosprecio; una sonrisa sardónica

asomó a sus labios, y dijo a la marquesa, ocupada, como otros muchos en lo que pasaba en aquel palco.

—Esa repugnante manifestación de costumbres salvajes se halla al menos en armonía con el resto del programa.

—Sin duda —dijo la marquesa— y mi querido tío habrá dejado de ver lo más divertido.

—¡El señor de Montbron! —Dijo Adriana con viveza y mal reprimida amargura — sí... mucho sentirá el no haberlo presenciado todo. Desearía que ya estuviese aquí. ¿No es a él a quién debo esta hermosa noche?

Quizás la señora de Morinval hubiera observado la expresión de desgarradora ironía que Adriana había podido disimular enteramente, si de pronto un rugido ronco, prolongado y sonoro no hubiese llamado su atención y la de los espectadores, que hasta entonces, ya lo dijimos, se habían mostrado muy indiferentes a las escenas que debían preceder a la aparición de Morok. Todos los ojos se volvieron instintivamente hacia la caverna situada a la izquierda del escenario, debajo del palco de la señorita de Cardoville, y notóse en el teatro un estremecimiento general de ardiente curiosidad. Un segundo rugido aún más sonoro y profundo, y que parecía más feroz que el primero, salió esta vez del subterráneo, cuya boca estaba medio oculta por maleza artificial, fácil de separar. El inglés, al oír este rugido se levantó, asomó medio cuerpo fuera del palco, se frotó las manos con satisfacción y permaneció inmóvil, con sus ojos grandes y verdosos fijos en la entrada de la cueva.

Djalma también se estremeció al oír aquellos rugidos feroces, a pesar de todas las excitaciones de amor, celos y odio que sentía. La vista de aquel bosque y los rugidos de la pantera le causaron una emoción profunda recordándole su país aun cuando de pronto hubiese oído los clarines bélicos del ejército de su padre tocar a ataque, no hubiera sido mayor su ardor salvaje. Muy pronto sordos bramidos, como un lejano trueno, dominaron los estridentes rugidos de la pantera: el león y el tigre, Judas y Caín, le respondieron. A este aterrador concierto, que tantas veces había llegado a sus oídos en medio de las soledades de la India, acampado para la caza o la guerra, la sangre de Djalma hirvió en sus venas; sus ojos brillaron con ardor feroz; el cuello estirado, las manos contraídas sobre la baranda del palco.

—¡Ya está aquí... ya está aquí! —dijo la muchedumbre a la vez.

Morok apareció en el fondo del escenario: llevaba un arco y un largo carcaj lleno de flechas.

Bajó lentamente la cuesta de rocas simuladas que venían a parar en declive hasta el medio de las tablas; de vez en cuando se paraba, aparentando escuchar; y no avanzaba sino con circunspección. Las miradas que dirigía en torno, quizás involuntariamente se encontraron con los ojos grandes y verdosos del inglés, cuyo palco estaba enteramente al lado de la cueva. Contrajéronse las facciones del domador de fieras.

Un gran rumor de palpitante curiosidad se oyó entonces en el teatro y todas las

miradas se fijaron invenciblemente en la cueva.

De súbito apareció la pantera negra por entre la maleza artificial, que separó con su ancho pecho; por dos veces alargó el cuello, presentando su cabeza chata, iluminada por dos ojos amarillentos y relumbrantes. Luego entreabriendo su boca encendida, lanzó otro rugido mostrando dos hileras de agudos dientes. Una doble cadena y un collar de hierro pintados de negro, se confundían con su pelo de ébano y la oscuridad de la cueva, de modo que la ilusión era completa, y el terrible animal parecía hallarse libre en su madriguera.

Al ver la pantera, el ardor feroz de Djalma había llegado a su colmo; sus ojos brillaban en sus órbitas nacaradas como dos negros carbunclos; el labio superior se movía convulsivamente con una expresión de ferocidad animal, como si se hallase en un violento acceso de cólera.

Faringhea, experimentaba también una profunda emoción, motivada por una extraña casualidad.

—Esta pantera negra, de una raza tan escasa —se decía—, que veo en París, en un teatro, debe ser la que el Malayo (el «thug» o estrangulador que había pintarrajeado el brazo de Djalma en Java durante su sueño) arrebató de su cueva cuando era pequeña y la vendió a un capitán europeo.

—¿No os parece —dijo el marqués dirigiéndose a Adriana—, que esos indios están hermosísimos en este momento?

—Adriana —dijo de pronto la marquesa con voz alterada—, ahora tenemos al domador de fieras bastante cerca; ¿no da miedo ver su rostro?

—No se muere por una herida —respondió Adriana a la marquesa con una fría indiferencia, que la joven miró a la señorita de Cardoville con sorpresa y le dijo:

—¡Ah! amiga mía, ¡lo que decís es muy cruel!

—¿Qué queréis? —contestó con una sonrisa glacial.

—Mirad, mirad; el domador de fieras va a lanzar su flecha contra la pantera —dijo el marqués— sin duda después imitará el combate cuerpo a cuerpo.

Morok en aquel instante se hallaba en la orilla de las tablas, pero tenía que atravesarlas para llegar a la boca de la caverna. Detúvose un momento, ajustó una flecha a la cuerda de su arco, arrodillóse detrás de un trozo de roca, apuntó algún tiempo, partió la saeta silbando y fue a perderse en la profundidad de la cueva, en donde se había refugiado la pantera después de asomar un momento su cabeza amenazadora. Apenas desapareció la flecha, cuando «la Muerte» hostigada a propósito por Goliat, entonces invisible, lanzó un rugido de cólera como si hubiese sido herida. La pantomima de Morok era tan expresiva, manifestó tan naturalmente su satisfacción de haber herido a la fiera, que el teatro resonó en frenéticos aplausos. Arrojando lejos de sí el arco, sacó del cinturón un puñal, cogióle entre los dientes y empezó a acercarse a la cueva arrastrándose sobre sus manos y rodillas como si hubiese querido sorprender en su madriguera a la pantera herida. Para que la ilusión fuese más perfecta, Goliat irritaba a «la Muerte» pegándole con una barra de hierro,

de modo que desde el fondo del subterráneo daba espantosos rugidos. El aspecto sombrío del bosque, iluminado apenas por los reflejos rojizos, producía un efecto tan imponente; los feroces aullidos de la pantera; los ademanes, actitud y fisonomía de Morok contraída por el terror, que el público, atento, trémulo, guardaba un profundo silencio; todas las respiraciones estaban suspendidas; hubiérase dicho que el miedo se apoderaba de los espectadores, como si esperasen presenciar un terrible espectáculo.

Lo que hacía que la pantomima de Morok fuese aún más imponente, es que al acercarse poco a poco a la cueva, también se acercaba al palco del inglés. El domador de fieras, fascinado a su pesar por el miedo, no podía separar la vista de los ojos verdosos de aquel hombre; diríase que cada brusco movimiento que hacía arrastrándose era efecto de una sacudida de atracción magnética causada por la mirada fija del siniestro apostador. De modo que cuanto más se acercaba Morok a él, mayor era la contracción de su rostro y su lividez. Al ver aquella pantomima, que ya no era un juego, sino la verdadera expresión del espanto, interrumpieron el silencio profundo y palpitante que reinaba en el teatro repetidas aclamaciones, a las que se unieron los rugidos de la pantera y los lejanos del león y del tigre.

El inglés, casi fuera de su palco, los labios vueltos por su tétrica risa sardónica, y con sus grandes ojos siempre fijos, estaba jadeante y oprimido; un copioso sudor inundaba su frente calva y encarnada, como si verdaderamente emplease una increíble fuerza magnética para atraer a Morok, que veía iba a llegar muy pronto a la entrada de la caverna. El momento era solemne, agachado, recogido, con el puñal en la mano, Morok seguía con la vista todos los movimientos de «la Muerte» que, rugiente e irritada, abría su enorme boca como queriendo defender la entrada de su madriguera, esperando el momento de arrojarla sobre ella.

Hay tal fascinación en el peligro, que Adriana participaba a su pesar del sentimiento de impaciente curiosidad mezclada de espanto que hacía palpar a todos los espectadores: inclinada como la marquesa contemplando aquella escena de terrible interés, la joven tenía maquinalmente en la mano su ramillete «indio» que había conservado. De pronto Morok dio un grito horrible arrojándose sobre «la Muerte» que le respondió con un sonoro rugido, precipitándose con tal furia sobre su amo, que espantada Adriana, creyendo que aquel hombre estaba perdido, se echó hacia atrás ocultando el rostro entre sus manos; el ramillete que se escapó de entre ellas cayó en las tablas, y fue a parar a la caverna en que luchaban Morok y la pantera.

Djalma, veloz como el rayo, ágil como un tigre, cediendo al impulso de su amor y al ardor feroz que en él excitaban los rugidos de la pantera, se puso de un salto en las tablas, sacó su puñal y se precipitó en la caverna para coger el ramillete de Adriana. En aquel momento un grito espantoso de Morok herido pedía auxilio. La pantera, más furiosa aún al ver a Djalma, hizo un esfuerzo desesperado para romper su cadena; mas no pudiendo conseguirlo, se levantó sobre sus patas traseras para arrojarla sobre Djalma que se hallaba entonces al alcance de sus afiladas garras. Bajar la cabeza,

echarse de rodillas, y al mismo tiempo sepultarle por dos veces su puñal en el vientre con la rapidez del relámpago, fue el modo con que Djalma se libró de una muerte segura; la pantera rugió cayendo con todo el peso de su cuerpo sobre el príncipe; durante un segundo que duró su terrible agonía, no se vio más que una masa confusa y convulsa de miembros negros y vestidos blancos ensangrentados. Djalma al fin se incorporó pálido, cubierto de sangre y herido; y en pie, brillándole los ojos con salvaje orgullo, puesto un pie sobre el cadáver de la pantera, y en la mano el ramillete de Adriana, dirigió a ésta una mirada que manifestaba su insensato amor. Entonces fue cuando la joven sintió que sus fuerzas desfallecían, porque un valor sobrehumano le habían permitido hasta aquel instante asistir a las espantosas peripecias de aquella lucha.

CXVIII

El viajero

Es de noche. En medio de la melancólica serenidad del cielo, brilla la luna y centellean las estrellas: los ásperos silbidos del cierzo, brisa funesta, seca, glacial, se cruzan, serpentean y estrellan en violentas ráfagas, que con su soplo estridente barren las alturas del Montmartre.

Sobre la elevada cumbre de esta colina, vese en pie a un hombre, cuya sombra se dibuja sobre el terreno pedregoso iluminado por la luna. Este viajero contempla la gran ciudad que se extiende a sus plantas, PARÍS, cuyo negro perfil formado por sus torres, cúpulas, bóvedas y campanarios resaltan sobre la azulada limpidez del horizonte. Es la lejana claridad de mil fuegos que durante la noche, en las horas de recreo, alumbran alegremente la bulliciosa capital.

—No —decía el viajero—, no será. El Señor no consentirá en ello; basta ya con dos veces. Hace cinco siglos que la mano del Todopoderoso me empujó desde el fondo del Asia hasta aquí. Entré en esta ciudad, y también fue diezmada. Tres siglos después, la mano oculta que me guía al través del mundo, me condujo otra vez aquí, y también ese azote que de tiempo en tiempo el Todopoderoso une a mis pasos, asoló esta ciudad, alcanzando a mis hermanos. Y heme aquí por tercera vez en el transcurso de cinco siglos, en la cima de una de las colinas que dominan esta ciudad, trayendo tal vez conmigo el espanto, la desolación y la muerte; esta ciudad que, embriagada por el bullicio de sus placeres, de sus fiestas nocturnas, no sabe ¡oh! no sabe que me hallo a sus puertas... ¡Pero no, no; mi presencia no será otra vez calamitosa! Dios, en sus impenetrables miras, me condujo hasta aquí al través de la Francia, haciendo que no hallase en mi camino ni una humilde cabaña; de modo que ningún toque fúnebre señaló mi paso. Además, el espectro ya no me acompaña... ese espectro lívido de ojos hundidos y sangrientos... Cuando puse el pie en Francia, su mano húmeda y glacial soltó la mía y desapareció... Con todo... lo conozco; la atmósfera mortífera me rodea aún; no cesan los agudos silbidos de ese viento siniestro que, arrebatándome en su torbellino, parece propagar el azote con su aliento emponzoñado. Quizás la cólera del Señor se aplacará y mi presencia no será más que una amenaza, para advertir a los que debe intimidar... sí, porque a ser de otro modo, a querer dar un golpe mucho más espantoso, sembraría de pronto el terror y la muerte en el corazón del país, en el seno de esta populosa ciudad. ¡Oh! no, no; el Señor se apiadará no imponiéndome este nuevo suplicio. ¡Ay! en esta ciudad mis hermanos son aún más numerosos y miserables que en cualquiera otra parte... ¿y seré yo quien les traiga la muerte? No, el Señor se apiadará, porque, ¡ay! los siete descendientes de

mi hermana están al fin reunidos en esta ciudad. ¿Y sería yo el que les trajese la muerte? Porque esa mujer que como yo vaga del uno al otro cabo del mundo, después de haber desbaratado las tramas de sus enemigos, siguió su marcha eterna. En vano presintió que grandes desgracias amenazaban a mis parientes... la mano oculta que me guía conduce siempre delante de mí a la mujer errante. Arrebatada como siempre por el irresistible torbellino, en vano exclamó suplicante, en el momento de abandonar a los míos:

»—¡Señor, que al menos concluya mi obra!

—¡ANDA!

—¡Algunos días, por piedad!

—¡ANDA!

—Dejo a los que protejo al borde del abismo...

—¡ANDA!

—Y el astro errante se lanzó otra vez en su senda eterna... Su voz, atravesando el espacio, me llamó al auxilio de mis parientes, y cuando llegó hasta mí, los vástagos de mi hermana se hallaban aún expuestos a terribles peligros... que van aún en aumento. ¡Oh!, ¡decid, decid, Señor!, ¿los descendientes de mi hermana se librarán de la desgracia que hace tantos siglos abruma a mi raza? ¿Me perdonaréis en ellos? ¿Me castigaréis en ellos? ¡Oh! haced que obedezcan las últimas voluntades de su abuelo: que puedan unir sus corazones caritativos, sus nobles inteligencias, sus inmensas riquezas. De este modo trabajarán por la futura felicidad humana... ¡redimirán quizás mi pena eterna! ¡Señor!, ¡ya que vuestra mano todopoderosa me ha conducido aquí con un objeto que ignoro, calmad al fin vuestro enojo! ¡Basta de luto sobre la tierra! Hace dos años que vuestras criaturas fenecen a millares tras mis pasos. Atravesando desde el Asia hasta el helado polo he sembrado la muerte... ¿No oís, Señor, este prolongado sollozo que sube desde la tierra hacia vos? Perdón para todos y para mí... Que un día, un solo día pueda reunir a los descendientes de mi hermana, y están salvados.

Diciendo estas palabras, el viajero cayó de rodillas, elevando al cielo sus manos suplicantes. De pronto, el viento rugió con mayor violencia, los agudos silbidos trocáronse en tormenta. El viajero se estremeció, y exclamó con espanto.

—Señor, el viento mortífero ruge con mayor furia... me parece que su torbellino me arrebatara. Señor, ¿no accedéis a mi ruego? El espectro... ¡oh! el espectro... ya está aquí... otra vez aquí... su rostro verdoso agítase con movimientos convulsivos... sus ojos sanguinolentos se revuelven en su órbita... ¡Vete!... ¡vete!... ¡Su mano!, ¡oh! su mano glacial se ha apoderado de la mía. ¡Señor, misericordia!

—ANDA.

—¡Oh Señor!... ¡esta plaga, este terrible azote; llevarlo aún a esta ciudad!... ¡Mis hermanos serán los primeros que perezcan!... tan desgraciados como son. ¡Piedad!...

—ANDA.

—¡Oh! ¡Señor, apiadaos! Ya no puedo sostenerme... Ya veo las murallas de la

ciudad... ¡Oh! ¡piedad, Señor... piedad para los descendientes de mi hermana!... Salvadlos... haced que no sea yo su verdugo, y que triunfen de sus adversarios.

—¡ANDA... ANDA!...

—El terreno huye bajo mis pies... Ya la puerta de la ciudad... Señor... aún es tiempo... ¡Oh! piedad para esta ciudad adormecida, ¡que no se despierte de aquí a poco a los gritos de espanto y de muerte! Señor, ya toco al umbral de la puerta... vos lo queréis... ¡Ya no hay remedio...! ¡París! ¡El cólera está en tu seno!... ¡Ah!, ¡maldito, siempre maldito!...

—¡ANDA... ANDA... ANDA!...

CXIX

La colación

El día siguiente al en que el siniestro viajero, bajando de las alturas de Montmartre, entró en París, reinaba una grande actividad en el palacio de Saint-Dizier.

Aunque no era mediodía, la princesa vestía con más esmero que de costumbre; sus rubios cabellos, formaban dos tufos encrespados, que sentaban muy bien a sus mejillas llenas y floridas.

La princesa, acompañada por la señora Grivois, su ama de llaves, daba sus últimas órdenes, con respecto a algunos preparativos que se hacían en un espacioso salón.

En uno de los ángulos del salón, no lejos de la chimenea en que ardía un fuego excelente, había un aparador improvisado, en que se veían los más variados elementos de una regalada y exquisita colación.

Habiendo dirigido la señora de Saint-Dizier una ojeada de satisfacción a los preparativos, dijo a la señora Grivois indicándole la poltrona dorada destinada al presidente de aquella reunión:

—¿Han puesto el abrigo debajo de la mesa para que su eminencia pueda poner en él los pies? Siempre se queja de frío...

—Sí, señora —contestó la señora Grivois después de haber mirado debajo de la mesa.

—Poned más leña en el fuego.

—Pero, señora, ¡si ya es un verdadero brasero! Y si su eminencia siempre tiene frío, monseñor el obispo de Halfagen tiene demasiado calor, pues está sudando continuamente.

—Su eminencia el cardenal Malipieri, ¿no es superior a monseñor el obispo de Halfagen?

—Sí, señora.

—Pues bien, según la jerarquía, monseñor debe sufrir el calor, y no su eminencia el frío. Así, haced lo que os digo.

En el momento en que la señora de Saint-Dizier terminaba la inspección de sus preparativos, el ruido de coches que resonaba en el patio del palacio, le anunció a las personas que esperaba; seguramente éstas eran de una elevada categoría, pues, en oposición a las costumbres, salió a recibirlos a la puerta de su primer salón.

Eran, en efecto, el cardenal Malipieri, friolento, y el obispo belga de Halfagen, caluroso, acompañados del padre d'Aigrigny.

Los convidados se hallaron pronto reunidos en el gran salón; el cardenal se aproximó al momento a la chimenea, en tanto que el obispo, que empezaba ya a

sudar, echaba de cuando en cuando sus ojeadas al chocolate y café helado que debían ayudarle a soportar los ardores de aquella canícula artificial. El Padre d'Aigrigny, acercándose a la princesa, le dijo en voz baja:

—¿Queréis ordenar que introduzcan aquí al abate Gabriel de Rennepont, que vendrá a preguntar por mí?

—¿Está aquí ese joven sacerdote? —preguntó la princesa algo asombrada.

—Desde antes de ayer; hemos dispuesto que le mandasen venir a París... todo lo sabréis... Con respecto al Padre Rodin, la señora Grivois cuidará como el otro día de hacerlo entrar por la escalerilla excusada. ¿Vendrá hoy?

—Tiene cosas muy importantes que manifestarnos, y desea que el señor cardenal y el señor obispo estén presentes a esta conversación, porque el padre general en Roma les ha enterado de todo.

Tiró la princesa de la campanilla, dio sus órdenes, y volviendo al lado del cardenal le dijo con acento de oficiosa solicitud:

—¿Empieza vuestra eminencia a calentarse un poco? ¿Vuestra eminencia quiere que se aumente el fuego?

A esta proposición el obispo belga, que enjugaba el sudor de su frente, lanzó un suspiro desesperado.

—Mil gracias, señora princesa —respondió el cardenal a la señora de Saint-Dizier en buen francés.

—¿Monseñor no aceptará nada? —dijo la princesa al obispo indicándole el aparador.

—Tomaré, señora princesa, si me lo permitís, un poco de café helado.

—¿Y vuestra eminencia, no tomará uno de estos pastelitos de ostras?

—Ya los conozco, señora princesa —contestó el cardenal con aparente inteligencia—: son exquisitos y no me niego a ello.

—¿Qué vino tendré la satisfacción de ofrecer a vuestra eminencia? —añadió la princesa con afabilidad.

—Un poco de Burdeos, señora, si gustáis.

—Vuestra eminencia sin duda aprobará —dijo el Padre d'Aigrigny al cardenal—, que no haya creído prudente convocar para hoy al señor obispo de Mogador, así como tampoco al señor arzobispo de Nanterre, siendo enteramente particular y confidencial la conversación que debemos tener con su reverencia el Padre Rodin y el abate Gabriel.

—Nuestro muy amado padre obró acertadamente —contestó el cardenal—, pues si bien por las consecuencias posibles, el negocio Rennepont interesa a toda la iglesia, hay ciertas cosas que deben tenerse secretas.

—Aprovecharé esta ocasión de dar gracias a vuestra eminencia por haberse dignado hacer una excepción en favor de una obscura y humilde servidora de la iglesia —dijo la princesa al cardenal haciéndole una profunda y respetuosa reverencia.

—Cosa justa, señora princesa —contestó el cardenal inclinándose.

—Vuestra eminencia puede vivir persuadido de que soy romana de corazón, de alma y por convencimiento; ninguna diferencia establezco entre un galicano y un turco —dijo la princesa resueltamente.

—La señora princesa tiene razón —dijo el obispo belga.

El Padre d'Aigrigny dijo al cardenal:

—Desgraciadamente, si no se le vigilase mucho, el bajo clero infectaríase de galicanismo y de ideas de rebelión contra lo que ellos llaman el despotismo de los obispos.

—Para evitar eso —contestó el cardenal duramente—, es preciso que los obispos obren con severidad y que tengan presente que antes de ser franceses, son romanos, porque en Francia representan a Roma, al Santo Padre y los intereses de la Iglesia, como un embajador representa en el extranjero su país, su rey y los intereses de su nación.

—Claro está —respondió el Padre d'Aigrigny—; algunos piensan en promover un cisma, pedir que la Iglesia francesa se separe completamente de la de Roma, bajo el pretexto de que el ultramontanismo ha desnaturalizado y corrompido la pureza primitiva de los preceptos de Cristo. Un joven sacerdote, que primero fue misionero, y ahora cura de aldea, el abate Gabriel Rennepont, a quien he hecho venir a París, es el centro de esa propaganda.

El cardenal, bajo pretexto de ir a calentar a la chimenea sus pies, juzgó del caso saborear un vaso de excelente vino añejo de Málaga, que sorbió lentamente con aire de profunda meditación; después de lo cual, dijo:

—De suerte que ese abate Gabriel se mete a reformador; debe ser un ambicioso. ¿Es peligroso?

—En vista de nuestros informes, por tal le tienen sus superiores; le han mandado venir aquí, luego se presentará y diré a vuestra eminencia por qué le hago comparecer.

—¿Pero qué esperáis conseguir haciéndole presentarse aquí? —dijo el prelado.

—La posición del abate Gabriel es compleja, ya como heredero de la familia de Rennepont...

—¿No hizo cesión de sus derechos? —preguntó el cardenal.

—Sí, monseñor, y esa cesión, que no era legal, poco después, preciso es decirlo también, y de su libre voluntad, se arregló en debida forma, porque había jurado que a todo trance haría donación completa a la Compañía de Jesús de la parte de sus bienes. No obstante, su reverencia el Padre Rodin, cree que si vuestra eminencia, después de demostrar al abate Gabriel que sus superiores van a despedirle, le propusiese una posición distinguida en Roma, tal vez se le obligaría a abandonar la Francia, y despertar en él los sentimientos ambiciosos que germinan en su interior; porque vuestra eminencia lo dijo acertadamente: todo reformador debe ser ambicioso.

—Apruebo esa idea —dijo el cardenal después de reflexionar—; con su mérito y

dominio sobre los hombres, el abate Gabriel puede llegar a un puesto elevado... si es dócil, y si no lo fuera, preferible es para los intereses de la Iglesia que se halle en Roma que aquí; pues ya sabéis, mi muy querido padre, que allí tenemos garantías que por desgracia no poseéis en Francia. —Después de algunos instantes de silencio, el cardenal añadió—: Y ya que hablamos del Padre Rodin, francamente; ¿qué pensáis?

—Vuestra eminencia conoce su capacidad —contestó el Padre d'Aigrigny con desconfianza—, nuestro reverendo padre general...

—Le ha encargado reemplazaros —dijo el cardenal—; ya lo sé, me lo comunicó en Roma; pero ¿cuál es vuestro modo de pensar... con respecto al carácter del Padre Rodin? ¿Puede tenerse en él una fe enteramente ciega?

—Es un genio tan firme, secreto e impenetrable —dijo el Padre d'Aigrigny titubeando—, que es difícil formar de él un concepto seguro.

—¿Le creéis ambicioso? —dijo el cardenal después de un momento de reflexión—. ¿No le juzgáis capaz de tener otras miras que la mayor gloria de su compañía? Sí... tengo motivos para expresarme así —añadió el prelado con segunda intención.

—Pero —contestó el Padre d'Aigrigny con desconfianza, porque entre esta clase de gente siempre se juega al que más sabe—, ¿qué piensa vuestra eminencia por sí o por los informes del padre general?

—Mi parecer es, que si su aparente interés por la orden oculta una segunda intención, sería preciso penetrarla a toda costa, porque con las influencias que tiene en Roma hace tiempo, y que he llegado a saber, podría venir día... en que fuese muy temible.

—¡Pues bien! —exclamó el Padre d'Aigrigny, arrastrado por sus celos contra Rodin—, sobre ese punto soy de la opinión de vuestra eminencia, porque a veces he sorprendido en él destellos de ambición tan terrible como profunda, y ya que es preciso decírselo a vuestra eminencia...

El Padre d'Aigrigny no pudo continuar, pues en aquel momento la señora Grivois llamó a la puerta, la entreabrió e hizo una seña a su señora. La princesa contestó con un movimiento de cabeza, la señora Grivois desapareció, y un segundo después entró Rodin en el salón.

El balance

Los dos prelados y el Padre d'Aigrigny se levantaron a la vez al ver a Rodin, tanto les imponía la superioridad verdadera de aquel hombre, sus rostros, no ha mucho contraídos por la desconfianza y los celos, se serenaron de pronto aparentando sonreír al abate con afectuosa deferencia; la princesa dio algunos pasos para recibirle. Rodin, dejando en la blanda alfombra las sucias huellas de sus groseros zapatos, puso su paraguas en un rincón y se acercó a la mesa, no con su acostumbrada humildad, sino con paso resuelto, la cabeza erguida, la mirada fija; no sólo conocía hallarse entre los suyos, sino que tenía el convencimiento de superarles por la inteligencia.

—De vuestra reverencia hablábamos, mi muy querido padre —dijo el cardenal con suma afabilidad.

—¡Ah! —dijo Rodin—, ¿y qué se decía?

—Todo el bien que puede decirse de vuestra reverencia —añadió el obispo belga enjugándose la frente.

—¿No aceptaréis alguna cosa, mi muy querido padre? —dijo la princesa a Rodin.

—Gracias, señora, esta mañana he comido mis rábanos.

—Mi secretario el abate Berlini, que presencié esta mañana vuestro desayuno, me ha edificado hablándome de la frugalidad de vuestra reverencia —dijo el prelado.

—¿Podríamos hablar de negocios? —dijo Rodin bruscamente, como hombre acostumbrado a dirigir la discusión.

—Siempre nos tendremos por dichosos en oíros —dijo el prelado—; vuestra reverencia fijó este día para hablarnos de este vasto negocio Rennepont... tan importante que es casi el objeto de mi viaje a Francia.

—No puedo hacer más que repetir lo que acaba de decir su eminencia —añadió el obispo.

—Seguramente —contestó Rodin dirigiéndose al cardenal—, vuestra eminencia puede servir a nuestra causa... y mucho... —y encarándose con la princesa—: He dejado un recado al doctor Baleinier que viniese aquí, porque bueno será enterarle de ciertos pormenores.

—Lo introducirán como de costumbre —respondió la princesa. Desde la llegada de Rodin, el Padre d'Aigrigny no había desplegado los labios; parecía hallarse bajo la influencia de una amarga preocupación; al fin, levantándose a medias, dijo al prelado con voz agrídulce:

—No rogaré a vuestra eminencia que sea juez entre el Padre Rodin y yo, nuestro general manifestó su voluntad y obedecí; pero como vuestra eminencia debe volver a ver pronto a nuestro superior, desearía que le transmitiese fielmente las respuestas de

su reverencia el Padre Rodin a algunas de mis preguntas.

El prelado se inclinó y Rodin, mirando al Padre d'Aigrigny con aire asombrado, le dijo secamente:

—Es cosa ya juzgada, ¿a qué vienen esas preguntas?

—No para disculparme —contestó el Padre d'Aigrigny—, sino para patentizar el estado de cosas a los ojos de su eminencia.

—Entonces hablad y evitad palabras inútiles —y sacando Rodin su grueso reloj de plata, lo consultó añadiendo—: Es preciso que a las dos esté en San Sulpicio.

—Seré conciso: cuando vuestra reverencia creyó deber sustituir su acción a la mía, echándome en cara el modo con que había manejado los intereses que se me confiaran... esos intereses, lo confieso francamente, se hallaban comprometidos.

—¿Comprometidos? —contestó Rodin con ironía—. Decid más bien perdidos, pues me habíais ordenado escribir a Roma que era preciso renunciar a toda esperanza.

—Verdad es —dijo el Padre d'Aigrigny.

—Es decir, que era un enfermo desahuciado, abandonado de los... mejores médicos —continuó Rodin irónicamente—, el que me encargué de salvar. Continué —y metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, miró fijamente al Padre d'Aigrigny.

—Vuestra reverencia me culpó con dureza —continuó éste—, por no haberme valido de todos los medios posibles para apoderarnos de unos bienes injustamente sustraídos a nuestra Compañía. —Y agregó—: Pero nadie podrá legalmente perseguirme; y en fin, a no ser por una circunstancia fatal, el éxito hubiera consagrado la marcha que había seguido, por brutal y grosera que fuese. Ahora ¿podré preguntar a vuestra reverencia lo que...?

—¿Lo que he hecho más que vos? —dijo Rodin al Padre d'Aigrigny cediendo a su impertinente costumbre de interrumpir—. ¿Lo que he hecho mejor que vos? ¿Qué he adelantado en el asunto Rennepont? ¿Es eso lo que queréis saber?

—Precisamente.

—¡Pues bien! lo confieso —añadió Rodin en tono sardónico—; así como vos habéis hecho cosas grandes, de bulto y turbulentas, yo las he hecho pequeñas, pueriles y ocultas.

—Nunca me hubiera atrevido a dirigir a vuestra reverencia una reconvención semejante, aun cuando me pareciese merecida —dijo el Padre d'Aigrigny con amarga sonrisa.

—¿Una reconvención? —repitió Rodin encogiéndose de hombros—. Ya estáis juzgando. ¿Sabéis lo que escribía de vos hace unas seis semanas? Aquí lo tenéis: «El Padre d'Aigrigny tiene excelentes cualidades, me servirá de mucho» (y desde mañana os emplearé muy activamente añadió como paréntesis) pero añadía: «No es bastante grande para saber hacerse el pequeño cuando conviene». ¿Comprendéis?

—No mucho —dijo el Padre d'Aigrigny ruborizándose.

—Peor para vos; eso prueba que tenía razón. ¡Pues bien! ya que es preciso

decíroslo, yo he tenido bastante talento para hacer el papel más tonto del mundo durante seis semanas. Sí, tal como veis, he charlado con una muchacha; hablé de progreso, humanidad, libertad y emancipación de la mujer a una joven de cabeza alocada; del gran Napoleón y de la idolatría bonapartista a un viejo soldado imbécil, de gloria imperial, humillación de la Francia y esperanza en el rey de Roma a un buen mariscal. ¡Más he hecho a fe mía! Traté de amores con un joven tigre salvaje.

Ver a la araña tejer obstinadamente su tela ¡qué interesante es! Un feo animalillo negruzco tendiendo hilo sobre hilo, anudando éstos, reforzando aquéllos, alargando los otros: os encogéis de hombros, bueno... pero volved dos horas después, y ¿qué halláis? el animalillo negruzco bien satisfecho y en su tela, una docena de locas moscas tan atadas y sujetas, que el animalillo negruzco no tiene más que escoger a voluntad la hora y el momento de comérselas.

Al decir estas palabras, sonrióse Rodin de un modo extraño. El Padre d'Aigrigny sentía ya el haber promovido esta lucha; no obstante respondió con mal reprimida ironía:

—No argüiré sobre la tenacidad de vuestros medios. Convengo con vos en que son pueriles, vulgares; pero esto no basta para dar una elevada idea de vuestro mérito. Me tomaré pues la libertad de preguntaros...

—¿Lo que han producido esos medios? mirad mi telaraña, y veréis a esa hermosa e insolente joven, tan orgullosa hace seis semanas, de su beldad, talento y audacia, hoy pálida, desfigurada y herida mortalmente en el corazón.

—Pero ese arranque de intrepidez caballeresca del príncipe indio, que ha conmovido a París —dijo la princesa—, ¿debió enternecer a la señorita de Cardoville?

—Sí, pero he sabido paralizar el efecto de ese desinterés salvaje, demostrando a la joven que no basta matar panteras negras para probar que es uno amante sensible, delicado y fiel.

—Bien —dijo el Padre d'Aigrigny—. Éste es un hecho probado; ya tenemos a la señorita de Cardoville herida en el corazón.

—¿Pero que ventaja redundará para el asunto Rennepont? —preguntó el cardenal con curiosidad.

—Primero, resulta —dijo Rodin—, que cuando el enemigo más temible se halla peligrosamente herido, abandona el campo de batalla; y esto me parece que es algo.

—En efecto —dijo la princesa—; la señorita de Cardoville, con el talento y audacia que tiene, podría ser el alma de la coalición que se formase contra nosotros.

—Bien —repitió obstinadamente el Padre d'Aigrigny—; bajo este punto de vista ya no es temible, y eso es una ventaja. ¿Pero esa herida del corazón impedirá que herede?

—¿Qué es lo que decís? —preguntó fríamente Rodin—. ¿Sabéis por qué he hecho todo lo posible para acercarla a Djalma a su pesar y luego la he alejado también contra su voluntad?

—Eso es lo que os pregunto —dijo el Padre d’Aigrigny—, ¿de qué modo esa fermentación de las pasiones impedirá que la señorita de Cardoville y el príncipe hereden?

—El rayo que estalla y hiere, ¿parte de un cielo sereno o de un tormentoso? —dijo Rodin en tono de desdén—. No os impacientéis; ya sabré dónde colocar el pararrayos. Con respecto al señor Hardy, ese hombre vivía por tres cosas, ¡por sus trabajadores, por un amigo y por una querida! Tres golpes ha recibido en medio del corazón. Yo siempre me dirijo al corazón; es legal y seguro.

—Es legal —dijo el obispo— porque si no me engaño, ese fabricante tenía una concubina; por consiguiente, bueno es el servirse de una mala pasión para castigar al perverso.

—Nuestra Santa Madre Perpetua —dijo la princesa— cooperó por todos los medios posibles para descubrir ese abominable adulterio.

—Ya tenemos al señor Hardy herido en sus más queridos afectos, convengo en ello —dijo el Padre d’Aigrigny— sin fortuna, pero por lo mismo más ávido de esa inmensa herencia.

Este argumento pareció tan fuerte a los dos prelados y a la princesa, que todos miraron a Rodin con suma curiosidad; éste en lugar de responder, se acercó al aparador, examinó los frascos, y dijo:

—¿Qué hay aquí dentro?

—Vino de Burdeos y de Jerez —contestó la señora de Saint-Dizier, muy sorprendida del súbito gusto de Rodin.

Éste cogió el primer frasco que le vino a la mano y llenó un vaso de Madera, que bebió de un sorbo. Hacía algunos momentos que se había estremecido de un modo extraño, y luego sintió cierta debilidad, por lo cual creyó que el vino le reanimaría. Después de enjugarse sus labios con el reverso de su mano grasienta, volvió al lado de la mesa y dirigiéndose al Padre d’Aigrigny:

—¿Qué me decíais sobre el señor Hardy?

—Que hallándose sin fortuna se mostraría más codicioso de esa inmensa herencia —repitió el Padre d’Aigrigny, picado interiormente del tono imperioso de su superior.

—¿Pensar en dinero el señor Hardy? —dijo Rodin encogiéndose de hombros—, ¿acaso piensa en algo? se halla completamente anonadado. Indiferente a las cosas de este mundo, está entregado a un atontamiento del cual no sale sino para derramar lágrimas; entonces habla con una bondad maquinal a los que le cuidan con esmero (le he puesto en buenas manos). No obstante, ya empieza a mostrarse sensible a la tierna conmiseración que le manifiestan continuamente. Porque, es bueno, excelente, tan excelente como débil, y a esa bondad... os dirigiré, padre d’Aigrigny, para que llevéis a cabo lo que falta por hacer.

—¿Yo? —dijo el Padre d’Aigrigny muy sorprendido.

—Sí, y entonces conoceréis si el resultado que he obtenido no es importante, y... —e interrumpiéndose pasó la mano por la frente y se dijo a sí mismo—: ¡Es singular!

—¿Qué tenéis? —le preguntó la princesa con interés.

—Nada, señora —contestó Rodin, estremeciéndose—; sin duda es el vino... que he bebido; no estoy acostumbrado... me duele un poco la cabeza... pero ya pasará.

—Efectivamente, mi querido padre, tenéis los ojos muy encendidos —dijo la princesa.

—Es que he mirado con demasiada fijeza en mi tela —añadió el jesuita con su sonrisa siniestra— y preciso es que vuelva a fijar en ella la vista para patentizar al Padre d'Aigrigny, que se hace el miope... las otras moscas; las dos hijas del general Simón, por ejemplo, que cada día se hallan más abatidas, viendo elevarse una barrera helada entre ellas y el mariscal. A éste, desde la muerte de su padre, es preciso oírle y verle, perplejo, desesperado entre dos ideas distintas, creyéndose deshonorado si hace esto hoy, y mañana si no lo hace. Ese soldado, en el día es más débil e irresoluto que un niño. Veamos, ¿quién falta aún de esa familia impía? ¿Santiago Rennepont? ¡Preguntad a Morok el estado de embrutecimiento en que han puesto a ese miserable las continuas orgías, y hacia qué abismo camina! Ahí tenéis a esos Rennepont que, según el consejo de su hereje abuelo, debían unir sus fuerzas para combatirnos y aplastarnos. Y eran realmente muy temibles. ¿Qué había dicho yo? Que obraría sobre sus pasiones; lo he hecho, y ahora en vano intentan librarse de la tela que los rodea por todas partes. ¡O digo, que son míos... que son míos!...

Hacia algunos momentos que, a medida que hablaba, la fisonomía y la voz de Rodin se alteraban de un modo extraño, su tez, siempre cadavérica, se coloreaba cada vez más; luego ¡extraño fenómeno! sus ojos, adquiriendo mayor brillo, parecían hundirse, y su voz vibraba ronca, breve y atronadora. Era tan notable la alteración de las facciones de Rodin, y de la que él parecía no hallarse enterado, que los demás actores de esta escena le miraban con asombro. Equivocando el motivo de esta impresión, Rodin, indignado, exclamó con voz entrecortada por una aspiración profunda y penosa:

—¿Es compasión por esa raza impía lo que se manifiesta en vuestros rostros? ¡Cómo! ¿Para defendernos de esas víboras, no tendríamos el derecho de aplastarlas en el veneno que destilan? Yo os digo que es servir a Dios, que es dar un saludable ejemplo el condenar, a la faz del mundo, por el desencadenamiento de sus pasiones, a esa familia impía al dolor, la desesperación y la muerte.

Horrible era la ferocidad de Rodin al expresarse de este modo; un sudor frío bañaba sus sienes. Atribuyendo este malestar que iba en aumento a un poco de cansancio, porque había escrito durante parte de la noche, se acercó al aparador, llenó otro vaso de vino que bebió de un sorbo, y volvió cuando el cardenal le decía:

—Si la marcha que habéis seguido con respecto a esta familia hubiese tenido que justificarse, mi muy querido padre, lo habríais conseguido con vuestras últimas palabras; no sólo según vuestros casuistas, lo repito, os halláis en pleno derecho, sino que tampoco podrían reprobaros nada las leyes humanas; en cuanto a las leyes divinas, es grato al Señor que se destruya la impiedad con sus mismas armas.

Vencido el Padre d'Aigrigny, lo mismo que los demás circunstantes, por la seguridad diabólica de Rodin, y dominado por una admiración temerosa, le dijo:

—Confieso que he obrado mal en dudar del talento de vuestra reverencia; engañado por la apariencia de los medios que usasteis, considerándolos aisladamente, no había podido juzgar de su terrible conjunto, y sobre todo, de los resultados que efectivamente han producido. Ahora, ya le veo; el éxito, mediante vos, no es dudoso.

—Eso es una exageración —contestó Rodin, con impaciencia febril—; todas esas pasiones se hallan ahora en fermentación; pero el momento es crítico... —Rodin no pudo continuar, y aplicóse bruscamente ambas manos a la frente dando un grito de dolor.

—¿Qué tenéis? —dijo el Padre d'Aigrigny.

—Sentaos —dijo la princesa con interés.

—Tomad alguna cosa —añadió el obispo.

—No será nada —contestó Rodin haciendo un esfuerzo sobre sí mismo—; esta noche he dormido poco... es cansancio... nada más. Decía, pues, que era el único que en la actualidad podía dirigir este asunto, pero no ejecutarlo.

—Mi querido padre —dijo el cardenal con inquietud—, os aseguro que estáis gravemente indispuesto. Vuestra palidez es ya lívida.

—Es posible —respondió animosamente Rodin—; pero no me abato por tan poca cosa. Volvamos a nuestro asunto. Ha llegado el momento, Padre d'Aigrigny, en que vuestras cualidades, me pueden servir de mucho. Poseéis seducción, atractivo, una elocuencia penetrante; será preciso...

Rodin volvió a interrumpirse; bañaba su frente un sudor frío; sintió que sus piernas flaqueaban, y dijo, a pesar de su obstinada energía:

—Lo confieso... no me siento bien... tiemblo a pesar mío... estoy helado...

—Si tomaseis bebida caliente... una taza de te... —dijo la princesa—. Afortunadamente el señor Baleinier debe venir muy pronto, y nos tranquilizará sobre esta indisposición.

—En verdad es inexplicable —dijo el prelado.

A estas palabras del cardenal, Rodin, que se había acercado con trabajo al fuego, volvió la vista hacia el prelado y le miró fijamente de un modo extraño durante un segundo; luego, volviéndose de su indomable energía a pesar de la alteración de sus facciones, Rodin exclamó con voz desfallecida:

—Este fuego me ha reanimado; no será nada... ¿Qué casualidad? Caer enfermo en el momento en que el negocio Rennepont nadie puede llevarlo a cabo sino yo. Volvamos, pues, a nuestro asunto; os decía, Padre d'Aigrigny, que podríais serme muy útil, y vos también, señora princesa —y Rodin volvió a interrumpirse. Esta vez lanzó un grito agudo, cayó sobre una silla que estaba cerca de él, se echó hacia atrás convulsivamente, apoyando ambas manos sobre el pecho, y exclamó—: ¡Oh!, ¡cómo sufro!

Entonces, ¡cosa terrible! a la alteración de las facciones de Rodin, siguióse una

descomposición cadavérica; sus ojos ya hundidos se llenaron de sangre y aparecieron retirarse al fondo de su órbita, cuya sombra aumentaba como dos agujeros negros en donde lucían dos pupilas de fuego; de sus labios contraídos por un dolor atroz, escapábase una respiración penosa, interrumpida de vez en cuando por estas palabras.

—¡Oh!... sufro... me abraso...

Cediendo luego a un acceso furioso, se arañaba su pecho desnudo, porque había hecho saltar los botones de su chaleco y roto su camisa negra y grasienta, cuál si la presión de la ropa aumentase la violencia de los dolores que le atormentaban.

Con sus vestidos desordenados, sus ralos cabellos canos erizados en derredor de su rostro verdoso, fijando sus ojos encarnados y ardientes en el cardenal, que en aquel momento se inclinaba hacia él, sujetóle con sus manos convulsas, y con un acento terrible, exclamó con voz entrecortada:

—¡Cardenal Malipieri! Esta enfermedad es demasiado súbita... Se desconfía de mí en Roma; sois de la raza de los Borgias... y vuestro secretario... ¡estuvo esta mañana en mi casa!

—¡Miserable!, ¿qué es lo que se atreve a decir? —exclamó el cardenal, tan pasmado como indignado de la acusación, mientras procuraba desasirse de las manos del jesuita, cuyos dedos parecían de hierro.

—¡Me han envenenado! —dijo Rodin entre dientes, y postrado cayó en los brazos del Padre d'Aigrigny. El cardenal, a pesar de su espanto, pudo decir a éste:

—Cree que quieren envenenarle... es decir; que trama algo peligroso.

Abrióse la puerta del salón y entró el doctor Baleinier.

—¡Ah! doctor —exclamó la princesa—, pálida y asustada, acercándose a él; al Padre Rodin acaban de darle repentinamente unas convulsiones horribles... venid... venid.

—Convulsiones... eso no es nada; tranquilizaos, señora —dijo el doctor, arrojando su sombrero sobre una silla y acercándose apresuradamente al grupo que rodeaba al moribundo.

—¡Aquí está el doctor! —dijo la princesa. Todos se separaron, menos el Padre d'Aigrigny que sostenía a Rodin, echado en una poltrona.

—¡Cielos!, ¡qué es esto! —exclamó el doctor Baleinier examinando con un terror que iba en aumento, el rostro de Rodin, que de verde se puso azulado.

—¿Qué hay? —preguntaron los espectadores a una.

—Lo que hay —contestó el doctor retrocediendo como si hubiese pisado una serpiente—: ¡Es el cólera!

A esta palabra terrible, mágica, el padre d'Aigrigny dejó solo a Rodin, que cayó tendido en el suelo.

—¡Está perdido! —exclamó el doctor Baleinier—; no obstante, corro a buscar lo que se necesita para probar un último esfuerzo. —Y salió precipitadamente del cuarto.

La princesa de Saint-Dizier, el Padre d'Aigrigny, el obispo y el cardenal siguieron

al doctor. Todos se agruparon a la puerta, y era tal su espanto que ninguno acertaba a abrirla. Hiciéronla no obstante girar sobre sus goznes de la parte de afuera, y apareció Gabriel, el tipo del verdadero sacerdote, santo y evangélico, que nunca se mirará con bastante respeto, ardiente simpatía y tierna admiración. Su rostro angelical, suave y sereno, ofrecía un extraño contraste con aquellas caras contraídas y descompuestas por el espanto. Poco faltó para que los fugitivos derribasen al joven sacerdote, que precipitándose por la salida que les habían abierto, exclamaban:

—¡No entréis... se muere del cólera... salvaos!

Al oír estas palabras, Gabriel empujó al obispo, que era el último de los que trataban de franquearse el paso, y se acercó a Rodin, en tanto que el prelado se escapaba por la puerta que se hallaba libre. Rodin, tendido sobre la alfombra, los miembros encogidos por horribles calambres, revolcábase con dolores inaguantables; la violencia de su caída sin duda despejó sus sentidos, porque decía entre dientes con voz sepulcral:

—Me dejan... morir... aquí... como un perro... ¡oh! cobardes... ¡socorro!... nadie... —Y el moribundo, tendiéndose boca arriba por un movimiento convulsivo, volviendo hacia el techo su cara de ajusticiado, en que se manifestaba una desesperación infernal, repetía aún:

—Nadie... nadie...

De pronto sus miradas ardientes y feroces encontraron los grandes ojos azules del angélico rostro de Gabriel, que arrodillado a su lado le dijo con su voz dulce:

—Aquí estoy, padre mío... vengo a socorreros, si es posible; y a rogar por vos si el Señor os llama a sí.

—¡Gabriel! —dijo entre dientes Rodin con voz apagada—; perdón... por el mal... que os he... causado. ¡Perdón!... ¡no me abandonéis! no... —No le fue posible continuar; había logrado sentarse, lanzó un grito, y volvió a caer.

* * *

El mismo día, en los diarios de la tarde, se leía:

«El cólera se halla en París. El primer caso se ha declarado hoy, a las tres y media, en la calle de Babilonia, palacio Saint-Dizier».

El atrio de Nuestra Señora

Ocho días habían transcurrido desde que el cólera atacó a Rodin, y los estragos eran cada vez mayores. ¡Terrible época aquélla! Un velo de luto se extendía sobre París, tan alegre hacía poco.

La insolente claridad de un sol deslumbrante hacía aún más visible la alteración de las facciones causada por las infinitas angustias del miedo. Caminaban a paso largo, como si yendo más aprisa hubiese alguna probabilidad de librarse del peligro; y además, apresurábanse a volver a casa. Dejábase en ella la vida, la salud, la felicidad, y dos horas después encontrábase a menudo la agonía, la muerte, la desesperación.

A cada momento cosas nuevas y siniestras herían la vista, pasaban por las calles carros llenos de ataúdes.

En casi todas las casas, de arriba abajo y de abajo arriba, no se oía más que el ruido atronador de los martillos: clavábanse ataúdes, y se clavaban tantos y tantos, que de cuando en cuando los clavadores se paraban para descansar. Entonces distinguíanse toda clase de gritos de dolor, lastimeros gemidos, desesperadas imprecaciones.

En los barrios sombríos, infectos, en una atmósfera mórbida, vivían amontonados un sinnúmero de proletarios abatidos ya por duras privaciones, y, según se decía entonces enérgicamente, «dispuestos» para el cólera; ya no se trataba de individuos, sino de familias enteras arrebatadas en pocas horas. Por falta de inquilinos tenían que cerrarse muchas de estas casas; pobres colmenas de laboriosos trabajadores, completamente deshabitadas en un solo día por la peste, desde el sótano, en donde según costumbre dormían sobre paja niños deshollinadores, hasta la buhardilla en donde, extenuado y medio desnudo, expiraba sobre el helado suelo algún desgraciado falto de trabajo y de pan.

El cólera no tenía una fisonomía si no mil. De modo, que ocho días después de la indisposición que atacara a Rodin, varios sucesos terribles ocurrían en el atrio de Nuestra Señora. Sobre la pared negruzca y rajada de la arcada, había un pasquín colocado recientemente, en el que se leían estas palabras trazadas por medio de un cisquero y letra de cobre.

¡Venganza, venganza! A las gentes del pueblo que quieren se les conduzca a los hospitales, las envenenan, porque es demasiado considerable el número de los enfermos; todas las noches lanchas llenas de cadáveres bajan por el Sena. ¡Venganza y muerte a los asesinos del pueblo!

Dos hombres envueltos en sus capas y medio ocultos en la oscuridad de la bóveda,

escuchaban con inquieta curiosidad un rumor que se elevaba cada vez más amenazador del centro de un grupo tumultuoso reunido en las cercanías del Hotel Dieu. Muy luego esos gritos: «¡Mueran los médicos! ¡Venganza!» llegaron a oídos de los dos hombres emboscados bajo la arcada.

—Dime, dijo el uno, ¿ves allí aquel Hércules cuya estatura gigantesca domina a la canalla? ¿No era uno de los agentes más furiosos cuando la destrucción de la fábrica del señor Hardy?

—Sí, pardiez; le reconozco; esos tunantes se hallan siempre en donde pueden hacer daño.

—Ahora, créeme, no permanezcamos bajo esta bóveda —dijo el otro—; hace un aire glacial.

—Es verdad, porque el cólera no guarda consideraciones; además, por este lado todo va bien; asegúrese que el motín republicano levantará en masa el barrio de San Antonio; bien, bien, esto nos conviene, y la santa causa de la religión triunfará de la impiedad revolucionaria. Vamos a reunirnos con el Padre d'Aigrigny.

Y los dos hombres desaparecieron precipitadamente.

Ya dijimos que una reunión bastante numerosa se agrupaba en las cercanías del Hotel Dieu, agolpándose contra el enrejado que rodea el peristilo del hospicio; detrás de estas verjas estaba formado un piquete de infantería, pues los gritos de «¡Mueran los médicos!» eran cada vez más amenazadores. Las personas que así gritaban pertenecían al populacho holgazán, vagabundo y corrompido, a la escoria de París; de modo que era imponente; pues los desgraciados a quienes transportaban, teniendo precisamente que atravesar aquellos asquerosos grupos, entraban en el Hotel Dieu en medio de siniestros clamores y de gritos de muerte.

El «Caminero» y «Cebolleta», acompañados de muchos de sus acólitos, se hallaban mezclados con el populacho. Después del desastre de la fábrica del señor Hardy, el «Caminero», solemnemente expulsado de la compañía por los «Lobos», que no habían querido alternar con aquel tunante, se entregó desenfrenadamente a la vida más perversa y especulando con su fuerza hercúlea, mediante un salario, se erigió en defensor oficioso de «Cebolleta» y sus semejantes. Excepto algunos paseantes conducidos por la casualidad al atrio de Nuestra Señora, la muchedumbre desarrapada de que estaba cubierto se componía de lo más soez de la población de París. Para aquellos salvajes de la civilización, no había ni compasión, enseñanza o terror, en los terribles cuadros de que estaban rodeados a cada momento; no sabiendo apreciar una vida que cada día disputaban al hambre o las tentaciones del crimen, arrostraban la peste con audacia diabólica o sucumbían blasfemando. La elevada estatura del «Caminero» dominaba los grupos; y con los ojos sanguinolentos, las facciones inflamadas, vociferaba con todas sus fuerzas:

—¡Mueran los médicos!, ¡envenenan al pueblo!

—Es más fácil que alimentarlo —añadía «Cebolleta». Y dirigiéndose a un anciano moribundo, que llevaban dos hombres en una silla, atravesando con

dificultad la muchedumbre apiñada, la furia exclamó—: No entres ahí, moribundo: revienta aquí al aire libre, en lugar de hacerlo dentro de esa cueva, o si no te envenenarán como a un viejo ratón.

—Sí —añadió el «Caminero»—; y después te echarán al agua para regalo de los peces que no volverás a comer.

A estas atroces chanzas, el anciano revolvió sus ojos desencajados y lanzó algunos sordos gemidos; «Cebolleta» quiso detener la marcha de los conductores, y trabajo les costó librarse de aquella furia.

Hacia algunos momentos que se oía resonar a lo lejos en las tortuosas calles de la Cité, el sonoro y cadencioso redoble de varios tambores; tocaban llamada, porque el motín empezaba a levantar cabeza en el barrio de San Antonio; los tambores, atravesaban la plaza del atrio de Nuestra Señora. Uno de los soldados, veteranos de bigotes canos, amortiguó de pronto los sonoros redobles de su caja, y se quedó un paso atrás, sus compañeros se volvieron sorprendidos; estaba verduoso, sus piernas se aflojaron, balbuceó algunas palabras ininteligibles y cayó sobre el empedrado antes que los tambores de la primera fila hubiesen dejado de tocar. La rapidez de este ataque intimidó por un momento a los más endurecidos; una parte de la turba, sorprendida de la brusca interrupción de la llamada, corrió por curiosidad hacia los tambores. Al ver al soldado moribundo, uno de los dos hombres que, bajo la bóveda del atrio, había asistido al principio de la conmoción popular, dijo a los otros tambores:

—¿Vuestro compañero bebió sin duda en el camino en alguna fuente?

—Sí, señor —contestó un soldado—, tenía mucha sed y bebió dos sorbos de agua en la plaza del Châtelet.

—Pues entonces está envenenado —dijo el hombre.

—¿Envenenado? —exclamaron varias voces.

—Nada tendría de extraño —respondió el hombre con aire misterioso— ponen veneno en las fuentes públicas; esta mañana asesinaron a un hombre en la calle Beaubourg, pues le sorprendieron vaciando un papel de arsénico en la cuba de un tabernero.

Después de pronunciar estas palabras, el hombre desapareció en medio de la gente. Esta noticia, no menos estúpida que la que corría sobre el envenenamiento de los enfermos en el Hotel Dieu, fue acogida por una explosión de gritos de indignación: cinco o seis hombres llenos de harapos, verdaderos bandidos, se apoderaron del cuerpo del tambor expirante, colocáronlo sobre sus hombros a pesar de los esfuerzos de sus compañeros, y llevando aquel siniestro trofeo, recorrieron el atrio, precedidos del «Caminero» y de «Cebolleta», que iban vociferando:

—¡Paso al cadáver!, ¡así se envenena al pueblo!

La multitud hizo otro movimiento por la llegada de una berlina de posta tirada por cuatro caballos, que no habiendo podido pasar por el malecón Napoleón, que entonces se estaba componiendo, se aventuraba a atravesar las tortuosas calles de la

Cité, para llegar a la orilla del Sena por el atrio de Nuestra Señora. Lo mismo que otros muchos, estos emigrantes se alejaban de París para librarse del azote que lo diezmaba; un criado y una camarera, colocados en el asiento de atrás, se miraron con espanto al pasar por delante del Hotel Dieu, mientras que un joven que iba en el interior y en la delantera del coche, bajaba el cristal para encargar a los postillones que fuesen al paso, por temor de una desgracia, pues la muchedumbre era muy compacta; éste era el señor de Morinval; en el fondo de la berlina iban el señor de Montbron y su sobrina la señora de Morinval. La palidez y alteración de las facciones de la joven manifestaban su espanto; el señor de Montbron, no obstante su energía, parecía muy inquieto y aspiraba de cuando en cuando, lo mismo que su sobrina, un frasquito lleno de alcanfor. Durante algunos minutos el coche se adelantó lentamente; los postillones conducían los caballos con precaución; de pronto un rumor, al principio sordo y lejano, circuló entre los grupos, mas luego se fue acercando; aumentábase a medida que se hacía más claro aquel sonido de cadenas y herraje, sonido generalmente ruidoso propio de los furgones de artillería; y efectivamente, era uno de estos carruajes que venía por el malecón de Nuestra Señora en sentido opuesto a la berlina. ¡Cosa extraña! La muchedumbre estaba compacta, la marcha de aquel furgón era veloz; con todo, al acercarse este carruaje, las filas unidas se separaron como por encanto. Este prodigio se explicó muy pronto por estas palabras, repetidas de boca en boca:

—¡El furgón de los muertos!, ¡el furgón de los muertos!

No bastando los carros fúnebres para la conducción de los cadáveres, habíase hecho requisición de cierto número de furgones de artillería, en los cuales se metían precipitadamente los ataúdes. Si muchos de los paseantes miraban con espanto aquel siniestro carruaje, para el «Caminero» y su cuadrilla fue un motivo de horribles dicharachos.

—¡Sitio al ómnibus de los difuntos! —gritó «Cebolleta».

—Dentro de ese ómnibus no hay temor de que se pisen los pies —gritó el «Caminero».

—Sí, descansando del viaje en una cama de cal.

—Donde dormirán pacíficamente.

—Verdad es. Se conoce que la muerte no está ya fresca —dijo el «Caminero» aludiendo al olor infecto y cadavérico que dejaba tras sí el fúnebre transporte.

—¡Ah, bueno! —gritó «Cebolleta»—, el ómnibus de los muertos va a tropezar con el hermoso coche; tanto mejor, esos ricos olerán de cerca la muerte.

Efectivamente, el furgón en aquel momento se hallaba a corta distancia y enteramente en frente de la berlina, un hombre con blusa y zuecos guiaba los dos caballos de delante, y un soldado del tren conducía el tiro del tronco. Eran tantos los ataúdes metidos en el furgón, que su cubierta semicircular no ajustaba bien, de modo que a cada vaivén del carruaje, veíanse las cajas entrechocar. Por los ojos ardientes y la tez inflamada del hombre de la blusa, se conocía que estaba medio borracho;

excitaba sus caballos con la voz, los talones y el látigo, a pesar de las impotentes palabras del soldado del tren, que conteniendo con trabajo sus caballos, seguía, a pesar suyo, la marcha desordenada que el carretero daba al tiro; de modo que el borracho, habiéndose desviado de su camino, fue derecho a la berlina y embistió contra ella.

A este choque, la cubierta del furgón se vino al suelo, y lanzando uno de los ataúdes por la violencia de la sacudida, estropeó la portezuela de la berlina, cayendo en el empedrado con un ruido sordo. El golpe que recibió desuniendo las tablas de pino clavadas, mostró un cadáver azulado, medio envuelto en una sábana. A la vista de este horrible espectáculo, la señora de Morinval, que había asomado maquinalmente la cabeza a la portezuela, perdió el conocimiento dando un grito. Los espectadores retrocedieron con espanto; los postillones de la berlina no menos asustados, aprovechándose del claro que delante de ellos formara la brusca retirada de la muchedumbre, para dejar el paso libre al furgón, arrearon a los caballos y el coche se dirigió hacia el malecón.

En el momento en que la berlina desaparecía detrás de los edificios del Hotel Dieu, oyéronse los sonoros ecos de una música alegre, y estos gritos repetidos de cuando en cuando: «¡Las máscaras del cólera!». Estas palabras anunciaban uno de aquellos episodios medio burlescos, medio terribles, a los que cuesta trabajo dar crédito, que señalaron el período progresivo de aquella peste. «Las máscaras del cólera» se presentaron en el atrio de Nuestra Señora en el mismo instante en que el coche del señor de Morinval desaparecía del lado del malecón después de haber tropezado con el furgón de los muertos.

Las máscaras del cólera

El pueblo que precedía a las máscaras, desembocó bruscamente por el arco del atrio dando gritos; unos muchachos tocaban la corneta, otros aullaban, y los demás silbaban. El «Caminero», «Cebolleta» y su cuadrilla, atraídos por aquel otro espectáculo, se precipitaron hacia el lado de la bóveda.

Al primer sonido de los clarines tocados por los picadores con librea que precedían la turba, abriéronse las ventanas del gran salón de la fonda, y varios mozos con la servilleta debajo del brazo, se asomaron, impacientes por presenciar la llegada de los extraños convidados que esperaban.

El grotesco grupo apareció en medio de un clamor inmenso. Componíase aquel baile de máscaras de una cuadrilla escoltada por hombres y mujeres a caballo; caballeros y Amazonas vestían trajes de capricho elegantes y ricos; la mayor parte de estas máscaras pertenecían a la clase media y acomodada. Había circulado la noticia de que se organizaba una mojiganga para «mofarse del cólera», y reponer, con esta alegre demostración, la moral de la población asustada.

Dos hombres grotescamente disfrazados de postillones de los carros fúnebres, adornados con unas tremendas narices postizas conducían la cuadrilla. Sobre la plataforma de aquel carro estaban agrupados personajes alegóricos representando: El «Vino»; la «Locura»; el «Amor»; el «Juego». La moralidad del asunto era ésta: Para arrostrar el cólera con seguridad, es preciso beber, reír, jugar y cortejar.

Representaba al «Vino» un grueso Sileno panzudo, barrigudo, rechoncho, cornudo, ceñida la frente con una corona de hiedra, en la espalda una piel de pantera y en la mano una gran copa dorada, rodeada de flores. A pesar de una calentura lenta y peligrosa, causada por el abuso del aguardiente y una vida desordenada, calentura que le minaba sordamente, Morok había conseguido que Santiago concurriese a esta fiesta.

El domador de fieras, vestido de «rey de oros», representaba el «Juego». Ceñía su frente una diadema de cartón dorado; su rostro impasible y pálido, rodeado de una larga barba que le caía hasta el pecho, sobre su vestido de colorines, y la fisonomía de Morok, se avenían muy bien con su papel. De vez en cuando, con un aire burlón, agitaba delante de los ojos del «buen hombre el Cólera» un gran saco lleno de fichas, en el que estaban pintados toda clase de naipes. Cierta falta de soltura en los movimientos de su brazo derecho indicaba que el domador de fieras se resentía algún tanto de la herida que le hizo la pantera negra antes que Djalma la matase.

La «Locura», simbolizando la «risa», sacudía a su vez clásicamente su muñeco con cascabeles sonoros y dorados en los oídos del Cólera; la «Locura» era una bella

joven vivaracha; sobre sus hermosos cabellos negros llevaba un gorro frigio color de escarlata; reemplazaba al lado de «Duerme en cueros» a la pobre «Reina Bacanal», que no hubiese faltado a una fiesta semejante, valiente y alegre como era, como no había faltado a otra tal vez menos filosófica, pero tan divertida.

Otra linda criatura, la señorita Modesta Bomichoux, que vivía en casa de un pintor de nombradía —uno de los caballeros del séquito—, representaba el «Amor», y lo hacía a las mil maravillas; no podía darse al Amor rostro más hermoso ni formas más graciosas.

En derredor del grupo principal, otras máscaras más o menos grotescamente vestidas, agitaban banderas en las que se leían estas inscripciones, muy anacreónticas por la oportunidad: «¡Enterrar el cólera! ¡Es preciso reír... y reír siempre! ¡Los bebedores emborracharán al cólera! ¡Viva el amor! ¡Viva el vino! ¡Ven si te atreves, maldito azote!».

Era verdaderamente tan audaz la jovialidad de esta fiesta, que la mayor parte de los espectadores, cuando desfiló por el atrio para ir a la fonda a donde les esperaba la comida, aplaudieron repetidas veces; la turba llegó a la puerta de la fonda, en donde hizo su entrada en medio de universales aclamaciones. Todo parecía unirse para completar aquella extraña idea en los contrastes más singulares; de modo que la fonda en donde iba a celebrarse aquella original bacanal, hallándose situada no lejos de la antigua catedral y del siniestro hospicio, los coros religiosos de la vieja basílica, los gritos de los moribundos y los cantares báquicos de los convidados, debían confundirse u oírse alternativamente. Habiéndose apeado las máscaras, fueron a sentarse a la mesa en que les esperaba la comida.

«Duerme en cueros» habíase quitado la careta y la peluca de el Cólera: sus facciones descarnadas, el sombrío resplandor de sus ojos hundidos, manifestaban los progresos de una enfermedad lenta que consumía a aquel desgraciado, llevado por los excesos al último grado de abatimiento; aunque sentía que un fuego sordo devoraba sus entrañas, ocultaba sus padecimientos con una risa forzada y nerviosa. A la izquierda de Santiago permanecía Morok, cuyo fatal dominio iba siempre en aumento, y a su derecha la joven disfrazada de Locura; llamábanla Mariquita; al lado de ésta, Nini Moulin se pavoneaba con su majestuosa gordura y aparentaba a menudo buscar su servilleta debajo de la mesa para estrechar las rodillas de su otra vecina, la señorita Modesta, que representaba al Amor. La mayor parte de los convidados se habían colocado conforme a su gusto, cada uno al lado de cada una. Habíase cubierto la mesa por segunda vez; los excelentes vinos, las viandas bien condimentadas, los dichos agudos y hasta lo extraño de la posición, habían exaltado las imaginaciones.

El combate singular

Uno de los mozos de la fonda había venido dos o tres veces, sin que los convidados lo notasen, a hablar en voz baja a sus compañeros, indicándoles con un gesto expresivo el techo de la sala de convite: pero los otros no habían hecho caso de sus observaciones o temores, no queriendo sin duda incomodar a los comensales, cuya loca alegría parecía ir en aumento.

—¿Quién pondrá ahora en duda nuestro método de tratar a ese impertinente cólera? —dijo un turco saltimbanqui, abanderado de la turba.

—Señores —dijo Nini Moulin con una gravedad cómica—; en este poste hay una intencionada lección providencial, como diría el gran Bossuet.

—¡La lección, la lección!

—Sí, señores: me parece oír una voz que desde allá arriba nos grita: «¡Bebed bien, agotad vuestro bolsillo y abrazad a la mujer de vuestro prójimo, porque quizás vuestras horas están contadas, miserables!».

Y diciendo esto, el Sileno ortodoxo, aprovechándose de un momento de distracción de la señorita Modesta, su vecina, dio en la rolliza mejilla del «Amor» un ruidoso beso. El ejemplo fue contagioso, pues a las carcajadas mezclóse el sonido de varios besos.

—¡Voto a bríos! —exclamó el gran pintor amenazando alegremente a Nini Moulin—; fortuna tenéis en que mañana quizás sea el fin del mundo, pues a no ser así, tendríais que habéros las conmigo por haber besado al «Amor» que es mío.

—El cólera es filantrópico —dijo un convidado—, pues los acreedores cuidan de sus deudores. Esta mañana, un usurero que se interesa particularmente en mi existencia, me ha traído toda clase de drogas anticólericas, suplicándome que me sirviera de ellas.

—Y a mí —dijo el discípulo del gran pintor—, mi sastre quería obligarme a llevar sobre la piel una faja de franela, porque le debo mil escudos; a esto le respondí; ¡oh sastre! dad por cobrada mi deuda, y consiento envolverme en franela para conservaros un parroquiano a quien tanto queréis.

—¡Oh!, ¡cólera, brindo por ti! —exclamó Nini Moulin a modo de invocación grotesca—. No eres la desesperación; al contrario simbolizas la esperanza, sí, la esperanza. ¡Cuántos maridos y mujeres no contaban sino con un número!, ¡ay!, ¡demasiado incierto, de la lotería de la viudez! Apareces, y ya están más contentos; gracias a ti, complaciente azote, ven centuplicarse las probabilidades de libertad.

—Y los herederos, ¡qué reconocimiento! Un resfriado, nada, ¡y zas! En una hora, un tío o un colateral pasa a la clase de bienhechor venerado.

—Y las personas que tienen la rareza de desear el puesto que ocupan los otros, ¡qué famoso compadre hallarán en el cólera!

—¡Y cuántos juramentos de constancia hará que sean ciertos! —dijo sentimentalmente la señorita Modesta—. ¡Cuántos tunantes han jurado a una suave y débil mujer amarla toda la vida, y no creían esos beduinos ser tan fieles a su palabra!

—Señores —dijo Nini Moulin—: ya que estamos quizás en vísperas del fin del mundo, propongo que juguemos al mundo al revés: pido que estas señoras nos mimen, nos provoquen y atormenten; que nos den besos a hurtadillas, que se tomen toda clase de libertades con nosotros, y ¡a fe mía! que no hemos de morir peor por eso. En rigor pido que nos ofendan, y así declaro que me dejen insultar, que invite a que me insulten... Conque así, «Amor», podéis favorecerme con el insulto más grosero que puede hacerse a un célibe virtuoso y casto —añadió el escritor religioso inclinándose hacia la señorita Modesta, quien le rechazó riendo como una loca.

La proposición descabellada de Nini Moulin, fue acogida con un aplauso general, y la orgía aumentó.

En medio de este tumulto atronador, el mozo, que había entrado varias veces para hablar con aire inquieto a sus compañeros, indicándoles el techo, volvió a presentarse, pálido y azorado; acercándose al que hacía veces de fondista; le dijo en voz baja y conmovida:

—Acaban de llegar.

—¿Quiénes?

—Ya lo sabéis; allá arriba.

Y le indicó el techo.

—¡Ah! —dijo el fondista inquieto—; ¿y en dónde se encuentran?

—Acaban de subir ahora; ya están —añadió el muchacho meneando la cabeza con aire asustado—, ya están.

—¿Y qué dice el principal?

—Está triste por causa de...

Y el muchacho dirigió una mirada circular a los convidados.

—No sabe qué hacerse y me envía para que os lo diga.

—¿Y qué diablos quiere que haga yo? —dijo el otro enjugándose la frente—; eso era de suponer, y no hay medio de evitarlo.

—Yo no me quedo aquí, porque va a empezar.

—Harás bien, porque tu semblante trastornado pudiera llamar la atención: vete, y di al principal que es preciso esperar el acontecimiento.

Este incidente pasó casi inadvertido en medio del tumulto del alegre festín, que cada vez era mayor. No obstante, entre los convidados uno solo había que ni bebía ni reía; era «Duerme en cueros»; con la vista sombría, miraba al espacio, sin hacer alto en lo que pasaba en su derredor; el desgraciado pensaba en la «Reina Bacanal», que hubiera estado tan brillante y alegre en una saturnal semejante. El recuerdo de aquella criatura, a quien amaba siempre con un amor vehemente, era la única idea que de vez

en cuando venía a distraerle de su embrutecimiento.

¡Cosa singular! Santiago no había consentido en formar parte de aquella mojiganga sino porque este día loco le recordaba la última fiesta celebrada en compañía de Cefisa, aquel «desayuno» después de un baile de máscaras, alegre festín en medio del cual la «Reina Bacanal», por un extraño presentimiento, había hecho este lúgubre brindis con respecto a la peste, que decían se acercaba a Francia: «¡Al cólera!» había dicho Cefisa «¡que respete a los que desean vivir y que haga morir juntos a los que no quieren separarse!».

En aquel momento, pensando Santiago en aquellas tristes palabras, permanecía penosamente absorto.

Notándolo Morok, le dijo en voz alta:

—¿Qué es eso, Santiago, ya no bebes? ¿Tienes bastante vino y lo que necesitas es aguardiente?

—No necesito ni vino ni aguardiente.

—Verdaderamente, tienes razón —contestó Morok con tono sardónico levantando la voz—; haces bien en cuidarte.

Oyendo «Duerme en cueros» dudar de su ánimo de bebedor, miró a Morok con aire irritado.

—¿Según eso, es por cobardía por lo que no me atrevo a beber aguardiente? —exclamó aquel desgraciado, cuya inteligencia, medio apagada, se despertaba para defender lo que llamaba su dignidad.

—Vamos, amigo, todos hemos hecho hoy nuestros excesos —dijo uno de los convidados a Santiago—, a vos particularmente, que estando un poco enfermo, tuvisteis el valor de aceptar el papel de Buen hombre el Cólera.

—Señores —añadió Morok, viendo que la atención general se fijaba en él y «Duerme en cueros»—, me bromeaba, porque si el compañero —señaló a Santiago— hubiese tenido la imprudencia de aceptar mi oferta, hubiera sido no intrépido, sino loco. Afortunadamente, tiene la prudencia de renunciar a su fanfarronada, tan peligrosa en el día, y...

—¡Muchacho! —dijo «Duerme en cueros» interrumpiendo a Morok con enojada impaciencia—, dos botellas de aguardiente y dos vasos.

—¿Qué quieres hacer? —dijo Morok aparentando una inquieta sorpresa—. ¿Para qué quieres esas dos botellas de aguardiente?

—Para un duelo —dijo Santiago en tono frío y resuelto. Esta extraña proposición de «Duerme en cueros» la acogieron unos con gritos de alegría y otros con verdadera inquietud.

—¡Bravo por los campeones de la botella! —gritaban éstos—. Ese desafío en estos tiempos, es tan formal como un duelo a muerte —añadió otro.

—¿Lo oyes? —dijo Morok con una sonrisa diabólica—; ¿lo oyes, Santiago? Mira ahora si quieres retroceder ante el «peligro».

A estas palabras, que le recordaban el peligro a que iba a exponerse, Santiago se

estremeció como si le ocurriese una idea repentina, irguió orgullosamente la frente, su mirada apagada brilló con una especie de satisfacción siniestra, y exclamó con voz firme:

—¡Voto a bríos! muchacho ¿estás sordo?, ¿no te he pedido dos botellas de aguardiente?

—Aquí están, señor —dijo el muchacho presentándose asustado de lo que iba a pasar en esta lucha báquica.

Con todo, la loca y peligrosa resolución de Santiago fue aplaudida por la mayoría.

Nini Moulin se revolvía en su silla, pateaba y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Baco y mi sed!, ¡abiertos están los gaznates!, ¡aguardiente por mayor!
¡Largueza, largueza!

Y abrazó a la señorita Modesta, como verdadero campeón del torneo, añadiendo para excusarse de esta libertad:

—«Amor», vos seréis la reina de la hermosura; pruebo la felicidad del vencedor.

—¡Aguardiente por mayor! —repitieron en coro—; ¡largueza!

—Señores —añadió Nini Moulin con entusiasmo—, ¿permaneceremos indiferentes al noble ejemplo que nos da el «buen hombre Cólera»? Dijo con orgullo «¡aguardiente!» respondámosle gloriosamente «¡ponche!». Sí, sí, ponche. Ponche por mayor.

—¡Muchacho! —gritó el escritor religioso con voz estentórea—, ¡muchacho! ¿Tienes una bacía, un caldero, una cuba, una capacidad cualquiera en que pueda hacerse un ponche monstruo?

—Señor —respondió el muchacho con aire triunfante—, tenemos una marmita de cobre, recién estañada; aún no ha servido: contendrá a lo menos unas treinta botellas.

—Trae la marmita —dijo Nini Moulin con majestuosidad. La proposición de Nini Moulin daba mayor ensanche a la alegría general; los dichos más disparatados se cruzaban y mezclaban al dulce sonido de los besos sorprendidos o dados bajo el pretexto de que quizá no habría mañana, y que era preciso resignarse.

Repentinamente, en medio de uno de aquellos momentos de silencio que ocurren a veces en los mayores tumultos, oyéronse varios golpes sordos que resonaban encima de la sala del banquete. Todos callaron, prestando atención.

Aguardiente por mayor

Al cabo de algunos segundos, el ruido singular volvió a oírse pero más fuerte y continuado.

—¡Muchacho! —dijo un convidado—, ¿qué diablo de ruido es ése?

El muchacho, mirando a sus compañeros, asustado respondió balbuceando:

—Señor... es... es...

—Pardiez; será algún inquilino regañón, algún animal enemigo de la alegría que golpea en el suelo para avisarnos que no cantemos tan alto —dijo Nini Moulin.

Morok interrogó a uno de los muchachos; recibió su contestación, y gritó con voz penetrante que dominó las demás:

—¡Pido la palabra!

—Concedida —gritaron alegremente.

Durante el silencio que reinó a la exclamación de Morok, se volvió a oír el ruido; esta vez era menos precipitado.

—El inquilino no tiene culpa —dijo Morok con una sonrisa siniestra—; y es incapaz de oponerse a las manifestaciones de nuestra alegría.

—Entonces, ¿por qué golpea allá arriba? —dijo Nini Moulin, vaciando su vaso.

—No es el inquilino el que golpea —dijo Morok—; es que clavan su ataúd.

Siguió a estas palabras un brusco y triste silencio.

—Me equivoco —añadió Morok—, no es el ataúd de uno, sino de dos, porque como el tiempo urge, han puesto al hijo con la madre en la misma caja.

—¡Una mujer! —exclamó la «Locura», dirigiéndose al muchacho—; ¿es una mujer la que ha fallecido?

—Sí, señora, una pobre joven de veinte años —respondió tristemente el muchacho—; su hija, a la que estaba criando, murió poco después; todo ello en menos de dos horas. El principal lo siente infinito por lo que puede incomodaros en vuestra comida, pero no podía prever esta desgracia, porque ayer por la mañana la joven no estaba enferma; muy al contrario, cantaba como una calandria, no había nadie que estuviese tan contenta como ella.

A estas palabras hubiérase dicho que un crespón fúnebre se extendía de pronto sobre ellos, todos aquellos rostros rubicundos y expansivos contristáronse súbitamente; nadie tuvo valor para chancearse a costa de la madre y la niña que encerraban en una misma caja. Los últimos martillazos parecían resonar dolorosamente en todos los corazones.

El momento era decisivo; necesitábase dar un gran golpe, reanimar el espíritu de los convidados que empezaban a decaer, porque varios lindos rostros palidecían,

algunas orejas escarlata se volvían blancas; de este número eran las de Nini Moulin. «Duerme en cueros», al contrario, redoblaba su audacia; enderezando su cuerpo, el rostro ligeramente coloreado, exclamó:

—¡Y bien, muchacho!, ¿y esas botellas de aguardiente?, ¡voto a bríos!, ¿y el ponche? ¡Por todos los diablos, acaso los muertos deben hacer temblar a los vivos!

—¡Tiene razón, afuera tristeza; sí, sí, ponche! —gritaron algunos convidados que sentían la necesidad de distraerse.

—¡Al diablo los pesares!

—¡Viva la alegría!

—Señores, aquí está el ponche —dijo un muchacho abriendo la puerta.

A la vista de aquel brebaje inflamado que debía reanimar los espíritus abatidos, oyéronse vítores frenéticos.

Aunque todavía no era de noche, la parte más retirada de aquella espaciosa sala estaba oscura: dos muchachos trajeron el ponche monstruo, por medio de una barra de hierro pasado por el asa de una gran caldera de cobre, brillante como el oro, y coronada de llamas azuladas. Colocóse sobre la mesa este brebaje con gran satisfacción de los convidados.

—Ahora —dijo «Duerme en cueros» a Morok, en tono de desafío—; mientras que el ponche arde, adelante nuestro duelo; la galería juzgará.

Y mostrando a su adversario las dos botellas de aguardiente que trajera el muchacho, Santiago añadió:

—Escoge las armas.

—Escógelas tú mismo —respondió Morok.

—¡Pues bien! aquí tienes tu botella y tu vaso; Nini Moulin juzgará de los golpes.

—No me niego a ser juez de campo —respondió el escritor religioso—; únicamente debo preveniros que vais a empeñaros en un juego muy arriesgado.

—Manda el fuego, compañero —dijo Santiago interrumpiéndole—, o lo mando yo mismo.

—Ya que así lo queréis, sea.

—El primero que renuncie, queda vencido —dijo Santiago.

—Conforme —respondió Morok.

—Vamos, señores, atención, y juzguemos los «golpes»; preciso es decirlo así —añadió Nini Moulin.

Durante estos preparativos reinaba un profundo silencio en la sala.

Esta impresión, unida a las siniestras ideas despertadas por el incidente del ataúd, nublaban más o menos las fisonomías. No obstante, varios convidados fingían alegría pero era forzada.

Después de ponerse el sol, la oscuridad invadió una parte de aquella gran sala, de modo que a los convidados colocados en el extremo más retirado, muy pronto no les alumbró más que la claridad del flamígero ponche.

Esta llama espirituosa, bien sabido es, baña los rostros de una tinta lívida azulada;

era, pues, un extraño espectáculo, casi terrible, al ver, según lo alejados que estaban de las ventanas, a muchos de los convidados iluminados por aquellos reflejos fantásticos.

Afortunadamente, la voz sonora de Nini Moulin, que reclamaba atención, los distrajo por un momento.

—El campo está abierto —dijo el escritor religioso—. ¿Estáis prontos, valientes campeones?

—Prontos estamos —respondieron Morok y Santiago.

—¡Apunten!... ¡fuego!... —gritó Nini Moulin, dando una palmada. Los dos bebedores vaciaron de un trago un vaso regular lleno de aguardiente. Morok no pestañeó; su rostro de mármol permaneció impassible; colocó sobre la mesa su vaso con mano segura. Pero Santiago, al dejarlo, no pudo ocultar un ligero temblor convulsivo causado por un dolor interior.

—Mandad el fuego —gritó intrépidamente «Duerme en cueros».

Y con su mano calenturienta y agitada, cogió la botella; pero de pronto, en vez de llenar el vaso, dijo a Morok:

—Dejémonos de vaso, a chorro será mejor ¿te atreves?

Morok, por toda contestación, acercó la boca de la botella a sus labios, encogiéndose de hombros. Santiago se apresuró a imitarle. El vidrio amarillento, delgado y transparente de las botellas permitía ver la disminución progresiva del líquido. El rostro petrificado de Morok y la cara pálida y descarnada de Santiago, por la cual corrían gruesas gotas de un frío sudor, estaban entonces, como las facciones de los demás convidados, iluminados por la azulada llama del ponche; todas las miradas estaban fijas en Morok y Santiago, con aquella terrible curiosidad que inspiran involuntariamente los espectáculos crueles.

Santiago bebía teniendo la botella en la mano izquierda; de pronto cerró los dedos de la mano derecha por un movimiento de involuntaria crispatura, sus cabellos se pegaron a su frente helada, y durante un momento su fisonomía manifestó un dolor agudo; no obstante continuó bebiendo, solo que sin separar los labios de la boca de la botella, la bajó un instante como si hubiese querido cobrar aliento; pero hallándose con la mirada sardónica de Morok, que continuaba bebiendo con su acostumbrada impassibilidad, y creyendo Santiago ver en aquella ojeada la injuriantes expresión de triunfo, levantó bruscamente el codo y bebió con mayor avidez algunos tragos. Sus fuerzas estaban agotadas, un fuego inextinguible le abrasaba el pecho; no pudo resistir, su cabeza perdió el equilibrio, sus quijadas se apretaron convulsivamente, rompió el cuello de la botella con los dientes, su cuello quedó tieso, movimientos espasmódicos agitaban sus miembros, y casi perdió el conocimiento.

—Santiago, amigo mío, no es nada —dijo Morok, cuya feroz mirada brillaba con una alegría infernal; y poniendo su botella sobre la mesa, se levantó para ayudar a Nini Moulin, que procuraba en vano contener a «Duerme en cueros».

Esta crisis súbita no presentaba ningún síntoma de cólera; no obstante, apoderóse

el terror de los circunstantes; una de las mujeres tuvo un fuerte ataque de nervios, otra se desmayó.

Nini Moulin, dejando a Santiago en manos de Morok, corrió a la puerta a pedir socorro, cuando ésta se abrió, y el escritor religioso retrocedió estupefacto, a la vista de un personaje inesperado.

Recuerdos

La persona ante la cual retrocediera Nini Moulin con tanta sorpresa, era la «Reina Bacanal». Flaca, descolorida, el pelo suelto, las mejillas enjutas, los ojos hundidos, vestida casi de harapos, aquella brillante y jovial heroína de tantas locas orgías no era ya más que la sombra de lo que fue. La miseria, el dolor, habían ajado aquellas facciones tan hermosas en otro tiempo.

No bien hubo entrado en la sala, Cefisa se paró, su mirada sombría procuraba penetrar la semi-oscuridad de la sala, para hallar a aquél a quien buscaba. De pronto la joven se estremeció y lanzó un grito. Del otro lado de la larga mesa, a la claridad azulada del ponche, había divisado a Santiago, cuyos movimientos convulsivos apenas podían contener Morok y uno de los convidados.

Cefisa al verle, en el primer impulso de temor, llevada en su afecto, hizo lo que otras muchas veces en la embriaguez del placer. Ágil y lista, en lugar de perder un tiempo precioso en dar un rodeo, saltó sobre la mesa, pasó con ligereza por entre las botellas y platos, y de un brinco se halló al lado de «Duerme en cueros».

—¡Santiago! —exclamó sin reparar en el domador de fieras y arrojándose al cuello de su amante—. Santiago, soy yo, Cefisa.

Aquella voz tan conocida, aquel grito desesperado que partía del alma, pareció que «Duerme en cueros» los había oído, pues volvió la cabeza maquinalmente del lado que estaba la «Reina Bacanal», sin abrir los ojos, y lanzó un profundo suspiro; luego sus miembros tiesos adquirieron alguna soltura, un ligero temblor reemplazó a las convulsiones, y al cabo de algunos instantes, sus pesados párpados, dejaron ver su mirada vaga y apagada. Los espectadores de esta escena, mudos y sorprendidos, sentían una inquieta curiosidad. Cefisa, arrodillada delante de su amante, cubría sus manos de lágrimas y besos, exclamando con voz entrecortada por los sollozos:

—Santiago, soy yo, Cefisa... Te vuelvo a hallar... no es culpa mía si te he dejado... Perdóname.

—¡Desgraciada! —exclamó Morok, irritado de este encuentro funesto quizás a sus proyectos—; ¿queréis matarlo? En el estado en que se halla, esa impresión le será fatal, retiraos. —Y cogió violentamente por el brazo a Cefisa, mientras que Santiago, pareciendo salir de un sueño penoso, empezaba a distinguir lo que pasaba en su derredor.

—¡Vos sois, vos —exclamó la «Reina Bacanal» asombrada, reconociendo a Morok—, el que me habéis separado de Santiago! —y se interrumpió, porque las miradas de «Duerme en cueros», fijándose en ella, parecían reanimarse.

—Cefisa ¿eres tú? —dijo entre dientes Santiago.

—Sí, yo soy —repuso con voz profundamente conmovida—, yo... que vengo... voy a decirte... —No pudo continuar, juntó sus manos con fuerza, y en su rostro pálido, desencajado, bañado de lágrimas, podía leerse el desesperado dolor que le causaba la alteración mortal de las facciones de Santiago. Éste comprendió la causa de su sorpresa, y contemplando a su vez el rostro desfigurado y flaco de Cefisa, le dijo:

—¡Desgraciada muchacha! también tú has padecido mucho, sufrido mucha miseria; tampoco yo te reconozco.

—Sí —dijo Cefisa—, muchos pesares, mucha miseria, y aún algo peor —añadió estremeciéndose, al mismo tiempo que un ligero rubor coloreaba sus pálidas facciones.

—¡Aún peor! —dijo Santiago asombrado.

—Pero tú, tú eres el que has sufrido —apresuróse a decir Cefisa sin responder a su amante.

—Yo, no hace mucho que me hallaba en camino de acabar de una vez. Me llamaste y vuelvo por un momento, pues lo que siento aquí —y puso la mano sobre el pecho—, no perdona; pero ahora me es igual, te he visto, moriré contento.

—No morirás, Santiago; estoy aquí...

—Oye, hija mía; aun cuando tuviera aquí, en el estómago, un montón de ascuas, no me abrasaría más. Ya hace más de un mes que conozco que voy perdiendo terreno; por lo demás, el señor —y con la cabeza indicó a Morok—, ese querido amigo, es el que se encargó de atizar el fuego. Bien mirado, no siento el dejar de vivir. He perdido la costumbre del trabajo y tomado la de la orgía, acabaría por ser un tunante; prefiero dejar que mi amigo se divierta en encender un brasero en mi pecho.

—Eres un loco y un ingrato —dijo Morok encogiéndose de hombros—: alargaste el vaso y te lo he llenado. Pardiez, todavía brindaremos por mucho tiempo y a menudo juntos.

Hacía un rato que Cefisa no quitaba ojo a Morok.

—Digo que hace tiempo soplas el fuego que consumirá mi piel —añadió Santiago con voz apagada dirigiéndose a Morok—, para que no se crea que muero del cólera; pensaría que he tenido miedo de mi papel. No es, pues, no, una reconvención que te hago, mi tierno amigo, —añadió con una sonrisa sardónica—; has cavado alegremente mi huesa. A veces, es verdad, viendo ese gran agujero negro en que iba a caer, retrocedía; pero tú, tierno amigo, me empujabas con violencia en la pendiente, diciéndome: «Adelante, farsante, adelante»... seguía, sí, y he llegado ya. —Diciendo esto, «Duerme en cueros» soltó una carcajada tan ruidosa que heló al auditorio, muy conmovido por esta escena.

—Amigo —dijo Morok con frialdad—, escucha, sigue mi consejo y...

—Gracias, conozco tus consejos, y en vez de escucharlos prefiero hablar a mi pobre Cefisa; antes de bajar a hacer compañía a los topes, le diré lo que tengo en el corazón.

—Santiago, cállate, no sabes el mal que me haces —contestó Cefisa—, te digo que no morirás.

—Entonces, mi valiente Cefisa, a ti deberé mi salvación —dijo Santiago en tono tan convencido, que sorprendió profundamente a los espectadores—. Sí —añadió «Duerme en cueros»—; cuando volví en mí y te vi tan pobremente vestida, sentí en el corazón una cosa grata; ¿sabes por qué? Me dije: «¡Pobre muchacha! ha cumplido animosamente su palabra; prefirió trabajar, sufrir, escasear, a tomar otro amante que le hubiese dado lo que yo, mientras he podido»; y esta idea, Cefisa, me ensanchó el alma; lo necesitaba, porque me abrasaba, y me abraso aún —añadió crispados los puños por el dolor—; en fin, fui dichoso; fuiste buena y valiente; tuviste razón, porque nunca he amado a otra que a ti; y si, en mi embrutecimiento, tenía una idea que me hiciese salir del fango, por la que sintiese no ser mejor, esa idea me acudía siempre pensando en ti; gracias mi pobre amiga —dijo Santiago, cuyos ojos ardientes y secos se humedecieron—, gracias —y tendió su mano ya fría a Cefisa—; si muero, moriré satisfecho; si vivo, viviré dichoso también; dame la mano, mi valiente Cefisa, la mano; obraste como una criatura honrada y fiel.

Cefisa, en lugar de coger la mano que le ofrecía Santiago, arrodillada como estaba, bajó la cabeza no atreviéndose a mirar a su amante.

—¿No me contestas? —le dijo éste inclinándose hacia la joven—: ¿No tomas mi mano? ¿Por qué?

La desgraciada criatura no respondió sino con ahogados sollozos; anonadada de vergüenza, estaba en una posición tan suplicante, que su frente tocaba casi a los pies de su amante. Santiago, pasmado del silencio y del comportamiento de la «Reina Bacanal», la miraba con una sorpresa que iba en aumento; de pronto, con las facciones aún más alteradas, le dijo balbuceando:

—Cefisa, te conozco; si no aceptas mi mano, es porque... —la voz le faltó y añadió sordamente después de un momento de silencio—: Cuando hace seis semanas me llevaron a la cárcel, me dijiste: «Santiago, te lo juro por mi vida; trabajaré, viviré si es preciso en la mayor miseria, pero viviré honrada». Esto es lo que me prometiste; ahora lo sé, jamás mentiste: dime que has cumplido tu palabra y te creeré.

Cefisa no respondió sino con sollozos desesperados, estrechando las rodillas de Santiago contra su pecho jadeante. Extraña contradicción y más común de lo que se piensa; este hombre, embrutecido por la embriaguez y la disolución, este hombre que desde su salida de la cárcel de orgía en orgía, cediera bestialmente a todas las incitaciones homicidas de Morok, este hombre recibía un golpe terrible al saber, por la muda confesión de Cefisa, la infidelidad de aquella criatura que había amado a pesar de su degradación, que no le había ocultado. El primer impulso de Santiago fue terrible a pesar de su postración, logró ponerse en pie; contraído el rostro por el furor y la desesperación, cogió un cuchillo antes que hubiesen tenido tiempo de impedirselo y lo levantó sobre Cefisa; pero en el momento de herirla, retrocedió ante un asesinato, y arrojó lejos de sí el cuchillo, cayendo desmayado en su asiento, oculto

el rostro entre sus manos. Al grito que dio Nini Moulin precipitándose sobre Santiago para arrebatarse el cuchillo, aunque tardíamente, Cefisa irguió la cabeza; el doloroso abatimiento de «Duerme en cueros» le despedazó el corazón, levantóse, y arrojándose a su cuello, a pesar de su resistencia, exclamó con voz entrecortada por los sollozos:

—Santiago, si supieses... ¡Dios mío! si supieses... Escucha, no me condenes sin oírme, todo te lo manifestaré, te lo juro; todo, sin mentir; ese hombre —señaló a Morok— no se atreverá a negarlo; vino y me dijo: «Tened el valor de...».

—No te reconvengo, no tengo ningún derecho, déjame morir tranquilamente —dijo Santiago con voz cada vez más débil y rechazando a Cefisa. Luego añadió con una sonrisa amarga—; Afortunadamente tengo lo que necesito; bien sabía lo que me hacía aceptando el duelo de aguardiente.

—No, no morirás, y me oirás —exclamó Cefisa con aire loco—; me oirás y todos los demás, verán si es culpa mía. ¿No es verdad, señores? Si merezco compasión, pediréis a Santiago que me perdone, porque en fin, si arrastrada por la miseria, no hallando trabajo, me vi precisada a venderme, no por el lujo (ya veis mis harapos) sino para tener un pedazo de pan y proporcionar un abrigo a mi pobre hermana enferma, moribunda, y aun más miserable que yo. En vista de esto, motivo hay para compadecerme, porque diríase que una se vende por el placer —exclamó la desgraciada dando una carcajada espantosa. Luego añadió con un estremecimiento de horror—: ¡Oh! si supieses Santiago... es tan infame y horrible venderse de ese modo, que he preferido morir antes que volver a empezar otra vez. Iba a matarme, cuando supe que estabas aquí. —Y viendo que Santiago, sin responderle, meneaba tristemente la cabeza con mayor abatimiento, aunque sostenido por Nini Moulin. Cefisa exclamó, dirigiendo hacia él sus manos suplicantes—: ¡Santiago!, ¡una sola palabra de compasión, de perdón!...

—Señores, tened la bondad de echar a esa mujer —exclamó Morok—; su vista produce una emoción demasiado penosa a mi amigo.

—Vamos, mi querida hija, sed razonable —dijeron varios convidados profundamente conmovidos, procurando llevarse a Cefisa—; dejadle, venid con nosotros.

—Señores, ¡oh señores! —exclamó la desgraciada criatura levantando sus manos suplicantes—, escuchadme; permitidme que os diga... haré lo que queráis, me iré; pero, en nombre del cielo, pedid socorro; no le dejéis morir así. Mirad, ¡Dios mío! padece dolores atroces; son horribles esas convulsiones.

—Tiene razón —dijo uno de los convidados, corriendo hacia la puerta—; sería preciso enviar a buscar un médico.

—Ahora no hallaréis ninguno —dijo otro—; están muy ocupados.

—Hagamos una cosa más acertada —añadió un tercero—, el Hotel Dieu está enfrente, transportemos allá este pobre muchacho; una de las tablas añadidas a la mesa servirá de angarillas y el mantel de paño.

—Sí, sí, eso es —dijeron varias voces—, conduzcámosle y salgamos de esta casa.

Santiago, abrasado por el aguardiente, trastornado por su entrevista con Cefisa, había vuelto a ser presa de una violenta crisis nerviosa. Era la agonía de aquel desgraciado. Fue preciso atarlo con los largos cabos del mantel, para extenderlo sobre la tabla que hacía veces de angarillas, y que dos convidados cogieron precipitadamente. Cedióse a las súplicas de Cefisa, que pidió, como último favor, el que la permitiesen acompañar a Santiago hasta el hospital.

Cuando aquel siniestro séquito salió de la gran sala de la fonda, fue un sálvese el que pueda general entre los convidados; hombres y mujeres se apresuraron a envolverse en sus capas para ocultar sus disfraces. Los muchos coches que se habían pedido para el regreso de la mojiganga, por fortuna esperaban ya; la burla se había llevado hasta el cabo; una vez cumplida la audaz bravata, podían retirarse con todos los honores de la guerra. En el momento en que una parte de los convidados se hallaban aún en la sala, un lejano clamor, pero que, luego se fue aproximando, se elevó en el atrio de Nuestra Señora con furia increíble.

Santiago se hallaba ya en la puerta exterior de la fonda; Morok y Nini Moulin procuraban abrir paso al través de la muchedumbre para llegar al Hotel Dieu, precediendo las angarillas improvisadas. Un violento reflujo de la multitud les obligó a pararse y los gritos salvajes resonaron con mayor violencia al otro extremo de la plaza en la esquina de la iglesia.

—¿Qué hay? —preguntó Nini Moulin a un hombre de rostro innoble que saltaba delante de él—. ¿Qué gritos son éstos?

—Será algún otro envenenador a quien despachan como al que acaban de echar al agua —contestó el hombre—, si queréis gozar, seguidme —añadió—, y poned los codos en movimiento, pues de otro modo llegaremos «demasiado tarde».

No bien este miserable hubo pronunciado estas palabras, cuando un grito horrible dominó el ruido de la muchedumbre que atravesaban con mucho trabajo los conductores de las angarillas de «Duerme en cueros», precedidos de Morok. Era Cefisa la que prorrumpiera aquel grito desgarrador. Santiago, uno de los herederos de la familia Rennepont, acababa de expirar en sus brazos. ¡Fatal coincidencia! Al mismo tiempo que la desesperada exclamación de Cefisa anunciaba la muerte de Santiago, otro grito se elevó del sitio del atrio de Nuestra Señora, en donde mataban a un envenenador. Aquel clamor lejano, indicando un horrible espanto, como el último llamamiento de un hombre que se esfuerza en evitar los golpes de sus asesinos, vino a helar a Morok en medio de su execrable triunfo.

—¡Infierno! —exclamó aquel hábil asesino que se había valido con armas homicidas, pero legales, de la embriaguez y la orgía—. ¡Infierno! ¡Es la voz del abate d’Aigrigny a quien asesinan!

El envenenador

Preciso es retroceder un poco para hacer la relación de los acontecimientos relativos al Padre d'Aigrigny, cuyo grito de angustia impresionó tan profundamente a Morok, en el instante en que expiraba Santiago Rennepont.

Las escenas que vamos a describir son atroces.

Goliat debía venir a buscar a Morok después de desempeñar un mensaje del Padre d'Aigrigny, que le esperaba en una casa de la plaza del Arzobispo. Para apagar la sed, Goliat entró en una taberna de la calle de la Calandria, bebió dos vasos de vino y los pagó. Mientras que la tabernera buscaba en su cajón el dinero que debía devolverle, Goliat apoyó inocentemente la mano sobre la boca de una jarra que estaba cerca de él. La elevada estatura de aquel hombre, su rostro repugnante, su fisonomía salvaje, había ya inquietado a la tabernera, alarmada por el rumor público, pero cuando vio a Goliat con la mano sobre la boca de una de sus vasijas, asustada exclamó:

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Habéis echado alguna cosa en esa colodra!

A estas palabras pronunciadas en alta voz y con acento asustado, dos o tres bebedores se levantaron bruscamente, se acercaron al tablero, y uno de ellos gritó sin reflexionar:

—Es un envenenador.

Goliat, no comprendió al pronto de qué se le acusaba. Los bebedores levantaron cada vez más la voz interpelándole, mas él confiado en sus fuerzas, se encogió de hombros con desprecio y pidió groseramente la vuelta a la tabernera, que, asustada, no pensaba en dársela.

—¡Bandido! —exclamó uno de los bebedores—, ¡te devolverán el dinero cuando digas lo que echaste en esa vasija!

—Cómo, ¿ha echado alguna cosa? —dijo uno que pasaba.

—Es quizás un envenenador —añadió otro.

—Sí, sí —dijeron los bebedores.

Estas palabras, «es un envenenador», circularon al momento en el grupo, que al principio de tres o cuatro personas, se aumentaba por momentos a la puerta de la taberna; oyéronse gritos amenazadores; el acusador, viendo justificados sus temores, creyó verificar una acción de ciudadano bueno y animoso, y cogiendo a Goliat por el cuello, le dijo:

—Ven a explicarte al cuerpo de guardia, bandido.

El gigante, irritado ya por las injurias, exasperado por este ataque brusco, cediendo a su natural brutalidad, derribó a su adversario contra el mostrador, y lo malparó a puñetazos.

A los gritos de auxilio, los paseantes agrupados, de los que la mayor parte creía en los envenenadores, se precipitaron en la tienda para ayudar a los bebedores a apoderarse de Goliat. Éste, gracias a su fuerza hercúlea, después de luchar algunos instantes contra siete u ocho personas, derribó a dos de sus contrarios más temibles, separó a los demás, acercóse al mostrador, y tomando vigoroso empuje, con la cabeza baja como un toro, embistió a la muchedumbre que obstruía la puerta, y valiéndose de sus enormes espaldas y de sus brazos atléticos, se abrió paso a través del grupo y echó a correr. La mayor parte de las personas que componían el grupo le persiguieron gritando:

—¡Detened, detened al envenenador!

Oyendo estos gritos y viendo correr a un hombre de mala traza, un muchacho carnicero que pasaba, llevando en la cabeza un gran cesto vacío, lo arrojó entre las piernas de Goliat; éste, tropezando con aquel obstáculo, dio un paso en falso y cayó. El muchacho carnicero, creyendo realizar una acción tan heroica como si se arrojase al encuentro de un perro rabioso, se arrojó sobre Goliat, luchando con él sobre el empedrado y gritando:

—¡Socorro! ¡Es un envenenador! ¡Socorro!

Esta escena pasaba a corta distancia de la catedral, pero bastante lejos de la muchedumbre que se agolpaba a la puerta del Hotel Dieu y de la fonda en donde había entrado la comparsa de máscaras (era entre dos luces); a los gritos del carnicero, varios grupos, a cuyo frente se hallaban «Cebolleta» y «Caminero», se dirigieron hacia el sitio de la refriega, mientras que los paseantes, que perseguían al pretendido envenenador desde la calle de la Calandria, llegaban por el otro lado al atrio.

Al aspecto de aquella turba amenazadora que venía hacia él, Goliat que continuaba defendiéndose del muchacho carnicero se batía con la tenacidad de un perro de presa, conoció que estaba perdido si no se libraba de su adversario; de un tremendo puñetazo rompió la quijada del carnicero, que en aquel momento estaba encima, logró librarse de él, se levantó, y aún aturdido dio algunos pasos. De pronto se paró: veíase cercado. Los gritos que dolores terribles hacían dar al carnicero, que acababan de levantar ensangrentado, aumentaban más aún el enojo popular.

Goliat quiso vender cara su vida y esperó valientemente el choque.

La primera persona que se acercó a Goliat fue «Cebolleta». La furia cansada, en vez de precipitarse sobre él, se paró, bajóse, cogió uno de los grandes zuecos que llevaba y lo arrojó a la cabeza del gigante con tal vigor y destreza, que le dio en un ojo, que le salió a medias de su órbita. Goliat llevó ambas manos a su rostro dando un grito terrible.

—Le he hecho mirar de través —dijo «Cebolleta» dando una carcajada.

Furioso Goliat por el dolor, en lugar de esperar los primeros golpes que titubeaban en darle, pues su presencia hercúlea imponía a sus enemigos; se precipitó sobre el grupo que se hallaba a su alcance. Una lucha semejante era demasiado

desigual para que durase mucho tiempo; Goliat fue derribado. Un prolongado clamor de alegría feroz anunció a esta caída, y mil voces jadeantes y enojadas repitieron este grito: «¡Muera el envenenador!».

Entonces dio principio una de aquellas escenas de asesinato y tormentos, dignas de los caníbales. Cien brazos cayeron sobre aquel miserable; pisoteándolo, le aplastaron el rostro, le hundieron el pecho. Aquí y allá en medio de estos gritos furiosos: ¡Muera el envenenador! se oían golpes sordos seguidos de ahogados gemidos; era una espantosa refriega. Hubo un instante horroroso. Goliat logró por uno de aquellos movimientos convulsivos, frecuentes en la agonía, ponerse en pie durante algunos segundos; ciego por sus heridas, dijo entre dientes estas palabras que salieron de su boca entre chorros de sangre.

—¡Perdón! No he envenenado. ¡Perdón!

Este especie de resurrección causó un efecto tal en la muchedumbre, que por un momento retrocedió espantada.

En aquel momento una voz de entre la muchedumbre exclamó:

—¡Es Goliat! Deteneos: ese desdichado es inocente.

Y el Padre d'Aigrigny (pues era él), cediendo a un sentimiento generoso, hizo violentos esfuerzos para llegar a la primera fila de los actores de esta escena, y consiguiéndolo, pálido, amenazador, exclamó:

—¡Sois unos cobardes, unos asesinos! Ese hombre es inocente, le conozco, me respondéis de su vida.

Un gran rumor acogió estas palabras vehementes del padre d'Aigrigny.

—¿Conoces a ese envenenador? —exclamó el «Caminero», sujetando al jesuita por el pescuezo—: quizás eres otro tan bueno como él.

—¡Miserable! —dijo el padre d'Aigrigny, procurando librarse de manos del «Caminero»—: ¿te atreves a ponerme la mano encima?

—Sí, yo me atrevo a todo —contestó el «Caminero».

—Le conoce; debe ser un envenenador como el otro —gritaba la muchedumbre que se agolpaba en derredor de los dos adversarios, mientras Goliat, que al caer se había abierto el cráneo, dejaba oír el estertor de la agonía.

Un movimiento brusco del padre d'Aigrigny le libró del «Caminero», cayéndole al mismo tiempo del bolsillo un gran frasco de cristal, muy grueso, de una forma singular y lleno de un líquido verdoso que fue a parar cerca del cuerpo de Goliat. Al ver aquel frasco, varias personas exclamaron:

—Es veneno ¿lo veis? lleva veneno consigo.

A esta acusación aumentaron los gritos y estrechó la turba de tal modo al abate d'Aigrigny, que exclamó:

—No me toquéis; no os aproximéis.

—Si es un envenenador —dijo una voz—, no se le tenga más compasión que al otro.

—¡Yo un envenenador! —exclamó el abate estupefacto.

«Cebolleta» se apoderó del frasco; el «Caminero» lo tomó, destapólo y dijo al Padre d'Aigrigny, presentándoselo:

—¿Y esto qué es?

—Esto no es veneno —contestó el Padre Aigrigny.

—Entonces bébelo —dijo el «Caminero».

—Sí, sí, ¡que lo beba! —gritó la turba.

—¡Jamás! —gritó el Padre d'Aigrigny con espanto, y retrocedió rechazando el frasco con la mano.

—¿Veis? es veneno; no se atreve a beberlo —gritaron estrechándole por todos lados de suerte que le hicieron tropezar con el cuerpo de Goliat.

—Amigos míos —exclamó el jesuita, que sin ser envenenador se hallaba en una terrible alternativa, porque su frasco contenía sales preservativas de mucha fuerza, lo cual hacía que fuese tan peligroso el beberlas como el mismo veneno—; mis valientes amigos, os equivocáis; en nombre del Señor os juro que...

—Si no es veneno, bebe —repitió el «Caminero» presentándole el frasco—. Si no bebes morirás como tu compañero, ya que como él envenenas al pueblo.

—Sí, ¡que muera, que muera!

—Pero miserables —exclamó el padre d'Aigrigny, a quien se le erizaban los cabellos de terror—; ¿me queréis asesinar?

—¿Y todos los que tú y tu compañero habéis envenenado, bandidos?

—Pero eso no es cierto, y...

—Bebe, pues —repitió el inflexible «Caminero»—. Por última vez, atrévete.

—Beber eso sería morir —exclamó el padre d'Aigrigny.

—¡Ah!, ¡veis el bandido! —respondió la turba, estrechándose aún más—; confiesa, confiesa.

—¡Pero escuchadme! —grito el abate con las manos juntas—, ese frasco es...

Furiosos gritos interrumpieron al Padre d'Aigrigny.

—«Cebolleta», acaba con ése —dijo el «Caminero» empujando con el pie a Goliat—; yo voy a empezar con éste —y sujetó al Padre d'Aigrigny por la garganta.

A estas palabras se formaron dos grupos, el uno dirigido por «Cebolleta», acabó con Goliat a puntapiés, pedradas, zapatazos: muy luego el cuerpo no fue más que una cosa horrible, mutilada, sin nombre, ni forma. «Cebolleta» prestó su pañuelo, lo ataron a uno de los pies dislocados del cadáver, y de este modo lo arrastraron hasta el parapeto del malecón; y allí, en medio de gritos de una feroz alegría, precipitaron al río aquellos restos ensangrentados.

¿No es cosa que estremece al pensar que, en tiempo de conmociones populares, basta una palabra dicha imprudentemente por un hombre honrado y sin odio, para causar un terrible asesinato?

* * *

El terrible grito que espantara a Morok era el que lanzó el Padre d'Aigrigny cuando el «Caminero» puso sobre él su mano formidable, diciendo a «Cebolleta», enseñándole a Goliat expirante:

—Acaba con ése, yo voy a empezar con éste.

CXXVII

La catedral

La noche había cerrado casi del todo, cuando el cadáver de Goliath fue arrojado al río. El Padre d'Aigrigny, retrocedía paso a paso, y había podido hasta entonces resistir y permanecer en pie.

Aunque el abate no esperaba le fuese muy útil, continuaba pidiendo con todas sus fuerzas socorro. El «Caminero» volvió a arrojarse sobre el Padre d'Aigrigny, diciendo:

—Éste ya dura demasiado; acabemos con él.

El Padre d'Aigrigny se vio perdido. Sus fuerzas estaban ya agotadas. ¿Morir asesinado por aquellos brutos, después de haberse librado tantas veces de la muerte en la guerra? Tal era el pensamiento del Padre d'Aigrigny, cuando el «Caminero» se arrojó sobre él.

De pronto, y en el momento en que el abate, cediendo al instinto de conservación, pedía por última vez socorro, la puerta en que se apoyaba se abrió detrás de él; una mano segura le cogió, metiéndolo dentro de la iglesia. Era Gabriel. El joven prisionero permanecía de pie en el umbral de la puerta; su adorable rostro de arcángel, rodeado de sus largos cabellos rubios, conmovido por la conmiseración y el dolor, iluminándolo las últimas claridades del crepúsculo. Aquella fisonomía de una divina hermosura, expresaba una compasión tan tierna, que la turba se conmovió cuando Gabriel, las manos juntas, exclamó con voz sonora y palpitante:

—¡Perdón hermanos míos! Sed humanos, sed justos.

Vuelto en sí el «Caminero» de su primer movimiento de sorpresa y de su emoción involuntaria, se acercó a Gabriel gritando:

—¡No hay perdón para el envenenador!...

—¿Pensáis en lo que vais a hacer, hermanos míos? —respondió Gabriel—. ¡En esta iglesia, un sitio de refugio para todo el que se ve perseguido!

—Nos apoderaremos de nuestro envenenador hasta el mismo altar —respondió brutalmente el «Caminero».

—Hermanos míos, escuchadme... —dijo Gabriel tendiendo los brazos.

—¡Abajo los solideos! ¡Entremos aquí como en el arzobispado!

—¡Qué nos importa a nosotros que sea una iglesia! ¡Si los solideos defienden a los envenenadores, al agua con ellos!

Diciendo esto, el «Caminero» seguido de «Cebolleta» y de bastantes hombres determinados, se acercó aún más a Gabriel; pero éste viendo que hacía algunos segundos que el enojo de la muchedumbre se reanimaba, había previsto aquel movimiento; retirándose bruscamente dentro de la iglesia, consiguió a pesar de los

esfuerzos de los acometedores, tener la puerta casi cerrada y atrancarla, valiéndose de una barra de madera, apoyando una punta en las losas y la otra en el hueco que formaban los travesaños. Gabriel, al mismo tiempo que defendía la entrada, gritaba al Padre d'Aigrigny:

—¡Huid, padre mío... huid por la sacristía! las demás salidas estarán cerradas.

El jesuita debilitado, sintiendo que le faltaban las fuerzas, y creyéndose al fin en seguridad, se había arrojado medio desmayado sobre una silla. A la voz de Gabriel, el abate se levantó con trabajo, y con paso incierto se apresuró a llegar al coro, separado de la iglesia por una reja.

—¡Pronto, padre mío! —añadió Gabriel con espanto, aguantando con todas sus fuerzas la puerta—. Dentro de algunos minutos será ya demasiado tarde.

Y el misionero añadió con desesperación:

—¡Y hallarme solo, para detener la invasión de esos insensatos!

Gabriel, a pesar de la increíble energía que le inspiraba el deseo de salvar a el Padre d'Aigrigny conoció que la puerta no podía resistir a las formidables sacudidas y que muy pronto cedería. Volviendo entonces la cabeza para asegurarse de que a lo menos el jesuita había salido de la iglesia, con gran espanto le vio tendido, sin movimiento, a algunos pasos del coro. Abandonar la puerta casi rota, correr hacia el Padre d'Aigrigny, cogerle en sus brazos y llevarlo dentro de la reja del coro, fue para Gabriel un hecho tan rápido como el pensamiento, porque cerraba la reja al mismo tiempo que el «Caminero» y su cuadrilla, después de derribar la puerta, se precipitaban en la iglesia. Gabriel, en pie, de la parte de afuera del coro, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperó con tranquilidad aquella turba exasperada.

Derribada la puerta, los acometedores hicieron una violenta irrupción; pero no bien hubieron puesto el pie en la iglesia, pasó una escena extraña. La noche había tendido ya su negro manto y sólo algunas lámparas de plata derramaban su pálida luz en medio del santuario. A su brusca entrada en aquella inmensa catedral, sombría, silenciosa y desierta, los más audaces quedaron sobrecogidos, pero el primer dicharacho del «Caminero», que rompió aquel respetuoso silencio, la emoción pasó.

—¡Decid con cien mil diablos! —exclamó—: ¿cobramos aliento para cantar vísperas? Si hubiese vino en la pila, enhorabuena.

Algunos instantes después, los ojos de los acometedores, acostumbrados a aquella oscuridad, distinguieron, en medio de la pálida aureola de luz que formaba una lámpara de plata, el imponente rostro de Gabriel, en pie de la parte afuera de la reja del coro.

—El envenenador está oculto aquí en un rincón —gritó el «Caminero»—. Es preciso obligar a este cura a que nos lo entregue.

—Él fue el que le introdujo en la iglesia.

—Pagará por los dos si no se halla el otro.

A medida que se borraba la primera impresión del respeto involuntario que había experimentado la muchedumbre, los rostros eran cada vez más feroces y

amenazadores.

—Sí, sí —exclamaron varias voces trémulas de cólera—, necesitamos la vida de uno u otro.

—O de los dos.

—¡Muera, muera!

A aquella explosión de feroces gritos que resonó de un modo aterrador en los gigantescos arcos de la catedral, la turba, ebria de furor, se precipitó hacia la reja del coro, en cuya puerta estaba Gabriel.

El joven misionero, que mientras los salvajes de las montañas Pedregosas lo crucificaban, pedía al Señor perdonase a sus verdugos, tenía el corazón demasiado animoso y el alma demasiado caritativa para no aventurar mil veces su vida para salvar al Padre d'Aigrigny, a aquel hombre que le había engañado con hipocresía cruel.

CXXVIII

Los asesinos

El «Caminero» seguido de su cuadrilla, corriendo hacia Gabriel, exclamó con los ojos inflamados por la ira:

—¿En dónde está el envenenador?

—¿Y quién os ha dicho que fuese un envenenador, hermanos míos? —contestó Gabriel con voz penetrante.

—¡Basta! No hemos venido aquí para confesarnos —respondió brutalmente el «Caminero»—. Devolvednos nuestro hombre; si no vos pagaréis por él.

—Sí, sí, gritaron varias voces.

—Pues bien, aquí me tenéis —dijo Gabriel irguiendo la cabeza y adelantándose con una serenidad majestuosa y resignada—. Yo o él —añadió—, ¿qué os importa? ¿Queréis sangre? tomad la mía, y os perdonaré, hermanos míos, porque un fatal delirio ofusca vuestra razón.

Estas palabras de Gabriel, su valor, la nobleza de su actitud, la hermosura de sus facciones, habían impresionado a algunos de los acometedores, cuando de pronto una voz exclamó:

—¡Amigos! el envenenador está allí, detrás de la reja.

—¿En dónde, en dónde? —gritaron.

—Mirad, allí lo tenéis, tendido en el suelo.

El misionero perdió toda esperanza de librar al jesuita de una muerte terrible; no obstante, exclamó:

—¡Deteneos, insensatos! —y se arrojó delante de la turba, extendiendo sus manos hacia ella.

Su grito, su ademán, su fisonomía, expresaron una autoridad tan tierna y fraternal, que hubo un momento de duda en la muchedumbre; pero muy pronto se siguieron estos gritos cada vez más furiosos:

—¡Muera, muera!

—¿Queréis su muerte? —exclamó Gabriel palideciendo aún mas.

—Sí, sí.

—Pues bien, que muera —exclamó el misionero acudiéndole una inspiración súbita—; sí, que muera al momento.

Estas palabras del joven sacerdote asombraron a la muchedumbre. Durante algunos segundos aquellos hombres, mudos, inmóviles, y por decirlo así, paralizados, miraron a Gabriel con una sorpresa atontada.

—Ese hombre es culpable, decís —continuó el joven misionero con voz trémula de emoción—, le habéis juzgado sin pruebas, sin testigos; ¿qué importa? morirá. Le

acusáis de ser envenenador... ¿y sus víctimas, donde están? No lo sabéis, ¿qué importa? está condenado. Su defensa, ese derecho sagrado de cualquier acusado, os negáis a oírla ¿qué importa? El condenado morirá; va a morir; la santidad de la casa de Dios no le salvará...

—No, no —gritaron varias voces con encarnizamiento.

—No —repitió Gabriel, con mayor ardor—, no; queréis derramar sangre, y la derramaréis hasta en el templo del Señor. No, no es de ese modo como debe cumplirse el temible derecho que queréis ejercer en este momento... porque lo queréis.

—Sí, lo queremos —exclamó el «Caminero», «Cebolleta» y algunos de los más furibundos, mientras que la mayor parte permanecían mudos—. Sí —añadió el «Caminero»—; queremos matar al envenenador.

Diciendo esto, el miserable se adelantó a la cabeza de un grupo e hizo un ademán como si hubiese querido rechazar y apartar de su paso a Gabriel, que permanecía en pie a corta distancia de la reja; pero el misionero, en lugar de oponerse al bandido, se adelantó a su encuentro, le cogió del brazo, y le dijo en voz firme:

—Venid.

Y arrastrando tras sí al «Caminero» estupefacto, a quien sus compañeros pasmados no se atrevieron a seguir, Gabriel recorrió rápidamente el espacio que le separaba del coro, abrió la reja, y conduciendo al «Caminero» que llevaba todavía cogido del brazo, hasta junto al cuerpo del Padre d'Aigrigny extendido sobre las losas, exclamó:

—¡Ahí tenéis la víctima; está condenada, heridla!

—¡Yo! —exclamó el «Caminero» dudando—; ¡yo solo!

—¡Oh! —exclamó Gabriel con tristeza—: no hay ningún peligro, fácilmente acabaréis con ella; mirad, está abatida por el padecimiento, apenas le queda un soplo de vida. ¡Nada temáis!

El «Caminero» permaneció inmóvil.

—¡Herid! —repitió Gabriel dirigiéndose al «Caminero» e indicándole la turba con un ademán solemne—; ahí tenéis a los jueces y vos sois el verdugo.

—No —dijo el «Caminero» retrocediendo, y volviendo la cabeza—: ¡No soy el verdugo!

La turba permaneció muda.

En un caso desesperado, Gabriel obró con un profundo conocimiento del corazón humano.

Varias voces murmuraron vituperando la debilidad del «Caminero».

—No se atreve a acabar con el envenenador —decía uno—. ¡El cobarde!

Oyendo estos rumores, el «Caminero» corrió a la puerta de la reja, la abrió enteramente y mostrando con un ademán el cuerpo del Padre d'Aigrigny exclamó:

—Si hay alguno más atrevido que yo, que vaya a rematarle; que haga de verdugo, veamos.

A esta proposición, los murmullos cesaron. Aquella turba extraviada empezaba sobre todo a comprender la feroz cobardía del acto que quería cometer. Nadie se atrevía a herir a aquel hombre moribundo...

De pronto, el Padre d'Aigrigny dejó oír una especie de estertor de agonía, su cabeza y uno de los brazos se levantaron por un movimiento convulsivo, luego volvieron a caer sobre la losa, como si hubiese muerto. Gabriel dio un grito de angustia, echándose de rodillas cerca del Padre d'Aigrigny, diciendo:

—¡Gran Dios!, ¡ha muerto!

¡Extraña movilidad de la muchedumbre, tan impresionable para el mal como para el bien! Al grito desesperado de Gabriel, aquellas gentes, que un momento antes pedían con gritos desaforados el asesinato de aquel hombre, se sintieron casi apiadadas.

—Señor cura —dijo el «Caminero» inclinándose hacia Gabriel—, ¿verdaderamente no queda ya ningún recurso?

La respuesta de Gabriel se esperó con ansiedad en medio de un silencio profundo.

—¡Bendito seáis, Dios mío! —exclamó de pronto Gabriel—; su corazón late.

—¡Ah! su corazón late —dijeron aquellas gentes por lo bajo.

—¡Hay esperanza, podremos salvarle! —añadió Gabriel con expresión de indecible satisfacción.

—¡Podremos salvarle! —repitió maquinalmente el «Caminero».

—Pronto, pronto —añadió Gabriel dirigiéndose al «Caminero»—, ayudadme, hermano; transportémosle a una casa vecina, se le darán los primeros auxilios.

El «Caminero» obedeció con solicitud; mientras que el misionero levantaba al Padre d'Aigrigny por debajo de los brazos, el «Caminero» cogió por las piernas aquel cuerpo, y entre los dos lo sacaron fuera del coro. Aquellos hombres, dominados por la penetrante influencia de la palabra y ejemplo de Gabriel, sintiéronse enternecidos.

—No os canséis —dijo un hombre fornido acercándose respetuosamente al misionero—; ya le llevaré yo.

—Si fuese a buscar un coche, señor cura... —dijo un pilluelo de mala catadura quitándose un casquete griego.

—Sí, sí, id pronto, hijo mío —dijo Gabriel al complaciente pilluelo.

En tanto venía el coche, habían sentado al Padre d'Aigrigny en una silla; algunos hombres de buena voluntad sostenían cuidadosamente al abate; al cabo de algunos minutos hizo algunos ligeros movimientos, y un profundo suspiro salió de su oprimido pecho.

—Está salvado, vivirá, vivirá —exclamó Gabriel en tono de triunfo—; vivirá, hermanos míos.

—¡Ah!, ¡tanto mejor! —dijeron varias voces.

—¡Oh! sí, ¡tanto mejor! hermanos míos —añadió Gabriel—, porque en vez de hallaros agobiados por los remordimientos de un crimen, os acordaréis de una acción caritativa y justa. Demos gracias al Señor por haber trocado vuestro ciego furor en un

sentimiento de compasión. Amémonos, amémonos, hermanos míos, y prosternémonos ante el Cristo, ese Dios de los oprimidos, débiles y pacientes de este mundo. —Diciendo esto, Gabriel se arrodilló, y todos le imitaron.

En aquel momento el Padre d'Aigrigny volvió en sí. Se creyó bajo la impresión de un sueño.

* * *

Algunos minutos después, Gabriel, llevado casi en triunfo en brazos de la muchedumbre, subía al coche en que estaba tendido el Padre d'Aigrigny. Este coche se detuvo ante la puerta de una casa de la calle de Vaugirard; el abate tuvo fuerza para entrar solo en aquella morada, en la que Gabriel no penetró y a la que conduciremos al lector.

CXXIX

El paseo

Al extremo de la calle de Vaugirard veíase un elevado muro, cuya única abertura era una puertecita con rejilla. Pasado el umbral, se atravesaba un patio, rodeado de verjas de hierro; luego se entraba en un vasto jardín, plantado simétricamente, en cuyo fondo se elevaba un edificio de dos pisos, construido sin lujo, pero con una sencillez rica.

Pocos días habían pasado desde que Gabriel libró tan valerosamente al Padre d'Aigrigny del furor popular. Tres eclesiásticos se paseaban en el jardín con paso lento; el más joven, parecía tener unos treinta años; su rostro pálido, enjuto, revelaba cierta rudeza ascética; sus dos compañeros, de unos cincuenta a sesenta años, tenían, al contrario, una fisonomía beata.

—Mucho temo —decía uno de los dos— que la continua agitación en que se halla el Padre desde que el cólera le atacó, no haya agotado sus fuerzas.

—También —dijo el sacerdote más joven con amargura—, sensible es pensar que su reverencia el P. Rodin haya sido un motivo de escándalo negándose obstinadamente a hacer anteayer una confesión pública, cuando su estado parecía tan desesperado, que entre dos accesos de su delirio se creyó deberle aconsejar los últimos sacramentos.

—Su reverencia quiso dar a entender que no se hallaba tan malo como se suponía —repuso uno de los padres—. Lo cierto es que hace diez días le trajeron aquí moribundo; su vida no ha sido, por decirlo así, más que una larga y dolorosa agonía; y con todo vive aún.

—Aseguran —repuso el otro abate—, que el P. Rodin respondió a monseñor el cardenal Malipieri: «No tengo necesidad de confesarme públicamente; quiero vivir y viviré».

—No he presenciado eso; pero si el P. Rodin se ha atrevido a pronunciar semejantes palabras —dijo el joven sacerdote en tono indignado—, es un... —Pero reflexionando sin duda muy a tiempo, dirigió una mirada oblicua a sus dos compañeros mudos, impasibles, y añadió—: Es una gran desgracia para su alma; pero estoy seguro que calumnian a su reverencia.

—Sólo como rumor calumnioso refiero estas palabras —dijo el otro prelado cambiando una mirada con su compañero.

Siguióse un largo silencio a esta conversación. De este modo los tres congregantes recorrieron una larga calle que desembocaba en una plazuela rodeada de árboles.

Entre los RR. PP. que se paseaban también por el jardín, veíanse aquí y acullá

algunos laicos.

Uno de los ancianos religiosos, haciendo alusión a los laicos que se veían en el jardín de la casa, y deseando sin duda interrumpir un silencio que venía a ser penoso, dijo al joven religioso de rostro sombrío:

—El penúltimo pensionista que trajeron herido a nuestra casa de retiro, sin duda continúa mostrándose salvaje, pues no le veo con los demás.

—No creo que ese hombre, desde que vive en nuestra casa de retiro, haya bajado ni siquiera al patio contiguo al pabellón aislado que ocupa al fondo del establecimiento; el Padre d'Aigrigny, que es el único que se comunica con él, se quejó últimamente de la sombría apatía de ese pensionista, que aún no se le ha visto una sola vez en la capilla.

—Quizás no se halle en estado de poder ir —repuso uno de los RR. PP.

—Bien pudiera hacer que le llevaran a la capilla —dijo el joven padre con voz dura; y ya no volvió a despegar los labios, continuando el paseo con sus dos compañeros, que prosiguieron la conversación del modo siguiente:

—¿No sabéis el nombre de ese pensionista?

—Hace quince días que está aquí, pero nunca le he oído dar otro nombre que el de «señor del pabellón».

—Uno de nuestros criados, que le sirve, me dijo que era un hombre sumamente dulce, afectado, al parecer, de un gran pesar; casi nunca habla; a veces pasa horas enteras con la frente oculta entre sus manos; por lo demás parece estar muy contento en la casa; pero, cosa extraña, el reflejo del fuego le causa una fuerte desazón.

—Quizás sea algún maniático.

—No, el criado me decía muy al contrario, que el «señor del pabellón» tenía el juicio muy cabal, pero que la claridad del fuego probablemente le traía a la memoria algún recuerdo triste.

—El Padre d'Aigrigny es el que debe estar mejor enterado que nadie, es porque todos los días tiene con él largas conferencias.

—El Padre d'Aigrigny hace lo menos tres días que ha interrumpido sus conferencias, porque no ha vuelto a salir de su cuarto, desde que la otra noche le trajeron en coche, gravemente indispuesto.

—Es muy extraño que ese convaleciente, ese desconocido, no haya comparecido aún en la capilla; los demás pensionistas vienen aquí sobre todo a hacer un retiro con un aumento de fervor religioso; ¿cómo el «señor del pabellón» no participa de ese celo?

—Entonces ¿por qué ha escogido para residencia nuestra casa con preferencia a otras?

—Quizás ha venido aquí para enterarse de nuestra santa religión. —Y los tres sacerdotes continuaron su paseo.

Oyendo esta conversación, vacía y llena de habladurías sobre terceras personas (si bien personajes importantes de esta historia), se tomarían a estos tres RR. PP. por

hombres medianos o vulgares.

Platicando del modo que hemos dicho, los RR. PP. habían llegado al lado de un edificio contiguo a la vivienda principal y dispuesto por el estilo de almacén. En este edificio se hallaba la caja comercial, en donde venía a pagarse el importe de los libros, láminas, rosarios, etc., fabricados por la congregación y esparcidos profusamente en Francia, libros casi siempre insolentes, licenciosos, o plagados de embustes, obras detestables, en las cuales todo lo que puede haber hermoso, grande e ilustre en la gloriosa historia de nuestra República, se halla trastornado o insultado con un lenguaje propio de plazuela.

Tras haber escuchado con complacencia el sonido metálico de los doblones, uno de los Reverendos Padres dijo sonriéndose:

—Y hoy no es día de cobros. El padre ecónomo decía últimamente que los beneficios del primer trimestre habían ascendido a 83.000 francos.

—A lo menos —dijo con aspereza el joven padre—, serán otros tantos recursos y medios de hacer mal, arrancados a la impiedad.

Una de las puertas de la reja del jardín se abrió, y uno de los tres Reverendos Padres dijo al ver entrar a otro personaje:

—¡Ah! es su eminencia el cardenal Malipieri que viene a visitar al Padre Rodin.

—¡Ojalá esta visita de su eminencia —dijo el joven padre— sea más provechosa al padre que la última!

Efectivamente, el cardenal Malipieri pasó por el fondo del jardín, encaminándose al aposento que ocupaba Rodin.

El enfermo

El cardenal Malipieri, que ya hemos visto en una especie de concilio reunido en casa de la princesa de Saint-Dizier, y que entonces se dirigía al aposento que ocupaba Rodin, iba vestido de laico y envuelto en una ancha bata de raso. Llegado a uno de los descansos del segundo piso de la casa, atravesó una antecámara y se halló en una pieza en que había una cama de correas.

La fisonomía del prelado parecía inquieta y triste.

Paróse un momento, miró en torno casi con temor, y aspiró con fuerza repetidas veces un frasco de olor anticolérico; después tomó de una caja de oro algunas pastillas preservativas que dejó deshacerse en la boca.

Tomadas estas precauciones sanitarias, aplicando otra vez el frasco a la nariz, iba el prelado a entrar en la pieza contigua, cuando al través del delgado tabique que le separaba oyó un ruido bastante violento, y se detuvo para escuchar.

—Estoy curado, quiero levantarme —decía una voz débil, pero imperiosa.

—No penséis en eso, mi reverendo padre —respondió una voz algo más fuerte—; es imposible.

—Vais a ver si es posible —repuso la otra voz.

—Pero mi reverendo padre os mataréis: no os halláis en estado de levantaros, sería exponeros a una recaída mortal.

Casi al mismo tiempo, abriéndose una puerta, el prelado vio entrar a un sujeto de unos veinticinco años, llevando debajo del brazo una levita vieja color de aceituna y un pantalón negro no menos raído que arrojó en una silla.

Este personaje era el señor Ángel Modesto Rousselet, primer discípulo del doctor Baleinier; la fisonomía del joven practicante era humilde, dulce y reservada; hizo un ligero movimiento de asombro al ver al cardenal y le saludó dos veces profundamente sin levantar la vista del suelo.

—Ante todas cosas —dijo el prelado con su acento italiano muy marcado—, ¿han vuelto a presentarse síntomas coléricos?

—No, monseñor; la fiebre perniciosa que sucedió al ataque de cólera, sigue su curso.

—Enhorabuena. ¿Pero el Padre no quiere ser razonable? ¿Qué ruido era ese que acabo de oír?

—Su reverencia quería levantarse, monseñor. La impaciencia le consume.

—¿Ha venido esta mañana el doctor Baleinier?

—Acaba de salir de aquí, monseñor.

—¿Qué dice del enfermo?

—Le halla en un estado muy peligroso, monseñor. La noche fue tan mala, que el señor Baleinier esta mañana temía mucho; el abate Rodin se halla en uno de aquellos instantes críticos en que una crisis puede decidir en pocas horas de la vida o la muerte del enfermo. El señor Baleinier ha ido a buscar lo que necesitaba para una operación muy dolorosa, que vendrá a practicar en el enfermo.

—¿Se lo han prevenido al Padre d'Aigrigny?

—El Padre d'Aigrigny se halla también muy enfermo, como lo sabe bien, vuestra eminencia; ya hace tres días que no se ha podido levantar de la cama.

—Al subir he preguntado por él —añadió el prelado—, y luego le veré. Pero volviendo al Padre Rodin, ¿se ha avisado a su confesor, ya que se halla en un estado casi desesperado, y que debe sufrir una operación tan peligrosa?

—El señor Baleinier le ha dicho dos palabras acerca de esto; pero el Padre Rodin contestó irritado que no le dejaban un momento de tranquilidad.

—¡«Per Bacco»! no se trata de él —exclamó el cardenal interrumpiendo al señor Ángel Modesto Rousselet con esta exclamación pagana; y elevando la voz ya bastante aguda—, no se trata de él, sino del interés de su Compañía. Es indispensable que el abate reciba los sacramentos con solemnidad. Es preciso que todas las personas de esta casa, y hasta extraños, se conviden a este espectáculo, para que su muerte edificante produzca una excelente sensación.

—Eso es lo que el abate Grisoï y el abate Brunet han querido ya dar a entender a su reverencia, monseñor; pero el señor Baleinier, temiendo provocar una crisis peligrosa, quizás mortal, no se ha atrevido a insistir.

—Pues bien, yo me atreveré. Sería muy conveniente en caso de muerte prepararse para embalsamar al abate; de este modo se le dejaría expuesto durante algunos días en capilla ardiente, según la costumbre romana. Mi secretario dará el dibujo del catafalco; es muy espléndido, muy imponente; el Padre Rodin, por su posición en la Orden tiene derecho a cierta suntuosidad; necesitará a lo menos seiscientos cirios o bujías y unas doce lámparas funerarias: esto produce un efecto maravilloso; luego pudiérase distribuir al pueblo unos cuadernitos en que se pintase la vida piadosa y ascética del reverendo, y...

En el cuarto contiguo al en que permanecía el enfermo, oyóse un ruido brusco, seco como el de un objeto metálico arrojado al suelo con violencia, lo cual interrumpió al prelado.

—Con tal que el P. Rodin no os haya oído hablar de su embalsamamiento, monseñor... —dijo en voz baja el señor Ángel Modesto Rousselet—: su cama está arrimada contra este tabique y se oye todo lo que se dice aquí.

—Si el P. Rodin me ha oído —repuso el cardenal hablando desde entonces en voz baja—, esto me servirá para entablar conversación; pero de todos modos, insisto en creer que el embalsamamiento y la exposición serían muy necesarios para dar un golpe al espíritu público. El pueblo se halla ya muy asustado por el cólera; una ceremonia mortuoria semejante produciría muchísimo efecto en su imaginación.

—Me tomaré la libertad de advertir a vuestra eminencia que aquí las leyes se oponen a esas exposiciones, y que...

—Más adelante nos ocuparemos de esto, pero decidme, ¿desde mi última visita, el abate no ha tenido otros accesos de delirio?

—Sí, monseñor; esta noche deliró por lo menos durante hora y media.

—¿Según se os tiene encargado, habéis continuado apuntando exactamente todas las palabras que ha dicho el enfermo durante ese acceso?

—Sí, monseñor, aquí tenéis la nota, según vuestra eminencia me lo tiene encargado.

Como esta parte de la conversación del señor Rousselet y del cardenal no era cerca del tabique, Rodin nada pudo oír, mientras que no había perdido una palabra de la relativa al proyecto de su embalsamamiento.

Habiendo el cardenal tomado la nota de manos del señor Rousselet con manifiesta curiosidad, después de haberla leído arrugó el papel y se dijo sin ocultar su enojo.

—Siempre palabras incoherentes; ni aun dos frases por las cuales se pueda sacar una inducción razonable; creeríase en verdad que ese hombre tiene el poder de dominarse hasta en el delirio.

—Vais a introducirme en el cuarto del padre Rodin —dijo el prelado tras un momento de silencio.

—Pero, monseñor —respondió el discípulo dudando—; no hace más que una hora que le pasó el delirio, y en este momento el padre Rodin se halla muy débil.

—Mayor motivo —contestó indiscretamente el prelado, y echándolo de ver, añadió—: mayor motivo para que aprecie más los consuelos que le traigo; si se ha dormido, despertadle y anunciadle mi visita.

—Es deber mío obedecer las órdenes de vuestra eminencia —dijo el señor Rousselet, y entró en el cuarto contiguo.

El cardenal, una vez solo, dijo para sí con aire pensativo:

—Vuelvo siempre a lo mismo. Cuando le atacó repentinamente el cólera, el P. Rodin creyó que le habían envenenado por orden de la Santa Sede; es decir, que maquinaba contra Roma alguna cosa muy temible para concebir un temor tan abominable. ¿Serían fundadas nuestras dudas? Confiaba que durante su delirio se le habrían escapado algunas palabras, por las cuales se pudiese saber algo de lo que nos interesa.

La vuelta del señor Rousselet interrumpió las reflexiones del prelado.

—Siento mucho tener que deciros, monseñor, que el Reverendo Padre se niega obstinadamente a recibir a nadie, pues dice necesita absolutamente descansar. Aunque se halla muy abatido, tiene el aire sombrío y enojado; no extrañaría que hubiese oído a vuestra eminencia hablar de embalsamarle, y...

Sin responder a esta observación, el cardenal entró en el cuarto de Rodin.

Era una pieza bastante espaciosa, alumbrada por dos ventanas, sencilla, pero cómodamente amueblada.

Según manifestaran los RR. PP. en su paseo, Rodin vivía porque se decía: «Es preciso vivir, y viviré»; porque del mismo modo que las imaginaciones débiles y los caracteres cobardes, sucumben muchas veces por el miedo que les causa el mal, del mismo modo, mil hechos lo prueban, el vigor del carácter y la energía moral pueden con frecuencia luchar obstinadamente contra el mal y triunfar de las situaciones, a veces desesperadas.

El rostro del jesuita había perdido aquel color verdoso propio de los coléricos, pero quedábale una lividez cadavérica: era tal su flacura, que su piel, seca y arrugada, marcaba las menores prominencias de los huesos.

Hubiérase dicho que era un cadáver a no ser por dos ardientes chispas que brillaban en la sombra formada por la profundidad de sus órbitas. Aquellas miradas, en donde parecían hallarse concentradas, refugiadas toda la vida y energía que quedaban a aquel hombre, manifestaban una devoradora inquietud.

Según los prudentes consejos del doctor Baleinier, que no le consideraba en estado de ocuparse de cosas importantes el Padre d'Aigrigny había hasta entonces evitado responder a las preguntas de Rodin sobre la marcha del asunto Rennepont, tan interesante para él, y que temía ver comprometido por la inacción a que le condenaba la enfermedad. El silencio del Padre d'Aigrigny con respecto a esta trama, cuyos cabos tenía, y el ignorar completamente los acontecimientos que habían podido pasar desde su enfermedad, aumentaban aún su exasperación. Tal era el estado moral y físico de Rodin, cuando a pesar de su voluntad, el cardenal Malipieri entró en su cuarto.

CXXXI

El lazo

Para poder comprender mejor los tormentos de Rodin, reducido a la inacción por la enfermedad, y explicar la importancia de la visita del cardenal Malipieri, recordemos en dos palabras las audaces miras del codicioso jesuita que se creía émulo de Sixto V, mientras no llegaba a ser igual.

Habiéndole ascendido los sucesos del asunto Rennepont al generalato de su orden, quería luego, en caso de una abdicación casi prevista, asegurarse la mayoría del sagrado colegio, para subir al trono pontifical; y entonces, por medio de un cambio en los estatutos de la Compañía de Jesús, sujetar esta poderosa sociedad a la Santa Sede en vez de dejarla en su independencia, por medio de la cual igualaba y casi siempre dominaba, el poder papal: tales eran los secretos proyectos de Rodin.

Si bien el objeto de los manejos subterráneos de Rodin en Roma se hallaba envuelto en el misterio más profundo, con todo, habíanse descubierto sus secretas relaciones con la mayor parte de los miembros del sagrado colegio; alarmada una fracción de éste a cuyo frente se hallaba el cardenal Malipieri, aprovechóse del viaje del cardenal a Francia para poder procurar descubrir los tenebrosos designios del jesuita.

Después de permanecer algunos momentos inmóvil al lado de la puerta, el cardenal, con el frasco aplicado a la nariz, se acercó lentamente a la cama de Rodin.

Éste, irritado por la persistencia, y queriendo librarse de una conversación que por muchos estilos le era muy odiosa, volvió bruscamente la cabeza del lado de la pared, y aparentó dormir.

Importándole muy poco al prelado de aquel fingimiento y decidido a aprovecharse del estado de debilidad en que sabía estaba Rodin, tomó una silla, y a pesar de lo que le repugnaba, se sentó a la cabecera del jesuita.

—Mi reverendo y muy querido padre, ¿cómo estáis? —le dijo con voz melosa.

Rodin se hizo el sordo, respiró con fuerza y no respondió.

El cardenal, aunque llevaba guantes, cogió con repugnancia la mano del jesuita, la sacudió un poco, y repuso con voz algo más alta:

—Mi reverendo y muy amado padre; respondedme, os lo ruego.

Rodin no pudo reprimir un movimiento de enojada impaciencia, pero continuó haciéndose el mudo.

El cardenal no era hombre que desistiese por tan poca cosa: sacudió otra vez pero algo más fuerte la mano del jesuita, repitiendo con tenacidad flemática:

—Mi reverendo y querido padre; ya que no dormís, escuchadme, os lo ruego.

Agriado por el dolor y exasperado por la terquedad del prelado, Rodin volvió

bruscamente la cabeza; fijó en el romano sus ojos hundidos que brillaban con fuego sombrío, y contraídos sus labios por una sonrisa sardónica, le dijo con aspereza:

—¡Mucho debe importaros, monseñor, el verme embalsamado, como no ha mucho decíais, y expuesto en capilla ardiente, para venir a atormentarme en mi agonía y precipitar mi muerte!

—¿Yo, mi querido padre? ¡Gran Dios!, ¿qué estáis diciendo?

—Digo lo que no hace mucho oí, monseñor.

—Si con eso queréis decir que con todas las fuerzas de mi alma os he deseado, os deseo un fin enteramente cristiano y ejemplar, ¡oh!, ¡no os habéis engañado!

—Y yo os digo, monseñor —exclamó Rodin con voz débil y ronca—, yo os digo, que es feroz el manifestar semejantes deseos en presencia de un enfermo que se halla en estado desesperado; sí —repuso con progresiva animación que contrastaba con su abatimiento—; que tengan cuidado, ¿lo oís? porque si me acosan continuamente, si no me dejan tranquilo en mi agonía, me obligarán a morir de un modo poco cristiano, os lo prevengo; y si cuentan con un espectáculo edificante para sacar provecho, se engañan.

Este acceso de enojo, habiendo cansado dolorosamente a Rodin, le obligó a dejar caer la cabeza sobre la almohada, y enjugar sus labios grietosos y sangrientos con su pañuelo de bolsillo.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, mi muy querido padre —repuso el cardenal con tono bondadoso—; no abriguéis estas ideas funestas. No cabe duda que la Providencia tiene sobre vos grandes designios.

Rodin respondió con una ronca aspiración volviéndose hacia la pared.

El imperturbable prelado continuó:

—Las miras de la Providencia no se han limitado a vuestra salvación, mi muy querido padre; de otro modo se ha manifestado su poderío. Lo que voy a deciros es sumamente importante; escuchadme con atención.

Rodin, sin volverse, dijo con tono amargamente enojado que manifestaba un verdadero padecimiento:

—Desean mi muerte, mi pecho se abrasa, mi cabeza se abre, no tienen compasión... ¡Oh, sufro como un condenado!

—¡Ya! —dijo el romano por lo bajo sonriéndose maliciosamente de este sarcasmo; luego prosiguió en voz alta—: Permitidme que insista, mi muy querido padre; haced un pequeño esfuerzo para escucharme, no os pesará.

Rodin, tendido en su cama, silencioso, pero con un ademán desesperado, levantó las manos al cielo juntas y crispadas contra su pañuelo de bolsillo.

El cardenal se encogió de hombros ligeramente y recargando con lentitud las siguientes palabras, para que Rodin las oyese bien:

—Mi querido padre: la Providencia ha dispuesto que, durante vuestro acceso de delirio, hicieseis sin saberlo revelaciones muy importantes. Tenéis razón, porque se trata de un asunto muy grave; la Providencia permitió que, durante vuestro delirio,

vuestras palabras descubriesen vuestros pensamientos más secretos, revelándome afortunadamente a mí solo, cosas que os comprometen de un modo muy grave.

Y el cardenal, levantándose poco a poco, iba a inclinarse sobre la cama para espiar la expresión de la fisonomía de Rodin.

Éste no le dio tiempo, pues lo mismo que un cadáver sometido a la acción de la pila voltaica que se agita a saltos bruscos y extraños, así Rodin botó en su cama, se volvió e incorporó al oír las últimas palabras del prelado.

—Se ha vendido —dijo el cardenal en voz baja y en italiano. Luego sentándose bruscamente, fijó en el jesuita sus ojos radiantes de alegría.

Aunque no oyera la exclamación de Malipieri ni hubiese notado la expresión gloriosa de su rostro, Rodin, a pesar de su debilidad, comprendió la grave imprudencia de su primer movimiento demasiado significativo.

—Vuestra viva emoción, me confirma, ¡ay! el triste descubrimiento que hice —repuso el cardenal cada vez más satisfecho del éxito de su ardid—, de modo que ahora, mi muy querido padre —repuso—, ya comprenderéis que para vos es de sumo interés el entrar en los pormenores más minuciosos sobre vuestros proyectos y sobre vuestros cómplices en Roma; de este modo mi querido padre, podréis confiar en la indulgencia de la Santa Sede, particularmente si vuestras confesiones son bastante circunstanciadas, para llenar algunas lagunas inevitables en una revelación hecha durante el calor de un delirio calenturiento.

Rodin, vuelto de su primera emoción, conoció aunque tarde, que le habían armado un lazo y que se había comprometido gravemente, no con palabras, sino por un movimiento de sorpresa y espanto peligrosamente significativo. Enjugó el frío sudor que corría por su abrasada frente. La emoción de esta escena aumentaba sus padecimientos.

—¡«Per Bacco»! —se dijo el cardenal, asustado de la expresión del rostro del jesuita—, ¿si se muriese antes de poder decir nada, y se librara de ese modo de un lazo tan diestramente tendido? —E inclinándose hacia Rodin, le dijo—: ¿Qué tenéis, mi muy querido padre?

—Me siento sin fuerzas, monseñor; lo que sufro, no puede explicarse.

—Confiemos, mi muy querido padre, que esta crisis no tendrá mal resultado, pero si sucediese lo contrario, la salvación de vuestra alma depende de que me hagáis al momento las confesiones más completas, las más minuciosas, aun cuando debiesen agotar vuestras fuerzas.

—¿De qué confesiones queréis hablar, monseñor? —dijo Rodin con voz débil y en tono sardónico.

—¿Cómo de qué confesiones? las de las peligrosas intrigas que entablasteis con Roma.

—¿Qué intrigas? —preguntó Rodin.

—Las que revelasteis durante vuestro delirio —repuso el prelado con una impaciencia cada vez más irritada—. ¿Vuestras confesiones, no han sido bastante

explícitas? ¿A qué viene ahora esa culpable duda en completarlas?

—¿Mis confesiones han sido explícitas?, ¿vos me lo aseguráis? —dijo Rodin interrumpiéndose en cada palabra, tan dificultosa era su respiración.

—Sí, os lo repito —repuso el cardenal—, excepto algunas lagunas, vuestras confesiones han sido muy explícitas...

—¿Entonces, de qué sirve que os las repita? —Y la misma sonrisa irónica asomó a los labios azulados de Rodin.

—¿De qué sirve? —exclamó el prelado enojado—; para alcanzar el perdón.

—¡Oh!, ¡qué tormento! esto es morir a fuego lento —dijo entre dientes Rodin y repuso—: ya que todo lo he dicho, nada me queda que manifestaros, lo sabéis todo.

—Lo sé todo, sí, no cabe la menor duda —repuso el prelado con voz fulminante—, ¿pero de qué modo lo he sabido? por medio de confesiones que hicisteis sin saberlo, ¿y creéis que eso os sirve de algo? no, no, creedme, el momento es solemne, la muerte os amenaza; sí, os amenaza.

—Nada niego —articuló penosamente Rodin—; pero dejadme en paz.

—Al fin, Dios os inspira —dijo el cardenal con un suspiro de satisfacción—, ¿de modo que nada negáis?

—Deliraba, no puedo por consiguiente negar ¡oh!, ¡cómo sufro! —añadió Rodin—, no puedo por consiguiente negar las locuras que haya dicho durante mi delirio.

—Pero cuando esas pretendidas locuras se hallan en relación con la realidad —exclamó el prelado, furioso de ver otra vez frustradas sus esperanzas—, pero cuando el delirio es una revelación involuntaria...

—Cardenal Malipieri, vuestra astucia ni aun se halla a la altura de mi agonía —repuso Rodin con voz apagada—. La prueba de que no he divulgado mis secretos, si secretos tengo, es que quisierais que os los dijese.

—¡Maldición! Ese infernal jesuita me ha adivinado —se dijo el cardenal hiriendo el suelo con el pie: echó de ver que su primer movimiento le comprometía—: ahora está sobre sí y nada conseguiré a no ser que me aproveche de la debilidad en que se halla, y a fuerza de mortificaciones y amenazas...

El prelado no pudo continuar; la puerta se abrió bruscamente, y el Padre d'Aigrigny entró exclamando con una explosión de alegría indecible:

—¡Excelente noticia!

La buena noticia

Por la alteración de las facciones del padre d'Aigrigny, su palidez y andar débil, se conocía que la terrible escena del atrio de Nuestra Señora había causado una violenta reacción en su salud. Con todo, su fisonomía estaba satisfecha, cuando entrando en el cuarto de Rodin, exclamó:

—¡Excelente noticia!

A estas palabras, Rodin se estremeció; a pesar de su postración, irguió bruscamente la cabeza; sus ojos brillaron curiosos, penetrantes; con su mano descarnada, hizo seña al Padre d'Aigrigny para que se acercase a su cama, y le dijo con voz tan entrecortada y débil que apenas se le oía:

—Me encuentro muy mal. El cardenal casi ha acabado conmigo: pero si esa buena noticia tiene relación con el asunto Rennepont cuya idea me consume y del cual nada me dicen, me parece que estaría salvado.

—¡Estáis, pues, salvado! —exclamó el padre d'Aigrigny—; leed y regocijaos: lo que habíais anunciado empieza ya a realizarse. —Diciendo esto, sacó del bolsillo un papel y lo entregó a Rodin, quien lo cogió con mano ávida y trémula.

Algunos minutos antes, Rodin se hallaba verdaderamente incapaz de continuar su conversación con el cardenal, aun cuando la prudencia le hubiese permitido continuarla; también le hubiera sido imposible el leer una sola línea, tan turbada tenía la vista; no obstante, a las palabras del padre d'Aigrigny, experimentó tal impulso y esperanza, que por un poderoso esfuerzo de energía y voluntad, se incorporó; y la imaginación despejada, la mirada inteligente, animada, leyó rápidamente el papel que acababa de entregarle el Padre d'Aigrigny. El cardenal asombrado por aquella transfiguración repentina, se preguntaba si veía al mismo hombre que algunos minutos antes cayera casi sin conocimiento en su lecho. No bien Rodin hubo leído el papel, dio un grito de ahogada alegría, diciendo con un acento imposible de reproducir:

—¡Y va UNO!... ¡Esto empieza... esto marcha! —Y cerrando los ojos con una especie de enajenamiento estático, animó sus facciones una sonrisa de orgulloso triunfo, que las hacía parecer aún más repugnantes, descubriendo sus dientes amarillentos y descarnados.

—Pierde el conocimiento —exclamó el padre d'Aigrigny con inquietud—. Es culpa mía, he olvidado que el doctor me había prohibido hablarle de asuntos formales.

—No, no, no tenéis de que reconvienros —dijo Rodin con voz baja y

levantándose a medias, para tranquilizar al abate—. Esta alegría tan inesperada quizás sea causa de mi curación: si no sé lo que siento, pero, mirad mis mejillas: me parece que por la primera vez desde que me hallo enfermo, se colorean un poco.

Rodin decía la verdad; un color ligero y sudoso se esparcía de pronto por sus mejillas heladas.

—Este primer éxito responde de los demás; leo en el porvenir, sí —añadió Rodin con aire cada vez más inspirado—, nuestra causa triunfará; todos los miembros de la familia Rennepont quedarán anonadados, y dentro de poco ya veréis, ya —e interrumpiéndose se tendió diciendo—: ¡Oh! la alegría me sofoca, la voz me falta.

—¿De qué se trata? —preguntó el cardenal al Padre d'Aigrigny; éste le respondió en tono hipócritamente convencido:

—Uno de los herederos de la familia Rennepont, un miserable artesano, gastado por los excesos y la disolución, hace tres días que ha muerto, a consecuencia de una abominable orgía, en la que se burlaban del cólera con sacrílega impiedad. Por los demás, lo digo en alabanza de su reverencia (indicó a Rodin) que había dicho: «Los peores enemigos que pueden tener los descendientes de ese infame renegado, son sus malas pasiones». Esto es lo que acaba de suceder con Santiago Rennepont.

—Ya lo veis —repuso Rodin con voz tan debilitada que era casi inteligible—, el castigo empieza ya; uno de los Rennepont ha muerto, y tened presente ese certificado —añadió el jesuita señalando el papel que el Padre d'Aigrigny tenía en la mano—; llegará día en que valga ciento sesenta millones a la Compañía de Jesús.

«Aquella excelente noticia», como decía el Padre d'Aigrigny, no había curado a Rodin; sólo por un momento le había dado ánimo para olvidar sus dolores, de modo que el ligero color que asomara a sus mejillas, desapareció muy pronto. Tras aquella crisis, tan intensa como rápida, Rodin, cuyo rostro bañaba un frío sudor, hizo seña que deseaba beber de una poción que estaba sobre el velador. El Padre d'Aigrigny fue a buscarla, y mientras el cardenal sostenía a Rodin con visible repugnancia, el abate le administró algunas cucharadas de la poción, cuyo efecto inmediato fue bastante calmante.

—¿Deseáis que llame al señor Rousselet? —dijo el Padre d'Aigrigny a Rodin, cuando éste se vio otra vez tendido en su lecho.

Rodin meneó la cabeza negativamente; luego, haciendo otro esfuerzo, levantó su mano derecha, la abrió enteramente, y paseó por ella su índice izquierdo; con la vista indicó al Padre d'Aigrigny una papelería colocada en un ángulo del cuarto, dando a entender que como no podía hablar, quería escribir.

Dos golpes bastantes fuertes, dados, no en la puerta del cuarto de Rodin, sino en el exterior de la pieza contigua, interrumpieron esta escena; y para que su conversación con Rodin fuese más secreta, el Padre d'Aigrigny rogó al señor Rousselet que estuviese en el primero de los tres cuartos. El abate, habiendo atravesado la segunda pieza, abrió la puerta de la antecámara en donde estaba el señor Rousselet, quien le entregó un pliego bastante voluminoso, diciéndole:

—Perdonad que os moleste, padre mío, pero me han dicho que os entregase estos papeles al instante.

—Gracias, señor Rousselet —dijo el Padre d'Aigrigny, y añadió—: ¿sabéis a qué hora debe venir el señor Baleinier?

—No debe tardar, padre mío, porque quiere hacer antes de la noche la operación tan dolorosa que debe producir un efecto decisivo sobre el estado del P. Rodin; y preparo lo que para ello se necesita —añadió el señor Rousselet enseñando un aparato extraño, formidable.

—No sé si el sistema es grave —dijo el jesuita—, pero al abate acaba de atacarle repentinamente una extinción de voz.

—Ya es la tercera vez durante ocho días que se renueva este accidente —dijo el señor Rousselet—, y la operación del señor Baleinier obrará sobre la laringe y también sobre los pulmones.

—Tened la bondad de continuar aquí esperando al señor Baleinier, y cuando llegue hacedle entrar —repuso el Padre d'Aigrigny; y se volvió al cuarto del enfermo. Sentándose, a su cabecera le dijo, enseñándole una carta—: Aquí hay varios apuntes contradictorios relativos a diferentes personas de la familia Rennepont que me han parecido merecer una vigilancia excepcional, no habiéndome permitido mi indisposición el ver nada por mí mismo hace algunos días, porque hoy es el primer día que me levanto; pero no sé, padre mío —añadió dirigiéndose a Rodin—, si vuestro estado os permite oír.

Rodin hizo un ademán tan suplicante y desesperado, que el Padre d'Aigrigny comprendió que tan peligroso sería el negarse a los deseos de Rodin como satisfacerlos; volvióse, pues, hacia el cardenal que estaba inconsolable por no haber podido descubrir el secreto del jesuita y le dijo con respetuosa deferencia enseñándole la carta:

—¿Vuestra eminencia me permite?...

El prelado inclinó la cabeza y respondió:

—Vuestros negocios son también los nuestros, mi querido padre.

El Padre d'Aigrigny rompió el sello del pliego, que contenía varias notas de escrituras diferentes. Después de haber leído la primera, las facciones se anublaron de pronto y dijo con voz grave:

—Es una desgracia, una gran desgracia.

Rodin volvió la cabeza con viveza, y le miró con aire interrogativo.

—Florina ha muerto del cólera —repuso el Padre d'Aigrigny—, y lo que es más sensible —añadió el abate refregando la nota entre sus manos—, antes de morir, esta miserable criatura confesó a la señorita de Cardoville que hacía ya mucho tiempo que la espiaba, según las órdenes de vuestra reverencia.

Indudablemente la muerte de Florina y las declaraciones que hiciera a su señorita, contrariaban los proyectos de Rodin, porque éste produjo un sonido inarticulado, y sus facciones expresaron una gran contrariedad. El Padre d'Aigrigny pasando a otra

nota, la leyó y dijo:

—Este apunte, relativo al mariscal Simón, no es enteramente malo, pero dista mucho de ser satisfactorio, porque en resumidas cuentas anuncia algunas ventajas en su posición. Además, veremos por otras noticias si esta nota merece entero crédito.

Rodin, con un ademán impaciente, hizo una seña al Padre d'Aigrigny para que se apresurara a leer, y el abate leyó lo siguiente:

Asegúrase que de pocos días a esta parte el ánimo del mariscal parece menos apesadumbrado, y agitado; últimamente pasó dos horas con sus hijas, lo que hacía tiempo no sucedía. La dura fisonomía de su soldado Dagoberto se suaviza más y más; este síntoma puede mirarse como una prueba cierta de una mejoría sensible en el estado del mariscal. Reconocidas por la letra del sobre las últimas cartas anónimas devueltas al cartero por el soldado Dagoberto sin que el mariscal las abriese, se echará mano de otros medios para que lleguen a su poder...

El Padre d'Aigrigny mirando a Rodin, le dijo:

—¿Vuestra reverencia cree seguramente como yo, que esta nota pudiera ser más satisfactoria?

Rodin bajó la cabeza; leíase en su fisonomía contraída lo mucho que sufría por no poder hablar; por dos veces llevó la mano a la garganta, mirando al Padre d'Aigrigny con angustia.

—¡Ah! —exclamó el Padre d'Aigrigny con enojo, después de recorrer otra nota — ¡por una feliz probabilidad hoy tenemos algunas muy funestas!

A estas palabras, Rodin se volvió con viveza hacia el Padre d'Aigrigny, extendiendo hacia él sus manos trémulas, interrogándole con miradas y ademanes. El cardenal, participando de la misma inquietud dijo al Padre d'Aigrigny:

—¿Qué sabéis por esa nota, mi querido padre?

—Se creía ignorada la residencia del señor Hardy en vuestra casa —repuso el Padre d'Aigrigny— y se cree que Agrícola Baudoin ha descubierto el paradero de su antiguo protector, haciéndole entregar una carta por medio de un hombre de la casa. De modo —añadió el Padre d'Aigrigny con enojo— que durante los tres días que me ha sido imposible ir al pabellón que habita, uno de sus criados se ha dejado corromper. Pero no, no quiero dar crédito a esta traición; sus consecuencias serían deplorables, porque sé mejor que nadie el estado en que se hallan las cosas, y declaro que una correspondencia semejante podría perderlo todo, despertando en el señor Hardy recuerdos e ideas con mucho trabajo adormecidas. Quizás echasen al suelo en un solo día todo lo que he hecho durante su retiro en nuestra casa, pero por fortuna, éstas no son más que dudas, y los otros apuntes, que creo más seguros, espero que no las confirmarán.

—Veamos esta última nota —dijo el Padre d'Aigrigny después de un momento de silencio—. Tengo bastante confianza en la persona que me la envía para no dudar de la rigurosa exactitud de los informes que encierra.

La nota secreta

El Padre d'Aigrigny leyó lo siguiente:

Hace tres días, el abate Gabriel de Rennepont, que nunca había estado en casa de la señorita de Cardoville, se presentó en su palacio hora y media después del medio día, y estuvo en él hasta cerca de las cinco. Poco después de marcharse el abate, salieron dos criados del palacio; el uno fue a casa del señor mariscal Simón y el otro a la de Agrícola Baudoin, el herrero, y luego a la del príncipe Djalma.

Ayer a medio día, el mariscal Simón y sus dos hijas se presentaron en el palacio de la señorita de Cardoville, y poco después el abate Gabriel, acompañado de Agrícola Baudoin. Estos diferentes personajes tuvieron una larga entrevista con la señorita de Cardoville, en cuya casa permanecieron hasta las tres y media. El mariscal Simón, que fue en coche, se marchó a pie con sus dos hijas. El abate Gabriel de Rennepont y Agrícola Baudoin fueron los últimos que salieron. El abate se fue a su casa, como después se supo; el herrero, se encaminó a una taberna de la calle del Arpa, supúsose que esperaba a alguno. Efectivamente, al cabo de una media hora llegó un hombre de unos treinta años, moreno, de elevada estatura, tuerto del ojo izquierdo. Aquel hombre se sentó a la misma mesa que el herrero, y entre ambos empezaron una conversación muy animada, pero que desgraciadamente no pudo oírse. Al cabo de una media hora, Agrícola Baudoin puso en la mano del hombre un papelito doblado que parecía contener oro, visto su poco volumen y el aire sumamente agradecido del hombre tuerto, que luego recibió de Baudoin con gran solicitud una carta que éste parecía recomendarle con ahínco, y que el otro colocó cuidadosamente en el bolsillo, después de lo cual se separaron, y el herrero le dijo: «Hasta mañana». Después de esta entrevista, se creyó conveniente seguir al hombre tuerto; salió de la calle de la Arpa y entró en la casa de retiro de la calle de Vaugirard.

Al día siguiente, ya se rondaba por las cercanías de la calle del Arpa; se esperó hasta la una y media que llegó el herrero. Como se había procurado estar disfrazado temiendo ser notado, ha sido posible, como la víspera, entrar en la taberna y sentarse bastante cerca del herrero sin llamar su atención; de allí a poco llegó el hombre tuerto, y entrególe una carta con sello negro. Al ver la carta, Agrícola Baudoin se conmovió tanto, que antes de leerla, viose caer una lágrima sobre su bigote. La carta debía ser muy corta, porque el herrero no tardó dos minutos en leerla; pero con todo, se puso tan contento, que dio un brinco en el banco y estrechó cordialmente la mano del hombre tuerto: luego pareció que solicitaba de él alguna cosa con ahínco, a la que aquél se negaba; al fin cedió, y ambos salieron de la taberna. Siguióseles de lejos, y como ayer, el hombre tuerto entró en la casa mencionada, calle de Vaugirard. Agrícola, después de acompañarle hasta la puerta, se paseó largo rato alrededor de las murallas, como si reconociese las localidades, de vez en cuando escribía algunas palabras en un cuaderno. El herrero se dirigió luego a la plaza de Anjou, en casa de la señorita de Cardoville.

En el momento en que Agrícola entraba en el palacio, salía de él un coche con librea de la señorita; dentro iba el escudero de ésta con un hombre de mala catadura, miserablemente vestido. Este incidente bastante extraordinario, merecía llamar la atención, de modo que se siguió a aquel coche, que fue directamente a la prefectura de policía. El escudero de la señorita de Cardoville bajó del coche con el hombre de mala traza; los dos entraron en el despacho de los agentes de vigilancia; al cabo de una media hora el escudero volvió a salir solo, y subiendo al coche, hizo le llevasen al palacio de justicia, entrando en el estrado del procurador del rey; allí permaneció una media hora, después de lo cual regresó a la calle de Anjou, al palacio de Cardoville.

Por conducto seguro se ha sabido que aquel mismo día, los señores de Ormesson y Valbelle, abogados muy distinguidos, y el juez de instrucción que recibió la queja sobre el secuestro de la señorita de Cardoville, cuando estaba detenida en casa del señor doctor Baleinier, han tenido con esta señorita, en el palacio de Cardoville, una conferencia que duró hasta media noche, y a la que asistieron Agrícola Baudoin y otros dos trabajadores de la fábrica del señor Hardy.

Hoy el príncipe Djalma ha ido a visitar al mariscal Simón; estuvo con él tres horas y media; después salieron juntos y, según parece, fueron a casa de la señorita de Cardoville, porque su coche se paró a su puerta, calle de Anjou; un incidente imprevisto impidió completar este último informe.

Acaba de saberse que se ha dado una orden para prender al llamado Leonardo, antiguo agente del señor

barón de Tripeaud. Se cree que este Leonardo es el autor del incendio de la fábrica del señor Francisco Hardy, pues Agrícola Baudoin y dos de sus compañeros han indicado a un hombre que se parece muchísimo a ese Leonardo.

De todo esto resulta claramente que, de pocos días a esta parte, el palacio de Cardoville es el foco en donde se reúnen y de donde parten las diligencias más activas, que parecen gravitar siempre en derredor del señor mariscal Simón, de sus hijas y del señor Francisco Hardy, diligencias de que la señorita de Cardoville, el abate Gabriel y Agrícola Baudoin son los agentes más infatigables, y se cree que los más peligrosos.

Según esto, Gabriel había tenido frecuentes y largas conferencias con Adriana, que hasta entonces le era desconocida; Agrícola Baudoin se había puesto en relaciones con el señor Francisco Hardy, y la justicia seguía las huellas de los autores e incitadores del motín que destruyó e incendió la fábrica del competidor del barón Tripeaud. Parecía casi indudable que la señorita de Cardoville tendría una entrevista con el príncipe Djalma.

Este conjunto de hechos probaron claramente que, fiel la señorita de Cardoville a la amenaza que hizo a Rodin cuando se descubrió la doble perfidia del abate, se ocupaba con mucha actividad en reunir en derredor de sí los miembros dispersos de su familia, para invitarles a coligarse contra el enemigo peligroso.

Ahora se comprenderá el fulminante efecto que debió producir esta nota sobre el Padre d'Aigrigny y Rodin; sobre Rodin, moribundo, clavado en el lecho del dolor y que veía venirse al suelo pieza a pieza su laborioso edificio.

CXXXIV

La operación

Renunciamos a describir la fisonomía, actitud y ademanes de Rodin durante la lectura de la nota que parecía echar por tierra las esperanzas que hacía tanto tiempo alimentaba; todo iba a faltarle a la vez, y en el momento en que una confianza casi sobrehumana en el éxito de su trama le comunicara bastante energía para dominar su enfermedad.

¿Qué hacer? ¡Extraño poderío de la voluntad humana! Rodin tiene ya un pie en la huesa, está casi agonizando, la voz le falta, y no obstante, aquel carácter obstinado y rico en recursos, aún no desespera. Sólo necesita salud y vida. ¡Salud y vida!... Y no hace mucho que Rodin oía hablar de los funerales solemnes que se le harían. ¡Pues bien! salud y vida, las tendrá, así lo cree; quiso vivir hasta entonces, y vivió, ¿por qué no ha de vivir aún más tiempo? ¡Vivirá, pues así lo quiere!

Por un esfuerzo de voluntad, de una energía nunca vista, Rodin se precipitó fuera de la cama, llevando consigo una sábana que arrastraba cual un sudario detrás de aquel cuerpo lívido y descarnado.

—¡Desgraciado! ¿Qué hacéis? Os acarrearé la muerte —exclamó el Padre d'Aigrigny acercándose precipitadamente a Rodin para obligarle a que se acostase.

Pero éste, extendiendo uno de los brazos de esqueleto, duro como el hierro, rechazó lejos de sí al Padre d'Aigrigny con un vigor inexplicable, si se atiende al estado de abatimiento en que hacía tiempo se hallaba.

—¡Tiene la fuerza de un epiléptico durante su acceso! —dijo al prelado el Padre d'Aigrigny reponiéndose de la sacudida.

Rodin, con paso grave se dirigió hacia la papelera, tomó papel y una pluma y empezó a escribir con mano firme. No obstante el Padre d'Aigrigny se le acercó y le dijo.

—Pero, padre mío, esto es una locura.

Rodin se encogió de hombros, volvió hacia él la cabeza, e interrumpiéndole con un ademán, le hizo seña que se acercase y leyese lo que acababa de escribir. El abate, creyendo ver los partos de una imaginación delirante, tomó la hoja de papel mientras que Rodin empezaba otra nota.

—¡Monseñor! —dijo el Padre d'Aigrigny—. Leed esto.

El cardenal leyó el papel, y devolviéndoselo al abate, participó de su admiración:

—Rebosa razón, habilidad y recursos; de ese modo se neutralizarán los peligrosos acuerdos del abate Gabriel y de la señorita de Cardoville, que parecen, efectivamente ser los agentes más temibles de esta coalición.

Rodin, que volviendo la cabeza, hizo seña al Padre d'Aigrigny para que se

acercase, le entregó otra hoja de papel acompañada de un papelito en que estaban escritas estas palabras: «Para ejecutar antes de una hora». El Padre d'Aigrigny leyó rápidamente la otra nota y exclamó:

—Es cierto; de este modo la correspondencia de Agrícola Baudoin y el señor Hardy en vez de ser perjudicial, puede por el contrario producir los mejores resultados. Verdaderamente —añadió el abate en voz baja acercándose al prelado, mientras que Rodin continuaba escribiendo—; estoy confundido; veo, leo, y apenas puedo dar crédito a mis ojos; hace poco abatido, moribundo y ahora, con la imaginación tan despejada.

La puerta del cuarto se abrió de pronto y entró el doctor Baleinier. Viendo a Rodin sentado a su escritorio, y medio desnudo, los pies sobre los ladrillos, el doctor exclamó con tono de reconvención y espanto:

—¡Pero monseñor, pero padre mío!...

El doctor muy sorprendido, quiso tomarle el pulso de la mano izquierda, que Rodin le abandonó continuando su escritura con la derecha.

—¿Qué ha sucedido?

—Al abate primero le atacó una extinción de voz, luego experimentó un acceso de desesperación tan furioso, causado por malas noticias —dijo el Padre d'Aigrigny— que por un momento temimos por su vida; pero muy al contrario, el abate tuvo fuerza suficiente para ir hasta el escritorio, en donde hace unos diez minutos que escribe con una precisión y claridad que nos ha dejado sorprendidos a monseñor y a mí.

—Ya no queda duda —exclamó el doctor—: el arrebato que experimentó le ha causado una violenta perturbación que prepara admirablemente la crisis reactiva, de modo que estoy casi seguro de obtenerla con la operación.

—¿Insistís en hacerla? —dijo en voz baja el Padre d'Aigrigny al doctor Baleinier, mientras que Rodin continuaba escribiendo.

—Esta mañana aún hubiera titubeado; pero dispuesto como está, voy a aprovechar el momento de esa sobreexcitación, a la que creo seguirá un gran abatimiento.

—Según eso —dijo el cardenal—, sin la operación...

—Esa crisis tan feliz e inesperada abortaría, y su reacción pudiera matarle, monseñor —y acercándose a Rodin, que pensando y escribiendo, no había parado la atención en la conversación a media voz—: Mi reverendo padre —le dijo con voz firme—, ¿queréis dentro de ocho días estar en pie?

Rodin hizo un ademán que quería decir: «Ya me hallo en pie».

—No os hagáis ilusiones —contestó el doctor—; esta crisis es excelente, pero durará poco.

El señor Baleinier, para decidir al enfermo, y creyéndole irresoluto, añadió:

—En una palabra, mi reverendo padre, ¿queréis vivir, sí o no?

Rodin escribió rápidamente estas palabras, que hizo leer al doctor: «Para vivir,

permitiré que me corten los cuatro miembros, estoy dispuesto a todo».

E hizo un movimiento para levantarse.

—Debo manifestaros, no para que titubeéis, mi reverendo padre, sino para que vuestro valor no se sorprenda —añadió el señor Baleinier— que la operación es cruelmente dolorosa.

Rodin se encogió de hombros y con mano firme escribió: «Dejadme la cabeza y tomad lo demás».

El doctor leyó estas palabras en voz alta; el cardenal y el Padre d'Aigrigny se miraron asombrados de aquel valor indomable.

—Mi reverendo padre —dijo el doctor Baleinier—, será preciso que os volváis a acostar.

Rodin escribió: «Preparaos, tengo que escribir algunas órdenes muy urgentes; me avisaréis cuando estéis listo».

Luego, doblando un papel que cerró con una oblea, Rodin hizo una seña al Padre d'Aigrigny que leyese las palabras que iba a escribir y que fueron éstas: «Enviad al instante esta nota al agente que dirigió las cartas anónimas al mariscal Simón».

—Ahora mismo, mi reverendo padre —dijo el abate—, voy a encargarme de este cuidado a una persona segura.

—Mi reverendo padre —dijo Baleinier a Rodin—, ya que queréis escribir, volved a la cama y en ella podréis continuar vuestra escritura durante nuestros pequeños preparativos.

Rodin hizo un ademán de aprobación, y se levantó, pero el pronóstico del doctor empezaba a realizarse; el jesuita volvió a caer sentado en su silla. Entonces miró al doctor Baleinier con angustia, y su respiración fue cada vez más difícil.

El doctor, queriendo tranquilizarle, le dijo:

—No os asustéis, pero no debemos perder tiempo. Apoyaos en mí y en el Padre d'Aigrigny.

Ayudado por los dos, Rodin pudo llegar a su cama, se sentó en ella, hizo una seña para que le trajesen el tintero y papel, un tablero le sirvió de pupitre y siguió escribiendo sobre las rodillas, parándose de cuando en cuando para respirar con mucho trabajo como si se ahogase.

—Mi reverendo padre —dijo el Sr. Baleinier al Padre d'Aigrigny—, ¿sois capaz de servir de ayudante y asistir a la operación que voy a hacer?

—No —dijo el abate— en el ejército nunca pude asistir a una amputación: al ver derramar sangre de ese modo, mi corazón desfallece.

—No habrá sangre —dijo el doctor Baleinier— pero será aún peor. Tened, pues, la bondad de mandarme tres de nuestros reverendos padres que me sirvan de ayudantes; hacedme también el favor de decir al Sr. Rousselet que entre con sus aparatos.

El Padre d'Aigrigny se ausentó, y el prelado, acercándose al doctor Baleinier, le dijo en voz baja señalando a Rodin:

—¿Está fuera de peligro?

—Si resiste la operación, sí monseñor.

—¿Y estáis seguro que resistirá?

—A él le diría, sí; a vos, monseñor, os digo: Es probable.

—¿Y si fallece, habrá tiempo para administrarle los sacramentos en público con cierta pompa, lo que siempre necesita algunos preparativos?

—Es probable, que su agonía dure a lo menos un cuarto de hora.

—Es poco, pero en fin, será menester contentarse —dijo el prelado, y se retiró cerca de una de las ventanas en cuyos vidrios se puso a tocar con las yemas de los dedos, pensando en el efecto de las luces del catafalco que tanto deseaba que se erigiese a Rodin.

En aquel momento entró en señor Rousselet con una caja cuadrada debajo del brazo; acercóse a una cómoda y sobre el mármol arregló sus aparatos.

—¿Cuántos habéis preparado? —le dijo el doctor.

—Seis.

—Cuatro bastarán, pero mejor es tener algunos más a prevención. ¿El algodón, no está demasiado apretado?

—Mirad.

—Está bien.

—¿Cómo va el abate? —preguntó el discípulo a su maestro.

—Hum, hum —respondió el doctor por lo bajo—. El pecho muy oprimido, la respiración silbante, la voz siempre apagada; pero al fin hay una probabilidad.

—Lo que temo es que el abate no resista un dolor tan terrible.

—Ésa es otra probabilidad; pero en situación semejante es preciso aventurarlo todo. Vamos, querido, encended una bujía, porque advierto que vienen nuestros ayudantes.

Efectivamente, de allí a poco entraron en el cuarto, acompañando al padre d'Aigrigny, los tres congregantes que por la mañana se paseaban en el jardín de la calle de Vaugirard: los dos ancianos de rostros rubicundos y rollizos y el joven de cara ascética.

El tormento

—Mis reverendos padres —dijo con amabilidad el doctor Baleinier a los tres congregantes— os doy gracias por vuestro auxilio; lo que tendréis que hacer es muy sencillo, y con la ayuda del Señor, esta operación salvará a nuestro muy querido padre Rodin.

Rodin, indiferente a todo lo que sucedía en su derredor, no había dejado un instante, ya de escribir o ya de reflexionar.

El doctor se aproximó a Rodin y le dijo:

—Vamos, mi reverendo padre, el momento ha llegado; valor.

Ninguna señal de espanto se manifestó en las facciones del jesuita; su rostro permaneció impasible como el de un cadáver; solamente sus ojillos de reptil brillaron aún más en el fondo de sus sombrías órbitas; paseó un instante su mirada segura por los testigos de aquella escena; luego, poniendo la pluma entre los dientes, dobló y cerró otra hoja de papel, la colocó sobre su mesita de noche y en seguida hizo una seña al doctor que parecía decir: «Estoy pronto».

—Será preciso que os quitéis el chaleco de lana y la camisa, padre mío.

Sea vergüenza o pudor, Rodin dudó un momento, nada más un momento, porque cuando el doctor le repitió: «Es preciso, mi reverendo padre», Rodin, incorporándose en la cama obedeció con ayuda del señor Baleinier, quien añadió, para consolar sin duda su espantado pudor:

—No necesitamos absolutamente más que vuestro pecho, mi querido padre; lado derecho y lado izquierdo.

Tendido Rodin de espaldas y cubierta la cabeza con su grasiento gorro de seda negra, dejó ver la parte anterior de un tronco amarillento, o más bien la armazón huesosa de un esqueleto, porque las sombras producidas por las salientes costillas y cartílagos, rayaba la piel de profundos surcos negros y circulares. Con respecto a los brazos, hubiérase dicho que eran huesos rodeados de cuerdas gruesas y cubiertos de pergamino atabacado; tanto relieve daba a los huesos y las venas el abatimiento muscular.

—Vamos, señor Rousselet, los aparatos —dijo el doctor Baleinier; y dirigiéndose a los tres congregantes—: señores, aproximaos; ya os he dicho que lo que teníais que hacer es sumamente sencillo, como vais a ver.

Efectivamente, fue muy sencillo. El doctor entregó a cada uno de sus ayudantes una especie de trébedes pequeñas de acero de unas dos pulgadas de diámetro sobre tres de altura; el centro circular de estas trébedes estaba lleno de algodón muy apretado; este instrumento se tenía con la mano izquierda por medio de un mango de

madera. Cada ayudante empuñaba con la mano derecha un tubo de hojadelata de dieciocho pulgadas de largo; en uno de sus extremos tenía una boquilla para aplicar a los labios de practicante; el otro cabo se encorbaba y extendía de modo que sirviese de tapadera a las trébedes. Estos preparativos no eran nada imponentes. El padre d'Aigrigny y el prelado, que miraban de lejos, no entendían cómo podía ser tan dolorosa esta operación. Muy pronto lo comprendieron.

El doctor Baleinier, habiendo armado de este modo a sus cuatro ayudantes, hizo que se acercasen a Rodin, cuya cama habían colocado en medio del cuarto. Dos ayudantes se colocaron a un lado y dos al otro.

—Ahora señores —les dijo el doctor Baleinier— encended el algodón; colocad la parte encendida contra la piel de su reverencia por medio de las trébedes que contienen la mecha, tapad las trébedes con la parte extendida de vuestros tubos y soplad por la boquilla para reanimar el fuego. Es muy sencillo como veis.

Era efectivamente de una ingenuidad patriarcal y primitiva. Cuatro mechas de algodón encendido, pero dispuestas de modo que no quemasen sino a fuego lento, se aplicaron a derecha e izquierda del pecho de Rodin.

Esto vulgarmente se llaman moxas, y la operación termina cuando así lentamente se ha quemado el espesor de la piel; dura de siete a ocho minutos. Dicen que una amputación es poco en comparación de esto.

Rodin contempló los preparativos de la operación con intrépida curiosidad; pero al contacto de los cuatro braserillos devoradores, se enderezó y revolcó como una serpiente, sin poder dar un grito, porque estaba mudo; hasta la expansión del dolor le estaba prohibida. Como el brusco movimiento de Rodin descompuso los aparatos de los cuatro ayudantes, hubo que volver a empezar.

—Valor, mi querido padre, ofreced esos padecimientos al Señor, que los aceptará gustoso —dijo el doctor Baleinier con tono bondadoso—; ya os lo dije, esta operación es tan saludable como dolorosa; que es cuanto se puede decir. Vamos, y ya que hasta ahora habéis mostrado tanta resolución, que no os falte en el momento decisivo.

Rodin cerró los ojos; vencido por la primera sorpresa del dolor, los abrió y miró al doctor, casi avergonzado de mostrarse tan débil. Y no obstante, a izquierda y derecha de su pecho veíanse cuatro grandes escaras de color sangriento; tan profundas eran las quemaduras.

En el momento en que iba a colocarse otra vez en el lecho del dolor, Rodin hizo una seña para que le diesen el tintero, pues quería escribir. Poco costaba satisfacer este capricho; el doctor le entregó el tablero y Rodin escribió lo siguiente, como si fuese un olvido: «Vale más no perder tiempo. Haced que avisen al barón Tripeaud de la orden dada contra su agente Leonardo, para que tome sus precauciones». Escrita esta nota, el jesuita se la entregó al doctor Baleinier, haciéndole seña de que la pasase a manos del Padre d'Aigrigny; éste tan asombrado como el doctor y el cardenal de una presencia de ánimo semejante en medio de dolores tan atroces, permaneció un

instante estupefacto; Rodin, con la vista fija en el abate, parecía esperar con impaciencia que saliese del cuarto para ir a cumplir sus órdenes. El doctor, adivinando la idea de Rodin, dijo algunas palabras al Padre d'Aigrigny, quien salió del aposento.

—Veamos, mi reverendo padre —dijo el doctor—, volvamos a empezar; esta vez no os mováis, ya sabéis lo que es.

Rodin juntó sus manos encima de la cabeza, presentó su pecho y cerró los ojos.

Era un espectáculo extraño, lúgubre y casi fantástico. Aquellos tres sacerdotes vestidos de largos ropajes negros, inclinados sobre aquel cuerpo reducido casi al estado de un cadáver, con los labios aplicados a los tubos que iban a parar al pecho del paciente, parecían chuparle la sangre o sujetarle con algún artificio mágico. Un olor de carne quemada, nauseabundo y fuerte se extendió por el cuarto silencioso, y cada ayudante oyó bajo sus trébedes humeantes un ligero chisporroteo: era la piel de Rodin que se agrietaba por la acción del fuego y se abría en cuatro sitios diferentes de su cuerpo. El sudor corría por su rostro lívido que relucía; algunos mechones de cabellos canos y húmedos, pegábanse a sus sienes. A veces era tal la violencia de sus espasmos, que sobre sus brazos tiesos se hinchaban sus venas y se tendían como cuerdas a punto de romperse.

Sufriendo este terrible tormento con la invencible resignación de un salvaje cuya gloria consiste en despreciar el dolor, Rodin hallaba su valor y fuerza en la esperanza, casi diremos en la seguridad de vivir.

Tal era el temple de su indomable carácter, el poderío de aquella imaginación enérgica, que en medio de inexplicables tormentos no le abandonaba su idea fija. Durante los cortos intervalos que le dejaba el padecimiento, por lo regular desigual, aún en aquel grado tan intensivo, Rodin pensaba en el asunto Rennepont, calculaba las probabilidades, y combinaba las medidas más eficaces, conociendo que no debía perderse un minuto.

El doctor Baleinier, que no le quitaba ojo, espiaba con gran atención los efectos del dolor y la saludable reacción que producía sobre el enfermo que parecía respirar ya algo más libremente.

De pronto Rodin llevó la mano a la frente como si le acudiese una inspiración repentina, volvió la cabeza hacia el señor Baleinier, y con una seña le pidió que suspendiese por un momento la operación.

—Debo manifestaros, mi reverendo padre —respondió el doctor—, que ya estamos a más de la mitad, y que si se interrumpe, al volverla a emprender os parecerá más dolorosa aún.

Rodin hizo seña que poco le importaba y que quería escribir.

—Señores, suspended un momento —dijo el señor Baleinier—, no apartéis los braserillos, pero dejad de avivar el fuego.

Esto es, que sólo se quemara suavemente la piel del paciente, en lugar de ser un fuego vivo.

A pesar de este dolor, menos atroz, pero siempre agudo y profundo, Rodin, estando acostado de espaldas, trató de escribir; por su posición se vio obligado a coger el tablero con la mano izquierda, levantarlo a la altura de la vista y escribir con la derecha. En un pliego de papel trazó algunos signos alfabéticos de un carácter en cifras que él mismo compusiera para sí con el objeto de anotar algunas cosas ocultas.

Pocos momentos antes, en medio de sus tormentos, le acudió una idea luminosa; la creía buena y por eso la anotaba, temiendo que se le olvidase con sus padecimientos; aunque se paró dos o tres veces, porque si su piel no se quemaba sino a fuego lento, con todo hacía su efecto, Rodin prosiguió escribiendo; en otro papel trazó las palabras siguientes, que entregaron al momento al Padre d'Aigrigny, según indicó: «Enviad al instante a B. a ver a Faringhea, quien le referirá los acontecimientos de estos últimos días con respecto al príncipe Djalma; B. volverá inmediatamente aquí con estos informes». El Padre d'Aigrigny se apresuró a marcharse para dar esta otra orden. El cardenal se aproximó un poco al teatro de la operación, pues a pesar del mal olor de aquel cuarto, se complacía en ver asar parcialmente al jesuita, al que guardaba un rencor de sacerdote italiano.

—Vamos, mi reverendo padre —dijo el doctor a Rodin—, continuad siendo admirablemente valeroso; vuestro pecho se alivia. Todavía tenéis que pasar un mal rato, y luego buena esperanza.

El paciente volvió a colocarse, cuando el Padre d'Aigrigny entró. Rodin le interrogó con la vista y el abate le respondió con un ademán afirmativo. A una seña del doctor, los cuatro ayudantes acercaron sus labios a los tubos y volvieron a avivar el fuego con soplidos acelerados. Fueron tan feroces los dolores que le causó la vuelta al tormento, que a pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, Rodin rechinó los dientes, dio un salto convulsivo, y su pecho se hinchó de tal modo palpitando bajo el brasero, que a efecto de un espasmo violento, escapóse al fin de sus pulmones un grito horrible de dolor, pero libre, sonoro, atronador.

—El pecho está desembarazado —exclamó el doctor Baleinier triunfante—, está salvado; los pulmones ya juegan, la voz vuelve. Soplad señores, soplad; y vos, mi reverendo padre —dijo alegremente a Rodin—, si podéis, gritad, aullad, no os contengáis; me causará una verdadera satisfacción el oíros, y eso os aliviará. Ánimo, ahora respondo de vos. Es una cura admirable; la publicaré, haré que la anuncien al son de trompetas.

Rodin, oyendo decir que estaba salvado, aunque sus padecimientos fuesen quizás los más agudos que hubiese experimentado, estaba verdaderamente hermoso, con una hermosura infernal. Al través de la penosa contracción de sus facciones, veíase el orgullo de un feroz triunfo; conocíase que aquel monstruo volvía a sentirse fuerte y poderoso y que sabía los terribles males que iba a producir su funesta resurrección. Así es que, al mismo tiempo que se retorció, efecto del hornillo que le devoraba, pronunciaba estas palabras, las primeras que salieron de su pecho, cada vez más libre y desembarazado:

—¡Yo bien dije que viviría!

—Y decíais la verdad —dijo el doctor, tomándole el pulso—. Ahora vuestro pulso firme, regulado, los pulmones libres; la reacción es completa, y estáis salvado.

Habiéndose quemado enteramente el algodón, sacaron las trébedes, y en el pecho huesoso y descarnado de Rodin se vieron cuatro grandes llagas redondas; carbonizada la piel, que aún humeaba, se descubría la carne viva. A consecuencia de los saltos bruscos de Rodin, que desarregló las trébedes, una de las quemaduras era mayor que las otras, y presentaba, por decirlo así, un doble cerquillo negruzco y quemado.

Fijando Rodin la vista en sus llagas, después de algunos minutos de silenciosa contemplación, asomó a sus labios una sonrisa singular; entonces, sin mudar de postura, pero dirigiendo al Padre d'Aigrigny una mirada de inteligencia, imposible de describir, le dijo, contando lentamente una a una las llagas con la yema de su dedo de uña chata.

—Padre d'Aigrigny ¡qué presagio! mirad: un Rennepont, dos, tres, cuatro —e interrumpiéndose— ¿en dónde está el quinto? ¡Ah! aquí; esta llaga vale por dos, es gemela... —y prorrumpió en una carcajada seca y aguda.

El Padre d'Aigrigny, el cardenal y el doctor Baleinier fueron los únicos que comprendieron el sentido de estas palabras misteriosas y siniestras que Rodin completó con una terrible alusión, exclamando con voz profética y aire inspirado:

—Sí, lo digo; la raza del impío quedará reducida a polvo, como acaban de convertir mi carne en ceniza; porque he querido vivir, y vivo.

CXXXVI

Vicio y virtud

Dos días han transcurrido desde que Rodin fue milagrosamente devuelto a la vida. Es probable que el lector no haya echado en olvido la casa de la calle de Clodoveo, en la que el abate tenía un aposento y en donde se hallaba también la habitación de Filemón, en la cual vivía Rosita Pompón.

En medio de los haces de leña, de las legumbres mustias, al lado de un gran montón de carbón, hay un pobre lecho; bajo la sábana que lo cubre dibújase la forma angulosa y tiesa de un cadáver. Es el cuerpo de la madre Arsenia, que atacada del cólera sucumbió la antevíspera; pero son tan numerosos los entierros, que no han tenido tiempo para llevarse sus restos mortales.

Casi desierta estaba entonces la calle Clodoveo, en la parte de afuera reinaba un triste silencio. De pronto se oye un ruido. Al cabo de un rato, la mala cerradura cedió y entró una mujer que permaneció algunos momentos inmóvil en medio de la oscuridad de aquella cueva húmeda y helada. Después de un momento de duda, la mujer se adelantó, y el rayo luminoso alumbró las facciones de la «Reina Bacanal», quien poco a poco se aproximó al lecho fúnebre.

Desde la muerte de Santiago la alteración de las facciones de Cefisa aumentó aún más; pálida como la muerte, sus hermosos cabellos negros desordenados, las piernas y los pies desnudos, iba apenas cubierta con un mal vestido remendado y un pañuelo al cuello hecho giras. Cuando llegó cerca de la cama, dirigió una mirada casi feroz a la mortaja. Cefisa buscó y reunió precipitadamente diversos objetos, cual si temiese ser sorprendida en aquella miserable tienda. Primero se apoderó de un cesto y lo llenó de carbón; después, mirando en todos sentidos, descubrió en un rincón un hornillo de barro, del que se apoderó con una expresión de siniestra alegría.

—Algo más me falta —decía Cefisa buscando en su derredor con aire inquieto.

Al fin descubrió junto a la estufa una cajita de hoja de lata con pajuelas y una piedra de chispa. Púsolo todo sobre el cesto, y asiéndolo con una mano, cogió con la otra el hornillo. Al pasar junto al cadáver de la pobre carbonera, dijo Cefisa con sonrisa singular.

—Infeliz madre Arsenia, os robo, pero este hurto de poco me servirá.

Salió Cefisa de la tienda, ajustó la puerta, siguió el pasadizo y atravesó el patio que separaba el edificio interior del exterior en que Rodin solía pasar algunas horas.

La «Reina Bacanal» llegó a la escalera que comunicaba con los aposentos anteriormente ocupados por Rodin, y al llegar al descanso, subió una escalerita derruida y empinada, a la que servía de pasamano una cuerda vieja, y llegó a la puerta carcomida de un desván.

Reducíase todo el ajuar a un jergón roto, del que salían algunas pajas, y cerca de él una cafetera de loza desportillada.

La Gibosa, cubierta de andrajos, estaba sentada en el jergón, apoyados los codos en las rodillas y oculto el rostro entre sus manos flacas. Al entrar Cefisa, la hermana adoptiva de Agrícola alzó la cabeza; su rostro pálido y suave parecía aún más extenuado con los sufrimientos, el dolor y la miseria; sus ojos hundidos, se clavaron en su hermana con una expresión de melancólica ternura.

—Hermana, traigo todo lo que necesitamos —dijo Cefisa con voz ronca y breve—. En este cesto está el término de nuestras desgracias —e indicando a la Gibosa los objetos que acababa de poner en el suelo, añadió—: Por la vez primera en mi vida he robado, y me causa vergüenza y miedo. Está visto, no he nacido ladrona.

Después de un momento de silencio, la Gibosa dijo a su hermana con una expresión desgarradora:

—¿Cefisa, mi buena Cefisa, es decir que quieres morir?

—¿Cómo he de dudar? —respondió Cefisa con voz firme—. Veamos, hermana, volvamos a calcular lo que me corresponde hacer: aun cuando pudiese olvidar mi vergüenza y el desprecio de Santiago al morir, ¿qué me resta? dos partidos que tomar: El primero, ser honrada y trabajar. Pues bien, ya lo sabes —continuó— a pesar de mi buena voluntad, me faltará muchas veces el trabajo como hace días que nos falta, y aun cuando así no sucediese, me veré obligada a vivir con cuatro o cinco francos a la semana. ¡Vivir! esto es morir a fuego lento a fuerza de privaciones, ya sé lo que es eso, prefiero acabar de una vez...

—Es muy cierto, Cefisa. Pero sola no responde uno más de sí, y se me figura que morir contigo —añadió estremeciéndose—, es ser cómplice de la muerte.

—¿Prefieres que cada una acabemos por separado? Sería gracioso —dijo Cefisa, manifestando en aquel momento terrible una especie de ironía triste y desesperada.

—¡Oh! no, no —dijo la Gibosa con espanto—, sola no. ¡Oh! no quiero morir sola.

—Ya lo ves, querida hermana, razón tenemos en no separarnos; y no obstante —repuso Cefisa con voz conmovida—, a veces el corazón se me parte al pensar que quieres morir como yo.

—¡Egoísta! —dijo la Gibosa con una sonrisa amarga—, ¿qué motivos tengo yo de amar la vida más que tú?, ¿qué vacío dejaré tras de mí?

—Pero tú, hermana, tú eres una pobre mártir. Los sacerdotes hablan de santas, ¿hay acaso una sola que te iguale? Y no obstante, quieres morir como yo, que siempre he sido holgazana.

—Esto es muy extraño —replicó la Gibosa pensativa—. Partiendo de un mismo sitio, seguimos opuestos caminos, y hemos llegado al mismo punto; la repugnancia a la vida. Al cabo, he cumplido hasta el fin lo que para mí era un deber —repuso la Gibosa con dulzura—; Agrícola ya no me necesita, está casado, ama y es amado, su felicidad está asegurada. La señorita de Cardoville nada le queda que desear; hermosa, rica, dichosa, hice por ella lo que cabe en una criatura de mi clase. Los que

se han portado bien conmigo son felices; ¿qué importa que ahora me vaya a descansar?

—¡Pobre hermana! —dijo Cefisa con tierna emoción.

—Y cuando pude al fin llegar al palacio de la señorita de Cardoville, desgraciadamente estaba ausente. ¡Oh!, ¡muy desgraciadamente! —repitió la Gibosa mirando a Cefisa con dolor—, porque al día siguiente, viendo que también nos faltaba este último recurso, pensando más en mí que en ti misma, deseando a toda costa procurarnos pan... —La Gibosa no pudo terminar y ocultó el rostro con sus manos estremeciéndose.

—Pues bien, fui a venderme como lo hacen otras muchas desgraciadas cuando les falta el trabajo o el salario no les alcanza —respondió Cefisa con voz ronca—; sólo que en lugar de vivir de mi vergüenza, como otras, yo muero.

—¡Ay! esa terrible vergüenza, de que morirás, pobre Cefisa, porque tienes valor, no la hubieras conocido, a haber podido ver a la señorita de Cardoville, o si hubiese respondido a la carta en que le pedía permiso para escribir en su portería; pero su silencio me prueba que está justamente ofendida de mi brusca partida.

—¡Cúmplase, pues, nuestra suerte! —agregó la Gibosa.

—Pues bien, hermana, abracémonos —exclamó Cefisa— y valor.

Levantóse la Gibosa y se arrojó en brazos de su hermana. Ambas estuvieron largo rato abrazadas.

—¡Oh! ¡Dios mío!, ¡amarse tanto y separarse para siempre! —dijo Cefisa—: es muy cruel, y no obstante...

—¡Separarse! —exclamó la Gibosa, y su pálido y suave rostro, lleno de lágrimas, resplandeció repentinamente con divina esperanza—; ¿separarnos, hermana?, ¡oh! no, no. Lo que hace que esté tan tranquila, es que siento aquí, en el fondo de mi corazón, una aspiración profunda, segura, hacia un mundo mejor en donde nos espera una vida más grata. Dios, grande, clemente, bueno, no quiso que sus criaturas fuesen siempre desgraciadas; pero algunos hombres egoístas desnaturalizan su obra reduciendo a sus hermanos a la miseria y la desesperación.

—¡Oh!, ¡hermana!, ¡qué hermosa estás así!

—Algo tarde viene la hermosura —contestó la Gibosa sonriéndose con tristeza.

—No, hermana, porque pareces tan feliz, que los últimos escrúpulos que tenía con respecto a ti, se han desvanecido enteramente.

—Vamos, despachemos —dijo la Gibosa, mostrando el hornillo a su hermana.

—Tranquilízate, hermana, no será muy largo —contestó Cefisa. Y yendo a coger el hornillo lleno de carbón que puso en un rincón del desván, lo colocó en medio de aquel cuartito.

—¿Sabes cómo se arregla eso? —preguntó la Gibosa acercándose.

—¡Oh! ¡Dios mío! es muy fácil —respondió Cefisa—; se cierra la puerta, la ventana, y se enciende el carbón.

—Sí, hermana; pero me parece haber oído decir que era preciso tapar todas las

aberturas, para que no entre el aire.

—Es verdad, ¡cabalmente esa puerta ajusta tan mal!

—Y el tejado, mira qué aberturas.

—¿Cómo lo haremos, hermana?

—¡Ah! ya sé —dijo la Gibosa—; la paja de nuestro jergón, retorcida, podrá servirnos.

—Tienes razón —contestó Cefisa—; guardaremos la necesaria para encender el fuego, y de la demás haremos tapones para los agujeros del tejado y acolchados para la puerta y la ventana. —Y sonriéndose, con aquella ironía amarga, frecuente, lo repetimos, en tan lúgubres momentos, Cefisa añadió—: ¿Qué tal, hermana? acolchados en las puertas y ventanas para impedir que entre el aire; ¡qué lujo! Estamos resguardadas como unos potentados.

—Ahora bien podemos estar con algunas comodidades —dijo la Gibosa, procurando chancearse con la «Reina Bacanal».

Y las dos hermanas, con increíble serenidad, se pusieron a retorcer las briznas de paja; luego arreglaron unos grandes tapones destinados a tapar los agujeros del techo. Mientras duró esta siniestra ocupación, la serenidad y triste resignación de aquellas dos desgraciadas no se desmintió ni un momento.

En pocos minutos las dos hermanas acabaron de arreglar con la paja de su jergón los manojitos y tapones destinados a interceptar el aire, y conseguir que la asfixia fuese más rápida y segura. La Gibosa dijo:

—Tú que eres más alta, Cefisa, te encargarás del techo; yo de la puerta y la ventana.

—Pierde cuidado, hermana; acabaré antes que tú —respondió Cefisa.

Desempeñada aquella triste tarea, las dos hermanas se juntaron mirándose en silencio. El momento fatal se acercaba.

—Ahora —dijo la Gibosa— pronto, el hornillo —y se arrodilló delante del anafre lleno de carbón; pero Cefisa, sujetando a su hermana por debajo de los brazos, la obligó a levantarse, diciéndole:

—Déjame encender el fuego, esto me toca a mí.

—¿Pero, Cefisa?

—Ya sabes, pobre hermana mía, que el olor del carbón te produce dolor de cabeza.

A estas cándidas expresiones, porque la «Reina Bacanal» hablaba formalmente, las dos hermanas no pudieron menos de sonreírse tristemente.

—Lo mismo da —añadió Cefisa. Y señalando a su hermana el jergón en el que aún quedaba alguna paja, añadió—: Acuéstate allí, hermana mía. Cuando el hornillo esté encendido vendré a sentarme a tu lado.

—Ven pronto, Cefisa.

—Dentro de cinco minutos habré despachado.

La parte del edificio que daba a la calle separábala un reducido patio del cuerpo

interior, en donde se hallaba el chiribitil de las dos hermanas, y de tal modo lo dominaba, que habiendo desaparecido el sol detrás de la elevada fachada, el cuartito quedó muy oscuro; la claridad del día velada por los vidrios opacos de la ventana, tan miserables eran, alumbraban débilmente el jergón de cuadros blancos y azules, en el que estaba tendida la Gibosa con un vestido hecho jirones. Apoyada sobre el brazo izquierdo, la barbilla descansando en la palma de la mano, contemplaba a su hermana con triste expresión.

Cefisa, arrodillada delante del hornillo, la cabeza inclinada hacia el negro carbón, por encima del cual jugueteaba aquí y allá una llamita azulada, Cefisa soplaba con fuerza, un poco de ascua encendida, que despedía sobre su pálido semblante ardientes reflejos. El silencio era profundo. Cefisa, viendo que el hornillo estaba enteramente encendido y sintiéndose ya un poco aturdida, se levantó, y acercándose a su hermana, le dijo:

—Ya está corriente.

—Hermana mía —contestó la Gibosa poniéndose de rodillas sobre el jergón, mientras que Cefisa estaba todavía en pie—, ¿cómo nos colocaremos? Quisiera estar muy cerca de ti hasta el fin.

—Espera —dijo Cefisa— voy a sentarme en la cabecera del jergón, respaldada contra la pared; ahora hermanita, ven, échate aquí; bueno, apoya la cabeza sobre mis rodillas y dame la mano. ¿Estás bien así?

—Sí, pero no puedo verte.

—Vale más que así sea... Parece que hay un instante muy corto, por fortuna, en que se padece mucho... —Y añadió Cefisa con voz conmovida—: mejor es que no nos veamos sufrir.

—Tienes razón, Cefisa.

—Déjame besar por última vez tus hermosos cabellos —dijo Cefisa apoyando sus labios en la sedosa cabellera que coronaba el rostro pálido y melancólico de la Gibosa —, y después permaneceremos muy quietas.

—Hermana, tu mano —dijo la Gibosa— por última vez, tu mano; y después, como dices, no nos moveremos más, y creo que no esperaremos mucho tiempo, porque ya empiezo a sentirme aturdida; ¿y tú, hermana?

—¿Yo? aún no —dijo Cefisa— no percibo más que el olor del carbón.

—¿No sospechas el cementerio a que nos llevarán? —dijo la Gibosa después de un momento de silencio.

—No; ¿a qué viene esa pregunta?

—Porque preferiría en el del Padre Lachaise; estuve una vez en él con Agrícola y su madre. ¡Qué bella perspectiva! en todas partes árboles, flores, mármol... ¿Sabes que los muertos están mejor alojados que los vivos?

—¿Qué tienes, hermana? —dijo Cefisa a la Gibosa, que se interrumpió después de hablar con voz algo lenta.

—Tengo como vértigos; las sienes me zumban —contestó la Gibosa—. ¿Y tú,

cómo te sientes?

—Empiezo a estar sólo un poco aturdida; es extraño; en mí el efecto es más tardío.

—¡Oh! es que yo —dijo la Gibosa procurando sonreírse— siempre he sido muy precoz. ¿Te acuerdas? en la escuela de las hermanas decían que siempre estaba más adelantada que las demás.

—Sí, pero confío alcanzarte muy pronto —dijo Cefisa.

Lo que sorprendía a las dos hermanas era natural; la «Reina Bacanal», aunque muy debilitada por los pesares y la miseria, era de una constitución tan robusta como delicada la de la Gibosa, por consiguiente debía sufrir más tarde que su hermana los efectos de la asfixia.

Después de un momento de silencio. Cefisa dijo, poniendo la mano en la frente de la Gibosa, cuya cabeza descansaba todavía sobre las rodillas de aquélla:

—Nada me dices, hermana, padeces, ¿no es verdad?

—No —contestó la Gibosa, con voz debilitada—, mis párpados pesan como si fueran de plomo, el entorpecimiento se apodera de mí, noto que hablo más lentamente, pero todavía no siento ningún dolor vivo. ¿Y tú, hermana?

—Mientras me hablabas sentí un vértigo; ahora mis sienes laten con violencia.

—Como hace poco me latían a mí; cualquiera creería que es más doloroso y difícil el morir. —Después de una pausa, la Gibosa dijo de pronto a su hermana—: ¿Supones que Agrícola me sienta mucho y piense en mí durante largo tiempo?

—¿Debes acaso preguntarlo? —contestó Cefisa en tono de reconvención.

—Tienes razón —respondió suavemente la Gibosa—, esta duda encierra un sentimiento malo ¡pero si supieses!...

—¿Qué hermana?

La Gibosa dudó un instante y dijo con postración:

—Nada —y añadió—: Afortunadamente, muero bien convencida que nunca me necesitará; está casado con una joven linda; se aman; estoy segura que hará su felicidad. —Al pronunciar estas últimas palabras, el acento de la Gibosa era cada vez más débil. De pronto estremeciéndose, y dijo a Cefisa con voz trémula, casi asustada—: Hermana mía, abrázame fuerte; ¡oh! tengo miedo, veo todo de un azul oscuro, y los objetos dan vueltas en mi derredor. —Y la desgraciada criatura, levantándose un poco, ocultó el rostro en el seno de su hermana, que seguía sentada, y le echó al cuello sus lánguidos brazos.

—Valor, hermana —dijo Cefisa estrechándola contra su pecho, y con voz que también se debilitaba—: Esto va a terminarse —añadiendo con una mezcla de envidia y espanto—: ¿Por qué mi hermana desfallece tan pronto? Tengo aún todo el conocimiento y sufro menos que ella... ¡Oh! pero esto no durará... Si conociese que iba a morir antes que yo, iría a poner la cara encima del hornillo; sí, y voy a hacerlo. —Al movimiento que hizo Cefisa para levantarse, un débil abrazo de su hermana la retuvo—. ¿Sufres, pobrecita? —dijo temblando.

—¡Oh! sí, en este momento, mucho; no me abandones, te lo ruego.

—Y yo, nada, casi nada aún —se dijo Cefisa echando una mirada feroz al hornillo—. Así con todo —añadió con cierta alegría siniestra—, empiezo a ahogarme, y siento que mi cabeza se abre.

Efectivamente, el gas mortal llenaba el cuartito, del que poco a poco iba desalojando todo el aire respirable.

La Gibosa hizo de pronto algunos ligeros movimientos convulsivos, pronunciando estas palabras con voz débil:

—Agrícola, señorita de Cardoville... ¡Oh! Adiós... Agrícola... yo... te... —Añadió entre dientes algunas palabras ininteligibles; sus movimientos convulsivos cesaron, y sus brazos, que rodeaban el cuello de Cefisa, cayeron inertes sobre el jergón.

—¡Hermana mía!... —exclamó Cefisa aterrada, levantando la cabeza de la Gibosa con ambas manos, para mirarla—; ¡tú... ya! hermana mía, ¿y yo?

El rostro de la Gibosa no estaba más pálido que de costumbre, sólo que sus ojos medio cerrados perdieron la vista; una sonrisa triste y bondadosa vagó aún durante un instante en sus labios amoratados de los que se escapaba un soplo imperceptible; luego su boca quedó inmóvil, y la expresión de su rostro bastante sereno.

—¡Pero no debes morir antes que yo! —exclamó Cefisa con voz desesperada cubriendo de besos las mejillas de la Gibosa, que se helaban bajo sus labios—. ¡Hermana mía, espérame... espérame!... —La Gibosa no respondió; su cabeza, que Cefisa abandonó por un momento, cayó suavemente sobre el jergón—. ¡Dios mío!, ¡te juro que no es culpa mía si no morimos juntas! —exclamó Cefisa con desesperación, arrodillada delante del lecho en que estaba tendida la Gibosa—. ¡Muerta!... —dijo en voz baja Cefisa desesperada—: ahí está muerta, antes que yo; quizás es porque soy más robusta. ¡Ah! afortunadamente ya empiezo, como ella no hace mucho, a ver de un azul oscuro... ¡oh!... el aire me falta... ¡Hermana! —añadió estrechando a la Gibosa en sus brazos—; ahora... ya te sigo...

De súbito, ruido de pasos y voces se oyó en la escalera.

Cefisa tenía aún bastante conocimiento para advertir aquellos sonidos. Extendida sobre el cuerpo de su hermana, irguió la cabeza.

El ruido se acercaba cada vez más; poco después una voz exclamó de la parte de afuera, a corta distancia de la puerta:

—¡Santo Dios!, ¡qué olor a carbón!...

Y al mismo tiempo conmovióse violentamente la puerta, mientras que otra voz gritaba.

—¡Abrid, abrid!

—Van a entrar a salvarme y mi hermana ha muerto. ¡Oh! no, no tendré la cobardía de sobrevivirle.

Tal fue la última idea de Cefisa.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, corrió a la ventana, la abrió, y en el

momento en que la puerta cedía a un vigoroso esfuerzo, la desgraciada criatura se precipitó al patio desde aquel tercer piso. En el mismo instante, Adriana y Agrícola se presentaban en el umbral del cuarto. La señorita de Cardoville entró precipitadamente en la buhardilla, y viendo el hornillo exclamó:

—¡La desgraciada niña se ha suicidado!

—No, se ha arrojado por la ventana —dijo Agrícola, porque al tiempo de estallar la puerta vio una forma humana desaparecer por la ventana, a la que se asomó.

—¡Ah! es horrible —exclamó, y dando un grito desesperado, tapóse los ojos con la mano y se volvió, aterrado, hacia la señorita de Cardoville.

Pero ésta, equivocando el motivo del espanto de Agrícola, habiendo divisado a la Gibosa a través de la oscuridad respondió:

—No, está aquí —y enseñando al herrero el pálido semblante de la Gibosa tendida sobre el jergón, Adriana se arrodilló a su lado y cogiendo las manos de la pobre trabajadora, las halló heladas.

Poniéndole con viveza la mano sobre el corazón, no le sintió latir.

No obstante, al cabo de un segundo, el aire fresco que penetraba por la puerta y la ventana renovó la atmósfera; Adriana creyó notar una pulsación casi imperceptible, y exclamó:

—Su corazón late: pronto, socorro, señor Agrícola, ¡corred!, ¡socorro!

—Sí, sí, socorro para ella y para la otra, si aún llega a tiempo —dijo el herrero desesperado bajando precipitadamente la escalera, y dejando a la señorita de Cardoville arrodillada delante del jergón en que estaba tendida la Gibosa.

CXXXVII

Las confesiones

Antes de proseguir la relación de esta escena entre la trabajadora y la aristócrata, es indispensable decir algo sobre hechos anteriores.

Desde la extraña aventura del teatro de la Puerta de San Martín, cuando Djalma, exponiendo su vida, se había precipitado sobre la pantera negra en presencia de la señorita de Cardoville, la joven se afectó profundamente. Olvidando Adriana sus celos y su humillación a la vista de Djalma, que se presentaba delante de una reunión numerosa acompañado de una mujer que parecía tan poco digna de él, deslumbrada un momento por la acción caballeresca y heroica del príncipe, se dijo: «A pesar de las odiosas apariencias, Djalma me ama lo suficiente por haber arrojado la muerte por recoger mi ramillete». Pero en aquella joven de alma tan delicada, de carácter tan generoso, la reflexión y el sentido común debían muy pronto demostrarle lo vano de tales consuelos, impotentes para curar las crueles heridas de su amor y de su dignidad cruelmente ofendidos.

—¡Cuántas veces —se decía Adriana— el príncipe arrojó en la caza, por mero capricho y sin motivo, un peligro semejante al que se expuso por mi ramillete! Y aún ¿quién me asegura que no lo hizo para ofrecérselo a la mujer que le acompañaba?

Adriana apenas se atrevía a contestarlo, experimentaba unos celos tanto más penosos y humillantes contra su rival, cuanto que ésta le parecía indigna de inspirarlos. Otras veces, por el contrario, a pesar de conocer su propio valer, recordando la señorita de Cardoville las encantadoras facciones de Rosita Pompón, preguntábase si el mal gusto, los modales libres y poco educados de aquella linda criatura, provenían de una desvergüenza depravada, o de ignorar enteramente los usos y costumbres de la buena sociedad.

Estas dudas desgarradoras, esta curiosidad cruel, contribuían a aumentar el funesto amor de Adriana.

El cólera estalló de allí a poco como el rayo. Florina había sido atacada repentinamente por la epidemia; su señorita, a pesar del peligro, quiso verla y reanimar su ánimo abatido. Vencida Florina por aquella prueba de bondad, no pudo disimular ya la traición de que fuera cómplice. Ésta supo de este modo el incesante espionaje de Florina y el motivo de la brusca partida de la Gibosa.

La misma mañana del día en que Adriana supo la vivienda de la Gibosa, Agrícola Baudoin se hallaba en el palacio de Cardoville para conferenciar con respecto al señor Francisco Hardy, y rogó a Adriana que le permitiese acompañarla a la calle de Clodoveo, y los dos se encaminaron allá precipitadamente.

La Gibosa, tendida sobre el jergón, parecía estar tan débil, que aun cuando

Agrícola no se hubiera hallado retenido en el patio de la casa, al lado de Cefisa, expirante entonces de una muerte horrible, la señorita de Cardoville hubiera esperado aún algún tiempo antes de invitar a la Gibosa a levantarse y bajar hasta su coche. Mediante una piadosa mentira de Adriana, la trabajadora estaba persuadida de que Cefisa había sido trasportada a un hospital vecino, en donde se le prodigaban los cuidados necesarios.

La Gibosa no recobraba sus facultades sino poco a poco.

—¿Y es a vos, señorita, a quien Cefisa y yo debemos la vida? —decía la Gibosa, vuelto su melancólico rostro hacia a Adriana—, ¡vos, arrodillada en esta buhardilla, al lado de esta miserable cama en que mi hermana y yo queríamos morir! Porque Cefisa, vos me lo aseguráis, ¿ha sido socorrida a tiempo?

—Sí, tranquilizaos, no hace mucho que me han venido a anunciar que pronto recobraré sus sentidos.

—Y le han dicho que yo vivía, ¿no es verdad, señorita?

—Tranquilizaos, querida niña —dijo Adriana, estrechando las manos de la Gibosa entre las suyas—. Se ha hecho todo lo que convenía. No os inquietéis.

—¡Cuántas bondades, señorita, después de mi huida de vuestra casa, y cuando debíais creerme una ingrata!

—Cuando estéis menos débil, os diré muchas cosas que ahora molestarían demasiado vuestra atención; pero ¿cómo os halláis?

—Mejor, señorita; este aire fresco, y además la idea de que viéndoos aquí mi pobre hermana no se verá reducida a la desesperación... porque yo también os lo diré todo, y estoy segura que os compadeceréis de Cefisa, ¿no es verdad, señorita?

—Contad conmigo, hija mía. Pero decidme —añadió la señorita de Cardoville con voz conmovida—: antes de tomar esta resolución desesperada, ¿me habéis escrito, no es verdad?

—Sí, señorita.

—¡Ay! —repuso tristemente Adriana—, no recibiendo contestación mía, me habréis creído cruelmente ingrata...

—¡Oh! nunca os he acusado, señorita; mi pobre hermana os lo dirá.

—Os creo, conozco bien vuestro corazón; pero en fin, mi silencio, ¿cómo os lo explicabais?

—Os suponía justamente ofendida por mi brusca partida, señorita.

—¡Yo ofendida! ¡Ah!, ¡vuestra carta no la he recibido!

—¿Y no obstante, sabéis que os la había dirigido, señorita?

—Sí, mi pobre amiga; hasta sé que la escribisteis en el cuarto de mi portero, quien desgraciadamente entregó vuestra carta a una de mis doncellas llamada Florina, diciéndole que erais vos la que escribía.

—¡La señorita Florina!, ¿aquella joven tan bondadosa conmigo?

—Florina, que me engañaba indignamente.

—¡Ella! —exclamó la Gibosa—. ¿Es posible?

—Sí —respondió Adriana con amargura—; pero es preciso compadecerla; se veía obligada a obedecer a una terrible necesidad, y sus confesiones le aseguraron mi perdón antes que muriese.

—¡Muerta también!

—A pesar de sus culpas, su fin me conmovió profundamente, porque me confesó sus faltas con desesperado sentimiento. Entre sus confesiones, me dijo haber interceptado una carta en la que me pedíais una entrevista que podía salvar la vida de vuestra hermana.

—Eso es verdad, señorita. En esos términos estaba concebida mi carta; pero ¿qué interés tenía en ocultárosla?

—Temían que volviéseis a mi lado. ¡Ah! nunca olvidaré cuán fundado era el horror que os inspiraba un miserable que yo defendía contra vuestras sospechas.

—¿El señor Rodin? —dijo la Gibosa estremeciéndose.

—Sí, pero no hablemos ahora de esas gentes. ¡Bendito sea Dios! Estoy tan contenta de hallaros... Si supieseis todo lo que confío y espero de nuestra reunión... porque ya no nos volveremos a separar, ¿no es verdad?

—¿Vos... señorita... necesitaríais la amistad de una pobre criatura como yo?

—Sí —respondió Adriana mirando a la Gibosa con una expresión de vivo dolor—; y más aún; sois la única persona a quien podré, a quien me atreveré a confiar sufrimientos muy amargos. —Y las mejillas de la señorita de Cardoville se colorearon.

—¿Y qué es lo que me hace merecer una prueba semejante de confianza, señorita? —preguntó la Gibosa cada vez más sorprendida.

—La delicadeza de vuestro corazón, vuestra firmeza de carácter —contestó.

—¿Compadeceros, señorita? —dijo la Gibosa, cuya sorpresa iba en aumento—. ¿A vos, una gran señora, pudiera compadeceros?

—Decid, mi pobre amiga —contestó Adriana después de algunos minutos de silencio—: ¿no son los dolores más agudos los que no se atreve uno a confesar a nadie, temiendo la mofa o el desprecio?

La Gibosa atribuyendo a otros motivos los pesares de Adriana, respondió tristemente pensando en su fatal amor por Agrícola:

—¡Oh! sí, señorita; una pena de que uno se avergüenza, ¡debe ser cosa terrible!

—Pero también, qué felicidad al encontrar, no sólo un corazón bastante noble para inspiraros una confianza completa, sino también experimentado por mil pesares y capaz de ofreceros compasión, apoyo y consejo. Decid, mi querida hija —añadió la señorita de Cardoville mirando fijamente a la Gibosa—, ¿si os hallaseis agobiada por uno de esos padecimientos de que uno se avergüenza, no seríais feliz, muy feliz, hallando un alma hermana de la vuestra, en donde pudieseis desahogar vuestros pesares?

Por la primera vez en su vida, la Gibosa miró a la señorita de Cardoville con un sentimiento de desconfianza y de tristeza. Las últimas palabras de la joven le

parecieron significativas.

—Sin duda sabe mi secreto —se dijo la Gibosa—, conoce mi amor por Agrícola, o lo sospecha; lo que hasta ahora me ha dicho es con objeto de promover confianzas a fin de asegurarse que está bien informada.

Estos pensamientos no producían en el alma de la Gibosa ningún sentimiento ingrato contra su bienhechora, pero el corazón de la desgraciada era de una susceptibilidad tan dolorosa con respecto a su funesto amor, que, a pesar de su profundo y tierno afecto por la señorita de Cardoville, padecía cruelmente creyéndola dueña de su secreto.

CXXXVIII

Las confesiones

(Continuación)

Esta idea tan penosa, la de que la señorita de Cardoville estaba enterada de su amor por Agrícola, se transformó pronto en el corazón de la Gibosa en un sentimiento tierno que manifestaba toda su adhesión y respeto por Adriana.

—Quizás —se decía Gibosa—, vencida por la influencia que la adorable bondad de mi protectora ejerce sobre mí, le hubiera hecho una confesión que no hiciera a ninguna otra persona; una confesión que no ha mucho creía llevar a la tumba; hubiera sido una prueba de mi agradecimiento con la señorita de Cardoville, pero desgraciadamente me veo privada de la triste satisfacción de confiar a mi bienhechora el único secreto de mi vida.

Adriana, que la observaba atentamente, notó de pronto que las facciones de la trabajadora, hasta entonces cada vez más dulces, se volvían a contristar. Espantada de esta recaída, cuyas consecuencias podían ser funestas, la señorita de Cardoville repuso con viveza:

—Amiga mía; ¿no pensáis como yo que el pesar más cruel, se alivia cuando puede desahogarse con un corazón fiel y adicto?

—Sí, señorita —dijo amargamente la joven trabajadora—; pero el corazón que sufre y en silencio, debiera ser el único que juzgase del momento oportuno para hacer una confesión penosa.

—Tenéis razón, hija mía —dijo tristemente Adriana—; si he escogido este momento casi solemne para haceros una penosísima confianza, es porque cuando me hayáis oído, estoy segura que apreciaréis más la existencia, sabiendo lo muy necesarias que me son vuestra ternura y vuestra compasión.

Al oír estas palabras, la Gibosa hizo un esfuerzo para levantarse, se apoyó sobre el lecho y miró a la señorita de Cardoville con pasmo. No podía dar crédito a lo que oía; su protectora venía a hacerla una confesión penosa, a implorar sus consuelos, su compasión... ¡a ella!... ¡la Gibosa!

—¡Cómo! —exclamó balbuceando—; vos sois, señorita, la que venís...

—Yo soy la que vengo a deciros: padezco y me avergüenzo de mis padecimientos. De todas las confesiones, vengo a haceros la más penosa: amo, y me ruborizo de mi amor.

—¡Como yo! —exclamó involuntariamente la Gibosa juntando las manos.

—Amo —añadió Adriana con una explosión de dolor hacía tiempo contenida—:

sí, amo, y no me aman.

—¡Como yo! —repitió la Gibosa con la vista fija—. ¡Reina por la hermosura, la clase, las riquezas y el talento, y padece como yo!...

—Pues bien, sí; como vos, amo, y no me aman —exclamó la señorita de Cardoville—; ¿me equivocaba al deciros que a vos sola podría abrir mi pecho, porque habiendo sufrido los mismos pesares, sólo vos podíais compadecerme?

—¡Ah! señorita, perdonadme; pero ahora que sabéis el secreto de mi vida —dijo la Gibosa fijando los ojos en el suelo—, me parece que no podré miraros sin avergonzarme.

—¿Por qué? ¿Porque amáis apasionadamente al señor Agrícola? —dijo Adriana—; entonces debería morirme de vergüenza a vuestros ojos, pues menos valerosa que vos, no tuve la fuerza suficiente para sufrir, resignarme y ocultar mi amor en lo más profundo de mi corazón. El que amo, con un amor imposible, en lo sucesivo, conoció este amor, y lo despreció para preferir una mujer cuya elección sola sería para mí una nueva y sangrienta afrenta, si las apariencias no me engañan; a veces confío en que así sea. Ahora decidme. ¿A quién corresponde bajar la vista?

—¿Vos despreciada y por una mujer indigna? ¡Ah! señorita, ¡no puedo creerlo! —exclamó la Gibosa.

—Yo tampoco quiero creerlo a veces, y esto sin orgullo, porque sé lo que vale mi corazón.

—¡Ah! señorita, si todo lo que oigo no es un sueño, si no os engañan falsas apariencias, grande es vuestro pesar.

—Sí, mi pobre amiga, grande ¡oh! muy grande.

—¡Ay! señorita, ¿quién ha podido deciros?...

—Lo que no habíais confiado sino a vuestro diario, ¿no es verdad? Pues bien, sabedlo todo. Florina, moribunda, me confesó todas sus faltas.

—¡Ay! demasiado cierto es, señorita.

—Calmaos, querida niña; ya lo veis, las armas de los pícaros muchas veces se vuelven contra ellos, porque desde el momento en que supe el motivo de vuestra huida, os he apreciado aún más; desde entonces hice todo lo que fue posible para hallaros; en fin, después de muchas diligencias, la persona a quien había encargado descubrir vuestro paradero, esta mañana logró saber que vivíais en esta casa. El señor Agrícola se hallaba en la mía en aquel instante, manifestó deseos de acompañarme...

—¡Agrícola! —exclamó la Gibosa juntando las manos—; ¿ha venido?

—Sí, hija mía. Mientras que yo os suministraba los primeros cuidados, se ocupó de vuestra pobre hermana; luego le veréis.

—¡Ay! señorita —contestó la Gibosa asustada—; ¿sin duda está enterado?...

—¿De vuestro amor? No, no, calmaos, no penséis más que en la dicha de hallaros al lado de ese honrado y buen hermano.

—¡Ah! señorita, que ignore siempre lo que me causaba tanta vergüenza, que quería morir.

—No; os digo que no debíais morir, porque las personas que os aman y que vos amáis, os necesitan todavía.

En el momento en que Adriana decía estas palabras, oyéronse pasos rápidos en la escalera y una voz fresca que decía:

—¡Ay! ¡Dios mío!, ¡esa pobre Gibosa!, ¡qué a tiempo llego! ¡Si a lo menos pudiera servirla de algo!

Y Rosita Pompón entró precipitadamente en la buhardilla. Seguía de cerca Agrícola, quien indicando a Adriana la ventana abierta, procuró con una seña darle a comprender que no debía hablar a la joven del fin deplorable de la «Reina Bacanal». Pero la señorita de Cardoville no puso la atención en aquella pantomima; su corazón se desgarraba de dolor, indignación y orgullo, reconociendo a la joven que acompañaba a Djalma en el teatro de la Puerta de San Martín.

Si la sorpresa de la señorita de Cardoville fue inmensa, la de Rosita Pompón no fue menor. No sólo reconocía en Adriana a la hermosa joven de cabellos de oro que se hallaba en el palco de enfrente cuando la aventura de la pantera negra, sino que tenía graves razones para desear ardientemente este encuentro, tan imprevisto como improbable; de modo que es imposible describir la mirada maligna y triunfante que dirigió a Adriana.

CXXXIX

Las rivales

Júzguese de la sorpresa y turbación de Adriana, cuando Rosita Pompón le dijo con aire vivaracho y desembarazado:

—Me alegro infinito de hallaros aquí, señora; tenemos que hablar. Sólo que antes quiero abrazar a esta pobre Gibosa, si me lo permitís... «señora».

La señorita de Cardoville, pasmada de la imprudencia de la señorita Rosa Pompón, permanecía muda, en tanto que Agrícola, distraído por la atención con que contemplaba a la Gibosa, la cual no separaba la vista de la suya desde su llegada, preocupado también por el recuerdo de la triste escena que acababa de asistir, decía en voz baja a Adriana, sin notar la desvergüenza de la joven:

—¡Ah! señorita, terminóse.

Cefisa acababa de exhalar el último suspiro sin recobrar el conocimiento.

—¡Desgraciada joven! —dijo Adriana con emoción, olvidando por un momento a Rosita.

—Será preciso disimular esta triste noticia a la Gibosa, y más adelante comunicársela con muchas precauciones —repuso Agrícola—. Afortunadamente la Rosita Pompón nada sabe.

Y con la vista indicó a la señorita de Cardoville a la joven puesta de rodillas al lado de la Gibosa.

El pasmo de Adriana se aumentó oyendo a Agrícola tratar tan familiarmente a Rosita Pompón.

—¡Ah! mi buena Gibosa —decía ésta con tanta volubilidad como emoción—, ¿es posible que se haga una tontería semejante? ¿Acaso los pobres no se ayudan unos a otros? ¿No podíais, pues, haberos dirigido a mí?

—Sé que sois buena, señorita —dijo la Gibosa, que estaba enterada por su hermana que Rosita Pompón, tenía el corazón generoso.

—Al cabo, me diréis que ignorabais en dónde «anidaba» hacía algún tiempo. Es una historia muy chistosa; digo, al contrario —y Rosita Pompón lanzó un hondo suspiro—. En fin —repuso—, no tengo que hablaros de eso; lo cierto es que os encontraréis mucho mejor. No volveréis a hacer ni vos ni Cefisa cosa semejante. Dicen que está muy débil y que aún no se la puede ver; ¿no es verdad, señor Agrícola?

—Sí —dijo el herrero con turbación—, es preciso tener paciencia.

—¿Pero podré verla hoy, no es así, Agrícola? —repuso la Gibosa.

—Ya hablaremos de eso, pero te ruego que estés tranquila.

—Agrícola tiene razón —dijo Rosita Pompón—; esperaremos. También yo esperaré hablando con la señora. —Y Rosita Pompón dirigió a Adriana una mirada

solapada de gata enfurecida—: Sí, sí, esperaré, porque quiero decir a esa pobre Cefisa que puede, como vos, contar conmigo. Estad tranquilas. Del mal el menos; cuando una se halla en posición feliz y que nuestras amigas padecen, gracioso sería guardar para sí sola la felicidad.

Y Rosita Pompón, sentada en el suelo, abrazó cordialmente a la Gibosa.

Si la primera impresión de Adriana al ver a Rosita Pompón fue horriblemente penosa, la reflexión despertó muy luego en su interior dudas que se trocaron en inefables esperanzas; recordando otra vez la conversación que sorprendiera entre Rodin y Djalma, cuando oculta en el invernáculo quería cerciorarse de la fidelidad del jesuita.

Las dudas de Adriana con respecto al profundo amor del príncipe por Rosita Pompón, se convirtieron en completa incredulidad; dotada de demasiado talento y penetración para no presentir que aquella aparente amistad, tan inconcebible por parte del príncipe, debía ocultar algún misterio, la señorita de Cardoville sintió renacer su esperanza.

En la entrevista con que Rosita Pompón la amenazara, en aquella conversación, que algunos momentos antes hubiera rechazado Adriana con la altivez de su orgullosa y legítima indignación, confiaba hallar al fin el fundamento de un misterio que le interesaba mucho profundizar.

Rosita Pompón, después de abrazar otra vez tiernamente a la Gibosa, se levantó, y volviéndose hacia Adriana, a quien miró de pies a cabeza, le dijo en tono impertinente:

—Ahora nos toca a las dos, «señora».

—Estoy a vuestras órdenes, señorita —respondió Adriana con mucha dulzura.

Viendo los ademanes de conquistador de Rosita Pompón, el digno Agrícola, después de dirigir algunas tiernas palabras a la Gibosa, prestó atención a lo que se decía, y permaneció un momento pasmado del descaro de la joven; luego, acercándose a ella, la dijo en voz baja tirándole de la manga:

—¿Estáis loca? ¿Sabéis con quién habláis?

—¡Y bien, y qué!, ¿una mujer hermosa no vale tanto como otra? Esto lo digo por la señora. Supongo que no me comerá —respondió Rosita Pompón en voz alta—: tengo que hablar con... «la señora...» estoy segura que sabe de qué y por qué...

Adriana, temiendo alguna alusión ridícula respecto a Djalma en presencia de Agrícola, hizo una seña a éste y respondió a la joven:

—Estoy pronta a escucharos, señorita; pero no aquí... ya podéis figuraros por qué.

—Bien está, señora, tengo mi llave: si queréis, vamos a «mi casa».

—Vamos, pues, a vuestra casa, señorita, ya que tenéis la bondad de honrarme recibíendome en ella.

—¡Cómo! señorita —dijo Agrícola a Adriana—, sois tan buena que...

—Señor Agrícola —contestó la señorita de Cardoville interrumpiéndole— tened

la bondad de quedaros al lado de mi pobre amiga. Pronto vuelvo.

Y aproximándose a la Gibosa, que participaba de la sorpresa de Agrícola, le dijo:
—Dispensadme si os dejo por algunos momentos.

Al cabo de algunos instantes, la joven y la señorita de Cardoville se hallaron en la habitación de Filemón.

Rosita Pompón, a pesar de su aire decidido, experimentaba una emoción bastante viva, desde que se hallaba a solas con la señorita de Cardoville; por de pronto la extremada hermosura de la joven, su aire de señora, el modo digno y afable con que contestara a las impertinentes provocaciones de la joven, empezaban a imponer mucho a ésta; y además, como al fin era buena muchacha, enternecíala profundamente oír a la señorita de Cardoville llamar a la Gibosa «su hermana, su amiga». No obstante, como tenía la cabeza ligera, no queriendo dar a conocer la influencia que la dominaba y contra la cual se revelaba su amor propio, procuró recobrar su serenidad, y después de pasar el cerrojo a la puerta, dijo a Adriana:

—Tomaos el trabajo de sentaros, señora.

—Creo, señorita, que lo mismo podremos hablar de pie.

—Como queráis, señora —respondió Rosita Pompón.

Y la conversación de la señorita de Cardoville y de la joven principió del modo siguiente:

La entrevista

—Pero —dijo Adriana con suavidad—, ¿podré saber al menos el asunto de la conversación que hemos de tener juntas?

—Sí, señora —dijo Rosita Pompón—; por de pronto no es menester figurarse que yo sea desgraciada y que quiera presentaros una escena de celos o dar gritos de desesperación. No esperéis eso. A Dios gracias, no tengo motivos para quejarme del «Príncipe encantador» (es el nombre que le he dado), muy al contrario, me ha hecho muy dichosa; si le he dejado ha sido a su pesar y porque así lo quise.

Diciendo esto, Rosita Pompón que a pesar de su aire desembarazado tenía hinchado el corazón, no pudo reprimir un suspiro.

—Y hasta si hubiese yo querido se habría casado conmigo; sí, señora, casado; peor para vos si lo que os digo os atormenta. Por lo demás, cuando digo peor para vos, es porque verdaderamente quería... atormentaros. ¡Oh! Muy cierto es. Pero habiéndoos visto hace poco tan buena con la pobre Gibosa, aunque estaba bien segura de mi derecho, experimenté una cosa...

La señorita de Cardoville, quedó al pronto satisfecha de ver el modo con que su «rival» confirmaba parte de sus previsiones; pero de repente, a sus esperanzas, que se habían convertido casi en realidades, siguió una sospecha cruel.

Rosita Pompón terminó su perorata con estas palabras significativas:

—¡En fin, señora, os detesto!

—¿Y por qué me detestáis, señorita? —dijo suavemente Adriana.

—¡Oh! ¡Dios Santo! Señora —repuso Rosita Pompón, olvidando enteramente su papel de «conquistadora», y cediendo a la sinceridad natural de su carácter—: ¡Haced como si nada supierais del motivo porque os detesto! ¡Con aquello... de recoger ramilletes hasta en la boca de una pantera por personas que os son indiferentes! ¡Y si no fuera más que eso! —repuso Rosita Pompón que se animaba poco a poco, y cuyo lindo rostro contraído hasta entonces por un gesto desdeñoso, tomó una expresión de verdadero pesar, con tono algo cómico—. ¡Y si no fuese más que la historia del ramillete!

Estas quejas de Rosita Pompón entre amargas y jocosas, se avenían poco con lo que dijera anteriormente del loco amor que Djalma la profesaba; pero Adriana se guardó muy bien de advertirle estas contradicciones y le dijo cariñosamente:

—Señorita, sentiría sinceramente que os hubiesen maltratado cualquiera que fuese.

—Si creéis que me ha pegado os equivocáis —exclamó Rosita Pompón—. ¡Eso sí que estaría bueno! No, no es eso; pero estoy bien segura que a no ser por vos, el

encantador príncipe me hubiera amado un poco; bien mirado valgo la pena... y en fin... hay amor y amor... no soy exigente; ni esto —y Rosita Pompón se mordió la uña rosada de su pulgar—. ¡Ah! cuando Nini Moulin vino a buscarme aquí, trayéndome alhajas, para decidirme a que le siguiese, razón tenía en decir que no me exponía a nada que no fuese muy honrado.

—¿Nini Moulin? —preguntó la señorita de Cardoville, cada vez más deseosa de enterarse—; ¿quién es ese Nini Moulin, señorita?

—Un escritor religioso —contestó Rosita Pompón en tono algo enfadado.

A estas palabras, «escritor religioso», Adriana vio las huellas de otra trama de Rodin o del Padre d'Aigrigny, empezó a entrever vagamente la verdad, y añadió:

—¿Pero, señorita, bajo qué pretexto os llevó ese hombre de aquí?

—Vino a buscarme manifestándome que nada tenía que temer por mi virtud, que no se trataba sino de estar muy graciosa. Entonces me dije: Filemón está en su país, me fastidio de estar sola, y eso tiene trazas de ser chusco. En fin, Nini Moulin me conduce en un lindo coche, nos paramos en la plaza del Palacio Real, un hombre de aspecto hipócrita y tez amarillenta, reemplazará a Nini Moulin en el coche, y me conduce a casa del hermoso príncipe en donde me establezco. Cuando le vi... ¡caramba! es tan hermoso, tan hermoso, que al pronto quedé deslumbrada. De modo que al momento me dije: muy heroico sería en mí, permanecer aquí honrada...

—¿Cómo, señorita, sentís el haberos mostrado tan virtuosa?

—¡Claro!... siento el no haber tenido al menos la satisfacción de negar alguna cosa; ¿pero negar cuando nada se os pide? nada de nada...

—Pero señorita, permitidme advertiros que la indiferencia que os han manifestado no impidió, a mi modo de ver, que permanecieseis mucho tiempo en la casa de que habláis.

—¿Sé yo acaso, por qué el príncipe me tenía a su lado?, ¿por qué me paseaba en coche y me llevaba al teatro?

—Pues entonces, ¿por qué permanecíais allí, señorita?

—Permanecía, porque sin saber cómo, a pesar mío, me puse a amar al hermoso príncipe, y lo más chistoso es, que siendo yo tan alegre como un jilguero, le amaba porque estaba triste, prueba de que le amaba formalmente. En fin, un día no pude contenerme; dije: suceda lo que suceda; Filemón en su país no me será muy fiel, estoy segura; esto me animó, y una mañana me arreglo a mi modo, con tanta gracia y coquetería, que habiéndome mirado al espejo me dije: ¡Oh! es seguro... no resistirá. Voy a verle; pierdo la cabeza, le digo todo lo más cariñoso que me ocurre; río, lloro; en fin, le declaró que le adoro, y... ¿Qué me responde a esto con su voz dulce, pero menos conmovido que un mármol? ¡Pobre niña! ¿Pobre niña? —repuso Rosita Pompón con indignación—; ni más ni menos que si me quejase de mal de muelas porque me salía la del juicio... Pero lo terrible es, que estoy segura que si por otra parte no fuese desgraciado en amor, sería muy apasionado; pero está tan abatido... — Luego interrumpiéndose, Rosita Pompón añadió—: Bien mirado... no... no quiero

deciros esto... os pondría demasiado contenta... —Y después de otra pausa de un segundo—: ¡Bueno, a fe mía, tanto peor! Os lo digo —continuó aquella criatura original mirando a la señorita de Cardoville con enternecimiento y deferencia—. ¿Al cabo, a qué viene el callar? Empecé diciéndoos, echándomela de orgullosa, que el hermoso príncipe quería casarse conmigo, y he acabado, a pesar mío, por confesaros que casi me había despedido. Cuando os encontré con aquella pobre Gibosa, al pronto me sentí enojada contra vos, pero cuando observé que vos, una gran señora, tratabais a aquella pobre trabajadora como vuestra hermana, mi enojo desapareció. Una vez que nos hallamos aquí hice lo que pude para reavivarlo; imposible; cuando más veía la diferencia que hay entre las dos, comprendía mejor que el hermoso príncipe tiene razón en no pensar más que en vos; pues por vos, señora, está loco, y bien loco. No lo digo solamente por la historia del tigre que por vos mató en la Puerta de San Martín; pero después, ¿si supieseis, ¡Dios mío! todas las locuras que hizo con vuestro ramillete? y además ¿no sabéis? todas las noches las pasaba sin dormir y muchas veces llorando en un salón en donde me dijeron os vio por la vez primera... Y vuestro retrato que hizo de memoria sobre el espejo, al estilo de su país, y tantas otras cosas... ¡Ah! señora —añadió Rosita Pompón, bañados en lágrimas sus lindos ojos azules, y con una expresión de interés tan sincera, que conmovió profundamente a Adriana—. ¡Ah!, ¡señora!, tenéis un aspecto tan suave y bueno, que... no le hagáis desgraciado; airad un poco a ese buen príncipe... Vamos ¿qué os cuesta el amarle un poco?

Y Rosita Pompón, con un ademán quizá demasiado familiar, pero lleno de candidez, cogió con efusión la mano de Adriana, como para dar mayor fuerza a su ruego.

La señorita de Cardoville tuvo que echar mano del grande imperio que tenía sobre sí misma, para dominar y ahogar el impulso de alegría que del corazón le acudía a los labios; para detener el torrente de preguntas que ansiaba dirigir a Rosita Pompón, para reprimir en fin las dulces lágrimas de felicidad que hacía algunos instantes temblaban bajo sus párpados.

Rosita Pompón se quedó confusa. Animada por el silencio de Adriana, que hacía algunos instantes la contemplaba con gran benevolencia, la joven continuó:

—¡Oh! ¿No es verdad, señora, que os apiadaréis de aquel buen príncipe?

No sabemos lo que Adriana iba a responder a la pregunta indiscreta de Rosita Pompón, cuando de pronto se oyó detrás de la puerta un grito salvaje, fuerte, pero que parecía querer imitar el canto del gallo. Adriana se estremeció asustada, pero la fisonomía de Rosita Pompón, de tierna se trocó en alegre, y reconociendo aquella señal, exclamó palmoteando:

—¡Es Filemón!

—¡Cómo Filemón! —dijo Adriana vivamente.

—Sí, mi amante. ¡Ah! El monstruo habrá subido a paso de lobo... para imitar el gallo; ¡no hay duda que es él!

Un segundo qui-qui-ri-quí muy sonoro se oyó otra vez detrás de la puerta.

—¡Dios mío! es tonto y gracioso. Siempre hace lo mismo, pero por eso nunca deja de caerme en gracia —dijo Rosita Pompón.

—No abráis —dijo Adriana en voz baja, cada vez más turbada—; os ruego que no respondáis.

—La llave está en la cerradura de la parte de afuera, y el cerrojo corrido; Filemón verá que hay alguien dentro.

—No importa.

—Pero ésta es su habitación, señora; estamos en su casa —dijo Rosita Pompón.

En efecto, Filemón, cansándose sin duda de sus dos imitaciones ornitológicas, dio vuelta a la llave en la cerradura, y no pudiendo abrir, dijo a través de la puerta con su formidable voz de bajo:

—¡Cómo! «Gata querida»... de mi corazón; ¿estamos encerrados? ¿Pedimos acaso a San Beberón por la vuelta de Mon-mon? (léase Filemón).

Adriana, no queriendo aumentar la dificultad de esta situación prolongándola más, se encaminó a la puerta y la abrió, con gran pasmo de Filemón, que retrocedió dos pasos. A pesar del disgusto que le causaba esta interrupción, la señorita de Cardoville no pudo menos de sonreírse a la vista del amante de Rosita Pompón y de los objetos que llevaba en la mano.

Filemón era un mocetón moreno y de color subido; en cuanto a los accesorios que hicieran sonreír a Adriana se componían, primero, de una maleta que Filemón llevaba debajo del brazo, de la que salían la cabeza y las patas de un ganso; segundo, de un enorme conejo blanco, vivo, encerrado en una jaula, que el estudiante tenía en la mano.

—¡Ah! ¡El tierno conejo blanco, con hermosos ojos encarnados!

Es preciso confesar que éstas fueron las primeras palabras de Rosita Pompón, y Filemón, a quien no iban dirigidas, volvía no obstante, después de una larga ausencia; pero el estudiante, muy lejos de chocarle el verse enteramente sacrificado a su compañero de las orejas largas y los ojos de rubí, sonrióse con complacencia, satisfecho de ver tan bien acogida la sorpresa que procuraba a su querida. Esto pasó rápidamente. En tanto que Rosita Pompón, arrodillada delante de la jaula, manifestaba con exclamaciones la admiración que le producía el conejo, Filemón, sorprendido del aire distinguido de Adriana, llevando la mano al sombrero, saludábala respetuosamente, pegándose a la pared. La señorita de Cardoville le devolvió su saludo y con una gracia llena de política y dignidad, bajó con ligereza la escalera y desapareció.

Filemón, tan deslumbrado de su hermosura como asombrado de su aire noble y distinguido, y sobre todo, ansioso de saber cómo diablos Rosita Pompón tenía semejantes conocimientos, le dijo con viveza en su jerga amorosa y tierna:

—«Gata querida» de su «Mon-mon» (Filemón), ¿quién es esa bella señora?

—Una de las amigas del colegio, gran sátiro —dijo Rosita Pompón acariciando el

conejo; y dirigiendo una ojeada a una caja que Filemón colocara cerca de la jaula y de la maleta—: Apostaría que lo que me traéis ahí es uvate casero.

—«Mon-mon» trae algo mejor a su gata querida —dijo el estudiante estampando dos sonoros besos en las frescas mejillas de Rosita Pompón que al fin se había levantado—: «Mon-mon» le trae su corazón.

—¡Por de contado! —dijo la joven, apoyando delicadamente el pulgar de su mano izquierda en la punta de su sonrosada nariz y abriendo su manecita, que movió ligeramente.

Filemón respondió a este arrumaco de Rosita Pompón, cogiéndola amorosamente por la cintura, y la alegre pareja cerró la puerta de su cuarto.

CXLI

Consuelos

Durante la conversación de Adriana y Rosita Pompón, una escena tierna pasaba entre Agrícola y la Gibosa, muy sorprendidos de la condescendencia de la señorita de Cardoville con respecto a Rosita Pompón. Así que éstas salieron de la buhardilla, Agrícola se arrodilló delante del lecho de la Gibosa, y le dijo con gran emoción:

—Estamos solos; puedo, al fin, decirte lo que siento. Es horrible lo que hiciste: ¡morir de miseria y desesperación, y no acudir a mí!

—Agrícola, escúchame...

—No, no tienes disculpa. ¿De qué sirve, pues ¡Dios Santo! el habernos llamado hermanos, y durante quince años dado mutuas pruebas de sincero afecto, si en la hora de la desgracia te decides a abandonar la vida, sin inquietarte por los que dejas?

—Perdón, Agrícola; es verdad; no pensé en eso —dijo la Gibosa bajando los ojos—; ¡pero... la miseria, la falta de trabajo!...

—¡La miseria... la falta de trabajo!, ¿no sabías que podías contar conmigo?

—La desesperación...

—¿Y a qué viene el desesperarse? Esa bondadosa señorita te recoge en su casa; apreciando lo que vales, te trata como amiga; y en el momento en que más segura tienes tu felicidad... futura, ¡pobre niña! abandonas bruscamente la casa de la señorita de Cardoville.

—Temía... ser una carga... para mi bienhechora... —contestó la Gibosa balbuceando.

Agrícola, en lugar de responder a su hermana adoptiva, se calló contemplándola durante algunos instantes con una expresión indefinible; luego exclamó repentinamente como si respondiera a una pregunta que se hacía a sí mismo:

—Sí, estoy seguro que me dispensará el haberla desobedecido —y dirigiéndose a la Gibosa, que le miraba más y más sorprendida, le dijo con voz breve y conmovida—: Soy demasiado franco, esta posición me es penosa; te reconvengo y vitupero, y no sé lo que me digo, pues estoy pensando en otra cosa.

—¿En qué, Agrícola?

—Se me desgarran el corazón pensando el mal que te he causado.

—No te comprendo, amigo mío... ningún mal me has hecho...

—No, ¿no es verdad? nunca, ¿ni aun en pequeñeces?, ¿cuando por ejemplo, cediendo a una detestable costumbre de la niñez, yo que con todo te amaba como hermana, te injuriaba cien veces al día?

—¿Me injuriabas?

—¿Qué otra cosa era el darte siempre un apodo odiosamente ridículo, en vez de

llamarte por tu nombre?

—¿Tan poca cosa te apesadumbra? Era, como dices, Agrícola, una costumbre de la niñez. Tu buena y tierna madre, que me trataba como hija suya, me llamaba también la Gibosa.

—¿Y mi madre fue también a consultarte sobre mi casamiento, a hablarte de la extremada hermosura de mi novia? Di, ¿tuvo mi madre semejante crueldad? No, yo era el que te despedazaba el corazón.

No había duda que Agrícola sabía su secreto. Sentióse morir de vergüenza; con todo, haciendo un postrer esfuerzo para no dar crédito a este descubrimiento, dijo con voz debilitada:

—Efectivamente, Agrícola, no fue tu madre la que me lo pidió, sino tú mismo... y... yo te agradecí esta prueba de confianza.

—¿Que me la has agradecido, desdichada niña? —exclamó el herrero con los ojos arrasados de lágrimas—; no, no es cierto, pues te causaba una pena horrible. Era despiadado sin saberlo, ¡Dios mío!

—Pero —añadió la Gibosa con voz apenas inteligible—, ¿por qué lo crees así?

—¿Por qué?, ¡porque me amabas! —exclamó el herrero con tono trémulo de emoción; estrechando fraternalmente a la Gibosa entre sus brazos.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo entre dientes la desgraciada, procurando ocultar el rostro con las manos—: Todo lo sabe.

—Sí, todo lo sé —contestó el herrero con una expresión de ternura y respeto indecible—, sí, todo lo sé, y no quiero que te avergüences de un afecto que me honra y del que me envanezco. Vamos, Magdalena, dejemos la vergüenza para las malas pasiones; alza la frente, mírame... Ya sabes que mi cara nunca mintió, que no se reflejó en ella una falsa emoción... ¡Pues bien! mírame, te digo; mírame, y en mis facciones leerás cuán orgulloso estoy de tu amor...

La Gibosa, conmovida, turbada, no se había atrevido hasta entonces a mirar a Agrícola; pero las palabras del herrero expresaban una convicción tan profunda, que la pobre criatura sintió a su pesar desaparecer poco a poco su vergüenza, sobre todo cuando Agrícola añadió con una exaltación que iba en aumento:

—Tranquilízate. En mil ocasiones, tu secreto te inspiraba temor, desconfianza... en lo futuro, al contrario, me verás satisfecho de colmar de este modo tu bondadoso y valiente corazón, y gozarás la dicha que me procures.

A medida que hablaba el herrero, la Gibosa cobraba ánimo; sabía muy bien que era incapaz de fingir; de modo que esta vez exclamó sin turbación, antes bien con cierto orgullo:

—Toda pasión sincera y pura tiene eso de bueno, hermoso y consolador; que al fin alcanza un tierno interés cuando se ha sabido resistir a los primeros ímpetus. Por consiguiente, honrará siempre al corazón que la inspira y al que la experimenta. Gracias a ti, Agrícola; gracias a tus buenas palabras que me realzan a mis propios ojos, conozco que en vez de avergonzarme de este amor, debo glorificarme. Mi

bienhechora tiene razón; ¿por qué me he de avergonzar? ¿No es mi amor santo y sincero? Participar de tu vida, amarte, decírtelo, probártelo con un cariño continuo, ¿qué más debo esperar? Mira, Agrícola, mi generoso hermano, te diré lo que no ha mucho me decías: mírame bien, lo mismo que tú, bien lo sabes, mi rostro, nunca mintió. Pues bien, mírame; observa si mis ojos se desvían de los tuyos; recuerda si en toda mi vida me has visto tan feliz... y no obstante, hace poco iba a morir.

—¡Oh! gracias, gracias —exclamó el herrero con embriaguez—. Al verte tan tranquila y dichosa, Magdalena, lo que experimento es agradecimiento.

—Tranquila, feliz —repuso la Gibosa—; sí, para siempre feliz, porque ahora, sabrás mis secretos pensamientos. Dichosa, porque este día, empezando de un modo tan funesto, termina como un sueño divino; muy lejos de temer, te miro con esperanza, con embriaguez; he vuelto a hallar a mi bondadosa bienhechora y estoy tranquila con respecto al porvenir de mi pobre hermana. ¡Oh! la veremos pronto ¿no es verdad? la veremos, porque es preciso que participe de esta alegría.

La Gibosa era tan feliz, que el herrero no se atrevió a enterarla aún de la muerte de Cefisa, reservándose hacerlo con algunas precauciones; así es que respondió:

—Por lo mismo que Cefisa es más robusta que tú, la sacudida fue más violenta, y hace poco me dijeron que sería prudente dejarla tranquila todo el día de hoy.

—Esperaré, pues, no me falta con qué distraer mi impaciencia, porque tengo muchas cosas que manifestarle.

—¡Querida y bondadosa Magdalena!

—Mira, amigo mío —exclamó la Gibosa interrumpiendo a Agrícola y derramando lágrimas de alegría—: no puedo explicarte lo que siento cuando me llamas Magdalena. Tiene algo de dulce, de grato y de bondadoso, que me ensancha el corazón.

»¡Si supieses las delicias que entreveo en un instante para lo futuro!

»¡Si supieses todas las queridas ambiciones de mi ternura! Tu mujer, aquella hermosa Ángela, con su rostro y alma de ángel... ¡Oh! a mi vez te digo: Mírame y verás que ese dulce nombre me es grato a los labios y al corazón. Sí, tu hermosa y excelente Ángela me llamará también Magdalena, y tus hijos... Agrícola, tus hijos ¡seres queridos y adorados! para ellos también... seré Magdalena... la buena Magdalena.

Hacía algunos instantes que un testigo invisible presenciaba aquella escena enternecedora. El herrero y la Gibosa, muy conmovidos, no podían ver a la señorita de Cardoville de pie en el umbral de la puerta.

Adriana adivinó por las últimas palabras de la Gibosa que ya no existía secreto alguno entre la trabajadora y el herrero, de modo que no pudo por menos de exclamar entrando:

—¡Ah! este día es el más dichoso de mi vida... pues la felicidad no se limita a mí sola.

Agrícola y la Gibosa se volvieron con prontitud.

—Señorita —dijo el herrero—; a pesar de la promesa que os hice, no pude ocultar a Magdalena que sabía que me quería.

—Me faltan palabras, señorita, para daros las gracias por vuestra continuada bondad.

—Reparad amiga mía —repuso Adriana—, cómo los ardides de los pícaros se vuelven en contra de ellos mismos; temían a vuestro cariño para conmigo y mandaron a aquella desgraciada Florina que sustrajese vuestro diario.

—Para obligarme a que dejase vuestra casa, avergonzada al saber que mis secretos pensamientos eran la mofa de todos. Ahora no me queda la menos sospecha —dijo la Gibosa.

—Tenéis razón hija mía. Pues bien, esa horrible infamia, que por poco os causa la muerte, en este momento viene a redundar en confusión de esos malvados; descubierta está su trama, y afortunadamente otras muchas —dijo Adriana pensando en Rosita Pompón. Luego repuso con suma alegría—: Al fin, estamos más unidas, más dichosas que nunca y hallando en nuestra misma felicidad nuevas fuerzas contra nuestros enemigos.

—A Dios gracias, señorita —dijo el herrero—, ¡qué dicha arrancarles la máscara!

Permitidme que os recuerde, señor Agrícola, que mañana debéis visitar al señor Hardy.

—Bien presente lo tengo, señorita, lo mismo que vuestras bondadosas ofertas.

—Es muy natural, es mi pariente; repetidle lo que además le escribiré esta noche, que puede disponer de todos los fondos necesarios para restablecer la fábrica; no hablo por él solo, sino por cien familias reducidas a un estado precario.

—Descansad señorita, la carta que me escribió contestando a la que había logrado que le entregasen secretamente, era corta, afectuosa, aunque muy triste; me concede una entrevista y estoy seguro de dedicarle a que abandone aquel solitario asilo.

—Vamos, ánimo, señor Agrícola —dijo Adriana, echando sobre las espaldas de la Gibosa su capa, y envolviéndola cuidadosamente.

Algunos momentos después, la joven trabajadora, sostenida por Agrícola y Adriana, descendía la escalera de la triste casa, y habiendo subido al coche con la señorita de Cardoville, pidió con encarecidas instancias que le permitiesen ver a Cefisa, Agrícola le respondió que era imposible y que al día siguiente la vería.

* * *

Gracias a las noticias que le diera Rosita Pompón, la señorita de Cardoville, desconfiando con motivo de todo lo que rodeaba a Djalma, creyó haber hallado el medio de que llegase a manos del príncipe con toda seguridad una carta suya.

Los dos coches

Daban las once de la noche del mismo día en que la señorita de Cardoville impidiera el suicidio de la Gibosa; el tiempo estaba revuelto y soplaban el viento con violencia. Un coche de alquiler subía lentamente la cuesta de la calle Blanca, no lejos de la cual estaba situada la casa en que vivía Djalma.

Detúvose el coche, y el cochero, renegando de lo largo de la interminable carrera, se volvió en su asiento, e inclinándose hacia los vidrios delanteros del coche, dijo en tono enojado a la persona que conducía:

—Decid ¿es aquí al fin?

—Buscad una puertecita con un sobradillo; rebasadla unos veinte pasos, y luego paraos cerca de la pared —respondió una voz aguda e impaciente con acento italiano muy marcado.

—Este tuno de alemán me hará perder la paciencia —dijo para sí el cochero enojado. Luego añadió—: ¡Ira de Dios! cuando os digo que no se ve, ¿cómo diablos queréis que divise vuestra puertecita?

—¡Qué torpe sois! Acercaos a la pared de la derecha, de modo que casi la toquéis; la luz de nuestros faroles os ayudará; se halla después del núm. 50. Si no dais con ella será porque estáis borracho —respondió con acritud el de la voz de acento italiano.

El cochero por toda respuesta juró como un pagano, arreó sus caballos cansados, y siguieron la pared muy de cerca, abrió bien los ojos para ver los números de las casas a la claridad de sus faroles. Después de un momento de marcha, el coche se volvió a parar.

—He pasado el núm. 50 y ahí tenéis una puertecita con sobradillo —dijo el cochero—, ¿es ésa?

—Sí —dijo la voz—. Ahora, adelantaos cosa de unos veinte pasos y deteneos allí.

—Vamos, todavía...

—Luego bajaréis del pescante, y acercándoos a la puertecita que vamos a pasar, daréis en ella dos veces tres golpes. ¿Me entendéis bien?

—¿Es eso lo que me dais para beber? —exclamó el cochero exasperado.

—Cuando me hayáis conducido al arrabal de San Germán, donde vivo, os daré para beber si sois inteligente.

—Bueno, ahora al arrabal de San Germán... mil gracias —dijo el cochero con reprimido enojo—. Yo, que había fatigado a mis caballos para estar en el boulevard a la salida del teatro ¡voto a bríos! —Luego, haciendo de tripas corazón, y contando con la indemnización para beber, repuso—: Voy, pues, a dar seis golpes en la

puertecita.

—Sí, primero tres golpes, luego un instante de pausa y otros tres golpes. ¿Entendéis?

—¿Y después?

—Diréis a la persona que abra: «Os esperan»; y la acompañaréis al coche.

—Llévete el diablo —dijo el cochero volviéndose a su asiento, y repuso arreando, sus caballos—: ese pícaro alemán tiene inteligencias con los francmasones o quizás con los contrabandistas, pues nos hallamos cerca de la barrera.

A unos veinte pasos de la puertecita paróse otra vez el coche, y el cochero bajó del pescante para ejecutar las órdenes que había recibido, y cuando a la señal dada la puerta se abrió, el cochero vio salir un hombre de mediana estatura, envuelto en una capa y con una gorra de color. Aquel hombre dio algunos pasos en la calle, después de cerrar la puerta con llave.

—Os esperan —le dijo el cochero—, voy a conducirlos adonde está el coche. —Y marchando delante del hombre de la capa que le respondiera con un movimiento de cabeza, le condujo cerca del carruaje. Iba a abrir la portezuela y bajar el estribo, cuando el personaje del coche le dijo:

—Es inútil; el señor no subirá; hablaré con él por la portezuela, ya os avisaré cuando debamos marchar.

—Eso quiere decir que tendré tiempo suficiente para enviarte al diablo —dijo entre dientes el cochero—: pero esto no me impedirá pasearme para desentumecer las piernas. —Y se puso a pasear a lo largo de la pared por delante de la puerta. Al cabo de algunos segundos, oyó el ruido lejano de un coche que se iba acercando subiendo velozmente la cuesta, y que se detuvo a corta distancia antes de llegar a la puerta del jardín.

—¡Un coche particular! —dijo el cochero— ¡diablos de caballos, y cómo suben al trote esta cuesta endemoniada!

Terminaba el cochero estas reflexiones, cuando vio a un hombre que bajaba de aquel coche, adelantarse apresuradamente, pararse un momento delante de la puertecita, abrirla, entrar y desaparecer después de cerrarla tras sí.

—Toma, toma, esto se complica —dijo el cochero—; el uno sale y el otro entra. —Diciendo esto se dirigió hacia el coche; estaba magníficamente tirado por dos hermosos y vigorosos caballos.

El hombre de la capa y el del acento italiano continuaban conversando el uno dentro del coche, y el otro en pie, de la parte de afuera, apoyada la mano en la portezuela. Hacía ya tiempo que duraba la conversación y era en italiano; tratábase de una persona ausente, según podrá convencerse por las palabras siguientes:

—De modo que —decía la voz que salía del coche— estamos conformes.

—Sí, monseñor —repuso el hombre de la capa—, pero sólo en el caso en que el águila se convirtiese en serpiente.

—Y en caso contrario, así que recibáis la otra mitad del crucifijo de marfil que

acabo de daros...

—Sabré lo que quiere decir, monseñor.

—Continuad siempre mereciendo y conservando su confianza.

—La mereceré y la conservaré, monseñor, porque admiro y respeto a ese hombre, más fuerte por el talento, el valor y la voluntad, que los hombres más poderosos de este mundo. Arrodíllome ante él con respeto, como lo haría delante de los tres sombríos ídolos que median entre Bhowanie y sus adoradores, porque para él como para mí, la religión es cambiar la vida... en nada.

—Hum, hum —dijo la voz en tono bastante turbado—, ésas son conexiones inútiles. Pensad únicamente en obedecerle, sin andar buscando motivos de sumisión.

—Que hable y obraré; soy entre sus manos «como un cadáver», según le gusta decir. Ha visto, ve todos los días mi adhesión por los servicios que todos los días le presto con respecto al príncipe Djalma. Diríame: «¡Mata!» y ese hijo de rey...

—¡Por el amor de Dios, desechad ideas semejantes! —exclamó la voz interrumpiendo al hombre de la capa—; nunca se os pedirán esas pruebas de sumisión.

—Lo que se me manda... lo hago. Bhowanie me contempla.

—No dudo de vuestro celo; sé que sois una barrera viva e inteligente puesta entre el príncipe y muchos intereses culpables, y como me hablaron de vuestra habilidad en engañar a ese joven indio, y particularmente a vuestra ciega adhesión en ejecutar las órdenes que os dan, quise enteraros de todo. Sois fanático por el que servís... bien está: el hombre debe ser así: obediente, esclavo del dios que elige.

—Sí, monseñor, mientras que el dios... se conserve tal.

—Nos comprendemos perfectamente. En cuanto a vuestra recompensa, ya sabéis: mis promesas...

—Mi recompensa ya la tengo, monseñor.

—¿Cómo?

—Yo me entiendo.

—Bien, pero el secreto...

—Tenéis garantías, monseñor.

—Sí... suficientes.

—Y además, el interés de la causa que sirvo os responde de mi celo y de mi discreción, monseñor.

—Es cierto; sois hombre de firme convicción.

—Procuro serlo, monseñor.

—Y, bien mirado, muy religioso... bajo vuestro punto de vista. Y ya es muy laudable el tener un fin cualquiera en estas materias, con la impiedad que reina, y sobre todo, cuando a vuestro modo de ver podéis asegurarme vuestra ayuda.

—Os la aseguro, monseñor, por la misma causa que un cazador intrépido prefiere un chacal a diez raposos, un tigre a diez chacales, un león a diez tigres, y el uelmis a diez leones.

—¿Qué es el uelmis?

—Es lo que el espíritu a la materia, la hoja a la vaina, el perfume a la flor, la cabeza al cuerpo.

—Entiendo: nunca hubo comparación más exacta. Sois hombre de criterio. Tened siempre presente lo que acabáis de decirme y haceros cada vez más digno de la confianza de vuestro ídolo, de vuestro dios.

—¿Se hallará pronto en estado de oírme, monseñor?

—Dentro de dos o tres días, a lo sumo; ayer, una crisis providencial le salvó; está dotado de una voluntad tan enérgica, que su curación será rápida.

—¿Le veréis mañana, monseñor?

—Sí, antes de partir, para despedirme de él.

—Entonces, decidle esto, que no he podido decirle, pues sucedió ayer.

—Hablad.

—Fui al jardín de los muertos: por todas partes entierros, antorchas encendidas en medio de la noche oscura... alumbrando las tumbas... Bhowanie sonreíase en el cielo de ébano. Pensando en esta santa divinidad del caos, me complacía en mirar cómo vaciaban un carro lleno de ataúdes. La inmensa hoya presentaba su boca como la del infierno; echábanle muertos y más muertos y nunca se saciaba. De pronto veo a mi lado a la claridad de una antorcha un anciano que lloraba; ya le había visto anteriormente; es un judío que guarda la casa de la calle de San Francisco... la que sabéis... —Y el hombre de la capa se estremeció y guardó silencio.

—Sí, ya sé... ¿pero qué os pasa, que no continuáis?

—Es que en aquella casa... hace ciento cincuenta años que se halla el retrato de un hombre... que hallé en otro tiempo en el interior de la India, a orillas del Ganges... —Y el hombre de la capa no pudo menos de estremecerse y volverse a callar.

—¿Sin duda una semejanza singular?

—Sí, monseñor; una semejanza... particular; nada más.

—¿Pero ese viejo judío... ese viejo judío?

—Ya continúo, monseñor... Llorando dijo a un sepulturero: «¿Y el ataúd?». «Teníais razón; le hallé en la segunda hilera de la otra hoya —respondió el sepulturero—; verdaderamente tenía por señal una cruz formada de siete puntos negros. Pero ¿cómo pudisteis saber el sitio y la señal de ese ataúd?». «¡Ay! poco os interesa —respondió el judío con amarga tristeza—. Ya veis que estoy bien enterado ¿en dónde está el ataúd?». «Detrás del gran sepulcro de mármol negro que ya conocéis; está oculto a flor del suelo; pero despachaos. En medio del tumulto nadie lo echará de ver —añadió el sepulturero—. Me recompensasteis bien y deseo que consigáis vuestro objeto».

—¿Y qué hizo el viejo judío con el ataúd señalado con siete puntos negros?

—Acompañábanle dos hombres, monseñor, llevando una camilla con cortinas; encendió una linterna, y seguido de aquellos dos hombres se encaminó hacia el sitio

indicado por el sepulturero. La confusión de los carros fúnebres me hizo perder de vista el viejo judío, cuyas huellas procuraba seguir por en medio de los sepulcros; pero me fue imposible hallarle.

—Efectivamente es extraño; ¿qué querría hacer del ataúd?

—Dícese que emplean cadáveres para elaborar filtros mágicos, monseñor.

—Esos hechiceros son capaces de todo, hasta de comerciar con el enemigo de los hombres. Por lo demás, se tendrá presente; este descubrimiento tal vez es muy importante.

En aquel momento oyóse a lo lejos dar las doce.

—¡Medianoche! ¿Ya?

—Sí, monseñor.

—Es preciso que parta; adiós. ¿De modo que por última vez, juráis, dado caso que sucediese lo previsto, que tan pronto recibáis la otra mitad del crucifijo de marfil que no hace mucho os di, cumpliréis vuestra palabra?

—Lo he jurado por Bhowanie, monseñor.

—Tened presente que para mayor seguridad, la persona que os entregue la otra mitad de crucifijo, ha de deciros... Veamos ¿qué deberá deciros, os acordáis?

—Deberá decirme, monseñor: «De la copa a los labios hay gran trecho».

—Muy bien. Adiós, secreto y fidelidad.

—Secreto y fidelidad, monseñor —contestó el hombre de la capa.

Algunos segundos después, el coche de alquiler emprendía su marcha, conduciendo al cardenal Malipieri, que era el interlocutor del hombre de la capa. Éste (en quien se habrá reconocido a Faringhea) acercóse a la puertecita del jardín de la casa en que vivía Djalma. Al tiempo de ir a meter la llave en la cerradura, abrióse la puerta y salió un hombre. Faringhea se precipitó sobre él cogiéndole bruscamente por el cuello, gritando:

—¿Quién sois?, ¿de dónde venís?

Sin duda el desconocido halló que el tono en que se le hacía esta pregunta no era nada tranquilizador, pues en lugar de responder, hizo todos los esfuerzos posibles para soltarse de manos de Faringhea, gritando:

—¡Pedro... a mí!

Al momento el coche, que permanecía parado a corta distancia, llegó a galope, y Pedro, el lacayo gigantesco, cogió al mestizo por los hombros, lo arrojó algunos pasos lejos de sí, siendo utilísima su intervención al desconocido.

—Ahora —respondió este último a Faringhea, reponiéndose—; cuidado; por el gigante, me hallo en situación de responder a vuestras preguntas, aunque me tratéis muy brutalmente para ser un antiguo conocido. Sí, soy el señor Dupont, ex-administrador de las tierras de Cardoville: por más señas que yo fui el que ayudé a pescaros cuando el naufragio del buque en que os habíais embarcado.

En efecto, a la viva claridad de los dos faroles, el mestizo reconoció el rostro franco y honrado del señor Dupont, antes administrador y entonces mayordomo de la

casa de la señorita de Cardoville. Se recordará que el señor Dupont fue el primero que escribió a la señorita de Cardoville para que se interesase en favor de Djalma, retenido en el castillo de Cardoville por una herida que recibiera en el naufragio.

—¿Pero, señor, que venís a hacer aquí? ¿Por qué os introducís ocultamente en esta casa? —dijo Faringhea en tono brusco.

—Os advertiré que mi conducta nada tiene de clandestina; vengo en un coche con la librea de la señorita de Cardoville, mi querida y digna señorita, por encargo suyo, muy ostensiblemente, sin reserva alguna a entregar una carta suya al príncipe Djalma, su primo —respondió el señor Dupont con dignidad.

A estas palabras, Faringhea se estremeció y añadió:

—¿Y por qué venir a una hora tan avanzada e introducirnos por esa puertecita?

—Vengo a estas horas, porque así lo dispuso la señorita de Cardoville; y entré por esta puertecita, por ser más que probable que habiéndome dirigido a la puerta principal... no habría conseguido ver al príncipe.

—Os engañáis —respondió el mestizo.

—Puede ser; pero como sabía que el príncipe por lo regular pasa la mayor parte de la noche en el salón que comunica con el invernáculo cuya puerta es ésta, y de que la señorita de Cardoville tiene una llave desde que arrendó esta casa, estaba casi seguro que entrando por esta parte, podría entregar en manos del príncipe la carta de la señorita de Cardoville, su prima... lo que me ha cabido la satisfacción de llevar a cabo, enterneciéndome profundamente la benevolencia con que el príncipe se dignó recibirme, y hasta acordarse de mí.

—¿Y quién os enteró tan bien de las costumbres del príncipe? —dijo Faringhea, no pudiendo ya dominar su enojo.

—Si estoy exactamente informado de sus costumbres, no me sucede lo mismo con respecto a las vuestras —respondió Dupont en tono burlón—, porque os aseguro que no creía encontraros en este sitio.

Diciendo esto el señor Dupont le hizo un saludo bastante burlesco y volvió a subir al coche que se alejó rápidamente, dejando a Faringhea tan sorprendido como enojado.

CXLIII

La cita

Al día siguiente del encargo desempeñado por Dupont, paseábase Djalma con pasos precipitados en la pequeña sala indiana de la calle Blanca: tenía aquel salón, como ya dijimos, comunicación con el invernáculo por donde Adriana apareciera por primera vez.

Había querido el príncipe recordar aquel día y vestirse de la misma manera que estaba cuando tuvo lugar aquella entrevista. Llevaba una túnica de cachemir blanca, con un turbante de color de cereza y un ceñidor de lo mismo; sus botines de terciopelo encarnado, bordados de plata, delineaban el elegante corte de su pierna, bajando a escotarse graciosamente sobre unas babuchas de tafilete blanco con tacón encarnado.

Unas veces, interrumpiendo sus pasos precipitados, se paraba repentinamente sacando del pecho un pequeño papel cuidadosamente doblado, el cual llevaba a sus labios con una especie de loco entusiasmo; otras, no pudiendo contener los impulsos de su alegría, escapábase de entre sus labios un grito de contento varonil, y de un salto se presentaba delante de la puerta vidriera que separaba la sala del invernáculo por donde había visto entrar la primera vez a la señorita de Cardoville.

Djalma no estaba solo, pues Faringhea observaba todos los movimientos del príncipe con miradas escudriñadoras, atentas y sombrías, permaneciendo respetuosamente en pie en un extremo de la sala, aparentando estar ocupado en desdoblar y extender el «bedej» de Djalma, que era una especie de capotillo de seda de la India.

Preocupado y siniestro estaba el rostro del mestizo, pues veía claramente que sólo la carta de la señorita de Cardoville que había traído la víspera el señor Dupont, podía causarle semejante alborozo, viéndose amado sin duda.

La víspera así que se separó del señor Dupont, se dirigió apresuradamente al salón para examinar el efecto que había producido en el príncipe la carta de la señorita de Cardoville, pero halló la puerta cerrada. Lleno de angustia y de despecho llamó, pero nadie le respondió. Entonces, aunque estaba muy avanzada la noche, envió a toda prisa una carta al señor Rodin, haciéndole saber la visita del señor Dupont y el objeto probable de ella.

Toda la noche pasó Djalma embriagado de felicidad y esperanza, abrasado de impaciencia y ardor.

Faringhea había ido muchas veces a llamar a la puerta, pero siempre inútilmente; a las doce y media de la mañana llamó Djalma y dio orden que estuviese el coche preparado para las dos y media. Cuando Faringhea se presentó, el príncipe le habló

sin mirarle, del mismo modo que lo hubiera hecho con cualquiera de sus criados: ¿era esto desconfianza, despego o distracción por parte del príncipe?

En ello reflexionaba con la mayor ansiedad Faringhea, porque los proyectos en que tenía una parte tan activa, podían arruinarse en un instante si Djalma concebía la menor sospecha.

—¡Oh!, ¡qué lentas, qué lentas son las horas! —exclamó de pronto el joven indio en voz baja y palpitante.

—«¡Cuán largas son las horas!» decíais antes de ayer, monseñor.

Al pronunciar esas palabras, acercóse Faringhea a Djalma para llamar su atención, y viendo que no lograba su intento, dio algunos pasos más y continuó:

—Muy grande parece ser vuestra alegría, monseñor; dad a conocer a vuestro pobre y fiel servidor el motivo que la produce, para que pueda alegrarse y regocijarse con vos.

Si resonaron en los oídos de Djalma las palabras del mestizo, no las había oído ni escuchado, pues no respondió cosa alguna.

Al cabo de un rato salió de aquella contemplación extática y dijo:

—¿Qué hora es? —Pero parecía que esta pregunta se la hacía a sí mismo.

—Van a dar las dos, monseñor —respondió Faringhea.

Oyó esta respuesta Djalma, se sentó y cubrió la cara con las manos dejándose absorber completamente en una meditación inefable.

Apurado Faringhea por sus inquietudes, cada vez mayores, y queriendo a toda costa llamar la atención del príncipe, se acercó a Djalma, y casi seguro del efecto que producirían las palabras que iba a pronunciar, le dijo con voz lenta y penetrante:

—Monseñor; esa dicha que os arrebató, estoy seguro que la debéis a la señorita de Cardoville.

Apenas hubo pronunciado este nombre, se estremeció Djalma, saltó en su sillón, levantóse, y mirando cara a cara a Faringhea exclamó como si hasta entonces no hubiese notado su presencia:

—Faringhea... ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Vuestro leal servidor os acompaña en vuestra grande alegría, monseñor.

—¿Qué alegría?

—La que os causa la carta de la señorita de Cardoville, monseñor.

Djalma no respondió, pero se manifestaba en sus ojos tanta felicidad y serenidad interior, que el mestizo quedó completamente tranquilizado: no obscurecía la frente radiante del príncipe ninguna nube, ni aun ligera, de desconfianza o de duda.

Después de algunos instantes de silencio, Djalma levantó los ojos bañados en lágrimas, de alegría y contestó a Faringhea con la expresión de un corazón lleno de amor y felicidad.

—¡Oh!, ¡la felicidad!, ¡la felicidad es buena y grande cual Dios! Es el mismo Dios.

—Bien merecíais esa felicidad, monseñor, después de tantos sufrimientos.

—¿Cuándo? ¡Ah! sí, padecía en otro tiempo: estuve también en otro tiempo en Java... hace muchos años ya.

—Además, monseñor, no me sorprende ese acontecimiento feliz. ¿Qué os había dicho siempre? No os desconsoléis, simulad una pasión violenta a otra, y esa orgullosa joven...

Al oír aquellas palabras, Djalma dirigió al mestizo una mirada tan penetrante, que éste se quedó parado; pero el príncipe le dijo con la bondad más afectuosa:

—Prosigue... te escucho.

Apoyó el codo en la rodilla y en la mano la barbilla, fijando en Faringhea una mirada tan profunda, pero tan dulce y penetrante, que el mestizo, aquella alma de hierro, se sintió un instante conmovido por un ligero remordimiento.

—Decía, monseñor, que siguiendo los consejos de vuestro esclavo, fingiendo un amor apasionado por otra mujer, habéis reducido a la señorita de Cardoville, tan orgullosa y altanera, a venir a buscaros... ¿No os lo había pronosticado?

—Sí... lo habías pronosticado —respondió Djalma, con la mano siempre bajo la barbilla, y mirando al mestizo con la misma atención, con la misma expresión de bondad suave.

Aumentábase cada vez más la sorpresa de Faringhea, porque ordinariamente el príncipe, aunque lo trataba sin dureza, conservaba para con él las tradiciones un poco altivas e imperiosas de su país, pero no le había hablado jamás con tanta dulzura; no ignorando el mal que había hecho a su amo, y desconfiando como todos los malvados, se persuadió el mestizo que la dulzura de su amo encubría algún lazo, y así continuó con menos aplomo:

—Creedme, monseñor, este día, si sabéis aprovecharos de vuestra situación, este día os mitigará todas vuestras penas, que han sido grandes, puesto que ayer mismo, aunque tenéis la generosidad de olvidarlo —en lo cual no vais errado—, ayer mismo estabais padeciendo: pero no erais el único que padecíais... También esa orgullosa joven ha sufrido.

—¿Lo crees? —dijo Djalma.

—¡Oh! no tengo duda; no tenéis más que pensar en lo que ha debido padecer al veros en el teatro con otra mujer. Si era débil su amor, ha recibido un golpe terrible su amor propio. Si os amaba apasionadamente, el golpe lo recibió en el corazón. Así es que cansada de padecer viene a buscaros.

—De modo que, según piensas, de todos modos ha tenido que padecer mucho... ¿No le tienes compasión? —dijo Djalma con voz contenida, pero siempre con acento de dulzura.

—Antes de pensar en compadecer a otros, pienso, monseñor, en vuestras penas, y me conmueven demasiado para ocuparme de las de los demás —repuso hipócritamente Faringhea.

La influencia de Rodin había modificado ya al phansegar.

—Extraño es eso —se dijo Djalma a sí mismo, fijando en el mestizo sus ojos

penetrantes, pero mirándole con suma bondad.

—¿Qué es lo que os parece extraño, monseñor?

—Nada. Pero dime, ya que han salido tan bien tus consejos en lo pasado... ¿qué piensas del porvenir?

—¿Del porvenir, monseñor?

—Sí... dentro de una hora estaré con la señorita de Cardoville.

—Grave es eso, monseñor; todo el porvenir depende de esa primera entrevista.

—En eso reflexionaba yo hace poco.

—Creedme monseñor... las mujeres no se apasionan jamás sino del hombre atrevido que las libra del embarazo de negar.

—Explícate mejor.

—Pues bien, señor, desprecian ellas al amante tímido que con voz humilde solicita lo que debiera tomar por asalto.

—Pero voy a ver hoy a la señorita de Cardoville por la primera vez.

—La habéis visto mil veces en vuestros sueños, monseñor, y lo mismo le ha sucedido a ella, puesto que os quiere. Todos vuestros pensamientos amorosos tienen necesariamente un eco en el suelo. No tiene el amor dos lenguajes, y sin veros, os habéis dicho cuanto teníais que deciros. Ahora... hoy mismo... obrad como quien manda, y es vuestra.

—Eso es extraño... extraño —exclamó por segunda vez Djalma sin apartar la vista de Faringhea.

Engañóse el mestizo en cuanto al sentido que le daba el príncipe a aquellas palabras, y continuó:

—Creedme, monseñor; por extraño que os parezca, eso es prudente. Recordad lo pasado. Si habéis forzado a esa orgullosa joven a echarse a vuestros pies, ¿lo habéis conseguido haciendo él amante tímido? No, monseñor, sino al contrario, fingiendo que la despreciabais por otra mujer. Creedme, monseñor, atreveos, y seréis hoy mismo el sultán idolatrado de esa orgullosa joven, admirada de todo París por su beldad.

Hubo algunos instantes de silencio, y después Djalma, sacudiendo la cabeza con una expresión de conmiseración, dijo al mestizo con voz dulce y sonora:

—¿Por qué me engañas así? ¿Por qué me aconsejas con maldad emplear la violencia, la sorpresa, con un ángel de pureza que respeto como a mi madre? ¿No te basta el sacrificarme a mis enemigos, a los que me han perseguido en la isla de Java?

Si arrebatado de cólera, con los ojos encendidos, la frente ceñuda y el puñal en la mano se hubiese arrojado Djalma sobre Faringhea, es probable que el asombro y el espanto del mestizo hubieran sido menores que el oír al príncipe hablarle de su traición y echársela en cara con un acento tan bondadoso.

Faringhea al pronto dio un paso hacia atrás como si hubiera tratado de defenderse. Djalma continuó con la misma mansedumbre.

—Nada temas; ayer te hubiera matado, te lo aseguro, pero hoy el amor feliz me

hace bondadoso: te tengo compasión sin odio; te compadezco porque has debido de ser muy desgraciado, para haberte hecho tan malvado.

—¡Yo, monseñor! —dijo el mestizo creciendo cada vez más su asombro.

—Mucho has debido sufrir, mucha crueldad han debido tener contigo para que seas implacable en tu odio, y no te desarme el ver una felicidad como la mía. En verdad, al oírte poco hace, sentía una conmiseración sincera para contigo, viendo tu triste perseverancia en el mal.

—Monseñor... no no sé... pero...

Y el mestizo balbuciente no pudo contestar una sola palabra.

—Vamos, ¿qué mal te he hecho?

—Ninguno, monseñor —respondió el mestizo.

—Pues, entonces, ¿por qué me persigues así? ¿No te basta el haberme dado el pérfido consejo de fingir un amor vergonzoso a aquella joven que trajiste aquí, la cual, cansada del triste papel que hacía a mi lado, se ha ido al fin de esta casa?

—El amor que habéis fingido para con esa joven, es, monseñor —dijo Faringhea volviendo en sí poco a poco—, es el que ha vencido la frialdad de...

—No digas semejante cosa —replicó el príncipe interrumpiéndole—; si gozo de esta felicidad que me inspira compasión hacia ti y me hace superior a mí mismo, es porque la señorita de Cardoville sabe ahora que no he cesado un solo instante de amarla como se debe amar... adorándola y respetándola; y tú al contrario, aconsejándome como lo has hecho, no tenías más objeto que separarme de ella para siempre; y en poco ha estado que no lo hayas logrado.

—Monseñor, si tal pensáis de mí, debéis mirarme como a vuestro mayor enemigo.

—No tengas temor ninguno, ya te lo he dicho; no tengo derecho a vituperarte. Delirando y penando, te he escuchado, he seguido tus consejos; no me he dejado engañar... mas he sido tu cómplice. Pero confiésalo ahora: al verme a tu disposición, triste, desesperado, ¿no era mucha crueldad de tu parte el aconsejarme lo que más me podía perjudicar en este mundo?

—Me habrá extraviado el ardor de mi celo, monseñor.

—Quisiera creerte, pero aún hoy mismo, me estás excitando al mal; no has tenido compasión ninguna de mi lealtad, como no la habías tenido tampoco en mi desgracia. Las delicias del corazón en que me ves anegado no te inspiran más que un deseo: el de trocar este alborozo en desesperación.

—¿Yo, monseñor?

—Sí, tú; has creído que siguiendo tus consejos me perdería para siempre y quedaría deshonorado en el concepto de la señorita de Cardoville. Vamos, di: ¿de dónde nace ese odio encarnizado? Dilo al fin. ¿Qué te he hecho?

—Monseñor... me juzgáis muy mal, y yo...

—Escúchame, no quiero que seas en adelante traidor, quiero volverte bueno. En nuestro país se encantan las serpientes más terribles, se amansan los tigres. ¡Pues bien!

yo quiero domarte a fuerza de dulzura, a ti que eres un hombre, a ti que tienes un entendimiento para conducirte y un corazón para amar: este día me da una felicidad divina... has de bendecir este día. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué quieres, dinero? Tendrás dinero. ¿Quieres un amigo tierno que te consuele, ya haciéndote olvidar los pesares que te han hecho malo, te haga bueno? Aunque hijo de rey, ¿quieres que sea yo tu amigo? Lo seré... sí, a pesar del mal... no; por el mal mismo que me has hecho, seré para ti un amigo sincero, y me creeré feliz pudiéndome decir a mí mismo: grande fue mi felicidad el día que me dijo mi ángel que me amaba: por la mañana tenía yo un enemigo implacable; a la noche se había cambiado su odio en amor. ¡Ah! Faringhea, créeme: la desgracia hace los malvados; la felicidad, los buenos. Sé feliz...

En aquel instante dieron las dos. Estremeciéndose el príncipe: era el momento de partir para su cita con Adriana. Acercándose a Faringhea, le alargó la mano con ademán de mansedumbre y de gracia, diciéndole:

—Dame tu mano. —El mestizo, cubierta la frente de un sudor frío, y descolorido el rostro, casi desfigurado, vaciló un instante; pero dominado, fascinado, alargó temblando la mano al príncipe, quien se la apretó, diciendo a estilo de su país—: Pones lealmente tu mano en la mano de un amigo leal. Esta mano estará siempre abierta para ti. Adiós, Faringhea. Me encuentro ahora más digno de arrodillarme a los pies de mi ángel.

Y salió Djalma para ir a casa de Adriana.

No obstante su ferocidad, a pesar del odio implacable que tenía a la especie humana, trastornado por las palabras nobles y clementes de Djalma, el sombrío sectario de Bhowanie, se dijo con terror:

—He tomado su mano... desde ahora es sagrado para mí. —Después de un momento de silencio, habiendo hecho sin duda alguna reflexión, exclamó—: Sí; pero no es sagrado para el que, según me han dicho, lo ha de esperar a la puerta de esta casa.

Diciendo esto, corrió el mestizo a un cuarto inmediato que daba a la calle, levantó la cortina y dijo con ansiedad:

—Ya sale el coche... y viene el hombre. ¡Infierno! Ya se ha ido el coche... no veo nada.

La expectativa

Por una extraña coincidencia de imaginación, Adriana, lo mismo que Djalma, quiso vestirse en un todo igual al día de su primera entrevista en la casa de la calle Blanca. Para esta entrevista tan solemne con respecto a su felicidad, la señorita de Cardoville, valiéndose de un tacto natural, escogió el gran salón de recibimiento del palacio de Cardoville, en donde se veían varios retratos de familia.

Durante los primeros minutos que se siguieron a la hora en que esperaba a Djalma, la señorita de Cardoville no concibió ningún temor formal y calmó su impaciencia algo inquieta con el cálculo, pueril y tonto a los ojos de las personas que nunca conocieron la agitación febril de una expectativa dichosa, diciéndose: «Que el reloj de la casa de la calle Blanca debía estar algo atrasado respecto al de la calle de Anjou». Pero a medida que esta supuesta diferencia, muy probable, se convertía en un atraso de un cuarto de hora... de veinte minutos y aún más, Adriana experimentó una angustia que iba en aumento; dos o tres veces levantóse la joven, y con el corazón palpitante se acercó a la puerta del salón, de puntillas, con el objeto de escuchar, pero nada oyó. Dirigiendo una mirada desolada a uno de los retratos colocados encima de ella, al lado de la chimenea, dijo en voz baja con acento lastimero y desesperado:

—¡Oh madre mía!

No bien hubo la señorita de Cardoville pronunciado estas palabras, el sordo ruido de un coche que penetraba en el patio del palacio, conmovió ligeramente los vidrios. Estremeciéndose la joven y no pudo reprimir un ligero grito de alegría; su corazón se adelantó a recibir a Djalma, porque esta vez «conocía» que era él. Estaba tan segura como si lo hubiese visto. Volvióse a sentar enjugando una lágrima suspendida en sus largas pestañas, su mano temblaba como una hoja en el árbol. El ruidoso abrir y cerrar de varias puertas demostró a la joven la realidad de sus previsiones. Las dos hojas doradas de la puerta del salón giraron sobre sus goznes y apareció el príncipe. En tanto que un criado cerraba la puerta, Andrés entró pocos segundos después de Djalma, y mientras éste se acercaba a Adriana, depositó en una mesita dorada al alcance de la joven un platito de plata sobredorada en que permanecía un frasco de cristal; la puerta se volvió a cerrar, y el príncipe y la señorita de Cardoville quedaron solos.

Adriana y Djalma

El príncipe se había acercado lentamente a la señorita de Cardoville. A pesar de la impetuosidad de sus pasiones, su paso incierto, tímido, pero de una timidez angelical, manifestaba su profunda emoción. Aún no se había atrevido a mirar a Adriana; de pronto palideció, y sus manos, religiosamente cruzadas sobre el pecho, según los ademanes de adoración de su país, temblaban mucho; permanecía a algunos pasos de Adriana con la cabeza algo inclinada.

La señorita de Cardoville, no menos confusa y turbada, permanecía sentada; lo mismo que Djalma, tenía los ojos bajos; pero el ardiente rubor de sus mejillas, los latidos precipitados de su seno virginal, manifestaban una emoción que no procuraba ocultar. Adriana, a pesar de la firmeza de su imaginación, a pesar de la decisión de su carácter independiente y orgulloso, de su gran conocimiento del mundo, mostraba como Djalma una cándida torpeza, una turbación admirable, participando así del anonadamiento pasajero, inefable, bajo el cual parecían sucumbir aquellos dos hermosos seres, amorosos, ardientes y puros, como si fuesen incapaces de resistir a la vez la fermentación de sus sentidos palpitantes y la embriagante exaltación de su corazón. Y, no obstante, sus miradas aún no se habían encontrado.

Djalma fue el primero que levantó los ojos del suelo; estaban húmedos y brillantes; la fogosidad de un amor exaltado, el ardor de la edad, tanto tiempo comprimido, la admiración de una hermosura ideal leíanse en aquella mirada, llena no obstante de una timidez respetuosa, que daba a las facciones de aquel adolescente una expresión indefinible... irresistible. Adriana se levantó, sus ojos se cerraban ya con languidez embriagadora, cuando, por un supremo esfuerzo de voluntad y dignidad, dominó esta deliciosa turbación, se levantó de su poltrona, y con voz trémula, dijo a Djalma:

—Príncipe, me considero dichosa en recibirlos aquí —y enseñándole con un gracioso ademán uno de los retratos suspendidos detrás de ella, añadió como si se tratase de una presentación—: Príncipe... mi madre...

Por una idea de rara delicadeza, haciendo Adriana, por decirlo así, que su madre presenciase su conversación con Djalma, se ponían a cubierto, ella y el príncipe, de las seducciones de un primer encuentro peligroso de suyo, pues los dos sabían que eran amados apasionadamente, que ambos eran libres, y que no tenían que responder sino a Dios de los tesoros de felicidad y voluptuosidad con que tan magníficamente les había dotado.

El príncipe comprendió la idea de Adriana, y cuando la joven le hubo mostrado el retrato de su madre, por un movimiento espontáneo, gracioso y sencillo, se inclinó,

doblando una rodilla ante el retrato, y dijo con voz dulce y varonil, dirigiéndose a aquella pintura:

—Os amaré y bendeciré como a mi madre, y también la mía permanecerá aquí, en mi imaginación, como vos, al lado de vuestra hija.

No era posible corresponder mejor al sentimiento que impulsó a la señorita de Cardoville a ponerse, por decirlo así, bajo la protección de su madre; así es que desde aquel momento, tranquilizada con respecto a Djalma, segura de sí misma, hallándose más a gusto, la deliciosa alegría de la dicha reemplazó poco a poco a las emociones y la turbación que al pronto le habían agitado. Entonces, sentándose, dijo a Djalma, indicándole un asiento enfrente:

—Tened la bondad de sentaros, mi querido primo, y dejadme que os llame así; porque hallo que la palabra «príncipe» es de poca intimidad; y en cuanto a vos, llamadme vuestra prima, pues «señorita» me parece también demasiado grave. Arreglado este particular, hablemos primero como buenos amigos.

—Sí, prima mía —respondió Djalma ruborizándose de la palabra «prima».

—Como la franqueza está admitida entre amigos —añadió Adriana—, por de pronto os haré una reconvención —añadió con una media sonrisa. El príncipe, en lugar de sentarse, permanecía en pie, apoyado contra la chimenea, en una actitud llena de gracia y respeto—. Sí, primo mío —continuó Adriana—, una reconvención que quizás me perdonaréis. En una palabra, esperaba... que hubieseis venido antes.

—Tal vez, prima mía, me vituperaréis por no haber venido más tarde.

—¿Qué queréis decir?

—Cuando salía de casa, un hombre a quien no conozco se acercó a mi coche, y me dijo con tanta ingenuidad que le creí: podéis salvar la vida a un hombre que ha sido para vos un padre: el mariscal Simón está en un peligro inminente; pero para socorrerle, es preciso que me sigáis al momento.

—¡Era un lazo! —exclamó Adriana—; el mariscal Simón hace una hora escasa que ha estado aquí.

—¿Él? —exclamó Djalma alegremente, como si le aliviaran de un peso terrible— ¡ah! a lo menos este hermoso día no se nublará.

—Pero, primo mío —repuso Adriana—, ¿cómo no desconfiasteis de ese emisario?

—Algunas palabras que después se le escaparon, me inspiraron dudas —respondió Djalma—; pero al pronto le seguí, temiendo que el mariscal se hallase en peligro, porque no ignoro que también tiene enemigos.

—Ahora que reflexiono, tuvisteis razón, primo mío, pues era muy probable alguna otra trama contra el mariscal. A la menor duda debíais correr hacia él.

—Así lo hice... a pesar de que me esperabais.

—Ése es un generoso sacrificio, y mi estimación por vos sería, aún mayor si fuese posible —dijo Adriana con emoción—; pero ¿qué se hizo de ese hombre?

—Según mi voluntad, subió al coche. Inquieto por el mariscal y desesperado de

ver transcurrir el tiempo que debía pasar a vuestro lado, prima mía, abrumé a aquel hombre con preguntas, y varias veces titubeé en contestarme. Ocurrióme la idea de que quizás me tendían un lazo, y recordando todo lo que hicieran para perderme... varié al momento de ruta. El enojo del hombre que me acompañaba fue tan visible, que hubiera debido convencerme, no obstante, pensando en el mariscal, sentía un vago remordimiento, que afortunadamente habéis hecho desaparecer, prima mía.

—Esas gentes son implacables —dijo Adriana—, pero nuestra felicidad será más fuerte que su odio. —Después de un momento de silencio, repuso con su franqueza habitual—: Mi querido primo, imposible me es ocultar lo que guardo en mi pecho. Hablemos aún algunos momentos —siempre en calidad de amigos—, hablemos de lo que nos han hecho padecer, olvidándolo después para siempre como un penoso sueño.

—Os responderé francamente, aunque sea en perjuicio de mí mismo —dijo el príncipe.

—¿Cómo pudisteis resolveros a presentaros en público con...?

—¿Con esa muchacha? —dijo Djalma interrumpiendo a Adriana.

—Sí, primo mío —repuso la señorita de Cardoville, esperando la respuesta de Djalma con inquieta curiosidad.

—No sabiendo la costumbre de este país —respondió Djalma sin titubear, porque decía la pura verdad—; debilitada la mente por la desesperación, extraviado por los funestos consejos de un hombre adicto a mis enemigos, creí, según me decía, que aparentando delante de vos otro amor, excitaría vuestros celos, y...

—Basta, primo mío —dijo Adriana vivamente, interrumpiendo también a Djalma para evitarle una penosa confesión—; preciso es que a mí también me cegara la desesperación para no adivinar ese malvado complot, sobre todo después de vuestra loca e intrépida acción. ¡Arrostrar la muerte por recoger mi ramillete! —repuso Adriana estremeciéndose aún al recordarlo—. Otra pregunta —repuso—, aunque estoy segura de lo que vais a responderme: ¿no recibisteis una carta que os escribí la misma mañana del día en que os vi en el teatro?

Djalma nada respondió; una nube sombría oscureció sus hermosas facciones, y durante un segundo, adquirieron un aspecto tan amenazador, que Adriana se estremeció; pero muy pronto aquella violenta agitación se aquietó y la frente de Djalma tornó a serenarse.

—Fui más indulgente de lo que creía —dijo el príncipe a Adriana, que le contemplaba con sorpresa—. Quise presentarme digno de vos, prima mía, y perdoné a aquel que, para servir a mis enemigos, me había dado y me daba aún perversos consejos. Estoy seguro que ese hombre se quedó con vuestra carta. No hace mucho, pensando en todos los males que me causó, arrepentíme por un momento de mi clemencia, pero acordándome de vuestra carta de ayer, se desvaneció mi cólera. Acabóse para siempre ese pasado funesto, esas desconfianzas que nos atormentaron durante tanto tiempo haciendo que yo dudase de vos y vos de mí.

—¡Oh! sí, ¡lejos de nosotros ese funesto pasado! —exclamó la señorita de Cardoville con profunda alegría. Y como si su corazón se hallase libre de las últimas ideas que pudieran entristecerla, repuso—: Ahora el porvenir es nuestro, el porvenir entero, el radiante porvenir, sin nubes, sin obstáculos; un horizonte tan hermoso y tan puro en su inmensidad, que la vista no alcanza a ver sus límites...

—No puede haber en el mundo dicha como la mía —dijo el príncipe con su voz suave, manifestando indecible abatimiento—: experimento suma tristeza... ay... debe ser... me dais el cielo... y yo, aun cuando os diera la tierra, sería con vos ingrato.

Djalma no exageraba; decía lo que verdaderamente sentía, y sólo la forma hiperbólica, tan familiar a los orientales, podía expresar su idea.

—Amigo mío, los dos hemos alcanzado el colmo de la felicidad. El porvenir de nuestra dicha no tiene límites, y no obstante, aunque por diferentes sendas, nos ocurrieron ideas tristes; y es que hay dichas cuya inmensidad aturde. Por un momento el corazón... la mente, el alma... no bastan para contenerla... se desborda... y nos postra...

Diciendo estas palabras, la voz de Adriana se apagaba poco a poco y su cabeza se inclinaba suavemente, cual si cediese al peso de su dicha, Djalma permanecía arrodillado delante de ella, con las manos en las suyas, de modo que bajándose, la frente de marfil y los cabellos dorados de Adriana rozaron la frente de color de ámbar y los bucles de ébano de Djalma, y las silenciosas lágrimas de los dos jóvenes amantes cayeron lentamente confundándose sobre sus hermosas manos enlazadas.

* * *

En tanto que esta escena pasaba en el palacio de Cardoville, Agrícola se dirigía a la calle de Vaugirard, a ver al señor Hardy llevando una carta de Adriana.

CXLVI

La imitación

El señor Hardy, según ya dijimos, ocupaba un pabellón en la «casa de retiro» contigua a la vivienda de la calle de Vaugirard, en la que vivían muchos Reverendos Padres de la Compañía de Jesús. Tranquila y silenciosa era aquella vivienda; siempre se hablaba en voz baja. Sus pensionistas llevaban una existencia pesada, monótona, de una regularidad glacial, interrumpida únicamente por algunos ejercicios religiosos; de modo que, muy pronto y según las interesadas previsiones de los Reverendos Padres, sin alimentos, sin comunicaciones exteriores, sin excitación, la imaginación languidecía en la soledad; los latidos del corazón eran más lentos, el alma se entumecía, la parte moral se debilitaba poco a poco; en fin, el libre albedrío, la voluntad se extinguían, y los pensionistas, sometidos a idénticos procedimientos de completo anonadamiento que los novicios de la Compañía, venían también a ser «cadáveres» en manos de aquellos congregantes.

El objeto de estos manejos era claro y sencillo; aseguraban por este medio el éxito de las «captaciones» de toda clase, mira incesante de la hábil política y de la implacable avaricia de aquellos sacerdotes; por medio de enormes sumas que les cedían o ellos retenían, proseguían y aseguraban el éxito de sus proyectos, aun cuando el asesinato, el incendio, las revueltas, todos los horrores en fin de la guerra civil, excitada y pagada por ellos, ensangrentasen los países en que tenían establecido su tenebroso gobierno. Como palanca, el dinero adquirido por todos los medios posibles, desde los más vergonzosos hasta los más criminales; como objeto, la dominación despótica de las inteligencias y de las conciencias para explotarlas con provecho en beneficio de la Compañía de Jesús, tales fueron, y tales serán siempre los medios y las miras de estos religiosos. De modo, que entre otros modos de hacer afluir el dinero a sus cajas siempre ávidas, los Reverendos Padres fundaron la casa de retiro en donde estaba entonces el señor Hardy.

A las personas de imaginación enfermiza, de corazón desgarrado, de inteligencia debilitada, extraviadas por una falsa devoción, y engañadas además por los consejos de los miembros más influyentes del partido sacerdotal, atraíanlas y mimábanlas; luego insensiblemente las aislaban, las secuestraban y despojaban al fin en aquel religioso asilo lo más beatamente que puede darse, y «ad majorem Dei gloriam», según la divisa de la respetable sociedad.

En la jerga jesuítica, según puede verse en los hipócritas prospectos destinados a las buenas gentes, engañadas por tales farsas, estas piadosas ladroneras se llaman generalmente «Santos asilos abiertos a las almas cansadas de los vanos afanes del mundo». O bien se intitulan: «Retiros pacíficos en donde los fieles, afortunadamente

libres de los afectos perecederos de este mundo y de los lazos terrestres de la familia, pueden, en fin, a solas con Dios, trabajar eficazmente en su salvación», etc.

Sentado esto, y desgraciadamente probado por mil ejemplos de indignas captaciones llevadas a cabo en muchas casas religiosas en perjuicio de la familia de varios pensionistas; sentado esto, admitido que una persona recta reconvenga al clerical Estado de no vigilar suficientemente esos parajes peligrosos, entonces es cosa de oír los gritos del partido, las invocaciones a la libertad individual, las quejas y lamentos sobre la tiranía con que se quieren oprimir las conciencias. ¿A esto no pudiera responderse que considerando legítimas estas singulares pretensiones, los que tienen casas de juego tendrían también el derecho de invocar la libertad individual y de apelar de las decisiones que mandaren cerrar sus garitos? Al cabo, también se ataca la libertad de los jugadores que van libre y alegremente a enterrar su patrimonio en aquellas madrigueras; se tiraniza su voluntad, que les mueve a poner en una carta los últimos recursos de su familia. Sí, lo preguntamos sincera y formalmente; ¿qué diferencia hay entre un hombre que arruina o despoja a los suyos a fuerza de jugar al «encarnado o al negro» y el hombre que arruina y despoja a los suyos con la dudosa esperanza de ser feliz en aquel juego de «infierno y paraíso», que ciertos sacerdotes han tenido la sacrílega audacia de idear, para ser banqueros?

Nada es más diametralmente opuesto al divino espíritu del Cristianismo que estas desvergonzadas expoliaciones; el arrepentimiento de las faltas, el ejercicio de las virtudes, el cariño con el que sufre, el amor al prójimo, ése es el medio de alcanzar el cielo, y no mediante una cantidad de dinero más o menos crecida, empeñada en un juego con la esperanza de «ganar» el paraíso, y sustraída por falsos sacerdotes duchos en explotar los caracteres débiles, valiéndose de prestigios infinitivamente lucrativos.

Tal era el asilo de «paz e inocencia» en donde se hallaba el señor Hardy.

Eran las dos de la tarde, y aunque hacía un hermoso sol de primavera, sus rayos detenidos por la elevación del muro de que ya hablamos, no penetraban en aquella parte del jardín, obscura, húmeda y fría como un sótano, por la que tenía entrada el aposento en que pasaba la mayor parte de las horas el señor Hardy.

La habitación estaba amueblada y ofrecía muchas comodidades. Adornaban el aposento algunos muebles de caoba sencillos, aunque brillantes por su aseo. Encima del escritorio veíase un gran crucifijo de marfil sobre un fondo de terciopelo negro.

Cubramos ahora este cuadro a medias con una triste oscuridad, y pensemos en que esta soledad estaba continuamente sepultada en fúnebre silencio tan sólo interrumpido en las horas de rezo por el fúnebre sonido de las campanas de la capilla de los Reverendos Padres y nos formaremos una idea de la infernal destreza con que estos peligrosos sacerdotes saben sacar partido de los objetos exteriores, ya deseen hacer impresión de un modo u otro en la mente de los que desean ganar.

No paraban aquí sus artificios. Después de haber fascinado la vista, otro tanto había de hacerse con el sentimiento, y he aquí cómo lo habían ejecutado. Sólo un libro, uno sólo, dejaron como por casualidad al señor Hardy, y este libro era la

«Imitación»; pero como podía suceder que este sujeto no tuviese ánimo o deseo de leerlo, habían colocado en cuadros negros colgados en el interior de su alcoba o en los tableros más visibles, pensamientos y reflexiones tomadas de aquella obra despiadadamente desconsoladora, escritas en letras gordas; de modo que sin querer, sus miradas habían forzosamente de fijarse en ellas.

Necesario es citar algunas máximas de aquéllas para que se vea en qué círculo fatal y funesto encerraban la mente debilitada de aquel desgraciado herido por atroces pesares.

He aquí lo que maquinalmente leía día y noche, cuando el benéfico sueño huía de sus ojos humedecidos con lágrimas: MUY VANO ES AQUÉL QUE CIFRA SU ESPERANZA EN LOS HOMBRES O EN CUALQUIERA CRIATURA. PRONTO HABRÉIS ACABADO EN LA TIERRA. MIRAD EN QUÉ DISPOSICIÓN OS HALLÁIS. EL HOMBRE QUE VIVE HOY, MAÑANA HA DESAPARECIDO, Y NO ESTANDO YA PRESENTE SE BORRA PRONTO DE NUESTRO PENSAMIENTO. MEDITAD POR LA MAÑANA QUE ACASO NO LLEGARÉIS A LA TARDE Y ENTONCES NO OS LISONJEÉIS CON QUE VERÉIS LA MAÑANA. ¿QUIÉN SE ACORDARÁ DE VOSOTROS DESPUÉS DE MUERTOS? ¿QUIÉN ORARÁ POR VOSOTROS? OS ENGAÑÁIS SI BUSCÁIS MÁS QUE SUFRIMIENTOS. TODA LA VIDA MORTAL ESTÁ LLENA DE PENALIDADES Y CUBIERTA DE CRUCES: LLEVADLA, CASTIGAD Y SUJETAD VUESTRO CUERPO, DESPRECIAOS Y DESEAD QUE OS DESPRECIEN. PERSUADÍOS DE QUE VUESTRA VIDA DEBE SER UNA MUERTE CONTINUA. CUANTO MÁS MUERE UN HOMBRE PARA SÍ, TANTO MÁS VIVE EN DIOS.

No basta sepultar el alma de la víctima en una desesperación irremediable por medio de estas máximas aterradoras, también era preciso doblegarla a la obediencia «cadavérica» de la Sociedad de Jesús; de modo que los Reverendos Padres habían escogido diestramente otros muchos pasajes de la «Imitación»; porque este libro horrible abunda en terrores para espantar a los ánimos débiles, y en máximas de esclavitud para encadenar y someter al hombre pusilánime. También se leía lo siguiente: MUY CONVENIENTE ES VIVIR EN LA OBEDIENCIA, TENER UN SUPERIOR Y NO SER DUEÑO DE SUS ACCIONES, MUCHO MÁS SEGURO ES OBEDECER QUE MANDAR. BIENAVENTURADO EL QUE SÓLO DEPENDE DE DIOS «EN LA PERSONA DE LOS SUPERIORES QUE HACEN SUS VECES».

Ahora no hay más que formarse una idea del señor Hardy, transportado herido a aquella casa, desgarrado el corazón por terribles penas, por una terrible traición, más sangrienta aún que las llagas del cuerpo. Rodeado al pronto de esmerados cuidados y mediante la habilidad conocida del doctor Baleinier, el señor Hardy se vio muy pronto restablecido de las heridas que recibiera precipitándose en medio del incendio que devoraba su fábrica.

No obstante, a fin de cooperar a los proyectos de los Reverendos Padres, se le administró al señor Hardy cierto medicamento, destinado a obrar sobre la parte moral, empleado, por el reverendo doctor en otras circunstancias importantes, el cual durante algún tiempo aletargó su imaginación. Para un alma quebrantada por terribles

desengaños, en apariencia es un beneficio inestimable el hallarse entregada a ese entorpecimiento que, al menos, impide pensar en un pasado desesperado; abandonándose el señor Hardy a aquella profunda apatía llegó a mirar insensiblemente el embotamiento de su imaginación como un bien supremo.

Al bosquejar el retrato del señor Hardy, hemos querido dar a conocer la exquisita delicadeza de aquella alma tan tierna. Admirablemente perseverante en el bien, la acción de aquel excelente hombre era penetrante, irresistible, pero no exigente; la dulzura en él reemplazaba a la fuerza. Al presenciar una bajeza, una injusticia no se mostraba irritado, amenazador: padecía. No atacaba al malvado cuerpo a cuerpo, apartaba de él la vista con amargura y tristeza. Y sobre todo, aquel corazón amante, de femenina delicadeza, sentía la irresistible necesidad del benéfico contacto de los afectos más gratos del alma.

Y a esta organización sensitiva de suma susceptibilidad, hiérenla repetidos pesares, que uno solo bastaría, si no para abrir enteramente, a lo menos, para conmover el carácter más fuerte. El señor Hardy se ve infamemente vendido por su mejor amigo, abandonado de una querida idolatrada; el establecimiento que había fundado para la felicidad de sus trabajadores, a quienes amaba como hermanos, es un montón de ruinas y cenizas. ¿Qué sucede entonces? Aquel pobre corazón, demasiado débil para hacer frente a tan espantosos golpes y cruelmente desgarrado por la traición para buscar otros cariños, harto desalentado para pensar en reconstruir otro edificio común, busca el olvido de todo y de sí mismo en un espantoso estupor, si el señor Hardy mira en torno suyo ¿qué encuentra sino estas sentencias selladas con una espantosa desesperación? «Sólo eres polvo y ceniza». «Naciste para el dolor y las lágrimas. Mentiras son todos los afectos. Muérete esta mañana y ya no se acordarán de ti por la tarde. Humíllate, despréciate y que los otros te desprecien. No pienses, no reacciones, no vivas; pon tu triste suerte en manos de un superior y él pensará y raciocinará por ti. A ti te toca llorar, sufrir y pensar en la muerte. Sí, en ella, siempre en ella; ése debe ser el blanco, el objeto de todos tus pensamientos, dado caso que penséis, pues mejor es no pensar. Para ganar el cielo, basta tener el sentimiento de un continuo dolor».

Éstos eran los consuelos proporcionados a aquel desgraciado, que aterrado cerraba los ojos y volvía a aletargarse.

Entonces empezó a pasar por aquella lenta transformación mañosamente prevista por Rodin, que dirigía los más pequeños resortes de esta trama.

El señor Hardy, aterrado al pronto por las siniestras máximas, poco a poco se había acostumbrado a leerlas maquinalmente, así como el preso cuenta en su triste ociosidad los clavos de la puerta de su encierro, o las losas de su aposento.

Grande era ya el resultado conseguido por los Reverendos Padres. Muy pronto su débil espíritu quedó penetrado de la aparente exactitud de algunos de aquellos aforismos mudos y desconsoladores. Así leía: «No se ha de contar con el cariño de criatura alguna sobre la tierra». Y en efecto, se había visto vendido de un modo cruel.

«El hombre nació para vivir en el desconsuelo». Y así le sucedía. «Sólo se encuentra reposo en la negación del pensamiento». Y verdaderamente sólo el sueño de su espíritu ponía coto a sus penas.

El Padre d'Aigrigny, informado por su espía y ayudado por su natural sagacidad, vio pronto todo el partido que podía sacarse del abatimiento físico y moral del pensionista; dotado de una elocuencia melosa, persuasiva, tomó naturalmente por tema las desconsoladoras máximas sobre las que tan a menudo se fijaba la imaginación del señor Hardy.

Flexible, prudente, hábil, sabiendo que hasta entonces este último profesara aquella religión natural que predica una reconocida adoración a Dios, el amor a la humanidad, el culto de lo justo y del bien, y que, desdeñando el dogma, profesaba la misma veneración a Platón que a Cristo, a Moisés que a Licurgo, el Padre d'Aigrigny no probó a «convertir» de golpe al Sr. Hardy; empezó por recordar continuamente a la imaginación de aquel desgraciado en quien quería anonadar toda esperanza, los abominables engaños que sufriera; en lugar de presentarte aquellas traiciones como excepciones en la vida, en vez de procurar tranquilizar y levantar aquella alma abatida, el Padre d'Aigrigny avivó las llagas sangrientas de aquel desgraciado, pintóle los hombres bajo los colores más atroces, y se los representó infames, ingratos y malvados.

Conseguido este objeto, el jesuita dio un paso más. Conociendo la adorable bondad de corazón del señor Hardy, aprovechándose del abatimiento de su espíritu, hablóle de los consuelos que podría hallar un hombre agobiado por pesares desesperados en creer firmemente que cada una de sus lágrimas, en vez de ser estériles, eran agradables a Dios, y podían contribuir a la salvación de los demás hombres.

Tal era el estado moral y físico del señor Hardy, cuando, por la mediación de un criado ganado, recibió la carta de Agrícola Baudoin, en que le pedía una entrevista. El día señalado había llegado, y dos o tres horas antes del momento fijado para la visita de Agrícola, el Padre d'Aigrigny entró en el cuarto del señor Hardy.

CXLVII

La visita

Cuando el Padre d'Aigrigny entró en el aposento, estaba el señor Hardy sentado en un gran sillón, y su actitud indicaba suma postración; a su lado en una mesita, había una poción recetada por el doctor Baleinier, porque la endeble constitución del señor Hardy había recibido un rudo choque con tan crueles sacudidas; ya no era ni su sombra; su rostro, muy pálido y enflaquecido, expresaba en aquel momento una triste tranquilidad.

El Padre d'Aigrigny, al acercarse a su pensionista, dio a su fisonomía una apariencia benigna.

—¿Qué tal, mi querido hijo? —dijo al señor Hardy abrazándolo con hipócrita efusión.

—Como siempre, padre mío.

—¿Seguís estando contento del servicio de las personas que os rodean, mi querido hijo?

—Sí, padre mío.

—¿No os falta nada?

—Nada, padre mío.

—¡Creedme, mi tierno hijo!; vuestras lágrimas y vuestro inagotable dolor son una ofrenda al Señor, meritoria para vos y para vuestros hermanos.

—Haga el cielo a lo menos que mis dolores no sean estériles. Sufrir es rogar... — repitió el señor Hardy hablando consigo mismo, como reflexionando sobre esta idea.

—Tenéis razón, mi querido hijo.

—Sí, padre mío, hay que sufrir y olvidar, olvidar... —El señor Hardy no terminó; dejó caer con languidez la cabeza sobre el respaldo de su silla y se cubrió los ojos con la mano.

—¡Ay! mi querido hijo —añadió el Padre d'Aigrigny con la voz afligida—; ¿cómo es posible que el amigo que tan abominablemente os vendió, desconociese un corazón como el vuestro?

—¡Oh! por piedad, ¡no me habléis de eso!

—Pues bien, no os hablaré más de esto, mi tierno hijo. Olvidad a ese amigo perjuro, olvidad también a esa desgraciada mujer, cuyo crimen fue enorme...

El señor Hardy interrumpió al Padre d'Aigrigny, diciendo con acento reprimido:

—¡Es demasiado! no sabéis, padre mío, el mal que me hacéis; no, no lo sabéis.

—¡Perdón!, ¡oh! perdón, hijo; pero, ¡ay!, ya lo veis, el solo recuerdo de estos afectos terrestres aún en este momento os causa una emoción dolorosa. ¿No os prueba esto que es lejos de este mundo corruptor y corrompido donde encontrareis

consuelos seguros?

—¡Oh! ¡Dios mío!, ¿los hallaré nunca? —exclamó el desgraciado con desesperado abatimiento.

—Sí, los hallaréis, mi tierno y buen hijo. ¡Oh!, ¡qué hermoso día para mí aquél en que, rotos los últimos lazos que os unen a esta tierra inmunda y fangosa, vengáis a ser uno de los nuestros, y como nosotros, no aspiréis más que a los eternos deleites! ¡Sí!, ¡a la muerte!

—Decid a la vida inmortal, al paraíso; mi corazón paternal lo desea tanto como lo espera, porque vuestro nombre se mezcla todos los días a mis oraciones.

—Sí, es verdad; en ciertos momentos, después de haber sufrido mucho, mi corazón no late, está tranquilo; también los muertos lo están —dijo el señor Hardy apoyando la cabeza sobre el pecho.

—¡Ah!, ¡mi querido hijo! me desgarráis el corazón cada vez que os oigo hablar de ese modo; siempre temo que echéis de menos esa vida mundana. Por lo demás, hoy mismo pasaréis afortunadamente por una prueba decisiva sobre este particular.

—¿Cómo es eso, padre mío?

—Ese honrado artesano, uno de los mejores trabajadores de vuestra fábrica debe venir hoy a veros.

—¡Ah! sí —contestó el señor Hardy después de un momento de reflexión—; efectivamente Agrícola vendrá luego; me parece que le veré con gusto.

—Pues bien, mi querido hijo, vuestra entrevista con él será la prueba de que hablo. La presencia de ese digno muchacho os recordará aquella vida tan activa que llevabais antes: quizá queráis lanzaros otra vez en una senda cuajada de emociones de todas clases, adquirir otras amistades, buscar otros afectos. Si estos deseos se despertasen en vos, sería prueba de que aún no estáis dispuesto para retiro; entonces, obedecedlos, mi querido hijo; buscad otra vez los placeres, la alegría, las fiestas; mis votos siempre os seguirán aun en medio del tumulto mundano; pero tened presente mi tierno hijo, que si un día otras traiciones desgarran vuestra alma, este pacífico asilo estará siempre abierto para vos.

A la sola idea de volverse a arrojar en medio de las borrascas de una vida dolorosamente experimentada, aquella pobre alma se reconcentraba, trémula y desfallecida; así es que el desgraciado exclamó con acento suplicante:

—¿Yo padre mío, volver a ese mundo en que tanto he sufrido, en donde dejé mis últimas ilusiones? ¡Ah! es una mofa cruel.

—No lo es, mi querido hijo; podéis estar seguro que la vista y las palabras de ese honrado artesano despertarán en vos ideas que en este momento creéis para siempre desvanecidas. En semejante caso, mi querido hijo, probad otra vez la vida mundana.

—¡Oh! jamás, jamás; el olvido de todo, de mí mismo, la nada de la tumba, esto es todo lo que quiero de aquí en adelante.

—Eso os parece así, mi querido hijo, porque ninguna voz exterior vino hasta ahora a turbar vuestra tranquila soledad o debilitar vuestras santas esperanzas; pero

ese trabajador pensando menos en vuestra salvación que en su interés y el de los suyos, vendrá...

—¡Ay! padre mío —dijo el señor de Hardy, interrumpiendo al jesuita—; fui bastante feliz para poder hacer en favor de mis trabajadores todo lo que humanamente cabe en un hombre de bien; el destino no me permitió que continuase; ahora no deseo más que olvido y descanso. ¿Es acaso exigir demasiado, Dios mío?

—No hay duda, mi querido y buen hijo, vuestra generosidad no tuvo igual, pero en nombre de esa misma generosidad, ese artesano vendrá tal vez a imponeros nuevos sacrificios; sí, porque para los corazones como el vuestro, el pasado obliga, y os será casi imposible negaros a las instancias de vuestros trabajadores. Sin duda al dejar este piadoso asilo, en donde ningún ruido turba vuestro recogimiento, vuestro descanso, al pronto el contraste será grande, pero ese mismo contraste...

—¡Basta!, ¡oh!, ¡por favor!, ¡basta! —exclamó el señor Hardy, interrumpiendo con voz débil al Reverendo Padre—, con sólo oíros hablar de las miserias de una vida semejante, padre mío, experimento crueles vértigos, mi cabeza apenas puede soportarlo. ¡Oh! no, no; la tranquilidad, ¡oh! ante todo la tranquilidad, os lo repito; aunque fuera la de la tumba.

—Pero, entonces, ¿cómo resistiréis a las instancias de ese artesano?

—Pues bien, padre mío, si preciso es, no le veré.

—Pero él no renunciará; insistirá en veros.

—Tendréis la bondad, padre mío, de decirle que no me hallo bueno, y que me es imposible recibirle.

—Escuchadme, mi querido hijo: en estos tiempos existen grandes y perversas preocupaciones sobre los pobres servidores de Cristo. Por lo mismo que permanecéis voluntariamente entre nosotros después de que casualmente os trajeron moribundo a esta casa, viendo que os negáis a una entrevista que ya habíais concedido, pudiera creerse que una influencia extraña os dominaba. Es, pues, preferible que recibáis a ese joven artesano.

—Padre mío, lo que me pedís es superior a mis fuerzas.

—Pero, mi querido hijo, ese trabajador va a venir; le diré que no queréis verle y no me creará.

—¡Ay! padre mío, compadeceos de mí; sufro demasiado.

—Pues bien, veamos, busquemos un medio; si le escribieseis, le entregarían vuestra carta cuando viniese; le daréis otra cita; mañana, por ejemplo.

—Como queráis, padre mío.

—Aun cuando la hora en que debe venir ese trabajador no esté muy próxima —dijo el reverendo—, convendría escribirle ahora mismo.

—No tendré fuerzas para ello, padre mío.

—Probad.

—Padre mío, os ruego, escribid vos mismo; yo firmaré.

—No, mi querido hijo; por mil razones es preciso que todo vaya escrito de

vuestro puño; algunas líneas bastarán.

—Pero, padre mío...

—Vamos, es preciso; si no, dejaré entrar a ese trabajador. —Y con ademán severo fijó en el señor Hardy sus grandes pupilas pardas, redondas y brillantes como las de un ave de rapiña.

—Escribiré, padre mío, escribiré; pero, os lo suplico, dictad; mi cabeza está demasiado débil —dijo el señor Hardy enjugando sus lágrimas con su mano calenturienta.

El Padre d'Aigrigny dictó las líneas siguientes:

Mi querido Agrícola: he reflexionado que nuestra entrevista sería inútil, no serviría más que para despertar agudos pesares, que he conseguido olvidar con la ayuda de los dulces consuelos que me proporciona la religión.

El abate se detuvo un momento; el señor Hardy palidecía cada vez más, y su mano debilitada apenas podía sujetar la pluma; un frío sudor bañaba su rostro, el Padre d'Aigrigny sacó un pañuelo del bolsillo, y enjugando la frente de su víctima, le dijo afectuosamente:

—Vamos, mi querido y tierno hijo, un poco más de valor; no fui yo el que os aconsejé el negaros a esta entrevista, ¿cuál es mi deber? el veros de aquí en adelante gozar de una tranquilidad inefable y religiosa después de penosas agitaciones.

—Sí, padre mío, sé que sois bueno —respondió el señor Hardy con acento reconocido—; perdonad mi debilidad.

—¿Podéis continuar esta carta, mi querido hijo?

—Sí, padre mío.

—Escribid, pues.

Y el abate prosiguió dictando:

Gozo de una paz profunda, me hallo rodeado de cuidados, y gracias a la misericordia divina, confío terminar mis días cristianamente lejos de un mundo cuya vanidad me es conocida. No digo adiós, sino hasta la vista, mi querido Agrícola, porque quiero comunicaros a vos mismo, los votos que hago y haré siempre por vos y vuestros dignos compañeros. Sed mi intérprete para con ellos; cuando juzgue conveniente recibiros, ya os lo escribiré; hasta entonces creedme siempre vuestro afectísimo.

Luego dirigiéndose el abate al señor Hardy:

—¿Halláis que esté bien esta carta, mi amado hijo?

—Sí, padre.

—Firmadla, pues.

—Con mucho gusto, padre.

Y el desgraciado, habiéndola firmado, sintió que le faltaban las fuerzas, y se recostó penosamente.

—Aún hay más, hijo mío —repuso el Padre d'Aigrigny sacando un papel del bolsillo—; habéis de firmar este nuevo poder que otorgáis a nuestro reverendo padre procurador para concluir los consabidos asuntos.

—¡Oh cielos!, ¡cielos!, ¿aún más? —exclamó el señor Hardy con cierta impaciencia febril.

—Se trata solamente de que firméis, después de haber leído, hijo mío.

Y el Padre d'Aigrigny presentó al señor Hardy un papel sellado de marca mayor escrito en caracteres casi indescifrables.

—Padre, hoy no puedo leer esto.

—No obstante, es cosa precisa, hijo; disimulad esta indiscreción; pero estamos tan pobres, y...

—Firmaré, padre.

—Pero es preciso que leáis antes de firmar, hijo mío.

—¿Para qué? venga, venga —dijo el señor Hardy apurado en cierto modo por la obstinación del abate.

—Ya que así lo deseáis, querido hijo... —dijo éste presentándole el papel.

El señor Hardy puso su firma y volvió a su estupor.

Entonces entró un criado, que dijo al Padre d'Aigrigny:

—El señor Agrícola Baudoin quiere hablar con el señor Hardy; dice que lo ha citado.

—Bueno, que aguarde —respondió el Padre d'Aigrigny con enojo.

E hizo seña al criado para que se marchara, y ocultando cuánto le contrariaba aquella entrevista, dijo al señor Hardy:

—Ese honrado artesano tiene mucha gana de veros, hijo mío, porque ha anticipado dos horas la cita. Veamos, aún es tiempo, ¿deseáis que entre?

—Pero, padre —dijo el señor Hardy con una especie de dolorosa irritación—, ya veis el estado débil en que me hallo; compadeceos de mí. Os lo suplico, un poco de quietud, aun cuando no fuera sino la quietud del sepulcro.

—Algún día, hijo mío, gozaréis de la paz eterna de los escogidos —dijo el Padre d'Aigrigny con tono cariñoso.

Y al decir esto se marchó.

Cuando el señor Hardy se quedó solo, juntó las manos con desesperación y derramando lágrimas exclamó de rodillas:

—¡Oh!, ¡cielos!, ¡cielos! ¡Dios mío! sacadme de este mundo; soy desgraciado en extremo.

Luego, inclinando la frente sobre el asiento del sillón, se cubrió el rostro con las manos y siguió llorando amargamente.

Oyéronse luego voces a cada paso más ruidosas seguidas de una especie de pugna, y abriéndose violentamente la puerta del aposento al empuje del Padre d'Aigrigny, dio éste algunos pasos inseguros hacia atrás.

Agrícola le había empujado con brazo fuerte.

—¿Cómo os atrevéis a usar de la fuerza y violencia? —exclamó el Padre d'Aigrigny pálido de cólera.

—A todo me atreveré para ver al señor Hardy —dijo el herrero, y se adelantó

hacia su protector, que estaba de rodillas en medio del aposento.

CXLVIII

Agrícola Baudoin

El Padre d'Aigrigny, pudiendo apenas contener su enojo y rabia, echaba miradas furiosas no solamente a Agrícola, sino también a veces otras inquietas hacia la puerta, como si a cada paso recelara la entrada de otro personaje cuya llegada también temía.

Durante algunos segundos, los tres actores de esta escena permanecieron mudos. Agrícola no sospechaba aún la debilidad moral del señor Hardy, acostumbrado a hallar en aquel excelente sujeto tanta elevación de espíritu como bondad de alma.

El Padre d'Aigrigny fue el primero en romper el silencio:

—Ya comprendo, hijo mío, después de la voluntad espontánea que antes manifestasteis de no admitir al señor, comprendo, repito, que os moleste ahora su presencia. Así espero, que por atención, o a lo menos por reconocimiento, el señor (y con un ademán indicó al herrero) se marchará y pondrá término a una situación indecorosa y harto prolongada.

Sin contestar Agrícola al Padre d'Aigrigny le volvió la espalda, y dirigiéndose al señor Hardy, a quien contemplaba rato hacía con profunda conmoción, mientras sus ojos estaban preñados de lágrimas:

—¡Ah, señor! ¡Cuán grato es veros, aunque vuestro aspecto anuncie tantos padecimientos! ¡Cuánto se tranquiliza el corazón y se alborozaba! Muy dichosos serían mis compañeros si se hallasen en mi lugar. Si supierais lo que me dijeron para vos...

Dirigió el Padre d'Aigrigny una mirada al señor Hardy, en la que parecía decirle: «Esto ya os lo había yo anunciado». Y acercándose a Agrícola con gesto impaciente, le dijo:

—Ya os hice notar que vuestra presencia aquí no era del caso.

Agrícola no respondió.

—Por favor, padre mío —dijo el señor Hardy con suavidad—; disimulad a Agrícola, se deja arrastrar del cariño que me profesa; pero ya que se halla aquí y tiene cosas particulares que confiarme, permitidme, padre, que converse con él algunos momentos.

—¿Que os lo permita, hijo mío? —dijo el Padre d'Aigrigny con fingida sorpresa— ¿y por qué me solicitáis permiso? ¿No sois dueño de hacer lo que queráis? ¿No fuisteis vos el que poco ha, a pesar mío, que os pedía que me admitieseis al señor, os negasteis formalmente a esta entrevista?

—Verdad es, padre.

No pudiendo el Padre d'Aigrigny insistir más después de lo dicho, sin manifestar torpeza, y estrechando la mano del señor Hardy le dijo con gesto expresivo:

—Hasta luego, querido hijo y no olvidéis la conversación que tuvimos y lo que os

pronostiqué.

—Hasta luego, padre, no os inquietéis —le respondió con tristeza el señor Hardy.

Marchóse el abate, y Agrícola absorto se preguntaba si aquél a quien oía llamar al jesuita «padre» con tanta atención y humildad, era su antiguo protector. Luego, al paso que el herrero iba examinando con más atención las facciones del señor Hardy, notaba en su fisonomía exánime una expresión de abatimiento y laxitud que a la vez le espantaba y entristecía; así, le dijo encubriendo su dolorosa sorpresa:

—Al fin, señor, nos vais a ser restituido: vamos a veros pronto entre nosotros. ¡Cuántos hará felices vuestra vuelta! ¡Cuántas inquietudes desvanecerá! Porque si posible fuera, os amamos aún más desde que temimos perderos.

—Honrado y buen joven —dijo el señor Hardy con una sonrisa de melancólica bondad, alargando la mano a Agrícola—; ni un instante he dudado de ti ni de tus compañeros; su reconocimiento me recompensó siempre del bien que pude hacerles.

—Y del que aún les haréis, señor; porque...

El señor Hardy, interrumpiendo a Agrícola, le dijo:

—Escúchame, amigo mío; antes que prosigamos esta conversación debo hablarte francamente, para que así tú como tus compañeros no tengáis esperanzas que ya no pueden realizarse. Estoy decidido a vivir en adelante, si no enclaustrado, a lo menos en un retiro profundo; porque estoy cansado, sí, amigo mío, muy cansado.

—Pero nosotros no lo estamos de amaros, señor —exclamó el herrero, más y más aterrado de las palabras y abatimiento del señor Hardy—. Ahora nos toca a nosotros sacrificarnos en beneficio vuestro, ayudaros a fuerza de trabajo, de celo y desinterés para rehacer la fábrica.

El señor Hardy meneó tristemente la cabeza.

—Amigo mío, te lo repito, la vida activa se acabó para mí; mira, en poco tiempo he envejecido veinte años; no tengo fuerza, voluntad ni ánimo para volver a trabajar como antes. Ahora sólo tengo un deseo, el descanso. Sólo una esperanza, los consuelos y la paz que proporciona la religión.

—¡Cómo, señor! —dijo Agrícola sumamente atónito—. ¿Preferís vivir aquí, en este lúgubre aislamiento, a permanecer entre nosotros que tanto cariño os profesamos?

—Ya no hay dicha posible para mí en la tierra —dijo el señor Hardy con tono de amargura.

Hubo un momento de silencio y Agrícola prosiguió acaloradamente con voz sofocada:

—Os engañan, señor, y abusan criminalmente de vuestra situación.

—¿Qué es lo que decís, amigo mío?

—Digo, señor Hardy, que esos curas que os rodean tienen malvados proyectos... pero, ¡oh cielos!, ¿ignoráis dónde os halláis?

—Con los excelentes religiosos de la Compañía de Jesús.

—Sí, con vuestros más encarnizados enemigos.

—¡Mis enemigos! —y el señor Hardy se sonrió con dolorosa indiferencia—. Ya no tengo enemigos que temer.

—Quieren privaros de la parte que os toca en una inmensa herencia —exclamó el herrero—. Este plan está concebido con infernal astucia; las hijas del mariscal Simón, la señorita de Cardoville, vos, Gabriel, mi hermano adoptivo; en una palabra, todos cuantos pertenecen a vuestra familia, han estado a pique de ser víctimas de sus maquinaciones.

—Os equivocáis en lo tocante a estos religiosos, amigo mío; han tenido conmigo grandes cuidados; y por lo que mira a esa supuesta herencia —añadió el señor Hardy con sombría indiferencia—, ¿qué me importan ahora los bienes de este mundo?

—No, señor, no; imposible es que estéis tan mudado —dijo Agrícola no pudiendo determinarse a creer lo que oía—. ¡Vos, señor, vos creer en esas máximas desconsoladoras cuando nos hacíais admirar siempre y amar la inagotable bondad de un Dios paternal!

—Debo someterme a su voluntad ya que me ha sacado de entre vosotros, amigos míos, sin duda porque a pesar de mis buenas intenciones, no le servía cual quiere serlo.

—¿Y de qué mejor modo podíais servirle y honrarle? —exclamó el herrero más y más afligido—; ¡alentar y recompensar el trabajo y la honradez, hacer a los hombres mejores, asegurar su dicha, tratar a vuestros trabajadores como hermanos, desarrollar su inteligencia, aficionarlos a las bellezas de lo bueno, aumentar sus comodidades, propagar entre ellos con vuestro ejemplo sentimientos de igualdad, fraternidad y comunicación evangélica...!

—Amigo mío, ¿para qué recordar lo pasado? —replicó suavemente el señor Hardy—; si he obrado bien a los ojos del Señor, Él me lo tendrá en cuenta. Lejos de glorificarme, debí humillarme en el polvo, porque temo haber seguido una mala senda fuera de su iglesia; debo expiar mis faltas con lágrimas, aislamiento y mortificaciones, con la esperanza de que ese Dios vengador me las perdonará algún día.

Agrícola no supo qué responder; contemplaba al señor Hardy con muda extrañeza. Éste guardaba silencio en tanto que sus ojos recorrían las siniestras máximas de la «Imitación».

Agrícola sacó del bolsillo la carta de la señorita de Cardoville, misiva en la que fundaba su última esperanza y se la presentó al señor Hardy, diciéndole:

—Señor, una parienta vuestra a quien sin duda no conocéis más que de oídas, me encargó os entregase esta carta.

—¿Y qué significa esta carta, amigo mío?

—Os ruego, señor, que la leáis. La señorita de Cardoville espera vuestra respuesta; se trata de intereses muy graves.

—Ya no hay para mí más que uno que lo sea, amigo mío —dijo el señor Hardy alzando al cielo sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Señor Hardy —replicó el herrero, cada vez más conmovido—, leed esta carta. Sí, leed esta carta, y si después no mudáis de parecer, señor Hardy, entonces, ¿qué queréis? todo habrá acabado para nosotros, pobres trabajadores; habremos perdido para siempre nuestro bienhechor, al que nos trataba como hermanos. En fin, no importa; para nosotros, hijos del pueblo, vuestra memoria será sagrada siempre.

Hacia algunos momentos que hablaba Agrícola con voz alterada. No pudo continuar, pues su emoción llegó a su colmo, y a pesar de la varonil energía de su carácter, imposible le fue retener las lágrimas, y exclamó:

—Perdonad, perdonad si lloro; pero no es por mí solo: Mirad, el corazón se me parte al pensar en todas las lágrimas que van a derramar por largo tiempo tantos infelices que dirán: ya no veremos más al señor Hardy; nunca más.

La emoción y el acento de Agrícola eran tan sinceros, y su noble fisonomía bañada en lágrimas tenía una expresión de ternura tan interesante, que el señor Hardy, por la primera vez desde que se hallaba en casa de los Reverendos Padres, sintió, por decirlo así, su corazón algún tanto reanimado, pareciéndole que un rayo vivificador de sol penetraba al fin las frías tinieblas en medio de las cuales vegetaba hacía ya mucho tiempo. Alargó la mano a Agrícola y le dijo con voz alterada:

—¡Amigo mío, gracias! Esta nueva prueba de vuestro desinterés, esos sentimientos, todo esto me conmueve, pero con una emoción dulce; conozco que todo esto me sienta bien.

—¡Ay, señor! —exclamó el herrero con un acento que revelaba un resto de esperanza—: no os violentéis, escuchad la voz de vuestro corazón; ella os dirá que hagáis la felicidad de los que os aman, y para vos, ver a los demás dichosos, es serlo vos también. Tomad, leed esta carta de esa generosa señorita; ella acabará tal vez lo que yo he principiado; y si esto no basta, veremos. —Diciendo esto, Agrícola se detuvo echando una mirada de esperanza hacia la puerta y después añadió, presentando de nuevo la carta al señor Hardy—: La señorita de Cardoville me ha encargado que os confirme todo lo que dice la carta.

Cediendo el señor Hardy a las instancias de Agrícola, tomó aquella carta casi a pesar suyo, la abrió y la leyó. Poco a poco su fisonomía expresó alternativamente la ternura, el agradecimiento y la admiración. Muchas veces se interrumpió para decir a Agrícola con un tono expansivo de que él mismo parecía admirarse:

—¡Oh! bien, magnífico.

Terminada la lectura, dirigiéndose el señor Hardy al herrero, le dijo dando un suspiro melancólico:

—¡Qué corazón el de la señorita de Cardoville! ¡Cuánta bondad, cuánto talento, cuánta elevación de ideas!, ¡nunca olvidaré la nobleza de sentimientos que le dicta ofertas tan bondadosas para conmigo! ¡Ojalá sea dichosa en este mundo miserable!

—¡Ah! creedme, señor —replicó Agrícola con arrebató—. Un mundo que encierra criaturas como ésta y como otras muchas, que sin tener el inapreciable valor de esta buena señorita, son dignas del cariño y del respeto de las gentes honradas. Ese

mundo es el que os espera y el que os llama: vamos, señor Hardy, escuchad los consejos de la señorita de Cardoville.

—¿Volver a un mundo en que tanto he padecido? ¿Dejar este retiro tan tranquilo? —respondió el señor Hardy titubeando—; no, no podría, no debo hacerlo...

—¡Oh! no he contado conmigo sólo para decidiros —exclamó el herrero, cuyas esperanzas se acrecentaban—. Tengo allí un poderoso auxiliar (y señaló la puerta) a quien he reservado dar el golpe decisivo y que se presentará cuando deseéis.

—¿Qué queréis decir, amigo mío? —preguntó el señor Hardy.

—¡Oh! un hermoso pensamiento de la señorita de Cardoville: no tiene otros. Sabiendo en qué manos tan peligrosas habíais caído, y conociendo la pérfida astucia de las gentes que quieren secuestraros, me dijo: «Señor Agrícola, el carácter del señor Hardy es tan franco y tan bueno, que se dejará quizá engañar fácilmente, pues a los corazones rectos repugna siempre creer en la maldad. Además, podrá pensar que estáis interesado en verle aceptar los ofrecimientos que le hago; pero hay un hombre cuyo carácter sagrado deberá en tales circunstancias inspirar la mayor confianza al señor Hardy, pues ese sacerdote bondadoso es nuestro pariente y poco faltó para que fuese víctima de los implacables enemigos de nuestra familia».

—¿Y quién es ese sacerdote? —preguntó el señor Hardy.

—El abate Gabriel de Rennepont, mi hermano adoptivo —exclamó el herrero con orgullo—. Un excelente sacerdote. ¡Ah! señor. Si lo hubieseis conocido antes, en lugar de desesperar hubierais esperado. Vuestras penas no hubieran resistido a sus consuelos.

—Y ese sacerdote ¿dónde está? —preguntó el señor Hardy con tanta sorpresa como curiosidad.

—Allí, en la antesala. Cuando el Padre d'Aigrigny le vio conmigo se puso iracundo y nos despidió; pero mi animoso Gabriel le respondió que tenía que hablar con vos de graves intereses y que no saldría. Yo que tengo menos paciencia, di un empujón al abate d'Aigrigny, que quería cerrarme el paso, y eché a correr: tal era la prisa que tenía de veros. Ahora, señor, vais a recibir a Gabriel, ¿no es verdad? Nunca hubiera entrado sin vuestro consentimiento. Voy a buscarlo. Vos habláis de religión; la suya es la verdadera, pues hace bien, anima y consuela; ya veréis.

—Amigo mío. No, yo no sé... temo... —dijo el señor Hardy, cuyas dudas se aumentaron, pero sintiéndose reanimado a pesar suyo por las afectuosas palabras del herrero.

Aprovechándose éste de la perplejidad de su antiguo protector, corrió hacia la puerta, la abrió y exclamó:

—Gabriel, hermano mío, ven, ven; el señor Hardy desea verte.

—Amigo mío —replicó el señor Hardy sin decidirse todavía, pero pareciendo no obstante muy satisfecho de ver su asentimiento algo forzado—: amigo mío, ¿qué hacéis?

—Llamar a vuestro salvador y al nuestro —respondió Agrícola rebosando alegría

y seguro del buen resultado de la intervención de Gabriel con el señor Hardy.

El abate Gabriel, acudiendo al llamamiento de su hermano adoptivo, entró en el cuarto del señor Hardy.

CXLIX

El escondite

Ya dijimos que había ciertos escondrijos alrededor de los aposentos que ocupaban los pensionistas de los Reverendos Padres, con objeto de facilitar el espionaje continuo de que estaban rodeados los que la Compañía quería vigilar. Como el señor Hardy era uno de éstos, habían dispuesto junto a su habitación un cuarto misterioso en que cabrían dos personas; por un tubo de chimenea entraba el aire y la luz en este gabinete a donde iba a parar el orificio de otro tubo acústico tan bien dispuesto, que se oía indistintamente en aquel escondrijo todo cuanto se decía en el aposento inmediato, y además se veía todo lo que en él pasaba por unos agujeros redondos hábilmente situados.

El Padre d'Aigrigny y Rodin se hallaban entonces en el escondite. Después de la entrada brusca de Agrícola y la respuesta firme de Gabriel, quien manifestó su intención de hablar al señor Hardy, si éste le mandaba llamar, el Padre d'Aigrigny, no queriendo promover una disputa para conjurar las consecuencias de la entrevista del señor Hardy con el herrero y el joven sacerdote, que tan fatales podían ser a los proyectos de la Compañía, fue a consultar a Rodin.

Éste habitaba durante su afortunada y pronta convalecencia, la casa vecina destinada para los Reverendos Padres; comprendió lo grave de la situación, y aunque conocía que el Padre d'Aigrigny había seguido diestramente sus instrucciones relativas a los medios de impedir la entrevista de Agrícola con el señor Hardy, quiso sin embargo ver, oír y juzgar por sí mismo, y así fue a encerrarse en el escondrijo con el Padre d'Aigrigny, después de haber despachado un emisario al arzobispo de París, con el objeto que más adelante se verá.

Los dos Reverendos Padres llegaron a mitad de la conversación entre Agrícola y el señor Hardy. Tranquilizados al principio por la apatía en que el segundo se hallaba sumergido y de que no pudieron sacarle las cordiales excitaciones del herrero, vieron aumentar el peligro poco a poco, y llegar por fin a revestir carácter imponente, cuando el señor Hardy, movido por las instancias del artesano, consintió en hacerse cargo de la carta de la señorita de Cardoville, hasta el extremo que Agrícola llamó a Gabriel para dar el último golpe a las dudas de su protector.

Rodin no corría ya peligro, gracias a la energía indomable de su carácter, que le diera fuerzas para soportar la terrible operación del doctor Baleinier; sin embargo, estaba aún tan flaco que su vista espantaba.

En el momento en que presentamos al lector los dos jesuitas. Agrícola acababa de salir del aposento para llamar a Gabriel y presentarle a su protector.

El Padre d'Aigrigny, mirando a Rodin con una inquietud profunda al par que

colérica, le dijo en voz baja:

—A no ser por la carta de la señorita de Cardoville, las súplicas del herrero hubieran sido vanas. Esa maldita muchacha será siempre el obstáculo contra el cual se estrellarán nuestros proyectos. Es cosa de perder toda esperanza para el porvenir.

—No —dijo Rodin con alguna sequedad—, no sucederá tal si ejecutan prontamente mis órdenes en el palacio episcopal.

—¿Y si así fuera?

—Aún respondo de todo, pero es preciso que antes de media hora tenga los papeles de que se trata.

—Deben estar ya firmados hace dos o tres días, porque escribí en conformidad con vuestro mandato el día mismo de las moxas... y...

En vez de proseguir esta conversación en voz baja, Rodin acercó un ojo a uno de los agujeros que dejaban ver lo que pasaba en la habitación inmediata e hizo con la mano una seña al Padre d'Aigrigny para que callase.

Un sacerdote según Jesucristo

En aquel momento Rodin veía a Agrícola que entraba en el aposento del señor Hardy llevando de la mano a Gabriel. El aspecto de aquellos dos jóvenes, uno de continente tan varonil y franco y otro tan hermoso y angelical, contrastaba tanto con las fisonomías hipócritas de las personas que rodeaban al señor Hardy que éste, ya conmovido con las ardientes palabras del artesano, sintió que su corazón, tanto tiempo agobiado, se ensanchaba bajo un influjo benéfico.

Aunque Gabriel nunca viera al señor Hardy, se sorprendió al contemplar sus facciones descompuestas, conociendo en aquel rostro abatido por el sufrimiento el sello fatal de sumisión postradora, de inercia moral estampado para siempre en las víctimas de la Compañía de Jesús.

Rodin, pegado el ojo al agujero y el Padre d'Aigrigny en acecho, no perdieron palabra de la conversación siguiente:

—Aquí está mi digno hermano, señor —dijo Agrícola al señor Hardy presentándole a Gabriel—; aquí está el mejor de los sacerdotes. Oídle, y veréis cómo arrancará la máscara a esos hipócritas que os engañan con falsas demostraciones de religión; sí, los descubrirá, porque también fue víctima de esos miserables. ¿No es así, Gabriel?

El joven misionero hizo un ademán con la mano para moderar la exaltación del herrero, y dijo al señor Hardy con voz suave:

—Señor, si los consejos de uno de vuestros hermanos en Jesucristo pueden seros útiles en las críticas circunstancias en que os halláis, disponed de mí. Por otra parte, permitidme deciros que os profeso vivo afecto.

—¿A mí, señor abate? —dijo el señor Hardy.

—Ya sé, señor —repuso Gabriel—, las bondades que habéis dispensado a mi hermano adoptivo, también me es conocida vuestra admirable generosidad con vuestros trabajadores; todos ellos os quieren y veneran. Ojalá la idea de su gratitud y el convencimiento de haber sido grato a los ojos de Dios cuya eterna bondad se regocija de todo lo bueno, puedan recompensaros del bien que hicisteis y moveros al bien que aún haréis.

—Os doy gracias, señor abate —respondió el señor Hardy, a quien conmovía este lenguaje tan diferente del que usaba el Padre d'Aigrigny—; grato es al corazón en la tristeza que me domina, oír hablar de un modo tan consolador, y confieso —añadió el señor Hardy en ademán pensativo—, que lo grave y elevado de vuestro carácter dan gran fuerza a vuestras palabras.

—He aquí lo que temíamos —dijo el padre d'Aigrigny por lo bajo a Rodin, que

permanecía siempre acechando con mirada penetrante y oído atento—: ese Gabriel va a sacar al señor Hardy de su apatía y hacerle volver a la vida activa.

—No lo temo —respondió Rodin con acento seco y absoluto—: puede que el señor Hardy se olvide por un momento, pero si trata de andar, pronto verá que tiene las piernas rotas.

—Entonces, ¿qué teme vuestra reverencia?

—Lo que temo es la lentitud de nuestro reverendo padre del palacio episcopal.

—Pero ¿qué esperáis de...?

Fija otra vez la atención de Rodin, interrumpió con un ademán al padre d'Aigrigny y éste calló. Siguióse un silencio de algunos segundos al principio de conversación entre Gabriel y el señor Hardy, porque éste se había quedado por un momento entregado a las reflexiones que el lenguaje de Gabriel le sugería.

Durante este instante de silencio, Agrícola fijó maquinalmente la vista en algunas de las lúgubres máximas con que estaban cubiertas las paredes del cuarto del señor Hardy, y cogiendo de repente a Gabriel por el brazo, exclamó con ademán expresivo:

—¡Ah! hermano, lee esas máximas y todo lo comprenderás.

—Sois joven, amigo mío —repuso el señor Hardy meneando tristemente la cabeza—, habéis sido siempre feliz, no habéis sufrido desengaños: esas máximas pueden pareceros falsas pero, ¡ay!, demasiado verdaderas son para mí y para la mayor parte de los hombres: todo es nada, miseria y dolor en este mundo, porque el hombre nació para sufrir. ¿No es cierto, señor abate? —añadió dirigiéndose a Gabriel.

Éste fijó también la vista en las diferentes máximas que el herrero acababa de indicar, y no pudo menos de sonreírse amargamente al pensar en el cálculo odioso que dictara la elección de estas reflexiones; así es que respondió emocionado al señor Hardy:

—No, señor: no es cierto que todo lo de este mundo, sea nada, engaños, miserias y vanidad; no, el hombre no nació para sufrir; Dios, cuya suprema esencia es una bondad paternal, no se deleita en los dolores de sus criaturas, que crió para que se amasen y fuesen dichosas en este mundo.

—¡Oh!, ¿lo oís, señor Hardy, lo oís? —exclamó el herrero—: también él es sacerdote, pero un verdadero sacerdote, sublime.

—¡Ay de mí! Sin embargo, señor abate —dijo el señor Hardy—, esas máximas tan tristes se han sacado de un libro que se considera casi divino.

—De ese libro, señor —dijo Gabriel—, se puede abusar como de cualquiera otra obra humana. Ese libro se escribió para sujetar a unos pobres frailes en el aislamiento, la abnegación y la ciega obediencia de una vida ociosa y estéril, y predicando el despego de todo, el desprecio de sí mismo, la desconfianza de sus hermanos, y el más humillante servilismo y tenía por objeto persuadir a aquellos desgraciados religiosos, que los tormentos de esta vida que se les imponía —vida completamente opuesta a las miradas eternas de Dios, respecto a la humanidad—, serían gratos al Señor.

—¡Ah! Ese libro así explicado me parece más espantoso todavía —dijo el señor Hardy.

—¡Oh!, ¡blasfemia e impiedad! —continuó Gabriel no pudiendo contener la indignación—. ¡Atreverse a santificar la ociosidad, el aislamiento, la desconfianza de todos, cuando nada hay tan divino en el mundo como el santo trabajo, el santo amor de sus hermanos, y la santa comunión con ellos! ¡Oh!, ¡sacrilegio!, ¡atreverse a decir que un padre de una bondad infinita se regocija con el dolor de sus hijos!, cuando ¡oh cielos!, ¡sólo tiene sufrimientos cuando sus hijos los tienen, pues su único deseo es su felicidad! Él los ha dotado magníficamente de todos los tesoros de la creación, y en fin, los ha agregado a su inmortalidad por medio de la de sus almas.

—¡Oh!, ¡cuán hermosas y consoladoras son vuestras palabras! —exclamó el señor Hardy, más y más conmovido—; pero, ¡ay de mí!, ¿por qué existen tantos desgraciados sobre la tierra a pesar de la bondad providencial del Señor?

—Verdad es que hay en este mundo terribles infortunios —repuso Gabriel con enternecimiento y tristeza—; que hay muchos pobres privados de toda alegría, de toda esperanza, que tienen hambre y frío, que carecen de vestidos y de abrigo en medio de las inmensas riquezas que el Criador ha dispensado, no para la felicidad de unos pocos, sino para la de todos, porque quiso que la repartición se hiciese con toda justicia; pero algunos se han apoderado con astucia y a la fuerza de la herencia común, y esto causa a Dios aflicción ¡oh! sí; Él padece al ver que para satisfacer el cruel egoísmo de unos pocos, numerosas masas de criaturas se hallan sumidas en una suerte lamentable; así los tiranos de todas las épocas y todos los países, atreviéndose a tomar a Dios por cómplice, se han unido para proclamar en su nombre esta espantosa máxima: «El hombre nació para sufrir... sus humillaciones y sufrimientos son agradables a Dios».

—¡Ah!, ¡os comprendo, vuelvo a la vida! —exclamó de repente el señor Hardy como si saliera de un sueño y la luz hubiera brillado de pronto en su entendimiento obscurecido—. ¡Oh! sí, eso es lo que siempre he creído, eso es lo que creía antes de que los pesares hubiesen debilitado mis facultades.

—Sí, en eso creáis, noble y animoso corazón —dijo Gabriel—, y no pensabais entonces en que todo era miseria en este mundo, puesto que gracias a vuestros desvelos, vuestros trabajadores eran dichosos. No todo era engaño y vanidad, pues vuestro corazón gozaba diariamente en el agradecimiento de vuestros hermanos; no todo era llanto y tristeza, pues veíase continuamente rostros alegres en derredor vuestro. Esos hombres no estaban, pues, condenados a una desgracia irrevocable, pues los colmabais de dicha. ¡Ah! creedme; cuando se entra de lleno con el corazón, el amor y la fe en las verdaderas miras del Señor, del Dios redentor que dijo: «Amaos mutuamente», se siente y se conoce que el objeto de la humanidad es la felicidad general y que el hombre nació para ser dichoso. ¡Ah!, ¡hermano mío! —añadió Gabriel conmovido hasta el punto de derramar lágrimas e indicando las máximas escritas alrededor—: mucho daño os ha causado ese libro horrible, ese libro que se

han atrevido llamar Imitación de Jesucristo —añadió Gabriel con indignación—. ¡Imitación de la palabra de Cristo, un libro que sólo contiene pensamientos de venganza, de desprecio, de muerte y desesperación, cuando Jesucristo sólo tuvo palabras de paz, de conmiseración, de esperanza y de amor!

—¡Ah! Os creo —exclamó el señor Hardy enajenado—, os creo, necesito creerlos.

—¡Ah! hermano mío —prosiguió Gabriel, cada vez más conmovido—; creed en un Dios siempre bueno, misericordioso y amante; un Dios que bendice el trabajo, y que sufriría cruelmente por sus hijos, si en vez de emplear en beneficio general los dones que os prodigó, os aislaseis para siempre en una desesperación estéril. No, no, eso no es lo que Dios quiere. Alzaos, hermano —añadió Gabriel tomando afectuosamente la mano del señor Hardy, quien se levantó como si hubiese obedecido a un generoso magnetismo—; alzaos, hermano: un sinnúmero de trabajadores os bendicen y os llaman; dejad este sepulcro, y venid al aire libre, salid al sol en medio de pechos ardientes y simpáticos, trocad este aire sofocante por el ambiente saludable y vivificador de la libertad, huid de este sombrío retiro y venid al asilo en que se oyen los cantos de los trabajadores; venid a juntaros con ese pueblo de artesanos laboriosos, cuya providencia sois; levantado por sus robustos brazos, estrechado contra sus generosos corazones, rodeado de mujeres, de niños y de ancianos que llorarán de alegría al presenciar vuestro regreso, os hallaréis regenerado; comprenderéis que en vos reside la voluntad y el poder de Dios, ya que tanto podéis para la dicha de vuestros hermanos.

—Gabriel, la verdad habla por tu boca: a ti, después de Dios, deberán nuestros trabajadores la vuelta de su bienhechor —exclamó Agrícola arrojándose a los brazos de Gabriel y estrechándole enternecido contra su corazón—. ¡Ah! ahora nada temo. El señor Hardy nos será devuelto.

—Sí, tenéis razón, a ese generoso sacerdote, según Jesucristo, seré deudor de mi resurrección, porque aquí estaba sepultado en vida —dijo el señor Hardy que se había levantado y enderezado con firmeza, algo encendidas las mejillas y los ojos animados, cuando hasta entonces había parecido tan descolorido y postrado.

—Al fin sois nuestro —exclamó el herrero—, ya no tengo duda.

—Así lo espero, amigo mío —dijo el señor Hardy.

—¿Aceptáis, pues, los ofrecimientos de la señorita de Cardoville?

—Luego le escribiré sobre este asunto; pero antes —añadió con aire mesurado—, deseo hablar a solas con mi hermano —y ofreció con efusión la mano a Gabriel—. Me permitirá que le dé este nombre ya que es un generoso apóstol de la fraternidad.

—¡Ah! Estoy tranquilo, porque os dejo con él —dijo Agrícola—; y entretanto iré a casa de la señorita de Cardoville para anunciarle esta buena nueva. Pero ahora que me acuerdo, señor Hardy, ¿si salís hoy de esta casa, a dónde iréis a parar?

—Ya hablaré de todo eso con nuestro digno y excelente hermano —respondió el señor Hardy—; por ahora os pido que vayáis a dar las gracias a la señorita de Cardoville y decirla que esta noche tendré la honra de escribirla.

—¡Ah, señor! Bien haré en dominar mi alegría, si no me volvería loco —dijo el buen Agrícola embriagado de tanta dicha; y acercándose a Gabriel, lo estrechó otra vez contra su corazón diciéndole al oído—: Volveré dentro de una hora, pero no volveré solo: haré un levantamiento en masa... ya verás, no le digas nada al señor Hardy; tengo formado mi plan. —Y el herrero se marchó haciendo demostraciones de una gran alegría. Gabriel y el señor Hardy quedaron solos.

* * *

Ya saben nuestros lectores que Rodin y el Padre d'Aigrigny habían presenciado invisiblemente aquella escena.

—¿Qué le parece a vuestra reverencia? —dijo el Padre d'Aigrigny turbado a Rodin.

—Me parece que tardan mucho en volver del palacio episcopal, y que ese misionero herético va a echarlo todo a rodar.

CLI

La confesión

Cuando Agrícola salió del cuarto, el señor Hardy se acercó a Gabriel y le dijo:

—Hermano mío; vuestras palabras me han reanimado y recordado deberes que el exceso de mi pena me habían hecho olvidar. Ahora ¡quiera Dios que no me falten las fuerzas para la nueva prueba que voy a sufrir! porque ¡ay! aún no lo sabéis todo.

—¿Qué queréis decir? —añadió Gabriel con interés.

—Tengo una confesión muy penosa que haceros —replicó el señor Hardy después de un momento de silencio y de reflexión—. ¿Queréis escucharme en confesión?

—Os suplico que digáis «en confianza», hermano mío —respondió Gabriel.

—¿No podéis oírme como confesor?

—Siempre que puedo —replicó Gabriel—, evito la confesión... oficial, si así puede llamarse, porque en mi concepto tiene graves inconvenientes; pero me creo dichoso, ¡oh, muy dichoso! cuando inspiro esa confianza, gracias a la cual un amigo viene a desahogar su corazón con otro amigo y a decirle: «¡Consuélame, que sufro!, ¡aconséjame, que dudo!, ¡participa de mi alegría, que soy dichoso!». ¡Oh! ya lo veis. Esta confesión es para mí la más santa, y así es como Cristo la quería cuando dijo: «Confesaos recíprocamente». No obstante, como soy obediente a las leyes de la iglesia, en virtud de los votos que voluntariamente pronuncié —dijo el joven sacerdote sin poder contener un suspiro—, obedezco a las leyes de la iglesia, y si lo queréis, hermano mío, el confesor os escuchará.

—¿Obedecéis a leyes que no aprobáis? —dijo el señor Hardy admirado de aquella sumisión.

—Hermano mío, aunque la experiencia nos descubra ciertos arcanos —replicó tristemente Gabriel—, un voto hecho libremente, a sabiendas, es para el sacerdote un empeño sagrado, y un voto para el hombre de honor. En tanto que pertenezca a la Iglesia, obedeceré su disciplina, por pesada que a veces sea para nosotros.

—¿Para vos, hermano mío?

—Sí, para nosotros los sacerdotes que servimos en el campo o en las aldeas; para nosotros los humildes oscuros trabajadores de la viña del Señor; sí, la aristocracia que se ha introducido poco a poco en la iglesia, ejerce ordinariamente sobre nosotros un rigor casi feudal, pero tal es la divina esencia del cristianismo, que resiste a los abusos que tienden a desnaturalizarlo, y aun en la clase baja del bajo clero, puede servirse mejor que en otra parte la santa causa de los desheredados y predicar su emancipación con cierta independencia. Por esto, hermano mío, he permanecido en la Iglesia y me he sometido a su disciplina; y os digo esto, hermano mío —añadió

Gabriel con expansión—, porque vos y yo predicamos la misma causa; los obreros que habéis convidado a participar con vos del fruto de vuestros trabajos, no están ya desheredados. Así, pues, servís a Dios más eficazmente que yo con el bien que hacéis.

—Y continuaré sirviéndole, en tanto que tenga fuerzas para ello.

—¿Y por qué os han de faltar esas fuerzas?

—¡Si supierais todos los golpes que he recibido!

—No hay duda que el incendio que devoró vuestra fábrica, fue una deplorable calamidad.

—¡Ay, hermano mío! —dijo el señor Hardy interrumpiendo a Gabriel—, eso es insignificante. Mi valor no desmayaría en presencia de una desgracia que el dinero puede remediar. Pero, ¡ay!, ¡llegan pérdidas que nada repara, vacíos hay en el corazón que es imposible llenar! Y sin embargo, ahora mismo, cediendo al influjo de vuestras palabras, el porvenir tan sombrío para mí, se ha despejado.

—¿Y bien, hermano mío?

—¡Ay! nuevos temores me asaltan cuando pienso engolfarme otra vez en esa vida agitada, en ese mundo... donde tanto he sufrido.

—Pero esos temores ¿de qué nacen? —dijo Gabriel con el más vivo interés.

—Escuchadme, hermano mío —replicó el señor Hardy—, había concentrado toda la ternura que quedara en mi corazón en dos seres: un amigo a quien creía sincero y un afecto más tierno aún. El amigo me engañó de una manera atroz; la mujer, después de haberme sacrificado sus deberes, tuvo valor, y no puedo menos de honrarla por ello en lo sucesivo, tuvo valor para sacrificar nuestro amor al reposo de su madre, abandonando para siempre la Francia. ¡Ay! temo que sean incurables esos pesares. Lo confieso, mi debilidad es grande, y me aterra tanto más, cuanto que no tengo derecho para permanecer ocioso y aislado pudiendo hacer todavía alguna cosa en favor de la humanidad. Vos me habéis iluminado acerca de este deber, hermano mío; pero, os lo repito, el único temor a pesar de mi buena resolución, consiste en que siento que me flaquean las fuerzas cuando voy a entrar de nuevo en ese mundo, eternamente frío y desierto para mí.

—Pero esos honrados artesanos que os esperan, que os bendicen, ¿no poblarán ese mundo?

—Sí, hermano mío —dijo el señor Hardy con amargura—; pero en otro tiempo, a esa dulce satisfacción de hacer bien, se juntaban para mí dos afectos que llenaban toda mi vida. Había contado con la religión para llenarlo; pero, ¡ay!, para reemplazar lo que me causa tan amargos recuerdos, no han dado por pasto a mi alma desolada sino mi sola desesperación, más grato sería mi sacrificio a los ojos del Señor.

—Os han engañado, hermano mío, os lo aseguro; la felicidad, y no el dolor, es a los ojos de Dios el objeto de la humanidad.

—¡Oh! si hubiese oído antes esas palabras de esperanza —replicó el señor Hardy—, mis heridas estarían ya curadas, en vez de que ahora son incurables. —En

seguida, como si se avergonzase de esta recaída de abatimiento, añadió con voz lastimosa—: ¡Oh! perdonad, perdonad mi debilidad... ¡pero si supierais lo que es una pobre criatura que no vivía sino por el corazón y a quien todo ha faltado a la vez!

Había tanto dolor en la humildad de esta confesión, que Gabriel no pudo menos de derramar lágrimas de enternecimiento.

En estos accesos de postración casi valetudinarios, el joven misionero reconocía con terror los terribles efectos de los manejos de los Reverendos Padres, tan hábiles en envenenar y hacer mortales las heridas de las almas tiernas y delicadas.

Gabriel comprendió todo el peligro de la posición de este desgraciado, y reuniendo todas sus fuerzas para arrancarlo de su postración, exclamó:

—Tranquilizaos, hermano mío, vuestras heridas no son incurables. Apenas os halléis fuera de esta casa, creedme; se curarán rápidamente.

—¡Ay!, ¿cómo puedo esperararlo?

—Creedme, hermano mío; se curarán desde el momento en que vuestros pasados pesares, lejos de despertar en vos ideas de desesperación, se conviertan en pensamientos consoladores.

—¿Pensamientos consoladores? —exclamó el señor Hardy no pudiendo creer lo que oía.

—Sí —replicó Gabriel, sonriéndose con una bondad angelical—; porque hay grandes dulzuras y grandes consuelos en la piedad, en el perdón. Y si no decidme, hermano mío, ¿la vista de los que vendieron a Jesucristo, le causó jamás pensamientos de odio, de desesperación y de venganza? No, no; siempre halló en su corazón palabras llenas de mansedumbre y de perdón, sonriéndose en medio de sus lágrimas y orando después por sus enemigos. Pues bien, en vez de deplorar con tanta amargura la traición de ese amigo, compadecedle, hermano mío, orad con ternura por él, porque de los dos, el más desgraciado no sois vos. Decid; en vuestra generosa amistad, ¿qué tesoro no ha perdido ese infiel amigo? ¿Quién os dice que no está arrepentido y llora su traición? ¡Ay! Verdad es que si pensáis siempre en el mal que os ha causado su traición, vuestro corazón se entregará a un dolor incurable; pero si por el contrario, pensáis en el encanto del perdón, vuestro corazón se sentirá aliviado.

El señor Hardy permaneció un momento como desvanecido. Y palpitando su corazón con emociones tan encontradas, exclamó:

—¡Oh, hermano mío!, ¡qué poder tan santo y sobrenatural tienen vuestras palabras! Paréceme que la calma renace ya en mi alma al pensar, según decís, en el perdón, en la oración... en la oración llena de mansedumbre y de esperanza.

—¡Oh! ya veréis —replicó Gabriel con entusiasmo—, qué dulces alegrías os esperan: orar por lo que se ama, orar por lo que se ha amado, poner a Dios por nuestras oraciones en comunicación con lo que queremos... Y aquella mujer cuyo amor os era tan precioso, ¿por qué haceros así tan triste su recuerdo?, ¿por qué huir de él? ¡Ah! hermano mío, por el contrario, pensad en ella, pero para purificarla, para santificarla por medio de la oración. Además, si esa mujer ha sido culpable a los ojos

de Dios; ¡cuán dulce es pensar en ella!, ¡qué alegría tan inefable poder todos los días hablar de ella a Dios, a Dios, que siempre misericordioso oír vuestras oraciones, y la perdonará! Jesucristo ¿no intercedió con su padre por la pecadora Magdalena y por la mujer adúltera? No apartó de sí a aquellas infelices criaturas, no las maldijo, sino que las compadeció y oró por ellas... «porque habían amado mucho».

—¡Oh!; ya os comprendo —exclamó el señor Hardy—: la oración... es también amar; la oración es perdonar... en vez de maldecir; es esperar, en lugar de caer en la desesperación; la oración, en fin, son lágrimas que caen sobre el corazón como rocío benéfico, y no esas lágrimas que lo abrasan. Sí, y ahora gracias a vos, volveré a entrar en el camino de la vida sin temor y sin desconfianza. —Y con los ojos bañados en lágrimas, abrió los brazos a Gabriel exclamando—: ¡Ah!, ¡hermano mío! Me salváis otra vez.

Y aquellas dos criaturas tan buenas y tan valerosas, se arrojaron en los brazos una de otra.

* * *

En el momento en que Gabriel y el señor Hardy se abrazaron, Rodin retiró repentinamente su ojo de reptil del agujero por donde miraba.

La fisonomía del jesuita tenía una expresión diabólica de alegría y triunfo. El padre d'Aigrigny, a quien el desenlace de aquella escena había, por el contrario, consternado, no comprendiendo el aire alegre y satisfecho de su compañero, lo contemplaba con indecible admiración.

—«Gané la partida» —dijo Rodin con su voz breve e incisiva.

—¿Qué queréis decir? —replicó el Padre d'Aigrigny cada vez más asombrado.

—¿Hay aquí un coche de camino? —repuso Rodin sin contestar a la pregunta del reverendo.

Más admirado éste con tal pregunta, repitió maquinalmente:

—¿Un coche de camino?

—Sí... sí —dijo Rodin con impaciencia—; ¿hablo en hebreo? ¿Hay un coche de camino? Me parece que hablo claro.

—Seguramente... Ahí está el mío —dijo el reverendo padre.

—Entonces, envidad al momento por caballos de posta.

—¿Y para qué?

—Para llevar al señor Hardy.

—¡Llevar al señor Hardy! —repitió el padre d'Aigrigny, suponiendo que Rodin deliraba.

—Sí —prosiguió éste—. Esta noche lo llevaréis vos mismo a Saint-Heren.

—¿El señor Hardy... en aquella triste y profunda soledad?

Y el Padre d'Aigrigny creyó soñar.

—Él, el señor Hardy —contestó Rodin afirmativamente encogiéndose de

hombros.

—¿Llevar al señor Hardy... ahora... cuando ese Gabriel acaba de...?

—Antes de media hora me pedirá el señor Hardy de rodillas que le lleve fuera de París, al fin del mundo, a un desierto, si puedo.

—¿Y Gabriel?

—¿Y la carta que acaban de traerme hace un instante del palacio episcopal?

—¿Pero no decíais hace poco que era ya demasiado tarde?

—Entonces no tenía con qué ganar la partida... ahora sí —respondió Rodin con su sequedad acostumbrada.

Diciendo esto, los dos reverendos padres salieron precipitadamente de su misterioso escondite.

CLII

La visita

—¡Trabajo, oración y perdón! —decía el señor Hardy enajenado, después de haber estrechado a Gabriel entre sus brazos—. Con estas tres palabras me habéis vuelto a la vida y a la esperanza.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la puerta, entró un criado y entregó al joven sacerdote un gran pliego, y se marchó. Tomólo Gabriel algo sorprendido y le miró al pronto maquinalmente: después, observando en uno de sus ángulos un sello particular, lo abrió precipitadamente y sacó un papel doblado en forma de despacho ministerial, del cual pendía un sello de lacre encarnado.

—¡Oh! ¡Dios santo! —exclamó Gabriel involuntariamente y con voz muy conmovida, en cuanto lo hubo leído. Después, dirigiéndose al señor Hardy:

—Disimulad, señor...

—¿De qué se trata?, ¿os dan alguna mala noticia? —dijo el señor Hardy con sumo interés.

—Sí, malísima —replicó Gabriel con abatimiento. Luego repuso, como hablando consigo mismo:

—¡Y para esto sólo me habían hecho venir a París! Ni siquiera se han dignado escucharme y me condenan sin permitir que me justifique.

Hubo un momento de silencio: después, dando un suspiro de profunda resignación:

—No importa; debo obedecer, y obedeceré; mis votos me lo ordenan.

El señor Hardy, mirando al joven sacerdote con tanta sorpresa como inquietud, le dijo afectuosamente:

—Aunque hayáis adquirido poco ha mi amistad y reconocimiento, ¿puedo seros útil en algo? Os debo tanto, que me tendría por dichoso en poderos pagar una parte de mi deuda.

—Mucho habéis hecho por mí, hermano mío, al dejarme un buen recuerdo de este día; así me resignaré más fácilmente a un pesar cruel.

—¿Tenéis algún pesar? —dijo vivamente al abate el señor Hardy.

—No, más bien una penosa sorpresa —respondió Gabriel; y volviendo la cabeza enjugó una lágrima que corría por su mejilla—. Pero al dirigirme al Dios bueno, no me faltarán consuelos. Ya empiezo a tenerlos, pues os dejo en tan buen camino. Adiós pues, hermano mío, hasta luego.

—¿Os marcháis?

—Debo hacerlo. Primero quiero saber cómo llegó hasta aquí esta carta y luego obedecer inmediatamente la orden que recibo. El buen Agrícola vendrá a recibir

vuestros mandatos; por él sabré vuestra resolución y el sitio en que podré encontraros, y cuando queráis nos volveremos a ver.

El señor Hardy, obrando con discreción, no se atrevió a insistir para saber lo que producía el súbito pesar de Gabriel, y le respondió:

—Me preguntáis cuándo nos volveremos a ver: mañana, pues hoy mismo saldré de esta casa.

—Hasta mañana, querido hermano —dijo Gabriel estrechando la mano del señor Hardy.

Éste, por un movimiento involuntario, en el momento en que Gabriel retiraba su mano, se la apretó y la detuvo entre las suyas como si temiendo verle marchar hubiera querido detenerle. Sorprendióse el joven sacerdote y miró al señor Hardy, quien le dijo con dulce sonrisa soltando la mano que estrechaba:

—Perdonad, hermano, pero ya lo veis; después de lo que he sufrido aquí, me he vuelto medroso como un niño.

—Pues yo estoy tranquilo acerca de vos: os dejo con ideas consoladoras y esperanzas verdaderas que os ocuparán en vuestras soledades hasta que llegue mi buen Agrícola, que no puede tardar en volver. Adiós, hermano mío, hasta mañana.

—Adiós, hasta mañana, mi salvador, ¡ah! no dejéis de ir a verme, porque me será aún muy necesario vuestro benéfico apoyo.

—Hasta mañana pues —dijo Gabriel—, y entretanto, valor, esperanza y oración.

—Sí, valor, esperanza y oración —repitió el señor Hardy—; mucho fortifican esas tres palabras. —Y se quedó solo.

Después que salió del aposento el joven sacerdote, el pensionista de los Reverendos Padres creyó ver una sombra siniestra que yendo en aumento, sucedía al puro y dulce alborozo de la presencia de Gabriel. Esta especie de reacción era muy fácil de comprender, al cabo de un día de emociones profundas y diversas, sobre todo si se tiene presente el estado de abatimiento físico y moral que se había apoderado hacía tiempo del señor Hardy.

Habría pasado un cuarto de hora desde la salida de Gabriel, cuando el criado encargado de servir a los pensionistas entró en la habitación y le entregó una carta.

—¿De quién es esta carta? —preguntó el señor Hardy.

—De un pensionista de la casa, señor —respondió el criado cortésmente.

Este hombre tenía un aspecto beato; hablaba muy quedo y con la vista siempre baja; mientras el señor Hardy le daba la respuesta se cruzó de manos y empezó a hacer girar sus pulgares. El señor Hardy abrió la carta que acababan de darle y leyó lo siguiente:

Señor:

Hasta ahora, y por casualidad, no he sabido que me hallo con vos en esta respetable casa. Una larga enfermedad que he padecido, el profundo retiro en que vivo, podrán explicaros el que yo ignorase vuestra vecindad. Aunque sólo nos encontramos una vez, la circunstancia que me proporcionó la honra de veros, fue tan grave, que no puedo creer que la hayáis olvidado...

El señor Hardy hizo un movimiento de sorpresa, fijó la memoria en lo pasado, y no recordando suceso alguno que tuviese relación con lo que le decían en la carta, prosiguió la lectura.

Esta circunstancia ha despertado además en mí tan profunda y respetuosa simpatía hacia vos, que no puedo resistir al vivo deseo de ofreceros mis servicios, sobre todo al saber que os vais hoy de esta casa, como acaba de decírmelo el excelente y digno abate Gabriel, uno de los hombres a quien más amo, y venero en este mundo.

¿Puedo contar, caballero, con que en el momento de abandonar nuestro común retiro para volver al mundo, os dignaréis acoger favorablemente esta súplica, acaso indiscreta, de un pobre anciano consagrado para siempre a una profunda soledad, y que no puede esperar volveros a ver en medio del torbellino de la sociedad de que huyó para siempre?

Entretanto me concederéis la honra de contestarme, recibid la seguridad de sentimientos del profundo aprecio del que tiene a honor de ser Señor.

Con la más alta consideración, vuestro humildísimo y buen servidor,

Rodin.

Después de la lectura de esta carta y del nombre del que la firmaba, el señor Hardy repasó otra vez los sucesos de su vida, y aunque buscó por mucho tiempo, no pudo acordarse del nombre de Rodin ni de la grave circunstancia a que éste aludía. Después de algunos momentos de silencio le dijo al criado:

—¿Os entregó esta carta el señor Rodin?

—Sí, señor.

—¿Y quién es este sujeto?

—Un buen anciano que acaba de salir de una larga enfermedad que estuvo a punto de serle fatal. Hace algunos días que se halla convaleciente, pero está siempre tan abatido y tan débil, que da pena verle; lástima es, porque no hay en toda la casa hombre más bondadoso.

—¡El señor Rodin! —dijo el señor Hardy pensativo—, ¡cosa extraña! no me acuerdo de este nombre.

—Si queréis darme la respuesta —replicó el criado—, se la llevaré al señor Rodin; está en el aposento del Padre d'Aigrigny, a quien ha ido a despedir.

—¿A despedirse?

—Sí, señor, acaban de llegar los caballos.

—¿Para quién? —preguntó el señor Hardy con impaciencia.

—Señor, para el Padre d'Aigrigny.

—Según eso ¿va de viaje? —dijo el señor Hardy sorprendido.

—¡Oh! sin duda: no estará mucho tiempo ausente —respondió el criado con aire confidencial—, porque el abate vendrá a despedirse de vos. Pero ¿qué he de decir al señor Rodin?

—Decid al señor Rodin que si quiere tomarse la molestia de pasar por aquí, le aguardaré.

—Voy a avisarle al instante, señor —dijo el criado haciendo una reverencia.

Luego que el señor Hardy se quedó solo, al paso que se preguntaba quién podía

ser aquel sujeto, se ocupó en hacer algunos preparativos de marcha; no hubiera querido por todo lo del mundo pasar la noche en aquella casa, y a fin de sostener su valor, se acordaba a cada instante del evangélico lenguaje de Gabriel, del mismo modo que los creyentes recitan algunas letanías para no sucumbir a la tentación.

No tardó en volver el criado y dijo al señor Hardy:

—Ahí fuera está el señor Rodin.

—Decidle que entre.

Entró Rodin vestido con su bata negra llevando en la mano su gorro de seda. El criado desapareció.

El señor Hardy se levantó para salir al encuentro de Rodin, cuyas facciones no podía aún distinguir bien, pero cuando el abate se acercó al punto que iluminaba más la luz de la puerta vidriera, el señor Hardy, habiéndole contemplado un instante, no pudo contener un ligero grito que le arrancó la sorpresa y un recuerdo cruel.

Pasado este primer movimiento de asombro y dolor y volviendo en sí el señor Hardy, dijo a Rodin con voz alterada:

—¡Vos aquí, señor!, ¡ah!, razón tenéis; muy grave era la circunstancia en que os vi por primera vez.

—¡Ah!, ¡señor! —dijo Rodin con acento hipócrita y satisfecho—, ya estaba yo seguro de que no me habíais olvidado.

CLIII

La súplica

El lector recordará que Rodin, aunque entonces no conocía al señor Hardy, fue a buscarlo a la fábrica para descubrir la vil traición del señor Bressac, golpe terrible que sólo precedió algunos momentos a otra desgracia aún más espantosa, porque el señor Hardy había sabido en presencia de Rodin la marcha inesperada de la mujer que adoraba. Por las escenas ya referidas, se comprenderá cuán cruel debía serle la presencia de Rodin; sin embargo, se fue tranquilizando poco a poco, gracias al saludable influjo de los consejos de Gabriel. A la contracción de sus facciones sucedió una triste seriedad y dijo a Rodin:

—En efecto, no esperaba encontraros en esta casa.

—¡Ay! ¡Dios mío! —respondió Rodin lanzando un suspiro—; tampoco creía yo venir a acabar en ella mi triste vida, cuando fui sin conoceros, pero con el objeto de servir a un hombre honrado...

—Es cierto que entonces me hicisteis un verdadero servicio, y acaso en aquel doloroso momento no os manifesté debidamente mi agradecimiento, porque en el mismo instante en que acababais de revelarme la traición del señor de Bressac...

—Tuvisteis otra noticia para vos muy dolorosa —dijo Rodin interrumpiendo al señor Hardy—: nunca olvidaré la llegada de aquella pobre señora, pálida y sobrecogida, que vino a comunicaros que una persona cuyo cariño os era muy grato acababa de salir de París.

—Sí, señor, y sin pensar en daros gracias marché precipitadamente —respondió el señor Hardy con melancolía.

—¿Sabéis, señor —dijo Rodin después de un momento de silencio—, que hay a veces coincidencias raras?

—¿Qué queréis decir?

—Mientras que yo os advertía que os engañaban de un modo tan vil, yo mismo... yo...

Interrumpióse Rodin cual si le dominase una viva emoción, y su semblante expresó tan acerbo dolor, que el señor Hardy le preguntó con interés:

—¿Qué tenéis, señor?

—Disimuladme —repuso Rodin, sonriéndose amargamente—, gracias a los religiosos consejos del angelical abate Gabriel, he logrado comprender la resignación; sin embargo, a veces siento un agudísimo dolor al recordar ciertos sucesos. Os decía, pues —continuó Rodin con voz firme—, que al día siguiente de aquél en que fui a deciros «os engañan», yo mismo era víctima de un horrible engaño. Un hijo adoptivo, un niño abandonado a quien yo había recogido... —e interrumpiéndose otra vez, pasó

su trémula mano por los ojos, diciendo—: perdonad, señor, que os hable de penas que os son indiferentes... escuchad el indiscreto dolor de un pobre anciano muy abatido.

—He padecido mucho para que sea indiferente a pena alguna —respondió el señor Hardy—; además, no sois un extraño para mí; me hicisteis un verdadero servicio, y ambos profesamos veneración común a un joven sacerdote.

—¡El abate Gabriel! —exclamó Rodin, interrumpiendo al señor Hardy—. ¡Ay! señor, él es mi salvador y mi bienhechor. ¡Sí supierais los cuidados que me ha dispensado, los sacrificios que hizo por mí durante mi larga enfermedad, causada por una pena acerba!

—¡Ay! porque es un sacerdote según Jesucristo, un sacerdote que es todo amor y perdón —exclamó el señor Hardy.

—Tan cierto es lo que decís —prosiguió Rodin—, que llegué aquí loco de pesar: pensando unas veces en el desgraciado que había pagado mis bondades paternas con la más enorme ingratitud, me entregaba a todos los arrebatos de la desesperación; otras veces caía en un sombrío abatimiento, helado como la tumba... pero de repente se me aparece el abate Gabriel; se disipan las tinieblas y la luz brilla para mí.

—En verdad, hay coincidencias extrañas —dijo el señor Hardy—. Y hablándoos francamente —añadió—, ahora me doy el parabién de haberos visto antes de salir de esta casa. Desde que os escucho, me siento más animoso para seguir la noble senda que me abrió el angelical sacerdote, como vos le llamáis con tanta propiedad.

—El pobre anciano no tendrá, pues, que llorar el haber escuchado el primer impulso de su corazón, que lo arrastraba hacia vos —dijo Rodin con tono sensible—. Así, pues, ¿me guardaréis un recuerdo en ese mundo a que vais a volver?

—No lo dudéis, señor; pero permitidme que os haga una pregunta: Me han dicho que os quedabais en esta casa.

—¿Qué queréis que haga? Se disfruta en ella de una tranquilidad tan profunda y hay tan pocos motivos para distraerle a uno de sus oraciones... ¡Oh!, ¡la oración! no hay cosa igual a la oración. El abate Gabriel me ha revelado todo su poder, toda su dulzura, pero también me ha enseñado los imponentes deberes que la acompañan.

—En efecto, esos deberes son grandes y sagrados.

—¿Sabéis la historia de Rancey? —dijo de pronto Rodin, dirigiendo al señor Hardy una mirada extraña.

—¿El fundador de la Trapa? —exclamó el señor Hardy, sorprendido de la pregunta de Rodin—. Hace mucho tiempo que oí hablar vagamente de los motivos de su conversión.

—Pues habéis de saber que no hay ejemplo tan sorprendente de la omnipotencia de la oración. En pocas palabras os referiré esa historia trágica e instructiva. El señor de Rancey... pero disimuladme, temo ocupar vuestros momentos.

—No, no —replicó el señor Hardy con viveza—; al contrario, no os podéis imaginar cuánto me interesa lo que vais a decirme. Así, os ruego que habléis.

—Con mucho gusto, pues deseara que los beneficios que he sacado de la

conversión de Rancey, merced a nuestro angelical abate, os fuesen tan provechosos como a mí.

—También debéis al abate Gabriel...

—Sí, él ha sido el que me citó esta especie de parábola en apoyo de sus exhortaciones —respondió Rodin.

—Entonces os escucho con doble interés.

—El señor de Rancey era un hombre mundano —prosiguió Rodin, observando con atención al señor Hardy—, un militar joven, ardiente y bien parecido; amaba a una joven de alta alcurnia. Ignoro qué motivos se opusieron a su enlace, pero este amor, aunque oculto, era feliz: el señor de Rancey se introducía todas las noches por una escalerilla secreta en el aposento de su querida. El misterio y aun el sacrificio que hacía la desgraciada joven olvidando todos sus deberes, parecían prestar mayor atractivo a su culpable pasión. Envueltos en la oscuridad y el silencio del secreto, los dos amantes pasaron dos años en un delirio del alma y una embriaguez de deleites que rayaban en éxtasis.

Al oír estas palabras, el señor Hardy se estremeció, latió su corazón a pesar suyo de un modo violento, acordándose que poco ha conociera la ardiente embriaguez de un amor culpable y misterioso.

Rodin conoció la impresión que le causaba, y prosiguió así:

—Sin embargo, al pensar a veces en los peligros a que estaba expuesta su amada si sus relaciones llegaban a descubrirse, el señor de Rancey quería romper tan dulce intimidad; pero la doncella, embriagada de amor, se arrojaba al cuello de su amante, y con lenguaje apasionado le amenazaba descubrirlo todo y arrostrar las consecuencias si aún pensaba abandonarla. Cedía otra vez Rancey, demasiado enamorado para resistir a los ruegos de su amada, y ambos, entregándose al torrente de delicias que los arrastraba, olvidaban al mundo y aun a Dios mismo.

El señor Hardy escuchaba a Rodin con avidez febril y devoradora. Recalcando el jesuita de intento el cuadro casi sensual de un amor ardiente y oculto, se despertaban en su alma recuerdos abrasadores hasta entonces ahogados con el llanto.

Viendo Rodin que conseguía su objeto, prosiguió:

—Llegó un día fatal en que el señor Rancey, obligado a marchar a la guerra, se separa de la doncella; pero al cabo de una corta campaña vuelve más enamorado que nunca. Escríbele secretamente que llegaría casi al mismo tiempo que su carta; llega en efecto de noche, sube según costumbre por la escalera secreta que conducía al aposento de su adorada, entra con el corazón palpitante y... su amada había muerto aquella mañana.

—¡Ah! —exclamó el señor Hardy cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Había muerto —añadió Rodin—. Ardían dos hachas junto al fúnebre lecho; el señor de Rancey no cree ni quiere convencerse de que está muerta; se arrodilla junto a la cabecera, y en su delirio coge aquella cabeza tan hermosa, tan querida y adorada, para cubrirla de besos... aquella cabeza se desprende del cuello y se le queda entre

las manos. Después de su muerte, los médicos, para descubrir la causa de aquel mal desconocido, habían despedazado aquel hermoso cuerpo.

El señor Hardy, víctima de las violentas emociones que le causaba aquella narración, miscelánea extraña de pensamientos de muerte, deleite, amor y disgustos, estaba aterrado, pendiente de las palabras de Rodin, con una mezcla inexplicable de curiosidad y espanto.

—¿Y qué fue del señor de Rancey? —dijo al fin con voz sofocada, enjugándose la frente cubierta de frío sudor.

—Al cabo de dos días de insensato delirio —añadió Rodin—, renunció al mundo y se encerró en una soledad impenetrable. Los primeros días de su encierro fueron espantosos: en su desesperación daba gritos de rabia que se oían a lo lejos, y dos veces intentó quitarse la vida para librarse de las terribles visiones que le atormentaban.

—¿Tenía visiones? —preguntó el señor Hardy con redoblada curiosidad llena de angustia.

—Sí —respondió Rodin con voz grave—, tenía visiones espantosas... veía a aquella joven muerta por causa suya, en estado de pecado mortal; veíala sumergida en medio del fuego eterno. En su hermoso rostro, que los tormentos infernales habían desfigurado, se traslucía la risa desesperada de los condenados. Vertía lágrimas de sangre, y con voz agonizante y vengadora gritaba a su seductor: «¡Tú que me has perdido, maldito seas, maldito... maldito!».

Al pronunciar estas tres últimas palabras, Rodin dio tres pasos hacia el señor Hardy acompañando cada una de ellas con un gesto amenazador.

Si el lector considera que el jesuita acababa de agitar en el fondo del alma de aquel desgraciado toda la levadura sensual y espiritual de un amor entibiado con el llanto, aunque no apagado, si medita en fin que el señor Hardy se reconvenía también de haber seducido a una mujer a quien el olvido de sus deberes podría condenar al fuego eterno, fácil le será comprender el efecto aterrador de aquella fantasmagoría evocada en aquella silenciosa soledad, al anochecer, por aquel cura de aspecto siniestro.

Con astucia diabólica, no hacía más que desarrollar en cierto modo, aunque bajo un punto de vista muy diferente, las ideas de Gabriel.

El señor Hardy, con las manos juntas, las pupilas fijas y dilatadas por el espanto, temblando de pies a cabeza, parecía escuchar todavía a Rodin; y aunque éste hubiese dejado de hablar, repetir maquinalmente: «¡Maldito seas... maldito, maldito!».

Luego exclamó de repente con una especie de demencia:

—También yo seré maldito; esa mujer a quien hice olvidar deberes sagrados a los ojos de los hombres, a quien hice mortalmente culpable a los ojos de Dios, me gritará desde el fondo del abismo... «¡Maldito seas... maldito, maldito!».

Algún día —añadió acrecentándose su terror—, algún día, y quién sabe quizá a esta hora misma me maldice, porque si ese viaje al través del Océano le fuera fatal, si un naufragio...

¡oh! ¡Dios mío!, ¡también ella!... ¡muerta!... ¡muerta en pecado mortal!, ¡condenada para siempre!, ¡oh!, ¡piedad para ella! ¡Dios santo! ¡Caiga sobre mí solo vuestra cólera, pero piedad para ella, sólo yo soy culpable!...

Y el desgraciado, casi delirante, cayó de rodillas con las manos juntas.

—Señor —exclamó Rodin con voz enternecida, apresurándose a levantarlo—; querido amigo, sosegaos... sentiría mucho desesperaros... ¡ay!, ¡mi intención es muy diferente!

—¡Maldito!... ¡maldito!... también me maldecirá esa mujer a quien tanto amé...

—Pero, amigo mío, os ruego que me escuchéis —prosiguió éste—; dejadme que concluya esta parábola y entonces la hallaréis tan consoladora como ahora os parece espantosa. En el nombre del cielo, acordaos de las adorables palabras de nuestro buen abate Gabriel acerca de las dulzuras de la oración.

Volvió en sí el señor Hardy al grato nombre de Gabriel y exclamó anegado en llanto:

—¡Ah! sus palabras eran dulces y benéficas... ¡oh! por piedad, ¡repetidme aquellas santas palabras!

—Nuestro angelical abate Gabriel —continuó Rodin—, habla de las dulzuras de la oración.

—¡Oh! sí... la oración...

—Pues, amigo mío, escuchadme, y veréis que la oración salvó al señor de Rancey y le hizo un santo. Sí, la oración conjuró aquellas visiones amenazadoras trocándolas en delicias celestes.

—Yo os lo ruego —dijo el señor Hardy con voz muy débil—; habladme de Gabriel y del cielo...

—El señor de Rancey gozó las delicias de la gloria después de haber sufrido tormentos infernales, y esto lo debió a la oración como os decía el abate Gabriel.

—¡Las delicias de la gloria! —repitió el señor Hardy, escuchando con avidez.

—Un día, en el momento que era más acerbo su dolor, un sacerdote, otro abate Gabriel, logra tener una entrevista con el señor de Rancey. ¡Oh providencia! En pocos días inicia aquel desgraciado en los santos misterios de la oración, esa piadosa intercesión de la criatura con el Criador en favor de un alma expuesta a la cólera celeste. Entonces el señor de Rancey parece transformado; mitíganse sus pesares; ora y cuanto más lo hace, más se aumentan su fervor y su esperanza. Conoce que Dios le escucha, y en vez de olvidar a aquella mujer tan querida, pasa horas enteras pensando en ella y rezando por su salvación.

El señor Hardy experimentó una sensación abrasadora y luego helada: por la primera vez hirió su espíritu debilitado la idea de los funestos deleites del ascetismo, del éxtasis y de esa deplorable catalepsia a veces erótica de Santa Teresa y Santo Domingo de la Calzada.

Penetrando Rodin la idea del señor Hardy, prosiguió de este modo:

—¡Oh! no se hubiera satisfecho el señor de Rancey con una oración vaga,

distraída y hecha doquiera en medio de las agitaciones mundanas que la absorben e impiden que llegue a oídos del Señor. No, no; busca en lo más recóndito de su soledad hacer su oración más eficaz; tan vivamente desea la salvación eterna de su amada aun después del sepulcro.

—¿Qué más hace en su soledad? —exclamó el señor Hardy, entregado ya sin defensa a los ataques del jesuita.

—En primer lugar —dijo éste recalcando sus palabras—, se hace religioso.

—¡Religioso! —replicó el señor Hardy en ademán pensativo.

—Sí —añadió Rodin—; profesa, porque de este modo sus oraciones serán más favorablemente acogidas en el cielo.

—¡Oh!, ¡qué sueño seductor! —exclamó el señor Hardy, cada vez más dominado por el encanto— ¡convertirse en espíritu, en aroma, en luz, para orar con más eficacia por una mujer adorada!...

—Sí, espíritu, aroma y luz —dijo Rodin, dando la mayor expresión a estas palabras—; pero no es un sueño... ¡cuántos religiosos, cuántos monjes solitarios llegaron como Rancey a un éxtasis divino a fuerza de oraciones, austeridades y maceraciones! ¡Y si conocierais los celestes deleites de estos éxtasis! Entonces; el abatimiento de la materia sucedía el vuelo del espíritu; un bienestar inexplicable se apoderaba de sus sentidos; divinas armonías llegaban a sus oídos; una luz deslumbrante al par que suave, que no es de este mundo, penetraba sus párpados cerrados, y después, al sonido armonioso de las arpas de oro de los serafines, en medio de una aureola de luz, al par de la que palidece el sol, el religioso veía aparecer aquella mujer tan querida...

—¿Aquella mujer, que por medio de sus oraciones, consiguiera al fin sustraer al fuego eterno? —dijo el señor Hardy con voz alterada.

—Sí, aquella misma —repuso Rodin con una elocuencia arrebatadora, porque aquel monstruo poseía todos los lenguajes—. Y entonces, mediante las oraciones de su amante, que el Señor había escuchado, aquella mujer ya no lloraba sangre ni retorció sus hermosos brazos en convulsiones infernales. No, no, siempre hermosa ¡oh, aun mil veces más hermosa de lo que fuera en la tierra, hermosa con la belleza eterna de los ángeles! sonreía a su amante con un ardor inefable.

—¡Oh! ¡Toda una vida de oraciones, ayunos y tormentos por disfrutar un momento semejante con la mujer que lloro, y cuya condenación acaso fue culpa mía!

—¿Qué decís un momento semejante? —exclamó Rodin, cuyo cráneo amarillento estaba bañado en sudor, como el de un magnetizador, y cogiendo la mano del señor Hardy para hablarle más de cerca, cual si hubiera querido comunicarle el ardiente delirio en que trataba de sumergirlo—. No fue una sola vez en su vida religiosa, sino casi todos los días cuando el Sr. de Rancey, entregado al éxtasis de un ascetismo divino, saboreaba aquellos deleites profundos, inefables, inauditos y sobrehumanos.

Viendo sin duda al señor Hardy en el estado en que deseaba, y además, viendo ya la noche cerrada, el abate empezó a toser de un modo significativo mirando hacia la

puerta. Entonces el señor Hardy, en el colmo de su delirio, exclamó con voz suplicante:

—¡Una celda!... ¡una tumba!... y el éxtasis con ella.

Abrióse la puerta y entró el Padre d'Aigrigny llevando una capa en el brazo. Seguía un criado con una luz.

* * *

Diez minutos después de esta escena, una docena de hombres fuertes con rostro franco y sereno y dirigidos por Agrícola, entraron en la calle de Vaugirard y se encaminaron alegremente hacia la puerta de la casa de los Reverendos Padres. Era una diputación de los antiguos trabajadores del señor Hardy, que venía a buscarle y darle gracias por su próxima vuelta entre ellos.

Agrícola marchaba a su frente. De pronto vio a lo lejos una silla de posta que salía de la casa, y que los caballos, hostigados, por el postillón, llegaban a trote largo. Ya fuese casualidad o instinto, cuanto más se acercaba el carruaje al grupo en que estaba Agrícola, tanto más se comprimía el corazón de éste, llegando a ser tan fuerte esta impresión, que pronto se trocó en una previsión terrible; y en el momento en que la silla de posta, cuyas persianas estaban levantadas, iba a pasar por delante de él, obedeciendo el herrero a un presentimiento irresistible, exclamó lanzándose a contener los caballos:

—¡Auxilio, amigos míos!

—¡Postillón, cuenta con diez luses! Pon los caballos al galope y aplástalo con las ruedas —gritó dentro del carruaje la voz del Padre d'Aigrigny.

Era el tiempo en que el cólera hacía más estragos; el postillón había oído hablar de las matanzas de los envenenadores; asustado con la brusca agresión de Agrícola, le descargó en la cabeza un golpe tan terrible con el mango del látigo, que aturdió al herrero derribándole al suelo; luego espoleando el caballo con toda su fuerza, emprendió al galope tendido y la silla desapareció rápidamente, mientras que los compañeros de Agrícola, que no habían comprendido ni su acción ni el significado de sus palabras, rodeaban al herrero procurando volverle en sí.

CLIV

Los recuerdos

Ocurrieron otros sucesos algunos días después de la fatal noche en que el señor Hardy, fascinado y casi demente con la deplorable exaltación mística que Rodin lograra inspirarle, había suplicado encarecidamente al Padre d'Aigrigny que le llevara lejos de París, a una soledad profunda, para entregarse en ella a una vida de oraciones y austeridades.

Desde su llegada a París, el general Simón habitaba con sus dos hijas una casa en la calle de los Tres Hermanos.

Antes de introducir al lector en esta modesta morada, tenemos que recordar sucintamente algunos hechos, por si no los recordasen nuestros lectores.

El día en que incendiaron la fábrica del señor Hardy, el mariscal Simón había ido a consultar a su padre sobre una cuestión de la mayor importancia y a confiarle los recelos que le causaba la tristeza progresiva de sus hijas, sin poder penetrar la causa.

Ya se tendrá presente que el mariscal Simón profesaba a la memoria del emperador un culto religioso; su reconocimiento hacia su héroe no tenía límites.

Durante la Restauración se puso al frente de una conspiración militar intentada en nombre de Napoleón II, y trató, aunque inútilmente, de atraerse un regimiento de caballería mandado a la sazón por el marqués d'Aigrigny; descubierto y delatado, después de haber tenido un desafío encarnizado con el futuro jesuita, había logrado refugiarse en Polonia y librarse así de una sentencia de muerte.

A su regreso a París después de un largo destierro, sintió profunda tristeza al saber la muerte de su esposa a quien adoraba, y que había esperado hallar en París; su desengaño fue doloroso, aunque la ternura de sus hijas le procurase grato consuelo.

De allí a poco tiempo las maquinaciones de Rodin sembraron su vida de inquietudes y disgustos.

Por los secretos manejos del abate en la corte de Roma y en Viena, un emisario suyo, fue a visitar al mariscal Simón y le dijo:

—El hijo del emperador se está muriendo víctima del temor que el nombre de Napoleón inspira todavía a la Europa. Vos, mariscal Simón, que sois uno de los más fieles amigos del emperador, quizá podréis salvar a ese desgraciado príncipe. La empresa es temeraria, pero tiene probabilidades de buen éxito, que vos, mariscal, podéis asegurar mejor que otro alguno, porque vuestra adhesión al emperador es notoria y se sabe con qué singular audacia conspirasteis en 1815 en nombre de Napoleón II.

El estado de languidez y decaimiento del rey de Roma era entonces públicamente conocido en Francia; y las almas más frías se conmovían entonces y se enternecían al

escuchar la relación de su fatal destino.

Si el lector recuerda el carácter heroico del mariscal Simón y su culto apasionado por el emperador, comprenderá que el padre de Rosa y Blanca debía interesarse más ardientemente que otro alguno en la suerte del joven príncipe.

En cuanto a la realidad de la correspondencia que exhibía el emisario de Rodin, el mariscal la había sometido indirectamente a una prueba contradictoria, hecha con tanta prudencia como maña para que nada se trasluciera, que el mariscal podía escuchar ciegamente las proposiciones que se le hacían.

Desde entonces el padre de Rosa y Blanca vivió en continua agitación, porque debía abandonar otra vez a sus hijas para acometer una empresa tan atrevida y expuesta.

Para poner término a esta penosa incertidumbre, el mariscal, confiado en la inflexible rectitud de carácter de su padre, fue a pedirle consejo; desgraciadamente el anciano trabajador republicano había recibido una herida mortal durante el ataque de la fábrica del señor Hardy; pero atormentándole en su última hora las graves revelaciones de su hijo, falleció diciéndole:

—«Hijo mío, tienes que cumplir un gran deber so pena de no obrar cual hombre de honor y desatender mi voluntad postrera; debes... sin dudar...».

Pero por una deplorable fatalidad, las últimas palabras que debían completar el pensamiento del anciano fueron pronunciadas con voz apagada y casi ininteligible, y así murió, dejando al mariscal Simón en una ansiedad funesta.

En una palabra, su espíritu se atormentaba en adivinar si su padre había pensado aconsejarle en nombre del honor y del deber que no abandonase a sus hijas y renunciase a una empresa tan arriesgada, o si, por el contrario, había querido aconsejarle que no dudara en dejar a sus hijas por algún tiempo para cumplir el juramento hecho al emperador, e intentar a lo menos librar a Napoleón II de su cautiverio.

Esta perplejidad que hacía más cruel ciertas circunstancias de que trataremos más adelante; el gran dolor que causara al mariscal Simón el trágico fin de su padre, muerto entre sus brazos; el recuerdo continuo y doloroso de su esposa, muerta en el destierro; finalmente, el pesar que cada día le iba afectando al ver la tristeza de Rosa y Blanca, habían sido otros tantos golpes mortales para el mariscal Simón.

Sin embargo, cuando la señorita de Cardoville reuniera en torno suyo a los miembros de su familia para advertirles de las tramas de sus enemigos, la ternura afectuosa de Adriana por Rosa y Blanca, pareció ejercer tan feliz influjo sobre su misterioso pesar, que el mariscal, sólo pensó en gozar de aquel venturoso cambio, que por desgracia debía ser poco duradero.

Habiendo explicado y recordado al lector estos hechos, continuaremos nuestra narración.

El Simplón

Acababan de dar las dos de la tarde en el reloj del dormitorio del mariscal, aposento amueblado con sencillez verdaderamente militar: a un lado de la cama se veía una panoplia compuesta de las armas de que el mariscal se había servido en sus campañas; sobre el escritorio, colocado en frente de la cama, había un pequeño busto del emperador hecho de bronce, único adorno del aposento.

Una puerta se abrió lentamente; entró un hombre con un cesto lleno de leña, y adelantándose poco a poco hacia la chimenea, se arrodilló empezando a colocar los maderos en una caja inmediata al hogar; después de algunos minutos ocupados de este modo, este criado, acercándose poco a poco y siempre de rodillas a otra puerta situada a corta distancia de la chimenea, pareció escuchar con mucha atención como si hubiera querido oír lo que se hablaba en el aposento inmediato.

Este hombre tenía el aspecto ridículo y estúpido; sus funciones consistían en traer leña, hacer recados, etc., etc.; por lo demás servía de juguete y mofa a los otros criados, y en un momento de broma, Dagoberto, que desempeñaba en la casa el cargo de mayordomo, había bautizado a este imbécil con el nombre de Simplón, apodo que le había quedado y que además merecía por su torpeza, estupidez, extraña figura, nariz chata y ojos parados.

Sin embargo, en el momento en que el Simplón escuchaba atentamente lo que podía decirse en la pieza inmediata, un rayo de inteligencia animó aquellas miradas habitualmente estúpidas y apagadas.

Después de haber escuchado por un momento a la puerta, el Simplón volvió junto a la chimenea arrastrándose sobre las rodillas, y luego, levantándose, tomó el cesto en el que aún quedaba leña, y acercándose otra vez a la puerta a que había estado escuchando, llamó otra vez algo más recio. Siguióse igual silencio, y entonces dijo con voz gangosa, y burlesca:

—Señoritas, ¿necesitáis leña?, ¿hace falta en la chimenea?

No recibiendo respuesta alguna, el Simplón puso el cesto en el suelo, abrió quedito la puerta, entró en la habitación contigua, y después de haberla registrado rápidamente, volvió a salir después de algunos segundos, mirando a todos lados con cierta ansiedad como quien acaba de hacer algo importante y misterioso.

Volviendo a tomar su cesto se disponía a salir del aposento del mariscal Simón, cuando se abrió otra vez lentamente y con precaución la puerta de la escalerilla y asomó Dagoberto. El soldado, asombrado por la presencia del Simplón, frunció las cejas y le dijo con aspereza:

—¿Qué haces aquí?

A esta súbita interpelación, acompañada de un gruñido sordo que manifestaba el mal humor de «Malasombra», fiel compañero de su amo, el Simplón dio un grito de terror verdadero o fingido; y para dar más apariencia de verdad a su aturdimiento, dejó caer al suelo el cesto con leña, cual si la sorpresa y el miedo se lo hubiesen hecho soltar.

—¿Qué haces aquí, necio? —repitió Dagoberto, en cuya fisonomía estaba grabada una profunda tristeza.

—¡Ah!, ¡señor Dagoberto!, ¡qué miedo!

—Te pregunto qué haces aquí.

—Ya lo veis, señor Dagoberto —respondió el Simplón indicando el cesto—, venía a traer leña al aposento del señor duque por si tenía frío... porque lo hace...

—Bien, recoge el cesto y vete.

—¡Ah! señor Dagoberto, aún me flaquean las rodillas... ¡vaya un miedo!, ¡vaya un miedo!...

—¿Te vas, bruto? —dijo el veterano y cogiendo al Simplón por el brazo, le empujó hacia la puerta.

—Ya me voy, señor Dagoberto, ya me voy —respondió el Simplón cogiendo apresuradamente su cesto.

Entonces el veterano corrió el cerrojo de la puerta de la escalerilla, se dirigió a la que comunicaba con el aposento de las dos hermanas y echó la llave. Hecho esto se acercó rápidamente a la alcoba, pasó junto a la cama, descolgó de la panoplia un par de pistolas de arzón, que no estaban montadas pero sí cargadas; quitó con mucho cuidado los pistones, y no pudiendo dominar un profundo suspiro, volvió a poner las pistolas en su lugar; iba a apartarse de la cama, cuando le ocurrió una idea y sacó de la panoplia un cangiar indio de agudísima hoja, lo desenvainó y rompió la punta debajo de una de las ruedecitas de hierro que sostenían la cama. Volvió Dagoberto a abrir las dos puertas y acercóse lentamente a la chimenea, apoyándose en la repisa de mármol con aire sombrío y pensativo. «Malasombra» seguía con la vista los menores movimientos de su amo; el digno animal hasta dio una prueba de su rara y suma inteligencia; habiendo el soldado sacado su pañuelo del bolsillo, se cayó sin que lo notara un papel en que estaba envuelto un trozo de tabaco para masticar; «Malasombra», que cobraba como un lebrél de raza de Rutlandia, cogió con los dientes el papel, y enderezándose sobre las patas de atrás, se lo entregó respetuosamente a Dagoberto, pero éste lo recibió maquinalmente sin fijar la atención en la destreza de su perro.

La fisonomía del veterano manifestaba tanta tristeza como ansiedad; empezó a pasear de un extremo a otro del aposento. De vez en cuando Dagoberto se paraba, y respondiendo en alta voz a sus pensamientos interiores, soltaba alguna exclamación de duda e inquietud, y volviéndose luego hacia el trofeo de armas, meneaba tristemente la cabeza y decía entre dientes:

—¡Qué más da! Este temor es inmotivado... pero de dos días a esta parte está tan

mudado... En fin, es lo más prudente... —Y siguiendo paseándose, Dagoberto decía después de otro momento de largo silencio—: Sí, habrá de decírmelo; me tiene demasiado inquieto... y esas pobres niñas... ¡Ah! se me parte el corazón. —Y Dagoberto se pasaba el pulgar y el índice por el bigote con un movimiento casi convulsivo. Pocos minutos después el soldado prosiguió, como respondiendo siempre a sus pensamientos interiores—: ¿Qué es lo que puede atormentarle? No serán esas cartas... sólo con el desprecio, debe leer tales infamias... Y sin embargo... No, no, es superior a todo eso. —Y Dagoberto volvió a pasearse a pasos acelerados.

De repente «Malasombra» enderezó las orejas, y volviendo la cabeza hacia la puerta de la escalerilla empezó a gruñir sordamente. De allí a poco llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —dijo Dagoberto.

Nadie contestó y llamaron otra vez. El soldado intranquilo, se apresuró a abrir y vio delante de sí la estúpida figura del Simplón.

—¿Por qué no contestas? —dijo el veterano enojado.

—Señor Dagoberto; como hace poco que me habéis echado de aquí, no decía mi nombre por miedo a que os enfadaseis.

—Di, pues, ¿qué es lo que traes? pero entra, animal —exclamó Dagoberto exasperado y tirando hacia dentro del cuarto al Simplón que estaba en el dintel de la puerta.

—Señor Dagoberto, no os enfadéis. Lo que hay, lo que hay... voy a decíroslo... hay un joven.

—¿Cómo se llama?

—Se llama, señor Dagoberto... —repuso el Simplón contoneándose y riéndose como un bobo.

—¡Desgraciado!, ¿te has propuesto apurar mi paciencia? —exclamó el soldado cogiendo al Simplón por el cuello—. ¿Cómo se llama ese joven?

—Si lo sabéis, señor Dagoberto, puesto que ese joven es vuestro hijo... abajo está y quiere hablaros ahora mismo, ahora mismo.

El Simplón representaba tan bien la estupidez, que engañó a Dagoberto, quien más compadecido que enojado de semejante imbecilidad, lo miró fijamente y encogiéndose de hombros se dirigió a la escalerilla, diciéndole:

—Ven conmigo...

Obedeció el Simplón; pero antes de cerrar la puerta, buscando en el bolsillo, sacó cuidadosamente una carta y la arrojó tras sí, sin volver la cabeza, diciendo al mismo tiempo a Dagoberto, con objeto de distraerle...

—Vuestro hijo está en el patio, señor Dagoberto... No quiso subir.

Diciendo esto, el Simplón cerró la puerta, creyendo que la carta estaría bien a la vista en el suelo del dormitorio del mariscal Simón, pero no contaba con «Malasombra». Sea que éste considerase más prudente formar la retaguardia, o respetuosa deferencia por un bípedo, el noble animal salió del cuarto el último, y,

como cobraba tan bien, viendo la carta que arrojara el Simplón, la cogió con tiento entre los dientes, y salió del aposento siguiendo al criado.

Los anónimos

Hacia algunos días que Dagoberto no había visto a su hijo; al pronto le abrazó cordialmente y luego le condujo a una de las dos piezas que formaban su habitación.

—¿Cómo está tu mujer? —preguntó el soldado a su hijo.

—Sigue bien, padre mío, y gracias por tu cuidado.

Notando entonces la alteración de las facciones de Agrícola, Dagoberto repuso:

—¿Te ha sucedido algo desde que nos vimos la última vez?

—Padre mío... le perdimos para siempre —dijo el herrero con acento desesperado.

—¿De quién hablas?

—Del señor Hardy.

—¿Él? ¿Pues no hace tres días que me dijiste que debías ir a visitarle?

—Sí, padre mío, le vi, y también mi digno hermano Gabriel, quien le habló como acostumbra, con la voz del corazón; y tanto le animó, que el señor Hardy estaba decidido a volver entre nosotros; entonces yo, loco de alegría, corrí a participar esta buena noticia a algunos compañeros que me aguardaban para saber el resultado de mi entrevista con el señor Hardy; vuelvo con ellos para darle gracias, y ya estábamos a cien pasos de la casa de esos jesuitas cuando veo a lo lejos un carruaje, y no sé por qué presentimiento se me ocurrió que llevaban en él al señor Hardy.

»Al verlo salir de la casa de los jesuitas —prosiguió Agrícola—, se me oprime el corazón, y arrastrado por un impulso más fuerte que yo, me arrojo a detener los caballos llamando a mis compañeros en mi ayuda; pero el postillón me derriba de un latigazo que me aturde; caigo, y cuando vuelvo en mí, el carruaje había desaparecido.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Fui corriendo a casa de mi ángel guardián, la señorita de Cardoville, y le referí lo que pasaba. «Es preciso —me dijo— que sigáis al instante las huellas del señor Hardy; tomad un carruaje mío y caballos de posta; el señor Dupont os acompañará». De allí a una hora estábamos en seguimiento del señor Hardy; le seguimos hasta Etampes y allí nos dicen que ha tomado un camino transversal, dirigiéndose a una casa aislada en un valle a cuatro leguas de la carretera, y que esta casa, llamada el valle de San Heren, está habitada por curas. Al paso que íbamos adelantando, el terreno se presentaba más y más agreste, de modo que nos parecía estar a cien leguas de París. Al fin nos paramos delante de una casa espaciosa, antigua y negruzca. En mi vida vi sitio más triste y desierto. Nos apeamos del coche, llamo a una puerta, y sale a abrirme un hombre. «¿Ha llegado aquí esta noche el abate d'Aigrigny con un caballero? —le pregunté a aquel hombre, como si estuviera de inteligencia con el

padre—: Id a avisarle que traigo una noticia muy interesante y que necesito verle ahora mismo». Aquel hombre, creyendo que yo estaba de acuerdo con el abate, nos deja entrar; de allí a un instante se presenta el Padre d’Aigrigny, abre la puerta, me ve, retrocede y desaparece; pero cinco minutos después yo estaba en presencia del señor Hardy.

—¿Y qué? —dijo Dagoberto con interés.

Agrícola meneó tristemente la cabeza y continuó así:

—Bastóme ver la fisonomía del señor Hardy para comprender que ya no había esperanza.

»El señor Hardy, dirigiéndose a mí con voz suave, pero firme, me dijo: “Comprendo y excuso la causa que os trae aquí, pero estoy decidido a vivir en adelante en el retiro y la oración; tomo esta determinación libre y voluntariamente, porque se trata de la salvación de mi alma; por lo demás, decid a vuestros compañeros que mis disposiciones serán tales, que tendrán de mí un grato recuerdo”. Y al ir yo a hablar, el señor Hardy me interrumpió diciendo: “No perdáis el tiempo, amigo mío; no me escribáis, pues vuestras cartas no tendrían contestación; adiós, y disimulad si os dejo, pero estoy cansado del viaje”. Volvió el abate d’Aigrigny y el señor Hardy le dijo: “Padre, tened la bondad de acompañar al señor Agrícola Baudoin”, y al pronunciar estas palabras me hizo con la mano una señal de despedida, y se dirigió al aposento contiguo. Ya no quedaba ninguna esperanza; le habíamos perdido para siempre.

—Sí —dijo Dagoberto—; esos jesuitas le han embrujado como a otros muchos.

—Entonces volví aquí desesperado con el señor Dupont. Esto es lo que han logrado esos curas del señor Hardy, de ese hombre generoso que mantenía a trescientos trabajadores laboriosos procurándoles bienestar, desarrollando su inteligencia y mejorando sus inclinaciones.

—¡Oh!, ¡los jesuitas! —dijo Dagoberto temblando de pies a cabeza, sin poder ocultar un terror inexplicable—. Ya viste lo que esos malditos hicieron con tu pobre madre y ves lo que acaban de hacer con el señor Hardy. Pero dejemos eso; otros motivos tengo para estar triste y temeroso. —Luego, viendo la sorpresa de Agrícola, el soldado no fue dueño de su emoción y se arrojó en los brazos de su hijo, exclamando con voz sofocada—: No puedo más, mi corazón necesita desahogarse; necesito hablar... ¿y de quién me fiaré sino de ti?

—¡Padre, me asustas! —dijo Agrícola—; ¿qué ocurre?

—Mira, a no ser por ti y por esas pobres niñas, ya me habría hecho saltar la tapa de los sesos... antes que ver lo que pasa, y sobre todo, temiendo lo que temo.

—¿Qué es lo que temes, padre?

—De algunos días a esta parte no sé lo que tiene el mariscal; pero me estremece.

—Sin embargo, las últimas conversaciones que ha tenido con la señorita de Cardoville...

—Sí, se presentaba mejor, porque las suaves palabras de esa generosa señorita

habían derramado un bálsamo en sus heridas; además la presencia del joven indio le había distraído también: ya no parecía tan inquieto y sus pobres hijas lo habían experimentado. Pero hace algunos días, no sé qué demonio se ha desencadenado otra vez contra esta familia. Estoy seguro que ha vuelto a recibir anónimos.

—¿Y esas cartas qué objeto tenían?

—Ya sabes lo mucho que el mariscal aborrece al renegado abate d’Aigrigny; cuando supo que ese traidor estaba aquí y que había perseguido a las dos huérfanas, como lo hiciera con su madre, hasta la muerte, creí que el mariscal se volvía loco de furor; quería ir a buscar al renegado... Yo le calmé con una palabra. «Es cura —le dije—, por más que hagáis, que le injuriéis y le acometáis, no se batirá. Empezó sirviendo contra su patria y acaba siendo un mal sacerdote; cosa muy sencilla, no vale la pena de escupirle a la cara».

»“Es preciso no obstante, que yo le castigue del mal que hizo a mis hijas y que venga la muerte de mi esposa” —exclamó el mariscal fuera de sí—. “Ya sabéis, según dicen, que sólo los tribunales pueden vengaros —le dije—. La señorita de Cardoville ha entablado demanda contra ese renegado por haber intentado el secuestro de vuestras hijas en un convento. Conviene aguantarse y esperar”.

—Sí —dijo Agrícola con tristeza—; por desgracia, faltan pruebas contra el abate d’Aigrigny.

—Eso mismo cree el mariscal, hijo mío, y su irritación contra semejante injusticia sube de punto. Debiera despreciar a esos miserables; mas los anónimos...

—¿Qué hay, padre?

—Has de saber que el mariscal, como es valiente y fiel, conoció luego que hubo pasado el primer movimiento de indignación, que insultar al cobarde renegado que se había cubierto con el traje sacerdotal, sería lo mismo que insultar a una mujer o a un anciano, así le despreció y olvidó en cuanto pudo; pero desde aquel día han venido continuamente por el correo cartas anónimas, procurando, por todos los medios posibles, despertar y avivar la cólera del mariscal contra el renegado, recordándole todos los daños que el abate d’Aigrigny había causado a él y a los suyos. Finalmente le echaban en cara su cobardía por no tomar venganza de ese cura perseguidor de su esposa y de sus hijas, y que cada día se mofaba insolentemente de él.

—¿Y esas cartas, de quién suponéis que sean, padre mío?

—No lo sé y es cosa de volverse loco. Sin duda son de los enemigos del mariscal.

—¿Pero qué objeto pueden tener esos anónimos?

—¿Qué objeto? bien evidente es —exclamó Dagoberto—. El mariscal es vivo de genio y tiene mil motivos para quererse vengar del renegado. No quiere hacerse justicia por su mano y la justicia de los tribunales no le atiende... entonces se contiene, procura olvidar y olvida. Pero he aquí que cada día recibe cartas que le provocan con insolencias y avivan aquel odio tan justo con mofas e insultos. ¡Voto a tal! tengo la cabeza tan firme como cualquiera otro; pero me volvería loco con semejantes tramas.

—¡Ah! padre, esa conspiración sería terrible y digna del infierno.

—Aún hay más. El mariscal recibió además otras cartas, pero éstas no me las enseñó; solamente cuando leyó la primera, se quedó como aterrado y dijo en voz baja: «¡Ni siquiera respeta esto!, ¡oh! esto es demasiado» y ocultando el rostro con las manos empezó a llorar.

—Pero, padre, ¿cuál podía ser el contenido de esas cartas?

—No me atreví a preguntárselo, tan triste y abatido le vi.

—¡Qué vida tan desesperada debe tener el mariscal, viéndose así acometido y atormentado sin cesar!

—¿Qué diré, pues, de sus pobres hijas, a quienes ve cada vez más abatidas, sin que sea posible adivinar la causa de sus penas? Además, la muerte de su padre, que espiró entre sus brazos... Ya ves que todo esto basta y sobra. Pues bien, estoy seguro que el mariscal tiene alguna pena aún más acerba que todo esto; de algún tiempo a esta parte está desconocido, por nada se irrita y arrebata.

Tuvo el soldado un momento de duda y prosiguió:

—A ti bien puedo decírtelo, pobre hijo mío; hace poco subí al aposento del mariscal y quité los pistones a las pistolas.

—¡Ah! padre —exclamó Agrícola—, acaso temeríais...

—Todo se puede temer en el estado de abatimiento en que ayer le vi.

—¿Pues qué sucedió?

—De algún tiempo a esta parte conversa mucho y en secreto con un caballero que parece haber sido militar; he notado que la agitación y la tristeza del mariscal son mayores al concluirse estas visitas. Ayer noche vino ese caballero y estuvo aquí hasta las once dadas; su señora vino a buscarle en un coche de alquiler, y luego que se marchó, subí a ver si el mariscal quería algo; estaba muy pálido, pero sereno; me dijo que nada necesitaba y me volví abajo. Ya sabes que mi aposento, que está aquí al lado, se halla situado debajo del suyo; al retirarme observo al mariscal que andaba de un lado para otro con cierta agitación: de allí, a poco me parece que empuja y tira los muebles al suelo. Subo espantado, y me pregunta con enojo qué se me ofrece, y me manda que me vaya. Al verle en tal estado, me quedo quieto; se arrebata y no me mueve; pero viendo una mesa y una silla tiradas, se las enseño con ademán triste y me entiende; como no hay mejor corazón en el mundo, me coge por la mano y me dice: «Siento haberte incomodado, mi buen Dagoberto; ha poco tuve un momento de arrebato absurdo; había perdido la cabeza y creo que me hubiera arrojado por la ventana si no hubiera estado cerrada». Preguntéle entonces la causa de su agitación y si había recibido algún otro anónimo a pesar de mis precauciones. «No —me respondió con tono triste—; pero déjame, tu presencia me ha sosegado; buenas noches, antiguo compañero, vete a descansar». Yo me guardé de hacerlo, fingí bajar y volví a sentarme en el último tramo de la escalera, en acecho; sin duda para acabar de serenarse el mariscal fue a abrazar a sus hijas, porque oí que abría y volvía a cerrar la puerta que da a su aposento. Siguió paseándose aún largo rato, pero con paso más

mesurado, y al fin le oí echarse en la cama; pero no bajé hasta que rayó el día; felizmente me pareció que pasó tranquilo el resto de la noche.

—¿Pero qué tendrá, padre mío?

—No sé; cuando subí quedé asombrado de la descomposición de su rostro, del brillo de sus ojos... estoy seguro que no lo hubieran estado tanto en un delirio o en una calentura; así es que, oyéndole decir que se hubiera arrojado por la ventana a no estar cerrada, he creído prudente quitar los pistones a las pistolas.

—No vuelvo de mi asombro —dijo Agrícola—. El mariscal, que es tan firme, intrépido y sereno, arrebatarse así...

—Te repito que le pasa algo extraño; las pobres niñas están desconsoladas, y su aya, que es una excelente mujer, me ha dicho que a veces lloraban de noche en sueños. ¡Pobres niñas!

En aquel momento se oyeron pasos precipitados en el patio; Dagoberto alzó los ojos, y vio al mariscal Simón con el rostro descompuesto y aire azorado, leyendo al parecer con ansia devoradora una carta que tenía cogida con ambas manos.

CLVII

La ciudad de oro

Mientras que el mariscal Simón atravesaba el jardín con aire tan agitado leyendo el anónimo que había recibido por el extraño conducto de «Malasombra», Rosa y Blanca se hallaban solas en el salón que solían ocupar y en el cual el «Simplón» había entrado un momento durante su ausencia. Las pobres niñas parecían estar siempre condenadas a vestir de luto, pues en el momento que el de su madre iba a concluirse, la muerte trágica de su abuelo las había cubierto otra vez de lúgubre crespón.

Rosa tenía la cabeza caída sobre el pecho; la luz, entrando por una ventana que estaba opuesta, brillaba suavemente sobre su frente pura y blanca, coronada con dos gruesas trenzas de cabello castaño; sus miradas estaban fijas, y el arco agraciado de sus cejas levemente contraídas, anunciaba una penosa preocupación.

Blanca, vuelta de perfil y la cabeza algo inclinada hacia su hermana, le miraba teniendo aún maquinalmente la aguja en el cañamazo, como si trabajara.

—Hermana mía —dijo Blanca con voz suave— ¿en qué piensas? Me parece que estás triste.

—Estoy pensando... en la ciudad de oro de nuestros sueños —dijo Rosa con voz pausada y baja, al cabo de un momento de silencio.

Blanca comprendió lo acerbo de estas palabras, y sin decir nada se arrojó a los brazos de su hermana dando libre curso a su llanto.

¡Pobres niñas! la ciudad de oro de sus sueños era París, y su padre. París, la ciudad maravillosa de las alegrías y de las fiestas, en medio de las cuales aparecía a las huérfanas el rostro de su padre radiante de placer. Pero, ¡ay!, la hermosa ciudad de oro se transformó para ellas en ciudad de llanto, de muerte y de luto.

La ciudad de oro de sus sueños era también la ciudad en que acaso algún día su padre les hubiera dicho, presentándoles dos novios buenos y lindos como ellas: «Os aman... su alma es digna de la vuestra; haced que cada una de vosotras tenga un hermano y yo tenga dos hijos».

Fácilmente se comprenderá por lo tanto la penosa emoción de Blanca, cuando oyó estas palabras en que estaba resumida su posición común: «Estoy pensando en la ciudad de oro de nuestros sueños...».

—¡Quién sabe! —repuso Blanca, enjugando el llanto de su hermana—, quizá la dicha vendrá más adelante.

—¡Ay de mí!, ¿seremos felices, si ahora no lo somos disfrutando de la presencia de nuestro padre?

—Sí, lo seremos cuando nos reunamos con nuestra madre —dijo Blanca alzando

los ojos al cielo.

—Entonces, hermana, acaso ese sueño es un aviso: otro igual tuvimos en Alemania.

—Con la diferencia de que entonces el ángel Gabriel bajaba del cielo para venir hacia nosotras, y ahora nos llevaba de la tierra para guiarnos al cielo... al lado de nuestra madre.

—Quizá este sueño se cumplirá como el otro, hermana mía. Soñamos que el ángel Gabriel nos protegería... y nos salvó del naufragio.

—Esta vez hemos soñado que nos llevaría al cielo, y ¿por qué no ha de ser así?

—¿Pero para eso, hermana mía, será preciso que muera también nuestro Gabriel, que nos salvó durante la tempestad?

—Hermana, ¡qué extraño es ese sueño! En esta ocasión, como en Alemania, hemos tenido un mismo sueño... y soñar tres veces lo mismo...

—Es verdad, el ángel Gabriel se inclinó hacia nosotras mirándonos con aire suave y triste, diciéndonos: «Venid, hijas mías; vuestra madre os aguarda. ¡Pobres niñas, venidas de tan lejos! —añadió con voz llena de ternura—; habréis atravesado esta tierra inocentes y dulces cual dos palomas para ir a descansar eternamente en el nido materno».

Al decir estas palabras, Rosa, queriendo enjugar sus lágrimas, tomó su pañuelo de la cestilla de labor y cayó al suelo un papel doblado en forma de carta, al verlo, las dos hermanas temblaron de pies a cabeza, se estrecharon una con otra, y Rosa dijo a Blanca con trémula voz:

—¡Otra carta!, ¡oh! qué miedo tengo... probablemente será como las demás.

—Recojámosla pronto para que no la vean.

—Pero ¿cómo se halla aquí esta carta?

—Como se han hallado las demás en ausencia de nuestra aya.

—Verdad es, ¿para qué hemos de buscar la explicación de este misterio si no hemos de hallarla? Veamos la carta, quizá sea para nosotras mejor que las demás.

Y las dos hermanas leyeron:

Continuad adorando a vuestro padre, queridas hijas mías, porque es muy desgraciado y vosotras sois las que involuntariamente causáis todos sus pesares; nunca sabréis los terribles sacrificios que vuestra presencia le impone: pero, ¡ay!, es víctima de sus deberes paternos; sus penas son más crueles que nunca; sobre todo, procurad absteneros de muestras de ternura, que le producen más pesar que felicidad: cada una de vuestras caricias es una puñalada para él, porque ve en vosotras la causa inocente de sus dolores.

Queridas niñas, no por eso perdáis la esperanza, si tenéis bastante dominio sobre vosotras para no sujetarlo a la triste prueba de una ternura demasiado expansiva; sed reservadas al par que cariñosas y así aliviaréis mucho sus penas. Guardad siempre el secreto aun con el honrado y buen Dagoberto, que tanto os quiere; de otro modo, él, vosotras, vuestro padre y el amigo desconocido que os escribe, os veríais expuestos a grandes peligros, porque vuestros enemigos son temibles. Valor y esperanza, pues se desea volveros pronto a la ternura de vuestro padre, pura de todo pesar, y entonces... ¡qué día tan hermoso!... Tal vez no esté lejano.

Quemad esta carta, como las demás que habéis recibido.

Esta carta estaba escrita con tanta habilidad, que aun suponiendo que las huérfanas se la hubiesen comunicado a su padre o a Dagoberto, su contenido hubiese sido

considerado a lo más como una indiscreción extraña pero casi excusable por los términos en que se hallaba concebida. En efecto, todo estaba pérfidamente combinado, si se piensa en la cruel perplejidad en que se hallaba el mariscal Simón, en continua lucha entre el pesar de separarse otra vez de sus hijas y la vergüenza de faltar a lo que en su concepto era un deber sagrado. Despertadas la ternura y la susceptibilidad de corazón de las dos huérfanas con estos avisos diabólicos, pronto echaron de ver que en efecto su presencia era a la vez grata y cruel para su padre.

De aquí provenía la tristeza progresiva de Rosa y Blanca y una especie de temor y reserva que a pesar suyo comprimía los desahogos de su corazón; penosa turbación que el mariscal, engañado por apariencias que no podía explicarse, tomaba a su vez por frialdad, y entonces su corazón se desgarraba, su noble rostro manifestaba un fuerte dolor, y en muchas ocasiones dejaba de repente a sus hijas para ocultar sus lágrimas. Y las huérfanas aterradas se decían:

—Somos causa de la aflicción de nuestro padre; nuestra presencia es la que le hace desgraciado.

Júzguese ahora del estrago que semejante idea fija debía causar en aquellos dos tiernos corazones, amantes, tímidos y sencillos. ¡Cómo hubieran desconfiado las huérfanas de aquellos avisos anónimos en que sólo se hablaba con veneración de todo cuanto amaban, y que por otra parte parecían justificados por la conducta que su padre observaba con ellas!

En cuanto al objeto de esta intriga, era sencillísimo; atormentando así al mariscal por todas partes, persuadiéndose de la frialdad de sus hijas, se debía esperar naturalmente que sería vencida la incertidumbre que le impedía abandonarlas otra vez para lanzarse a un proyecto aventurado; además se quería que la vida del mariscal estuviera llena de amargura, y que mirase como una felicidad buscar el olvido de sus tormentos en las violentas emociones de un proyecto temerario, generoso y novelesco: tal era el objeto que se proponía Rodin, que por cierto no carecía de lógica ni de posibilidad.

* * *

Después de haber leído esta carta, las dos jóvenes permanecieron un momento abatidas, y luego Rosa, que tomó el papel en la mano, se levantó con presteza, se acercó a la chimenea y echó la carta al fuego diciendo con timidez:

—Quememos pronto esta carta, no sea que sucedan grandes desgracias de no hacerlo.

—No pueden sucedernos mayores —dijo Rosa con abatimiento—. Nosotras causar tales pesares a nuestro padre, ¿cómo puede ser eso? Mira, Blanca —prosiguió Rosa, cuyas lágrimas corrían lentamente—, tal vez no nos halle tales cuales nos deseaba; nos quiere mucho como hijas de nuestra pobre madre, a quien adoraba; pero en cuanto a él, no somos las hijas con que había soñado. ¿Me comprendes, hermana?

—Sí, sí, eso es quizá lo que le apesadumbra tanto. Estamos tan poco instruidas y somos tan torpes.

—¡Ay! no es culpa nuestra. Nuestra excelente madre nos educó como pudo en aquel desierto de Siberia.

—¡Oh! tampoco nuestro padre en su interior nos culpa de ello; pero, como dices muy bien, su corazón padece.

—Sobre todo, si tiene amigos cuyas hijas sean muy hermosas y estén llenas de talento e instrucción, entonces debe sentir amargamente que no seamos como ellas.

—¿Te acuerdas cuando nos llevó a casa de nuestra prima Adriana, que estuvo tan amable y cariñosa con nosotras, con qué admiración nos decía: «¿Veis, hijas mías, cuán hermosa es Adriana, qué talento, qué corazón tan noble, y con todo eso, qué gracia, qué donaire?»?»?

De repente Rosa, poniendo la mano sobre el brazo de su hermana, le dijo con ansiedad:

—Escucha, escucha, qué recio hablan en el aposento de nuestro padre.

—Sí —dijo Blanca escuchando—; y además andan de un lado para otro... Son sus pasos...

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cómo grita! Parece estar muy enfadado; acaso va a venir aquí...

Y al pensar en la llegada de su padre, de aquel padre que tanto las adoraba, las desdichadas jóvenes se miraron con temor. Los gritos iban en aumento y manifestaban mayor enfado. Rosa, temblando de miedo, dijo a su hermana:

—Vámonos de aquí a nuestra habitación.

—¿Por qué?

—Oiríamos sin querer lo que nuestro padre dice y sin duda no sabe que estamos aquí.

—Tienes razón, vamos, vamos —respondió Blanca levantándose con precipitación.

—¡Oh! qué miedo tengo.

—¡Ay! ¡Dios mío! —dijo Blanca poniéndose pálida y parándose de repente—; según parece sus palabras se dirigen a Dagoberto.

—¡Oh! hermana mía, vámonos de aquí... Me da lástima oír tratar así a Dagoberto.

El ruido de un objeto arrojado o roto con furor en el aposento inmediato, asustó tanto a las huérfanas, que temblando de miedo se dirigieron apresuradamente a su habitación y cerraron la puerta.

Expliquemos ahora la causa que motivaba enojo del mariscal.

CLVIII

El león herido

El mariscal Simón hallándose solo en su cuarto y en un estado de exasperación difícil de expresar, había empezado a pasearse con pasos precipitados, el rostro varonil encendido de cólera, mientras que en su ancha frente, parecían prontas a reventarse algunas venas, cuyos latidos hubiera sido muy fácil contar; a veces su espeso bigote negro se agitaba con un movimiento convulsivo, algo parecido al que contrae el rostro del león enfurecido. Y así como un león herido, acosado y atormentado por mil picaduras invisibles recorre con furor la jaula en que está encerrado, así el mariscal Simón, respirando difícilmente y lleno de furor recorría a saltos su habitación; ya andando algo encorvado como cediendo al peso de su cólera; ya se paraba afirmándose en sus piernas, cruzando los brazos sobre su robusto pecho, levantando la frente amenazadora y lanzando una mirada terrible que parecía desafiar a un enemigo invisible, repitiendo entre dientes algunas exclamaciones.

Paróse en fin el mariscal, y acercándose a la chimenea tiró con tanta fuerza de la campanilla, que el cordón se le quedó entre las manos. Acudió un criado a este llamamiento repentino.

—¿No dijisteis a Dagoberto que quería hablarle?

—Cumplí vuestro mandato, señor duque; pero el señor Dagoberto iba acompañando a su hijo hasta la puerta del patio y...

—Basta —dijo el mariscal Simón.

Salió el criado y su amo continuó paseándose con pasos precipitados, restregando con furia una carta que tenía en la mano izquierda y que le había entregado inocentemente «Malasombra».

Al fin se abrió la puerta y se presentó Dagoberto.

—Hace rato que mandé que os llamasen —exclamó el mariscal.

Dagoberto, más apesadumbrado que sorprendido de aquel nuevo arrebato de furor, dijo con dulzura:

—Disimulad, mi general, acompañaba a mi hijo y...

—Leed eso, señor mío —dijo el mariscal con aspereza alargándole la carta—. ¿Con qué es decir que hasta en mi casa hay miserables ganados sin duda por los que me acosan con tan increíble encarnizamiento? ¿Habéis leído?

—Es una nueva infamia... que añadiremos a las demás —dijo Dagoberto con frialdad.

—Esa carta es infame, pero su contenido es cierto —repuso el mariscal. Dagoberto le miró sin comprenderle, y el mariscal prosiguió—: ¿Sabéis quién me entregó esa infame carta? Porque parece que el demonio anda en todo esto: me la

entregó vuestro perro.

—¡Cómo! ¿Fue «Malasombra»? —dijo Dagoberto con gran sorpresa.

—Sí —replicó el general con amargura—: sin duda es una broma de vuestra invención.

—No estoy para bromas, mi general —replicó Dagoberto cada vez más apesadumbrado del estado de irritación en que veía al mariscal—; «Malasombra» está enseñado a traerlo todo; sin duda habrá hallado la carta en la casa y entonces... y ¿quién habrá podido dejar aquí esa carta?

—¿Con que estoy rodeado de traidores, y vos, en quien tengo puesta toda mi confianza, no os cuidáis de nada?

—Mi general, escuchadme...

Pero el mariscal, sin quererle oír, prosiguió así:

—¡Voto a!... ¡he batallado durante veinticinco años haciendo frente a numerosos ejércitos; he luchado victoriosamente contra el destierro y la proscripción; y habré de morir ahora a alfilerazos! ¡Cómo! Me persiguen hasta en mi misma casa, me acosan y atormentan impunemente. Pero cuando digo que no sé, me equivoco... El renegado d'Aigrigny, estoy seguro, es el que mueve todo esto. Sólo tengo un enemigo en el mundo, y es ese hombre... Es preciso que acabe con él... mi paciencia está agotada...

—Pero, mi general, acordaos que es un sacerdote, y...

—Os repito que es preciso que me vengue en alguno —exclamó el mariscal poseído de la más violenta exasperación—; es preciso que dé nombre y figura a esas tenebrosas infamias para acabar con ellas. No puedo contar con nadie.

—Mi general, no puedo dejar que os expreséis así —dijo Dagoberto con voz firme.

—¿Qué es lo que decís?

—Mi general, no puedo oíros decir que no contáis con nadie; al cabo lo creeríais, y eso fuera más duro para vos que para los que saben hasta donde llega su adhesión y que se arrojarían al fuego por vos. Yo soy uno de ellos... ya lo sabéis.

Estas palabras sencillas que pronunció Dagoberto con acento conmovido, volvieron en sí al mariscal; así, dirigiéndose a Dagoberto, prosiguió con menos aspereza.

—Tienes razón, no debo dudar de ti; la cólera me ciega. Soy injusto, áspero, ingrato; sí, ingrato; y con quién... contigo...

—No hablemos de mí, mi general; esas pocas palabras lo borran todo; decidme qué os ha sucedido.

Oscurecióse otra vez la fisonomía del mariscal y dijo con voz seca:

—Lo que me sucede... es que me desprecian.

—¡Cómo, despreciaros a vos!

—Sí, a mí; y al cabo —prosiguió el mariscal con amargura—, ¿por qué he de ocultarte esta nueva herida? Dudé de ti y te debo un desquite; sábelo, pues, todo: de

algún tiempo a esta parte he advertido que mis antiguos compañeros de armas, si los encuentro, huyen de mí.

—¿Cómo, ese anónimo que recibisteis trataba de eso?

—Aludía a ello y decía la verdad —repuso el mariscal lanzando un suspiro de rabia e indignación.

—Pero parece imposible, mi general; ¡vos, tan querido y respetado!...

—Todo eso son palabras; yo te hablo de hechos. Cuando me presento, a veces se suspende la conversación empezada; en vez de tratarme como compañero, se hace estudio en usar conmigo de una política rigurosamente fría.

—Lo que acabáis de decirme, mi general, me confunde —replicó Dagoberto aterrado.

—En situación tan insufrible, he querido aclararlo todo, y al intento me fui a casa del general d'Havrincourt, que era coronel conmigo en la guardia imperial y es la misma honradez y lealtad. «Advierto —le dije—, que se me trata con frialdad; debe circular alguna calumnia contra mí; decídmelo todo, y conociendo los ataques, podré defenderme de un modo honroso».

—¿Y qué dijo, mi general?

—D'Havrincourt permaneció impasible y ceremonioso, contestando con frialdad a mis preguntas. «Ignoro, señor mariscal, que haya circulado ninguna calumnia contra vos». «No se trata de que me llaméis señor mariscal, d'Havrincourt; somos militares veteranos, antiguos amigos». D'Havrincourt me respondió con igual frialdad: «No he advertido que os hayan faltado en lo más mínimo».

»«No trato de que se me haya faltado —exclamé apretando afectuosamente su mano que correspondió con tibieza a mi demostración— hablo de la cordialidad y confianza con que antes se me trataba, al paso que ahora se me considera como un extraño. ¿Por qué semejante mudanza?». Y me contesta siempre frío y reservado. «Ésas son nimiedades, señor mariscal, y me fuera imposible daros un consejo sobre este punto». El corazón me dio un salto de cólera y de dolor. ¿Qué podía hacer? ¿Provocar a d'Havrincourt? Era una locura. Por dignidad corté la conversación que confirmó sobradamente mis temores. Así —añadió el mariscal con más animación—, no me cabe duda que he perdido el aprecio a que tengo derecho y que acaso soy despreciado sin saber por qué.

»Pero nada, ni siquiera una palabra; una política fría tan ofensiva como un insulto, ¡oh! lo repito, esto es demasiado, porque además tengo otros pesares. ¿Qué vida es la mía desde la muerte de mi padre? ¿He hallado algún reposo o alguna felicidad en mi casa? No; si vuelvo a ella, es para leer cartas infames; y por otra parte —añadió el mariscal con tono desgarrador al cabo de un momento de lucha— encuentro que mis hijas se muestran cada día más indiferentes conmigo, y sin embargo no saben hasta qué punto las quiero.

—¿Acusáis a vuestras hijas de indiferencia? —dijo Dagoberto pasmado.

—No las acuso, ¡Dios mío! apenas han tenido tiempo para conocerme.

—¿Que no han tenido tiempo para conoceros? —replicó el soldado en tono de reconvención—. ¡Ah!, ¿de qué les hablaba su madre, sino de vos? Y yo no acertaba a decir palabra sin que os mentase. ¿Qué les hubiéramos enseñado a vuestras hijas más que a conoceros y amaros?

—Justo es que las defiendas, ya que os quieren más que a mí —dijo el mariscal con manifiesta amargura.

Dagoberto se sintió tan emocionado, que miró al mariscal sin contestarle.

—Pues bien —exclamó el mariscal, como desahogando su dolor—; conozco que es una debilidad y una ingratitud, pero no importa... mil veces he tenido celos, sí, crueles celos, de la cariñosa confianza que mis hijas te mostraban, mientras que a mi lado parecen tener siempre miedo. Si alguna vez sus rostros melancólicos se animan con una expresión más alegre que de costumbre, es al verte y hablarte, al paso que para mí, sólo hay respeto, reserva, frialdad, y eso me mata...

Luego, viendo que Dagoberto se dirigía a la puerta que comunicaba con la habitación de Rosa y Blanca, el mariscal le dijo:

—¿A dónde vas?

—A buscar a vuestras hijas, mi general.

—¿Para qué?

—Para traerlas a vuestra presencia y decirlas: «Hijas mías, vuestro padre cree que no le queréis».

—Dagoberto, os mando quedar ahí —exclamó el mariscal.

—Escuchad, mi general: soy vuestro soldado, vuestro inferior, vuestro criado, si queréis —dijo el ex-granadero de a caballo con cierta aspereza—; pero no hay grados ni alcurnia que valga cuando se trata de defender a vuestras hijas. Va a aclararse todo y para eso lo mejor es poner a la gente honrada frente a frente.

Y si el mariscal no le hubiera cogido del brazo, Dagoberto entra en la habitación de las huérfanas.

—No os mováis —dijo el mariscal tan imperiosamente, que el soldado, acostumbrado a obedecer quedó inmóvil—. ¿Qué vais a hacer? —prosiguió el mariscal—, ¿a decir a mis hijas que dudo de su cariño?, ¿a provocar así extremos de ternura que esas pobres niñas no sienten? Pero no es suya la culpa, sino mía.

—¡Ah! mi general —dijo Dagoberto con acento doloroso—; ya no siento cólera al oírlos hablar así de vuestras hijas... lo que siento es dolor...

El mariscal, conmovido con la expresión de la fisonomía del soldado, prosiguió con menos aspereza:

—Vamos, será culpa mía, y sin embargo, decidme hablando ahora sin amargura, sin celos, ¿no son mis hijas más francas y se familiarizan más con vos que conmigo?

—Pardiez, mi general —exclamó Dagoberto—; si por ahí lo tomáis, aun tienen más familiaridad con «Malasombra» que conmigo. Sois su padre y por bueno que sea un padre siempre infunde respeto. Decís que usan de familiaridad conmigo; por cierto que es buena la ocurrencia. ¿Qué respeto queréis que me tengan, si excepto mis

bigotes y mis seis pies de estatura, soy para ellas como una vieja nodriza que las hubiera mecido en la cuna? Y además, bueno es decirlo todo; antes de la muerte de vuestro buen padre ya estabais triste, preocupado... las niñas lo han advertido... y lo que os parece frialdad de su parte, estoy seguro que es la inquietud que las causáis. Mirad, mi general, en esto no sois justo... os quejáis de que os quieren demasiado.

—Me quejo de lo que padezco —dijo el mariscal con triste arrebató—; yo solo conozco mis sufrimientos.

—Deben ser muy vivos, mi general —dijo Dagoberto, arrastrado más allá de lo que quería, por su adhesión a las huérfanas—; sí, deben ser muy vivos, para ofender de una manera tan cruel a los que tanto os quieren.

—¡Acabaréis de vuestras reconvenciones!

—Sí, mi general, sí. ¡Reconvenciones! —exclamó Dagoberto—; vuestras hijas son las que tendrían derecho a quejarse de vos y acusaros de tibieza, ya que así las desconocéis.

—Señor mío —dijo el mariscal no pudiendo apenas contenerse—: basta ya, eso es demasiado...

El mariscal hizo un movimiento de impaciencia y enojo, y luego repuso, reprimiéndose:

—Necesito recordar... todo lo que os debo... y no lo olvidaré... por mucho que hagáis.

—Pero, mi general —exclamó Dagoberto—, ¿por qué os oponéis a que vaya a buscar a vuestras hijas?

—¿Pero no veis que esta escena me mata? —exclamó el mariscal exasperado—, ¿no comprendéis que no quiero que mis hijas sean testigos de lo que padezco? Los pesares de un padre tienen su dignidad, que debierais comprender y respetar.

—¿Respetarlos?... No, porque los causa una injusticia.

—¿Aún más reconvenciones?

—Sí, porque la verdadera ingratitud para conmigo es hacer a vuestras hijas desgraciadas.

—Salid al instante, salid —exclamó el mariscal tan arrebatado de cólera y de dolor, que Dagoberto, sintiendo haberse excedido replicó:

—Mi general, he faltado al respeto que os debo; perdonarme... pero...

—Os pido por favor que me dejéis solo; os lo pido como un servicio; ¿no basta esto? —dijo el mariscal redoblando sus esfuerzos para moderarse.

Una gran palidez sucedía a lo encendido de las facciones del mariscal durante esta escena terrible.

Dagoberto, aterrado de este síntoma, redobló sus súplicas.

—Mi general —dijo con voz alterada— os ruego que me permitáis tan sólo por un momento...

—Ya que lo exigís, seré yo el que salga, señor mío —exclamó el mariscal dando un paso hacia la puerta.

Era tal el tono de estas palabras, que Dagoberto no se atrevió a insistir, bajó la cabeza agobiado y afligido, miró un momento y silenciosamente con ademán suplicante al mariscal; pero haciendo éste otro movimiento de cólera, el soldado salió lentamente de la habitación.

Apenas habían transcurrido algunos minutos desde la salida de Dagoberto, cuando el mariscal, que tras un largo silencio, se había acercado varias veces a la puerta del aposento de sus hijas con una perplejidad llena de angustia, hizo un esfuerzo violento sobre sí, y enjugándose el sudor frío que cubría su frente, procuró encubrir su agitación y entró en el aposento donde se habían refugiado Rosa y Blanca.

CLIX

La prueba

Dagoberto había defendido con razón a sus «niñas», pues así llamaba paternalmente a Rosa y Blanca, y no obstante, las apariencias justificaban por desgracia las aprensiones del mariscal respecto a la tibieza de cariño de que culpaba a sus hijas.

A pesar de esta tibieza que tanto le hacía padecer, el cariño que el mariscal tenía a sus hijas era tan profundo, que el pesar sólo de abandonarlas otra vez, causaba las perplejidades que atormentaban su vida, manteniendo una lucha continua entre su amor paternal y un deber que miraba como sagrado.

En cuanto al fatal efecto de las calumnias hábilmente esparcidas respecto al mariscal para que personas honradas y sus antiguos camaradas de armas pudieran darles créditos, habían sido propagadas por los amigos de la princesa de Saint-Dizier con una espantosa destreza; más adelante se sabrá el objeto de estos odiosos rumores que, unidos a otras muchas heridas abiertas en el corazón del mariscal, llevaban su desesperación al más alto grado. Arrebatado por la cólera, ofendido de algunas expresiones de Dagoberto, lo había despedido con aspereza; pero luego que el soldado hubo salido y que entró en la reflexión, el mariscal había sentido despertarse en su espíritu ciertas dudas sobre la tibieza de que las reconvenía, y habiendo tomado una determinación terrible para el caso en que esta prueba confirmase sus temores, entró como ya dijimos en el aposento de sus hijas.

En su discusión con Dagoberto había hecho tanto ruido, que los gritos, atravesando el salón, habían llegado a oídos de las dos huérfanas, refugiadas en su alcoba, de modo que, al llegar su padre, sus rostros pálidos manifestaban temor y ansiedad. A la vista del mariscal, cuyas facciones estaban también descompuestas, las dos jóvenes se levantaron respetuosas. La expresión de la fisonomía del mariscal fue en aquel momento tan elocuente, que vencido el primer movimiento de temor, faltó poco para que las huérfanas se arrojasen a sus brazos; pero acordándose de lo que se les encargaba en el anónimo acerca de los desahogos de su ternura que tanta pena causaban a su padre, se miraron rápidamente y se contuvieron.

En aquel mismo momento, por una cruel fatalidad, el mariscal ardía en deseos de estrechar a sus hijas entre sus brazos, y aún hizo un ademán para atraerlas a sí, no atreviéndose a hacer más por temor de que no le comprendiesen; pero las pobres jóvenes, paralizadas con pérfidos consejos, permanecieron inmóviles y trémulas.

A esta insensibilidad aparente, el mariscal se sintió desfallecer, no quedándole ya duda de que sus hijas no comprendían su terrible dolor ni ternura desesperada.

—Siempre la misma tibieza —dijo entre sí— no me había engañado.

No obstante, disimulando lo que sentía y adelantándose hacia ellas, les dijo,

procurando hablarles con voz sosegada:

—Buenos días, hijas mías.

—Buenos días, padre mío —respondió Rosa, menos tímida que su hermana.

—Ayer no pude veros —dijo el mariscal con voz alterada— estuve tan ocupado...

¿Supongo que no estaréis enojadas conmigo porque os he descuidado?

Y procurando sonreírse, no atreviéndose a decirles que durante la noche anterior, después de un arrebato terrible, había ido a contemplarlas dormidas para aquietar sus angustias.

—¿No es verdad —añadió—, que me perdonáis haberos olvidado así?

—Sí, padre —dijo Blanca bajando los ojos.

—¿Y si yo hubiese de ausentarme por algún tiempo —prosiguió lentamente el mariscal— me lo perdonaríais también?

—Sentiríamos mucho que os hicieseis la menor violencia por nosotras —dijo Rosa, acordándose del anónimo que hablaba de sacrificios que su padre se imponía por su presencia.

A esta respuesta, dada con tanta turbación como timidez y en la que el mariscal creyó ver una ingenua indiferencia, ya no le quedó duda del poco cariño que sus hijas le tenían.

—Esto es hecho —se dijo el desgraciado padre contemplando a sus hijas—. No, no, nada soy para ellas, ya que en este momento supremo en que me ven acaso por última vez, el instinto filial no les dice que su ternura me salvaría.

Durante esta reflexión aterradora, el mariscal no había cesado de contemplar a sus hijas con ternura, y su rostro varonil tomó entonces una expresión tan tierna y dolorosa, sus miradas revelaban de tal modo los tormentos de su corazón desesperado, que Rosa y Blanca, trastornadas y sobrecogidas, cediendo a un movimiento espontáneo, se arrojaron al cuello de su padre y le cubrieron de lágrimas y de caricias.

El mariscal Simón no había dicho una palabra, sus hijas tampoco habían hablado y sin embargo los tres se habían comprendido. Un choque simpático electrizaba y confundía de repente aquellos tres corazones.

Vanos temores, engañosos avisos, todo cedió ante el impulso irresistible que precipitaba a las hijas en los brazos del padre; una revelación repentina les daba la fe en el momento fatal en que una desconfianza incurable iba a separarlos para siempre.

Bastóle un segundo al mariscal para sentir todo esto; pero le faltaron expresiones. Agitado, fuera de sí, besando la frente, los cabellos y las manos de sus hijas, suspirando y sonriendo alternativamente, estaba como loco, deliraba y la dicha lo tenía embriagado; al fin exclamó:

—Las he recobrado, o más bien, nunca las perdí. Me amaban ¡oh! ya no puedo dudarlos; me amaban y no se atrevían a decírmelo. Yo les causaba respeto. ¡Necio de mí! habían creído... pero es culpa mía. ¡Ah!, ¡ah! —exclamó riendo, llorando y cubriendo a sus hijas de nuevas caricias, vengan ahora a despreciarme, a acosarme, a

todo haré frente—. Vamos, ojos hermosos, ojos azules tan suaves, miradme bien, frente a frente y que vuelva a la vida.

—¡Oh! padre mío, ¿con que nos queréis tanto como os queremos? —exclamó Rosa con ingenuidad seductora.

—¿Podremos a menudo, muy a menudo, todos los días arrojaros en vuestros brazos, abrazaros y deciros nuestra alegría de estar junto a vos?

—Sí lo podréis, lo podréis —dijo el mariscal Simón tartamudeando de alegría—, ¿y quién os lo impedía, hijas mías? pero no, no me respondáis, no hablemos de lo pasado; todo lo comprendo; mis preocupaciones las interpretáis de un modo que os ha entristecido; yo, por mi parte, interpreté vuestra tristeza, ya os imagináis cómo; pero no hagáis caso de lo que os digo, sólo pienso en miraros, estoy aturdido, deslumbrado, siento una loca alegría.

—¡Oh! miradnos, padre mío, mirad bien en nuestros ojos, en el fondo de nuestro corazón.

—En ellos leeréis la dicha para nosotras y el amor para vos, padre mío.

—Vos —dijo el mariscal en tono de reconvención cariñosa— ¿qué significa eso? tuteadme, si yo no lo hago, es porque sois dos.

—Padre mío, dame tu mano —dijo Blanca, cogiéndola y poniéndola sobre su corazón.

—Padre mío, tu mano —dijo Rosa tomando la otra mano del mariscal—, ¿crees ahora en nuestro amor, en nuestra felicidad? —añadió Rosa.

Imposible fuera expresar todo el orgullo encantador y filial grabado en la divina fisonomía de las dos jóvenes, mientras que su padre, apoyando ligeramente sus valientes manos sobre su seno virginal, contaba con embriaguez las pulsaciones precipitadas y alegres de su corazón.

Una especie de suspiro ronco y oprimido que se oyó a la puerta de la habitación que había quedado abierta hizo que el padre y las hijas volvieran la cabeza, descubriendo entonces a Dagoberto acompañado de «Malasombra» que se enderezaba al lado de su amo.

El soldado, enjugándose los ojos, estaba inmóvil; cuando pudo hablar, dirigiéndose al mariscal, meneó la cabeza y con voz ronca, porque el honrado veterano reprimía su llanto, dijo así:

—Bien os lo decía yo.

—Mi excelente amigo, eras mejor padre que yo, ven pronto a abrazarlas, ya no tengo celos.

Y el mariscal alargó la mano al soldado, quien la apretó cordialmente, mientras que las dos huérfanas se arrojaban a su cuello.

Hubo un momento de profundo silencio. La felicidad celeste de que gozaban el mariscal, sus hijas y el soldado en aquel momento de inefable desahogo, fue interrumpido por un ladrido de «Malasombra».

El grupo afortunado se separó y vio el rostro estúpido del Simplón: parecía más

necio que de costumbre y estaba parado a la entrada de la puerta con los ojos espantados, llevando en la mano su canasto de leña y debajo del brazo un plumero.

No hay como la dicha para poner de buen humor, así, aunque su llegada fuese muy inoportuna, una carcajada encantadora, saliendo de los labios rosados de Rosa y Blanca, acogió aquella grotesca aparición.

El Simplón, haciendo reír a las hijas del mariscal, mereció al instante la indulgencia de éste, quien le dijo en tono alegre:

—¿Qué quieres, amigo?

—Señor duque, no soy yo —respondió el Simplón, poniéndose la mano en el pecho, como si prestara un juramento, de modo que el plumero se le cayó al suelo. Aumentáronse las carcajadas de las dos hermanas.

—¡Cómo!, ¿no eres tú? —exclamó el mariscal.

—Ven aquí, «Malasombra» —gritó Dagoberto, porque el buen perro parecía tener un secreto y mal presentimiento respecto al supuesto simple, y se acercaba a él con ademán enojado.

—No, señor duque, no soy —repuso el Simplón—, es el ayuda de cámara que me dijo que dijera al señor Dagoberto al subir leña, para que dijese al señor duque, ya que subía el canasto, que el señor Roberto preguntaba por él.

La risa de las jóvenes fue más estrepitosa al oír esta nueva necesidad del Simplón; el mariscal se estremeció a este nombre.

El señor Roberto era el emisario secreto de Rodin en la empresa posible, aunque aventurada, que se trataba de llevar a cabo para robar Napoleón II.

Después de un momento de silencio, el mariscal, en cuyo rostro brillaba la felicidad y la alegría, dijo al Simplón:

—Dile al señor Roberto que aguarde un momento en mi gabinete.

—Bien está, señor duque. —Luego que se hubo marchado, el mariscal dijo a sus hijas con voz festiva:

—Y a pensar que en un día y en un momento como éste, no se separa uno de sus hijas ni aun por el señor Roberto.

—¡Oh! tanto mejor, padre mío —exclamó Blanca con alegría—, porque ese señor Roberto no me gusta nada.

—¿Tenéis ahí con qué escribir? —preguntó el mariscal.

—Sí, padre mío, aquí en esta mesa —dijo Rosa con viveza, indicando al mariscal un bufete.

El mariscal se sentó al bufete e hizo seña a Dagoberto para que se le acercara. Al mismo tiempo que escribía velozmente algunas palabras con mano firme, le dijo al soldado sonriéndose y en voz baja, de modo que sus hijas no pudiesen oírle:

—¿Sabes a lo que estaba decidido ha poco antes de entrar aquí?

—¿A qué estabais decidido, mi general?

—A levantarme la tapa de los sesos.

Y el mariscal siguió escribiendo. A esta confidencia, Dagoberto hizo un

movimiento y luego replicó también en voz baja:

—No lo hubierais hecho con vuestras pistolas, pues yo había quitado los pistones.

Volvióse el mariscal con rapidez hacia él, mirándole asombrado. El soldado bajó la cabeza afirmativamente añadiendo:

—Gracias a Dios, ya no hay que temer tales ideas.

En respuesta, el mariscal le mostró a sus hijas con una mirada que respiraba ternura y felicidad; luego cerrando la carta que acababa de escribir, se la entregó al soldado diciéndole:

—Entrega esto al señor Roberto y dile que mañana nos veremos.

Dagoberto tomó la carta y salió de la habitación. El mariscal reuniéndose con sus hijas les dijo con alborozo, alargándoles los brazos:

—Ahora, señoritas, vengan dos hermosos besos por haberos sacrificado al pobre señor Roberto. Creo que los he ganado bien.

Rosa y Blanca se arrojaron al cuello de su padre.

* * *

Casi en el momento en que estos sucesos ocurrían en París, dos viajeros extraños aunque separados uno de otro, se comunicaban al través del espacio sus misteriosos pensamientos.

Las ruinas de la abadía de San Juan Degollado

El sol toca el ocaso, y en lo más oculto de un inmenso bosque de abetos, en medio de una obscura soledad, se levantan las ruinas de una abadía dedicada en otro tiempo a «San Juan Degollado».

Yedra, plantas parásitas y musgo cubren casi enteramente las piedras ennegrecidas con el tiempo.

Entre aquel montón de ruinas se eleva sobre un pedestal semicubierto por la maleza, una estatua colosal de piedra, mutilada en varias partes. Su aspecto es extraño y siniestro y representa un hombre decapitado. Está vestido con la toga antigua, tiene en las manos una fuente y en ella una cabeza. Aquella cabeza es la suya.

Es la imagen de San Juan, mártir, muerto por orden de Herodías. Reina en torno un silencio solemne, y sólo se oye de vez en cuando el sordo murmullo de las ramas al agitar el viento los robustos abetos.

De repente, por en medio de los robustos troncos de aquellos árboles, cuyas numerosas raíces se pierden en profundidades sin fin, asoma una forma humana, la de una mujer que se adelanta lentamente hacia las ruinas. Aquella mujer está pálida, su largo vestido ondea a merced del viento, y sus pies están cubiertos de polvo; su andar es forzado e incierto. Y sin embargo, hace muchos días, muchos años y muchos siglos que camina, camina infatigable. Por la vez primera sus pies están doloridos; aquella que con pie firme y desdeñoso hollaba la nieve eterna de las regiones boreales, páramos desiertos en los que no puede vivir ser humano, experimentaba dolor por la vez primera.

Sus pies sangran, sus miembros están destrozados por la fatiga, arde de sed. Su alegría es inmensa; pero su garganta cada vez más seca se contrae. Descubre el arroyo y se arroja de rodillas para apagar su sed en la corriente cristalina y transparente como un espejo.

¿Pero qué sucede entonces?

Apenas sus labios encendidos tocan el agua fresca cuando aquella mujer, permaneciendo de rodillas en la margen del arroyo y apoyada en ambas manos, deja de beber y se mira con avidez en el cristal transparente.

De repente, da un grito de alegría profunda, religiosa, como una acción infinita de gracias al Señor. Acaba de descubrir en aquel espejo profundo que ha envejecido.

En pocos días, en pocas horas, en pocos minutos, quizá en aquel mismo instante, ha llegado a la madurez de la edad.

Durante diez y ocho siglos había parecido tener veinte años y arrastraba su

juventud imperecedera al través de los mundos y de las generaciones. Habiendo envejecido, podía al fin aspirar a la muerte.

Arrebatada con esta esperanza inefable, se levanta, alza la cabeza al cielo. Entonces sus ojos se fijan en la gran estatua de piedra que representa a San Juan Degollado.

La cabeza que el mártir tiene en sus manos parece lanzar una mirada de compasión a la Judía errante. Y ella fue la que en medio de la cruel embriaguez de una fiesta pagana, pidió el suplicio de aquel santo, y por primera vez, al cabo de tantos siglos, la inmortalidad que pesaba sobre Herodías, parece mitigarse al pie de la imagen del mártir.

—¡Oh! misterio impenetrable —exclamó—: la cólera celeste se calma al fin. La mano del Señor me trae a los pies de este santo mártir y aquí empiezo a ser una criatura humana. Para vengar su muerte el Señor me había condenado a una marcha eterna.

»¡Oh! ¡Dios mío! haced que no sea la única perdonada. ¿Podrá aquel artesano que como yo, hija de reyes, anda también durante tantos siglos, podrá esperar como yo que llegue al término de su eterna carrera?

»¿En dónde se halla, Señor, en dónde se halla? ¿Me habéis retirado el poder que me disteis de verle y oírle al través del espacio? ¡Oh! volvedme, Señor, volvedme ese don divino en este momento supremo.

Había llegado la noche, oscura, borrascosa; el viento zumbaba entre los abetos, y detrás de sus negras copas empezaba a subir lentamente por entre densas nubes el disco plateado de la luna.

Quizás la invocación de la Judía errante fue escuchada; de repente sus ojos se cerraron, sus manos quedaron juntas y permaneció arrodillada en medio de las ruinas, inmóvil como una estatua sepulcral. Y entonces tuvo una visión extraña.

CLXI

El Calvario

Ésta fue la visión de Herodías:

En la cumbre de un monte elevado, cubierto de peñascos y escarpado, se ve un Calvario.

El gran Cristo, en la cruz que domina al Calvario, el monte y la llanura árida, solitaria e infinita, resalta blanco y pálido sobre las nubes de un negro azulado que cubren el cielo por todas partes. En el Este el sol poniente dejó largos rastros de siniestra luz de color sangriento.

Un silencio de muerte reina en aquella región desolada. A veces gigantescos buitres vienen a devorar la sangrienta presa que arrebataron en países menos agrestes.

El sol va declinando; el cielo se pone cada vez más oscuro.

El pie de un viajero que, habiendo atravesado la llanura, sube hace una hora aquella pendiente escarpada, ha hecho rodar los guijarros.

Este viajero no asoma todavía, pero se distingue su paso lento, acompasado y firme. Al fin llega a la cumbre del monte y su alta estatura se dibuja sobre el cielo borrascoso. Está tan pálido como el Cristo en la cruz.

Este hombre es el artesano de Jerusalén a quien la miseria, la injusticia y la opresión hicieron malo; aquel que sin compasión por los sufrimientos del hijo del Hombre divino cargado con la cruz, le había rechazado de su morada gritándole con dureza:

—ANDA... ANDA... ANDA...

Y caminó eternamente.

El Señor, no limitando a esto su venganza, quiso a veces que la muerte siguiera los pasos del hombre errante, y que numerosas tumbas fuesen los jalones camineros de su marcha homicida al través de los mundos.

Abismado todo el día y aún a aquella hora en sus negros pensamientos, siguiendo su fatal camino, dirigiéndose a donde le llevaba una mano invisible, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo, el hombre errante había atravesado la llanura y subido al monte sin mirar al cielo, sin advertir el Calvario, ni ver al Cristo crucificado.

El hombre errante pensaba en los últimos descendientes de su linaje.

Y con amarga desesperación, el artesano de Jerusalén se sentó al pie del Calvario.

Entonces un postrer rayo de luz arrojó sobre la cima del monte, sobre el Calvario, una claridad ardiente, semejante al reflejo de un incendio.

El judío apoyaba en aquel momento la mano sobre su frente inclinada; sus largos

cabellos acababan de cubrir su rostro pálido.

Con ávida mirada contemplaba los largos mechones de cabellos que tenía en la mano... antes era negros como la noche y ahora habían encanecido.

También había envejecido como Herodías.

El curso de su edad, detenido por dieciocho siglos, volvía a continuar su marcha.

Como la Judía errante, podía aspirar desde entonces a la tumba.

Cayendo de rodillas extendió las manos, alzó el rostro hacia el cielo para pedir a Dios la explicación de aquel misterio que le embargaba de esperanza. Y por la primera vez sus ojos se fijaron en el Cristo, en la cruz que dominaba el Calvario, así como la Judía errante había fijado su mirada en el párpado de granito del santo mártir. El Cristo, con la cabeza caída por el peso de la corona de espinas, parecía contemplar con dulzura y perdón desde su cruz al artesano que maldijera siglos atrás, y que puesto de rodillas y echado hacia atrás en actitud de espanto y de súplica, tendía hacia él sus manos.

—¡Oh! Cristo —exclamó el judío—; el brazo vengador del Señor me trae al pie de esta cruz tan pesada que llevabas agobiado de cansancio. ¡Oh! Cristo, cuando quisiste detenerte para descansar en el umbral de mi pobre morada yo te rechacé con desapiadada dureza, diciéndote: «Anda... anda». Y he aquí que después de una vida errante me vuelvo a hallar delante de esta cruz y mis cabellos encanecen. ¡Oh! Cristo, ¿tu bondad divina me habrá perdonado al fin?, ¿he llegado al término de mi carrera eterna? Protege también a los últimos descendientes de mi linaje. ¿Cuál será su suerte, Señor? Ya uno de ellos, el único de todos a quien pervirtiera la desgracia, ha desaparecido de la tierra. ¿Acaso mis cabellos han encanecido por esta causa? ¿No estará expiado mi crimen hasta que no quede en el mundo un solo vástago de nuestra familia maldita, o esta prueba de vuestra bondad omnipotente, que me vuelve a la humanidad, es el presagio de vuestra clemencia y de la felicidad de los míos? ¿Podrán merecer así su perdón como el mío, ejecutado todo el bien que su abuelo quería hacer al género humano, o bien condenados inexorablemente por vos, como vástagos malditos de mi linaje maldito, deberán expiar su pecado original y mi crimen?

»¡Oh! hablad, hablad, Señor, ¿me perdonaréis con ellos, o los castigaréis conmigo?

* * *

En vano una noche tempestuosa y oscura había sucedido al crepúsculo; el judío seguía orando de rodillas al pie del Calvario.

CLXII

El consejo

La escena siguiente pasa en el palacio de Saint-Dizier, un día después de aquél en que se efectuó la reconciliación entre el mariscal Simón y sus hijas.

La princesa está escuchando lo que dice Rodin con la mayor atención.

En el rostro cadavérico del jesuita se trasluce una profunda satisfacción.

La señora de Saint-Dizier, no quitaba los ojos de Rodin, porque éste había suplantado completamente al Padre d'Aigrigny en el ánimo de la devota. La calma, audacia, superior capacidad y carácter áspero y dominante del «ex-socius» imponían a aquella mujer altiva, la subyugaban y le inspiraban una sincera admiración y casi simpatía.

—Sí, señora —decía Rodin con tono convencido—; porque semejante clase de gentes no se quitan la máscara aun con sus cómplices; sí, señora, hemos recibido buenas noticias de nuestro retiro de Saint Heren. El señor Hardy, el gran pensador, el despreocupado, ha entrado al fin en el gremio de nuestra santa iglesia católica, apostólica y romana, de tal manera, que en medio de su ascético entusiasmo ha querido pronunciar ya los votos que le ligan a nuestra santa Compañía.

—¡Cómo, tan pronto, padre! —dijo la princesa sorprendida.

—No hay que dudarle; así pude, usando de mis dispensas, hacer que ese caro penitente fuese recibido como miembro de nuestra santa Compañía, a la cual, según las reglas, ha cedido todos los bienes presentes y futuros; ésta es una víctima más de la filosofía que arrancamos a las uñas de Satanás.

—¡Ah! padre —exclamó la devota admirada— ¡qué conversión tan milagrosa! El padre d'Aigrigny me dijo cuánto habéis tenido que luchar contra el influjo del abate Gabriel.

—El abate Gabriel —respondió Rodin— ha sido castigado por haberse metido en lo que no le importaba y además por otras cosas. He exigido su entredicho, su obispo lo ha verificado y lo ha suspendido.

—Es hombre perjudicial —replicó la princesa—, porque su acción sobre los hombres es bastante poderosa, de modo que ha sido precisa la elocuencia admirable e irresistible que poseéis para combatir los abominables consejos de ese abate Gabriel, que había creído restituir al señor Hardy a la vida mundana.

La devota continuó:

—Uno de la familia de Rennepont, miserable artesano, fue arrastrado a su perdición por lo exaltado de sus vicios; a otro lo guiasteis al camino de salvación exaltando sus cualidades amantes y tiernas. Glorificaos, pues, en vuestras previsiones, ¡oh padre! porque vos lo dijisteis: «Apelaré a las pasiones para conseguir

mi objeto».

—No os deis tanta prisa en regocijaros —dijo Rodin con impaciencia—. ¿Y vuestra sobrina y el indio, y las dos hijas del mariscal Simón? ¿Todas estas personas han tenido por ventura un fin cristiano, o no están interesadas en la herencia para que tan pronto nos regocijemos?

—Seguramente que no.

—Ya veis, señora, que aún no hay motivos de alegrarse; así, no perdamos el tiempo en felicitarnos de lo pasado y pensemos en el porvenir. Se acerca el gran día; falta poco para el 1.º de junio; quiera el cielo que los cuatro miembros de la familia que aún existen, no continúen viviendo en la impenitencia hasta aquella época y se apoderen de esta gran herencia, que sería motivo de nuevas perdiciones entre sus manos, mientras que sería objeto de gloria para el Señor y para su iglesia, hallándose en poder de nuestra Compañía.

—Es cierto, padre.

—Pero ahora que recuerdo, ¿debíais ver a vuestro agente de negocios respecto a vuestra sobrina?

—Le he visto, padre, y por muy incierta que sea la probabilidad de que os hablé, puede intentarse; hoy mismo sabré si es posible legalmente.

—Acaso entonces, en medio de la nueva situación en que se hallaría colocada, encontraríamos algún arbitrio para lograr «su conversión» —dijo Rodin con una sonrisa repugnante—; porque hasta ahora, desde que se ha inclinado a ese indio, la dicha de estos dos paganos parece inalterable y brillante como una piedra preciosa en la que nada hace mella, ni aun el diente de Faringhea. Pero confiemos en que el Señor castigará tan vanas y culpables felicidades.

Esta conversación fue interrumpida por el Padre d'Aigrigny que entró en el salón con aire triunfante gritando desde la puerta:

—¡Victoria!

—¡Cómo! —exclamó la princesa.

—Se marchó esta noche —dijo el Padre d'Aigrigny.

—¿Quién? —preguntó Rodin.

—El mariscal Simón —respondió el Padre d'Aigrigny.

—¡Gracias a Dios! —dijo Rodin no pudiendo ocultar la profunda alegría de que estaba poseído.

—Indudablemente su conferencia con el general d'Havrincourt habrá colmado la medida —exclamó la devota—, porque yo sé que tuvo una entrevista con el general, quien creyó como otros muchos los rumores más o menos fundados que yo había hecho circular.

—¿Sabéis algunos pormenores? —dijo Rodin.

—Acabo de separarme de Roberto —dijo el Padre d'Aigrigny— y las señas y la edad son las del mariscal; éste se marchó con los papeles de vuestro emisario, a quien una sola cosa sorprendió.

—¿Cuál? —dijo Rodin.

—Que hasta ahora había tenido que combatir continuamente las irresoluciones del mariscal y además había observado su rostro sombrío y desesperado. Ayer, por el contrario, lo encontró tan contento, que no pudo menos de preguntarle la causa de aquella mudanza.

—¿Y qué? —dijeron a un tiempo Rodin y la princesa muy sorprendidos.

—«En efecto —respondió el mariscal— soy el hombre más afortunado del mundo porque voy a cumplir un deber sagrado con alegría y satisfacción».

Los tres actores de esta escena se miraron silenciosamente.

—¿Y quién ha podido ocasionar tan repentina mudanza en el ánimo del mariscal? —dijo la princesa con aire pensativo.

—Me pierdo en conjeturas —dijo Rodin reflexionando—; pero no importa, se ha marchado y no hay momento que perder para influir en el ánimo de sus hijas. ¿Ha llevado consigo a ese maldito soldado?

—No —dijo el Padre d'Aigrigny—, por desgracia no se lo ha llevado; ese hombre, a quien lo pasado ha hecho desconfiado, va a aumentar sus precauciones. Teníamos una persona que nos hubiera servido contra él en un caso desesperado; pero ha sido acometida de la enfermedad reinante.

—¿Y quién era esa persona? —preguntó la princesa.

—Era Morok, y es hombre perdido, porque aun cuando se libre del contagio, sucumbirá a una dolencia horrible e incurable.

—¿Qué es lo que decís?

—Hace pocos días que le mordió uno de sus perros, y a la mañana siguiente éste apareció rabioso.

—¡Qué horror! —exclamó la princesa—, ¿y en dónde se encuentra ese desgraciado?

—Le han transportado a uno de los hospitales provisionales que se han establecido en París; porque el cólera no se le había declarado hasta ahora, y os repito que es doble desgracia, porque era hombre decidido y dispuesto para todo. Será casi imposible acercarse ahora al soldado encargado de las huérfanas, y sin embargo, sólo por medio suyo se puede ver a las hijas del mariscal Simón.

—Eso es cierto —dijo Rodin en ademán pensativo.

—Sobre todo desde que las cartas anónimas han despertado otra vez sus sospechas —añadió el Padre d'Aigrigny—, y...

—Ahora que hablamos de cartas anónimas —dijo de repente Rodin interrumpiendo al Padre d'Aigrigny—, bueno es que sepáis una cosa, ya os diré por qué.

—¿De qué se trata?

—Además de las cartas que sabéis, el mariscal Simón recibió otras muchas de las que no tenéis conocimiento y en las que se procuraba exasperar su irritación contra vos, recordándole cuántos motivos tenía para aborreceros, y mofándose de él porque

vuestro sagrado carácter os ponía a cubierto de su venganza.

El Padre d'Aigrigny miró a Rodin con estupor y exclamó ruborizándose:

—¿Pero con qué objeto ha obrado así vuestra reverencia?

—En primer lugar para alejar de mí las sospechas que pudieran haber suscitado esas cartas, y luego para exaltar el furor del mariscal hasta el delirio, recordándole continuamente los justos motivos del odio que os tenía y la imposibilidad en que se halla de satisfacerlo. Esto, unido a otras semillas de pesar, enojo e irritación que las bestiales pasiones de ese militar hacían germinar en su interior, debían precipitarle en esa loca empresa, que es la consecuencia y el castigo de su idolatría hacia un miserable usurpador.

—Todo eso está muy bien —dijo el Padre d'Aigrigny con encogimiento—; pero vuestra reverencia me permitirá una observación, y es, que acaso era expuesto excitar así al mariscal Simón. Porque el mariscal, arrebatado, y acordándose solamente de nuestro mutuo aborrecimiento, podía buscarme, hallarme...

—¿Y bien, qué? —dijo Rodin.

—Podía olvidar que soy sacerdote... y...

—¡Ah!, ¿tenéis miedo?

A estas palabras de Rodin: «Tenéis miedo», el Reverendo Padre dio un salto en su asiento, y luego, recobrando su serenidad, añadió:

—Vuestra reverencia no se engaña; sí, tendría miedo; en semejante circunstancia, temería olvidar que soy sacerdote y acordarme demasiado que fui militar.

—¿Eso temeríais? —dijo Rodin con sumo desprecio—, ¿aún tenéis esa necia delicadeza en punto de honor? Creía que la sotana había apagado ese admirable ardor; pero por lo visto, si ese matón a quien yo estaba seguro de trastornar el cerebro, tan vacío y sonoro como un tambor, con algunas palabras mágicas que exaltan a los imbéciles tales como: «Honor militar; juramento; Napoleón II» si ese matón, repito, se hubiera propasado a alguna violencia contra vos, hubierais tenido que hacer muchos esfuerzos para conservar vuestra sangre fría.

Y Rodin fijó otra vez sus miradas penetrantes en el abate.

—Me parece inútil que vuestra reverencia haga semejantes suposiciones.

—Como superior vuestro —replicó severamente Rodin—, tengo derecho a preguntaros lo que hubierais hecho si el mariscal Simón os hubiese levantado la mano.

—Señor mío... —exclamó el abate.

—Aquí no hay «señores» sino sacerdotes —dijo Rodin con aspereza.

El Padre d'Aigrigny bajó la cabeza reprimiendo difícilmente su cólera.

—Os vuelvo a preguntar —repitió Rodin con obstinación—, ¿qué conducta hubierais observado si el mariscal Simón os hubiera acometido?

—¡Basta, basta, por favor! —dijo el Padre d'Aigrigny.

—¿O que os hubiera abofeteado, si la expresión os parece más adecuada? —repuso Rodin con una terquedad sin igual.

El Padre d'Aigrigny, descolorido, apretando los dientes y los puños, se puso frenético a la idea de tal ultraje, en tanto que Rodin, que sin duda no había hecho inútilmente aquella pregunta, levantando sus párpados arrugados, parecía observar atentamente los síntomas expresivos que se traslucían en la fisonomía trastornada del antiguo coronel.

La devota, más y más fascinada por el «ex-socius», sentía acrecentarse su admiración por Rodin.

Al fin el Padre d'Aigrigny, recobrando poco a poco la serenidad, respondió a Rodin con tono sosegado:

—Si me viera en el caso de sufrir semejante ultraje, suplicaría al Señor que me diera resignación y humildad.

—Y seguramente el Señor escucharía vuestras súplicas —dijo Rodin con frialdad, satisfecho de la prueba que acababa de hacer con el Padre d'Aigrigny—. Además, estáis prevenido, y no hay probabilidad —añadió con espantosa sonrisa—, de que el mariscal Simón vuelva aquí para someter vuestra humildad a tan dura prueba; pero si volviera —y al decir esto Rodin miró otra vez con fijeza al abate— no dudo que sabríais manifestar a ese brutal soldadote, a pesar de sus violencias, cuánta resignación y humildad caben en un alma verdaderamente cristiana.

Dos golpes dados con cuidado a la puerta de la habitación interrumpieron por un momento esta conversación. Entró un criado llevando en un azafate un gran pliego cerrado que entregó a la princesa.

La señora de Saint-Dizier, habiendo pedido con la mirada permiso a Rodin para abrir la carta, la leyó y pronto se traslució en su rostro una cruel satisfacción.

—Todavía hay esperanza —exclamó dirigiéndose a Rodin—; la demanda es estrictamente legal y está apoyada en la instancia de interdicción: el resultado puede ser tal cual deseamos. En una palabra, mi sobrina puede verse de un día a otro en la más completa miseria. ¡Qué trastorno para ella, que es tan pródiga!

—No hay duda que entonces lograríamos dominar este carácter indomable —dijo Rodin— porque hasta ahora se han frustrado todos nuestros esfuerzos; no parece sino que hay ciertas felicidades que hacen invulnerables a los que las disfrutan —añadió entre dientes el jesuita royéndose sus uñas negras y aplastadas.

—Pero para obtener el resultado que deseo, es preciso exasperar el orgullo de mi sobrina; por lo tanto, es de absoluta necesidad que la vea y que la hable —dijo la señora de Saint-Dizier después de haber reflexionado.

—La señorita de Cardoville no querrá prestarse a semejante entrevista —dijo el Padre d'Aigrigny.

—Puede ser que así suceda —dijo la princesa—. Es tan feliz que su audacia debe rayar muy alto; sí, sí, la conozco; le escribiré de modo que venga aquí.

—¿Eso creéis? —preguntó Rodin con aire de duda.

—No lo dudéis, padre —respondió la princesa—; vendrá, y si nos valemos de su altivez, mucho podemos prometernos.

—Entonces no hay tiempo que perder, señora —agregó Rodin—; manos a la obra, pues se acerca el momento y se han despertado el odio y la desconfianza.

—En cuanto al odio —replicó la princesa—, la señorita de Cardoville ha podido ver el éxito del proceso que promovió respecto a lo que llama su detención en una enfermería, y el secuestro de las señoritas Simón en el convento de Santa María. A Dios gracias, tenemos amigos en todas partes; sé por buen conducto que no se hará caso de sus reclamaciones.

—En tales circunstancias —dijo Rodin—, la marcha del mariscal nos deja en plena libertad para obrar.

—Pero ¿cómo se ha de proceder? —preguntó la princesa.

—En primer lugar, es preciso ver a sus hijas, hablar con ellas y estudiarlas; luego obramos según sea necesario.

—Habéis de advertir —dijo el Padre d’Aigrigny—, que el soldado no las deja ni un minuto solas.

—En ese caso —prosiguió Rodin—, será preciso hablar con ellas delante del soldado y ganar a éste.

—¡Ganarle a él! vana esperanza —dijo el Padre d’Aigrigny—; no conocéis la honradez de ese hombre.

—¿Que no le conozco? —dijo Rodin encogiéndose de hombros—; pues que, ¿no me presentó a él la señorita de Cardoville llamándome su libertador cuando os denuncié como el alma de esa trama?, ¿no fui yo el que le restituí su ridícula reliquia imperial, su cruz de honor, en casa del doctor Baleinier? ¿No fui yo, en fin, el que saqué a las jóvenes del convento y las puse en brazos de su padre?

—Sí —contestó la princesa—, pero desde entonces mi maldita sobrina lo ha adivinado y descubierto todo. Ella misma os lo dijo así, padre mío.

—Me dijo que me consideraba como su enemigo mortal —añadió Rodin—. Enhorabuena; ¿pero habrá hablado de esto al mariscal?, ¿me habrá nombrado? y en caso de haberlo hecho ¿creéis que el mariscal se lo habrá comunicado al soldado? Todo puede ser, pero no es positivo que así sea; de todos mudos hay que cerciorarse de ello; y si el soldado me trata como a enemigo, entonces veremos; mas yo procuraré que me reciba amistosamente.

—Y ¿cuándo pensáis hacerlo? —preguntó la devota.

—Mañana por la mañana —respondió Rodin.

—Pero si os trata como a enemigo no querrá admitiros; y entonces, ¿cómo lograréis una entrevista con las hijas del mariscal Simón? —dijo el Padre d’Aigrigny.

—No lo sé —dijo Rodin—, pero como quiero conseguirlo, lo conseguiré.

—Padre mío —añadió de repente la princesa reflexionando—, esas jóvenes no me han visto nunca, ¿no podría tener una entrevista con ellas ocultando mi nombre?

—Eso sería enteramente inútil, señora, porque ante todo he de tomar una determinación fundada respecto a esas huérfanas. He de verlas a toda costa y conversar con ellas largo rato, y sólo me será útil vuestro auxilio cuando haya

combinado bien mi plan. De todos modos, estad pronta mañana por la mañana para acompañarme.

—¿A dónde, padre?

—A casa del mariscal Simón.

—¿A su casa?

—Precisamente, no, iréis en vuestro carruaje, yo tomaré un coche de alquiler y procuraré que las jóvenes me reciban; entre tanto me aguardáis a corta distancia de la casa del mariscal; bien logre mi objeto o bien necesite de vuestro auxilio, iré a buscaros.

—Bien abate, aunque a la verdad, tiemblo al pensar en vuestra entrevista con ese soldado brutal —añadió la princesa.

—El Señor velará por su servidor, señora —respondió Rodin—. Por lo que a vos toca, padre —añadió dirigiéndose al Padre d’Aigrigny—, despachad inmediatamente a Viena la nota que estaba pronta, para enterar a la persona que sabéis, de la próxima llegada del mariscal. Todo está previsto y esta noche escribiré con más extensión.

* * *

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, la señora de Saint-Dizier en su carruaje y Rodin en el coche de alquiler, se dirigían a la casa del mariscal Simón.

CLXIII

La felicidad

Dos días hace que el mariscal Simón se marchó. Son las ocho de la mañana, y Dagoberto atraviesa el salón que conduce al aposento de Rosa y Blanca y acerca con tiento el oído a la puerta de la habitación; «Malasombra» sigue a su amo.

El rostro del soldado está inquieto, y al acercarse dice para sí:

—Con tal que estas queridas niñas no hayan oído nada esta noche... Se espantarían, y mejor será que sepan este suceso lo más tarde posible. Han sobrellevado con fortaleza su partida; así, con tal que ignoren lo que ocurrió anoche, pues, les causaría demasiado pesar —y luego, escuchando otra vez, el soldado prosiguió así—: No oigo nada, nada, pues acostumbran a despertar temprano; acaso el pesar...

Dos carcajadas de alegría resonando en el aposento de las jóvenes interrumpieron las reflexiones de Dagoberto.

—Vamos, no están tan tristes como creía —dijo Dagoberto respirando con más desahogo—; probablemente nada saben.

Las risotadas se aumentaron de tal manera, que el soldado, encantado con aquella alegría tan poco común en sus «niñas», se sintió enternecido; sus ojos se humedecieron por un instante al pensar en que las huérfanas habían recobrado al fin la serenidad de su edad feliz; como no hay cosa tan contagiosa como la alegría, y el honrado soldado no cabía en sí de gozo, vino a parar, en reírse con todas sus fuerzas sin saber por qué y sólo de oír a Rosa y Blanca.

«Malasombra» nunca había visto a su amo tan contento, y al pronto le miró con admiración silenciosa y profunda y después empezó a ladrar con ademán interrogativo.

Al oír «aquel acento» tan conocido, la risa de las jóvenes cesó de pronto, y una voz clara, aunque algo agitada por una alegre emoción, gritó:

—¿Con que eres tú, «Malasombra», el que vienes a despertarnos?

El inteligente animal meneó la cola, agachó las orejas y arrojándose a la puerta como un perro faldero, respondió con un ligero gemido al llamamiento de su joven ama.

—Entonces, tened la bondad de decirnos qué hora es —añadió Blanca.

—Sí, señoritas, ya son las ocho dadas —dijo Dagoberto con voz fuerte, acompañando esta gracia con una gran risotada.

Oyóse un ligero grito de sorpresa, y Rosa prosiguió:

—Buenos días, Dagoberto.

—Buenos días, hijas mías; muy perezosas estáis hoy, sin que esto sea

reconveniros.

—No tenemos la culpa; nuestra querida Agustina aún no ha venido —dijo Rosa—; la estamos esperando.

—Aquí es ella —dijo para sí Dagoberto, cuyas facciones se descompusieron; y luego añadió en voz alta, aunque con bastante turbación, porque el honrado soldado no sabía mentir—: Hijas mías, vuestra aya salió esta mañana muy temprano, y se fue al campo para arreglar algunos negocios; no volverá hasta de aquí a unos días, de modo que haréis bien en levantaros y vestiros vosotras mismas.

—¡Qué buena es la señora Agustina! —añadió la voz de Blanca con manifiesto interés—. Dagoberto, supongo que esta súbita partida no la habrá motivado ningún incidente desagradable.

—No, no, de ningún modo; tiene negocios —respondió el soldado—, ha ido a visitar a un pariente suyo.

—Tanto mejor —dijo Rosa—. Ya te llamaremos, Dagoberto, cuando puedas entrar.

—Vuelvo dentro de un cuarto de hora —dijo el soldado alejándose, y luego se le ocurrió esto: Es preciso que sermonee al Simplón, porque es tan necio y hablador que puede descubrirlo todo.

El nombre del supuesto simple servirá de transición para dar a conocer el motivo de la loca alegría de las dos hermanas, que se estaban riendo de las necedades de aquel imbécil.

Las dos jóvenes se habían levantado y vestido, sirviéndose mutuamente de camarera. Rosa había peinado a Blanca y a ésta le tocaba hacer lo mismo con Rosa.

Edad feliz y seductora tan inmediata a la infancia en que la alegría presente hace olvidar pronto los dolores pasados.

Blanca, al alisar la cabellera de su hermana, dejó caer el peine, y al bajarse para recogerlo, Rosa se le anticipó y se lo devolvió diciéndole:

—Si se hubiera roto, lo hubieras echado en el «canasto de las asas».

Y las dos jóvenes se echaron a reír como unas locas a estas palabras que aludían a una gran sandez del Simplón.

Éste había roto el asa de una taza y reprendiéndole el aya de las jóvenes, había respondido: «Tranquilizaos, señora, he puesto el asa en el canasto de las asas». «¿En el canasto de las asas? ¿En el canasto de las asas?». —«Sí, señora, ahí guardo todas las asas que rompo y las que romperé».

—¡Dios mío! —dijo Rosa enjugándose los ojos humedecidos con lágrimas de alegría—. ¡Vaya una ridiculez! reír de tales simplezas...

—Por nuestra parte, preciso es confesarlo; ¿qué más queremos que estar alegres?

—¡Oh! seguramente, las últimas palabras de padre nos dieron tanto ánimo, ¿no es verdad, hermana?

—Yo al escucharle me sentía con fuerza para soportar su partida.

—Y cuando nos dijo «Hijas mías, voy a confiaros todo cuanto puedo; tenía que

cumplir un deber sagrado; para eso había de dejaros por algún tiempo, y aunque estaba tan ciego que dudaba de vuestro cariño, no podía resolverme a abandonaros; sin embargo, mi conciencia se hallaba inquieta; pero cuando llegué a estar seguro de vuestro afecto, cesaron de repente mis irresoluciones, y comprendí que no era preciso sacrificar un deber a otro y buscarme así remordimientos, sino que debía cumplir ambos deberes tan sagrados, y esto es lo que ahora hago con alegría, valor y felicidad».

—¡Oh! prosigue, prosigue, hermana —exclamó Blanca—; recordemos con frecuencia esas palabras, que nos sostendrían si llegásemos a entristecernos en ausencia suya.

—¿No es verdad, hermana? Pero padre también nos decía: «Hijas mías, en vez de afligiros por mi partida, regocijaos y vanagloriaos de ella. Os dejo para ejecutar hechos dignos y generosos. Figuraos que hay en cierta parte un pobre huérfano que padece, a quien oprimen y a quien todos han abandonado; que el padre de ese huérfano fue mi protector; que le juré sacrificarme por su hijo, y que la vida de este hijo se halla en gran peligro: decidme, hijas mías, ¿os causaría pesadumbre el que yo os dejase para ir al socorro de ese huérfano?».

—«¡Oh! No, no, padre mío, le respondimos, entonces no seríamos dignas de ser hijas tuyas —repuso Blanca con exaltación—; vete y estad seguro de nosotras».

—¡Oh! Hermana —prosiguió Rosa con exaltación—; ¡qué hermosa es la idea de llenar un deber y hacer un sacrificio!

—No lo dudo; mira cuán fuertes nos sentimos ahora padre, y en medio de nosotras, tú de un lado y yo de otro, y...

—Dagoberto de vanguardia, «Malasombra» de retaguardia y el ejército estará completo. ¡Qué vengan a atacarlo, por mi vida! —añadió de repente una voz fuerte y alegre interrumpiendo a la joven, y asomó Dagoberto a la puerta de la sala que dejó entreabierta.

—¡Ah!, ¡curioso, nos estabas escuchando! —dijo Rosa con alegría, saliendo del aposento con su hermana y entrando en la sala en donde ambas abrazaron cariñosamente al soldado.

—Ya lo creo que os estaba escuchando, y lo que yo sentía era no tener las orejas tan grandes como «Malasombra» para oír mejor. Excelentes chicas, así os quiero; algo loquillas, ¡voto a!... y diciendo a los pesares: media vuelta a la izquierda ¡caramba! idos a otra parte.

—Ya verás —dijo Rosa a su hermana riendo como una loca—, dentro de poco querrá que también echemos juramentos.

—Por mi vida —dijo el soldado—: de vez en cuando conviene hacerlo, es un desahogo.

—¿Quieres callarte? —dijo Rosa poniendo la mano sobre el bigote cano de Dagoberto para interrumpirle—; si te oyera la señora Agustina...

—¡Pobre aya! ella que es tan dulce y tímida —repuso Blanca.

Las dos hermanas estaban sumamente alegres cuando se abrió la puerta de la sala y entró el Simplón anunciando en alta voz al señor Rodin. Efectivamente, el jesuita se coló precipitadamente en el aposento para tomar posesión del terreno, y una vez dentro creyó que era cosa hecha, y sus ojos de reptil chispearon de gozo. Difícil fuera pintar la sorpresa de las dos hermanas y la cólera del soldado a esta visita.

Dagoberto se arrojó sobre el Simplón, y asiéndole por el cuello, le gritó:

—¿Quién te ha dado permiso para dejar entrar a nadie sin avisarme antes?

—¡Perdón, señor Dagoberto! —dijo el Simplón poniéndose de rodillas y juntando las manos con ademán suplicante.

—Vete, sal de aquí, y vos también, vos sobre todo —añadió el soldado con ademán amenazador, volviéndose hacia Rodin que se iba acercando a las jóvenes con hipócrita sonrisa.

—Estoy a vuestras órdenes, señor mío —dijo el cura con humildad haciendo una reverencia, pero sin moverse.

—¡Acabará! —gritó el soldado al Simplón que permanecía arrodillado y que valiéndose de esta postura podía hablar mucho antes que Dagoberto pudiese echarle.

—Señor Dagoberto —decía el Simplón con voz condolida—, mil perdones os pido; pero, ¡ay!, he perdido la cabeza con la desgracia de la señora Agustina.

—¿Qué desgracia le ha sucedido? —exclamaron a una Rosa y Blanca, acercándose con viveza al Simplón y sumamente inquietas.

—¡Acabarás de marcharte!... —dijo Dagoberto sacudiendo fuertemente al Simplón.

—Hablad, hablad —dijo Rosa poniéndose entre el soldado y el Simplón—, ¿qué le ha sucedido a la señora Agustina?

—Señorita —se apresuró a decir el Simplón, a pesar de los esfuerzos del soldado—; la señora Agustina tuvo un ataque colérico esta noche.

Dagoberto no le dejó concluir y le descargó en la quijada un tremendo puñetazo.

Volviéndose entonces hacia Rodin, el rostro encendido y los ojos chispeando de cólera, Dagoberto le indicó la puerta con ademán expresivo, diciéndole con voz llena de furor:

—Ahora vos... y si no os dais prisa...

—Estoy a vuestras órdenes, señor mío —dijo Rodin dirigiéndose de espaldas hacia la puerta y saludando a las dos jóvenes.

CLXIV

El deber

Rodin, efectuando lentamente su retirada y cediendo a las miradas furiosas de Dagoberto, se dirigía de espaldas a la puerta echando miradas oblicuas y penetrantes sobre las huérfanas, visiblemente conmovidas con la indiscreción calculada del Simplón (Dagoberto había mandado a éste que no hablara delante de las jóvenes de la enfermedad de su aya y el supuesto simple, había hecho precisamente lo que le habían prohibido). Rosa, acercándose vivamente al soldado, le dijo:

—¡Dios mío!, ¿es cierto que el cólera haya atacado a la señora Agustina?

—No, no sé, no lo creo —respondió el soldado titubeando— y además ¿qué os interesa?

—Dagoberto, quieres ocultarnos una desgracia —dijo Blanca.

—Si está enferma no debemos abandonarla; se compadeció de nuestros pesares y debemos aliviar sus sufrimientos.

—Ven, hermana, vamos a su cuarto —dijo Blanca dando un paso hacia la puerta en donde Rodin permanecía parado escuchando con suma atención esta escena imprevista, sobre la que parecía reflexionar profundamente.

—No saldréis de aquí —dijo severamente el soldado dirigiéndose a las dos hermanas.

—Amigo mío —añadió Blanca—, padre, al marcharse, nos dio un ejemplo admirable sacrificándose por el deber, y no nos perdonaría si olvidáramos sus lecciones.

—¡Cómo! —exclamó Dagoberto fuera de sí y adelantándose hacia las dos hermanas para impedir que salieran—; ¿creéis que si vuestra aya tiene el cólera, os dejaré ir junto a ella bajo pretexto de cumplir un deber? Vuestro deber es vivir, y vivir felices para vuestro padre.

—Ningún riesgo corremos yendo junto a nuestra aya —dijo Rosa.

De repente Rodin, que había estado escuchando lo que precede con atención cada vez más meditabunda, se estremeció, brillaron sus ojos y un rayo de siniestra alegría iluminó su rostro.

—Dagoberto, no te niegues a lo que te pedimos —dijo Blanca—; harías por nosotras lo que no deseas que hagamos por otro.

Hasta entonces, Dagoberto había cerrado el paso al jesuita y a las dos hermanas interponiéndose delante de la puerta; después de un momento de reflexión, encogiéndose de hombros, se apartó a un lado y dijo tranquilamente:

—Soy un viejo loco. Id, señoritas, id, y si halláis en casa a la señora Agustina, os permito que os quedéis con ella.

Confundidas con la serenidad y las palabras de Dagoberto, las dos jóvenes se quedaron indecisas.

—Si nuestra aya no está aquí ¿en dónde se encuentra? —preguntó Rosa.

—¿Acaso creéis que os lo diré, viéndoos tan exaltadas?

—¿Ha muerto? —exclamó Rosa poniéndose pálida.

—No, no sosegaos —dijo el soldado con viveza—; no, por vuestro padre os juro que no; solamente que al instante que la acometió la enfermedad, pidió que la sacasen de casa, temiendo que los demás se contagiasen.

—¡Excelente mujer! —dijo Rosa emocionada—, y no quieres...

—No quiero que salgáis de aquí, y no saldréis aun cuando hubiera de encerraros en vuestro cuarto —exclamó el soldado hiriendo otra vez el suelo con el pie.

Y luego acordándose que la indiscreción del Simplón ocasionaba aquel desagradable incidente, añadió con furor concentrado:

—Habré de romperle la cabeza a ese bribón —y diciendo esto, se volvió hacia la puerta donde Rodin estaba silencioso y atento, encubriendo bajo su impasibilidad acostumbrada las funestas esperanzas que acababa de concebir.

Las dos jóvenes, no poniendo en duda la partida de su aya, se quedaron tristes y pensativas.

A la vista del cura, de quien se había olvidado, subió de punto la cólera del soldado y le dijo brutalmente:

—¿Cómo, aún estáis ahí?

—Tengo que haceros una observación, señor mío —dijo Rodin.

—Bien, ahora nadie os la impide; largo.

—Me apresuraré, pues, a «largarme», amigo mío, aunque me parece que tengo derecho a sorprenderme de semejante recibimiento.

—Ahora no se trata de recibimiento, sino de partida; idos.

—Es que se trata de asuntos importantes.

—El asunto importante para mí es quedarme con estas niñas.

—Enhorabuena, amigo mío —dijo Rodin, llegando al dintel de la puerta—, no os molestaré más; disimulad mi indiscreción, traía noticias, buenas noticias del mariscal Simón, y venía...

—¡Cómo!, ¿noticias de nuestro padre? —dijo Rosa vivamente acercándose a Rodin.

—¡Oh! decid, decid, caballero —añadió Blanca.

—Decís que traéis noticias del mariscal, ¿vos? —dijo Dagoberto echando a Rodin una mirada sospechosa—. ¿Y qué noticias son ésas?

Pero Rodin, sin responder a esta pregunta, volvió a la sala, y contemplando alternativamente a Rosa y Blanca, prosiguió con admiración:

—¡Cuánta es mi dicha de procurar alguna satisfacción a estas lindas señoritas! Están como las dejé, agraciadas y encantadoras, aunque no tan tristes como el día en que fui a buscarlas a aquel convento, en donde estaban encerradas. ¡Con cuánto gozo

las vi arrojarse en brazos de su glorioso padre!

—Aquél era su lugar, éste no es el vuestro —dijo Dagoberto con aspereza.

—A lo menos confesaréis que no estaba fuera de lugar en casa del doctor Baleinier —dijo el jesuita mirando al soldado con aire astuto—, ¿no os acordáis en aquella enfermería el día en que os restituí aquella noble condecoración que sentíais tanto haber perdido?, ¿el día en que la excelente señorita de Cardoville impidió que me ahogaseis, diciéndoos que yo era su libertador, amigo mío? Todo ello sucedió como tengo la honra de decíroslo, señoritas; este valiente empezaba a ahogarme, porque a la verdad, sin intención de enfadarle, tiene a pesar de sus años un puño de hierro: ¡bah!, ¡bah! los prusianos y cosacos deben saberlo mejor que yo.

—Aquí no se trata de saber si tengo el puño fuerte o no; se trata...

—Si aludo a la inocente viveza que tuvisteis entonces, amigo mío —dijo Rodin con tono meloso, y acercándose más a las dos hermanas, valiéndose de rodeos de reptil propios de él—; si aludo a ella, es por acordarme involuntariamente de algunos servicios que tuve la suerte de prestaros.

Dagoberto fijó sus ojos en Rodin, y éste bajó al momento sus párpados arrugados que ocultaron su feroz pupila.

—En primer lugar —dijo el soldado al cabo de un momento de silencio—, un hombre que tiene el corazón bien puesto nunca habla de los servicios que hizo, y ya lo habéis mentado tres veces.

—Pero Dagoberto... —le dijo Rosa—, ¿si trae noticias de nuestro padre!

El soldado hizo un ademán con la mano como pidiéndole a la joven que le dejara hablar, y prosiguió clavando siempre la vista en Rodin:

—Sois astuto, pero no os la habéis con un recluta.

—¡Yo astuto! —dijo Rodin con ademán devoto.

—Y mucho; creéis envolverme con buenas palabras, pero no cuegan; escuchadme bien. Algún jesuita de vuestra cuadrilla me había robado la cruz; me la restituisteis, enhorabuena; alguno de vuestra cuadrilla robó a estas niñas y fuisteis a buscarlas, bueno; denunciasteis al renegado d'Aigrigny, es cierto, pero todo eso prueba dos cosas: primera, que fuisteis demasiado bajo para ser cómplice de esos miserables; y segunda, que fuisteis bastante vil para denunciarlos; ambas cosas son innobles, y así me sois sospechoso; idos pronto, pues vuestra vista hace daño a estas niñas.

—Pero, señor mío...

—Basta de peros —dijo Dagoberto con voz enojada—: cuando un hombre de vuestra traza hace bien, es con segunda intención; hay que desconfiar de él.

—Ya comprendo —dijo Rodin con frialdad y disfrazando el contratiempo que experimentaba, porque había creído seducir fácilmente al soldado—, que uno no es dueño de... sin embargo, si recapacitáis... ¿qué interés puedo tener en engañaros y con qué fin os engañaría?

—Algún interés tenéis en estar aquí obstinadamente a pesar mío, y cuando os digo que os vayáis...

—Amigo mío, ya os dije el objeto de mi visita.

—El darnos noticias del mariscal Simón ¿no es verdad?

—Sí, eso es, tengo la suerte de saber noticias del señor mariscal —respondió Rodin acercándose otra vez a las jóvenes—. Sí, queridas mías, tengo noticias de vuestro valiente padre.

—Entonces, venid pronto a mi habitación y allí me las diréis —repuso Dagoberto.

—¡Cómo! ¿Tendréis la crueldad de impedir que estas amables señoritas oigan las noticias que...?

—Pardiez, señor mío —gritó Dagoberto con voz atronadora—. ¿Acabaremos al fin?

—Vaya, vaya —dijo Rodin suavemente—; no os arrebatéis contra un pobre viejo como yo, no valgo la pena de que os desazonéis; enhorabuena, vamos a vuestra habitación, allí os diré lo que tengo que deciros, y os arrepentiréis de no haberme dejado hablar delante de esas señoritas.

Diciendo esto, Rodin hizo otra reverencia ocultando su rabia, y pasó por delante de Dagoberto que cerró la puerta después de haber hecho una señal de inteligencia a las dos hermanas que se quedaron solas.

—Dagoberto, ¿qué noticias hay de nuestro padre? —dijo Rosa con viveza al soldado viéndole volver un cuarto de hora después de haber salido acompañando a Rodin.

—Un amigo de ese viejo bribón (título que merece) conoce a vuestro padre, según me dijo, y le encontró a veinticinco leguas de aquí; según parece, el mariscal, sabedor de que ese hombre volvía a París, le encargó que os dijera o mandara a decir, que estaba muy bueno y que pronto esperaba volveros a ver.

—¡Ah!, ¡qué felicidad! —exclamó Rosa.

—Ya lo ves, Dagoberto —añadió Blanca—, sospechaste sin motivo de ese pobre anciano y le trataste con mucha aspereza.

—Puede muy bien ser así, pero no me arrepiento.

—¿Y por qué?

—Tengo acá mis motivos, y el mejor es, que al verle entrar y dar vueltas alrededor de vosotras, sentí frío hacia vosotras.

—¡Buen Dagoberto! el cariño que nos profesas te hace ser suspicaz —dijo Rosa con tono afectuoso—; eso prueba cuánto nos quieres.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Quién? —dijo Dagoberto.

—Yo, Justino, señor Dagoberto —dijo una voz.

—Adelante. —Y asomó a la puerta un criado de la casa, hombre honrado y muy fiel.

—¿Qué hay? —le preguntó el soldado.

—Señor Dagoberto —respondió Justino—, abajo hay una señora en coche; ha enviado su lacayo a informarse si se podía hablar con el señor duque o con las

señoritas. Le respondieron que el señor duque estaba ausente, pero que las señoritas estaban en casa.

—¿Qué señora es?, ¿ha dicho cómo se llama?

—No lo ha dicho, señor Dagoberto, pero parece señora de alta jerarquía; el coche es magnífico, los criados visten lujosa librea...

—Si esa señora anda haciendo una colecta para los pobres —dijo Rosa a Dagoberto—, y le han dicho que estábamos en casa, me parece que no podremos dejar de recibirla.

—¿Qué dices, Dagoberto? —preguntó Blanca.

—¡Una señora! vaya, no es lo mismo que el viejo bruto de antes —y dirigiéndose a Justino—: Haz subir a esa señora.

—¿Cómo, Dagoberto!, ¿también desconfías de una señora que no conoces?

—Mirad, hijas mías; tampoco tenía motivos para desconfiar de mi honrada mujer, y sin embargo, ella fue la que os entregó a los jesuitas, y todo sin querer hacer daño.

—¡Pobre mujer! es muy cierto, y sin embargo, nos quería tanto... —dijo Rosa pensativa.

—¿Cuándo tuvisteis noticias suyas? —dijo Blanca.

—Antes de ayer; va mejorando, le prueba el aire del país en que está situado el curato de Gabriel y guarda el presbiterio en su ausencia.

Abriéronse en aquel momento ambas hojas de la puerta de la sala, y la princesa de Saint-Dizier entró haciendo una ceremoniosa cortesía; tenía en la mano una de esas bolsas de terciopelo encarnado que usan las que colectan a las puertas de las iglesias.

La colecta

Ya dijimos que la princesa de Saint-Dizier sabía revestirse en ciertas ocasiones del exterior más halagüeño y cubrirse con la máscara del mayor cariño. A estas seductoras apariencias se añadía un exterior de alto linaje con ciertos visos de sencillez cordial, de modo que la señora de Saint-Dizier representaba perfectamente el papel de una buena mujer.

Así se presentó la princesa a las hijas del mariscal Simón y a Dagoberto. Ceñida con su vestido de moaré gris, que disimulaba lo abultado de su cintura; un sombrero de terciopelo negro sobre poblados bucles de rubios cabellos hacían resaltar su rostro, presentándole una expresión de amable cordialidad, unos lindos ojos y una sonrisa agradable que hacía valer su blanquísima dentadura.

Dagoberto, no obstante su mal humor, y las dos hermanas, a pesar de su timidez, se sintieron inclinados a la señora de Saint-Dizier, quien adelantándose hacia las jóvenes, les hizo una cortesía con finura y les dijo con voz melosa.

—¿Tengo la honra de hablar a las señoritas de Ligny?

Rosa y Blanca, poco acostumbradas a oírse llamar por el nombre honorífico de su padre, se ruborizaron y miraron con encogimiento, sin responder. Dagoberto, deseando ayudarlas, dijo a la princesa:

—Sí, señora; estas señoritas son las hijas del mariscal Simón; pero acostumbran a llamarlas las señoritas de Simón.

—No extraño, caballero —respondió la princesa—, que una amable modestia forme parte de las prendas que adornan a las hijas del señor mariscal; tendrán la bondad de excusarme si les he dado ese título glorioso recuerdo inmortal de una de las más brillantes victorias de su padre.

A estas palabras lisonjeras, Rosa y Blanca dirigieron una mirada de reconocimiento a la señora de Saint-Dizier, mientras que Dagoberto, sintió como ellas mayor confianza con la princesa. Ésta prosiguió en tono amable:

—Vengo, señoritas, confiada en los nobles ejemplos de generosidad que os ha dado el señor mariscal, a implorar vuestra caridad a favor de las víctimas del cólera. Soy una de las señoras comisionadas para procurar socorros, y cualquiera que sea vuestro donativo lo recibiré con el más vivo agradecimiento.

—A nosotras toca, señora, daros gracias por habernos tenido presentes para tan buena obra —dijo Blanca con expresión llena de gracia.

—Permitidme, señora —añadió Rosa—, que vaya a buscar lo poco de que podemos disponer para ofrecéroslo. —Y habiendo trocado una mirada con su hermana, la joven salió de la sala y entró en el aposento contiguo.

—Señora —dijo respetuosamente Dagoberto seducido con las palabras y modales de la princesa—, hacednos honra de tomar asiento mientras Rosa vuelve con su bolsillo. —Y luego el soldado, adelantando una silla a la princesa, que se sentó en ella, prosiguió con viveza—: Disimulad, señora, si digo Rosa a secas, hablando con una de las hijas del mariscal Simón; ¡como las vi nacer!

—Y después de nuestro padre, no tenemos mejor amigo, más tierno y fiel que Dagoberto —dijo Blanca, dirigiéndose a la princesa.

—No tengo inconveniente en creerlo, señorita —respondió la devota—, porque tanto vos como vuestra linda hermana me parecéis muy dignas de semejante cariño, que tanto honra a las que lo inspiran como al que lo siente —añadió la princesa volviéndose hacia Dagoberto.

—Sí, señora, a fe mía —dijo el soldado—, lo tengo a honra y me vanaglorio de ello; pero ya está aquí Rosa con su bolsillo.

En efecto, la joven salió de su aposento, teniendo en la mano una bolsa de seda verde bastante abultada. Se la entregó a la princesa, que había vuelto ya dos o tres veces la cabeza hacia la puerta con secreta impaciencia, como si aguardara la llegada de una persona que tardaba.

—Quisiéramos, señora —dijo Rosa a la princesa de Saint-Dizier—, que nuestro donativo fuera mayor, pero esto es cuanto poseemos.

—¡Cómo!, ¡oro! —dijo la devota viendo relucir algunos luses por entre las mallas del bolsillo—. A la verdad, vuestro «modesto» donativo prueba una generosidad poco común. —Y luego la princesa añadió, mirando a las jóvenes con enternecimiento—: ¿Acaso este dinero lo teníais destinado para diversiones o adornos?... ¡Imponeros así privaciones que tanto cuestan a vuestra edad!

—Señora —dijo Rosa confusa—, creed que esta ofrenda no es una privación para nosotras.

—¡Oh! lo creo —respondió con gracia la princesa—; sois demasiado lindas para necesitar los recursos superfluos de la moda.

—¡Señora!...

—Vaya, señoritas —dijo la princesa—, a mi edad ya no se adula, y os hablo como una madre ¿qué digo? como una abuela; ya tengo años para serlo.

—Nos tendríamos por muy afortunadas si esta limosna pudiera aliviar algunos males.

—Como encargada de la colecta, estoy en situación de apreciar más que otra alguna tantos nobles sacrificios que llegan a ser un contagio, porque...

—¿Lo oís, señoritas? —exclamó Dagoberto triunfante e interrumpiendo a la princesa—. ¿Oís lo que dice esta señora? Que en ciertos casos los sacrificios llegan a ser un contagio, y no hay cosa peor que el contagio...

El soldado no pudo proseguir, porque entró un criado a decirle que un sujeto quería hablar con él. La princesa disimuló perfectamente el contento que le causaba este incidente, que era obra suya, y alejaba a Dagoberto por un momento de las dos

jóvenes. El soldado, descontento de tener que salir, se levantó y dijo a la princesa, mirándola con aire de inteligencia:

—Gracias, señora, por vuestros excelentes consejos sobre el contagio de los sacrificios; así, antes de irnos, os ruego que digáis a estas niñas algunas palabras por el mismo estilo. Vuelvo inmediatamente para manifestaros mi agradecimiento.

Habiendo salido el soldado, la devota dijo a las jóvenes con voz sosegada aunque deseando aprovecharse de la ausencia momentánea de Dagoberto, para ejecutar las instrucciones que Rodin acababa de darle.

—No comprendí bien las últimas palabras de ese buen viejo, o más bien creo que ha interpretado mal las mías. Cuando os hablaba poco ha del generoso contagio de los sacrificios, estaba muy ajena de vituperar unos sentimientos que me causan por el contrario la más profunda admiración.

—¡Oh! señora —dijo Rosa con viveza—, así interpretamos vuestras palabras.

—Estaba segura de que sería comprendida por corazones como los vuestros —prosiguió la devota—; no hay duda de que los sacrificios son contagiosos, pero el contagio es heroico y generoso. Pobres y ricos, jóvenes y viejos, mujeres de todas edades se agolpaban en torno de los desgraciados enfermos, teniendo a gran favor el ser admitidos al piadoso honor de cuidar, socorrer y consolar tantos infortunios.

—¡Y la gente a quien esas valerosas personas muestran tan vivo interés, les es extraña! —dijo Rosa dirigiéndose a su hermana con tono lleno de admiración.

—Así es —prosiguió la devota—. Ayer, sin ir más lejos, me enternecí hasta derramar lágrimas: estaba visitando una enfermería provisional establecida precisamente a corta distancia de aquí, una de las salas estaba enteramente llena de gente pobre que traían allí moribunda; de repente veo entrar a una señora, amiga mía, con sus dos hijas, jóvenes lindas y caritativas como vosotras, y al punto madre e hijas se ponen a las órdenes de los médicos para velar por aquellas desgraciadas como buenas siervas del Señor.

Las dos hermanas trocaron una mirada que sería imposible describir al oír estas palabras de la princesa, pérfidamente calculadas para exaltar hasta el heroísmo las inclinaciones generosas de las jóvenes; porque Rodin no se había olvidado de su emoción profunda al saber la enfermedad repentina de su aya; el pensamiento penetrante del jesuita había sacado al momento partido de este incidente y al punto había mandado a la señora de Saint-Dizier que obrase en consecuencia. La devota prosiguió por lo tanto, echando a las huérfanas una mirada atenta para juzgar el efecto que producían sus palabras:

—Ya podéis pensar que entre los que cumplen esta misión de caridad se cuentan en primera fila los ministros del Señor. Esta misma mañana, en ese establecimiento caritativo de que os hablo, quedé como otros muchos llena de admiración a la vista de un joven sacerdote, ¡qué digo! de un ángel que parecía bajado del cielo para traer a todas aquellas pobres mujeres los inefables consuelos de la religión. ¡Oh! sí; un joven sacerdote es un ser angelical, porque si supierais como yo lo que en estas tristes

circunstancias ha hecho el abate Gabriel...

—¡El abate Gabriel! —exclamaron las jóvenes mirándose con sorpresa y alegría.

—¿Le conocéis?

—¿Si le conocemos? Señora, él nos salvó la vida.

—En un naufragio en que hubiéramos perecido a no ser por él.

—¡Cómo!, ¿el abate Gabriel os salvó la vida? —preguntó la señora de Saint-Dizier, manifestándose cada vez más admirada—, pero acaso os engañáis.

—¡Oh! no, no, señora; habláis de sacrificios nobles y valerosos; no puede ser otro que él.

—Además —añadió Rosa con franqueza— fácil es conocer a Gabriel; es hermoso como un arcángel.

—Tiene una larga cabellera rubia —añadió Blanca.

—Y unos ojos tan azules y tan bondadosos, que una se siente enternecida al mirarle —añadió Rosa.

—No cabe duda, es él —prosiguió la devota—; entonces comprenderéis la adoración que le manifiestan y el increíble ardor de caridad que su ejemplo inspira a todos. ¡Ah!, ¡si lo hubierais oído, hoy mismo, con qué tierna admiración habla de esas mujeres que tenían el noble valor de ir a cuidar y consolar a otras mujeres hermanas suyas en aquel asilo de miserias!

—¿Lo oyes, hermana? —dijo Blanca a Rosa con exaltación.

—Señora —dijo Rosa con viveza y latiéndole el corazón de entusiasmo con las palabras de la devota—, ya no tenemos madre, padre se halla ausente; tenéis un alma tan bella y un corazón tan noble, que a nadie podemos dirigirnos mejor que a vos para que nos aconsejéis.

—Aconsejaros, hija querida —dijo la señora de Saint-Dizier con voz persuasiva—; sí, querida hija, y permitidme que os dé este nombre tan adecuado a vuestra edad y a la mía.

—Nos será muy grato que nos deis ese nombre, señora —repuso Blanca, y luego añadió—; teníamos una aya que siempre nos mostró el mayor cariño, el cólera le atacó esta noche...

—¡Dios mío!, ¿y cómo se encuentra?

—¡Ay! señora, lo ignoramos.

—¡Cómo!, ¿todavía no la habéis visto?

—Señora, no nos culpéis de indiferencia o ingratitud —dijo Rosa con tristeza—, no ha estado en nuestra mano visitar a nuestra aya.

—¿Y quién os impide que vayáis a verla?

—Dagoberto, nuestro amigo.

—Los escrúpulos de ese excelente hombre son disculpables —dijo la devota—, aunque sus temores, como vosotros decís, son algo exagerado; hace días que ando visitando las enfermerías, muchas amigas mías hacen otro tanto, y hasta ahora ninguna de nosotras ha sido atacada de la enfermedad, que por otra parte, no es

contagiosa; es cosa probada; así, tranquilizaos.

—Haya o no peligro, señora —dijo Rosa— nuestro deber es ir junto a nuestra aya.

—Así lo creo, hijas mías; si no os acusaría de ingratitud, hasta de cobardía, y además —repuso la señora de Saint-Dizier con aire compungido—, no basta merecer el aprecio del mundo, es preciso merecer también la gracia del Señor para sí y para los suyos. ¿Conque habéis tenido la desgracia de perder a vuestra madre?

—Sí, señora.

—Pues bien, hijas mías; aunque no se puede dudar de que esté colocada entre los escogidos, porque supongo que murió como cristiana y que recibió los sacramentos de nuestra santa madre la iglesia...

—Vivíamos en el fondo de la Siberia, en un desierto —respondió Rosa con tristeza—. Madre murió del cólera, y no había en los alrededores sacerdote que le ayudara en su última hora.

—¡Es posible! —exclamó la princesa con ademán de sobresalto.

—Mi hermana y yo la velamos antes de darle sepultura, pidiendo a Dios por ella como sabíamos —dijo Rosa con los ojos bañados de lágrimas—: después Dagoberto abrió la huesa en que descansa.

—¡Ah! queridas hijas mías —dijo la princesa, fingiendo un doloroso abatimiento.

—¿Qué tenéis, señora? —exclamaron las huérfanas sobresaltadas.

—¡Ay! vuestra digna madre, a pesar de todas sus virtudes, no ha subido todavía a la gloria.

—¿Qué decís, señora?

—Por desgracia murió sin haber recibido los sacramentos, de modo que su alma, anda errante entre las ánimas del purgatorio, aguardando el día de la clemencia del Señor. Su libertad puede acelerarse, gracias a la intercesión de las oraciones que se dicen diariamente en las iglesias para sacar las ánimas que están en pena.

La señora de Saint-Dizier tomó al pronunciar estas palabras un aire tan afligido y lleno de convencimiento, que las jóvenes, poseídas de sentimiento filial muy profundo, dieron ingenuamente crédito a los temores de la princesa. Viendo la devota que sus hipócritas manejos producían el efecto que se había prometido, añadió:

—No perdáis la esperanza, hijas mías, el Señor llamará pronto a vuestra madre a la gloria, pero vosotras podéis acelerar el momento en que esa alma querida quede libre.

—¡Dios mío!, ¿qué podemos hacer nosotras?

—Merecer las bondades del Señor con una conducta ejemplar. Por ejemplo, podéis serle gratas cumpliendo ese acto de amistad y reconocimiento para con vuestra aya; sí, estoy segura que esta prueba de celo cristiano, como dice el santo abate Gabriel, sería tenida en cuenta por el Señor para la libertad de vuestra madre.

—¡Ah! ya no se trata ahora solamente de nuestra aya —exclamó Blanca.

—Ahí viene Dagoberto —dijo de repente Rosa, oyendo al través del tabique los

pasos del soldado.

—Sosegaos; no le habléis de todo esto a ese excelente hombre —dijo la princesa con viveza— se inquietaría sin motivo y quizás pondría obstáculos a vuestra generosa determinación.

—Pero ¿cómo haremos, señora, para descubrir en dónde se halla nuestra aya? —preguntó Rosa.

—Ya lo sabremos; dejadme a mí; volveré a veros y conspiraremos juntas; sí, conspiraremos para sacar pronto del purgatorio el alma de vuestra pobre madre.

Apenas la devota había acabado de pronunciar estas últimas palabras con tono compungido, cuando entró el soldado radiante de alegría. En su gozo no advirtió la emoción que las dos hermanas no pudieron ocultar al pronto. La señora de Saint-Dizier, queriendo distraer la atención del soldado, le dijo levantándose y dirigiéndose hacia él:

—No he querido despedirme de estas señoritas sin hacerlos los elogios a que son acreedoras por sus prendas extraordinarias.

—Lo que manifestáis, señora, aunque no me sorprende, me procura singular satisfacción. Supongo que habréis aleccionado un poco a esas adorables cabecitas sobre el contagio de los sacrificios.

—Tranquilizaos, caballero —dijo la devota trocando una mirada de inteligencia con las jóvenes—; les dije todo cuanto debía decirles.

Estas palabras dejaron a Dagoberto enteramente satisfecho, y la señora de Saint-Dizier, después de haberse despedido amistosamente de las huérfanas, volvió a su carruaje y fue a buscar a Rodin, que le estaba aguardando en el coche de alquiler.

El hospital provisional

Entre el gran número de hospitales provisionales abiertos en la época del cólera en todos los barrios de París, había uno en los espaciosos bajos de una casa de la calle de «Mont Blanc»: esta habitación había sido puesta generosamente por su dueño a disposición de la autoridad; allí trasladaban a los enfermos necesitados a quienes atacaba de repente el contagio y se conceptuaban de bastante peligro para trasladarlos inmediatamente a los hospitales.

Habían transcurrido dos días desde la visita que la señora de Saint-Dizier hizo a las huérfanas, y eran sobre las diez de la mañana. Las personas que habían velado voluntariamente de noche a los enfermos del hospital provisional de la calle Mont Blanc, iban a ser relevadas por otros enfermeros voluntarios.

—¿Qué tal, señores? —dijo uno de los recién llegados— ¿ha disminuido esta noche el número de los enfermos?

—No, por desgracia; pero los médicos creen que el contagio ha llegado a su más alto punto.

—A lo menos así hay esperanza de que vaya en disminución.

—¿Ha atacado a alguno de los señores que vamos a reemplazar?

—Ayer vinimos once, y esta mañana sólo somos nueve.

—Cosa en verdad triste. ¿Y esas dos personas, han tenido un ataque fulminante?

—Una de las víctimas, joven de veinticinco años, oficial de caballería que se hallaba en París con licencia, ha sido arrebatado repentinamente. Murió en menos de un cuarto de hora.

—¡Pobre joven!

—El único que rivalizaba con él en celo e intrepidez, era un joven sacerdote de presencia angelical, llamado el abate Gabriel; es infatigable, apenas descansa algunas horas, y anda de un enfermo a otro: de todos se acuerda.

—No hay duda que un buen sacerdote es digno de veneración. ¿Y cuál es la otra víctima que hubo anoche?

—¡Oh! esa muerte ha sido horrorosa; no hablemos de ella.

—¿Fue un ataque de cólera repentino?

—Si ese desgraciado hubiera muerto del contagio, no me veríais tan sobrecogido con el recuerdo de su muerte.

—Entonces, ¿de qué murió?

—Fue un suceso horroroso. Hace tres días trajeron aquí a un hombre creyéndole tan sólo atacado de cólera; seguramente habéis oído hablar del tal: se trata del domador de fieras que llamó la atención de todo París en el teatro de la Puerta de San

Martín.

—Ya sé de quién queréis hablar: un tal Morok, que representaba una especie de escena salvaje con una pantera negra domesticada.

—Ese mismo; y aun asistí a la representación extraña, en que a la conclusión, un extranjero, un indio, saltó a las tablas y mató a la pantera.

—Pues bien, imaginaos que ese Morok, a quien trajeron aquí como colérico y que en efecto presentaba los síntomas del contagio, estaba acometido de una enfermedad horrorosa que se le desarrolló de repente.

—¿Qué enfermedad tenía?

—La hidrofobia.

—¿Le atacó la rabia?

—Sí; confesó que le había mordido pocos días antes uno de los perros que tiene para guardar sus jaulas de fieras; desgraciadamente no hizo esta declaración sino después del violento ataque que costó la vida al desgraciado cuya pérdida deploramos.

—¿Cómo sucedió eso?

—Morok ocupaba una habitación en que había otros tres enfermos. De repente se apodera de él un feroz delirio, se levanta dando gritos feroces y se lanza frenético por el pasadizo. El desgraciado de quien hablamos corre a él e intenta detenerle. Esta especie de lucha exalta más el frenesí de Morok, quien se arroja sobre el que se oponía a su paso, le muerde y despedaza... parando al fin en unas convulsiones horrorosas.

—Bien decíais; el lance es horrible, y supongo que a pesar de los socorros que le prestaron, la víctima de Morok...

—Falleció ayer noche en medio de sufrimientos atroces.

—¿Y ha muerto Morok?

—Lo ignoro. Ayer debieron llevarle a un hospital después de haberle atado durante el estado de postración que sucede comúnmente a esas crisis violentas.

—Es hombre perdido.

—Debe haber muerto. Los médicos no le daban veinticuatro horas de vida.

Las personas que así conversaban se hallaban en una antesala, en donde se reunían generalmente las personas que acudían a ofrecer voluntariamente su cooperación. Esta pieza tenía comunicación con las salas destinadas a los enfermos.

—¡Dios mío! —dijo uno de los dos interlocutores mirando al través de los cristales—; observad aquellas lindas jóvenes que acaban de apearse de aquel magnífico coche: qué parecidas son.

—Sin duda son dos gemelas; ¡pobres niñas! visten de luto.

En efecto, Rosa y Blanca entraron al punto en la sala de recibimiento con ademán tímido e inquieto. Uno de los sujetos que estaban conversando, conmovido de la turbación de las jóvenes, se adelantó hacia ellas, y les dijo atentamente:

—¿Se os ofrece algo, señoritas?

—¿No es éste, caballero —replicó Rosa—, el Hospital provisional de la calle de Mont Blanc?

—Sí, señoritas.

—Nos han dicho que hace dos días trajeron aquí a una señora llamada Agustina de Tremblay. ¿Podríamos verla?

—Me permitiréis que os advierta, señoritas, que es bastante expuesto entrar en las salas destinadas a los enfermos.

—La persona a quien deseamos ver es una amiga del corazón —respondió con tono suave y firme que manifestaba el desprecio con que miraba el peligro.

—Además, no puedo aseguraros, señorita —prosiguió el sujeto que hablaba—, si la persona que buscáis se halla aquí, tomaos la molestia de entrar en la habitación que está a mano izquierda y hallaréis a la buena sor Marta; ella es la encargada de la sala de las mujeres y os dará todos los informes que deseáis.

—Gracias, caballero —dijo Blanca haciendo una graciosa cortesía; y entró con su hermana en el aposento que acababan de indicarle.

—Por cierto que son lindas —dijo aquel sujeto, siguiendo con la vista a las dos hermanas—. Lástima fuera que...

No pudo concluir, pues se oyó de repente un tumulto con gritos de horror, abriéndose con violencia dos de las puertas que daban a la antesala, se precipitaron en ella gran número de enfermos, la mayor parte desnudos, extenuados, descompuestas las facciones por el terror y gritando:

—Socorro, socorro ¡ahí está el rabioso!

En el momento en que el último de estos desgraciados llegaba a la puerta arrastrándose sin aliento sobre sus manos ensangrentadas, porque le habían tirado al suelo y pisoteado en medio de aquella confusión, apareció Morok, objeto de tanto espanto.

Estaba horrible; tenía un pedazo de manta ceñido a la cintura; su espalda negra y magullada estaba desnuda como también sus piernas, en las cuales se veían aún los restos de las ligaduras que acababa de romper. Su espesa cabellera amarillenta estaba erizada; sus ojos sangrientos vagaban de un lado a otro brillando cual si estuvieran cristalizados; sus labios estaban cubiertos de espuma.

En el momento en que Morok iba a llegar a la salida por la que se habían escapado los enfermos que perseguía, algunas personas decididas que acudieron al ruido, lograron cerrar por fuera, no sólo aquella puerta, sino también las que tenían comunicación con las salas de los enfermos.

Pronto los enfermos que había perseguido, agolpados en el patio, vieron al través de los vidrios cómo hacía esfuerzos frenéticos para abrir las puertas que acababan de cerrarle. Después, conociendo cuán inútiles eran sus tentativas, empezó a dar gritos feroces recorriendo rápidamente la sala como una fiera que en vano busca la salida de la jaula en que está encerrada.

Pero los espectadores de esta escena que permanecían arrimados a la puerta

vidriera, lanzaron un grito de dolor y espanto; era que Morok acababa de descubrir la puertecilla que facilitaba la comunicación con el gabinete en que se hallaba sor Marta y en el que acababan de entrar Rosa y Blanca.

Morok, esperando aprovecharse de aquella salida, tiró hacia sí con violencia del pestillo de esta puerta y consiguió entreabrirla a pesar de la resistencia que oponían los de adentro. La muchedumbre aterrada vio por un momento desde el patio los brazos estirados de sor Marta y de las huérfanas, asidas a la puerta y sujetándola con todas sus fuerzas.

CLXVII

La hidrofobia

Cuando los enfermos reunidos en el patio vieron las tentativas frenéticas de Morok para abrir la puerta de la habitación en que se hallaban encerradas sor Marta y las huérfanas, su terror se acrecentó.

- ¡La hermana está perdida!
 - ¡Esa puerta va a ceder!...
 - ¡Y ese gabinete no tiene otra salida!
 - ¡Dos jóvenes vestidas de luto están con ella!
- Oyéronse entonces gritos:
- ¡Ahí viene el abate Gabriel!
 - Baja del primer piso y acude al ruido.
 - Pregunta qué es aquello.
 - ¿Qué hará?

En efecto, ocupado en una sala inmediata a la cabecera de un moribundo, Gabriel acababa de saber que Morok, rompiendo sus ligaduras, había logrado escaparse.

Seguíale por orden suya un enfermo llevando en la mano un brasero de ascuas, en medio de las cuales, aparecían candentes algunos hierros destinados a cauterizar, y que los médicos usaban en ciertos casos desesperados de cólera.

El rostro angelical de Gabriel estaba pálido. Atravesando precipitadamente el zaguán y separando la muchedumbre que se agolpaba a su paso, se dirigió apresuradamente hacia la antesala. Al acercarse a ella, un enfermo le dijo con voz lastimera:

—¡Ah! señor abate... ya no hay remedio; los que están en el patio y que ven a través de los cristales, afirman que sor Marta está perdida.

Gabriel no respondió nada y asió con viveza la llave de la puerta; pero antes de penetrar en el aposento en que estaba encerrado Morok, se volvió hacia el enfermero y le dijo con voz firme:

- ¿Esos hierros están candentes?
- Sí, señor abate.

—Esperadme aquí, y estad pronto. En cuanto a vosotros, amigos —añadió dirigiéndose a algunos enfermos que temblaban de espanto—, luego que haya entrado, cerrad bien la puerta. Respondo de todo, y por lo que a vos toca, enfermero, no entréis hasta que os llame.

Y el joven misionero dio vuelta a la llave.

En aquel momento, los espectadores de aquella tragedia, agrupados contra la puerta vidriera, lanzaron un grito de terror y compasión, retrocediendo por un

movimiento de espanto involuntario.

Gabriel, después de levantar los ojos al cielo, empujó la puerta, la volvió a cerrar tras sí y se encontró a solas con Morok. El domador de fieras, con un último esfuerzo, había conseguido abrir casi enteramente, la puerta a que estaban agarradas sor Marta y las huérfanas, dando gritos desesperados.

Al ruido de los pasos de Gabriel, Morok se volvió bruscamente, de un salto se arrojó rugiendo sobre el joven misionero, en tanto que sor Marta y las huérfanas se aprovechaban de aquel momento de tregua, corriendo interiormente un cerrojo que las ponía a cubierto de otro ataque.

Morok, con ojos feroces y apretando convulsivamente los dientes, se había arrojado sobre Gabriel, alargando las manos para cogerle por el cuello; el misionero le salió al encuentro con intrepidez, y habiendo adivinado con una mirada el movimiento de su adversario, al arrojarse éste sobre él, le sujetó por las muñecas, y conteniéndole así, le hizo bajar los brazos con robusta mano.

Durante un momento, Morok y Gabriel permanecieron mudos e inmóviles, jadeando y midiéndose con la vista; luego el misionero, arqueando el cuerpo hacia atrás, procuró resistir a los esfuerzos del hidrófobo, que se sacudía convulsivamente tratando de soltarse y arrojarse a él para despedazarle.

De repente, el domador de fieras fingió flaquear, cedieron sus rodillas, su cabeza lívida y amoratada cayó sobre el hombro, y sus ojos se cerraron. El misionero creyendo que sucedía una debilidad pasajera al ataque rabioso de aquel miserable, y que iba a caer, cesó de tenerle sujeto para darle socorro. Al sentirse libre, gracias a su ardid, Morok se enderezó de súbito para arrojarse frenético sobre Gabriel, quien sorprendido en este ataque repentino, dio algunos pasos en falso y se sintió asir y enlazar entre los brazos nervudos de aquel furioso.

Reuniendo empero toda su energía y luchando cuerpo a cuerpo, el misionero hizo tropezar a su adversario, y empujándole fuertemente logró tirarle al suelo, cogerle otra vez las manos y tenerle casi inmóvil bajo la rodilla. Habiéndole sujetado enteramente, Gabriel volvió la cabeza para pedir auxilio, cuando Morok, haciendo un esfuerzo desesperado, logró incorporarse y asir con los dientes el brazo izquierdo del misionero.

Al sentir aquella mordedura aguda, profunda y horrible que penetraba sus carnes, el misionero no pudo contener un grito de dolor y espanto; en vano intentó desprenderse; su brazo estaba apretado entre las mandíbulas convulsas de Morok, semejantes al tornillo de un herrero.

Esta escena espantosa había durado menos tiempo del que hemos empleado en describirla, cuando se abrió con violencia la puerta de comunicación con el salón; algunos hombres valientes, conocedores del peligro que corría el joven sacerdote, acudían en su ayuda a pesar del encargo que hiciera para que no entrasen hasta que él llamara.

Entre los recién llegados se hallaba el enfermo, llevando su brasero y los hierros

candentes; Gabriel, al verle, gritó con voz firme:

—¡Pronto, pronto, amigo mío; vengan esos hierros! ¡Gracias a Dios que me ocurrió esa idea!

Uno de los hombres que acababa de entrar se había proporcionado una manta, y en el momento en que el misionero lograba arrancar el brazo de entre los dientes de Morok, a quien tenía aún sujeto con una rodilla, algunos de los concurrentes echaron la manta al hidrófobo, y envolviéndole con ella, le ataron a pesar de su resistencia desesperada.

Entonces Gabriel se levantó, y rasgando la manga de su sotana, puso a descubierto el brazo izquierdo, en el que se veía una mordedura profunda, brotando sangre y amoratada; hizo una seña al enfermo para que se acercara, cogió uno de los hierros candentes, y con mano firme y segura lo aplicó dos veces sobre la herida con una serenidad heroica que llenó de admiración a todos los concurrentes; pero tantas emociones diversas e intrépidamente sufridas, ocasionaron pronto una reacción inevitable; la frente de Gabriel se cubrió de gruesas gotas de sudor; se puso pálido, empezó a vacilar, al fin se desmayó y fue llevado a una habitación inmediata para administrarle los remedios necesarios.

* * *

Por una casualidad fácil de comprender, una de las mentiras de la señora de Saint-Dizier se había convertido sin saberlo ella en verdad. Para inducir mejor a las huérfanas a que fueran al hospital provisional, se le había ocurrido decirles que Gabriel se hallaba allí, lo que estaba muy ajena de suponer, porque a creerlo así, hubiera procurado evitar esta entrevista que podía perjudicar a sus proyectos, siéndole conocido el afecto que el misionero profesaba a las jóvenes.

Poco tiempo después de la escena terrible que ya referimos, Rosa y Blanca entraron acompañadas de sor Marta en una espaciosa sala de aspecto extraño y siniestro adonde habían sido trasladadas gran número de mujeres atacadas repentinamente del cólera.

Esta vasta habitación, caritativamente prestada para establecer un hospital provisional, estaba adornada con un lujo excesivo; la pieza que ocupaban entonces las enfermas de que hablamos, había servido de salón; las maderas blancas que cubrían las paredes brillaban con suntuosos dorados; espejos colocados en magníficos marcos cubrían los entrepaños de las ventanas, al través de las cuales se veía el fresco césped de un risueño jardín que empezaba a reverdecer con los calores de mayo.

Sor Marta acompañaba a las hijas del mariscal Simón, y después de haberles dicho algunas palabras al oído, indicó a cada una de ellas uno de los lados del tabique en que estaban colocadas las camas.

Las huérfanas resintiéndose aún del golpe terrible que habían recibido al hallarse en peligro del que Gabriel las había salvado sin saberlo ellas, estaban sumamente

pálidas; no obstante, una firme resolución brillaba en sus ojos.

Las hijas del mariscal Simón habían estado expuestas a muy duras pruebas, pero nunca sus miradas se fijaron en espectáculo tan triste como el que se ofrecía a sus ojos.

Imagínese el lector a las dos hermanas en aquellas salas espaciosas de tan triste aspecto, ya conmovidas con el terror que Morok les había inspirado y empezando sus tristes pesquisas entre aquellas desgraciadas, cuyos sufrimientos, agonía y muerte, les recordaban a cada momento los padecimientos, la agonía, y muerte de su madre.

Gabriel, trasladado a la habitación ocupada por los médicos de servicio, había vuelto en sí, y gracias a su presencia de ánimo y a su valor, su herida, cauterizada a tiempo, no podía tener ya funestas consecuencias; habiéndose curado, quiso volver a la sala de las mujeres, porque allí se hallaba administrando caritativos consuelos a una moribunda cuando habían ido a avisarle del peligro espantoso en que se hallaban los enfermos con la fuga de Morok.

Pocos momentos antes que el misionero entrase en esta sala, Rosa y Blanca llegaban a un tiempo al término de sus pesquisas, habiendo recorrido una la hilera izquierda de las camas y otra la hilera derecha, separadas por el tabique que atravesaba toda la sala.

Las dos hermanas no se habían reunido aún; sus pasos eran cada vez más inseguros. A medida que se adelantaban tenían que apoyarse a ratos en las camas a cuya inmediación pasaban, y las fuerzas les iban faltando. Presas de un vértigo de dolor y espanto, todo lo que hacían era maquinalmente.

Las huérfanas sintieron casi a un mismo tiempo los terribles síntomas del cólera; y por un efecto de la especie de fenómeno fisiológico de que tratamos, tan frecuentes en los gemelos y que ya se había manifestado en las dos o tres enfermedades que padecieran las jóvenes, también en esta ocasión una causa misteriosa, sometiendo su organización a sensaciones y accidentes simultáneos, parecía asemejarlas a dos flores de un mismo tallo que renacen y se marchitan a la vez.

Separadas hasta entonces Rosa y Blanca por el tabique divisorio, no habían podido verse, pero cuando se echaron una mirada ocurrió una escena desgarradora.

El ángel de la guarda

Lívida palidez había reemplazado al color fresco y sonrosado de Rosa y Blanca; sus rasgados ojos azules ya hundidos, empezando a sumirse en el fondo de sus órbitas, parecían enormes; sus labios, antes purpúreos, se iban cubriendo de un color amoratado como el que sucedía poco a poco al transparente carmín de sus mejillas y de sus dedos torneados.

Cuando las huérfanas se encontraron frente a frente, desmayadas, pudiendo apenas sostenerse, un grito de mutuo terror se escapó de su pecho, y cada una de ellas, al ver aquella espantosa alteración en las facciones de su hermana, exclamó:

—¡También tú sufres, hermana mía! —y precipitándose en los brazos una de otra se echaron a llorar, y luego, examinándose con la vista.

—¡Dios mío, Rosa, qué pálida estás!

—¡Como tú, hermana mía!

—¿Sientes también un frío mortal?

—Sí, no puedo tenerme, la vista se me nubla.

—¡Hermana mía!, ¿acaso vamos a morir?

—Con tal que muramos juntas...

—¿Y nuestro pobre padre?

—¿Y Dagoberto?

—Hermana, nuestro sueño era cierto —exclamó de repente Rosa, casi delirante, enlazando con sus brazos a su hermana—. Mira, mira, al ángel Gabriel que viene a buscarnos.

En efecto, Gabriel entraba entonces en el espacio que había en el extremo del salón.

—¡Cielos! ¡Qué veo! ¡Las hijas del mariscal Simón! —exclamó el joven sacerdote, y lanzándose hacia las huérfanas las recibió entre sus brazos, pues apenas podían sostenerse.

Sor Marta se hallaba inmediata, y al llamarla, Gabriel acudió prontamente, y con ayuda de aquella santa mujer pudo colocar a las huérfanas sobre la cama destinada al médico de guardia.

Sus manos se habían enlazado fuertemente durante un ataque de paroxismo nervioso, que no se pudieron separar sus dedos contraídos.

Gabriel, en pie a la cabecera de la cama e inclinado sobre ella, las contemplaba con indecible dolor; despedazado el corazón, bañado el rostro en llanto, pensaba con terror en la suerte extraña que le hacía asistir a la muerte de aquellas dos jóvenes parientas suyas, a quienes había librado algunos meses antes de una horrorosa

tempestad.

No obstante la firmeza de alma del misionero, no podía menos de estremecerse al pensar sobre la suerte de las huérfanas, la muerte de Santiago de Rennepont y el terrible secuestro por cuyo medio, después de haber metido al señor Hardy en la soledad claustral de Saint Heren, se había conseguido que en sus últimos momentos tomase el hábito de la Compañía de Jesús; el misionero veía que cuatro individuos de la familia Rennepont, a la que también pertenecía, acababan de ser arrebatados por un conjunto de circunstancias funestas.

Rosa y Blanca, saliendo por un momento del doloroso letargo que se había apoderado de ellas, semiabrieron sus grandes ojos ya empañados, y luego, aumentándose su delirio, fijaron ambas una mirada extática en el rostro angelical de Gabriel.

—Hermana mía —dijo Rosa con voz débil— ¿ves al arcángel Gabriel, como en nuestro sueño allá en Alemania?

—Sí, sí, hace tres días que volvió a aparecernos.

—Viene a buscarnos.

—¡Ay! Si con nuestra muerte se librara nuestra pobre madre del purgatorio.

—Arcángel, santo arcángel, rogad a Dios por nuestra madre y por nosotras.

Hasta entonces Gabriel, asombrado y lleno de dolor, casi sofocado con los sollozos; no había podido articular una palabra, pero al oír a las huérfanas, exclamó:

—Niñas queridas, ¿qué motivo tenéis para dudar de la salvación de vuestra madre? ¡Vuestra madre! mi padre adoptivo me ha dicho que sus virtudes y valor eran la admiración de cuantos la conocían; así, creedme, Dios la ha bendecido.

—¡Oh!, ¿lo oyes, hermana mía? ¿Con que Dios ha bendecido a nuestra madre?

—Sí, sí —respondió Gabriel—; desechad esas funestas ideas, pobres niñas; cobrad ánimo; no moriréis; acordaos de vuestro padre.

—¿De nuestro padre? —dijo Blanca con temblor, y luego continuó ya en su sana razón, ya con delirio exaltado que hubiera desgarrado el corazón más indiferente—; ¡ya no nos hallará a su vuelta! Perdónanos, ¡oh, padre mío! creíamos obrar bien; quisimos hacer como tú una acción generosa ayudando a nuestra aya...

—Y además, no creíamos morir tan pronto, tan pronto y tan de repente. Ayer todavía estábamos tan contentas y éramos tan dichosas...

—¡Oh buen arcángel! Apareceos en sueños a nuestro padre como lo hicisteis a nosotras y decidle que el último pensamiento de sus hijas al morir, fue para él.

—Venimos aquí sin decírselo a Dagoberto; que no le riña.

—Decidle a nuestro viejo amigo que haga una caricia por nosotras al pobre «Malasombra», nuestro fiel guardián —añadió Blanca esforzándose por sonreír.

—¡Oh!, ¡esto es horrible, muy horrible!, ¡tan jóvenes, y que no haya esperanza de salvarlas! —dijo Gabriel cubriéndose con las manos el rostro descompuesto.

Rosa lanzó un profundo suspiro y dijo con voz moribunda:

—Que nos sepulsen juntas, para estar después de muertas como estuvimos en

vida, siempre juntas.

Y ambas hermanas volvieron sus postreras miradas y alargaron sus manos suplicantes a Gabriel.

—¡Oh!, ¡santas mártires que os sacrificasteis tan generosamente! —exclamó el misionero alzando al cielo los ojos anegados en llanto—, almas angelicales, tesoros de inocencia y candor; subid, subid al cielo, ya que Dios os llama a sí.

—¡Hermana mía!, ¡padre mío!

Tales fueron las postreras palabras que pronunciaron las huérfanas con moribunda voz. Y luego las dos hermanas, por un movimiento instintivo, parecieron querer estrechar una contra otra; sus párpados casi cerrados se entreabrieron como para trocar una última mirada; agitáronse convulsivamente repetidas veces, sus miembros quedaron postrados y un profundo suspiro salió de sus labios amoratados y apenas entreabiertos. Rosa y Blanca habían expirado.

Gabriel y sor Marta, habiendo cerrado los ojos a las huérfanas, se arrodillaron para orar al lado del lecho fúnebre. De repente oyóse gran ruido en la sala, luego pasos acelerados e imprecisos, corrióse la cortina que encubría este lúgubre cuadro y penetró Dagoberto pálido, fuera de sí y con el vestido descompuesto. A la vista de Gabriel y de la hermana enferma de rodillas junto a los cadáveres de «sus niñas», el soldado quedó petrificado, dio un grito terrible y trató de dar un paso, pero en vano, porque antes que Gabriel pudiera sostenerle, Dagoberto cayó hacia atrás y su cabeza encanecida rebotó en el suelo.

* * *

Es de noche, noche borrascosa, y da la una de la mañana en el campanario de Montmartre. Al cementerio de este nombre habían trasladado aquel mismo día el ataúd que conforme con los deseos de Rosa y Blanca, contenía a ambas.

Por medio de las espesas sombras que cubren el cementerio, se divisa una pálida luz. Despídela una linterna sorda que lleva en la mano el sepulturero andando con precaución. Acompañale un hombre embozado en una capa, cabizbajo y anegado en llanto. Este hombre es Samuel, el viejo judío, el guardián de la casa de la calle de San Francisco. El día de los funerales de Santiago Rennepont, el primero de los siete herederos que murió y fue enterrado en otro cementerio, también Samuel había ido de noche a hablar misteriosamente con el sepulturero, para lograr de él a cualquier precio un favor; favor extraño y espantoso.

Después de haber atravesado muchos senderos coronados de cipreses y dejado atrás muchos sepulcros, el judío y el sepulturero llegaron a un sitio descubierto situado en la parte occidental del cementerio. La noche era tan oscura que apenas se veía. Después de haber estado reconociendo el terreno con la linterna, el sepulturero señaló a Samuel una eminencia de tierra recién cavada, al pie de un robusto tejo con largas ramas negras, diciéndole:

—Aquí es.

—¿Estáis seguro?

—Sí, sí; dos cadáveres en una misma caja no es cosa muy común.

—¡Ay, ambas en un mismo ataúd! —dijo el judío emocionado.

—Ahora que sabéis el sitio ¿qué más queréis? —preguntó el sepulturero.

Samuel no le respondió y dejándose caer de rodillas besó piadosamente la tierra que cubría la huesa; luego, incorporándose con el rostro bañado en llanto, se acercó al sepulturero y le habló durante algunos momentos muy quedo al oído, aunque estaban solos en el fondo de aquel cementerio desierto. Entonces empezó entre estos dos hombres una conversación misteriosa que envolvía la noche en sus sombras y su silencio.

El sepulturero, espantado de lo que Samuel le pedía, se negó al pronto; pero el judío, valiéndose de la persuasión, de súplicas y lágrimas, y por fin de la seducción del oro que hizo sonar, consiguió que el sepulturero se dejase vencer tras larga resistencia. Éste, aunque temblando a la idea de lo que prometía a Samuel, le dijo con voz alterada:

—Mañana a la noche: a las dos.

—Estaré detrás de esa tapia —dijo Samuel indicando el cercado poco elevado—; por señal tiraré tres piedras dentro del cementerio.

—Sí, tres piedras por señal —respondió el sepulturero temblando y enjugándose el sudor frío que corría por su frente.

Samuel, a pesar de sus años, valiéndose de las grietas de la pared, trepó por ella y desapareció.

El sepulturero se volvió a su casa apresuradamente mirando con espanto de vez en cuando hacia atrás, como si le persiguiera alguna visión horrible.

* * *

La tarde en que se celebraron las exequias de Rosa y Blanca, Rodin escribió dos cartas; la primera, dirigida a su corresponsal misterioso de Roma, aludía a la muerte de Santiago Rennepont, a la de Rosa y Blanca Simón, a la captación del señor Hardy y la donación de Gabriel, sucesos que reducían el número de los herederos a dos; la señorita de Cardoville y Djalma.

Esta primera carta, escrita por Rodin y dirigida a Roma, decía lo siguiente:

Quitando de siete CINCO, quedan DOS. Poned este resultado en conocimiento del cardenal príncipe, y que ande; porque voy adelante, adelante, adelante.

La segunda carta, de letra disfrazada, estaba dirigida y destinada al mariscal Simón; su contenido era el siguiente:

Si aún es tiempo, volved al momento, porque vuestras hijas han muerto. Sabréis quién las mató.

CLXIX

La ruina

Pasemos ahora a casa de la señorita de Cardoville la mañana siguiente del día en que sucediera la muerte de las hijas del mariscal Simón. Adriana ignora aún la desgraciada suerte de sus jóvenes parientas y su rostro está radiante de felicidad. Nunca pareció tan linda ni sus ojos tuvieron tanta brillantez, su tez blancura tan deslumbrante, ni sus labios un color de coral tan vivo.

Cerca de Adriana está la Gibosa, que ha vuelto a ocupar en la casa el puesto que antes le estaba confiado; la joven trabajadora viste de luto por su hermana, y en su semblante está grabada una tristeza suave y serena.

Adriana echaba una mirada interrogadora al espejo delante del cual estaba en pie; luego ajustó con la palma de la mano algunos pliegues imperceptibles formados con los fruncidos de la espesa tela reunida alrededor de su cintura.

Después, volviéndose Adriana hacia la Gibosa, cuya sorpresa aumentaba a cada paso, le dijo sonriéndose:

—¿No me halláis mejor hoy que los demás días, querida poetisa?

—Ese vestido verde claro con bullones de color de rosa, realzado con esos hilos de perlas blancas que tan bien se avienen con el oro de vuestro cabello, todo esto hace que en mi vida haya visto un cuadro tan encantador. Únicamente, amiga mía — prosiguió la Gibosa—, que si en ningún tiempo me parecisteis tan linda, tampoco noté nunca esa expresión resuelta e irónica que vuestras facciones expresaban poco ha. Teníais cierto aire provocativo e impaciente.

—Sí, sí, eso es, mi querida Magdalena —dijo Adriana estrechando a la Gibosa—; merecéis que os de un abrazo por haberme adivinado tan bien; porque si tengo ese aire agresivo, motivo hay para ello, porque estoy aguardando a mi querida tía.

—¿A la señora princesa de Saint-Dizier? —exclamó la Gibosa atemorizada.

—A la misma; me ha pedido una corta entrevista y se la he concedido con gran alegría.

—Amiga mía —dijo con seriedad la Gibosa—, os estáis divirtiendo; y sin embargo, no se por qué, la venida de la princesa me causa miedo.

—Tranquilizaos, corazoncito mío —repuso cariñosamente Adriana—; no temo a esa mujer, y para probárselo claramente y afligirla también mucho, voy a tratarla como a una mujer inofensiva, ridícula y gorda.

Y Adriana se echó a reír otra vez.

Entró un criado y la interrumpió en su loca alegría para decirle:

—La señora princesa de Saint-Dizier manda a preguntar si la señorita puede recibirla.

—Seguramente —dijo Adriana, y salió el criado.

La Gibosa se levantaba discretamente para ir a otra habitación, mas su amiga la detuvo cogiéndola por la mano y diciéndole con acento grave al par que tierno.

—Quedaos amiga mía, os lo suplico.

—Pero, Adriana —repuso la Gibosa con timidez—, reflexionad que...

—Silencio, ya llega la princesa, quedaos. Os lo pido por favor. El singular instinto de vuestro corazón adivinará quizá el objeto encubierto de su visita; ¿no fueron los presentimientos de vuestro cariño los que me dieron a conocer las odiosas tramas de Rodin?

Apenas Adriana pronunció estas palabras cuando entró la princesa con la cabeza erguida, el aspecto imponente, el paso firme y el ademán altivo.

El odio, la envidia y el orgullo del triunfo (la devota pensaba en la pérvida habilidad con que había enviado a una muerte casi segura a las hijas del mariscal Simón), y la execrable esperanza de conseguir buen resultado en las nuevas tramas, animaban la fisonomía de la princesa de Saint-Dizier cuando entró en casa de su sobrina.

Adriana, sin salir al encuentro de su tía, se levantó sin embargo con finura del sofá en que estaba sentada, hizo una semicortesía con gracia y dignidad y volvió a sentarse; entonces, indicando con un ademán a la princesa un sillón colocado frente a la chimenea, cuyo ángulo ocupaba la Gibosa de un lado y ella de otro, dijo:

—Tomaos la molestia de sentaros, señora.

La princesa se puso encendida, y quedándose en pie echó una mirada de insolente y desdeñosa sorpresa a la Gibosa.

—Ya sé tiempo ha —dijo la señora de Saint-Dizier con amarga ironía—, que en todas vuestras cosas os importa muy poco el secreto y que no sois difícil en la elección de los que llamáis amigos vuestros. Pero me permitiréis que obre de un modo muy diferente al vuestro. Si no tenéis secretos, yo los tengo y no quiero confiarlos a una cualquiera.

Y la devota echó a la Gibosa otra mirada de desprecio.

La joven, ofendida del tono insolente de la princesa, respondió con sencillez y dulzura:

—Hasta ahora, señora, no veo qué diferencia humillante puede existir entre dos personas a quienes la señorita de Cardoville admite en su casa.

—Vamos claro, señorita —dijo la devota con impaciencia a su sobrina—, quiero hablaros a solas...

—Permitidme, señora, que os interrumpa —dijo Adriana con acento sumamente suave, como si dirigiese a la devota cumplimientos muy lisonjeros— a fin de que dispenséis toda confianza a esta señorita, me apresuro a deciros que se halla enterada de todas las santas perfidias, caritativas maldades, y devotas vilezas, con que quisisteis sacrificarme. ¿Puedo lisonjearme ahora, señora de vuestra delicada e interesante reserva?

—A la verdad —dijo la princesa con cierto pasmo en que se traslucía su enojo—; no sé si sueño o estoy despierta.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo Adriana con aire sobresaltado—, me causa inquietud esa duda que manifestáis sobre el estado de vuestras facultades intelectuales.

Faltó poco para que estas palabras que Adriana dijo fingiendo interés e ingenuidad, sofocasen a la princesa, la cual a pesar suyo se puso amoratada, y exclamó, sentándose con enfado:

—Mil gracias, señorita, por vuestras excelentes intenciones y sentimientos hacia mí; los aprecio como merecen y espero daros pruebas de ello sin perder tiempo.

—A ver, a ver, señora —respondió Adriana con jovialidad—, referidnos todo eso sin deteneros, estoy tan impaciente, soy tan curiosa...

—Y sin embargo —dijo la princesa fingiendo a su vez una alegría irónica—; estáis a cien leguas de lo que voy a anunciaros.

—¿De veras? Temo señora que os engañen vuestro candor y modestia —respondió Adriana—. ¿Ignoráis que os creo capaz de todo?

—Acaso sí, señorita —dijo la devota pronunciando lentamente sus palabras—; si os dijera, por ejemplo, que dentro de veinte y cuatro horas, vais a veros reducida a la miseria.

Esto era tan imprevisto, que la señorita de Cardoville no pudo menos de manifestar viva sorpresa.

La Gibosa se estremeció.

—¡Ah! señorita —prosiguió la princesa con alegría triunfante y tono meloso y cruel, al ver la sorpresa de su sobrina—; ahora debéis confesar, que esto os sorprende, aunque, como dijisteis, nada podía sorprenderos de mi parte.

Pasada la primera sorpresa, Adriana dijo sonriéndose con serenidad:

—Sí, os lo confieso francamente, señora, me habéis sorprendido, porque yo esperaba de vuestra parte alguna de aquellas negras maldades en que sois maestra, o alguna perfidia bien tramada y cruel, ¿pero podía yo imaginarme que daríais tanta importancia a una cosa tan insignificante?

—¡Pero quedar enteramente arruinada, de aquí a mañana! —exclamó la devota—, ¡para vos que sois tan pródiga!

Adriana, habiendo recobrado toda su serenidad con gran mortificación de su tía, iba a responderle, cuando se abrió la puerta del salón, entrando el príncipe Djalma sin que nadie le hubiera anunciado.

Una loca y orgullosa ternura brilló en la frente radiante de Adriana a la vista del príncipe.

Nunca Djalma había parecido tan hermoso e ideal; nunca idea tan inefable había brillado en rostro humano.

A la vista del indio, que no esperaba encontrar en casa de la señorita de Cardoville, la princesa de Saint-Dizier no pudo ocultar su admiración. Así la escena siguiente pasó entre la princesa, Adriana, la Gibosa y Djalma.

Recuerdos

Como Djalma no había encontrado nunca a la señora de Saint-Dizier en casa de Adriana, se sorprendió bastante de verla allí.

—Mi querido primo, voy a reparar mi olvido, que os confieso fue muy voluntario en mí (ya os diré el motivo), al hablaros por primera vez de una parienta mía, de la señora princesa de Saint-Dizier, a quien tengo la honra de presentaros.

Djalma hizo un saludo, y la señorita de Cardoville añadió con viveza en el momento en que su tía iba a responder:

—La señora de Saint-Dizier venía a comunicarme con mucha atención un suceso muy venturoso para mí, y del que os informaré luego, primo mío.

La llegada inesperada de Djalma, los recuerdos que se agolpaban súbitamente en el espíritu de la princesa, modificaron mucho sus primeros proyectos, porque en vez de tomar el hilo de la conversación relativa a la ruina de Adriana, la señora de Saint-Dizier respondió, sonriéndose con aire afable.

—Sentiría, príncipe, privar a mi amable y querida sobrina del placer de anunciaros luego la feliz nueva de que habla, habiéndome apresurado a comunicársela como buena parienta que soy. Aquí están algunas notas sobre el asunto —y la princesa entregó un papel a Adriana—; y espero que ellas le demostrarán hasta la evidencia, cuán exacto es lo que le anuncio.

—Mil gracias, querida tía —dijo Adriana tomando el papel con la mayor indiferencia—, esa precaución y aun esa prueba estaban de más; ya sabéis que siempre creo en lo que me decís, cuando se trata de vuestra bondad conmigo.

Al cabo de un momento de silencio, la señora de Saint-Dizier tomó la palabra y dijo con tono meloso e insinuante:

—Príncipe, no os podéis imaginar cuánto me alegro al saber por la voz pública (porque no se habla de otra cosa y con razón) el adorable cariño que tenéis a mi querida sobrina; me sacáis de un terrible apuro sin saberlo.

Djalma no respondió, pero se volvió hacia la señorita de Cardoville con semblante sorprendido como preguntándole de qué hablaba su tía. Advirtiéndole ésta aquella muda interrogación, prosiguió de este modo:

—Hablaré con más claridad, príncipe; fácilmente comprenderéis, que siendo la parienta más cercana de esa cabecita tan cara y tan ligera —e indicó a Adriana con la vista—, yo era más o menos responsable de su porvenir y he aquí que llegáis a punto del nuevo mundo para encargarnos cándidamente de ese porvenir que tantos temores me causaba.

Y la princesa, echando una mirada maliciosa y diabólica, aguardó la respuesta con

ademán provocativo.

—Querido primo, atended a lo que dice mi excelente tía —se apresuró a decir la joven con tranquila sonrisa—; desde el momento en que esa tierna parienta nos ha visto reunidos y felices, tanta es la alegría que inunda su corazón, que necesita desahogarla, y no podéis imaginaros qué desahogos son los de un alma tan bella.

La devota lanzó una mirada implacable a su sobrina y dijo con voz altanera:

—No puedo menos que dar el parabién a este querido príncipe por haber venido del interior de la India para encargarse de vos, confiadamente, con los ojos cerrados ¡qué excelente nabab! a encargarse de vos, pobre niña a quien tuvieron que encerrar por loca. Ya sabéis, aquel hermoso muchacho que hallaron en vuestra casa... pero ayudad mi memoria... ¿Habéis echado ya en olvido su nombre, infiel picaruela? Era un hermoso muchacho, y además poeta, un tal Agrícola Baudoin, a quien descubrieron en un retrete secreto, inmediato a vuestro aposento; hecho escandaloso del que habló todo París; porque habéis de saber, príncipe, que la mujer con quien os casáis no es una desconocida; su nombre está en boca de todos.

Y como a estas palabras imprevistas y aterradoras, Adriana, Djalma y la Gibosa, aunque obedeciendo a sentimientos diferentes, se quedaron por un momento enmudecidos de sorpresa, la devota exclamó levantándose, encendidas las mejillas y dirigiéndose a Adriana:

—Sí, os desafío a que me desmintáis; ¿no han tenido que encerraros so pretexto de estar loca?, ¿hallaron, sí o no, a ese artesano, entonces vuestro amante, escondido en vuestro aposento?

A esta horrible inculpación, la tez de Djalma, transparente y dorada como el ámbar, se volvió de repente mate y aplomada; sus ojos fijos y muy abiertos se orlaron de blanco; su fisonomía tomó un aspecto tan amenazador y feroz que la Gibosa se estremeció de miedo.

Si durante este momento terrible, la acción hubiera reemplazado al pensamiento de Djalma, la princesa, Adriana, la Gibosa y él mismo hubieran sido anonadados por una explosión espantosa y súbita como la de una mina que revienta.

Hubiera muerto a la princesa porque acusaba a Adriana de una traición infame, a ésta porque podían sospechar de ella semejante vileza, a la Gibosa porque había sido testigo de la acusación, y finalmente, se hubiera dado muerte a sí mismo para no sobrevivir a tan terrible engaño.

Pero, ¡oh prodigio!, sus ojos llenos de sangre y frenéticos se encontraron con la mirada de Adriana llena de tranquila dignidad y de serena firmeza, y la expresión de rabia feroz que arrebató al indio, pasó fugaz como un relámpago.

Adriana, cediendo, al oír a la princesa, a un primer impulso de furiosa indignación como Djalma cediera al primer ímpetu de ciego furor, se había levantado con viveza, con los ojos brillantes de orgullo ofendido; pero tranquilizada al punto por el convencimiento de su pureza, su lindo rostro recobró una serenidad envidiable, y entonces fue cuando sus ojos se encontraron con los de Djalma.

En el momento en que la princesa, testigo de esta escena muda tan expresiva que probaba la sorprendente simpatía de aquellos dos seres que sin pronunciar una palabra y sólo con algunas silenciosas miradas se habían comprendido, estaba sofocada de enojo y rabia. Adriana con dulce sonrisa y ademán seductor de coquetismo, tendió su hermosa mano a Djalma, quien, arrodillándose, estampó en ella un beso de fuego, cuyo ardor cubrió de leve sonrosado la frente de la joven.

Entonces el indio, sentándose en la alfombra de armiño a los pies de la señorita de Cardoville, apoyó la cabeza en la palma de la mano, y entregado a una muda admiración se puso a contemplar silenciosamente a Adriana, con tan apasionado abandono como si la devota, sofocada de rabia, no hubiese estado delante.

Luego la señorita de Cardoville, llamó a la Gibosa y la hizo sentar junto a sí; entonces, con una mano colocada en la de esta excelente amiga y sonriendo a Djalma absorto en su adoración, Adriana echó a la princesa, cada vez más atónita, una mirada tan suave, firme y serena, en que estaba retratada la noble e invencible quietud de su felicidad y lo encumbrado del desprecio con que escuchaba la calumnia, que la señora de Saint-Dizier trastornada, atontada, dijo entre dientes algunas palabras con voz trémula de cólera, y en seguida, perdiendo completamente la cabeza, se dirigió con precipitación hacia la puerta. Pero en aquel momento la Gibosa, temiendo algún lazo o un pérfido espionaje, determinó seguir a la princesa hasta su coche.

Adriana y Djalma quedaron solos.

Por lo que toca al término de la penosa prueba que Adriana imponía a Djalma y a sí misma, lo sabremos por la conversación de los dos amantes después de haberse marchado la princesa de Saint-Dizier.

La prueba

Los dos amantes empezaron su conversación como si no hubiera ocurrido el suceso de la devota. Con igual desprecio, no hizo ella caso de las notas que según la princesa debían probar el estado ruinoso de su fortuna. La joven colocó el papel sin leerlo sobre un velador inmediato, y con ademán gracioso hizo seña a Djalma para que se sentara junto a ella; el indio prestándose a sus deseos, dejó a pesar suyo el lugar que ocupaba a los pies de la joven.

—Amigo mío —dijo Adriana con tono tierno—, varias veces me habéis preguntado con impaciencia cuándo llegaría el término de la prueba que nos imponíamos, y debo deciros ya que toca a su fin.

Djalma no pudo sofocar un grito de sorpresa y felicidad. Adriana prosiguió así:

—Aunque separados y cercados de lazos y de mentiras y mutuamente engañados respecto a nuestros sentimientos, nos amábamos, amigo mío. Entregados a nosotros mismos, ambos libres, tuvimos valor para resistir a la ardiente embriaguez de la pasión para adquirir el derecho de entregarnos a ella más adelante sin ningún remordimiento. Pero falta consagrar ese amor, y a los ojos del mundo en que estamos llamados a vivir, sólo hay un modo de hacerlo, uno solo: por medio del matrimonio que encadena para toda la vida.

Djalma miró con sorpresa a la joven.

—Sí, toda la vida, y sin embargo ¿quién puede responder de los sentimientos de toda su vida? —añadió Adriana—. Sólo Dios, que conoce el porvenir de los corazones, así me parece que es una acción loca, egoísta e impía admitir vínculos indisolubles cuando no se puede responder de la sinceridad de un sentimiento presente.

Adriana se apresuró a añadir con tono tierno y convencido:

—No confundáis mi idea, amigo mío; el amor de dos seres cual nosotros, es tan noble, grande y divino, que debe ser consagrado divinamente.

—¿Qué decís? —exclamó Djalma.

—No —prosiguió Adriana—, no debemos aceptar vínculos indisolubles: porque si nos amamos siempre ¿de qué servirán esos nudos? Si nuestro amor cesa, ¿de qué sirven esas cadenas?

Djalma no respondió, pero con ademán respetuoso pidió a la joven que continuara.

—Y además —prosiguió Adriana con ternura y orgullo—; respetando vuestra dignidad y la mía, nunca haré juramento de observar una ley que el hombre estableció «contra» la mujer con egoísmo desdeñoso y brutal.

Djalma le dijo con voz suave y sonora y tono casi solemne:

—Como vos, odio la mentira, el perjurio y la iniquidad; también pienso que un hombre se envilece aceptando el derecho de ser cobarde y tirano; pero decís que vuestro deseo sería que este amor tan grande y santo recibiera una consagración divina, y si rechazáis un juramento que no pudierais hacer, a no ser loca y perjura, hay otros que vuestra razón y vuestro corazón admitirían. ¿Quién nos dará esa consagración divina?

—Dentro de pocos días, amigo mío, creo que podré decíroslo; todas las noches, después de haberos marchado, sólo pensaba en encontrar algún medio para unirnos a los ojos de Dios, pero sin intervención de las leyes, y sólo dentro de los límites que aprueba la razón. Disimulad, amigo mío; si extrañáis mis palabras, y mis ideas os parecen poco razonables, hablad, amigo mío, hablad, y buscaremos y hallaremos otro medio mejor para conciliar lo que debemos a Dios y al mundo, con lo que a nosotros mismos nos debemos.

—Cuando os oigo hablar así de nuestra dicha —dijo Djalma muy conmovido—, me parece que veo a una madre continuamente solícita por el porvenir de su hijo querido. Me pedís que os contradiga si vuestras ideas me causan extrañeza. Pero olvidáis lo que constituye mi fe y confianza en nuestro amor; lo que os desagrada, también a mí me desagrada, lo que os causa repugnancia a mí también me repugna.

El indio pronunció estas últimas palabras con convencimiento, con aquella especie de veneración apasionada y de tímido fervor distintivo del creyente al hablar de su creencia.

Adriana había escuchado a Djalma con inexplicable conjunto de alegría, reconocimiento y orgullo, y poniéndose la mano sobre el corazón, para oprimir sus violentos latidos, y mirando al príncipe con embriaguez, añadió así:

—Sí, él es siempre bueno, justo y noble ¡Oh, corazón mío!, ¡cómo late de orgullo y contento! Bendito seáis, Dios mío, que me habéis creado para este amante querido. El día en que se unan nuestras manos, ¡cuántos himnos de felicidad y reconocimiento se elevarán de todas partes hacia el cielo! No, no se sabe cuán inmensa e insaciable es la necesidad que tienen de contento y alegría dos amantes como nosotros. Sí, lo conozco, nuestro amor enjugará muchas lágrimas, y su divino fuego dará vida a muchos corazones que el pesar amortiguó, y la santa embriaguez de nuestros deleites será conocida por las bendiciones de los que hayamos salvado.

A las miradas fascinadoras de Djalma, Adriana se iba transformando en un ser ideal que participaba de la divinidad por los tesoros inagotables de excelencia, y de la criatura sensual por su ardor.

Entonces el indio, fuera de sí, postrándose a los pies de la joven, exclamó con voz suplicante:

—¡Ten compasión de mí! ya no puedo resistir más; ¡ah! no hables así; ¡cuántos años de mi vida daría por que ese día llegara!

—Cállate, cállate, no blasfemes: tus años me pertenecen.

—¿Me amas, Adriana?

La joven no respondió, pero su mirada ardiente y profunda acabó de trastornar a Djalma, el cual, cogiendo entre sus manos las de Adriana, exclamó con voz trémula:

—¿Por qué diferir ese momento supremo en que tocaremos el cielo, momento que nos divinizará por la dicha y la bondad?

—Porque nuestro amor debe ser consagrado sin reserva por la bendición de Dios.

—Y qué ¿no somos libres?

—Sí, sí, ídolo mío; lo somos, pero mostrémonos dignos de nuestra libertad.

—Adriana ¡compadéceme!

—Compadéceme tú también; no lo profanes en flor. Algunos días más, y entonces el cielo sin remordimientos y sin pesares.

—Pero hasta entonces el infierno, tormentos sin cuento; porque tú ignoras, sí, ignoras que cada día al salir de tu casa tu recuerdo me sigue, me rodea y me abrasa. Pero verte así, cada día más hermosa y más adorada, y separarme de ti cada vez más enamorado... no, no sabes...

Djalma no pudo proseguir. Lo que decía de sus tormentos devoradores, también Adriana lo había sentido, acaso en mayor grado que él; turbada y fuera de sí, con el acento eléctrico de Djalma, tan hermoso y apasionado, sintió que su valor flaqueaba. Una languidez irresistible paralizaba ya sus fuerzas y su razón, cuando de repente, haciendo un supremo esfuerzo de casta voluntad, se levantó con precipitación, y corriendo a una puerta que comunicaba con el aposento de la Gibosa, gritó:

—¡Sálvame, hermana mía, sálvame!

Apenas había transcurrido un instante, cuando la señorita de Cardoville, anegado el rostro en llanto, estrechaba entre sus brazos a la joven trabajadora, mientras que Djalma estaba respetuosamente arrodillado ante el dintel de la puerta que no se atrevía a traspasar.

La ambición

Pocos días después, Rodin se paseaba solo en su aposento de la calle de Vaugirard, ambas manos metidas en las faltriqueras de su levita, y la cabeza caída sobre el pecho.

—Por lo que toca a Roma —se decía Rodin—, estoy tranquilo; en cierto modo ya se ha consentido en la abdicación, y si puedo darles la cantidad que hemos convenido, el cardenal príncipe me responde de una mayoría de nueve votos en el próximo cónclave. Sin embargo, estoy algo inquieto por la correspondencia que el padre d'Aigrigny sigue al parecer con Malipieri; me ha sido imposible saber algo, pero no importa, ese matón es hombre «sentenciado»: es cosa decidida; paciencia y será «ejecutado».

Después de una breve pausa, añadió:

—Antes de ayer se celebraron en Saint Heren los funerales del amigo filántropo, del artesano, Francisco Hardy; ha muerto en un arrebató de extático delirio, su donación estaba en mi poder.

Rodin se quedó por algún tiempo pensativo, y luego dijo con acento reconcentrado:

—Faltan la rubia y su mulato; estamos a 27 de mayo, se acerca el primero de junio, y esas tórtolas enamoradas parecen invulnerables; la princesa había creído hallar un buen medio: también lo creí como ella. Nada mejor que traer a la memoria el haber encontrado a Agrícola Baudoin en casa de esa loca, porque el tigre indio rugió de celos; pero apenas la paloma enamorada arrulló con su rosado pico, cuando el tigre imbécil vino a echarse a sus pies, escondiendo las garras; fue lástima, porque se podía hacer algo. —Y Rodin aceleró sus pasos—. Nada tan sorprendente —prosiguió— como la sucesión generadora de las ideas. Al comparar esa rubia bribonzuela con una paloma, ¿por qué acude a mi mente el recuerdo de esa infame vieja, llamada la Sainte-Colombe? ¿Por qué se me ocurre la idea de esa bruja?

Apenas Rodin hubo pronunciado estas palabras, cuando se estremeció; al punto brilló en su rostro una siniestra alegría, que luego tomó la expresión de reflexiva sorpresa, Rodin se enderezó, y cruzando los brazos en ademán triunfante, exclamó:

—¡Oh!, ¡cuán hermosas y sorprendentes son las misteriosas evoluciones del espíritu! Extraña cosa por cierto. Empiezo comparando a esa rubia con una paloma, esta comparación me recuerda aquella bruja que traficó con el cuerpo y el alma de tantas criaturas, y de repente me ilumina y disipa las tinieblas en que me agitaba inútilmente, pensando en esos amantes invulnerables.

Y Rodin, volviendo a andar con nueva precipitación, añadió:

—Sí, merece probarse; cuanto más reflexiono más posible me parece el proyecto, solamente que esa bruja de Sainte-Colombe... ¿de quién podré valerme?, ¡ah! ya, del bribonazo Santiago Du Moulin. Y por lo que toca a la otra, ¿en dónde la hallaré? ¿Cómo podré decidirla?

Y Rodin siguió paseándose royéndose las uñas con aire muy preocupado. Durante algunos momentos fueron tales los esfuerzos de su imaginación, que empezaron a correrle gruesas gotas de sudor por la frente amarillenta.

Al fin pareció discurrir con más acierto, pensando en que el proyecto debía pronto llevarse a cabo, porque añadió:

—Sí, es algo aventurado, algo atrevido; pero puede ejecutarse pronto.

Y cediendo después a un movimiento de entusiasmo que no le era natural, el jesuita exclamó con ojos satisfechos:

—¡Oh!, ¡las pasiones! son una mágica clave para quien sabe recorrer sus teclas con mano ligera, hábil y vigorosa. Qué hermoso es el poder del pensamiento, ¡oh Dios mío!

Y luego Rodin, soltando una gran carcajada de desprecio, prosiguió andando aceleradamente.

—¡Oh! llegue yo, llegue yo a lograr lo que Sixto V.

Rodin estaba espantoso al hablar así. Un eretismo de dominio devorador encendía la sangre impura del jesuita; un sudor ardiente corría por su cuerpo, y una especie de vapor desagradable se sentía en derredor suyo.

De repente, el ruido de una silla de posta que entraba en el patio de la casa llamó la atención de Rodin, y sintiendo haberse dejado llevar a tanta exaltación, sacó de la faltriquera su mugriento pañuelo de cuadros blancos y encarnados, lo mojó en un vaso de agua y se humedeció la frente, las mejillas y las sienes, aproximándose al mismo tiempo a la ventana para mirar, al través de las persianas entreabiertas, quién era el viajero que acababa de llegar.

La proyección de un tejadillo que dominaba la puerta cerca de la cual se había parado el carruaje, impidió a Rodin satisfacer su curiosidad.

—No importa —dijo recobrando su sangre fría—, luego sabré lo que acaba de suceder. Escribamos primero al bribón de Santiago Du Moulin para que venga inmediatamente aquí.

Rodin se sentó a su bufete y se puso a escribir. Pasados algunos minutos llamaron a la puerta de la habitación.

Entró un criado y entregó una carta a Rodin, quien la tomó, preguntándole antes de abrirla:

—¿Qué carruaje es ese que acaba de llegar?

—Es una silla de posta que viene de Roma, padre.

—¿De Roma? —dijo Rodin con viveza, y a pesar suyo se traslució en su rostro cierta inquietud; luego añadió con más serenidad—: ¿Y quién viene en esa silla de posta?

—Viene un Reverendo Padre de nuestra santa Compañía.

A pesar de su ardiente curiosidad, porque sabía que un abate viajando en posta está siempre encargado de una misión importante y urgente, Rodin no volvió a hacer preguntas sobre este asunto, e indicando la carta, dijo:

—¿De quién es esta carta?

—Padre, de nuestra casa de Saint Heren.

Rodin miró con más atención la letra del sobre y conoció que era la del Padre d'Aigrigny, encargado de ayudar al señor Hardy en su hora postrera.

La carta contenía estos términos:

Despacho un expreso a vuestra reverencia para informarle de un suceso más extraño que importante; después de los funerales del señor Francisco Hardy, el ataúd que contenía su cadáver fue depositado provisionalmente en la bóveda de nuestra capilla en tanto que se le trasladaba al cementerio de la población inmediata; esta mañana, cuando nuestros criados bajaron a la bóveda para disponer la traslación del cadáver, hallaron que el ataúd había desaparecido.

Todas las diligencias que se han hecho para descubrir los autores, han sido infructuosas.

Afortunadamente la fe de muerto está debidamente legalizada, y por consiguiente la substitución de los derechos que la donación nos concede y la cesión de los bienes son válidos e irrecusables en todas sus partes; de todos modos, he creído de mi deber despacharos un expreso para comunicar a vuestra reverencia este acontecimiento y que ella resuelva, etc.

Después de un momento de meditación, Rodin se dijo:

—D'Aigrigny tiene razón, este suceso es más singular que importante, no obstante que da que pensar; ya nos ocuparemos de esto a otra hora.

Volviéndose entonces hacia el criado que trajera la carta, Rodin le dijo al entregarle la esquila que acababa de escribir a Nini Moulin:

—Que lleven al punto esa carta a la persona que expresa el sobre y que aguarden la respuesta.

—Muy bien, padre.

En el momento que el criado salía de la habitación de Rodin, entró en ella un abate y le dijo:

—El abate Caboccini acaba de llegar de Roma, encargado de una misión para vuestra reverencia.

A estas palabras se le alteró la sangre a Rodin, pero conservó su serenidad y dijo con sencillez:

—Decidle que se sirva pasar adelante, y dejadnos.

Un momento después entró el Padre Caboccini y se quedó a solas con Rodin.

A socius, socius y medio

El abate Caboccini, jesuita romano, que entró en el aposento de Rodin, era un hombrecito de unos treinta años.

El padrecito era tuerto, pero en el ojo que le quedaba chispeaba la viveza; la sonrisa y la alegría brillaban en su rosado semblante.

Rodin adivinó al punto al emisario italiano, y siéndole conocida su Compañía y el modo de obrar de Roma, le asaltó una especie de presentimiento siniestro a la vista de aquel padrecito tan comunicativo; Rodin había salido al encuentro del padrecito tuerto andando lentamente y de medio lado, según su costumbre, para poder examinar y penetrar aquella máscara festiva; pero el romano no le dio tiempo para hacerlo, abalanzándose con impetuoso afecto desde la puerta al cuello de Rodin, estrechándole entre sus brazos con efusión.

Al fin el padrecito Caboccini, faltándole la respiración, tuvo que soltar a Rodin, el cual dijo con tono áspero, ajustándose el mugriento cuello de su camisa, la corbata y su chaleco raído:

—A vuestras órdenes, padre.

El padrecito, clavando en Rodin su ojo con una expresión de entusiasmo, y acompañando sus palabras con ademanes impetuosos, exclamó:

—¡Al fin logro ver esta magnífica antorcha de nuestra santa Compañía y estrecharla contra mi corazón! sí, otra vez, otra vez.

Y como el padrecito se disponía a estrechar de nuevo a Rodin entre sus brazos, éste dio un paso hacia atrás alargando los suyos como para librarse del jesuita italiano, y le dijo, aludiendo a la comparación que había hecho:

—Bien, bien, padre; en primer lugar no se puede estrechar una antorcha contra el corazón y además yo no soy ninguna luz, sino un humilde obrero de la viña del Señor.

El jesuita romano prosiguió enfáticamente:

—Tenéis razón padre; no se puede estrechar una antorcha contra el corazón, pero uno se postra ante ella para admirar su deslumbrante resplandor.

Y el Padre Caboccini se disponía a acompañar sus palabras con la acción arrodillándose delante de Rodin, a no haber impedido éste aquel movimiento de adulación deteniendo al romano por el brazo y diciéndole con impaciencia:

—Padre, eso raya en idolatría, dejemos a un lado mis prendas y vamos al objeto de vuestro viaje, si se puede saber cuál es.

—Ese objeto, querido padre mío, me llena de alegría y de satisfacción; ese objeto me arrebató y enajenó.

—Pero ¿se puede saber qué objeto es éste? —exclamó Rodin, exasperado con aquellas exageraciones meridionales.

—Este rescripto de nuestro reverendísimo y excelentísimo general os informará de él, mi muy querido padre.

Y el Padre Caboccini sacó de la cartera un pliego cerrado; Rodin lo abrió con viva ansiedad.

Durante la lectura el rostro del jesuita permaneció impasible, y sólo el latido precipitado de las arterias de sus sienes indicaba su agitación interior.

Rodin miró fijamente al romano diciéndole:

—Se hará lo que manda nuestro excelentísimo general.

—De modo, padre —exclamó Caboccini, con nueva admiración y entusiasmo—, que tendré la dicha de acompañaros día y noche, en una palabra, de ser vuestro «socius», porque después de haberos concedido la facultad de no tenerlo por algún tiempo en conformidad con vuestros deseos, nuestro excelentísimo general cree conveniente enviarme desde Roma junto a vos para desempeñar este cargo; favor inesperado e inmenso que me llena de reconocimiento hacia nuestro general...

—Representa bien su papel —se dijo Rodin—, pero a mí no me cogen fácilmente, y los tuertos sólo son reyes en el país de los ciegos.

* * *

La tarde misma del día en que pasó esta escena entre el jesuita y su nuevo *socius*, Nini Moulin, que había recibido en presencia de Caboccini las órdenes de Rodin, se había dirigido a casa de la señora de la Sainte-Colombe.

La señora de la Sainte-Colombe

Esta mujer que al principio de nuestra narración había ido a visitar el palacio y tierras de Cardoville con intención de comprarlas, se había enriquecido vendiendo objetos de moda en una tienda situada debajo de las galerías de madera del Palacio Real cuando estuvieron los aliados en París.

Difícil fuera decir por qué medios la tal había llegado a reunir un capital considerable, sobre el cual dirigían sus miras los Reverendos Padres poco escrupulosos en cuanto al origen de las riquezas si pueden apoderarse de ellas.

Por otra parte, Nini Moulin, que codiciaba formalmente las riquezas y la mano de aquella mujer, había perjudicado bastante a los Reverendos Padres en los proyectos concebidos.

El escritor religioso, comisionado por Rodin, se dirigió a casa de la Sainte-Colombe, que ocupaba entonces un cuarto principal en la calle de Richelieu, porque, a pesar de sus caprichos de retirarse del mundo, le gustaba mucho el bullicio atronador y el aspecto animado de una calle concurrida y céntrica.

El domicilio de que hablamos estaba amueblado con lujo.

La Sainte-Colombe era mujer robusta, de unos cincuenta años, cara ancha y colorada, con un poco de bigote y voz varonil.

En aquel momento el escritor religioso, dejando a un lado sus intereses, sólo pensaba en salir con lucimiento de la delicada misión de que Rodin le había encargado, misión que el jesuita presentó diestramente bajo una apariencia muy admisible y cuyo objeto honroso en su fin disculpaba los medios algo aventurados.

—¿De modo que tiene unos veinte años? —decía Nini Moulin, continuando una conversación ya empezada.

—No tendrá más —respondió la Sainte-Colombe, que parecía llena de viva curiosidad—; pero lo que me decís es muy gracioso, gordinflón mío.

—Es interesante y tierno, y si podéis hallar de aquí a mañana a la persona de que se trata...

—¡Caramba!, ¡de aquí a mañana! —exclamó la Sainte-Colombe—, ¡qué pronto queréis las cosas!, ¡si hace más de un año que no he oído hablar de ella!

—¿Entonces no se la pudiera descubrir valiéndose de los medios que al principio indicasteis?

—¿Pero por qué ha de ser esa muchacha y no cualquiera otra? Será sin duda porque es una rareza en su clase.

—Así será, mi respetable amiga, de otro modo su vista no haría la debida impresión a la pobre madre loca a quien se propone curar.

—Bribón, vaya pues —dijo la Sainte-Colombe—, al fin y al cabo siempre hago vuestra voluntad.

—Me maravilláis —dijo Nini Moulin con gravedad—. No olvidaré en mi vida...

—No os molestéis —dijo la Sainte-Colombe interrumpiendo al escritor religioso—: si me decido a hacerlo no es por vos.

—¿Entonces, por quién es, o por qué lo hacéis? —preguntó Nini Moulin.

—¡Ah! Eso es un secreto —contestó la Sainte-Colombe; y dirigiéndose a su doncella que acababa de entrar, añadió—: Pichona, dile a Ratisbonne que vaya a buscar un coche y tráeme el sombrero de terciopelo color de amapola con plumas.

Mientras que la sirvienta iba a ejecutar las órdenes de su señora, Nini Moulin, acercándose a la Sainte-Colombe, le dijo con tono modesto y en voz baja:

—Advertiréis, hermosa amiga mía, que no os dije esta noche nada que aludiera a mi amor: ¿tendréis en cuenta mi discreción?

En este momento la Sainte-Colombe acababa de quitarse el turbante, y volviéndose de repente, se lo puso a Nini Moulin, soltando una gran carcajada. El escritor religioso se mostró prendado de esta prueba de confianza.

* * *

Al día siguiente de esta escena, Rodin, cuya fisonomía parecía triunfante, echaba él mismo una carta al correo cuyo sobre escrito decía así:

Al señor Agrícola Baudoin.

Calle Brise-Miche, n.º 2

PARÍS.

(Urgentísima).

Los amores de Faringhea

El lector tendrá presente, que al saber Djalma por la vez primera que Adriana le amaba, en la embriaguez de su dicha —dijo a Faringhea—, cuya traición conocía:

«Te has unido con mis enemigos sin que yo te hubiese hecho daño. Eres malo, sin duda porque eres desgraciado, quiero hacerte feliz para que seas bueno».

Dotado de una comprensión extraordinaria y de un profundo disimulo, el mestizo había persuadido fácilmente de la sinceridad de su arrepentimiento, a un hombre de carácter tan generoso como Djalma.

Entregado a una violenta agitación o a una especie de entorpecimiento, Djalma estaba tendido en un sofá, el rostro cubierto con las manos, como si quisiera librarse de una visión demasiado seductora, cuando Faringhea entró en la habitación del príncipe. Al ruido que hizo el mestizo al entrar, Djalma se estremeció y levantó la cabeza mirando en derredor suyo, con sorpresa; pero al ver la fisonomía pálida del esclavo, se levantó con viveza y dando algunos pasos hacia él, exclamó:

—¿Qué tienes, Faringhea?

Reinó un momento de silencio, cual si el mestizo cediera a una penosa incertidumbre; después se arrojó a los pies de Djalma y con débil voz y ademán desesperado, dijo entre dientes:

—Soy muy desgraciado; compadecedme, señor.

El acento del mestizo fue tan tierno, que Djalma se sintió conmovido, y bajándose para levantarle, le dijo cariñosamente:

—Habla, habla; la confianza calma los tormentos del corazón.

—Pero el amor desgraciado, derrama lágrimas de sangre —respondió Faringhea con doloroso abatimiento.

—¿De qué amor burlado estás hablando? —dijo Djalma con sorpresa.

—Señor —prosiguió el mestizo—, me dijisteis: la desgracia te ha hecho malo; sé dichoso y serás bueno... entonces yo, que aún soy medio salvaje, hallé una mujer joven y hermosa que correspondía a mi pasión; a lo menos así lo creí; pero fui traidor con vos, señor, y no cabe dicha para los traidores, aun cuando se arrepientan; a mi vez fui vendido, vilmente vendido.

—Pero ¿estás seguro de esa traición?

—¡Ay! señor, bien quisiera creerlo, pero no me atrevo a esperarlo.

—Pero ¿qué motivos tienes para sospechar de ese modo?

—Su tibieza, que a veces sucede a una ternura aparente. Y además... señor, medita sus palabras cuando habla de su amor, lo cual prueba que no me ama ya o que nunca me amó.

—Al contrario, puede ser que te ame más si medita en el interés y la dignidad de su amor.

—Eso es lo que todas dicen —repuso el mestizo con sangrienta ironía, clavando en Djalma la vista—; a lo menos así hablan las que aman poco, pero las que aman mucho, nunca manifiestan esa ofensiva desconfianza; para ellas una palabra del hombre que adoran, es una orden; se hacen de rogar para procurarse el cruel placer de exaltar la pasión de su amante hasta el delirio y de dominarle así con mayor seguridad; no, no; lo que su amante les pide, aun cuando debiera costarles el honor y la vida, se lo conceden, porque el deseo y la voluntad de su amante es para ellas superior a toda consideración divina y humana.

La frente de Djalma se había nublado un poco al escuchar al mestizo, pero habiendo guardado con este hombre el más completo silencio sobre los varios incidentes de su pasión hacia la señorita de Cardoville, el príncipe no podía ver en aquellas palabras más que una alusión involuntaria que casualmente podía aplicarse a las negativas seductoras de Adriana; su frente se serenó y respondió al mestizo que le observaba atentamente de reojo:

—Amigo mío, te equivocas —replicó Djalma con dulzura, a pesar de la dolorosa impresión que la habían hecho las palabras del mestizo—; sí, te equivocas: cuanto mayor es el amor de una mujer, tanto más grande, digno y casto es; el amor es el que suscita esos escrúpulos y delicadezas.

—Tenéis razón, señor —respondió el mestizo con amarga ironía—, esa mujer me impone su modo de amar y el de manifestarme su amor; a mí me toca someterme.

Y luego, interrumpiéndose de repente, el mestizo se cubrió el rostro con las manos y lanzó un profundo suspiro: sus facciones expresaban un conjunto de odio y desesperación tan espantosa, que Djalma, más y más conmovido, exclamó cogiendo la mano al esclavo:

—Calma esos arrebatos; escucha la voz de la amistad que conjurará ese funesto influjo: habla, habla.

—No, no, esto es demasiado cruel...

—Habla te digo.

—¡Ay! —repuso éste titubeando aún—: ¿son esos vuestros deseos?

—Sí, lo son.

—Pues bien, me preguntasteis qué motivos tenía para creer en una traición, y os hablé de vagas sospechas, de negativas y tibieza, pero aun hay más: esta noche, esa mujer...

—Acaba, acaba.

—Esa mujer ha dado una cita al hombre que prefiere.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un desconocido que se ha compadecido de mi ceguedad.

—¿Y si ese hombre te engaña o se engaña?

—Me ha prometido darme pruebas de lo que me decía.

—¿Y qué pruebas son éstas?

—La de hacerme asistir esta noche a esa cita.

—¿Y qué le respondiste?

—Nada, porque tenía la cabeza trastornada como la tengo ahora; entonces se me ocurrió pedir consejo. —Después, haciendo un ademán de desesperación, dijo el mestizo soltando una carcajada salvaje—: ¡Consejo, consejo! A la hoja de mi cangiar debía yo pedírselo, y me hubiera dicho: «¡Sangre, sangre!».

Y el mestizo echó entonces mano a un largo puñal que llevaba metido en la faja.

Sabiendo por experiencia hasta qué punto puede arrastrar un ciego furor, y queriendo granjearse la voluntad del mestizo a fuerza de cariño y de bondades, Djalma le dijo con gravedad y dulzura:

—Te ofrecí mi amistad, y en conformidad con ella quiero obrar contigo.

Pero el mestizo, al parecer poseído de un furor sordo y concentrado, con los ojos fijos y desencajados, fingió no oír a Djalma. Éste, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Escúchame, Faringhea.

—Señor...

—Es preciso acudir a esa cita que debe probarte la inocencia o la traición de la que amas.

—¡Oh! sí —dijo el mestizo con voz ronca y siniestra.

—Pero no irás solo.

—¿Señor, qué decís? —exclamó el mestizo—. ¿Y quién me acompañará?

—Yo.

—¿Vos?

—Faringhea, este día es enteramente mío, y no me separo de ti —dijo el príncipe, con resolución—. No irás a esa cita sin que yo te acompañe.

El mestizo fingiéndose vencido por esta generosa determinación, cayó a los pies de Djalma, y cogiéndole respetuosamente la mano, la llevó primero a su frente y después a sus labios, diciendo:

—Señor, sed generoso hasta el fin y perdonadme.

Imposible es describir la cándida sencillez con que el mestizo pronunció estas palabras. Djalma, profundamente conmovido, le alargó la mano mandándole que se levantara, añadiendo:

—Tenías derecho para exigir de mí una prueba de cariño, y me tengo por feliz en haberme anticipado a ofrecértela. Vamos, ánimo; te acompañaré a esa cita, y si he de dar crédito a mis presentimientos, ya verás cómo te has dejado engañar por mentidas apariencias.

* * *

Llegada la noche, Djalma y el mestizo, embozados en sus capas, subieron en un

coche de alquiler, y Faringhea le dio al cochero las señas de la casa de la Sainte-Colombe.

Una noche en casa de la Sainte-Colombe

Habiendo subido al coche, Djalma y Faringhea se dirigieron a casa de la Sainte-Colombe.

Nini Moulin, que seguía ignorando el verdadero objeto de los pasos que daba por instigación de Rodin, ofreció la víspera, con arreglo a las órdenes de este personaje, una suma bastante crecida a la Sainte-Colombe para conseguir de ella, siempre avara, que le dejase disponer libremente de su habitación durante todo el día. La Sainte-Colombe aceptó esta propuesta, muy ventajosa para ser desechada, y se marchó por la mañana con sus criados.

Rodin, dueño de la habitación, cubierta la cabeza con una peluca negra, anteojos verdes, y embozado en una capa, en una palabra, perfectamente disfrazado, fue aquella misma mañana, acompañado de Faringhea, a reconocer los aposentos y dar sus instrucciones al mestizo. Éste, luego que se marchó el jesuita, hizo en dos horas, gracias a su habilidad e inteligencia, ciertos preparativos muy importantes, volviendo apresuradamente a representar con hipocresía la escena ya descrita.

En el tránsito de la calle de Cliché a la de Richelieu, en que vivía la Sainte-Colombe, Faringhea fingió un abatimiento doloroso hasta que, saliendo de él súbitamente, dijo a Djalma con voz ronca y violenta:

—Señor, si me engaña, es preciso que me vengue.

—El desprecio es una venganza terrible —respondió Djalma.

—No, no —repuso el mestizo con tono furioso—, no, no basta; cuanto más se acerca el momento más me convenzo de que necesito sangre.

—Atiéndeme.

—Señor, compadecedme, me volví cobarde y retrocedí ante mi venganza; ahora daría por ella tormento por tormento; permitidme que os deje y que vaya solo a esa cita.

Al decir esto, Faringhea hizo ademán de arrojar del carruaje, pero Djalma lo detuvo y le dijo:

—Quédate, yo no me separo de ti; si te venden, no derramarás sangre.

—No, no, señor, estoy resuelto; y cuando haya dado muerte, me mataré a mí mismo —exclamó el mestizo con exaltación feroz—. Para los traidores es este cangiar.

Y echó mano a un largo puñal que tenía en la faja.

—Para mí el veneno que esta empuñadura encierra.

—¡Faringhea!

—Perdonadme, señor, si os desobedezco.

El tiempo urgía, y desconfiando Djalma de poder calmar la rabia del mestizo, determinó apelar a la astucia, y al cabo de algunos instantes de silencio dijo a Faringhea:

—No me separaré de ti y haré cuanto esté en mi mano para evitar un crimen: si desoyes mi voz, caiga sobre ti la sangre que derramares. Mi mano no volverá nunca a tocar la tuya.

Estas palabras hicieron, al parecer profunda impresión en Faringhea; lanzó un largo suspiro, y dejando caer su cabeza sobre el pecho, se quedó callado cual si meditara.

Djalma se disponía a valerse de la sorpresa o de la fuerza para desarmar al mestizo, cuando éste, que lo observaba de soslayo y conoció su intención, echó de repente mano al cangiar, lo sacó envainando de su ceñidor, y teniéndolo en la mano, dijo al príncipe con tono feroz:

—Este puñal es temible; en este pomo hay un veneno sutil, como lo son todos los de nuestro país.

Y el mestizo, habiendo tocado un resorte oculto en la empuñadura del cangiar, levantó una chapa y dejó ver la boca de un frasquito de cristal embutido en el mango de aquella arma homicida, y añadió:

—Con dos o tres gotas de este veneno en los labios, viene la muerte lenta, tranquila, siendo el primer síntoma ponerse las uñas azuladas... Pero el que beba todo este veneno de un sorbo, caerá muerto de repente, sin sufrimientos y como herido por el rayo.

—Sí —respondió Djalma—, ya sé que hay en nuestro país venenos misteriosos que apagan poco a poco la vida o dan una muerte repentina; pero ¿por qué recalcas tanto sobre las siniestras propiedades de esa arma?

—Para demostraros que en este cangiar está la seguridad y la impunidad de mi venganza: con este puñal doy muerte y con este veneno me libero de la justicia de los hombres por medio de una muerte pronta... Y sin embargo, os abandono este puñal: tomadlo; antes renunciar a mi venganza que hacerme indigno de volver a tocar vuestra mano.

Y el mestizo alargó el puñal al príncipe, el cual, no menos contento que sorprendido de aquella determinación inesperada, colocó el arma temible en su ceñidor, mientras que el mestizo añadía con voz conmovida:

—Señor, guardad ese cangiar, y cuando hayáis visto y oído lo que vamos a ver y a oír, o me entregaréis el puñal y yo mataré a una mujer infame, o me daréis el veneno y moriré sin matar. A vos os toca mandar y a mí obedecer.

En el instante mismo en que Djalma iba a responder, el coche se detuvo a la puerta de la casa de la Sainte-Colombe. El príncipe y el mestizo, muy embozados en sus capas, entraron en un portal oscuro, cuya puerta se cerró tras ellos. Faringhea dijo algunas palabras al portero, y éste le entregó una llave. Los dos indios llegaron pronto a una de las puertas de la habitación de la Sainte-Colombe.

En el acto de meter la llave en la cerradura, Faringhea dijo a Djalma con voz alterada:

—Señor compadeceos de mi flaqueza. —Y en el momento en que el príncipe iba a responderle, el mestizo exclamó—: No, no: fuera cobardía —y abriendo precipitadamente la puerta, entró primero, siguiéndole Djalma. Una vez cerrada la puerta, se hallaron en un estrecho pasadizo y en la mayor oscuridad.

—Dadme vuestra mano, señor —dijo el mestizo en voz baja, alargando la mano al príncipe, que la agarró.

Adelantáronse ambos silenciosamente en aquellas tinieblas, y después de haber dado muchas vueltas, abriendo y cerrando varias puertas, el mestizo se paró de repente y dijo al príncipe, soltándose de su mano:

—Se acerca el momento decisivo; aguardemos aquí algunos segundos.

Un profundo silencio sucedió a estas palabras. La oscuridad era tal, que Djalma nada podía distinguir; al cabo de un minuto oyó que Faringhea se alejaba de él, y luego sintió el ruido de una puerta que abrían con precipitación y cerraban dando dos vueltas a la llave. Esta desaparición repentina empezó a inquietar a Djalma. Por un movimiento maquinal llevó la mano al cangiar y dio a tientas algunos pasos hacia la parte en que suponía hallarse la salida. De repente, la voz del mestizo llegó a oídos del príncipe, y sin que le fuera posible saber en dónde se hallaba éste al hablarle, oyó que decía:

—Señor; vos me dijisteis, sé mi amigo, y como tal estoy obrando; me he valido de una astucia para traeros aquí; la ceguedad de vuestra funesta pasión no os hubiera dejado escucharme y seguirme; la princesa de Saint-Dizier os citó a Agrícola Baudoin, amante de Adriana de Cardoville; escuchad, observad y juzgad —y la voz calló. Parecía haber salido de uno de los ángulos de la habitación en que Djalma se hallaba rodeado de la mayor oscuridad. Conociendo, aunque tarde, el lazo en que había caído, se estremeció de rabia y casi de terror.

—¡Faringhea! —gritó—, ¿en dónde me hallo?, ¿en dónde estás? Ábreme, por tu vida; quiero salir de aquí inmediatamente.

Y Djalma dio algunos pasos precipitadamente, poniendo las manos por delante, hasta que tocó una pared colgada de seda y la siguió a tientas esperando hallar alguna puerta; en efecto encontró una, pero estaba cerrada; en vano trató de forzar la cerradura, porque resistió a todos sus esfuerzos.

La ansiedad del príncipe aumentaba a cada momento, y con voz trémula de cólera, llamó a Faringhea.

Nadie le respondió.

Entonces sucedió una cosa extraña: una débil claridad, esparciéndose por grados en una habitación inmediata, permitió a Djalma, abismado en un completo alucinamiento, que reparara en una especie de tragaluz por el que entraba la claridad en la habitación en que se hallaba. Esta abertura estaba resguardada por aquel lado con un enrejado de alambre tan delgado como sólido y que apenas interceptaba la

vista; y por el lado opuesto estaba colocado en el tabique un cristal grueso a dos o tres pulgadas del enrejado. El aposento que por esta abertura se descubría y que Djalma vio iluminarse débilmente con una luz suave, incierta y opaca, estaba ricamente amueblado.

Al cabo de un instante entró una mujer en aquel aposento. No podía vérselo el rostro ni el cuerpo, porque venía muy envuelta en un manto largo con capucha.

Djalma seguía mirando con una especie de estupor lo que pasaba en el aposento inmediato.

La mujer que acababa de ver había entrado con precaución y casi con temor; recorrió una de las cortinas de la ventana y echó una mirada a la calle al través de las persianas.

Djalma reconcentraba toda su atención en el espectáculo que se presentaba a sus ojos, y al que asistía como si hubiera sido espectador de un sueño, con la vista clavada en aquella mujer. De repente, Djalma la vio dirigirse al espejo y después de haberse mirado en él, dejar caer hasta los pies el manto con que estaba cubierta.

Djalma quedó aterrado: delante de él estaba Adriana de Cardoville. Sí, creía ver a Adriana tal cual la viera el día anterior y vestida con el mismo traje que tenía puesto en la entrevista con la princesa de Saint-Dizier; era la señorita de Cardoville: no podía dudarlo y no lo dudaba.

Un sudor ardiente le corría a Djalma por el rústro, su exaltación crecía cada vez más, sus ojos estaban encendidos y su pecho palpitante: permanecía inmóvil, y miraba sin reflexionar y sin pensar.

La joven, siempre vuelta de espaldas hacia Djalma, después de haberse alisado el cabello con un coquetismo lleno de gracia, se quitó la sarta de perlas que le adornaba la cabeza, y luego hizo un movimiento para desabrocharse el vestido, pero alejándose del espejo ante el cual se había mantenido al principio, desapareció por un instante a los ojos de Djalma.

—«¡Está aguardando a Agrícola Baudoin, su amante!».—dijo entonces en medio de la oscuridad una voz que parecía salir de la pared del aposento oscuro en que se hallaba el príncipe. A pesar del trastorno de su cabeza, estas palabras terribles: «Está aguardando a Agrícola Baudoin, su amante», atravesaron el corazón de Djalma, penetrantes y abrasadoras como un rayo. Una nube de sangre le cubrió la vista, lanzó un rugido sordo que el grueso del cristal impidió oír en la sala inmediata.

Llegado a este grado de frenética rabia, Djalma vio que la luz ya débil que iluminaba el otro aposento, se iba atenuando aún más, como si lo hicieran de intento, y después vio volver a la joven vestida con una bata larga blanca, que dejaba al descubierto sus brazos y espaldas, sobre los que ondeaban los largos bucles de sus dorados cabellos. Se adelantaba con cautela en dirección de una puerta que Djalma no podía distinguir... En aquel momento una mano invisible abrió suavemente una de las salidas del aposento en que se hallaba el príncipe, inmediata al tragaluz.

Esta salida que acababan de dejar a Djalma daba, como también una de las

puertas de la habitación inmediata en que se hallaba la joven, a una antesala que tenía comunicación con la escalera, en la que pronto se oyó subir a alguno que, deteniéndose afuera, llamó dos veces a la puerta exterior.

—«Ése es Agrícola Baudoin: escucha y observa» —dijo en la oscuridad la voz que el príncipe había oído antes.

Embriagado y frenético, pero con la determinación e idea fija de un hombre en semejante situación, Djalma desenvainó el puñal que Faringhea le había dejado, y luego permaneció inmóvil y en expectativa.

Apenas se oyó llamar fuera, cuando la joven corrió a la puerta de la escalera, de modo que entró más luz en el retrete entreabierto en donde Djalma estaba escondido con el puñal en la mano. Desde allí vio cómo la joven atravesaba la antesala y se acercaba a la puerta de la escalera, preguntando en voz baja:

—¿Quién es?

—Yo, Agrícola Baudoin —respondió desde afuera una voz fuerte y varonil.

Lo que aconteció después fue tan rápido que sólo el pensamiento puede describirlo.

Apenas la joven descorrió el cerrojo de la puerta, y Agrícola Baudoin pasó el dintel, cuando Djalma, abalanzándose como un tigre, hirió a la joven, que cayó muerta, y a Agrícola que, sin estar mortalmente herido, vaciló y cayó junto al cuerpo inanimado de aquella desgraciada.

Esta escena de muerte, veloz como el relámpago, había pasado casi en la oscuridad; de repente la débil luz que iluminaba el aposento de donde había salido la joven, se apagó súbitamente, y un momento después Djalma sintió en medio de las tinieblas una mano de hierro que lo asía del brazo, y oyó la voz de Faringhea que le decía:

—Estás vengado; ven, la retirada es segura.

Djalma, aterrado con el asesinato que acababa de cometer, no opuso resistencia, y dejó que el mestizo le llevase al interior de la habitación que tenía dos salidas.

* * *

Luego que Rodin hubo combinado bien su execrable proyecto, envió a Santiago Du Moulin a ver a la Sainte-Colombe, sin decirle el verdadero objeto de su misión, limitada a preguntar a aquella mujer de tanta experiencia, si conocía alguna joven hermosa, alta y rubia. Hallada ésta, un traje igual al que llevaba Adriana y que la señora de Saint-Dizier había descrito a Rodin (menester es confesar que la princesa ignoraba esta trama) debía completar la ilusión.

Lo demás ya se sabe o se adivina: la desgraciada joven se encargó del papel de Adriana que le habían trazado, creyendo que se trataba de alguna chanza.

En cuanto a Agrícola, recibió una carta en la que se le pedía que acudiera a una entrevista que podía ser muy importante para la señorita de Cardoville.

El lecho nupcial

La suave claridad que despidió una lámpara alumbraba débilmente el dormitorio de Adriana de Cardoville.

Un olor suave y aromático que exhala un baño de cristal lleno de agua tibia y perfumado, penetra en el cuarto, inmediato a la sala de baño de Adriana.

Van a dar las once de la noche, cuando se abre lentamente la puerta opuesta a la que comunica con la sala de baño, y aparece Djalma.

Dos horas han transcurrido desde que cometió un doble asesinato, y está convencido de que en un arrebato de celos dio muerte a Adriana.

La fisonomía de Djalma cuando entró en este cuarto virginal, estaba bastante serena, tanto era lo que se dominaba; una ligera palidez empañaba el brillante color de ámbar de su tez.

Djalma cerró la puerta tras sí, y cruzando los brazos sobre el pecho, miró lentamente en su derredor. Cuando sus ojos se fijaron en el lecho de Adriana, dio un paso, se estremeció y encendióse su rostro.

Al cabo de un rato de triste y sombría meditación, Djalma cayó de rodillas dirigiendo sus miradas al cielo. Un torrente de lágrimas inundaba su rostro que no revelaba ninguna pasión violenta.

—¡Muerta!, ¡muerta! —dijo con voz ahogada— ¡muerta cuando aún esta mañana descansaba dichosa en este cuarto! ¡Ay de mí! Es que no supe hacer que me prefiriera —añadió con tierna resignación—. Yo, pobre niño, semibárbaro, ¿de qué modo pude merecer su corazón?, ¿qué derechos, qué atractivos? Si no me amaba, era culpa mía, y, no obstante, siempre generosa, me ocultaba su indiferencia bajo afectuosas apariencias, para no hacerme demasiado infeliz. ¡Y por eso la he muerto! ¿Cuál es su crimen?, ¿no vino a mí espontáneamente?, ¿no me franqueó su casa?, ¿no me permitió que pasase los días a su lado, a solas con ella? No cabe duda; quería amarme, y no le fue posible.

Levantándose con trabajo, sacó de su cinturón el puñal de Faringhea, tomó del mango de esta arma el frasquito de cristal que contenía el veneno y arrojó la hoja ensangrentada sobre la alfombra de armiño.

—Sí —repuso Djalma estrechando el frasquito con mano convulsiva—; sí, sé muy bien que voy a darme la muerte. —Y luego exclamó con acento desesperado, ocultando el rostro con ambas manos—: ¡Muerta!, ¡muerta! —Y tras algunos sollozos, repuso con voz firme—: Vamos, dentro de poco también yo habré muerto; no, quiero acabar lentamente —y con vista segura contempló el frasquillo.

El indio lo acercó resueltamente a sus labios.

—¡Qué acre y ardiente es este líquido! —dijo—. Ahora, estoy seguro de que moriré. ¡Oh! que tenga al menos tiempo para embriagarme aún con la vista y el perfume de este cuarto; que me sea dado apoyar mi cabeza desfallecida sobre este lecho en que descansó la suya. —Y Djalma cayó de rodillas delante de la cama, en la que apoyó su frente ardorosa.

En aquel momento la puerta de marfil que comunicaba con la sala de baños giró suavemente sobre sus goznes y entró Adriana.

Llevaba una larga bata de muselina de una blancura deslumbrante; sus dorados cabellos entrelazados formaban dos anchas trenzas que daban a su rostro encantador una expresión de hermosura juvenil; su nevada tez estaba ligeramente animada por la tibia humedad del baño perfumado en que se metía todas las noches durante algunos minutos. Cuando abrió la puerta de marfil y puso sobre la alfombra de armiño su piececito rosado y desnudo, calzado con unas zapatillas de raso blanco, la hermosura de Adriana era encantadora; la brillantez de sus ojos y todos sus ademanes indicaban suma felicidad; estaban zanjadas todas las dificultades relativas a la unión que quería contraer; dentro de dos días sería de Djalma, y la vista del cuarto nupcial la hacía experimentar una languidez vaga e inefable.

Los primeros pasos de la joven se amortiguaron de tal modo en la espesa alfombra, que Djalma, con la frente apoyada en la cama, nada había oído. De pronto un grito de sorpresa y espanto le sacó de su meditación y se volvió bruscamente. Adriana estaba ante él.

Por un movimiento de pudor, cruzó la joven la bata sobre su pecho desnudo, y retrocedió, más emocionada que enojada, creyendo que Djalma, arrebatado por un loco acceso de amor, se había introducido en su cuarto con una esperanza culpable. Cruelmente ofendida de esta tentativa desleal, iba a reconvenir a Djalma, cuando advirtió el puñal que éste arrojará sobre la alfombra de armiño.

A la vista de aquella arma, de la expresión de espanto que petrificaba las facciones de Djalma, arrodillado, inmóvil, el cuerpo echado hacia atrás, los brazos tendidos adelante, los ojos fijos, desencajados y orlados de blanco, no temiendo ya Adriana una sorpresa amorosa, sino experimentando un terror indecible, en vez de huir del príncipe, dio algunos pasos hacia él, y exclamó con voz alterada, señalando el cangiar:

—Amigo mío, ¿cómo es que permanecéis aquí?, ¿qué objeto tiene ese puñal?

Djalma no respondía. Al pronto, la presencia de Adriana le había parecido una visión que atribuía al desvarío de su cerebro, turbado ya, según creía, por el efecto del veneno; pero cuando llegó a su oído la voz suave de la joven, su corazón se estremeció por el choque eléctrico que sentía siempre al encontrarse sus miradas con las de aquella mujer tan ardientemente amada, y cuando hubo contemplado aquel rostro adorable, sonrosado, fresco y sereno, a pesar de su expresión de viva inquietud, Djalma conoció que no era juguete de un sueño, y que la señorita de Cardoville estaba verdaderamente en su presencia.

A medida que se penetraba de la idea que Adriana no había muerto, si bien no sabía cómo explicarse el prodigio de esta resurrección, la fisonomía del indio se transformaba; el oro pálido de su tez se encendió, sus ojos, empañados por lágrimas de remordimiento, despidieron un vivo resplandor; en fin, sus facciones, poco hacía contraídas por un terror desesperado, expresaron todas las fases progresivas de una alegría loca y delirante.

Adelantándose de rodillas hacia Adriana, dirigiendo hacia ella sus manos trémulas, demasiado conmovido para pronunciar una sola palabra, la contemplaba con pasmo, amor, adoración y reconocimiento... Al fin, Djalma, exclamó con un acento imposible de reproducir:

—¡No has muerto!...

—¡Muerto! —repitió la joven pasmada.

—No eras tú, no eras tú a quien di muerte.

La señorita de Cardoville, cada vez más espantada, dirigió otra mirada al puñal que yacía sobre la alfombra, y notando que estaba ensangrentado... descubrimiento terrible, que confirmaba las palabras de Djalma, exclamó:

—¿Habéis muerto a alguno, vos, Djalma? ¡Oh, Dios mío!, ¿qué es lo que dice? Hay para volverse loca.

—Vives, te veo, estás aquí —decía Djalma con voz trémula y gozosa—; siempre bella y pura, porque no eras tú. ¡Oh, no! porque a haberlo sido, bien lo decía, antes que herirte, el acero se hubiera vuelto contra mí...

—¡Habéis asesinado! —exclamó la joven aterrada por esta revelación imprevista, juntando las manos con horror—. ¿Pero por qué?, ¿a quién?...

—¡Qué sé yo! A una mujer que se te parecía, y a un hombre que supuse era tu amante; fue una ilusión, un sueño terrible; porque vives, y estas aquí. —Y el indio sollozaba de alegría.

—¡Un sueño!, ¡no puede ser, en ese puñal hay sangre! —exclamó la joven indicando el cangiar con ademán asustado—. Os digo que esa arma está manchada de sangre...

—Sí, hace poco que arrojé ahí ese cangiar, para tomar el veneno cuando creí haberte muerto.

—¡Veneno! —exclamó Adriana, y sus dientes entrechocaron convulsivamente.

—Creía haberte quitado la vida, y quise venir a morir aquí.

—¡Morir!, ¿cómo morir?... ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué? —exclamó la joven casi delirando.

—¿No te lo estoy diciendo? —repuso Djalma con una dulzura inexplicable—; creía haberte muerto y me envenené.

—¡Tú! —dijo Adriana poniéndose lívida como una muerta—: ¡Tú!

—Sí...

—No es cierto —dijo la joven con ademán de sublime denegación.

—Mira —respondió el indio, y volvió maquinalmente la cabeza del lado de la

cama, fijando la vista en la mesita de marfil, en la que estaba el frasquillo de cristal.

Por un movimiento irreflexivo, más rápido que el pensamiento, y quizás que su voluntad, Adriana se acercó precipitadamente a la mesita, cogió el frasquito y se lo llevó a sus labios ávidos.

Djalma, que hasta entonces permaneciera arrodillado, lanzó un grito terrible; de un salto se halló al lado de la joven, y le arrancó de la mano el frasquito que tenía junto a sus labios...

—No importa, ya he bebido tanto como tú —dijo Adriana con satisfacción triunfante y siniestra.

Durante un momento reinó un silencio espantoso. Adriana y Djalma se contemplaban mudos, inmóviles y aterrados. La joven fue la primera que interrumpió este lúgubre silencio, diciendo con voz entrecortada, a la que procuraba dar energía:

—¿Y bien, qué tiene eso de extraño? Mataste, y quisiste que tu muerte expiase tu crimen; es muy justo. No quiero sobrevivirte, nada más natural. ¿A qué viene el mirarme de ese modo? Este veneno es muy acre, en los labios; ¿es rápido su efecto? Dime, Djalma mío...

El príncipe no contestó; temblando de pies a cabeza, se miró las manos; lo que Faringhea dijera era cierto, las uñas pulidas del joven indio tomaban ya un ligero color de violeta. La muerte se acercaba, lenta, sorda, casi sin sentirse, pero segura. Djalma, desesperado, pensando que Adriana también iba a morir, sintió que su valor le abandonaba, lanzó un profundo gemido, ocultó el rostro con sus manos, sus rodillas flaquearon y cayó sentado en la cama cerca de la cual permanecía en aquel momento...

—¡Ya! —exclamó la joven horrorizada; echándose de rodillas a los pies de Djalma—, ¡la muerte ya!, ¿me ocultas tu rostro?

Y en medio de su terror, separó las manos del indio para contemplarle; sus mejillas estaban bañadas en lágrimas...

—No, aún no viene la muerte —exclamó éste en medio de sollozos—; este veneno es lento.

—¡Es cierto! —exclamó Adriana con indecible alegría.

Y añadió besando las manos de Djalma con inefable ternura:

—Ya que este veneno es lento, ¿por qué lloras así?

—¡Pero tú, tú...! —decía el indio con acento desgarrador.

—No se trata de mí —replicó resueltamente Adriana—; has dado muerte, y expiaremos tu crimen... Ignoro lo sucedido, pero, por nuestro amor, juro que no obraste así por hacer mal, ¡algún horrible misterio hay en esto!

—Bajo un pretexto al cual debí dar crédito —repuso Djalma con voz jadeante—, Faringhea me condujo a una casa; allí me dijo que me engañabas; al pronto no lo creí, pero no sé qué vértigo se apoderó de mí; y poco después, al través de una semiclaridad, te vi...

—¡A mí!...

—A ti no, a una mujer que iba vestida lo mismo que tú; se te parecía tanto, que anublaba mi mente, di crédito a esta ilusión... En fin, vino un hombre, corríste a su encuentro, y entonces, fuera de mí, herí a la mujer y después al hombre; los vi caer; vine para morir aquí, y si te vuelvo a hallar... es para causar tu muerte. ¡Oh!, ¡desdicha, desdicha!, ¡yo había de ser el que te quitase la vida!

Y Djalma, aquel hombre de tanta energía, se echó a llorar otra vez con la debilidad de un niño.

Adriana, al ver esta desesperación tan tierna y apasionada, con aquel admirable valor que sólo poseen las mujeres cuando aman, no pensó más que en consolar a Djalma. Por un esfuerzo de pasión sobrehumana, a esta revelación del príncipe que ponía en claro una trama infernal, el rostro de la joven resplandeció de tal modo de amor, felicidad y pasión, que el indio, mirándola admirado, temió por un momento que hubiese perdido la razón.

—No más lágrimas, adorado amante mío —exclamó la joven—; sino sonrisas de alegría y amor; tranquilízate; no, no, nuestros encarnizados enemigos no triunfarán.

—¿Qué dices?

—Querían hacernos desgraciados; compadezcámoslos; el mundo envidiará nuestra felicidad.

—Adriana, vuelve en ti...

—¡Oh! conservo toda mi razón, toda... Óyeme, ángel mío, ahora todo lo comprendo. Cayendo en el lazo que te armaron esos miserables, diste muerte, y en este país un asesinato acarrea la infamia, o conduce al cadalso. Mañana, esta noche quizá, te habrían encarcelado; así es que nuestros enemigos se dijeron: un hombre como el príncipe Djalma no aguarda la infamia o el cadalso, se quita la vida. Una mujer como Adriana de Cardoville no sobrevive a la infamia o la pérdida de su amante; se suicida, o muere desesperada. Con que así, muerte terrible para entrambos, y para nosotros, se dijeron esos hombres tenebrosos, la inmensa herencia que codiciamos...

—Pero para ti, tan joven, hermosa y pura, la muerte es cosa horrible, ¡y esos monstruos triunfarán! —exclamó Djalma—. Habrán dicho la verdad.

—Habrán mentido —exclamó Adriana—; nuestra muerte será celestial, embriagadora; porque este veneno es lento... y yo te adoro, Djalma mío.

Al pronunciar estas palabras con voz baja y palpitante de amor, Adriana, apoyándose en las rodillas de Djalma, se acercó tanto a él, que éste sentía en sus mejillas el aliento enardecido de la joven. Esta impresión embriagadora, el húmedo resplandor que despedían los rasgados ojos de Adriana, cuyos labios entreabiertos se coloreaban más y más, hicieron estremecer al indio; un fuego interior le devoraba; su sangre virgen, enardecida por la juventud y el amor, hervía en sus venas; todo lo olvidó, su desesperación y la cercana muerte, que lo mismo que en Adriana, no se manifestaba sino por un ardor febril. Su semblante, como el de la joven, adquirió una hermosura resplandeciente, ideal.

—¡Oh!, ¡amante mío, esposo adorado, qué hermoso estás! —decía Adriana con idolatría—. ¡Oh!, ¡tus ojos, tu frente, tu cuello, tus labios, cómo los amo! ¡Cuántas veces el recuerdo de tu rostro encantador, de tu gracia, de tu ardiente amor, perturbaron mi razón!, ¡cuántas veces sentí flaquear mi valor, esperando este momento divino en que voy a ser tuya!, ¡sí, tuya, enteramente tuya! Ya lo ves, el cielo quiere que seamos uno de otro, y nada faltará al colmo de nuestros deleites; porque esta misma mañana, el hombre evangélico que dentro de dos días debía bendecir nuestra unión, recibió de mis manos, en tu nombre y en el mío, un donativo regio que difundirá la alegría en muchas familias. ¿Así, qué podemos echar de menos, ángel mío? Nuestras almas inmortales van a exhalar en medio de nuestros besos, para elevarse, extasiadas aún, hacia ese Dios adorable que es todo amor.

—¡Adriana!

—¡Djalma!...

* * *

Y cayendo las cortinas diáfanas y ligeras, envolvieron, a modo de nube, aquel lecho nupcial y fúnebre. Sí, fúnebre, porque dos horas después, Adriana y Djalma exhalaban el último suspiro en medio de una voluptuosa agonía.

CLXXVIII

Un duelo

Adriana y Djalma habían fallecido el 30 de mayo, y la escena siguiente pasaba el 31 del mismo mes, la víspera del día fijado para la última convocatoria de los herederos de Mario Rennepont.

Sin duda se tendrá presente de qué modo estaba situada la habitación que había ocupado el señor Hardy en la casa de retiro de los Reverendos Padres de la calle de Vaugirard, aposento aislado, y cuyo último cuarto daba a un jardín triste plantado de tejos y rodeado de elevadas murallas. Para llegar a este cuarto retirado, era preciso atravesar dos piezas espaciosas, cuyas puertas, una vez cerradas, interceptaban todo ruido y comunicación exterior. Recordando esto pasemos adelante.

Hacía tres días que el Padre d'Aigrigny ocupaba este aposento; no lo había escogido, pero sí puesto en el caso de aceptarlo bajo los pretextos, que le había dado el abate ecónomo, a instigación de Rodin.

El Padre d'Aigrigny, sentado en una poltrona, tenía en la mano un diario de la mañana y leía lo que sigue en las ocurrencias de París.

A las once de la noche. Un suceso tan horrible como trágico acaba de aterrar al barrio de Richelieu: Un doble asesinato perpetrado en una joven y en un mozo artesano. La joven murió de una puñalada; se confía salvar la vida del artesano. Este crimen se atribuye a celos. La justicia practica diligencias, y mañana daremos los pormenores.

Después de haber leído estas líneas, el Padre d'Aigrigny arrojó el diario sobre la mesa, y se quedó pensativo.

—Parece increíble —dijo con amarga envidia, pensando en Rodin—. Ya ha conseguido el objeto que se proponía; no se ha engañado en casi ninguna de sus previsiones. Esa familia está ya anonadada por medio de las pasiones, buenas o malas, que supo poner en movimiento. ¡Quién me hubiera dicho hace algunos meses, cuando escribía bajo mis órdenes, humilde y discreto «socius», que ese hombre hacía ya tiempo que abrigaba enorme y audaz ambición, que se atrevía a aspirar a la Santa Sede, y que, por medio de sus intrigas maravillosamente urdidas, y una corrupción seguida con increíble habilidad en el seno del sagrado colegio, esta pretensión no era descabellada, y que quizá muy pronto hubiera pedido llevarse a cabo esa infernal ambición, si de algún tiempo a esta parte no se hubiesen vigilado sin que él lo echara de ver los sordos manejos de ese hombre sumamente peligroso, según acabo de saber. Me habéis humillado, ofendido con vuestro insolente desprecio! Paciencia —añadió el Padre d'Aigrigny con alegría concentrada—; paciencia, el día de las represalias se acerca. Yo soy el único depositario de la voluntad de nuestro general, pues hasta el

mismo Padre Caboccini, enviado aquí como «socius», lo ignora. De modo que la suerte del Padre Rodin se halla en mis manos. ¡Oh! no sabe lo que le espera. En ese asunto Rennepont que manejó admirablemente, lo reconozco, lo confieso, cree despojarnos, y que el resultado será para él solo; pero mañana...

Distrajo de pronto de sus agradables reflexiones al Padre d'Aigrigny el ruido de las puertas de las piezas que precedían al cuarto en que se hallaba. En el instante de volver la cabeza para ver quién entraba, la puerta giró sobre sus goznes. El Padre d'Aigrigny hizo un movimiento brusco y su rostro se coloreó. El mariscal Simón se hallaba en su presencia, y detrás del mariscal, en la oscuridad, el Padre d'Aigrigny divisó el rostro cadavérico de Rodin.

Éste, habiendo echado al Padre d'Aigrigny una mirada de alegría diabólica, desapareció, cerróse la puerta, y el Padre d'Aigrigny y el mariscal Simón quedaron solos.

El padre de Rosa y Blanca estaba desconocido, sus cabellos habían encanecido enteramente; sus ojos hundidos, inflamados e inquietos, tenían algo de feroz y distraído.

Rodin al marcharse había dado dos vueltas a la llave.

Cuando el mariscal se halló a solas con el jesuita, por medio de un ademán brusco dejó caer la capa al suelo, y entonces el Padre d'Aigrigny vio que su enemigo traía dos espadas desnudas y afiladas.

El abate todo lo comprendió. Acordóse que algunos días antes, Rodin le había preguntado obstinadamente qué haría si el mariscal le abofetease. Ya no cabía duda: el Padre d'Aigrigny, que se había figurado tener entre sus manos la suerte de Rodin, se veía colocado por éste en terrible aprieto, pues sabía que las dos piezas contiguas estaban cerradas, que le era imposible hacerse oír de la parte de afuera pidiendo socorro.

La primea idea que le ocurrió, y no carecía de fundamento, fue que Rodin, por su increíble penetración, habiendo llegado a saber que su suerte dependería enteramente del Padre d'Aigrigny, confiaba deshacerse de él entregándolo a la venganza inexorable del padre de Rosa y Blanca.

El mariscal, sin desplegar los labios, desató el pañuelo que le servía de cinturón, colocó sobre una mesa las dos espadas, y cruzando los brazos, se acercó al Padre d'Aigrigny. Así se hallaron cara a cara estos dos hombres que durante su vida militar se habían perseguido con un odio implacable, y que, tras haberse batido en campos enemigos, habían tenido un duelo a muerte. De estos dos hombres, el uno, el mariscal Simón, venía a pedir cuenta al otro de la muerte de sus hijas.

Al acercarse el mariscal, el Padre d'Aigrigny se levantó.

Hacía algunos segundos que aquellos dos hombres se hallaban en pie, frente a frente y ninguno de los dos había dicho una palabra.

—Mis hijas han muerto —dijo al fin al jesuita con voz lenta y ronca—; es preciso que os mate.

—Caballero —exclamó el Padre d’Aigrigny—, escuchadme.

—Es preciso que os mate —repuso el mariscal interrumpiendo al jesuita—; vuestro odio persiguió a mi esposa hasta el destierro, en donde pereció; vos y vuestros cómplices enviaron a mis hijas a una muerte segura. Basta ya, necesito vuestra vida... y os la arrancaré.

—Mi vida pertenece primero a Dios —respondió piadosamente el Padre d’Aigrigny—, y luego al que quiera quitármela.

—Vamos a batirnos a muerte en este cuarto —dijo el mariscal.

—Caballero —respondió con frialdad el Padre d’Aigrigny—; olvidáis que mi carácter me prohíbe batirme.

—¡Ah! —dijo el mariscal con amarga sonrisa—, ¿os negáis a batiros porque sois sacerdote?

—Sí señor, porque soy sacerdote.

—¿De modo que siendo sacerdote un infame como vos se asegura la impunidad, y su ropaje negro le pone a cubierto de su cobardía y sus crímenes?

—No sé de qué me acusáis; pero en todo caso, leyes hay —dijo el Padre d’Aigrigny, mordiéndose los labios blancos de cólera, porque le ofendió profundamente la injuria que el mariscal acababa de dirigirle—; si tenéis de qué quejaros, acudid a la justicia, que es igual para todos.

El mariscal Simón se encogió de hombros con feroz desprecio.

—La justicia no alcanza a castigar vuestros crímenes. Ya conocéis que no vivo sino por el deseo de vengarme, pero necesito que sea de un modo que pueda saborearlo, sintiendo con la punta de mi espada la palpitación de vuestro corazón cobarde.

—Por última vez os repito que el carácter de que me hallo revestido me impide batirme.

—¿Según eso, os negáis?

—Me niego.

—¿Decididamente?

—Nada hay que pueda obligarme a ello.

—¿Nada?

—No, señor; nada.

—Lo veremos —contestó el mariscal hiriendo con la mano el rostro del Padre d’Aigrigny.

El jesuita lanzó un grito de furor; toda su sangre le refluyó al rostro tan rudamente abofeteado; el valor de aquel hombre, porque era intrépido, se reveló; su antiguo ardor guerrero pudo más que él, sus ojos brillaron, y con los dientes apretados y crispados los puños se adelantó hacia el mariscal, gritando:

—¡Las espadas, las espadas!

Pero de pronto, acordándose de la aparición de Rodin, y el interés que éste había demostrado en proporcionar este encuentro, se propuso librarse del lazo diabólico que

le tendía su antiguo «socius» armándose de valor para reprimir un resentimiento terrible. A la pasajera fogosidad del Padre d'Aigrigny siguió súbitamente una tranquilidad contrita y queriendo representar bien su papel, se arrodilló y bajando la cabeza se golpeó el pecho con contrición, diciendo:

—Perdonadme, Señor, por haber cedido a un impulso de cólera, y sobre todo, perdonad al que me ultraja.

A pesar de su resignación aparente, la voz del jesuita estaba alterada; le parecía sentir en su mejilla un hierro candente; porque, por la primera vez sufría un insulto semejante.

Viendo que el jesuita se arrodillaba y oyendo su hipócrita invocación, el mariscal, que había empuñado ya la espada, se estremeció de indignación y exclamó:

—¡Levántate, embustero; infame, levántate al momento!

Y el mariscal dio al jesuita un fuerte puntapié.

A este nuevo insulto, el Padre d'Aigrigny se enderezó de un salto como si le moviera un resorte.

Arrebatado, ciego de cólera, se precipitó hacia la mesa en donde estaba la otra espada, la cogió y gritó rechinando los dientes:

—¡Ah!, ¡queréis sangre! pues bien, la habrá; pero será la vuestra, si puedo.

Y el jesuita que se hallaba en todo el vigor de la edad, con el rostro encendido, se puso en guardia con la postura y serenidad de un esgrimador consumado.

—¡Al fin! —exclamó el mariscal preparándose para cruzar el acero. Mas la reflexión amortiguó otra vez la fogosidad del Padre d'Aigrigny, volvió a acordarse que aquel duelo aventurado satisfaría los deseos de Rodin, cuya suerte estaba en sus manos, y a quien humillaría a su vez, pues le odiaba quizá aún más que el mariscal; así es que, a pesar del furor que le dominaba, el jesuita logró calmarse, y con gran pasmo del mariscal, bajó la punta de la espada diciendo—: Soy ministro del Señor, y no debo derramar sangre.

Y poniendo el pie sobre la hoja de la espada la partió en dos pedazos. El duelo no podía llevarse a cabo.

El mariscal Simón permaneció un momento mudo e inmóvil de sorpresa e indignación, porque también veía que era ya imposible el combate; pero de pronto, imitando al jesuita, el mariscal puso el pie sobre la hoja de su espada y la rompió poco más o menos por la mitad, como lo hiciera el Padre d'Aigrigny, y recogiendo el pedazo puntiagudo, de unas dieciocho pulgadas de largo, se quitó su corbata, la envolvió alrededor de este fragmento, por el lado de la rotura, improvisando de este modo una empuñadura y ahora dijo al Padre d'Aigrigny:

—Vamos ahora a puñaladas.

Asustado de tanta serenidad y encarnizamiento, el Padre d'Aigrigny exclamó:

—¡Este hombre es el mismo demonio!

—No, es un padre a quien asesinaron sus hijas —dijo el mariscal con voz sorda, empuñando bien el arma improvisada; y una lágrima fugitiva humedeció sus ojos.

El jesuita notó aquella lágrima. Había en ella cólera vengativa y dolor paternal; una expresión tan terrible, sagrada y amenazadora, que por la primera vez en su vida sintió el Padre d'Aigrigny cierto temor cobarde.

No pudo menos de temblar y palidecer por un momento, y dijo:

—¡Una carnicería a puñaladas! Jamás.

—¡Será preciso que te escupa en la cara para que te suba a ella la poca sangre que te queda en las venas! —exclamó exasperado el mariscal.

—¡Oh! ¡Esto es ya demasiado! —dijo el jesuita. Y enseguida se abalanzó al pedazo de espada que tenía aún bajo sus pies, repitiendo—: ¡Es ya demasiado!

—Todavía no es suficiente —dijo el mariscal con voz agitada—: ¡Toma Judas! — Y le escupió en el rostro, añadiendo luego—: Y si aún así no te bates, te mataré a silletazos, asesino de niñas.

El Padre d'Aigrigny, al recibir el último ultraje que un hombre insultado puede recibir, perdió la razón, se olvidó de sus intereses, de sus propósitos, de su miedo, hasta de Rodin, y no sintió ya más que un deseo desenfrenado de venganza.

En un instante envolvió el Padre d'Aigrigny con su pañuelo el pedazo de hoja de espada que recogiera del suelo, y se precipitó sobre el mariscal Simón quien recibió intrépidamente este choque.

En el poco tiempo que duró esta lucha desigual, porque el mariscal hacía algunos días que estaba sufriendo una calentura que destruía sus fuerzas, los dos combatientes, mudos, encarnizados, no pronunciaron una sola palabra, ni lanzaron el menor grito. Si alguno hubiera presenciado esta escena horrible, solamente hubiera visto dos rostros amenazadores, lívidos y convulsos, alzarse, levantarse, echarse hacia atrás; brazos que se movían como barras de hierro, o que se retorcían como serpientes, y al través de las bruscas ondulaciones de la levita azul del mariscal y de la sotana negra del jesuita, lucir y brillar de cuando en cuando como un relámpago los aceros.

Al cabo de dos minutos los dos adversarios cayeron y rodaron uno encima de otro.

El uno de ellos, el Padre d'Aigrigny, haciendo un esfuerzo violento para desprenderse de los brazos que le oprimían, logró ponerse de rodillas... Dejó caer los brazos con postración, y luego se oyó la voz moribunda del mariscal que decía entre dientes estas palabras:

—¡Mis hijas! ¡Dagoberto!

—Lo he muerto —dijo el Padre d'Aigrigny.

Y apoyándose con una mano en el suelo, el jesuita llevó la otra al pecho. Su sotana estaba agujereada, pero las hojas que habían servido para el desafío eran triangulares y muy finas, y la sangre en vez de brotar hacia afuera se derramaba interiormente.

—¡Oh! Yo muero. ¡Me ahogo! —dijo el Padre d'Aigrigny cuyo desencajado rostro anunciaba ya la proximidad de la muerte.

En este mismo momento giró la llave en la cerradura de la puerta, dando dos vueltas por afuera con un ruido seco, y apareció Rodin, que sin acabar de abrir, y asomando la cabeza, dijo con voz humilde y en tono interrogativo:

—¿Se puede entrar?

Al oír tan espantosa ironía el Padre d'Aigrigny, hizo un movimiento como para arrojarse sobre Rodin, pero volvió a caer al suelo apoyándose en una de sus manos y dando un sordo gemido, porque la sangre le ahogaba.

—¡Ah monstruo del infierno! —dijo entre dientes lanzando a Rodin una mirada terrible de angustia y agonía—. Tú eres quien ha causado mi muerte.

—Ya os había predicho repetidas veces, mi muy querido padre, que vuestros antiguos humos de batallador os habían de ser perjudiciales —respondió Rodin con una espantosa sonrisa—. No hace muchos días aún que os lo advertí otra vez, recomendándoos que os dejaseis abofetear por ese acuchillador que ya no acuchillará a nadie. Y esto está bien hecho, en primer lugar, porque el que a cuchillo mata a cuchillo muere, dice la Escritura. Y además, el mariscal Simón heredaba a sus hijas. Ya veis, aquí para entre nosotros, ¿cómo queríais que yo lo remediara, mi muy querido padre? Era indispensable sacrificaros al bien común, y con tanto más motivo, cuanto que sabía lo que teníais prevenido para mañana.

—Antes de expirar —dijo el Padre d'Aigrigny con una voz que era cada vez más débil—, yo os arrancaré la máscara.

—¡Oh! lo que es eso, no —dijo Rodin meneando la cabeza con tono decisivo—. En eso os equivocáis, porque yo seré el único confesor que os ayude.

—¡Oh! eso me espanta —dijo el Padre d'Aigrigny, cuyos párpados se cerraban—. Dios tenga piedad de mí, si es que todavía es tiempo. ¡Ay! Me hallo en el momento supremo... soy un gran culpable.

—Y sobre todo, un solemne tonto —dijo Rodin encogiéndose de hombros y contemplando con frío desprecio la agonía de su cómplice.

El Padre d'Aigrigny no tenía más que unos minutos de vida y al observarlo Rodin, se dijo a sí mismo:

—Ya es tiempo de pedir socorro.

Y esto lo hizo el jesuita corriendo con muestras de espanto, de terror y de alarma hacia el patio de la casa. A los gritos acudió gente. Rodin cumplió lo que había dicho: no se separó del Padre d'Aigrigny hasta que éste exhaló el último aliento.

* * *

Aquella noche estaba Rodin solo en su habitación, y al resplandor de una pequeña lámpara contemplaba con una especie de contemplación extática una lámina que representaba el retrato de Sixto V.

El reloj de la casa dio las doce. Cuando acabó de vibrar el último golpe se enderezó Rodin con toda la salvaje majestad de su infernal triunfo, y exclamó:

—Estamos en primero de junio. Ya no hay Rennepont. Me parece estar oyendo dar la hora de San Pedro en Roma.

CLXXIX

Un mensaje

En tanto que Rodin permanecía presa de un éxtasis ambicioso, contemplando el retrato de Sixto V, el padrecito Caboccini, cuyos ardientes y reiterados abrazos habían impacientado tanto a Rodin, fue a buscar misteriosamente a Faringhea y le entregó un pedazo de un crucifijo de marfil, diciéndole con su habitual jovialidad las siguientes palabras:

—Su Eminencia el cardenal Malipieri me encargó a mi salida de Roma que os entregara esto hoy, precisamente hoy 31 de mayo.

El mestizo, que no solía conmoverse, se estremeció de pronto y fijando la vista en el padrecito tuerto, respondió:

—Además tenéis que decirme ciertas palabras.

—Es verdad —repuso el Padre Caboccini—. Las palabras son éstas: «De la copa a los labios hay gran trecho».

—Estamos corrientes, contestó el mestizo.

Y dando un profundo suspiro, unió el pedazo del crucifijo de marfil con el fragmento que tenía en su poder y observó que se ajustaban perfectamente.

El Padre Caboccini le miraba con curiosidad, porque el cardenal, al darle el pedazo de crucifijo, no le había dicho otra cosa sino que le entregara a Faringhea y que le repitiera las palabras antecedentes para acreditar la autenticidad de su misión. El abate lo miraba con cierta sorpresa y le preguntó:

—¿Qué vais a hacer con ese crucifijo ahora que está entero?

—Nada —dijo Faringhea que continuaba absorto en una penosa meditación.

—¡Nada! —repuso admirado el abate—. ¿Pues entonces para qué enviarlo tan lejos?

Sin responder a esta pregunta, el mestizo añadió:

—¿A qué hora piensa ir mañana el Padre Rodin a la casa de la calle de San Francisco?

—Muy temprano.

—¿Antes de salir irá a la capilla real?

—Sí; tal es costumbre de todos nuestros Reverendos Padres.

—Vos dormís a su lado.

—Como su «socius», ocupo un aposento contiguo al suyo.

—Podría suceder —dijo Faringhea después de un momento de silencio—, que el abate absorto en los importantes negocios en que está ocupado, se olvidara de entrar en la capilla; en ese caso recordadle su religioso deber.

—Vivid tranquilo —dijo el buen padrecito—; veo que os interesáis en su

salvación.

—Mucho.

—Ésos son muy buenos sentimientos. Continúad así y algún día podréis pertenecer en un todo a nuestra Compañía.

—Hasta ahora no soy más que un pobre miembro auxiliar; pero nadie está más decidido que yo en cuerpo y alma en favor de la Compañía —dijo el mestizo con sorda exaltación—, Bhowanie no vale nada en comparación de ella.

—¿Y quién es esa persona, amigo mío?

—Bhowanie es, respecto a la santa Compañía, lo que el niño respecto del hombre —contestó el mestizo cada vez más exaltado—. ¡Gloria a la Compañía!, ¡gloria! Si mi padre fuera su enemigo mataría a mi padre; si fuera enemigo el hombre que me inspira tanta admiración, tanto respeto, tanto terror, mataría a ese hombre —dijo el mestizo con entusiasmo. Y después de un instante de silencio, añadió mirando fijamente al Padre Caboccini—: Hablo de esta manera para que repitáis mis palabras al cardenal Malipieri, rogándole que las cite él a... —Faringhea se detuvo.

—¿A quién ha de repetir vuestras palabras el cardenal?

—Ya lo sabe —contestó bruscamente el mestizo—. Buenas noches.

—Buenas noches, amigo mío. No puedo menos de alabar los buenos sentimientos que abrigáis respecto a nuestra Compañía.

—No olvidéis sobre todo de advertir al abate Rodin que vaya a la capilla antes de salir mañana.

—Descuidad —dijo el abate Caboccini. Y aquellos dos hombres se separaron.

A su vuelta a casa, el Padre Caboccini supo que un correo que venía de Roma acababa de entregar algunos despachos a Rodin.

El 1 de junio

La capilla de la casa de los Reverendos Padres de la calle de Vaugirard estaba adornada con sumo esmero; el altar deslumbraba con sus molduras de oro y plata, y en la puerta, debajo del órgano, había una gran pila de agua bendita de mármol ricamente esculpido.

Al lado de esta pila y en un rincón tenebroso, donde apenas se le distinguía, se arrodilló Faringhea al amanecer del 1 de junio luego que se abrieron las puertas de la capilla.

El mestizo estaba muy triste; de vez en cuando se estremecía y suspiraba como si dominase la agitación de una violenta lucha interior; aquella alma montaraz e indomable; aquel monómano poseído del genio del mal y de la destrucción, admiraba a Rodin con extremo, y éste ejercía sobre él una especie de fascinación magnética; porque el mestizo veía en el genio infernal de Rodin algo sobrehumano.

Y Rodin, demasiado previsor y suspicaz para no estar seguro de la ciega adhesión de este miserable, se había servido de él, como ya hemos visto, con muy buenos resultados para conseguir el desenlace trágico de los amores de Adriana y Djalma.

Oculto éste en la oscuridad de la capilla meditaba profundamente, cuando se oyeron pasos; no tardó en presentarse Rodin acompañado de su «socius», el buen padrecito tuerto.

Bien fuese por distracción o porque la sombra que hacía el órgano no le hubiese permitido ver al mestizo, Rodin mojó los dedos en la pila de agua bendita sin reparar en Faringhea que permaneció inmóvil como una estatua.

Como era natural, la oración de Rodin fue corta, pues tenía prisa de ir a la calle de San Francisco. Después de haberse arrodillado, como el Padre Cabocchini, durante algunos instantes, se levantó, hizo una respetuosa reverencia al altar y se dirigió hacia la puerta de salida, seguido a corta distancia por su «socius».

Al aproximarse a la pila de agua bendita, vio al mestizo cuya elevada estatura se dibujaba en la oscuridad, en medio de la cual había permanecido hasta entonces.

Adelantándose un poco el mestizo, se inclinó respetuosamente delante de Rodin, el cual le dijo en voz baja:

—Dentro de dos horas, en mi casa.

Diciendo esto, Rodin alargó el brazo para mojar la mano en la pila; pero Faringhea le ahorró este trabajo, presentándole con viveza el hisopo que comúnmente estaba dentro del agua bendita. Apretando entre sus dedos mugrientos el hisopo que el mestizo tenía por el mango, Rodin humedeció suficientemente sus dos dedos, índice y pulgar, los llevó a la frente en la que trazó la señal de la cruz, y en seguida

salió después de haberse vuelto para repetir a Faringhea:

—Dentro de dos horas, en mi casa.

Queriendo mojar también los dedos en el hisopo, el Padre Caboccini alargaba el brazo; pero el mestizo, retiró al punto el hisopo: el Padre Caboccini, burlado en su deseo, siguió precipitadamente a Rodin, a quien no debía en aquel día sobre todo, perder de vista un solo instante, y subió con él a un coche de alquiler que los condujo a la calle de San Francisco.

Imposible fuera describir la mirada que el mestizo lanzó a Rodin en el momento que éste salía de la capilla.

A medida que el carruaje se acercaba al barrio de Marais, donde estaba situada la casa de Mario de Rennepont, leíase en la fisonomía de Rodin la febril agitación y la devoradora impaciencia del triunfo.

El buen padrecito, su «socius», le miraba de hito en hito con una expresión tan socarrona como extraña. En fin, el coche, entrando en la calle de San Francisco, se paró a la puerta claveteada de la antigua casa, cerrada siglo y medio hacía. Rodin saltó del coche con la agilidad de un joven, y llamó fuertemente a la puerta, mientras que el Padre Caboccini, más pesado, se apeaba lentamente. Nadie respondió. Ardiendo de impaciencia, volvió a llamar con más fuerza, y escuchando atentamente, oyó pasos lentos. De repente la puerta giró sobre sus goznes y apareció en el pórtico el judío Samuel. Las facciones del anciano expresaban amargo dolor; en sus mejillas se veían aún las señales de lágrimas recientes.

—¿Quiénes sois, señor? —dijo Samuel a Rodin.

—Soy el apoderado del abate Gabriel, único heredero vivo de la familia Rennepont —contestó Rodin con voz anhelosa que revelaba su impaciencia—. El señor es mi secretario —añadió señalando al Padre Caboccini que hizo un saludo.

Después de haber mirado Samuel detenidamente a Rodin, replicó:

—En efecto, os tengo presente. Dignaos seguirme, señor.

Y el viejo portero se dirigió hacia el pabellón del jardín haciendo seña a los Reverendos Padres que le siguieran.

—Este maldito viejo me ha irritado de tal modo haciéndome esperar a la puerta —dijo en voz baja Rodin a su «socius», que me parece que tengo calentura—. Siento en los labios y en la garganta una sequedad extraordinaria.

—¿Queréis tomar algo, padre mío?

—No, no —respondió Rodin—, esto no es nada. La impaciencia me devora, cosa muy natural.

Betsabé, esposa de Samuel, pálida y afligida, estaba en pie a la puerta del aposento que ocupaba con su marido y que daba bajo la bóveda de la puerta de entrada; al pasar el israelita por delante de su esposa, le dijo en hebreo:

—¿Y las cortinas de la sala de duelo?

—Están corridas.

—¿Y la cajita de hierro?

—Está preparada —contestó Betsabé también en hebreo. Después de haber pronunciado estas palabras completamente ininteligibles para Rodin y para el padre Caboccini, dirigiéndose Samuel y Betsabé una mirada acompañada de una sonrisa singular y siniestra, a pesar de la profunda aflicción que se leía en sus facciones.

Después, precediendo Samuel a los Reverendos Padres, subió la escalera y entró en el vestíbulo, donde ardía una lámpara; Rodin, dotado de una excelente memoria local, se dirigía hacia el salón encarnado donde se había verificado la primera convocatoria de los herederos, cuando Samuel le detuvo diciéndole:

—No es por ahí por donde debemos ir. —Después, tomando la lámpara, se encaminó hacia una escalera oscura, pues no se habían vuelto a abrir las ventanas de la casa.

—Pero —dijo Rodin—; la última vez la entrevista fue en este salón del piso bajo...

—Hoy será arriba —respondió Samuel, y principió a subir lentamente la escalera.

—¿A dónde vamos?, ¿allá arriba? —dijo Rodin siguiéndole.

—A la sala de duelo —dijo el israelita, y siguió subiendo.

—¿Qué significa la sala de duelo? —replicó Rodin bastante sorprendido.

—Un lugar de lágrimas y de muerte —respondió el israelita. Y continuaba subiendo al través de las tinieblas que eran cada vez más densas, porque apenas las disipaba la escasa luz de la lámpara.

—Pero —exclamó Rodin parándose de repente—, ¿para qué hemos de ir a ese sitio?

—Allí está el dinero... —respondió Samuel que continuaba subiendo.

—¿Está allí el dinero? Eso es diferente... —replicó Rodin dándose prisa a subir algunos escalones que había perdido durante su perplejidad.

Samuel subía, subía sin descansar. Al llegar a cierta altura, en que hacía un recodo la escalera, los dos jesuitas pudieron distinguir a la pálida claridad de la pequeña lámpara y en el hueco que había entre la balaustrada de hierro y la bóveda, el perfil del anciano israelita, que, dominándolos, subía la escalera con bastante trabajo asiéndose de la barandilla de hierro.

Mucho llamó la atención de Rodin la expresión que advertía en la fisonomía de Samuel; sus negros ojos, ordinariamente dulces, brillaban con una luz muy viva; sus facciones, siempre marcadas con el sello de la tristeza, de la inteligencia y de la bondad, parecían contraerse y endurecerse, y en sus delgados labios aparecía una sonrisa extraña.

—No es demasiado alto —dijo Rodin en voz baja al Padre Caboccini—, y sin embargo, tengo las piernas doloridas, estoy cansado y las sienes me laten con violencia.

Efectivamente, Rodin jadeaba de cansancio, y su respiración era dificultosa. Al oír esto el buen padrecito Caboccini, lleno siempre de los más tiernos cuidados para su compañero, nada respondió; parecía muy preocupado.

—¿Llegaremos pronto? —preguntó Rodin a Samuel con tono de impaciencia.

—Ya hemos llegado —respondió Samuel.

—Sea enhorabuena —dijo Rodin.

—Mil veces enhorabuena —contestó el israelita, colocándose junto a la pared de un corredor en que había precedido a Rodin, mostrándole con la mano en que llevaba la lámpara una gran puerta, de donde salía una débil claridad.

Rodin, a pesar de su sorpresa, que iba creciendo por grados, entró con resolución, seguido del Padre Cabocchini y de Samuel.

La sala en que se encontraban estos tres personajes era muy espaciosa y sólo recibía luz por una especie de claraboya cuadrada, pero cuyos vidrios estaban por los cuatro costados cubiertos con planchas de plomo, en cada una de las cuales había siete agujeros que formaban una cruz.

Así es que, como la claridad no entraba más que por estos siete agujeros, la sala hubiera estado casi completamente a oscuras, a no ser por una lámpara que ardía encima de una grande y maciza cómoda de mármol.

Esta habitación tenía un aspecto fúnebre y estaba colgada con paños y cortinajes negros con franjas blancas, y no había en ella otro mueble que la cómoda de mármol de que hemos hablado.

Encima de esta cómoda había una cajita de hierro fabricada en el siglo XVII, perfectamente afiligranada, de modo que parecía un verdadero encaje de acero.

Samuel, dirigiéndose a Rodin, que estaba limpiándose la frente con su mugriento pañuelo, mirando alrededor de sí con notable sorpresa, pero sin espanto, le dijo:

—Las disposiciones del testador, por muy singulares que os parezcan, son sagradas para mí, y las cumpliré todas, con vuestro permiso.

—Nada más justo —contestó Rodin—; pero decidme: ¿qué es lo que venimos a hacer aquí?

—Muy pronto lo sabréis, señor. ¿Sois vos el representante del último heredero que queda de la familia Rennepont, del señor presbítero Gabriel de Rennepont?

—Sí, señor, y en prueba de ello aquí tenéis los títulos —contestó Rodin.

—Para ahorrarnos tiempo —repuso Samuel—, en tanto que viene el magistrado, voy a hacer en vuestra presencia el inventario del importe de los valores de la familia Rennepont, encerrados en esta cajita de hierro, y que ayer he retirado del Banco de Francia.

—¿Están ahí los valores? —dijo Rodin con voz agitada y precipitándose hacia la cajita.

—Sí, señor —contestó Samuel—. Ésta es la factura. Espero que vuestro secretario me hará el favor de ir leyendo las partidas, vos las examinaréis, y enseguida las depositaré otra vez en la misma caja que os entregaré en presencia del magistrado.

—Apruebo en todo vuestra idea —dijo Rodin.

Samuel dio un cuaderno al Padre Cabocchini, se acercó a la caja, empujó un

resorte que Rodin no pudo descubrir, se levantó la tapa, y al paso que el Padre Caboccini iba leyendo las partidas, entregaba Samuel los títulos a Rodin, el cual los devolvía al judío después de haberlos examinado detenidamente.

Esta confrontación no duró mucho tiempo, porque estos valores inmensos consistían únicamente, como ya hemos dicho, en ocho títulos, en un pico de quinientos mil francos en billetes de Banco, treinta y cinco mil en oro y doscientos cincuenta mil en plata: total: «Doscientos doce millones, ciento setenta y cinco mil francos».

Rodin, después de haber separado el último de los quinientos billetes de a mil francos, dijo, entregándoselos a Samuel:

—Exactamente, total «doscientos doce millones ciento setenta y cinco mil francos».

Seguramente sintió una especie de sofocación de alegría, de aturdimiento, de felicidad, porque hubo un instante en que la respiración de Rodin se detuvo, sus ojos se cerraron y se vio precisado a apoyarse en el brazo del padrecito italiano, diciéndole con voz alterada:

—¡Es singular! Creía ser más fuerte contra las emociones. Lo que noto en mí en este momento es extraordinario.

Y al decir esto, la natural lividez de su semblante se aumentó de tal manera que el Padre Caboccini, sosteniéndole, exclamó:

—Reponeos, mi querido padre, reponeos. No os dejéis afectar por la alegría hasta ese punto.

Mientras el tuertecillo daba a Rodin esta nueva prueba de tierna solicitud, Samuel volvía a colocar los títulos y los valores en la cajita de hierro.

Rodin, gracias a su indomable energía, dominó aquel acceso de debilidad, y enderezándose sereno y tranquilo, dijo al Padre Caboccini:

—Esto no es nada. No quise morir de cólera y no es justo que esto haya sido para morir de alegría en 1 de junio.

Y en efecto, el rostro de Rodin, aunque extremadamente lívido, brillaba de audacia y orgullo.

Cuando el Padre Caboccini vio completamente restablecido a Rodin, pareció que se verificaba en él una completa transformación; sus facciones, antes tan risueñas, tomaron repentinamente una expresión tan altiva, enérgica y dominante, que Rodin no pudo menos de dar un paso atrás al mirarle.

Entonces el Padre Caboccini, sacando de su bolsillo un papel que leyó pausadamente lanzó sobre Rodin una mirada de extremada severidad, y con voz sonora y amenazante leyó lo que sigue:

Al recibo del presente rescripto, el Reverendo Padre Rodin entregará todos sus poderes al abate Caboccini, y éste quedará por encargado, en unión con el Padre d'Aigrigny, de recoger la herencia Rennepont, si el Señor en su justicia eterna permite que estos bienes, que fueron arrebatados a la Compañía, le sean un día devueltos.

Además, al recibo de este rescripto, el abate Rodin irá bajo la vigilancia de uno de nuestros padres, que designe el Padre Caboccini, a nuestra casa de la ciudad de Laval, en donde se le pondrá en un aposento,

quedando en retiro y completa clausura hasta nueva orden.

El abate Caboccini alargó el rescripto a Rodin para que éste pudiera ver y leer la firma del general de la Compañía.

Samuel, vivamente interesado por esta escena, se aproximó un poco a los dos interlocutores, dejando la cajita entreabierta.

De repente Rodin soltó una carcajada estrepitosa de alegría, menosprecio y triunfo, imposible de describir.

El Padre Caboccini lo miraba con irritada sorpresa, cuando Rodin, tomando un ademán más imperioso y soberanamente desdeñoso que nunca, separó con su grasienta mano el papel que le presentaba el Padre Caboccini, y le dijo:

—¿De qué fecha es ese rescripto?

—Del 11 de mayo —contestó el Padre Caboccini, pasmado.

—Pues aquí tenéis un Breve que esta misma noche recibí de Roma con la fecha del 18, en la cual se me participa que he sido nombrado general de la orden. Leed.

El Padre Caboccini tomó el papel que le presentaba Rodin; leyó y quedó aterrado. Luego, devolviéndole humildemente el rescripto, dobló respetuosamente delante de él la rodilla.

Así se hallaba cumplido ya el primer paso ambicioso de Rodin. A pesar de todas las sospechas, de todas las desconfianzas y de todos los odios que se habían despertado contra él en el partido de que había sido representante el cardenal Malipieri, Rodin, a fuerza de astucia, de audacia, de persuasión y sobre todo, en razón a la alta idea que sus partidarios de Roma tenían de su capacidad, había logrado, gracias a la actividad y a las intrigas de sus gentes, hacer deponer a su general y que lo elevaran a él a tan eminente puesto.

Ya según las combinaciones de Rodin garantizadas por los millones que iba a poseer, desde este puesto al trono pontifical, no le quedaba más que un paso.

Samuel, mudo testigo de esta escena, se sonrió también con cierto aire de triunfo después de haber cerrado la cajita, cuyo secreto conocía él solo.

El ruido que hizo el resorte al cerrarse, despertó a Rodin de los sueños ambiciosos y desenfrenados en que se encontraba, trayéndolo a las realidades de la vida, y entonces dijo a Samuel con sequedad:

—¿Lo habéis comprendido? Para mí solo son esos millones.

Y al decir esto alargó sus manos impacientes hacia la cajita, como para tomar posesión antes de la llegada del magistrado.

Pero Samuel se transfiguró también a su vez, y cruzando los brazos delante del pecho, enderezando su cuerpo algún tanto encorvado por el peso de los años, pareció imponente, lanzando sus brillantes ojos rayos de indignación, y exclamando con voz solemne:

—Esta fortuna, resto humilde en otro tiempo de la herencia del hombre más generoso a quien las tramas de los hijos de Loyola obligaron a suicidarse, no será el

premio vil de la mentira, de la hipocresía, del asesinato, ¡no, no! Dios no lo permitirá en su eterna justicia.

—¿Qué decís de asesinato? —se atrevió a preguntar temerariamente Rodin.

Samuel no contestó, pero dio con el pie en el suelo y extendió ligeramente el brazo hacia el fondo de la sala. Entonces Rodin y el Padre Caboccini vieron un espectáculo asombroso.

Las colgaduras que ocultaban un lienzo de la pared, se habían separado cual si hubieran cedido al impulso de una mano invisible.

Colocados alrededor de un túmulo iluminado por el resplandor fúnebre y azulado de una lámpara de plata, había seis cuerpos tendidos sobre paños negros y vestidos con ropas negras también...

Estos cuerpos eran los de Santiago Rennepont, Francisco Hardy, Rosa y Blanca Simón, Adriana y Djalma. Parecían dormidos. Sus ojos estaban cerrados y sus manos cruzadas sobre el pecho.

El Padre Caboccini, temblando de pies a cabeza, se santiguó, retrocediendo hasta la pared opuesta, en la cual se apoyó de espaldas, tapándose el rostro con las manos.

Rodin al contrario, con las facciones alteradas, los ojos fijos y el cabello erizado, cediendo a una atracción invencible, se adelantó hacia aquellos cuerpos inanimados.

Hubiera podido creerse que estos últimos Rennepont acababan de morir en aquel mismo instante, porque parecía que se hallaban en la primera hora de su sueño eterno.

—¡Ahí tenéis a los que habéis asesinado! —replicó Samuel con voz entrecortada por los sollozos—. Sí; vuestras horribles tramas han causado su muerte, porque teníais necesidad de que murieran. Cada vez que caía herido por vuestros maleficios alguno de los miembros de esta infortunada familia, me apresuraba yo a apoderarme de sus restos mortales con un cuidado religioso, porque ¡ay! todos juntos deben reposar en un solo sepulcro. ¡Oh! maldito seáis, sí, maldito seáis vos que los habéis asesinado.

Rodin, atraído cada vez más y a su pesar, fue acercándose poco a poco al cadáver de Djalma, y sobreponiéndose a su primer terror, pudo ya convencerse de que no era una ilusión lo que estaba mirando, y se atrevió a tocar las manos del indio que estaban cruzadas sobre el pecho. Aquellas manos estaban heladas, pero la piel parecía flexible y húmeda todavía. Rodin retrocedió horrorizado, temblando convulsivamente por espacio de algunos instantes, pero pasado su primer estupor, dominó la reflexión y con ella recobró la energía infernal de carácter que le daba tanto poderío; y entonces, afirmándose en sus piernas no muy seguras, pasándose la mano por la frente, y humedeciéndose dos o tres veces los labios antes de empezar a hablar, porque sentía que cada vez se le encendía más el pecho, la garganta y la boca sin poder explicarse la causa de aquel fuego devorador, logró dar a su semblante una expresión imperiosa e irónica, y volviéndose hacia Samuel, que lloraba silenciosamente, le dijo con voz ronca y gutural:

—Ya no necesito presentaros sus partidas de defunción, puesto que están aquí

ellos en persona.

Y con su mano descarnada fue señalando uno por uno los seis cadáveres.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó Samuel—. ¡Vos los habéis dejado completamente de vuestra mano! ¡Con qué ojos se atreve a contemplar a sus víctimas!

—¡Bah, señor mío! —dijo Rodin con una horrible sonrisa—; ésta es una exposición de «Curtius» al natural, y nada más. Mi tranquilidad os demuestra mi inocencia. Vamos, vamos al caso, porque tengo una cita en mi casa a las dos. Bajemos esa cajita.

Y al decir esto, dio algunos pasos hacia la cómoda.

Samuel, ahogado por la indignación, el horror y la cólera, se adelantó hacia Rodin, y empujando con fuerza un botón que había en el centro de la tapa de la cajita, el cual cedió a la presión, dijo:

—Puesto que vuestra alma infernal no conoce los remordimientos, acaso la furia de una codicia burlada la conmovirá.

—¿Qué dice ese hombre? —exclamó Rodin—. ¿Qué es lo que hace?

—¡Mirad! —dijo a su vez Samuel, con el acento de un triunfo terrible—. ¡Os he dicho que los despojos de vuestras víctimas se escaparían de entre vuestras manos de asesino! —Apenas acabó Samuel de pronunciar estas palabras, se vio salir algún humo por entre la filigrana de la cajita, y un ligero olor a papel quemado se esparció por la sala.

Rodin comprendió lo que era.

—¡Fuego! —exclamó precipitándose hacia la cajita para arrebatársela. Pero estaba fija a la cómoda de mármol.

—Sí, sí, fuego —dijo Samuel—; dentro de algunos segundos, no quedará de ese inmenso tesoro otra cosa que un poco de ceniza: y más vale que quede reducido a ceniza que pase a vuestras manos. Ese tesoro no me pertenece y solamente me queda el derecho de destruirlo, porque Gabriel Rennepont será fiel al juramento que ha hecho.

—¡Auxilio!, ¡agua!, ¡agua! —exclamó Rodin precipitándose hacia la caja que cubrió con su cuerpo, tratando en vano de sofocar la llama. Pero bien pronto fue disminuyéndose su intensidad, hasta que no se percibió más que un humo escaso que después se extinguió enteramente. Todo estaba ya concluido.

Entonces Rodin, aturdido y suspirando, se volvió y apoyó con una mano en la cómoda. Por la primera vez en su vida aquel hombre vertía gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas.

De repente comenzó a sentir atroces dolores, no pudiendo ya tenerse de pie, se dejó caer de rodillas aplicándose las manos al pecho, y diciendo entre dientes al mismo tiempo que procuraba sonreírse:

—Esto no es nada. No os deis la enhorabuena. Algunos escalofríos. ¿Qué es todo lo que ha sucedido? ¿Que se ha destruido ese tesoro? Es cierto, pero me quedo general de la orden, y yo... ¡Oh! ¡Esto es terrible! ¡Yo me abraso! —añadió

retorciéndose con horribles convulsiones—. Desde que he entrado en esta maldita casa —añadió luego—, no sé qué tengo. Si no viviera como vivo hace ya tanto tiempo, alimentándome con vegetales y agua y pan que yo mismo voy a comprar, creería estar envenenado. Pero al fin yo triunfo. El cardenal Malipieri tiene muy largos los brazos. Sí, yo triunfo. Así, no moriré, no, no. Yo no quiero morir y no moriré. ¡Morir yo! —Y luego dando un salto convulsivo y retorciendo los brazos añadió—: ¡Pero me abraso! ¡Siento un fuego que me devora las entrañas! No hay duda, han querido envenenarme hoy. Pero ¿dónde?, ¿quién? —Y después, interrumpiéndose, exclamó con una voz sofocada—: ¡Socorro! ¡Favor! ¡Favorecedme, pues, vosotros que me estáis mirando, como dos espectros! ¡Socorredme!

Samuel y el Padre Caboccini, espantados de esta horrible agonía, no podían hacer ni un movimiento.

—¡Socorro! —gritó de nuevo Rodin con voz medio ahogada— porque este veneno es horrible. Pero ¿cómo han podido envenenarme? —Y lanzando un terrible grito de rabia, como si de súbito una idea se hubiera presentado a su imaginación, exclamó—: ¡Ah! ¡Faringhea, esta mañana! ¡El agua bendita que me ha dado...! ¡Conoce venenos muy sutiles...! Sí: ¡él es! Tuvo una entrevista con Malipieri, ¡oh demonio...! Esto fue bien combinado, es preciso confesarlo. Los Borgias saben extirpar las razas. ¡Oh! todo se ha acabado. Yo muero. ¡Necios! ¡Ya me llorarán! ¡Oh!, ¡infierno! ¡No sabe la iglesia lo que pierde...! ¡Pero yo me abraso! ¡Socorredme!

Se oyeron algunos pasos en la escalera y apareció el doctor Baleinier seguido de la princesa de Saint-Dizier, en la puerta de la sala de duelo.

La princesa había sabido vagamente aquella misma mañana la muerte del Padre d'Aigrigny, y vino apresuradamente a interrogar a Rodin acerca de este asunto.

Cuando esta mujer, penetrando de repente en la sala de duelo, lanzó una mirada sobre el terrible espectáculo que se presentaba a sus ojos; cuando vio a Rodin retorciéndose con terribles convulsiones en una agonía espantosa, y un poco más allá, iluminados por una lámpara sepulcral, los seis cadáveres, entre ellos el de su sobrina y los de las dos huérfanas que ella había enviado a la muerte, la princesa quedó petrificada, su razón no pudo resistir a tan violento choque, y después de haber mirado atentamente a su alrededor, levantó los brazos y prorrumpió en una carcajada estrepitosa e insensata. ¡Estaba loca!

En tanto que el doctor Baleinier, aturdido, sostenía la cabeza de Rodin que esperaba en sus brazos, Faringhea se presentó en la puerta, y sin salir de entre las sombras, dijo lanzando una mirada horrible sobre el cadáver de Rodin:

—¡Quería hacerse jefe de la Compañía de Jesús para destruirla! Para mí la Compañía de Jesús reemplaza a Bhowanie. He obedecido al cardenal.

Cuatro años después

Cuatro años transcurrieron desde los sucesos anteriores, hasta el día en que Gabriel Rennepont escribía la carta siguiente al sacerdote José Charpentier, cura ecónomo de la parroquia de Saint-Aubin, pobre aldea de Sologne.

Granja de Aguas Vivas, 2 de junio de 1836.

Resuelto ayer a escribiros, mi querido José, me senté delante de la mesita negra que ya conocéis. Colocado junto a la ventana que da vista a nuestro corral, podía, al mismo tiempo que estaba escribiendo, observar todo lo que pasaba.

He aquí unos preliminares graves de que sin duda, no podréis menos de reiros, amigo mío.

Acababa de sentarme a la mesa, cuando fijando por casualidad la vista en la ventana que estaba abierta, vi lo que voy a referiros.

El sol iba ya declinando, el cielo estaba completamente sereno, el aire era de primavera, embalsamado por el aroma de las flores.

Debajo del grueso peral que está junto a la pared de la granja, estaba sentado en un banco de piedra Dagoberto, mi padre adoptivo, ese honrado y valiente veterano a quien tanto queréis: parecía estar pensativo. Su frente encanecida estaba inclinada sobre el pecho, y con una mano acariciaba distraídamente al viejo «Malasombra», que apoyaba su inteligente cabeza en las rodillas de su amo.

Cerca de Dagoberto se hallaba sentada su mujer, mi buena madre adoptiva, ocupada en coser, y cerca de ellos, sentada en un taburete, Ángela, la esposa de Agrícola, dando de mamar a su hijo más pequeño, en tanto que la bondadosa Gibosa tenía en sus rodillas al mayor y le enseñaba las letras en un abecedario.

Agrícola acababa de entrar, pues volvía del campo y comenzaba a desuncir los bueyes del yugo, cuando admirado sin duda como yo de este cuadro, permaneció inmóvil un momento contemplándolo sin soltar la mano del yugo bajo el cual doblaban sumisamente su ancha frente los dos grandes bueyes negros.

No puedo explicaros, amigo mío, la tranquilidad encantadora de aquel cuadro, iluminado por los últimos rayos del sol pasando a través del espeso follaje de los árboles.

¡Oh, amigo mío! Al contemplar esta reunión de seres tan buenos, nobles, amantes y queridos los unos de los otros, retirados en la soledad de una humilde alquería de nuestra pobre Sologne, mi corazón se ha elevado hacia Dios con un sentimiento de gratitud inefable; esta paz de la familia, esta tarde tan pura, este perfume de las flores silvestres y de los bosques que las brisas nos traen, este profundo silencio interrumpido por el ligero murmullo de una pequeña cascada inmediata a la alquería, todo eso me llena el corazón del vago enternecimiento que sentimos muchas veces sin poder explicárnoslo.

Pero, ¡ah!, un triste incidente vino a turbar la serenidad de este cuadro.

De repente oigo a la mujer de Dagoberto que decía: «¿Lloras, amigo mío?».

Levantáronse a estas palabras Agrícola, Ángela y la Gibosa por un movimiento simultáneo, y rodearon al veterano; la inquietud estaba pintada en todos los rostros. Entonces levantando él la cabeza, dejó ver dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, yendo a parar a su bigote cano.

—No es nada, hijos míos —dijo con voz conmovida—, no es nada. Pero hoy es el 1 de junio, y hace cuatro años...

Bajé al instante, como podéis figuraros, amigo mío, para ver de calmar los dolorosos recuerdos de aquel buen hombre; en efecto, su pena se calmó poco a poco y pasamos la velada con tristeza piadosa y tranquila.

Aparecieron entonces las desgraciadas víctimas de aquellos terribles y misteriosos acontecimientos, cuya espantosa profundidad nunca he podido medir, gracias a la muerte del Padre de A*** y del Padre R***, así como a la locura incurable de la señora de Saint-D***, autores o cómplices los tres de tan espantosas desgracias.

No sé si os he dicho, amigo mío, que a consecuencia de aquellos siniestros sucesos, viendo a Dagoberto y a su mujer, mi madre adoptiva, reducidos a la miseria, a la sensible Gibosa que apenas podía vivir de su

escaso salario; a Agrícola, que pronto iba a ser padre; no sé si os he dicho que después de la muerte de la señorita de Cardoville, creí poder separar de lo que ella me había entregado para que se emplease en obras de caridad, una suma pequeña con la cual adquiriré esta alquería a nombre de Dagoberto.

Sí, amigo mío, tal es el origen de mi fortuna: de excelente artesano que era Agrícola, se ha hecho un buen labrador. Dagoberto, cuando se calma su pena, da nuevo temple a su vigor con esa vida agreste y saludable. En fin, mi buena madre adoptiva, la excelente mujer de Agrícola, y la Gibosa dividen entre sí los quehaceres domésticos, y Dios ha bendecido esta pequeña colonia de gentes ¡ay! muy duramente probadas por la desgracia.

Algunas veces habéis podido, en nuestras veladas de invierno, apreciar el espíritu tan delicado de la amable Gibosa, el raro genio poético de Agrícola, el admirable sentimiento maternal de su madre, la perfecta sensatez de su padre y el carácter dulce y bondadoso de Ángela; decid, pues, amigo, si alguna vez han podido reunirse tantos elementos de felicidad doméstica.

Sin duda, amigo mío, esta vida reducida al estrecho círculo de la familia, ofrece una felicidad algo egoísta; pero los medios nos faltan, y, aunque el pobre halla siempre cabida en nuestra frugal mesa y abrigo en nuestra casa, preciso es renunciar a toda acción encaminada al bien fraternal. La módica renta de nuestra quinta apenas basta a cubrir nuestras necesidades.

¡Ay! Cuando me asaltan esas ideas, no puedo censurar la resolución que he tomado de cumplir el juramento de honor, sagrado e irrevocable que he hecho de renunciar a esta herencia ya tan inmensa ¡ay! por la muerte de los míos. Sí, yo creo haber llenado un gran deber comprometiendo al depositario de este tesoro a reducirlo a cenizas antes que verlo caer en manos de personas que habrían hecho de él un uso execrable, o antes que faltar a mi palabra atacando una donación hecha por mí libre, espontánea y sinceramente.

Y sin embargo, al pensar en la realización de los magníficos deseos de mi abuelo, los cuales pensaba realizar antes de tan funestos sucesos la señorita de Cardoville, ayudada del señor Francisco Hardy, del príncipe Djalma, del mariscal Simón, de sus hijas y también de mí; al pensar en el brillante conjunto de tantas personas y en la gran influencia que habrían podido tener en la dicha de la humanidad entera, el odio de un hombre honrado y cristiano, como yo, se aumentaba todavía más contra esa abominable Compañía cuyas infernales tramas han matado, cuando principiaba a apuntar, un porvenir tan halagüeño y fecundo. ¿Qué queda de tan espléndidos proyectos? Siete tumbas, porque la mía está dispuesta en ese mausoleo que Samuel ha hecho levantar en el solar de la casa de la calle nueva de San Francisco, y cuyo fiel guardián se ha constituido hasta lo último.

* * *

Aquí llegaba de mi carta, cuando recibí la vuestra. Así, después de prohibiros que me vieseis, vuestro obispo os veda seguir correspondencia en adelante conmigo.

¡Pobre y buen José! ¡Quisiera para vos las compensaciones que me quedan después de rotas las relaciones que tan dulces eran para mí! Pero escuchad; estoy demasiado conmovido; sufro, sí, mucho, porque sé cuánto debéis sentir.

Me es imposible continuar esta carta, porque acaso me vería en la necesidad de emplear palabras duras contra aquéllos cuyos mandatos debemos respetar. Puesto que así debe ser, esta carta será la última. Adiós, cariñoso amigo mío, adiós para siempre. Tengo el corazón desgarrado.

Gabriel de Rennepont.

CLXXXII

La redención

Iba a amanecer, y una luz sonrosada casi imperceptible, empezaba a dejarse ver en el Oriente.

Todo anunciaba uno de esos alegres y calurosos días con que comienza el verano.

Un grupo de antiguos sauces carcomidos por el tiempo, formaba una especie de abrigo natural, y sobre sus nudosas y enormes raíces cubiertas de espeso musgo, están sentados un hombre y una mujer; sus cabellos enteramente encanecidos, sus prolongadas arrugas, y sus cuerpos encorvados, anuncian una extremada vejez.

Y no obstante, hace poco tiempo que aquella mujer era joven, hermosa, y que largos y negros cabellos cubrían su pálida frente.

Y que aquel hombre se encontraba no ha mucho en todo el vigor de la edad.

Desde el lugar en que descansaban, se descubría el valle, el lago, el bosque, y por la parte superior del bosque, la alta cima de una montaña azulada por detrás de la cual iba a levantarse el sol.

—¡Oh, hermana mía! —decía el anciano a la mujer, que como él reposaba en la agreste habitación que formaban los sauces centenarios—. ¡Oh hermana mía! ¡Cuántas veces, desde que la mano del Señor nos lanzó en el espacio tantos siglos hace, obligándonos a recorrer el mundo desde el uno al otro polo, cuántas veces hemos visto reanimarse la naturaleza, con un sentimiento de dolor incurable! ¡Ah! ¡Un día más que pasar, desde salir el sol hasta ocultarse; un día más inútilmente añadido a los nuestros, cuyo número se aumentaba en vano, puesto que la muerte huía sin cesar de nosotros!

—Pero, ¡oh felicidad!, de algún tiempo a esta parte, hermano mío, el Señor, en su misericordia, ha querido que para nosotros así como para las demás criaturas, cada día que transcurre sea un paso más hacia la tumba. ¡Bendigamos su nombre, hermano mío; bendigamos su nombre!

—¡Ay hermana mía! Sin duda también el último vástago de mi raza maldita, va con su próxima muerte a completar mi redención, pues la voluntad del Señor se ha manifestado finalmente. Seré perdonado cuando el último de mis parientes haya desaparecido de la superficie de la tierra. A este santo entre los más santos, estaba reservado el lograr mi rescate.

—¡Oh! Sí, hermano mío; él, que sin quejarse ha apurado cálices tan amargos y llevado cruces tan pesadas; él, que como ministro del Señor ha sido imagen de Cristo sobre la tierra; él, debía ser el último instrumento de esta redención.

—Sí, lo siento; en este momento, hermana mía, el último de los míos, víctima desgraciada de una lenta persecución, está a punto de dar a Dios su alma angélica y

pura. De este modo, hasta el fin habré sido fatal a mi raza maldecida.

—Valor y esperanza, hermano mío; pensad en que después de la expiación, viene el perdón, y después del perdón la recompensa. El Señor ha castigado en vos y en nuestra posteridad al artesano a quien la desgracia y la injusticia han hecho malo, y os ha dicho: «Anda, anda sin tregua ni reposo». Muchos siglos hace que hombres despiadados, han dicho también al artesano: «Trabaja, trabaja, trabaja sin tregua ni reposo, y tu trabajo, fecundo para todos, sólo para ti será estéril. Tu mezquino salario te habrá bastado para sostener esa vida de dolores, de privaciones y de miseria».

—¡Ah! ¡Ah! ¿Habrá de ser siempre así?

—No, no, hermano mío. El Señor al redimir en vos al artesano maldito del cielo, redimirá también al artesano maldito y temido por aquellos que lo someten a un yugo férreo. Ved, hermano mío, ved en el oriente una luz rojiza que elevándose poco a poco se extiende por el firmamento. Allí se levantará un día el sol de la emancipación, nueva emancipación pacífica, santa, grande, saludable, fecunda, que esparcirá por el mundo su claridad y su calor vivificante, como la del astro que muy pronto va a resplandecer en el cielo.

—Sí, sí, hermana mía: una voz interior me dice que nuestras palabras son proféticas. ¡Santos mártires de la humanidad sacrificados por los eternos enemigos de la humanidad misma! Pues los antepasados de esos sacrílegos que blasfeman el santo nombre de Jesús, aplicándolo a su Compañía, son los fariseos, los falsos sacerdotes que Jesucristo maldijo. Sí, sí; no está lejos el término del reinado de esos modernos fariseos, de esos falsos sacerdotes que prestan un apoyo sacrílego al egoísmo despiadado del fuerte contra el débil, atreviéndose a sostener a la faz de los inmensos tesoros de la creación, que Dios ha criado al hombre para llorar y vivir desgraciado y miserable.

»Esos falsos sacerdotes que, agentes de todas las ignominias, quieren que la frente de la criatura toque siempre al suelo humillada, embrutecida y desolada. No, no; que alce en fin con altivez la frente. Dios hizo a la criatura para que fuese digna, inteligente, libre y feliz.

—¡Oh!, ¡hermano mío! vuestras palabras son proféticas.

—Hermana mía: sólo al través de un vapor confuso veo el valle, el lago, los bosques. Las fuerzas me abandonan.

—Bendigamos a Dios, hermano mío; el momento de nuestro eterno reposo se acerca.

—Sí, hermana mía, ya se acerca, el sueño eterno se apodera de todos mis sentidos.

—¡Oh!, ¡dicha, hermano mío, yo expiro!...

—¡Hermana mía, mis ojos se cierran!...

—¡Estamos perdonados!

—¡Oh! hermano mío, que esta divina redención alcance a todos los que padecen sobre la tierra.

—Morid en paz, hermana mía. Lució la aurora de este gran día. ¡Mirad, ya sale el sol!...

—¡Bendito seáis, Dios mío!

—¡Dios mío, bendito seáis!

* * *

Y en el momento que aquellas dos voces callaron para siempre, resplandeció el sol radiante inundando el valle con su luz.

Os he dedicado este libro, amigo mío: dedicároslo era contraer la obligación de llevar a cabo una obra, que si carece de talento, es al menos concienzuda, ingenua, y cuya influencia, aunque limitada, puede ser saludable. He conseguido mi objeto; algunos corazones privilegiados como el vuestro, amigo mío, han puesto en práctica la legítima asociación del trabajo, del capital, y de la inteligencia, y ya han concedido a sus trabajadores una parte proporcionada a sus ganancias; otros han abierto los primeros cimientos de casas comunes, y uno de los más ricos fabricantes de Hamburgo ha tenido la amabilidad de participarme sus proyectos acerca de un establecimiento de esta especie emprendido bajo proporciones gigantescas.

En cuanto a la dispersión de los individuos de la Compañía de Jesús, he tenido la gloria de provocarla como muchos otros enemigos de las perniciosas doctrinas de Loyola, aun cuando la voz de aquéllos han tenido mucho más poder, más eco y mayor autoridad que la mía.

Adiós, amigo mío, hubiera querido que esta obra fuese digna de vos; pero como sois indulgente, tendréis presente, al menos, las intenciones que la han inspirado.

Vuestro amigo,
Eugenio Sue.

París, 25 de agosto de 1845.

Notas

[1] Según una leyenda muy poco conocida, que debemos a la benevolencia de Mr. Maury, el sabio sub-bibliotecario del Instituto, Herodías fue condenado a vagar por la tierra hasta el día del Juicio Final, por haber pedido la muerte de San Juan Bautista.

<<

[2] Esta relación está tomada de la excelente obra del conde Eduardo de Warren, sobre la India inglesa en 1843. <<